EL TERCER REICH

Una historia de la Alemania nazi

Thomas Childers

Thomas Childers nos acerca al tiempo en que un jovencísimo Adolf Hitler, mientras compartía piso en un barrio marginal, empezaba a apasionarse por la política y a entrar en contacto con ideas antisemitas. Hitler encontró su voz y, con ella, seguidores fieles: en 1932 los nazis ya habían conseguido formar el partido político más grande de Alemania y, en tan solo seis meses, transformaron una democracia disfuncional en un estado de régimen totalitario, iniciando así la marcha hacia la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto.

Estos son los tiempos aterradores a los que Childers da vida en este libro: el increíble ascenso de los nazis y cómo lograron consolidar su poder una vez lo obtuvieron.

epublibre
X ANIVERSARIO

Thomas Childers

EL TERCER REICH. UNA HISTORIA DE LA ALEMANIA NAZI

ePub r1.0
Titivillus 22.11.2023

Título original: *The Third Reich. A History of the Nazi Germany*
Thomas Childers, 2017
Traducción: Fernando Bogado

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Kristen

Mapas

DINAMARCA
SUECIA
N
CEDIDO A DINAMARCA
MAR DEL NORTE
PAÍSES BAJOS
Río Elba
Ámsterdam
Hannover
Berlín
Río Ruhr
Río Rin
Río Weser
BÉLGICA
Bruselas
ALEMANIA
CEDIDO A BÉLGICA
zona desmilitarizada 1919-1936
LUXEMBURGO
Praga
Río Meno
SARRE administrado por la Liga de las Naciones hasta 1935
DEVUELTO A FRANCIA
FRANCIA
Río Danubio
Múnich
Berna
SUIZA
AUSTRIA
ITALIA

MAR
BÁLTICO
CEDIDO A
LITUANIA
Río Niemen
Vilna
Königsberg
Danzig
PRUSIA
ORIENTAL
LITUANIA
CEDIDO A
POLONIA
Río Bug
Varsovia
POLONIA
Río Oder
CEDIDO A
POLONIA
Río Vístula
ALEMANIA
en 1919
CEDIDO A
CHECOSLOVAQUIA
Río Dniéster
CHECOSLOVAQUIA
Viena
Danubio
Budapest
HUNGRÍA
0
100 millas
0
100 kilómetros
Versión en inglés:
© LUCIDITY INFORMATION DESIGN, LLC

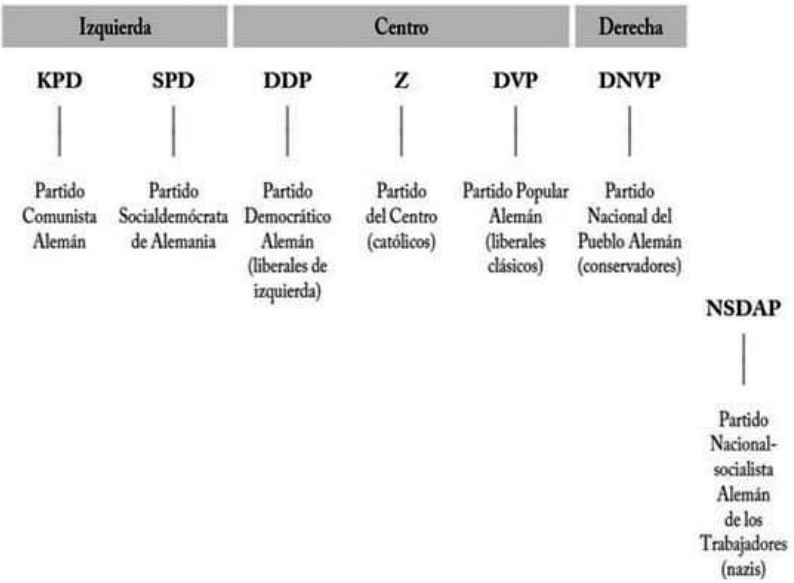
DINAMARCA
SUECIA
N
MAR
DEL NORTE
PAÍSES BAJOS
Ámsterdam
Río Elba
Hannover
Berlín
Río Ruhr
Río Rin
Río Weser
BÉLGICA
Bruselas
ALEMANIA
SUDETES
septiembre 1938
RENANIA
marzo 1936
Río Meno
Praga
LUXEMBURGO
FRANCIA
Río Danubio
Múnich
Berna
SUIZA
AUSTRIA
marzo 1938
ITALIA

MAR
BÁLTICO
LITUANIA
Río Niemen
Vilna
Königsberg
Danzig
PRUSIA
ORIENTAL
Danzig y el
corredor
polaco
Río Vístula
Río Bug
Varsovia
POLONIA
Río Oder
Río Vístula
ALEMANIA
en 1939
Anexionado
por Polonia
Protectorado de
Bohemia y Moravia
marzo 1939
Río Dniéster
ESLOVAQUIA
marzo 1939
anexionado
por Hungría
Viena
Río
Danubio
anexionado
por Hungría
Budapest
HUNGRÍA
0
100 millas
0
100 kilómetros
Versión en inglés:
©LUCIDITY INFORMATION DESIGN, LLC

NORUEGA
(ocupada)
SUECIA
N
MAR
DEL NORTE
0 200 millas
0 200 kilómetros
DINAMARCA
(ocupada)
IRLANDA
REINO
UNIDO
PAÍSES
BAJOS
Berlín
OCÉANO
ATLÁNTICO
BÉLGICA
ALEMANIA
FRANCIA
(ocupada)
LUX.
GOLFO DE
VIZCAYA
SUIZA
FRANCIA
DE VICHY
PORTUGAL
ESPAÑA
ITALIA
MARRUECOS
bajo el régimen
de Vichy
ARGELIA
bajo el régimen
de Vichy
TÚNEZ
bajo el régimen
de Vichy
Versión en inglés:
© LUCIDITY INFORMATION DESIGN, LLC

ALEMANIA
en 1942
FINLANDIA
MAR BÁLTICO
Comisariado del Reich para las tierras del este, ocupado por las fuerzas alemanas («Reichkommissariat Ostland»)
URSS
RUSIA ocupada por las fuerzas alemanas
GOBIERNO GENERAL
ESLOVAQUIA
HUNGRÍA
RUMANIA
CROACIA
SERBIA (ocupada)
MONTE-NEGRO
BULGARIA
MAR NEGRO
ALBANIA
GRECIA (ocupada)
TURQUÍA
SIRIA
IRAK
MAR MEDITERRÁNEO
LIBANO
PALESTINA
TRANS-JORDANIA
INVASIÓN ALEMANA
ARABIA SAUDITA
LIBIA ITALIANA
EGIPTO

El sistema de partidos alemán



1

El huevo de la serpiente

Adolf Hitler nació el 20 de abril de 1889 en el pueblo austríaco de Braunau am Inn, en la frontera austrogermana. Su padre, Alois Hitler, era un funcionario de aduanas, provinciano y de ideas liberales, que había ascendido desde un ambiente poco prometedor hasta el respetable estatus de empleado público de nivel medio del Imperio de los Habsburgo. El patrimonio de Alois era motivo de controversias y rumores. Era hijo ilegítimo de María Anna Schicklgruber y de padre desconocido. En 1842, María Anna se casó con Johann Georg Hiedler y, en 1876, Alois adoptó el apellido de su padrastro, que luego cambió a Hitler. A medida que los nazis fueron haciéndose notar y Adolf Hitler emergía como una figura política nacional, hubo algunas especulaciones en torno a la idea de que el abuelo desconocido de Adolf fuese judío, pero nunca aparecieron pruebas fidedignas que confirmaran esos rumores.

La familia se mudó varias veces, de Braunau a Passau y luego a Linz, donde Adolf pasó gran parte de su para nada excepcional juventud. No había nada notable en él durante estos primeros años de su vida, nada que sugiriera potencial alguno para algo. Leía, fantaseaba con ser un gran artista, un gran arquitecto, constructor de edificios monumentales y grandiosas ciudades, un héroe wagneriano. Pero ninguna de estas fantasías se convirtió en una disciplina o preparación seria. Amaba la música, especialmente las óperas de Richard Wagner, pero apenas tenía conocimientos rudimentarios de música. Le gustaba dibujar, pintar con acuarelas, pero nunca tuvo el talento ni la disciplina de trabajo suficientes como para alcanzar los grandiosos éxitos que imaginaba.

El padre de Hitler proveía una existencia confortable a la familia. Esperaba que el joven Adolf siguiera sus pasos al servicio del gobierno y no se mostraba muy entusiasmado con las aspiraciones artísticas de su hijo. Era un paterfamilias brusco y autoritario, un hombre de estricta disciplina que aterrorizaba a su indolente hijo. Los golpes no eran algo raro. Adolf se refugió en su madre, Klara, quien lo consentía. Alois tenía tres hijos de un matrimonio anterior, pero tres de sus hijos con Klara habían muerto (dos hermanos y una hermana) antes de que Adolf naciera. Por esa razón, Klara estaba determinada a proteger a este hijo salvado por la providencia. Enfermizo cuando era bebé, Adolf se convirtió en un niño de mamá perezoso, autoindulgente y consentido. Su padre murió en 1903, cuando Adolf tenía 14 años, liberando así algo de la tensión que se vivía en la casa de los Hitler.

El joven Adolf era solitario, un perpetuo marginado. Tenía pocos amigos; en realidad, solo tenía uno digno de ese nombre. Mostraba muy poco interés en las chicas: no tuvo

romances tempranos y ni siquiera relaciones amistosas con el sexo opuesto. Evitaba siempre que podía el contacto físico y daba apretones de manos con renuencia. Era «casi patológicamente sensible acerca de cualquier cosa que tuviera que ver con el cuerpo», según afirmó su único amigo genuino, August Kubizek, el hijo de un tapicero de Linz que aspiraba a ser músico.[1] Juntos vagabundeaban por la campiña atravesada por el Danubio, paseaban por las calles de Linz e iban a la ópera, mientras Adolf hablaba largo y tendido sobre las muchas cosas que lo entusiasmaban. Para Hitler, la cualidad esencial de su amistad con Kubizek era que este sabía escuchar. Impresionable y tímido, Kubizek permanecía pendiente de cada una de las palabras que salían de la boca de Adolf. Como recompensa, el joven obtenía permiso de visita al intenso mundo imaginario de Hitler, un mundo compuesto de ilusiones desmedidas en las que Adolf Hitler era reconocido como un gigante artístico, un genio de la arquitectura, un hacedor de mundos.

Como estudiante, Hitler era, por decirlo de una manera amable, apático. Sus notas fueron tan bajas en la escuela técnica (*Realschule*) —fue suspendido en matemáticas, ¡e incluso en alemán!— que tuvo que repetir un año e incluso tuvo que superar exámenes especiales para evitar repetir por segunda vez. Incomprendido y despreciado, desde su punto de vista, decidió que ya era suficiente y a los 16 años dejó la escuela sin ningún título en sus manos. Se puso como objetivo hacer una carrera artística y esperaba ser admitido en la Academia de Bellas Artes de Viena. En julio de 1907 convenció a su madre para que le permitiera ir a Viena a prepararse para el examen de ingreso, que tenía lugar todos los años en el mes de octubre. Al principio, Adolf se sintió cautivado por la ciudad, especialmente por sus imponentes edificios (la Ópera, el Parlamento, todas las grandes construc-

ciones a lo largo de la Ringstrasse). Era el gran mundo alejado de la provinciana Linz.

Exageradamente confiado en sus propios talentos, dedicó muy poco tiempo a la preparación del examen. Presentó una carpeta con sus dibujos y esperó la respuesta pero, para su sorpresa, fracasó. «Estaba tan convencido de que iba a tener éxito que, en el momento de recibir el rechazo, este me golpeó como un rayo salido de la nada.»[2] Es significativo que, a pesar de que era un dibujante bastante habilidoso —podía delinear rápidamente los contornos de edificios, escenas de la calle y estructuras de todo tipo—, era incapaz de dibujar una forma humana. Uno de los examinadores le dijo que no tenía capacidad alguna para ser pintor. Quizá podría tener mejor suerte como arquitecto. A Hitler le pareció una buena idea, pero la Escuela de Arquitectura de la academia requería un título de nivel medio o, al menos, algún tipo de formación técnica previa, cosas que, gracias a su propia negligencia, él no podía presentar. Se dio cuenta de que no había ninguna posibilidad de ser estudiante de pintura o de arquitectura.[3] Hitler mantuvo este humillante rechazo en secreto y evitó decírselo a su muy enferma madre. Pasaron varios meses hasta que le confesó la situación a su leal amigo Kubizek. En diciembre de 1907, su madre murió después de una larga y dolorosa batalla contra el cáncer. Adolf había vuelto de inmediato a Linz para cuidarla en sus últimos días, y su fallecimiento fue devastador para él. Esa muerte lo conmovió hasta la médula. El médico de la familia, un profesional judío de Linz, señaló que nunca había visto a alguien tan dolorosamente atravesado por el duelo como a ese Adolf de escasos 18 años.[4]

Después de arreglar los asuntos pendientes de su madre y de completar los trámites para recibir su pensión de huérfano, regresó a Viena en enero de 1908, aún con la esperan-

za de poder alcanzar su sueño de convertirse en un gran artista. Volvió a instalarse en su sombrío cuarto de la calle Stumpergasse, en un ruinoso sector de la ciudad, cerca de la Estación Oeste del ferrocarril. Cuando se enteró de que su amigo Kubizek se estaba preparando para hacer el examen de ingreso al Conservatorio de Música, logró convencerlo de compartir el pequeño lugar que alquilaba. Los dos jóvenes, ambos menores de 20 años, vivieron juntos durante cinco intensos meses, desde febrero hasta fines de julio de 1908. Kubizek era el público perfecto para los interminables discursos de su amigo. Adolf tenía apasionadas opiniones sobre cualquier cosa: arte, ópera, arquitectura, política, moral e incluso dietas. Cuando Kubizek lograba aventurarse tímidamente para dar una opinión propia, Hitler estallaba en ataques de ira, yendo y viniendo con violencia dentro del pequeño cuarto, insultando a gritos, dando golpes a la puerta, a las paredes y hasta al piano alquilado de Kubizek. No toleraba la disensión.[5] Hitler estaba decidido a presentarse de nuevo al examen de ingreso, pero no hizo nada para prepararse. Mientras Kubizek estudió diligentemente y logró aprobar el examen para el conservatorio, Hitler desperdició su tiempo desarrollando diferentes ideas y planes de toda índole: se propuso escribir una ópera y una obra de teatro, también pensó en reformar las viviendas obreras de Viena, en reconstruir Linz, en crear una orquesta sinfónica itinerante e incluso un nuevo tipo de bebida refrescante. Su imaginación febril pasaba de un proyecto grandioso a otro sin detenerse un instante. Cuando una nueva inspiración lo sacudía, hablaba obsesivamente acerca de ese impulso durante días y, a veces, semanas. Preparaba notas, escribía escenas posibles de su plan y dibujaba bocetos, solo para abandonar todo el asunto de un día para otro sin volver a men-

cionar el tema nunca más. Era incapaz de concretar ningún proyecto.

Mientras duró el dinero que venía de su casa, Adolf llevó una vida ociosa. Se detenía en los cafés, leía los periódicos allí disponibles, asistía con regularidad a la ópera y visitaba los museos y las galerías de arte. Llevaba una vida bohemia y se quedaba despierto hasta tarde sin sujetarse a ningún tipo de agenda, una rutina que mantendría a lo largo del Tercer Reich, aun en los oscuros días de la Segunda Guerra Mundial. Tenía muy pocas necesidades físicas. No fumaba ni bebía y raras veces comía carne. No hubo mujeres en su vida durante sus años en Viena. Estaba fascinado por el sexo y, al mismo tiempo, lo temía; las mujeres lo atemorizaban y tuvo terror de contraer sífilis hasta el final de sus días. Los dos jóvenes vivían de manera austera, sus comidas eran espartanas y compraban lo estrictamente necesario. Subsistían en ese barato y apenas iluminado cuarto, con sus «paredes descascarilladas y muebles infestados de insectos, además del constante olor a queroseno», y se sentían solidarios con las clases bajas sufrientes que encontraban a su alrededor; una solidaridad que, sin embargo, no incluía mezclarse ni interactuar con ellas.[6] A lo largo de todo este tiempo, Hitler recibía su pensión mensual como huérfano y una parte del dinero correspondiente a los bienes de su padre, cuya totalidad iba a cobrar al cumplir los 24 años. Vivía frugalmente, pero no estuvo nunca, como luego quiso dar a entender, al borde de la inanición o en un estado de absoluta desesperación.[7]

Su única extravagancia era la ópera. Hitler y Kubizek asistían a menudo a la magnífica Ópera de Viena, la Hofoper, y hacían cola durante horas con la esperanza de comprar las entradas de los asientos más baratos o de los lugares destinados al público de pie varias noches a la semana.

Para Hitler era dinero bien invertido. Le gustaban las obras de Verdi y de Puccini, pero prefería sobre todo a los compositores alemanes y estaba totalmente cautivado por Wagner. Era un minucioso analista de las producciones, y prestaba particular atención a todos los elementos del escenario —la luz, la escenografía, los efectos especiales, la ubicación de los actores, sus dramáticas entradas o salidas de escena—, que luego usaría con excelentes resultados en la propaganda nazi.[8] Sus noches en la ópera eran mucho más que una mera experiencia musical para él. Eran su sustento espiritual, su inspiración y, también, una vía de escape. Quedaba hipnotizado durante horas escuchando *Lohengrin*, su favorita, o *Parsifal*, o *El anillo del nibelungo*, mágicamente transportado al mundo mítico de Wagner, repleto de montañas envueltas en niebla y de condenados héroes nórdicos. Kubizek no tardó en darse cuenta de que estos eran los únicos momentos en los que Hitler parecía estar en calma, en paz.[9] Pero era un hombre iracundo. Sus estados de ánimo alternaban entre la euforia frenética y la más oscura depresión. A su amigo lo preocupaba que Adolf «hubiera perdido el equilibrio. Se enfurecía ante la menor circunstancia», recuerda. «Chocaba con el mundo. Donde fuera que mirara, veía injusticia, odio y enemistad. Nada escapaba a su crítica; nada resultaba bueno a sus ojos.» Ante la más mínima provocación, iba en contra «de los tiempos, del mundo entero, ahogándose en su catálogo de odios; volcaba su furia sobre cualquier cosa, contra la humanidad en general, que no lo comprendía, que no lo valoraba y por la que era perseguido».[10]

En julio de 1908, cuando Kubizek volvió a Linz para pasar el verano, Hitler fue rechazado una vez más por la academia. Este segundo rechazo resultó ser un golpe todavía más devastador que el primero, ya que, después de revisar sus

dibujos, la comisión que supervisaba los ingresos los rechazó por considerarlos carentes de todo mérito y declaró que Hitler no tenía ni siquiera las condiciones necesarias para presentarse al examen de ingreso. Esta vez, más que devastado, se sintió profundamente enfurecido. ¿Quiénes eran esos pomposos profesores que lo rechazaban? ¿Cómo podían esos pedantes no haber apreciado su trabajo, su potencial, su genio? No eran más que «un montón de viejos y fosilizados funcionarios públicos, burócratas carentes de comprensión, un estúpido montón de funcionarios. Toda la academia —estalló— tendría que ser volada en pedazos».[11] En el otoño de 1908, sin preparación alguna para ninguna carrera, sin ningún cargo y sin la menor perspectiva de nada, se prometió a sí mismo que iba a continuar sus «estudios» por su cuenta. Ya verían todos esos que lo habían maltratado y habían conspirado contra él.

A pesar de estos reveses, Hitler siguió sintiéndose sumamente seguro de sí mismo. Estaba poseído por una notable amalgama de arrogancia, ira y autocompasión que seguiría siendo el núcleo de su personalidad durante el resto de su vida. Su fracaso en la academia no lo motivó para seguir ningún estudio más sistemático. Siguió siendo un diletante sin remedio, un fantasioso que se iba deslizando cada vez más hacia un mundo de ilusión, del cual supuestamente iba a emerger como Wagner, como el artista héroe triunfante que iba a sorprender al mundo con su ascenso desde la oscuridad hasta la grandeza.

Casi sin dinero y avergonzado por su segundo y humillante fracaso en la academia, no quiso volver a ver a Kubizek. Dio el aviso, pagó su parte del alquiler y, mientras su amigo todavía estaba en Linz, sencillamente desapareció sin dejar ninguna dirección de contacto. Kubizek no lo volvería a ver hasta treinta años más tarde.[12] Después de soltar

amarras en Stumpergasse, Hitler pasó de un pobre cuartucho a otro y comenzó un descenso gradual que lo llevaría al sórdido submundo vienés. Había malgastado la mayor parte de la herencia paterna, y su pensión como huérfano apenas le alcanzaba para vivir. Perdió contacto con su familia: su tía Johanna, su media hermana Angela, y su hermana menor, Paula, no tenían idea de dónde estaba. Durante meses vivió en las calles; dormía en los parques y en los cafés que abrían toda la noche, debajo de los puentes, en las entradas de los edificios y, a veces, encontraba refugio en albergues para indigentes y en pensiones de mala muerte. Se alimentaba en comedores de caridad. No tenía abrigo; sus otrora prolijas ropas estaban hechas harapos y manchadas por los desinfectantes usados en los hogares para indigentes; sus muy usados zapatos apenas se mantenían enteros: las suelas no eran más gruesas que una hoja de papel. En invierno, se vio en la necesidad de refugiarse durante el día en una serie de «habitaciones calientes» provistas por las iglesias y otras entidades de caridad. Dormía, cuando podía, en el Refugio para Hombres Indigentes de Meidling, un enorme, cavernoso y tibio dormitorio donde recibía una comida compuesta de sopa y pan, una ducha y un catre para pasar la noche. Todas las mañanas dejaba lugares como estos. Y todas las tardes se encontraba de nuevo en fila junto a otras almas desesperadas, ese conjunto de personas desechadas por la sociedad vienesa, a la espera de ser admitido otra vez en el refugio para pasar la noche. Había tocado fondo.[13]

Años después, sostendría que durante este triste período encontró trabajo ocasional como peón de albañil y a veces cargando equipajes en la estación de ferrocarril y paleando nieve, cosas que no han podido ser corroboradas.[14] Durante gran parte de 1909, subsistió a base de una dieta magra que consistía en leche, pan y sopa aguada. Estaba tan flaco

y tan débil que fácilmente podía ser confundido con un tuberculoso. Sin duda, no trabajó «durante años en tareas de construcción» y parece poco probable que en 1908 un capataz de cualquier construcción haya contratado a este pálido y desharrapado joven cuando tenía a un gran número de hombres saludables para elegir. Que haya cargado equipajes y paleado nieve también parece poco probable.

En enero de 1910, con la ayuda de un operario de poca monta asiduo de los refugios de Meidling, Reinhold Hanisch, Hitler consiguió un pequeño espacio dentro de una casa respetable destinada a pobres que trabajaban. Administrado por el gobierno y financiado por las contribuciones de prominentes familias judías, el Hogar para Hombres de Meldemannstrasse no era para nada una pensión de mala muerte. Junto con los habituales vagabundos y casos desesperados, entre sus residentes también había veteranos, trabajadores, hombres respetables y educados que estaban pasando por un mal momento y trataban de sobrevivir hasta que llegaran tiempos mejores. El hogar proveía una comida sencilla por la noche, una cocina común donde cada uno podía preparar sus propios alimentos, un cubículo para cada residente que garantizaba un mínimo de privacidad, y además tenía una biblioteca y un salón de lectura. Acomodado en la biblioteca, Hitler leyó con voracidad la mezcla desordenada de obras característica del autodidacta, complementando la lectura de folletos y de la prensa barata de los cafés con fragmentos de filosofía, arte, historia y música. Más tarde, aseguraría haber leído más de quinientos libros mientras vivía en Meldemannstrasse, cosa que resultó ser una de sus típicas exageraciones. Su lectura parece haberse concentrado más bien en periódicos, folletos y esos resúmenes de trabajos serios que suelen encontrarse en los estantes de una biblioteca.[15]

Durante sus años en el Hogar para Hombres, entre 1909 y 1913, sobrevivió pintando postales de paisajes vieneses. Para poder adquirir los materiales necesarios para su arte, rompió el silencio y, alentado por Hanisch, retomó el contacto con su tía Johanna. Luchando contra cierta vergüenza, le pidió un préstamo, probablemente sugiriendo que ese dinero estaba destinado a ayudarlo a seguir con sus estudios. Ella respondió no con un préstamo, sino con un generoso regalo, y posiblemente luego le hizo ocasionales envíos de dinero. Así equipado, trabajó a partir de fotografías y grabados que copió de manera mecánica en el salón de lectura del hogar. Raramente se aventuraba a salir para venderlos (eso habría supuesto un contacto demasiado directo con la gente). En cambio, hizo un arreglo con Hanisch, quien los vendía en los cafés y los bares a pequeños comerciantes de arte, en su mayoría judíos. Hanisch también vendió algunas pinturas un tanto más grandes a talleres de marcos y mueblerías, que las usaban como decoración sobre los respaldos de los sillones, una práctica común en los salones de venta. Hitler y sus socios —más adelante un judío húngaro llamado Jacob Neubauer y otros que ocuparon el lugar de Hanisch— dividían las magras ganancias mitad y mitad. Era una forma de vida bastante humilde, pero era estable y ofrecía algo más que un módico confort.[16]

Mientras estuvo en el hogar, Hitler participaba en discusiones casi a diario, a veces sobre arte, a veces sobre música, pero a menudo sobre política y la miserable situación en Viena, ciudad a la que había comenzado a aborrecer. Disertaba, argumentaba, arengaba. Ante el más mínimo indicio de que fuera a producirse una discusión política, saltaba de su asiento, dejaba las postales sin terminar y arremetía contra sus compañeros residentes. Hablaba contra los eslavos, los socialistas y los sindicatos. Sus objetivos favoritos

eran «los jesuitas y los rojos», y, aunque parezca raro, considerando la obsesión antisemita que luego dominaría su vida adulta, no decía nada contra los judíos. A veces los otros respondían a sus ataques. Otras solo se reían ante su retórica directa y encendida, una reacción que hacía que un molesto Hitler volviera a su cubículo para ser consolado por Hanisch.[17] Durante este período, Hitler era un fervoroso nacionalista alemán, un campeón de todo lo que fuera alemán que desdeñaba el multinacional Imperio de los Habsburgo, con su población políglota de alemanes, polacos, checos, eslovacos, eslovenos, húngaros, italianos y judíos. En ningún lugar era tan palpable ese variopinto crisol de etnias, lenguajes y culturas nacionales como en Viena. Hitler asistía algunas veces a las sesiones del Parlamento austríaco, donde observaba desde la galería a los representantes de varias nacionalidades, que se arrojaban comentarios venenosos unos a otros en una cacofonía de lenguas hasta que las sesiones se desintegraban en un caos. Los delegados hacían sonar cencerros, cantaban himnos nacionales, repetían eslóganes de partidos y a veces llegaban a pelearse en los pasillos. Tales muestras rencorosas de conflictos étnicos y de clase no eran del agrado de Hitler y le revelaban la profundidad de la impotencia de los Habsburgo, y también el caos y las disfunciones en el corazón mismo de la democracia parlamentaria.

Durante los años de Hitler en Viena, un aire de corrupción, de crisis inminente, recorría las estrechas calles y los amplios y soleados bulevares. La ciudad estaba experimentando también el florecimiento cultural del *fin de siècle*:[18] era el centro de la vanguardia europea, hogar de compositores como Arnold Schönberg y Gustav Mahler, de figuras literarias como Arthur Schnitzler y Hugo von Hofmannsthal, y de pintores como Gustav Klimt. Era, además, la cuna del

psicoanálisis, el hogar de Sigmund Freud. Hitler no tenía el más mínimo interés en ninguna de estas manifestaciones de la modernidad. Su Viena era una ciudad de barrios pobres y mugre, de comedores populares y hogares para vagabundos. Era un mundo frío y despiadado donde el fuerte prevalecía y el débil quedaba a un lado del camino, una dinámica que le dio forma permanente a su visión del mundo y a sus principios más elementales.

Viena era, también, una ciudad llena de odios étnicos y de clase. En 1908, era la sexta ciudad más grande del mundo y su población crecía a un ritmo de treinta mil personas por mes. A pesar de que los alemanes habían tenido una posición de poder y privilegio en la ciudad (y en el Imperio), su predominio constantemente corría peligro, en especial después de la introducción del sufragio universal masculino en 1907. Como muchos alemanes preocupados por el fantasma de ser superados por los «pueblos inferiores» del Imperio, Hitler era un ardiente admirador de Georg Ritter von Schönerer, el líder del movimiento pangermanista austríaco. Schönerer ganó notoriedad política tras la Guerra Austro-Prusiana de 1866, cuando se mostró como un rabioso nacionalista alemán, deploró la exclusión de Austria del Reich alemán de Bismarck y lamentó la disolución de la preeminencia alemana en el Imperio de los Habsburgo. En las últimas décadas del siglo XIX, el movimiento pangermanista de Schönerer adquirió una importancia que iba más allá de sus cálculos, ya que sus panfletos, boletines y diarios llevaron sus palabras a cada rincón germano del Imperio.

Por encima de todo, protestaba contra el avance de los judíos de Europa Oriental hacia Viena, y en 1884 presentó un proyecto de ley para bloquear la inmigración judía hacia la capital. Su antisemitismo era un fenómeno nuevo en Austria y no era solo religioso y socioeconómico, sino también

de naturaleza racista. El lema del movimiento pangermanista era «Por la pureza, la unidad», y es bien conocida la declaración de Schönerer de que «un judío sigue siendo un judío, haya sido bautizado o no». Estaba a favor de una separación estricta de las razas y argumentaba que cualquiera que rechazase el antisemitismo era un «traidor al pueblo germano» y un «esclavo de los judíos». Los judíos eran «como los vampiros»: obtenían su fuerza «chupando la sangre de los arios». Por lo tanto, «todo alemán tiene el deber de ayudar [...] a eliminar a los judíos».[19]

También lanzó una campaña «Lejos de Roma» contra la Iglesia católica y emprendió una pelea abierta con la «prensa judía» liberal. Atacó a las grandes empresas y las políticas económicas liberales que dañaban a los comerciantes y los pequeños granjeros. Además de su posición anticatólica y antisemita, el movimiento pangermanista invitaba a sus seguidores a seguir una estricta dieta: los «arios» debían ser vegetarianos y abstenerse de consumir tabaco y alcohol. A medida que el movimiento iba cobrando fuerza, se fue produciendo un claro culto a Schönerer que generó canciones y poemas dedicados a este autoproclamado *Führer* y se introdujo la expresión *Heil dem Führer* («Viva el líder») en el léxico político del país.[20]

Hitler admiraba a Schönerer y su movimiento, pero, cuando llegó a Viena, fue el demagogo alcalde populista de la ciudad, Karl Lueger, quien más lo impresionó. Lueger, quien ocupaba esa posición desde 1897, había sido un admirador de Schönerer, pero no era un nacionalista germano, sino un devoto católico y un leal súbdito de la monarquía de los Habsburgo. De todos modos, sí compartía con Schönerer el rabioso antisemitismo y llegó a convertirse, superando incluso al propio Schönerer, en la personificación misma del movimiento antisemita en Austria. A diferencia de Schöne-

rer, el antisemitismo de Lueger no era racial sino religioso, aunque para muchos tal distinción era irrelevante. Este hábil político, que era, cosa reconocida incluso por sus opositores, el «rey sin corona» de la ciudad, supo alimentar en su beneficio la paranoia antisemita despertada por Schönerer y movilizar el apoyo de sus seguidores, en su mayoría, de clases baja y media.

La llegada de judíos de Europa Oriental al Imperio a fines del siglo XIX era un tema candente que Lueger explotó con vigor. «La Gran Viena», advirtió, «no debe convertirse en la Gran Jerusalén».[21] En Viena, solía quejarse, los judíos se habían vuelto tan abundantes como «los granos de arena en la playa». Dominaban la ciudad, controlaban la prensa, los bancos, el gran capital, e incluso los socialdemócratas no eran nada más que «el escuadrón de protección de los judíos». Tan provocadora era su retórica y tan demagógicas sus apariciones en público que, a pesar de las victorias electorales de 1895 y 1896, el ya anciano emperador Francisco José I se negó a reconocerlo como alcalde durante dos años.

No fue tanto la perspectiva ideológica de Lueger lo que atrajo a Hitler, sino más bien su habilidad para suscitar el apoyo popular. En la emergente era de política de masas, Lueger se presentaba como «tribuno del pueblo». Siempre consciente de su imagen, le prestaba gran atención a la teatralidad de la política y sus numerosas apariciones públicas estaban cuidadosamente coreografiadas para producir el mayor impacto. Era un ejemplo de un nuevo tipo de político. Orador carismático, no se dirigía a la Viena educada y culta. Usaba un registro populista, recurriendo a veces a expresiones dialectales, y su habilidad para movilizar a las masas, para agitarlas y para atraer a la clase media baja, recientemente habilitada para votar, produjo una fuerte impresión en Hitler.

Mientras Schönerer vinculaba de manera incansable a los judíos con el gran capital y con los liberales, Lueger estaba decidido a asociarlos también con los socialdemócratas. Igual que en Alemania, la socialdemocracia y los sindicatos estaban avanzando en Austria con firmeza, y a veces con éxitos espectaculares, y la reacción ante la amenaza que representaban fue rápida y estridente. Un ejemplo típico fue el titular del *Deutsches Volksblatt* de Lueger: «¿Quién lidera la socialdemocracia? Los judíos. ¿Quién los ayuda con el público? Toda la prensa judía. ¿Y quién les da el dinero para hacer todo esto? Las altas finanzas judías. Igual que en Rusia, los judíos son los agitadores y los instigadores» del desorden. Cuando los socialistas hicieron una manifestación por la ampliación del sufragio, en 1908, la prensa de Lueger contraatacó con el eslogan: «Abajo con el terrorismo judío».[22]

El miedo y el odio de Hitler al marxismo, personificado en el movimiento de la socialdemocracia y los sindicatos, ciertamente tuvo sus orígenes en Viena. Lo asustaban los militantes socialdemócratas, pero también estaba impresionado por su excelente manejo de la propaganda y la movilización de masas. Más adelante escribió que, después de ver una manifestación socialdemócrata, por primera vez «entendió el infame terror espiritual que este movimiento ejerce, principalmente sobre la burguesía, terror que no es ni moral ni mentalmente equiparable a esos ataques». En el momento indicado, los socialistas pueden desatar «una verdadera andanada de mentiras y difamaciones contra cualquier adversario que parezca peligroso, hasta que los nervios de las personas atacadas se quiebran [...]. Esta es una táctica basada en el cálculo preciso de todas las debilidades humanas, y como resultado puede llevar al éxito casi con una certeza matemática». Los socialdemócratas también le

enseñaron a Hitler otra lección importante, una que iba a implementar con gran efecto durante su ascenso al poder y, de manera mucho más terrible, en el Tercer Reich: «La comprensión de la importancia del terror físico dirigido al individuo y a las masas».

Dado el torrente de influencias antisemitas a su alrededor durante sus años en Viena, parece razonable ubicar el origen del odio patológico de Hitler hacia los judíos en ese tiempo y lugar. Y, sin embargo, los testimonios de primera mano sobre su actitud respecto de los judíos durante esos años son tan escasos como contradictorios. Kubizek sostenía que Hitler llegó a Viena ya como un antisemita, y que esos sentimientos solo se intensificaron en la cargada atmósfera de la ciudad. En escritos de una década después, Hitler también señalaba que él «salió de Viena como un absoluto antisemita, como un mortal enemigo de la visión marxista del mundo».[23] Sin duda estaba influenciado tanto por Schönerer como por Lueger, además de por el poderoso clima antisemita que circulaba en Viena y por la política austríaca durante los primeros años del siglo XX. Es evidente que leía los periódicos y panfletos antisemitas que podían encontrarse fácilmente en los cafés, en los kioscos de diarios y en los bancos de los refugios.

Y, sin embargo, Hanisch, su socio en los refugios para indigentes, aseguraba que nunca había oído de él comentarios antisemitas. «En esos días», comentó Hanisch, «Hitler no era de ninguna manera alguien que odiara a los judíos». Hitler, aseguraba, estaba en buenos términos con los judíos en el refugio, tenía buenas relaciones con los comerciantes de arte judíos y uno de sus contactos más fuertes en el Hogar para Hombres de Meldemannstrasse, Jacob Neubauer, era un judío húngaro. Neubauer ayudó a conseguir un abrigo de invierno para Hitler y hasta planearon un viaje juntos a

Múnich.[24] Por supuesto, puede ser que el antisemitismo fuese algo tan común en ese contexto que sus puntos de vista antijudíos fueran simplemente demasiado poco excepcionales como para ser recordados o incluso mencionados. Nunca abierto en cuanto a sus sentimientos, Hitler también pudo haberse guardado determinadas opiniones por razones estrictamente pragmáticas, ya que necesitaba la asistencia de las asociaciones judías en el hogar de hombres y la buena voluntad de los comerciantes de arte judíos que le compraban sus pinturas. Ambas cosas son muy probables, pero el hecho es que no hay documentación fehaciente que pruebe que Hitler hiciera comentarios o manifestara actitudes antisemitas durante su estancia en Viena.

De todas maneras, sea lo que fuere que pueda conjeturarse a partir de su relación con judíos, no hay duda alguna de que durante sus años en Viena absorbió el desenfrenado antisemitismo de la ciudad —posiblemente el más odioso de toda Europa—, a juzgar por la injuriosa y antijudía prensa sensacionalista disponible en los barrios más bajos que solía frecuentar. Es claro que incorporó el lenguaje antisemita de Lueger y Schönerer, sus eslóganes, sus clichés, sus recursos para atraer y sus odios. «Viena», escribió después, «fue para mí la más dura, aunque más completa, escuela de mi vida. Llegué a la ciudad siendo casi un niño y salí de ella como un hombre hecho y derecho. Allí obtuve los elementos fundamentales de una filosofía general y un punto de vista político en particular que luego solo necesité complementar con detalles, pero que nunca, en ningún momento, me abandonó».[25] Sin embargo, cuando dejó Viena, en 1913, sus actitudes antisemitas y antimarxistas no eran más que un montón de ideas apenas esbozadas, prejuicios, resentimientos y miedos personales que no habían cristalizado aún en una cosmovisión sistemática o ideología. Eso solo aparece-

ría después de la Primera Guerra Mundial, en el turbulento crisol de la Múnich revolucionaria.

Lo que sí aprendió Hitler en Viena fue el odio, la desconfianza, la sospecha, una mirada darwiniana con respecto a las relaciones humanas y un resentimiento, que duró toda su vida, contra las confortables convenciones burguesas y de la clase dirigente que habían aplastado sus ambiciones, que lo habían humillado y reducido a una vida miserable en refugios para indigentes, en cuartos maltrechos y cocinas populares. Esa era la visión del mundo que tenía profundamente arraigada y que no cambiaría nunca. En esos años previos a la guerra, no tenía amigos, no quería tenerlos y no los necesitaba. No se trataba de mera timidez o torpeza social. A pesar de todas sus sensibleras expresiones sobre la soledad, lo cierto es que en su vida no había lugar para un amigo o siquiera un socio cercano. Cualquiera que se metiese en su vida privada y pudiera influir en sus puntos de vista, sus entusiasmos, sus odios o sus ilusiones era considerado una amenaza. Pese al hecho de que fue un fracasado total en Viena, de que era un don nadie, dentro de su colosal narcisismo no era para nada tímido o desconfiado. Allí gobernaba de manera suprema. Allí era el hacedor de mundos.

Hitler dejó Viena en mayo de 1913. Su destino era Múnich. Hacía mucho que soñaba con vivir en Alemania y Múnich, cuyos numerosos museos y galerías había visitado de niño, ejercía sobre él una atracción casi magnética. Allí iba a continuar sus «estudios» y por fin alcanzaría el reconocimiento artístico que tan cruelmente le había sido negado en Viena. Dos sucesos más inmediatos dispararon este cambio de residencia. El 20 de abril de 1913, el día de su vigésimo cuarto cumpleaños, recibió el resto de la herencia paterna y

por primera vez tuvo los recursos suficientes para cumplir con su sueño. Pudo comprar ropa de calidad, mostrarse presentable. Pudo comprarse un pasaje para el tren, pudo alquilar un modesto cuarto. La mayor presión para dejar Viena provenía de una situación bastante menos placentera. En 1909 no se registró para el servicio militar obligatorio austríaco como requería la ley. Tampoco lo hizo en los años subsiguientes. No tenía intenciones de servir en el ejército de un imperio que detestaba. Aunque después aseguró que dejó Austria principalmente por «razones políticas»,[26] dando a entender que fue por algún tipo de protesta política relacionada con sus principios, en realidad lo hizo para evitar el servicio militar. Una vez que llegó a salvo a Alemania, creyó que las autoridades austríacas se habrían olvidado de él y que estaba fuera de su alcance. Pero no fue así. Lejos de olvidarlo, la policía de Linz estaba tras sus huellas y, sin que él lo supiese, se estaba acercando. No haberse registrado para el servicio militar era un delito grave, pero dejar el país en esas circunstancias equivalía a una deserción, lo que implicaba una severa condena a prisión. En 1913 fue declarado oficialmente desertor.

Durante varios meses, vivió tranquilo en Múnich. Había vuelto a pintar postales, esta vez con los paisajes de Múnich, y las vendía en los cafés y las cervecerías que abundaban en la ciudad. Alquiló un cuarto en la casa de una familia respetable y continuó con su vida bohemia, acostándose tarde, pasando el tiempo en los cafés y leyendo hasta altas horas de la noche. No tenía amigos. La dueña de la casa recordaría luego que en todo el año que *Herr* Hitler fue su inquilino no recibió ningún tipo de visita. Sin embargo, con cierta reminiscencia nostálgica acerca de su tiempo en Múnich, escribió que esos quince meses fueron «de lejos, los más felices y plenos de toda mi vida».[27]

Hasta que, en enero de 1914, se produjo un *shock*. Llamaron a su puesta, y, al abrir, se encontró con un oficial de la policía penal de Múnich. Fue detenido y entregado al consulado austríaco, donde fue formalmente acusado y enviado de regreso a Linz. Defendió su caso en una serie de frenéticos telegramas y cartas que mandó a la policía de Linz. En una carta de tres páginas y media aceptó su responsabilidad, pero consideró que todo había sido un malentendido. Él, en efecto, no se había registrado en 1909, cuando vivía como indigente en Viena, pero sí lo había hecho en 1910; después no había tenido noticias de las autoridades de Linz y dejó que el asunto se diluyera. Produjo una impresión de tan abyecta humildad que el cónsul tuvo piedad de él y le permitió presentarse en la cercana Salzburgo en lugar de volver a Linz para su reclutamiento. En Salzburgo, frágil y visiblemente débil, fue declarado no apto para el servicio militar.[28]

Conmocionado pero aliviado, regresó a Múnich, donde continuó viviendo a la deriva. Más adelante aseguraría que durante ese período realizó un estudio profundo del marxismo, pero sin participar en ninguna actividad política organizada. En efecto, no se unió a ningún partido o asociación política, y hay escasas evidencias de que haya leído a Marx. En todo caso, tal como después afirmó, él no leía para aprender, sino para confirmar su punto de vista. Estaba contento de vivir la vida de un intelectual de cervecerías, un radical de café que arengaba a todo aquel que lo quisiera escuchar acerca de los peligros que amenazaban a Alemania. Todavía sin rumbo, vivía al día y apenas se mantenía a flote, sin plan, sin carrera, sin futuro. En Múnich, al igual que en Viena, siguió siendo un don nadie, una mera sombra.

Entonces, llegó la guerra.

El 2 de agosto de 1914, el día después de declararse la guerra, un Adolf Hitler de 25 años estaba entre la multitud jubilosa, reunida en la Odeonplatz, agitando los sombreros en señal de alegría y cantando *Deutschland über Alles* y «Die Wacht am Rhein». Fue, como luego escribió, el día más feliz de su vida. «Para mí, esas horas fueron como una liberación de mis dolorosos sentimientos de juventud [...]. Dominado por un entusiasmo arrasador, me puse de rodillas y le di las gracias al cielo desde mi corazón convulsionado por permitirme la buena fortuna de vivir ese momento.»[29] El país fue arrasado por un tifón de entusiasmo patriótico. Los niños en las escuelas querían tomar las armas; los hombres casados corrían a alistarse; civiles jubilosos festejaban en las calles como si hubieran sido súbitamente liberados después de años de una terrible tensión. El káiser hizo un dramático llamamiento a la unidad nacional, a una *Burgfrieden* o tregua política, e invitó a todos los alemanes a dejar de lado sus diferencias políticas y sociales mientras el enemigo estuviese a las puertas del país. Desde ese día en adelante, declaró, no iba a reconocer partidos; solo reconocería alemanes. Inclusive el Partido Socialdemócrata (SPD), un partido con una ostensible plataforma marxista radical y crítico implacable del gobierno, se sobrepuso a sus escrúpulos pacifistas y se unió al clamor por la guerra. Esta fue, sin duda, una gran victoria para el régimen, que veía a los socialdemócratas como elementos peligrosos y subversivos decididos a minar el sistema capitalista y, junto con él, el orden político conservador. Entre 1890 y el comienzo de la guerra, el SPD se había convertido en el partido más grande y poderoso del Reich, y reclamaba sin cesar reformas políticas y sociales. Como todos los partidos socialistas de Europa, también era oficialmente pacifista. Pero, en el «espíritu de 1914», los duros temas políticos y sociales que habían di-

vidido y abrumado al país durante décadas fueron puestos bajo el tapete de una nación lista para la guerra.

Aunque era ciudadano austríaco, Hitler inmediatamente se alistó en el ejército alemán (nadie preguntó nada) y fue asignado a la 1.ª Compañía del 16.º Regimiento Bávaro de Infantería de Reserva, llamado «el regimiento de List» por su comandante, Julius von List. La unidad recibió un entrenamiento rudimentario en Múnich y fue rápidamente enviada a Flandes, donde entró en plena batalla cerca de Ypres. Fue un desastre. En los primeros meses de combate, sufrió un 70 % de bajas, incluida la muerte del oficial al mando. Durante cuatro brutales años, Hitler estuvo destinado en el frente oriental como encargado de correo, llevando mensajes desde el cuartel general del regimiento hasta las primeras líneas de batalla. Aunque nunca fue un soldado de trincheras, cosa que él luego dio a entender que había sido, el suyo era un trabajo de mucho riesgo y lo ejecutó con una notable distinción. Dos veces herido, fue condecorado con la Cruz de Hierro de 2.ª Clase en 1916, y dos años después con la Cruz de Hierro de 1.ª Clase por su valentía, un logro bastante poco frecuente para un hombre que se había alistado y que había actuado como correo. Más tarde, la propaganda nazi iba a embellecer este antecedente de guerra de Hitler, declarando, entre otras ficciones, que la Cruz de Hierro de 1.ª Clase la había ganado tras capturar, sin ningún tipo de ayuda, a siete soldados franceses.[30] De todos modos, su guerra fue bastante peligrosa. En septiembre de 1916, fue herido en un muslo por un fragmento de metralla inglés cuando un proyectil de artillería impactó en el refugio de los mensajeros del regimiento, ubicado 2 kilómetros detrás del frente, matando e hiriendo de seriedad a casi todos los que allí se encontraban.

Hitler pasó casi dos meses recuperándose en Alemania, donde se le permitió una breve visita a Berlín antes de ser transferido a un batallón de reemplazo en Múnich. No había estado en Alemania desde el comienzo de la guerra y encontró que el ambiente había cambiado de manera drástica. Se vio muy afectado por el espíritu de desinterés y derrotismo generalizado que encontró tanto entre los soldados como en la otrora comprometida población civil. En Berlín, «había una terrible miseria en todos lados. La gran ciudad estaba sufriendo una terrible hambruna. El descontento era grande». El derrotismo era enorme entre las tropas que se encontraban en los hospitales y en todas partes, mientras que los «que evitaban ser soldados» ridiculizaban al ejército y se enorgullecían de sus estrategias para evitar llegar al combate. «Aunque», agregaba, «Múnich estaba mucho peor». Apenas había podido reconocer la ciudad. En ella encontró «ira, descontento, insultos» dondequiera que iba. «El estado de ánimo general era de abatimiento: ser un vago era considerado casi como una señal de sabiduría, mientras que la leal constancia era considerada un síntoma de debilidad interior y estrechez mental.»[31]

La unidad patriótica de 1914 se había disuelto hacía tiempo, borrada por la enorme cantidad de bajas y las penosas dificultades en el frente interno. Durante casi dos años había funcionado la tregua política, pero, en 1916, la solidaridad doméstica, ya deshilachada por la creciente agitación obrera, empezaba a desarmarse. Frustrada por el apoyo constante del partido a una «guerra imperialista», el ala izquierda del SPD se volcó en formar un nuevo partido —el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD)—. En un esfuerzo por evitar una radicalización más fuerte hacia la izquierda, el káiser anunció sus intenciones de otorgar el sufragio universal y otros cambios electorales largamente de-

mandados por los socialdemócratas, pero, agregó, cualquier reforma democratizadora se daría solo después de un exitoso fin de las hostilidades.

El mensaje del káiser para la Pascua de 1917 no satisfizo a nadie, ni a los de derechas ni a los de izquierdas. Esta situación se hizo evidente en julio, cuando un desilusionado Reichstag, casi olvidado desde 1914, aprobó una resolución que llamaba a una negociación para finalizar la guerra y rechazaba abiertamente los esfuerzos expansionistas bélicos demandados tanto por el gobierno como por la derecha. Inspirada por Matthias Erzberger, del católico Partido Zentrum, la resolución fue aprobada por una amplia coalición compuesta por socialdemócratas, Zentrum y progresistas liberales de izquierdas. Después del verano patriótico de 1914, el Reichstag, e incluso el káiser, habían desaparecido de la vista de la gente y, desde 1916, los comandantes del ejército, el mariscal de campo Paul von Hindenburg y el general Erich Ludendorff, gobernaban el país entre bambalinas, en una «dictadura silenciosa». El ejército simplemente ignoró la resolución, apartó al canciller presidente de su cargo, instaló una suerte de marioneta dócil y reforzó su poder en las decisiones de Estado. La Resolución de Paz del Reichstag, como se la llamó, enfureció a la derecha, la cual acusó al Reichstag de estar bajo el control de los «internacionalistas» de la socialdemocracia y sus socios en Zentrum y entre los liberales democráticos.

En respuesta, el Partido Alemán de la Patria, fundado por una coalición de organizaciones de centroderecha en diciembre de 1916, se manifestó en contra de la izquierda, de los liberales y de los judíos, quienes, según denunciaban, estaban socavando el esfuerzo de guerra. El Partido de la Patria era particularmente salvaje en su ataque a los judíos. Los intereses financieros judíos, insistían, dominaban la

economía de guerra alemana, y les permitía rapiñar enormes ganancias mientras los verdaderos alemanes se encontraban luchando y muriendo por la patria. En medio de un miedo y una paranoia crecientes, una nueva marea de agitación antisemita inundó el país. Grupos de derecha como la Liga Pangermana, la Sociedad Colonial y la pequeña aunque ferozmente antisemita orden llamada Sociedad Thule —de hecho, todos grupos que apoyaban con vigor los objetivos expansionistas de Alemania—, compartían estos puntos de vista antijudíos y los transmitían con mucha fuerza a la gente común.

Antes de la guerra, el antisemitismo no tenía un papel importante en la vida política alemana. Al principio de 1890, un número de pequeños partidos regionales habían hecho del antisemitismo el foco central de su atractivo y, en 1893, el Partido Conservador Alemán, en un esfuerzo por reavivar su decaída popularidad, redactó una plataforma antisemita en su Programa de Tivoli. Para 1914, estos pequeños partidos antisemitas habían caído en un bien merecido olvido y el Programa de Tivoli no logró levantar las expectativas electorales de los conservadores, cuya popularidad seguía bajando. Y, sin embargo, pese a no llegar a recoger un apoyo popular significativo, el antisemitismo logró filtrarse en la cultura política alemana durante los años previos a la guerra. Para 1914, aunque distaba de ser dominante, el antisemitismo se volvió considerable y pasó a ser un elemento innegable del discurso político.

En 1916-1917, en medio de señales de crecientes tensiones sociales y económicas, grupos de derecha acusaron a los judíos de controlar la economía de guerra y evitar el servicio militar. Incluso aquellos judíos que estaban en el ejército, aseguraban, no servían en la primera línea de batalla. Estas acusaciones infundadas se volvieron tan intensas que,

en 1916, el Reichstag inició una investigación acerca del rol de los judíos en las industrias de guerra alemanas, y el ministro de Guerra llevó adelante un censo para determinar el número de judíos que servían en las fuerzas y, en particular, en los frentes de batalla. Estas investigaciones indicaron que los judíos no estaban ni sobrerrepresentados en la economía de guerra ni infrarrepresentados en las fuerzas armadas, al igual que en el frente de batalla o en los informes de bajas. Cien mil judíos sirvieron en el ejército durante la guerra, doce mil murieron en acción y treinta y cinco mil fueron condecorados por su valentía. Pero, como los resultados del *Jüdenzählung* («censo judío») del ejército nunca se hicieron públicos, continuaron las malévolas acusaciones desde la derecha.[32]

También contribuía a esa atmósfera de sospechas y discordias el hecho de que Alemania estuviera comenzando a sentir toda la fuerza del muy efectivo bloqueo inglés, lo que condujo a una severa escasez de alimentos y combustibles para la calefacción. El país entraba lentamente en un período de hambruna, situación que llegaría a proporciones catastróficas para el helado «Invierno de los nabos» de 1916-1917, cuando doscientos cincuenta mil civiles murieron de hambre o a causa de enfermedades producidas por malnutrición. En diferentes ciudades brotaron manifestaciones contra la hambruna, y los primeros signos de conflictividad laboral salieron a la superficie. En 1915, Alemania había sufrido ciento treinta y siete huelgas; en 1916, doscientas cuarenta, y en 1917, el número llegó a quinientas sesenta y una. Luego, en enero de 1918, cuatrocientos mil huelguistas aparecieron en las calles de Berlín, y huelgas similares, aunque más pequeñas, se produjeron en Dusseldorf, Kiel, Colonia y Hamburgo. Hacia finales de ese año, la revolución envolvía a todo el país.[33]

El espectacular aumento de la agitación laboral, en especial en la vital industria de las municiones, estimuló el odio de Hitler por la socialdemocracia y los sindicatos. Un camarada recordaba que «Hitler se puso furioso y gritó con voz terrible que los pacifistas y los que evitaban ser soldados estaban perdiendo la guerra».[34] «¿Para qué estaba el ejército luchando en la guerra si el propio país ya no estaba interesado en la victoria?», dijo Hitler, encolerizado. «¿Para quiénes se hacían los inmensos sacrificios y privaciones? Se espera que el soldado luche por la victoria y el país va a la huelga en contra de esa victoria.»[35] Hitler, recordaba un compañero de armas, solía sentarse «en un rincón de nuestra cantina con la cabeza entre las manos, en profundo estado de contemplación. De repente, se levantaba de un salto y, corriendo de un lado a otro, presa de una gran excitación, decía que, a pesar de nuestros grandes cañones, la victoria nos sería negada, pues los enemigos invisibles del pueblo alemán eran todavía más peligrosos que los cañones más grandes del enemigo».[36] Ya en 1915 había escrito a un conocido en Múnich que, para el final de la guerra, esperaba encontrar a la patria alemana «más pura y limpia de la influencia extranjera», de modo que «no solo los enemigos de Alemania en el exterior hayan sido aplastados, sino que también el internacionalismo interno estuviera roto en pedazos».[37] Su odio por los «rojos» creció a un ritmo continuo durante los dos últimos años de la guerra y, en sus raras visitas de regreso a Alemania, se sentía desorientado, en territorio extranjero, rodeado de cínicos, de hombres que evitaban ser soldados, de socialistas y de judíos. Siempre se sintió dispuesto a volver al frente de batalla.

Hitler había encontrado un hogar en el ejército. La guerra le había dado disciplina y dirección a su vida, y el ejército había proporcionado a este perpetuo marginado un sentido

de pertenencia que nunca antes había experimentado. Y, sin embargo, aun entre sus más cercanos camaradas, él seguía siendo una rareza, un «bicho raro», como dijo uno de ellos, «que no se unía a nosotros cuando maldecíamos contra la guerra».[38] Mientras que otros soldados tenían familias o amantes o trabajos esperándolos en sus hogares, Hitler no tenía a nadie. Recibía pocos paquetes o cartas, incluso para Navidad, y había decidido no visitar a su familia en Austria en ninguna de sus raras licencias. Sus compañeros respetaban su valentía y responsabilidad, pero lo encontraban peculiar: demasiado callado, demasiado falto de humor, demasiado mojigato. No fumaba ni bebía y no compartía sus parloteos acerca de sus logros y fantasías sexuales. Se negó a visitar a las prostitutas francesas con ellos. Consideraba que eso era una traición al honor de Alemania, sermoneaba piadosamente y, además, estaba obsesionado y tenía un miedo morboso de contraer sífilis.[39] Lo encontraban también demasiado celoso de sus deberes, demasiado devoto del ejército, demasiado idealista, demasiado cerrado en su nacionalismo. Nunca se permitía los usuales lloriqueos sobre las tediosas exigencias e incomodidades de la vida en el ejército y se ponía furioso ante cualquier comentario casual que indicara el mínimo atisbo de desagrado por la guerra.

A medida que la guerra se prolongaba, la identificación de Hitler con su país de adopción se fue haciendo cada vez más completa. Alemania *tenía* que ganar la guerra, la derrota —el fracaso— era algo aterrador, una calamidad demasiado espantosa, demasiado vergonzosa, como para ser considerada. Salvo por algunos comentarios aislados, la política estaba fuera de sus conversaciones habituales en los primeros años de guerra. «Yo era un soldado en ese entonces», explicaría luego, «y no quería hablar de política. Y, realmente, no era el momento para hacerlo».[40] Eso comenzó a

cambiar a medida que la posición militar de Alemania empezó a deteriorarse, entre 1917 y 1918, y la desmoralización empezó a difundirse como una infección entre las tropas. Durante esos años, los hombres cercanos a él se sorprendían ante las explosiones de ira de Hitler contra los «rojos» y los que evitaban ser soldados, un tema que pronto, hacia el final de la guerra, se convertiría en una obsesión patológica.[41] Los socialdemócratas y los sindicatos seguían siendo el principal objetivo de los ataques de Hitler e, irónicamente, dados los hechos posteriores, sus camaradas no podían recordar que Hitler dijera algo diferente de los ligeros y habituales comentarios en torno a los judíos. Uno incluso recordaba que Hitler hablaba acerca de sus años amargos en Viena y de la fuerte presencia de judíos en el lugar, pero lo hacía «sin ningún tipo de malevolencia».[42] Al mencionar la buena relación de Hitler tanto con los oficiales como con otros hombres judíos del regimiento, el capitán Fritz Wiedemann, su superior inmediato, simplemente no podía creer que el «odio de Hitler hacia los judíos datara de esa época».[43] Fue un oficial judío, Hugo Gutmann, quien lo había recomendado como candidato a la Cruz de Hierro de 1.ª Clase. Aun después de que Hitler llegara a destacarse en la política, y sus camaradas de los tiempos de la guerra fueran entrevistados por la prensa y por el partido para que hablaran de sus recuerdos en torno al Führer, no lograron encontrar recuerdos en torno a sus opiniones acerca de los judíos o del antisemitismo en general. Inclusive les costó recordarlo a él.

Hubo, sin embargo, un aspecto sorprendente de su experiencia militar que merece un comentario. A pesar de su prolongado servicio en el frente de batalla y de sus dos cruces de hierro, Hitler fue ignorado repetidamente en el momento de las promociones y siguió siendo cabo durante to-

da la guerra. Puede ser que no estuviese interesado en ascensos porque eso implicaría dejar su cómodo hogar en el regimiento, pero había otros motivos mucho más preocupantes. Uno de sus superiores creía que no estaba preparado para comandar debido a su «inestabilidad mental»[44] y, como informó luego el capitán Wiedemann, el cabo Hitler simplemente carecía de «capacidad de liderazgo».[45]

A principios de octubre de 1918, Hitler fue cegado en un ataque británico con gas mostaza cerca de Ypres. Después del tratamiento inicial en Flandes, fue transferido a un hospital militar en Pasewalk, al noreste de Berlín. La ceguera inicial desapareció, como era común en casos leves de gas mostaza, y la condición de Hitler no fue considerada seria. Los médicos creían que su ceguera residual era en gran parte psicosomática, una reacción psicológica al *shock*. Fue tratado no en el sector de oftalmología, sino en la sección de psiquiatría del hospital. Fue allí, el 10 de noviembre, cuando oyó la sorprendente noticia de que la guerra había terminado, que Alemania había firmado el armisticio —en realidad, se había rendido—, que el káiser había abdicado y que los revolucionarios estaban en las calles de Berlín. Al escuchar este informe devastador, sufrió un repentino y sumamente inusual segundo ataque de ceguera, el cual, los médicos estaban convencidos, no era consecuencia de un envenenamiento con gas mostaza, sino de la histeria. Uno de los psiquiatras que lo examinó consideró que Hitler debía ser diagnosticado como «un psicópata que padecía histeria».[46]

El profundo golpe que significó para Hitler este hecho era compartido por muchos alemanes. Ignorantes de la verdadera situación militar y desinformados por los inexorablemente optimistas boletines del Comando Supremo Militar que, confiados, decían que había una luz al final del túnel, que la victoria estaba al alcance de la mano después de la si-

guiente ofensiva, o de la siguiente, o de la siguiente a esa, el pueblo no estaba de ninguna manera preparado para una noticia tan devastadora. Era, sencillamente, algo inconcebible. Después de todo, no quedaba ninguna tropa enemiga en territorio alemán; las fuerzas alemanas estaban dentro de Francia y ocupaban casi toda Bélgica; Rusia estaba derrotada y en medio de su revolución; los motines amenazaban al ejército francés, e Inglaterra estaba cerca de un punto de quiebra. Pero la posición del ejército alemán, según el Comando Supremo, era desesperante. La muy elogiada ofensiva llevada adelante en la primavera por Ludendorff había fallado, aunque el alcance total de la catástrofe fue ocultado tanto a la gente como al gobierno civil, por débil que este fuera. El golpe final vino en septiembre, cuando los aliados occidentales, animados por la llegada de tropas estadounidenses, lanzaron una ofensiva mayor que amenazaba con quebrar las líneas alemanas en cualquier momento. Si tal situación se daba, y el Comando Supremo temía que eso era inevitable, las tropas aliadas arrasarían con Alemania. La situación era desesperante. Para gran sorpresa de los partidos en el Reichstag, Ludendorff, quien operó casi como un dictador militar durante los últimos dos años de la guerra, exigió que el gobierno alemán procurara un armisticio inmediato. Buscaba evitar no solo el avance de los aliados en Alemania, que pondría en evidencia el terrible fracaso del Comando Supremo del ejército, sino también, e igual de importante, trasladar la responsabilidad de la derrota (porque ya era una derrota) del ejército al Reichstag.

La noticia de que Alemania estaba buscando un armisticio recorrió como una onda expansiva todo el país. El pueblo, cansado ya del clima de guerra y habiendo resistido durante cuatro años sufrimientos y sacrificios, quería de manera desesperada la paz, y las exhaustas tropas estaban en

un estado de casi rebelión. La disciplina se derrumbó; los soldados desafiaban a sus comandantes y muchos sencillamente desaparecían, desertando de sus unidades para emprender el camino a casa. Nadie quería morir en los últimos días de una guerra que ya estaba perdida. Las cosas llegaron a un punto crítico cuando el 4 de noviembre, en la base naval de Kiel, marineros rebeldes se amotinaron y se negaron a cumplir las órdenes de abandonar el puerto para enfrentarse a la flota británica, en la que hubiese sido sin duda una misión suicida. El motín en Kiel inició un fuego rebelde que se esparció de inmediato por todo el país. Los trabajadores salieron a las calles y los consejos (*Räte*) de soldados y de trabajadores, siguiendo el ejemplo bolchevique, brotaron espontáneamente en todos los pueblos y ciudades. Los trabajadores revolucionarios arrancaban las insignias de los uniformes de los soldados que regresaban. Las banderas rojas flameaban en los ayuntamientos.

El 9 de noviembre, sin opción viable alguna y en una situación que empeoraba a cada hora que pasaba, el káiser Guillermo II se exilió y, con él, desapareció el orgulloso Imperio Alemán de Bismarck y de los Hohenzollern. Moviéndose en aguas constitucionales desconocidas, el último canciller del Imperio Alemán, Max von Baden, se dirigió al líder socialdemócrata Friedrich Ebert para que formara un gobierno. Ebert de inmediato formó un gobierno provisional dominado por los dos partidos socialistas (el SPD, dividido en ese momento en dos: la mayoría socialdemócrata por un lado y, por otro, el más radical USPD) y convocó un congreso nacional de Consejos de Trabajadores, Soldados y Campesinos que debía reunirse en diciembre en Berlín. Con el país hundiéndose hacia la violencia, su tarea era determinar la forma y el futuro de un nuevo Estado alemán. Ese congreso, dominado por los socialistas moderados, llamó a

elecciones nacionales para crear una convención constituyente que establecería la constitución para una república democrática. Antes de esas elecciones, las primeras en las que las mujeres podrían votar, elementos de la izquierda más radical se alzaron en una revuelta con el objetivo de desviar el camino electoral hacia una posición revolucionaria más radical.

En una jugada desesperada que produciría una ruptura fatal entre las fuerzas de la izquierda, el gobierno provisional convocó a las fuerzas de la Reichswehr («defensa nacional») y a las formaciones irregulares de veteranos que regresaban (los Cuerpos Libres) para reprimir el levantamiento comunista. En una semana de fuertes enfrentamientos en las calles de Berlín, los líderes radicales Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron brutalmente asesinados. Pese a la violencia residual, la elección nacional avanzó y dio como resultado una victoria avasalladora de la posición centrodemocrática y de izquierda moderada. Los partidos de la Resolución de la Paz se llevaron tres cuartos del total de votos y establecieron una convención constitucional nacional en la pequeña ciudad turingia de Weimar, a salvo de las esporádicas peleas callejeras y del tumulto revolucionario que continuaban azotando las calles de Berlín. El lugar elegido para el encuentro también contenía un mensaje simbólicamente fuerte: Weimar era la ciudad de Goethe y de Schiller, el hogar del humanismo alemán, y su elección tenía el objetivo de demostrar, tanto al pueblo alemán como a los aliados, que la nueva Alemania se había apartado de las garras del autoritarismo y del militarismo prusianos.

Para Hitler, estos acontecimientos fueron algo más que un terrible golpe. La derrota de Alemania era *su* fracaso; la humillación alemana, *su* desgracia, otro rechazo de su yo interior. El ejército alemán, creía él (*tenía* que creer), no había

perdido la guerra. Con la victoria casi en sus manos, había sido acuchillado por la espalda por los «pacifistas e internacionalistas» en su propio país. Esa, para Hitler, resultó ser la única explicación que se podía permitir y, tras el terrible colapso alemán, un vínculo por mucho tiempo adherido en el fondo de su conciencia cristalizó ante sus ojos: la nación había sido traicionada por una malévola conspiración de marxistas y judíos. Y, con ese horroroso descubrimiento, todo lo que había absorbido en Viena, todo lo que había interiorizado en los cafés y los refugios de indigentes, salió hirviendo a la superficie en una ardiente erupción de furia y odio. Mientras yacía en su cama de hospital en Pasewalk, «la vergüenza de la indignación y la deshonra me quemaba la frente [...] y el odio creció en mí, odio hacia los responsables de este terrible hecho».[47]

Millones de soldados que regresaban estaban siendo dados de baja y se abrían camino entre el caos revolucionario para poder llegar a sus hogares. Pero Hitler no estaba dispuesto a dejar la guerra atrás. «En el mundo de la paz», observó el periodista Konrad Heiden con sagacidad, «Hitler era un extranjero; en el mundo de la guerra, se sentía en casa».[48] En ese momento, no tenía ningún lugar adonde ir. El ejército se estaba disolviendo, los consejos revolucionarios de trabajadores y soldados brotaban a lo largo y ancho de Alemania, los socialdemócratas, los eternos segundones del Imperio Alemán, tenían el poder en Berlín y la revolución podía sentirse en el aire. A fines de noviembre, mientras luchaba por entender el pesadillesco giro que habían tomado las cosas, Hitler recibió el alta en el hospital y se le ordenó presentarse a la reserva del regimiento en Múnich. Con su usual tendencia a dramatizar su propia vida, más adelante diría que fue entonces, en el momento en que se disponía a abandonar Pasewalk, cuando tomó la decisión fundamental

de «participar en política». Lo cierto es que dejó el hospital sin más objetivo que seguir en el ejército todo el tiempo que fuera posible, lugar en donde se le garantizaba comida, alojamiento y, por primera vez en su vida, una paga regular.[49] A los 29 años de edad, pronto sería separado del ejército y volvería a ser otra vez, como en sus años en Viena y en el Múnich de antes de la guerra, un mero rostro en la multitud, un desconocido sin profesión alguna, sin nada por delante, sin futuro.

2

Hitler y el caos de la Alemania de posguerra

Cuando Hitler llegó a Múnich, a fines de noviembre de 1918, encontró una ciudad sumida en la agitación política. A principios de ese mes, una revolución socialista encabezada por Kurt Eisner del USPD, que había pasado un año en prisión por oponerse públicamente a la guerra, depuso a la antigua monarquía de los Wittelsbach y proclamó una República Socialista Bávara. El gobierno socialista se esforzaba por establecer una cierta apariencia de orden, pero, con la escasez de alimentos, el desempleo rampante y miles de veteranos armados vagando por las calles, resultó ser incapaz de dominar la deteriorada situación. El 21 de febrero de 1919, Eisner fue asesinado por un fanático de ultraderecha, lo que dio lugar a una reacción en cadena de violencia política que prácticamente sumió a Múnich en el caos. Un gabinete encabezado por Johannes Hoffmann, de la mayoría so-

cialdemócrata (MSPD), asumió el poder, pero el 7 de abril un grupo de radicales frustrados, más anarquistas y bohemios que comunistas (algunos los llamaban burlonamente «revolucionarios de café»), declararon la creación de un gobierno basado en los Consejos de Trabajadores, Soldados y Campesinos. En el creciente desorden que siguió, el gabinete de Hoffmann huyó a Bamberg, en el norte de Baviera, y se negó a reconocer esta nueva República de Consejos (Räterepublik).

Encabezada por un poeta y dramaturgo de 25 años, Ernst Toller, la República de Consejos disparó una andanada de reformas, algunas de ellas radicales, otras espectacularmente peculiares: el capitalismo quedaba abolido y se emitiría dinero gratis; todos los bancos y empresas industriales debían ser nacionalizados; la agricultura debía ser colectivizada; se levantaría un ejército rojo, y se crearían tribunales revolucionarios para descubrir actividades contrarrevolucionarias. El nuevo régimen también ordenó que los poemas de Hölderlin y Schiller fueran publicados en las primeras planas de todos los periódicos de la ciudad, y su comisario para Asuntos Exteriores, recién salido de un manicomio, declaró la guerra a Wurtemberg y a Suiza porque «esos perros» no le habían prestado las locomotoras que tanto se necesitaban. También telegrafió a Lenin y al papa quejándose indignado de que su predecesor había huido con la llave del baño ministerial. Nadie se sorprendió cuando la Räterepublik cayó después de solo seis días, derrocada por militantes comunistas que declararon la creación de una República Soviética de Baviera según el modelo bolchevique. La toma del poder comunista fue dirigida por dos bolcheviques rusos, Max Levien y Eugen Leviné, que proclamaron que este gobierno, a diferencia de su diletante predecesor, sería «el genuino gobierno del proletariado». De inmediato convocaron una

huelga general, desarmaron la policía de Múnich y dispusieron la creación de un ejército rojo conducido por veteranos y sindicalistas extremistas. Para pagar esta fuerza, saquearon las casas de las mejores zonas de la ciudad y ordenaron a todos los civiles que entregaran su dinero en efectivo a cambio de comprobantes de crédito respaldados por el gobierno. Siguiendo las instrucciones de Moscú, ordenaron el arresto de aristócratas y de miembros prominentes de la clase media alta, cincuenta de los cuales fueron retenidos como rehenes en una escuela secundaria local. Baviera, proclamaron con orgullo, constituiría el avance de un archipiélago comunista que se extendería desde Rusia, Hungría y Austria hasta Europa Occidental.

En Bamberg, el gabinete de Hoffmann acudió al gobierno provisional en Berlín para reclutar una fuerza de unos treinta y cinco mil hombres de los Cuerpos Libres para marchar contra el gobierno comunista de Múnich. Estas unidades de Cuerpos Libres eran asociaciones paramilitares que se formaron de manera espontánea en toda Alemania en 1919, cuando seis millones de veteranos volvieron al país y fueron apartados de inmediato del ejército. En su mayoría eran soldados desmovilizados, oficiales de grados inferiores y hombres alistados, cuya experiencia formativa había sido la guerra y que se mostraban incapaces o no dispuestos psicológicamente a desmovilizarse. A ellos se unió una mezcla de ansiosos estudiantes universitarios y hombres jóvenes que se habían perdido la guerra y estaban impacientes por entrar en acción. Tendían a ser ultranacionalistas, antimarxistas y, a menudo, antisemitas.

Lejos de sentirse amenazada por estas organizaciones paramilitares, la Reichswehr veía a los Cuerpos Libres como auxiliares útiles para el severamente reducido ejército y proporcionó fondos para sus operaciones. El gobierno pro-

visional en Berlín envió unidades de Cuerpos Libres para proteger la frontera oriental de Alemania contra los polacos y los bolcheviques, y también los desplegó contra enemigos internos de la extrema izquierda. Aunque su misión aparente era restaurar la ley y el orden, sus acciones se convirtieron en una cruzada sangrienta contra la izquierda extremista. En la primavera de 1919, unidades de los Cuerpos Libres, siguiendo órdenes del gobierno, reprimieron de manera brutal un movimiento huelguista de inspiración comunista en el Ruhr y atacaron bases de la izquierda radical en otras partes del país. Alemania se tambaleaba al borde de la guerra civil. El hecho de que estas formaciones armadas, apenas legales, pudiesen vagar por su territorio como mercenarios de la Guerra de los Treinta Años, luchando contra las posibles amenazas de la izquierda en todas partes, era un reflejo de las condiciones caóticas que predominaban en el país. Aunque actuaban de forma independiente y nunca se unieron bajo un solo comando, en 1919-1920 estas unidades sumaban entre trescientos mil y cuatrocientos mil hombres, aproximadamente cuatro veces el tamaño del ejército regular.[1]

A finales de abril de 1919, los Cuerpos Libres rodearon el «Múnich rojo» y luego, en una orgía de brutalidad despiadada, durante los primeros días de mayo, las tropas de los Cuerpos Libres, usando armas pesadas e incluso lanzallamas, aplastaron al ampliamente superado «ejército rojo». Los líderes de la República Roja fueron fusilados o muertos a golpes, o ejecutados después de juicios sumarios; los más afortunados escaparon para cruzar la frontera. En total, alrededor de seiscientas personas —mil doscientas según algunos cálculos— murieron en la lucha y por sus sangrientas secuelas dejando tras de sí una impresión indeleble del terror bolchevique y de represión contrarrevolucionaria.[2]

Establecido en Múnich durante el período más violento de la revolución, Hitler fue testigo de los feroces demonios marxistas de sus pesadillas, los revolucionarios «no alemanes» que habían saboteado el Reich para entregar a Alemania a los rapaces aliados. Aquí también confirmó la asociación que hacía entre los judíos y la izquierda extremista. En efecto, muchos de los líderes comunistas eran judíos. Por supuesto, la mayoría de los judíos no eran extremistas y la mayoría de los extremistas no eran judíos, pero muchos, y no solo los de la derecha radical, llegaron a compartir esta falsa idea durante el período de caos, revolución y violencia de la posguerra. Quienes buscaban un chivo expiatorio que explicara la caída de Alemania lo habían encontrado.

Contra lo que dice su breve y ofuscado relato de aquellos turbulentos días en *Mein Kampf* (Mi lucha), Hitler no participó en la resistencia a los rojos, y mucho menos en su derrota. De la mejor manera posible, se mantuvo con la cabeza gacha, sirviendo de manera discreta y oportunista a los sucesivos gobiernos socialistas en el ejército regular bávaro. Se sintió aliviado cuando pudo escapar de Múnich durante casi dos meses, cuando estuvo fuera de peligro en Traunstein como guardia en un campo de prisioneros de guerra hasta que regresó a Múnich a principios de febrero. Una vez allí, su única obligación era proteger la estación principal del ferrocarril y luego informar sobre los miembros de su unidad que sospechara que fueran simpatizantes de los izquierdistas, tarea que desempeñó con su celo habitual.[3] Múnich, en la primavera de 1919, estaba en esencia bajo dominio militar, y la Reichswehr bávara estaba decidida a descubrir y eliminar cualquier sentimiento subversivo remanente entre la tropa. Con este fin, estableció una oficina de inteligencia militar que inició un programa para adoctrinar a los soldados en los correctos valores antimarxistas y na-

cionalistas. Se creó una serie de «cursos de oradores» para capacitar a «personalidades adecuadas entre las tropas» que parecían tener el potencial de ser instructores eficaces, y a principios de junio se asignó a Hitler a este programa. Los cursos, impartidos en gran parte por profesores de la universidad, incluían Historia Alemana desde la Reforma, Historia Política de la Guerra, Socialismo en la Teoría y en la Práctica y Nuestra Situación Económica y las Condiciones de la Paz.[4] Todos los instructores tenían impecables credenciales nacionalistas, pero uno en particular causó una fuerte impresión en Hitler. Gottfried Feder, un ingeniero de formación y economista autodidacta, daba clases sobre su concepto de «esclavitud de intereses» y establecía una distinción entre el capital derivado del trabajo productivo y el capital proveniente de la especulación y el interés bursátil. Los judíos, argumentaba con ferocidad, eran maestros en esto último, en las finanzas internacionales que explotaban y esclavizaban a los alemanes honestos a través de una improductiva manipulación del capital. El tema de su primera clase, romper la esclavitud del interés, pronto sería incluido en el programa nacionalsocialista. Hitler creía que era «una verdad teórica que inevitablemente sería de una importancia inmensa para el futuro del pueblo alemán».[5]

Un día, durante un receso entre las clases, Karl Alexander von Müller, uno de los instructores de Hitler, vio un grupo de estudiantes, reunidos alrededor de uno de ellos, que mantenían una acalorada discusión. «Los hombres parecían hechizados por un individuo en medio de ellos que les hablaba sin parar con una voz extrañamente gutural pero apasionada. Tuve la inquietante sensación de que su emoción estaba vinculada con lo que hacía y, al mismo tiempo, conformaba la fuente de su propio poder. Vi una cara pálida y delgada bajo una mata de pelo que colgaba, y unos grandes

ojos azul claro que brillaban fanáticamente.» Luego le comentó al capitán Mayr, jefe del programa: «¿Sabía usted que tiene un orador natural en su grupo?».[6] Hitler se convirtió de inmediato en la estrella del programa. Su forma de hablar extrañamente atrapante, su fanática intensidad y su lenguaje populista provocaban respuestas entusiastas y tormentosas por parte de los soldados que formaban su audiencia cautiva. Había descubierto un talento oculto. «De inmediato, me ofrecieron la oportunidad de hablar ante un público más amplio; y lo que siempre había supuesto por puro sentimiento, sin saberlo, ahora se corroboraba: yo podía "hablar".»[7]

En julio, Mayr lo eligió como parte de un pequeño grupo de agentes que conduciría un curso de adoctrinamiento de cinco días en un campamento de la Reichswehr cerca de Augsburgo, donde se decía que los prisioneros de guerra que volvían del frente de batalla albergaban sentimientos comunistas. Sus discursos fueron atronadores ataques a los marxistas, los «criminales de noviembre» que habían apuñalado al ejército por la espalda y el universalmente odiado Tratado de Versalles, firmado en junio. «*Herr* Hitler», dijo uno de los soldados en su audiencia, «es un orador nato del pueblo, y por su fanatismo y su atractivo para la multitud claramente captura la atención de sus oyentes y los hace pensar como él».[8] Era particularmente feroz cuando se hablaba de los judíos. Tan extremas, tan incendiarias eran sus arengas antijudías que el comandante del campamento le pidió que moderara su retórica antisemita.[9] Para cuando regresó a Múnich, Hitler había adquirido la reputación de ser una especie de experto en asuntos judíos, tanto que, cuando Mayr recibió una carta de *Herr* Adolf Gemlich pidiéndole aclaraciones sobre la «cuestión judía», le pidió a él que escribiera la respuesta.

Gemlich quería saber si era cierto que los judíos constituían una amenaza, como algunos lo veían, o se estaba sobreestimando su «influencia corruptora». Hitler comenzó su carta afirmando que «el peligro que representan los judíos para nuestro pueblo» era muy real y debía combatirse. Pero «el antisemitismo como movimiento político», insistía, «no podía definirse por impulsos emocionales, sino por el reconocimiento de los hechos», el primero y más importante de los cuales era que los judíos eran «una raza, no una comunidad religiosa». El judío «vive entre nosotros como una raza extranjera no alemana» con todos los derechos de la ciudadanía, mientras corrompe a la sociedad alemana con su obsesión por el dinero. En ese deseo de los judíos por el dinero y el poder, son «inescrupulosos en la elección de los métodos e implacables en su uso [...]. Su poder es el poder del dinero, el cual se multiplica en sus manos sin esfuerzo e indefinidamente a través de los intereses», dijo haciéndose eco de las palabras de Feder. «Todo objetivo mayor propuesto por los hombres —religión, democracia, socialismo— es para el judío apenas un medio para un fin, la manera de satisfacer sus ansias por el oro y la dominación.» En la que sería una de sus muchas y ominosas metáforas biológicas, los judíos, aseguraba, eran «la tuberculosis racial de las naciones».

El antisemitismo emocional podría dar una satisfacción pasajera, pero solo produciría pogromos sin sentido. Pero «el antisemitismo basado en la razón» llevaría a una campaña legal sistemática contra los judíos y a la eliminación de sus privilegios. Esto no podía lograrlo un gobierno democrático débil liderado por «mayorías irresponsables» con «frases y consignas internacionalistas». En cambio, lo que se necesitaba era un Estado poderoso dirigido por «personalidades de liderazgo con mentalidad nacional». Los dere-

chos y privilegios de esta raza extranjera y corrosiva se debían frenar o eliminar, pero «el objetivo final», concluía, «debe ser la eliminación irrevocable de los judíos en general».[10]

La carta de Hitler, fechada el 16 de septiembre de 1919, es su primer pronunciamiento escrito registrado sobre la «cuestión judía». Es más, constituye su primera declaración política registrada y presagia los elementos básicos de la ideología nacionalsocialista: un Estado nacional poderoso comandado por una dirección despiadada y decidida, el rechazo del gobierno democrático, un renacimiento espiritual de la nación desde dentro, y un antisemitismo radical y racial. También revela que, para el otoño de 1919, la poderosa mezcla de prejuicios, odios y resentimientos formados en Viena y agitados durante la guerra se estaba convirtiendo en una visión política coherente. Hitler estaba adquiriendo educación política; se estaba preparando para entrar en la política.

Además de investigar y combatir la subversión marxista entre las tropas, la unidad de Mayr también tenía como misión vigilar la escandalosa escena política de Múnich. Envió a sus agentes a monitorear los numerosos partidos políticos y organizaciones que surgían por toda la ciudad. Algunos podían ser peligrosos; otros, útiles. El viernes 12 de septiembre de 1919, Mayr envió a Hitler a informar sobre una reunión de un oscuro grupo político que se hacía llamar Partido Obrero Alemán (Deutsche Arbeiterpartei o DAP). La reunión, celebrada en la trastienda de la cervecería Sterneckerbräu, fue poco impresionante: solo asistieron unos cuantos hombres sin importancia. Fundado a principios de año por el mecánico de ferrocarriles Antón Drexler y por Karl Harrer, un periodista deportivo afiliado a la derechista y semisecreta Sociedad Thule, el partido contaba con pocos

miembros y aún menos fuentes de apoyo financiero. Tenía el aire de un club de debate soñoliento y desanimado.

El orador de esa noche fue Gottfried Feder, quien habló sobre cómo y por qué medios se puede eliminar el capitalismo. Era uno de sus temas favoritos y llamó la atención de Hitler, aunque estuvo más interesado en la discusión que siguió. A pesar de que estaba allí para supervisar el proceso, no pudo resistirse y se lanzó a la pelea cuando un profesor universitario del pequeño grupo afirmó que Baviera debía separarse de Alemania y formar una unión con Austria. La arrasadora demolición de esa idea por parte de Hitler impresionó tanto a Drexler que se volvió hacia un colega en el estrado y comentó: «Hombre, este sí que tiene una labia importante. ¡Podríamos usarlo!». Cuando terminó la reunión, Drexler puso una copia de su panfleto *Mi despertar político* en manos de Hitler y lo invitó a asistir a la siguiente reunión. Hitler se retiró poco impresionado.[11]

El folleto, sin embargo, sí despertó su interés. En él, Drexler arremetía contra los males gemelos del marxismo y el capital financiero judío, y proponía un renacimiento nacional reuniendo a las clases trabajadoras y medias en una *Volksgemeinschaft*, una comunidad popular genuina unida bajo un fuerte gobierno nacional autoritario. Hitler se sorprendió unos días después cuando recibió una tarjeta en la que se le informaba de que había sido admitido como miembro del DAP y en la que lo invitaban a la próxima reunión del comité ejecutivo. En un primer momento pensó rechazar ese ofrecimiento no solicitado, pero, al reflexionar, se dio cuenta de que el pequeño partido ofrecía algunas posibilidades interesantes. Su tamaño reducido le permitiría incidir en su organización casi como un miembro fundador, y su poca actividad, junto con su carencia de personalidades fuertes, significaba que él podría ejercer su influencia de in-

mediato. Después de obtener el permiso del ejército, se unió al partido como miembro número 550, un estatus bastante engañoso ya que la lista de afiliados comenzaba con el número 500.

Cuando asistió a la siguiente reunión en un local aún más pequeño y descuidado, descubrió que el partido no tenía programa ni planes ni publicidad, ni siquiera máquina de escribir o multicopista, y ni un sello de goma (algo vital para cualquier organización alemana). También carecía casi por completo de dinero. El comité ejecutivo, presidido por Drexler y Harrer, quería ampliar la cantidad de afiliados, pero no tenía idea de cómo hacerlo. Hitler sugirió anunciar una próxima reunión en la prensa local, en lugar de limitarse a pegar carteles por toda la ciudad y a enviar invitaciones manuscritas a posibles simpatizantes. El comité ejecutivo se mostró escéptico, pero aceptó la sugerencia. La reunión en la Hofbräukeller el 16 de octubre atrajo a un modesto grupo de unas ciento once personas, pero era de lejos el número más grande que el partido había atraído nunca. Una semana después, una audiencia de más de trescientas personas llenó la Eberlkeller para asistir a un mitin del DAP en el que Hitler volvió a hablar.[12] Hitler todavía estaba en la nómina de la Reichswehr (lo estaría hasta el verano de 1920), lo que significaba que tenía mucho tiempo para dedicarse a actividades políticas. La unidad de inteligencia de Mayr estaba encantada de tener un agente dentro del partido (sin duda, Hitler infló la importancia de este en su informe) e incluso proporcionó un modesto subsidio para el partido. Hitler era incansable: siempre estaba buscando formas de atraer la atención hacia el partido y hacia él mismo. Asumió la Dirección de Propaganda (RPL) del partido, pobre como era, y comenzó a transformarlo: de un insignificante club de hombres lo convertiría en una organización política activa y de

alto perfil. Presionó a los dirigentes para que establecieran una oficina permanente, un pequeño espacio sin ventanas en la cervecería Sterneckerbräu, y comenzó a adquirir equipamiento de oficina, carnés impresos para los afiliados, artículos de papelería y hasta un administrador.

Entre finales de 1919 y principios de 1920, Hitler fue ganando rápidamente una reputación de gran orador y agitador. Sus apariciones eran un espectáculo. Parecía estar en todas partes. Hablaba en cervecerías, en auditorios, teatros, en las esquinas, en los parques, ante grupos grandes y pequeños. Los temas nunca variaban: los «criminales de noviembre», la bancarrota de la democracia, la conspiración judía mundial, la amenaza del marxismo. Todos pronunciados en un tono de furia y rabia que encontraban gran resonancia en el clima de miedo, resentimiento e ira que predominaba en el Múnich posrevolucionario.

Esos sentimientos de traición fueron avivados por las acciones de los aliados victoriosos, quienes en el verano de 1919 dieron un golpe fatal a las fuerzas progresistas que intentaban establecer la primera democracia efectiva de Alemania. En enero de 1919, cuando los representantes de la nueva Alemania democrática fueron convocados al palacio de los Borbones en Versalles, se les informó de que, contrariamente a sus expectativas, no estaban allí para negociar, sino para recibir los términos de los vencedores. Los alemanes habían puesto sus esperanzas de lograr un trato justo en el presidente estadounidense Woodrow Wilson, cuyos famosos «Catorce Puntos» proponían, entre otras cosas, una paz sin anexiones, y proclamaban el principio de la autodeterminación nacional de los pueblos. Los alemanes esperaron (y creyeron) que los términos de Wilson serían las bases de una posible negociación. Pero Wilson no fue rival para David Lloyd George y Georges Clemenceau, cuyos países,

después de cinco años de privaciones y matanzas, no estaban dispuestos a ser generosos. Estaban decididos a debilitar a Alemania apretándola, como el primer ministro británico lo expresó tan gráficamente, «hasta que chirríen las semillas».[13] Y eso fue precisamente lo que hicieron al dividir el territorio del Reich, imponer reparaciones severas y desmantelar el ejército de Alemania. En el este, Alemania se vio obligada a ceder Prusia Occidental y Posen al nuevo Estado polaco, lo que permitió crear un corredor polaco al Báltico que separaba a Prusia Oriental de la Alemania propiamente dicha. Para dar a los polacos un puerto en el mar, la ciudad alemana de Danzig fue puesta bajo la administración de la Liga de las Naciones, y Memel, una estrecha franja de territorio alemán a lo largo del Báltico, fue cedida a Lituania.

En el oeste, Alsacia y Lorena, anexionadas por Alemania en 1871, fueron devueltas a Francia, y la región completamente alemana del Sane fue puesta bajo la administración de la Liga de las Naciones durante quince años. Otros trozos de territorio más pequeños fueron entregados a Dinamarca y Bélgica. También le fueron confiscados todos sus territorios coloniales de ultramar en África y el Pacífico Sur. Pero lo más impactante y, para los alemanes, lo más injusto, fue que los británicos y los franceses se negaron a permitir la unión de la Austria alemana con el nuevo Estado alemán. Los austríacos dejaron claro su deseo de tal unión, pero los aliados no estaban dispuestos a aceptar que Alemania, democrática o no, emergiera de la guerra más grande de lo que había sido en 1914. Para los alemanes, esto simplemente probó que el tan anunciado principio de autodeterminación nacional no era más que un fraude que solo se aplicaba cuando perjudicaba intereses alemanes, y no cuando beneficiaba al nuevo Estado democrático.

Aunque no tan controvertidas, pero igualmente humillantes, las cláusulas de armamento del tratado en esencia despojaban a Alemania de su capacidad militar destruyendo toda posibilidad de hacer la guerra y, según los alemanes, también de defenderse. Una gran franja de territorio en Renania fue declarada zona desmilitarizada, lo que abría la posibilidad de que las fuerzas francesas marcharan directamente hacia el corazón industrial de Alemania si así lo deseaban. El ejército se redujo a cien mil soldados. A Alemania no se le permitía tener una fuerza aérea ni tanques ni artillería pesada. El Estado Mayor fue disuelto: no se permitió el servicio militar y a la armada se le permitió tener solo seis buques de guerra y ningún submarino. El ejército alemán, orgullo de la nación, casi había dejado de existir, y Alemania, como sus delegados denunciaron con amargura, en esencia quedó indefensa.

Por último, los aliados presentaron a Alemania una factura por las pérdidas financieras sufridas por las potencias vencedoras, pero no se fijó una suma final en la conferencia. Alemania se vio obligada a firmar un cheque en blanco por las reparaciones debidas. Lo más irritante era una cláusula de culpabilidad de guerra, el artículo 231, que forzó al país a aceptar la responsabilidad exclusiva por el estallido del conflicto. Fue la justificación más radical de las reparaciones y otras cláusulas severas del tratado.

Los términos del tratado se hicieron públicos en mayo de 1919, lo que provocó una tormenta de indignación en Alemania. El armisticio había sido una sacudida inesperada de dura realidad. El tratado fue un *shock* profundamente desestabilizador. Todos, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, estaban indignados por esta «paz dictada», este *Diktat*. En esa indignación se olvidaron convenientemente los términos draconianos que Alemania había impuesto a la

Rusia derrotada en el Tratado de Brest-Litovsk apenas un año antes, y había pocas dudas de que Alemania habría realizado demandas territoriales y reparaciones igual de extremas contra los aliados occidentales si hubiera ganado la Gran Guerra. También se dejó de lado el hecho de que, si aceptaban esos términos, Alemania evitaría la ocupación militar.

Tan indignada estaba la delegación alemana que se negó a firmar y regresó a Berlín. Pero el gobierno provisional se enfrentaba a duras realidades. El bloqueo británico todavía estaba en vigor, y lo seguiría estando hasta que se aceptara el tratado, y la amenaza de la invasión sobrevolaba de manera ominosa sobre todo el proceso. A los alemanes se les dieron solo cinco días para aceptar los términos o enfrentar la ocupación militar. El plazo se extendió cuarenta y ocho horas más porque el gabinete en funciones renunció en protesta y hubo que formar un nuevo gobierno.[14] Finalmente, el 28 de junio de 1919, la desmoralizada delegación alemana firmó el tratado en la lujosa Galería de los Espejos de Versalles.

El Tratado de Versalles fue una catástrofe para la nueva república, y una bendición para sus enemigos. Una de las debilidades más profundas del tratado fue que los aliados, siguiendo el ejemplo de Wilson, se negaron a tratar con representantes del antiguo régimen, lo que permitió que el káiser y sus generales eludieran la responsabilidad por la catástrofe que habían provocado en su país y en Europa. En cambio, los aliados obligaron a los partidos democráticos de la recién nacida república a aceptar los humillantes términos.[15] El momento no podía ser peor. Desde enero, los representantes electos habían estado trabajando en la provinciana ciudad de Weimar para redactar una constitución para el nuevo Estado. Sus deliberaciones dieron como resultado

una constitución para un Estado de bienestar democrático que garantizaba los derechos individuales, los derechos civiles de las mujeres y el sufragio universal, así como un sistema radical de representación proporcional que aseguraba que casi todas las opiniones fueran escuchadas en el Reichstag.

Pero estos logros progresistas fueron sepultados bajo una avalancha de indignación de todo el espectro político cuando, casi al mismo tiempo, los aliados presentaron sus términos de paz finales en París. Aunque los partidos que redactaron «la Constitución de la República de Weimar», como rápidamente fue bautizada, no habían sido responsables de la desastrosa conducción de la guerra ni de la capitulación de Alemania, la nueva república cargaría con el corrosivo legado de ambos hechos. Al comienzo de su frágil existencia, la República de Weimar fue identificada con la derrota de Alemania y el tratado universalmente impopular que le siguió. Fue un legado que el nuevo Estado democrático nunca superó.

A Hitler, el tratado le proporcionó munición para su ataque a los «criminales de noviembre» y al gobierno democrático que intentaban establecer. Fue, según Hitler, un «tratado vergonzoso», una «segunda traición al pueblo», y sus términos fueron por él bautizados como «los grilletes de Versalles».[16] Y, por supuesto, aquello era el resultado de la maligna inventiva de los judíos. Se convirtió en un elemento básico de sus discursos que, a finales de 1919, atraían cada vez más la atención pública. En un principio, el DAP recurrió a los oradores más establecidos de la derecha nacionalista racista (*Völkisch*) para atraer a la audiencia, pero de manera gradual se hizo evidente que Hitler, que a menudo hablaba en segundo lugar en el programa, era la verdadera atracción. En la primera gran reunión del partido, celebrada

en la espaciosa sala de fiestas de la Hofbräuhaus el 20 de febrero de 1920, el orador principal fue una figura muy conocida en los círculos derechistas. Habló durante dos horas y su discurso fue recibido con un aplauso cortés por los aproximadamente dos mil asistentes. Cuando terminó, Hitler subió al estrado y comenzó una amplia exposición sobre el nuevo programa del partido —los Veinticinco Puntos— que él y Drexler habían formulado hacía poco. Mientras hablaba, el ambiente en el atestado salón experimentó un cambio radical. Fue como si una descarga eléctrica hubiera sacudido a la multitud y derramara chispas de emoción por toda la enorme sala. El público interrumpió repetidamente a Hitler con estruendosos aplausos; estallaron peleas entre partidarios leales y opositores de la izquierda, pero Hitler continuaba y arrastraba a la concurrencia consigo. Se había apropiado del espectáculo.[17]

Las apariciones de Hitler pronto se convirtieron en piezas de teatro político, donde la confrontación era tan importante como el contenido de las palabras. Las peleas con los comunistas y los socialistas, quienes a menudo aparecían en las reuniones públicas del DAP, se convirtieron en algo habitual y añadieron un elemento de peligro y emoción a los eventos encabezados por Hitler. Durante uno de sus discursos, que se incluiría en el folklore nazi como la «Batalla del salón», estalló un tumulto salvaje en el atestado salón de fiestas de la Hofbräuhaus, pero Hitler, esquivando botellas y jarras de cerveza, se mantuvo en el estrado negándose a ceder o a huir. En otra ocasión, un grupo de matones liderados por Hitler invadió una conferencia de un prominente separatista bávaro, arrastró al orador hasta sacarlo del estrado, lo golpeó y tomó el mando del encuentro. Por ese descarado acto de violencia pública, Hitler fue arrestado y sentenciado a tres meses de prisión, una sentencia normal-

mente leve para los delincuentes de derecha, para luego pasar solo un mes en la prisión de Stadelheim. Entre sus seguidores, la sentencia de prisión no hizo más que aumentar la reputación de Hitler como héroe incondicional perseguido por sus valerosos actos de rebeldía.

Hitler perfeccionó con sumo cuidado sus habilidades como orador público estudiando sus gestos y expresiones frente al espejo. Su fotógrafo, Heinrich Hoffmann, le sacó fotos practicando diferentes poses. Sus discursos eran de su autoría, no tenía ningún escritor fantasma ni asistente. Escribía notas en varias hojas grandes de papel que mantenía a su izquierda en el estrado. Cuando terminaba con una hoja, la pasaba de modo discreto a la derecha y continuaba. Las notas le servían de guía, y la impresión que daba era la de un hombre consumido por la pasión que hablaba espontáneamente con el corazón. El efecto en su audiencia era espectacular. Incluso sus críticos, y había muchos, reconocían el poder que ejercía sobre sus oyentes. Parecía poseer una capacidad instintiva para entender a cualquier grupo, para hablar su idioma y proyectar sus propias decepciones y resentimientos como si fueran de ellos, de Alemania misma. El periodista Konrad Heiden, un crítico particularmente tenaz que siguió de cerca la carrera de Hitler, se sorprendió ante las incongruencias entre su personalidad privada y su personaje público: «Silencioso en un círculo de tres y lento en la conversación, sin interés en su propia vida privada, esta miserable nada humana solo podía pensar en términos públicos, solo parecía sentir el sentimiento de las masas y, cuando esa nada hablaba con el pueblo, era como si la voz del pueblo estuviese hablando».[18]

Al oír a Hitler dirigirse a una gran multitud en la Königsplatz de Múnich, un observador quedó abrumado por la actuación, una reacción que no era poco común.

> Estudié críticamente a este hombre delgado y pálido, con el cabello oscuro recogido a un lado que le caía una y otra vez sobre la frente sudorosa. Amenazante y suplicante, con manos pequeñas implorantes y ojos llameantes de color azul acero, tenía el aspecto de un fanático [...]. No sé cómo describir las emociones que me embargaron al escuchar a este hombre. Sus palabras eran como un azote. Cuando habló de la desgracia de Alemania, me sentí listo para atacar a cualquier enemigo. Su apelación a la hombría alemana era un clamor por las armas, el evangelio que predicaba una verdad sagrada. Parecía otro Lutero. Lo olvidé todo menos al hombre; luego, mirando alrededor, vi que su magnetismo sostenía a estos miles como si fueran uno solo [...]. La intensa voluntad de aquel hombre, la pasión de su sinceridad parecían fluir de él hacia mí. Experimenté una exaltación que solo podía compararse con una conversión religiosa.[19]

A medida que pasaban los meses, los grupos de oyentes se hacían más grandes y la influencia de Hitler dentro del DAP crecía. Ante su insistencia, el partido en 1920 cambió su nombre por el de Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores (NSDAP), evocando asociaciones muy poco ortodoxas —y confusas— tanto con la izquierda como con la derecha. Ese nombre era un trabalenguas y a sus enemigos les gustaba llamar a sus seguidores «nazis», un diminutivo de Nationalsozialisten, al igual que a los socialistas a menudo se los llamaba «sozis». Hitler mostraba un asombroso e instintivo don para la propaganda, para el *marketing*. Creía que el partido necesitaba un símbolo, un emblema que fuera reconocido de modo instantáneo y asociado con el NSDAP. Eligió la esvástica, un antiguo símbolo sánscrito que también se encontraba entre las tribus nativas de América del Norte. En ocasiones, se pintaba en los cascos de los Cuerpos Libres y otros grupos de derecha, pero los nazis

se lo iban a apropiar. El partido necesitaba una bandera, un estandarte para ser llevado en los desfiles y para adornar el estrado en las reuniones partidarias. Una esvástica negra grabada en el centro de un círculo blanco sobre un fondo rojo brillante fue el diseño que Hitler eligió. El rojo, razonó, atraería a los trabajadores, mientras que la combinación de negro, blanco y rojo, los viejos colores imperiales, tranquilizaría a los nacionalistas y a otros de derechas. El partido también adoptó un puñado de consignas breves y concisas: «El bien común antes que el bien individual» («Gemeinnutz geht vor Eigennutz») y «¡Alemania, despierta!» («Deutschland Erwache!»), frases que aparecían en carteles, folletos y otras publicaciones oficiales del partido. Con un símbolo fácil de reconocer, un nuevo e inusual nombre, una bandera y eslóganes pegadizos, Hitler, para usar términos del *marketing* actual, estaba creando una marca.

Hitler, trabajando junto con Drexler, había reescrito el programa del partido y definido los Veinticinco Puntos[20] que seguirían siendo el núcleo de la «inalterable» plataforma nacionalsocialista a lo largo de toda la existencia del partido. El nuevo programa, cuyo eco se oyó en cientos de discursos de campaña, folletos y, más tarde, en *Mein Kampf*, proponía la nacionalización de los monopolios y los cárteles, el establecimiento de cooperativas de consumo, la «participación en los beneficios de las grandes empresas», la «ruptura de la esclavitud de los intereses» (sea lo que fuere lo que eso significara; ni siquiera Hitler era claro al respecto) y el ennoblecimiento del trabajador alemán. Su lenguaje tomó prestados muchos términos de la izquierda: se refería a los miembros como «camaradas del partido», invocaba el «socialismo alemán» y proponía una «*Volksgemeinschaft*» sin clases, una comunidad del pueblo para superar las divi-

siones sociales, regionales y religiosas tradicionales en el país.

El programa también cortejaba a la clase media (*Mittelstand*); en especial, apuntaba a los intereses de las pequeñas empresas y proponía «la creación y el mantenimiento de una sólida *Mittelstand*». Exigía «la comunalización inmediata de los grandes almacenes y su arrendamiento a pequeños comerciantes a bajo precio». Dado que las principales cadenas de grandes almacenes eran propiedad de judíos, el partido creía que atacarlas era un gran gancho en su agenda antisemita. En todos los contratos y compras del gobierno, el partido prometía «la consideración más favorable para los pequeños empresarios [...], ya sea a nivel nacional, estatal o local». También abogaba por la creación de «cámaras corporativas basadas en la ocupación y la profesión» como un contrapeso a los poderosos sindicatos y las grandes empresas.

Al igual que todas las organizaciones y partidos de derecha, el programa del NSDAP era belicosamente nacionalista y expansionista, y llamaba a «la unión de todos los alemanes [...] en una Gran Alemania» y un «espacio vital» (*Lebensraum*) en el este «para la nutrición de nuestro pueblo y el asentamiento de nuestro excedente de población». Rechazaba el odioso Tratado de Versalles, con sus fraudulentas promesas de autodeterminación nacional de los pueblos y la desmilitarización de Alemania, la cual había dejado al Reich prácticamente indefenso. Prometía deshacer las cláusulas inaceptables del tratado y, de hecho, aplastar este «tratado de la vergüenza» liberando a Alemania de sus ataduras. Se comprometía a hacer que Alemania fuera grande otra vez.

Pero su elemento más estridente era su antisemitismo radical.[21] El partido se comprometía a luchar «contra todos aquellos que no crean valores, que obtienen grandes ganan-

cias sin ningún trabajo mental o físico». Estos especuladores y capitalistas bursátiles, dejaba claro el partido, «son en su mayoría judíos. Viven a lo grande, cosechando donde no han sembrado. Nos controlan y gobiernan con su dinero». Alemania debería ser gobernada solo por alemanes, y la ciudadanía, en la comunidad prometida del pueblo sin clases, debía ser una cuestión de raza. Solo las personas «de sangre alemana» podrían convertirse en camaradas del pueblo (*Volksgenossen*), y solo ellos podrían convertirse en ciudadanos del Gran Reich Alemán. Tal como declaraba de manera enfática el punto cuatro del programa, «ningún judío, por lo tanto, puede ser un *Volksgenosse*». Los judíos y otros no alemanes deberían ser excluidos de los derechos de ciudadanía y expulsados de todas las oficinas públicas en todos los niveles de gobierno. No había nada nuevo ni original en estas ideas; en su mayoría eran nociones habituales de casi todos los partidos y organizaciones de extrema derecha alemanes. Lo diferente era el insistente entretejido de la izquierda y la derecha en el programa y la firme determinación del partido de ganar el apoyo de la clase obrera. En efecto, el NSDAP, como dijo el ministro del Interior de Baviera, era «el más ruidoso y estridente de los grupos nacionalistas», pero, añadió, la característica más sobresaliente del partido en 1920 era su virulento e implacable antisemitismo. Aunque otros partidos de derecha se permitían una cierta retórica antisemita, ninguno podía compararse con las perversas diatribas nazis contra los judíos. Para Hitler y el NSDAP, el antisemitismo no era un accesorio del mensaje del partido acerca del antimarxismo y del nacionalismo radical; era el tejido conectivo que mantenía unido al programa, los tendones de la propaganda del partido, el núcleo de su ideología.

Como Hitler proclamaba discurso tras discurso, los judíos estaban detrás del «bolchevismo», de los «masones», del

«pacifismo», del «capitalismo de Wall Street» y de «los aliados rapaces». Ellos eran los responsables de que se perdiera la guerra, de la inflación, de la ocupación francesa de Renania. La prensa británica era «99 %» judía; «la prensa judeodemocrática de Estados Unidos» jugaba a favor de las «grandes empresas judías». ¿Quién había esclavizado al proletariado alemán? «¡Otra vez los judíos!». ¿Quiénes controlaban la Liga de las Naciones, dominaban «la historia del mundo sobre las cabezas de reyes y presidentes» y lograban «brutalmente esclavizar a todos los pueblos»? «¡Una vez más, los judíos!» Estas y otras acusaciones similares hechas a diario en los discursos de Hitler y en la prensa del partido iban mucho más allá del programa oficial. Aunque Hitler y otros dentro del partido invocaban de manera repetida los Veinticinco Puntos «inmutables» como si estuvieran grabados en piedra, el programa formal se deslizó a un segundo plano y simplemente sirvió como punto de partida para propuestas más expansivas, más plásticas.

Los nazis siempre impresionaron a los observadores con su energía brutal y su activismo, pero lo que los diferenciaba de sus competidores de derecha era algo más que su «ruido». Lo diferente era la naturaleza misma del partido. Hitler estaba decidido a que el NSDAP no fuera una agrupación política convencional, sino un movimiento impulsado por una visión ideológica omnicomprensiva que desafiara y, finalmente, venciera al «marxismo judío» de la izquierda. Y buscaba realizar su visión con un celo despiadado y fanático. El partido no iba a tolerar concesiones, ni medias tintas, ni diálogo. «No hay pactos con los judíos», advertiría Hitler más tarde en *Mein Kampf*. «Solo puede haber el duro "o hacen lo que les decimos, o…".»[22]

El radicalismo de Hitler, su creciente dominio sobre las multitudes y su énfasis en la acción atrajeron a una amplia variedad de hombres y transformaron el carácter y la identidad del partido. Mientras que el DAP de Drexler y Harrer había atraído seguidores que en su mayoría eran trabajadores no sindicalizados, artesanos y pequeños comerciantes, Hitler conquistaba a un sector diferente. Comenzó reclutando a hombres de su antiguo regimiento, de los cuarteles y a otros veteranos de combate. Eran personas con pocos vínculos con un pasado de clase media y que despreciaban los límites morales de la vida burguesa. Se sentían cómodos en uniforme, con armas, disciplina militar y violencia; eran hombres de acción que no se iban a dejar limitar por la convención burguesa ni por la ley. Creían que podían hacer cualquier cosa, lograr cualquier objetivo por medio de su voluntad de hierro, de su determinación, y, cuando fuese necesario, por la fuerza. Eran, en otras palabras, hombres cortados por el mismo patrón que Hitler.[23] A medida que la reputación de Hitler crecía, tales hombres se incorporaron al pequeño DAP y en poco tiempo se impusieron a los afiliados originales. Aunque no desafió de manera directa a la comisión ejecutiva del partido, formó un cuadro de hombres leales a él que poco a poco minaron la autoridad de esa comisión. Dietrich Eckart, un poeta, gran bebedor y periodista con buenas conexiones en círculos artísticos y sociales, fue una especie de mentor para el joven Hitler. Eckart era un feroz enemigo de los judíos y publicó un panfleto injuriosamente antisemita llamado *Auf Gut Deutsch* («En buen alemán»). Después de oír a Hitler hablar por primera vez, creyó haber descubierto al «mesías» que podía unir al país y sacarlo de la oscuridad izquierdista y pacifista. Presentó al poco culto Hitler no solo a figuras importantes del movimiento *Völkisch*, sino también a miembros adinerados de la

élite social de Múnich. Fueron él y sus contactos quienes recaudaron los fondos para comprar el pequeño *Münchener Beobachter* («Observador de Múnich»), que, al igual que el *Völkischer Beobachter* («Observador del pueblo»), se convertiría en el periódico oficial del partido.

También Alfred Rosenberg, un alemán báltico que tenía una inclinación a la filosofía, dado a las teorías conspirativas que involucraban a judíos, masones y marxistas, se sintió atraído por los discursos de Hitler. Sus prolíficos escritos en la prensa *Völkisch*, con títulos como *Die Spur des Juden im Wandel der Zeit* («La huella de los judíos a lo largo de la historia») y *Unmoral im Talmud* («Inmoralidad en el Talmud»), de 1919, estaban llenos de ideas chifladas y usaban exactamente el lenguaje ampuloso y pseudoprofundo que atraía al autodidacta Hitler.

Rosenberg también inició a Hitler en el sensacionalista *Los protocolos de los sabios de Sion*,[24] una obra rusa fraudulenta que supuestamente revelaba una conspiración judía para dominar el mundo. *Los protocolos* estaban circulando por toda Europa y, aunque eran sin duda una obra de pura invención, despertaron sentimientos antisemitas en todo el continente. En 1923, Hitler designaría a Rosenberg como editor del *Völkischer Beobachter*.

Otro miembro nuevo del partido, Rudolf Hess, había sido entrenado como piloto de combate hacia el final de la guerra y, como estudiante en la posguerra de Múnich, se había visto profundamente influenciado por el concepto de *Lebensraum*, espacio vital, del profesor Karl Haushofer, quien lo consideraba clave para el poder de un país. Haushofer argumentaba que los países culturalmente superiores pero

«carentes de tierras» deben expandir su territorio o resignarse a decaer de manera inevitable. La única esperanza para que Alemania sobreviviera como gran potencia era incorporar territorios del este, término con el que se refería a Rusia. Hess presentó estas ideas a Hitler. Varios años más joven que Hitler, Hess no era demasiado inteligente, pero se volvió servilmente devoto de Hitler y se desempeñaría como su leal secretario personal.

Entre este grupo de primeros conversos también se encontraba Hermann Esser, de 20 años, un personaje extravagante tan absolutamente desacreditado en su vida privada que Hitler lo calificaba de manera abierta como un sinvergüenza, aunque útil. Si bien Esser arrastraba una amplia variedad de asuntos sexuales poco dignos, y se decía que vivía exclusivamente de los ingresos de sus diversas amantes, en esos primeros tiempos demostró ser, después de Hitler, el orador más popular del partido. Cuando Hitler se convirtió en líder oficial del NSDAP, en 1921, lo puso a cargo de la propaganda del partido.

Con 39 años, un verdadero anciano tribal según los estándares juveniles de los nazis, Julius Streicher era un personaje notoriamente ordinario. Bajo y rechoncho, de pecho amplio, cabeza rapada y una actitud intimidante y fanfarrona, era tal vez el más violentamente antisemita de los líderes nazis, un puesto para el que había una gran competencia. A principios de 1923 comenzó a publicar un periódico semanal, *Der Stürmer* («El atacante»), una publicación sensacionalista bastante vulgar que se especializaba en representaciones de judíos grotescamente distorsionados que acosaban a mujeres arias puras, las cuales aparecían con la ropa rasgada y los pechos al descubierto. Aunque el periódico de Streicher era, y seguiría siendo, una vergüenza para muchos líderes del partido, contó con el pleno apoyo de Hi-

tler. Streicher obtuvo la perdurable gratitud de Hitler cuando en 1921 desertó del Partido Socialista Alemán (a pesar de su nombre, un partido de derechas) y se unió al NSDAP llevando consigo a sus muchos seguidores, un movimiento que virtualmente duplicó el tamaño del Partido Nazi.

Estos hombres, más militantes y activos que la comisión ejecutiva, transformaron el NSDAP en un partido más radical y revolucionario. Algunos de los dirigentes se sentían incómodos con la salvaje ambición de Hitler y temían que estuviera llevando al partido demasiado lejos, y demasiado rápido, y que, a la larga, terminarían perdiendo el dominio. Pero los esfuerzos por controlar a Hitler no tuvieron éxito y Harrer renunció a la comisión ejecutiva. Aunque Drexler asumió la presidencia, era cada vez más claro que Hitler había eclipsado a la pesada comisión ejecutiva y se había convertido en el catalizador del partido.

El liderazgo de Hitler fue oficialmente confirmado en una reunión de miembros en enero de 1922. La cantidad de afiliados del partido estaba creciendo, comenzaron a abrirse filiales (*Ortsgruppen*) en otras ciudades y otro grupo de partidarios, hombres enérgicos e implacables, menos atraídos por la ideología que por el dinamismo de Hitler y su llamada a la acción, se unieron al partido. Hermann Göring era un célebre héroe de guerra, ganador de Pour le Mérite, el mayor galardón de Alemania, por su valentía en combate, y el último comandante de grupo del ilustre escuadrón Richthofen. Después de la guerra, había saltado de un trabajo a otro: voló como piloto de acrobacias en circos aéreos en Dinamarca y Suecia, donde se casó con una baronesa sueca; se convirtió en piloto comercial, vendedor de aviones para Fokker, y hasta se matriculó en la universidad de Múnich. Demasiado inquieto como para establecerse en ningún sitio, encontraba que los tiempos de paz carecían de las aventuras

que había disfrutado durante la guerra. En 1921 ingresó en la nueva oficina del partido en la Corneliusstrasse y ofreció sus servicios. Hitler estaba encantado de tener a un genuino héroe de guerra con ellos. Göring, quien terminaría transformándose en el extremadamente poderoso representante de Hitler y segundo al mando del Tercer Reich, proyectaba la imagen de un hombre de acción apuesto, alegre, extrovertido, un señorito. También era absolutamente despiadado. Aunque compartía la xenofobia y el antisemitismo de Hitler, estaba menos interesado en la ideología que en la acción y el poder. Se unió al Partido Nazi, comentó más tarde, no por tonterías ideológicas, sino porque era revolucionario.[25]

Göring no era la figura corpulenta y estrafalaria en la que se convertiría más tarde, sino un hombre de porte y físico militar. Fue precisamente su distinguido bagaje militar y su arrogante personalidad lo que impulsó a Hitler a ponerlo al cargo de una nueva formación del partido cuya tarea visible era proteger a los propios oradores de los enemigos en reuniones y marchas públicas. Estos hombres eran la gente más tosca del partido, exsoldados, veteranos de los Cuerpos Libres y matones dispuestos a aplastar cabezas, enfrentarse a comunistas y socialdemócratas en la batalla y apoderarse de las calles. Llamada en un primer momento «División de Gimnasia y Deportes», una denominación que no engañaba a nadie, a fines de 1921 la organización pasó a llamarse Sturmabteilung («sección de asalto») o SA. Aunque todavía no usaban los uniformes de color marrón claro que se convertirían en rasgos omnipresentes del panorama político alemán, en el verano de 1922 aparecieron estas tropas de asalto en las cervecerías y en las calles de Múnich ganándose de inmediato la reputación de violentos y matones.

Göring estaba oficialmente al cargo de las SA, pero su verdadera fuerza impulsora era Ernst Röhm. Al igual que

Eckart, Rosenberg y Hess, Röhm se había unido al DAP en 1919 y era el más importante de los leales a Hitler. Herido en la guerra y con la cara marcada por los disparos, Röhm era sobre todo un soldado y, al igual que Hitler, no estaba dispuesto a dejar atrás la guerra. «La guerra y la agitación», escribió en sus memorias de 1928, «me atraen más que la vida ordenada del respetable burgués».[26] Había luchado durante cuatro años en las trincheras, había recibido la Cruz de Hierro de 1.ª Clase y en los primeros años de la posguerra todavía era un capitán del ejército.

Sus obligaciones en la nueva Reichswehr incluían el enlace con las diversas organizaciones de derechas que brotaban como maleza en Múnich. Röhm tuvo contacto con una amplia variedad de grupos paramilitares de derechas, desde los cuales llevó más y más hombres al DAP. Estaba decidido a establecer una fuerza de choque para el partido y esperaba forjar finalmente una coalición de organizaciones paramilitares de derechas para combatir a los marxistas. Convenció al ejército para entrenar a los hombres de la SA en las artes militares y además estaba al cargo de una reserva de armas del ejército desmovilizado y de los Cuerpos Libres. En lo que se reveló como un ingrediente crucial del terror de derechas, suministró de forma subrepticia armas pequeñas a varios grupos contrarrevolucionarios, en especial a las SA.

Röhm imaginaba a las SA como un ejército privado bajo su mando y, en gran medida, independiente de la dirección del partido. Hitler, que respetaba a Röhm como compañero soldado de primera línea —era uno de los pocos que se dirigía a Hitler con el du («tú») familiar—, también deseaba tener una organización paramilitar como esa, pero tenía una visión bastante diferente de su papel. Para Hitler, las tropas de asalto debían estar subordinadas a los líderes del partido y servir como un arma importante para las actividades de

agitación y propaganda. Desdibujadas en estos primeros años de la existencia del NSDAP, esas visiones enfrentadas tensarían la relación entre las SA y el partido hasta 1934.

En 1922, Hitler se había convertido en un fenómeno local: no era ya solo una figura importante en el mundillo derechista de Múnich, sino algo así como una celebridad menor de la ciudad. Era visto en la ópera, en conciertos, en los cines; era un gran admirador de ciertos filmes, sobre todo de Hollywood, y participaba de manera regular en las veladas sociales del Café Neumayer, frente al Viktualienmarkt, junto con sus compinches y admiradores: Göring, Rosenberg, Esser y Max Amann, su antiguo sargento y, desde 1921, gerente administrativo del partido; Ulrich Graf, un luchador y vigilante de seguridad de bar que le hacía de guardaespaldas; Emil Maurice, su chófer y factótum general, y Heinrich Hoffmann, quien se convirtió en fotógrafo personal de Hitler. Al final de una noche de monólogos de Hitler, una escolta armada acompañaba al líder de regreso a su estrecho apartamento de una habitación en la Thierschstrasse.

La reputación de Hitler como político excéntrico y no convencional despertó el interés de algunos en el grupo social más refinado de la ciudad. Ernst «Putzi» Hanfstaengl, heredero de una lucrativa empresa internacional de reproducción de arte, fue conquistado por Hitler tras oírlo hablar en noviembre de 1922 en una gran reunión en la Kindlkeller. Alto y desgarbado, Hanfstaengl era un hombre culto educado en Harvard. Un *bon vivant* con contactos en la sociedad y el mundo de los negocios de Múnich que también era un hombre culto, un excelente músico aficionado que tocaba el piano con vigor, especialmente obras de Wagner, lo que cautivó a Hitler.

Hanfstaengl se encargó de introducir a Hitler en la buena sociedad, donde triunfó entre varias damas, que adoptaron a

este excitante (y peligrosamente atractivo) bohemio de marcado acento austríaco y peculiar bigote recortado. Helene Bechstein, de la rica familia dueña de los pianos Bechstein, y Elsa Bruckmann, cuya familia era propietaria de una importante editorial en Múnich, se interesaron particularmente por él, tratándolo como a un hijo brillante que necesitaba instrucción social. Lo guiaban, le daban dinero, lo aconsejaban en materia de etiqueta y vestimenta, y celebraban veladas para él en sus salones de Múnich y Berlín. En tales ocasiones, su comportamiento era decididamente extraño: podía charlar con el encanto cortesano de un vienés o sentarse a cenar en un silencio sepulcral. Si se le hacía alguna pregunta sobre algún tema político o social, podía ponerse de pie de repente y dar un discurso apasionado, gritando como si se dirigiera a una multitud de miles en la Hofbräuhaus. Luego se inclinaba de modo abrupto hacia su anfitrión y partía. Nunca dejaba de llamar la atención.

Para Hitler, el pináculo de estas conexiones sociales se iba a producir en Bayreuth, donde Helene Bechstein le presentó al hijo de Wagner, Siegfried, y a su esposa, Winifred, y al anciano Houston Stewart Chamberlain, el inglés expatriado que se había casado con una de las hijas de Wagner y se había convertido en un ferviente nacionalista y racista alemán.[27] Los Wagner se sorprendieron e impresionaron por el amplio conocimiento de Hitler sobre las óperas del maestro. Winifred quedó completamente hechizada por Hitler y lo vio como el «hombre del futuro» de la política alemana. Siegfried lo toleraba, complaciendo a su esposa y tratando al exótico austríaco de rostro cetrino como a una mascota no muy bien educada.

Hitler solía preocuparse poco por su apariencia. Vestía una indumentaria excéntrica y no el habitual uniforme conservador preferido por los políticos (trajes y zapatos negros,

camisas almidonadas, cuellos duros, corbatas). Aparte de los pantalones de cuero y las medias hasta la rodilla, llevaba a menudo un incongruente chaleco de cuero marrón y la tradicional chaqueta bávara que a veces vestía para eventos al aire libre; se lo podía ver además por la ciudad con un sombrero negro y una gabardina raída, lo que lo hacía parecer más un mafioso de Chicago que un aspirante a político. También llevaba una fusta y una pistola, lo que sorprendía y entusiasmaba a sus protectores de las altas esferas. Poseía un traje azul barato, que usaba cuando hablaba en las cervecerías y cuando era presentado en los salones de la élite. En tales ocasiones, como dijo Hanfstaengl, Hitler se veía «como un camarero en un restaurante de una estación ferroviaria». *Frau* Bechstein insistió en comprarle a su rústico protegido ropa formal de noche y zapatos de charol, los cuales él tuvo cuidado de no usar en público. A Hitler le gustaron mucho los zapatos, y los usaba, pero entendía que difícilmente podría presentarse como un hombre del pueblo si lo veían con frac y corbata blanca.[28]

Aunque en ocasiones recibía dinero de los Bechstein, de los Bruckmann y de mecenas de menor rango social, las contribuciones de estos a la carrera de Hitler no fueron meramente financieras. Más importante aún, le transmitieron los principios básicos del comportamiento social aceptable para interactuar con personas adineradas que podrían contribuir a su causa. Al introducirlo en sus salones, estos adinerados benefactores le dieron credibilidad en los círculos conservadores, donde solía ser visto como un demagogo agitador vulgar e inculto. En 1922, las puertas se estaban abriendo. En la primavera de ese año, fue invitado dos veces a hablar en el Club Nacional de Berlín, y en Múnich asistió a una reunión informal de la Liga de Industriales Bávaros y pronunció una conferencia ante líderes empresariales en el

Salón del Gremio de Mercaderes. Al dirigirse a estos grupos empresariales, Hitler enfatizaba la oposición del partido al marxismo, subrayando su determinación de apartar de la izquierda a los trabajadores para reintegrarlos a la comunidad nacional. Los ataques a Versalles, en particular a las cláusulas de reparaciones, eran de rigor en tales ocasiones, aunque la retórica anticapitalista y contraria a las grandes empresas que ocupaba una posición tan central en el programa del partido y en muchos de sus discursos públicos estaba notablemente ausente en aquellos encuentros.[29]

Estas apariciones abrieron los bolsillos de algunos miembros de la comunidad empresarial. Ernst von Borsig, un poderoso fabricante de locomotoras y maquinaria pesada de Berlín, y el industrial del Ruhr Fritz Thyssen quedaron impresionados con Hitler y enviaron dinero al partido. Hubo otras contribuciones, provenientes principalmente de los círculos empresariales de Múnich, y el partido incluso recibió fondos de grupos antimarxistas del exterior.[30] Estas aportaciones de las empresas fueron importantes pero esporádicas y se complementaban con fondos secretos de la Reichswehr bávara, que veía en el NSDAP un arma útil en la causa antimarxista. A medida que la popularidad de Hitler crecía, sin embargo, el partido era financiado cada vez más por sus propias bases. Cobraban escrupulosamente las cuotas de los afiliados, la entrada a las apariciones de Hitler, pasaban el sombrero en los mítines y lanzaban campañas de recaudación pidiendo a los afiliados que hicieran contribuciones para causas y ocasiones especiales. Por ejemplo, se recaudaron 11 000 000 de *reichsmarks* (RM) para celebrar el cumpleaños de Hitler.[31]

Aunque todavía era un pequeño grupo escindido y apenas conocido más allá de las fronteras de Baviera, el NSDAP crecía con rapidez. Para el otoño de 1923, el partido contaba

con cincuenta y cinco mil afiliados, casi el doble de los que tenía en 1922 y mucho más de los seis mil que tenía en 1921. Solo en los primeros meses de 1923 se habían incorporado más de la mitad. En febrero de 1923, con los fondos suministrados por Hanfstaengl y Röhm, el partido adquirió dos prensas rotativas modernas para el *Völkischer Beobachter*, lo que le permitió imprimir un diario de tamaño sábana que aparecía todos los días en los puestos de periódicos. El partido creó una compañía de teatro que representaba sus propias obras en teatros de la ciudad y llenaba salas cada vez más grandes: la Bürgerbräukeller, la Hofbräuhaus y el gigantesco Zirkus Krone, a donde atraía audiencias de entre tres y seis mil espectadores entusiastas. Algunos periodistas comenzaron a llamar a Hitler «el rey de Múnich».

En los primeros años de la posguerra, Múnich, además, proporcionó un caldo de cultivo particularmente fértil para Hitler y su partido. Desde el final de la guerra y, en especial, desde la revolución, la ciudad se había convertido en un poderoso imán para los grupos nacionalistas antiizquierdistas y antirrepublicanos. Todavía tambaleándose por el trauma de la revolución de Múnich y con el gobierno republicano en Berlín dirigido por los socialistas, la tradicional hostilidad bávara frente a Prusia revivió con fuerza. Se afianzó un poderoso movimiento separatista, y algunos vieron en el colapso del Imperio y la debilidad de la República de Weimar una oportunidad para establecer un Estado bávaro independiente. Unos esperaban ver una restauración de la monarquía de los Wittelsbach; otros imaginaban una confederación del Danubio formada por Baviera, Austria y Hungría. Las autoridades de Múnich demostraron ser claramente hostiles al «Berlín rojo» y a menudo se negaban a implementar directivas y decretos del gobierno central. Las autoridades bávaras rechazaban de manera ostensible los esfuer-

zos de Berlín para frenar a los violentos grupos de derecha en el Reich y, en consecuencia, este estado en gran medida conservador y católico se convirtió, irónicamente, en un refugio para los extremistas contrarrevolucionarios nacionalistas *Völkisch* de todo tipo. Es imposible ignorar la importancia crucial de esta postura tolerante, e incluso de apoyo, para el éxito inicial de Hitler.

La situación en 1922 parecía bastante madura para un asalto a la acosada república. Entre 1918 y 1924, Alemania sufrió una severa crisis de inestabilidad del gabinete por situaciones provenientes de varios frentes: nueve gobiernos diferentes desde 1920, ninguno con una mayoría viable en el Reichstag, y una plaga de terrorismo político e intentos de derrocar la incipiente república tanto desde la izquierda como desde la derecha más extremistas. Las elecciones del Reichstag de junio de 1920, celebradas a la sombra del Tratado de Versalles, dieron como resultado una derrota devastadora para los partidos de la coalición de Weimar: los liberales de izquierda, del ahora llamado Partido Democrático Alemán, vieron su voto reducido a la mitad, y los socialdemócratas y el Zentrum también experimentaron serias pérdidas. Los conservadores fueron los grandes ganadores, pero no eran suficientemente fuertes como para formar un gobierno. El resultado fue que el país terminó presidido por una serie de gabinetes de minorías y coaliciones fragmentarias, y que a veces hubo que invocar el artículo 48 de la Constitución, que daba al canciller, con la aprobación del presidente del Reich, el poder de tomar medidas por decreto de emergencia.

En 1920, una conspiración de monárquicos conservadores, bajo el liderazgo de Wolfgang Kapp, envió a Berlín tropas furiosas como respuesta a las órdenes de desmovilización y declaró el establecimiento de una dictadura. El ejérci-

to, aunque se negó a defender al gobierno, también se negó a apoyar el golpe. Sin ese apoyo, el golpe de Kapp se derrumbó apenas seis días después, derrocado por una efectiva huelga general convocada por los sindicatos. El problema no terminó allí. Los trabajadores del Ruhr no estaban listos para poner fin a la huelga sin garantías para la reforma y estaban dispuestos a llevar adelante una acción significativa contra los Cuerpos Libres. Formaron un «Ejército rojo del Ruhr» para protegerse de la reacción anticipada del ejército. De hecho, el ejército no mostró reparos en moverse vigorosamente contra la izquierda y, con las unidades de Cuerpos Libres como refuerzo, aplastó el levantamiento de los trabajadores, ejecutó a muchos y asesinó a otros.[32]

Los disturbios en curso en el Reich llevaron a los aliados a amenazar con invadir Alemania si no se disolvían todos los grupos paramilitares. El gobierno del Reich estuvo de acuerdo, pero Baviera se negó a cumplir. Bajo la presión de los aliados, Berlín por fin exigió que Baviera se sometiera o enfrentara una invasión desde el norte. Con gran renuencia, el gobierno ultraconservador del monárquico bávaro Gustav Ritter von Kahr terminó aceptando. Para mediados de 1921 se disolvieron las diversas organizaciones paramilitares de Baviera, y sus miembros derivaron hacia el NSDAP y otros partidos contrarrevolucionarios. Como era de esperar, la indignación de la derecha contra la república se intensificó y esto alimentó el ardiente resentimiento bávaro contra Berlín.

A este clima de inestabilidad se sumó una creciente serie de asesinatos políticos que se extendió por todo el país en esos años. Hugo Haase, líder del USPD, fue asesinado en 1919; Matthias Erzberger, signatario del armisticio y largamente vilipendiado como uno de los «criminales de noviembre», fue asesinado mientras estaba de vacaciones en la

Selva Negra en 1921; un año después, sucumbió también Walther Rathenau, el ministro judío liberal de Asuntos Exteriores. Todos estos crímenes fueron cometidos por terroristas de derechas, muchos de ellos vinculados con grupos de Múnich. Casi todos los responsables escaparon sin consecuencias serias. Funcionarios de la policía antirrepublicana toleraron y, en algunos casos, se confabularon con los prófugos de la derecha ayudándolos a huir de la ley, y los jueces fueron notoriamente indulgentes con los que fueron llevados a juicio. Cuando se le preguntó a Ernst Pöhner, jefe de la policía de Múnich que ayudó a los asesinos de Erzberger a escapar a través de la frontera checa, si sabía que había «bandas de asesinos de políticos» operando en la ciudad, se dice que declaró: «Sí, pero no las suficientes».

El asesinato de estas prominentes figuras nacionales solo fue la punta del iceberg. Numerosos líderes regionales prorrepublicanos y simpatizantes locales de la república fueron víctimas de los escuadrones de la muerte de la derecha. Entre 1919 y 1922, Alemania registró más de trescientos asesinatos políticos. Solo en los primeros seis meses de 1922, el número ascendió a trescientos setenta y seis. Solo veintidós de estos ataques fueron cometidos por izquierdistas.[33] «Eran los tiempos en los que se podía ordenar un asesinato por unas pocas monedas», comentó Konrad Heiden.[34]

El descarado asesinato de Rathenau en junio de 1922 fue la gota que colmó el vaso. El gobierno del Reich promulgó la Ley para la Protección de la República, que establecía duras penas para los ataques contra las instituciones y los funcionarios republicanos, y convocaba a una severa lucha nacional contra los grupos extremistas. También se creó un tribunal especial dentro del Tribunal Supremo de Leipzig para tratar casos de terrorismo político y se establecieron regulaciones para llevar un control estricto de partidos polí-

ticos y asociaciones políticas, que incluía la revisión de sus reuniones y materiales impresos de propaganda. En Múnich, las autoridades bávaras se negaron a obedecer esa ley alegando que se trataba de una intromisión inconstitucional en los asuntos bávaros. Baviera se iba a ocupar del terrorismo a su manera y promulgaría su propia legislación que, insistieron los líderes bávaros, estaba por encima de la ley del Reich. Poco cambió. Entre finales de 1922 y principios de 1923, la República de Weimar todavía estaba en peligro y las fuerzas de la derecha ganaban más y más poder.

La cuestión de las reparaciones siguió persiguiendo al gobierno de Weimar. El Tratado de Versalles no había fijado un monto específico para las obligaciones de reparación de Alemania, pero en 1921 la Comisión de Reparaciones Aliadas finalmente presentó al gobierno alemán una cifra. La factura fue de 123 000 millones de marcos, sin contar los pagos, que representaban el 26 % de las exportaciones de Alemania. En lo que se llamó «el ultimátum de Londres», a Alemania le dieron seis días para aceptar. En caso contrario, los aliados ocuparían el Ruhr. La república, con gran renuencia, se inclinó ante el ultimátum, lo que provocó otra oleada de acusaciones de traición y cobardía por parte de los políticos extremistas. Aunque el gobierno había aceptado los términos, también empleó una variedad de estratagemas económicas para evitar hacer esos pagos:[35] discutió el valor de los pagos en especies —sobre todo, madera y carbón—, el valor del marco y el calendario de cuotas. En enero de 1923, Francia y Bélgica, exasperadas por la constante evasivas de Alemania, invadieron y ocuparon el Ruhr, desencadenando una crisis económica y política que amenazó con destrozar el delicado tejido de la democracia de Weimar. El gobierno alemán pidió una política de resistencia pasiva y dejó que las imprentas del tesoro funcionaran sin parar.

La inflación, que había ido en aumento desde el final de la guerra, se disparó en una hiperinflación totalmente surrealista. Al estallar la guerra, en 1914, un dólar valía 5 RM; al final de la guerra, 64 RM; en enero de 1923, después de la invasión franco-belga, 17 972 RM. A partir de entonces, el valor del *reichsmark* fue casi imposible de calcular durante más de unas pocas horas. En agosto de 1923, un dólar valía 109 996 RM; en noviembre, 420 000 000 000 RM.

Los bancos recibieron permiso del gobierno para imprimir su propia moneda, a veces en papel (billetes pequeños impresos de un lado que se parecía bastante al dinero del Monopoly), más tarde en sábanas y fundas de almohadas. A menudo, los bancos simplemente estampaban ceros en las denominaciones existentes transformando una nota de 5 RM en un billete de 5000 o 500 000 o 5 000 000. En noviembre, un billete de tranvía en Berlín costaba 150 000 000 RM; 1 kilo de patatas, 90 000 000 000 RM; una cerveza en Múnich, 500 000 000 000. Los niños construían castillos con pilas de papel moneda sin valor. Las mujeres compraban con carretillas repletas de billetes. Los tenderos acumulaban sus productos y se negaban a vender sus mercancías, ya que les resultaba imposible reabastecerse a la mañana siguiente con la actual moneda sin valor. A los trabajadores se les pagaba tres veces al día. Al llegar al trabajo, por la mañana, recibían un pago y enviaban de inmediato a un miembro de la familia que los acompañaba (a menudo un niño) a comprar el almuerzo. Si esperaban hasta la hora del almuerzo, la paga de la mañana ya no les serviría. En el descanso del mediodía, el proceso se repetía con un corredor enviado a comprar comida para la cena. Por último, al final de la jornada laboral, los trabajadores y empleados recibían un nuevo pago y compraban alimentos para la mañana siguiente, cuando todo el proceso volvía a comenzar. «La vida», se lamentaba con

tristeza un alemán, era «locura, pesadilla, desesperación y caos».[36] Era el fin del mundo, «la muerte del dinero».[37]

Con la economía yendo a toda velocidad hacia el colapso total, los cimientos de la república comenzaron a desmoronarse. A finales del verano, dos movimientos separatistas renanos, animados por los franceses, declararon repúblicas independientes renanas, una en Aquisgrán y la otra en Coblenza; en Sajonia y en Turingia, donde los comunistas y los socialistas habían formado una alianza de gobierno legítima, los rumores de un golpe de Estado izquierdista llevaron a Berlín a enviar tropas, desmantelar el gobierno de izquierdas e imponer la ley marcial. En octubre, un levantamiento comunista en Hamburgo fue aplastado por el ejército y dejó al país al borde de la anarquía y la guerra civil. Fue en este hervidero de crisis económica e inestabilidad política que Hitler y el NSDAP hicieron su primera aparición en la escena política nacional.

Durante los primeros meses de 1923, Hitler continuó su febril agitación contra la república acumulando vituperios contra la política de resistencia pasiva de Berlín. Eran, gritaba, el comportamiento cobarde de la república y la incapacidad vergonzosa del gobierno para enfrentarse a los aliados los que había llevado a Alemania a esa catástrofe. En enero, el NSDAP celebró su primer Día Nacional del Partido. El grupo alquiló una docena de las cervecerías más grandes de Múnich y Hitler habló durante todo el día y toda la noche en los doce locales. También presidió un desfile imponente de las SA en Marsfeld, donde estuvo pasando revista a las columnas que marcharon durante más de dos horas. En total, la policía estimó la asistencia a los eventos del Día de la Fiesta del Partido de los Nazis en cien mil personas. Sin embargo, hubo retrocesos: el Primero de Mayo, en una vergonzosa confrontación con las fuerzas gubernamentales, una

gran demostración de fuerza por parte de los nazis fue frustrada por la Reichswehr bávara y la Policía Estatal (Landespolizei), quienes desarmaron y dispersaron a los miles de paramilitares reunidos en el Oberwiesenfeld. Hitler fue humillado, pero, a pesar de esta vergüenza, grandes multitudes seguían acudiendo para escucharlo hablar.[38]

A finales del verano, mientras la economía se descontrolaba y la situación política se deterioraba, corrieron rumores por toda la ciudad de un inminente golpe de Estado. La presión estaba creciendo tanto desde la extrema derecha como desde las fuerzas separatistas. El 1 y el 2 de septiembre, el general Erich Ludendorff, enemigo implacable de la república y héroe de la extrema derecha, presidió una celebración del Día de Alemania en Núremberg. Más de cien mil militantes de grupos de derecha, asociaciones de veteranos y organizaciones paramilitares invadieron la ciudad. En el evento, Röhm logró reunir a las organizaciones derechistas Bandera de Guerra Alemana, Bund Oberland y a las SA a una nueva coalición militante, la Liga de Combate Alemana (Kampfbund). Sorprendentemente, Hitler, que siempre se había resistido a aliarse con otros grupos, había permitido que las SA se unieran a esta circunstancial agrupación. Hitler fue reconocido por los otros grupos como el «líder político» de la alianza, aunque no quedaba del todo claro qué significaba eso. El teniente coronel retirado Hermann Kriebel iba a ser su comandante militar, mientras que Ludendorff, en general, era considerado el futuro dictador de Alemania. Los tres estuvieron juntos en el estrado en la impresionante demostración del Día de Alemania, exhibiendo un inusual grado de solidaridad derechista; y nuevos rumores de un inminente golpe de Estado circularon en todo Múnich.[39]

Hitler había logrado fortalecer la oposición popular a la República de Baviera, pero a Röhm y a otros de su círculo íntimo les preocupaba que el partido no pudiera mantener a sus seguidores en estado de ebullición de manera indefinida. Hitler había predicado la acción, la acción revolucionaria. Si no hacía algo, y pronto, comenzarían a desintegrarse como grupo. Más allá de los fieles del partido, la gente en general estaba desesperada. El desempleo crecía rápidamente, los precios de los alimentos estaban por las nubes, los ahorros estaban desapareciendo. A fines de octubre, los informes de los funcionarios regionales contenían noticias alarmantes: en la Alta Baviera, una oficina del distrito informó que el estado de ánimo de la población local «estaba cerca del estado de ánimo de los días de noviembre de 1918 y abril de 1919» y que los funcionarios bávaros «esperaban disturbios en cualquier momento». La gente exigía una solución a su angustia económica. El momento era el indicado, el partido tenía que actuar.[40]

En noviembre de 1923, el verdadero poder en Múnich estaba en manos de un triunvirato compuesto por el comisario estatal Gustav Ritter von Kahr, el coronel Hans Ritter von Seisser, director de la Policía Estatal, y el general Otto von Lossow, comandante de la Reichswehr bávara. Las últimas semanas de octubre fueron tensas y llenas de intrigas y sospechas; mientras, Hitler, Ludendorff y otros líderes de la Kampfbund mantenían reuniones con los miembros del triunvirato. Cada uno exhibió su visión del futuro a los otros, pero poco se pudo acordar. Un velo de desconfianza mutua pendía sobre las reuniones. Ambos grupos querían apresurar la desaparición del Estado democrático, pero más allá de ese pequeño terreno común no había nada. El triunvirato quería que la república fuera derrocada y reemplazada por una dictadura respaldada por la Reichswehr y dirigi-

da por un grupo oligárquico de líderes políticos conservadores en Berlín. Kahr mantuvo conversaciones con vistas a obtener apoyo para realizar un plan de este tipo en Berlín, pero no lo obtuvo. Especialmente desalentador fue su fracaso al intentar ganarse la voluntad del comandante de la Reichswehr, el general Hans von Seeckt, cuyo apoyo habría sido fundamental.

En una reunión con líderes de la Kampfbund el 6 de noviembre, Kahr, respaldado por Lossow y Seisser, destacó que cualquier intento de derrocar a la república exigiría tiempo y una planificación cuidadosa. Dijo que no quería formar parte de un *Putsch* («golpe de Estado») y, mucho menos, de uno liderado por Ludendorff y Hitler. Todos debían actuar de común acuerdo: no era momento para movimientos unilaterales.[41] Hitler no había participado en la reunión y estaba intranquilo por la intransigencia de Kahr. Quería una acción revolucionaria y no estaba dispuesto a esperar. Aun así, se dio cuenta de que cualquier *Putsch* necesitaría el apoyo de la policía de Múnich y la Reichswehr bávara, y esperaba persuadir a Kahr para que respaldara o, al menos, no bloqueara esa jugada. El día 6 intentó organizar una reunión con Kahr para el día siguiente, pero el comisario se negó a verlo. Esa noche, después de consultar con sus principales asesores, decidió que había llegado la hora del *Putsch*. Entonces, el 7 de noviembre, Kahr hizo un inesperado anuncio: iba a pronunciar un importante discurso en la cervecería Bürgerbräu la noche siguiente. Todos los actores políticos prominentes de Múnich, líderes empresariales, militares y agentes sociales influyentes estarían presentes. Hitler tomó la negativa de Kahr a reunirse con él como un signo amenazador y, cuando Kahr rechazó una vez más reunirse con él el día 8, antes o después de su discurso en Bürgerbräu, los nazis estaban convencidos de que el comisario te-

nía la intención de excluir a Hitler de sus planes. Pero la preocupación más inmediata de Hitler y sus lugartenientes era que Kahr usara su discurso en la Bürgerbräu para anunciar su intención de romper con Berlín, restaurar la monarquía de los Wittelsbach y declarar una Baviera independiente. Había que torcerle el brazo a Kahr.[42]

Esa mañana, Hitler se reunió con su círculo íntimo. Sintió que tenía una posible oportunidad. Con los principales líderes civiles y militares de Múnich reunidos en un solo lugar, podía aplastar la reunión, apoderarse de ella y entonces lanzar su propio *Putsch* en la Bürgerbräukeller. Forzaría a Kahr, Lossow y Seisser a respaldarlo. Estaba convencido de que el ejército se alinearía con ellos. Fue una jugada de dados desesperada, una posibilidad remota, pero, como demostraría una y otra vez en los siguientes años, a Hitler le gustaba apostar.

En la tarde del 7 de noviembre, el plan estaba terminado. Ordenó que las tropas de las SA y la Kampfbund tomaran el control de todas las principales ciudades de Baviera: Núremberg, Augsburgo, Ratisbona, Ingolstadt, Wurzburgo y Múnich. Debían apoderarse de los ferrocarriles, los puentes, los centros de comunicaciones, las estaciones de radio, los edificios gubernamentales y los cuarteles de la policía. Las oficinas de los sindicatos, socialdemócratas y comunistas, iban a ser ocupadas, y sus líderes, arrestados. Las unidades de las SA del campo circundante convergerían sobre Múnich, viajando en camiones y trenes. Los líderes de las SA y la Kampfbund recibirían sus órdenes por teléfono o por mensajes. Tenían que poner en alerta a sus hombres para que actuaran al día siguiente, aunque no debían informarles de cuál era su misión. El secreto era esencial. El teniente coronel Kriebel, el líder militar del *Putsch*, calculó que Hitler podía contar con cerca de cuatro mil hombres armados contra

un ejército y una fuerza policial de aproximadamente la mitad de efectivos. Pero Hitler no tenía la intención de usar la fuerza. Esperaba que no fuera necesaria ninguna violencia. Si el triunvirato era convencido (o forzado) para que cooperara con el *Putsch*, las autoridades bávaras, la Policía Municipal y la Reichswehr bávara se alinearían, y juntos avanzarían sobre Berlín. Iba a ser, como dijo el historiador Alan Bullock, «una revolución de puro engaño».[43]

Reinaba la oscuridad cuando Hitler y su séquito abandonaron la sede del partido con destino a la Bürgerbräukeller. La cervecería se encontraba en una suave elevación en el lado este del río Isar, a poco menos de 1 kilómetro de la Marienplatz, en el centro de la ciudad. Era una de las cervecerías más grandes de Múnich, flanqueada por jardines y rodeada por un muro de piedra bajo. Su sala principal podía acomodar a unas tres mil personas. En general, su público era un poco más exclusivo que en las más populares Hofbräuhaus o Löwenbräukeller, y así sería ciertamente en el caso del discurso del comisario Kahr. Consciente de la posibilidad de que hubiera problemas, un contingente de ciento veinticinco policías municipales estaba en el lugar y en los alrededores de los extensos terrenos, y una compañía de la Policía Estatal se encontraba en un cuartel cercano lista para actuar.

El discurso de Kahr comenzó puntualmente a las 8 de la noche. La sala estaba llena. Frente a él, en decenas de mesas redondas de madera, estaban sentados banqueros y hombres de negocios, oficiales del ejército, directores de periódicos, miembros del gabinete bávaro y figuras políticas de la centroderecha. El tema elegido para esa noche eran los males del marxismo, salpicado por las alabanzas habituales al

nacionalismo alemán, siempre un éxito entre aquel público. Kahr estaba en medio de su disertación cuando Hitler llegó en su Mercedes rojo, se abrió camino a través del cordón policial y, acompañado por su guardia armada, entró en el vestíbulo. Afuera comenzó a llegar una fila de camiones. En cuestión de minutos soltaron su carga formada por hombres de las SA fuertemente armados y por los miembros con casco de la guardia especial de Hitler, las tropas de choque de Adolf Hitler. En cuestión de minutos apartaron el cordón policial, rodearon el edificio y bloquearon todas las salidas. Luego, justo después de las 8:30, mientras Kahr seguía hablando, la puerta del salón se abrió de golpe y entró Göring, «con todas sus medallas tintineando»,[44] seguido de dos docenas de hombres uniformados de las tropas de choque, que blandían pistolas y ametralladoras. Detrás de ellos, en la entrada al salón principal, los hombres de las SA montaron una ametralladora pesada que apuntaba directamente al público.[45]

En medio del alboroto general, Hitler, rodeado por sus guardias, se abrió paso entre la multitud. Se oyeron gritos de protesta, mesas y sillas fueron volcadas, jarras de cerveza se estrellaban contra el suelo. Justo delante del estrado, Hitler trepó a una silla y le hizo una señal al hombre de las SA que estaba a su derecha, que hizo un disparo de pistola hacia el techo. En el repentino silencio, Hitler gritó: «¡Ha estallado la revolución alemana! Esta sala está rodeada».[46] La respuesta no fue lo que él había previsto. Muchos en la distinguida audiencia silbaron y mostraron su desaprobación; otros gritaban «México» o «América del Sur». ¡Esta no era una república bananera!

Hitler, chorreando sudor, se quitó su arrugada gabardina y, para sorpresa (y diversión) de algunos, se plantó ante ellos vestido con un chaqué negro. Parecía, «una mezcla en-

tre Charlie Chaplin y un jefe de camareros», comentó un atónito espectador.[47] Pero aquello no era para reírse.[48] Hitler bajó de la silla y se dirigió al estrado, donde Kahr, Seisser y Lossow estaban como paralizados. Después de garantizarles su seguridad, les pidió cortésmente que lo siguieran a una habitación contigua. Allí se disculpó por la naturaleza de sus acciones, pero, les dijo: «Ya está hecho y ahora no se puede deshacer».[49] Estaba creando un nuevo gobierno bávaro en preparación para un avance sobre Berlín. Les aseguró que los tres tendrían posiciones de liderazgo en ese nuevo gobierno y que esperaba poder contar con su cooperación. Sus modales parecían oscilar entre mostrarse respetuoso o intimidante, en un momento les suplicaba su apoyo y en el siguiente los amenazaba con disparar a los «traidores» y luego matarse él mismo si su empresa fracasaba.

El triunvirato no acordó cooperar de inmediato. Después de quince minutos de, alternativamente, engatusarlos, amenazarlos y por último someterlos a un discurso intimidante sobre su deber patriótico, Hitler regresó al salón para dirigirse a la multitud, que se había inquietado en su ausencia. En un momento dado, Göring tuvo que hacer un disparo al techo para restaurar el orden y luego gritar que se estaba gestando una nueva Alemania. Todos deberían calmarse y sentarse con su cerveza y ser pacientes. Cuando finalmente reapareció Hitler sin Kahr y compañía, la multitud volvió a ponerse ruidosa y no cedió cuando él trató de hablar. Hitler sacó su pistola y disparó otra vez al techo. Si el orden no se restauraba, gritó, ordenaría colocar una ametralladora en el piso alto.

Los gritos de la multitud disminuyeron y Hitler comenzó a hablar. Al principio parecía inestable, inseguro de sí mismo, pero de inmediato se recuperó y fue ganando confianza con cada palabra ardiente. Se estaba formando un nuevo go-

bierno, le dijo a la multitud. El general Ludendorff asumiría el mando del ejército; los miembros del triunvirato tendrían posiciones prominentes en el nuevo gobierno. Con la antigua gloria del ejército restituida y con el apoyo del pueblo, el gobierno provisional iba a «comenzar la marcha contra Berlín, ese sumidero de iniquidad, con todo el poder de este estado y con el poder acumulado de cada provincia de Alemania».[50]

En la audiencia se encontraba el profesor itinerante Karl Alexander von Müller, que había enseñado a Hitler en el curso de oradores de la Reichswehr en 1919. Estaba asombrado. Las palabras de Hitler, según Müller, tuvieron un efecto electrizante en la multitud. En un instante, la audiencia, hosca y escéptica al principio, se unió a él. Su actuación fue «una obra maestra de la oratoria que cualquier actor podría envidiar [...]. No puedo recordar en toda mi vida cómo un cambio en la actitud de una multitud pudo darse en unos pocos minutos, casi unos segundos [...]. Con unas pocas frases, Hitler había dado la vuelta a la situación como quien voltea un guante. Había algo casi de conjuro, de magia en todo aquello. Hubo fuertes gritos de aprobación y no hubo más oposición». Hitler le dijo a la multitud que Kahr, Seisser y Lossow estaban en una habitación contigua tratando de decidir si apoyarían al nuevo gobierno. ¿Podría informarle al triunvirato de que «ustedes los van a respaldar»? La sala se llenó con fuertes gritos de «¡Sí, sí!».[51]

De vuelta con el triunvirato secuestrado, Hitler se sintió frustrado al descubrir que todavía estaban vacilando. La situación solo se salvó cuando apareció el general Ludendorff vestido con su impresionante uniforme de la Gran Guerra, coronado por el *Pickelhaube*, el casco puntiagudo. Ludendorff contaba con un gran respeto como líder de la derecha nacionalista y, junto con Pöhner, logró convencer al recalci-

trante trío para que se uniera a la causa, aunque Kahr todavía insistía en que solo estaba actuando como regente en preparación para la restauración de la monarquía de los Wittelsbach. Hitler no tenía intención de restaurar la monarquía, pero no le molestó que Kahr pensara que esa era su postura. El grupo, entonces, reapareció en el estrado junto a Ludendorff. Alcanzada la unidad, un Hitler radiante estrechó sus manos ostentosamente, proyectando una imagen de armonía y solidaridad. La multitud estalló en un estruendoso aplauso. Fue puro teatro político. Mientras esta exhibición de buena voluntad reinaba en el escenario, contingentes de hombres de las SA comenzaron a acorralar a los miembros del gabinete bávaro en el salón. Serían retenidos como rehenes.

En el momento en que estos hechos dramáticos tenían lugar en la Bürgerbräukeller, Ernst Röhm y Hermann Esser se dirigían a una gran multitud de la Kampfbund en la Löwenbräukeller. A eso de las 9, Röhm recibió un breve mensaje telefónico: «Entregado a salvo». Era la señal que había estado esperando: Hitler lo había logrado y el *Putsch* estaba exitosamente en marcha. Röhm se dirigió al estrado y anunció que el gobierno de Kahr había sido depuesto y que Adolf Hitler había declarado una revolución nacional. Sus palabras fueron recibidas con feroces vítores. Invitó a todos a marchar a la Bürgerbräukeller para unirse a las tropas revolucionarias. Pero cuando los dos mil hombres emocionados comenzaron a avanzar por la calle, un mensajero en motocicleta los detuvo con una contraorden de Hitler: debían dirigirse a la sede del Distrito IV de la Reichswehr y tomarlo. Otro contingente tenía que recoger unos tres mil rifles del sótano de un monasterio en St. Annaplatz. En toda la ciudad, las tropas de la Kampfbund avanzaban sobre los objetivos que tenían asignados.

Mientras, en la Bürgerbräu, las cosas habían empezado a ponerse feas. Hitler recibió el mensaje de que las fuerzas de la Kampfbund estaban en un punto muerto con las tropas del gobierno en los cuarteles de ingenieros del ejército. Creyendo que podría resolver la situación, fue al lugar y dejó a Ludendorff a cargo de la Bürgerbräukeller. Poco después de que Hitler se fuera, Lossow le preguntó a Ludendorff si podía abandonar el edificio para atender asuntos en su oficina; después de todo, tenía órdenes importantes que emitir. Prometió solemnemente no emprender ninguna acción que pudiera dañar el *Putsch*. Kahr y Seisser se hicieron eco de la petición de Lossow, y Ludendorff les permitió a todos que se fueran. Cuando Hitler regresó, se quedó pasmado ante lo que Ludendorff había hecho. ¿El general no se había dado cuenta de que podían sabotear toda la empresa? Ludendorff estaba sorprendido y ofendido. ¿No comprendía Hitler, alguien de menor rango, que un oficial alemán nunca rompía un juramento?

Las sospechas de Hitler estaban bien fundadas. Apenas Kahr y compañía obtuvieron la libertad, renunciaron a su lealtad a Hitler, argumentando que no se sentían comprometidos por una promesa hecha bajo coacción, y de inmediato comenzaron a reunir fuerzas del gobierno contra el *Putsch*. Lossow y Seisser usaron los teléfonos para alertar a las unidades militares y policiales de la ciudad a fin de que opusieran resistencia a los rebeldes, y dieron órdenes a las tropas de los distritos periféricos para que avanzaran sobre Múnich. De manera inexplicable, y contra sus apresurados planes, los golpistas no habían tomado los puntos clave de comunicaciones y los centros de transporte, que eran cruciales para alcanzar el éxito.

A las 10 de la noche, Röhm había tomado el control de la sede de la Reichswehr sin disparar un tiro, algunos puentes

estaban ocupados, y los carteles que decían que la creación del gobierno revolucionario ya era un hecho estaban siendo distribuidos por toda la ciudad. Las bandas en movimiento de las SA hostigaban a los judíos, golpeando a algunos y arrastrando a otros a la Bürgerbräu, donde los arrojaron al sótano para retenerlos como rehenes. Pero, en las frías horas de la medianoche, el *Putsch* comenzó a desmoronarse. Los esfuerzos para apoderarse de la Dirección de la Policía Municipal, de la Oficina del Comisariado Estatal, del Comando Militar de la Ciudad, de los cuarteles del ejército y de las instalaciones policiales habían fallado. A medida que avanzaba la noche, era cada vez más claro para Hitler y sus aliados que el *Putsch* había fracasado.

La multitud en la Bürgerbräukeller había partido hacía tiempo, y en el gran salón, cientos de hombres de las tropas de asalto, agotados por la jornada, daban vueltas o trataban de descansar un poco dormitando sobre las mesas, sobre sillas unidas y en el suelo. La emoción frenética de las primeras horas del *Putsch* había desaparecido, al igual que la cerveza, el pan y los *pretzels* (la dirección presentaría más tarde al grupo una factura de más de 11 millones de marcos). De todos modos, los líderes no tenían nuevas órdenes para darles. Cuando se acercaba el amanecer y el desenlace ya era obvio, los jefes debatieron su próxima jugada. En la planificación apresurada e improvisada del *Putsch*, Hitler había pensado poco en la posibilidad del fracaso. No había un plan B. Envió un mensaje al príncipe heredero Ruppert en Berchtesgaden con la esperanza de que intercediera con Kahr y lo convenciera de que apoyara el levantamiento. Un hecho sintomático que evidencia la desorganización del *Putsch* fue que el mensajero no pudo encontrar un automóvil, tuvo que viajar en tren y no llegó hasta por la tarde. Ruppert se negó de plano. Es más, había alentado a Kahr a

aplastar la rebelión. Kriebel, el comandante militar del *Putsch*, recomendó retirarse de Múnich y reagruparse en Rosenheim, en la cercana frontera austríaca. Allí podían contar con el apoyo de la población local. Göring estuvo de acuerdo, pero Ludendorff, que se había ido a su casa a descansar y regresó con ropa civil, no quiso saber nada. «El movimiento no puede terminar en la zanja de un oscuro camino rural»,[52] resopló.

A última hora de la mañana, con la situación empeorando a cada minuto que pasaba y sin que pareciera tener resolución, Ludendorff hizo una declaración directa que sonaba como una orden: «¡Marcharemos!». Röhm y sus hombres estaban atrincherados en la sede de la Reichswehr rodeados de tropas del gobierno. Los golpistas marcharían por la ciudad y los liberarían. La idea de una movilización atrajo a Hitler (tanto que, más tarde, incluso afirmó que era suya). La liberación de Röhm era el aparente objetivo de la marcha, pero, como Hitler imaginó, una manifestación por el centro de la ciudad con pancartas flameando y una banda abriendo el camino despertaría el apoyo hacia el *Putsch* entre la gente. La población simplemente no se había enterado de la revolución —ese era el problema— y esta demostración de poder por parte de los rebeldes cambiaría la situación. Fue un ejercicio del tipo de actuación política que Hitler practicaba con tanto entusiasmo. Las tropas del gobierno no se atreverían a disparar contra la gente que avanzaba; es más, se unirían a sus filas, y, a fin de cuentas, Kahr y sus aliados se verían obligados a cooperar con la revolución nacional. Incluso en su desesperación, Hitler tuvo que darse cuenta de que esto era más una esperanza infundada que una expectativa realista.

Mientras se preparaban para marchar, Hitler envió a Feder, Streicher y otros líderes del partido a las calles para le-

vantar a la gente. Debían pronunciar discursos en las plazas públicas, explicar los objetivos de la revolución nacional y aumentar el apoyo. A las 11 de la mañana, las cosas comenzaron a moverse en la Bürgerbräukeller. Dos mil hombres, muchos de ellos exhaustos por la falta de sueño, con resaca y rígidos por el frío de la mañana, comenzaron a salir de la cervecería para formar en la Rosenheimerstrasse. Era un conjunto dispar de desharrapados. Las tropas de choque de Hitler, con cascos de la Reichswehr y equipada con rifles y granadas militares, se asemejaba un poco a una unidad militar; los regimientos de las SA de Múnich llevaban chaquetas verde grisáceo y las cabezas cubiertas con gorras de esquí noruegas. Otros iban vestidos con una gran variedad de ropa civil: monos de trabajo y trajes de negocios con piezas y elementos de uniformes de guerra que asomaban por todos lados. Todos llevaban brazaletes rojos con la esvástica y casi todos estaban armados.[53]

Kriebel organizó con rapidez a los hombres en columnas, con filas de ocho, seguidas por filas de cuatro en el caso de las SA y otras unidades detrás. Los estandartes con la esvástica y las banderas de batalla de color blanco, negro y rojo del antiguo ejército imperial aparecían a intervalos a lo largo de toda la formación. Encabezando la marcha, en la primera fila, iban Hitler con su gabardina con cinturón apretado, Ludendorff con chaqueta de caza y abrigo, Göring con un abrigo de cuero negro y su Pour le Mérite visible en el cuello, coronado con un casco de acero con una esvástica blanca pintada en la parte delantera, y diversos funcionarios del partido. La banda de música, que Hitler había gestionado por la mañana, tocaba una marcha poco inspiradora mientras las tropas se reunían y luego partían, enojadas, porque no habían desayunado ni les habían pagado.

Finalmente, la marcha se puso en movimiento y giró hacia el oeste por la pendiente Rosenheimerstrasse hasta Ludwigsbrücke, donde se encontraron con un bloqueo policial. La formación avanzó sobre la policía, superada en número, y continuó cruzando el río hacia la Puerta de Isar. En el camino, los curiosos observaban a lo largo de las calles sin saber muy bien qué era lo que estaban presenciando. Algunos gritaban su apoyo; varios, en las abarrotadas aceras, ondeaban pequeñas banderas nazis, y otros se burlaban. La procesión llegó a la Marienplatz, donde fue devorada por una multitud inmensa. Una enorme bandera nazi flameaba en el balcón del Rathaus («Ayuntamiento»), y estandartes más pequeños con la esvástica colgaban de las ventanas alrededor de la plaza. Alentada por Strasser y otros oradores nazis, la multitud saludaba a los golpistas con aplausos y gritos de «Heil». Algunos se unieron a los que marchaban, como en un desfile. Los espíritus de los manifestantes se encendieron. Cantaban mientras avanzaban. Fue una señal alentadora que la esperanza que Hitler había puesto en un público entusiasta a favor del *Putsch* pareciera ser real.

La mayoría de los hombres desconocía el objetivo de la marcha, y nadie esperaba una confrontación armada. Algunos pensaron que, después de hacer una demostración de fuerza, la formación regresaría a la Bürgerbräukeller para preparar el paso siguiente. Pero Ludendorff estaba decidido a liberar a Röhm y a sus hombres, atrapados en el cuartel general de la Reichswehr, y siguió avanzando. De mala gana, Hitler lo siguió. Ludendorff condujo la procesión fuera de la Marienplatz por una estrecha calle al costado del Rathaus y luego por la aún más estrecha Residenzstrasse, apenas lo bastante ancha como para que pasaran filas de ocho hombres uno junto al otro. A unos 100 metros, por la Residenzstrasse, la calle se ensanchaba en la amplia Odeonspla-

tz, donde nueve años antes Hitler había estado en medio de la exultante multitud que vitoreaba el estallido de la guerra. Más allá de Odeonsplatz estaba el cuartel general de la Reichswehr.

Cuando la manifestación llegaba al Feldherrnhalle, una enorme estructura de piedra que honraba a los héroes militares de Baviera ubicada en la desembocadura de la Odeonsplatz, se encontraron con una línea de policías estatales con uniformes azules. Esta vez, la policía no vaciló. Mientras los manifestantes avanzaban, se oyó un disparo que resonó entre las altas murallas de la estrecha calle. Luego se produjo una lluvia descontrolada de disparos. El tiroteo no duró más de treinta segundos. Cuando terminó, dieciocho hombres yacían muertos en la calle: catorce nazis y cuatro policías. Los golpistas retrocedieron en desorden. Hitler, tomado del brazo de la persona que tenía al lado, fue arrastrado con tal violencia que se le dislocó el hombro. Göring resultó gravemente herido tras ser alcanzado en la parte superior del muslo. Rosenberg y Streicher, en la segunda fila, dieron media vuelta y huyeron. Vieron a Weber, líder del Bund Oberland, apoyado contra una pared llorando histéricamente. Ludendorff, quien se había echado cuerpo a tierra sobre el empedrado en cuanto comenzaron los disparos, volvió a ponerse de pie y, con la certeza de que ningún soldado se iba a atrever a dispararle al héroe de la Gran Guerra, marchó erguido por entre las filas policiales, donde el oficial a cargo lo saludó de manera cortés y lo escoltó hasta un lugar seguro dentro de la Residenz. En medio del caos, Hitler y Göring fueron arrastrados a un lugar seguro y escaparon de la escena.

Entonces las filas se disolvieron, presas del pánico. Los que estaban en la parte posterior de la formación seguían cantando marchas patrióticas cuando oyeron los disparos.

No tenían idea de lo que había sucedido —nadie esperaba una batalla—, pero vieron a los que estaban frente a ellos alejándose frenéticamente del Feldherrnhalle. La larga columna se detuvo de forma brusca y comenzó a dispersarse. Durante la tarde, la Policía Estatal capturó a cientos de golpistas, los desarmó y tomó la Bürgerbräukeller sin que los desanimados revolucionarios opusieran la menor resistencia. Hitler logró evitar ser capturado hasta el día 11, cuando lo hallaron escondido en la villa Hanfstaengl, al sur de la ciudad. En ese momento, el NSDAP fue oficialmente prohibido, su periódico se cerró y sus líderes estaban en camino a prisión o escondidos en el exilio. La arriesgada apuesta de Hitler por el poder había durado menos de veinticuatro horas y terminó en un ignominioso fiasco.

Hitler fue trasladado a la prisión de Landsberg, a unos 60 kilómetros al oeste de Múnich, y ubicado en la celda número 7. Derrotado y humillado, no quería ver a nadie; se negó a hablar con los interrogadores de la oficina del fiscal del Estado y comenzó una huelga de hambre. Se presentaron acusaciones formales de alta traición contra él, Ludendorff y varios nazis más. La fecha del juicio quedó fijada para el 27 de febrero de 1924. Para cuando el tribunal abrió la sesión, al año siguiente, Hitler y su *Putsch* ya no eran noticia. Su efímera carrera política parecía haber llegado a su fin y, sin duda, así debería haber sido. El *Putsch* fue casi universalmente ridiculizado como algo digno de aficionados y casi risible; una ópera bufa dirigida por un diletante alucinado que se creía alguien. Pero el obituario político de Hitler, como el juicio mostraría de manera innegable, era prematuro.

El momento y la ubicación de esas actuaciones resultaron ser claves para su resurrección política. El Reichstag, elegido en junio de 1920, se disolvió y se convocaron nuevas elecciones para el 4 de mayo de 1924. La campaña no estaba

oficialmente en marcha cuando comenzó el juicio, a fines de febrero, pero la prensa nacional, al verlo como un preludio de las elecciones, llenó la sala del tribunal para darle una cobertura de primera plana durante un mes. El lugar fue igualmente importante. Por ley, el caso debería haber sido juzgado ante el Tribunal Supremo de Leipzig, pero, en otro reflejo de las tensas relaciones entre Berlín y Múnich, el gobierno bávaro impuso su jurisdicción y el gobierno central cedió.

El juicio se llevaría a cabo ante el Tribunal Popular de Baviera en Múnich. Esto resultó ser de enorme importancia. Era el territorio de Hitler y esa decisión le proporcionó un entorno mucho más favorable del que habría tenido en la sajona Leipzig. Y había otra ventaja. A lo largo del juicio, y desde entonces para siempre, Hitler, con su inagotable inclinación al autodrama, proyectó una imagen de hombre solitario dueño de una fuerte convicción; un hombre común y honesto; un soldado del frente que se levantaba audazmente contra la poderosa autoridad de un Estado traidor. Era una evocación tímida de Lutero en Worms, el sencillo monje alemán que habló siguiendo los dictados de su conciencia desafiando al poder conjunto del emperador y del papado. Fue un relato que quedó grabado en la leyenda nazi.

Es más, incluso antes de que comenzara el juicio, Hitler confiaba en un fallo favorable. Ya había comparecido ante el juez que presidía las sesiones, Franz Neidhardt, bien conocido por sus simpatías nacionalistas de derecha. En mayo, Neidhardt había presidido el juicio a Hitler por agresión tras una pelea en una cervecería y le impuso la sentencia más leve posible: tres meses. También decidió la liberación de Hitler de la prisión de Stadelheim después de cumplir solo treinta días. Con la indulgencia de Neidhardt, el juicio le proporcionó el escenario nacional que anhelaba. Aunque

Ludendorff era, con mucho, el más conocido de los acusados, desde el principio la estrella del espectáculo fue Hitler.

Hitler se presentó ante la corte vestido de civil, con su Cruz de Hierro en el pecho. Después del ataque inicial de desesperación en la prisión, su espíritu se había levantado por las visitas de Drexler, Helene Hanfstaengl, *Frau* Bechstein y otros, que le llevaron palabras alentadoras de sus fieles seguidores. Su confianza en sí mismo aumentó. Y no es de extrañar. Desde la apertura, la actuación del tribunal fue un escándalo. Neidhardt permitió que Hitler interrumpiera al fiscal, que interrogara a los testigos y pronunciara peroratas de hasta cuatro horas. Hitler colmó de desprecio a los testigos del Estado, especialmente a Lossow, Seisser y Kahr, calificándolos de cobardes, hipócritas y cómplices que trataban desesperadamente de salvar el pellejo. Se le permitió hablar largo y tendido sobre su visión política, sobre los «criminales de noviembre», sobre el Tratado de Versalles, sobre la futura política exterior de Alemania bajo su dirección. Arremetió contra la democracia parlamentaria y propuso una dictadura, reclamando para sí, de manera poco modesta, el papel de salvador de Alemania, de futuro dictador. Los otros acusados presentaron alegatos de inocencia. Hitler, desafiante, asumió la responsabilidad de todo lo que había sucedido. Con orgullo, admitió su culpa por querer recuperar el honor de Alemania, restaurar la gloria del ejército alemán, liberar a la nación de las garras de los «criminales de noviembre» que la habían esclavizado. Sobre todo, gritó, estaba «decidido a ser el destructor del marxismo».

En su alegato pronunció una de sus alocuciones más impresionantes, en la que explicó que él y los nacionalsocialistas querían «crear en Alemania las condiciones que harían posible sacarnos de encima el férreo control de nuestros enemigos. Queremos promover el orden en el Estado, des-

hacernos de los zánganos y luchar contra la esclavitud de las bolsas de valores internacionales. Estamos en contra de que toda nuestra economía esté arrinconada por la esclavitud bursátil, en contra de la politización de los sindicatos y, sobre todo, queremos luchar por el deber más honorable que nosotros, como alemanes, sabemos que debería introducirse otra vez: el deber de portar armas, el servicio militar. Y ahora, pregunto: ¿lo que queremos es algo que debe considerarse alta traición?».

Y cerró con una advertencia:

> El ejército que hemos formado crece día a día, de hora a hora y rápidamente. Especialmente en estos días, albergo la orgullosa esperanza de que algún día llegue la hora en que estas compañías salvajes crecerán hasta convertirse en batallones, los batallones en regimientos, los regimientos en divisiones; que la vieja escarapela será sacada de la inmundicia, que las viejas banderas volverán a agitarse, que habrá una reconciliación en el último gran juicio divino que estamos preparados para enfrentar. Entonces, desde nuestros huesos y nuestras tumbas, hablará la voz de ese tribunal, que es el único que tiene derecho a juzgarnos. Porque no son ustedes, señores, quienes nos juzgan a nosotros. El juicio es pronunciado por el tribunal eterno de la historia [...]. Ya sé qué sentencia van a dictar ustedes. Pero aquel tribunal no nos preguntará: «¿Cometieron alta traición o no?».

No, continuó, ese tribunal juzgará a los hombres del 9 de noviembre como «alemanes que deseaban solo el bien de su pueblo y de su patria; que querían pelear y morir. Ustedes pueden declararnos culpables mil veces, pero la diosa del tribunal eterno de la historia sonreirá y rasgará hasta hacer trizas el escrito del fiscal del Estado y la sentencia del tribunal; porque ella nos absuelve».[54]

El público estaba con él, el juez estaba con él; incluso el fiscal del Estado elogió sus motivos, aunque no sus métodos. El día en que se iba a pronunciar la sentencia, una multitud expectante pululaba alrededor del edificio de ladrillo rojo que servía como juzgado y cárcel. Los seis acusados posaron con orgullo en los escalones del edificio para tomarse una foto grupal. Su expresión era severa pero confiada. Adentro, los fiscales del Estado encontraron la sala del tribunal salpicada de mujeres que llevaban flores para su héroe; una, incluso, preguntó si podía bañarse en la bañera de Hitler. La prensa internacional y los periodistas de toda Alemania, por otro lado, se horrorizaron ante lo que alguno llamó «el carnaval de Múnich» en el tribunal. Incluso los ministros del gobierno bávaro, algunos de los cuales habían sido tomados como rehenes en la Bürgerbräukeller, se quejaban de la indulgencia de Neidhardt hacia Hitler. Cuando fue censurado por un ministro por permitirle hablar durante horas, Neidhardt respondió sin convicción: «Es imposible evitar que Hitler hable».[55]

Los peores temores de los partidarios de la república se hicieron realidad cuando el tribunal emitió su veredicto final el 1 de abril. Con todas las pruebas en contra, Ludendorff fue absuelto. «Adolf Hitler [fue] prácticamente absuelto y todos los demás acusados [fueron] liberados sin más preámbulos o castigados con sentencias tan ridículas que, a todos los efectos, son todos hombres libres [...]. Para ser sintéticos», comentó *The New York Times*, «cada uno de los acusados es tan libre como un pájaro, excepto Hitler, Kriebel y Weber, y toda Alemania está convencida de que también serán liberados tan pronto como cumplan con esa idea de castigo que el tribunal de Múnich considera debe recaer sobre un traidor a la república alemana: seis meses de prisión» menos el tiempo ya cumplido. Fue, según la mayoría de los

observadores, una farsa. «Todo Múnich se ríe del veredicto, que es considerado como una excelente broma del Día de los Inocentes.»[56] Pero, mientras los partidarios de la república solo podían sacudir la cabeza consternados, «el Múnich reaccionario está encantado con el veredicto», informó el *Times*, «aunque se ve cierta insatisfacción porque Hitler no fue liberado con Ludendorff». Al pronunciar la sentencia de Hitler de cinco años (el mínimo permitido por ley), Neidhardt destacó que el líder nazi podría acceder a la libertad condicional en seis meses restando los cuatro meses ya cumplidos. En otras palabras, Hitler podría estar de vuelta en la calle en ocho semanas. Hubo consternación en la prensa internacional. Como dijo enigmáticamente el periodista de *The New York Times*, «conspirar contra la Constitución de la república no se considera un delito grave en Múnich».

Algunos esperaban que Hitler, que seguía siendo ciudadano austríaco, fuera deportado apenas fuese liberado. Quedaron muy decepcionados. «En opinión del tribunal», decía la sentencia final, «un hombre que piensa y siente como un alemán, como es el caso de Hitler, un hombre que sirvió voluntariamente cuatro años y medio en el ejército alemán durante la guerra, que ganó condecoraciones de importancia por su valentía frente al enemigo, que fue herido y cuya salud quedó afectada [...] no debería estar sujeto a la Ley para la Protección de la República».[57] Fue un notable giro inesperado. Derrotado sin gloria en su intento de derrocar al gobierno legítimo de Alemania por la fuerza, Hitler había convertido el juicio en un gran triunfo. Le había dado una plataforma nacional sobre la cual expresar sus puntos de vista y había entregado una obra maestra de propaganda. Aun así, muchos suponían que su recién estrenada notoriedad se desvanecería con rapidez. Después de todo, no tenía

demasiados seguidores nacionales; todavía era un fenómeno regional y, a pesar de su teatralidad y dramatismo en el juicio, pronto iba a desaparecer en prisión. Su partido estaba desorganizado y había sido declarado ilegal, y sus líderes se hallaban dispersos en el exilio o en prisión. Alemania, creían muchos, había visto por última vez a Adolf Hitler.

3

En el margen (1925-1928)

Cuando Hitler regresó a la prisión de Landsberg el 1 de abril de 1924, su antigua celda lo estaba esperando. Había abandonado la prisión para asistir a su juicio como un oscuro agitador callejero, cuya notoriedad se limitaba en gran medida a Baviera. Cuando regresó, era «el mártir de Múnich», un héroe de la derecha radical. El desastroso *Putsch* había sido ridiculizado en todas partes como una caótica torpeza, casi una calamidad en forma de farsa, pero la actuación virtuosa de Hitler en el tribunal lo había transformado en una figura nacional. En esta ocasión era «el prisionero de honor» de Landsberg, una celebridad para los otros conspiradores, para los carceleros y para los funcionarios de la prisión.

En el ala de la prisión en la que se encerraba a los presos políticos —personajes que abundaban en Baviera, dada su turbulenta historia de posguerra—, Hitler volvió a recibir la

celda 7 en el piso superior, reservada para los prisioneros más importantes. Su celda era pequeña pero cómoda, con una mesa, dos sillas, un armario y una cama. La luz entraba por dos ventanas grandes y, aunque Hitler se quejaba de los barrotes, su vista era de arbustos, árboles y colinas. Los visitantes le llevaron geranios y otras flores.

Dadas las circunstancias, tenía todo lo que uno podría desear. Se vestía con su propia ropa, en general pantalones de cuero y la tradicional chaqueta tirolesa, camisa blanca y, a veces, corbata. Telegramas y cartas de fieles miembros del partido y cariñosos admiradores llovían en la prisión; algunos le enviaban libros; otros, paquetes de comida (a Hitler le encantaba la pastelería vienesa y estaba preocupado por su peso). Su celda, según comentarios posteriores de Putzi Hanfstaengl, «parecía una tienda de *delicatessen*. Uno podría haber abierto una tienda de flores, de frutas y de vinos con todas las cosas amontonadas allí».[1]

Aunque las visitas estaban restringidas, las autoridades de la prisión, que simpatizaban con él, hacían la vista gorda ante la creciente marea de visitantes que llegaban para una audiencia con «el héroe de Múnich». A veces, Hitler pasaba hasta seis horas recibiendo invitados. Incluso su perro tenía autorización para visitarlo. Cuando llegó el verano, Hitler estaba tan asediado por los visitantes que les pidió a los carceleros que dejaran pasar solo a los que habían concertado una cita por escrito. A los presos se les permitían sesiones de ejercicio físico de dos horas de duración, que incluían boxeo y gimnasia. Hitler a veces hacía de árbitro en estas actividades, pero en general prefería caminar. Después de todo, el líder del movimiento no podía entrar en una competencia física con sus seguidores.

Incluso como prisionero, estaba prácticamente al mando y era el amo de su entorno. Cuando un nuevo prisionero era

asignado al bloque, de inmediato era llevado a presentarse ante Hitler. En las comidas en la sala común, Hitler presidía la mesa y era el centro de atención. Un compañero conspirador le escribió a un amigo que todos los días a las 10 de la mañana «hay, normalmente, una hora de debate con el jefe o, mejor aún, un discurso del jefe». Los carceleros y otros miembros del personal de la prisión a menudo escuchaban desde detrás de la puerta y quedaban tan cautivados como los presos. Cuando Hitler hablaba, «los guardias se reunían afuera, en la escalera, y escuchaban sin hacer ruido. [...] los hombres de la unidad de la guardia policial formaban en el patio exterior y ninguno de estos oyentes provocó la más mínima perturbación».[2]

La ocupación principal de Hitler mientras estuvo en Landsberg era escribir. Tenía pensado hacer un libro sobre sus experiencias durante la guerra, su despertar político y los comienzos del NSDAP. Podría necesitar escribir un segundo tomo para explicar la *Weltanschauung* del nacionalsocialismo, sus bases y objetivos ideológicos. Juntos, los dos volúmenes constituirían un manifiesto político autobiográfico. Los visitantes le suministraban papel, pluma y tinta, e incluso una máquina de escribir, con la que llenaba páginas con el método de dos dedos. A veces, les dictaba a sus colegas conspiradores, por ejemplo, a Emil Maurice o a Rudolf Hess. Un carcelero comentó que «durante todo el día y hasta bien entrada la noche, se oía el tecleo de la máquina de escribir y también se podía oír a Hitler en su pequeña habitación dictándole a su amigo Hess. Los sábados por la noche, solía leer los capítulos terminados a sus compañeros de prisión, que se sentaban a su alrededor como colegiales».[3]

Hitler no estaba del todo descontento con este respiro lejos de la frenética agresividad de la vida política. Desde su ingreso al partido, había tenido poco tiempo para reflexio-

nar y escribir. Sus considerables energías habían sido dedicadas a hablar, organizar e intentar unir al revoltoso NSDAP. En ese momento, con la forzosa disciplina y el silencio de la prisión, podía por fin desarrollar sus ideas de manera más sistemática. Como recordaría muchos años después, su libro nunca habría sido escrito si no hubiera sido por su tiempo en prisión. En Landsberg, con pocas diversiones, se puso a escribir. Tenía grandes esperanzas puestas en esa obra. Había proyectado llamarla *Cuatro años y medio de lucha contra las mentiras, la corrupción y la cobardía*, pero fue disuadido por su antiguo camarada del ejército y editor, Max Amann, quien le insinuó cautelosamente que el título podría no ser tan atractivo para los lectores potenciales como lo era para Hitler. Amann sugirió un título más corto y más picante: *Mein Kampf*.[4]

Aunque Hitler recibía información sobre los acontecimientos que tenían lugar más allá de los muros de la prisión, se negó a involucrarse en las incesantes disputas entre sus lugartenientes. Mientras esperaba el juicio, había designado a Alfred Rosenberg, el editor del *Völkischer Beobachter*, como guardián del partido en su ausencia. Fue una elección curiosa. Pedante, distante y carente de todo carisma, a Rosenberg le gustaba verse a sí mismo como el filósofo del partido. No tenía experiencia administrativa ni seguidores personales. Muchos creían que Hitler lo había elegido precisamente por estas razones. Rosenberg no representaba ningún peligro de una posible usurpación del poder, ni sería una amenaza para su posición como líder cuando regresara.[5]

Casi de inmediato, Rosenberg enfrentó desafíos en varios frentes. Poco o nada se había hecho para prepararse ante la posibilidad de que el golpe de Estado fracasara, y Rosenberg descubrió que la organización del partido estaba en un de-

sorden casi imposible de revertir. Con la idea de establecer una organización interina alternativa para el prohibido NSDAP, el 1 de enero de 1924 fundó la Comunidad del Gran Pueblo Alemán (Grossdeutsche Volksgemeinschaft o GVG), pero pocos líderes del partido estaban dispuestos a aceptarlo como jefe. Muchos leales a Hitler se mantuvieron distantes y, para el verano, Esser y Streicher habían asumido el control de la GVG. Otros dirigentes nazis se unieron a un partido radical rival, el Partido Alemán de la Libertad Völkisch (DVFP), que tenía su cuartel general en Berlín y estaba encabezado por Ludendorff y Albrecht von Graefe, quienes habían participado en el fallido *Putsch*. Lo que quedaba del NSDAP se fragmentaba día a día, dividiéndose en facciones que desconfiaban unas de otras.

Para complicar aún más las cosas, los nazis se enfrentaban a las ya cercanas primeras elecciones nacionales desde 1920. Hitler siempre se había opuesto con vehemencia a participar en elecciones democráticas, pero la situación a principios de 1924 parecía ofrecer muy buenas perspectivas. Entre noviembre de 1923 y la primavera de 1924, el gobierno del Reich, utilizando la facultad de dictar decretos de emergencia prevista por el artículo 48 de la Constitución de Weimar, introdujo una serie de medidas deflacionarias estrictas que condujeron a una estabilización inmediata de la economía, pero también implicaron graves repercusiones sociales y políticas. Esas medidas incluyeron la suspensión de facto de la jornada laboral de ocho horas, un despido masivo y sin precedentes de funcionarios y empleados públicos, una severa restricción del crédito, que produjo una avalancha de bancarrotas, sobre todo de pequeñas empresas, y un impresionante aumento en los índices de desempleo, especialmente duro entre el personal de oficina. Además, el Tercer Decreto de Impuesto de Emergencia del gobierno,

que devaluó las deudas e hipotecas a solo el 15 % de su valor original, desencadenó un estallido de protestas por parte de los acreedores. La crisis inflacionaria de 1923 dio paso con rapidez a la crisis de estabilización de 1924.[6]

Para contribuir al furor provocado por las duras medidas de estabilización del gobierno, se revivió el tema de las reparaciones. La cuestión —cuánto, en qué forma y con qué plazos Alemania iba a pagar— no se había resuelto en Versalles ni en conferencias internacionales posteriores y sería el problema más inextricable de la política internacional de la posguerra. A principios de 1924, un comité internacional de expertos economistas, designado por la Comisión de Reparaciones de la Liga de las Naciones y presidido por el banquero estadounidense Charles Dawes, redactó un nuevo plan de pagos para presentar al gobierno alemán. A principios de abril, justo cuando la campaña del Reichstag comenzaba, el comité presentó su informe a la Comisión. Rápidamente denominado «Plan Dawes», este conjunto de recomendaciones proponía un calendario gradual de pagos, que comenzaba con cerca de 1000 millones de marcos en 1925-1926 y que alcanzaba un pago anual normal de 2500 millones en 1928-1929. Sin embargo, para consternación de Berlín, no se daban precisiones sobre la deuda total de Alemania y, por lo tanto, la ominosa perspectiva de pagar y pagar indefinidamente en el futuro se cernía sobre las negociaciones.[7]

Entre los aspectos más irritantes del plan, se contaban varias disposiciones que la mayoría consideró que violaban la soberanía de Alemania. El plan requería la creación de un consejo general internacional con amplios poderes para supervisar la economía alemana. Dado que una moneda estable y un presupuesto equilibrado se consideraban prerrequisitos para la recuperación alemana, las operaciones del Ban-

co Central alemán (Reichsbank) debían ser cuidadosamente supervisadas por el consejo general internacional, y un agente de reparaciones aliado debía establecerse en Berlín para dirigir la transferencia de los pagos. Para dulcificar las cosas, el comité indicaba que la aceptación del Plan Dawes y un esfuerzo de buena fe para poner en orden la vida económica de Alemania provocarían una muy necesaria afluencia de capital extranjero que permitiría al país volver a ponerse de pie. Aunque no era parte formal del plan, los aliados también sugerían que podía esperarse la evacuación del Ruhr dentro de un año si los alemanes cooperaban y aceptaban el informe.[8]

Tan pronto como los detalles del Plan Dawes —y su positiva recepción por parte del gobierno alemán— se hicieron públicos, estalló la furia en todo el país. Los partidos conservadores, nazis y *Völkisch*, así como los comunistas, lo denunciaron como un «segundo Versalles», otro eslabón de las cadenas de esclavitud impuestas a Alemania por los vengativos gobiernos aliados.[9] Aunque la prensa se refirió a ellas como las «elecciones de la inflación», las duras políticas de estabilización del gobierno y el Plan Dawes se convirtieron de inmediato en los temas centrales de la campaña subsiguiente y dieron más impulso a todos los enemigos de la república.[10]

Con la elección programada para el 4 de mayo, los nazis tenían que decidir rápidamente si participarían o no. Era un tema muy polémico. Realizada a la sombra de la hiperinflación y la estabilización draconiana que siguió, la campaña de la primavera de 1924 parecía ofrecer a las fuerzas antirrepublicanas una tremenda plataforma de lanzamiento. El enojo por la destrucción de la moneda y las severas medidas adoptadas para estabilizar la economía —todas impopulares y todas por decreto de emergencia— era creciente. Al mis-

mo tiempo, la amplia cobertura mediática del juicio de Hitler había puesto en el centro de la atención pública a los nacionalsocialistas justo cuando la campaña estaba comenzando y, aunque Hitler ya no estaba en escena, muchos en el partido creían que no había que desperdiciar la ocasión.

El principal defensor de esta posición era Gregor Strasser, un farmacéutico de 32 años que en 1924 emergió como uno de los dirigentes más enérgicos e influyentes del NSDAP. Al igual que Hitler, era un veterano de guerra condecorado, nacionalista militante y antisemita. Después de cuatro años en las trincheras, regresó a Baviera, terminó sus estudios de Farmacia en Erlangen y comenzó una carrera como farmacéutico. En 1919 se enroló en los Cuerpos Libres de Franz Ritter von Epp para derrocar la República Socialista de Baviera; dos años más tarde, se unió al nuevo partido de Hitler. Corpulento y en apariencia brusco, Strasser tenía una personalidad dominante, energía ilimitada y talento para la organización. Fundó una unidad de las SA en Landshut, fue jefe de las SA de toda la Baja Baviera y trabajó de manera diligente para establecer sedes del partido en otras ciudades bávaras. Exoficial del ejército y hombre de acción, también disfrutaba leyendo a Homero en versión original en griego clásico.[11] Había participado en el *Putsch*, pero tuvo un papel menor. Unos días más tarde fue arrestado, acusado no por su mínima participación en el golpe, sino por intentar reclutar a un soldado para el NSDAP, que ya estaba fuera de la ley. Su estancia en prisión fue breve: se le concedió la libertad a finales de abril de 1924, después de haber sido elegido para la legislatura estatal bávara, un reflejo de su floreciente influencia regional.[12]

Strasser estaba convencido de que el partido debía meterse en la campaña del Reichstag, incluso si eso significaba una alianza con otros partidos, y defendió de manera enér-

gica una coalición con el DVFP. Este podría ser un acuerdo de corto plazo, reconoció Strasser, pero esperaba explotar las conexiones del DVFP en el norte de Alemania para expandir la influencia nazi más allá de Baviera. Sus planes encontraron la fuerte resistencia de Esser y Streicher, líderes de la camarilla bávara que dominaba el cuartel general del partido en Múnich. A pesar de sus considerables limitaciones personales, ambos eran hombres del partido desde hacía mucho tiempo. Eran servilmente devotos de Hitler, quien les devolvía su lealtad y confianza en igual medida. Ambos rechazaron la alianza temporal con el DVFP y despreciaron los esfuerzos de Strasser por llevar el NSDAP a la política electoral. ¿Acaso no comprendía que Hitler siempre había rechazado la colaboración con otros partidos y se había opuesto, por principio, a cualquier participación en el corrupto sistema parlamentario de Weimar?

A pesar de estos rencorosos desacuerdos dentro del grupo nazi —o tal vez debido a ellos—, Graefe y Ludendorff insistieron de modo implacable en el tema de una actividad conjunta *nazi-Völkisch*. Vieron en la ausencia de Hitler la oportunidad de asumir el liderazgo de todo el movimiento *Völkisch* y obtener una importante victoria electoral. Con el apoyo de Strasser, Graefe comenzó las negociaciones con Rosenberg y otros líderes nazis para amalgamar las dos organizaciones. En una reunión en enero, en Salzburgo, Rosenberg se negó a aceptar una fusión, pero aceptó la formación de una alianza electoral temporal. El DVFP se centraría sobre todo (aunque no exclusivamente) en el norte, y los nazis, en el sur. La estrategia política sería determinada por consulta entre los dirigentes de los dos partidos. Esta sería la primera campaña electoral de los nazis.

Aunque tuvieron que operar bajo la bandera del DVFP, la campaña de primavera expuso todos los temas básicos de la

ideología nacionalsocialista. Al denunciar la lucha de clases, los nazis estaban decididos a derribar las barreras sociales para establecer una «comunidad popular genuina» (*Volksgemeinschaft*) que superaría las profundas divisiones de la sociedad alemana. La «causa última» del colapso de Alemania en 1918 radicaba precisamente en esta «división llena de odio» que había sido «fomentada de forma sistemática por el marxismo judío». Después de expulsar a los reyes de sus tronos, en 1918, los trabajadores se enfrentaban en esta ocasión a los «reyes de las finanzas». «La banca internacional y el capital bursátil» habían asumido el poder absoluto, con la fuerte influencia financiera puesta en manos de los judíos, quienes «mantienen una poderosa red que cubre todo el mundo». El dilema central al que se enfrentaban los alemanes, advertían los nazis, no era entre la izquierda o la derecha, entre los nacionalistas o los socialistas, sino «a favor o en contra de los judíos».[13]

Con las consecuencias de las erupciones políticas y económicas de 1923 todavía en el aire, los alemanes acudieron a las urnas el 4 de mayo y el grado de su insatisfacción se reflejó en la impresionante oleada de partidos extremistas y antidemocráticos. Los conservadores antirrepublicanos, cuyo voto saltó del 14 % en 1920 al 19,5 %, fueron los grandes ganadores, pero el DVFP, con el 6,5 % de los votos, hizo una presentación sorprendentemente fuerte. A pesar de las dificultades organizativas, las amargas rivalidades personales y las disputas internas, los nazis y sus socios obtuvieron casi dos millones de votos, superando así a las organizaciones regionales e incluso al importante Partido Democrático (DDP). Como se esperaba, el apoyo a los nazis se concentró en el sur, en particular en Baviera, pero la capacidad de la coalición *nazi-Völkisch* para ganar votos en el norte mostró

que el atractivo del nacionalsocialismo no era un fenómeno regional.

Dado que las fuerzas antirrepublicanas de derecha y de izquierda se quedaron con casi el 40 % de los votos y los partidos democráticos llegaron divididos en una serie de temas, la creación de un gabinete de mayoría estable resultó difícil de lograr. En octubre, después de muchas disputas, el Reichstag se volvió a disolver y se convocaron nuevas elecciones para diciembre. Pero el ambiente político y económico había sufrido una transformación considerable desde mayo. La opresiva sensación de inminente ruina que había nublado la campaña de primavera se había disipado. La aprobación de la legislación de Dawes abrió paso a la llegada de mucho capital extranjero, sobre todo estadounidense, que fue un catalizador para la reactivación económica. El desempleo disminuyó, los salarios reales aumentaron, y el humor sombrío y desesperado ante la calamidad económica que había persistido durante la primavera había comenzado a disiparse antes de que se iniciara la campaña de otoño. La amenaza del separatismo renano y bávaro, así como la de la insurrección armada de los extremos políticos, también había disminuido en gran medida. Las tropas francesas y belgas evacuaban el Ruhr. La república, contra viento y marea, había logrado sobrevivir.

Para la alianza nazi-*Völkisch*, ninguno de estos hechos eran buenas noticias. Después de su fuerte demostración de mayo, los miembros de la derecha radical no pudieron cerrar las brechas cada vez más amplias en su coalición. A fines de agosto, Strasser y Rosenberg decidieron unirse a Ludendorff para fundar a tiempo para las elecciones un nuevo partido de unidad *Völkisch*, el Movimiento Nacional de Liberación Socialista (NSFB). Pero, en Baviera, Streicher y Esser se negaron a unirse a él y establecieron su propia orga-

nización rival. Al parecer, el NSFB no era lo bastante antisemita ni xenófobo para satisfacer sus gustos. Denunciaron la creación de Ludendorff-Strasser como irremediablemente burguesa e instaron a los nacionalsocialistas bávaros a boicotear las elecciones.

Aunque rechazados por Esser y Streicher, muchos dirigentes nazis compartían su aversión por las elecciones parlamentarias y, en particular, les disgustaba cualquier asociación formal con el NSFB. Abogaban abiertamente por la abstención total en la nueva campaña e incluso alentaban a los nazis que decidieran votar a que lo hicieran por los conservadores. No fue una sorpresa para nadie que la derecha radical perdiera más de la mitad de su electorado en las elecciones de diciembre. Con un mísero 3 % de los votos, los nazis y la derecha *Völkisch* comenzaron a retroceder hacia la periferia de la política alemana, donde permanecieron firmemente anclados hasta el comienzo de la Gran Depresión en 1929.[14]

Encerrado en Landsberg, Hitler eligió mantenerse al margen. Hasta la desafortunada Kampfbund, siempre había menospreciado la cooperación, y mucho más la fusión, con otros partidos de derecha, y había condenado cualquier participación en la política parlamentaria. Pero, retirado de la escena y sin poder mantenerse informado de los acontecimientos, se mostraba sorprendentemente ambivalente y evasivo. Los líderes rivales que hacían la peregrinación a Landsberg buscando la bendición de Hitler para sus planes partían creyendo que habían obtenido su apoyo, para descubrir luego que el líder había ofrecido un apoyo similar a sus adversarios. A menudo, todo parecía depender de quién lo había visto por última vez. Cuando Ludendorff hizo dos visitas a Landsberg en mayo con la esperanza de persuadirlo para que aceptara una unión del NSDAP con el mucho más

fuerte DVFP, Hitler lo neutralizó. Ludendorff respondió emitiendo un comunicado de prensa en el que afirmaba que Hitler, de hecho, había respaldado la fusión. Cuando Hitler desautorizó públicamente el artículo, la confusión aumentó. Hitler estaba enojado, furibundo ante su propia impotencia y por la traición de Ludendorff. El hecho subrayó de manera vivida cuán poco podía manejar lo que sucedía desde los confines de la prisión.

Tan frustrado estaba Hitler con la situación que a principios de julio anunció su retiro temporal de la política activa y solicitó que las delegaciones de las diferentes facciones del partido dejaran de visitarlo. Ya había tenido suficiente. Manifestó que no podía ser responsable de los acontecimientos mientras estuviese en prisión.[15] Aguardaría a que llegara su momento, terminaría su libro y, eso esperaba, sería liberado en un futuro no muy lejano. El anuncio de Hitler sorprendió y decepcionó a muchos dirigentes del partido, algunos de los cuales criticaron su particular desconexión, su pasividad. Hitler, pensaron, estaba simplemente a la deriva y dejaba que el partido, sin timón, se desintegrara.[16]

Hitler lo entendía perfectamente, pero tenía pocos incentivos para tratar de resolver las cosas y para arbitrar en los conflictos entre las diferentes facciones de su movimiento. ¿Por qué debería involucrarse en asuntos que no podía controlar? Para él, y para todos los demás, era evidente que no se podía lograr una verdadera unidad en el movimiento sin él, y él estaba más que satisfecho con esperar a que las cosas ocurrieran. Su libertad condicional estaba prevista para septiembre. Entonces, saldría de Landsberg como el salvador de un movimiento nacionalsocialista revitalizado.

A Hitler se le negó la libertad condicional en septiembre, pero, en contra de la recomendación del fiscal del Estado, fue liberado de Landsberg el 20 de diciembre de 1924, dos semanas después del fiasco electoral del partido. En total, había pasado trece meses en prisión por intentar derrocar de forma violenta al gobierno debidamente constituido de Alemania. Su liberación despertó interés solo en la derecha marginal. Una breve noticia en *The New York Times* el día de su excarcelación, «Hitler domado por la prisión», fue lo característico:

> Adolf Hitler, el semidiós de los extremistas reaccionarios, accedió hoy a la libertad condicional de la prisión en la fortaleza Landsberg, Baviera, e inmediatamente se dirigió en automóvil a Múnich. Se lo vio como un hombre mucho más triste y más sabio en este momento que en la primavera pasada, cuando él, junto con Ludendorff y otros extremistas radicales, comparecieron ante un tribunal de Múnich acusados de conspirar para derrocar al gobierno. Su comportamiento durante su encarcelamiento convenció a las autoridades de que, al igual que su organización política, él ya no era algo de temer. Se cree que se retirará a la vida privada y regresará a Austria, su país de nacimiento.[17]

Hitler, por supuesto, no tenía intención de desvanecerse mansamente en un tranquilo retiro en Austria. Salió de la prisión decidido a lograr dos objetivos: restablecer el partido y afirmar su liderazgo indiscutible. Ambas tareas iban a ser abrumadoras. Las fuerzas centrífugas que habían amenazado con desgarrar al movimiento durante su detención seguían siendo fuertes y, cuando regresó a Múnich como hombre libre, su condición de líder estaba lejos de ser clara. Antes del *Putsch*, en el mejor de los casos, había sido solo una de las varias figuras que luchaban por el liderazgo de la derecha *Völkisch*. El juicio lo había catapultado por un mo-

mento al escenario nacional, y su tiempo en la cárcel le había proporcionado un aura misteriosa, que él supo cultivar. Pero mientras todos rendían homenaje al heroico Hitler de Landsberg, el Hitler de carne y hueso excarcelado y de regreso a las calles de Múnich era otro asunto. Algunos líderes de la extrema derecha, especialmente los del norte, no estaban dispuestos a aceptarlo como *Führer* del movimiento antirrepublicano *Völkisch*. En una reunión en Berlín realizada el 17 de enero de 1925 y destinada a encontrar puntos en común entre representantes de la derecha *Völkisch* y los nacionalsocialistas, los líderes *Völkisch* lo consideraron poco más que «un tamborilero», un agitador exitoso pero difícilmente la materia prima con la que se hacen los líderes políticos nacionales. ¿Qué había logrado en realidad? ¿Con qué derecho podría asumir el liderazgo indiscutible de la derecha? *Völkisch*! Después de todo, Graefe era mucho más activo, y Ludendorff gozaba de un reconocimiento nacional mucho mayor que él. Furiosos, los representantes nazis abandonaron la reunión.[18]

Ese mismo día, a unos casi 500 kilómetros al sur, Hitler anunció su intención de restablecer el NSDAP. Desde su liberación de prisión, se había reunido varias veces con el ministro presidente bávaro, Heinrich Held, para convencerlo de que había aprendido la lección, y para asegurarle que un Partido Nacionalsocialista refundado seguiría un camino de legalidad en sus actividades futuras. No más violencia, no más intentos de derrocar al gobierno por la fuerza. Fue, como siempre con Hitler, una actuación persuasiva. Con algunas dudas, Held levantó la prohibición del NSDAP el 16 de febrero de 1925.

Diez días más tarde, apareció en los quioscos el primer número del revivido *Völkischer Beobachter*. Contenía varios anuncios y declaraciones de Hitler, comenzando con un lla-

mamiento a las facciones en pugna del movimiento a dejar las disputas de lado y unirse detrás de la bandera del partido. No estaba interesado en los conflictos del pasado, escribió. No se harían preguntas, no se revisaría quién ganó y quién perdió. Había que dejar todo eso atrás. Estaba interesado solo en el presente y en el futuro, en hombres comprometidos con los nacionalsocialistas, dedicados a «la idea». Sobre todo, «debía evitarse toda división en la lucha», insistía. «Toda la fuerza del movimiento debe ser dirigida contra el enemigo que infunde más temor al pueblo alemán: los judíos y el marxismo, así como los partidos aliados o que los apoyan.»[19]

Habría algunas reformas organizativas dentro del partido, pero «la lucha política y propagandística del nuevo movimiento», proclamó, «sería conducida de manera uniforme según los principios del viejo movimiento. El programa del movimiento y las pautas más detalladas dispuestos por el líder serán el factor decisivo para esto». El papel del líder —su papel— sería clave. «Primero [viene] el *Führer* y luego la organización, no al revés.» Su exigencia de ser el líder era total. Él asumiría la responsabilidad exclusiva del partido, de sus políticas, organizaciones y objetivos, y no iba a tolerar interferencias ni ataques. Si, después de un año, el partido no estaba satisfecho con su liderazgo, se haría a un lado. El líder era más que un líder político; sería la encarnación misma de la idea nacionalsocialista. El mensaje era claro: oponerse a Hitler era oponerse al nacionalsocialismo. Su tiempo en Landsberg lo había convencido de que era el elegido, el salvador enviado por la historia para liberar al pueblo alemán de su «esclavitud», para preservar la raza aria en peligro y para llevar a la nación alemana de nuevo a la grandeza. Para ello, tenía que convencer a su partido de que esa era su misión.

El 27 de febrero, Hitler hizo su primera aparición pública desde el juicio. El lugar elegido fue la Bürgerbräukeller. Su discurso estaba programado para las 8, pero a última hora de la tarde una gran multitud ya había empezado a reunirse afuera. Finalmente, más de tres mil fieles del partido se amontonaron en la sala, mientras que otros miles más empujaban afuera hasta que la policía trabó las puertas. Los que, expectantes, estaban ya dentro, habían pagado un marco por la entrada: el partido necesitaba el dinero y Hitler seguía siendo su mayor atracción.

Ya en ese auditorio grande como una caverna, debajo de lámparas con forma de rueda de carreta que colgaban del techo, Hitler habló durante dos horas. Su voz áspera se elevaba y bajaba con el esperado ritmo frenético, agitaba los brazos, alzaba la mano derecha al aire para dar énfasis, y su cuerpo se movía en las extrañas contorsiones bien conocidas por los fieles del partido. Propuso una reactivación del espíritu alemán, del poder alemán, de la confianza de Alemania en sí misma. Criticó la debilidad de la burguesía, la cobardía de sus partidos y el pacifismo de la izquierda. Sobre todo, se enfureció contra ese «poder diabólico que había sumergido a Alemania en esta miseria [...]: el marxismo y el portador de esa peste y plaga del mundo, el judío».[20]

La amenaza marxista judía no era una simple cuestión de ideología, de filosofías políticas trabadas en combate a muerte. El peligro penetraba mucho más profundamente y era más insidioso que eso. «La mayor amenaza [...] para nosotros», advertía a sus oyentes hipnotizados, «es el veneno extranjero en nuestro cuerpo. Todos los demás peligros son transitorios [...]. Solo este es el único [...] eterno para nosotros». Los nacionalsocialistas podrían romper el Tratado de Versalles, negarse a pagar las reparaciones y eliminar los partidos políticos, «pero la sangre, una vez contaminada, no

puede ser cambiada. Sigue degenerando, empujándonos año tras año más y más abajo». Si en ese momento el público se preguntaba acerca de la fragilidad del pueblo alemán, la causa era tan simple como siniestra: se trataba sencillamente de la corrupción de su sangre contaminada.

La noche terminó, como en otros tiempos, con dirigentes que, apenas unos días antes (o incluso horas) habían estado atacándose unos a otros, subían al estrado adornado con guirnaldas para darse la mano, abrazarse y jurarse lealtad mutua y fidelidad al Führer. Subidos a sillas y mesas, vitoreaban, reían y lloraban lanzando rugidos de aprobación. Su *Führer*, Adolf Hitler, había regresado: el viejo fanatismo aún ardía.

Hitler lo había logrado, había inyectado energía a las tropas exigiendo obediencia y la unidad de partido, y declarando la guerra a los enemigos del movimiento. Sin embargo, fuera de la frágil burbuja de la política de extrema derecha, el regreso de Hitler al escenario no era de interés periodístico. Había dejado de ser una figura de importancia nacional. El partido se había reducido a la mitad del tamaño que había tenido en noviembre de 1923 y estaba plagado de conflictos internos que parecían no tener solución. Pero, en cierto sentido, la aparición de Hitler en la Bürgerbräukeller había sido un gran éxito. Alarmado por el radicalismo incendiario del discurso de Hitler, y en especial por su violenta retórica sobre la lucha a muerte contra sus enemigos, el 9 de marzo el gobierno de Baviera promulgó un edicto que prohibía que Hitler hablara en público. Se le permitiría hablar en actos cerrados del partido, pero no en la arena pública. Poco después, casi todos los estados alemanes emitieron una prohibición similar.

En un momento en que estaba tratando de revitalizar el partido y restaurar su liderazgo, esa prohibición fue un gol-

pe potencialmente serio. Su oratoria y su capacidad para movilizar a las multitudes siempre habían sido su mayor ventaja política, y en un momento tan crítico como ese la había perdido. En la primavera de 1925, su pretensión de liderazgo de la derecha radical era débil, y su posición era cuestionada por varios sectores: por Graefe y muchos *Völkisch*, incluso por algunos dentro del NSDAP y, lo más grave, por Erich Ludendorff. El general era para muchos la imagen de unidad que podía trascender todas las mezquinas diferencias que habían asolado la derecha radical en 1924. Sin duda, era la figura más visible de la franja derechista y todavía contaba con la lealtad de muchos, incluso dentro del NSDAP. Si Hitler pretendía desafiarlo, tendría que actuar con cautela. En todas sus declaraciones oficiales, Hitler se ocupó de tratar con gran deferencia al general y de alabar su servicio a la nación, aunque estaba decidido a socavarlo y más tarde, en el momento adecuado, apartarlo. No estaba claro cómo lo haría. Pero los hechos, como tantas veces ocurrió en la carrera de Hitler, acudieron en su auxilio.

El 28 de febrero, el presidente del Reich, Friedrich Ebert, murió de manera repentina por complicaciones tras una apendicectomía. La muerte de Ebert, a los 54 años, fue una tragedia para la democracia de Weimar, pero un regalo del cielo para Hitler. Habría elecciones presidenciales y Hitler reconoció la oportunidad de asestar un golpe a Ludendorff. Aprovechando la vanidad del general, Hitler lo convenció de presentarse como candidato nacionalsocialista. Algunos en el círculo íntimo de Hitler sentían que aquello era una jugada arriesgada, pero él estaba convencido de que Ludendorff no podía ganar y veía en ello la posibilidad de eliminarlo como un rival serio. El general mordió el anzuelo. A lo largo de la campaña de marzo, el *Völkischer Beobachter*, con su modesta cantidad de lectores principalmente regio-

nales, publicó apoyos superficiales y Hitler pulsó las teclas correctas. Sin embargo, la capacidad de movilización del partido seguía siendo débil y el apoyo de Hitler era una obra maestra de astucia. Escribió en tono respetuoso sobre Ludendorff, refiriéndose a él siempre como «Su Excelencia» y como «el líder militar» de la derecha *Völkisch*, una formulación que, de forma implícita, si no muy sutilmente, sugería que él, Adolf Hitler, era el verdadero líder político. A las escasas posibilidades de Ludendorff se sumaron las otras organizaciones *Völkisch* que eligieron respaldar a otro candidato, Karl Jarres, presentado por un importante grupo de conservadores.

Sin fondos y mal organizada, la candidatura de Ludendorff resultó ser exactamente el desastre que Hitler había anticipado. De los cerca de dos millones de votos emitidos en la primera vuelta de las elecciones del 29 de marzo, solo 285 793 fueron para el general, un humillante 14 % del total. Como ningún candidato obtuvo la mayoría de votos, se hizo una segunda vuelta. El desacreditado Ludendorff decidió no participar en ella y los nazis dieron su apoyo a otro héroe de la Gran Guerra, el mariscal de campo Paul von Hindenburg. Se presentaba como un hombre que estaba por encima de los partidos y contaba con el respaldo de una suma de partidos de derecha y centroderecha, Hindenburg participó y ganó por mayoría simple. A los 77 años de edad, era una leyenda viviente a quien se asociaba con las glorias del Viejo Imperio. Había sido sacado de su retiro en 1914 y había propinado a los rusos una gran derrota en Tannenberg, la primera victoria importante alemana de la guerra. Hindenburg se convirtió de inmediato en el héroe de guerra más famoso de Alemania y para 1916 era, con mucho, el hombre más venerado del Reich. Aunque era un conservador y monárquico devoto, es más, era la encarnación misma del viejo

orden, tomó el juramento de defender la república con seriedad como una cuestión de honor. A pesar de sus reservas acerca de la democracia parlamentaria, su ascenso a la presidencia del Reich le dio a la república en apuros un grado de legitimidad del que hasta entonces había carecido. Sin embargo, a diferencia de Ebert, Hindenburg apenas estaba comprometido con la República de Weimar a la que aceptó servir y, con el tiempo, tendría un papel crucial en el colapso final de la democracia alemana.[21]

Las elecciones de 1925 hicieron añicos la posición de Ludendorff como líder de la «oposición nacional» y, en los años siguientes, sus puntos de vista cada vez más excéntricos lo llevarían más allá de los márgenes de la política alemana. Lanzó ocasionalmente rayos dirigidos con mayor frecuencia contra la Iglesia católica, pero su amenaza al liderazgo de Hitler en la derecha radical había llegado a su fin. El partido *Völkisch* comenzó a deslizarse lenta pero implacablemente hacia la irrelevancia. Sus seguidores fueron pasando de manera gradual al NSDAP, al igual que muchos de sus líderes, y después de 1928 casi desapareció de la escena política.

Con la posición de Ludendorff gravemente debilitada y la influencia del DVFP disminuyendo más y más, Hitler se enfrentó a otro problema, potencialmente más serio, que surgía dentro de las filas del partido. En el período previo al lanzamiento del *Putsch*, Ernst Röhm había trabajado de modo intenso tendiendo puentes con otras organizaciones paramilitares de derecha. Había desempeñado un papel central en los acontecimientos del 9 de noviembre de 1923 y, en consecuencia, pasó dos meses en prisión. Al obtener la libertad condicional, tomó una vez más las riendas de la organización con la esperanza de lograr una amalgama de los mismos grupos armados con los que había trabajado en

1923. Viajó por todo el país y se puso en contacto con diferentes organizaciones paramilitares a las que comenzó a unir bajo una organización coordinadora, la Frontbann, que él esperaba que funcionara como una formación puramente militar libre de las disputas endémicas entre facciones que plagaron la derecha en 1924. La Frontbann, como la concebía Röhm, sería el brazo militar del NSDAP, pero seguiría siendo una organización autónoma dentro del partido que le debía lealtad a él personalmente.[22]

La amplia experiencia militar de Röhm, sus contactos con el ejército y otros líderes paramilitares, así como su determinación de transformar las SA en una organización de masas lo convirtieron en un activo de gran valor para el partido, pero su visión de una SA autónoma, técnicamente subordinada al partido pero de hecho en gran medida independiente, era inaceptable para Hitler. Las tropas de asalto, en su opinión, debían integrarse en el partido y subordinarse a su liderazgo. Las SA iban a ser un instrumento de la estrategia política del partido: debían brindar protección a los oradores nazis en los mítines masivos, repartir folletos, colocar pancartas, organizar desfiles gigantescos y otras actividades de ese orden. En suma, debían ser una parte integral de las ofensivas de propaganda del partido y, sobre todo, Adolf Hitler, y no Ernst Röhm, sería su líder supremo.

Durante 1924, Röhm hizo varias visitas a Hitler en Landsberg con la esperanza de convencerlo de sus planes, pero fue rechazado una y otra vez. Con el restablecimiento del NSDAP, en 1925, los desacuerdos llegaron a un punto crítico. En su primera declaración programática en el *Völkischer Beobachter*, Hitler describió el papel de las SA como instrumento para la agitación política.[23] A mediados de abril, Röhm le presentó un memorando que sugería que los treinta mil hombres que había organizado en la Frontbann po-

dían servir de base para una organización política nacional, aunque bajo su control. Cuando Hitler no respondió, Röhm dio a conocer un ultimátum, amenazando con renunciar a su puesto como líder de las SA. Tenía la intención de jugar una carta de presión en un difícil proceso de negociación y se sorprendió cuando Hitler simplemente se negó a contestar. De hecho, Hitler nunca le dio ningún tipo de respuesta a su antiguo camarada.[24]

A finales de abril, Röhm renunció formalmente a su puesto como jefe de las SA y la Frontbann. Hizo varios intentos de establecer una comunicación personal con Hitler, apelaciones en las que usó el *du* e invocó el «recuerdo de los días buenos y difíciles que hemos vivido juntos», rogándole que «no me excluyas de tu amistad personal».[25] Hitler seguía sin responder, dejando a Röhm ofendido y profundamente dolido. Se quejó ante un colega del partido de la poca disposición de Hitler para tolerar cualquier oposición a sus ideas y su notoria indecisión cuando se enfrentaba a opciones difíciles. Cuando surgían problemas, se quejaba Röhm, Hitler los resolvía «súbitamente, en el último minuto», después de permitir que la situación se deteriorara, a veces durante semanas o meses. La situación a menudo se volvía «intolerable y peligrosa solo porque él vacila y pospone las cosas». Hitler quería «las cosas a su manera y se enoja cuando encuentra una firme oposición». No «se daba cuenta de cómo puede desgastar los nervios de cualquiera» y no entendía «que se engaña a sí mismo y a los gusanos que lo rodean» con sus ataques histriónicos.[26] Por el momento, la cuestión de las SA no fue resuelta, sino que simplemente quedó en el limbo. Göring, antes jefe de las SA, todavía estaba en el exilio (no volvería a Alemania en los siguientes cinco años, cuando el gobierno del Reich decretó una amnistía para los delitos políticos) y las unidades de las SA debían organizar-

se a nivel local, con poca estructura nacional y sin una cadena de mando clara. Fue característico del estilo de liderazgo de Hitler que no abordara la cuestión de las SA o hiciera algo para designar a un nuevo líder de las tropas de asalto durante más de un año.

Mientras tanto, otra amenaza se estaba gestando en el norte.[27] En marzo de 1925, pocos días después de que se le prohibiera hablar, Hitler designó a Gregor Strasser para que se hiciera cargo del partido en el norte de Alemania. Desde sus días de trabajo con el NSFB en la alianza *nazi-Völkisch* del año anterior, Strasser tenía muchos contactos en el norte y, provisto del pase de ferrocarril gratuito otorgado a todos los diputados del Reichstag (había sido elegido en diciembre de 1924), recorrió el norte de Alemania pronunciando discursos, fundando filiales locales del partido y revitalizando las ya existentes. Con Hitler apartado, Strasser habló en noventa y un eventos nazis en 1925, la gran mayoría en el norte. Como observó un comentarista político, Strasser carecía del «don oratorio de Hitler, pero poseía algo igualmente poco común: el poder de conmover a una audiencia por su propia personalidad».[28] También demostró ser un gran organizador. Hacia finales de año, el partido del norte podía alardear de doscientas setenta y dos filiales, un gran número en comparación con las apenas setenta y una que tenía antes del *Putsch*, lo que convirtió a Strasser en el dirigente nazi más visible del país.[29]

Los líderes del norte de Alemania se sintieron atraídos por él, tanto por su fuerte posición anticapitalista, «socialista», como por su papel emergente como un contrapeso a la dominación del partido por parte de la facción bávara. Muchos también se sentían perturbados por la aparente indiferencia de Hitler ante sus preocupaciones. Como tenía prohibido hablar en público, pasó gran parte de 1925 concentran-

do sus energías casi exclusivamente en Baviera y, de manera inexplicable para muchos líderes del partido, estuvo largas semanas prácticamente recluido en las montañas cerca de Berchtesgaden escribiendo el segundo volumen de *Mein Kampf*. Los jefes partidarios del norte, muchos de los cuales nunca lo habían conocido, estaban cada vez más inquietos. Les irritaba lo que consideraban el intento de Múnich de imponer su control sobre todo el partido y esperaban romper el dominio de la camarilla bávara en el cuartel general del partido. Estaban convencidos de que Esser, Streicher y Amann estaban desviando a Hitler, empujándolo en una dirección burguesa y reaccionaria que podría funcionar bien en la Baviera rural, pero que acabaría limitando el atractivo del partido en la Alemania urbana. También estaban cada vez más frustrados por la poca atención que Hitler prestaba a los asuntos del partido, una pasividad que, de hecho, dejó a Esser, Streicher y la camarilla de Múnich a cargo de todo.

En el curso de 1925 se inclinaron naturalmente hacia Strasser, que operaba desde Berlín y era visible en el terreno en todo el norte de Alemania. Organizó reuniones con los líderes de los distritos regionales (*Gauleiter*) del norte y el oeste, donde los jefes descontentos podían expresar su frustración con Múnich e, implícitamente, con Hitler. En septiembre, inspirados por Strasser, estos líderes formaron el Grupo de Trabajo (Arbeitsgemeinschaft o AG) de los *Gauleiter* del NSDAP del norte y del oeste de Alemania, destinado a ser una caja de resonancia para los *Gauleiter* de ideas afines y un contrapeso del cuartel general del partido. Aunque insistieron en que no estaban desafiando el liderazgo de Hitler, los líderes del norte estaban decididos a crear un centro de poder alternativo a Múnich.

Strasser era leal a Hitler, lo reconocía como el líder indispensable del partido, el pegamento que lo mantenía unido.

Pero, al igual que Röhm, se consideraba un «colega» de Hitler más que un seguidor.[30] La lealtad inquebrantable a Hitler de Strasser no se extendía, sin embargo, al programa ni al cuartel general de Múnich. Creía que el programa —los Veinticinco Puntos «inmutables» de 1920— necesitaba una seria revisión. Al igual que muchos jefes del norte industrial, Strasser consideraba que el partido debía poner mucho más énfasis en sus impulsos radicales «socialistas». Le preocupaba el fuerte hincapié de la facción sureña en el nacionalismo fanático y el antisemitismo, y estaba convencido de que el NSDAP debía desarrollar una posición anticapitalista orientada al trabajo que atrajera a la clase trabajadora industrial. Su idea de socialismo, como dejó claro en numerosas ocasiones, no era una forma de marxismo, sino un socialismo *nacional* radical, un socialismo alemán enraizado en el *Volk*. En una alocución en el Reichstag de noviembre de 1925, Strasser lo expresó así: «Los nacionalsocialistas queremos una revolución económica que implique la nacionalización de la economía [...]. Queremos, en lugar de un sistema económico capitalista explotador, un socialismo real sostenido no por una perspectiva materialista judía sin alma, sino por el sentimiento de comunidad, el propósito comunitario y el sentimiento de la comunidad alemana creyente, sacrificada y desinteresada. Queremos la revolución social para lograr la revolución nacional».[31]

A fin de proporcionar una plataforma para estos puntos de vista, él y su hermano menor, Otto, crearon su propia editorial en Berlín, la Kampfverlag («editorial de lucha»), que iba a publicar variados periódicos y revistas nacionalsocialistas. El más importante de ellos fue el diario *Arbeiterzeitung* («Prensa de los trabajadores»), que se centraba principalmente en Berlín, y la revista bimestral *Nationalsozialistische Briefe* («Cartas nacionalsocialistas»), que debía produ-

cir artículos intelectuales serios dedicados a la ideología y estrategia nacionalsocialista. Strasser era el editor de Kampfverlag, pero para el rol de jefe de redacción (y escritor principal) eligió a un joven renano, un graduado universitario aspirante a novelista, poeta, periodista independiente y agitador político que se había unido al partido a finales de 1924. El doctor Joseph Goebbels (doctor en Literatura por la Universidad de Heidelberg en 1921) era bajo de estatura y ligero de constitución y tenía una pronunciada cojera debido a una lesión en un pie causada por una enfermedad en su infancia. Estaba lleno de una rabia profundamente arraigada por sus aspiraciones profesionales frustradas y su deformidad física; un resentimiento ardiente que proyectó en la nación alemana y el injusto trato del destino. Inspirado por las desafiantes palabras de Hitler en el tribunal de Múnich, se convirtió en su ferviente seguidor y lo adoraba desde lejos como el salvador consagrado que restauraría el alma de Alemania y conduciría a la nación una vez más a la grandeza.

Residente en Elberfeld, Renania, donde trabajaba como periodista independiente, Goebbels se sintió atraído por el NSDAP y por Strasser. Adquirió fama de agitador, tanto por sus artículos incendiarios en la prensa *Völkisch* como por su igualmente mordaz oratoria. Demostró ser un orador público creativo y talentoso, de lengua afilada, inteligente y un maestro de la demagogia. De inmediato, se convirtió en un popular orador en las reuniones nacionalsocialistas y *Völkisch* de toda Renania y el norte de Alemania, recurriendo a un extenso repertorio de retórica extremista. Compartía la visión de Strasser de un nacionalsocialismo que enfatizaba las tensiones socialistas de la ideología del partido, a veces desviándose hacia una forma de bolchevismo nacional. En 1925 fue nombrado administrador del *Gau* («distrito del

partido») Renania-Norte para que supervisara la prensa y la propaganda del distrito. Mostró una habilidad notable para ambas cosas.

Durante el invierno de 1925-1926, Strasser y Goebbels se pusieron a trabajar en un borrador de un programa revisado del partido y distribuyeron copias entre varios jefes de distrito del norte. Allí respaldaban una relación más estrecha con Rusia y enfatizaban el socialismo del partido y su determinación de aplastar al capitalismo corrupto. Para dar muestras de las credenciales izquierdistas del partido, también apoyaron la participación nazi en un referéndum propuesto por comunistas y socialistas con el objetivo de bloquear un plan del gobierno para compensar a las familias aristocráticas y principescas por las propiedades perdidas en la revolución de 1919.

Decidieron no informar a Hitler sobre este borrador, aunque fue ampliamente discutido por los dirigentes nacionalsocialistas en el Grupo de Trabajo del Norte. El borrador no encontró una aprobación total ni siquiera en el norte, pero su sola existencia supuso un desafío a los poderes establecidos dentro del partido. No fue sino hasta febrero de 1926 cuando Hitler, informado por un indignado Gottfried Feder, llegó a comprender de manera cabal la amenaza planteada por Strasser y su borrador. De inmediato, convocó una reunión de dirigentes del partido para aclarar las cosas. La reunión debía celebrarse en febrero en la ciudad barroca de Bamberg, en la Alta Franconia (norte de Baviera). Goebbels y Strasser viajaron a la reunión con la intención de presentar sus ideas. Tenían la esperanza de convencer a Hitler de sus puntos de vista. Pero Hitler se les adelantó. La concurrencia de unos sesenta participantes estaba formada en gran parte por líderes del sur, y Hitler, el primero en hablar, pronunció un poderoso discurso de unas dos horas en el

que descartaba con desdén el borrador e insistía en que el programa de 1920 era inmodificable.

Sin mencionar a Strasser o a Goebbels por su nombre, reiteró el compromiso del partido con el principio de propiedad privada y rechazó con firmeza cualquier participación nacionalsocialista en el referéndum izquierdista sobre propiedades principescas. Eso socavaría la posición del NSDAP ante la ya nerviosa clase media y arruinaría sus esfuerzos por obtener respaldo financiero de importantes empresas. Más que nada, el NSDAP no podía, bajo ninguna circunstancia, permitirse ser visto trabajando en conjunto con comunistas y socialistas. Fue igual de inflexible en cuanto a la política exterior del partido. Reafirmó su convicción de que Francia era el enemigo implacable de Alemania y, por lo tanto, Inglaterra e Italia eran preferibles como posibles aliados. La cooperación con Rusia era impensable. «Cualquiera que hable de una alianza ruso-alemana no se ha dado cuenta de que una asociación de este tipo llevaría a la inmediata bolchevización política de Alemania y, por lo tanto, al suicidio nacional.»[32]

Cuando finalmente se levantó para hablar, Strasser estaba claramente intimidado. Se mostró vacilante al hacer sus comentarios y Goebbels decidió dejar pasar su oportunidad de dirigirse a la sala. Ambos habían dado por supuesto que Hitler simpatizaría con sus ideas y se sorprendieron por su actuación. «¿Qué Hitler es este? ¿Un reaccionario?», se atormentó Goebbels en su diario esa noche. «Increíblemente torpe e inseguro. La cuestión rusa completamente desechada. Los aliados naturales [de Alemania] eran Italia e Inglaterra. ¡Horrible! Nuestra misión es la destrucción del bolchevismo. El bolchevismo y sus progenitores judíos.» Alemania, había insistido Hitler, debía asegurar su dominio en Rusia, con sus vastas tierras y recursos naturales. Alemania

debía seguir una política colonial no en Asia ni en África, sino en el continente europeo. En el frente interno, el nacionalsocialismo no debía modificar el principio de propiedad privada. El programa del partido, declaró Hitler, ya era suficiente. Para disgusto de Goebbels, era evidente que Hitler estaba satisfecho con eso. «Feder asiente. Ley asiente. Streicher asiente. Esser asiente. Me duele hasta el fondo de mi alma», confió Goebbels a su diario, «verte en esta compañía».[33]

Bamberg fue un momento decisivo en la evolución del NSDAP. Allí, Hitler reafirmó su control sobre el partido. A los nacionalsocialistas les gustaba invocar «la idea» del movimiento, pero en Bamberg no fue tanto esta nebulosa perspectiva ideológica la que salió ganando, sino que se impuso la poderosa personalidad de Hitler. Se había convertido en la encarnación de la idea, y oponerse al programa era oponerse a él. El NSDAP ya era de forma inequívoca el partido de Hitler y los líderes de Bamberg en su abrumadora mayoría le juraron lealtad. Él, y solo él, decidiría el contenido del programa. Aislados en Bamberg, Strasser y Goebbels se batieron en una apresurada retirada. Hitler exigió que Strasser destruyera todas las copias de su borrador, cosa que este hizo. Goebbels, mortificado por el discurso de Hitler, regresó a Ebersfeld conmocionado, preguntándose cómo podría haber estado tan equivocado acerca de Hitler.[34]

En mayo, los delegados del congreso del partido declararon formalmente que los Veinticinco Puntos del NSDAP eran inmutables, y a principios del verano Hitler prohibió la existencia de grupos de trabajo dentro del partido. Para aplacar a Strasser y sus seguidores, Hitler cortejó a los principales dirigentes del norte y abrazó a aquellos que eran una amenaza potencial para su liderazgo. Invitó a Franz Pfeffer von Salomón, miembro del Grupo de Trabajo del

Norte de Strasser, a que asumiera la conducción nacional de las SA, un puesto que había quedado vacante desde la partida de Röhm en abril del año anterior. Pfeffer tenía una larga historia de militancia de derecha: había sido líder de los Cuerpos Libres, había participado en el *Putsch* de Kapp y había luchado en la resistencia contra la ocupación francesa del Ruhr. En 1925 —a la edad de 25 años— se convirtió en el *Gauleiter* del importante distrito de Westfalia-Ruhr. Al aceptar el ofrecimiento de Hitler el 1 de noviembre de 1926, cambió su nombre a Von Pfeffer, pues le parecía que Pfeffer von Salomón sonaba demasiado judío. Entendió su misión y el lugar de las SA en los planes de Hitler. Tal como Hitler infructuosamente había tratado de hacerle comprender a Röhm, las SA no serían ni una banda secreta de conspiradores ni una milicia armada, sino un instrumento de política partidaria subordinado al liderazgo político de Múnich y, sobre todo, al Führer. Aunque la tensión entre las SA regionales y el liderazgo político se mantendría en los años venideros, bajo la dirección de Pfeffer la fricción se suavizó y, para principios de 1927, las SA parecían estar firmemente bajo el control de Hitler.[35]

Hitler también tenía planes para el principal teniente de Strasser, Joseph Goebbels. Poco después de la reunión de Bamberg, lanzó una ofensiva personal para separar a Goebbels de su mentor. Lo invitó a Múnich para que pronunciara un discurso en la Bürgerbräukeller, el lugar sagrado de los nazis, y, cuando llegó a la estación, encontró que el reluciente Mercedes negro de Hitler lo estaba esperando. Mientras era conducido por la ciudad, vio carteles gigantes de color rojo sangre en todas partes anunciando su discurso. Era, pensó Goebbels, «una noble recepción».

Durante varios días, Hitler interpretó el papel de buen anfitrión: invitó a Goebbels a unirse a él y a una amiga a ce-

nar; le dio entradas para conciertos y para la ópera, y le ofreció su automóvil con chófer para que paseara por la campiña bávara. Tenían conversaciones privadas sobre asuntos del partido, movimientos todos calculados para convencer a Goebbels de que era una figura valiosa en el partido, incluso un amigo de confianza del Führer. Lo que Hitler quería hacerle ver era que el doctor Goebbels no necesitaba a Strasser, que podía sostenerse a sí mismo. En una conversación privada con un pequeño círculo de dirigentes del partido, Hitler reprendió a los que lo habían desafiado en Bamberg y luego procedió a ampliar las ideas que había propuesto con tanta fuerza en la reunión. «Hacemos preguntas», escribió Goebbels, «él responde brillantemente. Me encanta. Una mezcla de colectivismo e individualismo. Tierra para el pueblo. Producción, donde uno crea, individualismo. Corporaciones, monopolios, productos terminados, transporte, etc., todos socializados.» Goebbels estaba abrumado. El desencanto que había experimentado en Bamberg fue barrido por las atenciones de Hitler, sus muestras de amistad, su carisma. Sucumbió por completo. Hitler «ha pensado en todo. [...] siempre ve el panorama completo». Ese hombre, comentó Goebbels con adoración, «puede ser mi líder. Me inclino ante el hombre más grande, el genio político».[36]

Hitler lo recompensó poniéndolo al frente del NSDAP en Berlín. Era una tarea difícil, pero Goebbels parecía estar a la altura. Hablaba el lenguaje de la política revolucionaria; abrazaba una forma nebulosa, no marxista, de socialismo, y sus ataques al capitalismo, mezclados con una dosis particularmente tóxica de antisemitismo, eran despiadados e implacables. Cuando llegó a la capital, el partido en Berlín estaba desorganizado y apenas contaba con ochocientos afiliados. La ciudad —el «desierto de asfalto», como Goebbels

a veces se refería a ella— era el epicentro de la política de izquierda en Alemania, un bastión de los socialdemócratas y de los comunistas. Goebbels se lanzó a la lucha con total fanatismo. Escribió artículos incendiarios en la prensa del partido, empujó a las SA a las calles y provocó violentas confrontaciones con el poderoso Frente Rojo paramilitar de los comunistas. Tenía una inclinación natural por la teatralidad, por el espectáculo público, algo que desarrollaría con gran éxito en los años siguientes. Después de apenas unos pocos y difíciles meses, había inyectado nueva energía, nueva confianza y agresividad en el partido en Berlín. Amplió grandemente la lista de afiliados y le dio un perfil mucho más alto en la política local.

Goebbels resultó ser una elección correcta, tanto en Berlín como en el ámbito nacional, pero el paso más importante de Hitler en ese momento era llegar a un acuerdo con Gregor Strasser. Después de Bamberg, Strasser acordó disolver el Grupo de Trabajo del Norte y Hitler accedió a eliminar al repugnante Esser de la dirección del partido. Luego, le pidió a Strasser que se hiciera cargo del departamento de propaganda. Pero, en marzo de 1926, un accidente automovilístico devastador lo dejó gravemente herido y postrado en cama durante gran parte de la primavera, y Hitler se vio obligado a nombrar un director interino para administrar la Sección de Propaganda hasta que el nombramiento de Strasser fuera formalmente anunciado, a mediados de septiembre. Pero Strasser había vuelto al redil.

Organizador y agitador incansable, Strasser parecía ideal para el cargo y asumió su nueva tarea con la misma energía ilimitada que caracterizaba todas sus acciones políticas. Entre 1926 y 1928, la Sección de Propaganda inició un conjunto de reformas organizativas destinadas a reforzar el control del partido por parte de los líderes y mejorar el rendimiento

de las campañas nazis. Diseñó una estructura organizativa vertical que estableció una cadena de mando clara. Redefinió los límites regionales del NSDAP para conformar los treinta y cinco distritos electorales del Reichstag y fortaleció de manera significativa la autoridad de los *Gauleiter* en cada área. El *Gauleiter* y su personal de propaganda fueron los encargados de ejecutar las directivas de campaña del partido.[37]

Este énfasis en la propaganda, su organización y contenido fue el resultado de la decisión de Hitler, cuando estuvo en prisión, de tomar un nuevo rumbo estratégico. Había aprendido las lecciones del fallido *Putsch*. «A partir de ahora», le dijo a un seguidor durante una visita a Landsberg, «debemos seguir una nueva línea de acción [...]. Cuando reanude el trabajo activo, será necesario adoptar una nueva política. En lugar de trabajar para alcanzar el poder mediante un golpe armado, debemos taparnos las narices e ingresar en el Reichstag». El partido iba a abrazar la política parlamentaria no para salvar la democracia alemana, sino para destruirla. «Tarde o temprano», dijo, «tendremos la mayoría y, después, Alemania».[38]

La clave era la propaganda, y Hitler tenía ideas bastante claras al respecto. La propaganda, argumentaba, «debe estar dirigida a las emociones y solo en un grado muy limitado al así llamado intelecto». Las consignas de la propaganda, por lo tanto, «deben ajustarse a la limitada inteligencia de las personas a las que se dirige». El arte de la propaganda consiste «en comprender las ideas emocionales de las grandes masas y encontrar, a través de una forma psicológicamente correcta, el camino hacia la atención y, de allí, hacia el corazón de las amplias masas». Para hacer esto, era necesario plantear solo unos pocos temas principales. «La receptividad de las grandes masas es muy limitada», agregaba con

desprecio; «su inteligencia es pequeña, pero su poder de olvidar es enorme. En consecuencia [...], toda propaganda efectiva debe limitarse a unos pocos puntos y debe insistir en ellos con consignas hasta que el último miembro del público comprenda lo que uno quiere que se entienda con su eslogan». «La gente en su abrumadora mayoría es muy femenina en su naturaleza y actitud, por lo que el razonamiento sobrio determina sus pensamientos y acciones mucho menos que la emoción.» Dada la inteligencia limitada y los «sentimientos primitivos» de las grandes masas, era necesario, por lo tanto, restringir las consignas «a unos pocos puntos y repetirlos una y otra vez».[39] Igualmente importante, debido a «la simplicidad primitiva» de sus mentes, las «grandes masas del pueblo [...] caen más fácilmente como víctimas de una mentira grande que de una pequeña, ya que ellos mismos mienten en pequeñas cosas, pero se sentirían avergonzados de las mentiras demasiado grandes. Tal falsedad nunca se les pasará por la cabeza, y no podrán creer en la posibilidad de semejante descaro monstruoso y de una tergiversación infame en los otros». Los «judíos y sus organizaciones marxistas de lucha» operan según este «sano principio» y, en defensa propia, también deberían hacerlo los nacionalsocialistas.[40]

El partido, para Hitler, existía para la propaganda, y estos eran los principios en los que se basaría la propaganda del partido. La propaganda callejera, las campañas de reclutamiento y la movilización para las elecciones se convirtieron en la razón de ser de todas las actividades nacionalsocialistas. La primera prioridad de Hitler, después de establecer su control sobre el movimiento, fue crear una organización partidaria de base amplia que contara con la dirección centralizada necesaria para la entrada del NSDAP en el escenario de la política electoral de Weimar. Las campañas *Völ-*

kisch de 1924 habían sido demasiado desarticuladas, y habían carecido de claridad y de dirección central. Con el restablecimiento del partido en 1925, Hitler esperaba concentrar la responsabilidad de la conducción de la propaganda nacional en manos de los líderes del partido de Múnich.[41] Estaba convencido de que, si el NSDAP reconstruido quería competir con éxito en unas elecciones democráticas, necesitaba una organización de base capaz de atraer afiliados que pagaran sus cuotas y de movilizar a los votantes.

En la primavera de 1926, el partido dio los primeros pasos para crear una operación de propaganda fuertemente organizada y enérgica. La reorganización del aparato de propaganda del partido debía realizarse desde la base. Cada sección local del partido (*Ortsgruppe*) recibió la orden de organizar una célula de propaganda, compuesta por miembros del partido con antecedentes en diversas ocupaciones e «imbuidos de un espíritu ardiente y fanático por nuestro movimiento». Para ampliar la perspectiva social y cultural de las operaciones de propaganda locales, un tercio de los miembros de la célula debían ser mujeres. Como medida para aumentar el control centralizado de la propaganda local, los jefes dieron instrucciones a las células para que eludieran a sus líderes regionales y establecieran contacto directo con la RPL en Múnich.

El impulso para crear esta red de células de propaganda, inspirada en el ejemplo comunista, se lanzó en 1926, pero el partido no tenía ni los recursos financieros ni la cantidad de afiliados para generar el tipo de actividad de base nacional que Hitler y Strasser imaginaban. Goebbels sugirió otro enfoque. Elogió la creciente red de organización del partido, pero advirtió que el partido no debía hacerse ilusiones acer-

ca de su fuerza o efectividad. La red de células de propaganda estaba «lista para romperse en algunos lugares», mientras que en otros estaba «demasiado finamente hilada, tan delicada como una telaraña». Por otro lado, señaló que el partido estaba realmente bien organizado en tres o cuatro áreas y que, en lugar de gastar sus energías en un esfuerzo nacional, debía concentrar sus recursos en esos lugares. Sostuvo que «nuestro objetivo para el próximo invierno debe ser transformar una o tal vez dos docenas de grandes áreas metropolitanas en sólidos baluartes del movimiento». Estas ciudades deben ser cuidadosamente elegidas y luego, solo después de la preparación más exhaustiva y detallada, hay que someterlas a un bombardeo intensivo de propaganda. Siguiendo la dirección centralizada y las directrices de la RPL de Múnich, estas ofensivas debían saturar esas ciudades con folletos, carteles, desfiles, panfletos, mítines y apariciones especiales de las figuras más importantes del partido. De esta manera, el partido podría optimizar sus muy limitados recursos financieros, emplear a sus mejores oradores y devastar a sus abrumados enemigos. Una vez asegurados esos bastiones urbanos, el NSDAP podía lanzar un asalto a las zonas rurales circundantes.[42]

Aunque el plan de Goebbels fue bien recibido por los dirigentes del partido, no se implementó en 1926. En cambio, Hitler optó por continuar apuntando a la expansión nacional de base y reforzar el control central del partido sobre su aparato todavía desajustado pero en expansión. Confirmó esa decisión en el primer congreso del Día del Partido del NSDAP en Weimar, cuando explícito oficialmente la cadena nacional de mando. Las secciones locales del partido quedaban subordinadas a los *Gauleiter*, que a su vez eran seleccionados por Hitler. Las *Ortsgruppen* debían presentar informes mensuales sobre sus actividades de propaganda a la di-

rección del partido regional, que el *Gauleiter* y su equipo de propaganda pasarían a la RPL del Reich en Múnich. Allí serían analizados y utilizados para formular la estrategia de propaganda y de campaña del partido.[43]

Desde 1926 hasta finales de 1927, el impulso de la propaganda del partido quedó en manos de Strasser, en su papel de jefe de propaganda, pero el mensaje ideológico siguió siendo borroso. Los llamamientos a los agricultores, tenderos y empleados de oficina no cesaron, pero Strasser insistía de modo implacable en redoblar los esfuerzos para movilizar al proletariado urbano haciendo hincapié en calculados temas revolucionarios y anticapitalistas para atraer el apoyo de la clase trabajadora. Esa posición era vigorosamente rechazada por otros jerarcas nazis del sur menos industrializado. Sostenían que el futuro del nacionalsocialismo no estaba en las ciudades, donde los comunistas y los socialdemócratas dominaban la política de la clase trabajadora, sino en los pueblos y aldeas de las zonas rurales, donde la población campesina y la de los pueblos pequeños se iban a sentir más atraída por temas nacionalistas y antisemitas extremos.

Hitler decidió no intervenir en estas disputas. Sus intereses en este punto eran más que nada organizativos, no ideológicos, y estaba dispuesto a tolerar una considerable controversia interna siempre que las facciones rivales reconocieran su autoridad indiscutible para determinar la política del partido. Pero, dado que sus propios puntos de vista siguieron siendo, como siempre, poco precisos, los conflictos dentro del NSDAP persistieron y la oscuridad ideológica continuó caracterizándolo cuando ingresó en las vigorosas campañas regionales de mediados de la década de 1920.

Detrás de estas campañas había una visión de propaganda compartida por Strasser y Goebbels. Cualquiera que fue-

ra el tema que el partido eligiera destacar, las formas, dictadas por Múnich, serían las mismas. Aun cuando el partido fuera un fenómeno marginal, los nazis imaginaban nada menos que la creación de un universo político alternativo, un nuevo mito político completo con sus propios festivales, rituales, canciones, símbolos y lenguaje. Para 1927, cuando el partido publicó su primer manual de propaganda para los funcionarios nazis locales, las formas básicas de la propaganda nazi ya habían aparecido. El manual describía los diferentes tipos de reuniones, festivales, celebraciones y demostraciones oficialmente sancionados; establecía pautas para su formato de organización, publicidad y seguridad, y brindaba instrucciones sobre cómo usar de la forma más efectiva los folletos, las pancartas, la prensa del partido, las películas y otras actividades de agitación.[44] Entre estas actividades se incluían los principales festivales del calendario nacionalsocialista: la celebración del cumpleaños de Hitler, el 20 de abril; el festival del solsticio de verano, el 22 de junio; el Día de Duelo, un servicio conmemorativo en honor a los camaradas caídos; una recreación de la marcha al Feldherrnhalle, el 9 de noviembre, y Navidad. Más tarde, se agregaría a la lista la cada vez más elaborada manifestación del partido en Núremberg durante el mes de septiembre, que adquiriría dimensiones monumentales después de que Hitler asumiera el poder en 1933.

Entre estas fechas fijas en el calendario, el partido alentó la celebración de otros eventos de propaganda: «Días alemanes» o «Veladas alemanas»; marchas y desfiles de las SA; consagración de banderas, y servicios conmemorativos por los veteranos de guerra. Independientemente de la región o del orador destacado, se suponía que estas ceremonias debían seguir un conjunto de procedimientos estandarizados. Ver a las SA desfilando por un pueblo pequeño, o un barrio

de una gran ciudad, rumbo a una ceremonia de colocación de una corona en el monumento local para conmemorar la guerra, seguido de un servicio religioso militar, en la iglesia, bajo una tienda o al aire libre, se convirtió en un espectáculo habitual en toda Alemania después de 1925.

Estos festivales tenían un formato ceremonial establecido. Algunos eventos rituales podían durar horas o, a veces, días. Un festival típico del Día Alemán podía comenzar con un desfile de antorchas desde un pueblo vecino, donde un retiro militar ceremonial era seguido por una concentración pública. La noche concluía con un concierto de la banda local de las SA y un discurso en el salón de un hotel. La mañana siguiente se dedicaba a una ceremonia en honor a los héroes caídos de Alemania, seguida por servicios religiosos y un concierto musical en la plaza del mercado. Después del almuerzo, había que organizar una «marcha de propaganda» hacia las aldeas vecinas, con pequeñas concentraciones y un breve concierto en cada una, antes de regresar para otro concierto en la plaza del mercado y un discurso en el ayuntamiento. Marchas, música y misas eran los ingredientes esenciales de estos eventos.

La «reunión pública de masas» era una opción particularmente propiciada en el menú de propaganda nazi. Siguiendo las pautas del partido, incluía un discurso importante y una discusión pública. En los últimos y turbulentos años de la República de Weimar, este tipo de reunión, anunciada en la prensa local, se consideraba un medio eficaz de reclutamiento. Dado que los comunistas y los socialdemócratas asistían de forma regular a estas reuniones, a menudo se producían abucheos, insultos, amenazas y hasta lanzamientos de botellas. Esos disturbios no solo recibían una amplia cobertura en la prensa local, sino que le daban una gran vi-

sibilidad al partido y muchos también los consideraban una forma rústica de entretenimiento local.[45]

El partido buscaba atraer no a la élite local, sino a representantes respetados de las diferentes ocupaciones, profesionales y sociales, que podrían entonces abrir el camino para que otros se sumaran. Si el librero local, el maestro de escuela o el agricultor veían algo en el NSDAP, entonces tal vez los nazis no estaban tan fuera de los límites, después de todo.[46] Estos notables eran invitados a veladas especiales de reclutamiento que incluían una ceremonia ritual de gran solemnidad que combinaba muchos de los elementos básicos del repertorio de propaganda del NSDAP. Las instrucciones para la velada abordaban hasta el más mínimo detalle.

Más allá de estas formas de propaganda de base, en 1926, el NSDAP celebró el primero de los eventos que, en los años posteriores, se convertiría en el principal: la concentración nacional del partido. El evento se celebró en Weimar en verano y la concurrencia no fue demasiado numerosa: solo entre siete y ocho mil asistentes, de los cuales casi la mitad eran tropas de asalto. Con sus gorras, camisas y pantalones marrones, que se convirtieron en su uniforme oficial en 1926, marcharon en multitudinaria formación ante Hitler, quien, con el brazo extendido haciendo el saludo nazi, pasaba revista a las tropas. Trompetas, tambores, desfiles de antorchas, el solemne ritual militar de la retirada al final del día… Estuvieron presentes todos los elementos esenciales de las concentraciones anuales que más tarde se realizarían con mayor grandiosidad en Núremberg.[47]

La manifestación de Weimar incluyó la primera aparición pública de una nueva formación nacionalsocialista, el Escuadrón de Seguridad o SS (Schutzstaffel). A diferencia de las masivas SA, las SS eran una pequeña organización de

élite fundada en noviembre del año anterior como heredera del grupo de guardaespaldas personal de Hitler, las tropas de choque de Adolf Hitler. En esos primeros días, las SS, con sus uniformes de color negro azabache y ribetes plateados, conformaba una unidad misteriosa; sus tareas eran ambiguas y su lugar en la jerarquía nacionalsocialista no estaba claro. Oficialmente se encontraban subordinados a las SA, pero, en la práctica, obedecían directamente a Hitler. Poco a poco fueron asumiendo funciones policiales —descubrir espías dentro del partido, compilar listas de judíos y enemigos del NSDAP— y estaban siempre alerta ante cualquier oportunidad de expandir su influencia. Pero durante los años formativos del partido, las SS fueron una organización pequeña y selecta que operaba a la sombra de una SA mucho más grande. Todavía faltaba para que adquirieran la aterradora reputación de asesinos a sangre fría, de sadismo e inimaginable crueldad que tendrían durante el Tercer Reich.

En la concentración de Weimar, Hitler también introdujo la llamada «bandera de sangre» en la liturgia nacionalsocialista. La bandera, supuestamente manchada con la sangre de los «mártires» que murieron en el Feldherrnhalle, había encabezado la marcha del 9 de noviembre de 1923. En una ceremonia reverente y casi mística representada ante toda la formación de secuaces uniformados del partido, Hitler tocaba de manera solemne el estandarte de cada unidad de las SA y las SS con la sagrada bandera de sangre, en un acto de consagración que, en términos simbólicos, obligaba a las tropas de asalto y a los hombres de las SS a una eterna lealtad. Esta ceremonia se realizaría con solemne devoción en todas las concentraciones nacionales del partido posteriores.

Para fines de 1927, con el dominio de Hitler sobre el NSDAP firmemente establecido, dentro del partido se fue

afianzando de manera gradual el culto al *Führer*. Antes del *Putsch*, él era simplemente «*Herr* Hitler» o «el jefe» pero, después de su liberación de la prisión, Hess y luego otros comenzaron a llamarlo «Führer»: el líder. El apelativo se difundió con rapidez. El «saludo alemán», *Heü*, se transformó en «Heil Hitler», y aunque no había sido idea suya, Hitler no hizo nada para desalentarla.[48] Para agregar más elementos a su mística, se volvió más distante en sus actividades personales y profesionales: un ser apartado y difícil de alcanzar. Sus movimientos y su paradero estaban siempre rodeados de misterio. Incluso los funcionarios del partido de alto rango a menudo tenían que esperar días o semanas antes de obtener una audiencia.

Gran parte de 1926 la pasó fuera de Múnich, retirado en el pueblo alpino de Berchtesgaden, donde trabajó febrilmente en el segundo volumen de *Mein Kampf*. Allá arriba, en la aldea de las laderas del Obersalzberg, alquiló una cabaña, Haus Wachenfeld, a un viudo miembro del partido. En poco tiempo, pudo comprar la cabaña en condiciones muy favorables y la amplió poco a poco hasta que, durante el Tercer Reich, se transformó en la gran villa, el Berghof. El primer volumen de *Mein Kampf* apareció en julio de 1925; el segundo, en diciembre de 1927. El libro tuvo ventas modestas, pero contribuyó poderosamente a acrecentar su reputación dentro del partido como visionario político; un hombre de ideas políticas penetrantes y profundidades filosóficas insondables. Envuelto en portentosas imágenes bíblicas, Hitler se presentó como el profeta llamado por la providencia para unir a los pueblos alemanes de Europa y conducirlos desde lo más profundo de su humillación a la redención. «Hoy», comienza el libro, «me parece providencial que el destino haya elegido a Braunau am Inn como mi lugar de nacimiento. Porque esta pequeña ciudad se encuentra en el

límite entre dos estados alemanes que nosotros, la generación más joven al menos, hemos dedicado nuestra vida a reunir por todos los medios a nuestro alcance». Haciendo resonar los temas raciales y expansionistas esenciales que reverberan a través de las cerca de mil páginas del texto total, proclamó que «una sangre exige un solo Reich [...]. En cuanto las fronteras del Reich incluyan hasta al último alemán, pero ya no puedan garantizar su pan de cada día, el derecho moral de adquirir suelo extranjero surgirá de la angustia de nuestro propio pueblo. Su espada se convertirá en nuestro arado y de las lágrimas de la guerra crecerá el pan diario de las generaciones futuras. Por eso esta pequeña ciudad en la frontera me parece el símbolo de una gran misión».[49]

Además de detallar sus ideas sobre *marketing* para un público masivo, *Mein Kampf* no ofrecía nada nuevo a los fieles del partido. El antisemitismo racial obsesivo de Hitler y su retórica genocida; su determinación a eliminar el «judeomarxismo» de la faz de la tierra, y sus ideas de un *Lebensraum* hacia el este habían sido proclamadas en innumerables discursos y artículos durante años. Los lectores del libro podían encontrarlo enrevesado, contradictorio, pomposo y prácticamente ilegible (lo era, y eso fue lo que ocurrió), pero los miembros del partido tuvieron la prudencia de tener un ejemplar a mano. El libro era una colección de aforismos dudosos, proyecciones retrospectivas de los puntos de vista de Hitler, una descripción semificcional de su pasado, pensamientos sueltos en torno al alcohol, la dieta, la vestimenta y el sexo, observaciones históricas y un esfuerzo enmarañado por presentar una teoría. Lo que llegaba fuerte y claro era el odio insaciable de Hitler, su rabiosa autocompasión. Las ventas de *Mein Kampf* siguieron siendo decepcionantes hasta el avance electoral nazi en 1930, cuando la

popularidad del libro siguió la marcada curva ascendente de la fortuna electoral. Pero incluso entonces, la trágica ironía de *Mein Kampf* no fue que la gente lo leyera y fuese convencida por él, sino que la gente *nunca* lo leyó.

Mientras Hitler, en privado, parecía distante, desconectado de los que lo rodeaban, un cascarón vacío, cuando subía al escenario cobraba vida. Al leer los discursos de Hitler se pierde por completo la pasión, el poder y la electricidad de sus actuaciones. Los desfiles, los espectáculos y las concentraciones eran importantes, pero para Hitler «el poder que siempre ha dado inicio a las más grandes religiones y a las avalanchas políticas en la historia ha sido, desde tiempo inmemorial, el poder mágico de la palabra hablada y solo eso». Las «grandes masas del pueblo», declaró, «solo pueden ser movidas por el poder del discurso. Todos los grandes movimientos son movimientos populares agitados por la cruel Diosa de la Angustia o por las brasas de la palabra arrojada entre las masas [...]. Solo una tormenta de ardiente pasión puede cambiar el destino de los pueblos y solo puede despertar la pasión quien la lleva dentro de sí mismo. Solo el pueblo le da a su elegido las palabras que, como golpes de martillo, pueden abrir las puertas del corazón del pueblo». [50]

Entre 1925 y 1928, el ideal era la grandiosa visión de Hitler de la propaganda; la práctica era otro asunto. Durante la mayor parte del período, el partido dependía de los jefes regionales y de un grupo de activistas dedicados y muy dispersos por todo el país. Las tropas de asalto, con sus desfiles, sus manifestaciones, sus campañas casa por casa y otras actividades que Hitler consideraba esenciales para la movilización política, eran sin duda los elementos más visibles y vigorosos de la propaganda nazi. El partido no tenía ni el dinero ni la gente necesaria para crear una red nacional de cé-

lulas de propaganda y su organización aún era demasiado endeble como para garantizar a la dirección del partido el grado de control que deseaba. El *Gauleiter*, aunque designado por Hitler y leal a él, mostraba una independencia tenaz: decidía enfatizar los temas que él prefería y se dirigía a las circunscripciones que consideraba más susceptibles en su área. Como consecuencia, si bien las formas y las técnicas de movilización política nazi se estaban volviendo más uniformes, el partido resultaba bastante diferente según la región.

En enero de 1926, Strasser dejó la RPL para tomar el mando de la Sección de Organización del partido y recomendó a su joven ayudante, Heinrich Himmler, para que dirigiera la operación nacional de propaganda del partido. Himmler, de 28 años y licenciado en agricultura por la Universidad Técnica de Múnich, había participado en el *Putsch* y, posteriormente, actuó como representante de Strasser en la Baja Baviera entre 1924 y 1925, yendo y viniendo en su motocicleta por estrechos senderos rurales para entregar mensajes, pronunciar discursos y organizar reuniones. Cuando Strasser se trasladó a Berlín, en 1925, se convirtió en su sustituto en la Baja Baviera. Strasser consideraba que Himmler, con sus gruesos anteojos sin montura y su pálido rostro de búho, carecía de humor y era excesivamente formal, pero de todos modos lo recomendó a la dirección del partido. Puntilloso, obsesivo con los detalles y la disciplina, Himmler combinaba un prodigioso talento burocrático para la organización con un frío fervor ideológico. Hitler estaba decididamente impresionado. En enero de 1928, Himmler tomó las riendas de la Sección de Propaganda y comenzó los preparativos para las primeras elecciones nacionales desde 1924.[51]

Si bien el partido todavía era muy pequeño, estaba mejor organizado y preparado para una campaña nacional que cuatro años antes, aunque seguía habiendo problemas importantes. Las comunicaciones entre Múnich y las organizaciones regionales y locales del partido no eran fiables, lo que en ocasiones obligaba a la Sección de Propaganda a publicar directivas en el *Völkischer Beobachter*, al que todas las secciones del partido debían suscribirse.[52] Las confusiones y la mala comunicación eran moneda corriente. La Sección de Propaganda se encontró atendiendo interminables consultas y quejas tanto sobre asuntos importantes como mínimos.

Las quejas y las consultas iban en ambos sentidos. Si un grupo local decidía redactar sus propios folletos, el texto tenía que ser primero enviado y aprobado por la Sección de Propaganda. Himmler reprendía a los afiliados que no cumplían con las directrices de Múnich. Se ordenó a todas las filiales que enviaran informes periódicos sobre sus actividades y las de los enemigos del partido a la Sección de Propaganda, y si Himmler descubría que algún *Ortsgruppe* o distrito funcionaba mal, enviaba de inmediato mensajes amenazadores. Parecía siempre estar atento hasta al más mínimo detalle. Mientras que Strasser atraía a sus seguidores por medio de la fuerza de su personalidad, Himmler exigía la cooperación hostigando hasta por nimiedades a los grupos locales.

Con gran entusiasmo, pero también con un aparato de campaña que carecía de fondos y estaba lejos de ser la organización que Hitler imaginaba, el NSDAP se preparó para las elecciones del Reichstag del 20 de mayo de 1928. Los nazis querían ingresar en el Reichstag, declaró Goebbels abiertamente, con el objetivo de «apoderarnos de las armas de la democracia. Si la democracia es lo bastante tonta como para

darnos pases libres para el ferrocarril y salarios, es su problema. No nos concierne. Cualquier forma de lograr la revolución es buena para nosotros».[53] Esta era la misma posición pública que el partido había adoptado desde 1925 y con la que había obtenido muy pobres resultados. El NSDAP había atravesado tambaleando las elecciones regionales de 1926 y 1927 con pésimos resultados en todas partes. En ninguna de las diez elecciones provinciales del período pudo reunir siquiera el 4 % de los votos. A pesar de la feroz intensidad de sus esfuerzos, los nazis se habían mostrado notablemente ineptos en las artes de la política electoral democrática.

El bajo rendimiento del NSDAP en las urnas no fue una simple consecuencia de sus deficiencias organizativas; también reflejaba los efectos de una recuperación económica esperanzadora aunque frágil. El Plan Dawes había dado comienzo a un período de relativa estabilidad económica y calma política, y floreció entre los movimientos sísmicos de la hiperinflación y de la Gran Depresión. Los «Dorados Años Veinte», como se llamó al período que va de 1924 a 1929, vieron un resurgimiento de los partidos pro-Weimar y un serio revés para la derecha conservadora y radical. Por primera vez en la tumultuosa historia de posguerra de Alemania, el país parecía haber alcanzado un cierto nivel de estabilidad interna. El gobierno de Weimar también se deshizo de su política de incumplimiento y ofuscación, y se dispuso a reintegrar a Alemania al sistema de Estados europeos. En 1926 firmó el Pacto de Locarno con Inglaterra, Francia, Bélgica e Italia, en el que reconocía las fronteras occidentales del Reich establecidas en Versalles y prometía no entrar en guerra con sus vecinos occidentales. Es significativo que no se llegara a un acuerdo semejante sobre la frontera oriental de Alemania. En 1928, Alemania fue uno de los países que

firmaron el Pacto Kellogg-Briand, un acuerdo internacional en el que los Estados prometían no recurrir a la guerra para resolver «disputas o conflictos de cualquier naturaleza o de cualquier origen que pudieran surgir entre ellos». Alemania terminó siendo admitida en la Liga de las Naciones y volvió a entrar en la comunidad internacional. Ya no era un Estado paria.

Las elecciones del Reichstag de mayo de 1928 parecieron confirmar esa nueva estabilidad económica y política. Los nazis pudieron reunir apenas un deplorable 2,6 % de los votos. Muchos, tomando como criterio el pobre resultado de los partidos antirrepublicanos, han interpretado las elecciones de 1928 como un triunfo de la democracia de Weimar y han usado el pésimo voto nazi como base para medir su espectacular avance en 1930 y su impresionante ascenso desde entonces. Después de todo, por primera vez desde 1923, un socialdemócrata, Hermann Müller, era nombrado canciller al frente de una coalición prodemocrática de amplia base (la Gran Coalición), que se extendía desde el SPD hasta el liberal, pero de centroderecha, DVP.[54]

Sin embargo, las elecciones de 1928 no revelaron que la democracia alemana fuera sólida, sino que ofrecieron manifestaciones sutiles de una transformación dentro del sistema de partidos de Weimar, y en particular en el electorado de clase media. Esta tendencia no se reflejaba en el crecimiento de los extremismos, sino en el desarrollo constante de los partidos regionales enfocados en un interés especial y con un tema aglutinante. Ampliamente facilitado por el sistema radical de representación proporcional de Weimar, sesenta mil votos en todo el país le daban a cualquier partido un lugar en el Reichstag. Así, tuvieron su espacio partidos como el Partido Campesino de Baviera, el Partido Hanoveriano, el Partido de Propietarios de Hogares, el Partido de Servicio

Cristiano y Popular, el Partido Cristiano Nacional de Campesinos y Pueblos Rurales, el Partido de Justicia Popular, el Partido de Revalorización y Reconstrucción, que no debe confundirse con el Partido de Revalorización y Construcción, aunque ambos representaban a personas que estaban furiosas por la dura estabilización de la economía de gobierno después de la hiperinflación. En total, una treintena de tales partidos se amontonaban en las urnas en todos los estados.

Estos pequeños partidos escindidos obtenían su apoyo casi exclusivamente de los votantes de clase media y, aunque afirmaban estar «por encima de la política», sus programas contenían un mensaje ideológico implícito. Atacaban a las grandes empresas, los grandes sindicatos y los grandes gobiernos. Rechazaban el sistema parlamentario de Weimar por ser la herramienta de poderosos grupos de presión y atacaban a los partidos liberales y conservadores por haber vendido al pequeño empresario, al pequeño agricultor, al pequeño propietario, a los funcionarios públicos y a los jubilados. En su lugar, abogaban por diversas formas de gobierno corporativista en las que la representación debía basarse en bloques ocupacionales o de intereses, cada uno con el mismo peso. De esta manera, los «desposeídos» del sistema de Weimar podrían competir en igualdad de condiciones con los grupos de presión bien arraigados. Aunque la mayoría de estos partidos no eran extremistas, representaban una creciente protesta contra el sistema que iba más allá de la simple política de intereses. En circunstancias más desesperadas, circunstancias que pronto llegarían de la mano de la Gran Depresión, su mensaje de protesta cómodamente podría ser incluido —y de hecho lo fue— en el marco ideológico del nacionalsocialismo.[55]

Individualmente, estos pequeños partidos eran del todo insignificantes, pero juntos atraían a una porción considerable del electorado de clase media, lo que revelaba que las lealtades políticas tradicionales habían sido sacudidas con fuerza y que estaba en marcha una gran migración de votantes de clase media. En 1919 y 1920, estos partidos liliputienses solo obtuvieron el 3 % del voto nacional; en 1924, el 10 %, e incluso cuando la economía se recuperó, durante los Dorados Años Veinte, su voto aumentó en las elecciones regionales, mientras que los de los liberales y los conservadores descendían. En mayo de 1928 consiguieron el 13,7 % del voto nacional, cifra con la que igualaron a los conservadores y superaron a los dos partidos liberales juntos. Más de un año antes de que la Gran Depresión cayese sobre Alemania, casi un tercio del electorado de clase media había abandonado sus partidos tradicionales y a todas luces estaba buscando alternativas políticas.[56]

En 1928, el elemento clave de la estabilidad de Weimar, es decir, los alemanes, y, en especial, los de clase media, no estaban listos aún para abrazar la política radical de Hitler y el NSDAP, pero sí se hallaban cada vez más desencantados con las corrientes políticas dominantes. Los nazis todavía no podían sacar provecho de esta creciente insatisfacción y, para ellos, el resultado de las elecciones del Reichstag de 1928 fue una sorpresa decepcionante. Después de toda la reorganización, de todas las innovaciones en la propaganda y de todo el fervor ideológico el partido realmente había perdido terreno desde 1924. Con el 2,6 % de los votos, fue de nuevo relegado a los márgenes de la política alemana, y Hitler, el Führer, el autoproclamado salvador de Alemania, parecía condenado a seguir siendo una figura secundaria y quijotesca en la vida política alemana. Ese fue el veredicto de un funcionario encubierto del Ministerio del Interior del

Reich, cuyo informe confidencial sobre el NSDAP declaraba: «Este es un partido que no va a ninguna parte. Es numéricamente insignificante. [...] es un grupo revolucionario radical disidente incapaz de ejercer influencia notable alguna sobre la gran masa de la población y el curso de los acontecimientos políticos».[57] En la víspera de la Gran Depresión, pocos habrían contradicho ese juicio.

4

En la corriente central

Los nazis necesitaban desesperadamente una situación nueva, algo que los empujara hacia la corriente central de la conciencia política alemana. El derrumbe de Wall Street y el inicio de la Gran Depresión, en el otoño de 1929, fueron exactamente eso. Cuando el mercado de valores de Nueva York colapso, los estadounidenses retiraron sus préstamos a corto plazo y la economía alemana, tan dependiente de esos préstamos, se precipitó como la cola de un cometa que cae. Entre junio de 1928 y mayo de 1930, la producción industrial de Alemania disminuyó en un 31 %; el desempleo, en especial entre los obreros, fue catapultado a un 200 %, y el déficit del gobierno creció rápidamente a medida que se disparaban las reclamaciones de indemnización por desempleo. Las bancarrotas aumentaron de manera estrepitosa y las pequeñas empresas quebraron hasta alcanzar cifras récord. Eso fue solo el comienzo. Para el verano de 1932, más de un tercio de la fuerza laboral alemana estaba sin trabajo

y más de dos millones simplemente habían desaparecido de las listas de desempleo, después de haber agotado sus magros beneficios. Ejércitos de hombres desharrapados y sin trabajo vagaban por las calles; las colas para la ayuda social y los comedores populares aparecieron en todas las comunidades, y los barrios miserables brotaban como maleza en los márgenes de las ciudades. Una ola creciente de ejecuciones hipotecarias barrió las zonas rurales y llevó a cientos de granjas familiares a subasta. Durante tres lamentables años, las noticias económicas siguieron siendo sombrías: no había luz al final del túnel, no se preveía ninguna recuperación para el próximo trimestre, ni para el siguiente, ni el siguiente. La economía se desplomaba en caída libre y una atmósfera de miedo creciente, teñida de ira, se instaló en el país. Era ni más ni menos lo que los nazis necesitaban.

A raíz de la pobre actuación del partido en las elecciones de 1928, los dirigentes nazis comenzaron a reconsiderar la confusa imagen pública del NSDAP. El pésimo resultado del partido en las grandes ciudades era especialmente desalentador para los estrategas nazis. A pesar de años de intensa agitación, solo habían ejercido una influencia marginal en la clase trabajadora urbana. Sin embargo, en 1928, el NSDAP había tenido un éxito sorprendente en varias áreas rurales, sobre todo en las comunidades agrícolas de Schleswig-Holstein, Baja Sajonia, Turingia y Alta Baviera. Casi de inmediato, los dirigentes del partido renovaron sus llamamientos para un mayor cultivo del electorado rural y de las pequeñas ciudades, y también plantearon un enfoque más centrado en la clase media. Mientras que los socialdemócratas y los comunistas bloqueaban el avance nazi para ingresar en la corriente principal de la política de la clase trabajadora, la disminución de la popularidad de los partidos conservadores y liberales tradicionales parecía ofrecer una oportunidad

prometedora para un NSDAP revitalizado. Al evaluar el resultado de la elección, el *Völkischer Beobachter* del 31 de mayo de 1928 señaló la nueva dirección del partido: «Los resultados en el campo han demostrado que se pueden lograr mayores éxitos con menos gasto de energía, dinero y tiempo que en las grandes ciudades. Las concentraciones nacionalsocialistas con buenos oradores son auténticos acontecimientos en ciudades pequeñas y pueblos, y se habla de ellos durante semanas. En las grandes ciudades, por el contrario, incluso las concentraciones de tres o cuatro mil personas desaparecen y se olvidan».

Como resultado de estas consideraciones, los nazis decidieron hacer un cambio significativo en el enfoque de su propaganda. Aunque no redujeron sus esfuerzos para ganar seguidores obreros, intensificaron y ampliaron su campaña para obtener apoyo de la clase media. Aunque el programa del partido en esencia permaneció igual, la estrategia social revolucionaria por la que abogaban Strasser y sus seguidores adquirió un papel cada vez más subordinado en la política nazi. Incluso el pensamiento de Strasser experimentó una transformación gradual después de la debacle de 1928. No estaba preparado para renunciar a la clase trabajadora, pero reconoció la necesidad de un cambio de énfasis.[1] El propio Hitler había presagiado la reorientación del partido al reafirmar en público el fuerte apoyo del NSDAP a la propiedad privada durante la campaña de 1928 y explicar que las exigencias nazis de «expropiar sin compensación a los propietarios de la tierra necesaria para propósitos comunes», el punto 17 de los Veinticinco Puntos, se aplicaba solo a las empresas y granjas «extranjeras» o «antisociales», es decir, judías. Sobre estas bases, el partido intensificó de modo gradual sus ataques a los grandes almacenes y a las cooperativas de consumidores tan odiadas por las pequeñas empre-

sas, y lanzó una importante campaña para resultar más atractivo a los ojos de la población rural y terrateniente.[2]

Además de estas ofensivas de propaganda, el partido también aceleró sus esfuerzos para infiltrarse en las organizaciones y los clubes de clase media, así como para patrocinar asociaciones profesionales propias. Entre 1928 y 1930, el NSDAP fundó sus propias organizaciones para médicos, abogados y estudiantes, al tiempo que creaba una asociación de agricultores nacionalsocialistas. El NSDAP no había abandonado su determinación de convertirse en un partido de integración masiva que cerrara las grandes divisiones sociales de la política alemana, pero cada vez estaba más claro que una base sólida de apoyo dentro de la fracturada *Mittelstand* era el cimiento más prometedor sobre el cual erigirse.[3]

Al mismo tiempo, el partido introdujo cambios en su enfoque respecto de la agitación política. Reconociendo lo limitado de sus recursos y determinado a atraer la máxima atención del pueblo, adoptó una variante del plan sugerido por primera vez por Goebbels dos años antes. En un memorando de diciembre de 1928, Heinrich Himmler, jefe de la Sección de Propaganda, anunció su intención de realizar ofensivas concentradas propagandísticas «cada tanto en cada región de Alemania» que «iban a superar [...] nuestras actividades anteriores de agitación». Estas «acciones de propaganda» debían prepararse con cuidado y coordinarse en un área tras otra. Debían hacerse entre setenta y doscientas concentraciones en los distritos (*Gaue*) seleccionados dentro de un período de siete a diez días. Se realizarían desfiles motorizados de las SA, aparecerían figuras famosas del partido y se distribuirían miles de folletos en más de cien aldeas, pueblos y ciudades de la zona. Se pondría a disposición de los grupos locales una lista oficial de los orado-

res más populares del partido e instrucciones para solicitar a sus favoritos en el *Gau* y en el cuartel general nacional. El objetivo de tales campañas de saturación era concentrar las energías del partido y los escasos recursos financieros en localidades especialmente seleccionadas, donde el partido movilizaría a los activistas nazis locales, provocaría el crecimiento de la prensa del partido y estimularía el reclutamiento para las SA y otras organizaciones partidarias. Y, lo más importante, estas acciones se montarían no solo durante las campañas electorales, sino que apuntarían también a proporcionar al NSDAP un alto perfil público en los períodos de inactividad entre elecciones.[4]

Estas reformas organizativas y estratégicas coincidieron con los primeros temblores de la crisis económica mundial que se avecinaba, pero el partido todavía estaba buscando a tientas un tema que le diera la visibilidad nacional que le faltaba. El resurgimiento de la cuestión altamente volátil de las reparaciones en 1929 le ofreció esa oportunidad que necesitaba. Un nuevo plan buscaba establecer exactamente lo que Alemania debía y organizar un calendario final de pagos. Redactado por un comité internacional de expertos en economía bajo la presidencia del empresario estadounidense Owen Young, el informe final, conocido como el Plan Young, se publicó el 9 de junio de 1929 y proponía que Alemania realizara pagos durante un período de cincuenta y nueve años con cuotas anuales que ascendían de forma gradual a un máximo de cerca de 2400 millones de marcos. Aunque esa cifra era bastante más baja que la petición original de los aliados de 132 000 millones de marcos, el plan provocó una tormenta de protestas en el país. Cuando el gobierno de la Gran Coalición aceptó el informe como base para las negociaciones, Alfred Hugenberg, presidente del conservador Partido Nacional del Pueblo Alemán (DNVP),

inició conversaciones con varias organizaciones de la derecha, incluida la Liga Pangermana, el Stahlhelm y el NSDAP, para formar un «frente de oposición nacional» contra el acuerdo.[5]

Hugenberg era un rico industrial y magnate de la prensa, y el jefe de la extrema derecha del DNVP. Había asumido la dirección del partido después de los terribles resultados que había tenido en las elecciones de 1928, cuando sus votos cayeron del 20 %, en 1924, al 14 %. Estaba decidido a empujar a la derecha conservadora en una dirección más radical y antirrepublicana. Con su amplia red de periódicos detrás, esperaba liderar una «oposición nacional» en un referéndum contra el plan y redactó un proyecto de ley, la llamada «Ley de Libertad», que condenaba el Plan Young, para presentarlo al Reichstag y luego al público en general.

Aunque algunos militantes nazis se oponían incluso a una cooperación limitada con los conservadores, Hitler estaba convencido de que una alianza temporal sería útil para los intereses del partido. Utilizando su nueva estructura en la organización y obteniendo un considerable apoyo financiero de fuentes conservadoras, los nazis tuvieron el papel más prominente en la campaña librada contra el plan y sus partidarios. Mientras que Hugenberg proporcionaba los fondos y la amplia cobertura de la prensa, fue a los nazis de camisas marrones a quienes la gente vio en las calles recogiendo firmas, distribuyendo folletos contra Young y encabezando manifestaciones contra el plan.

El Plan Young, se lamentaban los nazis, era un «pacto con el diablo» que Alemania se vio obligada a firmar forzada por los rapaces países vencedores. Produciría un «endeudamiento malsano» que destruiría «todo el crédito económico», eliminaría «oportunidades de empleo para millones» y llevaría a «la ruina de la economía de Alemania, de su

agricultura, de su clase media y de sus pequeñas empresas». Era, después del Plan Dawes, «un tercer Versalles» que esclavizaría a los alemanes durante décadas y décadas. ¡Generaciones de alemanes aún no nacidos tendrían que pagar tributo a los vengativos aliados hasta 1988! La ofensiva de propaganda nazi dominó la prensa nacional de Alemania durante meses, y Hitler, en lugar de Hugenberg, fue quien ocupó el centro de la escena en todo ese tiempo.[6] Sin embargo, la Ley de Libertad fue definitivamente derrotada en el Reichstag a finales de noviembre, y el referéndum nacional sobre el Plan Young, que se realizó el 22 de diciembre de 1929, recibió menos de un tercio de los votos requeridos. De todos modos, a pesar de no haber boicoteado el nuevo plan, la campaña contra Young había cumplido el propósito de Hitler. La asociación con el DNVP de Hugenberg dio a los nazis el halo de respetabilidad en los círculos conservadores del que carecían y constituyó un gran paso en la modificación de la percepción pública del partido. Una vez terminada la campaña, los informes policiales sobre las actividades nazis señalaban que en los eventos nazis «cada vez se ven más miembros de la *Mittelstand* y de las llamadas "mejores clases"».[7] Los groseros e ingobernables nazis se estaban volviendo socialmente aceptables. Más importante aún, el NSDAP había emergido de manera clara como la voz más destacada y agresiva de la derecha antirrepublicana en un momento en que los asediados partidos del gobierno estaban tratando en vano de hacer frente al comienzo de la Gran Depresión.

El momento era clave. Justo cuando la campaña contra Young llegaba a su fin, a finales de 1929, la crisis económica mundial golpeó Alemania con la fuerza de un vendaval arrollador. La producción industrial comenzó una caída vertical y el desempleo aumentaba a la par que la producción

caía. En enero de 1930, más de tres millones de alemanes estaban desempleados, y con la reducción de los ingresos tributarios y el aumento del déficit fiscal, al gobierno de la Gran Coalición le resultaba cada vez más difícil financiar el ya desesperadamente necesario programa de seguro de desempleo. Mientras que el DVP nacional liberal, apoyado por las principales asociaciones de empleadores, insistía en una reducción de los beneficios, los socialdemócratas, respaldados por poderosos sindicatos, respondían exigiendo mayores contribuciones del gobierno al fondo. Ninguna de las partes estaba dispuesta a abandonar sus «principios» y era imposible llegar a un acuerdo. Finalmente, después de asegurarse de que el Reichstag aprobara el Plan Young, el gobierno de la Gran Coalición se disolvió en marzo de 1930. Sería el último gobierno con mayoría propia de la era de Weimar.[8]

Con el colapso de la Gran Coalición, un gobierno apoyado en una base parlamentaria sólida resultó inalcanzable. Después de examinar el sombrío panorama político y de no encontrar una combinación de mayoría posible, Hindenburg, el presidente del Reich, recurrió a Heinrich Brüning, líder de los representantes del partido católico Zentrum en el Reichstag, para formar un gobierno «por encima de los partidos». El nombre de esta figura le fue sugerido a Hindenburg por el general Kurt von Schleicher, un «general de escritorio» que había servido en el equipo de Hindenburg durante la Gran Guerra. En ese puesto, había seguido de cerca la escena política y, aunque solo era un capitán, se convirtió en un asesor de confianza del Estado Mayor en numerosas cuestiones. Después de la guerra, mientras ascendía rápidamente de grado, continuó haciendo de enlace

entre el ejército y el gobierno. Prefería trabajar entre bambalinas y trabó contacto con una amplia variedad de figuras políticas y gubernamentales. La intriga política era su ambiente. Era una esfinge política, un intrigante; su nombre en alemán significa «persona sigilosa» y muchos creían que le sentaba perfectamente.

En 1928 se convirtió en jefe de la Oficina del Ministro, un nuevo puesto creado especialmente para él, en el que tenía la vaga responsabilidad de representar a los militares en sus relaciones con el gobierno. En efecto, actuaba como miembro no oficial del gabinete, y su influencia, siempre en las sombras, creció. Era un viejo amigo del hijo de Hindenburg, Oskar, con quien había servido durante la guerra, y seguía siendo un confidente cercano del presidente del Reich. Al igual que muchos dentro del ejército, estaba convencido de que la república era insalvable y que se necesitaba alguna forma de régimen autoritario para sacar a Alemania del caos. En los años culminantes de la república, cuando el poder se concentró en unos pocos individuos cercanos al presidente del Reich, Schleicher tendría un papel crucial y también destructivo.

Brüning se ofreció a Schleicher en parte por su experiencia financiera, pero, también, por su posición en el ala derecha del Zentrum Católico. Brüning había servido con honores como oficial en el ejército durante la guerra, tenía en su haber una Cruz de Hierro de 1.ª Clase y se inclinaban de forma decidida por una solución autoritaria —aunque no extremista— para los problemas de Alemania. Tenía poca confianza en el Reichstag y en las vicisitudes de la política parlamentaria, sobre todo en las circunstancias de ese momento. También esperaba poder desmantelar el amplio Estado de bienestar de Weimar, al que consideraba responsable de gran parte de la angustia económica del país. En ese

proceso, reduciría el poder del trabajo organizado y de los socialdemócratas. Aunque Brüning fue capaz de convencer a los miembros de los partidos liberales, al Zentrum y, por el momento, al conservador DNVP para ocupar cargos en el nuevo gabinete, sus partidos no estaban obligados a seguir las decisiones del gabinete. El gobierno claramente se sostenía solo en la confianza del envejecido presidente del Reich, y Hindenburg estaba decidido a someter al inestable sistema parlamentario a una dirección más autoritaria.

De acuerdo con la ortodoxia económica de la época, Brüning consideraba que un presupuesto equilibrado y, por lo tanto, una reducción drástica del gasto público era el primer paso imprescindible para revertir los desastrosos problemas económicos de la república. Entre marzo y julio, presentó al Reichstag una serie de reformas fiscales estrictas, pero cada una de ellas, por razones muy diferentes, fue rechazada por una mayoría compuesta por socialdemócratas, comunistas, conservadores y nazis. A finales de julio, con un déficit nacional de más de 1000 millones de marcos, Brüning presentó un plan presupuestario final que, de hecho, habría aumentado la contribución del gobierno al fondo de desempleo, pero, a la vez, habría acabado reduciendo los beneficios. Cuando la legislación propuesta encontró una dura resistencia en el Reichstag, decidió implementar el plan por decreto de emergencia. Poco después, una moción que pedía la derogación de los decretos tuvo el apoyo de la mayoría en el Reichstag, pero Brüning rehusó retirarse. En lugar de renunciar, le pidió a Hindenburg que disolviera el recalcitrante Reichstag y convocara nuevas elecciones para septiembre.

La decisión de Brüning resultó ser un error desastroso. El NSDAP, con su red organizativa expandida y su estrategia de saturación política, había tenido un inquietante creci-

miento en una serie de elecciones regionales a finales de 1929 y principios de 1930. La curva ascendente de la buena fortuna electoral nazi comenzó en octubre en Baden, con un modesto 7 % de los votos, pero, menos de un mes antes del anuncio de Brüning de nuevas elecciones nacionales, los nazis sorprendieron a los observadores al ganar el 15 % de los votos en Sajonia, un baluarte tradicional de la izquierda. Dos años antes, el NSDAP había conseguido menos del 3 % de los votos.

Los grandes perdedores en esas elecciones regionales no fueron los partidos de la izquierda marxista, ni tampoco los pequeños partidos escindidos, sino los partidos tradicionales del centro liberal y la derecha conservadora. La insatisfacción de los votantes con esas alternativas tradicionales de la política de clase media, que había comenzado a cristalizarse antes del inicio de la Gran Depresión, continuó en 1929-1930 y se aceleró por la incapacidad del gobierno para lograr lidiar con el deterioro de las condiciones económicas del país. Después de meses de conflictos internos y recriminaciones públicas entre los partidos liberales, y de las incansables disputas dentro del campo conservador fragmentado, los partidos de centro y derecha tradicionales estaban mal preparados para la batalla que se avecinaba.[9]

El NSDAP, por otro lado, estaba listo para la acción. En el otoño de 1930, los nazis estaban mejor organizados y mejor financiados que en cualquier momento de su breve historia. El destacado papel del partido en la campaña contra Young había dado a los nazis un alto perfil nacional y una creciente sensación de confianza en sí mismos. La cantidad de afiliados al partido era virtualmente tres veces más grande que en 1923, y ya no se limitaba sobre todo al sur. Nuevas filiales locales estaban apareciendo en todo el país, y había cada vez más nuevos reclutas en el NSDAP.

Hitler, que no tenía ningún interés en los asuntos organizativos y se dedicaba a mediar en las disputas ideológicas dentro del partido, le delegó el trabajo de administrar la floreciente organización del partido a Gregor Strasser. Entre 1928 y 1930, Strasser puso en marcha un conjunto de reformas organizativas destinadas a reforzar el control de los líderes sobre el partido y a mejorar la actuación de las campañas nazis. Diseñó una estructura organizativa vertical, estableció una clara cadena de mando, definió las responsabilidades y creó un equipo de inspectores, responsables ante él, para garantizar que las directrices de Múnich se llevaran a cabo correctamente. Modificó los límites regionales del NSDAP para ajustarlos a los treinta y cinco distritos electorales del Reichstag, y la autoridad del *Gauleiter* se fortaleció sustancialmente en cada área. El *Gauleiter* y su personal de propaganda quedaron a cargo de ejecutar las directrices de campaña del partido.[10]

Al trabajar con esta estructura, Múnich asumió la responsabilidad de la dirección de todas las actividades de propaganda nazi en el país. Desde 1928, Hitler había sido jefe de la Sección de Propaganda, con Himmler como adjunto. En la primavera de 1930, Hitler designó a Joseph Goebbels para dirigir las tareas de propaganda del partido. Fue una elección acertada. Goebbels se había distinguido como un enérgico y combativo *Gauleiter* de Berlín, donde estaba en perpetuo conflicto con los poderosos partidos de izquierda. Fue creativo e incansable en sus esfuerzos por provocar y humillar a los rojos, por alejar a los trabajadores de Berlín de los marxistas y acercarlos al nacionalsocialismo. Su periódico, *Der Angriff* («El ataque»), fundado en 1927, buscaba atraer de manera agresiva a los trabajadores y publicaba ataques salvajes contra «los patrones del capitalismo» que, en tono y contenido, eran casi indistinguibles de los escritos comu-

nistas. Desde su posición en las líneas del frente de Berlín, encabezó los esfuerzos del partido para ganar el apoyo de la clase trabajadora. Igual de importante que su compromiso ideológico era su devoción por Hitler. «En Goebbels», dijo el periodista Konrad Heiden, «Hitler encontró a un hombre que podía escuchar durante días sus interminables discursos; el entusiasmo arduamente cultivado en sus ojos nunca disminuía». Se decía que Hitler había comentado que Goebbels era «un hombre que arde como una llama».[11]

Durante un tiempo, Goebbels se vio atrapado en un amargo conflicto con los hermanos Strasser, Gregor y su hermano menor, Otto. Fue menos una batalla doctrinal que una guerra territorial. A pesar de los Veinticinco Puntos, no había una línea oficial del partido en el NSDAP, sino solo una obediencia incuestionable al Führer, de modo que florecieron muchas variantes del nacionalsocialismo con diferentes énfasis ideológicos dirigidos a distintos tipos de votantes. La línea de Otto Strasser era una mezcla de anticapitalismo estridente, nacionalismo rabioso, antisemitismo y rechazo revolucionario hacia todo lo burgués. Le preocupaba profundamente que Hitler y «la camarilla de Múnich» que lo rodeaba no estuvieran comprometidos con la visión social revolucionaria radical que él propugnaba, que fueran tan tímidos y estuvieran demasiado dispuestos a cortejar a la derecha conservadora. Los Strasser utilizaron su editorial berlinesa, la Kampfverlag, y sus diarios y semanarios como una plataforma para sus puntos de vista, con lo que perjudicaban las ventas del *Der Angriff* de Goebbels. A comienzos de la primavera de 1930, la rivalidad había llegado a su punto de ebullición.[12]

Otto y Gregor Strasser eran nacionalsocialistas comprometidos, pero no eran seguidores ciegos del culto a Hitler que había surgido después de 1925. Cada uno mantenía un

cierto grado de independencia, y creían que el partido, la «idea» del nacionalsocialismo, era más grande y más importante que cualquier individuo, incluido Hitler. Goebbels se quejó ante Hitler de que Otto estaba socavando su autoridad en Berlín, de que no respetaba las directrices del partido e ignoraba las órdenes de Múnich. Hitler prometió tomar medidas contra Strasser, pero, como era característico en él, dejó pasar el asunto. «El jefe ha perdido todo el crédito para mí», refunfuñó Goebbels en su diario a mediados de marzo de 1930. «Hitler, por el motivo que sea, rompió su palabra conmigo cinco veces [...]. Hitler se retrae en sí mismo; no toma decisiones; ya no conduce sino que deja que las cosas sucedan.»[13] Finalmente, a mediados de abril, después de que Otto Strasser ignorara una orden directa de Hitler al publicar un artículo que criticaba la decisión del Führer de romper con la coalición anti-Young, Hitler prometió purgar la facción de Strasser. Pero vaciló de nuevo. «Ese es el viejo Hitler», se quejó amargamente Goebbels. «¡El que todo lo pospone! ¡Siempre dejando todo para después!»[14] Era una queja común. Solo a mediados del verano se resolvió el conflicto, no por una decisión de Hitler, sino porque Otto Strasser anunció que abandonaba el NSDAP. Gregor Strasser, una figura mucho más importante en el partido, no lo siguió; renunció a las ideas de su hermano y a su cargo de editor general de Kampfverlag, y prometió lealtad absoluta a Hitler. Goebbels estaba decepcionado de que Hitler no hubiera expulsado al mayor de los Strasser, pero por el momento la crisis había pasado. La situación, como ocurría a menudo, se había resuelto por sí sola.[15]

Goebbels no solo era el *Gauleiter* de Berlín, sino también el jefe de propaganda nazi de todo el país, y no tardó en mostrar su talento. Bajo su mando, la cada vez más sofisticada maquinaria de campaña nacionalsocialista fue pionera

en una impresionante serie de técnicas políticas modernas: una forma innovadora de hacer encuestas, correos directos, campañas de prensa y folletos altamente coordinados, películas, presentaciones de diapositivas, discos, desfiles de antorchas, caravanas de vehículos en áreas rurales y eventos de entretenimiento para convocar multitudes y recaudar dinero. El partido estableció una escuela para oradores y un curso por correspondencia de nueve meses para agentes nazis locales, con lecciones sobre ideología nacionalsocialista y técnicas de propaganda. Se le ordenó a cada organización regional del partido que inscribiera a dos oradores cada trimestre. «La carga principal de la campaña del partido debe ser llevada por los oradores», insistía Goebbels en una circular de 1930, porque el partido aún no poseía «los medios necesarios para saturar todo el país con material de propaganda».[16] Además de los comunicados semanales y de las instrucciones, el personal de Goebbels producía notas mensuales para los oradores, que ofrecían análisis de problemas internacionales y nacionales, y sugerencias para una movilización local más efectiva, desde selecciones musicales para eventos de entretenimiento hasta el color de los carteles y los volantes, e incluso indicaciones sobre la mejor forma de colocar los bustos de Hitler en las reuniones de reclutamiento.

Poco después de la disolución del Reichstag del 18 de julio, Goebbels y la reorganizada Sección de Propaganda entraron en acción. En una reunión con miembros de la dirección nacional, los jefes de distrito y la pequeña delegación del Reichstag del NSDAP de finales de julio, Hitler describió a grandes rasgos el esquema básico de la campaña del partido. Como siempre, se limitó a la imagen total. La tarea de Goebbels era traducir los objetivos generales de Hitler en acciones sobre el terreno. Él y su inexperto personal se ocu-

parían de la conducción real de la campaña, planearían la estrategia cotidiana y coordinarían las actividades de propaganda del partido.[17] Fue un acuerdo que continuó sin cambios a lo largo de las últimas campañas nazis de la era de Weimar; es más, sería el sello distintivo del estilo de liderazgo de Hitler a lo largo del Tercer Reich.

En el torrente de memorandos que siguió a esa reunión de julio, Goebbels subrayó a los jefes de los partidos regionales la importancia de conducir la campaña del partido «de la manera más uniforme posible». Al comienzo de la campaña, la Sección de Propaganda envió una larga circular a los *Gauleiter* en la que esbozaba los objetivos estratégicos del NSDAP, explicaba los principales temas que debían desarrollarse y definía los eslóganes que debían utilizar. La «totalidad de la propaganda de campaña» del partido giraba en torno al tema «A favor o en contra de Young» y lanzaba una ofensiva despiadada «contra la mentira de la culpa de la guerra, contra el Tratado Young, contra los beneficiarios de la política de cumplimiento, contra los partidos carceleros del capitalismo esclavizante».[18]

Para garantizar que se ajustaran a sus objetivos, Goebbels prohibió de manera expresa a las filiales locales «hacer propaganda electoral por su cuenta». Debían «operar solo de acuerdo con las pautas determinadas por la Sección de Propaganda y con los materiales de campaña que se les proporcionaban». El control centralizado era necesario para lograr los objetivos estratégicos del partido y para mantener todo el aparato del partido con un solo mensaje. «En todas partes en Alemania se mostrarán los mismos carteles, se distribuirán los mismos folletos y aparecerán las mismas pegatinas.» Los textos mecanografiados de todos los folletos y otras publicaciones de las campañas se enviarían desde Múnich a los líderes del distrito, quienes se encargarían de imprimir-

los y distribuirlos. De esta manera, el flujo de material entregado a los lugareños podría ser supervisado y coordinado de cerca.[19] La circular también se ocupaba de manera extensa de detallar las técnicas de propaganda y daba a conocer a los funcionarios del partido los servicios y ayudas de propaganda que estaban disponibles en los cuarteles generales regionales o nacionales. A los locales se les recordaba que estaban disponibles las impresiones de periódicos, folletos, panfletos, calcomanías y carteles especiales ilustrados. Recomendaba que los correos directos fueran manejados por las sedes locales utilizando una carta estándar dirigida personalmente a cada habitante de un área determinada. Mediante libretas de direcciones que enumeraban la ocupación del jefe de hogar, el partido podía subdividir la población por ocupación y entregar cartas que hablaran directamente sobre cuestiones relacionadas con agricultores, comerciantes, funcionarios, empleados de oficina, trabajadores y jubilados. El partido también imprimió postales electorales especiales y sellos con esvásticas para la correspondencia o la exhibición en ventanas, libros, maletines, etc. En una cultura política dominada por los medios impresos, la distribución de folletos, como era habitual, recibió especial atención. Goebbels instruyó a los líderes locales que «folletos, panfletos, etc., debían repartirse desde muy temprano [...] el domingo», el día en que los partidos eran más activos, «así el trabajador, el funcionario y el pequeñoburgués los podían tener en la mano antes de que llegara el esperable aluvión de basura». Los desfiles encabezados por camiones con grandes pancartas y llenos de tropas de asalto también eran recomendados como «un dispositivo de propaganda que no debe subestimarse».

El contenido de estos reclamos nazis se basaba en un rudimentario sistema de investigación de *marketing* que, para

la época, no tenía precedentes en cuanto a su sofisticación. Se instaba a los líderes del distrito a enviar a sus funcionarios a «panaderías, carnicerías, tiendas de comestibles y tabernas» para que tomaran muestras de la opinión pública y averiguaran por quién había votado la gente y por qué. Los agentes locales de propaganda nazi presentaban informes semanales que detallaban qué técnicas funcionaban y cuáles no, y qué tipo de tono atraía a los agricultores, a los tenderos y a los trabajadores. ¿Qué enojaba a los funcionarios públicos, los empleados de oficina, los propietarios de viviendas y los inquilinos? ¿Qué preocupaba a los católicos, a los protestantes y a las mujeres? ¿Cómo le había fallado «el sistema» a cada uno y cómo podría el NSDAP articular un conjunto de propuestas atractivas que explotara esa sensación de agravio? Esta información podría luego ser utilizada por la dirección nacional para desarrollar la estrategia de campaña del partido.[20] Las frases y técnicas que se habían originado y habían funcionado bien en un lugar se comunicaban a la División de Propaganda y luego se incorporaban en los informes mensuales dirigidos a todas las oficinas regionales. De esta forma, se generaba un flujo circular de información valiosa que les serviría en las siguientes campañas.

Ofrecer soluciones específicas a los problemas del país no era importante, y los reclamos ideológicos basados en los famosos Veinticinco Puntos del partido fueron dejados en segundo plano. Gregor Strasser fue sorprendentemente sincero en su explicación del mensaje nazi: «Todo lo que es perjudicial para el orden de cosas existente tiene nuestro apoyo [...] porque queremos una catástrofe. [...] todo lo que acelere el comienzo de la catástrofe en el sistema actual [...], cada golpe, cada crisis gubernamental, cada erosión del poder del Estado, cada debilitamiento del sistema [...] es bue-

no, muy bueno para nosotros [...] y siempre y constantemente será nuestro esfuerzo fortalecer tales dificultades [...] para agilizar la muerte de este sistema».[21] Tampoco los nazis se sentían constreñidos por la necesidad de una coherencia ideológica. Cuando un partidario confundido le preguntó a Goebbels si el NSDAP todavía estaba comprometido con «romper la esclavitud de los intereses», una de las exigencias del partido en la plataforma «inmutable» de 1920, el jefe de propaganda le respondió: «Ojalá nunca hubiéramos oído hablar de estos miserables Veinticinco Puntos».[22] A pesar de sus fanfarronadas sobre «la idea» del nacionalsocialismo, los nazis no hicieron campaña en función de un programa o una ideología, sino a partir de un estado de ánimo y, cuando aumentaron la ira y el miedo en Alemania, tocaron un punto sensible para todos.

A lo largo de la campaña, la División de Propaganda publicó actualizaciones e instrucciones más precisas para coordinar las fechas de los discursos y el anuncio de concentraciones o apariciones de Hitler. La campaña nazi fue en gran parte negativa y careció de cualquier elemento específico. Dirigió, en cambio, un implacable ataque al «sistema» ineficaz y corrupto de Weimar y al «montón de grupos de presión» que lo controlaba.

Más importante que cualquier tema en particular era la imagen. Hitler y Goebbels estaban decididos a crear la impresión de un movimiento vigoroso, dinámico y juvenil, en fuerte contraste con los desanimados y debilitados partidos burgueses del centro y la derecha. La energía, el activismo y la determinación fanática de barrer con lo viejo, creía Goebbels, eran las claves del éxito nazi. «Para el 14 de septiembre», declaró, «no debe haber ciudad, pueblo ni lugar en el camino donde los nacionalsocialistas no hayamos aparecido en una gran manifestación». El 18 de agosto, el *Völkischer*

Beobachter anunció un total de treinta y cuatro mil concentraciones previstas para las últimas cuatro semanas de la campaña electoral y, aunque esa cifra probablemente fuera exagerada, el activismo de alto voltaje del NSDAP no pudo ser igualado por los partidos burgueses en decadencia. Espoleando de manera incansable a sus agentes de propaganda para llevarlos a una actividad cada vez más frenética, Goebbels concluía: «Queremos llevar a cabo una campaña como nunca han visto los corruptos partidos parlamentarios [*Bonzenparteien*]».[23]

El plan era que la campaña cobrara impulso durante agosto para alcanzar un *crescendo* en las últimas semanas previas a las elecciones. Pero cuando faltaban solo dos semanas para las elecciones y todo iba según lo planeado, de pronto estalló una crisis en el partido. La tensión entre las SA de Berlín y el partido había estado bullendo durante algún tiempo. Los jefes de las SA se sentían menospreciados, económicamente maltratados y, lo que era más irritante, bajo la tutela de la organización política del partido. Walter Stennes, el líder de las poderosas SA de Berlín, quería que algunos miembros de las tropas de asalto fueran incluidos en las listas electorales del partido, y también más fondos para la organización. Más inquietante, Stennes expresaba la creciente impaciencia de las SA ante la insistencia de Hitler en la legalidad del partido. Las SA querían una acción que llevara a la revolución social y temían que Hitler y los «jefes del partido» de Múnich, con sus insistentes llamados a la moderación y al mantenimiento de la legalidad, estuvieran menos comprometidos con esa visión revolucionaria. «Algunas cosas deben cambiarse después de las elecciones», se quejó Goebbels. Las SA «bajo Pfeffer y Stennes eran demasiado independientes y claramente hostiles a la

política». Pero, sobre todo, Goebbels no confiaba en Stennes.[24]

El 30 de agosto, Goebbels acababa de pronunciar un discurso en Breslau, el sexto en cuatro días, y estaba descansando en su hotel cuando recibió un alarmante mensaje de Berlín. Había rumores de que elementos de las SA estaban planeando una rebelión. «Van a darnos un ultimátum y, si no se cumplen sus términos, irán al ataque», escribió. «¡En medio de una batalla! No puedo creerlo.» Más tarde, en la noche, esos informes preliminares fueron confirmados. Las cosas eran peores de lo que Goebbels había esperado. Hombres de las SA habían irrumpido en el cuartel general del partido en la Hedemannstrasse, habían apartado a los guardias de las SS y destrozado los muebles y los archivos. Estaban ocupando el edificio, estaban haciendo demandas, estaban «en abierta rebelión contra los *Gau* y contra Múnich. […] Stennes es un traidor».[25]

Tanto Goebbels como Hitler, que asistía al festival anual Wagner en Bayreuth, se apresuraron a ir a Berlín. En la madrugada, ambos se encontraron con Stennes en el Hotel Duque de Coburgo, al lado de la estación Anhalt. Stennes se quejó de las promesas incumplidas: Goebbels había aceptado poner hombres de las SA en la lista del partido y consultar con él sobre los candidatos adecuados, pero no lo había hecho; se quejó de la carga que pesaba sobre las SA y de su mala situación financiera, y expresó la frustración general de las SA por el curso hacia la legalidad seguido por el partido.

La reacción inicial de Hitler fue rechazar sin más trámite las exigencias de Stennes, pero, tras una reunión con Goebbels, suavizó su posición. Esa noche, mientras estaban reunidos en la residencia privada de Goebbels, aparecieron Stennes y un grupo de jefes de las SA seguidos por una

multitud de airadas tropas de asalto. Mientras Stennes presentaba sus demandas, los hombres «estaban afuera cantando, mostrándose cada vez más rebeldes [...]. Stennes había organizado brillantemente su motín». Hitler escuchó y, finalmente, accedió a permitir que las SA retuvieran un porcentaje mayor de las cuotas que recaudaban —el resto sería enviado al cuartel general de Múnich— y le explicó su posición a Stennes. Más tarde, en una reunión con unos dos mil hombres de las SA, Hitler les juró ferviente lealtad y les aseguró que la revolución que ellos —y él— tan desesperadamente querían llegaría, pero que eso no iba a ocurrir *antes* sino *después* de la toma del poder. La toma del gobierno debía hacerse por medios legales movilizando a las masas y participando en las elecciones. El rol de las SA en esta estrategia era crucial; su lealtad, imperativa; su espíritu de lucha, esencial.[26]

Entre aplausos atronadores, anunció que en ese momento asumía personalmente el liderazgo tanto de las SA como de las SS. Los agentes de policía encubiertos que supervisaban la reunión se sorprendieron por el nerviosismo de Hitler cuando, de forma reiterada, apeló a las SA para que confiaran en él. Con «su fatigada voz elevándose a un grito casi histérico», Hitler suplicó pidiendo su lealtad. «¡Juremos en este momento que nada puede dividirnos, tan verdaderamente como que Dios puede ayudarnos contra todos los demonios! ¡Que Dios todopoderoso bendiga nuestra lucha!» Los hombres de las SA estallaron en gritos de «Heil!». Hitler había logrado desactivar la situación. La crisis inmediata pasó, pero no la tensión entre la dirección del partido y las SA. Simplemente se deslizó bajo la superficie, lista para volver a entrar en erupción en cualquier momento.[27]

El 14 de septiembre, el día de las elecciones, fue proclamado por Hitler como «el comienzo del ajuste de cuentas de Alemania» con los «criminales de la república de noviembre», el «día del juicio a los partidos que apoyaban a Young».[28] Todos percibieron un cambio palpable en la atmósfera cuando el domingo por la mañana se abrieron los lugares de votación. Los votantes llegaban sin cesar a las mesas electorales de todo el país. La asistencia, que había bajado en 1928, era excepcionalmente alta. Los nazis confiaban en obtener importantes resultados, pero, a pesar de su incansable campaña y sus enérgicas predicciones de victoria, pocos dentro de la dirección estaban preparados para la magnitud del aumento del apoyo al partido. A medida que se contaban los votos, en la noche del 14 al 15 de septiembre, el resultado envió ondas sísmicas a todo el mundo político y sumió a la ya en ruinas República de Weimar en una crisis.

Los votos nazis habían pasado de unos meros ochocientos mil en 1928 a unos asombrosos seis millones. Con el 18 % del electorado, el oscuro NSDAP de Hitler se convirtió de la noche a la mañana en el segundo partido más grande en Alemania después de los socialdemócratas.

El resultado fue una sorpresa incluso para los nazis. «Fantástico», escribió un Goebbels exultante en su diario, «un avance increíble». En una concentración realizada la noche de la elección en el Sportpalast, el estadio más grande de Berlín, fue testigo de una explosión de entusiasmo, «como en 1914 [...]. El Sportpalast era un manicomio». Las tropas de asalto, extasiadas, lo llevaron por el pasillo sobre sus hombros. Fue de un bar de las SA a otro hasta las 4 de la mañana. En todas partes fue «recibido con la misma escena:

alegría y espíritu de lucha».[29] Hitler profetizó que era el comienzo de una nueva era en la política alemana, una era de cambio político radical que barrería la ineficaz y falsa democracia de los «criminales de noviembre», que devolvería el poder a la gente y haría que Alemania fuera grande otra vez. Alemania, proclamó, se había despertado.

Brüning había anticipado un aumento en el voto nazi e incluso esperaba usar la creciente amenaza del radicalismo de derecha para convencer a los otros partidos para que cooperaran con su gobierno, pero ni él —ni nadie en Alemania— estaba preparado para el cambio sísmico en el paisaje político producido por el avance nazi. Solo doce nazis habían ocupado escaños en el antiguo Reichstag; cuando el nuevo Reichstag se reunió en octubre, ciento siete diputados nacionalsocialistas vestidos de marrón entraron en la sala. Solo la representación socialdemócrata era más grande. Hitler y su grupo ya no eran espectros que acechaban en los márgenes más desquiciados de la conciencia pública alemana. Para sorpresa de todos, habían llegado a ser parte de la corriente central de la política alemana.

Cuando Goebbels y su equipo analizaron los resultados de las elecciones, quedó claro de inmediato que el avance nazi, aunque impresionante casi en todas partes, resultaba especialmente llamativo en el norte protestante. Incluso una lectura superficial de los resultados revelaba que a los nazis, como se había anticipado, les había ido excepcionalmente bien en las zonas rurales y en las pequeñas ciudades duramente afectadas por la prolongada depresión agrícola. En algunos condados provinciales, el partido consiguió un inaudito 50 a 60 % de los votos. En los grandes estados del norte —Prusia, Pomerania, Mecklemburgo y Hannover— superaron el 20 %. En Schleswig-Holstein, donde dos años an-

tes habían obtenido apenas el 4 % de los votos, treparon al 27 %.

Tal como lo habían hecho antes, los reclamos nazis encontraron su mayor resonancia entre los elementos de la ansiosa clase media: pequeños tenderos, granjeros, artesanos (plomeros, electricistas, carpinteros), funcionarios de nivel inferior, maestros y algunos oficinistas. Era la constelación de fuerzas sociales que constituirían la base del partido a lo largo de su ascenso al poder. Para las pequeñas empresas, la crisis económica había sido poco menos que catastrófica. Atrapados entre los grandes almacenes, cuyos dueños, como los nazis siempre habían señalado, eran judíos, y las cooperativas de consumidores socialistas, los pequeños tenderos y artesanos estaban cada vez más desesperados. En 1930, las bancarrotas fueron dos veces más numerosas que hacía dos años y las de las pequeñas empresas representaban más de la mitad del total. Las quiebras en el comercio minorista habían aumentado casi en un 150 % desde 1928. Las empresas que de alguna manera habían logrado sobrevivir a la hiperinflación y a la dura estabilización de la década de 1920, esta vez se enfrentaban a la ruina financiera, y el programa de austeridad de Brüning ofrecía pocas esperanzas de salvación inmediata. Alemania estaba sumida en una «batalla entre ricos y empobrecidos», aullaban los nazis, y, bajo ese sistema, «esta batalla convertirá en proletarios a más y más miembros de la clase media» y enviará «un número cada vez mayor de refuerzos al ejército de desempleados». Solo el NSDAP podía evitar que los «desarraigados y expropiados» terminaran «en las garras del capital internacional» y de los grandes conglomerados; solo el NSDAP podía brindar «protección a las pequeñas empresas» contra «la pestilencia de las grandes empresas judías». [30]

La situación para los agricultores era aún más sombría. Después de sufrir una profunda recesión agrícola en 1928, la Depresión amenazaba con arrojar —especialmente a los pequeños agricultores— al abismo. Entre 1928 y 1930, las ejecuciones hipotecarias y las ventas forzadas de propiedades agrícolas casi se duplicaron. Los bancos subastaron granjas familiares en toda la Alemania rural, lo que desencadenó un tsunami de indignación en las comunidades agrícolas. Si bien el gobierno introdujo programas para rescatar las grandes propiedades agrarias del este, parecía notablemente indiferente al sufrimiento del pequeño agricultor. Ya en 1928, un movimiento de protesta, el Landvolk (Movimiento Popular Rural), había organizado manifestaciones contra los bancos, contra el gobierno, contra los grandes grupos agrícolas de presión e, incluso, contra el DNVP, el partido al que tradicionalmente votaban los agricultores. El Landvolk organizó una revuelta fiscal entre los agricultores: los banqueros fueron perseguidos, los subastadores fueron corridos a tiros y los suicidios llegaron a números preocupantes. Los conservadores intentaron cooptar al movimiento, pero descubrieron que no podían manejar ni contener la propagación de la protesta en el campo. «Día tras día, el granjero se hunde más en la deuda y la miseria», acusaron los nazis en 1928. «Al final, será expulsado de su hogar mientras el dinero internacional y el capital judío toman posesión de su tierra.» Para 1930, según los nazis, la nefasta profecía se había cumplido.[31]

Sin embargo, el apoyo al partido en 1930 no se limitaba a la pequeña burguesía asustada, como creyeron los comentaristas contemporáneos (y generaciones de historiadores). Aunque todavía el NSDAP era ampliamente percibido como rústico y grosero, y lleno de líderes vulgares e incultos, estaba recibiendo apoyo entre los elementos de la clase media

alta: funcionarios públicos, profesionales, especialmente médicos, y residentes de los barrios acomodados de las ciudades y pueblos. Nadie se sentía al margen de la crisis; nadie, ni siquiera la acomodada clase media alta, era inmune a la propagación del virus del miedo y la incertidumbre. El NSDAP ya no era un simple fenómeno de clase media baja y una revuelta de los pequeños hombres asustados de la sociedad alemana: se estaba transformando en algo menos atado a ciertas clases y con una base mucho más amplia, algo mucho más peligroso.[32]

A pesar del mayor enfoque del NSDAP en la *Mittelstand*, los nazis estaban decididos a hacer un gran avance entre los alemanes de la clase trabajadora. En enero de 1930, el partido fundó su propio sindicato, la Organización Nacionalsocialista de Células en las Empresas (NSBO). Aunque no fue un desafío para los gremios socialdemócratas, el momento de su aparición fue propicio. Con los salarios reales cayendo en picado y el creciente desempleo, esta organización terminó siendo la apertura que Hitler había buscado. Pero la gran mayoría de los que se encontraban en las filas de desempleo eran obreros, muchos de ellos miembros del sindicato, un grupo que en el pasado se había resistido de manera sistemática a los halagos nazis. El desempleo entre los trabajadores en los principales sectores industriales era desenfrenado. La tasa más alta se registró entre los jornaleros no calificados y desorganizados, que inundaban las agencias de empleo y oficinas de desempleo en 1929-1930. Incluso aquellos que se aferraban desesperadamente a un trabajo a tiempo completo sentían el acecho de la reducción de salarios y el miedo constante a los despidos. Dondequiera que uno mirara, el paisaje económico mostraba la misma imagen desoladora.[33]

En lugar de ofrecer planes concretos para superar la crisis del desempleo y hacer que la gente volviera a trabajar, los nazis eligieron arremeter contra los socialdemócratas por su traición a la clase trabajadora, su descarada «colaboración» con Brüning y su programa de austeridad. En los doce años de la democracia de Weimar, los socialdemócratas solo habían producido para los trabajadores «hambre, miseria y esclavitud», denunciaban los nazis.[34] Si la clase obrera alemana quería liberarse, tendría que «romper las cadenas» tanto del capitalismo como del marxismo; «solo un régimen nacionalsocialista podría ofrecer al pueblo trabajador de Alemania una genuina liberación». Bajo Hitler, el trabajador alemán ya no sería un paria social, sino que estaría «integrado a la nación con plenos derechos y obligaciones» y se le garantizaría «justicia social, trabajo [...], una vida decente y pan». En la *Volksgemeinschaft* nacionalsocialista, las distinciones de clase serían cosa del pasado. Ni los comunistas ni los socialdemócratas, cuya existencia misma se basaba en la lucha de clases, podían lograr esto. «Solo un nuevo movimiento que rechace la distinción entre burgués y proletario podrá liberar a la sociedad alemana de su destructiva tradición de conflicto de clases.»[35] Los socialdemócratas y los comunistas, por supuesto, ridiculizaron el «socialismo» nazi y su profesada preocupación por la clase trabajadora como un fraude cínico, alegando que el NSDAP no era más que «el último baluarte del gran capital». Ambos partidos advertían a las audiencias de la clase trabajadora que el fascismo solo podría ser derrotado mediante la unidad proletaria, pero luego se acusaban unos a otros de sabotear esa misma unidad. Ambos criticaban el «socialismo falso» de los nazis, pero guardaban sus invectivas más terribles para lanzárselas entre sí.

Al dirigirse a la clase trabajadora, los nazis también podían dar rienda suelta a su retórica anticapitalista, en general atada a un rabioso antisemitismo. Los mensajes que los nazis dirigían a las audiencias de clase trabajadora solían vincular a la socialdemocracia con el «sistema» y con «los titiriteros judíos del capitalismo internacional». Una y otra vez, en las ciudades industriales del Ruhr, los oradores nazis arremetían contra los «estafadores del mercado bursátil, los poderes del capital internacional y los judíos detrás de ellos». Como sostuvo un orador, los nazis estaban «luchando contra el marxismo, contra el gran capital internacional y contra los judíos». Estos tenían «poder sobre los bancos y las empresas industriales, y trabajaban mano a mano con los socialdemócratas para reforzar el sistema corrupto existente». Bajo el sistema de Weimar, «a los piojosos judíos se les permitió cruzar la frontera oriental de Alemania, para meterse en la vida social, económica y cultural alemana». Ellos habían «tomado el control de los bancos y el mercado de valores, y se llevaron a Suiza el dinero que han robado al pueblo alemán». Ese dinero «debe serles quitado y devuelto al pueblo trabajador». Los trabajadores no podían esperar que el SPD corrigiera el sistema, mientras la dirección socialdemócrata estuviera manipulada por los judíos. «Tan pronto como el NSDAP tenga el timón del gobierno en sus manos», declaró otro orador, «no habrá lugar para los judíos en la patria alemana».[36]

A pesar de los esfuerzos más enérgicos del NSDAP para instalar un puesto de avanzada en las agitadas costas de la política de la clase trabajadora, los partidos de la izquierda amargamente dividida se mantuvieron firmes y obtuvieron el 37 % de los votos. Los nazis habían hecho algunos progresos, ganándose el apoyo de los trabajadores no organizados que se mantenían al margen de la subcultura de la clase

obrera y la influencia de los sindicatos, pero era obvio para todos que los cambios dentro de la política de la clase trabajadora en gran medida tendían a limitarse a intercambios entre el SPD y el Partido Comunista Alemán (KPD), cuando los más desilusionados y radicales pasaban del partido socialdemócrata al comunista. Los nazis de ninguna manera se sintieron intimidados por sus modestos éxitos. Sus vigorosos esfuerzos para ganar adeptos dentro de la clase trabajadora fueron una fuente de creciente alarma tanto para los socialdemócratas como para los comunistas, pero, en el momento en que las energías de ambos partidos de izquierda deberían haberse dirigido con más fuerza a derrotar a los advenedizos nazis, fueron, en cambio, desperdiciadas en una amarga lucha interna.

Otro problema para los estrategas nazis fue la continua dificultad que experimentó el NSDAP en áreas predominantemente católicas, donde Zentrum mantenía su dominio y donde la Iglesia, con su extensa red de organizaciones sociales y culturales, ejercía una enorme influencia. En la Alemania católica, el día de las elecciones, los sacerdotes de las parroquias emitieron condenas al paganismo nazi y afirmaron que votar por el comunismo sin Dios o por el nacionalsocialismo pagano era incompatible con la fe cristiana. Poco después de las elecciones, el agente de prensa nazi en Hessen preguntó a los funcionarios de la Iglesia en Mainz si la posición oficial de la Iglesia correspondía a lo expresado por un sacerdote local desde el púlpito: «1) los católicos tenían prohibido ser miembros del partido de Hitler; 2) que mientras un católico permaneciese como miembro del NSDAP no se le permitiría participar en los funerales y otros ritos de la Iglesia, y 3) ese mismo miembro no podía recibir los sacramentos». La respuesta fue que sí. Hubo más declaraciones similares, provenientes de las provincias católicas de

todo el país, que confirmaban que, para el clero, el nacionalsocialismo era en esencia incompatible con las enseñanzas del cristianismo y de la Iglesia católica.[37]

La aparición del libro del «filósofo» nazi Alfred Rosenberg, *El mito del siglo XX*, un libro impenetrable que era tan rabiosamente antisemita como anticristiano, no ayudó demasiado a mejorar la imagen que la Iglesia católica tenía del partido. Rosenberg, cuyo fanatismo ideológico no estaba alimentado ni por la razón ni por el aprendizaje serio, atacaba las instituciones e ideales cristianos y proponía un retorno a las prácticas religiosas místicas de los antiguos pueblos germánicos, entre ellas, las celebraciones de los solsticios, las runas y los dioses nórdicos. Aunque Hitler nunca apoyó oficialmente tales ideas y se mantuvo alejado de las posiciones religiosas de Rosenberg, el daño ya estaba hecho. El partido, concluía Goebbels, tendría que hacer un esfuerzo concertado para disipar los temores de los cristianos, especialmente de la Iglesia católica, cuyo «internacionalismo» fue atacado de manera muy dura por Rosenberg. No sería una tarea fácil.[38]

Debido al resultado de las elecciones, la formación de una coalición parlamentaria viable era prácticamente imposible. Las devastadoras pérdidas sufridas por los partidos del centro y de la derecha frustraron las esperanzas de Brüning de revivir una coalición *Bürgerblock*, y el canciller no estaba demasiado interesado en tentar a los nazis —o a los socialdemócratas— para que tuvieran alguna forma de participación en el gobierno. Hugenberg también informó de inmediato al canciller que el DNVP no estaba interesado en integrar otro gabinete de Weimar. Brüning no estaba del todo disgustado con este giro de los acontecimientos. Después de

unos pocos esfuerzos por encontrar una mayoría parlamentaria factible, pudo convencer al presidente del Reich, Hindenburg, para que le permitiera continuar con el conveniente gobierno presidencial basado en decretos de emergencia. Temerosos de que el fracaso del gabinete Brüning y las nuevas elecciones solo dieran como resultado crecimientos aún más masivos tanto de la derecha como de la izquierda extremas, los socialdemócratas, que seguían siendo el partido más grande, estaban dispuestos a tolerar a regañadientes el gobierno de emergencia de Brüning.[39]

La democracia de Weimar, paralizada por los extremismos políticos y abandonada por los partidos de centro, comenzó un precipitado desplazamiento hacia un gobierno autoritario. Los nuevos diputados nazis del Reichstag no estaban interesados en discutir políticas, presentar proyectos de ley o aprobar una legislación que permitieran abordar los problemas del país. Estaban allí para envenenar el pozo. En la cámara, coreaban consignas nazis, gritaban a los portavoces del gobierno, silbaban y hostigaban a la más pequeña delegación comunista. Los comunistas respondían cantando *La Internacional* y lanzando insultos contra los nazis. Las sesiones en la cámara se volvieron imposibles. Cuando, en febrero de 1931, el Reichstag consideró aplicar una medida que haría más difícil que los extremistas interrumpieran los procedimientos, los delegados nazis y comunistas abandonaron la cámara en señal de protesta. No regresaron hasta octubre y dejaron así el Reichstag paralizado.

Entre 1920 y 1930, el Reichstag tuvo un promedio de cien reuniones al año. Entre las elecciones de 1930 y marzo de 1931 solo se reunió cincuenta veces, y entre marzo de 1931 y las elecciones de julio de 1932, solo veinticuatro. Después de eso, el Reichstag celebró solo tres sesiones de trabajo. Mientras el Reichstag prácticamente desaparecía de la aten-

ción pública, en 1931, Brüning emitió cuarenta y cuatro decretos de emergencia y, al año siguiente, tres gobiernos del Reich sucesivos promulgaron no menos de cincuenta y siete. Gobernar por decreto se había convertido en la norma. Casi tres años antes de que Hitler tomara las riendas del poder, Brüning se había embarcado en un camino que acabó con el gobierno parlamentario en Alemania.[40]

Mientras los nazis y los comunistas se insultaban en la cámara, las SA y las formaciones paramilitares de izquierda chocaban en batallas campales en las calles. Todos los días, en casi todas las ciudades y pueblos de Alemania, los nazis se enfrentaban con el Frente Rojo Comunista y el Reichsbanner socialdemócrata. Aunque la violencia fue más intensa e implacable en las ciudades, ningún lugar o pueblo quedó fuera de la línea de fuego. El terrorismo político que había lacerado el país en los primeros años de la república había disminuido durante los Dorados Años Veinte, pero en 1929-1930 estalló con un salvajismo sin precedentes que amenazaba con sumir a la nación en el caos y en la guerra civil. Las formaciones de las SA armadas marchaban desafiantes por los barrios de la clase trabajadora para mostrar la esvástica como forma de provocación. Y tuvieron éxito. Avanzando en filas de cuatro en fondo, entraban en los patios de los enormes complejos de viviendas haciendo resonar sus botas en los adoquines. Cantaban canciones nazis y gritaban consignas alternando preguntas y respuestas.

«Wer hat euch verratten?» (¿Quién te ha traicionado?), gritaba el jefe de las SA. «Die Sozialdemokraten» (Los socialdemócratas) era la vigorosa respuesta de la tropa. «Wer macht euch frei?» (¿Quién te hará libre?»), preguntaba. «Die Hitlerpartei» (el partido de Hitler). Las llamadas telefónicas y los mensajeros iban a los bares que funcionaban como puestos de mando barriales del KPD, y en cuestión de

minutos, hombres armados del Frente Rojo corrían al lugar. Aparecían puños de acero, cachiporras, cuchillos, pistolas y palos; la sangre corría. Al espectáculo se añadían macetas, ceniceros, montones de carbón y vidrios rotos que llovían desde las ventanas de las viviendas y, tal como estaba previsto, las bajas aumentaban. La policía, superada en número, llegaba más tarde, hacía arrestos, enviaba a los heridos a los hospitales y presentaba los correspondientes informes. En casi todos los casos, las autoridades tendían a considerar que los comunistas eran la fuente del problema, y la prensa conservadora recogía con entusiasmo la historia y la interpretación oficial.[41]

A medida que aumentaba la violencia, surgió una cultura del martirio político a ambos lados de la grieta ideológica: los hombres derribados en heroica batalla contra el enemigo partidario recibían funerales muy elaborados, a los que asistían los dignatarios del partido custodiados por tropas paramilitares y que tenían una amplia cobertura en la prensa del partido. El *Völkischer Beobachter*, el *Die Rote Fahne* («Bandera roja») y el *Vorwärts* («Adelante») publicaban fotografías y comentarios puntuados por una retórica que combinaba la conmemoración encomiástica con amenazantes llamamientos a la venganza. En el caso de los nazis, el modelo de esta celebración ritual del martirio por el partido fue creado por Goebbels en el invierno de 1930, cuando un hombre de las SA de 21 años, Horst Wessel, fue asesinado a tiros en su departamento en Berlín por un comunista. Goebbels lanzó una andanada de invectivas contra el KPD y sus «matones contratados» que estaban asesinando a los nacionalsocialistas de todo el país. Los comunistas negaron que el asesinato de Wessel hubiera sido por motivos políticos o que el partido lo hubiese ordenado, y dijeron que había sido resultado de una sórdida disputa privada. Wessel, sostenían, era un

proxeneta que vivía con su prostituta y se había negado a pagar el alquiler a la viuda de un comunista caído. Wessel era bien conocido en los círculos nazis de la ciudad (y más allá de ellos) tanto por su intrépido ataque a los comunistas en Friedrichshain, el barrio obrero de la capital en el que vivía, como por las muchas canciones políticas que había escrito. Una en particular, «Die Fahne Hoch!» («¡Levantad la bandera!»), era una de las favoritas de Goebbels y se cantaba en las reuniones del partido en todo el país.

A pesar de las oscuras circunstancias que rodearon el asesinato, Goebbels vio el potencial propagandístico de esa muerte. En *Der Angriff* transformó al joven de las SA en un mártir nacionalsocialista, un héroe caído en la épica lucha entre el NSDAP y las fuerzas depredadoras de la izquierda. Goebbels orquestó una elaborada demostración de fuerza nazi para el funeral de Wessel. Un largo cortejo fúnebre seguido por columnas de tropas de asalto atravesaron solemnemente la ciudad abucheados por los espectadores comunistas que estaban entre la enorme multitud. En un momento dado, los comunistas intentaron atravesar el cordón policial y volcar el carruaje que transportaba el cuerpo y se desataron los disturbios. A las puertas del cementerio, la procesión fúnebre experimentó otra afrenta: un epitafio descarado, rojo sangre, garabateado en las paredes durante la noche por los comunistas: «Un "Heil Hitler" final para el proxeneta Horst Wessel». Unos treinta mil berlineses asistieron al funeral. Junto a la tumba, Goebbels, hablando por encima de los gritos y cánticos de los comunistas que estaban al otro lado de las puertas de entrada, pronunció una larga homilía, un homenaje inspirador a Wessel, el hombre común de las SA que ahora ascendía al Valhalla de los héroes nazis. [42]

Todos los años, los nazis organizaban servicios conmemorativos decorados con guirnaldas drapeadas para el aniversario de la muerte de Wessel. Asistían las principales figuras del partido, la prensa del partido elogiaba al héroe caído y los fotógrafos del partido tomaban fotos de las luctuosas ceremonias. Era un evento sagrado en el atestado calendario nazi de espectáculos, y «Die Fahne Hoch», conocida popularmente como «la canción de Horst Wessel», adquirió el estatuto de himno partidario: fue tocada en cada celebración nacionalsocialista hasta los últimos días del Tercer Reich. Luego siguieron otros funerales, ya que los brutales enfrentamientos entre los nazis y la izquierda se hicieron más frecuentes en 1931-1932, y esos desfiles de martirio político, desde el punto de vista de Goebbels, eran la propaganda perfecta para el partido.[43]

Frustrado por la violencia desenfrenada desatada por los nazis y los comunistas, en marzo de 1931, Brüning promulgó un decreto de emergencia que ordenaba que todas las reuniones políticas fueran previamente registradas en la policía y sometió a todos los carteles y folletos políticos a la censura policial. También daba al gobierno del Reich amplios poderes para combatir los «excesos políticos». Temeroso de que el canciller invocara sus nuevos poderes de emergencia para prohibir el partido, Hitler emitió una orden a las SA para terminar con las peleas callejeras y evitar la violencia en un futuro inmediato, una orden que no les cayó demasiado bien a los soldados de asalto. Hitler aprovechaba cada oportunidad para destacar su compromiso de tomar el poder por medios constitucionales. No habría un *Putsch* nazi.[44] Para subrayar esta posición en marzo, se ofreció como testigo voluntario de la defensa en un juicio muy publicitado de tres oficiales de bajo rango del Reichswehr que fueron acusados de formar una célula nazi ile-

gal en la guarnición del ejército en Ulm. Como había hecho en su juicio de 1923, explotó la oportunidad de hacer una dramática manifestación política. Declaró solemnemente que el NSDAP estaba comprometido con una política de legalidad, que no tenía necesidad de pensar en la revolución, ya que el partido obtendría la mayoría en las próximas dos o tres elecciones y luego, después de haber sido puesto en el poder por la vía legal, procedería a transformar el Estado. Cuando el escéptico juez lo presionó y le preguntó qué pasaría con los que se habían opuesto a él, en un primer momento Hitler vaciló, pero, finalmente, respondió: «Cuando el movimiento nacionalsocialista resulte victorioso en su lucha, habrá un tribunal de justicia nacionalsocialista; noviembre de 1918 será vengado y rodarán cabezas».[45]

A pesar de las garantías de Hitler acerca del compromiso del partido de mantenerse en el sendero de la legalidad, resultó difícil controlar a las inquietas SA. En la primavera de 1931, las tensiones se convirtieron en un conflicto abierto cuando Walter Stennes, el descontento líder de las SA en Berlín que había sido una fuente de problemas en el mes de agosto anterior, intentó encabezar una revuelta de las SA del este contra Hitler y la dirección del partido. Harto de la «timidez» y abierta «cobardía» de Hitler, escribió una carta de queja al cuartel general de las SA en Múnich, en la que condenaba las órdenes de Hitler de no realizar batallas callejeras y advertía intencionadamente que ningún líder podía quedar impune a largo plazo si actúa «contra los sentimientos del mejor elemento del pueblo, en este caso, contra los sentimientos de las SA».[46] Hitler vio esto como un desafío directo a su liderazgo y de inmediato convocó una reunión de jefes nazis en Weimar, que expulsó a Stennes del partido.

Stennes respondió declarando su retirada del NSDAP y su «toma del movimiento» en Berlín y las provincias orientales. Se apoderó del cuartel general del partido en Berlín y de las oficinas de *Der Angriff* y el 2 de abril publicó una edición en la que lanzaba un ataque directo contra Hitler y su «despotismo partidista no alemán e ilimitado y su demagogia irresponsable». En los días siguientes, el ataque se endureció y recibió el apoyo de los frustrados hombres de las SA de Silesia, Schleswig-Holstein y Pomerania. Los líderes del partido condenaron la traición de Stennes y su retórica como «socialistas» y «revolucionarias», pero estaba claro que expresaba la opinión, muy difundida en los círculos de las SA, de que los soldados de asalto no eran los sirvientes de los jefes del partido en Múnich ni de sus funcionarios locales.[47]

En opinión de Goebbels, las acciones de Stennes representaban «la crisis más grave que tuvo que atravesar el partido»,[48] y Hitler respondió sin dilación a la amenaza. Publicó un emotivo llamamiento a las SA en el *Völkischer Beobachter* en el que pedía a los soldados de asalto que escogieran entre Stennes, «el sargento de policía retirado», y «el fundador del Movimiento Nacionalsocialista y el Líder Supremo de las SA, Adolf Hitler».[49] No podía haber separación entre la «idea» nacionalsocialista y la «persona» del *Führer*, insistió Hitler. En cuestión de días, la rebelión comenzó a desmoronarse. Aunque muchos hombres de las SA compartían el desacuerdo de Stennes con la política de legalidad, pocos estaban dispuestos a secundar su ruptura abierta con Hitler. La efímera rebelión terminó en una purga de unos quinientos soldados de asalto y en un esfuerzo renovado por parte de los líderes políticos para poner a las SA bajo un control más estricto. Pero las tensiones que habían sali-

do a la superficie en este segundo episodio de Stennes siguieron fermentando.[50]

Aunque Hitler había asumido el liderazgo de las SA durante la primera revuelta de Stennes el agosto anterior, ese movimiento fue poco más que un gesto dramático, un llamamiento personal a la lealtad y la obediencia hacia su liderazgo. No estaba interesado en manejar una organización creciente y bulliciosa como las SA, ni era capaz de hacerlo, y en su intento de establecer una disciplina entre las tropas de asalto recurrió a su antiguo camarada, Ernst Röhm. Röhm había estado sirviendo como asesor militar del gobierno boliviano desde 1925, cuando Hitler lo volvió a convocar en diciembre de 1930. Asumió el cargo de jefe de Estado Mayor de las SA en enero de 1931 y comenzó su trabajo de inmediato. Al principio, su convocatoria fue recibida con gruñidos por algunos jefes de las SA y por Gregor Strasser. La homosexualidad de Röhm era bien conocida y había dado lugar a considerables chismes, tanto dentro como fuera del NSDAP. Las objeciones se hicieron tan insistentes que, en febrero, Hitler se sintió obligado a defender su nombramiento. «Los máximos dirigentes de las SA han presentado una serie de acusaciones contra el jefe de las SA», escribió, «entre ellas, sobre todo, ataques a su vida privada». Estos eran asuntos que correspondían no al rol de liderazgo de Röhm en el partido, sino «completamente al ámbito privado». Las SA, les recordó a los detractores de Röhm, no eran «un establecimiento moral para la educación de doncellas, sino una banda de duros luchadores».[51]

Röhm recompensó la confianza de Hitler con una lealtad, una energía y un talento para la organización que llevaron a las SA a un período de crecimiento impresionante. Röhm no apoyaba a Stennes, aunque compartía la orientación social revolucionaria de las tropas y, al igual que él, concebía las

SA principalmente como una fuerza autónoma de combate independiente del liderazgo político. También se veía a sí mismo sobre todo como militar; las SA que él imaginaba era una formación militar disciplinada, el núcleo vital de un ejército popular que trabajaría con la Reichswehr, al menos por el momento. Al parecer, también le gustaba creer que las SA eran un instrumento de liderazgo político y presuponía que, a medida que aumentara el número de miembros, también lo haría su influencia. Instituyó reformas organizativas de gran alcance, estableció comedores populares y cuarteles para hombres de las SA sin empleo y logró la incorporación de miles de nuevos reclutas. Bajo su mando, las SA crecieron enormemente durante 1931. En enero, contaban con ochenta y ocho mil hombres; para abril, con ciento diecinueve mil, y a fin de año, con doscientos sesenta mil.[52]

La economía, mientras tanto, continuaba en su caída libre hacia el abismo. Entre 1929 y 1932, la producción industrial cayó casi un 50 %; el derrumbe más estrepitoso se produjo en 1931. Más o menos en el mismo período, los ahorros individuales disminuyeron, las quiebras aumentaron de forma desmedida y el desempleo creció de modo constante. Para el invierno de 1929-1930, tres millones de alemanes estaban sin trabajo. El año siguiente, esa cifra casi se duplicó, y llegó a seis millones a principios de 1932. Por sombrías que estas estadísticas oficiales parezcan, eran, en realidad, conservadoras. En 1932, tal vez hasta un millón de hombres y mujeres desempleados habían agotado su posibilidad de acceder a un trabajo o a las prestaciones de desempleo y, en su desesperación, ya no se molestaban en registrarse en las agencias de búsqueda de empleo. En medio de la penumbra económica reinante, una severa crisis bancaria azotó los merca-

dos financieros. En el verano de 1931, varios bancos importantes —entre ellos, los poderosos Darmstädter y Dresdner, instituciones financieras consideradas demasiado grandes como para hundirse— se tambalearon al borde del colapso. El gobierno tuvo que interceder para rescatarlos y evitar escenas de pánico financiero como las que se estaban produciendo en los Estados Unidos, pero la palpable crisis de confianza en el asediado «sistema» de Weimar solo se hizo más profunda. A medida que aumentaba el desempleo, el gasto público en prestaciones por desempleo y otras ayudas relacionadas comenzó a aumentar de manera inexorable, mientras que los ingresos fiscales continuaron reduciéndose.

Temeroso de que los crecientes déficits del gobierno condujeran a una nueva inflación, Brüning introdujo una serie de medidas de austeridad estrictas que, según él, eran las condiciones previas para la recuperación. El canciller también esperaba obtener un gran éxito en materia de política exterior al formar una unión aduanera con Austria —una iniciativa bloqueada por Francia— y así convencer a los aliados para que redujeran o, incluso, eliminaran las obligaciones de reparación de Alemania. Pensaba que un presupuesto equilibrado era una precondición necesaria para demostrar el compromiso del país con la responsabilidad fiscal. Aunque se daba cuenta de que recibiría ataques políticos por estos cambios, de todos modos introdujo un paquete de medidas deflacionarias severas que redujeron sistemáticamente los salarios, los precios, los alquileres, las pensiones y los servicios sociales, mientras se recaudaban algunos impuestos ya existentes y se introducían otros para cubrir los gastos del gobierno. La nación tenía que beber esta amarga medicina, argumentó, y todos los partidos lo sabían, pero ninguno estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de administrársela al paciente.[53]

Brüning procedió a promulgar su sombrío programa mediante un decreto de emergencia, lo que provocó aullidos de indignación en todo el espectro político. Así, redujo drásticamente los sueldos y salarios en el sector público, lo que supuso una reducción del 20 % del pago a funcionarios y empleados públicos. Hizo recortes dolorosos en las pensiones y otras prestaciones de jubilación; redujo la ayuda pública para veteranos e inválidos, y los subsidios para niños y vivienda social. Incentivó a los gobiernos de los estados a promulgar medidas de austeridad similares al reducirles de manera severa el nivel de financiación nacional. Los recortes resultantes fueron particularmente duros en el campo de la educación, lo que provocó numerosos despidos de maestros de escuela y personal universitario. Para recortar aún más el déficit nacional, introdujo un impuesto de emergencia a la renta para los trabajadores autónomos y los empleados de oficina del sector privado, un golpe que se sintió con fuerza en las pequeñas empresas. Incluso la moratoria del presidente Herbert Hoover sobre las deudas de guerra y los pagos de reparaciones en el verano de 1931 —que solo un año antes habría sido vista como un claro triunfo diplomático y económico para las políticas de Brüning— apenas produjo una ligera onda de apoyo hacia su gobierno. En síntesis, fue demasiado poco y demasiado tarde.[54]

Para agravar sus problemas, Brüning era incapaz de convencer al parlamento y a la gente de las bondades de su programa. De apariencia rígida, severo y distante en el trato personal, parecía la auténtica encarnación del adusto e intimidante maestro de escuela alemán. Mientras Hitler tronaba e inspiraba, Brüning sermoneaba. Si bien había sido un competente jefe de bancada del Zentrum en el Reichstag que lideraba sin problemas a sus colegas parlamentarios, nunca se sintió cómodo tratando con la gente. No era capaz

de movilizar a la audiencia con sus discursos ni de mezclarse con multitudes; tampoco le gustaba estrechar manos ni acariciar cabezas de niños. Día a día, el contraste entre este hombre distante, seco y formal, y el enérgico líder nazi populista se hacía cada vez más evidente. Ya sea hablando en la radio o en apariciones públicas, parecía distante y desconectado del sufrimiento de la gente común. Liberado del Reichstag y dependiendo solo del presidente del Reich, no se preocupó de convencer a una nación desesperada de la necesidad del curso que había elegido. Tenía razón, y lo sabía, y con el tiempo, el público ingrato también lo reconocería. A medida que avanzaba el año, el austero Brüning se convirtió en el hombre más vilipendiado de la política alemana, «el canciller del hambre», y se vio obligado a moverse por el país en un vagón de tren con las cortinas bajas para ocultarse de la gente. Si las multitudes lo veían, podían arrojarle piedras.[55] Y, lo que era peor, sus medidas deflacionarias y profundamente impopulares no lograron detener y ni siquiera frenar el hundimiento inexorable de la economía. Sin embargo, lo que sí hicieron fue encender las pasiones políticas y proporcionar un blanco atractivo para la protesta antirrepublicana.

El NSDAP encabezó el asalto. Aunque la ahora imponente delegación del partido en el Reichstag dirigida por Hermann Göring podía explotar los procedimientos parlamentarios como un foro para la propaganda nazi, y de hecho lo hizo, las energías políticas del NSDAP continuaron enfocándose en las calles. Entre las elecciones del Reichstag de 1930 y 1932, los nazis no se relajaron ni bajaron el ritmo de su agitación. Por el contrario, el partido continuó centrándose en su aparato de propaganda y siguiendo su política de campaña perpetua. Esta estrategia había evolucionado de manera gradual desde la adopción de las campañas de «ac-

ción de propaganda» de Himmler en 1928-1929 y, con el fuerte aumento del número de afilados, era posible mantener el movimiento de masas en un punto álgido. Entre 1928 y septiembre de 1930, la cantidad de afiliados casi se triplicó y saltó de 108 717 a 293 000. Luego, después de la campaña de 1930, las solicitudes de afiliación subieron una vez más. Entre septiembre y fin de año, se registraron casi cien mil nuevos nombres en las listas del partido. Incluso sin la ayuda de una campaña nacional, en 1931, el NSDAP volvió a duplicar ese número. Cada uno de los miembros pagaba regularmente las cuotas, lo que permitía llenar cada vez más los cofres de guerra de los nazis y financiar en gran parte las campañas de propaganda. A finales de 1932, un año dominado por una gran cantidad de elecciones nacionales y regionales, el NSDAP contaba con casi un millón y medio de afiliados.[56]

La creciente cantidad de afiliados hizo que el trabajo en la modesta sede del partido en la Schellingstrasse fuera cada vez más difícil. En 1930, el partido, lleno de fondos provenientes de las cuotas y gracias a una importante contribución del industrial Fritz Thyssen, adquirió un ornamentado palacio en la Brienner Strasse, cerca de la famosa Königsplatz. Pronto se la conoció como «la Casa Marrón» y sirvió de cuartel general del partido hasta enero de 1945, cuando fue seriamente dañada por las bombas aliadas. El edificio fue ampliamente remodelado con gran estilo por el arquitecto favorito de Hitler, Paul Ludwig Troost, y estuvo listo para ser ocupado a principios de 1931. Grabado encima de su portal de entrada estaba el eslogan del partido: «¡Alemania, despierta!». Además de las oficinas para los líderes del partido y el personal, había también un «salón de banderas» en cuyo centro se exhibía la bandera de sangre del *Putsch* de 1923. En 1931, el NSDAP ya no era una empresa

arriesgada y marginal, sino una institución política establecida capaz de organizar concentraciones masivas y desfiles elaborados de las SA uniformadas en todos los rincones del país. Estas actividades tenían el objetivo de crear una imagen pública dinámica e itinerante del partido, y cerrar las brechas entre las elecciones nacionales y las regionales. Mientras que los otros partidos, en especial los burgueses de centro y de la derecha, tendían a entrar en «hibernación» entre una elección y otra, los nazis permanecían en un estado de movilización perpetua. Como señalaba una circular a los funcionarios nazis de Renania en mayo de 1931, todos los otros partidos estarían «entrando en su profundo sueño estival y las legislaturas cerrarían sus puertas —[ellos piensan] que hace demasiado calor para la política— [pero] para nosotros, los nacionalsocialistas, no hay pausa. [...] No tenemos tiempo para descansar. Ahora es el momento de intensificar nuestro trabajo de propaganda».[57]

Cuando no había elecciones en el horizonte, los nazis recurrían a trucos publicitarios. El 4 de diciembre de 1930, se estrenó en Berlín la versión cinematográfica de la novela antibélica *Sin novedad en el frente*, de Erich María Remarque. Las autoridades socialdemócratas autorizaron su proyección y, días antes del estreno, Goebbels y la prensa nazi protestaron contra esta «afrenta al honor alemán». La noche del estreno en el palaciego Mozart-Saal, en la Nollendorfplatz, ciento cincuenta soldados de asalto hicieron del teatro un verdadero manicomio. Destrozaron el lugar, arrojaron bombas fétidas desde los pisos altos, liberaron a cientos de ratones en la platea y, al grito de «Juden raus!» (¡judíos afuera!), maltrataban a cualquiera que ellos pensaran que era judío. Después del espectacular sabotaje al estreno, los nazis montaron una serie de manifestaciones masivas contra la película marcadas por violentos enfrentamientos

con la policía. En cuestión de días, el Consejo Cinematográfico del país, respondiendo a la protesta pública alentada por los nazis, se contradijo y anuló la aprobación del filme. La película fue sacada de cartel y los nazis se jactaron de haber logrado un gran triunfo. «Una vez más, somos el centro de atención del interés público. La república se retuerce furiosa por la victoria que logramos con respecto a esta película.» No podría haber sido más grandioso, se regodeó Goebbels.[58]

La campaña nazi contra *Sin novedad en el frente* fue solo una manifestación de un amplio ataque contra lo que consideraban la decadencia cosmopolita y no alemana de la Alemania de posguerra. Después de la Gran Guerra y del tumulto social y político de la hiperinflación, la nación, se lamentaban los críticos sociales más severos, se había sumido en un pantano de miseria hedonista. Algunos culpaban a la guerra, otros a los problemas económicos y, también había quienes criticaban el sufragio femenino, pero todos estaban de acuerdo en que el desprecio frenético por los valores tradicionales de la familia, la fe y la fidelidad en pos de la búsqueda de placer había llevado al país a un estado de «colapso moral». Los periódicos de la prensa sensacionalista estaban llenos de historias morbosas de crimen y sexo, y eran, por supuesto, tremendamente populares. La espantosa evidencia de la decadencia moral del país estaba en todas partes: el sexo, el *jazz*, las jóvenes *flappers*[59], la homosexualidad, la llamada «nueva mujer» y una orgía de salvajes bailes desinhibidos desafiaban los valores tradicionales y eran importaciones extranjeras, sobre todo estadounidenses.

Los nazis lanzaron ataques contra todas estas manifestaciones de la cultura popular de la posguerra, pretendiendo ser los defensores incondicionales de los valores «alemanes» tradicionales. Rechazaban el cine de posguerra por su

sexualidad sórdida y condenaban el nuevo arte, representado por Kandinsky, Klee, Beckmann y otros pintores expresionistas. Todos ya existían antes de la guerra, pero se convirtieron en piezas centrales de lo que dio en llamarse «la cultura de Weimar». La nueva música dodecafónica que llegaba desde Viena, la arquitectura futurista, el mobiliario de la Bauhaus y el escepticismo seductor de las obras de Bertolt Brecht, todo parecía urbano, extranjero, alejado de la imagen de una Alemania pastoral idílica que, como la mayoría de los objetos que se anhelan con nostalgia, precisamente no existía.[60]

Los críticos de la cultura y muchos alemanes comunes compartían estas ideas, pero los nazis las ubicaron en un contexto ideológico. Las novedades degeneradas que estaban corroyendo la vida cultural alemana de arriba abajo eran creaciones de los judíos y equivalían nada menos que al «bolchevismo cultural». Los actores, directores, músicos, novelistas, escritores, editores y arquitectos que ahora dominaban la escena cultural alemana o eran «judíos o nadaban inmersos en la corriente judía».[61] Es más, toda la cultura alemana se había «vuelto judía» (*verjudet*). «En todos lados parecemos judíos [...]. Ellos saturan el cuerpo de nuestro pueblo y le imprimen su mentalidad», una mentalidad cuya esencia es «el dinero y el erotismo». No arraigada en ninguna cultura nacional originaria, «no reconocen valores tradicionales. Deseosos siempre de lo nuevo, anhelan lo sensacional». Era tarea del nacionalsocialismo «advertir una vez más a las personas y salvarlas del abismo».

Para dar espacio a estos puntos de vista, los nazis ya contaban con una prensa de partido muy expandida. Antes del gran avance electoral de septiembre de 1930, el NSDAP controlaba cuarenta y nueve periódicos, de los cuales solo seis eran diarios. Para 1932, el número se había ampliado a cien-

to veintisiete, con una circulación superior al millón. El *Völkischer Beobachter*, publicado diariamente tanto en Múnich como en Berlín, aumentó su circulación de veintiséis mil ejemplares en 1929 a más de cien mil en 1931, y el *Der Angriff* de Goebbels, con sede en Berlín, se convirtió en diario por primera vez en noviembre de 1930. Todo eso proporcionaba unos muy necesarios ingresos al tesoro del partido en Múnich.

Usando su creciente número de afiliados y su aparato de propaganda cada vez más sofisticado, los nazis encararon agresivamente una serie de elecciones regionales en 1931 y obtuvieron triunfos significativos en Oldenburgo, Hamburgo, Hessen y Anhalt, mientras que los partidos burgueses tradicionales retrocedían tambaleantes. Entre estas elecciones, Hitler llevó al partido a otra campaña de referéndum, esta vez en una extraña coalición de fuerzas antidemocráticas que iba desde el DNVP hasta el comunismo. Se trató de un intento de derrocar la legislatura del estado prusiano, elegida democráticamente, que estaba controlada por los partidos de la coalición de Weimar: el SPD, el Zentrum y el DDP. Era la base de poder más importante de los socialdemócratas en Alemania, y el referéndum apuntaba a socavar ese bastión de las fuerzas prodemocráticas. La campaña se extendió por todo el estado más grande de Alemania desde abril hasta agosto, cuando el pueblo prusiano fue por fin a las urnas. El referéndum fracasó —recibió solo el 36 % de los votos—, pero, tal como ocurrió con la campaña contra Young, le ofreció al NSDAP otra oportunidad de hacerse visible a nivel nacional.[62]

El referéndum prusiano apenas había terminado cuando a los nazis se les dio otro impulso importante con el resurgimiento de la alianza anti-Young. Organizada por Hugenberg, tenía la intención de movilizar a la «oposición nacio-

nal» bajo el liderazgo de la DNVP. Hugenberg, que estaba decidido a proyectarse como líder de la derecha antisistema, invitó a los nazis a unirse a la Stahlhelm («casco de acero»), la mayor organización de veteranos del país, la Liga Pangermana y otras organizaciones de derechas en una manifestación masiva de unidad antirrepublicana en la ciudad turística de Bad Harzburg en octubre. Hitler hizo un doble juego durante la reunión. Por un lado, lanzó a su partido a la «oposición nacional» y lo más destacado del evento fue la poderosa demostración de fuerza por parte de las tropas de asalto. Por otro lado, hizo hincapié en mantener las distancias con Hugenberg y los líderes de Stahlhelm, Franz Seldte y Theodor Duesterberg. No se unió a ellos para la cena oficial y se negó a que los fotografiaran juntos, acciones que provocaron un profundo resentimiento de sus «aliados». En ese evento sumamente publicitado, y en los meses siguientes, quedó claro que Hitler, no Hugenberg, era la figura dominante en la alianza antidemocrática.

Esa posición preeminente se puso de relieve apenas unas pocas semanas después de Bad Harzburg, cuando, en una exhibición sin igual del poder del movimiento, Hitler pasó revista en un desfile de más de cien mil tropas de asalto en Braunschweig. Fue la reunión más grande de las SA hasta el momento y requirió más de dos horas para que las filas de camisas pardas pasaran para ser saludadas por el líder. La laxa cooperación entre los nazis y sus aliados reaccionarios de Harzburg solo duró hasta las elecciones presidenciales de la primavera siguiente y terminó con bastante encono. Pero el Frente de Harzburg había sido un éxito para Hitler: le había proporcionado una gran visibilidad en todo el país y marcó otra etapa en la legitimación del nacionalsocialismo en los círculos conservadores tradicionales.[63]

A pesar de los repetidos esfuerzos de Hitler por tranquilizar al gobierno, a la policía y al público conservador diciendo que el NSDAP estaba comprometido con una política de legalidad, la amenaza de un *Putsch* de las SA no desaparecía. En noviembre de 1931, las autoridades estatales de Hessen obtuvieron una serie de documentos que mostraban los planes para un golpe nazi en caso de que hubiera un levantamiento comunista. Los documentos eran producto de las discusiones de un pequeño grupo de nazis en el Boxheimer Hof, una granja en la zona rural de Hessen, y se conocieron como los «Boxheimer Dokumente» («los documentos de Boxheim»). Ofrecían un catálogo espeluznante de prácticamente todas las ideas extremistas atribuidas a los nazis. De acuerdo con esos documentos, los grupos armados nazis, incluidas las SA, declararían el estado de emergencia, reunirían a todos los opositores políticos y los enviarían a campos de concentración que se construirían para albergarlos. La «resistencia», sobre todo por parte de funcionarios del gobierno, según el documento, «será castigada con la muerte». Cualquier persona que no entregara sus armas dentro de las veinticuatro horas o que participara en huelgas o en intentos de sabotaje recibiría un disparo. Entre otras medidas, proclamaban la abolición del derecho a la propiedad privada, de la obligación de pagar deudas, de los intereses sobre el ahorro y de los ingresos privados. Las SA también estaban facultadas para administrar la propiedad del Estado y, de hecho, toda propiedad privada.[64]

La publicación de los documentos generó un fuerte impacto. La prensa liberal e izquierdista estalló. *Vorwärts* los describió como «los planes de sangre de Hessen»[65] y declaró que, para los nazis, gobernar significaba matar a otros. Hitler negó con vehemencia todo conocimiento de tales planes, una negación que, en este caso, parece haber sido cier-

ta. Los documentos de Boxheim, insistió, de ninguna manera reflejaban la política nazi y no eran más que las conjeturas extraoficiales y privadas de un pequeño grupo. ¿Por qué, después de todo, el NSDAP consideraría tal proyecto? De cara a las elecciones presidenciales de la primavera, explicó en una entrevista en un periódico, «un partido que puede contar con quince millones de votos no necesita dar un paso ilegal».[66]

Al final, el tribunal estuvo de acuerdo con Hitler y retiró las acusaciones, pero el caso Boxheim fue embarazoso para Hitler, sobre todo en un momento en que el partido no solo intentaba calmar las suspicacias de las autoridades gubernamentales, sino que además cortejaba abiertamente a la comunidad empresarial. El espectro de una revolución violenta nazi, combinado con la ardiente retórica cuasi socialista que emanaba de algunos elementos del partido, había sido durante mucho tiempo una fuente de profunda preocupación para los círculos empresariales. Con la creciente influencia política del NSDAP, los líderes empresariales, que se habían mostrado escépticos con respecto a los nazis y sus puntos de vista imprecisos, inconsistentes y en apariencia radicales en lo que se refería a la economía, consideraron prudente echar una nueva mirada sobre Hitler. La rígida postura antimarxista y antisindical del NSDAP había encontrado durante mucho tiempo una audiencia receptiva en los círculos empresariales, pero la fuerte retórica anticapitalista del partido y las exigencias «socialistas» del programa de los Veinticinco Puntos (que incluía cuestiones como romper con la esclavitud de los intereses, o la nacionalización de todas las corporaciones y monopolios) les resultaban sumamente inquietantes. Los líderes de las grandes empresas alemanas, en particular los de las poderosas industrias del carbón, hierro y acero, no eran precisamente admiradores

de la República de Weimar y estaban convencidos de que la ampliación del Estado de bienestar de Weimar y su protección de los derechos del trabajo organizado habían sido factores primordiales en el hundimiento económico de Alemania. Pero ¿cómo interpretar los pronunciamientos económicos no sistemáticos y, a veces, abiertamente contradictorios de los nacionalsocialistas? Algunos industriales habían hecho contribuciones ocasionales a nazis individuales. A Strasser, Göring y a otros hombres a los que consideraban más razonables y moderados, al menos en asuntos económicos, que a agitadores como Goebbels y Streicher. Dónde se ubicaba Hitler en este punto seguía siendo un misterio.[67]

En 1931 se multiplicaron los contactos entre los nazis y las grandes empresas. Los líderes nazis fueron invitados a hablar ante públicos compuestos por empresarios en Berlín y en el Ruhr, y los nazis les correspondieron pidiendo a importantes líderes empresariales que asistieran a foros nazis en los que trataban asuntos económicos. A mediados de octubre, Walther Funk, el principal asesor económico de Hitler, habló en el exclusivo Club de Caballeros (Herrenklub) de Berlín. Unas semanas después, Gottfried Feder, uno de los asesores económicos de Hitler, se dirigió a un público invitado de representantes de la industria del carbón en Essen; en noviembre, Feder y Otto Wagener, jefe de la Sección de Política Económica del partido, hicieron una presentación en Düsseldorf, en el marco de una conferencia nazi especial dedicada a la política económica, ante una audiencia de ochocientas personas entre las que se contaban muchos empresarios; en diciembre, Gregor Strasser dio un discurso después de la cena para unos treinta ejecutivos del carbón en Essen. Con esta catarata de actividades, los nazis trataron de disipar los temores en la comunidad empresarial sobre sus presuntas intenciones socialistas radicales, mien-

tras que los prudentes dirigentes empresariales esperaban acercamientos con los elementos más moderados del partido o, al menos, ganar amigos en un movimiento que se había convertido en protagonista de la política alemana.

Lo más destacado de estos esfuerzos se concretó en dos apariciones de Hitler ante un público compuesto por figuras prominentes de la industria y las finanzas alemanas. En diciembre, fue invitado a hablar en el conservador Club Nacional de Hamburgo, y en enero, Fritz Thyssen, el poderoso magnate del acero, hizo varias gestiones para que hablara en el influyente Club Industrial de Düsseldorf. Los temas de su discurso en Hamburgo se repitieron en Düsseldorf, pero su discurso allí, en el corazón del Ruhr industrial, generó mucho más interés y cobertura periodística. Más de seiscientos de los ochocientos miembros del club se apiñaron en el gran salón de baile para escuchar las opiniones de Hitler sobre el futuro económico de Alemania. En lugar del uniforme marrón del partido y el brazalete con la esvástica, Hitler apareció en el elegante Park Hotel con un respetable traje azul que le daba un aire de correcto y sobrio hombre de negocios.

Fue recibido con gran frialdad. Muchos en la sala sentían intriga por verlo, pero aquellos que esperaban aprender algo específico sobre la política económica nazi quedaron muy decepcionados.

Hitler pronunció un poco consistente discurso de dos horas y media, pensado para convencer a los líderes empresariales de que el partido no albergaba tendencias anticapitalistas radicales, para insistir en su determinación de mantenerse como un baluarte contra el marxismo y para demostrar que el NSDAP era un partido en el que se podía confiar y que proporcionaría al Estado un liderazgo responsable.[68] Habló extensamente sobre el creciente peligro del comunis-

mo, una amenaza que no podría ser contrarrestada por un gobierno democrático anémico e ineficaz. Debía ser enfrentado sin piedad día y noche en todos los rincones del país y solo el NSDAP tenía el coraje, el poder y la voluntad para llevar a cabo esta misión crucial. Los decretos de emergencia y sus paliativos económicos no iban a salvar a Alemania. Eso solo se lograría con el ejercicio enérgico del poder político. La política, no la economía, revitalizaría la nación. «No fueron las empresas alemanas las que conquistaron el mundo y promovieron el desarrollo del poder alemán, sino que un Estado poderoso [*Machtstaat*] fue el que creó para el mundo empresarial las condiciones generales para su posterior prosperidad.» No podría haber vida económica «a menos que detrás de esta vida económica se encuentre la decidida voluntad política de una nación absolutamente dispuesta a atacar y a atacar con fuerza [...]. Lo esencial es la formación de la voluntad política de la nación: ese es el punto de partida de la acción política». A menos que Alemania lograra superar sus divisiones internas, ninguna medida del Reichstag, ningún triunfo efímero de la política exterior podría detener el declive de la nación, y solo el NSDAP, que está por encima de las clases, por encima de la política de pequeños intereses e impulsado por una voluntad política imparable, podía traer esa unidad.

Continuó con un ataque a Versalles, a las reparaciones y la perfidia de los países vencedores; habló vagamente sobre el comercio internacional, los mercados y el valor del marco, y cerró con la afirmación de que, para poder sostenerse y asegurar el crecimiento, Alemania debía adquirir un *Lebensraum* en el este. Pero el requisito previo para todo era la voluntad política indomable de una nación alemana unida, y ese era el objetivo del movimiento nacionalsocialista. Sobre la economía habló, como de costumbre, con exasperan-

tes generalizaciones, evitando los detalles y enfatizando su creencia en la primacía de la iniciativa individual, de la empresa privada y de los efectos desastrosos de un gobierno democrático débil. En general, la presentación fue de una calculada ambigüedad.[69]

Si bien los dirigentes empresariales tal vez salieron de estos encuentros con cierta tranquilidad acerca del extremismo nazi y del compromiso del partido de liderar la lucha contra el comunismo, quedaron decididamente poco impresionados por la escasa comprensión de los asuntos económicos por parte de los dirigentes nazis. Además de la «demagogia barata», como uno de ellos las resumió, las presentaciones de los expertos económicos del partido revelaron «un asombroso diletantismo económico»; a otro le llamó la atención la «gran superficialidad, debilidad y primitivismo» del pensamiento económico nazi.[70] Algunos empresarios importantes vieron el nacionalsocialismo como un fenómeno pasajero, producto de una angustia económica extrema, que se desvanecería apenas mejoraran las condiciones económicas. Un puñado de líderes, como Thyssen y Hjalmar Schacht, el muy respetado exjefe del Reichsbank, quedó impresionado por Hitler y pidió apoyo financiero para el NSDAP Pero la conclusión general de estos encuentros fue que era posible —y prudente— influenciar a los nazis, educarlos sobre asuntos económicos y desalentar a los elementos radicales del partido cultivando contactos con los más razonables de entre ellos. Sin embargo, en su mayor parte, los empresarios, salvo algunas notables excepciones, se mantuvieron alejados del partido. A pesar de las acusaciones contemporáneas, en especial por parte de los partidos de izquierda, de que las grandes empresas financiaban al NSDAP, la comunidad empresarial desconfiaba de los nazis y prefería los

partidos de centroderecha más predecibles, en especial el DNVP y el DVP.[71]

Hitler no estaba demasiado molesto con este estado de cosas. No era necesario convertir a los líderes de las grandes empresas al nacionalsocialismo, según él, tan solo asegurarse de que no usaran su influencia para frustrar el impulso del partido hacia el poder. Algunas fuentes empresariales hicieron contribuciones modestas en 1931 y en 1932, pero los nazis no las necesitaban. Estaban orgullosos del hecho de que el partido no dependiera de donaciones de grupos de presión para financiar sus actividades, sino casi exclusivamente de fuentes básicas de financiación: cuotas de afiliados, suscripciones a la prensa del partido y entradas para eventos, entre otras actividades de base. A pesar de haber hecho una investigación considerable, las autoridades policiales del Ruhr, por ejemplo, no pudieron encontrar evidencia de que hubiera habido donaciones importantes de grandes empresas al NSDAP en 1931. La propaganda nazi —los bailes, las «veladas alemanas», los conciertos, los discursos— era una operación destinada a producir dinero. El partido recibió donaciones ocasionales de fuentes comerciales, y solo después de las elecciones de julio de 1932, con el tesoro del partido agotado, se recurrió a las grandes empresas para obtener préstamos o contribuciones directas.[72]

Cuando 1931 llegaba a su fin, los nazis tenían muchos motivos para sentirse optimistas sobre el futuro. En cada elección municipal y estatal el partido estaba ganando terreno. El oscuro partido marginal de 1928 había captado la atención de la gente. Incluso el *establishment*, por más reacio o reservado que fuera, había terminado interesándose por el partido. Los nazis habían logrado ser el centro de atención y tenían la intención de conservar ese lugar. Eran nuevos y enérgicos, eran emocionantes y estaban avanzan-

do. Las elecciones en los dos estados más grandes de Alemania se celebrarían en primavera e, incluso, existía la posibilidad de elecciones presidenciales. El nuevo año se avecinaba con la promesa de nuevos triunfos y con la perspectiva de nuevas cotas de poder.

5

Hacer a Alemania grande de nuevo

Cuando comenzó el nuevo año, Hitler esperaba ansioso lo que prometía ser un año decisivo. Las elecciones estaban programadas para la primavera en Prusia y Baviera, los dos estados más grandes del país, y el NSDAP estaba bien financiado, bien organizado y rebosante de confianza. Los nazis estaban subidos a una ola de certeza. En cualquier elección —en los talleres, en el gobierno estudiantil, en el ayuntamiento— los nazis lo disputaban todo y en cada lugar iban obteniendo resultados espectaculares. Hitler tenía buenas razones para sentirse optimista. El NSDAP estaba en el umbral del poder.

Los nazis comenzaron el año de manera impresionante ganando el 30 % de los votos en el pequeño estado de Lippe. Por primera vez, el NSDAP superó los votos sumados de los partidos de centroderecha y también superó a los socialdemócratas. Las elecciones en Baviera y Prusia eran equiva-

lentes a una elección nacional y también estaba programado que hubiera comicios en Anhalt, Hamburgo y Wurtemberg a principios de la primavera. En efecto, se iban a realizar las elecciones en casi todos los estados alemanes antes de las vacaciones de verano. Pero, más allá de estos importantes comicios, un premio mucho más atractivo sobrevolaba el horizonte cercano. El mandato de Hindenburg como presidente del Reich expiraba en mayo de 1932. En un esfuerzo por evitar una nueva elección, Brüning, cuya continuidad como canciller del Reich dependía de Hindenburg, le pidió al «viejo caballero» que se quedara. Pero Hindenburg se mostró reacio: a los 84 años ya no podía afrontar los rigores de una campaña nacional. Alentado por el general Schleicher, Brüning propuso un plan que permitiría extender el mandato de Hindenburg por otros siete años (en realidad, de por vida). Trabajando entre bambalinas, Schleicher creía posible convencer a los nazis para que apoyaran a un gobierno derechista que contara con el respaldo del presidente del Reich, del ejército y de las grandes empresas. Con el apoyo popular que los nazis aportarían, esta constelación de fuerzas podría deshacerse de la Constitución, de Weimar e instalar el tipo de sistema autoritario que desde hacía mucho prefería. Pero extender la presidencia de Hindenburg sin una elección significaría una modificación de la Constitución y eso, a su vez, requeriría la aprobación de una mayoría de dos tercios en el Reichstag. Para esto, Brüning necesitaría el apoyo del NSDAP.

Cuando se lo propuso a Hitler por primera vez en noviembre, este se mostró reacio a aceptar. Después de todo, objetó con hipocresía, esto equivalía a una violación grave de la Constitución. Durante semanas, en diciembre y enero, un público aturdido fue testigo del inesperado espectáculo de Adolf Hitler escudándose reverentemente en la Constitu-

ción, mostrándose como el defensor de principios de un orden constitucional al que él se había comprometido de manera pública a destruir. Entre bastidores, se mostraba más dispuesto a llegar a un acuerdo. Mantuvo conversaciones con Schleicher, con Brüning y, finalmente, con Hindenburg. Le dijo al presidente del Reich que dejaría de lado sus escrúpulos constitucionales si Hindenburg aceptaba despedir a Brüning, disolver el Reichstag y convocar nuevas elecciones. Hindenburg se resistió, y en enero de 1932, con el país hundido en la desesperación económica y con las pasiones políticas llevadas al paroxismo, resultó inevitable una campaña presidencial.

A Hitler no le gustaba la perspectiva de desafiar al tan venerado Hindenburg. El viejo mariscal de campo era la figura más respetada de la vida política alemana. Aunque conservador y, en el fondo de su corazón, monárquico, era considerado como un hombre que estaba «por encima de la política», el último baluarte de la estabilidad en medio del caos, la violencia y la polarización de la política alemana. También era un vínculo vivo con el glorioso pasado alemán. Oponerse a él sería una audaz apuesta por parte de Hitler. Gran parte del prestigio creciente del NSDAP y de la mística de Hitler se basaban en la imagen de un ímpetu ininterrumpido, de una oleada implacable de apoyo público que los arrastraba inexorablemente al poder. Desafiar a Hindenburg, cosa que Strasser y otros líderes del partido temían que terminara en una clara derrota, implicaba correr el riesgo de deshacer todo aquello por lo que la propaganda nazi había trabajado tan arduamente.

Hitler vaciló durante enero y gran parte de febrero. A pesar de que proyectaba una imagen pública de determinación inquebrantable y acción decidida, tendía a dudar y a veces tardaba semanas en tomar decisiones importantes, una ten-

dencia que caracterizaría su liderazgo a lo largo de toda su carrera política. Pero, una vez que había llegado a una decisión, se aferraba a ella con determinación fanática y nada ni nadie podía hacerle cambiar de opinión. Goebbels y Röhm se mostraron fuertemente a favor de participar en las elecciones. Hitler *tenía* que participar. ¿Cómo, después de tanto clamar por el poder, podría el *Führer* del NSDAP no participar en las elecciones? Las anotaciones del diario de Goebbels de enero y febrero son un claro testimonio de su creciente frustración. La procrastinación de Hitler era exasperante; la «eterna postergación [estaba] generando la desmoralización en el partido». Muchos en la dirección temían que Hitler hubiera esperado demasiado. «¿Cuándo decidirá Hitler?», se preguntaba Goebbels el 30 de enero. «¿Le falta el coraje necesario? Debemos dárselo.»[1]

Mientras Hitler se debatía antes de tomar una decisión, Goebbels ya estaba trabajando de manera firme en el planeamiento de una campaña presidencial. Él y su equipo estaban redactando discursos y consignas, creando panfletos y carteles, definiendo temas y un plan de acción para la campaña. Pero antes de que la candidatura de Hitler pudiera convertirse en realidad, había un pequeño problema técnico que exigía atención: Adolf Hitler no era ciudadano alemán. En 1925, por temor a ser enviado a Austria después de su liberación de Landsberg, había renunciado a su ciudadanía austríaca y había permanecido oficialmente apátrida desde entonces. En 1929 solicitó la naturalización a las autoridades bávaras, pero le fue negada abruptamente. Pero, según una peculiaridad de la ley alemana, un nombramiento en un puesto de gobierno, ya fuera en el ámbito del Reich o del gobierno regional, traía aparejada la ciudadanía automática. La situación se resolvió cuando, en marzo de 1932, Hitler fue nombrado consejero del gobierno en la Oficina de Cul-

tura y Medidas de Braunschweig, el único estado en el que un nacionalsocialista ocupaba un puesto de gobierno.

Lo único que faltaba era el compromiso de Hitler para participar. El 5 de febrero, Goebbels informó al Führer de sus planes para la campaña. Hitler parecía impresionado y a punto de anunciar su candidatura. «Todo está listo», le aseguró Goebbels. «Simplemente presione el botón y la avalancha comenzará.» Sin embargo, para consternación de Goebbels, Hitler dilató las cosas. «Debemos comenzar la batalla», escribió dos semanas después Goebbels, exasperado. «Los eslóganes [para la candidatura de Hitler] han sido pospuestos un día más. Esta espera eterna es aterradora. Hitler está dudando demasiado.»[2]

A principios de febrero, los preparativos para la campaña estaban terminados y los temas se expusieron en un memorando redactado el 4 de febrero. «Debe quedar claro para las masas [...] que el movimiento nacionalsocialista está decidido a usar las elecciones presidenciales para poner fin a todo el sistema de 1918. Las dos palabras "Schluss Jetzt!" [¡Termínalo ahora!] representan la formulación más directa y enérgica de esa determinación. Como palabras finales de cada folleto y pancarta, este eslogan debe ser implacablemente martilleado en la cabeza del lector y del votante. En diez días, nadie en Alemania debería estar hablando de otra cosa que no sea este eslogan.» La elección presidencial debía ser considerada «como la batalla decisiva entre el nacionalsocialismo y el sistema. Se debe inculcar en las masas que este sistema conducirá de manera inevitable al caos bolchevique». Solo el NSDAP puede «superar el espectro amenazante del bolchevismo y [...] crear una verdadera comunidad popular de todos los alemanes productivos [*schaffenden*]». Había llegado el momento de «¡Termínalo ahora!».[3]

Finalmente, el 22 de febrero Hitler dio luz verde. Goebbels pudo anunciar su candidatura esa noche en una concentración masiva en el gigantesco Sportpalast de Berlín. La noticia, proclamada con toda la teatralidad tormentosa que Goebbels pudo imaginar, fue recibida con vítores que duraron veinte minutos. Fue un comienzo prometedor. A pesar de las exasperantes demoras, Goebbels confiaba en que el partido estaría bien preparado para la próxima batalla. «Será una campaña que oscurecerá a todas las anteriores», predijo. «Todo está listo [...] la elección ya está ganada. Pobre Hindenburg.»[4]

El terreno de los candidatos reflejaba la cambiante topografía de la vieja política de Weimar. Hindenburg, el conservador, el monárquico, fue rechazado por la DNVP y otras organizaciones de derechas, que presentaron a Theodor Duesterberg del Stahlhelm como candidato. Hindenburg, por su parte, era apoyado por los socialdemócratas, por el Zentrum y por los cada vez más pequeños partidos del centro moderado. Los socialdemócratas no estaban demasiado entusiasmados, pero consideraban que Hindenburg era el menor de muchos males. Los comunistas presentaron a su jefe, Ernst Thalmann.

Hindenburg era un candidato reacio y estaba incómodo desde el principio. Se negó a salir a hacer campaña —eso estaba por debajo de su sentido de la dignidad y más allá de su resistencia física— y prefirió, en cambio, hacerla desde los salones del Palacio Presidencial. En el mejor de los casos, fue un esfuerzo mediocre. De manera deliberada, no mostró ningún respaldo al gobierno de Brüning que él mismo había instalado. No asistió a ninguna concentración y solo pronunció un discurso radiofónico a la nación. Síntomas de su actitud distante fueron las dos cortas películas de campaña que presentaron y que fueron tan poco interesan-

tes y distantes como el viejo caballero mismo. En una, leía de forma cansina comentarios preparados sobre su decisión de participar en la carrera sin apartar los ojos de la página que tenía en sus manos. En la segunda, directamente no aparecía en cámara. En cambio, aparecía un actor, guión en mano, proclamando en un estilo sobreactuado y pomposo los logros de Hindenburg. Intercalados en su perorata se veían fragmentos de noticieros con Hindenburg en diversas ceremonias de Estado. Fue Brüning quien se llevó la peor parte de la campaña de Hindenburg. Brüning, que estaba fuera de la campaña, acabó siendo su rostro.

Con su maquinaria de propaganda bien organizada y bien financiada, el NSDAP lanzó una campaña publicitaria en los medios de comunicación de masas como nunca se había visto en la política alemana. En febrero, Goebbels trasladó la RPL de Múnich a Berlín, desde donde iba a dirigir la campaña. Todos los días, las nuevas oficinas en la Hedemannstrasse bullían de frenética actividad: las salas estaban llenas, la atmósfera era electrizante. El repiqueteo de las máquinas de escribir salía de todas las habitaciones del edificio; los teléfonos sonaban sin parar. Cada hora llegaban informes de todo el país. El personal produjo cincuenta mil discos de fonógrafo lo suficientemente pequeños como para caber en un sobre postal, y varios cortometrajes para ser distribuidos. Las películas, que no duraban más de quince minutos, incluían discursos de Hitler, de Goebbels y de otros líderes nazis. No se exhibirían en los teatros, sino en las plazas públicas de las principales ciudades y mercados. Otto Dietrich, jefe del Cuerpo de Prensa nazi que rivalizaba con Goebbels por el afecto de Hitler, movilizaba a los periódicos diarios y semanales del partido, y añadía suplementos de campaña y artículos a sus diarios de la gran ciudad y a los semanarios regionales más pequeños. En el torrente de material impre-

so que llovía sobre el país, se enviaron folletos especiales a todos los grupos sociales y demográficos concebibles: tenderos, empleados públicos, granjeros, trabajadores, católicos, protestantes, ancianos, jóvenes, mujeres. El contenido de estos mensajes se basaba en un análisis realizado por la investigación de mercado del partido. En el Departamento III, en el segundo piso, un grupo de hombres jóvenes, la mayoría de entre veinte y treinta y tantos años, analizaban informes enviados por las filiales de propaganda regionales del partido. Los filtraban y revisaban, y preparaban resúmenes para que Goebbels, su jefe, los evaluara.[5]

Durante semanas, el partido saturó el país con panfletos, mítines y apariciones de líderes nazis teatralmente orquestadas. Además de la gran cantidad de materiales impresos proporcionados a los líderes regionales casi a diario, la RPL preparó algunos más para distribuir en fechas específicas. Su aparición debía coincidir con discursos importantes o mítines dedicados a un grupo social en particular o a un tema político. «Las pancartas deben aparecer, ya sea en la prensa, como folletos, o como carteles en la fecha exacta en la que están marcados», señalaba la RPL. «El efecto final debe ser que el mismo día, en toda Alemania, nuestro ataque al sistema y a sus partidos sea lanzado como un asalto unificado.» Tales ofensivas de propaganda coordinada se convirtieron en el sello distintivo de las campañas nacionalsocialistas en 1932 y produjeron el efecto deseado: en una fecha determinada, desde Königsberg hasta Aquisgrán, desde el Báltico hasta los Alpes, los nazis estarían en las calles distribuyendo los mismos folletos, publicando avisos similares y realizando discursos o manifestaciones muy publicitados sobre el tema del día. Este grado de coordinación nacional no tenía parangón entre los otros partidos y le dio al

NSDAP una gran ventaja en la conducción diaria de las campañas nacionales.

Junto con estas muestras de coordinación nacional y control centralizado, el partido se dirigía a casi todos los grupos, con los granjeros, los empleados públicos y los trabajadores a la cabeza. Ninguno era demasiado pequeño o demasiado insignificante para que el NSDAP lo movilizara. El mensaje, generado de diversas maneras, era simple, directo y sin ningún matiz, y se expresaba en unas pocas frases cortas, un puñado de imágenes y palabras clave fáciles de reconocer, de recordar y de transmitir a otros. Las filiales locales del partido estudiaban el *Adressbuch* de su área, un precursor de las guías telefónicas, que registraba la ocupación de cada jefe de hogar. A partir de esa información, los nazis pudieron diseñar folletos y panfletos cortos que abordaban los problemas específicos del comerciante, del empleado público, del agricultor, del empleado de oficina y del trabajador. Estos eran luego entregados en persona, y el destinatario era invitado a una reunión de seguimiento organizada para su grupo ocupacional particular.

Estos materiales iban acompañados por los recordatorios habituales sobre otros materiales de propaganda disponibles en el cuartel general nacional o del *Gau*. La lista de esos materiales y servicios había crecido considerablemente desde 1930 e incluía no solo películas y discos fonográficos, sino también altavoces, motocicletas, camiones y, para las regiones más ricas e importantes, incluso aviones. La RPL también seguía dando instrucciones detalladas sobre casi todos los aspectos de la campaña, desde el tipo de música hasta el despliegue escenográfico en los eventos públicos, pasando por los colores de los avisos de campaña y la frecuencia con la que debían cambiarse para llamar la atención del público. En cada una de las campañas de 1932, el NSDAP continuó

concentrándose en lo que la RPL denominaba «trabajo sistemático a nivel de base» (*Kleinarbeit*). No se debía dejar ningún detalle al azar.[6]

Los nazis organizaron más de treinta mil eventos, distribuyeron ocho millones de folletos y llenaron las paredes de cada pueblo y ciudad con carteles. La oficina de Goebbels puso en circulación actualizaciones regulares de la propaganda, con nuevos temas y grupos a los que dirigirse de manera particular. Pero las principales atracciones de la campaña eran las apariciones públicas de Hitler, Goebbels, Strasser y también de Göring, cuyo perfil público había crecido de manera espectacular desde que regresó del exilio en 1927 para dirigir la delegación del partido en el Reichstag. Otras grandes figuras del partido también hablaban, pero Hitler y Goebbels eran los oradores principales. Entre el anuncio de la candidatura de Hitler, el 22 de febrero, y el día de las elecciones, el 13 de marzo, Goebbels pronunció diecinueve discursos en Berlín y se dirigió a reuniones masivas en otras nueve ciudades por toda Alemania. Hitler seguía una agenda agotadora: habló en doce ciudades en once días, viajando siempre en automóvil. Corría de un compromiso a otro en un pequeño convoy de automóviles, acompañado por su equipo habitual de guardaespaldas, secretarios, conductores y un grupo variable de figuras del partido. En los límites de cada pueblo o ciudad, la comitiva era recibida por funcionaros nazis locales que estaban a cargo de la seguridad del evento. Hitler, sentado al lado de su chófer, siempre tenía un mapa sobre las rodillas y marcaba la ruta cuidándose de evitar las conocidas fortalezas comunistas. También llevaba un revólver.[7] En todas partes, atraía inmensas multitudes, que esperaban pacientemente durante horas su llegada, que, a menudo, solía demorarse. En los últimos frenéticos días de campaña, Hitler se dirigió a concentraciones

masivas en Berlín, Hamburgo, Stettin, Breslau, Leipzig, Bad Blankenburg, Weimar, Frankfurt, Núremberg, Stuttgart, Dortmund y Hanover, donde multitudes de entre sesenta y cien mil personas asistían a sus perfectamente coreografiadas actuaciones.[8]

En toda la campaña, el partido trató al anciano *Feldmarschall* (mariscal de campo) con una moderación poco común. La estrategia era alabar el gran servicio de Hindenburg a la patria, tanto en la guerra como en la paz, mostrar respeto (algo raro en los nazis) por su patriotismo y su persona, y, al mismo tiempo, sugerir que *der Alte* («el viejo») estaba siendo manipulado y que un canciller sin escrúpulos abusaba de él, una estrategia que ataba a Hindenburg a Brüning y, al mismo tiempo, servía como un recordatorio indirecto, si no muy sutil, de la edad de Hindenburg. Un voto para Hindenburg, insistían los nazis, era un voto para Brüning y sus decretos de emergencia. Había llegado la hora de un nuevo liderazgo.[9]

El cielo amaneció despejado sobre Alemania el 13 de marzo, día de las elecciones. «El buen tiempo de Hitler», profetizó Goebbels. «Todos confían en la victoria. [Hitler], también.» Desde temprano, informes de todo el país indicaban una participación masiva en los comicios. Los lugares de votación estaban en plena actividad en todas partes. Largas colas serpenteaban por las aceras llenas de gente. «Destino, no nos ayudes», rezaba Goebbels, «pero sé justo [...]. Esperamos tu juicio. La noche debería encontrarnos alegres».[10]

Al salir de su oficina en la Hedemannstrasse a primera hora de la tarde, se sorprendió por el estado de ánimo y la

expectación que veía en las calles. «En todas partes reina la fiebre de la victoria.» Esa noche, un pequeño grupo de amigos y colegas del partido se reunieron en su casa para escuchar los resultados del escrutinio. Los primeros cálculos de los cruceros que salían de los puertos de Hamburgo y Bremen pronosticaban «una victoria fantástica para Hitler», un buen augurio. Pero, a medida que avanzaba la noche y comenzaron a llegar más resultados, el ánimo optimista se evaporó. «Las cosas se ven mal [...]. Alrededor de las 10, uno ya puede intuir el resultado final. Hemos sido derrotados», admitió Goebbels con tono sombrío. La perspectiva era «espantosa». A las 2 de la madrugada, todos estaban «abatidos y desanimados». Era deprimentemente claro, concluyó, que «nos habíamos planteado unos objetivos demasiado altos». Hizo una llamada a Hitler en Múnich. El Führer estaba «completamente sorprendido por los resultados», opinó Goebbels, pero se mostraba decidido a continuar, a volver al trabajo. «En eso», dijo Goebbels efusivamente, «él es genial».[11]

Putzi Hanfstaengl, el pianista de Hitler, jefe de prensa extranjera y factótum general, tenía un recuerdo bastante diferente de la reacción de Hitler ante la derrota. Hitler escuchó los resultados en su oficina de la Casa Marrón acompañado por Hanfstaengl, Hess, su secretario Martin Bormann, y el administrador del partido, Philipp Bouhler. En las primeras horas de la mañana, cuando se emitió el resultado final, un humor sombrío se apoderó de todo el grupo. El teléfono comenzó a sonar. Eran las llamadas de varios líderes del partido. «Goebbels estaba completamente angustiado y lloraba de desilusión», recordó Hanfstaengl. Göring mantuvo la compostura y señaló que, debido a la avanzada edad de Hindenburg, nunca sobreviviría a una segunda vuelta. Hitler apenas pronunció palabra. Se levantó rígidamente de

su sillón y partió como en trance. Un rato más tarde, Hanfstaengl fue hasta su apartamento en el Prinzregentenplatz y encontró al Führer sentado solo en una habitación oscura, mirando hacia la nada y meditando. Era, opinó Hanfstaengl, «la imagen misma de un jugador desilusionado y abatido por haber apostado por encima de sus posibilidades».[12]

Aunque abatidos por los resultados, los nazis habían alcanzado once millones y medio de votos, casi el doble del total de 1930 y, con el 30 % de los votos, Hitler dejó a Duesterberg (6,8 %) y Tholmann (10 %) mordiendo el polvo. Hindenburg se había impuesto con un amplio resultado. Con más de dieciocho millones de votos, fue el claro ganador. Y, sin embargo, cuando se tabularon oficialmente los resultados finales, hubo un problema. Para evitar una segunda vuelta, un candidato necesitaba al menos el 50 % de los votos. Entonces, fue el turno del equipo de Hindenburg de sentirse decepcionado. El viejo mariscal de campo había conseguido el 49,6 %. Habría segunda vuelta.

Inicialmente, Strasser y Göring eran reacios a embarcarse en una nueva campaña. Con los otros candidatos eliminados, una contienda directa entre Hindenburg y Hitler solo podía terminar en otro revés y, posiblemente, más dañino. Incluso los partidos de Harzburg, todavía resentidos por la negativa de Hitler a respaldar a Duesterberg en la primera vuelta, instaban a sus votantes a abstenerse en vez de respaldar a Hitler. Pero, una vez que había decidido desafiar a Hindenburg, Hitler no estaba dispuesto a retroceder. Se enfrentaría a él en la segunda vuelta. El 14 de marzo apareció una edición especial del *Völkischer Beobachter* con el nuevo grito de guerra del partido: «La primera campaña electoral ha terminado», escribió Hitler. «La segunda ha comenzado hoy. Yo la conduciré.»[13]

La maquinaria de propaganda del partido cambió de inmediato a toda velocidad. Basándose en los informes de sus agentes regionales de propaganda, la RPL estaba convencida de que el partido no había logrado atraer el apoyo suficiente de los empleados públicos, los jubilados y las mujeres. La fuerte influencia de Hindenburg, según creía Goebbels, podía «rastrearse hasta la mentalidad típica de ciertos círculos burgueses, en especial, la del pequeñoburgués alemán, cuyo voto se ganaba con sentimentalismo y miedo a lo desconocido; la de la mujer, cuyo voto era atraído por apelaciones a los conductos lagrimales y el miedo a la guerra, y la del jubilado y el funcionario público, que fueron confundidos con referencias a la inflación, a recortes en los beneficios y a la hostilidad nacionalsocialista hacia los funcionarios públicos». Para contrarrestar tales acusaciones, Goebbels y su personal inundaron a los líderes regionales con borradores de folletos particularmente dirigidos a estos grupos.[14]

A medida que se desarrollaba la campaña, los nazis evitaron un ataque frontal al presidente del Reich y dirigieron su fuego contra los partidos que lo apoyaban. Hindenburg era el candidato del «sistema de partidos». ¿Qué representaba? «El SPD: marxismo, socialización. "La propiedad es un robo", odio al ejército, nacionalismo»; eran «los garantes traidores de Versalles [y] enemigos de la Iglesia»; el Zentrum fue atacado por su «mal uso de la religión» y por «trabajar codo con codo con los ateos». Los liberales merecieron apenas una mención. Simplemente eran las herramientas de los «intereses de las bolsas de dinero judías». Los nazis volvieron a atacar a Hindenburg a través de los comentarios en torno a los decretos de emergencia impopulares de Brüning y recordando repetidamente a los votantes que «si votas

por Hindenburg, estás votando por Brüning, y quien vote por Brüning vota a favor de los decretos de emergencia».[15]

Al mismo tiempo, la RPL optó por concentrarse en Hitler como candidato y contrastó de manera implícita su juventud, energía y magnetismo populista con el anciano mariscal de campo prusiano. Hindenburg era un hombre excelente y honorable, pero su momento ya había pasado. Había llegado la hora de que una nueva generación tomara el relevo. Día tras día, el público fue bombardeado con panfletos sobre Hitler:[16] sus humildes comienzos (tan distintos del mundo privilegiado del viejo aristócrata prusiano), su servicio como soldado común en el frente, su creación de un movimiento de renovación política, social y cultural que, contra todas las probabilidades, estaba dominando al país. Eran típicos los folletos preparados por Goebbels que aparecerían a nivel nacional en cuatro días consecutivos: «Adolf Hitler como ser humano», 29 de marzo; «Adolf Hitler como camarada», 30 de marzo; «Adolf Hitler como luchador político», 31 de marzo; «Adolf Hitler como estadista», 1 de abril. Para el día de las elecciones, su rostro severo miraba desde cada pared, desde cada quiosco. A Hitler le gustaba un cartel en particular: su rostro blanco como la tiza mira hipnóticamente desde el centro de un sólido fondo negro, presumiblemente capturando su magnetismo fanático. El texto solo decía: «Hitler».

Hitler tocó todos estos temas en una declaración de campaña titulada «Mi programa», lanzada el 2 de abril. Como casi todos sus comentarios públicos, «Mi programa» comenzaba con un resumen de su inesperado ascenso desde la oscuridad política, en el que se describía a sí mismo como un visionario solitario comprometido en una larga y amarga lucha contra el *establishment*, las camarillas y el tráfico de influencias. La historia no carecía de melodrama o falsa hu-

mildad. La devoción fanática de Hitler a la causa del resurgimiento de Alemania (en el léxico nazi, el adjetivo «fanático» era un gran elogio) fue el *leitmotiv* que definió la campaña. Todo esto era presentado en un tono de superioridad moral agraviada y con gritos contra el sistema que había perseguido implacablemente tanto a él como a su movimiento. Las autoridades habían prohibido los periódicos del movimiento, habían suprimido sus organizaciones, le habían prohibido hablar en diferentes estados, habían calumniado a los líderes del partido acusándolos de difamación y sedición, y habían enviado a otros a prisión. «Cuando hace trece años», comenzaba típicamente, «un desconocido hombre y soldado alemán entró en la vida política, escuché solo los dictados de mi conciencia. [...] no me pude convencer a mí mismo, como lo hicieron millones de personas, de guardar silencio y seguir adelante [...] con aquellos cuyas acciones estaban llevando a Alemania a la ruina. Durante trece años de dura lucha [...] seguí mi sentido del deber y fundé un movimiento para oponerme a ellos [...], los responsables del colapso de Alemania». El «sistema de partidos», escribió, «ha intentado silenciarme, me ha despreciado. Pueden prohibirme hablar, suprimir el movimiento, amordazar nuestra propaganda, tal como hoy prohíben mis periódicos, confiscan nuestros folletos y nos niegan el acceso a la radio. Todo esto pueden hacerlo, y lo han hecho durante trece años. Pero una cosa no han podido hacer: demostrar que estoy equivocado».[17]

En el golpe de efecto más dramático de la campaña, Hitler se lanzó a los cielos en un muy publicitado «vuelo sobre Alemania» (*Deutschlandflug*) para aparecer en veintiún ciudades en seis días. Fue un gran éxito. Fue el primer político alemán —de hecho, europeo o estadounidense— que hizo una campaña en avión, y la imagen de un líder atrevido e

innovador que literalmente descendía de los cielos encabezó la ofensiva de la propaganda nazi. Cuando su avión aterrizó para el último mitin de esa gira-torbellino, él ya había hablado ante medio millón de personas.[18]

En cada una de sus paradas, Hitler era recibido por multitudes bulliciosas que lo adoraban, y siempre gritaba con furia, su voz estridente se elevaba en un *crescendo* penetrante mientras desahogaba toda la ira, la frustración y el resentimiento de las multitudes. Escupía veneno contra los marxistas, contra los «criminales de noviembre», contra el sistema de partidos, todos ellos responsables del deshonor de Alemania y de la desgracia personal de su pueblo. Él, y solo él, podía hacer que Alemania volviera a ser grande con solo derribar el gobierno del corrupto y divisivo sistema de partidos de Weimar para forjar una nueva Alemania unida en una *Volksgemeinschaft* cohesionada al margen de las clases, la región y la religión. Ese, prometía, era el futuro de Alemania bajo un régimen nacionalsocialista. Para sus muchos oponentes, estas diatribas melodramáticas eran pura demagogia, una amalgama paranoide de tabúes, odios, distorsiones y simples mentiras. Para las multitudes enardecidas, atrapadas en ese frenesí, eso apenas importaba.

Al acercarse el día de las elecciones, la atmósfera en Alemania era electrizante. Todos los días, las SA se enfrentaban en duras peleas callejeras con el Frente Rojo y el Reichsbanner del SPD. Las columnas de soldados de asalto marchaban por las calles, los edificios estaban adornados con carteles; los folletos desechados ensuciaban las calles; los estandartes del partido flameaban en las ventanas. «Berlín», escribió Goebbels, «ya no es reconocible. Todo está en movimiento». El 10 de abril, Hitler volvió a quedarse corto, pero esta vez no hubo ni un susurro de desilusión entre los nazis. Había obtenido más de trece millones de votos (36,6 % del to-

tal), un aumento de más de dos millones con respecto a la primera vuelta. «Para nosotros, esta ha sido una victoria abrumadora», se expresaba efusivamente Goebbels, casi sin poder creerlo. Solo en el «Berlín rojo», el voto nazi había saltado de trescientos mil a más de ochocientos mil. «Fantásticos números. Hitler está completamente feliz. Ahora tenemos un trampolín para las elecciones prusianas.»[19] Mientras Hindenburg se llevaba el 53 % de los votos, Hitler había eclipsado a los otros líderes de la derecha y la izquierda antirrepublicanas. Él era ahora la única alternativa antisistema. E, igual de importante, había demostrado tener la estatura como para estar en la misma plataforma nacional con el venerado Hindenburg.

Incubado primero dentro del NSDAP después de 1925 y, en gran medida, limitado a los verdaderos creyentes del partido, las campañas presidenciales habían llevado el culto al *Führer* a la corriente central de la conciencia política nacional. Hitler era ya no solo una fuerza política de primera magnitud, sino una celebridad nacional: sin duda la figura más reconocible —y controvertida— de la vida política alemana. Incluso sus enemigos —que eran muchos— estaban obsesionados con él. Sus hábitos, sus gustos, sus antecedentes, su vida personal eran temas de especulación, chismes y análisis interminables.

Sin embargo, a pesar de toda la atención y la mirada curiosa del público, Hitler seguía siendo un enigma, y su vida personal, un misterio. Lejos de Berlín y Múnich, le gustaba relajarse vestido con *lederhosen*, los pantalones cortos de cuero tradicionales que se usan en el sur de Alemania. Casi siempre llevaba una fusta. Amaba a los perros y le gustaban los niños, con quienes frecuentemente lo fotografiaban. Se enorgullecía de su muy publicitado estilo de vida «espartano», su simplicidad en el vestir y en la dieta. Después de

todo, siempre era presentado como «un hombre del pueblo». Sin embargo, en 1932, Hitler llevaba una vida que era cualquier cosa menos simple. Durante años, entre 1920 y 1929, había vivido en un apartamento pequeño de una sola habitación, en la Thierschstrasse, con el piso de linóleo gastado cubierto con alfombras baratas y raídas. Pero, en 1929, un rico benefactor puso a su disposición un lujoso apartamento de nueve habitaciones en la elegante Prinzregentenplatz, que seguiría siendo su residencia personal durante el resto de su vida. Su espacioso apartamento en Múnich; su retiro alpino —Haus Wachenfeld—, cerca de Berchtesgaden; sus largas estancias en el ornamentado Kaiserhof Hotel en Berlín; su omnipresente destacamento de guardaespaldas, conductores, secretarios y asesores; su gran Mercedes con chófer; y su imposibilidad inherente de quedarse quieto, que lo mantenía, a él y a su séquito, casi constantemente en movimiento, todo esto reflejaba una realidad muy diferente de la del «hombre del pueblo».

Insistía en no recibir un salario del partido ni cobrar honorarios por sus discursos, pero sí aceptaba regalos de admiradores. Además se le pagaba generosamente por los artículos publicados en la prensa del partido y por las entrevistas que concedía a periódicos extranjeros, y sus gastos por los numerosos compromisos como orador eran reembolsados de manera profusa y excesiva. Las ventas de *Mein Kampf*, que habían sido una decepción —el segundo volumen, publicado en 1927, había vendido solo trece mil ejemplares en 1929—, comenzaron a aumentar después del avance de 1930 y siguieron creciendo hasta llegar a ochenta mil en 1932. Era autor de un *bestseller* y era económicamente independiente.

Aunque estaba constantemente rodeado de obsequiosos lugartenientes y aduladores, no tenía amigos ni confidentes

cercanos. Después de todo, era difícil ser íntimo amigo de una deidad. Sefton Delmer, un periodista inglés al que se le permitió acompañarlo durante su campaña de 1932, observó que

> Hitler o permanecía completamente en silencio durante sus comidas o hablaba en tono autoritario exponiendo detalladamente con toda la firmeza dogmática del hombre autodidacta. No era capaz de mantener una charla sobre trivialidades. Tampoco le gustaba que los demás lo hicieran [...]. Discutir algo era tabú. Solo aceptaba preguntas. Y los que lo rodeaban se ocupaban de que las preguntas que le hacían [...] le brindaran la oportunidad de dar una clase sobre alguno de sus temas favoritos. Lo que más le gustaba era hablar de guerra, la guerra del futuro y la guerra del pasado, en especial de la guerra de 1914-1918.[20]

Solo Röhm y Strasser, viejos camaradas de los primeros días del movimiento, se atrevían a tutearlo. Aunque le gustaba la compañía de mujeres, especialmente mujeres jóvenes y atractivas, no estaba casado y no tenía relaciones románticas. Su único vínculo serio terminó en tragedia y escándalo. Parece que se enamoró de su sobrina de 23 años, Geli Raubal, que, junto con su madre, Angela (media hermana de Hitler), se ocupaban de cuidar la casa «del tío Alf» cerca de Berchtesgaden. En 1929, Hitler la invitó a vivir con él en su nuevo departamento de Múnich. Geli era atractiva y extrovertida, y llamaba la atención de los hombres. Durante dos años fueron fotografiados en todo Múnich, en los cafés, en la ópera, en el cine. Circulaban historias picantes que incomodaban a Goebbels y sus allegados, pero a Hitler no parecían importarle. Más de veinte años mayor que ella, era casi patológicamente posesivo. Con el tiempo, Geli se cansó de los celos y el control dominante de Hitler, y expre-

só su deseo de regresar a Viena para seguir una carrera como cantante. Él se negó a dejarla ir.[21]

El 19 de septiembre de 1931, mientras él estaba dando un discurso en Núremberg, Geli fue encontrada muerta de un disparo en el departamento de Hitler con la pistola de él al lado. La muerte fue considerada un suicidio, aunque persistían los rumores de que Hitler la había asesinado o de que Himmler, Goebbels o Strasser la habían sacado de circulación para proteger a Hitler y al movimiento de nuevos escándalos. Quienes se oponían a Hitler no se cansaban de esa historia. La prensa de la oposición publicaba un espeluznante rumor tras otro y empezaron a circular insinuaciones de violencia doméstica y perversiones sexuales.

Hitler estaba realmente conmocionado por la muerte de Geli. Durante días se mostró desanimado e incapaz de concentrarse. Sus más allegados nunca lo habían visto así. Algunos temían que pudiera suicidarse. Luego, pocos días después del funeral en Viena, pareció cerrar el duelo. Volvió a sumergirse en su trabajo político y el escándalo se desvaneció de modo gradual. La naturaleza de su relación con Geli siguió envuelta en la oscuridad, pero Hitler ordenó que su habitación quedase tal como ella la había dejado y él tenía un santuario dedicado a su sobrina en su residencia en Berlín, en Berchtesgaden e, incluso, en el *Führerbunker* (búnker del Führer) donde acabó con su vida. Nadie fuera de una pequeña camarilla dentro de la dirección del partido sabía nada de otra joven, en varios aspectos muy similar a Geli, a quien Hitler conoció en 1929. Eva Braun sería un secreto hasta bien entrado el Tercer Reich.[22]

Los votos en las elecciones presidenciales aún se estaban contando cuando Goebbels comenzó a prepararse para las importantes elecciones regionales del 24 de abril. Ese día irían a las urnas los votantes de Prusia, Baviera, Anhalt, Hamburgo y Wurtemberg. Con las cuatro quintas partes de la población del país dispuestas a votar, las elecciones regionales significaron otra campaña nacional. El aparato de propaganda del partido estaba completamente movilizado y listo, y con sus cofres llenos. Pero, antes de que la campaña se pusiera en marcha, Brüning convenció al ministro del Interior, el general Wilhelm Groener, para que emitiera un decreto que disolviera las SA y las SS. No era la primera vez que trataba de controlar a las tropas de asalto, que eran una parte integral de las campañas nazis. Afínales de 1931, Brüning promulgó un decreto que prohibía el uso de uniformes de las formaciones dentro de los partidos. Las tropas de asalto se habían burlado de ese decreto quitándose sus camisas pardas y apareciendo al día siguiente con camisas blancas o, en algunos casos, sin camisa. La prohibición fue rápidamente eliminada. Pero el nivel de violencia política había aumentado drásticamente durante las dos vueltas de las elecciones presidenciales y, con la inminencia de las campañas regionales, Brüning sintió que algo tenía que hacerse.

El decreto entró en vigor el 13 de abril. La prensa nazi se apresuró a señalar que no se había emitido ninguna orden respecto del Reichsbanner o del Frente Rojo. Fue otro ejemplo, se quejó Hitler, de la implacable persecución del gobierno contra el NSDAP Al principio, Röhm consideró resistirse al decreto. Después de todo, las SA ahora sumaban cerca de cuatrocientos mil hombres, cuatro veces más que la Reichswehr. Sin embargo, Hitler no estuvo de acuerdo y se dirigió a las SA y las SS, instando nuevamente a la paciencia

y a un renovado compromiso de participación en las elecciones. «Entiendo sus sentimientos», escribió en una carta dirigida a ellos. «Durante años, han sido fieles a mis directrices acerca de llegar al poder político por medios legales. Son horriblemente perseguidos y acosados. Sin embargo, a pesar del espantoso sufrimiento al que los partidos gobernantes de hoy los han sometido, han seguido siendo alemanes rectos y honorables.» Los instaba a continuar la lucha como camaradas del partido, a cooperar más que nunca con los grupos locales del partido en las próximas campañas y «a no darle a los gobernantes actuales ningún motivo, bajo ninguna circunstancia, para suspender las elecciones. Si ustedes cumplen con su deber, nuestra propaganda golpeará al general Groener y sus cómplices mil veces más [de lo que ellos nos han golpeado]». De todos modos, estaba inquieto. Tal como había hecho durante los disturbios de las SA del año anterior, les prometió lealtad y a cambio exigió su fidelidad. «Daré todo por esta lucha y por Alemania. Ustedes me seguirán, porque, a pesar del general Groener, les pertenezco mientras viva y ustedes me pertenecen a mí.»[23]

Dos días después, el 15 de abril, Hitler volvió a embarcarse en un «vuelo sobre Alemania». Con un itinerario definido por Goebbels, recorrió el país aterrizando en aeródromos más pequeños y hablando en lugares más pequeños. En total, lo hizo en veintiséis ciudades en poco más de una semana. El gran premio era, por supuesto, Prusia, donde vivían las tres quintas partes de la población del país y donde una coalición de socialdemócratas, seguidores del Zentrum y liberales de izquierda habían ejercido el poder desde los primeros años de la república. Fue un bastión de las fuerzas prodemocráticas que contaba con una administración y una fuerza policial que ocupaban el segundo lugar en importancia y solo eran superadas por el gobierno del Reich.

Goebbels, navegando por la geografía sociopolítica de la política alemana, dirigió la campaña del partido en Prusia contra los socialdemócratas en el poder y apuntó con especial atención a los trabajadores. Un memorando de la RPL del 2 de abril instó a las filiales del partido a hacer todo lo posible por erradicar la desconfianza de la clase obrera hacia el NSDAP y «hacer que el trabajador se interese en nosotros, traerlo a nuestras marchas, ganar su confianza». Para ayudar en esta tarea, la RPL bombardeó a los jefes locales con un aluvión casi incesante de folletos dirigidos explícitamente a los votantes de la clase trabajadora, que detallaban las posiciones nazis sobre cuestiones laborales, a la vez que atacaban de manera implacable a los partidos de la izquierda marxista por sus fracasos. En Baviera, por otra parte, el partido se concentró menos en el voto de la clase trabajadora que en el electorado católico, y las filiales locales recibieron la instrucción de hacer énfasis en la defensa del NSDAP de los valores religiosos contra la decadencia cultural de Weimar, el desvergonzado uso indebido de la religión por parte del Zentrum y la embestida del marxismo ateo. Allí, el tema de la campaña era lograr ser una «Baviera nacionalsocialista como un baluarte contra la centralización [de Berlín] y el ateísmo».[24]

El 24 de abril, el NSDAP alcanzó victorias impresionantes en todas partes. A pesar de los esfuerzos del gobierno por reducir la presencia pública del partido, el NSDAP obtuvo el 36 % de los votos en Prusia, el 32 % en Baviera, el 26 % en Wurtemberg y el 31 % en el «Hamburgo rojo». Los resultados en Prusia fueron particularmente llamativos. Desde 1928, solo seis nazis se habían sentado en la legislatura estatal; los nacionalsocialistas esta vez ocuparon ciento sesenta y dos bancas y se convirtieron en el bloque más grande de la cámara. En mayo, continuó el desfile de los triunfos na-

zis. En Oldemburgo, obtuvieron un extraordinario 48 % de los votos, mientras que en Hessen, un bastión tradicional socialdemócrata, logró un 44 %. El fantasma de una mayoría nazi estaba a la vista.[25]

Enfrentado a esta oleada de apoyo al NSDAP, Brüning se encontró navegando en mares cada vez más hostiles. Estaba convencido de que sus impopulares iniciativas económicas estaban al borde de dar sus frutos, que los signos de recuperación serían evidentes para el verano o principios del otoño, y que la popularidad de Hitler se desvanecería a medida que esa recuperación se afianzara. También esperaba obtener victorias en materia de política exterior en Lausana, donde presionaba para poner fin a las reparaciones y deudas de guerra, así como por una mayor equidad de armas en una conferencia de desarme de la Liga de las Naciones. Era imperativo, incluso ante el creciente extremismo y el incesante sufrimiento económico, mantener el rumbo. Pero su programa de austeridad no solo había perdido credibilidad entre la gente; los poderosos intereses económicos también estaban cada vez más desencantados con Brüning y sus políticas. Su fracaso a la hora de avanzar en el desmantelamiento del Estado de bienestar de Weimar había alejado a los líderes de la comunidad empresarial, sobre todo a los de la industria pesada, y el plan que había lanzado en mayo para apoderarse de fincas agrarias fatalmente endeudadas en el este, subdividirlas en pequeñas granjas y reubicar allí a los desempleados del país enfureció a los poderosos intereses agrarios cercanos al presidente del Reich. El plan del canciller, según ellos, equivalía nada menos que al «bolchevismo agrario».[26]

Pero tal vez lo más importante fue la continua incapacidad de Brüning para persuadir a Hitler para que entrara en algún tipo de relación positiva con el gobierno. Brüning, en

varias ocasiones, en 1931 y a principios de 1932, había intentado atraer a los nazis al gabinete, siempre como un socio menor y subordinado a otros partidos de coalición. Era crucial, creía, que Hitler compartiera la carga de responsabilidad del gobierno en lugar de atacarlo desde fuera. La incapacidad de Brüning para llegar a un acuerdo con los nazis fue sumamente decepcionante para la dirección de la Reichswehr. A raíz de las elecciones estatales de mayo, el general Schleicher, que había tenido un papel importante en la negociación que llevó a Brüning al poder, llegó a la conclusión de que el canciller había dejado de ser útil. Schleicher se aferraba a la ilusión de que todavía era posible incorporar a los nazis en una coalición de fuerzas de derecha que contara con el respaldo de los líderes empresariales y agrarios, el DNVP, el presidente del Reich y, más importante aún, la Reichswehr. Muy confiado en sus propias habilidades maquiavélicas, estaba convencido de que los nazis podían ser «domesticados» y utilizados con el fin de obtener apoyo popular para un nuevo régimen autoritario. Al igual que muchos líderes militares, Schleicher tendía a rechazar la retórica radical de la campaña de Hitler como mera demagogia para las masas y compartía con ellos la opinión de que Hitler era en realidad una influencia contenedora sobre los fanáticos revolucionarios de su partido.

A partir de una serie de reuniones entre bastidores con Hitler y Göring, Schleicher y otros líderes militares llegaron a la conclusión de que el NSDAP y la Reichswehr tenían varios intereses comunes. En esas conversaciones secretas, Hitler se mostró sereno y razonable, y se esforzó por destacar que el NSDAP estaba ansioso por cooperar con la Reichswehr. Después de todo, ambos estaban decididos a remodelar el Estado alemán sobre una base autoritaria y a eliminar las cláusulas sobre armamento del Tratado de Versalles.

Hitler abogó por una rápida recomposición de los militares alemanes: era música para los oídos del Alto Mando. El extremismo nazi, se autoconvencieron los líderes de la Reichswehr, fue una reacción al trato discriminatorio y a la persecución que el partido había sufrido por parte de las autoridades republicanas. Con un manejo más cuidadoso y complaciente, Hitler y los nazis podrían ser utilizados de manera productiva.[27]

Schleicher comenzó a cortejar a los nazis antes de las elecciones regionales de primavera, haciéndole saber a Hitler por diversos canales que él se había opuesto a la prohibición de las SA y creía que los días de Brüning estaban contados. En mayo, cuando Brüning preparaba otro decreto de emergencia que reduciría aún más las pensiones y otros beneficios, Schleicher convenció a Hindenburg de que había llegado el momento de despedirlo. Persuadió al presidente del Reich de que un nuevo gabinete de centroderecha podría obtener el apoyo tanto del DNVP como de los nazis, y proporcionaría una base parlamentaria de apoyo para un cambio hacia la derecha. El 29 de mayo, Hindenburg sorprendió a todos al despedir sin ceremonias al canciller que, apenas unas semanas antes, había contribuido a asegurar su reelección como presidente. Aún más sorprendente fue el nombramiento de Franz von Papen, un oscuro representante del Zentrum de la legislatura prusiana, en la Cancillería del Reich. La decisión de Hindenburg, bromeó el embajador francés André François-Poncet, fue recibida con una «incredulidad» apenas disimulada. Todos «sonrieron, dejaron escapar risitas nerviosas o lanzaron carcajadas porque Papen tenía la peculiaridad de no ser tomado en serio ni por sus amigos ni por sus enemigos». También era «considerado superficial, malicioso, engañoso, ambicioso, vanidoso, astu-

to y dado a la intriga», caracterizaciones que los hechos pronto demostrarían que eran estrictamente ciertas.[28]

Papen era un hombre vivaz y apuesto; un aristócrata católico con encanto y excelentes conexiones sociales. Casado con la hija de un acaudalado industrial de Sarre, tenía buenos contactos entre los líderes empresariales. Antes de ingresar en la política, había hecho una carrera en el ejército. Durante la guerra, había ejercido como agregado militar en México y Washington, pero fue expulsado de los Estados Unidos en 1916 por intentar sabotear los envíos militares estadounidenses a Canadá. A continuación, sirvió brevemente como comandante de batallón en Francia y luego como oficial de Estado Mayor en Turquía. Después de la guerra, se embarcó en una carrera política como miembro del Zentrum y se inclinó de inmediato por su ala de extrema derecha. A pesar de ser casi completamente desconocido, su herencia aristocrática, sus vínculos con empresarios, sus antecedentes militares y sus sentimientos antidemocráticos lo acercaron a Schleicher, quien llamaba a su creación condescendientemente «Fränzchen» («el pequeño Franz»). Era el hombre ideal para ser la cara de la transformación autoritaria del Estado alemán que Schleicher y el Alto Comando imaginaban.

El de Papen iba a ser un gobierno de convergencia nacional que estaría por encima de los partidos. El gabinete, elegido por Schleicher, estaba compuesto casi exclusivamente por aristócratas conservadores sin afiliación formal a ningún partido. No incluía ninguna figura nacional prominente ni en el gobierno ni en los negocios, y casi no tenía apoyo en el Reichstag. No importaba. Fue un gobierno que nunca tuvo la intención de contar con el apoyo popular o de los

partidos: solo contaba con el favor de Hindenburg y su entorno militar. Sus oponentes lo bautizaron desdeñosamente «el gabinete de los barones». Prácticamente todos los partidos parlamentarios, incluido el propio Zentrum de Papen, denunciaron de inmediato a este nuevo canciller impuesto al país por Hindenburg y Schleicher. Solo el DNVP de Hugenberg y el pequeño DVP, orientado hacia los empresarios, dieron un escaso respaldo al gobierno de Papen, lo que lo dejó con una base parlamentaria aún más pequeña que la de su último y poco extrañado predecesor.

La clave del éxito del nuevo gabinete sería la actitud del NSDAP. Schleicher creía que se había asegurado la cooperación, si no directamente el apoyo, de los nazis. En reuniones secretas, en mayo, había llegado a un acuerdo con Hitler o, al menos, eso pensaba. A cambio de una promesa por parte del partido de abstenerse de atacar al nuevo gobierno, Papen levantaría la prohibición de las SA y las SS, y convocaría a nuevas elecciones, dos exigencias formuladas por Hitler. Sería una política de tolerancia, una tregua que Schleicher esperaba que se convirtiera en una estrecha cooperación.

Carente de cualquier señal de apoyo público y demostrando poco interés en conseguirlo, Papen cortejó de forma abierta a los líderes empresariales e industriales. Su gobierno, afirmaba, era «la última gran oportunidad» de salvar a la empresa privada y detener la calamitosa caída de Alemania en el socialismo de Estado. Indicó que los créditos impositivos para la industria y la eliminación del carácter vinculante de los contratos salariales, dos mediadas largamente solicitadas por las empresas, estaban en camino, y prometió una fuerte reducción del gasto público en programas sociales. Como muestra de su determinación de desmantelar los programas de bienestar de Weimar, utilizó su

primer decreto de emergencia, en junio, para anunciar reducciones sustanciales a las prestaciones de desempleo y de salud, a la vez que sugería que el gasto público en ciertas áreas —en particular, transporte y construcción de viviendas— podría estimular la actividad económica en el sector privado. Estas duras medidas indignaron a los sindicalistas, pero encontraron un eco considerable en la preocupada comunidad empresarial.

Mientras enviaba señales alentadoras a las empresas, Papen también cortejaba abiertamente a la derecha política con la esperanza de atraer de una manera u otra a Hitler y al líder conservador, Hugenberg, hacia su gobierno. Tal como había acordado Schleicher con Hitler, el 16 de junio levantó la prohibición de las SA y las SS, a pesar de las fuertes objeciones de los gobiernos de varios estados, y utilizó sus poderes extraordinarios para disolver el Reichstag y convocar nuevas elecciones para el 31 de julio. Al parecer, Papen creía que las nuevas elecciones debilitarían aún más el centro y la izquierda moderados, y a la vez proporcionarían un amplio apoyo popular a sus objetivos autoritarios. «El sistema está derrumbándose», confió Goebbels alegremente a su diario. Papen podría ser canciller por ahora, pero el pueblo iba a ser convocado nuevamente a las urnas. «¡Votar, votar! Todo para el pueblo. Estamos muy felices.»[29]

Apenas se levantó la prohibición de las SA, estalló una tormenta de terrorismo político por todo el país. Las tropas de asalto volvieron a las calles y los violentos enfrentamientos con el Frente Rojo y el Reichsbanner se convirtieron en algo cotidiano. En la última quincena de junio, la policía informó de diecisiete asesinatos políticos, y durante el período previo a las elecciones del 31 se registraron no menos de ochenta y seis asesinatos y cientos de heridos. Los muertos

y heridos eran en su mayoría nazis y comunistas. «Berlín estaba en un estado de guerra civil», escribió Christopher Isherwood, el escritor inglés que estaba viviendo en la ciudad ese verano. «El odio explotó repentinamente sin previo aviso, de la nada; en las esquinas, en los restaurantes, cines, salones de baile, piscinas; a medianoche, después del desayuno, en la mitad de la tarde. Se desenvainaban cuchillos, se daban golpes con anillos con púas, con jarras de cerveza, con patas de sillas o barras de plomo; las balas rasgaban los anuncios en las columnas de carteles y rebotaban desde los techos de hierro de las letrinas.»[30]

A mediados de julio, y durante siete días, la carnicería en las calles alcanzó un *crescendo* horrible. El domingo 17 de julio unas siete mil tropas de asalto nazi entraron en la fortaleza comunista de Altona, un suburbio de clase trabajadora de Hamburgo, donde se encontraron con miles de hombres fuertemente armados del Frente Rojo. Se arrojaron piedras, hubo disparos y estalló una batalla campal en las calles. Cuando la policía finalmente restableció el orden, dieciocho personas, muchas de ellas simples transeúntes, habían muerto, y más de cien resultaron heridas. A pesar de todo el caos y el derramamiento de sangre que Alemania había sufrido desde 1929, el «domingo sangriento» fue un *shock*.[31]

El día después de los disturbios de Altona, el gobierno de Papen emitió un decreto de emergencia que prohibía todos los mítines y marchas al aire libre. La medida tuvo poco efecto. Las peleas continuaron y las bajas aumentaron. Luego, el 20 de julio, alegando que la incapacidad de las autoridades prusianas para preservar el orden público lo obligaba a actuar, Papen despidió al gobierno socialdemócrata de Prusia y se nombró a sí mismo comisario del Reich para el estado más grande de Alemania. No fue más que un golpe

de Estado apenas velado llevado a cabo contra el último bastión que quedaba de la democracia de Weimar.

Papen esperaba que este movimiento audaz —e ilegal— reafirmara sus credenciales antimarxistas y le permitiera presentarse ante la gente como un fuerte líder de la ley y el orden, y le significó elogios en los círculos conservadores y nacionalistas. Pero los partidos del centro y la izquierda moderados se opusieron a Papen y a su actuación. Incluso el DNVP y el DVP, si bien aplaudían el «golpe prusiano» del canciller, no estaban entusiasmados con montar una campaña a favor de Papen. Los nazis se mantuvieron fieles a su promesa de «tolerar» el gobierno de Papen, pero la tolerancia, insistían, no implicaba apoyo. Aunque la campaña nazi se abstuvo de atacar en forma directa a Papen, Goebbels, en un memorando secreto, advirtió a los líderes regionales del partido que «debían negarse más enérgicamente que nunca a ser relacionados con este gabinete». Los nazis ridiculizaron los decretos de emergencia del gobierno de Papen, pero el blanco principal de la campaña nazi no era él, sino «el quebrado sistema de partidos» que trataba de desviar la atención de su propia y triste historia de fracasos atacando al nuevo gobierno. Los socialdemócratas y los comunistas eran los responsables del «baño de sangre en las calles», insistían los nazis, y «la guerra civil roja» que azotaba a Alemania era «el producto de una campaña judeomarxista de asesinatos». El objetivo principal de la campaña, por lo tanto, era «destruir los grupos burgueses, infiltrarse por primera vez en las filas del Zentrum y expulsar del poder a los marxistas de una vez por todas».[32]

Durante las campañas de 1932, los nazis elevaron el tono de por sí estridente de sus manifestaciones con un registro completamente nuevo. En lugar de enfatizar la *Weltanschauung* radical del partido o los detalles de su propio y

poco preciso programa, decidieron apuntar a las fallas políticas y económicas de la democracia de Weimar. El «sistema» existente era una estafa, gritaban los nazis, y los otros partidos eran las marionetas de los grupos de presión, en particular, las grandes empresas y los grandes sindicatos. Los principales partidos —los liberales, los conservadores, los socialdemócratas— habían vendido al granjero, al tendero y al trabajador a las grandes corporaciones y a los corruptos jefes sindicales. ¿Qué había traído esta democracia sino una cadena ininterrumpida de desastres económicos, luchas sociales y una opresión internacional humillante?[33]

Hitler una vez más se lanzó a volar y llevó este mensaje a cincuenta ciudades en la última quincena de la campaña. Sus apariciones públicas fueron eventos cuidadosamente coreografiados. La RPL envió instrucciones especiales a las autoridades del partido de los lugares en los que Hitler hablaría y un equipo de avanzada revisaba el lugar, las selecciones musicales, la ruta del desfile, la seguridad y la lista de oradores preliminares (los actos de calentamiento para el *show* central). La propaganda, entendían los nazis, no consistía en transmitir información, sino emociones; era un espectáculo en el que se debía mostrar talento para el escenario. Goebbels y su equipo eran particularmente sensibles al valor de espectáculo de los eventos de campaña, sobre todo el de las apariciones públicas de Hitler. Entendían el concepto de «marca» del *marketing* y el *merchandising* asociado a ella. En cada parada durante la gira de discursos de Hitler vendían fotografías de Hitler, Goebbels, Strasser y otros altos líderes del partido, estilográficas, bufandas, colgantes, marcadores y ejemplares de *Mein Kampf* decorados con esvásticas.

La de ellos era una política de puesta en escena y ciertas consideraciones tácticas eran axiomáticas: alquilar siempre

una sala que resultara demasiado pequeña. Era mejor tener a los espectadores luchando por entrar, esperando afuera y esforzándose por escuchar que alquilar una gran sala que podía quedar solo a medio llenar. Colocar altavoces afuera para que a aquellos desafortunados que no habían podido comprar una entrada pudieran experimentar algo de la emoción que tenía lugar adentro. Siempre ofrecer actos de «precalentamiento» —o bien con líderes políticos nazis locales o bien con un orador de la lista oficial del partido— para estimular al público. La atracción principal siempre debía llegar tarde, para que la expectativa creciera hasta llegar a su punto más alto. En su puesta en escena, estas producciones nazis no se parecían a nada a nuestra vida pública actual y mucho a un concierto de *rock*. La escenografía, la elección del momento adecuado y la teatralidad eran claves.

Incluso las confrontaciones diarias y la violencia parecían formar parte del guión. Los discursos de campaña estaban destinados a provocar y eso era lo que hacían. En muchos eventos, los comunistas locales aparecían en el momento justo para cantar canciones comunistas y burlarse de los oradores nazis. Comenzaba la pelea, se rompían vidrieras y también cabezas. Luego, se discutía sobre la pelea en las tabernas y en las peluquerías durante varios días. Entre 1930 y 1933, estos enfrentamientos se convirtieron en rituales obligados, un drama con un arco narrativo discernible en el que todos, desde los nazis y las tropas de las SA y las SS hasta el Frente Rojo, sabían cuáles eran sus papeles. Era un entretenimiento, un espectáculo, y nadie quería perdérselo.

Hitler y Goebbels entendieron que, para un electorado cada vez más cínico y enojado, los detalles, los hechos, no importaban. El pueblo, estaban convencidos, no quería una discusión matizada de los problemas. El partido, por cierto, tenía minuciosos trabajos sobre todo, desde fertilizantes pa-

ra agricultores hasta asuntos de política exterior, pero esto no era lo que las campañas nazis vendían. Para quienes se molestaran en examinar las afirmaciones del partido, abundaban las contradicciones flagrantes —los nazis prometían a los granjeros precios más altos para su ganado y sus productos y, a la vez, prometían precios más bajos para los habitantes de las ciudades— que los partidos opositores nunca se cansaban de señalar.

Las promesas nazis no cuadraban, se quejaban con frustración sus exasperados oponentes. Los nazis prometían todo a todos básicamente pidiendo a las personas que creyeran que dos y dos son cinco. Tales críticas no molestaban a los nazis en lo más mínimo. O las ignoraban o les daban la vuelta: ese tipo de crítica quejosa e impotente era lo que hacía daño a la política alemana. Los otros partidos —los liberales, los conservadores, los comunistas y los socialdemócratas— estaban paralizados por el pesimismo. Solo podían retorcerse las manos, impotentes, mientras el país se hundía cada vez más en el caos y la desesperación. Solo entendían por qué las cosas no funcionaban. Pero hay momentos, según Hitler, en que las personas desesperadas y enojadas quieren que dos y dos sean cinco, y el nacionalsocialismo lo conseguiría. Habría un «triunfo de la voluntad» sobre el racionalismo ineficiente. En la atmósfera política tóxica de la Depresión, en Alemania, las murmuraciones, las calumnias, las insinuaciones y las difamaciones se convirtieron en la norma a medida que el nivel del discurso político se hundía. La verdad, los hechos, apenas importaban; solo interesaba el giro exitoso.

En sus innumerables discursos, Hitler no ofrecía soluciones políticas específicas para los aplastantes problemas económicos del país. Eso, también, se dejaba para los diarios del partido y para los documentos oficiales que pocos, den-

tro del partido o entre la gente en general, se molestaron en leer. La RPL advertía a los oradores del partido y a las organizaciones locales que no se preocuparan por los detalles. «Estas cosas no necesitan ser discutidas en la propaganda», explicaba. «Las preguntas sobre el valor del dinero, la autarquía y cuestiones financieras no tienen por qué ser tratadas en las grandes concentraciones. Son problemas técnicos que deben ser manejados por especialistas.» A los funcionarios del partido se les daban instrucciones para que se limitaran a los eslóganes de la campaña general y a los puntos de discusión desarrollados en el cuartel general.[34]

Hitler se sentía muy cómodo insistiendo sobre un tema: los fracasos criminales del ineficaz sistema de Weimar, la perfidia de los partidos parlamentarios y la determinación de los nacionalsocialistas de destruirlos a ambos. Mezclado con este ataque negativo había un mensaje positivo: la visión de una Alemania nacionalsocialista «despierta» que se iba a liberar del sometimiento internacional y desataría sus propias energías y talentos, esos que habían sido reprimidos por conflictos de clase, divisiones religiosas y lealtades regionales estrechas de miras. Hitler, y solo él, podría hacer que Alemania volviera a ser grande. Este fue el discurso básico que pronunció literalmente cientos de veces. Era un discurso que combinaba elevados llamamientos a la unidad nacional y a establecer objetivos comunes con una caricatura maliciosamente sarcástica del sistema vigente que, de manera invariable, provocaba aplausos de apoyo y risas de coincidencia entre los presentes. No era necesario ser simpatizante nazi o un nazi comprometido para ver que esta crítica a la difícil situación política de Alemania daba en el blanco.[35]

Estos temas quedaron expuestos de forma vivida en un breve discurso pronunciado por Hitler en Eberswalde en los

últimos días de julio, un discurso lo bastante importante como para que Goebbels lo filmara para distribuirlo por todo el país. Después de haberle fallado por completo al trabajador, al artesano, al tendero, al granjero durante los últimos trece años, el sistema de partidos, acusaba Hitler, no se preocupaba por hablar sobre su desempeño en el pasado, sino que prefería centrarse solo en las últimas seis semanas de la campaña y la violencia desatada. «Ellos dicen: de esas seis semanas, los nacionalsocialistas son responsables.» Cómo podía ser esto, él no lo entendía. Los nacionalsocialistas no habían nombrado a *Herr* von Papen. Eran Hindenburg y los partidos que lo apoyaban los que lo habían hecho. «Pero», pasando al remate, «incluso si así fuera, con mucho gusto me responsabilizaría por las últimas seis semanas, pero los caballeros deberían ser tan amables de asumir la responsabilidad de los últimos trece años [...]. Durante trece largos años han demostrado lo que son capaces de lograr: una nación económicamente destruida, los agricultores arruinados, la clase media sumida en la miseria; las finanzas del Reich, de los estados y de las ciudades están en ruinas, todo en bancarrota y millones de desocupados. Pueden darle todas las vueltas que quieran, *pero ellos son los responsables de todo esto*». Estas palabras provocaban siempre una tormenta de aplausos.[36]

¿Alguien realmente cree que una nación puede lograr algo que valga la pena, continuaba, cuando su «vida política está tan destrozada y mutilada como la nuestra en Alemania»? Acababa de observar las elecciones en Hessen-Nassau: «treinta y cuatro partidos», exclamó. Sus palabras destilaban sarcasmo:

> La clase obrera con su propio partido, y no solo uno, eso sería muy poco, tenían que ser tres, cuatro; la clase media, que es tan inteligente, debe tener toda-

> vía más partidos; los intereses empresariales, su partido; el granjero, su propio partido, o también dos, tres; los caballeros propietarios deben tener sus intereses políticos y filosóficos particulares representados por un partido; y naturalmente los caballeros arrendatarios no pueden ser dejados atrás; y los católicos, un partido; y los protestantes, un partido; y los bávaros, un partido; y los turingios, su propio partido; y los de Würtemberger, un partido especial extra, y así sucesivamente. Treinta y cuatro partidos en un pequeño estado y eso en un momento en que nos enfrentamos a desafíos monumentales que solo pueden resolverse si toda la fuerza de la nación se une. [...] me he puesto un objetivo y es barrer estos treinta y cuatro partidos de Alemania.

Cerró con la usual y entusiasta floritura retórica:

> No queremos ser representantes de una ocupación, de una clase, de un estado, de una religión o de una región. No. Queremos educar al alemán para que entienda que no puede haber vida sin justicia, y que no puede haber justicia sin poder, y que no puede haber poder sin fuerza, y que esa fuerza debe residir en nuestro propio pueblo.

Sorprendentemente atenuadas en los discursos de la campaña de Hitler de 1932 estaban las perversas diatribas antisemitas de años anteriores. Hitler era un fanático ideológico, y el antisemitismo estaba en el núcleo de la ideología nacionalsocialista, pero también era un estratega político astuto y frío. La ideología nazi, concluían él y su equipo, había atraído a un núcleo duro de seguidores, pequeño pero intensamente leal: entre el 3 y el 6 % del electorado que el partido había recibido durante la primera década de su oscura existencia. Pero no se podía esperar más de los llamamientos ideológicos.

Si bien Hitler pocas veces habló de manera directa sobre la «cuestión judía» durante las campañas de 1932, eso no significaba que el antisemitismo se hubiera eclipsado. Siempre estuvo ahí, a la vista. Hitler podía elevarse por encima de esa horrible retórica alimentada por el odio al dirigirse a grandes multitudes de votantes potencialmente indecisos —a fin de cuentas, se suponía que todos conocían sus puntos de vista—, pero, en la campaña, los oradores regionales del partido criticaban la influencia perniciosa de los judíos, y gran parte del material gráfico producido por la RPL (folletos, panfletos y carteles que cubrían las calles durante las campañas) mostraba los estereotipos antisemitas más repelentes. Esas imágenes, algunas lindando con lo pornográfico, eran una característica destacada del injurioso *Der Stürmer* de Julius Streicher y encontraron su lugar en el *Illustriert Beobachter* («Observador ilustrado») del partido, la contribución del NSDAP a la popular prensa gráfica del país.[37]

Para la mayoría de los alemanes, la manifestación más visible del nacionalsocialismo en su vida cotidiana era la actividad omnipresente de las SA de camisas marrones —soldados de asalto que repartían panfletos, hacían proselitismo, hacían desfiles interminables y recaudaban dinero para varias causas nacionalsocialistas— y era entre las SA donde el público encontraba las expresiones más violentas del antisemitismo nazi. Las batallas campales con los comunistas y los socialdemócratas tenían una amplia cobertura en la prensa, pero las tropas de asalto también hostigaban de manera regular a los judíos en las calles y destrozaban sus tiendas. Los cantos de batalla de las SA escupían odio contra los judíos y lanzaban amenazas terriblemente sedientas de sangre. «Afilemos los cuchillos largos en el pavimento», comenzaba una de esas canciones, «que los cuchi-

llos se hundan en el cuerpo del judío, la sangre debe fluir en torrentes y caguémonos en la libertad de esta república judía».[38]

No era que los discursos antisemitas del partido se limitaran a las audiencias de la clase media baja, como se suele suponer a menudo, sino que con frecuencia aparecían en los intentos de acercamiento de los nazis a los trabajadores, donde el antisemitismo podía entrelazarse con las diatribas anticapitalistas del partido.[39] Dirigido sobre todo a lectores de la clase trabajadora, *Der Angriff* estaba saturado de imágenes del judío como «el que mueve las cuerdas del capital internacional», y artículos con titulares como «Vote por el comunismo y los judíos» o «SPD-El partido de los judíos» aparecían con regularidad. Tan implacable era *Der Angriff* en sus ataques antisemitas que, en enero, el gobierno prusiano lo prohibió por una semana por «mostrar con desprecio a la religión judía».[40]

Los estrategas nazis veían claramente que el antisemitismo no alcanzaba para movilizar a los votantes e impulsar al partido hacia el poder. «Las personas se volvieron antisemitas porque se convirtieron en nazis», argumentó un historiador, «no al revés», y hay mucha verdad en eso.[41] Pero, sin embargo, el antisemitismo había entrado en el torrente sanguíneo de la política alemana y el hecho de que ninguno de los otros partidos se sintiera impulsado a desafiar a los nazis por su brutal hostigamiento a los judíos es en sí mismo revelador. Todos los partidos importantes, excepto los conservadores, que buscaban explotarlo para sus propios fines, condenaron el antisemitismo nazi y luego pasaron a ocuparse de problemas más apremiantes. Los comunistas y los socialdemócratas rechazaron rápidamente el antisemitismo como una demagogia superficial destinada a desviar la atención de la naturaleza reaccionaria del nacionalsocialis-

mo, mientras que el DDP, liberal de izquierda, el partido elegido por muchos judíos de clase media, le restaba importancia al antisemitismo al considerarlo «un fuego hecho de paja: hace una llama brillante pero se apaga de inmediato». [42] Los liberales de izquierda simplemente no creían que fuese un problema que debiera ser tomado en serio. Inquieta pensar que hayan podido calcular que, a fin de cuentas, no ganarían ningún voto al hacerlo.

El 31 de julio, el NSDAP obtuvo el 38,8 % de los votos. Los partidos principales del centro y la derecha —los del sistema tan vilipendiados por Hitler— sufrieron pérdidas impresionantes, ya que sus votantes se sumaron al NSDAP en tropel. Juntos, los partidos liberales lograron obtener solo el 2 % de los votos, los conservadores un mero 5,9 % y la serie de partidos de grupos de interés regionales y enfocados en un solo tema vio cómo su voto se desplomaba al 3 %. Del otro lado del espectro social, los socialdemócratas sufrieron también graves pérdidas y cayeron del 24,5 % en 1930 al 20,4 %, mientras que el voto comunista subió del 13,1 % al 14,3 %. El NSDAP, un partido que apenas cuatro años antes había sido incapaz de atraer siquiera el 3 % del electorado, se había convertido en el partido más grande de Alemania. Fue el ascenso más espectacular de la historia política moderna. El hombre de bigote raro (a los alemanes también les resultaba extraño), marcado acento austríaco, gramática espantosa y extravagantes costumbres, el marginado inelegible ridiculizado por la prensa nacional y la intelectualidad berlinesa se encontraba increíblemente en el umbral del poder.

Analistas contemporáneos, opositores políticos y muchos historiadores posteriores estaban convencidos de que la oleada, en apariencia imparable, de apoyo nacionalsocialista

podía explicarse como una «rebelión de la clase media baja», un movimiento de personas sin educación, de movilidad descendente y económicamente marginales que después de 1928 habían abandonado los partidos tradicionales moderados de la derecha y el centro. Impulsados por la desesperación económica y temerosos de la «proletarización», según este argumento, los resentidos y asustados «hombres pequeños» de la sociedad alemana acudieron al NSDAP. Es cierto que la base del apoyo nazi se encontraba entre los tenderos, los pequeños granjeros, los maestros de escuela y los empleados de la asediada *Mittelstand*, pero para 1932 el NSDAP estaba lejos de ser el partido de la clase media baja.

Los nazis siempre rechazaron con vehemencia esas caracterizaciones y afirmaron que el nacionalsocialismo representaba «una nueva síntesis política de corrientes en apariencia antagónicas y contradictorias».[43] Era, según ellos, un *Volksbewegung*, un movimiento popular que estaba por encima de la clase, la región y la religión y, como tal, una novedad en la cultura política alemana. Los otros partidos se burlaban. Casi todos sostenían que eran *Volksparteien* (partidos populares); prácticamente todos invocaban «la comunidad del pueblo» mucho antes de que el NSDAP se apropiara del término. Lo sorprendente —y desconcertante— para los contemporáneos era el hecho de que los nazis *realmente intentaron traducir ese reclamo en una realidad política* para movilizar el apoyo de todos los sectores de la sociedad alemana, de cada grupo ocupacional y demográfico, de cada región y de poblaciones tanto protestantes como católicas. El partido organizó importantes campañas para reclutar no solo al pequeño comerciante y granjero, sino también al jornalero y al obrero siderúrgico, en las que atacaba al mismo tiempo tanto al socialismo marxista como al capitalismo corporativo a gran escala.

Según las bien establecidas tradiciones de la cultura política alemana, los partidos hacían pocos esfuerzos por cruzar las fronteras sociales para conseguir apoyo. Los de la izquierda atraían a los trabajadores, y los liberales y conservadores, a la clase media. Esa práctica, que se remontaba al período guillermino, se vio exacerbada por el sistema electoral de Weimar. Si un partido conseguía sesenta mil votos en uno de los treinta y cinco distritos electorales del país, obtenía un escaño en el Reichstag, y por cada sesenta mil adicionales que obtuviese en todo el país, se aseguraba su base, que era el objetivo de todas las campañas. Si un partido recogía votos aquí y allá por encima de esa base, por supuesto era algo bien recibido, pero lo importante era asegurar esa base. Por lo tanto, los partidos de la clase media —los liberales, los conservadores y la plétora de partidos que representaban grupos de interés— estaban sobre todo determinados a ubicarse como defensores firmes de los intereses de la clase media contra la amenaza de la izquierda marxista. De manera similar, los socialdemócratas y los comunistas competían de modo feroz por el voto obrero, pero hacían pocos esfuerzos por obtener el apoyo de la burguesía descontenta. Solo Zentrum, cuyo atractivo se basaba en la filiación religiosa, trataba de abarcar la gran división social de la política alemana, pero casi exclusivamente dentro de la comunidad católica.

Desde el principio, el NSDAP se negó a seguir los caminos trillados de la política alemana. Los nazis trazaron un curso radicalmente nuevo y siguieron una estrategia general que buscaba obtener apoyo a lo largo de todo el espectro social y cultural. El resultado fue una incertidumbre considerable en cuanto a la ubicación adecuada del partido en el panorama político: ¿era un partido de la derecha reaccionaria, como sostenían los comunistas y los socialdemócratas,

o, como decían los conservadores, un partido de la izquierda socialista? Incluso dentro de las propias filas del NSDAP, los funcionarios locales del partido a menudo mostraban confusión acerca del lugar social del movimiento. «¿Somos un partido de obreros o de clase media?» preguntó un miembro perplejo del NSDAP de Stuttgart a su líder regional en 1923. La pregunta podría haberse vuelto a plantear también diez años después.[44]

Al seguir esta estrategia generalizadora, los nazis tenían dos importantes ventajas. A diferencia de los otros partidos, el NSDAP no estaba asociado con ningún grupo de intereses económicos claramente definidos ni cargaba con la responsabilidad de gobierno en el desacreditado sistema de Weimar. No se lo podía culpar de ninguna política fallida o medida impopular. Los comunistas también se mantuvieron al margen, liberados de la mácula de haber participado en el ahora totalmente desacreditado gobierno de Weimar, pero mientras que el KPD continuó limitándose a buscar adeptos dentro de la clase trabajadora, los nazis extendieron sus redes. El atractivo singular del NSDAP que le permitió superar las divisiones tradicionales de la política alemana era que, en efecto, se trataba de un partido popular. Esto, sumado a su constante insistencia en que estaba más allá de los intereses particulares, le dio una gran credibilidad ante una población cada vez más desesperada. También facilitaba que asumieran el papel del marginal valiente que lucha contra la destructiva corrupción y la tendencia a la división del sistema. Solo ellos podrían dar voz a la protesta de las masas enfurecidas con el *establishment* fallido. Mientras los otros partidos hablaban, el NSDAP se proyectaba a sí mismo como un grupo de acción, de dinamismo y energía. Los nazis iban a cumplir con sus objetivos. Y Hitler, el principal candidato contrario al *establishment*, podía postularse como el

idealista inmaculado en guerra con las camarillas de Berlín, los opresores extranjeros, los estafadores del mercado bursátil y los grupos de presión, un papel que desempeñó con consumada habilidad.

El NSDAP que surgió triunfante de las elecciones de 1932 era mucho más que un partido de *déclassés* enojados y pequeñoburgueses inadaptados. Entre 1929 y 1933, Hitler logró atraer seguidores de una variedad demográfica sin precedentes al obtener el apoyo de elementos de la clase alta adinerada, de la fuerza laboral de los obreros y de la clase media baja tanto en la ciudad como en el campo. Para sorpresa de muchos, el partido había tenido un éxito inesperado en los barrios acomodados de la clase media alta y entre los funcionarios de rangos superiores. Y, lo que era más notable y sin precedentes, había encontrado un apoyo considerable dentro de la clase obrera alemana, a la que muchos, tanto entonces como después y por décadas, consideraban inmune a los atractivos de los nazis. Aunque los nazis demostraron ser incapaces de penetrar con fuerza en los bastiones industriales del SPD y del KPD, sí lograron atraer a un número considerable de seguidores entre trabajadores de artesanías, manufactura a pequeña escala y agricultura. Estos trabajadores por lo general estaban contratados en pequeñas plantas, en empresas del gobierno o en el campo, y rara vez se incorporaban a las filas de los obreros sindicalizados. Se ha estimado que hasta un 40 % del voto nacionalsocialista en 1932 provenía de estos miembros de la clase trabajadora.[45] A pesar de los esfuerzos sostenidos por conquistar a la Iglesia y su rebaño (como un acto de piedad religiosa, las SA en muchas ciudades marchaban con su uniforme hacia las iglesias), los nazis continuaron teniendo problemas en las áreas católicas. Como informó el frustrado *Gauleiter* de Colonia-Aachen en marzo de 1932, «la efectivi-

dad de nuestro trabajo se vio obstaculizada por las actividades sistemáticas en contra llevadas adelante por el clero católico, que [...] procedió a proclamar desde el confesionario, desde el púlpito y en la prensa que los católicos no podían trabajar para los nacionalsocialistas ni votar por ellos si querían recibir los santos sacramentos». El clero continuó considerando el nacionalsocialismo como un movimiento pagano, antirreligioso y anti-Iglesia y, al hacerlo, se quejaba el *Gauleiter*, «han hecho las acusaciones más increíbles». No obstante, en 1932, el apoyo al partido entre los católicos iba en aumento, pero no era una tarea terminada.[46]

Desde los primeros días del partido, el NSDAP había proyectado de forma implacable una imagen de dinamismo juvenil y se había proclamado «el partido de la joven Alemania». Sus líderes, teniendo en cuenta los estándares alemanes, eran jóvenes: Goebbels tenía 34 años; Himmler, 32; Göring, 39; Röhm, 45; Hitler, 41; Gregor Strasser, 40; Rosenberg, 39. El 60 % de los diputados del Reichstag del partido en 1930 tenían menos de 40, en comparación con el 10 % del SPD. Sus afiliados también eran jóvenes. De los setecientos veinte mil nuevos miembros que se unieron entre 1930 y 1933, el 43 % tenían entre 18 y 30, y el 27 % tenía entre 30 y 40.[47] Entre 1930 y 1932, el partido logró avances impresionantes en las elecciones estudiantiles en varias universidades alemanas. También estableció una organización juvenil para varones de 16 a 18 años, que en 1932 pasaría a convertirse en las Juventudes Hitlerianas (Hitlerjugend o JH), y una organización similar para niñas, la Liga de Muchachas Alemanas (Bund deutscher Mädel o BdM).[48]

Al mismo tiempo, realizaron un esfuerzo sistemático, sostenido y sorprendentemente exitoso por atraer a los alemanes de más edad hacia la causa, en especial a los jubilados, las viudas y los veteranos. Desde 1930 habían arremetido de

modo implacable contra el programa de austeridad de Brüning advirtiendo a los votantes mayores que conduciría a una reducción de sus beneficios en materia de salud y pensiones, una afirmación a la que el primer decreto de emergencia del gobierno en julio de 1930 le dio mayor credibilidad. En cada campaña regional y nacional de 1932, acusaron a los gobiernos de Brüning y Papen de intentar equilibrar el presupuesto reduciendo de manera drástica las prestaciones de los veteranos, en particular de los que habían quedado discapacitados, y de los jubilados. Los recortes más profundos se produjeron tras el decreto de emergencia de Papen del 14 de junio, ante el cual, los nazis exigieron ruidosamente la restauración de los fondos. «De un plumazo», el canciller, actuando por decreto de emergencia, «les quitó los derechos a los jubilados» y redujo sus prestaciones a poco más que «centavos de mendigo». Se enfurecieron contra la fría insensibilidad de un sistema que estafaba a los más vulnerables de la sociedad, al tiempo que otorgaba ventajas fiscales a los ricos. Millones de alemanes comunes y corrientes habían «ahorrado y pagado durante décadas para tener una jubilación segura», solo para ser esquilmados por un gobierno sin corazón y por los inútiles partidos de la clase media que «ya no tienen ni la fuerza ni la voluntad de ayudarlos». Solo el NSDAP podría salvar a los jubilados y a los héroes discapacitados de la Gran Guerra. Los nazis no solo iban a preservar las prestaciones de la jubilación y la salud, sino que aumentarían los pagos y los servicios. La estrategia valió la pena. En 1932, el «partido de la juventud» obtuvo un considerable apoyo de temerosos alemanes mayores que intentaban mantenerse a flote.[49]

Incluso las mujeres, que habían sido el grupo demográfico más reacio a abrazar al partido, viraban hacia él cada vez en mayor número.

En julio de 1931, el NSDAP creó su propia asociación nacional de mujeres, la Organización de Mujeres Nacionalsocialistas (Nationalsozialistische Frauenschaft o NS-F). La NS-F, tal como lo establecía su primera declaración de principios, representaba «el espíritu de una mujer alemana que tiene sus raíces en Dios, la naturaleza, la familia, la nación y la patria». Aunque tendió a carecer de fondos suficientes y encontró resistencia por parte de los líderes regionales del partido, el NSDAP prodigó cada vez más atención a su nueva organización, en particular durante las campañas de 1932. El partido buscó movilizar a las mujeres de clase media con estrategias que incluían la promesa de un apoyo a los valores religiosos y culturales tradicionales de *Kinder, Kirche, und Küche* («hijos, iglesia y cocina»). Al dirigirse a las trabajadoras, atacaba la «falsa liberación» de la mujer propugnada por Weimar, que simplemente las había expuesto a una explotación desvergonzada por parte de los codiciosos capitalistas y las había privado de su papel más preciado, el de esposas y madres. El nacionalsocialismo restauraría el honor de las mujeres, quienes, seguras en su esfera doméstica, tendrían un papel central en la creación del Tercer Reich. Los nazis, como dijo de manera muy convincente una historiadora, les estaban ofreciendo emanciparse de la emancipación.[50] «La mujer juzga las cosas principalmente con el corazón», afirmó una líder de mujeres nazis. «Para ella, no son las consideraciones lógicas y puramente razonadas las que son decisivas, sino el reconocimiento intuitivo del valor moral y espiritual de una persona o una idea. [...] Al mismo tiempo, la mujer quiere ser instruida y elevada, ya sea por la palabra hablada como por la escrita.»[51]

Estos esfuerzos no carecieron de efectos. Aunque las mujeres todavía tendían a favorecer a partidos con una fuerte orientación religiosa y eran pocas las afiliadas al Partido Nazi, el NSDAP logró enormes avances con las votantes después de 1930, sobre todo en 1932. En aquellas áreas donde los votos eran tabulados por sexo, las mujeres por primera vez superaron en número a los hombres en el electorado nazi en las áreas protestantes, pero aún quedaban rezagadas en los distritos católicos. En lucha contra las acusaciones de misoginia, los nazis descubrieron que las mujeres, no menos que los hombres, estaban desilusionadas con los errores del sistema y buscaban alternativas.[52]

Para el verano de 1932, el NSDAP podía afirmar, con cierta credibilidad, que era lo que siempre dijo ser: un genuino partido popular. Aunque el núcleo duro de sus seguidores estaba compuesto abrumadoramente por elementos de la clase media baja, lo que hizo del partido una fuerza política tan poderosa fue su capacidad para, en un período de grave crisis económica y política, ir más allá de ese nicho limitado de apoyo y movilizar a votantes descontentos de una sorprendente variedad de grupos sociales y demográficos. Alemania nunca había visto nada igual.

Pero había un problema al acecho detrás de los espectaculares números electorales del partido. Al ser un partido amplio que reunía diferentes grupos con diversas protestas, sus muy diversos seguidores constituían una muy inestable mezcla política. Goebbels reconocía que los millones que acudieron en masa al NSDAP no lo hicieron atraídos por un compromiso con la ideología nacionalsocialista, con la «idea» de la causa. Lo que mantenía unida a esa heterogénea cantidad de seguidores era la convicción de que el sistema político alemán estaba roto, que sus instituciones eran irremediablemente disfuncionales y que sus principales par-

tidos eran ineficaces y estaban fatalmente contaminados por haber participado en un momento u otro de algún desventurado gobierno. Ubicado como el más implacablemente militante e intransigente crítico de Weimar, el NSDAP movilizó con habilidad ese sentido de protesta en cada una de las elecciones de la época de la Depresión. ¿Por qué no dejar que Hitler tuviera su oportunidad?, pensaba mucha gente. Tal vez los nazis pudieran sacudir las cosas, hacer que funcionaran. Y, de todos modos, ¿cómo podrían ser peores que aquellos que habían ejercido el poder y metido a Alemania en esta situación tan terrible?

Manipular esta ira y ansiedad profundamente arraigada le había resultado útil al partido a corto plazo, pero mantener controlado un enorme electorado socialmente diverso y unido menos por un compromiso con la ideología nazi que por protestas y promesas vagas, y muchas veces contradictorias, de cambios «radicales» iba a convertirse en un problema si el partido no llegaba pronto al poder. Los líderes nazis entendieron los potenciales peligros de la posición del partido. Como Goebbels señaló en su diario en plena euforia tras el mayor triunfo del partido, «ahora debemos llegar al poder y aniquilar el marxismo. De una u otra forma. Algo tiene que suceder. El tiempo para hablar se ha terminado. ¡Ahora, acción!».[53]

6

Los nazis chocan contra un muro

En los emocionantes días de finales de verano, Hitler parecía estar en el umbral del poder. Toda la lógica parlamentaria dictaba que, como líder del partido más grande del Reichstag, sería convocado para formar un gobierno. En las filas del partido, la expectativa por la tan esperada «toma del poder» era enorme. Las tropas de asalto estaban tensas, listas para la acción. A muchas unidades se les había dado órdenes específicas para que iniciaran las acciones: apenas se anunciara el nombramiento de Hitler, había que tomar estaciones de radio, juzgados y edificios municipales. Los funcionarios políticos del partido estaban como embriagados por la expectativa. Finalmente, después de años de lucha, el poder estaba casi al alcance de la mano.

Y, sin embargo, por debajo de los titulares triunfalistas del *Völkischer Beobachter* fluía una corriente subterránea de palpable nerviosismo. El partido había ganado casi el 38 %

de los votos y se había convertido en el más grande de Alemania. Sus trece millones de votos duplicaron con creces sus totales de 1930 y doscientos treinta diputados nazis con camisas pardas entrarían en el Reichstag cuando se reuniera; eran más que los comunistas y los socialdemócratas juntos. Pero las expectativas se habían disparado de manera tan poco realista que muchos en el partido sentían una punzada de innegable decepción. Habían logrado convencerse a sí mismos de que el partido podría alcanzar una mayoría absoluta, algo que ningún partido alemán había logrado antes, y, por más impresionantes que resultaran los trece millones de votos, apenas habían movido la aguja respecto de los resultados del NSDAP en la última vuelta de elecciones presidenciales. El partido obtuvo apenas trescientos mil votos más que en abril, «una pequeña bagatela», reflexionó Goebbels. Los marxistas habían logrado avances y quedaron por delante de los nazis en Berlín. ¿Podía ser que el monstruo nazi finalmente chocara contra un muro, que el partido hubiera alcanzado el techo de su atractivo para las masas? Algunos dentro de la jerarquía, por ejemplo, Strasser, pensaban que sí; Papen y Schleicher anhelaban que así fuera. Un Hitler vulnerable, pensaban, podría estar más dispuesto a establecer un compromiso en las próximas negociaciones.

Hitler pasó los primeros días de agosto en su retiro de montaña en el Obersalzberg a la espera de novedades, consultando con su círculo íntimo y tramando estrategias. Los mensajeros iban y venían. Circulaban rumores de intrigas. Se esperaba una llamada de Berlín desde la oficina del presidente del Reich en cualquier momento. «Grandes expectativas flotaban en el aire», escribió Goebbels. «Todo el partido está listo para tomar el poder. Las SA están dejando sus lugares de trabajo para prepararse para esto. Nuestros líderes políticos se están preparando para el gran momento. Si las

cosas van bien, todo estará bien. Si no», reflexionaba un preocupado Goebbels, «será un revés terrible».[1]

Hitler estaba decidido a no aceptar nada que no fuera ser canciller de un gobierno presidencial, armada con el poder de los decretos de emergencia, libre de los incómodos inconvenientes de la política parlamentaria. También exigiría que se nombrara a un nacionalsocialista como ministro presidente de Prusia, como ministro del Interior (y, por lo tanto, de la policía) tanto en el Reich como en Prusia, como ministro de Justicia (y, por ende, de los tribunales), de Agricultura, de Aviación, y que se creara un nuevo Ministerio de «Educación Popular». Evaluó posibles candidatos para ocupar esos cargos y repasó los planes para asumir el poder. Insistiría en una «ley habilitante» (*Ermächtigungsgesetz*) para gobernar sin interferencia del Reichstag. «Una vez que lleguemos al poder», escribió Goebbels proféticamente en su diario, «no lo abandonaremos hasta que nuestros cadáveres sean sacados del cargo».[2]

Strasser tenía serias dudas sobre este curso de acción. No se podía hacer nada más con la propaganda y la movilización masiva. El partido finalmente había agotado su potencial electoral, temía, y había llegado el momento de considerar entrar en un gobierno de coalición. Hitler debería estar abierto a formar parte de un gabinete, incluso como vicecanciller. Adoptar una línea dura respecto de la Cancillería era un grave error. La estrategia del «todo o nada» de Hitler llevaría al partido a una zanja. Si el NSDAP, una vez alcanzados los límites de su potencial electoral, permanecía en una oposición infructuosa, perdería credibilidad no solo entre sus afiliados, sino también entre los millones que habían votado a los nazis esperando algún impacto inmediato en el gobierno. La suya era, sin duda, una visión minoritaria. Las llamadas telefónicas y los emisarios de Berlín traían noticias

y rumores casi a cada hora. El Zentrum había sondeado la posibilidad de una coalición con los nazis que comandaría una mayoría en el Reichstag. Strasser estaba interesado en las posibilidades de ese arreglo, pero Hitler era escéptico y las desconfianzas en ambos partidos resultaron imposibles de superar. La confianza era débil en todos los terrenos. Se sabía que Hitler iba a exigir ser canciller «con plenos poderes gubernamentales», pero también era sabido que Hindenburg se oponía firmemente a ese nombramiento. Sin inmutarse, Papen y Schleicher, en ese momento ministro de Defensa, estaban ansiosos por atraer a Hitler al gobierno y tenían la esperanza de lograr persuadirlo para que ocupara el cargo de vicecanciller en un reconstituido gabinete de Papen.

Los acontecimientos se sucedían con rapidez. El 6 de agosto, Schleicher invitó a Hitler a reunirse con él en una instalación militar al norte de Berlín y el general se mostró receptivo a las exigencias de Hitler acerca de ser nombrado canciller, pero le advirtió que podría haber problemas con el presidente del Reich. Y en efecto los hubo. Cuando, unos días después, Schleicher le planteó a Hindenburg la posibilidad de contar con Hitler en un nuevo gobierno de coalición, el anciano la descartó de plano. Aún resentido por las amargas campañas presidenciales de la primavera, Hindenburg declaró que su decisión era inalterable. El 10 de agosto, Papen probó suerte con el presidente del Reich y sugirió la posibilidad de que Hitler ocupara la Cancillería, tal vez al frente de una mayoría nacionalsocialista-Zentrum en el Reichstag. Hindenburg no quiso saber nada. Él nunca iba a convertir a ese repugnante «cabo bohemio» en canciller del Reich.

Las febriles negociaciones continuaron. Las calles del barrio del gobierno estaban llenas de multitudes expectantes.

Los periódicos de Berlín bullían con especulaciones sobre diferentes combinaciones. Pronto habría que tomar una decisión. Mientras tanto, las SA de Berlín hacían los preparativos para una toma de la ciudad. «Las SA se están reuniendo alrededor de Berlín», anotó Goebbels. «Eso hace que los caballeros se pongan nerviosos» y «eso», se ufanó, «es el propósito de la maniobra».[3]

Röhm, haciendo de emisario de Hitler, se reunió con Schleicher y Papen el 12 de agosto. La oposición al nombramiento de Hitler, según informó Röhm al propio Hitler, parecía ser muy dura; Hindenburg tomaría una decisión muy pronto. Era hora de que el Führer y su séquito fueran a Berlín. Antes de que terminara el día, una larga caravana de automóviles negros partió de Obersalzberg rumbo a la capital. Algunos funcionarios del partido se adelantaron en tren, pero Hitler prefirió el largo viaje en automóvil. Llegó en plena noche y decidió quedarse en la casa de campo de Goebbels ubicada en las afueras de la ciudad, en Caputh, un pueblo junto al lago donde, entre otras luminarias, Albert Einstein tenía una casa de vacaciones. «El Führer se enfrenta a algunas decisiones difíciles», escribió Goebbels esa noche mientras lo observaba pasear por la terraza de la villa. «Sin poder absoluto no puede dominar la situación. Si no recibe el poder total, debe rechazar la oferta.» Pero, si se negaba, habría «una gran depresión en el movimiento y en el electorado». Después de todo, el partido tenía «solo esta bala en el cargador».[4]

Hitler entendía ese juego de apuestas altas que estaba jugando. Por un lado, entrar en un gabinete de Papen sin duda alejaría a los radicales del partido, especialmente los de las impacientes SA, cuyas tropas de asalto estaban listas para la acción contra los marxistas y contra los reaccionarios. Por otro lado, al negarse a incorporarse a un gobierno de

coalición, se arriesgaba a socavar su credibilidad en el recién ampliado electorado del partido. Muchos, es más, la mayoría de los que los habían votado el 31 de julio, se daba cuenta Goebbels, no eran firmes nacionalsocialistas atraídos por el NSDAP por convicción ideológica, sino votantes hartos del paralizado «sistema de Weimar». Ellos esperaban un cambio, un cambio rápido. ¿Lo entenderían?

A pesar de las insistentes advertencias de Strasser sobre el fracaso de no entrar en un gobierno de coalición, Hitler nunca consideró seriamente esa alternativa. Si aceptaba unirse al gabinete como vicecanciller, sería una figura disminuida y se vincularía precisamente con el «gabinete de los barones» reaccionario contra el que había actuado tan enérgicamente. La «mística del *Führer*» que él había cultivado con tanto cuidado terminaría destrozada, y él sería explotado por Papen, Schleicher y los reaccionarios que detestaba. Sería aislado en el gabinete y reducido al papel de «promotor» para ganar un apoyo de masas para un gobierno que, sin él, no lo tenía. Era un papel que no iba a desempeñar. «Hitler bajo Papen», resopló Goebbels, es «un absurdo grotesco».[5]

En la mañana del día 13, Hitler, acompañado por Göring y Röhm, se reunió primero con Schleicher y luego con Papen. Ambos transmitían el mismo mensaje: estaban decididos a dejar de lado la Constitución de Weimar e instalar un gobierno autoritario, y querían su ayuda. Pero, por el momento, que Hitler fuera canciller ni se planteaba. Hindenburg se oponía por completo. Papen insinuó que, si Hitler se incorporaba al gabinete en ese momento, su hora llegaría pronto. Incluso sugirió que, después de barrer los restos de la república fallida y de instalar un régimen autoritario, le cedería la Cancillería. Podría ser una cuestión de meses, quizás incluso semanas. Pero la cooperación de Hitler en

ese momento era esencial. Debía demostrar su voluntad de trabajar juntos y un sentido de responsabilidad política incorporándose al gabinete conservador. La oposición de Hindenburg al nombramiento de Hitler podría entonces superarse. Hitler se negó de manera rotunda y la entrevista, por momentos acalorada, llegó a su fin.

Por la tarde, un frustrado y enojado Hitler fue convocado para una audiencia con el presidente del Reich. Él era reacio a ir, ya que sabía por los emisarios que Hindenburg ya había decidido no tenerlo en cuenta. Papen seguiría siendo canciller. Pero Hindenburg quería discutir el asunto con Hitler una última vez. Tal vez podría convencerlo de formar parte del gobierno existente o, al menos, de cooperar con Papen. O tal vez Hitler, con sus poderosas habilidades oratorias y su magnetismo personal, podría persuadir al viejo mariscal de campo de superar sus reservas y nombrar un gobierno nacionalsocialista después de todo.

En la reunión en el Palacio Presidencial, Hindenburg no logró avanzar. Hitler respondió que ocupar un cargo en el gobierno de Papen era impensable y renovó su exigencia de tener el «liderazgo del Estado en toda su extensión». Sobre esto, Hindenburg se mantuvo inflexible. No podría responder «ante Dios, su conciencia y la patria», le dijo a Hitler, «si le entregaba todo el poder del gobierno a un solo partido y, sobre todo, a uno tan intolerante con quienes tuvieran puntos de vista diferentes a los de él». Temía que «un gabinete presidencial encabezado por usted se convertiría de modo inevitable en una dictadura del partido [...], algo que nunca podría reconciliar con mi juramento y mi conciencia».[6]

Hitler salió de la reunión enfurecido. Todo el asunto había sido una trampa armada por Papen para humillarlo, para ponerlo en su lugar. «La idea del Führer como vicecanci-

ller de un gabinete burgués es demasiado grotesca como para ser tomada en serio», se burló Goebbels después de que Hitler regresara de la reunión. El partido, después de su sensacional victoria electoral, volvería a ser oposición. Esa noche, Hitler y Röhm informaron a los decepcionados líderes de las SA de cómo estaban las cosas con la esperanza de desactivar una situación potencialmente explosiva. Esa, según registró Goebbels, no sería una tarea fácil. «Quién sabe si las unidades [de las SA] podrán mantenerse unidas. Nada es más difícil que decirles a tropas ya seguras de la victoria que esta victoria se ha convertido en nada.»[7] Tenían buenas razones para estar nerviosos.

Si bien este debate ocupó a Hitler y a los demás dirigentes durante la última parte del verano y comienzos del otoño, los informes mensuales de actividad provenientes de los agentes regionales de propaganda del NSDAP dejaron pocas dudas acerca del impacto de la decisión de Hitler en la atracción popular hacia el partido. En su informe mensual de situación de agosto, la RPL reconoció sobriamente que la negativa de Hitler a incorporarse al gabinete había generado considerables problemas entre los miembros del partido y el electorado, y predijo serias dificultades para el NSDAP en cualquier campaña venidera. El estado de ánimo predominante «podría expresarse con las palabras: "Esta vez voté por Hitler y una vez más no ha sucedido nada. La próxima vez no lo votaré"».[8] El mensaje del aparato propagandístico de base del partido era inequívoco y, a la vez, inquietante.

Otro problema, más inmediato e igual de molesto, se le presentó a Hitler después de las elecciones de julio. Si muchos votantes de clase media estaban desilusionados con su negativa a incorporarse al gobierno, los militantes impacientes del partido, sobre todo dentro de las SA, se sintieron

frustrados porque no se había dado la «orden de ponerse en marcha» para la acción. Estaban listos para asaltar las almenas de la moribunda república y no podían entender por qué los dirigentes se habían alejado de la confrontación violenta.[9]

Durante la campaña de julio, la ola brutal de terror político que sacudió Alemania desde 1928 había estallado con una furia sin igual, y la violencia no cesó una vez finalizada la campaña. En la primera semana de agosto, mientras Hitler y los líderes consultaban y negociaban, las frustradas unidades de las SA, amargamente decepcionadas por el fracaso del partido para tomar el poder, desencadenaron una feroz campaña de terror en toda Prusia Oriental y Silesia. La ola de bombas, tiroteos e incendios provocados comenzó el 1 de agosto en Königsberg. Grupos de hombres de las SA, que actuaban por iniciativa propia convencidos de que solo la acción revolucionaria podía empujar al NSDAP al poder, dieron lugar a una escalada de violencia política que aterrorizó a toda la ciudad. En cuestión de horas, el terror se extendió más allá de la capital de Prusia Oriental y abarcó toda la provincia. El 2 de agosto, en Silesia también estalló la violencia cuando las unidades de las SA, en su mayoría siguiendo órdenes de sus líderes regionales y de distrito, atacaron las sedes sindicales, las cooperativas de consumidores, los grandes almacenes, las oficinas de los periódicos, los bancos e incluso una comisaría de policía. Sus objetivos no eran solo los socialdemócratas y los comunistas, sino también ciudadanos prominentemente asociados con el Zentrum, así como liberales y conservadores. Los matones de las SA atacaron a judíos, polacos y a otros identificados como enemigos del partido, lo que llevó el de por sí alto grado de violencia política a niveles sin precedentes. El 9 de agosto, el gobierno del Reich finalmente tomó medidas. Papen

dictó dos decretos de emergencia para hacer frente a la escalada de violencia política en los que se endurecían las penas por acciones terroristas y se creaban tribunales especiales para juzgar los casos derivados de los nuevos decretos. Las condenas por asesinato político serían castigadas con la pena de muerte y, según dejó claro Papen, los tribunales especiales actuarían con rapidez.

Aunque docenas de personas murieron o resultaron heridas en los primeros diez días de agosto, un episodio especialmente cruel concentró la atención de la gente en toda Alemania. En el pequeño pueblo de Potempa, en Silesia, una banda de borrachos de las SA irrumpió en la casa de un obrero polaco desempleado con inclinaciones comunistas y lo golpearon hasta matarlo mientras su familia miraba horrorizada. El asesinato de Potempa recibió una amplia cobertura nacional, sobre todo porque el juicio a los agresores de las SA fue el primero bajo la nueva ley antiterrorista. Las pruebas eran abrumadoras y los acusados fueron condenados de inmediato. El 22 de agosto, cinco recibieron sentencia de muerte. Con la atención de la nación puesta en el juicio, Hitler, en una jugada que conmocionó a muchos, incluso a la usualmente solidaria derecha, envió un telegrama público a los condenados en el que deploraba «este veredicto de sangre monstruoso» y expresaba su solidaridad con ellos. «A partir de este momento», escribió, «vuestra libertad es una cuestión de honor para nosotros; es nuestro deber luchar contra un régimen bajo el cual algo así es posible».[10]

En una entrevista unos días después del veredicto, Hitler continuó afirmando que las acciones violentas de las SA eran actos justificables de autodefensa y venganza por los camaradas asesinados por la izquierda. «La cantidad de actos terroristas de los partidos marxistas contra nuestro mo-

vimiento es de decenas y decenas de miles. El número de muertos supera los trescientos, el número de nuestros heridos en el último año fue superior a seis mil, y en este año, en siete meses y medio, ya supera los ocho mil doscientos. [...] no se nos va a quitar el derecho de defensa propia con frases estúpidas como "la ley y el orden".» Una semana más tarde, dio un anticipo siniestro de lo que sería la ley bajo un régimen nacionalsocialista: «Me niego a comprender cómo cinco nacionalsocialistas pueden ser enviados a la guillotina a causa de un insurgente polaco que luchó contra nuestros hermanos alemanes en Silesia». Para Hitler y el movimiento nacionalsocialista, «quien lucha y vive, pelea y, si hace falta, muere por Alemania tiene todos los derechos; cualquiera que se vuelva contra Alemania no tiene derechos en absoluto».[11]

El desafiante apoyo de Hitler a los asesinos de Potempa y, de hecho, a todos los hechos de violencia de las SA en el este fue un vívido reflejo de su profunda inquietud acerca de la lealtad de las SA a finales del verano de 1932. También resaltaba un dilema creciente para el partido. Hasta cierto punto, las autoridades y la prensa conservadora, aunque deploraban estas violaciones del orden público, tendían a aceptar las afirmaciones nazis de que los radicales izquierdistas eran responsables del derramamiento de sangre y el caos. Pero la violencia de las SA en el este incluyó fuertes ataques a los conservadores, a los moderados, incluso a la policía. Los alemanes de clase media que habían visto anteriormente a los nazis como defensores de la ley y el orden encontraron difícil de aceptar esta explosión de violencia y el subsiguiente apoyo del partido. Los nazis siempre se habían movido en una delgada línea entre «rudeza y respetabilidad» retratando con éxito sus batallas con la izquierda como rudeza en defensa de la respetabilidad, sugiriendo que

solo el NSDAP podía restablecer el orden público y que el único obstáculo para su restauración era la truculenta y agresiva izquierda. En el verano de 1932, los nazis sobrepasaron esa línea.[12]

El caso de Potempa marcó el punto culminante de la campaña de violencia de las SA, pero el resentimiento de las SA continuó fermentando hasta principios del otoño. La moral en muchas de sus unidades era baja y habían comenzado a circular rumores de defecciones a favor de los comunistas y otras formaciones radicales. Tan preocupado estaba Hitler respecto de la fiabilidad de las SA que ordenó una investigación para determinar el estado de ánimo de las tropas de asalto. En septiembre, Röhm envió un cuestionario a las unidades de las SA de todo el país, y las respuestas, que llegaron a la sede del partido en Múnich a finales de mes, no fueron nada tranquilizadoras.

La desafección respecto a la política de «legalidad» del partido y respecto a su énfasis en las campañas electorales había crecido constantemente dentro de las SA durante este «año de elecciones» y, para fines del verano, se había convertido en un problema grave. «La masa de [hombres] de las SA no comprende del todo las repetidas postergaciones de [acción decisiva]», informó una unidad en Hessen-Darmstadt. «Están presionando para el ataque. Para ellos, una lucha abierta es preferible a esta votación incesante que, en un análisis final, no lleva a nada o, al menos, a muy poco.» Desde Hanover, los líderes de las SA explicaron que «el activista de las SA no entiende por qué [no] nos movemos contra Hindenburg y Papen con todas nuestras fuerzas». Un líder de las SA en Baden lo expresó de manera más directa: «Nosotros, las SA, no hablamos, actuamos. El Tercer Reich no surgirá del balbuceo de los oradores y líderes políticos,

sino de los puños de las SA. Limpiaremos la casa después del 6 de noviembre. Las elecciones no tienen valor».[13]

El creciente resentimiento expresado por tantos soldados de asalto se había visto exacerbado por el hecho de que se habían establecido planes con fechas y objetivos específicos para las «acciones» de las SA después de cada elección en 1932. Las unidades habían estado en un estado de alarma permanente, listas para entrar en «acción militar» con el fin de garantizar la prometida toma del poder nazi. En cada ocasión, estas operaciones fueron canceladas y el resultado era una creciente exasperación dentro de las SA.

A la sensación de desesperación expresada por muchos hombres de las SA se sumaba la lamentable situación económica. Muchas unidades estaban en un estado financiero desesperado y cada vez eran menos capaces de dar ayuda a sus miembros, a menudo indigentes. Estos hombres, muchos de los cuales se encontraban desempleados, habían depositado grandes esperanzas en que una toma del poder nazi solucionaría de manera inmediata sus problemas económicos. Algunos líderes de las SA estaban convencidos de que esta creciente presión económica agravaba en gran medida su exasperación ante las repetidas postergaciones de las tan ansiadas «órdenes de ponerse en marcha». Como advirtió un comandante de las SA en Schleswig-Holstein en septiembre, «la miseria material y espiritual es tan grande para muchos hombres de las SA que ya no pueden resistir». La situación era crítica. «Las elevadas expectativas políticas del pasado reciente, por un lado, y la desesperación económica, incluso el hambre, por el otro», imploraba con urgencia un dirigente de las SA de Baden, «exigían una acción de rescate».[14]

Aunque la intensidad de estas quejas era preocupante para los dirigentes políticos, su sustancia difícilmente podía

considerarse una sorpresa. La insatisfacción por la falta de apoyo financiero del partido más los esfuerzos de los líderes del partido, para subordinar a las SA a sus necesidades y el énfasis del partido en las campañas electorales habían sido una fuente de fricción durante mucho tiempo. Los hombres de las SA y sus líderes habían construido su identidad como «soldados del Tercer Reich», militares pertenecientes a una élite, una organización uniformada del partido que estaba fuera de la jerarquía y tenía tareas militares especiales. Pero los líderes políticos del partido, y en especial Goebbels y su equipo de propaganda, insistían en que estas tropas de asalto eran «soldados políticos», instrumentos importantes que se emplearían en la imprescindible agitación de las bases del partido. Con sus marchas, promociones, desfiles, escrutinios y, no menos importante, sus confrontaciones violentas con la izquierda, los camisas pardas eran indispensables en las actividades de campaña del partido.

Algunos líderes de las SA intentaron apoyar los esfuerzos del partido para cambiar la imagen que la organización tenía de sí misma, pero las tensiones entre el partido y las SA persistían, y los informes de septiembre sobre el estado de la moral en la fuerza estuvieron marcados por denuncias sobre dirigentes del partido que se excedían en su autoridad interfiriendo en asuntos de las SA o que no entendían la misión especial de la fuerza. En un lenguaje generalmente reservado para referirse a los «jefes» de la izquierda marxista, algunos comandantes de las SA continuaban quejándose amargamente de los dirigentes locales del partido, a quienes despreciaban por ser apenas «pequeños burócratas políticos arrogantes» y «revolucionarios de despacho». Funcionarios del partido de todos los niveles expresaban su creciente preocupación de que las incansables tropas de asalto se estaban volviendo hoscas e ingobernables.

Como agravante de estos problemas, en 1932 se introdujeron uniformes para los funcionarios políticos del NSDAP Gran parte de la sensación de las SA de ser una élite y de poseer cierta superioridad respecto de los otros elementos del NSDAP estaba ligada a su concepción de su papel único como rama uniformada del partido. Descubrir que todos los funcionarios del partido empezaban a usar uniformes fue un duro golpe para la autoestima de las SA y otra forma de quitarles estatus decidida por el partido. Los informes referentes a la moral del mes de septiembre ardían en el ácido desprecio con el que los nuevos uniformes fueron recibidos por las bases de las SA. «El hombre de las SA no reconoce a estos nacionalsocialistas metidos en camisas pardas y rebosantes de insignias y galones», informaban indignados los SA de Dessau. «El magnífico acicalamiento de los funcionarios políticos ha provocado la indignación de las SA», reconoció el centro de las SA de la Alta Baviera. «El hombre de las SA que viste con orgullo su camisa lisa marrón, que hasta ahora ha sido la vestimenta de honor del luchador activo, no puede entender cómo la camisa marrón puede degradarse de esta manera.»[15]

Pese a todos estos problemas, el NSDAP *seguía siendo* el partido más grande de Alemania; su líder, junto con Hindenburg, era la figura política más reconocida en el país y era impensable un gobierno en funciones sin participación nazi o, al menos, sin su tolerancia. El gobierno de Papen ya tenía pocos partidarios dentro del Reichstag antes del 31 de julio; ahora tenía incluso menos. Peor aún, dos partidos que estaban decididos a destruir la república asediada tenían en ese momento mayoría en el Reichstag. Para colmo de males,

Hermann Göring, como representante del partido más grande, asumió el cargo de presidente del Reichstag.

En esta difícil situación, Papen estaba decidido a disolver el Reichstag antes de que pudiera producirse una moción de censura, gobernar por decreto de emergencia y posponer indefinidamente las nuevas elecciones, aunque la ley ordenaba realizar elecciones dentro de los sesenta días posteriores a la disolución. Este plan quedó en nada por un giro radical de los acontecimientos en el Reichstag. Tan pronto como Göring abrió la primera sesión, el 12 de septiembre, los comunistas pidieron una moción de censura para el gobierno. Papen ni siquiera había pronunciado sus palabras de apertura. En una ruidosa escena nunca antes vista en el Reichstag, Göring simplemente ignoró el procedimiento parlamentario y las indignadas protestas del canciller, que aguardaba furioso mostrando los papeles de su discurso, y permitió que se realizara la votación. La acción de Göring era una violación flagrante de la práctica parlamentaria, que estipulaba que la sesión no estaba oficialmente abierta hasta que el canciller de turno no hubiese hablado. En el medio del tumulto, a pocos pareció importarles este hecho. El resultado fue no solo una humillante derrota para Papen —quinientos cuarenta y cuatro diputados votaron en contra de su gobierno y solo cuarenta y dos diputados del DNVP y del DVP lo apoyaron— sino, también, un clavo más en el ataúd de la democracia alemana. El gabinete no podía mostrar una mayoría parlamentaria y el Reichstag había sido disuelto antes siquiera de que se hubiera reunido oficialmente. Ya convulsionado por la calamidad económica, el fermento social y el terrorismo político, el gobierno parlamentario alemán estaba reducido a una farsa. ¿Quién podría tomar un circo en serio? ¿Cómo podría un sistema tan impotente y disfuncional resolver los flagrantes problemas del país? En esta at-

mósfera caótica y sin que se avizorara una solución parlamentaria realista, Hindenburg finalmente llamó a nuevas elecciones. La fecha se fijó para el 6 de noviembre. Sería la cuarta campaña nacional del año.

Aunque el tesoro del partido estaba casi vacío y la organización prácticamente agotada, la RPL se preparó una vez más para una campaña nacional. «¡Abajo la reacción! ¡El poder para Hitler!» serían los ejes centrales del partido para la nueva campaña. En las elecciones de verano, los nazis habían atacado a los partidos de izquierda enfatizando su defensa de la clase media contra los estragos del marxismo; en la campaña de otoño, los nazis dirigirían su ataque contra Papen y su gobierno reaccionario. «Papen está acabado», escribió Goebbels a los jefes regionales en octubre. «Debe despertarse en las amplias masas un sentimiento de pánico hacia Papen, un sentimiento tan fuerte que Papen y su gabinete queden completamente desacreditados y ya no puedan ser considerados un baluarte por la vacilante clase media.»[16]

Como de costumbre, el NSDAP libró una campaña agresiva, y a menudo violenta, en la que buscaba destruir a la izquierda marxista, pero también atacaba de manera feroz al «club de caballeros reaccionarios de Papen». Con los partidos liberales y los grupos de interés virtualmente eliminados como competidores políticos serios, la batalla por el voto de la clase media se libraría entre el DNVP de Hugenberg y el NSDAP, por lo que los nazis se esforzaron por reafirmar sus credenciales antimarxistas. Al mismo tiempo, la campaña del partido apuntó a retratar al nacionalsocialismo como un enemigo comprometido de la reacción y como un campeón incondicional del trabajador alemán. A medida que avanzaba la campaña, los ataques nazis a Papen y a los grupos de presión que se encontraban detrás de él estaban tan

empapados por el lenguaje de la lucha de clases que podrían haber sido hechos por los comunistas. En un momento dado, Hitler, a través de su representante, Rudolf Hess, intervino para advertir contra las «tendencias hacia la lucha de clases» en la propaganda del partido y para ordenar a la RPL que suavizara su retórica contra las fuerzas asociadas con la derecha tradicional. Después de todo, se suponía que muchos de los votantes que habían apoyado al NSDAP en julio provenían de la derecha conservadora y no era conveniente distanciarse de ellos.[17]

Goebbels también estaba convencido de que en julio el partido había permitido que su antisemitismo radical se deslizara demasiado a un segundo plano. Mientras se preparaban para una nueva elección nacional, dictó una directiva secreta a los agentes de propaganda del partido en la que les ordenaba que «en la próxima campaña, la cuestión judía debe ser puesta más que nunca en un primer plano. Una y otra vez debemos dejar claro a las grandes masas que Papen es alabado por la prensa judía, que su programa económico proviene del [banquero] judío Jakob Goldschmidt y que su gabinete está respaldado por intereses económicos judíos. Solo hay una salvación frente a este peligro judío en Alemania: Hitler y el NSDAP».[18]

Goebbels hizo un intento poco entusiasta de aplacar la ofensiva del partido contra la derecha, pero los voraces ataques contra la naturaleza reaccionaria del gobierno de Papen no disminuyeron. Al mismo tiempo, el NSDAP estaba decidido a pulir su imagen «socialista». Bajo el eslogan «pan y trabajo», sus llamamientos a los trabajadores hacían hincapié en el apoyo del partido al pleno empleo, al derecho al trabajo y otras medidas para evitar la aplastante carga del desempleo. Ganar los votos de la clase trabajadora era esencial, insistía Goebbels, pero estos esfuerzos debían hacerse

de una manera que no ahuyentara a los votantes de la clase media. Era un acto de equilibrio que ni siquiera la RPL podía manejar.

El pronunciado «giro a la izquierda» del partido, como sus opositores conservadores lo describían una y otra vez, alcanzó un importante *crescendo* durante la última semana de la campaña cuando Goebbels, por su cuenta, decidió mostrar el apoyo nazi a la huelga ilegal de los trabajadores del transporte de Berlín, una huelga con una gran visibilidad nacional y vigorosamente defendida por los comunistas. Durante varios días, la gente fue testigo del espectáculo de nazis y comunistas trabajando codo con codo mientras los autobuses, los tranvías y el subterráneo se detenían y paralizaban la capital. Al producirse en los primeros días de noviembre, el apoyo nazi a las huelgas fue una apuesta calculada que atrajo una mayor atención por el «socialismo» nazi en una etapa crítica de la campaña.

Goebbels ciertamente entendió el riesgo, pero consideró que valía la pena correrlo. «Toda la prensa está furiosa con nosotros y lo llama "bolchevismo", pero lo cierto es que no teníamos alternativa. Si nos hubiéramos mantenido al margen de esta huelga [...] nuestra posición entre las clases trabajadoras, hasta ahora firme, se habría visto sacudida.» La huelga ofrecía «una gran oportunidad [...] para demostrar a la población [...] que la línea que hemos adoptado en política está dictada por una verdadera simpatía por la gente». Muchos en los «círculos burgueses» sin duda se alejarían «asustados por nuestra participación en la huelga. Pero eso no es decisivo. Estos círculos más tarde pueden recuperarse con facilidad. Pero si hubiésemos perdido a los trabajadores una vez, los habríamos perdido para siempre».[19]

A pesar del esfuerzo de Goebbels por entusiasmar a las tropas, el partido se enfrentaba a enormes desafíos. Después

de meses de campaña intensa y casi constante, los síntomas de tensión comenzaron a aflorar. Las arcas del partido estaba prácticamente vacías y las quejas por la falta de dinero llovían sobre el cuartel general. Cuatro grandes campañas en nueve meses habían dejado a la organización al límite de sus fuerzas. Un memorando de la RPL de octubre destinado a los dirigentes regionales expresaba preocupación por la energía que flaqueaba en medio de una importante campaña política e instaba a los jefes de distrito a seguir adelante con el vigor esperado. La RPL indicaba que «todo el movimiento debe mostrar más actividad [...]. A partir de ahora, la prensa nacionalsocialista debe concentrarse por completo en las elecciones [...]. Cada artículo y ensayo debe llevar la conclusión de que Adolf Hitler es la única salvación y que, por lo tanto, hay que votar por el NSDAP».[20]

Hitler emprendió una vez más un *Deutschlandflug* (el cuarto del año), pero era evidente que el efecto de novedad ya había pasado. Los grupos de gente eran más pequeños,[21] se veían asientos vacíos en los auditorios antes repletos, incluso aunque su agenda, tal como antes, era frenética. Aunque Hitler trataba de dirigir la atención de la gente hacia los fracasos de Papen, «un canciller sin pueblo» y su gobierno, la controversia que había generado su decisión del 13 de agosto de no unirse al gobierno no desaparecía y lo persiguió durante toda la campaña. En ciudades grandes y pequeñas, en pueblos y aldeas rurales, se vio obligado a abordar repetidamente el tema. Su discurso, que en noviembre su audiencia podía repetir casi de manera textual, ofrecía la misma explicación: «Lo que ustedes quieren escuchar de mí», comenzó como siempre en un momento de la campaña en Breslau, «es la respuesta a una sola pregunta, la pregunta que me ha sido dirigida en las últimas semanas por innumerables periódicos, por innumerables políticos, represen-

tantes elegidos y oradores: "¿Por qué?", dicen estos políticos burgueses y sus periódicos, "¿Por qué, *Herr* Hitler, no se subió al tren? Era su gran oportunidad. ¿Por qué dijo que no y rechazó la oferta?"».

La respuesta, por supuesto, era siempre la misma: «¿Por qué iba a subir a bordo cuando yo sabía muy bien que pronto tendría que bajar, ya que no iba a poder apoyar las acciones de los reaccionarios que conducían el tren?». De todos modos, era mejor sitiar el castillo desde el exterior que ser un prisionero adentro. Él no era un político burgués que se unía primero a una coalición y luego a otra para después negociar puestos ministeriales aquí y allá. No podía comprometer sus principios ni debilitar su compromiso inquebrantable con la «idea». No podía jugar el juego parlamentario. El nacionalsocialismo era una *Weltanschauung*, un movimiento de convicción ideológica que no estaba dispuesto a abandonar sus valores fundamentales y su misión por una ventaja momentánea. No tenía miedo de asumir la responsabilidad del gobierno, como lo habían acusado Papen y los reaccionarios. Estaba listo y era capaz de tomar las riendas del poder en sus manos. E, invariablemente, concluía: «Si un día alcanzamos el poder, nos aferraremos a él, lo juro por Dios. No permitiremos que nos lo quiten de nuevo».[22] Para el día de las elecciones, Hitler había pronunciado una variante de este discurso no menos de cuarenta y cinco veces.

La prensa nazi aplaudió la campaña de Hitler en todo el país como una gira de la victoria con grandes multitudes gritando su apoyo y esforzándose por ver al Führer. Pero, detrás de estos jactanciosos titulares, los líderes del partido estaban nerviosos. Desde el comienzo mismo de la campaña, hubo señales inquietantes de que la maquinaria de propaganda del partido, después de meses de operar a todo va-

por, estaba empezando a chisporrotear. Los informes de todo el país dejaban claro que las organizaciones regionales y locales del partido estaban muy endeudadas por las campañas del año y que incluso los activistas más leales estaban angustiados ante la perspectiva de otro gran esfuerzo. Las órdenes de Goebbels a los jefes regionales estaban llenas de requerimientos cada vez más insistentes de que pusieran más energía y más entusiasmo. A la vez que reconocía de modo implícito un problema de moral en sus filas, las directrices de la RPL durante las últimas semanas de la campaña enfatizaban una y otra vez la necesidad de convencer a los votantes de que «la opinión pública ha experimentado un poderoso cambio a favor del NSDAP» y que, después de reconocer un lento comienzo, la campaña del partido finalmente estaba recuperando «el viejo impulso».[23]

A pesar de todos los comentarios optimistas sobre la renovada energía de los últimos días de campaña, en privado, la dirigencia del partido se preparaba para un revés. Tanto Hitler como Goebbels pensaban que el partido casi con seguridad iba a perder algunos votos, pero Strasser era mucho más pesimista. Temía que la estrategia del «todo o nada» de Hitler hubiera llevado al partido a un callejón sin salida y creía que la negativa de Hitler a incorporarse al gobierno en agosto era una oportunidad perdida que volvería a atormentar al partido. «No será un asunto demasiado serio, incluso si perdemos unos pocos millones de votos», razonaba con optimismo Goebbels en su diario, «porque lo que realmente cuenta no es el resultado de esta o aquella elección en particular, sino qué partido tenía el último batallón para lanzar a la refriega».[24] Tres días más tarde, con las elecciones ya cerca, todavía lo rondaba la posibilidad de un resultado decepcionante.

La noche de las elecciones, Goebbels escuchó los resultados con un creciente presentimiento negativo. «Los resultados no son tan malos como temían los pesimistas», escribió en ese tono de «aquí no pasa nada» que caracterizó sus últimas entradas en el diario antes del 6 de noviembre, «pero, de cualquier modo, dejan un sabor amargo en la boca al escucharlos por la radio. Cada nuevo anuncio trae la noticia de otra derrota».[25] De hecho, los resultados fueron tan malos como habían predicho Strasser y los más pesimistas. Menos de cuatro meses después del más grande triunfo del partido, los nazis sufrieron una sorprendente derrota: perdieron más de dos millones de votos y vieron su participación del total nacional bajar a un 33 %. El NSDAP seguiría siendo el partido más grande en el nuevo Reichstag, si alguna vez volvía a reunirse, pero, por primera vez desde que el partido había comenzado su ascenso asombroso en el otoño de 1929, había sufrido un serio revés, con lo que dañaba su aura de invencibilidad y sembraba dudas acerca de las promesas de una inevitable e inminente toma del poder. No había forma de ignorar el dato: «Hemos sufrido un duro golpe»,[26] concedió Goebbels con tristeza.

La primera reacción de Goebbels fue criticar la decisión de Hitler del 13 de agosto de que el partido no se incorporara al gobierno y afirmar que los votantes, sobre todo los de clase media, simplemente no habían entendido el apoyo a la gran huelga de Berlín. Ojalá hubiera tenido más tiempo para aclarar la posición del partido. La negativa de Hitler a incorporarse al gobierno también fue un importante factor que contribuyó al debilitamiento del partido. «El 13 de agosto lo explica», puntualizó. «Las masas [...] todavía no han captado el significado de los acontecimientos de ese día.»[27] Pero todo eso, como sabía Goebbels, no era suficiente para explicar la debacle. Quería escuchar a las orga-

nizaciones de base y, por lo tanto, se dirigió de inmediato a su red nacional de propaganda en busca de respuestas. Se solicitó a los jefes locales de propaganda de todo el país que presentaran informes a sus jefes regionales, quienes evaluarían sus puntos de vista y enviarían un informe resumido a la RPL. Ahí, se analizaron cuidadosamente los informes regionales, y sus hallazgos más importantes fueron presentados en un documento ultrasecreto, un informe sobre la moral de las bases que se completó más adelante, en noviembre, y circuló solo entre los más altos mandos del NSDAP. Tan delicado se consideró ese documento que solo Hitler, Strasser, Hess, el tesorero del partido, Franz Xaver Schwarz, y el administrador del partido, Philipp Bouhler, recibieron una copia. Aunque se esforzaba por destacar lo positivo, el informe era profundamente preocupante.

Partiendo de las preguntas sobre participación y cansancio organizativo, la RPL sostuvo casi filosóficamente que la gente, agotada por meses de campaña política, no se había alejado solo del NSDAP, sino que estaba desilusionada con todo el sistema de la política de partidos. La creciente apatía quedó claramente evidenciada por la baja asistencia a los eventos nazis durante el otoño, en particular en las áreas rurales, donde el partido había encontrado antes una audiencia entusiasta.[28] Además de la fatiga de las elecciones, el continuo deterioro de la economía, seguía el informe, implicó que la voluntad popular para hacer sacrificios financieros por causas políticas se redujera de modo drástico y que la capacidad de las filiales locales del partido para montar las operaciones habituales de propaganda se viera seriamente dañada. Las arcas del partido se estaban quedando sin fondos y, debido a la desesperada situación financiera, el NSDAP no tenía nada para repartir con las organizaciones regionales. De hecho, se esperaba que las filiales hicieran

contribuciones al tesoro del partido en Múnich. Esto había obligado a reducir sus campañas de concentraciones y folletos, y a concentrarse en cambio en formas menos costosas de propaganda, como promociones cara a cara, exhibición de banderas, pegatinas, distintivos del partido, etc. En muchos casos se redujeron a «campañas de tiza», en las que se garabateaban consignas en las paredes, y a coros políticos de tipo *Sprechchöre* (canciones de llamada y respuesta cantadas por activistas del partido en las esquinas y plazas públicas). Muchos grupos locales, empobrecidos, se quejaban de que los oponentes del partido, especialmente el SPD y el DNVP, podían gastar más y realizar mejores campañas, lo que implicaba una desalentadora inversión de lo que habían ocurrido en primavera y verano.[29]

Sobre todo, Goebbels quería saber si los votantes habían abandonado el partido o si, simplemente, se habían quedado en su casa el 6 de noviembre y por qué. Las organizaciones de base dieron una respuesta inequívoca a esas preguntas. Con asombrosa franqueza, la RPL llegó a la conclusión de que «la disminución de nuestros votos puede atribuirse en gran parte al hecho de que Hitler no se incorporara al gobierno. Muchos simplemente no entienden nuestra explicación». El votante de clase media, en particular, había sido llevado por su «prensa neutral» a creer que «Hitler tenía que incorporarse al gabinete de Papen después del 13 de agosto y ningún eslogan de campaña podría convencerlo de lo contrario». Las filiales locales eran unánimes en su convicción de que los votantes de clase media se les estaban escapando y nada sugería que el partido hubiera podido compensar esa pérdida con votos del sector obrero. Sea en forma de traspasos directos al DNVP o al DVP, sea en forma de mera ausencia, el 6 de noviembre el NSDAP sufrió una hemorragia masiva de votantes de clase media y esto tuvo se-

rias implicaciones para la estrategia nazi. La estrategia poco ortodoxa del partido de ser atractivo para todos y su campaña negativa habían resultado ser extraordinariamente exitosas después de 1928, cuando la ira antisistema se desbordó y los partidos tradicionales aparecían comprometidos y débiles. Pero para el otoño de 1932, después de un año de campañas implacables y un intenso escrutinio público, las dificultades de mantener esta estrategia antisistema atractiva para todos se hicieron cada vez más evidentes para los dirigentes del NSDAP.

«En campañas anteriores», explicaba la RPL con su cinismo habitual, «las apelaciones al corazón nacionalista eran suficientes para atraer a las masas de clase media, y las tendencias socialistas del NSDAP podían pasar a un segundo plano». Durante la campaña de otoño, esa estrategia había resultado imposible. Desde que los pródigos ataques del partido contra Papen y los reaccionarios se unieron a los intentos de seducir a los alemanes de la clase trabajadora, intentos que a menudo resultaban indistinguibles de los de los comunistas, el NSDAP se enfrentó a un serio dilema. «El nacionalsocialismo», admitió la RPL, «se vio obligado a adoptar una postura inequívoca contra la "reacción nacional", rechazando compromisos y situándose —especialmente en la cuestión de la huelga— del lado de los trabajadores alemanes que luchan por sus derechos». Se permitió que se desarrollara una situación «en la que no podríamos evitar hacer cosas que la clase media nunca entendería [...] y la consecuencia fue una defección de las masas burguesas».[30]

Papen y los conservadores trataron de aprovechar el dilema del NSDAP y, después del 6 de noviembre, los líderes nazis estaban convencidos de que habían tenido el éxito que buscaban. Al examinar el daño, la RPL concluyó que los agresivos esfuerzos para atraer a los trabajadores al partido

habían alejado a elementos importantes de la clase media. Los informes de las bases del NSDAP indicaban que los votantes rurales —desde 1928, el pilar del electorado en constante expansión del partido— quedaron sorprendidos por la aparente cooperación con los comunistas en la huelga de Berlín, y en muchos casos la consecuencia fue que simplemente optaron por no acudir a las urnas. Esta emergente escisión entre los nacionalsocialistas comprometidos y los partidarios «volubles» que habían votado una o dos veces por el partido fue un tema recurrente en los informes regionales. Un memorando redactado por el líder nazi del condado de Heilsberg, en Prusia Oriental, ofrecía un vistazo de la amargura generalizada dirigida a esos desertores. Con un tono que mezclaba agresión y nerviosismo, aseguraba que los desertores burgueses oportunistas «que reconocieron a tiempo que en realidad pertenecían al club de caballeros, u olfatearon un beneficio allí para sus almas egoístas, tal vez quisieron ayudar a la reacción a blindar el capitalismo liberal judío ante el golpe letal que dará nuestro movimiento». [31]

Frente a estas críticas, Goebbels insistió de manera obstinada en que el partido, de hecho, había logrado avances significativos dentro de la clase trabajadora, pero sus afirmaciones tenían el sonido hueco del optimismo forzado. Ante las crecientes dificultades para mantener un control firme sobre el socialmente diverso electorado del partido y la erosión inconfundible de la base de clase media del partido, la RPL enfatizaba que el momento de las decisiones sociopolíticas difíciles estaba cerca. Aunque el informe no proponía descartar la novedosa estrategia del NSDAP de intentar ser atractivo para todos, respaldaba una propaganda más centrada en la clase trabajadora. El resultado de las elecciones había revelado que «el trabajador, una vez convertido y

abrazado por la organización nacionalsocialista, es mil veces más fiable que la clase media con sus tradiciones nacionalistas». La RPL reconocía que «la fuerza de trabajo en gran parte sindicalizada aún mira al NSDAP con cierta desconfianza», e instaba encarecidamente a que continuaran los esfuerzos para atraer votantes de la clase trabajadora. «En la propaganda futura, deben cesar las concesiones tácticas a las clases medias a expensas de la clase trabajadora.»[32]

Esta solicitud de un cambio en el énfasis social de la propaganda nazi fue doblemente significativa. Indicaba con claridad la convicción de que el NSDAP había alcanzado el techo de su atractivo para los alemanes de clase media y que, incluso, mantener el amplio apoyo de la *Mittelstand* en niveles cercanos a los de la primavera y el verano era, en el mejor de los casos, complejo. Por otro lado, intensificar el esfuerzo para obtener un mayor apoyo de la clase trabajadora solo podría exacerbar los problemas del NSDAP dentro de su volátil base de clase media, al tiempo que llevaría al partido a una competencia más directa y dudosamente exitosa con los socialdemócratas y los comunistas. Después de todo, en noviembre, los dos partidos izquierdistas juntos habían obtenido más votos que los nazis. Igualmente angustiante, los nazis no habían sido demasiado exitosos a la hora de movilizar el apoyo entre los desempleados, la gran mayoría de los cuales eran trabajadores que, en general, parecían mucho más inclinados a virar hacia la izquierda radical que hacia los nacionalsocialistas.[33]

A medida que las implicaciones de las elecciones comenzaron a calar hondo, el ánimo del partido se desplomó. «En todas partes», escribió Goebbels, «encontramos problemas, conflictos y disensos».[34] Especialmente inquietantes fueron las negativas de las SA para cooperar con los líderes políti-

cos nazis locales en la conducción de la campaña. La RPL informó que «aproximadamente el 60 % de los distritos del partido estaban descontentos con los actos de propaganda de las SA durante la campaña de otoño». Varios distritos incluso atribuyeron una gran parte de la responsabilidad por la pérdida de votantes en su región a las tropas de asalto.[35]

Mientras que algunos distritos registraron desilusión con este estado de ánimo de no cooperación, otros funcionarios regionales se quejaron de que el comportamiento vulgar, violento y en general indisciplinado de «los camisas pardas» había supuesto un alto coste para el partido en las urnas. Es comprensible que tales denuncias fueran más fuertes en el este, donde la violencia de las SA había sido desenfrenada desde agosto y donde las relaciones entre los jefes políticos nazis locales y las unidades de las SA se habían deteriorado peligrosamente. Funcionarios del partido en Baja Silesia aseguraban que «un gran segmento del electorado se ofendió muchísimo por el comportamiento revoltoso de las SA, que se han convertido en una auténtica peste en la región después de las elecciones del 31 de julio». En Silesia Central, los funcionarios políticos nazis manifestaban que «si tuviésemos más hombres de las SA que supieran comportarse como personas decentes en la calle», las operaciones de propaganda del partido podrían llevarse a cabo con eficacia. «Debe quedar claro para las SS y las SA que son parte de un movimiento político y, como tales, tienen que cooperar en lugar de imponer sus propias maneras de comportarse, a menudo fuera de lugar.»

Esta imagen de una horda ingobernable de violentos se reiteraba en los informes regionales, y casi todos exigían un control más estricto y una mayor formación política para las SA. Las tropas de asalto estaban fuera de control y había que hacer algo al respecto. «El hombre de las SA no solo de-

be ser un soldado en el sentido militar, sino también un soldado político», se quejaba el jefe de propaganda de Alta Silesia. Debería «verse a sí mismo como el representante de la *Weltanschauung* nacionalsocialista y comportarse siempre [...] de una manera coherente con esta ideología». El soldado de asalto, sin embargo, «da la impresión de ser un mercenario que se ha unido al NSDAP por amor a la aventura [...] más que por convicción ideológica».[36]

Los funcionarios de propaganda nazi en todos los niveles tenían muchas razones para querer endilgar la responsabilidad del descenso de votos de noviembre a las SA, pero era dolorosamente obvio para todos que a fines de 1932 el NSDAP estaba enfrentando una crisis interna muy seria. Es indicativo de la magnitud de ese conflicto que el 8 de noviembre, en una reunión de dirigentes nazis en Múnich, los líderes de las SA, según consta, respondieron a las acusaciones de socavar el esfuerzo de la campaña arremetiendo contra la política de legalidad de Hitler y alegando que era eso, y no las SA, lo que estaba haciendo que el NSDAP perdiera apoyo. «La gente ya no está satisfecha con las decisiones de Hitler», se cuenta que dijeron. «No funciona eso de seguir hablando de continuar la lucha parlamentaria y propagandística. Eso llevará al partido a la ruina, como lo han demostrado las últimas elecciones. [...] La gente exige urgentemente un acto revolucionario.»[37] Lo que estaba claro para los agentes de propaganda nazi en todos los niveles era que el partido no había logrado persuadir a las legiones de votantes motivados por el estado de protesta que, por diversas razones, se habían sentido atraídas por el NSDAP desde 1930. Algunos podrían ser convencidos de emitir un voto «de protesta» una, dos, tres o incluso más veces, pero cuan-

to más durara la campaña del partido sin poder cumplir su promesa de cambiar el sistema desacreditado, menos probable sería mantener la credibilidad en su llamamiento a la protesta. Este problema era muy peligroso para el NSDAP, ya que, como Goebbels entendió, esos millones de votantes «de protesta» no estaban ideológicamente comprometidos con el nacionalsocialismo, y en noviembre parecía que en gran parte estos votantes volátiles y no comprometidos eran los que habían abandonado las filas del nazismo o, simplemente, no habían ido a votar.

En su informe sobre las elecciones provinciales, el director de propaganda de Brunswick se hizo eco de las críticas de la RPL a la estrategia de Hitler. Cientos de miles de exsimpatizantes nazis, creía la RPL, «habían manifestado su desaprobación» simplemente no yendo a votar. Gran parte del cansancio electoral podría sin duda atribuirse al simple agotamiento después de un año de campañas permanentes. Para noviembre, la financiación, el entusiasmo y la resistencia se estaban agotando en todos los partidos de Weimar, pero, para el NSDAP, en cuanto partido de protesta que contaba con la ira de los votantes, la creciente apatía pública resultaba mucho más funesta. Cuanto más tiempo se viera forzado a hacer campaña sin poder cumplir sus promesas, menos convincente sería su imagen de dinamismo y poder irreprimible, y menos atractiva resultaría su actitud fanática y, sin embargo, infructuosa contra el sistema. A medida que transcurría el año, con cuatro elecciones nacionales y campañas regionales en casi todos los estados alemanes, los estrategas de propaganda nazi fueron cada vez más conscientes de este problema. Ya en abril, cuando la estrella política del NSDAP todavía estaba en pleno ascenso, Goebbels había señalado en su diario: «Tenemos que llegar al poder en el futuro cercano o nos desgastaremos mortalmen-

te en estas elecciones». La ventana de oportunidad para el partido era pequeña, y su capacidad para mantener su atractivo orientado a las protestas a lo largo del tiempo era, en el mejor de los casos, endeble.[38]

A finales de 1932, los dirigentes del partido se dieron cuenta de que el NSDAP había alcanzado los límites de su atractivo para la clase media y de que cualquier intento serio de ampliar la base del partido mediante esfuerzos más agresivos para reclutar votantes de la clase trabajadora corría el riesgo nada desdeñable de alejar a la esencial base de clase media del NSDAP. El impacto de la retórica cuasi socialista radical del partido y, de manera más directa, su apoyo a la huelga de transporte en Berlín, parecían demostrar precisamente eso. Por otro lado, si el partido se viera obligado a recurrir a una estrategia más tradicional basada en las clases, el NSDAP estará admitiendo el final de su expansión electoral y perdería su preciada pretensión de ser un verdadero *Volkspartei* (partido popular).

La RPL reconoció esto cuando llegó a la conclusión de que, aunque habían sufrido importantes pérdidas en noviembre, «los resultados demostraban que el núcleo duro del partido se mantenía firme y que de ningún modo [había] vacilado».[39] Aunque expresada con mucha confianza, esta conclusión debió de ser en extremo preocupante para los estrategas nazis. Si el partido no podía sostener su apelación a la protesta masiva y una vez más se reducía a su base de clase media-baja, se vería inexorablemente forzado a regresar a la periferia de la vida política alemana.

Mientras el NSDAP intentaba hacer frente a estos dilemas, el gabinete de Papen, sin mayoría parlamentaria a la vista, renunció el 17 de noviembre y, repitiendo las negociaciones de agosto, se llevó a cabo una nueva ronda de conversaciones entre Papen, Schleicher, Hindenburg y Hitler.

Lejos de haber escarmentado con la derrota de noviembre, Hitler siguió insistiendo en ocupar la Cancillería y en el pleno poder en un gobierno presidencial, mientras que Papen y Schleicher renovaron sus esfuerzos para convencer a los nazis de formar una coalición de fuerzas de derecha. Hitler se reunió dos veces con el presidente del Reich y, aunque este apeló al patriotismo de Hitler para «encontrarse conmigo a mitad de camino», no pudo convencerlo.

El tono de Hindenburg en estas reuniones se había suavizado —incluso se dirigía a Hitler como a un compañero soldado y camarada de armas de la Gran Guerra—, pero persistía su negativa a designar a Hitler como canciller. Hindenburg le dijo a Hitler que le resultaba injustificable el hecho de «entregar el poder presidencial al líder de un partido que nunca ha renunciado a su pretensión de tener un poder absoluto» y que temía que «un gabinete presidencial encabezado por usted necesariamente se convirtiera en una dictadura partidaria, con todas las consecuencias que esto implica».[40] Después de uno de esos frustrantes encuentros con Hitler en el Palacio Presidencial, un despectivo Hindenburg se volvió hacia su asesor, Otto Meissner, y le preguntó si era cierto que el líder nazi había sido pintor de paredes en Múnich antes de la guerra. No era así pero, sin esperar una respuesta, comentó: «No se puede poner a un pintor de paredes en el sillón de Bismarck».[41]

Mientras Hindenburg buscaba a tientas una solución a este punto muerto, Papen se acercó a él con un plan audaz. Consistía en que el presidente del Reich disolviera el Reichstag y declarara el estado de emergencia. Aunque, de acuerdo con el artículo 25 de la Constitución de Weimar, las elecciones debían realizarse a más tardar sesenta días después de la disolución, Papen insistía en esta ocasión en que Hindenburg violara la Constitución y pospusiera las elec-

ciones por tiempo indefinido. Papen luego gobernaría por decreto y haría la transición de una república estancada a un régimen autoritario.

Aunque estaba de acuerdo con los objetivos de Papen, Hindenburg tenía profundas reservas acerca de si seguir o no ese curso de acción. No se sentía cómodo con tan flagrante violación de la Constitución, en especial porque la responsabilidad recaería sobre él de manera directa.

Algunos miembros del gabinete de Papen compartían su reticencia, puesto que temían que el plan del canciller provocara una guerra civil, con los comunistas y los nazis levantándose contra el gobierno. Entre los que se oponían a la estrategia de Papen estaba su protector y ministro de Defensa, Kurt von Schleicher. A pesar de que él había pergeñado el nombramiento de Papen en la Cancillería en junio, cada vez lo irritaba más la tendencia de Papen a actuar por su cuenta haciendo caso omiso de los consejos de Schleicher. También estaba convencido de que la continuidad del tremendamente impopular gobierno de Papen provocaría graves disturbios. Había llegado la hora de hacer un cambio. El 2 de diciembre, en una reunión de gabinete, Schleicher habló en contra del plan de Papen y presentó un estudio del ejército que mostraba que los militares, con sus cien mil soldados, no podrían rivalizar con las fuerzas paramilitares de ambos partidos radicales. La guerra civil sería la inevitable consecuencia, y su resultado era muy dudoso.

El estudio de Schleicher, con su sello militar, causó una fuerte impresión en Hindenburg. A pesar de que sentía un gran afecto por Papen, que los trataba, a él y a su hijo Oskar, con reverencia feudal y que se había convertido en

un amigo íntimo de la familia, tenía que actuar. Muy a su pesar, le pidió la renuncia y el 3 de diciembre recurrió a Schleicher para formar un nuevo gobierno. El Reichstag, que aún no se había reunido, no fue consultado. Así pues, un militar de carrera con menos respaldo parlamentario que Papen se convirtió en canciller de la República Alemana.

Prácticamente desconocido para la gente, Schleicher salió con audacia de las sombras para pasar a ser el centro de atención. Anunció su intención de formar un gobierno que iba a estar por encima de los partidos, lo que fue una suerte para él, ya que contaba con menos apoyo popular —si es que eso era posible— que su predecesor. La política económica de su gobierno, afirmó, iba a trascender tanto al capitalismo como al socialismo, aunque qué quería decir eso realmente nadie, tal vez ni siquiera el general, lo sabía. Schleicher no estaba agobiado por la reputación reaccionaria de Papen (por ejemplo, él apoyaba un programa de creación de empleo al que Papen se había opuesto) y tenía ideas poco ortodoxas, tendentes a forjar una amplia coalición que reuniera elementos de los sindicatos, las asociaciones agrarias y los nacionalsocialistas descontentos. Tal gobierno, creía, gozaría del apoyo del ejército y de los intereses industriales. A Schleicher le gustaba que lo llamaran «el general social», pero la mayoría habría estado de acuerdo con la famosa descripción de León Trotski, quien dijo que era «un signo de interrogación con charreteras de general».

Creyendo que un Hitler sereno podría ser más manejable en la derrota, Schleicher renovó los esfuerzos para ganar su apoyo ofreciéndole la perspectiva de importantes cargos en su gabinete, pero Hitler no estaba de humor para comprometerse. Su estrategia desde los días embriagadores del verano había sido «todo o nada» e incluso en ese momento estaba dispuesto a no desviarse de esa postura de línea du-

ra. Schleicher inició negociaciones secretas con Strasser, aunque esas conversaciones pronto se hicieron públicas, y le ofreció el puesto de vicecanciller. Insinuó que otros nacionalsocialistas también podrían asumir importantes cargos en el gabinete. Esperaba que Strasser, que tenía un fuerte grupo de seguidores en el NSDAP, pudiera atraer a un gran contingente de diputados nazis del Reichstag. Schleicher también trabajaba con la ilusión de que los nazis «más razonables», encabezados por Strasser, podrían unirse al Zentrum, al DNVP, al DVP y, aunque menos probable, a los socialdemócratas, con el fin de formar una base viable para el nuevo gobierno. De no ser así, conservaba la esperanza de que una oferta de puestos importantes terminaría tentando a Hitler a unir fuerzas con el nuevo gobierno del Reich.

Strasser *estaba* tentado. Su distancia con Hitler había ido en aumento desde las elecciones del 31 de julio. Fue uno de los pocos dentro del partido que se atrevió a cuestionar las decisiones de Hitler, y su desacuerdo ante la negativa del «jefe» de formar un gobierno de coalición en agosto era un secreto a voces dentro de la jerarquía del partido. Strasser era un nacionalsocialista profundamente comprometido y había trabajado de manera incansable para construir la imponente organización nacional del partido. Sus diferencias con Hitler eran tácticas, no ideológicas, y creía que estaba negociando con Schleicher de buena fe como un verdadero nacionalsocialista.

Su enfoque de la política era más pragmático que el de Hitler, más orientado hacia las estructuras administrativas, los detalles y la planificación. Hitler era famoso por su desinterés por la organización del partido, excepto como instrumento de propaganda y campaña. A pesar del revés de noviembre y de sus fracasadas negociaciones con Hinden-

burg, Hitler aún confiaba en que una propaganda más intensa y una campaña «fanática» acabarían por llevar al partido al poder. Ese momento, creía Strasser, había pasado, y la obstinada negativa de Hitler a formar un gobierno de coalición había sido un error desastroso.

También era dolorosamente consciente de que estaba siendo marginado en las decisiones estratégicas, desplazado por sus rivales Goebbels, Göring y Röhm, quienes se peleaban entre ellos para ganarse un lugar cerca del Führer, una dinámica que solo empeoraría cuando el partido estuviese en el poder. Un síntoma de su influencia menguante en el círculo interno del Führer era el hecho de que Hitler hubiera rechazado sin reservas las ideas de Strasser para un programa económico de emergencia al comienzo de la campaña de otoño y, para noviembre, Strasser había perdido la paciencia con Hitler y el círculo de aduladores que lo rodeaban. A un compañero nazi le manifestó que «Hindenburg, un hombre de honor, [...] le ofrece honesta y decentemente [a Hitler] un lugar en el gobierno, y este se planta allí, como un delirante Lohengrin-Hitler con sus oscuros y amenazadores muchachos». El futuro del partido era sombrío. Göring era «un egoísta brutal a quien no le importa nada Alemania mientras consiga algo [para sí mismo]»; Goebbels era «un demonio cojo y básicamente un ser de dos caras», mientras que Röhm era «un cerdo». Estos aduladores rodeaban al Führer y lo alentaban de modo servil mientras él llevaba al partido hacia el precipicio. La situación, se lamentaba, era un desastre.[42]

Las cosas llegaron a un punto crítico el 5 de diciembre. En una turbulenta reunión en el Hotel Kaiserhof, Strasser le suplicó a Hitler que aceptara la oferta de Schleicher. Señaló que, antes de las elecciones, los nacionalsocialistas en el Reichstag habrían podido formar una mayoría con el Zen-

trum, pero esta posibilidad ya había desaparecido. Los votos ya no estaban allí. Dada la resistencia de Hindenburg, la Cancillería tendría que esperar, pero no era demasiado tarde para llegar a un acuerdo que pusiera a Hitler y al NSDAP en una posición de poder. Hitler, aconsejado por Goebbels, rechazó tal acuerdo.

Dos días después, Strasser hizo un último llamamiento personal a Hitler. Reunidos de nuevo en el Kaiserhof, la conversación derivó rápidamente en recriminaciones y acusaciones mutuas de traición. Hitler lo acusó de deslealtad, de intentar destruir al partido desde dentro y de robarle la Cancillería. Strasser se mantuvo firme. «*Herr* Hitler, soy tan traidor como cualquier otro mensajero voluntarioso», le respondió. «Mi plan es evitar un mayor deterioro del partido, no provocarlo.»[43] La reunión terminó con un disgustado Strasser yéndose furioso y dando un portazo de enojo al salir.

Mientras crecía esta crisis dentro de la dirección, seguían llegando las malas noticias electorales. En una serie de elecciones locales en Sajonia, Bremen y Lübeck a fines de noviembre y en Turingia a principios de diciembre, el NSDAP sufrió derrotas catastróficas. «La situación en el Reich es un desastre», señaló Goebbels con tristeza a principios de diciembre. «En Turingia [...] tenemos una pérdida de casi el 40 % desde el 31 de julio.» La campaña había sido letárgica y el viejo brío había estado ausente. «Esta derrota es muy incómoda en este momento», admitió Goebbels. «En el futuro no debe haber elecciones en las que perdamos ni un solo voto.»

Luego, el 8 de diciembre, una bomba. Con el partido tambaleándose debido al retroceso en Turingia, Strasser sorprendió al NSDAP y al país al anunciar públicamente su renuncia a todos sus cargos en la dirección del partido y al

declarar su intención de retirarse de la política. En una carta entregada en la *suite* de Hitler en el Kaiserhof alrededor del mediodía, Strasser reiteraba su convicción de que la postura inflexible del Führer respecto de formar parte del gabinete había llevado al partido a un callejón sin salida de vana oposición. Con la marea de victorias nacionalsocialistas claramente en retroceso, la obstinada negativa de Hitler a incorporarse al gobierno en agosto y noviembre había sido un error estratégico por el cual el partido estaba pagando un precio demasiado alto. Gracias a eso, el NSDAP no estaba más cerca del poder de lo que lo había estado en enero, y ahora todo se estaba desmoronando. La gran tarea de la época, decía su carta, era «la creación de un gran frente amplio de personas constructivas y su integración en este nuevo estilo de Estado». Seguía después con otro reproche: «La terca esperanza de que el caos produzca la hora del destino del partido es, creo, errónea, peligrosa y poco beneficiosa para el interés de Alemania en su conjunto». Y terminaba insistiendo en que «como me niego en cualquier circunstancia a convertirme en el foco de los esfuerzos de la oposición o de cualquier conflicto de este tipo, hoy abandono Berlín y luego Alemania por un tiempo considerable».[44] A la mañana siguiente, partió de Berlín para pasar unas vacaciones en Italia.

La prensa nacional explotó en especulaciones alborozadas. «Los periódicos judíos apenas si pueden disimular su satisfacción ante el paso dado por Strasser», se quejó Goebbels. «Todos abandonan al Führer y al partido. La "estrella de Hitler se ha desvanecido", es el estribillo de la euforia judía. Uno se siente casi avergonzado al encontrarse con conocidos en la calle y le gustaría esconder la ya poco orgullosa cabeza [...]. En todas partes las ratas huyen del barco que se hunde», escribió en una maraña de metáforas mezcladas.

«Entre ellos, están los ladrones de tumbas [...] que acuden a la ejecución del testamento. Salvajes rumores andan flotando. La deserción de Strasser es el chisme del día. Él tiene una buena prensa judía y bien que se la merece.»[45]

Después de la desastrosa actuación electoral del partido, la renuncia de Strasser enfrentó a Hitler a la muy real posibilidad de que el partido se desintegrara, fragmentado en facciones rivales. Y, por primera vez, su temple pareció abandonarlo. Reunió con premura a los líderes del partido y les suplicó su apoyo. Convocó una reunión de la delegación nazi del Reichstag para explicar la situación y asegurarles que él seguía teniendo el control. Goebbels no estaba tan seguro. «Si el partido se derrumba», le dijo a su sorprendido jefe de Propaganda, «terminaré mi vida con una pistola en tres minutos».[46]

«Ya es hora de que lleguemos al poder», observó Goebbels con tristeza, «aunque por el momento no hay la menor posibilidad de que eso suceda». Le resultaba difícil ser optimista. «Una depresión profunda reina en la organización», escribió a principios de diciembre. «Todos estamos muy abatidos, sobre todo porque ahora existe el peligro de que todo el partido se derrumbe y todo nuestro trabajo haya sido en vano.»[47]

Para agravar estos problemas, la situación financiera del partido era poco menos que catastrófica. Las cuotas de afiliación, las suscripciones a publicaciones y la compra de entradas para eventos habían disminuido vertiginosamente, y las contribuciones de patrocinadores de la comunidad empresarial, siempre exageradas, tanto en ese momento como después, casi se habían evaporado. Hasta la empresa que imprimía el *Völkischer Beobachter* amenazó varias veces, en noviembre y diciembre, con detener la impresión a menos que el partido pagase. Tan profundamente endeudado esta-

ba el NSDAP que se dejaron de pagar los salarios a los empleados del partido e incluso se ordenó a los diputados del bloque nazi del Reichstag que se abstuvieran de dar las habituales propinas navideñas a los porteros. Los hombres de las SA, que apenas unas semanas antes habían estado planeando tomar al gobierno por asalto, en ese momento podían verse en las esquinas de las calles de Berlín pidiendo limosna a los transeúntes. Estaban allí, observó Konrad Heiden con satisfacción, «con sus camisas de tela delgada, temblando de frío [...], sacudiendo sus jarros de lata y lloriqueando y lamentándose: "¡Denles algo a los malvados nazis!"».[48]

Apenas seis meses después de alanzar el umbral mismo del poder, el NSDAP estaba al borde de la decadencia y la desintegración. Al evaluar las opciones del partido, la RPL concluyó que el cúmulo de dilemas estratégicos al que enfrentaba el NSDAP no podría resolverse en el contexto de un sistema parlamentario libre y competitivo. Después de un ascenso de una velocidad sin precedentes, los nazis habían alcanzado su techo de apoyo popular y en ese momento se enfrentaban a un descenso casi seguro. La política de legalidad y de movilización masiva para campañas electorales había fracasado. Solo una toma del poder nacionalsocialista podría garantizar la supervivencia del partido como un fenómeno de masas. Citando a un jefe de propaganda local con cuyas opiniones evidentemente coincidía, la RPL terminaba su análisis *post mortem* de las elecciones de noviembre con la asombrosa conclusión de que «sobre la base de numerosos contactos con nuestros seguidores, somos de la opinión de que poco se puede salvar por medio de la propaganda. [...] se deben tomar nuevos caminos. Nada más se puede lograr ya con palabras, pancartas y panfletos. ¡Ahora debemos actuar!».[49]

Pero, por encima de todo, la RPL afirmaba con una franqueza poco común que «no debe llegarse a otras elecciones. Los resultados no pueden siquiera imaginarse». Fue una lección para los orgullosos agentes de propaganda del partido, pues calculaba con precisión las sombrías perspectivas electorales del NSDAP. Todavía había esperanza, concluía la RPL, «si Adolf Hitler logra provocar una transformación política en Alemania y se presenta ante el pueblo alemán como un hombre de acción». En diciembre de 1932, esa perspectiva parecía bastante remota.

A medida que «el año de las elecciones» llegaba a su fin, las grandes expectativas de la primavera y el verano se habían desvanecido. Hitler seguía estando tan lejos de la Cancillería del Reich como siempre, y no se había logrado resolver ninguno de los dilemas estratégicos fundamentales que habían acosado al partido en el otoño. La estrecha ventana de oportunidad del partido parecía haber quedado firmemente cerrada. Las elecciones locales de noviembre y diciembre confirmaron el veredicto de la campaña del Reichstag. Cada vez era más obvio que los decepcionantes resultados de las elecciones de noviembre no habían sido una casualidad, sino que marcaban el inicio de una tendencia innegable. El volátil electorado nazi se estaba fragmentando. Las arcas del partido estaban vacías. Y las tropas de asalto de las SA estaban hartas de las campañas interminables, e impacientes por entrar en acción. La renuncia de Strasser y el temor de que pudiera encabezar una revuelta dentro de las filas no hicieron más que acentuar las sombras que se cernían sobre el partido y arrojar serias dudas sobre su futuro.

Al reflexionar sobre los triunfos y las tribulaciones del año transcurrido, Goebbels mostraba poco optimismo en el futuro. «El año 1932 fue una racha interminable de mala

suerte», reflexionaba a fines de diciembre. «Afuera, la paz de la Navidad reina en las calles. Estoy solo en casa pensando en mi vida. El pasado es triste, y el futuro se ve oscuro y sombrío. Todos los planes y esperanzas han fallado por completo.»[50]

7

Sucede lo imposible

A finales de 1932, el camino de Hitler hacia el poder parecía bloqueado. El atractivo popular nazi estaba menguando; su estrategia de atraer a todos había fracasado; su organización estaba desmoralizada, y sus militantes, desilusionados. Los camisas pardas estaban una vez más a punto de rebelarse y el partido se hallaba profundamente endeudado. Todos estaban de acuerdo en que Hitler había perdido su oportunidad. En ese momento estaba vagando en el desierto, su carrera por el poder se había estancado. «El poderoso ataque nacionalsocialista al Estado democrático», declaraba el liberal *Frankfurter Zeitung* en su edición de Año Nuevo, «ha sido rechazado».[1] La amenaza del nacionalsocialismo parecía haber pasado.

Pero la situación del gobierno de Weimar apenas había mejorado desde que Schleicher se había convertido en canciller en diciembre. El Reichstag, la pieza central del sistema

democrático de Weimar, se había vuelto irrelevante y había sido bloqueado durante casi tres años de polarización política y de gobernar por decretos de emergencia. De los partidos de Weimar, solo el SPD y el Zentrum se mantuvieron como firmes defensores de la Constitución democrática y sus instituciones. Aunque enemigos acérrimos, los nazis y los comunistas juntos tenían la mayoría en el Reichstag y estaban decididos a destruirlo. Los partidos liberales, en decadencia desde hacía tiempo, habían retrocedido hasta casi desaparecer. El centro moderado de la política alemana se había disuelto y los márgenes se habían convertido en la corriente central. Con el sistema político sumido en una parálisis sin esperanza, el poder real recaía en un pequeño grupo de dirigentes de las élites agrarias, industriales y militares alemanas.[2] Ellos, y no los partidos o el pueblo desilusionado, iban a decidir el destino de Alemania.

Ese destino quedaría sellado durante cuatro intensas semanas en enero de 1933, a partir de un drama que se desarrolló casi por completo entre bambalinas. El telón se levantaba ocasionalmente por un breve instante para permitir algún atormentado atisbo del drama de alto riesgo que se desarrollaba entre bastidores, pero no mucho más. Eran muchos —políticos, expertos, diplomáticos y periodistas— los que especulaban sobre los posibles giros de la trama, pero pocos anticiparon la fantástica resolución que tendría. A finales de mes se había interpretado el último acto de la tragedia de Weimar y, cuando las luces se encendieron, los alemanes se sorprendieron al descubrir que lo imposible había sucedido.

Entre 1928 y enero de 1933, la política alemana había sido impulsada por acontecimientos económicos y políticos a gran escala: la Gran Depresión, el desempleo masivo, la polarización política, la parálisis institucional y una marea

creciente de violencia y caos. Esas desgarradoras fuerzas habían proporcionado el contexto y el catalizador para el ascenso de los nazis, y habían llevado a Hitler al umbral mismo del poder, pero no lograron empujarlo para que cruzara la puerta. Enero de 1933 cambiaría todo eso. Fue un mes de intrigas, y de tramas principales y secundarias más propias de las intrincadas conspiraciones de una corte renacentista que de la era de la política de masas. Irónicamente, no fue Hitler, el supuesto protagonista de la pieza, quien impulsaba la acción —Hitler tuvo un papel secundario y sorprendentemente menor—, sino el ex canciller Franz von Papen y un puñado de otros actores poderosos cuyas connivencias precipitaron los hechos. Sus motivos y ambiciones diferían, pero compartían una ilusión primordial que resultaría fatal: todos creían que Adolf Hitler y el NSDAP podían ser «domesticados» y utilizados para sus fines políticos.

Durante gran parte de diciembre, y hasta enero, Schleicher trabó contacto con los sindicatos obreros socialistas, el SPD, los sindicatos cristianos, el DNVP y los nacionalsocialistas. Esperaba formar una amplia base de apoyo que abarcara desde el ala derecha del SPD y los sindicatos hasta los conservadores y los nazis. Estaba convencido de que iba a tener éxito donde Papen había fallado y de que lograría atraer a los elementos más razonables del NSDAP hacia alguna clase de cooperación. Solo con esa posibilidad, pensó, sería suficiente para llevar a Hitler a apoyar a un gobierno de derecha.

En un esfuerzo por ganarse el apoyo de los trabajadores, Schleicher derogó el decreto de emergencia inmensamente impopular de Papen que permitía a los empleadores reducir los salarios por debajo de los niveles establecidos en los convenios colectivos y anuló también el que ordenaba una evaluación de haberes para determinar si les correspondía o

no la compensación por desempleo. Mientras que Papen había intentado estimular la economía dando exenciones fiscales y otros incentivos a las empresas, Schleicher impulsó un paquete de estímulo para hacer arrancar la economía y propuso una importante ley de obras públicas que esperaba que hiciera mella en el aún astronómico desempleo de Alemania. Aunque los sindicatos consideraron favorablemente estas medidas, no fue suficiente para superar sus profundas reservas acerca del «general rojo», como a veces se llamaba a Schleicher. Al final, ninguna de estas medidas tuvo éxito. Los sindicatos desconfiaban del exgeneral, y los socialdemócratas no querían tener nada que ver con él ni con su gobierno. El irascible Hugenberg mantuvo las distancias y Hitler, incluso con su poder disminuido, permaneció intratable. Sin embargo, estas iniciativas favorables a los trabajadores lograron desestabilizar a muchos miembros de la comunidad empresarial, quienes las interpretaron como una concesión populista y un ejemplo más del derrochador gasto de gobierno que había paralizado la economía alemana. Papen, con su actitud no disimulada a favor de los negocios, seguía siendo la opción de las élites industriales y financieras del país.

En una jugada más dañina que sus problemas con las empresas, Schleicher también provocó la ira del poderoso *lobby* agrario. La Liga Agrícola del Reich (Reichslandbund), dominada por grandes terratenientes del este, se volvió con furia contra Schleicher por su negativa a aumentar los aranceles a las importaciones agrícolas, una medida que el canciller creía, con razón, que sería fuertemente rechazada por la mano de obra y por los consumidores. Para agravar sus problemas, Schleicher también exhumó el nefasto plan de Brüning para reubicar a los desempleados en establecimientos agrarios en bancarrota en el este, reviviendo así las acu-

saciones casi histéricas de «bolchevismo agrario». Hindenburg, que estaba orgulloso de su herencia *Junker*[3] y de su condición de propietario de una finca, recibió la fuerte presión de sus amigos, presión que trasladó a Schleicher. Sobrepasó los límites de su autoridad constitucional e intervino de forma directa en la disputa instando a Schleicher para que resolviera estas dificultades de inmediato.

Mientras Schleicher luchaba con estos conflictos, sus problemas se exacerbaron en gran medida por un escándalo que estalló a mediados de enero por presuntas irregularidades en el Programa de Ayuda Oriental (Osthilfe). Una comisión supervisora del Reichstag afirmaba que algunos terratenientes del este del río Elba habían utilizado de manera indebida los fondos para realizar viajes de vacaciones de lujo al sur de Francia, comprar automóviles costosos y otros despilfarros. Algunos de los terratenientes implicados eran amigos del presidente del Reich y en el curso de las audiencias salió a la luz que una antigua finca de Hindenburg, comprada para él en 1928 por amigos industriales, había sido registrada a nombre de su hijo para evitar los impuestos a la herencia. La Liga Agrícola estaba furiosa porque el gobierno de Schleicher había permitido que la investigación avanzara, y Hindenburg estaba indignado porque Schleicher había permitido que su nombre se relacionara con el escándalo.

A pesar de sus muy elogiadas habilidades políticas, Schleicher se encontraba cada vez más aislado. Sin aliados en la industria, la agricultura o el sector laboral, dependía más que nunca del favor del presidente del Reich y, para su consternación, sus relaciones con Hindenburg se habían deteriorado de manera perceptible. Mientras que Papen había mostrado una deferencia casi feudal hacia Hindenburg y su hijo Oskar, la conducta de Schleicher, su actitud imperiosa y

su demasiado confiada asunción de que contaba con el apoyo de Hindenburg, irritaban al «viejo caballero». El escándalo de Osthilfe tampoco ayudó.

Sobre todo, a Hindenburg le molestó que Schleicher lo empujara a despedir a Papen en diciembre. A pesar de la absoluta falta de apoyo popular de Papen, Hindenburg lo prefería al general maquiavélico. Durante los casi seis meses de Papen como canciller, Hindenburg había llegado a considerarlo como un amigo íntimo de la familia y consejero, y quería mantenerlo cerca. Hindenburg era tan reacio a desprenderse de él que permitió que permaneciera en su departamento en el Ministerio del Interior después de dejar el cargo. Eso le permitió a Papen pasar inadvertido cuando atravesaba los extensos jardines traseros que unían el Ministerio del Interior, el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Cancillería, donde Hindenburg residía mientras se realizaban reformas en el Palacio Presidencial. Mientras Schleicher se reunía muy pocas veces con Hindenburg, Papen tenía un acceso directo y frecuente a él. El aristocrático y poco querido Papen había desaparecido de la vista pública en diciembre, pero no había abandonado sus ambiciones políticas: estaba decidido a utilizar su influencia con Hindenburg para socavar a Schleicher y volver al poder.

A principios de enero, Kurt von Schröder, un banquero de Renania con conexiones tanto en el bando de Hitler como en el de Papen, organizó una reunión clandestina entre los dos acérrimos rivales en su casa, en las afueras de Colonia. Simpatizante nazi desde hacía tiempo, Schröder en apariencia actuaba por su cuenta y no como representante de las grandes empresas, como muchos creyeron en ese momento y creerían después. La reunión tuvo lugar el 4 de enero en la espléndida casa de Schröder y se suponía que se celebraría en total secreto. Papen llegó solo en un taxi alrededor

del mediodía para encontrar a Hitler, a Himmler, al secretario del partido, Rudolf Hess, y a un asesor económico nazi esperándolo.

Cuando Schröder llevó a los dos principales invitados a la sala contigua para una discusión privada, la reunión comenzó con un tono poco prometedor. Había demasiados resquemores entre ambos. Hitler comenzó recitando su extenso catálogo de agravios contra Papen, reprochándole especialmente sus acciones del verano anterior, cuando Papen había bloqueado su nombramiento como canciller. Papen insistió en que había sido Schleicher quien había envenenado la mente de Hindenburg acerca de esa posibilidad. No se sabe si Hitler aceptó esta creativa inversión de los acontecimientos, pero quedó impresionado por la evidente antipatía de Papen hacia Schleicher y su determinación de derrocarlo. Jugando con el rabioso antimarxismo de Hitler, Papen expresó su convicción de que podría formarse un gobierno derechista de coalición que aplastara a la izquierda de una vez por todas. ¿Estaba interesado Hitler en unir fuerzas para lograr este cometido? Aunque ninguno de los dos confiaba en el otro, cada uno tenía algo que ganar con ese trato. Papen no tenía una base popular, y Hitler sí. Hitler, por otro lado, no tenía acceso a Hindenburg, el guardián del poder, y Papen sí. «Tiene acceso al oído del viejo», escribió esperanzado Goebbels acerca de Papen. Era la base para un matrimonio de conveniencia.[4]

Sin embargo, los dos hombres no fueron capaces de ponerse de acuerdo sobre la forma de un nuevo gobierno ni sobre quién debería dirigirlo. Papen argumentó que, debido a la continua aversión de Hindenburg por el líder nazi, Hitler debería, al menos por el momento, aceptar el control nazi de dos poderosos ministerios en el nuevo gobierno: Interior y Defensa. Hitler todavía no estaba dispuesto a acep-

tar nada que no fuera la Cancillería, pero se mostró menos dogmático, y más flexible y abierto a evaluar otras posibilidades que antes. Al reflexionar sobre las combinaciones posibles, incluso hablaron de gobernar conjuntamente como un «duunvirato», pero esa idea no atrajo a ninguno de los dos. La reunión terminó sin ningún acuerdo sobre la espinosa cuestión de la Cancillería, pero fue un comienzo. Se comprometieron a continuar las discusiones, pero no llegaron a acuerdos concretos. Los nazis abandonaron la reunión animados, después de haber aprendido algo de vital importancia: «Papen quiere expulsar a Schleicher», sentenció Goebbels como resumen. «¡Bravo! Podemos usarlo.»[5]

A pesar de las medidas dispuestas para mantener la reunión en completo secreto, hubo una filtración. Tan pronto como Papen había salido del taxi al llegar, un fotógrafo, ubicado en la puerta de Schröder, le había sacado una foto. Al día siguiente, la reunión era noticia nacional. La especulación dominaba las primeras planas, en general debajo de titulares como el de la publicación *Tägliche Rundschau*: «Hitler y Papen contra Schleicher». Los dos hombres emitieron de inmediato una declaración conjunta negando cualquier conspiración contra el gobierno de Schleicher; Papen insistía en que la reunión estaba meramente destinada explorar las posibilidades de una coalición amplia de derechas que apoyara al gabinete de Schleicher.

Nadie, excepto, curiosamente, Schleicher, pareció creer esta hipócrita explicación. Simplemente no podía creer que su irresponsable protegido, su Fränzchen, actuara a sus espaldas. En un diálogo con el embajador francés François-Poncet, se burló de la idea de que Papen hubiera pensado en una intriga. «Es frívolo», comentó Schleicher con desdén. «Creyó que realizaría una jugada maestra y nos serviría a Hitler en bandeja. ¡Como si Hitler no hubiera demostrado

muchas veces que no era de fiar! [...]. No lo regañaré. Solo le diré: "Mi Fränzchen, has cometido otro error".»[6] Sin embargo, presionó al presidente del Reich para que le ordenara a Papen que se abstuviera de tales iniciativas no autorizadas en el futuro.

Para Hitler, la reunión con Papen fue tremendamente significativa. Lo ponía de nuevo en los titulares cuando ya se veía a sí mismo cada vez más en las noticias de ayer. Además, revelaba la vulnerabilidad de la posición de Schleicher y, en un momento en que la suerte del NSDAP estaba de baja y el camino a la Cancillería parecía bloqueado, surgían nuevas posibilidades. En lugar de languidecer políticamente en una tierra de nadie, la puerta de Hindenburg —y la del poder—, finalmente parecía abrirse, aunque solo fuera un poco. Pero en ese momento, más que nunca, los nazis necesitaban de manera desesperada mostrar su relevancia política, que las pérdidas de noviembre y diciembre solo habían sido reveses temporarios, y que el partido había recuperado el equilibrio y estaba una vez más en alza.

Una oportunidad llamó a la puerta. El 15 de enero se celebrarían elecciones en el pequeño estado de Lippe. Demográficamente, este pueblecito sin importancia política ubicado en el noroeste era ideal para los nazis: rural, protestante, una región de pequeños pueblos, pequeños comerciantes, pequeños agricultores, y una relativamente pequeña presencia socialdemócrata y comunista. Con un electorado de solo unos noventa mil votantes en un área acotada y compacta, le ofrecía a un NSDAP con problemas financieros la oportunidad de concentrar sus limitados recursos para realizar un gran trabajo de propaganda. No era necesario un nuevo *Deutschlandflug* ni tampoco recurrir a largos discursos. Pero era un riesgo. Si los nazis sufrían otra derrota, se confirmaría su espiral descendente y el partido se vería

arrastrado en una caída en picado potencialmente fatal. Hitler entendió lo que estaba en juego y lanzó al partido a la campaña con un impulso nacido de la desesperación. «La competencia electoral en Lippe va a comenzar», escribió Goebbels en sus notas el 3 de enero. «Con mucho esfuerzo hemos logrado juntar el dinero necesario. Concentraremos toda nuestra energía en este pequeño estado para obtener el prestigio de un éxito. El partido debe [...] demostrar que aún puede ser victorioso.»[7]

Durante las dos primeras semanas de enero, todos los recursos financieros y humanos del partido se unificaron y fueron lanzados a la campaña. Hitler mantuvo su ritmo frenético habitual y habló diecisiete veces en diez días. Todos los oradores principales del partido hicieron apariciones y se dirigieron en tiendas heladas a grupos relativamente pequeños en noches en las que el viento azotaba. La audiencia, según Goebbels, estaba compuesta «solo por campesinos y gente rural, pero eso [estaba] más que bien y la mayoría de ellos parecían irse convencidos».[8] Durante dos semanas, una tormenta de panfletos y carteles cubrieron las zonas rurales; los hombres de las SA, enviados en autobuses desde los estados circundantes, iban de puerta en puerta repartiendo folletos e invitando a los residentes a los mítines del partido. Marcharon en desfiles y recorrieron el campo en caravanas de camiones con altavoces que repetían eslóganes nazis. No se pasó por alto ninguna aldea ni pueblo. Fue la campaña más intensa y concentrada que los nazis habían llevado a cabo jamás.

El mensaje de la campaña ya tenía un sonido familiar. Hitler ofreció los compendios habituales de la filosofía nacionalsocialista, su determinación de superar los prejuicios sociales, religiosos y regionales de Alemania para despertar los poderes adormecidos del pueblo y convertir una Alema-

nia dividida en una verdadera *Volksgemeinschaft* que le devolvería al país su lugar en el mundo: los mismos eslóganes que dieron forma al contenido de las proclamas nazis durante más de un año.

Pero, si el mensaje del partido era familiar, los objetivos y el tono habían cambiado. Había menos arengas contra el sistema de partidos de Weimar o incluso contra Schleicher. Ambos fueron atacados de modo salvaje, aunque de una manera sorprendentemente superficial, como si ya no tuvieran relevancia. Los discursos nazis tenían un tono ideológico más agudo e insistente, y se centraban en otra amenaza más ominosa: el bolchevismo. El bolchevismo judío. El eslogan oficial de la campaña fue «Abajo el marxismo»,[9] y el vínculo entre el bolchevismo y los judíos, un elemento básico de la ideología nazi, apareció en primer plano. «El peligro del bolchevismo es gigantesco», advirtió Hitler en su declaración de Año Nuevo a los fieles del partido, es «una amenaza para toda Europa [...]. El eslogan "Proletarios del mundo, uníos" se ha convertido en el grito de guerra de la infrahumanidad [*Untermenschentum*]» y detrás de esta amenaza, afirmó de modo sombrío, acechaba el «judío internacional [...], la inspiración intelectual en casi todos los países del mundo en la lucha de las razas inferiores menos dotadas contra la humanidad superior [...]. El liderazgo intelectual judío de la revolución mundial» ya había conquistado Rusia y sus tentáculos se extendían ahora a todos los países de Europa.[10]

Otros partidos podrían contentarse con luchar por unos pocos puestos ministeriales en un nuevo gabinete o unos pocos escaños más en el Reichstag, pero el movimiento nacionalsocialista estaba embarcado en una lucha histórica mundial, una cruzada ideológica por el alma de Alemania. El NSDAP, dijo Hitler con voz áspera en un discurso en De-

tmold ante unos tres mil espectadores temblorosos, «no tiene como objetivo formar un gobierno. Su última misión es ganar *gente*. La raza, el *Volk* y la tierra son las fuentes eternas con las que se construye la vida de un pueblo».[11] En Berlín, Goebbels, que iba y venía de la capital a Lippe, subrayó el tono ideológico de la campaña. Dirigiéndose a una multitud de cien mil personas en el Lustgarten de Berlín, pronunció «una aguda denuncia contra los judíos». «Las masas», escribió después, «deliraban».[12]

Pero algo iba mal. Tal vez era el clima. Un frío que calaba hasta los huesos, las lluvias, las heladas y los vientos azotaban la campaña. Muchos eventos se llevaron a cabo en carpas grandes y mal acondicionados, y Hitler, con sus habituales retrasos, a menudo aparecía horas después del horario fijado. Parecía cansado. También su mensaje. Y la audiencia. Su predecible recitado de la historia del partido y de su propio ascenso espectacular desde la oscuridad, la traición de 1918 y los aliados depredadores eran palabras que su público ya podía recitar de memoria. Sus apariciones siempre llenaban la sala y los números siempre eran groseramente inflados en la prensa nazi, pero, mientras Goebbels los celebraba como éxitos asombrosos, la respuesta del público en esta campaña, como indicaban informes más neutrales, a menudo era tibia. Un periódico local informó que, aunque las «observaciones de Hitler a veces mostraban su agitación interna», su discurso en Detmold «no fue interrumpido por los aplausos hasta la última parte», cuando abordó los asuntos políticos del momento. Un discurso de Hitler en Lipperode solo tres días antes de la votación provocó una respuesta similar. La larga «introducción [de Hitler] al mundo del pensamiento político nacionalsocialista [...] no generó ningún aplauso. No fue sino hasta la segunda parte de su discurso, cuando retomó las cuestiones políticas

actuales, que sus palabras comenzaron a despertar cierto interés».[13]

Sumado a la sensación de crisis que tenía Hitler, el partido continuaba lleno de desavenencias internas. A lo largo de todo diciembre y enero, el fantasma de Gregor Strasser persiguió al NSDAP. Los rumores corrían fuera de control: que Strasser había entablado conversaciones con Schleicher, con Hindenburg o, incluso, con Papen, lo que planteaba la posibilidad de que el partido se dividiera y pasara a formar parte del gobierno, llevándose consigo a otros líderes nazis. Algunos creían que planeaba fundar su propia organización. Hitler estaba tan preocupado que desde mediados de diciembre viajó por todo el país hablando a los líderes del partido, desde el más alto hasta el más bajo, para reafirmar su lealtad. Strasser seguía siendo miembro del partido y, aunque Hitler se mostraba reacio a expulsarlo, a mediados de diciembre despidió a los partidarios de Strasser de sus cargos en la dirección del partido, desmanteló su red de inspectores (el Amtswälter), reorganizó su personal y asignó sus tareas a hombres cuya lealtad estaba más allá de toda sospecha.[14]

Al mismo tiempo, emitió un memorando destinado a los líderes del partido que, si bien no denunciaba explícitamente a Strasser, destacaba las diferencias en sus puntos de vista y subrayaba la visión «inalterable» de Hitler acerca de la organización del partido y su misión. «La base de la organización política», remarcaba, «es la lealtad». La lealtad y la obediencia «nunca podrían ser reemplazadas por medidas y estructuras técnicas formales de ningún tipo». La victoria de la idea nacionalsocialista era «el objetivo de nuestra lucha» y la organización del partido no era más que «un medio para lograr ese fin». En una expresión del enfoque descuidado de Hitler en cuanto a la organización que caracteri-

zaría su régimen después de 1933, declaró que «es un error asumir que la organización sería mejor cuanto más extenso y estructurado sea su aparato. Lo opuesto es correcto [...]: una *Weltanschauung* no necesita burócratas [...] sino apóstoles fanáticos».[15]

A pesar de estas jugadas para borrar la influencia de Strasser en el partido, los rumores persistieron. El diario de Goebbels registraba de modo obsesivo cada nueva aparición de Strasser y cada nuevo chisme sobre él. Había mucho para registrar. «Los periódicos de Berlín tienen un nuevo tema», escribió el 3 de enero. «Strasser va a incorporarse al gabinete Schleicher [...]. Se dice que ya ha tenido varias conversaciones con el general [...] y tenemos pruebas de ello. Este es el acto de traición más falto de escrúpulos que jamás se haya cometido contra el partido.» Unos días después, temió que Strasser estuviera «a punto de traicionarnos con Schleicher [...]. Pero pagará por esto».[16] La víspera de las elecciones en Lippe se enteró de que Strasser se había reunido con Hindenburg. «Así es como me imagino a un traidor», se quejó Goebbels. «Siempre he visto sus intenciones. Hitler está muy angustiado. Todo pende de un hilo [...]. Ahora todo depende de Lippe.»[17]

Strasser no era la única fuente de problemas. Sobrecargada por los esfuerzos de 1932, la organización del partido parecía estar fracturándose por tanta presión. Las tensiones entre la dirección política del NSDAP y las SA que tantas molestias habían generado en el partido en 1932 no disminuyeron después de las elecciones de noviembre. Los estallidos de violencia y los actos delictivos de las SA (pequeños hurtos, robos a mano armada, extorsiones) continuaban avergonzando al partido, y el resentimiento de las SA

contra la dirigencia política seguía vigente. Durante el mes de diciembre, estalló una enconada disputa entre el máximo comandante de las SA en el baluarte nazi de Franconia, Wilhelm Stegmann, y el poderoso *Gauleiter* del área, Julius Streicher. Stegmann acusaba al *Gauleiter* de no respetar el compromiso de compensar a las SA por los gastos de las elecciones de noviembre y Streicher, a su vez, acusaba a Stegmann de malversar fondos del partido.

Streicher solicitó el apoyo de los principales dirigentes de las SA; Stegmann apeló a los líderes locales de las SA en Franconia para que lo respaldaran. Después de sacar a varios leales de Streicher de sus puestos, los hombres de Stegmann irrumpieron en las oficinas de las SA en Núremberg. Estallaron las peleas y hubo que llamar a la policía para restablecer el orden. La prensa opositora se regodeó dando los vergonzosos detalles de todo esto. «Las SA de Hitler destrozan las cabezas de las SA», informó alegremente *Vorwärts*. Röhm inició una investigación y relevó a Stegmann de su mando a la espera del resultado de la investigación. Stegmann no protestó ni se quejó. Simplemente ignoró la orden. Era sintomático del tenue control que ejercía el partido sobre las SA el hecho de que Stegmann, confiando en el apoyo de las bases de las SA de Franconia, desafiara a la dirección de Múnich y continuara en su cargo. Hitler parecía haber arreglado la reconciliación entre las facciones enfrentadas, pero, en la víspera de las elecciones en Lippe, volvió a estallar el conflicto en Franconia.

Tan seria era la situación que Röhm, que estaba disfrutando de una escapada romántica en Capri, recibió la orden de regresar de inmediato a Alemania para manejar a sus recalcitrantes tropas de asalto. En la víspera de las elecciones, Hitler convocó a Stegmann a una reunión donde, bajo coacción, Stegmann firmó una declaración pública prometiendo

su lealtad y obediencia al Führer. Era crucial, insistía Hitler, que el partido proyectara una imagen de unidad cuando los votantes estaban yendo a las urnas. Como los hechos pronto demostrarían, el problema estaba lejos de haberse solucionado.[18]

Cuando los comicios se cerraron en Lippe el 15 de enero, Hitler, Goebbels y los altos mandos del partido habían regresado a Berlín para esperar los resultados. El partido simplemente no podía soportar otro revés. Al final de la noche estaba claro que el NSDAP podía adjudicarse una victoria. «El partido está en marcha nuevamente», suspiró Goebbels aliviado. «Después de todo, el esfuerzo ha dado sus frutos.»[19] Con el 39,6 % de los votos, había superado su 34 % de noviembre y la prensa nazi presentó el resultado en Lippe como un gran triunfo, como un punto de inflexión. Pero, si bien Goebbels anunciaba lo de Lippe como una victoria histórica —en el vocabulario nazi, todos los triunfos eran «decisivos» e «históricos»—, pocos lo creían así. Por cierto, los nazis habían recibido cerca de cinco mil votos más que en el noviembre anterior, provenientes en gran parte de los conservadores, cuyo voto había caído, pero ese número estaba todavía unos tres mil quinientos votos por debajo de las cifras de julio. Otros partidos, con muchos menos fondos y esfuerzos, habían logrado un crecimiento mayor: ante el aumento del 17 % de los nazis, el pequeño Partido Demócrata había ganado el 60 % y el DVP liberal, el 20 %. Estos eran pequeños partidos, pero los socialdemócratas también registraron un aumento del 15 %. Juntos, socialdemócratas y comunistas superaban a los nazis. No es de extrañar que fueran tan pocos los que quedaron impresionados con el «triunfo histórico» del NSDAP. La evaluación del aplastante editorial del liberal *Berliner Tageblatt* sintetiza la opinión general: «Hitler ha traído a casa, después de su lucha heroi-

ca en Lippe, solo una mosca atravesada en la punta de *su espada*».[20]

Con su confianza reanimada tras la «victoria» de Lippe, Hitler convocó a una reunión de todos los *Gauleiter* en Weimar. Iba a resolver el problema de Strasser de una vez por todas; había llegado el momento de la «intransigencia dura [...] sin compromisos». Arengó durante tres horas a los líderes reunidos y sus observaciones acerca de todos los detalles sórdidos de la presunta traición de Strasser fueron contundentes. Los *Gauleiter*, según Goebbels, estaban conmocionados. Luego, uno tras otro, se fueron sumando a las crecientes denuncias. Los «mejores amigos de Strasser lo están abandonando», se regocijaba Goebbels. Martin Mutschmann, *Gauleiter* de Sajonia, «lo caracterizó como un judío. Judas sería mejor». Al final del día, Hitler había «logrado una victoria total. El caso de Strasser está resuelto. Fin de la historia. Pobre Gregor», se regodeó Goebbels, «lo mataron sus mejores amigos».[21]

La dirección continuaría preocupada por Strasser —de manera obsesiva, daba la impresión a menudo—, pero la amenaza que planteaba era más un fantasma que una realidad. Strasser se reunió con Schleicher y con Hindenburg en enero, pero, para sorpresa de todos, su determinación de abandonar el sórdido mundo de la política de Weimar era sincera y no estaba buscando un puesto en el gobierno de Schleicher. Como luego le explicó a un amigo, tomó la decisión de abandonar el partido tras una larga deliberación y luego de que «mi opinión de que teníamos que participar en el funcionamiento del Estado y atraer a la gente con hechos en lugar de hacerlo con palabras fue totalmente rechazada». Su objetivo era «la unión de todas las personas de mentalidad constructiva sin importar de dónde provengan, sobre la base de nuevas ideas en el gobierno, la economía y la esfera

cultural». No tenía ningún deseo de dividir el NSDAP ni de provocar una ruptura permanente con Hitler, pero estaba «convencido de que el tiempo de la agitación y de los partidos está desapareciendo rápidamente y que el futuro inmediato requiere hombres preparados para entrar en el gobierno con valentía y sentido de la responsabilidad»; «que [...] saquen sus conclusiones a partir de la comprensión del tiempo presente y logren resultados».[22] Era obvio por qué, para Schleicher, Strasser era una opción tan atractiva.

Si Strasser se hubiera quedado y hubiese luchado por sus opiniones, bien podría haber arrastrado consigo a muchos seguidores, dar un serio golpe a Hitler y, quizás, haber guiado a un NSDAP trunco en una dirección diferente y menos radical. Pero, a pesar de toda su energía y talento organizativo, Strasser, en última instancia, carecía de la dureza política y la implacable voluntad de poder para una pelea con Hitler. Seguiría obsesionando al partido —siempre estaba el fantasma de un Strasser rondando por allí—, pero, para mediados de enero, ya había abandonado el escenario y puesto fin a su papel de mente organizadora del NSDAP.

Mientras los nazis se concentraban en la contienda electoral en Lippe, Papen seguía trabajando en las sombras para socavar a Schleicher. Como primer paso, esperaba convencer a Hugenberg para que atrajera a sus fieles conservadores a las filas de un gobierno Papen-Hitler. Hugenberg detestaba a Schleicher y estaba dispuesto a escuchar, pero era escéptico con respecto a Hitler: tenía malos recuerdos de sus intentos previos de colaborar con el líder nazi. Hitler, pensaba, carecía totalmente de escrúpulos, una opinión que expresó tanto a Papen como a Hindenburg. Aun así, en cualquier nuevo gobierno, preferiblemente uno encabezado por Papen, el precio de su apoyo era el Ministerio de Economía y Agricultura tanto de Prusia como en el Reich. No se

resolvió nada. Hugenberg seguía teniendo reservas, pero él, pensaba Papen, definitivamente estaba en carrera.

Hitler también probó suerte con Hugenberg en una reunión el 17 de enero. El líder conservador expresó sus dudas acerca de que Hitler fuera canciller, aunque no llegaba a oponerse por completo. Sin embargo, sí expresaba fuertes objeciones a que un nacionalsocialista fuera puesto a cargo del Ministerio del Interior de Prusia, una medida que pondría a la fuerza de policía prusiana de cincuenta mil hombres bajo el control directo de los nazis. También desaprobaba con firmeza la exigencia de Hitler de nuevas elecciones para el Reichstag, elecciones en las que los conservadores difícilmente podían esperar mejorar su posición. Para Hitler, era esencial que hubiera nuevas elecciones para el Reichstag. Confiaba en que en esos comicios, llevados a cabo mientras el gobierno de Hitler-Papen tenía los instrumentos de poder —y de coerción—, brindarían la mayoría necesaria para aprobar una «ley habilitante». Esa ley le permitiría gobernar sin el Reichstag y *también* sin decretos presidenciales. En otras palabras, lo liberaría de toda restricción institucional en el ejercicio de poder. Hugenberg, sin embargo, no cambió de parecer y Hitler abandonó la reunión frustrado.

Todavía en busca de apoyo, Hitler concertó otra reunión secreta con Papen. El 18 de enero, acompañado por Himmler y Röhm, se encontraron en la casa de campo de Joachim von Ribbentrop en Dahlem, un barrio de moda de Berlín. Ribbentrop, un adinerado diputado nazi del Reichstag que creía poseer considerables habilidades diplomáticas (más tarde se convertiría en ministro de Relaciones Exteriores del Tercer Reich), había trabajado con Papen en Turquía durante la Primera Guerra Mundial y estaba ansioso por hacer de intermediario entre Hitler y el excanciller. En la reunión de

principios de mes en Colonia, Hitler parecía dispuesto a abandonar su exigencia de la Cancillería y la presidencia ministerial de Prusia, y a aceptar un papel nacionalsocialista más modesto en un gabinete de Papen, tal vez los ministerios del Interior y de Defensa. Pero, durante el almuerzo del día 18, impulsado por los resultados de Lippe, renovó sus exigencias sobre la Cancillería y la presidencia ministerial de Prusia. Papen respondió que no creía tener la suficiente influencia como para vencer la resistencia de Hindenburg a un gabinete de Hitler y la reunión terminó sin resultados concluyentes.[23]

Al día siguiente, se organizó otro encuentro para el día 22. Cuando llegaron a la propiedad de Ribbentrop a las 10 de la noche, Hitler, su asesor legal Wilhelm Frick y, más tarde, Göring, encontraron a Papen, a Oskar von Hindenburg y a Otto Meissner, el influyente secretario de Estado del presidente del Reich, esperándolos. Hitler seguía siendo inflexible en cuanto a la Cancillería, pero expresó su disposición para tener solo otros dos nacionalsocialistas en el gabinete. Frick iba a ser ministro del Interior, y Göring debería tener algún puesto, pero los otros cargos en el gabinete, ofreció Hitler magnánimamente, podrían ser ocupados por conservadores aceptables para el presidente del Reich. Papen, que sería el vicecanciller, consideró que estos términos eran más razonables que los que Hitler había planteado antes y consideró que era posible que Hindenburg finalmente aceptara un gobierno de Hitler. La cuestión de Prusia se dejó abierta. Oskar von Hindenburg salió de la reunión albergando aún profundas reservas sobre Hitler, pero Meissner estaba sorprendido por su aparente predisposición para hacer concesiones, y consideró que los términos decididos podrían resultar aceptables para el presidente del Reich. Papen estuvo

de acuerdo y consideró que, con estos términos, había probabilidades razonables de éxito.

Las reuniones en la villa de Ribbentrop intentaron ser secretas, pero la prensa las descubrió rápidamente y los periódicos de Berlín comenzaron a hacer especulaciones. Los rumores pululaban por todo el gobierno como murciélagos salidos de una cueva. Hitler y Papen, como era obvio, negaron que se estuviera maquinando algo y, por supuesto, nadie les creyó. Schleicher, quien por fin estaba empezando a darse cuenta del peligro en que se encontraba, le pidió a Hindenburg que le permitiera disolver el Reichstag antes de que volviera a reunirse el 31 de enero. Sin esa disolución, Schleicher se enfrentaba a una segura moción de censura. Si, por otro lado, el Reichstag era disuelto por orden presidencial, podría permanecer en el cargo y ganar tiempo. Los efectos de sus reformas deberían sentirse en un futuro cercano. La economía, según los analistas de entonces, había tocado fondo a finales del verano de 1932 y, aunque las mejoras en términos de empleo aún no se sentían en la calle, había expectativas de que hubiera un repunte significativo hacia el verano.

El 23 de enero, Schleicher presionó a Hindenburg para obtener no solo la orden de disolución, sino también la promesa de atrasar las nuevas elecciones por tiempo indefinido, una medida que violaba la Constitución. Sin la presión del Reichstag y gobernando por decreto de emergencia, Schleicher podría poner orden en la política alemana y aguardar la proyectada mejora en la situación económica. Los nazis tendrían que elegir entre apoyar al gobierno o simplemente marchitarse en las filas de la oposición infructuosa. De todos modos, Schleicher estaba convencido de que Hitler se encontraba «al borde de la desesperación». En una cena para periodistas, dijo de manera extraoficial que con-

fiaba en que Hitler terminara dándose cuenta «de que su partido se derrumba bajo su conducción al no verlo nunca llegar a una posición de poder». Con una sonrisa condescendiente, hizo caso omiso de la amenaza de los nazis. «Me ocuparé de ellos», dijo confiado. «Pronto estarán comiendo de mi mano.»[24]

Hindenburg no estaba tan confiado. ¿Acaso no había oído todo esto antes? ¿No era el plan de Schleicher exactamente el mismo que Papen había defendido en diciembre y que Schleicher había demolido de manera tan efectiva que condujo a la caída de Papen? Tal acción descaradamente inconstitucional, había argumentado Schleicher entonces, provocaría un levantamiento tanto de la izquierda como de la derecha radicales que llevaría a una guerra civil. En tal situación, el ejército no podría garantizar su capacidad de imponerse. Hindenburg estaba tan poco interesado en el plan ahora como cuando Papen lo había propuesto y necesitaba tiempo para considerar sus opciones.

Con las conversaciones de Hitler con Hugenberg y Papen estancadas, un nuevo brote de problemas con las SA amenazó con sumergir al NSDAP otra vez en una crisis. Y, de nuevo, el responsable era Stegmann. De regreso en Franconia después de su reunión con Hitler, el líder de las SA no dio muestras de haber aprendido la lección. Renovó abiertamente su enemistad con Streicher, y a Hitler, frustrado y enojado, no le quedó otra alternativa más que expulsarlo del partido. Lejos de sentirse intimidado, Stegmann respondió fundando su propio Cuerpo Libre de Franconia y llevándose consigo a unos tres mil seguidores, es decir, cerca de la mitad de las SA de Franconia. La nueva organización paramilitar arremetió contra la política de legalidad de Hitler y contra los jefes del partido en Múnich. En una manifestación de las SA en Núremberg el día 24, Stegmann declaró

que el partido «había perdido su oportunidad histórica de llegar al poder por medios legales» y que había llegado el momento de una «pelea más brutal y revolucionaria». El llamamiento de Stegmann a la rebelión tocó la fibra sensible entre los descontentos hombres de las SA de todo el país. Las tropas de asalto disidentes formaron sus propios grupos de Cuerpos Libres en el Ruhr, el Rin Superior y Hessen, y comenzaron a producirse motines en otros lugares. Resultaba una posibilidad muy real que la revuelta de Stegmann barriera todo el país y dividiera el NSDAP en una coyuntura crítica.[25]

A la ansiedad nazi se sumaba la continua desesperación financiera del partido. A principios de mes, Goebbels se quejaba de la «mala situación financiera de la organización» y señalaba que el partido tendría que buscar formas de economizar recursos.[26] Los acreedores exigían el pago de los préstamos otorgados durante el año anterior y las cuotas de los afiliados seguían disminuyendo de modo severo, al igual que los ingresos provenientes de eventos del partido, ahora poco concurridos. La reunión de Hitler con Schröder no era sobre dinero, sino sobre política, y pocos indicios sugieren que hubiera habido una afluencia repentina de fondos de fuentes comerciales. La situación financiera del partido se vio aún más afectada por la campaña en Lippe. Agobiado por el agotamiento de las fuentes de financiación interna y por la desesperada necesidad de efectivo, Göring dio el extraordinario paso de preguntarle a un diplomático estadounidense si creía que existía la posibilidad de que los Estados Unidos le hicieran un préstamo al partido.[27]

Con la suerte del NSDAP hundiéndose rápidamente, Papen le arrojó a Hitler un salvavidas. En la mañana del 23 se reunió con el presidente del Reich, Meissner y Oskar von Hindenburg y planteó la posibilidad de darle la Cancillería a Hitler. Ante un reticente Hindenburg, Meissner argumentó que la propuesta de Papen era la mejor manera de romper el estancamiento político. Hitler finalmente cargaría con la responsabilidad del gobierno, y Papen y los miembros conservadores del gabinete lo mantendrían a raya. Hindenburg escuchó, pero no quedó convencido. Compartía su escepticismo con su hijo. Ambos seguían creyendo que, si el gobierno de Schleicher caía, algo que ahora parecía inevitable, Papen sería la mejor alternativa.[28]

Todavía el 27 de enero, Hindenburg seguía tranquilizando a sus socios diciéndoles que no tenía intención de nombrar a Hitler como canciller.[29] Muchos temían —y con razón— que el viejo volviera a nombrar canciller al peligrosamente divisivo Papen, un paso que casi todos, de derecha a izquierda, pero sobre todo en el Alto Mando del Ejército, creían que desencadenaría una sangrienta guerra civil. Tan impopular era el excanciller que, aunque muchos en puestos de poder tenían profundas reservas sobre los nazis, un gabinete de Hitler parecía menos peligroso que un segundo gobierno de Papen. El centro y la derecha moderados también se oponían a repetir el gabinete de Papen, aunque se consolaban creyendo que Hindenburg nunca nombraría al «pequeño cabo bohemio» para que encabezara el gobierno. Pero dado el inminente apartamiento de Schleicher y la oposición a Papen (incluso Papen lo había comprendido), Hindenburg descubrió que tenía poco margen de maniobra. Después de todo, con las debidas precauciones y restricciones, quizás hubiese llegado la hora de Hitler.

Mientras tanto, Hitler estaba en un estado de ánimo sombrío. Exasperado por el fracaso para avanzar en sus diversas negociaciones, estaba listo para abandonar la ciudad e irse a Múnich. Este repentino cambio de actitud sorprendió a sus socios más cercanos. Aquellos que estuvieron con él en esos tensos días de enero, e incluso quienes desconfiaban de él o lo detestaban, a menudo se sorprendían ante su inquebrantable confianza y su convicción inamovible de que el que él proponía era el único camino hacia el poder. A lo largo de la campaña y de las intrigas cotidianas, Hitler mantenía una calma casi sobrenatural. A pesar de las crecientes presiones políticas, incluso insistía en mantener algo de su estilo de vida bohemio. Todavía se levantaba tarde, por lo general alrededor de las 11, charlaba durante horas, se entretenía con el té y los pasteles de la tarde en el café del Kaiserhof, iba al cine y a la ópera.

Durante todos los altibajos de los años previos, la confianza inquebrantable de Hitler siempre fue lo que había impulsado los espíritus de sus lugartenientes. Esta vez era el turno de ellos de levantarle el ánimo a él. El día 27, Hitler se reunió con Göring y Ribbentrop, y les expresó su gran frustración con la situación. Estaba harto, listo para abandonar totalmente Berlín y regresar a Múnich. Göring insistió en que «la situación está lejos de ser desesperada» y aconsejó otra reunión con Hindenburg, y Ribbentrop se ofreció a organizar otro encuentro con Papen. Hitler rechazó ambas propuestas de inmediato. Ya había dicho «todo lo que hay que decir al mariscal de campo» y «no sabría qué agregar». Con grandes dificultades Göring y Ribbentrop pudieron calmarlo y convencerlo de que se quedara en Berlín un poco más. Finalmente, a regañadientes, aceptó reunirse esa tarde con Hugenberg. Pero la entrevista no salió bien. El quejoso líder conservador planteó de nuevo objeciones a los planes

de Hitler y expuso numerosas condiciones para brindarle su apoyo. En opinión de Hitler, mostraba «una codicia por cargos ministeriales fuera de toda proporción teniendo en cuenta la fuerza de su partido».[30] La reunión terminó con tal rencor que «Hitler, muy indignado», anunció su intención de «irse a Múnich de inmediato». Ribbentrop nunca lo había visto así.[31]

Esa noche, Ribbentrop se reunió a solas con Papen y reafirmó la posición nazi de que la única solución que tenía sentido político era un Hitler en la Cancillería respaldado por un fuerte frente nacional. Hugenberg sería un problema, pero tal vez podría ser persuadido. Para su sorpresa, Papen estuvo de acuerdo. Papen estaba «ahora absolutamente a favor de que Hitler se convirtiera en canciller». Esto, según Ribbentrop, representaba «un cambio decisivo en la actitud de Papen». Creía que era «el punto de inflexión». Papen debía reunirse con Hindenburg a las 10 de la mañana. Ribbentrop prometió llevar a Hitler a las 11.[32]

El plan de Papen había llegado a una etapa crucial y los sucesos comenzaron a desencadenarse con rapidez. El 28, Hindenburg informó a Schleicher que no autorizaría la disolución del Reichstag. Consciente de que se enfrentaría a un voto de censura cuando el cuerpo se reuniera el 31, Schleicher renunció. Había jugado mal su mano suponiendo hasta muy tarde que tenía el apoyo de Hindenburg y había subestimado groseramente a su antiguo protegido. En cuanto se enteró de las reuniones en la finca de Ribbentrop se dio cuenta de que Papen había urdido una conspiración para derribarlo. En la noche del 28, presentó su renuncia y dejó su oficina en la Cancillería.

A la mañana siguiente, Papen se reunió con Hindenburg.[33] El viejo por fin parecía aceptar la perspectiva de un gobierno de Hitler con Papen como vicecanciller y apoyado

por los conservadores, el Stahlhelm y otros grupos de centroderecha. Papen corrió a su cita con Hitler. Pero cuando abrió la puerta, poco después de las 11, encontró a Ribbentrop solo. «¿Dónde está Hitler?», preguntó. Ribbentrop temía que ya había partido rumbo a Múnich. Papen dijo que había que hacerlo regresar sin demora: se había producido un avance con Hindenburg y en ese momento era decididamente posible que Hitler fuera nombrado canciller. Ribbentrop salió de inmediato y supo por boca de Göring que Hitler aún no había abandonado el Kaiserhof. Tras una llamada telefónica rápida se fijó una reunión con Papen para la mañana siguiente.

En esa reunión del 29 de enero, el ánimo de Hitler mejoró de modo notable cuando Papen confirmó que estaba sólidamente comprometido con la idea de Hitler como canciller y que Hindenburg parecía dispuesto a aceptar un gobierno de Hitler y Papen. Los dos hombres llegaron a un acuerdo acerca de la composición del gabinete: todos los cargos, excepto dos, la Cancillería y el Ministerio del Interior, serían ocupados por conservadores. Hitler estuvo de acuerdo en que la Oficina de Relaciones Exteriores, el Ministerio de Finanzas y el de Defensa debían estar encabezados por quienes Hindenburg prefiriera. Por el momento, el importante Ministerio de Justicia quedaría vacante. Hitler también abandonó a regañadientes su exigencia de obtener el cargo de ministro-presidente de Prusia y se lo concedió a Papen. [34] Como compensación, sugirió que Göring fuera nombrado ministro del Interior de Papen en Prusia.

Más tarde, ese mismo día, Papen sostuvo conversaciones con Hugenberg, quien todavía se oponía de manera enérgica a la exigencia nazi de que se llamara a nuevas elecciones. Pero cuando Papen le ofreció el Ministerio de Economía, un puesto que siempre había codiciado, aceptó con cierta pru-

dencia participar en un gobierno Hitler-Papen. Cuando un conservador a quien Papen esperaba atraer al gabinete expresó sus preocupaciones sobre un gobierno de Hitler, Papen trató de disipar sus miedos: «¿Qué más quiere? Tengo la confianza de Hindenburg. Dentro de dos meses habremos arrinconado a Hitler de tal manera que apenas podrá gritar».[35] A otro posible ministro del gabinete que expresó reservas, preocupado por que Hitler no fuese digno de confianza y que causara demasiados problemas, Papen le respondió: «Estás equivocado. Lo tenemos comprado».

Para hacer realidad su deseo de crear una base de apoyo de derecha para el nuevo gobierno, Papen estaba convencido de que necesitaba el respaldo de la poderosa organización derechista de veteranos Stahlhelm. Invitó a sus dos líderes, Theodor Duesterberg y Franz Seldte, a reunirse con él y con Hugenberg en su apartamento. Allí, Papen le ofreció a Seldte el Ministerio de Trabajo, pero Duesterberg, que todavía estaba resentido por los ataques que había recibido por parte de los nazis durante las elecciones presidenciales, no quería formar parte de un gobierno encabezado por Hitler. Nombrar a alguien tan despiadado y deshonesto como él era la fórmula perfecta para el desastre, argumentó. Hugenberg intervino e, intentando tranquilizarlo, señaló que Hindenburg todavía estaría al mando del ejército, que Papen sería vicecanciller, que estaría a cargo de toda la esfera económica y que los conservadores dominarían el nuevo gabinete. «Estamos arrinconando a Hitler», se jactó. Duesterberg ni se inmutó. «Una de estas noches», le advirtió, «se encontrará usted corriendo por el jardín del ministerio en calzoncillos para evitar ser arrestado».[36]

En el Kaiserhof, Hitler y su séquito reflexionaban sobre la situación. ¿Podían confiar en Papen? ¿Y en Hindenburg? «Hitler es muy escéptico y desconfiado», señaló Goebbels.

«Con buenas razones. Los de allí [en la Cancillería] son una banda de estafadores [...]. El viejo es impredecible [...]. Al menos nos deshicimos de Schleicher. El viejo básicamente lo echó.» Eso fue «un castigo perfecto» para un conspirador como él. «Mañana comienza el tire y afloje [por el poder].»[37]

A pesar de todas las sospechas y recelos mutuos, para la noche del 29 de enero Papen había puesto todas las piezas en su lugar. Hitler estaba satisfecho, Hugenberg estaba provisionalmente con ellos y todos los funcionarios propuestos para el gabinete estaban de acuerdo. Incluso el reticente Duesterberg depuso a regañadientes su oposición al gabinete y Seldte aceptó ser ministro de Trabajo. El Stahlhelm estaba listo para apoyar al nuevo gobierno. Algunos problemas potenciales aún no se habían resuelto, en particular la firme oposición de Hugenberg a las nuevas elecciones, algo que Hitler consideraba esencial. Pero todo parecía ir bien. Incluso la resistencia de Hindenburg a Hitler como canciller había sido superada, al menos por el momento, y Hitler prestaría juramento como canciller a las 11 de la mañana.

«Uno no se atreve a creerlo todavía», escribió Goebbels esa noche. «¿Papen es honesto? ¿Quién sabe?»[38] Y Hindenburg era tan poco fiable, tan voluble. Entonces, de repente, apareció una nueva amenaza aún más siniestra. Llegó un mensajero al departamento de Goebbels y le comunicó que, después de todo, Hindenburg había decidido nombrar a Papen como canciller. El ejército se oponía de forma vehemente. Habían surgido rumores de que, con el fin de bloquear el regreso del gabinete de Papen, se estaban llevando a cabo planes en el cuartel general del ejército para arrestar a Oskar von Hindenburg, mientras que el presidente del Reich sería llevado a su propiedad en Neudeck donde se lo mantendría incomunicado. Las tropas del ejército ocu-

parían la ciudad. Algunos creían que Schleicher estaba detrás de eso; otros pensaban en el comandante en jefe Kurt von Hammerstein-Equord. Se trataba de un golpe militar y el resultado sería una dictadura militar que desharía todos los cálculos de Hitler justo cuando parecía que el poder estaba a su alcance.

Göring y Hitler, que estaban presentes en el departamento de Goebbels, se pusieron en acción. Göring advirtió de inmediato a Meissner y Papen, y Hindenburg envió un mensaje al general Werner von Blomberg. El presidente del Reich ordenó al general, quien en ese momento asistía a la Conferencia de Desarme en Ginebra, que volviera a Berlín de inmediato y le advirtió que fuera directamente a la Cancillería del Reich para prestar juramento como ministro de Defensa, un puesto que lo convertiría en comandante en jefe del ejército. Mientras tanto, Hitler telefoneó al comandante de las SA de Berlín y le ordenó que pusiera a las SA en alerta en toda la ciudad. Las tropas de asalto deberían estar preparadas para un enfrentamiento con el ejército.[39] «No debemos perder el valor ahora», escribió Goebbels. «¿Quién sabe si esto es una amenaza seria o simplemente una chiquillada?» En el Kaiserhof, el círculo íntimo de Hitler permaneció sentado a la espera, mientras él deambulaba en silencio por toda la *suite* sumido en sus pensamientos. No había nuevos informes. Las horas transcurrían lentamente y, cerca del amanecer, aún nada había sucedido. No hubo tropas de la guarnición de Potsdam, no hubo arrestos. Finalmente, a las 5 de la mañana, los hombres se permitieron dormir un poco. La tensión seguía siendo alta —algo podría todavía salir mal—: Hindenburg podía cambiar de opinión, Papen podía traicionarlos, el ejército podía marchar. La espera era casi insoportable. Los copos de nieve caían a través de la débil luz del sol invernal cuando los primeros

grupos comenzaron a formarse frente a la Cancillería sintiendo que algo trascendental estaba a punto de suceder. «Solo tenemos que esperar unas horas más», observó Goebbels con ansiedad; «entonces, habrá llegado el gran momento».[40]

Esa mañana temprano, cuando los rumores de un *Putsch* militar inminente envolvieron el barrio del gobierno, enviaron a Oskar von Hindenburg a la estación de ferrocarril de Anhalter para buscar al general Blomberg. La convicción del presidente del Reich de que algo estaba ocurriendo se reforzó cuando el joven Hindenburg descubrió a un oficial del Estado Mayor enviado por el general Hammerstein en el andén, en apariencia con órdenes de llevar a Blomberg directamente al cuartel general del ejército en Potsdam. Pero Blomberg fue conducido de inmediato ante el presidente del Reich. En una tensa reunión en la Cancillería, Hindenburg le informó cuál era la situación y le advirtió que estuviera preparado para reprimir un inminente golpe de Estado.[41]

Una atmósfera expectante envolvía la ciudad. Grupos de ansiosos llenaban la Wilhelmstrasse y se congregaban en la plaza que separaba al Kaiserhof de la Cancillería. Alrededor de las diez, Hitler y Hugenberg se deslizaron a través de un jardín trasero en la residencia de Papen para una última conversación antes de dirigirse a su audiencia con Hindenburg. Cuando, en el curso de la conversación, Hugenberg oyó por primera vez que el tema de las nuevas elecciones no había sido resuelto, se enfureció. Él había entrado en este acuerdo entendiendo que no habría nuevas elecciones. Hitler, por su parte, se sorprendió de que Papen no hubiera asegurado previamente el acuerdo con Hugenberg. Bajo estas circunstancias, Hugenberg amenazó con dar marcha atrás en el trato, y los esfuerzos de Hitler para asegurarle que no habría cambios en el gabinete al margen del resulta-

do en las elecciones cayeron en saco roto. Finalmente, desesperado, Papen intervino: «Si el nuevo gobierno no está formado para las 11 en punto, el ejército va a marchar. Schleicher puede establecer una dictadura militar».[42]

Eran casi las 11 cuando los hombres, sin dejar de discutir, atravesaron los jardines traseros cubiertos de nieve hasta entrar en la oficina del secretario presidencial Meissner en la Cancillería del Reich, donde estaban reunidos los supuestos ministros del nuevo gabinete.

Mientras Hindenburg esperaba impaciente en la habitación contigua, la disputa sobre las nuevas elecciones volvió a estallar. Una vez más, Hitler trató de tranquilizar a Hugenberg prometiéndole que, sucediese lo que sucediese, tendría su cargo de ministro de Economía y Agricultura. Sería el zar de la economía, calificativo que satisfizo enormemente la vanidad de Hugenberg. Papen apoyó esas promesas, pero no lograron apaciguar a Hugenberg. En ese momento, Meissner les recordó que ya eran pasadas las 11:05 y que estaban haciendo esperar al presidente del Reich. Como esta advertencia no logró mover al implacable Hugenberg, Papen preguntó en tono de lamento: «¿Desea arriesgar la unidad nacional que finalmente se ha logrado después de tantas negociaciones difíciles? No se puede dudar de la palabra solemne de un alemán».

La discusión aún chisporroteaba cuando Meissner regresó de la oficina de Hindenburg reloj en mano y anunció: «El presidente pide que no lo hagan esperar más. Ya son las 11:15. El viejo caballero podría retirarse en cualquier momento».[43]

Las ansiosas palabras de Meissner parecieron poner a Hugenberg en movimiento y, con el acuerdo pendiendo de un hilo, el triunvirato finalmente se dirigió a ver a Hinden-

burg. Hindenburg estaba tan irritado con la situación que ni siquiera atinó a ofrecer al gabinete el ceremonial discurso de bienvenida. Sin inmutarse, Hitler también rompió el protocolo y sorprendió a los presentes cuando pronunció un breve discurso propio. Le prometió solemnemente al presidente del Reich que mantendría la Constitución de Weimar, que buscaría una mayoría en el Reichstag para que los decretos de emergencia ya no fueran necesarios, que resolvería la crisis económica de Alemania y restablecería la unidad de un pueblo alemán dividido y pisoteado. Cuando terminó, Hindenburg, sobresaltado y todavía enojado, no hizo más comentarios que un superficial: «¡Y ahora, señores, adelante con Dios!».[44]

Al otro lado de la plaza, en el Kaiserhof, el séquito de Hitler esperaba ansioso. «La emoción interna casi nos quita el aliento», escribió Goebbels. «En la calle los grupos se encuentran silenciosamente expectantes entre el Kaiserhof y la Cancillería. ¿Qué está sucediendo allí? Estamos divididos entre la duda, la esperanza, la alegría y la desesperación. Hemos sido engañados con demasiada frecuencia para poder creer de todo corazón en el gran milagro.» Röhm estaba de pie en la ventana mirando hacia la puerta de la Cancillería de la cual emergería el Führer. «Podremos juzgar por su cara si la entrevista ha ido bien», se preocupaba Goebbels. «¡Horas de espera que son una tortura! Por fin, un automóvil se detiene frente a la entrada. La multitud lo vitorea. Parecen sentir que se está produciendo un gran cambio o que ya ha comenzado. Viene el Führer.»

Unos minutos más tarde, Hitler entró en la *suite* que les había servido de cuartel general. En un primer momento no habló. Abrumado, miró a sus seguidores en silencio. «Él no dice nada y todos guardamos silencio también», escribió Goebbels, rebosante de piedad empalagosa. «Sus ojos están

llenos de lágrimas. ¡Ha llegado el momento! [...] Alemania está en un punto de inflexión en su historia.» Adolf Hitler, el estudiante indiferente, el artista frustrado, el vagabundo, el oscuro soldado de la Gran Guerra, el vulgar agitador de cervecería era, contra toda lógica, el canciller de Alemania. «Fue como un sueño, como un cuento de hadas», escribió Goebbels.[45]

Nada era inevitable ese día, ni siquiera el ascenso de Hitler al poder. No fue votado para el cargo, no fue arrastrado al poder en una oleada de apoyo público. En el apogeo de su popularidad electoral, en julio, los nazis habían recibido solo el 38 % de los votos y, aunque en ese momento no lo supieran, sería la mayor cantidad de votos que llegarían a obtener jamás en una elección libre. Luego, en noviembre, en las últimas elecciones verdaderamente libres de la era de Weimar, el voto nazi descendió al 33 % y continuó cayendo en picado en las elecciones estatales y locales que siguieron. Como prácticamente en todas las elecciones desde 1928 hasta 1933, más alemanes habían votado por los partidos trágicamente divididos de la izquierda que por los nazis. Estas cifras no significan que aquellos que votaron por otros partidos votaran en contra del NSDAP o que rechazaran todo lo que el nacionalsocialismo representaba. Pero muestran que, cuando tuvieron la posibilidad de elegir, incluso en lo más profundo de la Gran Depresión, dos tercios de los alemanes preferían a otra persona.

Por lo tanto, es una monstruosa ironía histórica que Adolf Hitler llegara al poder en el momento en que la popularidad del partido estaba en retroceso, su organización callejera se había rebelado y sus arcas estaban vacías. Lo que Hitler y el sofisticado aparato propagandístico del NSDAP no habían podido alcanzar en la cúspide del atractivo popular del partido en 1932 lo consiguió un grupo de figuras

conservadoras de alto rango mediante un acuerdo secreto en el que crearon un gabinete con Hitler. Creían, como dijo Papen, que el demagogo nacionalsocialista podía ser «domesticado», que lo tenían «controlado». Pero, como pronto descubrirían, habían cometido un fatal error de cálculo al subestimar de manera desastrosa la ambición ilimitada de Hitler, su capacidad para la traición y su despiadada perspicacia política. No serían los últimos en cometer tal error. Justo un día después del nombramiento de Hitler, Hugenberg ya parecía haberse arrepentido. «Ayer», se cuenta que dijo, «cometí la mayor estupidez de mi vida. Uní mis fuerzas con el más grande demagogo de la historia mundial».[46]

El atardecer envolvía la ciudad y las farolas de las calles empezaban a encenderse cuando aparecieron los primeros elementos del vasto desfile. Las calles próximas a la sede del gobierno estaban abarrotadas de gente, las aceras atestadas, había muchachos sentados en las ramas de los árboles, bandas tocando y coros improvisados que cantaban canciones nazis. Con un atronador retumbar de tambores, surgían las columnas de hombres de las SA, las JH, las SS y los Stahlhelm con antorchas en alto desde la oscuridad del Tiergarten dirigiéndose a la Unter den Linden. El embajador francés François-Poncet observaba asombrado las enormes columnas «acompañadas por bandas que tocaban aires marciales al ritmo amortiguado de sus grandes tambores [...] [que] pasaban bajo el arco triunfal de la Puerta de Brandemburgo. Las antorchas que blandían formaban un río de fuego, un río de ondas constantes e inextinguibles [...] que se extendían [...] por el corazón mismo de la ciudad. De esos grupos de hombres con camisas pardas y botas de cuero que marchaban en perfecta disciplina y alineación y que

con voces bien entonadas gritaban canciones de guerra se elevaba un entusiasmo y un dinamismo extraordinarios. Los espectadores, situados a ambos lados de las columnas que marchaban, estallaban en un gran clamor».[47] Durante tres interminables horas, la procesión pasó bajo las ventanas del Anexo de la Cancillería del Reich, donde Hitler saludaba y extendía el brazo en su versión abreviada del saludo nazi, que caía como una bendición sobre ellos. Un poco más allá, el anciano Hindenburg se erguía en su ventana, «una figura heroica, imponente y majestuosa», dijo Goebbels efusivamente, «investido con un toque de la maravilla de antaño. De vez en cuando, marca el ritmo de las marchas militares con su bastón», quizá preguntándose qué había hecho. Para Goebbels era «el surgimiento de una nación. Alemania ha despertado».[48]

Lejos de la tumultuosa escena en la Wilhelmstrasse, Erich Ludendorff escribió una nota a Hindenburg. Ludendorff había sido el socio de Hindenburg en el mando de la fuerza militar de Alemania en la Gran Guerra, y en 1923 había conspirado con Hitler en el fallido intento del *Putsch*. Era considerado por muchos como un tipo difícil. Pero sabía algunas cosas sobre Hitler, y ese fatídico día de enero envió una advertencia ominosa al anciano presidente del Reich: «Profetizo solemnemente», escribió, «que este maldito hombre arrojará a nuestro Reich al abismo y hundirá en una miseria inimaginable a nuestra nación. Las generaciones futuras lo condenarán a usted en su tumba por lo que ha hecho».[49]

8

La toma del poder

Alrededor del país, los nazis estuvieron de celebración toda la noche. Las hogueras ardían en el campo; columnas de hombres de las SA recorrían las calles de cada pueblo; banderas con esvásticas flameaban en los edificios públicos. Alemania, proclamaba la prensa nacionalsocialista, había alcanzado un «punto de inflexión histórico» y el 30 de enero de 1933 era «un evento como nunca se había visto antes en la evolución de la posguerra en Alemania. Con una fuerte avanzada nacionalsocialista, nuestros líderes han llegado al gobierno para despejar el camino hacia la libertad del pueblo alemán».[1] La desacreditada República de Weimar había sido liquidada, y la nueva Alemania llegaba al rescate de un país sumido en la confusión y la desesperación. Esta, en todo caso, fue la versión nacionalsocialista del 30 de enero: un nuevo capítulo glorioso en la narrativa oficial nazi de los acontecimientos. La realidad, como siempre, era más prosaica y más complicada. Mientras los nazis exageraban el entu-

siasmo por el nuevo gabinete, la mayoría de los alemanes saludó el anuncio del gobierno de Hitler con la actitud de «veremos qué sucede». Hubo algunos brotes de violencia, pero las confrontaciones sangrientas fueron muchas menos de lo que se había previsto. Como informó *The New York Times*, «todo sigue como siempre en el país». Muchos gabinetes habían pasado, poco había cambiado.[2]

La opinión más informada, tanto en Alemania como en el extranjero, daba por supuesto que Papen había sido más listo que Hitler. El astuto excanciller había atraído al líder nazi para que encabezara un gobierno de coalición en el que sería superado por los conservadores y eclipsado por su propio vicecanciller. Todos estaban de acuerdo en que Hitler tenía poco margen de maniobra. «La composición del gabinete deja a *Herr* Hitler sin espacio para cumplir con cualquier ambición dictatorial», proclamó con confianza *The New York Times*. «Los nacionalistas dominan un gobierno encabezado por nacionalsocialistas»,[3] era un titular que se repetía. Hitler «simplemente era un agregado». En general, se consideraba que «el gobierno es un asunto del coronel Von Papen», de quien se esperaba que «fuera un límite a la influencia nacionalsocialista en el gabinete [...]. También existe una impresión muy definida en los círculos políticos de que el vicecanciller ha recibido cierta capacidad de veto con la que puede oponerse ante cualquier acción radical que *Herr* Hitler pueda intentar emprender».[4]

Otros afirmaban estar satisfechos de que Hitler finalmente hubiera sido llevado a un puesto de responsabilidad y que sus días de ataques salvajes al gobierno desde la seguridad de los márgenes hubieran terminado. Y, por supuesto, detrás de esta visión estaba la suposición creíble de que él no sería más capaz de lidiar con los colosales problemas económicos de Alemania que sus predecesores. Aunque admitía

que el nombramiento de Hitler fue «un duro golpe para la socialdemocracia», *Le Temps* de Francia sugirió que «es posible que el nuevo canciller se agote muy rápido por esta exposición y que, por lo tanto, desaparezca su reputación como hacedor de milagros». Los directores de *Le Temps* también estaban convencidos de que «será imposible para el nuevo canciller cumplir con el programa locamente demagógico que logró atraer el apoyo del pueblo alemán».[5]

Los periódicos alemanes fueron más ambivalentes. El liberal *Frankfurter Zeitung* dio la voz de alarma y llamó al público a manifestarse «en defensa de los derechos de la población trabajadora, de los fundamentos de la democracia, de la libertad de pensamiento y de justicia, y de la racionalidad económica y social». La prensa izquierdista anticipaba medidas severas, pero más bien veía a Hitler como un mero títere. Siguiendo la línea que venía de la Internacional Comunista (Comintern) de Moscú, los comunistas sostenían que Hitler no era más que una herramienta del capitalismo monopólico y que el poder real en el nuevo gobierno estaba en manos del representante de las grandes empresas y los terratenientes: Alfred Hugenberg.[6] Más común era la opinión de la publicación liberal de izquierda *Berliner Tageblatt* de que los nazis, a pesar de su fanático celo, no causaban gran preocupación. «Está el socialista Hitler bajo el control empresarial del astuto capitalista Hugenberg y un excabo en medio de un conde y cuatro barones.» Pero al menos este gabinete era mejor que el de Papen, debido al «desencanto que a partir de ahora sufrirán los seguidores de Hitler».[7]

Por su parte, Hitler se contentaba con alentar esta percepción pública. En las reuniones del gabinete, se mostraba cooperativo, incluso respetuoso, y deseoso de complacer a sus socios conservadores. En público, la maquinaria de propaganda nazi se cuidó de describir los acontecimientos del

30 de enero no como una revolución nacionalsocialista, sino como un «levantamiento nacional» de todas las fuerzas antimarxistas y nacionalistas. Tales ilusiones no duraron mucho.

Hitler le había prometido a Hindenburg que llevaría adelante negociaciones con el Zentrum, cuyos votos en el Reichstag le darían al gobierno una mayoría parlamentaria y, fiel a su palabra, al menos en apariencia, comenzó las conversaciones con los dirigentes del Zentrum la mañana misma de su primera jornada laboral completa en la Cancillería. Hindenburg se había cansado de emitir decretos de emergencia para mantener a flote a los gabinetes de minorías, una carga que pesaba sobre él desde 1930 pero en especial a partir de 1932. Hitler actuó con diligencia, aunque no tenía intención de persuadir al partido católico de entrar en el «Gobierno de Concentración Nacional», como se lo llamaba en ese momento. Justo después de una breve reunión con el líder de Zentrum, el prelado Ludwig Kaas, Hitler informó a Hindenburg y al gabinete que por desgracia no se había logrado ningún avance en las conversaciones. Zentrum no estaba preparado para unirse al gobierno. Nadie se sorprendió más al enterarse de esto que Kaas, quien, de hecho, estaba abierto a incorporarse a la coalición y había creído que su conversación con Hitler era solo el comienzo de las negociaciones. Hitler estaba tergiversando su posición, protestó ante Hindenburg, pero ya era demasiado tarde. El presidente del Reich ya había firmado un decreto para disolver el Reichstag y convocar nuevas elecciones para el 5 de marzo, exactamente lo que quería Hitler.

Hitler tenía la esperanza de que, con el poder del Estado detrás, las elecciones del 5 de marzo le darían una mayoría nazi, lo que a su vez libraría al partido de Hindenburg y de sus socios conservadores de la coalición. Con una mayoría

nazi en su lugar, aprobarían una «ley habilitante» que otorgaría al gobierno el poder de actuar de manera independiente durante un tiempo —cuatro años era lo que tenía en mente— sin la interferencia del Reichstag y su atolladero de partidos enfrentados. Era una idea que Hitler —y también Papen— había propuesto en noviembre, y que Hindenburg había rechazado, pero el viejo caballero se había ablandado y se daba cuenta de que este «Gobierno de Concentración Nacional» parecía ofrecer la última oportunidad para un gobierno parlamentario viable, que, desde su perspectiva, solo podía ser un gobierno de derechas.

En la noche del 1 de febrero, Hitler se dirigió a la nación por primera vez como canciller del Reich. Para muchos de los que nunca lo habían oído hablar, pero que conocían su reputación como fanfarrón, provocador y fanático, el discurso en la radio nacional debe haber sido una sorpresa. El dueño de esa voz que crepitaba en las ondas de radio esa noche de invierno era un Hitler diferente. Faltaban la grandilocuencia habitual, las diatribas belicosas, las fanáticas expresiones antisemitas. En cambio, como un estadista sorprendentemente mesurado, abogó por la unidad nacional y pronunció lugares comunes sobre la autosuficiencia nacional, la grandeza alemana y la paz mundial. Propuso la restauración del derecho de Alemania a defenderse, una referencia a la conferencia internacional de desarme que se estaba llevando a cabo en Ginebra, pero, en lugar de criticar a los aliados victoriosos, como había acostumbrado hacer durante más de una década, expresó «el más sincero deseo por el bienestar de Europa, y más aún, por el bienestar de todo el mundo». Estaba comprometido con la «preservación y el mantenimiento de una paz que el mundo necesita ahora más que nunca». Incluso invocó al Todopoderoso y, de modo piadoso, prometió que su gobierno «iba a extender su

mano fuerte y protectora sobre el cristianismo como la base de toda nuestra moralidad y sobre la familia como célula germinal del cuerpo de nuestro pueblo y de nuestro Estado».

En cuanto al tema más acuciante del día, anunció un plan de cuatro años para reconstruir la economía que pondría a los desempleados a trabajar, rescataría a los campesinos de la pobreza y restauraría la prosperidad de la clase media, aunque no dio detalles. Hubo una referencia fugaz a «un servicio obligatorio de trabajo» y un compromiso con «el desempeño de deberes sociales para los enfermos y los ancianos», pero poco más. Ante una nación golpeada por una sucesión de calamidades económicas —la hiperinflación, la dura estabilización y la Gran Depresión—, procuró asegurar a la gente y a la comunidad empresarial que no habría experimentos radicales que desestabilizaran la moneda o arrojaran a Alemania a una situación de mayor desesperación económica.

Sin embargo, nada de esto podría lograrse hasta que el flagelo del marxismo no fuese eliminado de la vida alemana. Si los comunistas tomasen el poder, advirtió Hitler, sería «una catástrofe de dimensiones insondables [...]. Desde la familia, pasando por todos los conceptos de honor y lealtad, *Volk und Vaterland*, cultura y economía, hasta el fundamento eterno de nuestra moralidad y nuestra fe, nada se ha salvado de este dogma de negación que lo destruye todo». Catorce años de marxismo habían arruinado a Alemania; un año de bolchevismo la destruiría. Había signos alarmantes de subversión comunista en todas partes. «En una única y gigantesca ofensiva de fuerza de voluntad y violencia, el demencial método comunista intenta envenenar y alterar al *Volk*». Los comunistas representaban un peligro claro y presente para la salud política, económica y moral del pueblo, y

limpiar a Alemania de este contaminante tóxico sería la primera prioridad del nuevo gobierno. «Ahora, pueblo alemán», concluyó, «¡dennos cuatro años y luego pueden juzgarnos! Fieles a la orden del mariscal de campo, habremos de comenzar. Que Dios Todopoderoso mire misericordiosamente nuestro trabajo, conduzca nuestra voluntad por el buen camino, bendiga nuestra sabiduría y nos recompense con la confianza de nuestro pueblo. ¡No estamos luchando por nosotros mismos, sino por Alemania!».[8]

Revelando sus prioridades, al día siguiente Hitler se movió para obtener el apoyo —o, al menos, la benévola neutralidad— del ejército. Se hicieron gestiones para que el general Blomberg, el nuevo ministro de Defensa, lo invitara a dirigirse a un grupo de generales en la casa del general Hammerstein, comandante del ejército. Blomberg simpatizaba con los nazis y Hammerstein no. Mientras Hindenburg estuviera vivo, el ejército era una potencial amenaza para el nuevo gobierno. Hitler comenzó asegurando a los generales que el ejército seguiría siendo la única fuerza armada en Alemania; aseguró que no tenía intención de transformar las SA en un ejército popular, una preocupación que había crecido de forma constante a lo largo de 1932 gracias a los provocativos comentarios de Röhm y otros comandantes de las SA. También se sintieron aliviados al escuchar que Hitler quería mantener al ejército fuera de la política y que no intervendría en caso de disturbios internos, algo que en febrero de 1933 parecía bastante probable. Quizá lo más importante fue que Hitler anunció que el rearme sería la mayor prioridad del gobierno. El ejército sería enormemente ampliado e iba a estar bien equipado no solo para defender las fronteras de Alemania, sino para estar preparado para una expansión hacia el este que, según Hitler, era esencial para la salud futura del pueblo alemán. A pesar de la recep-

ción inicialmente fría de su discurso y de las reservas persistentes expresadas en privado por algunos de los presentes, los comentarios de Hitler encontraron la aprobación general. Pocos eran partidarios entusiastas de Hitler, pero, para la mayoría, las alternativas políticas en Alemania parecían ser los nazis o los rojos, y, para ellos, esta última opción no era viable.[9]

Con el ejército en apariencia pacificado, el «Gobierno de Concentración Nacional» no tardó mucho en llevar a la acción las palabras de Hitler. A muchos alemanes les preocupaba que la toma del poder por parte de Hitler empujara al país hacia una guerra civil, un temor vigorosamente avivado por la prensa nazi, que llenaba sus páginas con presuntos complots izquierdistas para derrocar al gobierno. Después de todo, los socialdemócratas y los comunistas, enemigos implacables de los nazis, eran una fuerza que tener en cuenta. Juntos, ambos partidos seguían atrayendo a un electorado más grande que el del NSDAP y comandaban poderosas organizaciones callejeras. Sin duda, el enfrentamiento no estaba muy lejos.

Esa ansiedad aumentó cuando el 31 de enero los comunistas llamaron a una huelga general para protestar por el nombramiento de Hitler como canciller. Fue, aseguraban los nazis, el puntapié inicial del esperado asalto comunista. Dadas las circunstancias, no le costó demasiado convencer a Hindenburg —y a gran parte del pueblo— de que la nación estaba en peligro, y el 2 de febrero el presidente del Reich emitió un decreto de emergencia «para proteger al pueblo alemán». El decreto facultaba al gobierno a prohibir todas las reuniones públicas, periódicos, panfletos y folletos que señalaran «descontento» con el nuevo gobierno y con sus funcionarios. En efecto, le permitió al gobierno suprimir eventos de campaña comunista y socialdemócrata, hostigar

y arrestar a sus funcionarios, y cerrar cualquier publicación que ofreciera siquiera una muestra de crítica al «Gobierno de Concentración Nacional». Dada la inminente elección del Reichstag, el decreto infligió un golpe devastador a las campañas socialdemócratas y comunistas, convirtió las críticas al gobierno en un crimen y abrió la puerta al acoso «legal» de los partidos opositores.[10]

A ese decreto lo siguió otro que disolvió todos los cuerpos elegidos en Prusia, el estado más grande del país y un bastión de las fuerzas democráticas, y transfirió todo el poder al gobierno nacional. Ambas medidas eran abiertamente inconstitucionales, pero, salvo por una protesta al Comité de Reglas del Reichstag de los socialdemócratas y el inicio de procedimientos legales contra el gobierno en la Corte Suprema, provocaron poca reacción popular y ninguna resistencia sostenida.

La pregunta clave era quién y cómo haría cumplir estas medidas. La respuesta no tardó en llegar. Aunque todavía estaba técnicamente subordinado a Papen, Göring, en calidad de comisario del Reich para el Ministerio del Interior de Prusia, asumió de inmediato el control de todas las fuerzas policiales en tres quintas partes de Alemania. Göring había desempeñado un papel importante en las frenéticas negociaciones informales de los meses previos al nombramiento de Hitler como canciller, pero no ocupaba ningún cargo formal en la jerarquía del partido y tampoco había creado un grupo de seguidores dentro de sus filas. Sin embargo, en las primeras semanas cruciales del gobierno de Hitler, fue quien, con su energía ilimitada y su ambición sin tapujos, condujo los eventos, y su implacable voluntad de poder fue lo que marcó el tono de brutalidad a sangre fría y desprecio absoluto por la ley que definiría el gobierno nazi.

No esperó órdenes de Papen y ni siquiera de Hitler. En sus primeros días en el cargo, separó la sección de la Comandancia de Policía de Berlín, que se había ocupado de asuntos políticos durante los años de Weimar, y creó una entidad separada que respondería ante él de manera directa. Se trataba de una Policía Estatal secreta o Gestapo, abreviatura de Geheime Staatspolizei («Policía Estatal Secreta»), que se ocuparía de reunir información e investigar a personalidades y eventos políticos que pudieran tener implicancias delictivas. Para dirigir la Gestapo no recurrió a un compañero nazi, sino a Rudolf Diels, un funcionario conservador de alto rango en el Ministerio del Interior.[11] Luego, actuando por su cuenta, inició de inmediato una purga masiva del gobierno civil prusiano en todos los niveles: despidió a cientos de funcionarios —socialdemócratas, liberales y judíos— y a cualquiera cuya lealtad al nuevo gobierno del Reich estuviese en duda. Lo más relevante es que depuró a altos oficiales de la policía en catorce ciudades prusianas importantes para reemplazarlos por nazis y conservadores de línea dura.[12] Y ese fue solo el comienzo. El 17 de febrero emitió una orden que exigía que «en cualquier circunstancia, la policía debía evitar incluso aparentar tener una actitud hostil y aún más dar la impresión de perseguir asociaciones patrióticas», es decir, a las SA y el Stahlhelm. «Espero de todas las autoridades policiales que mantengan las mejores relaciones con estas organizaciones que comprenden las fuerzas constructoras más importantes de nuestro país. Las actividades patrióticas y su propaganda deben ser apoyadas por todos los medios.» Además, sería «tarea de la policía apoyar cualquier forma de propaganda nacional».

Las actividades de las «organizaciones subversivas», por otro lado, «debían combatirse con los métodos más duros». La policía debía actuar con «toda severidad» contra los «ac-

tos terroristas comunistas». Cuando fuese necesario, «las armas deben ser utilizadas despiadadamente». Para recalcar este aspecto, Göring explicó que «los agentes de policía que usan armas de fuego en el cumplimiento de su deber, sin importar las consecuencias de tal uso, cuentan con mi protección [...]. Todo funcionario debe tener en cuenta que el hecho de no actuar se considerará más grave que cualquier error cometido durante una acción». Unos días más tarde, en una reunión a puerta cerrada con oficiales de policía que juraron guardar el secreto, les informó que sabía que muchas de sus instrucciones «entraban en conflicto con los derechos y leyes actuales del Reich y sus estados miembros», pero les aseguró que «cada funcionario que siga mis instrucciones puede estar seguro de mi absoluta protección». Los oficiales de la policía no tenían que preocuparse de que luego los hallaran culpables de violar la Constitución. «No habrá abogado ni juez para castigar a un funcionario por seguir el nuevo curso.»[13]

El 20 de febrero, Göring convocó a unas dos docenas de destacados industriales para que se reunieran con él en su residencia oficial, con el fin de discutir asuntos económicos con Hitler. Muchos de esos líderes llegaron a las oficinas de Göring esperando una discusión como la que habían tenido con los cancilleres anteriores, un intercambio de ideas sobre asuntos económicos. Gustav Krupp von Bohlen, presidente de la poderosa Asociación de Industriales Alemanes del Reich, había preparado una declaración en la que enumeraba las preocupaciones de los empresarios sobre la política económica nazi, así como una serie de preguntas para el nuevo gobierno. Krupp y los líderes de la industria allí reunidos se llevaron una dura sorpresa. Primero, Göring mantuvo a estos influyentes caballeros esperando durante un cuarto de hora, y Hitler, fiel a su estilo, llegó más tarde. Después de

rápidos apretones de manos con sus interlocutores, se lanzó a un poco sólido monólogo de una hora y media que delataba poca comprensión o interés sobre asuntos económicos. Hitler aseguró a sus oyentes que el nuevo gobierno no iba a emprender experimentos económicos y sintetizó sus conocidos puntos de vista acerca de la primacía de la política sobre la economía, su apoyo a los fundamentos del capitalismo y la importancia crucial de las próximas elecciones. Advirtió sobre el peligro siempre latente del comunismo y afirmó su determinación de aplastarlo de una vez por todas. «Ahora estamos ante las elecciones finales»,[14] declaró. «Cualquiera que sea el resultado, no habrá marcha atrás. De una forma u otra, si estas elecciones no lo deciden, la decisión se tomará por otros medios.» No se los invitó a hacer preguntas ni se pidieron opiniones, pero, cuando Hitler salió de la sala, nadie tenía dudas sobre el ominoso significado de sus palabras.

Entonces, Göring tomó la palabra y habló de manera más directa explicándoles a los empresarios el papel que desempeñaban en el «levantamiento nacional». Fue al grano. Subrayó la importancia de la campaña en curso, indicó que el gobierno necesitaba dinero para este crucial enfrentamiento y con pesimismo sugirió que aquellos que no estuvieran en la primera línea del conflicto tenían la obligación de hacer sacrificios financieros por la causa. Esto podría ser más fácil de entender para ellos, agregó, si los caballeros comprendían que las elecciones del 5 de marzo serían «las últimas en los próximos cinco años, probablemente incluso durante los próximos cien años».[15] (Los nazis eran muy aficionados a hacer predicciones de que esto o aquello duraría cien años o tal vez incluso mil.) Cuando terminó sus comentarios, abandonó la reunión de manera tan abrupta como Hitler.

Tras la partida de Göring, Hjalmar Schacht, el muy respetado expresidente del Reichsbank que desde hacía mucho tiempo era simpatizante de los nazis y había ayudado a organizar la reunión, se puso de pie para hablar. Mientras que Göring había sido agresivo pero poco preciso, Schacht puso las cartas sobre la mesa. El gobierno esperaba una contribución de 3 millones de marcos para la campaña. Ese, advirtieron sus oyentes, era el objetivo oculto de la reunión. Hubo algunas quejas. Algunos todavía suponían que Papen, un favorito de la comunidad empresarial, era un socio igualitario en el gabinete e insistieron en que una parte de sus contribuciones fuera al Frente de Batalla Negro-Blanco-Rojo, una alianza electoral formada por Papen, Hugenberg y Seldte, del Stahlhelm. La reunión, como acertadamente la describió un historiador, no fue más que una extorsión. Los industriales cumplieron con su deber. Esa noche y en los días posteriores, Schacht recibió promesas de pago por los 3 millones de marcos. En marzo, Hitler lo recompensó devolviéndole su puesto de presidente del Reichsbank y un año después lo nombró ministro de Economía del Reich.[16]

Después del encuentro de Göring con los industriales, los fondos comenzaron a llegar a las arcas de guerra del partido. «El dinero está ahí», informó Goebbels el 22 de febrero. «Ahora podemos ponernos en marcha.» Con el efectivo necesario en la mano y los camisas pardas llevando a cabo una campaña de intimidación y terror contra los enemigos del partido, esperar un aplastante triunfo nacionalsocialista no parecía nada exagerado.[17]

Aun así, el partido no quería dejar nada al azar. El 22 de febrero, alegando que la amenaza comunista era tan terrible que la policía carecía de los hombres necesarios para enfrentarse a la situación, Göring anunció la creación de una fuerza policial auxiliar compuesta por «voluntarios». ¿Dón-

de iba a encontrar el Estado a esos voluntarios? Casi de la noche a la mañana, unos cincuenta mil hombres de las SA, las SS y el Stahlhelm «se ofrecieron como voluntarios» y juraron como *Hilfspolizei* o policías auxiliares. Aparecieron de inmediato en las calles de toda Prusia llevando sus uniformes nazis marrones con la esvástica en el brazo izquierdo y en la derecha un brazalete blanco que significaba «policía auxiliar». Técnicamente estaban bajo la autoridad de la policía regular, pero eso era una mentira obvia. Estos voluntarios eran los mismos matones que durante años habían chocado con la policía, habían librado batallas campales con los comunistas, habían cometido asesinatos e incendios, y hostigado a ciudadanos comunes en las calles. Ahora *ellos* eran la ley.[18] Menos de un mes después de que Hitler asumiera la cancillería, comenzó el reinado del terror sancionado por el Estado.

Entre las armas nuevas y más potentes que Goebbels manejaba en la campaña estaba la radio. En campañas anteriores, los partidos del gobierno le habían negado a Hitler el acceso a la radio; ahora, las cosas habían cambiado radicalmente.

«No vamos a discutirlo», le dijo Goebbels a un grupo de gerentes y directores de radio al que había convocado en Berlín, «¡la radio nos pertenece a nosotros y a nadie más! La pondremos al servicio de nuestra idea y ninguna otra idea será expresada a través de ella».[19] Prácticamente cada noche y durante toda la campaña, Goebbels inundó las ondas de radio con discursos de los líderes nazis y monopolizó la programación nocturna. Hizo gestiones para que Hitler hablara en cada ciudad que tuviera su propia estación de radiodifusión, y sus discursos se transmitían a toda la nación. Se colocaron estratégicamente altavoces para que la voz de Hitler se oyera en todas las calles y plazas, y reverberara en

las tiendas, los restaurantes y los bares. Goebbels proporcionó una introducción dramática a las presentaciones de Hitler configurando la escena en un tono destinado a «transmitir [...] la atmósfera mágica de nuestras grandes manifestaciones».[20]

En una emisión de radio, Goebbels también hizo una advertencia escalofriante a los oponentes del partido. «Si la prensa judía» —en el vocabulario nazi, cualquier periódico no nazi era «judío» o «marxista» o ambos— «se queja de que el movimiento nacionalsocialista está transmitiendo los discursos de Hitler para todo el país, entonces yo les digo, "estamos haciendo lo que ustedes nos enseñaron a hacer"». Luego, con una voz literalmente rebosante de amenazas, agregó: «Si los periódicos judíos intentan desobedecer nuestros decretos de emergencia o piensan que pueden intimidar a nuestro movimiento, entonces les digo: "Deben tener cuidado. Un día nuestra paciencia se agotará y cerraremos sus mentirosas bocas judías"».[21]

Los nazis plantearon dos temas centrales en su campaña. Uno era un mensaje positivo: Hitler estaba reconstruyendo la nación, arreglando las cosas después de catorce años de desgobierno democráticos, cobardía y corrupción. Apelaba a los patrióticos alemanes para que se unieran a él en su lucha a fin de superar los cismas religiosos, regionales y de clase que habían debilitado la fuerza alemana y erosionado su determinación. Necesitaba su ayuda. El segundo, mucho más prominente, era su decisión de erradicar el marxismo. Ambas ideas se reflejaron en la primera aparición pública de Hitler como canciller el 10 de febrero en el Sportpalast de Berlín. También fue su primer discurso de campaña para las elecciones del 5 de marzo, y en esta ocasión el Hitler estadista y reservado, el canciller conciliador, se quedó en segundo plano, mientras el Hitler líder demagógico del movi-

miento nacionalsocialista avanzó con audacia hacia el centro de la escena. El traje azul oscuro, la corbata negra y los zapatos de charol habían desaparecido. En cambio, se abrió paso entre la multitud enfervorecida que lo vitoreaba con su uniforme marrón del partido, el brazalete rojo con la esvástica y las botas altas bien lustradas que brillaban bajo las potentes luces. En el gran auditorio ovalado, una marea de pancartas con esvásticas proclamaba consignas antimarxistas.

Como ocurría muy a menudo, Hitler comenzó titubeando, pero fue adquiriendo fuerza al entrar en terreno conocido. Contó su espectacular ascenso desde la oscuridad; repitió las obligadas diatribas contra los «criminales de noviembre» de 1918; condenó el sistema corrosivo que durante catorce años no había producido más que miseria y desesperación dejando a millones de personas sin trabajo, a miles con negocios en bancarrota y a muchas granjas familiares en manos de los bancos. Lamentó la degradación cultural y la pérdida del orgullo de ser alemán. Era hora de salvar a la nación y, así como había construido un grupo de doce millones a partir de un pequeño grupo de siete personas, reconstruiría Alemania y restauraría su fe y el respeto que se tenía a sí misma. Estos esfuerzos serían guiados por una idea, una convicción: «Nunca creeremos en la ayuda extranjera, nunca en la ayuda que se encuentre fuera de nuestra propia nación, fuera de nuestro propio *Volk*. El futuro del *Volk* alemán solo está en él mismo».

«Nuestros oponentes están preguntando sobre nuestro programa», tronó. «Dicen: "Muéstranos los detalles de tu programa".» Bueno, bien podría él preguntarles a esos dignos caballeros «"cuál fue *su* programa durante los últimos catorce años"». Seguramente, dijo con tono burlón, no tienen ustedes «la intención de recordar de pronto que tienen

la responsabilidad directa de [estos] catorce años». Después de la cadena interminable de calamidades que infligieron a Alemania, «el pueblo alemán debe ser reconstruido de arriba abajo, tal como ustedes lo destruyeron de arriba abajo. ¡Ese es nuestro programa!».

Para reconstruir la nación «debemos eliminar las causas de nuestra propia desintegración y así lograr la reconciliación de las clases del país [...]. Los partidos que apoyan esta división pueden [...] estar seguros de que, mientras el Todopoderoso me mantenga con vida, mi resolución y mi voluntad de destruirlos no tendrán límites». «Nunca, nunca», bramó Hitler con su voz áspera alzándose cada vez más, «me desviaré de la tarea de acabar con el marxismo y sus efectos colaterales en Alemania, y nunca estaré dispuesto a hacer ninguna concesión en este punto. Solo puede haber un vencedor: ¡el marxismo o el *Volk* alemán! ¡Y Alemania triunfará!».[22]

Cuando comenzó la campaña, una ola de intimidación y terror se extendió por todo el país. Las pandillas de las SA vagaban por las calles; la policía fue cooptada; los tribunales, paralizados; las normas legales, puestas patas arriba, y el significado mismo de la ley, diluido. Las tropas de asalto irrumpían en las reuniones políticas, arrestaban a funcionarios socialdemócratas y comunistas, y agredían a los judíos. Aquí y allá se prohibían los periódicos de izquierda por unos días, se allanaban sus oficinas, se disolvían sus mítines de campaña. «Es una desgracia que empeora con cada día que pasa», confió a su diario el 21 de febrero Viktor Klemperer, un profesor judío de Filología en Dresde. «Nadie dice nada y todos mantienen la cabeza baja, los judíos, sobre todo, y su prensa democrática [...]. Lo más extraño de todo es cómo se es ciego frente a los acontecimientos, cómo nadie

tiene la menor idea sobre el verdadero equilibrio de poder.»[23]

El 24 de febrero, la policía auxiliar de las SA allanó la Karl Liebknecht Haus, el cuartel general comunista en Berlín. Solo unos pocos empleados y funcionarios de bajo nivel estaban en el edificio, y casi todos los documentos del partido ya habían sido sacados. Esto no impidió que Göring afirmara haber encontrado «toneladas de material sedicioso» que revelaba claramente que se estaba preparando un golpe comunista. Ninguno de estos documentos incriminatorios salió a la luz en los días siguientes (o nunca), ni siquiera en la prensa nazi, pero eso no consiguió aplacar la histeria del partido sobre un inminente levantamiento comunista.[24]

Luego, en la noche del 27 al 28 de febrero, con la campaña en marcha tal como los nazis lo habían planeado y con las elecciones a solo una semana de distancia, ocurrió un hecho que alteró de forma drástica el curso de los acontecimientos. Hitler disfrutaba de una noche de relax con Goebbels y Magda en la casa de ellos cuando, poco después de las 9:30, Putzi Hanfstaengl telefoneó con noticias sorprendentes: desde la ventana de su habitación en la Wilhelmstrasse podía ver llamas que se elevaban desde el Reichstag. Goebbels se mostró escéptico: ¿era esta otra de las bromas de mal gusto de Putzi? «Ven a verlo por ti mismo», le dijo Hanfstaengl bruscamente y colgó. Al salir a la oscuridad de la calle, Hitler pudo ver un amenazador brillo rojizo más allá de las copas de los árboles negros del Tiergarten. En cuestión de minutos, Hitler y Goebbels llegaron a la escena. Al salir de sus limusinas negras, encontraron el área acordonada; cuerpos de bomberos y unidades de policía se movían por todas partes. Mangueras de incendio hinchadas se entrecruzaban en el suelo, sonaban las sirenas y, en medio de la confusión de hollín y chispas que volaban, se oía el

ruido de llamas crepitantes, de vidrios rotos y maderas caídas. La imponente cúpula de cristal del edificio estaba destrozada. La cámara del plenario de paneles de madera, sus bancos antiguos y sus asientos tapizados, sus pesadas cortinas y el suelo de madera, seco como un hueso, se habían incendiado como un polvorín.

Göring, vestido con un costoso abrigo de pelo de camello y con un sombrero marrón con el ala levantada al estilo de Potsdam, se adelantó y empezó a gritar órdenes. El fuego en gran medida estaba bajo control, informó cuando Hitler y su grupo se acercaban. En un primer momento había estado preocupado por los tapices gobelinos, pero los habían salvado. «Fueron los comunistas», declaró. No había dudas al respecto. Varios diputados comunistas habían sido vistos en el edificio apenas veinte minutos antes de que estallara el incendio. Seguramente se trataba del comienzo del tan esperado levantamiento comunista.

«Dios quiera que hayan sido los comunistas», comentó Hitler a Sefton Delmer, un periodista inglés que consiguió acompañarlos, a él y a su grupo, mientras recorrían el Reichstag que aún ardía. «Si los comunistas se apoderasen de Europa y tuvieran el control sobre ella durante seis meses —¡Qué digo! Dos meses— todo el continente estaría en llamas como este edificio.» Al Papen impecablemente vestido que llegaba directamente de una cena formal en honor de Hindenburg, Hitler le señaló: «¡Esta es una señal de Dios, *Herr* vicecanciller! Si este fuego, como creo, es obra de los comunistas, entonces debemos aplastar esta plaga asesina con mano de hierro».[25]

Momentos después, Rudolf Diels, el oficial de policía a quien Göring había promovido para que dirigiera la Gestapo, informó que un sospechoso había sido detenido en el edificio: un joven holandés cubierto de hollín con fuertes sentimientos antifascistas y algunos lazos con el Partido Comunista Holandés. El hombre, Marinus van der Lubbe, de 24 años, admitió desafiante que él había comenzado el incendio y afirmó haber actuado solo. Durante la última semana había prendido fuego a otros edificios del gobierno, se jactó, aunque no con tanto éxito como en el Reichstag. Sus acciones eran la expresión de un grito de protesta contra el nuevo gobierno. Su confesión, según Diels, parecía verdadera, así que expresó su escepticismo de que fuera la señal de una insurrección comunista. A partir de sus numerosos interrogatorios a funcionarios del KPD arrestados y de su análisis de los documentos confiscados al Partido Comunista llegó a la conclusión de que los comunistas estaban desorganizados y simplemente eran incapaces de llevar adelante una acción masiva para derrocar al gobierno. Sus fuentes le aseguraron que el llamamiento a la huelga general y las amenazas de un levantamiento popular eran pura retórica con la intención central de avergonzar a los socialdemócratas y revelar su timidez.

Cuando Diels trató de explicar esto, Hitler, con el rostro encendido por el calor y la emoción, no estuvo para nada de acuerdo. En un arrebato de ira que rayaba en la histeria, gritó: «¡Ahora se lo demostraremos a todos! ¡Cualquiera que se interponga en nuestro camino será derribado! El pueblo alemán ha sido blando durante mucho tiempo. Todo dirigente comunista debe ser fusilado. Todos los diputados comunistas deben ser ahorcados esta misma noche. Todos los amigos de los comunistas deben ser encerrados. ¡Y eso también vale para los socialdemócratas y el Reichsbanner!».

Después de escuchar esta diatriba desenfrenada, Diels se volvió hacia el inspector de edificios del Reichstag que estaba a su lado y murmuró: «Esto es un manicomio».[26]

El pequeño grupo se dirigió a la oficina del presidente del Reichstag en el edificio, donde Hitler continuó con su diatriba. Todavía furioso, le ordenó a Göring que tomara todas las medidas necesarias para aplastar el levantamiento comunista, y Göring, también muy agitado, obedeció de inmediato. Apresuradamente dio una avalancha de instrucciones arrolladoras y confusas a Diels, ordenándole que pusiera a todos los policías en estado de emergencia con instrucciones para el arresto masivo de comunistas y socialdemócratas, y con una orden de «disparar a matar» en caso de resistencia. Más tarde, la policía envió una orden a todos los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley para que arrestaran no solo a todos los delegados comunistas del Reichstag, sino también a los de todas las legislaturas provinciales y los ayuntamientos. Todos los funcionarios comunistas debían ser detenidos y todos los periódicos comunistas debían ser eliminados. Unos siete mil comunistas —entre funcionarios, diputados, periodistas y simpatizantes— fueron arrestados.[27]

Hitler y Goebbels abandonaron el Reichstag aún en llamas convencidos de que habían sido testigos del primer disparo de la insurrección comunista. Se dirigieron al Ministerio del Interior prusiano, donde convocaron una reunión espontánea de policías y funcionarios del gobierno. Hitler repitió su orden de arresto generalizado de comunistas, y un funcionario sugirió que se emitiese un nuevo decreto de emergencia contra los incendios provocados y los ataques terroristas para dar un marco legal a los arrestos que se produjeran. Hitler estuvo de acuerdo, pero decidió que debería discutirse en una reunión de gabinete que convocaría para

la mañana siguiente. Desde allí, Hitler y Goebbels corrieron hasta las oficinas del *Völkischer Beobachter*, donde supervisaron la cobertura del crimen. Hasta ese momento, no se había discutido ninguna medida de mayor alcance.

A la mañana siguiente, el gabinete del Reich se reunió en sesión de emergencia. El primer punto de la agenda fue la insistencia de Hitler en que, a pesar del previsto levantamiento comunista, las elecciones del 5 de marzo debían realizarse. Papen estaba a favor de declarar la ley marcial y entregar el poder al ejército (y a Hindenburg), cosa que Hitler no estaba dispuesto a hacer. Además, con la vigencia de la ley marcial no podría haber elecciones y Hitler estaba convencido de que, después del incendio del Reichstag y la posterior histeria anticomunista, los nazis se impondrían en las elecciones y tal vez podrían alcanzar una mayoría. Luego, Wilhelm Frick presentó un breve borrador de una medida que había elaborado para esa reunión. La esencia del documento era que el régimen impondría una forma de ley marcial que no debería ser aplicada por el ejército sino por el gobierno civil. El modelo era la toma del poder de Papen en Prusia del 20 de julio del año anterior. El proyecto suspendía las libertades de prensa, de expresión, de asociación y de reunión, y otorgaba al gobierno la autoridad para abrir correos privados y realizar escuchas telefónicas. También le daba al régimen el derecho a realizar arrestos sin orden o revisión judicial, y de retener a las personas por tiempo ilimitado. La policía tendría la facultad de llevar a cabo registros sin orden judicial y confiscar propiedades «más allá de los límites legales, que prohibían este tipo de acciones».[28]

El borrador fue aceptado con poca discusión y sin objeciones, y ese mismo día se convenció a Hindenburg para que emitiera un decreto de emergencia, «para la Protección de las Personas y el Estado». Hitler tuvo cuidado de enmar-

car el decreto como una medida puramente defensiva, pensada para llevar a cabo «un ajuste de cuentas inflexible» con los comunistas, algo que la mayoría conservadora del gabinete ciertamente podría respaldar, e insistió en que la ejecución del decreto «no debe depender de consideraciones legales». La suspensión general de los derechos civiles incorporada en el decreto no tuvo ninguna oposición. Dadas las circunstancias, no parecía algo tan siniestro. Después de todo, sería solo una medida temporal, los conservadores todavía tenían mayoría en el gabinete y, según creían, aún tenían el poder real en el nuevo gobierno. Para disipar aún más los temores de una emergente dictadura nazi, Hitler declaró solemnemente que la suspensión de los derechos civiles era solo temporal. Como le dijo a Sefton Delmer, «yo mismo estoy muy ansioso por restaurar el estado normal de las cosas lo más rápido posible [...]. Sin embargo, primero debemos aplastar al comunismo hasta que desaparezca».[29]

Aunque no está claro que Hitler percibiera en un primer momento todas las implicancias del edicto apresuradamente redactado, el «Decreto del Incendio del Reichstag», como pasaría a ser conocido, puso fin a todos los derechos civiles garantizados por la Constitución de Weimar y proporcionó la base legal para la supresión nazi de cualquier oposición por parte de los «enemigos del Estado». En cuatro breves párrafos, el decreto hizo sonar el canto fúnebre de la democracia en Alemania y sirvió como acta fundacional del Tercer Reich.

Mientras tanto, los comunistas negaron con vehemencia cualquier responsabilidad por el incendio, alegando, en cambio, que los nazis lo habían iniciado, idea con la que la opinión internacional tendía a estar de acuerdo. Después de todo, ellos eran los beneficiarios obvios del incendio, y la

rápida respuesta del partido parecía menos una reacción espontánea que un acto premeditado. Prácticamente nadie creía que la enorme conflagración hubiera sido obra de un solo hombre, y menos aún de Van der Lubbe, cuyas fotografías policiales parecían demostrar que el joven era mentalmente deficiente (cosa que no era). De modo que, o bien los comunistas habían incendiado el edificio, o bien fueron los nazis. Las versiones acerca de exactamente cómo y quién lo había hecho fueron innumerables, pero, desde este punto de vista, la reacción nazi fue tan rápida y radical que todo indica que fue un complot nazi planeado y ejecutado para justificar una severa represión de la izquierda.

Nunca se ha encontrado ninguna prueba definitiva acerca de la responsabilidad por el incendio y mucho depende de la interpretación. Algunos historiadores han afirmado que el incendio fue parte de un plan nazi para establecer la dominación total del régimen sobre el Estado y la sociedad, un pretexto calculado para dar lugar a las medidas opresivas que siguieron. Entre otras pruebas convincentes señalan el hecho de que había un túnel que iba desde la oficina de Göring hasta el podio del orador en el Reichstag, donde, según esa hipótesis, comenzó el incendio. También señalan comentarios sospechosos realizados en los días previos y atribuidos a varios hombres de las SA y otros líderes del partido, especialmente a Göring, quienes afirmaban en voz alta que los comunistas estaban planeando una campaña de disturbios públicos e incendios contra edificios del gobierno. Esa sigue siendo una interpretación plausible.[30]

Pero la prueba más contundente hasta la fecha sugiere fuertemente que *ni los nazis ni los comunistas* prendieron fuego al Reichstag y eso, por muy poco probable que resulte, indicaría que Marinus van der Lubbe actuó solo. Ahora bien, aunque los nazis no lo hubieran planeado, Hitler y los

líderes del partido vieron en el incendio una oportunidad inesperada para una acción decisiva contra los comunistas. Fue exactamente el tipo de improvisación que caracterizaría los primeros meses del régimen nazi y, en general, gran parte del Tercer Reich. Los nazis, en efecto, hicieron todo lo posible para vincular a los comunistas con el incendio, arrestaron a cientos de funcionarios y acusaron formalmente a Ernst Torgler, jefe de la bancada comunista en el Reichstag, a Georgi Dimitrov, un representante de la Internacional Comunista que vivía en Berlín, y a otros dos búlgaros comunistas que estaban en la ciudad. Estos hechos no eran simplemente parte de la propaganda. El miedo y la ira de Hitler no eran fingidos. Göring, Hitler y la dirección nazi estaban convencidos de que había llegado la tan anunciada revolución comunista. No cabía duda, registró Goebbels en su diario el 27 de febrero, de que el incendio del Reichstag representaba «el intento final de los comunistas de utilizar el incendio provocado y el terror para crear desorden y el consiguiente pánico general para tomar el poder. El momento decisivo ha llegado. Göring lo ha puesto todo en movimiento».[31] A pesar de la absoluta falta de pruebas, los nazis habían demonizado durante tanto tiempo a los comunistas y habían avivado de tal modo su propia imaginación con acusaciones fantásticas de tramas diabólicas bolcheviques que terminaron por creerlas. Estaban esperando un levantamiento comunista y ahí lo tenían. Las acciones nazis en torno al incendio del Reichstag fueron impulsadas menos por un plan razonado que por sus propias fantasías febriles.[32]

Göring se jactó públicamente de los documentos incriminatorios que había descubierto en la Karl Liebknecht Haus, documentos que revelaban que los comunistas estaban tramando un vasto plan para derrocar al gobierno. Tenían la

intención de diseminar el terror incendiando edificios públicos en Berlín y en otros lugares; planeaban interrumpir la red eléctrica del país, asesinar a figuras públicas y secuestrar a sus esposas e hijos; incluso tenían pensado envenenar el suministro de agua. A pesar de las súplicas de Diels de no hacerlo, Göring insistió en que debía haber un juicio ante la Suprema Corte alemana en Leipzig en el que él participaría como fiscal especial. Iba a ser una farsa judicial de primer orden[33] que también haría las veces de espectáculo. Pero las pruebas condenatorias que Göring afirmaba haber encontrado no aparecieron en la prensa nazi ni en el juicio. *Die Weltbühne*, el diario de tendencia izquierdista publicado en el exilio, aseguró que el gabinete, después de examinar los documentos, había insistido en que eran tan toscas las falsificaciones que no podían ser presentadas ante el tribunal. En un golpe humillante para Göring, la corte no encontró pruebas firmes de una conspiración comunista y absolvió a Torgler, a Dimitrov y a los comunistas búlgaros. Solo Van der Lubbe fue condenado en septiembre y decapitado en enero de 1934.[34]

Independientemente de quién hubiera iniciado el incendio, los nazis no dejaron pasar la oportunidad de explotar el hecho a su favor. El 2 de marzo Göring exhibió las intenciones del régimen de manera brutalmente clara: «Será mi objetivo principal eliminar la peste del comunismo [...]. No necesito que el incendio del Reichstag apunte contra el comunismo y no estoy traicionando ningún secreto cuando digo que, si dependiese de Hitler y de mí, los perpetradores ya estarían balanceándose en la horca». En una instrucción dirigida a los funcionarios de la policía de toda Alemania, dejó en claro que debían interpretar el Decreto del Incendio del Reichstag en un sentido amplio. La policía y sus auxiliares actuarían contra los comunistas «y también contra los

que trabajan con los comunistas o los apoyan o siguen, aunque sea indirectamente, sus objetivos delictivos». Era temporada de caza no solo contra la izquierda, sino contra cualquiera sospechoso de oposición, por insignificante que fuera, al régimen.[35]

La promulgación del Decreto del Incendio del Reichstag eliminó las últimas y débiles restricciones a las SA. En toda Alemania, los camisas pardas desataron una campaña de terror desenfrenado. Las tropas de asalto y los extremistas del partido, actuando por iniciativa propia, se apoderaron de los ayuntamientos, hicieron purgas en los departamentos de policía, escuelas e instituciones culturales. Las cárceles y las prisiones se llenaron de presos políticos puestos bajo «detención preventiva». Judíos, socialdemócratas, comunistas, clérigos problemáticos y cualquiera que los enojara fueron agredidos. Se saldaron antiguos rencores y venganzas. Ali Höhler, el asesino convicto de Horst Wessel, fue sacado a rastras de su celda y asesinado en un bosque cerca de Berlín.[36] La policía hizo algunas detenciones formales y presentó acusaciones, pero las SA actuaban como una ley independiente, cosa que, en efecto, eran. Las tropas de asalto arrastraban a sus víctimas a viejos depósitos, a fábricas y escuelas en desuso, y a sótanos, donde las golpeaban y torturaban. Estas prisiones improvisadas, o «campamentos», como los llamaban, brotaron como maleza en todo el país: había más de cien solo en Berlín. No seguían orden alguna desde arriba. No había un plan coordinado de acción para estos campamentos espontáneos de prisioneros. Como dijo Rudolf Diels, estos infiernos «no fueron establecidos; un día, de repente, ya estaban allí».[37]

Las acusaciones formales raramente se archivaban; se llevaban pocos registros; los prisioneros eran torturados, golpeados hasta la muerte, colgados o fusilados, y sus cuerpos

maltratados eran arrojados en terrenos baldíos, callejones, senderos del bosque, o aparecían flotando en estanques y canales. Algunos «se suicidaban» saltando desde una ventana alta; a otros les «disparaban mientras intentaban escapar». No hubo protestas públicas. «Nadie se atreve a decir nada», escribió Viktor Klemperer en su diario, «todos tienen miedo [...]. Es sorprendente cómo día tras día los actos de violencia, las violaciones a la ley y las opiniones bárbaras aparecen sin ningún tipo de disfraz como decreto oficial. [...] ya no puedo deshacerme de la sensación de disgusto y vergüenza. Y nadie se mueve, todo el mundo tiembla de miedo tratando de evitar ser visto».[38]

La atención se concentró entonces en las elecciones del 5 de marzo. La prensa comunista fue reprimida y los periódicos socialdemócratas fueron prohibidos hasta dos semanas después de las elecciones. Ninguno de los partidos realizó concentraciones de campaña ni otros eventos públicos. Muchos de sus líderes y funcionarios fueron arrestados por la policía —toda la bancada del KPD del Reichstag estaba en la cárcel— o recluidos en las prisiones improvisadas de las SA. Algunos se escondieron, otros escaparon al extranjero. Bandas de camisas pardas vagaban por las ciudades golpeando puertas y «exigiendo el voto»; camiones llenos de tropas de asalto circulaban por las calles provocando entusiasmo (y miedo). El día de las elecciones, los votantes se enfrentaron a intimidaciones generalizadas. En algunas ciudades más pequeñas, los nazis controlaban los lugares de votación. En otros, el voto secreto fue descartado por completo y, con los hombres de las SA observando, los votantes eran «alentados» a emitir sus votos públicamente.[39] Muchas personas se sintieron tan amenazadas, tan temerosas de que los nazis

escucharan sus llamadas telefónicas, leyeran su correo o abrieran sus papeletas que obedecieron sin quejarse.

Las elecciones de marzo de 1933 no fueron las últimas elecciones libres de la era de Weimar, sino las primeras elecciones simuladas del Tercer Reich. Dadas las circunstancias, se esperaba que los nazis se impusieran, y no fue sorprendente que el partido se recuperara de sus lamentables resultados de noviembre. Los votos pasaron de 11 737 821 a diecisiete millones doscientos mil. Goebbels consideró el resultado como una victoria abrumadora, un logro supremo de sus años de trabajo. «Somos los amos del Reich y de Prusia. Todo lo demás se reduce a la insignificancia.»[40] Sin embargo, a pesar de toda la intimidación, la coacción y la violencia total, los nazis no pudieron alcanzar la mayoría que buscaban. Pese a que se les había impedido montar nada que se pareciera a una campaña en serio, los socialdemócratas obtuvieron unos notables siete millones cien mil votos, y los comunistas, cuatro millones ochocientos mil. El Zentrum y su partido hermano bávaro, cinco millones cuatrocientos mil. Los conservadores, a pesar de ser socios de la coalición de Hitler, insistieron en hacer una campaña independiente y obtuvieron otros tres millones cien mil votos. En total, estos partidos recibieron aproximadamente el 56 % de los votos, lo que llevó al periodista Konrad Heiden a observar que «la mayoría no quería a Hitler, pero tampoco quería ninguna otra cosa. No había una voluntad unida para enfrentarse a la voluntad unida de los nacionalsocialistas».[41] Los nazis habían conseguido el 43,9 % de los votos que, sumados al 8 % de sus socios conservadores, hacían que el «Gobierno de Concentración Nacional» fuera mayoría en el nuevo Reichstag. Hitler sintió cierta decepción al tener que seguir dependiendo de los conservadores y, en última instancia, de

Hindenburg, pero actuó de inmediato para aprovechar la situación.

La primera prioridad del nuevo régimen era barrer a toda la oposición organizada y asumir el control de la administración civil en todos los niveles de gobierno. Los nazis se referían a esta política como *Gleichschaltung*, un término derivado de la electricidad que significaba que todos los interruptores debían ponerse en el mismo circuito para activarlos con un único interruptor maestro.[42] El término generalmente se traduce como «coordinación», pero es más adecuado traducirlo como «poner en línea». Inicialmente, se refería a poner bajo el control nazi todos los departamentos y agencias gubernamentales despidiendo al personal no fiable, en especial judíos, socialdemócratas y otros «indeseables» políticos, y colocando a nazis en esos cargos. Göring había comenzado el proceso en Prusia en febrero, y una semana después de las elecciones del 5 de marzo los nazis tomaron el control de todos los estados alemanes. Entre el 5 y el 9 de marzo, Hitler envió comisarios del Reich —gobernadores nazis— a todos los estados alemanes que no estaban todavía dominados por nacionalsocialistas. Su misión explícita era frenar el malestar y restablecer el orden, aunque la única agitación civil existente en Alemania era obra de las tropas de asalto y de otros militantes del NSDAP. El ímpetu inicial provino de Berlín, pero la toma del poder por parte de los nazis fue, hasta cierto punto, un ejercicio de política de bases, ya que los fanáticos nazis locales, actuando sin órdenes directas desde arriba, tomaron el asunto en sus propias manos. En todas partes intimidaron a las autoridades locales para que se sometieran e hicieron a un lado a los concejos municipales y los gobiernos de los estados. De hecho, Hitler nombró a los comisarios del Reich no tanto para lidiar con las amenazas de la izquierda, del clero recalcitran-

te u otros enemigos del régimen, sino para perseguir a los extremistas del partido cuyos excesos violentos y sus llamamientos a una «revolución desde abajo» eran una creciente fuente de preocupación.[43]

Baviera, que históricamente se había resistido a cualquier amenaza a su independencia, fue el último estado en sucumbir a la presión nazi. La posible resistencia de Múnich había preocupado a la dirección del partido, pero el 9 de marzo el gobierno bávaro cedió sumisamente el poder al general Ritter von Epp, que había sido designado por Hitler y apareció en Múnich respaldado por una falange de tropas de asalto armadas. Epp era muy conocido y respetado en Baviera. Había comandado las tropas bávaras en la Gran Guerra y había liderado la sangrienta represión de los Cuerpos Libres a la República Comunista de Baviera en 1919. Entre los muchos nazis incondicionales que asumieron cargos de poder en el nuevo gobierno bávaro, se destacaban el comandante de las SA, Ernst Röhm, como ministro sin cartera, y el líder de las SS, Heinrich Himmler, quien asumió el liderazgo de la policía de Múnich. Himmler de inmediato nombró a Reinhard Heydrich, su delegado en las SS, al frente de la Policía Política de Baviera. Desde 1930, Heydrich había dirigido el Servicio de Seguridad del partido (Sicherheitsdienst o SD) y recopilado información sobre los enemigos reales e imaginarios del NSDAP. Aunque difícilmente se percibiera así en ese momento, estos nombramientos demostraron ser el primer paso hacia el poder máximo de Himmler, Heydrich y las SS.

Sin embargo, la presencia de los comisarios del Reich hizo poco para frenar a las SA. Las tropas de asalto atacaban a los ciudadanos alemanes en las calles por no hacer el saludo de Hitler cuando pasaban las formaciones de las SA o por no unirse al canto del himno del Partido Nazi. Maltrataban,

a veces gravemente, a los empresarios extranjeros, a los turistas e incluso a los diplomáticos y sus familias. Las quejas formales de los gobiernos extranjeros inundaron el Ministerio de Asuntos Exteriores, y el 10 de marzo Hitler hizo un esfuerzo por controlar a las SA. Si bien aseguraba hipócritamente que consideraba que estos excesos, en su mayoría, eran obra de espías comunistas que se habían infiltrado en las SA, hizo un llamamiento a las tropas de asalto y otros extremistas para que mostraran moderación. «Personajes sin principios [...] están intentando comprometer al partido con acciones individuales [*Einzelaktionen*] que no están de ninguna manera relacionadas con la gran tarea del levantamiento nacional y solo pueden dañar y minimizar los logros de nuestro movimiento [...]. ¡Hombres de las SA y las SS! Deben prender a esas criaturas ustedes mismos [...] y llevarlos a rendir cuentas por sus acciones. Deben entregarlos a la policía sin demora, sin importar de quiénes se trate.» Les recordó que «a partir de hoy, el gobierno nacional tiene en sus manos el poder ejecutivo de Alemania» y les aseguró que «el levantamiento nacional continuará llevándose a cabo metódicamente», pero «controlado desde arriba. [...] a partir de este momento deben cesar todas las acciones individuales. Desde ahora, quien intente alterar nuestra vida administrativa y social por medio de *Einzelaktionen* estará actuando conscientemente contra el régimen nacional».[44] Estas advertencias fueron en gran medida ignoradas por las bases, que continuaron con las palizas, los asesinatos y las detenciones no autorizadas. La reacción de los líderes de las SA ante las advertencias de Hitler fue afirmar: «Eso es lo que el Führer debe decir para el consumo extranjero. Sabemos que él quiere lo opuesto». Algunos de los excesos más graves disminuyeron, pero, a pesar de la orden de Hitler, se tomaron pocas medidas prácticas para frenar a las SA. Los

extremistas habían entendido correctamente sus verdaderas intenciones.[45]

La insubordinación de las tropas más radicales de las SA, empeñadas en vengarse de todos los opositores, reales e imaginarios, era un problema en potencia que Hitler, no obstante, estaba dispuesto a tolerar en los primeros meses críticos del régimen. Necesitaba a las SA como ejecutores, como amenaza a eventuales opositores. En este punto, el obstáculo más inquietante para la consolidación del poder nazi era el presidente del Reich y, detrás de él, el ejército. ¿Qué pasaría, se preguntaban preocupados los líderes nazis, si Hindenburg se despertaba una mañana y decidía que la «revolución nacional» había ido demasiado lejos? ¿Podría apartar al gobierno de Hitler recientemente nombrado e instalar una dictadura militar como preludio de una restauración de la monarquía?

Como guiño a los elementos tradicionales de la vieja derecha, los nazis decidieron utilizar la sesión de apertura del nuevo Reichstag para desplegar una extravagante exhibición de reverencia al venerable mariscal de campo y a la tradición militar prusiana. La hora y el lugar de la ceremonia tenían el objetivo de proyectar un significado simbólico convincente. Se iba a celebrar en Potsdam, la residencia histórica de la monarquía Hohenzollern, en la ilustre iglesia de la Guarnición de Potsdam, que albergaba las tumbas de Federico Guillermo I, «el rey soldado», y su hijo, Federico el Grande. Era un terreno sagrado e impregnado de la historia dinástica y militar prusiana, y la fecha, el 21 de marzo, era el aniversario de la convocatoria de Bismarck del primer Reichstag en la recién unida Alemania en 1871.

El día comenzó con servicios religiosos en la iglesia de San Nicolás para los dignatarios protestantes, y en San Pedro y San Pablo para los católicos. Hitler y Goebbels deci-

dieron no asistir a ninguno de los dos y, en su lugar, visitaron las tumbas de los «mártires» nazis caídos en un cementerio de Berlín antes de ir a Potsdam. Fue una decisión reveladora. El 21 de marzo, las calles de Potsdam estaban embanderadas de negro, blanco y rojo, los colores del Imperio, intercalados con los brillantes estandartes con la esvástica. Las tropas de la Reichswehr, con sus cascos de acero y uniformes grises de combate, bordeaban la ruta. Hitler, incongruentemente vestido con sombrero de copa y chaqué, y Hindenburg, con el uniforme de mariscal de campo imperial, casco en punta y el gran cordón del Águila Negra, llegaron juntos y fueron vitoreados en su camino por una multitud de entusiastas que les deseaba lo mejor. Entre los invitados de honor, sobresalían los generales de la Reichswehr, el príncipe heredero con uniforme militar y algunos destacados militares de guerras pasadas, todos resplandecientes con sus anticuados uniformes de gala. Esto, proclamaban con esa escenificación, era Potsdam, no Weimar.

En el atestado interior de la iglesia se encontraban la familia imperial, los dignatarios extranjeros, los embajadores, los ministros del gabinete de Hitler y los recién elegidos diputados del Reichstag. Los comunistas, por supuesto, no estaban a la vista —seguían en la cárcel— y los socialdemócratas se negaban a asistir a tan desvergonzado canto de celebración a Hitler y a los desvaídos personajes del antiguo orden. Todos se pusieron de pie cuando Hindenburg, acompañado por un respetuoso Hitler, entró. «Hitler», observó el embajador francés François-Poncet, «parecía un tímido recién llegado siendo presentado por un protector importante a un grupo al que no pertenece. ¿Quién podría haber creído que este hombre pálido, con rasgos tan vulgares, vestido con un ropaje que no le quedaba bien y de aspecto tan respetuoso y modesto era el más poderoso de aquellos dos per-

sonajes?».[46] Un silencio respetuoso envolvió a los invitados cuando Hindenburg se volvió hacia la galería donde estaba sentada la familia imperial y levantó su bastón de mariscal de campo, en un solemne saludo al sillón vacío de su exiliado káiser Guillermo II.

En su breve discurso de apertura, Hindenburg elogió al nuevo gabinete de mayoría legalmente elegido y lo exhortó a dejarse guiar, en su exuberante juventud, por las virtudes y valores de la antigua Prusia: honor, deber, lealtad y trabajo duro. Hitler ocupó su lugar en el ornamentado estrado, y frente a Hindenburg, sentado a poca distancia, pronunció una breve síntesis de su discurso estándar de campaña: los fracasos de Weimar, la ignorancia de Versalles, la calumnia de los aliados al asignar la culpa de la guerra al Estado alemán y su gente, todos temas bien conocidos. Notablemente ausentes, sin embargo, estuvieron la habitual retórica tormentosa y la furiosa grandilocuencia. En esta ocasión, un Hitler solemne invocó de manera inspirada a la nación para que se uniera a él en su lucha por restaurar la prosperidad, el patriotismo y la posición de Alemania en un mundo pacífico.

Después del vergonzoso final de la Gran Guerra, continuó, «mientras el pueblo alemán y el Reich alemán [...] se sumían en el conflicto político interno y la discordia, y la economía se derrumbaba, se reunió un nuevo grupo de alemanes que, con fiel confianza en su propio pueblo, deseaban formar con él una nueva comunidad. Fue a esta joven Alemania a la que usted, *Herr Generalfeldmarschall*, confió el liderazgo del Reich». El 5 de marzo, la gente le había dado una mayoría al nuevo gobierno y, al hacerlo, había «restaurado el honor nacional en pocas semanas. Y, gracias a su comprensión, señor presidente del Reich, se consumó el matrimonio entre los símbolos de la antigua gloria y la fuerza

joven».[47] Al concluir estos dos solemnes discursos, Hindenburg se levantó para dirigirse bien erguido a la cripta, donde, con la cabeza inclinada, se comunicó en silencio con los dos reyes prusianos muertos desde hacía ya tanto tiempo.

Terminadas las celebraciones en el interior, el grupo se dirigió a la escalinata de la iglesia, donde pasaron revista a las columnas de soldados de las tropas de asalto, hombres de las SS, Stahlhelm y las tropas de la Reichswehr. Los cañones dispararon a modo de saludo y las bandas militares se hicieron oír. Durante la revista militar, Hitler se contentó con permanecer en segundo plano, cediendo el lugar central a Hindenburg, quien debió sentir que había sido transportado de regreso a las glorias del antiguo Imperio. En una escena semejante, era fácil imaginar que Hitler estaba preparando el terreno para una restauración de la monarquía. Durante semanas, había estado insinuando a los conservadores que, como mínimo, estaba abierto a esa posibilidad. En efecto, el príncipe heredero parecía pensar que así era al ver pasar a las tropas como si estuvieran marchando para saludarlo a él. La imagen más convincente del día llegó cuando Hitler, en una estudiada muestra de deferencia, se inclinó y le ofreció su mano al mariscal de campo, que se alzaba sobre él como un pilar de piedra. Fue, en el lenguaje político de hoy, una escena preparada, y esa imagen, capturada en una fotografía, apareció en postales y periódicos de todo el país. Era el mensaje del día y resultó tremendamente popular. Esa noche se llevaron a cabo desfiles de antorchas en ciudades de todo el país, todas con el mismo tema: la fusión entre las glorias del pasado y la vivificante fuerza de lo nuevo. El Día de Potsdam había sido un triunfo.

Ese mismo día, a menos de 500 kilómetros de distancia, en una pequeña aldea bávara, se desplegaba otra de las ca-

ras de la «revolución nacional». Mientras la radio nacional transmitía una cobertura minuto a minuto de los acontecimientos en Potsdam, Heinrich Himmler, en calidad de presidente de la policía de Múnich, anunció la apertura de «un campo de concentración para presos políticos» en Dachau. Explicó que esta nueva institución tendría unos cinco mil prisioneros, principalmente comunistas, que eran demasiado peligrosos como para ser liberados de las cárceles ya colmadas. Contrariamente a los rumores que circulaban, aseguró que los prisioneros serían bien tratados y que serían retenidos solo el tiempo necesario para su «reeducación». Los comunicados de prensa, algunos con fotografías adjuntas, enfatizaron que ese campamento, y otros que estaban siendo construidos en todo el país, eran necesarios para preservar la ley y el orden, para mantener a los reincidentes «enemigos del Reich» bajo llave y para aliviar la superpoblación en las cárceles.[48]

La primera de estas instalaciones llamadas «campos de concentración» se encontraba en el límite del pueblo de Dachau, a unos 25 kilómetros de Múnich.[49] No era ningún secreto. El campo recibió amplia publicidad en la prensa, que enfatizaba el trato humano a los prisioneros y hacía hincapié en que los reclusos eran principalmente subversivos comunistas que estaban siendo reeducados para poder reincorporarse a la sociedad como «camaradas del pueblo» leales y productivos. Los prisioneros aprenderían las virtudes del trabajo honesto y la disciplina, a la vez que disfrutarían del aire fresco en un entorno rural limpio. Estas ideas figuraban en las noticias sobre todos los campos establecidos en los primeros días del régimen (Oranienburg, cerca de Berlín; los campos de Emsland, en Baden). Al principio, los notables de Dachau estaban entusiasmados con la llegada a la ciudad de los más que necesarios negocios. Algunos incluso

especulaban que sería una especie de atracción turística, aunque se había advertido a los lugareños que se mantuvieran alejados del campo. Los promotores locales pronto la llamaron «la ciudad más famosa de la patria». Este benévolo resplandor desapareció pronto. En menos de un año, Dachau se convertiría en un internacionalmente despreciado sinónimo de sufrimiento, sadismo y opresión; un nombre que producía repulsión y temor a todos los que lo oían.

Un día después de que se inaugurara el campo de concentración de Dachau, comenzó la primera sesión de trabajo del Reichstag en la Ópera Kroll, cerca del edificio en ruinas del Reichstag. Las tropas de las SA y las SS acordonaron el edificio. Dentro de la sala principal, los diputados nazis, ataviados con sus uniformes marrones, ocuparon sus puestos, mientras los hombres armados de las SA y las SS recorrían amenazadoramente los pasillos. Detrás del podio del orador se alzaba un gigantesco estandarte con la esvástica. Hitler ya había anunciado que exigiría la aprobación de una «ley habilitante» que enmendaría la Constitución para permitir que el gobierno del Reich trabajara sin interferencia legislativa o presidencial por un período de cuatro años. La aprobación de tal medida, sin embargo, requeriría una mayoría de dos tercios del Reichstag. Los comunistas no eran motivo de preocupación: los representantes electos del KPD estaban muertos, en la cárcel o en la clandestinidad, pero los socialdemócratas ya habían proclamado que se opondrían. El Zentrum era entonces crucial para obtener esa mayoría, y su líder, el prelado Ludwig Kaas, insistió en tener garantías de que los derechos y las instituciones de la Iglesia no se verían afectados por la ley. Hitler, bien dispuesto, brindó esas garantías, pero Kaas exigió que esa promesa fuera ratificada por escrito. Hitler estuvo de acuerdo, pero luego evitó escribir tal documento. Nadie se sorprendió, quizá ni siquiera

Kaas, de que el documento escrito nunca llegara a aparecer. Temiendo que los nazis simplemente proscribieran el partido si desafiaba al régimen, Zentrum abandonó su oposición a la propuesta y dejó solos a los socialdemócratas para resistir la «Ley para Solucionar los Peligros que Acechan al Pueblo y al Reich».

Durante sus intervenciones preparadas, la actitud de Hitler fue moderada, y su mensaje, prudente. Reiteró el profundo deseo de Alemania de alcanzar la paz y la igualdad en los asuntos internacionales; afirmó el respeto del gobierno por «el cristianismo como fundamento inquebrantable de la ética y la moralidad del pueblo», y declaró su determinación de establecer buenas relaciones con el Vaticano.[50] También prometió que el gobierno haría uso de «esta autorización» solo en caso de que fuera necesaria «para implementar medidas vitales». Sería siempre «la primera y más importante tarea del gobierno lograr un consenso interno con sus objetivos». Ni el Reichstag ni el Reichsrat (donde los estados individuales estaban representados) estaban en peligro. La posición del presidente del Reich permanecería inviolable. Los estados no serían abolidos; «los derechos de las Iglesias» no «se verían restringidos y su posición frente al Estado no se vería alterada». Además, aseguró a su audiencia que «el número de casos en los que existe una necesidad interna de apelar a esa ley es, en sí mismo, limitado».[51]

La Ley Habilitante reforzó el control nazi sobre el Estado, y su aprobación también eliminó las últimas y escasas restricciones sobre las SA, cuyos «excesos» brutales fueron mucho más allá de todo lo que había sucedido hasta el momento. El alcance de la violencia resultó sorprendente. Los principales objetivos continuaron siendo los comunistas y los socialdemócratas, desde sus máximos dirigentes, pasan-

do por los funcionarios de nivel medio, hasta las bases. Además, las tropas de asalto y los militantes del partido también llevaron a cabo una creciente campaña de acoso contra los judíos. Aunque el régimen de vez en cuando amonestaba a los extremistas, estas no coordinadas *Einzelaktionen* siguieron siendo toleradas e incluso alentadas por el régimen. Desde el 30 de enero, y con una intensidad creciente, los judíos habían sido sometidos a diario a palizas, arrestos, humillaciones públicas, saqueos a sus tiendas y hogares y, en ocasiones, asesinatos. Pero, con la aprobación de la Ley Habilitante, las puertas de la persecución se abrieron de par en par. El 9 de marzo, escuadrones de las SA se dirigieron a un barrio judío en Berlín, reunieron a docenas de judíos de Europa oriental y los enviaron a un campo de concentración; cuatro días después, los camisas pardas invadieron empresas judías en Mannheim, maltrataron a sus dueños y cerraron los talleres; más tarde, ese mismo día, en un pequeño pueblo de Hesse, tropas de asalto «que buscaban armas» se abrieron paso a la fuerza en los hogares de judíos residentes, saquearon sus habitaciones y sometieron de manera brutal a los aterrorizados habitantes; en Breslau, hombres de las SA irrumpieron descaradamente en un tribunal, atacaron a abogados y jueces judíos, y los expulsaron del edificio. Esas «acciones independientes» no eran autorizadas ni dirigidas desde arriba, y no eran parte de una campaña organizada, pero en la primavera de 1933 esas violaciones tan escandalosas de la ley se estaban repitiendo casi a diario en todo el Reich.[52]

El alcance sin precedentes de la violencia atrajo la atención internacional. Si bien la crítica interna al régimen había sido sofocada de manera efectiva, la prensa extranjera, en especial la estadounidense, condenaba los atentados nazis contra los judíos. A comienzos de la primavera, las orga-

nizaciones judías de Estados Unidos y Europa Occidental iniciaron una intensa campaña mediática para que la gente tomara conciencia de las atrocidades nazis contra los judíos en Alemania, y el 27 de marzo, el Congreso Judío Estadounidense hizo un llamamiento para realizar un boicot internacional a los productos alemanes. Los nazis reaccionaron con una furia predecible y amenazaron con iniciar un boicot contra las empresas judías del Reich. Como un guiño a los extremistas del partido, Hitler designó a Julius Streicher, el más notorio antisemita del NSDAP, para organizar el boicot en todo el país. La fecha provisional de inicio se estableció para el 1 de abril, y la idea era que continuara por tiempo indefinido.[53]

Mientras se preparaba el boicot, Hitler recibió presiones de su propio gobierno; en particular, del ministro de Asuntos Exteriores, Konstantin von Neurath, del presidente del Reichsbank, Hjalmar Schacht, e incluso de Hindenburg, quien temía que un boicot dañara seriamente la débil economía alemana y socavara la reputación del país en la comunidad internacional. Atrapado entre los pragmáticos y los extremistas, Hitler se encontraba ante un dilema ya conocido. No estaba dispuesto a echarse a atrás, sobre todo porque los radicales del partido lo presionaban para que se pusiera a la altura de su propia retórica antisemita, pero también entendía la petición de moderación de los pragmáticos. En privado, abrazaba con entusiasmo el boicot, e incluso lo alentaba, pero en público se mostró como un hombre sensato y moderado que trataba de contener la justificable indignación del pueblo alemán ante la vil calumnia de la comunidad judía internacional.

En la mañana del 1 de abril, el boicot se puso en marcha según lo planeado. Las tropas de asalto se apostaron frente a negocios, grandes tiendas y oficinas profesionales de ju-

díos y amenazaron a cualquiera que quisiera entrar. Llevaban carteles antisemitas y garabatearon lemas en los escaparates judíos: «Alemanes, defiéndanse. No les compren a los judíos». Goebbels, entusiasta promotor del boicot, lanzó un bombardeo propagandístico destinado a «iluminar» al público acerca de la «declaración de guerra económica» contra Alemania por parte de los judíos.[54]

«El boicot contra la atroz propaganda mundial ha estallado con toda su fuerza en Berlín y en todo el Reich», escribió Goebbels entusiasmado en su diario. Para verlo por sí mismo, recorrió la Tauentzienstrasse, una calle de moda con muchos negocios judíos. «Todas las tiendas judías están cerradas», escribió encantado. «Los guardias de las SA permanecen ante la entrada. En todas partes, la gente ha declarado su solidaridad [con nosotros]. Predomina una disciplina ejemplar.» En resumidas cuentas, fue «una jugada impresionante». Sin embargo, a pesar de estas furiosas fanfarronadas, el boicot no produjo la entusiasta explosión de apoyo público que Goebbels deseaba. Algunos negocios judíos solamente permanecieron cerrados ese sábado por la mañana, y muchos clientes ignoraron el boicot y pasaron junto a los piquetes de las SA para comprar en las tiendas y los grandes almacenes judíos. Los alemanes seguían acudiendo a sus médicos y abogados judíos. El *Völkischer Beobachter* del 3 de abril informó que en Hanover algunos compradores habían intentado, incluso, entrar en un negocio judío por la fuerza, mientras que en Múnich los clientes habían estado abasteciéndose febrilmente de mercancías de las tiendas judías durante los días previos al boicot. Exasperado, el *Völkischer Beobachter* condenó «la falta de sentido común de esa parte de la población que puso su dinero duramente ganado en manos de los enemigos del pueblo y astutos calumniadores».[55] Se rompieron varios escaparates, y muchos propie-

tarios, e incluso algunos clientes, fueron maltratados, pero los casos de pura violencia fueron sorprendentemente raros. El boicot había sido ordenado y el día transcurrió en relativa calma. Después de veinticuatro horas, los nazis, declarando la victoria, lo suspendieron y nunca más se volvió a hablar del tema.

El boicot de abril fue solo el comienzo: un preludio amenazante. Para pacificar a los extremistas desilusionados y afirmar el control del Estado sobre la política judía, en las semanas siguientes el régimen dictó una serie de medidas antijudías. El 7 de abril se promulgó una Ley para la Restauración de la Función Pública redactada precipitadamente. La ley, preparada por el ministro del Interior, Wilhelm Frick, permitía al gobierno despedir a los funcionarios numerarios que se sabía que eran «políticamente poco fiables», es decir, izquierdistas, liberales y otros «cuyas actividades políticas anteriores no permitían garantizar que brindarían su más completo apoyo al Estado nacional». Más allá de eso, la ley también contenía un «párrafo ario», como se lo llamó, que disponía que todos los «no arios» fueran despedidos de inmediato de sus cargos públicos nacionales, estatales y municipales. A los judíos ya no se les permitiría ejercer como maestros de escuela, profesores universitarios o jueces, ni ocupar ningún otro cargo gubernamental. A los efectos de la ley, cualquier persona con un abuelo judío era clasificada como judía.[56] Poco después (el 11 de abril), una ordenanza, también emitida por el Ministerio del Interior, negaba la admisión de judíos en el colegio de abogados, y más adelante, ese mismo mes, otro edicto prohibió a los judíos ejercer la medicina dentro de los programas de seguro estatales en los que la mayoría de los alemanes recibían su atención médica. Ambas medidas encontraron oposición desde una fuente inesperada. El presidente del Reich estaba angustiado por la

ley tal como estaba redactada originalmente y presionó a Hitler para que concediera algunas excepciones, cosa que se hizo. Las restricciones de la ley no se aplicaban a los veteranos de la Gran Guerra, a los funcionarios públicos que habían servido de forma continuada desde agosto de 1914 ni a aquellos cuyo padre o hijo hubiera muerto en la guerra.

Pese a la severidad de estas leyes y ordenanzas, su impacto inicial no fue tan amplio como el régimen pretendía. Con las excepciones aprobadas, 3167 de los 4585 abogados judíos del país pudieron continuar trabajando; de los setecientos diecisiete jueces y fiscales judíos, trescientos treinta y seis permanecieron en sus cargos. Y aún menos médicos judíos, que representaban el 11 % de todos los médicos en Alemania, se vieron afectados por esas leyes. En esto el régimen avanzó con cuidado, ya que en esta primera etapa no estaba dispuesto a entrometerse entre esos médicos judíos y sus miles de pacientes. Más tarde, ese mismo año, edictos adicionales impusieron restricciones a la vida judía en Alemania que, entre otras medidas, regularon la cantidad de estudiantes judíos en las escuelas (Ley contra la Sobrepoblación en las Escuelas Alemanas, del 29 de abril) y prohibieron a los judíos adquirir propiedades agrícolas (Ley sobre Granjas Hereditarias, de septiembre de 1933). El mensaje ideológico de estas primeras medidas fue escalofriantemente claro, ya que enviaba una señal amenazadora en cuanto a las intenciones nazis respecto de la cada vez más asediada comunidad judía de Alemania.[57]

Hitler estaba recibiendo cada vez más críticas internacionales por la violencia de las SA, y el 6 de abril habló con la prensa extranjera para defender el curso de la revolución que se estaba produciendo en el país. Durante su discurso introductorio de la Ley Habilitante, había afirmado que «casi nunca se ha llevado a cabo una revolución a tan gran es-

cala de una manera tan disciplinada y sin derramamientos de sangre como este renacimiento del pueblo alemán». Al dirigirse a los periodistas extranjeros, retomó ese tema. En contraste con «la intolerable intimidación» a los nacionalsocialistas por parte de los partidos de Weimar, «la revolución victoriosa» se llevaba a cabo con «una disciplina inaudita y un autocontrol incomparable [...]. Las represalias no solo no tenían relación con los sufrimientos que habían padecido [los nazis], sino que, incluso cuando hubo represalias, únicamente se les dio rienda suelta frente a la necesidad de romper la oposición del sistema de noviembre».[58]

Las personas políticamente poco fiables y racialmente inaceptables habían sido expulsadas de las oficinas públicas, pero la *Gleichschaltung* distaba de ser completa. Todavía quedaban otros dos grupos fuera de la estructura de poder formal: los trabajadores y los católicos, dos elementos de la población que habían demostrado ser muy resistentes a los nazis antes de 1933. La amenaza comunista había sido aplastada, pero millones de trabajadores, con su tradicional alianza con los partidos de izquierda, eran hostiles o, al menos, muy desconfiados respecto del nuevo régimen. En un intento por atraerlos, los nazis, con su fanfarria habitual, declararon el 1 de mayo «Día del Trabajador Alemán». Si el Día de Potsdam había sido un guiño tranquilizador hacia la derecha reaccionaria, el Primero de Mayo sería una celebración nacional del obrero alemán. Los nazis lo declararon día festivo nacional, algo que ni siquiera los gobiernos socialdemócratas de Weimar habían podido lograr, y Goebbels organizó una manifestación masiva de un día en Berlín para mostrar la determinación del nuevo régimen de integrar a la clase trabajadora en la nueva comunidad nacional. Sería montado a una «escala grandiosa» y «por primera vez reuniría a todo el *Volk*», señalaba Goebbels en su diario, pero

«a partir de ese momento, comenzará el enfrentamiento final con los sindicatos. Nunca descansaremos hasta que estén completamente en nuestras manos».[59]

El día comenzó con celebraciones en todo el país y discursos de alabanzas al trabajador alemán. A las 9 de la mañana, Hitler y Hindenburg se dirigieron a una gigantesca concentración de jóvenes en el Lustgarten, en el centro de Berlín; a primera hora de la tarde, Hitler recibió a una delegación de trabajadores de todo el país en la Cancillería, y luego, como un reconocimiento a su lugar prominente en la nueva comunidad nacional, los presentó al mismísimo presidente del Reich. A pesar de toda la represión y brutalidad, algunos líderes sindicales se aferraron a la desesperada esperanza de que una muestra de cooperación con el nuevo régimen podía asegurar la continuidad de su existencia. En lo que para muchos socialdemócratas desilusionados fue un acto de pura cobardía, los sindicatos se unieron a los desfiles del Primero de Mayo; algunos, incluso, marcharon detrás de los estandartes con esvásticas y pronunciaron discursos que prometían cooperación con el nuevo gobierno. Pero no fue todo voluntario. Varios dueños de fábricas obligaron a sus trabajadores a participar en las celebraciones; las tropas de asalto de las SA, que iban de casa en casa, intimidaron a otros para que salieran a la calle, y a todos les entregaban pequeños colgantes con la esvástica. El clímax de las celebraciones llegó por la noche, cuando una multitud de más de un millón de personas se reunió en el vasto campo adyacente al aeródromo de Tempelhof. Los reflectores recorrían el cielo y pasaban sobre las masas reunidas hasta que al fin, cuando la expectativa estaba en su punto máximo, el deslumbrante rayo blanco de un reflector atravesó la oscuridad y se dirigió a la plataforma en la que Hitler hizo su aparición.

Debajo de ondulantes estandartes con esvásticas, con su voz transmitida a toda la nación por la radio, Hitler reiteró brevemente su determinación de acabar con el desempleo en Alemania y anunció la introducción del servicio laboral obligatorio para que los desempleados volvieran a trabajar. Pero el tema de la noche no fue la política, sino la unidad. Superar décadas de lucha de clases sería un gran esfuerzo, pero los nacionalsocialistas tenían «la resolución de volver a unir al pueblo alemán y, si fuera necesario», añadió Hitler en tono amenazador, «obligarlos a volver a estar juntos». El significado del Primero de Mayo era romper las barreras de clase, «honrar el trabajo y respetar al trabajador». El pueblo alemán es fuerte cuando está unido, declaró Hitler, cuando «se destierra de su corazón el espíritu del conflicto de clase y [...] la discordia». Convocó a la gente a unirse al régimen en esta lucha, «a ir a las ciudades a proclamar [...] la importancia del campesino alemán y recorrer el país y dirigirse a los pensadores para mostrarles la importancia de la clase obrera alemana».

«El hecho de que el mundo esté tan en contra de nosotros es una razón más por la cual debemos convertirnos en un todo unificado», continuó. Hay que mostrarle al mundo que «nunca podrán quebrarnos, que nunca nos obligará a someternos a ningún yugo». Un día, cuando el trabajo del régimen nacionalsocialista esté terminado, el pueblo alemán «podrá presentarse ante el Todopoderoso y decir: "Puedes ver que hemos cambiado. El pueblo alemán ya no es el *Volk* de la infamia, la vergüenza, la autodegradación, la pusilanimidad y la falta de fe. No, Señor, el *Volk* alemán es, una vez más, fuerte en su voluntad, fuerte en su persistencia, fuerte en soportar cualquier sacrificio. Señor, ¡no nos apartaremos de Ti! Bendice ahora nuestra lucha por nuestra libertad y, por lo tanto, a nuestro *Volk und Vaterland* alemanes"». El

espectáculo terminó con la multitud sorprendentemente entusiasmada cantando el himno nacional alemán y «la canción de Horst Wessel», mientras una deslumbrante exhibición de fuegos artificiales cerraba la escena. Las celebraciones continuaron hasta bien entrada la noche.[60]

Poco después de las 9 de la mañana del día siguiente, varios hombres de las SA aparecieron en los locales de los sindicatos en todo el país. Arrestaron a funcionarios sindicales; saquearon oficinas; confiscaron registros, equipos e, incluso, muebles; cerraron periódicos sindicales y los bancos de los sindicatos, y confiscaron sus activos. No encontraron resistencia. Dado que los obreros de Alemania estaban ya integrados a la comunidad del pueblo nacionalsocialista, los sindicatos, declararon los nazis, ya no eran necesarios. Eran, en realidad, impedimentos para la unidad nacional proclamada por el Führer. Los trabajadores alemanes, a partir de ese momento, estarían representados, junto con los gerentes, en un Frente Nacionalsocialista del Trabajo dirigido por el líder de la organización nazi Robert Ley. La acción se había planeado mucho antes de las celebraciones del Primero de Mayo. Como Goebbels registró en su diario el 17 de abril, Hitler había hablado de la operación con él y estuvieron de acuerdo en sus puntos esenciales. Primero, la celebración; luego, la toma de los espacios sindicales. «Puede haber algunos días problemáticos, pero luego nos pertenecerán. No debemos mostrar ningún escrúpulo ni tener reservas.» Después de todo, el régimen solo le estaba haciendo un servicio al trabajador al «liberarlo de la dirección parasitaria [del sindicato], la cual solo les ha amargado la vida. Si los sindicatos están en nuestras manos, los otros partidos y organizaciones no podrán resistir por mucho tiempo».[61]

Y así, los sindicatos simplemente desaparecieron. La entidad socialista más altamente organizada, bien establecida y

más poderosa de Europa fue apartada del camino casi sin el menor gemido de resistencia. Sin huelgas, sin manifestaciones, sin protestas. Hasta los nazis se sorprendieron. A las pocas semanas, el movimiento obrero había quedado sin líderes; muchos funcionarios estaban tras las rejas, mientras que otros, intimidados y en silencio, mantenían la cabeza gacha. Decenas de miles de figuras socialdemócratas y comunistas fueron encerradas y puestas en las cárceles no autorizadas de las SA y muchas más seguirían ese mismo camino. Ya a finales de marzo, la policía prusiana informó que unos veinte mil comunistas habían sido arrestados y encarcelados; en Baviera, diez mil comunistas y socialdemócratas fueron arrestados en marzo y abril, y, en junio, el número se había duplicado.[62]

Los activistas del partido no fueron los únicos objetivos. En el Ruhr, casi la mitad de los afiliados comunistas fueron detenidos. A finales de año, el número total de arrestos políticos en Alemania ascendía a más de cien mil, y el de muertes bajo custodia llegaba a casi seiscientos. Estas cifras casi con toda seguridad son inferiores a las reales, ya que muchas detenciones y asesinatos simplemente no se registraron debido a que las víctimas encerradas por las SA desaparecían en sus cárceles improvisadas y nunca se volvía a saber de ellas. Con sus organizaciones deshechas, sus periódicos prohibidos y sus líderes encarcelados o en el exilio, muchos de los miembros de estas organizaciones quedaron desmoralizados. Estaban consternados por la dirección del partido, disgustados ante su cobarde entrega a los nazis. Pero ¿cuáles eran sus opciones? Dadas las circunstancias, algunos se resignaban a regañadientes a una incómoda convivencia con los nazis. Pocos pensaban que el régimen nazi duraría más de unos pocos meses, y el movimiento obrero, después de todo, había sobrevivido a la represión de Bis-

marck desde 1878 hasta 1890, y había emergido todavía más fuerte. La socialdemocracia y el trabajo organizado también sobrevivirían a Hitler y a los nazis. El inevitable golpe de gracia se produjo el 22 de junio, cuando el régimen prohibió formalmente al ya devastado SPD. Se desarrollaría una clandestinidad socialdemócrata que esquivaba a la Gestapo y pasaba de contrabando informes sobre la vida en el Tercer Reich a la sede del SPD en el exilio en Praga, la Sopade, pero la resistencia organizada de los trabajadores en la vida política alemana había sido definitivamente eliminada.

Disolver el SPD no fue sino la primera señal de una avalancha que pronto enterraría a los partidos restantes. El 26 de junio, Alfred Hugenberg, quien al principio había creído que era el verdadero poder en el nuevo gobierno, se vio obligado a abandonar el gabinete, supuestamente por su comportamiento agresivo y poco diplomático en la Conferencia Económica Mundial de Londres, donde, sin consultar con el Ministerio de Asuntos Exteriores o el gabinete, exigió en tono beligerante, entre otras cosas, la devolución de las colonias alemanas. Con su partida, la coalición conservadora que lideraba decidió disolverse. Sus miembros tuvieron la opción de unirse al NSDAP, y a los hombres del Stahlhelm se les ofreció un lugar en las SA. Papen permaneció en el gabinete, pero estaba aislado y carecía de influencia. El 28 y 29 de junio los dos partidos liberales, ya reducidos a la irrelevancia, cedieron y se disolvieron de forma voluntaria. A sus seguidores no se les ofreció incorporarse al NSDAP. Hacia finales de junio, solo quedaban el Zentrum y su socio, el Partido Popular Bávaro (BVP).

El Zentrum, con sus profundas reservas sobre el nacionalsocialismo, había sido durante mucho tiempo una fuente de problemas para los nazis, pero en el verano de 1933 estaban bajo una creciente presión para llegar a un acuerdo con

la «revolución nacional». La presión no provenía solo del régimen, que había demostrado vívidamente el desdichado destino de los partidos de la oposición, sino también de la jerarquía eclesiástica. Desde enero, los nazis habían estado tratando de encontrar un *modus vivendi* con la Iglesia católica, que era el hogar espiritual de cerca de un tercio de la población. Por su parte, la Iglesia quería asegurarse una posición firme dentro del Nuevo Orden y presionó a Hitler para obtener garantías formales de que las instituciones, las organizaciones y las prácticas católicas quedarían intactas. El impulso para el entendimiento se había acelerado desde el discurso de la Ley Habilitante de Hitler del 23 de marzo, en el que había prometido que la Iglesia no se vería afectada. En respuesta, la jerarquía eclesiástica de Alemania modificó su rumbo, abandonó a regañadientes su oposición anterior a los nazis y pidió lealtad para con el nuevo régimen, acciones que en gran medida contribuyeron a aliviar los temores de los católicos comunes, a quienes durante años se les había dicho en misa que no podían apoyar al nacionalsocialismo y mantener al mismo tiempo una buena relación con la Iglesia.

Si bien los nazis recelaban del catolicismo organizado, anticiparon que habría pocos problemas con las veintiocho Iglesias protestantes. Las Iglesias protestantes tenían una fuerte tradición nacionalista y una historia de respeto por la autoridad del Estado, y no habían mostrado la misma hostilidad hacia el nacionalsocialismo que la Iglesia católica. En 1932 se había formado una minoría especialmente fuerte, los Cristianos Alemanes, que fueron más allá de la visión en general favorable hacia el nacionalsocialismo y se convirtieron en defensores abiertos de Hitler y su movimiento. Algunos pastores entre los Cristianos Alemanes proclamaron su deseo de ser «las tropas de asalto de Jesucristo». Apoyaban

lo que ellos llamaban el «Cristianismo positivo» y esperaban establecer una Iglesia protestante nacional, unificada bajo el lema «Un *Volk*, un Reich, una Iglesia», un eco del lema nazi «Un *Volk*, un Reich, un *Führer*».

A Hitler le gustaba la idea de una Iglesia nacional unida y, con el apoyo entusiasta de los Cristianos Alemanes, en la primavera de 1933 se estableció una Iglesia del Reich controlada por los nazis. Hitler otorgó a Ludwig Müller, un excapellán naval y ardiente nazi, el nuevo cargo de obispo del Reich. Respaldados por el vigoroso apoyo del Ministerio de Propaganda, los Cristianos Alemanes, que contaban con unos seiscientos mil fieles, se impusieron en las elecciones eclesiásticas de julio de 1933 y asumieron el control de las ceremonias de la Iglesia.

Los protestantes en su mayoría fueron favorables al nuevo régimen y, para el verano de 1933, el régimen parecía contar con su pleno apoyo. Dado que la nueva Iglesia del Reich era técnicamente una entidad gubernamental, Müller insistió en que estaba sujeta a la Ley de la Función Pública y a su «párrafo ario». Aumentó entonces la presión de los pastores cristianos alemanes para que todos los judíos empleados por la Iglesia fueran despedidos. Entre los pastores más radicales hubo incluso un movimiento para apartar a Jesús y elevar a Hitler al lugar de salvador nacional que devolvería a Alemania al verdadero cristianismo no judaizado de la Iglesia evangélica tradicional. Rechazaban el Antiguo Testamento como un libro judío y exigieron que se eliminara de la Biblia alemana; sostenían que la cruz era un símbolo judío y que debería ser reemplazada, presumiblemente por la esvástica, aunque eso no llegó decirse. La Iglesia del Reich, en resumen, iba a ser una Iglesia nazi.[63]

Mientras tanto, las negociaciones con el Vaticano comenzaron en serio a finales de marzo, tras la aprobación de la

Ley Habilitante y con Papen como principal negociador de parte del Reich. Como reflejo de la alta prioridad que Hitler le daba a ese acuerdo, Göring también fue enviado a Roma para una audiencia con el papa. Después de una serie de conversaciones muy publicitadas, el 8 de julio el Reich anunció que se había firmado un Concordato con el Vaticano. En él, los nazis se comprometían a respetar los derechos de la Iglesia y de sus organizaciones laicas, mientras que la Iglesia prometía dar por terminados sus implacables ataques contra el nacionalsocialismo «pagano» y retirarse de la política. El Zentrum, que fue poco más que un espectador en las conversaciones, vio su posición socavada por la jerarquía eclesiástica y el 6 de julio votó su propia disolución. El BVP lo siguió al día siguiente, empujado sin duda por la orden de Himmler de arrestar a unos dos mil funcionarios del partido. El Concordato y la desaparición del Zentrum/BVP marcaron el fin del catolicismo político en Alemania y pusieron el último clavo en el ataúd del moribundo sistema de partidos alemán. Dos semanas más tarde, con un sentido malicioso de ironía histórica, un nuevo edicto prohibió formalmente todos los partidos políticos y organizaciones salvo el NSDAP: era el 14 de julio, día de la Toma de la Bastilla.[64]

Tras apoderarse con éxito del aparato estatal, destruir el movimiento obrero, abolir los partidos, neutralizar las Iglesias, seducir al ejército e intimidar a la comunidad empresarial, los nazis habían obtenido un éxito que iba más allá de lo que jamás habían soñado. La revolución nazi, como Hitler les había dicho a menudo a las impacientes tropas de asalto, había llegado después de la toma del poder, no antes, y había logrado su asombrosa victoria con una rapidez poco menos que impresionante. Tal vez lo más sorprendente para los dirigentes nazis fue que lo lograron sin sumir al país en

el caos o la guerra civil. De punta a punta, Alemania se iba sometiendo. Había llegado el momento de la consolidación.

9

Consolidación del poder

Mientras Hitler creía que había llegado el momento de consolidar los logros nazis —logros que habían llegado con sorprendente facilidad—, esa consolidación no era lo que quería oír el líder de las SA Ernst Röhm. En la edición de junio de 1933 del influyente periódico del partido, *Nationalsozialistische Monatshefte*, escribió que reconocía que «se ha ganado una importante victoria, pero no *la* victoria». El objetivo final de crear una nueva Alemania impregnada del espíritu nacionalsocialista de la revolución aún no se había conseguido y, mientras ese objetivo no fuera alcanzado, «la implacable y apasionada lucha de las SA y las SS no cesará». Atacaba la timidez de la dirección política y la moderación aprensiva que drenaría el fanático celo de la revolución nazi. Advertía, citando al general prusiano Gebhard von Blücher, héroe alemán de Waterloo, que «los políticos no deben arruinar lo que el soldado ha ganado con su sangre». Las SA y las SS, señalaba, «no van a tolerar [que] la revolu-

ción alemana se duerma o sea traicionada por "no combatientes" satisfechos con llegar solo "a mitad de camino"». En ese momento, con cuatro millones de miembros, las SA no desaparecerían; serían un importante factor de poder en el próximo Estado nacionalsocialista, un tercer pilar del régimen, junto con el ejército y la policía. Tendría «tareas especiales» y, de manera poco sutil, afirmaba que no se contentaría simplemente con «recibir órdenes». Röhm cerraba su artículo con un desafío directo a las «almas burguesas» del partido: «Les convenga o no, continuaremos nuestra lucha. Con ellos, si finalmente comprenden de qué se trata. Sin ellos, si no lo quieren. ¡Y contra ellos, si así debe ser!».[1]

En toda la primavera, Röhm y otros altos dirigentes de las SA siguieron reclamando una «segunda revolución» que cumpliera con las promesas revolucionarias sociales hechas hacía tiempo por el partido. Las tropas de asalto, declaró, eran «las garantes incorruptibles de la realización de la revolución alemana». La relación entre el partido y las SA siempre había sido espinosa y, en el verano de 1933, la grieta entre la dirección política del partido y las SA se ensanchó hasta convertirse en un abismo. Desde los primeros días del partido, las SA se habían visto a sí mismas como una organización militar: sus miembros eran los soldados que lucharon por la revolución nacionalsocialista y la ganaron. Su desprecio por lo que consideraban la «moderación burguesa» de la dirección política siempre había estado presente y, con intervalos, se fue convirtiendo en un conflicto abierto a lo largo de los años.

Además de las diferencias ideológicas y estratégicas, muchos camisas pardas estaban amargamente decepcionados por la negativa del nuevo régimen a conseguirles cargos tanto en el partido como en las administraciones de los estados. Muchos seguían subsistiendo gracias al subsidio de

desempleo, comiendo en los comedores de las SA y viviendo en sus cuarteles, y ansiaban desesperadamente tener trabajo. Era lo que se merecían; su justa recompensa por combatir en las duras batallas del partido en «el momento de la lucha», mientras que otros permanecían sentados muy cómodos en la seguridad de sus oficinas o se pavoneaban con sus impolutos uniformes del partido jamás ensangrentados. Muchos habían llegado a sentir que los «viejos combatientes» leales a Hitler estaban siendo ignorados por los oportunistas que se habían apresurado a unirse al partido o a las SA después de la Ley Habilitante. Los «violetas de marzo», como los llamaban burlonamente. Casi el 80 % de los miembros del partido se habían afiliado después de las elecciones del 5 de marzo.[2]

Aunque los nazis estaban firmemente atrincherados en el poder, el vandalismo generalizado de las SA seguía siendo un problema cada vez más incómodo para el régimen. A pesar de los llamamientos urgentes para estabilizar la situación por parte de los ministerios de Justicia e Interior, los líderes de las SA se resistían con tenacidad a cualquier injerencia en sus asuntos. En la primavera y el verano se produjeron incidentes violentos con las SA en todo el Reich, pero el estallido más explosivo se produjo a finales de junio en la sección de Köpenick, en Berlín. Allí, el 21 de junio, un joven socialdemócrata se enfrentó al ataque de una pandilla de camisas pardas y mató a tiros a dos de sus agresores. Cientos de soldados de asalto aparecieron de inmediato en escena y desde el 21 hasta el 26 de junio arrasaron el barrio, golpeando y deteniendo a más de quinientos «enemigos del Estado». Muchos fueron arrastrados a las improvisadas cárceles, donde fueron torturados de manera tan sádica que noventa y uno de ellos murieron. Estos días de espantoso salvajismo

llegaron a ser conocidos como «la semana sangrienta de Köpenick».[3] Las autoridades miraron hacia otro lado.

Pero las cosas no podían seguir así. El matonismo desenfrenado de las SA, tan decisivo para el establecimiento de la dictadura durante los primeros seis meses del régimen, se estaba convirtiendo en una carga política. Si este comportamiento ingobernable continuaba sin control, advirtió el presidente del Reichsbank, Hjalmar Schacht, podría convertirse en un gran impedimento para la recuperación económica alemana y ahuyentar la muy necesaria inversión extranjera. Los ministerios de Justicia e Interior se quejaron de los continuos arrestos arbitrarios, el confinamiento ilegal y la notoria bestialidad de las SA. Las SA incluso reclamaron el derecho de juzgar a sus propios hombres acusados de crímenes, afirmando así su inmunidad frente al proceso ordinario de justicia penal. A finales de la primavera, las autoridades de los estados —todos nazis comprometidos— exigían que las SA fueran controladas y quedaran sujetas a la ley.

Los rumores y los informes sobre la espantosa brutalidad de las prisiones no autorizadas llegaban regularmente a Diels y a otros funcionarios de la policía. Poco a poco, la policía, que trabajaba a las órdenes del Ministerio del Interior y con la bendición de Göring, comenzó una campaña para cerrar esas cárceles. No fue sencillo. Incluso cuando se les mostraba la autorización escrita por Göring, algunos comandantes de las SA se resistían y exigían una orden de su líder, Ernst Röhm.

En algunos casos, los jerarcas de las SA simplemente se negaron a cooperar, lo que provocó que se produjeran enfrentamientos armados cuando los funcionarios de policía

intentaron cerrar los campos de concentración no autorizados. Se convirtió, en palabras de Diels, en una «pequeña guerra».

En una ocasión, Diels condujo a un grupo de policías a una de esas cámaras de los horrores en Berlín. Incluso un funcionario policial experimentado quedó impresionado por lo que vio. Las habitaciones oscuras y lúgubres estaban desnudas, sin muebles; el suelo, cubierto de paja y manchado con sangre y orina. Los prisioneros eran poco más que esqueletos muertos de hambre, deshidratados, con la cabeza colgando sobre sus hombros «como muñecas». Los habían obligado a permanecer de pie durante días en gabinetes estrechos sin comida ni agua, y su estancia en estos ataúdes verticales solo se interrumpía por las duras sesiones de tortura. Alrededor de una docena de brutos de las SA trabajaban en turnos rotativos, de modo que los golpes con varillas de hierro, porras de goma y látigos de cuero se sucedían durante las veinticuatro horas. Muchos de los prisioneros estaban tendidos en hileras sobre la paja podrida, con los huesos rotos, los dientes destrozados y los ojos hinchados y cerrados. Chorros de sangre endurecida salían de sus fosas nasales. «No había ninguno cuyo cuerpo no estuviera cubierto de pies a cabeza con moretones azules, amarillos y verdes.» Al recorrer las habitaciones, Diels no oyó gemidos ni sollozos: reinaba un silencio pétreo y mortal, mientras los prisioneros miraban con los ojos vidriosos esperando el final o una nueva ronda de interrogatorios. «Hieronymus Bosch y Pieter Brueghel», reflexionó Diels, «nunca presenciaron semejante horror».[4]

Aunque Hitler simpatizaba con los extremistas, también deseaba quitarle poder a las SA y pasarlo al aparato estatal controlado por los nazis. La violencia sin freno de las SA no solo ponía en peligro la recuperación económica de Alema-

nia, sino que también hacía que se corriera el riesgo de alejar a mucha gente que inicialmente había considerado el nacionalsocialismo como una fuerza para restaurar la ley y el orden. El 6 de julio de 1933, al hablar con un grupo de líderes de las SA, Hitler terminó afirmando que «la revolución ha terminado». La revolución, dijo «no es una situación permanente» y «no hay que permitir que se convierta en tal cosa [...]. Debemos guiar la corriente liberada de la revolución hacia un curso seguro de evolución. La educación de las personas es, por lo tanto, la consideración más importante. El estado de cosas actual debe ser mejorado y las personas [...] deben ser educadas en la concepción nacionalsocialista del Estado». Había llegado el momento del adoctrinamiento, no del terror en las calles, y esa tarea provenía del nuevo Ministerio de Propaganda e Ilustración Pública de Goebbels. En esa coyuntura crítica no era posible realizar una segunda revolución para barrer el capitalismo burgués, como exigían algunos radicales del partido. Tales impulsos sociales revolucionarios debían ser moderados por el realismo y por las exigencias de reconstruir una economía destrozada. «No debemos apartar a un empresario si es un buen empresario», insistió Hitler, «aunque aún no sea un nacionalsocialista; especialmente si el nacionalsocialista que ponemos en su lugar no sabe nada de negocios».[5]

Incluso un agitador como Goebbels se inclinó hacia la nueva línea del partido al sostener que «las revoluciones que conducen a la anarquía no merecen ese nombre [...]. El régimen vigila a los elementos bolcheviques encubiertos que hablan de una segunda revolución». En un artículo dirigido a los líderes de las SA y las SS, Rudolf Hess advirtió contra «espías y provocadores que tratan de alentar a los hombres a maltratar a los opositores, acción que solo lleva a más mentiras atroces en la prensa extranjera».[6] Göring

también siguió ese mismo libreto. Trabajando con Diels, dio comienzo a un esfuerzo sistemático por controlar a las SA prusianas y disolvió la policía auxiliar que había creado allí. Los otros estados se apresuraron a seguir su ejemplo. También comenzó a cerrar las cárceles y los campamentos de las SA y transfirió a los reclusos a campos de concentración formales. Estaba ansioso por ver la influencia de Röhm en Prusia fuertemente reducida.[7]

El nivel de violencia pública en efecto disminuyó en los meses posteriores a la declaración de julio de Hitler, pero, de todos modos, el malestar continuó. Incluso a finales de 1933, cuando el ministro del Interior, Frick, obtuvo la aprobación de Hitler para un edicto que sometía a las SA y las SS a la ley, Röhm, Himmler y los jefes regionales del partido simplemente lo ignoraron. De hecho, muchos funcionarios regionales a veces optaban por ignorar las órdenes directas argumentando que el Führer tenía que defender ciertas posiciones en público, pero que ellos sabían cuáles eran sus verdaderas intenciones. Como dejó claro un dirigente regional, «a los viejos nazis no nos importan los comentarios de algunos líderes nazis. En lo que a nosotros respecta, todo lo que tenemos que hacer es cumplir el programa tal como lo desea el Führer».[8]

Y Hitler, después de su enérgica intervención en el conflicto de julio, nuevamente se desplazó a un segundo plano para dejar que el partido y los funcionarios de los estados se ocuparan de resolver sus asuntos. De modo que continuaron las luchas intestinas por el poder entre las diferentes agencias estatales y las formaciones del partido que luchaban celosamente por mantener y ampliar su autoridad. El régimen operaba en un estado de «caos organizado». Imperaba una especie de «darwinismo institucional». En Prusia, por ejemplo, el Ministerio del Interior (Göring) y la Gestapo

(Diels) lograron cerrar las cárceles de las SA durante todo el otoño e incluso presentaron cargos contra los matones de las SA por los atroces maltratos a los prisioneros. Pero, en Baviera, los esfuerzos de las autoridades nazis locales para investigar las acusaciones de tortura en Dachau fueron frustrados por las SA (Röhm), las SS y el SD (Himmler y Heydrich), que sostenían que los cargos de abuso y tortura eran cuentos de hadas y que, de todos modos, ¿qué derecho tenía el Ministerio del Interior bávaro a husmear buscando historias de atrocidades?[9] Hitler, como de costumbre, no hizo nada.

El hecho de que no existiera una verdadera mesa de organización o una clara cadena de mando, incluso en áreas clave como la economía o la policía, exacerbaba esta situación. En la cima, el Tercer Reich se asemejaba a una corte medieval con fieles vasallos que luchaban a favor de Hitler pero que actuaban con sorprendente independencia. Los órganos del partido y del Estado competían por ser quienes mejor interpretaban e implementaban la voluntad del Führer. Hitler rara vez intercedía y nunca se comprometía por escrito. Las órdenes eran verbales, notoriamente vagas, y no pocas veces contradictorias. En todos los niveles del Estado y del aparato del partido, los funcionarios proclamaban «trabajar para el Führer», pero en esencia actuaban por su cuenta. En la batalla general por el poder y la influencia, los celos personales eran endémicos, los conflictos de intereses omnipresentes y las oficinas sin responsabilidades claramente definidas se multiplicaban. El resultado fue una «poliocracia» altamente ineficiente, con múltiples centros de poder animados por un crudo «darwinismo institucional» donde prevalecía el más fuerte, el más contundente y el más persistente.

En ninguna parte fue esta dinámica más llamativa que en el surgimiento de las SS como la organización de policía política más poderosa de la nación y su transformación en uno de los pilares esenciales del gobierno nazi. En los meses posteriores al nombramiento de Hitler como canciller, Himmler, jefe de las SS y de la Policía Estatal bávara, emprendió una campaña sistemática para expandir su poder al tomar el control de la policía política en un estado alemán tras otro. Era un miembro de confianza del círculo interno de Hitler, y los funcionarios locales, intimidados, suponían que estaba actuando por orden del Führer, cosa que no era así. Sus ambiciones solo encontraron un obstáculo en Prusia, porque allí otro poderoso vasallo del Führer, Hermann Göring, estaba a cargo de la policía y no podía ser tan fácilmente ignorado. Añadiendo un giro sintomático a estos eventos, Göring, que había creado la Gestapo en Prusia, procedió a abrir filiales de esta organización en todos los estados alemanes, una jugada para la que no poseía autoridad legal y que carecía de la autorización explícita de Hitler. Estas oficinas de la Gestapo no respondían ni a Himmler y las SS, ni a las autoridades policiales locales, sino únicamente a Göring, y, como solía ocurrir, Hitler no hizo nada para aclarar la situación. Él estaba por encima de esos problemas y dejaba que la confusión fluyera detrás de él.[10]

Durante el otoño y el invierno de 1933, continuaron llegando quejas acerca de las tormentosas e ingobernables tropas de asalto. Provenían de líderes empresariales, funcionarios locales, estatales y del partido, y de los ministerios de Relaciones Exteriores y de Economía. Sin embargo, a pesar de la violencia y los abusos políticos generalizados de los líderes locales del partido —los «pequeños Führers», como se los llamaba burlonamente—, la popularidad de Hitler no solo se mantuvo fuerte, sino que creció. Muchos alemanes

sentían que, después de catorce años de parálisis e ineficacia, ahí estaba, por fin, un hombre de acción, alguien que podía hacer las cosas. Sin duda era despiadado, pero era también exactamente lo que la nación necesitaba: un «canciller del pueblo»: no de las élites tradicionales, sino un nacionalista intransigente que sacara al abatido *Volk* de su letargo y desesperanza. Esta era la imagen que Goebbels promocionó incansablemente, pero la popularidad de Hitler no fue solo producto de la propaganda y la intimidación. La adoración parecía genuina.

Ya a mediados de 1933, un cierto culto a Hitler estaba en efecto entrelazado en el entramado político del Reich, y el culto al *Führer* se fue generalizando y creciendo.[11] El cumpleaños de Hitler, el 20 de abril, se convirtió en una fiesta nacional semioficial con un auténtico derroche de adulación. En los escaparates de las tiendas aparecían retratos engalanados y fotografías de Hitler con marcos dorados; se llevaban a cabo desfiles y celebraciones en su honor por todo el país. Artículos reverenciales en la prensa, programas en la radio y apariciones regulares en los noticieros ofrecían panegíricos casi religiosos del salvador de Alemania. Se escribían poemas y canciones sobre él; se bautizaron calles, plazas, escuelas y otros edificios públicos con su nombre. Una aldea en Turingia cambió su nombre a Altos de Hitler (Hitlerhöhe) en honor al Führer. Combinando política y oportunidad comercial, el propietario de un café solicitó sin éxito permiso para darle a su negocio el nombre patriótico de «Café Canciller del Reich Adolf Hitler». Otro emprendedor, un jardinero, preguntó en obsequiosos términos —y también sin éxito— si se le podía «permitir dar a una de mis mejores rosas el nombre "Canciller del Reich Hitler" como regalo y recuerdo del gran momento actual, y si se me permite llevarlo, con el mismo nombre, al mercado mundial».

Funcionarios del partido en el *Gau* de Düsseldorf-Ost presentaron la solicitud de un hombre que quería ponerle a su hija recién nacida «Hitlerine». La solicitud llegó hasta el Ministerio del Interior, donde fue denegada. Como consuelo, los funcionarios allí sugirieron el melifluo «Adolfina» en su lugar. Tales peticiones llegaron a ser tan numerosas que, en abril, Hitler pidió a sus seguidores que se abstuvieran de nombrar calles y plazas en su honor. Pero fue en vano. La tendencia continuaría con mucha más fuerza hasta que comenzara la guerra.

Hubo, por supuesto, un trasfondo de quejas sobre varios aspectos de la dictadura, sobre todo cuando se revelaban a nivel local, pero a Hitler no parecía afectarlo. No importaba la indignación del partido o de las SA: nada parecía tocarlo. En la percepción pública, estaba inspirando a la gente a quitarse de encima su pesimismo y su sentimiento de inferioridad, y a recuperar su fe en Alemania, su orgullo por Alemania. Muchos pensaban que su idealismo intransigente, por rudo que fuera, estaba reviviendo la nación, estaba restaurando su confianza e impulsándola de nuevo hacia adelante. Las iniciativas resultaron extremadamente populares en dos áreas, la doméstica y la de relaciones exteriores. Había prometido volver a poner a la gente a trabajar, y lo hizo. Hitler heredó un programa de creación de empleo totalmente financiado de su predecesor, Kurt von Schleicher, pero el general no tuvo tiempo para implementar su agenda de obras públicas cuando fue despedido en enero de 1933. Hitler resultó el afortunado beneficiario. Su creación del Frente del Trabajo, que sacó a los desempleados de las calles, junto con un estallido febril de proyectos de obras públicas que requerían un uso intensivo de mano de obra, redujeron el desempleo de seis millones de personas a cerca de cuatro millones en apenas seis meses. La creación de una vasta red de auto-

pistas, las *Autobahn*, atrapó la imaginación del público, y Hitler fue fotografiado sacando no solo la primera palada de tierra, sino también llenando una carretilla entera. El rápido descenso del desempleo durante los primeros meses del régimen no pudo sostenerse y para el otoño las cifras se estabilizaron, pero Hitler había actuado de manera decidida en lo que los nazis llamaron «la batalla por el trabajo» y la gente estaba impresionada.[12] Nadie, ni siquiera sus enemigos más furibundos, podía dudar de que había traído una nueva emoción y entusiasmo a la vida pública alemana y unido a la gente con un propósito común como nadie lo había hecho en los catorce años de la tormentosa democracia de Alemania. En unos pocos meses, había llegado a simbolizar el renacimiento de la nación.

En el otoño de 1933, reforzar la popularidad de Hitler en el país fue un despliegue dramático de resistencia a las grandes potencias. En febrero de 1932 se había convocado una Conferencia de Desarme patrocinada por la Liga de las Naciones y, cuando Hitler asumió la cancillería, su primera acción en la política mundial fue hacer una propuesta típicamente teatral. Comenzó, como lo haría en cada crisis internacional en los siguientes seis años, envolviéndose en piadosos comentarios sobre el compromiso de Alemania con la paz. «Nuestro amor ilimitado por nuestras tradiciones nacionales y nuestra lealtad a ellas nos hace respetar las demandas nacionales de los demás y desear desde el fondo de nuestros corazones vivir con ellos en paz y amistad.» Pero solo Alemania había sido obligada a desarmarse en Versalles y eso había dejado al país indefenso. «Renania fue desmilitarizada, las fortalezas alemanas fueron desmanteladas, nuestras naves se rindieron, nuestros aviones fueron destruidos, nuestro sistema de servicio militar fue abandonado y, con ello, se impidió el adiestramiento de las reser-

vas. Incluso las armas de defensa más indispensables nos fueron negadas.» Era hora de que las otras naciones de Europa demostraran su voluntad de poner fin a esta terrible injusticia.

Alemania estaría dispuesta a asumir en cualquier momento «más obligaciones en materia de seguridad internacional si todas las demás naciones estaban dispuestas a hacer lo mismo». En particular, Alemania estaba «perfectamente preparada para disolver todo su *establishment* militar y destruir las pequeñas cantidades de armas que le quedan, si los países vecinos hacían lo mismo con la misma minuciosidad».[13] Dado que Alemania estaba limitada por el Tratado de Versalles a un ejército de solo cien mil soldados y no tenía armas pesadas, ni fuerza aérea, ni flota de guerra, era una oferta fácil de hacer y muy poco sincera. Si la comunidad internacional no estaba preparada para una propuesta tan radical, Hitler sugirió específicamente que Francia redujera su ejército a los niveles alemanes o, como otra alternativa, que se le permitiera a Alemania aumentar sus fuerzas hasta equiparar las de Francia. Cuando, como era de esperar, Francia se resistió, Hitler insistió en que lo único que Alemania buscaba era ser tratada como un igual en asuntos de seguridad internacional. ¿Acaso Alemania no tenía, «en su estado de indefensión y desarme, una mayor justificación para exigir seguridad que los estados armados en exceso y unidos en alianzas militares»? Pero esa, insinuó, al parecer, no era la intención de los franceses, que parecían decididos a mantener su gran superioridad militar sobre Alemania. En una declaración pública del 14 de octubre, Hitler explicó que, dado que los poderes reunidos en Ginebra intentaban perpetuar «una discriminación injusta y degradante del pueblo alemán», el gobierno del Reich no podía, «en estas circunstancias, sentirse capaz de participar

como una nación de segunda clase sin derechos propios en negociaciones que solo pueden resultar en imposiciones adicionales. A la vez que profesa su inquebrantable deseo de paz, Alemania debe anunciar [...] que se ve forzada a abandonar la Conferencia de Desarme. Por lo tanto, también anunciará su retiro de la Liga de las Naciones». Al hacerlo, Alemania estaba declarando su «voluntad verdaderamente honesta por la paz y su voluntad de llegar a un acuerdo y, a la vez, mantener su honor».[14]

A los extranjeros —y a los franceses en particular—, a los que acusaba de abrigar intenciones agresivas y de intentar sabotear las restricciones armamentísticas del Tratado de Versalles, Hitler les respondió piadosamente que todo lo que quería era «proporcionar trabajo y pan al *Volk* alemán», y esto solo podría hacerlo si prevalecían la «paz y la tranquilidad». Nadie debería suponer que «yo sería tan loco como para querer una guerra [...]. No sé cuántos estadistas extranjeros participaron en la Guerra. Yo sí. Conozco la guerra. Pero entre los que cargan hoy contra Alemania y difaman al *Volk* alemán —esto sí lo sé—, ni uno solo ha oído el zumbido de una bala al pasar».[15] Esta agresiva superioridad moral era una actitud que aparecería continuamente en las crisis de los años venideros y enmarcaría actos de agresión dichos con el lenguaje más pacífico, con el que, a la vez, invocaba su experiencia en la última guerra y repetía los obligados lugares comunes sobre su compromiso con la paz mundial.

Los estadistas extranjeros no quedaron impresionados, pero su actitud cayó muy bien en Alemania. He aquí por fin un líder alemán que no se dejaba avasallar por las grandes potencias. Hitler no solo se enfrentaba a los enemigos de Alemania en su país, sino que defendía los derechos de la nación en la escena internacional. Deseosos de mostrar el

apoyo entusiasta de la gente hacia el gobierno de Hitler, los nazis organizaron un plebiscito para el 12 de noviembre. Convocaron a los alemanes para que aprobaran las acciones del régimen desde el 30 de enero. Goebbels estaba de nuevo en campaña saturando el país al estilo nazi habitual. Al ver la campaña desplegada en Dresde, Viktor Klemperer escribió en su diario: «En todos los vehículos comerciales, furgonetas de correos, bicicletas de cartero; en todas las casas y escaparates, en grandes pancartas que atraviesan la calle, las citas de Hitler están en todas partes y siempre "Sí", ¡por la paz! Es la más monstruosa de las hipocresías [...]. Demostraciones y cánticos hasta entrada la noche, altavoces en las calles, vehículos (con aparatos de radio que reproducen música montados en los techos), automóviles y tranvías». Qué clase de elecciones podrían ser, se preguntaba a sí mismo, ya que «nadie cree que el secreto del voto estará protegido, nadie cree en un recuento justo de votos: entonces, ¿por qué ser un mártir?».[16] No fue una sorpresa que, el 12 de noviembre, el 93 % de los votos registrados correspondieran al «sí», dos millones al «no» y un 3,5 % de los votos fueran declarados «inválidos». A pesar del escepticismo extranjero generalizado, incluso la Sopade llegó a la conclusión de que, en general, el resultado de las elecciones parecía medir de manera precisa el apoyo popular al régimen. En un informe sacado de contrabando de Alemania en diciembre, el grupo izquierdista Nuevo Comienzo admitió que simplemente no podía negarse que las elecciones habían demostrado cuán «rápido y fuerte estaba progresando el proceso de nazificación de la sociedad».[17]

Pero, a pesar de la innegable popularidad de Hitler y de la excitación general durante los primeros meses del régimen, a principios de 1934 surgieron señales de un creciente desencanto con el gobierno nazi. El entusiasmo y la esperanza

que habían desbordado al partido durante gran parte del año anterior se estaban desvaneciendo. En febrero, el movimiento clandestino socialdemócrata informó sobre «un aumento general de quejas, de insatisfacción en amplias capas» de la población, desde grupos jóvenes presuntamente coordinados hasta «grupos reaccionarios (monárquicos)» y elementos de la clase trabajadora.[18] A pesar de las altisonantes promesas de los nazis, el desempleo se mantenía obstinadamente alto, los negocios continuaban estancándose, los bienes de consumo seguían siendo escasos y los alimentos, caros. Las quejas, aunque amortiguadas, eran generalizadas.

Por su parte, la postura arrogante de los jefes nazis locales, los vanidosos y engreídos «pequeños Führers» entregados a ejercer su nuevo poder y posición, agravaba la decepción. Al ver a diario la fanfarronería, las arbitrariedades, las mezquindades, las batallas territoriales, el nepotismo y la corrupción de estos hombres, los alemanes descubrían, desconcertados, que los nazis, en vez de idealistas ideológicos, eran políticos que, después de todo, se comportaban de manera tristemente familiar. En Stettin, unos hombres de las SS tuvieron la idea de secuestrar a individuos prósperos para extorsionarlos, arrojarlos a su propio campo de concentración privado y luego liberarlos. Esta práctica se prolongó durante meses y solo se detuvo cuando se sobrepasaron al llevarse a un líder del partido conservador local que tenía vínculos indirectos con el presidente Hindenburg. Un Göring nervioso corrió hacia Stettin, cerró el campamento y envió a los culpables ante un tribunal especial del partido. En Kiel, dos funcionarios nazis recogieron con entusiasmo las limosnas caritativas de Ayuda de Invierno, pero decidieron que la caridad debía comenzar por su casa y se quedaron con los fondos. Ambos fueron arrestados, expulsados de

sus puestos en el partido y enviados a prisión. En Flensburgo, los lugareños vieron cómo el tesorero nazi de la ciudad era arrestado por malversación de fondos, y luego vieron a su sucesor seguir sus pasos.[19] Esos casos distaban de ser excepciones. Pero, sorprendentemente, no se culpaba a Hitler. Para 1934, la frase «si el Führer supiera lo que sucede aquí» se había convertido en un estribillo común en el discurso político local.[20]

Lo más perturbador para la gente eran las SA y sus rebeldes tropas de asalto, que continuaban vagando por las calles, bebiendo, peleándose y hostigando a ciudadanos comunes. Los comandantes de las SA también seguían pidiendo una segunda revolución, aunque qué tenían en realidad en mente nunca quedó del todo claro. A finales de marzo, mientras la presión por hacer algo crecía, Hitler se dirigió a Röhm y a una asamblea de líderes de las SA en Berlín. «Me opondré enérgicamente a una segunda ola revolucionaria», les dijo sin rodeos, «ya que inevitablemente conduciría al caos. Cualquiera que se levante en contra de la autoridad del Estado será severamente castigado sin importar la posición que ocupe». Apenas afectado por las palabras de Hitler, Röhm respondió invocando una vez más el papel revolucionario de las SA. «Nuestra revolución no es una revolución nacional; es una revolución nacionalsocialista», escribió a los comandantes de las SA. «Nuestros batallones de las SA representan la única salvaguarda contra la reacción, ya que son la encarnación absoluta de la idea revolucionaria [...]. Desde el primer día, el combatiente de camisa parda se comprometió con el camino revolucionario y no se desviará de él hasta que se alcance nuestro objetivo final.»[21]

Las cosas pronto llegaron a un punto crítico. A pesar de las órdenes de Hitler, Röhm continuó su campaña para institucionalizar las SA como un pilar esencial del Reich —in-

cluso se habló de crear un Estado de las SA—, y se veía a sí mismo como algo parecido a un ministro de Defensa. En un principio, el ejército había considerado las SA como una especie de auxiliar militar no muy diferente de los Cuerpos Libres de los años inmediatamente posteriores a la guerra. Pero con los nazis en el poder y las SA cada vez más fuertes, la fricción entre las SA y el ejército se intensificó. Las ambiciones de Röhm aumentaron y él no tenía reparos en expresarlas. Estaba dando voz a los puntos de vista que él y otros líderes de las SA habían tenido desde los primeros días del NSDAP, solo que ahora de forma más abierta, más estridente. Las SA no serían incorporadas al ejército, insinuaba sin mucha discreción; el ejército sería absorbido por las SA en una milicia popular. En un esfuerzo por apaciguarlo, en diciembre de 1933, Hitler lo nombró ministro sin cartera en el gabinete del Reich y lo colmó de elogios personales como a un camarada de confianza, pero eso no lo aplacaría.

Para 1934, la hostilidad entre las SA y el ejército alcanzó un estado tan alarmante que, a finales de febrero, Hitler convocó a Röhm y al general Blomberg, el ministro de Guerra, a una reunión en la Cancillería del Reich. Allí, Hitler le reiteró enfáticamente a Röhm que el ejército iba a ser la única fuerza militar dentro del país. Las SA patrullarían las fronteras y proporcionarían entrenamiento premilitar, pero repitió la posición que sostenía desde hacía mucho tiempo de que la misión de las SA era política y no militar. Hitler había hecho su elección. Las SA habían jugado un papel crucial en el ascenso del partido al poder y en la creación de la dictadura nazi, pero, para alcanzar sus objetivos expansionistas de política exterior, necesitaba un ejército profesional poderoso, bien entrenado y bien equipado. Era un estribillo que Röhm había escuchado muchas veces antes, y entendió que no era materia de negociación. Al final de la

reunión, Hitler persuadió a los dos hombres para que firmaran un acuerdo en su presencia y pusieran fin a las peleas.

Röhm firmó diligentemente el documento, pero estaba furioso. En una muestra superficial de buena voluntad, invitó a Hitler y al grupo militar a una recepción después de la reunión. Hitler no asistió, pero Blomberg y otros oficiales de alto rango sí lo hicieron. Era una situación incómoda; el ambiente estaba helado. Cuando finalmente los generales se marcharon, Röhm no pudo contener su ira por más tiempo. «Lo que ese ridículo cabo dice no significa nada para mí», les dijo a sus seguidores. «No tengo la menor intención de mantener este acuerdo. Hitler es un traidor y, como mínimo, debería tomarse una licencia [...]. Si no podemos llegar donde queremos con él, llegaremos sin él.» Luego agregó: «Adolf está podrido. Nos está traicionando a todos. Solo anda con los reaccionarios. Sus viejos camaradas no son lo suficientemente buenos para él. Entonces, trae a estos generales prusianos. Ellos son con quienes se relaciona ahora [...]. Adolf sabe perfectamente lo que quiero. [...]. ¿Somos una revolución o no? [...] Algo nuevo tiene que ser introducido [...]. Una nueva disciplina. Un nuevo principio de organización. Los generales son viejos trastos conservadores. Nunca tendrán una idea nueva».[22]

Este y otros comentarios parecidos llegaron inevitablemente a oídos de Hitler y Blomberg. En la primavera de 1934, las tensiones aumentaron, a la par que Röhm continuaba su campaña por obtener un papel militar destacado para las SA. La temeraria charla sobre una segunda revolución daba pocas muestras de suavizarse. Durante meses, Hitler había sido reacio a disciplinar a Röhm, su antiguo compañero de armas y el líder de la organización más grande y más militante del partido. Después de todo, las tropas de asalto eran fanáticamente leales a Röhm, y desafiar su lide-

razgo conllevaba enormes riesgos políticos. Pero las SA habían dejado de ser útiles. Secretamente, dio órdenes a Himmler y Göring, quienes odiaban a Röhm y esperaban sacárselo de encima, para que comenzaran una investigación sobre las actividades de las SA. En un esfuerzo por reducir el poder de Röhm en Prusia, en abril Göring acordó entregar el control de la Gestapo prusiana a Himmler y Heydrich, quienes procedieron a iniciar su propia investigación secreta sobre Röhm y las SA. Himmler quería liberar a las SS de las mucho más grandes SA, a las que todavía estaban técnicamente subordinadas, y con el control de la Gestapo prusiana, las SS se apoderarían de una red nacional de policía y vigilancia. El ejército también había estado creando su propio archivo sobre las SA y había informado escrupulosamente de sus hallazgos a Hitler de forma directa. Con el paso de los años, Röhm había logrado formar una hueste de enemigos muy poderosos y, en 1934, esos enemigos estaban movilizados y listos para actuar.

Para agravar la tensión, se sumaba el hecho de que en el último tiempo la salud de Hindenburg había comenzado a declinar. En abril, el Presidente del Reich, de 87 años de edad, comenzó a retirarse de la participación activa en asuntos gubernamentales, y a principios de junio se retiró a su finca de Neudeck, en Prusia Oriental. A partir de entonces, el flujo constante de informes sobre su deteriorada salud empezó a provocar ansiedad en la escena política. Era obvio que a Hindenburg no le quedaba mucho tiempo de vida. Hitler estaba ansioso por tener al viejo mariscal de campo fuera del camino, pero le ponía nervioso la actitud que pudiera adoptar el ejército una vez que Hindenburg, su comandante supremo, hubiera desaparecido. ¿Quién lo sucedería como presidente y comandante en jefe del Reich, y có-

mo? Al respecto, Franz von Papen, prácticamente olvidado desde la primavera anterior, tenía sus propias ideas.

Durante meses, Papen y los conservadores nacionales, que habían hecho tanto para insertar a Hitler en el poder, se habían sentido cada vez más consternados por su menguante influencia y alarmados por el discurso radical de una segunda revolución. Durante la primavera, comenzaron a sonar quejas de conservadores que pensaban como él y de generales descontentos que compartían su inquietud con respecto al curso radical que había tomado la revolución nazi. Su esperanza era colocar a un conservador en un rol de guardián y luego, con el apoyo del ejército, restaurar a los Hohenzollern en el poder.

En un discurso en la Universidad de Marburgo del 17 de junio, Papen expresó abiertamente sus preocupaciones y emitió una severa advertencia sobre los peligros de una segunda revolución. Habló con inusual audacia, argumentando que Alemania no podría sobrevivir a un perpetuo estado de inquietud. Una segunda revolución simplemente produciría una tercera y una cuarta, y el país quedaría sumergido en un caos sin fin. Hitler había tratado de restaurar la unidad espiritual de Alemania y la nación «había experimentado esa unidad en la emoción de miles de manifestaciones, concentraciones, banderas y celebraciones». Pero en ese momento, sugirió, el entusiasmo había menguado y el país necesitaba «una abierta y varonil discusión» de cuestiones que hoy estaban ausentes de la vida pública alemana.

Sin mencionar de manera explícita a Hitler, condenó «el falso culto a la personalidad» y señaló enfáticamente que «los grandes hombres no son hechos por la propaganda, sino que crecen a partir de sus acciones». En una punzante reprimenda al régimen, afirmó que debería tener suficiente confianza en su poder y apoyo popular como para tolerar

«críticas responsables». Debería ser posible, dijo, expresar reservas sobre una política u otra sin ser tildado de «enemigo del Estado» y tratado como un delincuente. El régimen «debería recordar el viejo adagio que dice que solo los débiles no pueden tolerar las críticas». Era hora de unirse para «silenciar a los fanáticos doctrinarios» que amenazaban la vida política alemana. Fue un discurso sorprendentemente audaz, más aún por ser la primera crítica pública a Hitler y los nazis. Cuando concluyó, la audiencia estalló en un acalorado aplauso.[23]

El discurso de Marburgo provocó una gran conmoción en un país en el que la crítica política abierta estaba tan extinta como un mastodonte. Un Goebbels atónito intentó eliminar el discurso. Se apoderó de los periódicos, ordenó que también se confiscaran todas las copias del discurso y bloqueó su retransmisión por la radio de Frankfurt. Pero ya era demasiado tarde. En todo el país, Papen fue recibido con gritos de «Heil Marburgo» en lugar de «Heil Hitler». Los conservadores cercanos a él creyeron que su momento estaba cerca. Dada la creciente tensión entre Hitler y Röhm, era hora de presionar para que hubiera una sucesión conservadora. Hindenburg, estaban seguros, estaría dispuesto a un cambio de gobierno.[24]

Hitler estaba furioso con Papen y su círculo de «reaccionarios», y en un discurso ante una asamblea de líderes nazis en Turingia arremetió contra los «pequeños gusanos» y «pigmeos» de la reacción. «Si en algún momento intentaran, aunque sea a pequeña escala, pasar de su crítica a un nuevo acto de perjurio, pueden estar seguros de que lo que estarán enfrentando no será la burguesía cobarde y corrupta de 1918, sino el puño de todo el pueblo. Será el puño de la nación el que se apretará para aplastar a cualquiera que se atreva a emprender siquiera el más mínimo intento de sabo-

taje.»[25] En un siniestro adelanto de lo que vendría, Himmler ordenó el arresto de Edgar Jung, el autor del discurso de Marburgo.

Sin embargo, a pesar de toda su furia, Hitler desconfiaba de la influencia de Papen sobre el presidente del Reich. Reconocía el peligroso descontento conservador con la dictadura nazi y, con la desaparición de Hindenburg en el horizonte, le preocupaba un renovado impulso conservador para restaurar la monarquía. Cuando, el 21 de junio, Papen amenazó con renunciar debido a las acciones de Goebbels, Hitler lo invitó a la Cancillería del Reich para calmar los ánimos. En esa reunión, Hitler se mostró conciliador y expresó su comprensión de la intención honorable de Papen; incluso condenó la reacción exagerada de Goebbels y prometió levantar la prohibición del discurso de Marburgo (cosa que no hizo). Lo convenció de que retirara su renuncia hasta que los dos viajaran a Neudeck para discutir la situación con Hindenburg. Pero Hitler no tenía intención de incluir a Papen en esa reunión. En cambio, al día siguiente, se fue solo a la propiedad de Hindenburg en Prusia Oriental, donde, al llegar, se encontró con el general Blomberg. Blomberg, el ministro de Defensa de Hitler y un hombre favorable al nacionalsocialismo, estaba a punto de irse a Berlín después de una conversación con Hindenburg. En esta ocasión, el general no era el «león de goma» maleable, como lo llamaba Hitler en privado, y le dejó muy claro a Hitler que el ejército ya estaba harto. Si Hitler no podía domar a las SA y establecer el orden interno, el presidente del Reich estaba dispuesto a declarar la ley marcial y el ejército asumiría el control del país. Hindenburg reforzó con firmeza esa posición.[26]

Estas conversaciones, que tuvieron lugar después del discurso de Papen en Marburgo, acabaron siendo un punto de

inflexión. Después de meses de no haber hecho nada para tratar la situación de las SA, Hitler entró en acción. Era su forma habitual de actuar: esperaba a que la situación se resolviera sola, daba vueltas, demoraba, posponía y luego, cuando se veía absolutamente forzado a tomar una decisión, hacía una jugada rápida y radical. Había llegado el momento de actuar. En la última semana de junio comenzó a mover las piezas para un ataque contra Röhm y los reaccionarios. Durante meses, Himmler y Heydrich habían estado preparando un extenso expediente sobre las «acciones traidoras» de Röhm, en el que proporcionaban «pruebas» de que estaba planeando un golpe de Estado y de que conspiraba con Strasser e, incluso, con el embajador francés para derrocar el gobierno de Hitler. Las variaciones de estas acusaciones eran múltiples y las pruebas leves o inexistentes pero, al parecer, Hitler aceptó esos datos sin cuestionar nada. El 25 de junio, Himmler y Heydrich convocaron a los comandantes de las SS y el SD a Berlín para una sesión informativa sobre la situación. Los hombres de las SS fueron informados de que el *Putsch* de Röhm y las SA era inminente, y se les dieron instrucciones para que tomaran las medidas necesarias cuando llegara la alerta. No se fijó una fecha, pero las SS debían apresurar sus preparativos para atacar a los líderes y funcionarios de las SA. Hitler también se entrevistó con Blomberg, quien le aseguró el apoyo militar para una acción contra las SA y acordó poner a las tropas en alerta máxima. El ejército también suministró armas y transporte a las SS para llevar a cabo la operación.[27]

En la última semana de junio, el régimen intensificó sus advertencias contra los posibles «saboteadores» de la revolución nacionalsocialista. En un discurso radiado del 24 de junio, Hess sonó amenazante: «La orden del Führer, a quien hemos jurado lealtad, es la única decisiva. ¡Ay de cualquiera

que sea infiel a este voto de lealtad creyendo que su rebelión será útil a la revolución! Pobres de aquellos que creen ser los elegidos para ayudar al Führer con una agitación revolucionaria desde abajo».[28] Dos días más tarde, hablando en una convención de funcionarios nazis en Hamburgo, Göring afiló su retórica y lanzó una amenaza apenas velada tanto para las SA como para el círculo de Papen. El régimen había trabajado duro y había tenido éxito «porque tenemos detrás de nosotros un *Volk* que confía en nosotros»; «cualquiera que dañe esta confianza está cometiendo un crimen contra el *Volk*, cometiendo un acto vil y alta traición. Quien trama una conjura para destruir esta confianza destruye Alemania; el que peca contra esta confianza ha metido su cabeza en la soga».[29]

Además de los rumores que circulaban sobre un *Putsch* de las SA y sobre un furtivo intento conservador para socavar el régimen, el 28 de junio Hitler descubrió que Papen había acordado reunirse con Hindenburg el día 30. Hitler estaba seguro de que era un esfuerzo de último minuto para ganar el apoyo del presidente del Reich ante una toma del poder por parte de los conservadores. No podía haber más vacilaciones. Esa noche, Hitler telefoneó a Röhm para ordenarle que convocara una reunión de la dirección de las SA para el 30 de junio en la villa turística de Bad Wiessee, a 65 kilómetros al sur de Múnich, donde Röhm estaba de vacaciones. El 7 de junio, Röhm había enviado a todas las formaciones de las SA de vacaciones por un mes; sería un período de enfriamiento, una oportunidad para que las tropas de asalto se reagruparan y se tomaran un merecido descanso. Aunque Röhm nunca lo reconocería, los dirigentes de las SA tenían considerables problemas para controlar a sus propios camisas pardas, que parecían inmunes a cualquier ruego de abs-

tenerse de comportamientos indisciplinados, cosa que la gente consideraba cada vez más detestable.

El 29 de junio, Hitler tuvo una agenda ajetreada. Estaba en Westfalia para asistir a la boda de un líder regional del partido, donde recorrió los talleres de Krupp, en Essen, dio un breve discurso ante la unidad de Servicio Laboral cerca de Lünen y fue a un campo de trabajo cercano antes de dirigirse a Bad Godesberg, donde se celebraría la boda. Allí se le sumaron Goebbels y Göring, que habían volado desde Berlín. Esa noche, Hitler se despidió temprano, abandonó la recepción nupcial y se retiró a la habitación de su hotel. Le llegaron inquietantes informes de Himmler y Heydrich sobre el malestar de las SA en diferentes partes del país. Creían que un *Putsch* de las SA era más que inminente. Hitler informó a Göring y a Goebbels sobre la situación, y ambos se sorprendieron al saber que el objetivo principal del golpe no eran Papen y los conservadores, sino las SA. Hitler envió a Göring de regreso a Berlín para dirigir la acción allí, y ordenó a Sepp Dietrich, comandante de su grupo de guardaespaldas de élite conocido como el Leibstandarte Adolf Hitler, que volara de inmediato a Múnich para reunir a dos compañías de tropas de las SS. Debían encontrarse en el Hotel Hanselbauer, en Bad Wiessee, a las 11:30 de la mañana siguiente.

En algún momento, durante las oscuras horas de la madrugada, Hitler decidió que volaría a Múnich para dirigir la operación él mismo. Después de alertar a Adolf Wagner, el *Gauleiter* y ministro del Interior de Baviera, para que estuviera listo para su llegada, tomó su avión privado a las 2:30 de la mañana con destino a Múnich. Con las primeras luces del día, el *Ju 52* de Hitler aterrizó en el campo de aviación militar Oberwiesenfeld, en las afueras de Múnich. Exigió que lo llevaran de inmediato al Ministerio del Interior, don-

de se enteró de que, durante la noche, una turba de unos tres mil hombres de las SA había asaltado las calles gritando: «El Führer está contra nosotros; el ejército está contra nosotros. ¡Hombres de las SA, a la calle!». Al oír esto, Hitler estalló de ira. Exigió ver de inmediato a los dos oficiales de las SA de mayor rango en servicio. Cuando los desconcertados hombres se presentaron ante él, Hitler no estaba interesado en obtener información ni en escuchar explicaciones. Antes de que pudieran pronunciar una palabra, les arrancó la insignia de sus uniformes y tronó: «¡Están bajo arresto! Serán fusilados». Fueron los primeros de muchos, en esa larga noche homicida, en ser llevados sin dilación a la prisión de Stadelheim para esperar su destino.[30]

Eran las 4:30 de la mañana y Sepp Dietrich aún no había llegado con sus tropas de las SS, pero Hitler, que ya estaba histérico y furioso, no pudo esperar más. Iría a Bad Wiessee y haría los arrestos él mismo. Acompañado por Goebbels, el jefe de prensa, Otto Dietrich, varios hombres de las SS fuertemente armados y detectives de policía, se dirigió al lugar de vacaciones en un convoy de tres grandes autos negros. A las 6:45, cuando llegaron al Hotel Hanselbauer, todo estaba tranquilo. El pequeño grupo de hombres de las SA todavía dormía tras una noche de borrachera; el personal del hotel apenas comenzaba a trabajar: ordenaban las sábanas para el nuevo día, se movían en la cocina y preparaban el café para el desayuno. El comedor estaba vacío y los lugares establecidos para la reunión anticipada de los jefes de las SA al mediodía ya estaban asignados. Pistola en mano, Hitler corrió escaleras arriba hacia la habitación de Röhm. Cuando se abrió la puerta, un asombrado Röhm logró soltar un soñoliento «Heil, mein Führer», antes de que Hitler, usando la forma familiar *du*, gritara: «¡Ernst, estás bajo arresto!».

Al otro lado del pasillo, Edmund Heines, líder de las SA de Silesia, fue encontrado en la cama con un hombre joven y, tras un breve forcejeo, fue apresado y conducido abajo. Los demás soldados de asalto fueron tomados por sorpresa y no ofrecieron resistencia mientras eran conducidos desde sus habitaciones a la lavandería del hotel, donde los encerraron. Röhm, ya completamente vestido con ropa de civil, exigió una explicación, pero no recibió respuesta. Fue llevado al comedor del hotel en lugar de obligado a unirse a los demás en la ya llena lavandería. Se sentó y esperó con calma. Hitler incluso permitió que le sirvieran café. Todo había sucedido tan rápido y de manera tan silenciosa que los demás huéspedes del hotel seguían durmiendo sin tener idea de que algo inusual estaba ocurriendo.[31] Los hombres de las SA retenidos en el Hotel Hanselbauer fueron metidos en un autobús requisado para ser trasladados a Múnich. Su destino era Stadelheim. Mientras Hitler trataba de decidir qué hacer con Röhm, llegó una tropa de unos cuarenta hombres de la guardia de Múnich de Röhm. Hitler se adelantó para dirigirse a ellos. Les informó que había asumido el mando activo de las SA, que regresaría a Múnich en su convoy y que partiría en breve con destino a la Casa Marrón. Hitler también envió un mensaje a los líderes de las SS para que interceptaran a cualquier hombre de las SA que estuviera en camino a la reunión de dirigentes, tanto en la estación de ferrocarril de Múnich como en las carreteras que conducían a Bad Wiessee.

Mientras tanto, Goebbels telefoneó un mensaje en codificado de una sola palabra a Göring en Berlín: «Kolibri». Era la señal para iniciar la operación en la capital, y Göring no perdió tiempo. Envió escuadrones de choque con la lista de «conspiradores» que debían ser arrestados. Estaban en camino cuando apareció Papen en la oficina de Göring. Se

alarmó al encontrarlo rodeado de guardias armados de las SS. Una vez dentro, se enteró de que Hitler había delegado en Göring la autoridad legal para ocuparse de la situación en Berlín. Papen protestó diciendo que, por ley, él debería estar a cargo, e insistió en que el presidente Hindenburg declarara el estado de emergencia y movilizara al ejército. Göring se negó rotundamente. Las SS y la policía tenían las cosas bien controladas, dijo con suavidad, y le «aconsejó» que regresara a su casa y se quedara allí. No era seguro permanecer en la capital ese día.[32] Los asesinatos comenzaron de inmediato. El general Schleicher y su esposa fueron asesinados a balazos en su casa; el general Ferdinand von Bredow, amigo y ayudante de Schleicher, recibió un disparo en la puerta de su hogar; Edgar Jung, que estaba en manos de las SS, fue ejecutado en la temida prisión de la Gestapo, en el n.º 8 de la Prinz-Albrecht-Strasse. Tres miembros del círculo íntimo conservador de Papen también fueron arrestados y fusilados. Gregor Strasser fue llevado a la prisión de Prinz-Albrecht-Strasse, donde recibió un disparo en su celda. Erich Klausener, presidente de Acción Católica, la organización católica más grande que todavía seguía operando en el país, fue ejecutado. Varios hombres de las SA y funcionarios del gobierno conservador fueron asesinados a disparos. La matanza continuó durante el día y la noche. Papen se salvó y fue retenido en arresto domiciliario, con la línea telefónica cortada y su casa rodeada. Se decidió que sería demasiado embarazoso para el régimen ejecutar al vicecanciller sin un juicio. Y, además, ¿cómo reaccionaría Hindenburg? Algunas de las víctimas seleccionadas fueron puestas bajo «custodia protectora», pero a la mayoría las mataron a sangre fría sin arrestos, sin acusaciones formales y sin juicio. El número de bajas siguió aumentando a lo largo de la noche y del día siguiente.

En Múnich, las ejecuciones comenzaron tan pronto como Hitler regresó de Bad Wiessee a media mañana. Ordenó que Heines y los otros líderes de las SA de Bad Wiessee fueran fusilados por traición, pero se encontró con un problema inesperado. Al enterarse de que los líderes de las SA estaban detenidos en Stadelheim y habían sido condenados a muerte, Hans Frank, el ministro de Justicia nazi de Baviera, protestó. ¿Con qué derecho iban a ser ejecutados? Los prisioneros, argumentó, debían ser entregados inmediatamente a la Policía Estatal bávara, y bajo ninguna circunstancia se llevarían a cabo ejecuciones. Había que cumplir los procedimientos legales formales, insistió. Cuando estas quejas le fueron comunicadas a Hitler por teléfono, llamó a Frank y le dijo que él mismo había dado la orden. «Estos caballeros son criminales que atenían contra el Reich. Soy el canciller del Reich. Es una cuestión del Reich que de ningún modo está bajo su jurisdicción.» Una escena igual de reveladora se desarrolló en la Casa Marrón cuando el gobernador nazi de Baviera, Franz Ritter von Epp, exigió un consejo de guerra para Röhm. Se sorprendió cuando Hitler explotó gritando que Röhm era un traidor confirmado y merecía ser fusilado. Epp se quedó mudo. Cuando salió de la habitación, solo pudo murmurar una palabra: «loco».[33]

Al mediodía, Hitler se dirigió a los líderes de las SA de alto rango en la Sala del Senado de la Casa Marrón. Fue una reunión tensa. Hitler se encontraba en tal estado de furia titánica que un observador afirmó que, literalmente, echaba espuma por la boca. Röhm lo había traicionado, rugía furioso. Había cometido la «peor traición en la historia del mundo». Había aceptado doce millones de marcos de los franceses para que Hitler fuera arrestado y liquidado (una afirmación falsa) y Alemania quedara a merced de sus enemigos. Röhm y sus cómplices conspiradores serían fusilados. Mien-

tras afirmaba su «alianza inquebrantable con las SA», Hitler señalaba sin rodeos que no mostraría piedad al «exterminar y destruir a individuos indisciplinados y a elementos asociales o enfermos». Decenas de miles de hombres honestos de las SA habían hecho los sacrificios más difíciles por el movimiento, y esperaba que los líderes de cada división de las SA probaran que eran dignos de estos sacrificios. También recordó a los nerviosos líderes de las SA que él había defendido a Röhm durante años frente a los ataques más crueles a su vida privada, pero que los acontecimientos recientes lo habían forzado a «subordinar su sentimiento personal al bienestar del movimiento y del Estado». Sobre todo, «eliminaría y cortaría de raíz cualquier intento de propagar una nueva agitación por parte de círculos ridículos de individuos pretenciosos».[34] Cuando terminó, sus oyentes gritaron con entusiasmo su aprobación.

A pesar de su furia homicida, Hitler vaciló al dictar sentencia contra Röhm. Himmler y Göring lo presionaron para que ejecutara al comandante de las SA que, según ellos, era el líder de la proyectada insurrección. En un primer momento, Hitler pensó en perdonarlo, pero al final decidió a regañadientes que Röhm no podía ser salvado. Sin embargo, le ofreció a su antiguo camarada la oportunidad de morir con el honor de un soldado. El 1 de julio, mientras Röhm esperaba en su sofocante celda de Stadelheim, entraron dos hombres de las SS conducidos por Theodor Eicke, el comandante de Dachau. «Has renunciado a tu vida», dijo Eicke. «El Führer te da una oportunidad más para que saques las conclusiones correctas», señaló. Luego puso una pistola cargada con una sola bala sobre una pequeña mesa y los tres hombres de las SS salieron de la celda. Cuando habían pasado unos quince minutos y aún no se había oído el disparo, Eicke y sus hombres regresaron a la celda.

Encontraron a Röhm de pie, con el torso desnudo y desafiante. «Jefe de Estado Mayor, prepárese», gritó Eicke. Cuando el poderoso jefe de las SA comenzó a hablar, sus verdugos abrieron fuego. Según los informes de posguerra, sus últimas palabras fueron «Mi Führer, mi Führer».[35]

En cuarenta y ocho horas, más de cien personas habían muerto. Algunas estimaciones indican el doble de ese número. Varios murieron por un error de identificación, y muchas víctimas que no tenían ninguna relación con Röhm o Papen fueron asesinadas para saldar antiguas cuentas. Gustav Ritter von Kahr, ex primer ministro de Baviera que había desbaratado los planes de Hitler en el *Putsch* de la Cervecería, fue capturado por las SS, llevado a un pantano cercano y asesinado con hachas. Su cuerpo tremendamente mutilado fue descubierto días después en una zanja fangosa cerca de Dachau. Pero toda la cruel brutalidad de «La Noche de los Cuchillos Largos», como se llamó a aquella purga, tuvo lugar fuera de la vista de la gente. El 30 de junio y el 1 de julio, los ciudadanos de Berlín y Múnich continuaron sus vidas como si nada. La cobertura en la prensa fue mínima, y los informes fueron poco precisos. Cuando la prensa nazi dio a conocer la noticia de la supuesta conspiración de Röhm, sus relatos ensalzaban la heroica actuación de Hitler al aplastar a los traidores de las SA y a sus cómplices conspiradores en Berlín y otros lugares. Muchos alemanes recibieron la purga de los dirigentes de los camisas pardas con alivio. Dadas sus excesivas fanfarronerías y borracheras, su violenta falta de respeto a la ley, su agresiva intimidación y su agitación incesante en favor de una segunda revolución, las SA tenían pocos amigos para el verano de 1934.

Los asesinatos del 30 de junio, que llegaron hasta el 2 de julio, representaron solo el primer acto. El 3 de julio, Hitler apareció ante el gabinete y ofreció un amplio informe sobre los acontecimientos de los días previos. Todavía enfurecido, tronó contra Röhm por su traición y defendió su propia y drástica actuación comparándose con un capitán que se enfrenta a un motín en el mar. En esas circunstancias, la acción inmediata para aplastar el motín era imperativa, y un juicio formal resultaba imposible. Había salvado al gobierno y les había mostrado a los potenciales alborotadores un claro ejemplo del tipo de justicia rápida que recibirían si intentaban algo. Este fue un acto de emergencia y no habría juicios posteriores. Un comunicado oficial que resumía la reunión del gabinete anunció que los ministros habían aprobado de forma unánime una ley que regulaba las medidas de autodefensa del Estado. La ley, cuyo título era casi tan extenso como el texto, consistía en un solo artículo; en realidad, en una sola oración. La Ley para la Defensa del Estado en Emergencia, decía simplemente: «Las medidas tomadas para aplastar los ataques traidores contra la seguridad interna y externa del Estado el 30 de junio y el 1 y 2 de julio de 1934 se consideran justificadas como defensa propia del Estado». El brutal asesinato de hombres indefensos por parte del jefe de Estado alemán fue retroactivamente legalizado. [36]

Pasaron diez días antes de que Hitler hiciera una aparición pública. Al dirigirse a un nervioso Reichstag, doce de cuyos miembros habían sido asesinados, asumió toda la responsabilidad por lo que había ocurrido, incluso por medidas que no había ordenado específicamente. Hizo referencia a una abrumadora evidencia: reuniones, planes, contactos y conversaciones que apuntaban a la conspiración, sin proporcionar, sin embargo, ningún detalle o prueba. Le habría

resultado difícil presentarlos porque no había pruebas contundentes de un *Putsch* y ninguna prueba de que Röhm, Strasser, Schleicher y las docenas de víctimas hubieran conspirado para derrocar el Estado nazi. Jamás apareció prueba alguna. Hitler elogió a las SS por su lealtad y acción decidida, y continuó reafirmando su devoción por las SA, quienes, dijo, «han mantenido su lealtad hacia mí en estos días tan difíciles para ellos como para mí». Las SA se van a recuperar de esta traición de sus líderes y «van a dominar una vez más las calles alemanas, y demostrarán claramente a todos que la vida de la Alemania nacionalsocialista se ha fortalecido aún más por haber superado una crisis tan difícil».[37]

Al mismo tiempo que adoptaba una postura de rectitud moral, confesó audazmente la responsabilidad del baño de sangre que acababa de ocurrir. Informes previos habían establecido el número de muertes en siete; en ese momento, Hitler admitía setenta y siete. «Di la orden de disparar [...] a los mayores responsables de esta traición y también di la orden de quemar los tumores de nuestro envenenamiento doméstico [...] hasta llegar a la carne viva.» Para responder a las críticas, sobre todo a las provenientes del exterior, declaró desafiante que «si alguien me reprocha y pregunta por qué no recurrimos a los tribunales regulares para la sentencia, mi única respuesta es esta: en ese momento, yo era responsable del destino de la nación alemana y, por lo tanto, ¡el juez supremo del pueblo alemán!». Y prometió más de lo mismo: «Todos deben saber para siempre que, si levantan la mano para atacar al Estado, la muerte segura será su destino [...]. Cualquier nación que no encuentre la fuerza para exterminar tales plagas se vuelve culpable».[38] En el verano de 1934, Hitler se convirtió en el fiscal, el juez, el jurado y el verdugo de Alemania, funciones a las que ya no renuncia-

ría. Los juristas alemanes dieron mil vueltas tratando de justificar las acciones de Hitler, pero había un hecho que no podía ser ocultado: la voluntad de Hitler se había convertido en ley. El muy respetado teórico de las leyes Cari Schmitt calificó las acciones de Hitler como la esencia de la justicia, ya que «el auténtico Führer es siempre también juez. De su capacidad de liderazgo deriva su capacidad de juzgar [...]. La acción del Führer fue, en verdad, un genuino ejercicio de justicia. No está sometido a la justicia, sino que él mismo es la justicia suprema».[39]

Mientras la opinión internacional condenaba los asesinatos sancionados por el Estado y calificaba a Hitler como un matón común, un gánster entre gánsteres, en Alemania el sentimiento popular estaba claramente a favor de él. El pueblo en general lo reconoció como un salvador al liberarlos de la peste de la perversidad de las SA. Como registró Viktor Klemperer consternado, no hubo «ninguna simpatía en absoluto por los vencidos, solo deleite». Hubo algunos murmullos tenues de disidencia. La policía informó que, entre los católicos, las noticias sobre la muerte del líder religioso Klausener habían encontrado una «respuesta extremadamente desfavorable»,[40] pero la mayoría estaba tan concentrada en sus dificultades económicas inmediatas que no se esperaba ninguna agitación.

Hindenburg recibió las noticias de la purga con alivio, aunque no creyó que los Schleicher hubieran sido asesinados porque «se resistían al arresto» y ordenó una investigación. Después de una visita apresurada de Hitler a Neudeck, Hindenburg le envió un telegrama el 2 de julio elogiándolo por «su propia acción decidida y su valiente intervención personal. Usted ha salvado al *Volk* alemán de una amenaza seria. Por eso, permítame hacerle llegar mi profunda gratitud y mi sincero agradecimiento». Un telegrama similar fue

enviado a Göring.[41] Los jefes del ejército también estaban encantados con la eliminación de Röhm y optaron por pasar por alto los asesinatos de los generales Schleicher y Bredow. Emitieron un comunicado a las tropas asegurando el apoyo incondicional del ejército al Führer. Los asesinatos aún estaban ocurriendo cuando el 1 de julio Blomberg elogió a Hitler por su «determinación militar y ejemplar coraje» al aplastar la conspiración de «traidores y amotinados».[42] Hitler, para variar, había sido fiel a su palabra: eliminó la amenaza de las SA y solidificó la posición de poder del ejército en el Tercer Reich.

Junto con el ejército, los líderes empresariales también estaban complacidos de que hubiera derrotado a los revolucionarios sociales del partido, pero los grandes ganadores de La Noche de los Cuchillos Largos fueron las SS. El 20 de julio, Hitler dio por terminada su subordinación formal a las SA, una organización mucho más grande, y las independizó: ahora solo responderían ante él. De la noche a la mañana, las SS uniformadas de negro de Himmler salieron de la sombra de las tropas de asalto para convertirse en la fuerza dominante de la dictadura. El equipo formado por Himmler y Heydrich quedaba a cargo de casi todo el poder policial del Estado, y ese poder no haría más que aumentar. En los años siguientes, las SS surgieron como el instrumento todopoderoso de terror y represión del régimen; también se convertirían en la élite ideológica del partido y en un actor clave en la articulación y realización de la ideología nazi.

En cuanto a las SA, su poder se había quebrado. La organización, que antes de 1933 había sido un impulso crucial para la llegada del nazismo al poder y para el establecimiento de la dictadura de Hitler, dejó de ser un factor de poder importante en el Tercer Reich. El 20 % de sus dirigentes fue purgado después del «*Putsch* de Röhm», muchos coman-

dantes de niveles inferiores fueron despedidos y, hacia el final del año, las SA habían perdido el 40 % de sus tropas.[43] De todos modos, las SA siguieron teniendo un lugar muy visible en los eventos ceremoniales nazis —los interminables desfiles, las celebraciones del aniversario del *Putsch* de 1923, el cumpleaños del Führer, las concentraciones del partido en Núremberg— y dondequiera que se necesitara una imponente presencia masiva para exhibir el poderío nazi. También conservaron un papel muy activo en la implacable persecución del régimen contra los judíos, hostigándolos, amenazándolos, intimidándolos y golpeándolos en acciones locales independientes que no requerían autorización de los mandos superiores. Pero, después de junio de 1934, su influencia como instrumento de la política nazi disminuyó más y más.

Mientras el país todavía estaba digiriendo la noticia de la despiadada purga de las SA realizada por Hitler, el estado de salud de Hindenburg continuaba deteriorándose hasta que, finalmente, el 2 de agosto murió en silencio en su propiedad de Prusia Oriental. El día anterior, con el viejo mariscal yaciendo en su lecho de muerte, Hitler presentó una nueva ley que estipulaba que, a la muerte de Hindenburg, los cargos de presidente del Reich y de canciller se fusionarían, una medida que claramente violaba la Ley Habilitante, un tecnicismo que en ese momento no interesó casi a nadie. Al asumir Hitler el cargo de presidente del Reich, también se convertía en comandante en jefe de las fuerzas armadas. Sin consultarlo, el general Blomberg y el general Walter von Reichenau, al igual que Blomberg, un simpatizante nazi, redactaron un juramento de lealtad incondicional no al cargo de presidente ni a la Constitución ni a la nación alemana, sino a la persona de Adolf Hitler. El 2 de agosto, en las ceremonias celebradas en todos los destacamentos militares, los

miembros de las fuerzas armadas juraron fidelidad al Führer: «Hago ante Dios este sagrado juramento de rendir obediencia incondicional al Führer del Reich y del *Volk* alemanes, Adolf Hitler, comandante supremo de las fuerzas armadas, y estaré dispuesto en todo momento a arriesgar mi vida como un valiente soldado por este juramento».[44]

Hindenburg fue sepultado en un funeral de Estado en el imponente Memorial de Tannenberg, en Prusia Oriental, lugar de la mayor victoria en la Gran Guerra del mariscal. Y, con su entierro, la estructura básica del Tercer Reich quedó afirmada y aseguró su posición en el país.

En un período de tiempo sorprendentemente corto, se había desmantelado un Estado democrático disfuncional, se habían aplastado o neutralizado las fuentes de oposición organizada y se había erigido un régimen con aspiraciones totalitarias. Pero los nazis no estaban contentos con monopolizar los instrumentos de poder del Estado. Tenían un objetivo mucho más ambicioso.

10

La comunidad del pueblo

Mientras se desarrollaba la sistemática *Gleichschaltung* de las instituciones políticas de la nación, otro proceso, simultáneo y siniestro, estaba en marcha en la vida cotidiana del Tercer Reich. El objetivo del régimen, abiertamente declarado y llevado adelante con incansable celo, fue nada menos que una transformación completa de la política, la cultura y la sociedad alemanas, coordinando no solo las instituciones gubernamentales, sino también los medios de comunicación, las iglesias, las escuelas, los clubes sociales, las organizaciones juveniles, las ligas deportivas e instituciones culturales de todo tipo. El régimen buscaba movilizar todos los elementos de la sociedad y crear organizaciones nacionalsocialistas para mujeres, niñas, niños, profesores, estudiantes, abogados, médicos, artesanos, trabajadores, cada una con su propio uniforme, bandera, insignias del partido y eslóganes («¡Los barberos también se enfrentan a grandes tareas!»). Nadie en la «comunidad del pueblo» fue pasado por alto y

nadie podía permanecer afuera. Todos eran convocados no solo para que obedecieran, sino también para que creyeran y participaran.

Hitler había ofrecido un avance de su visión para el Tercer Reich en su discurso en el Reichstag del 23 de marzo de 1933. Al presionar para que se aprobara la Ley Habilitante, explicó que, junto con la «purificación política de nuestra vida pública, el gobierno del Reich va a emprender una purga moral completa del cuerpo del pueblo [*Volkskörper*]. Todo el sistema de educación, el teatro, el cine, la literatura, la prensa y la radio se utilizarán como un medio para este fin y se evaluarán en consecuencia. Todos deben trabajar para preservar los valores eternos que residen en el carácter esencial de nuestro pueblo». El arte, en todas sus formas, era de vital importancia en este empeño. El arte «siempre será la expresión y el espejo del anhelo y la realidad de una época. La actitud contemplativa cosmopolita está desapareciendo con rapidez. El heroísmo surge apasionadamente como el futuro modelador y líder de los destinos políticos. La tarea del arte es dar expresión a este espíritu determinante de la época. La sangre y la raza se convertirán una vez más en fuente de la intuición artística».[1]

Muchos encontraron llamativo que, al hacer un discurso para establecer las bases legales del Tercer Reich, eligiera abordar el papel del arte, pero, durante los siguientes seis años de paz, Hitler enfatizó en forma repetida la misión crucial del arte en la construcción de una nueva sociedad nacionalsocialista. De hecho, ningún otro gobierno en los años de entreguerras estuvo tan obsesionado por el arte y la cultura como el régimen nazi. En su «Discurso sobre arte y política», pronunciado en la concentración del partido en Núremberg de 1935, comentó con orgullo que «en algún momento futuro la gente se sorprenderá al descubrir que en el

momento en que el nacionalsocialismo y sus líderes peleaban por terminar una lucha heroica por la existencia —una lucha de vida o muerte— se dieron los primeros impulsos para un renacimiento y resurrección del arte alemán».[2] Para los nazis, el arte era poder y definía la visión nacionalsocialista del futuro; estaban decididos a sacar el máximo provecho de él.

Los nazis estaban convencidos de que el florecimiento cultural vibrante de la época de Weimar era una fuerza que tener en cuenta. Para Hitler y los nazis, todo lo que surgió en la vida cultural alemana después de la revolución de 1918 —arte experimental, *jazz* y música dodecafónica, modernismo literario y arquitectónico, teatro de vanguardia y películas expresionistas, en suma, todos los movimientos que se originaron en el Imperio de la preguerra— era corrupto, degenerado y extranjero. Los nazis lo tildaban de «bolchevismo cultural», una creación de izquierdistas y judíos que había saturado al país con un espíritu fundamentalmente ajeno al pueblo alemán. La erupción de la innovación artística que había convertido a Berlín en un vibrante centro cultural internacional en la posguerra fue responsable tanto del arte degenerado como del colapso de todas las nociones de moralidad y gusto tradicionales. Los nazis encontraban amplia evidencia de la caída de la nación en la decadencia y el deterioro —promiscuidad sexual y perversión desenfrenadas— dondequiera que miraran: en los escenarios, en el cine, en innumerables clubes nocturnos y cabarés, en la prostitución, la homosexualidad y el abierto desprecio por las costumbres tradicionales.

La purificación comenzó de inmediato. En la primavera de 1933, la Ley para la Restauración de la Función Pública condujo al inmediato despido de todos los «no arios» de los teatros, orquestas, museos, escuelas e instituciones de in-

vestigación subvencionados por el Estado. Los judíos, a quienes la ley estaba dirigida, fueron echados de inmediato, pero incluso aquellos artistas y maestros no directamente afectados por la Ley de Función Pública sintieron el frío helado que se avecinaba. Muchas instituciones culturales no esperaron a que el régimen hiciera los cambios y se apresuraron a «coordinarse» y expulsaron de manera voluntaria a cualquiera que los nazis consideraran políticamente indeseable. Se despidió a directores de periódicos y editores de revistas, reporteros, ilustradores, músicos, actores, críticos e incluso bibliotecarios. Ufa, el estudio más grande de la industria cinematográfica alemana, echó a actores, directores, editores de películas, cámaras, guionistas, directores de escena y otros trabajadores judíos o políticamente indeseables. Los innovadores directores de teatro Erwin Piscator y Max Reinhardt, y los cineastas Fritz Lang y Billy Wilder emigraron. Wilder era judío, y Lang, cuyas películas admiraban tanto Hitler como Goebbels, tenía madre judía y tuvo que irse.

Las pinturas de los artistas modernistas Otto Dix, Paul Klee, Max Beckmann, George Grosz, Gerhard Marcks, Oscar Kokoschka, Käthe Kollwitz y docenas de otros desaparecieron de las galerías de forma gradual. Las obras de Erich Maria Remarque, autor de *Sin novedad en el frente*, Alfred Döblin, Lion Feuchtwanger, Arnold Zweig, Franz Werfel, Sigmund Freud, Albert Einstein y muchos otros contaminados con «extraños puntos de vista judíos» desaparecieron de las librerías y de los estantes de las bibliotecas, y los editores las sacaron de inmediato de sus catálogos. Unas cuatro mil obras fueron prohibidas en 1934.[3] La música modernista de los compositores Alban Berg, Paul Hindemith y Arnold Schönberg desapareció de los repertorios de las orquestas alemanas, y los famosos directores de orquesta judíos Bruno

Walter, Otto Klemperer y Erich Kleiber fueron despedidos de sus cargos y huyeron del país. La música de los compositores clásicos judíos Mendelssohn, Mahler, Meyerbeer y Offenbach ya no se tocaba, y a las obras que se asociaran al judaísmo, como los oratorios del Antiguo Testamento de Händel, les cambiaron sus títulos. Los nazis incluso insistieron en que *Don Giovanni, Las bodas de Fígaro* y *Cosí fan tutte*, de Mozart, fueran traducidos al alemán porque el libretista italiano de Mozart era de origen judío.[4]

Se inició entonces un éxodo de actores, autores, músicos y pintores, la mayoría de ellos judíos, que luego cobraría más impulso. La Academia Prusiana de Letras expulsó al novelista Heinrich Mann (un conocido antinazi), y su hermano, el premio Nobel Thomas Mann, la figura literaria más distinguida de Alemania, renunció y emigró, al igual que los dramaturgos Georg Kaiser, Cari Zuckmayer y Bertolt Brecht. Después de la anexión de Austria, en 1938, se les unieron, entre otros, los novelistas judíos Hermann Broch, Joseph Roth y Arnold Zweig.

La mayoría de los artistas y escritores, sin embargo, decidieron quedarse. Se adaptaron y continuaron sus carreras. Los novelistas populares Hans Fallada y Erich Kästner siguieron escribiendo, pero produjeron obras inocuas y políticamente inofensivas. Ernst Barlach siguió esculpiendo, pero se le prohibió exhibir su obra. Algunos que se quedaron tenían prohibido escribir o pintar. Otros florecieron. El anciano premio Nobel Gerhart Hauptmann, los músicos Wilhelm Furtwängler y Richard Strauss, los populares actores Emil Jannings, Werner Krauß, y la actriz y cineasta Leni Riefenstahl, por nombrar solo algunos, se adaptaron con facilidad al nuevo régimen. Incluso las principales luminarias del movimiento de danza moderna, como Rudolf von Laban, se acomodaron a los nuevos gobernantes. «La danza», como

expresó Fritz Böhme, el crítico de danza más influyente de Alemania, «es una cuestión racial. No hay forma de danza internacional, transracial».[5]

Inspirados por los nazis,[6] algunos directores de galerías comenzaron a organizar exhibiciones especiales de «arte degenerado» bajo títulos como *Cámara de horrores del arte* e *Imágenes del bolchevismo cultural* o *El espíritu de noviembre: el arte al servicio de la decadencia.* A mediados de la década de 1930 se montaron exposiciones de este tipo en dieciséis ciudades diferentes.[7] En 1936, Goebbels recibió el respaldo de Hitler para confiscar obras de arte prohibido de los museos y galerías alemanes con la intención de exhibirlos en la exposición *Arte degenerado alemán desde 1910.* Envió a un pequeño equipo, encabezado por el artista Adolf Ziegler, un favorito nazi, para recorrer los museos en busca de obras de arte representativas del período de Weimar. Para el otoño de 1937 se habían incautado más de cinco mil pinturas, dibujos, grabados y esculturas. Las confiscaciones continuarían hasta 1939, cuando el equipo ya se había apoderado de diecisiete mil piezas de arte prohibido.[8]

Goebbels podía contar con el absoluto odio de Hitler hacia el expresionismo, el cubismo, el dadaísmo y, de hecho, cualquier cosa que oliera a modernismo. «El artista Hitler», como se lo describía con frecuencia en la prensa nazi, prefería el realismo del siglo XIX, en particular los paisajes pastoriles, las escenas bucólicas de la vida campesina, las madres lactantes, las robustas mujeres campesinas con pechos desnudos y los hombres con mandíbulas cuadradas. Estas pinturas eran estéticamente banales, con tendencia al *kitsch*, pero ese no era el patrón con el que los nazis los juzgaban. Eran poderosas expresiones ideológicas del *ethos* nacionalsocialista de «sangre y suelo» que borraban de modo sutil la línea entre lo abiertamente político y lo artístico. Mientras

que en pintura Hitler favorecía lo cotidiano, en escultura y en arquitectura su gusto tendía a lo monumental, y prefería a Amo Breker y Josef Thorak, quienes esculpían superhombres colosales que custodiaban las estructuras gigantescas creadas por los arquitectos favoritos de Hitler, Paul Ludwig Troost y Albert Speer.[9] Huelga decir que la Bauhaus, el centro de la arquitectura y el diseño modernistas, se cerró en 1933 por presión del régimen.

El clímax de la campaña contra el «bolchevismo cultural» llegó en la forma de una gran exposición llamada *Entartete Kunst* («Arte degenerado») que se inauguró en Múnich en julio de 1937. Seiscientas cincuenta pinturas y esculturas, prohibidas desde 1933, fueron sacadas de los depósitos de los museos alemanes y reunidas para la muestra. Estaban allí Klee, Kandinsky, Mondrian, Chagall, Cézanne, Van Gogh y los alemanes sospechosos de siempre. La exposición se montó en la galería Hofgarten, a poca distancia de la monumental Casa de Arte Alemán, donde el día anterior se había inaugurado una exposición mucho más grande de «gran arte alemán» aprobado por el Estado. La motivación detrás de la muestra de «arte degenerado», como dejaba en claro la guía de la exposición, era «mostrar las raíces comunes de la anarquía cultural y la anarquía política, y revelar la perversión del arte como bolchevismo cultural». El público fue invitado a ver por sí mismo «lo que los museos de toda Alemania habían comprado con el dinero ganado por los contribuyentes y exhibido como arte».[10]

La prensa nazi estaba en llamas con las escabrosas descripciones de las perversiones que el público podía ver: soldados destrozados en el frente, proxenetas, prostitutas, drogadictos, niños hambrientos, capitalista grotescamente gordos con un cigarro en la boca, etc. La exposición estaba dividida en nueve secciones, entre ellas, «Burla desvergonza-

da de toda sensibilidad religiosa», «El trasfondo político del arte degenerado», «Burdeles, putas, proxenetas» e «Idiotas, cretinos y deformes» (un tema subyacente de la exposición era el supuesto vínculo entre el trastorno mental y las distorsiones del arte expuesto). El título de una sección era simplemente «Judíos» y mostraba el trabajo de artistas judíos (solo había cinco en la exposición) y la distancia entre su obra y lo alemán. Las pinturas estaban amontonadas, colgadas en ángulos extraños con poca luz, y se tambaleaban como una retícula retorcida desde el suelo hasta el techo, como si, irónicamente, los artistas expresionistas hubieran planeado la exhibición. En las paredes había leyendas garabateadas en letras negras de imprenta que ridiculizaban a los artistas presentados y sus obras. Era, en lenguaje nazi, un espectáculo de rarezas humanas, un circo de horrores.[11]

Como era de esperar, la exposición generó críticas salvajes en la prensa dominada por los nazis, pero también largas colas, ya que atrajo a más de dos millones de visitantes en Múnich antes de ser trasladada para ser vista en otras ciudades en noviembre. *The New York Times* informó que la muestra había atraído tres veces más visitantes que la exposición de arte alemán aprobada oficialmente, que se encontraba a poca distancia. «Muchos eran turistas extranjeros, en especial estadounidenses e ingleses, pero también muchos estudiantes de arte alemanes para quienes el espectáculo fue tal vez su última oportunidad de ver arte moderno.»[12] La asistencia no se vio afectada por el hecho de que la entrada al museo fuera gratuita, y «el *Volk* común», gente que probablemente nunca se había aventurado a entrar en una galería de arte y no estaba al tanto de las últimas tendencias artísticas, era claramente visible.

En el otoño, la exposición inició una gira por doce ciudades alemanas que se extendió hasta 1939, siempre acompa-

ñada por los comentarios fulminantes de los críticos nazis locales y los visitantes comunes. «Los artistas deberían estar atados junto a sus cuadros para que todo alemán pudiera escupirlos a la cara», gruñó airadamente un visitante de la exposición en Múnich, «pero no solo los artistas, también los directores de los museos que, en un momento de desempleo masivo, derramaron vastas sumas en las mandíbulas abiertas de los perpetradores de estas atrocidades».[13] Tras inspeccionar las obras confiscadas, Goebbels estaba lleno de desprecio. Era «el tipo de basura que después de una inspección de tres horas hace que uno quiera vomitar». Estaba orgulloso de haber «limpiado los museos». Había prestado un servicio al Reich.[14]

Y, sin embargo, al igual que en Múnich, la muestra atrajo a una multitud sin precedentes en Münster, Dusseldorf, Frankfurt, Colonia, Kiel, Bonn y Essen, y miles acudían en manadas a las galerías para ver las pinturas prohibidas. La exposición fue la más visitada en la historia alemana. En todas partes las críticas eran feroces: las obras expuestas eran los frutos podridos de la República de Noviembre —pacifistas, sexualmente degeneradas, judías y bolcheviques—, pero, como informó un periódico, «la prisa por ver la exposición [en Berlín] es extraordinaria. Uno tiene que encontrar un camino alternativo por escaleras traseras y a través de un patio para evitar la aglomeración de las masas que, al salir, chocan con los que están llegando». Es imposible saber si los visitantes iban atraídos por la curiosidad o por el deseo de echar una última mirada al arte moderno que estaba condenado a la extinción.[15] Cuando la exposición itinerante finalmente se cerró, a principios de 1939, la revista *Time* calculó que al menos tres millones de alemanes la habían visto. Goebbels lo consideró un gran éxito. Cuando terminó la gira nacional, muchas de las obras casi imposibles de valorar

pasaron a formar parte de las colecciones privadas de prominentes nazis; más de novecientas fueron vendidas al extranjero —y las ganancias fueron a parar al gobierno del Reich—, y más de cuatro mil fueron quemadas en el patio de un cuartel de bomberos de Berlín.[16]

Al rotundo éxito de la exposición, inevitablemente le siguió una muestra de música degenerada. Iniciada en Düsseldorf, el programa presentó y vilipendió la música dodecafónica. Los nazis también estaban horrorizados por las importaciones estadounidenses, como el *blues*, el *jazz* y el *swing*, que eran especialmente populares entre los alemanes más jóvenes, y los condenaron como «música negra». Como señaló una publicación de las SA, «nosotros, la generación alemana más joven [...], somos conscientes del hecho de que el legado de un gran pasado en el campo de la música nos impone una obligación especial. Nosotros, el pueblo de Beethoven, de Bach, de Mozart, de Haydn y de Händel, no podemos ni debemos permitir que una de las más nobles flores de la vida cultural caiga cada vez más, víctima de la degeneración y la degradación final, para satisfacer las demandas de los clubes nocturnos de las grandes ciudades y de los burdeles internacionales».[17]

Al hablar ante representantes del teatro alemán en mayo de 1933, Goebbels había expuesto la visión nazi del papel de la cultura en el Tercer Reich. La revolución nacionalsocialista, proclamó, estaba introduciendo un nuevo espíritu en la vida alemana, y era tarea de la comunidad artística infundir en la sociedad este nuevo espíritu. «El individualismo será conquistado y, en lugar del individuo y su deificación, surgirá el *Volk*. El *Volk* se encuentra en el centro de todas las cosas. La revolución está conquistando al *Volk* y a la vida pública, imprimiendo su sello en la cultura, la economía, la política y la vida privada. Sería ingenuo creer que el arte

podría quedar exento de esto.» El arte ya no podía «pretender ser apolítico o imparcial. No puede pretender tener objetivos más elevados que la política». En épocas anteriores, cuando la política no era «más que la batalla de los partidos parlamentarios gritándose unos a otros», los artistas «podían reclamar el derecho a ignorar la política, pero no en este momento histórico». El objetivo del régimen, y con él, el de los artistas de Alemania, debe ser nada más y nada menos que «conquistar el alma de la nación».[18]

Al tiempo que la cultura establecía el tono y el contenido simbólico del régimen, el sistema educativo era un objetivo fundamental en la transformación de la sensibilidad alemana. El control y la coordinación (*Gleichschaltung*) de la universidad avanzaban rápidamente y con muy poca oposición. En una mezcla tóxica de celo ideológico, mezquindades y ambiciones personales, los colegas se traicionaban unos a otros denunciando tanto comportamientos de ese momento como acciones del pasado prenazi. Había pocos nazis genuinos entre los profesores antes de 1933, pero los nazis podían contar con una gran simpatía por su vigoroso nacionalismo, su rechazo a Versalles y su desprecio por los partidos que habían firmado el odiado documento. Como resultado, los nazis encontraron muchos simpatizantes entre los académicos. La oposición al régimen entre el cuerpo de profesores era casi inexistente y, cuando se expresaba alguna disidencia, invariablemente se centraba en políticas específicas que afectaban de modo directo al estatus o a las prácticas profesionales, pero no cuestionaban la naturaleza del régimen o los valores centrales del nazismo.[19]

Por mucho que el régimen pudiera contar con la simpatía de los conservadores académicos, también buscó ser aceptado por medio de formas más draconianas. Nadie podía asumir un cargo académico sin asistir primero a un curso de

seis semanas conducido por la Asociación de Profesores Nacionalsocialistas, que incluía no solo adoctrinamiento político, sino también entrenamiento militar y físico. Todas las escuelas en Alemania eran instituciones públicas y, por lo tanto, todos los profesores y el personal estaban sujetos al «párrafo ario» de la Ley de Función Pública del 7 de abril de 1933, que expulsaba a los indeseables sociales o raciales de los puestos docentes en las escuelas primarias y secundarias, y en las universidades. A pesar del dolor personal y la desesperación que acompañaron a las expulsiones, casi no provocaron resistencia. Los judíos, que constituían apenas poco más del 1 % de la población, constituían el 12 % de todos los profesores y una cuarta parte de los premios Nobel de Alemania, la mayoría en Física y Matemáticas. Luminarias como Albert Einstein, Max Born, Fritz Haber, James Franck y Hans Krebs, todos los cuales ya eran o se convertirían en ganadores del Premio Nobel, fueron expulsados de sus puestos sin contemplaciones o dimitieron bajo presión. En total, alrededor del 15 % de todos los profesores universitarios fueron despedidos; en 1934, cerca de mil seiscientos de los cinco mil profesores universitarios habían sido expulsados, casi un tercio de los cuales eran judíos o estaban casados con judíos. El número de despidos en las áreas de Física y Química fue particularmente alto e incluyó a once premios Nobel.[20] Cuando Bernhard Rust, el ministro de Educación nazi, le preguntó al director del prestigioso Instituto de Física Cuántica de Gotinga si su instituto había sufrido de alguna manera como consecuencia del despido de los judíos, este respondió: «¿Sufrido? No, no ha sufrido, *Herr* ministro, simplemente ya no existe».[21]

Si bien el cuerpo de profesores había sido tibio con los nazis antes de que Hitler asumiera el poder, los estudiantes universitarios se contaban entre los más fervientes defenso-

res del NSDAP Los problemas económicos de la década de 1920 habían creado un gran proletariado académico, situación que la Depresión no hizo más que empeorar. Cada año, veinticinco mil estudiantes se graduaban en las universidades, la mayoría con pocas esperanzas de empleo, en parte como resultado de los recortes en la función pública de los programas de austeridad de Brüning y Papen. Aquellos que esperaban un puesto en la enseñanza descubrieron que uno de cada tres académicos estaba desempleado, e incluso los recién graduados en Medicina y Derecho tenían problemas para encontrar puestos de trabajo.[22] Se había instalado un sentimiento de pesadumbre entre el alumnado de las universidades del que los nazis claramente se beneficiaron. Ya en 1931, el 60 % de los estudiantes universitarios apoyaba a la Asociación de Estudiantes Nacionalsocialistas en las elecciones nacionales de estudiantes. Se realizaban demostraciones antisemitas de inspiración nazi en las universidades de todo el Reich en las que los estudiantes exigían un cupo limitado para los judíos en el cuerpo estudiantil. Los estudiantes también encontraron atractivo el nacionalismo rabioso de los nazis, así como el ataque implacable del partido contra «el sistema de Weimar».[23]

El 12 de abril de 1933, la Oficina de Prensa y Propaganda de la Asociación de Estudiantes Nacionalsocialistas anunció una «Acción contra el espíritu no alemán» de ámbito nacional que culminaría en una purga literaria, una «purificación» por el fuego. Los estudiantes presentaron su acción como respuesta a una «campaña de desprestigio» judía en todo el mundo contra Alemania y como «una afirmación de los valores alemanes tradicionales». Publicaron una lista negra de autores «no alemanes», que incluía a Freud, Kästner, Remarque, Heine, Heinrich Mann, Ernest Hemingway, John Steinbeck, Emil Ludwig y a muchos otros. Las filiales loca-

les bombardeaban la prensa con comunicados, patrocinaban a figuras nazis famosas para que hablaran en reuniones públicas y usaban también las radios.

La Asociación de Estudiantes Nacionalsocialistas también redactó *Doce tesis contra el espíritu no alemán*, un manifiesto que evocaba deliberadamente el rebelde *Las 95 tesis*, de 1517, de Martín Lutero y su quema de la Bula papal que hicieron que los excomulgaran a él y a sus seguidores. Trescientos años después, en 1817, los estudiantes alemanes, amargados por la negativa de Prusia a liderar un movimiento para la unificación nacional, recrearon el acto desafiante de Lutero al incendiar, entre otras cosas, los manuales militares prusianos y otros símbolos del autoritarismo prusiano. Para los estudiantes, la tradición de la quema de libros no se asociaba con impulsos reaccionarios, sino con un desafío a la autoridad y con fuertes sentimientos nacionalistas. Publicitaron con carteles las *Doce tesis*, que atacaban al «intelectualismo judío», afirmaban la necesidad de «purificar» el lenguaje y la literatura alemanes y exigían que las universidades fueran centros del nacionalismo alemán. «El adversario más peligroso de Alemania es el judío», decía el documento. «Si un judío escribe en alemán, está mintiendo. El alemán que escribe en alemán pero piensa de una manera no alemana es un traidor. Queremos eliminar la mentira; queremos señalar la traición [...]. Exigimos al estudiante alemán la voluntad y la capacidad de superar el intelectualismo judío y todas las manifestaciones liberales de decadencia asociadas con él. Los estudiantes y los profesores deben ser seleccionados sobre la base de su pensamiento dentro del espíritu alemán.»[24] Esta campaña de un mes culminó en una oleada coordinada de quema de libros en Múnich, Dresde, Breslau, Frankfurt, Kiel y otras ciudades, pero la espectacular demostración con antorchas en la Plaza de la

Ópera de Berlín atrajo la mayor atención, tanto en Alemania como en el extranjero. Durante semanas, los estudiantes habían estado sacando libros «no alemanes» de bibliotecas y universidades para almacenarlos en sus oficinas centrales en la Oranienburgstrasse. Después de escuchar un entusiasta discurso de Alfred Bäumler, el nuevo profesor nazi de Pedagogía Política, cientos de estudiantes, muchos de ellos con uniformes de las SA, y otros con sus gorras verdes y moradas de las fraternidades, se reunieron en la Oranienburgstrasse y metieron cientos de libros en camionetas y automóviles particulares.

Apenas pasadas las 11, los estudiantes comenzaron a marchar hacia el barrio del gobierno y fueron recogiendo más compañeros en el camino. Llevaban antorchas y cantaban canciones nacionalistas mientras recorrían las calles mojadas por la lluvia hacia la Opernplatz, donde los automóviles y camionetas llenos de libros «no alemanes» estaban estacionados en los bordes de la amplia plaza. Mientras una banda de las SA tocaba marchas y vibrantes canciones nazis, los estudiantes formaron una cadena humana y fueron pasándose los libros de mano en mano desde los automóviles y camionetas hasta una pira de tablones de madera colocada en el centro de la plaza. Allí, un fuego poco entusiasta luchaba contra una llovizna intermitente, y los estudiantes arrojaban brazadas de libros desacreditados a las llamas. Hablando uno tras otro, nueve estudiantes leían solemnemente sus discursos para el evento: «¡Contra la guerra de clases y el materialismo! ¡Por la comunidad de la gente y el estilo de vida idealista! Entrego a las llamas los escritos de Marx y Kautsky. ¡Contra la decadencia y la decadencia moral! ¡Por la disciplina y virtud de la familia y el Estado! Entrego a las llamas los escritos de Heinrich Mann, Ernst Glaeser y Erich Kästner». Y así continuaron mientras

las obras de Toller, Tucholsky, Ossietzky, Preuss, Rathenau y muchos otros desaparecían en la hoguera.[25]

En el momento álgido del evento, y con las cámaras filmando, Goebbels se dirigió a la multitud e instó a los estudiantes a seguir. «La era de un intelectualismo judío exagerado llega ahora a su fin», proclamó ante un micrófono de radio. «El avance de la revolución alemana ha despejado el camino para el verdadero espíritu alemán.» Los estudiantes tenían un papel que desempeñar: «Cuando ustedes, estudiantes, reclaman el derecho de arrojar a las llamas la fruta podrida [...], entonces también deben ver como su deber reemplazar esta basura con genuinos valores alemanes». El efecto no fue exactamente la conflagración dramática que los organizadores estudiantiles querían: había estado lloviendo a lo largo de toda la tarde y al anochecer, y durante un período considerable de tiempo, el gran montón de libros simplemente ardía en el aire húmedo, pero la quema de libros de mayo causó conmoción en todo el mundo. En Alemania, un país famoso por sus conocimientos, su educación y sus libros, se había llegado a esto.[26]

A mediados de la década de 1930, había un aire de estancamiento y depresión en el mundo académico que afectaba tanto a profesores como a estudiantes. En 1932, la matrícula universitaria era de cerca de ciento dieciocho mil personas, de las cuales aproximadamente el 20 % eran mujeres. En 1938 se redujo a cincuenta y una mil, y solo seis mil trescientas eran mujeres. Aunque la matrícula en las escuelas secundarias técnicas aumentó en 1939, el régimen se había privado de una gran cantidad de talentosos científicos e ingenieros. Este hecho tendría implicaciones fundamentales para el esfuerzo de guerra y era típico de una veta autodestructiva de la ideología nazi que infectaba al partido y al régimen que controlaba. Los niveles de exigencia se desplo-

maron y, para 1939, había cada vez más quejas acerca de la baja capacidad de los estudiantes universitarios, quienes a su vez se quejaban de que su trabajo se resentía por falta de tiempo para estudiar. Después de 1935, muchos fueron enviados al ejército y sus oficiales se quejaban por su bajo nivel educativo.[27]

Especialmente debilitante para profesores y estudiantes fue la plaga de denuncias políticas que asoló las escuelas alemanas. Ya en febrero de 1933, una delegación de profesores universitarios se sintió en la obligación de presentar una queja formal ante el vicecanciller Papen, en la que advertían que «las denuncias, la falta de disciplina y el conformismo servil» a las corrientes políticas representaban «un peligro no solo para las escuelas, sino también para la nación como un todo».[28] Papen escuchó, pero fue poco lo que pudo hacer, y la situación no mejoró. Las denuncias llegaron a ser tan numerosas que, en 1936, el ministro de Educación, Bernhard Rust, se sintió impulsado a advertir a los estudiantes que relajaran su vigilancia y que no sometieran a sus profesores a pruebas de fiabilidad política.[29] En su mayor parte, los registros entre estudiantes y profesores eran de comprensión y apoyo. Desde luego, había protestas ocasionales, pero las quejas tendían a ser menores y no estaban dirigidas contra la naturaleza del régimen nacionalsocialista.

La infiltración nazi en la sociedad no se limitaba a las élites culturales y educativas del país. Los nazis buscaron movilizar a los alemanes de todas las edades y todas las clases sociales organizando retiros, excursiones y sesiones de capacitación en diversos campos y ocupaciones, pero los jóvenes fueron el principal objetivo del adoctrinamiento. Las JH habían sido creadas a principios de la década de 1920 y eran

consideradas una formación que dependía de las SA. Durante el ascenso del partido al poder, era una organización pequeña pero activa con pocos fondos y escasos seguidores. En 1932, en el apogeo de la popularidad nazi, contaba con solo treinta y cinco mil miembros y tenía poca influencia en la dirección del partido. Eso cambió en 1933, cuando su número de integrantes comenzó a crecer hasta llegar a más de cinco millones para finales de 1934.[30]

«Mi programa para educar a los jóvenes es duro», declaró Hitler en 1933. «La debilidad debe ser superada. Quiero una juventud ante la cual el mundo tiemble [...], una juventud brutal, dominante, intrépida y cruel [...]. El libre y espléndido depredador debe brillar una vez más en sus ojos [...]. Así es como voy a erradicar miles de años de domesticación humana [...], así es como voy a crear el Nuevo Orden.»[31] Los varones jóvenes iban del Jóvenes Volk (JV) (entre los 10 y los 14 años), a las JH (entre los 14 y los 18 años), donde recibían entrenamiento con armas, orientación con mapa y brújula, y técnicas para acampar con un marcado estilo militar. Militarismo, nacionalismo, racismo y culto al *Führer*, junto con las virtudes marciales del deber, la obediencia, el honor, el coraje, la fortaleza física y la fiereza de ánimo, eran las virtudes que deseaban inculcar a los jóvenes. «Juro dedicar todas mis energías y mi fuerza al salvador de nuestro país, Adolf Hitler», rezaba la promesa de los niños de 10 años que ingresaban en la Jungvolk. «Estoy dispuesto y listo para entregar mi vida por él, lo juro por Dios [...]. Nacimos para morir por Alemania.»[32]

Al dirigirse al Reichstag en noviembre de 1938, Hitler describió con orgullo la trayectoria del adoctrinamiento nazi:

> Esta juventud no aprende otra cosa que a pensar en alemán, a actuar en alemán, y cuando esos mucha-

> chos, a los 10 años de edad ingresan en nuestra organización y allí por primera vez comienzan a respirar aire fresco, cuatro años después pasan de la JV al JH, y allí los tenemos durante otros cuatro años, y luego no los devolvemos a las manos de nuestros antiguos creadores de clases y estamentos, sino que los llevamos inmediatamente al partido, al Frente del Trabajo, a las SA o las SS [...] y otras organizaciones. Y, si han estado allí durante dos años o un año y medio y todavía no se han convertido en nacionalsocialistas absolutos, los ponemos en el servicio de trabajo y durante seis o siete meses reciben una recia instrucción militar con un solo símbolo, la pala alemana. Y así, cualquier conciencia de clase y orgullo por su posición social que aún conserven después de seis o siete meses será eliminada con su posterior tratamiento en el ejército durante dos años, y cuando regresan después de dos, tres o cuatro años, los llevamos inmediatamente de vuelta a las SA, SS, etc., para así evitar una recaída, y ya no serán libres durante el resto de sus vidas.[33]

Hasta 1936 no era obligatorio pertenecer a las JH, pero era una buena idea ingresar allí. Vestidos con sus camisas marrones, pantalones cortos negros y calcetines blancos hasta la rodilla, organizaban campamentos y caminatas por las montañas, y cantaban canciones populares alrededor de la fogata abrazando muchas de las tradiciones del movimiento juvenil alemán de principios del siglo XX. Esta movilización de niños en edad escolar produjo una serie de consecuencias indeseadas. La disciplina escolar se deterioraba cuando miembros de las JH uniformados intimidaban a otros estudiantes y desobedecían a sus maestros. Los maestros —y los padres— indicaban que mantener el orden les resultaba cada vez más difícil, y que el rendimiento académico disminuía a medida que las actividades de las JH y del Frente del Trabajo interferían con el tiempo de estudio.[34]

Las JH también inculcaban una nueva serie de valores, y los jóvenes alemanes tomaban cada vez más a los líderes de las JH como modelos que seguir en lugar de al maestro, la Iglesia o los padres. «Somos la feliz Juventud Hitleriana», decía una típica canción de 1935. «No necesitamos virtudes cristianas, pues nuestro Führer, Adolf Hitler, es siempre nuestro guía [...]. No seguimos a Cristo sino a Horst Wessel [...]. Puedo prescindir de la iglesia, la esvástica es la redención en la tierra.» Otra canción decía: «el Papa y el rabino desaparecerán, queremos volver a ser paganos [...]. Fuera los judíos y fuera el papa del hogar alemán». Dado este poderoso mensaje de propaganda, no es de extrañar que los jóvenes alemanes fueran alentados a informar sobre cualquier maestro, padre o clérigo que mostrara actitudes «antisociales». Para 1935, el partido había logrado insertarse en las familias y abrir una grieta entre padres e hijos, maestros y alumnos, sacerdotes y jóvenes feligreses.[35] «Las demandas totalitarias de las Juventudes Hitlerianas, el sentimiento de autoridad y confianza en sí mismo, el espíritu rebelde y el fanatismo de estos jóvenes han contribuido tanto a este problema que este está adquiriendo una intensidad insoportable», decía un informe de los ya clandestinos socialdemócratas. Los nazis trataban de transmitir tranquilidad a los padres, pero «todos estos consuelos no cambian el hecho de que la influencia de los padres sobre los jóvenes continúa disminuyendo, y que las relaciones dentro de las familias se vuelven cada vez más tensas y hostiles [...]. Los niños denuncian a sus padres, con lo cual estos pierden puestos de trabajo y se ven amenazados con la pérdida de los derechos parentales y la libertad personal».[36] Probablemente era exagerado decir que «los que tienen hijos comenzaron a envidiar a los que no tenían»,[37] pero no dejaba de haber algo de cierto en esas palabras.

Las niñas también eran movilizadas e ingresaban en las Jungmädel («niñas jóvenes», entre los 10 y los 14 años), luego en la BdM (entre los 14 y los 18 años),[38] donde recibían entrenamiento en aptitud física, primeros auxilios y actividades domésticas. A los 18 años también comenzaban seis meses de servicio en el Frente del Trabajo y la mayoría eran enviadas a trabajar en granjas. El objetivo era preparar a las mujeres jóvenes para su papel principal en la *Volksgemeinschaft*: convertirse en esposas, amas de casa y madres saludables. A pesar de la mojigatería oficial del partido, su insistencia en que las mujeres jóvenes usaran vestimenta modesta y tuvieran un comportamiento decoroso, y su énfasis igual de constante en el cuerpo y la procreación, tendían a sexualizar el mensaje. Dada la implacable preparación del régimen de mujeres jóvenes para la procreación racial y las muchas actividades que realizaban sin que las acompañara nadie de la organización, la BdM pronto adquirió una reputación de cierta liberalidad. En 1935 se rumoreaba que se había cerrado un campamento del Frente del Trabajo para niñas en Breslau porque muchas de las mujeres jóvenes habían quedado embarazadas.[39] Esa reputación, merecida o no, pareció sellada cuando en 1936 alrededor de cien mil miembros de la JH y la BdM asistieron a la concentración anual del partido en Núremberg y novecientas chicas de entre 15 y 18 años regresaron a casa embarazadas. Tales historias dieron lugar a numerosas bromas: al *Bund deutscher Mädel* se lo empezó a conocer como el «Bald deutscher Mütter» («pronto madres alemanas») o «Bund deutscher Matrozen» («liga de colchones alemanes») o «Baldur, drück mich» («Baldur, apriétame»).[40]

Los nazis también buscaron movilizar a las mujeres adultas. Ya en los últimos años de la República de Weimar los nazis hicieron un esfuerzo sostenido para ganarse a las mu-

jeres que, previamente, se habían mostrado reacias a relacionarse con el partido. El programa nazi era esencialmente una promesa de devolverlas a la familia y el hogar, y liberarlas de la doble carga de los deberes domésticos y el empleo. Es decir, permitirles realizar el deseo más preciado de todas las mujeres: casarse y formar una familia. Los nazis, con su sabido machismo fanfarrón, violencia, misoginia y paganismo, no permitían que las mujeres participaran en política, se oponían a compartir con ellas los lugares de trabajo y en general tenían posiciones retrógradas en todos los asuntos de género. La «liberación» de la mujer de la era de Weimar, sostenían, había sido una estafa en la que las mujeres eran libres de trabajar muchas horas por un sueldo inferior al de los hombres y se les negaba la oportunidad de cumplir su destino biológico y social: convertirse en esposas y madres. «La "liberación de las mujeres" es simplemente una frase inventada por el intelecto judío», afirmó Hitler en 1934. En el Tercer Reich, las mujeres no necesitaban emanciparse. El nacionalsocialismo había «liberado a las mujeres de la liberación» restaurando el respeto por la maternidad, y honrando a las mujeres y a la familia alemana. El régimen ofrecía la igualdad de sexo, sostenía Hitler, cada uno en su propia esfera. «El mundo del hombre es el Estado.» Su «mundo es su lucha, su disposición a dedicarse a la comunidad [...]. Uno podría tal vez decir que el mundo de una mujer es más pequeño, pues su mundo es su marido, su familia, sus hijos y su hogar [...]. La Providencia asignó a la mujer el cuidado de todo ello, su propio mundo, y es solo sobre esta base que el mundo del hombre puede formarse y crecer».[41]

Para dar un peso simbólico a su celebración de la maternidad alemana, los nazis convirtieron el Día de la Madre, que se había celebrado por primera vez en Alemania en 1923, en día festivo nacional.[42] Sin embargo, cambiaron esa

fecha por el día del cumpleaños de la madre de Hitler. Las familias recibían préstamos favorables y exenciones impositivas por tener niños: las mujeres con más de seis hijos no pagaban ningún impuesto. Al mismo tiempo, las mujeres seguían sufriendo discriminación en el mercado de trabajo: se les prohibía ser jueces, fiscales o abogadas, y ninguna mujer era promovida a puestos de alto rango en la función pública. Las maestras también se enfrentaban a un techo de cristal y eran excluidas o removidas de puestos administrativos superiores en el ámbito de la educación.[43]

Sin embargo, las madres no debían simplemente quedarse en casa tejiendo junto al fuego, sino que tenían que movilizarse para realizar un servicio público activo para el *Volk*. Se las alentaba a seguir carreras en campos que fueran «compatibles con su naturaleza»: trabajo doméstico, administrativo y agrícola. También se las impulsaba a realizar trabajo social, y los nazis establecieron una serie de organizaciones de mujeres con ese propósito: la NS-F, encabezada desde 1934 por Gertrud Scholtz-Klink: la Organización de Mujeres Trabajadoras Nacionalsocialistas (NS Frauenwerk), la Organización de Bienestar Nacionalsocialista del Pueblo, y el Frente del Trabajo. Este era el alcance de su participación política, y ninguna mujer, ni siquiera Scholtz-Klink, la figura más prominente del movimiento femenino nazi, podía participar en las decisiones políticas que afectaban a las mujeres y a la familia.[44]

Las mujeres debían estar contentas dentro de su esfera doméstica, manifestó Hitler al Congreso de Mujeres Nacionalsocialistas en 1935:

> La llamada «concesión de igualdad de derechos a las mujeres» que exige el marxismo en realidad no otorga iguales derechos, sino que constituye una privación de derechos, ya que atrae a la mujer a un área

> en la que necesariamente será inferior. Coloca a la mujer en situaciones que no pueden fortalecer su posición —vis-a-vis tanto del hombre como de la sociedad—, sino que solo pueden debilitarla [...]. La mujer tiene su propio campo de batalla. Con cada niño que trae al mundo, libra su batalla por la nación. El hombre defiende al *Volk* exactamente del mismo modo en que la mujer defiende a la familia.[45]

«La familia», como explicó un funcionario de las SA, «es la célula más importante del Estado [...] y el nacionalsocialismo ha vuelto a colocarla en el lugar que le corresponde». Pero el régimen «no quería ningún ideal pequeñoburgués en la familia, con su sofisticada psicología de sofás y sus maniquíes ambulantes, con su desprecio por la mujer y su degradación». Para los nazis, «la esposa es una camarada, una compañera combatiente».[46] Para subrayar el compromiso del régimen con ellas, proporcionaba subsidios estatales para las madres, les ofrecía actividades de ocio, deportes, cursos sobre temas «femeninos», títulos en economía doméstica y ceremonias públicas en su honor, todo esto, por supuesto, infundido de los valores del nacionalsocialismo. Scholtz-Klink y sus organizaciones también hacían hincapié en la higiene y la buena forma física, que se consideraban esenciales para la salud del *Volk*. «Alemania no necesita mujeres que puedan bailar bellamente en los tés de las 5 en punto», comentó un funcionario de las SS en una reunión del partido en 1937, «sino mujeres que hayan dado pruebas de su salud a través de logros en el campo del deporte». La Medalla de Deportes del Reich lo hacía. Después de todo, «la jabalina y el trampolín», informó a la multitud, «son más útiles que los lápices de labios para promover la salud».[47]

Dos novedades, que empezaron en 1935 y se aceleraron en los años siguientes, comenzaron a remodelar el enfoque

del régimen hacia las mujeres. En 1935-1936, los nazis se embarcaron en un importante programa de rearme: introdujeron el servicio militar obligatorio en un ejército de quinientos mil hombres, crearon una fuerza aérea moderna y una nueva flota de guerra, violando de manera flagrante el Tratado de Versalles, y además anunciaron un ambicioso plan para hacer que Alemania fuera económicamente autosuficiente al cabo de cuatro años. Con calendarios de producción acelerados en industrias clave para la guerra, se necesitaban más mujeres en los lugares de trabajo a fin de liberar a los hombres para el servicio en las fuerzas armadas recién expandidas. El régimen comenzó a esperar que las mujeres encontraran empleo, y no solo en las ocupaciones tradicionalmente asociadas con el trabajo femenino. En ese momento se requería que hicieran malabarismos con dos tipos de responsabilidades —las del hogar y las del lugar de trabajo—, esa misma doble carga que los nazis habían condenado con tanta vehemencia en los primeros años del Tercer Reich. A pesar de la promesa convincente del régimen de devolverlas al hogar y a la familia, al estallar la guerra en 1939, en comparación con 1933, dos millones más de mujeres casadas trabajaban fuera del hogar.[48]

También se esperaba que las mujeres mantuvieran una apariencia atractiva y se comportaran de una manera modesta y tradicional. Cosméticos, vestimenta provocativa, cabello corto y otras modas de la época de Weimar estaban fuera de lugar, sobre todo en el lugar de trabajo. Como manifestaron los funcionarios de fábricas nazis en la Baja Franconia, era «un privilegio tener un trabajo y las mujeres deberían estar orgullosas de tener esa oportunidad». Pero también era un «deber de la mujer comportarse de una manera verdaderamente nacionalsocialista». La NSBO no toleraba a las «mujeres pintadas y empolvadas» y «las mujeres

que fuman en público (en hoteles, en cafés, en la calle, etc.)» no eran bienvenidas en las reuniones de las fábricas nazis. [49]

Después de 1935, lo que al principio fue una celebración del papel especial de la madre en la sociedad nazi fue virando de manera sutil hacia una función más estrictamente biológica. Las madres debían ser honradas por cumplir con su deber biológico y producir descendencia para la comunidad del pueblo. El homenaje a la familia tradicional, tan prominente en la política social nazi antes de 1935, pasó de forma gradual y casi imperceptible a un segundo plano, y se comenzó a alentar a las mujeres para que tuvieran hijos, estuvieran o no casadas. El embarazo fuera del matrimonio ya no constituía motivo de despido de la función pública, ni siquiera para las maestras, y la propaganda nazi comenzó a elogiar el heroico compromiso de la madre soltera «racialmente pura» con el Führer. El control de la natalidad era ilegal y el aborto estaba prohibido. Mientras que la maternidad y la familia habían sido enaltecidas en los primeros años del Tercer Reich, los nazis trataban cada vez más a las madres como instrumentos de política racial para la producción de bebés, una política vívidamente exhibida cuando, a partir de 1938, las madres con cuatro hijos recibieron la Cruz de Honor de la Madre Alemana de 3.ª Clase. Las que tenían seis hijos eran galardonadas con la Cruz de la Madre de 2.ª Clase, y una madre con ocho o más recibía la medalla de oro de 1.ª Clase, una práctica que continuó hasta el colapso del Tercer Reich.[50]

Los nazis habían proclamado su determinación de salvar a la familia alemana, el núcleo de la comunidad del pueblo, pero de modo gradual se infiltraron tan profundamente que la lealtad a la miríada de organizaciones nacionalsocialistas desgarró a la familia, atomizó a sus miembros y colocó al

partido entre padres e hijos, entre esposo y esposa. Tan completamente nazificada estaba la sociedad que dio lugar a muchos de los «chistes susurrados» que circularon durante el Tercer Reich. «Mi padre está en las SA», explica una niña a su amiga en uno de esos chistes. «Mi hermano mayor en las SS, mi hermano pequeño en la Juventud Hitleriana, mi madre es parte de la organización de mujeres NS y yo estoy en la Liga de Muchachas Alemanas». «¿Alguna vez se ven?», pregunta la amiga de la niña. «¡Oh, sí, nos encontramos todos los años en el congreso del partido en Núremberg!»[51]

Además del maremágnum de organizaciones del partido para cada segmento de la población, los nazis estaban decididos a llevar su mensaje en forma directa a cada hogar alemán. Para hacerlo, recurrieron a la tecnología. Goebbels consideraba que la radio era un medio revolucionario de comunicación masiva que tenía el potencial de llevar el régimen a la casa de todos los *Volksgenossen* («camaradas del pueblo») alemanes. La radio debía saturar hasta tal punto al público «con el contenido espiritual de nuestro tiempo que nadie podría separarse de él». Estaba decidido a garantizar que todos los hogares alemanes tuvieran una radio, y en 1933 se comenzó a producir un nuevo equipo barato, el Volksempfänger («radio del pueblo»). Cuando Hitler llegó al poder en 1933, solo cuatro millones trescientos mil hogares poseían una radio en una población de sesenta y seis millones, muchos menos que en Estados Unidos o Gran Bretaña. Un aparato de radio en la Alemania de 1933 era una rareza, un artículo de lujo que costaba alrededor de 100 marcos, un precio que la mayoría de las familias alemanas no podía pagar.[52]

En mayo de 1933, Goebbels presionó a un grupo de fabricantes de radios para que produjeran de forma masiva una radio estándar significativamente más barata que cualquier otra del mercado. En la exposición de la radio en Berlín, en agosto, Goebbels presentó el Receptor del Pueblo 301 (el sufijo numérico corresponde a la fecha en la que Hitler tomó el poder, el 30 de enero), que fue un éxito inmediato. El suministro de unidades disponibles en la exposición se agotó en un día, y los fabricantes recibieron seiscientos cincuenta mil pedidos para nuevas unidades en los siguientes doce meses. El Ministerio de Propaganda y varias compañías privadas introdujeron todo tipo de sistemas de pago para facilitar la compra. A finales de 1935, la cantidad de aparatos vendidos se había elevado a un millón y medio. En 1937, las radios en las grandes ciudades habían llegado al 70 % de todos los hogares, aunque las ventas todavía estaban rezagadas en el campo. En 1939 se introdujo un aparato más pequeño y más barato, de modo que, al comienzo de la guerra, se logró una penetración aún mayor en la población. En 1933, solo uno de cada cuatro hogares tenía una radio; en 1939, uno de cada dos.[53]

Durante su primer año en el poder, Hitler pronunció unos cincuenta discursos por radio. Esas alocuciones a menudo eran transmitidas durante las horas de trabajo, y las fábricas, oficinas y comercios debían suspender las actividades para que los trabajadores pudieran escuchar la voz del Führer que salía de un altavoz en el área de trabajo. Todos los restaurantes y cafés tenían que estar equipados con radios para que sus clientes escucharan, y se construyeron seis mil postes con altavoces en las esquinas para que la voz de Hitler resonara por todas las calles. Se esperaba que los peatones se detuvieran y escucharan. Esta escucha comunitaria, creían los nazis, contribuía a generar una sensación de

experiencia compartida, de comunidad esencial en la realización de la comunidad del pueblo.

La radio era una importante manera de entrar en la familia y en el lugar de trabajo, pero no era suficiente. El régimen a la vez buscaba organizar el ocio y no dejaba ninguna actividad del individuo fuera del alcance del partido y el Estado. Los nazis comenzaron casi duplicando los días festivos pagados: de los entre tres y ocho días del gobierno de Weimar pasaron a entre seis y quince días. Pero, sobre todo, el mecanismo más popular de los nazis para dominar las actividades de ocio y, en el proceso, integrar a los alemanes de clase trabajadora en la comunidad del pueblo fue el programa *Kraft durch Freude* o KdF («Fortaleza a través de la alegría»). Creado en noviembre de 1933 como parte del Frente Alemán del Trabajo (DAF) y financiado mediante descuentos en los salarios, este ambicioso programa fue un intento de cortejar a los obreros alemanes vinculando el trabajo y el ocio, y controlándolos a ambos. Establecía secciones para cada área de actividad para el ocio: vacaciones, instrucción y educación, viajes y caminatas, deportes y la Belleza del Trabajo, un programa que se dedicó a crear condiciones más acogedoras en los lugares de trabajo. Si bien el plan Belleza del Trabajo, dirigido por Albert Speer, era objeto de burlas por su nombre (tal como sucedía con «Fortaleza a través de la alegría»), en 1939 había creado más de trece mil espacios verdes, quince mil comedores y salas de recreo, más de cuarenta mil talleres, baños y vestuarios en fábricas y plantas, unas dos mil «casas de camaradería» e instalaciones deportivas, incluidas piscinas.[54]

El KdF también organizaba una amplia variedad de actividades de ocio: clases de educación para adultos, clases de música y recitales, exposiciones de arte itinerante, gimnasia e instrucción de tenis, navegación a vela y aptitudes físicas.

Dirigía más de trescientos centros de educación para adultos y treinta escuelas de música. Compraba cantidades de entradas para el teatro, para la ópera, para conciertos y, de ese modo, daba a los alemanes comunes que nunca habían asistido a una presentación en vivo la oportunidad de hacerlo. Las más populares, y ciertamente las más publicitadas entre las actividades del KdF, eran los viajes de vacaciones subvencionados. Se ofrecían vacaciones en el Mar del Norte, en la Selva Negra, Berlín, los Alpes bávaros y las montañas Harz. La mayoría de los paseos consistían en excursiones de hasta tres días, pero la verdadera estrella de estos viajes de vacaciones eran las excursiones de dos o incluso tres semanas en uno de los doce barcos cruceros que el programa tenía o alquilaba. Estos viajes llevaban a los pasajeros en relucientes cruceros blancos a los fiordos de Noruega, a la costa española y a Italia. Para muchos, era su primera experiencia fuera de las fronteras del Reich.[55] Entre 1934 y 1939, casi cuarenta y tres millones de alemanes —dos tercios de la población— disfrutaron de los viajes del KdF.[56]

El régimen presentaba al KdF y sus programas populares como prueba de la comunidad del pueblo nacionalsocialista en funcionamiento dado que brindaban oportunidades de recreo para todos los alemanes, cualquiera fuera su clase social o sus ingresos. «El trabajador ve que hablamos en serio acerca de elevar su posición social», declaró orgullosamente Robert Ley. «No son las llamadas clases educadas las que enviamos como representantes de la nueva Alemania, sino que es el trabajador alemán mismo el que mostramos al mundo.»[57] Los periódicos publicaban fotografías de pasajeros que saludaban alegremente desde las cubiertas; en cada puesto de diarios y revistas se podían encontrar postales y folletos con imágenes de destinos de cruceros y testimonios de viajeros satisfechos.

Hitler, él mismo un entusiasta de los coches, también creía que todos los alemanes debían tener un automóvil para viajar en las nuevas *Autobahn* que se estaban construyendo en todo el país, y se comenzaron los planes para un «automóvil del pueblo», un *Volkswagen*. El diseño del prototipo original surgió de Hitler, y el fabricante Porsche lo produciría. El programa fue lanzado con gran fanfarria en 1938 con el muy anunciado objetivo de producir un automóvil del pueblo de bajo coste para el hombre común. «Para un gran número de alemanes», informaban los agentes socialdemócratas, «el anuncio del automóvil del KdF fue una agradable sorpresa. Provocó una verdadera psicosis por los autos KdF», que se convirtieron en un gran tema de conversación entre todas las clases sociales. Esta obsesión con el automóvil, «que fue ingeniosamente estimulada por el Ministerio de Propaganda», demostraba ser una eficaz táctica de distracción que evitaba que «las masas se preocuparan por la deprimente situación [económica]».[58] Los ciudadanos podían hacer sus pedidos a través del Frente del Trabajo, solicitar que los pagos fueran descontados de sus salarios y esperar la entrega. La espera sería larga: no se produjo ningún Volkswagen para uso privado hasta después de la Segunda Guerra Mundial, y la primera entrega para los que habían pagado dentro del sistema durante el Tercer Reich se hizo en 1960.[59]

El régimen también convocaba a todos los alemanes a intervenir en una serie de rituales públicos que estaban diseñados para intensificar su participación en la comunidad del pueblo y mostrar abiertamente su compromiso con el nacionalsocialismo. El saludo verbal alemán —«Heil Hitler»— y el brazo levantado nazi se hicieron omnipresentes en la vida cotidiana. Se esperaba que los empleados postales hicieran el saludo de Hitler a los clientes en la oficina; los estudian-

tes en la escuela a sus maestros y entre ellos; los empleados de negocios a sus clientes, y que los peatones de la calle dijeran «Heil Hitler» en lugar del tradicional «guten Tag» («buenos días»). Los *Heils* perpetuos inspiraron muchos chistes: Göring, incrédulo, llega a la oficina de Goebbels y le dice que en el camino había oído un «buen día» tras otro. Si nadie iba a usar «Heil Hitler», tal vez el régimen simplemente debería considerar volver al «buen día». "Imposible", le respondió Goebbels. «Mientras nuestro querido Führer viva, no habrá más "buenos días" en Alemania.»[60]

En todas partes se veían banderas, pendones y estandartes, al igual que uniformes, brazaletes e insignias. Las esvásticas adornaban estampillas, paredes, carteleras, artículos de papelería y joyas. Estaban dondequiera que uno mirara; ningún objeto, sin importar cuán insignificante fuera, era demasiado pequeño para llevar una. Viktor Klemperer registró su consternación cuando descubrió una «pasta de dientes con la esvástica» en su farmacia local y se conmocionó unos días después cuando vio «una pelota para niños con la esvástica» en una juguetería.[61] El hecho de ver día tras día estas ubicuas expresiones de aparente apoyo a los nazis se sumaba a las formas más abiertas de presión para que la gente se adaptara y aceptara la afirmación nazi de que habían creado una nueva comunidad del pueblo apoyada por todos.[62]

Los nazis llenaron el calendario con una serie interminable de campañas de caridad, desfiles y concentraciones de diferentes grupos: veteranos heridos, maestros, mujeres, jóvenes. Siempre había una causa para movilizar las emociones del público: la Ayuda de Invierno para los desocupados, los sin techo y los hambrientos; para los veteranos de guerra con discapacidad; para las minorías alemanas en el extranjero. El hombre de las JH o de las SA con una copa para

limosnas en la mano se convirtió en un elemento omnipresente de la vida cotidiana en el Tercer Reich. Pedían no solo en las calles, en los autobuses y los tranvías, sino que también iban de puerta en puerta por los bloques de apartamentos y por el campo. Se llevaban registros de quién daba y quién no, y había algo más que un pequeño indicio de represalia. Uno no podía permitirse el lujo de no dar. En algunas comunidades, los nombres de quienes eran tacaños o no aportaban nada se publicaban en el periódico; en algunos pueblos pequeños, el partido instalaba «Carteleras de la vergüenza» con la lista de aquellos que, «a pesar de su capacidad financiera, se niegan a hacer donaciones». En un pueblo se colocó una pancarta en la calle principal en la que decía: «Tome nota. En este pueblo viven treinta y tres traidores a su país. Cualquier persona interesada en sus nombres puede consultarlos en la oficina local del partido».[63]

A la vez que estas actividades presionaban al individuo para que se ajustara a la norma, el régimen organizaba una sucesión de espectáculos de masas meticulosamente orquestados que tenían la intención de demostrar su poder y su popularidad. El año comenzaba con las celebraciones que marcaban el aniversario del nombramiento de Hitler como canciller, el 30 de enero, y, después con una celebración de la fundación del partido, el 24 de febrero. En marzo, el Día del Héroe Nacional, dedicado a los héroes caídos en las guerras alemanas, fue ampliado para incluir a los «mártires del movimiento nacionalsocialista», una fusión del pasado nacionalista con el presente nazi. El último domingo de marzo, los nuevos miembros de las JH y la BdM hacían su juramento, lo que daba inicio a un día de discursos y desfiles para celebrar que los jóvenes alemanes asumieran oficialmente

sus tareas en la *Volksgemeinschaft*. El 20 de abril, día del cumpleaños del Führer, se celebraba en todo el país con muestras de devoción eufóricas y casi religiosas dedicadas al salvador de Alemania, y el Primero de Mayo los nazis dedicaban el día festivo nacional no solo a la clase trabajadora —el «Día Nacional del Trabajo»—, sino a todos los alemanes productivos. Ya no era un día dedicado a un segmento particular de la población, sino que se fue transformando en un «Festival Nacional del Pueblo Alemán» que trascendía los ya irrelevantes límites de clase.[64]

El otoño traía los tres eventos más sagrados del calendario nazi: el congreso del partido en Núremberg, el Festival de la Cosecha en Bückeburg, en las afueras de Hamelín, y la recreación del *Putsch* de la Cervecería de 1923 en Múnich. De estos, el congreso del partido en Núremberg, a principios de septiembre, era sin duda el más inspirador y más teatral en su puesta en escena. Los nazis habían celebrado su primer mitin nacional en Múnich en 1923, un evento pequeño que duró apenas tres días; el segundo, en 1926, apenas representó un problema para la política de Weimar. La concurrencia fue escasa y duró solo dos días. Al año siguiente, el partido se reunió por primera vez en Núremberg, pero no se realizó otra concentración nacional hasta 1933, cuando Hitler declaró que la Manifestación del Partido anual del Reich se celebraría allí a perpetuidad.

Esa ciudad era la indicada por diversas razones. Núremberg, donde Julius Streicher estaba al mando, había sido un semillero de apoyo nazi durante «los años de lucha» y era, además, el sitio histórico donde durante siglos se reunía el régimen del Sacro Imperio Romano. Con sus casas de madera, canales serpenteantes, torres medievales, altos capiteles de iglesias y callejuelas de adoquines, la ciudad ofrecía la esencia misma de la visión nazi de un pasado alemán ro-

mántico y mítico. En ese momento, por las estrechas calles de la ciudad, marchaban las tropas de camisas pardas, flameaban las banderas nazis desde las ventanas con parteluz y colgaban estandartes gigantes, de tres pisos de altura, en las fachadas de edificios antiguos. A partir de 1933, estos congresos, que duraban una semana, adquirieron proporciones colosales y atrajeron a cientos de miles de participantes: tropas de las SA y las SS; JH, BdM y NS-F; trabajadores uniformados del DAF, y el Cuerpo de Motoristas Nazis, todos con sus uniformes distintivos y con banderas y estandartes diferentes. La marcha de las tropas de asalto y las SS con sus camisas negras se alternaba con el desfile de campesinos de las diferentes regiones del Reich, vestidos con coloridos trajes tradicionales, fusionando así lo tradicional con lo revolucionario.

La concentración envolvía a toda la ciudad, pero los eventos principales se organizaban en los extensos terrenos situados en las afueras. A principios de 1934, Hitler encargó a Albert Speer la tarea de crear un vasto complejo del partido para esos congresos que llegaría a incluir varias grandes pistas y espacios para desfiles, una sala de congresos, un monumento a los caídos en la guerra y, lo más impresionante, una monumental estructura de piedra en el Campo Zeppelin. El complejo del Campo Zeppelin fue construido para albergar noventa mil participantes en el campo propiamente dicho, sesenta mil en la gran tribuna y otros sesenta y cuatro mil en los terraplenes de tierra que formaban la periferia semicircular de la arena. La tribuna y el palco de revista, hechos de piedra blanca, se elevaban a 25 metros de altura y consistían en un enorme bloque central que contenía la tribuna del orador y a cada lado una larga columnata que se extendía 400 metros. Speer tomó como modelo para la tribuna el Altar de Pérgamo, una antigua estructura griega

que se encontraba en un museo de Berlín, pero se hizo con una frialdad monumental que le quitaba cualquier apariencia de elegancia o humanidad. Solo transmitía poder. Como estrella guía, cerniéndose sobre la tribuna, una esvástica gigante miraba hacia abajo, a las masas reunidas. El Arena Luitpold, construido como un parque y monumento de guerra durante la República de Weimar, se amplió para que albergara a doscientas mil personas. El podio de los oradores estaba flanqueado por dos gigantescas águilas doradas con las alas desplegadas, feroces aves rapaces que se posaban sobre cruces esvásticas gigantes. La sola magnitud de estos sitios, sobre todo cuando estaban llenos de cientos de miles de tropas de asalto, de miembros de las JH y de las SS, era impresionante, tal como se esperaba.

Un gran número de trenes y autobuses especiales llevaban a las multitudes a los terrenos del congreso, donde eran ubicadas en vastos campamentos de tiendas de campaña: hectáreas de tiendas alineadas en perfecto orden militar que incluían cocinas de campaña, instalaciones higiénicas y áreas de recreo. Speer creó una variedad de efectos espectaculares, el más llamativo fue la «cúpula de la luz», producida por ciento treinta reflectores gigantes espaciados a intervalos de 10 metros alrededor de la periferia del Campo Zeppelin, donde se llevaban a cabo los principales eventos nocturnos. Cada reflector emitía un rayo de brillante luz blanca de ocho mil metros en el cielo nocturno que, en palabras del embajador británico, sir Nevile Henderson, convertía el Campo Zeppelin en una «catedral de hielo». Una mezcla de imponente pompa, misticismo y color dominaba la escena en la que cientos de brillantes estandartes rojos con la esvástica, cuyos adornos dorados brillaban bajo la deslumbrante luz, se elevaban sobre un mar de tropas de asalto y miembros de las JH.[65]

El congreso anual de Núremberg duraba entre cinco días y una semana, y contaba con discursos, desfiles, exhibiciones masivas de gimnasia y, a partir de 1935, demostraciones militares. Todos los dignatarios del partido asistían y hablaban; cada organización nazi cumplía un papel especial y tenía su propio evento: el día de la Juventud Alemana, el del Frente del Trabajo, y así sucesivamente. A partir de 1933, cada congreso fue filmado para exhibirlo en todo el país —y en el mundo—, y a cada uno se le daba un tema que reflejaba acontecimientos trascendentales del año anterior. El del año 1933 fue la «Victoria de la fe»; el congreso de 1934, capturado en una película extraordinaria de Leni Riefenstahl, proclamaba el «Triunfo de la voluntad». Se celebró en los tensos tiempos posteriores a la purga de Röhm, y destacaba la unidad ininterrumpida del partido y la lealtad de las SA a Hitler. En 1935, el «Congreso del partido de la libertad» marcó el regreso de la región del Sarre a Alemania y la emancipación del Reich de las cláusulas de Versalles sobre armamento. El último, el «Congreso de la gran Alemania», se celebró en 1938, después de la anexión de Austria en la primavera y en medio de la crisis internacional sobre la región de los Sudetes de Checoslovaquia.

Los acontecimientos diarios se desarrollaban con precisión militar y con una teatralidad casi operística, de modo que todos brindaban a la multitud reunida un espectáculo visual: cientos de miles de hombres de las SA y jóvenes de las JH con sus estandartes, sumados a miles de jóvenes mujeres vestidas de blanco haciendo gimnasia sincronizada, junto a trabajadores uniformados del Frente del Trabajo realizando ejercicios de armas con espadas relucientes y las tropas de la Wehrmacht (el nuevo nombre de la Reichswehr después de 1933) desfilando ante la gran tribuna en el Campo Zeppelin. Hitler presidía todo aquello mirando majestuo-

samente hacia abajo desde una elevada plataforma para oradores de piedra blanca: una figura solitaria, heroica, todopoderosa. Omnipresente en todas las asambleas y en cada lugar de desfile, su posición —su pedestal— se alzaba arquitectónicamente, era visualmente el punto focal de los actos. Después de toda la asombrosa pompa de las marchas, las asambleas y los desfiles de antorchas, el clímax de cada congreso era el discurso de Hitler el último día, pronunciado en una sala siempre abarrotada en el antiguo Salón de Congresos.

En el otoño, los nazis montaban un festival de la cosecha en las afueras del pueblo de Bückeburg, en Hannover. A diferencia de los congresos de Núremberg, los de Bückeburg no eran estrictamente eventos del partido, sino un *Volksfest*, un festival del pueblo para agradecer la cosecha. Campesinos entusiastas con trajes tradicionales se alineaban en un ancho camino de piedra que dividía a la gran multitud; alemanes comunes se detenían o se sentaban en los campos, y muchos de ellos hacían picnics y se sentaban sobre mantas.

La atmósfera en Bückeburg era diferente, más informal, con una ambiente más popular que otros eventos nazis. La gente cubría las laderas de las colinas y los campos circundantes formando una «montaña viva», como la describió Goebbels. Se construyeron ocho estaciones de ferrocarril temporales para recibir la flota de trenes especiales que transportaban a cientos de miles de personas al lugar. En 1934, quinientos mil espectadores llenaron los terrenos del festival; tres años más tarde, la multitud se estimó en más de un millón. La gente no estaba allí para ser sometida a la propaganda; reunida en una masa de cientos de miles, *ella misma era* la propaganda.

Por último, cada 8 y 9 de noviembre, los veteranos del *Putsch* de la Cervecería se reunían en la Bürgerbräukeller,

en Múnich, para recrear la desafortunada pero «heroica» marcha de 1923. Encabezada por Julius Streicher, la procesión seguía la ruta de los protagonistas del *Putsch* a través del puente de Ludwig hacia la Marienplatz primero, para llegar finalmente a la Feldherrnhalle. Las muchedumbres se alineaban en las calles adornadas con banderas, con gigantescos pilones rojos que marcaban su camino, más o menos uno cada 10 metros. Cada uno estaba coronado por un enorme caldero del que salía una oscilante llama eterna. A un lado de cada pilón, en letras de oro, se leía el nombre de un mártir del partido. En la Feldherrnhalle, donde se hicieron los disparos mortales, la procesión se detenía, y Hitler, de pie en el escalón superior de la arcada del monumento, se dirigía a las legiones uniformadas reunidas debajo, en la Odeonsplatz. Detrás de él, alineados contra la pared de atrás del monumento, estaban los sarcófagos de hierro de los dieciséis mártires nazis muertos aquel día de 1923. En años posteriores, los sarcófagos fueron trasladados a dos «Templos de honor» abiertos construidos en la Königsplatz, junto al edificio del Führer que albergaba su oficina en Múnich. En la amplia plaza se escenificaba una ceremonia aún más grande. La nación era invitada a escuchar la transmisión en vivo de estos actos y a verlos en los noticieros exhibidos en las salas de cine de todo el país. El 9 de noviembre era un ritual solemne del partido, un componente integral del mito nazi que se representó todos los años hasta el estallido de la guerra.[66]

Estos espectáculos públicos tenían el objetivo de demostrar la atracción psicológica irresistible del nacionalsocialismo y apabullar a aquellos observadores que aún albergaban reservas sobre el régimen. También contribuían al cada vez más profundo culto al *Führer* y a la *Volksgemeinschaft* nazi. Los historiadores a menudo se han apresurado a subestimar

a esta «comunidad del pueblo» nacionalsocialista como meras relaciones públicas, una tapadera para la coordinación nazi de todas las relaciones sociales, económicas y políticas en la nueva dictadura. Es indiscutible que sirvió para ese propósito, pero no debe subestimarse su poder de atracción. Para un país humillado por la derrota, desgarrado por los antagonismos de clase y dividido por la afiliación religiosa y las lealtades regionales, los motivos nazis de fuerza racial y armonía interna frente a un mundo hostil eran enormemente atractivos. La incesante prédica de la solidaridad social y la unidad en una comunidad del pueblo donde los mineros del carbón, los campesinos, los tenderos, los empleados, los ingenieros, los ejecutivos corporativos, los protestantes y los católicos estarían en igualdad de condiciones por ser alemanes encontraron una resonancia popular considerable. Los nazis promovían la igualdad social, y Hitler rara vez dejaba pasar cualquier oportunidad para invocar sus orígenes humildes, su falta de educación formal, su lucha para salir de la miseria, y para elogiar la solidaridad y el idealismo nacional que encontró en las trincheras, donde los alemanes de todos los orígenes sociales se juntaron para luchar por la causa común de la supervivencia nacional. Recrear y perpetuar esa solidaridad de las trincheras constituyó el imperativo social básico de la *Volksgemeinschaft*.

Tradicionalmente, los políticos y estadistas alemanes eran figuras distantes y formales (para hacerse una idea, basta con echar un vistazo al austero Brüning o al aristocrático Papen o a la altiva distancia de Hindenburg). No se mezclaban entre la gente para estrechar la mano a sus compatriotas. No podían hacer política en clave popular. Hitler era diferente. Un itinerante Hitler era fotografiado con hombres que trabajaban en los talleres de las fábricas, cortando cintas para la botadura de barcos, dando la primera

—y la segunda y la tercera— palada de tierra para la construcción de una *Autobahn* o caminando entre los campesinos en el festival de la cosecha de Bückeburg. Eran operaciones fotográficas elaboradas y cuidadosamente montadas para las cámaras que tuvieron un papel central tanto en la configuración del culto al *Führer* como de la *Volksgemeinschaft*. La máquina de propaganda de Goebbels anunciaba a Hitler como un tribuno del pueblo, la encarnación del espíritu igualitario de la nueva Alemania. Aunque al mismo tiempo era retratado como un sofisticado hombre de mundo, cómodo con sombrero de copa y frac en la ópera, saludando a los jefes de Estado extranjeros o evaluando las tendencias en el mundo del arte, en el fondo seguía siendo el soldado común de la Gran Guerra, un rústico alemán del sur que amaba los Alpes y se relajaba vestido con pantalones de cuero, un hombre con gustos comunes. Fue mostrado en la Cancillería del Reich con altos funcionarios del partido comiendo todos de una gran olla humeante de guiso (*Eintopfessen*, una sencilla comida campesina con una sola olla) y, como la imagen se puso de moda, se alentó a todas las familias alemanas a hacer una comida similar el primer domingo de cada mes. El dinero ahorrado debía ser entregado para contribuir a las Campañas de Ayuda de Invierno. Incluso los restaurantes participaron. Todos los camaradas del pueblo estaban haciendo su parte para la *Volksgemeinschaft*, una comunidad donde las distinciones de clase y región habían desaparecido.[67]

El poder de estas imágenes populistas era reforzado por una serie de obras públicas que el régimen podía señalar como triunfos de la política nazi. Desde los primeros días del gobierno nazi, el régimen se lanzó a proyectos de obras públicas muy publicitados que mostraban una firme determinación para que el país volviera a funcionar. Con los hom-

bres uniformados del Frente del Trabajo, una organización nacionalsocialista que reclutaba a los desempleados sacándolos de las calles, el régimen construyó puentes y carreteras, drenó pantanos, construyó presas y llevó adelante su proyecto estrella, la gran red de *Autobahn*, una idea que en realidad fue concebida durante los últimos gobiernos de Weimar. En 1932, el desempleo era de seis millones; en 1934, de dos millones seiscientos mil; en 1937, gracias al programa de rearme masivo iniciado en 1935, la cifra se había reducido a quinientos mil.[68]

El régimen también destacaba la nueva sensación de armonía social, la ausencia de conflictos políticos y la restauración de la ley y el orden como signos de la nueva solidaridad nacional. Con los nazis afianzados en el poder, se acabaron los enfrentamientos en las calles y los sangrientos conflictos de clases. A pesar de la brutalidad de las SA y la amenazante presencia de las SS, después de los primeros meses del régimen nazi, la paz y el orden público parecían haberse establecido. Los arrestos de la Gestapo solían ocurrir por la noche sin que nadie los viera. La gente simplemente desaparecía. Abundaban los rumores susurrados, pero no era prudente hacer preguntas. Si los alemanes no veían la brutalidad, era porque no querían o porque tenían miedo. Después de la primera gran oleada de arrestos, asesinatos y palizas de 1933, cuando más de cien mil socialdemócratas y comunistas, clérigos recalcitrantes, conservadores intransigentes y otros presuntos opositores fueron detenidos, la violencia *pública* fue rara. Tras años de agitación política y social, se había logrado (o, tal vez, con mayor precisión, se había impuesto) la estabilidad y una aparente solidaridad social. Aun así, era innegable que, a mediados de la década de 1930, se logró la recuperación económica que había eludido a la desafortunada República de Weimar, en gran medi-

da gracias al rearme, y que los espectaculares éxitos de la política exterior de Hitler habían logrado eliminar la humillación de Versalles y reavivar un sentido de orgullo nacional y de propósito compartido.

Pero, detrás de la fachada meticulosamente elaborada de solidaridad y apoyo entusiasta al régimen, acechaba una realidad más complicada y desagradable. A cada año que pasaba, el siniestro alcance de la Gestapo se extendía cada vez más profundamente en la vida privada de la población. La Gestapo parecía estar en todas partes, siempre escuchando, siempre vigilando. Uno podía ser arrestado por un «delito subjetivo» —por lo que uno pensaba—, por un «delito objetivo» —por acciones públicas— o por tener una perspectiva «anticomunitaria». El prisionero solía ser liberado después de una hora más o menos, pero el efecto era escalofriante. Las detenciones con frecuencia ocurrían en la oscuridad de la madrugada, cuando, según entendía la Gestapo, las personas estaban en su punto psicológicamente más vulnerable y, así, empezaron a crecer los rumores y el miedo. No fueron necesarios muchos de estos arrestos nocturnos para convencer a la gente de que la Gestapo tenía ojos y oídos en todas las casas, en todos los apartamentos, en todos los bares y lugares públicos.

Nadie se atrevía a hacer demasiadas preguntas ni a expresar abiertamente desilusión, y mucho menos desaprobación. Los vecinos y los miembros de la familia eran incitados a dar información unos sobre otros; cada edificio, cada manzana de la ciudad tenía su *Blockwart* («jefe de manzana») que controlaba que los residentes del área que tenía asignada desplegaran la bandera en el cumpleaños del Führer, colaboraran con las organizaciones benéficas nazis y es-

cucharan los discursos radiados de Hitler. Los niños eran alentados a informar sobre sus padres: ¿habían oído algo subversivo en casa, algo irrespetuoso contra el régimen, sus políticas o sus líderes? Un torrente de denuncias anónimas inundaba las oficinas de la Gestapo, ya que la gente aprendió con rapidez cómo aprovechar el sistema para resolver antiguos rencores denunciando a un rival amoroso o laboral, o a un vecino problemático. La Gestapo, de hecho, era bastante pequeña, mucho más pequeña que la Stasi de Alemania Oriental de los años de posguerra, y en gran medida dependía de esas denuncias.[69]

Para aquellos a los que no podía intimidar, o que simplemente eran incautos, estaban los campos de prisioneros. Durante los primeros años del Tercer Reich, no hubo un sistema de campos de concentración. Los campos de prisioneros surgieron en todo el país, algunos dirigidos por las SA y otros por los gobiernos nazis locales, por la policía regional o por la Gestapo. Cada campo operaba de acuerdo con sus propios procedimientos y su propia administración. No estaban destinados a ser instalaciones permanentes. No se hicieron planes a largo plazo ni se pensó si continuarían funcionando una vez que terminó la ola de detenciones masivas de socialistas, comunistas y otros opositores en 1933. Su propósito era encerrar a los presos políticos; no tenían la intención de encerrar judíos, a menos que estuvieran involucrados en actividades de resistencia o antinazis.

Como jefe de la Gestapo, en 1933, Göring comenzó a cerrar muchos de los campos más pequeños y no regulados, y Himmler continuó el proceso en 1934. Mientras expandía el control de la Gestapo a toda Alemania, Himmler buscó poner todos los campos bajo la dirección de las SS. Respaldado por Hitler, estableció una Inspección de Campos de Concentración en el verano de 1934 y nombró a Theodor Eicke, el

brutal comandante de Dachau, para dirigirla. Eicke era un viejo nazi fanáticamente leal a Himmler y era famoso por la férrea disciplina y la implacable crueldad con la que dirigía Dachau. Su tarea era poner orden en los campos, lo que en la práctica significaba someterlos al firme control de las SS. En lo sucesivo, solo las instalaciones organizadas por la Inspección podían obtener la designación oficial como campo de concentración: *Konzentrationslager* (KZ).

Armado con la autoridad de Himmler y el apoyo de Hitler, Eicke trabajó con perseverancia para cumplir esa misión. Cerró algunos campos, expandió otros y creó otros nuevos. Usando como modelo su severo régimen en Dachau, impuso regulaciones específicas sobre el funcionamiento de los campos y entrenó unidades especiales para manejarlos. Creó un uniforme estándar para los prisioneros, que ya no podían usar su propia ropa, sino que se les entregaba un tosco pijama de rayas azules y blancas que se convertiría en símbolo de la esclavitud y la opresión nazi en toda Europa. Los campos tenían caminos pavimentados, alambres electrificados, torres de vigilancia, hileras e hileras de barracones. Estas fueron instalaciones permanentes destinadas a operar en un sistema formal de campos de concentración.

Pero la existencia futura de los campos era aún incierta. Con el cierre de los campos y la caída del número de prisioneros, el sistema de las SS era más bien una operación de pequeña escala. Solo cinco seguían operando en el verano de 1935, y su número de prisioneros había disminuido a cuatro mil. Eran eclipsados por el sistema oficial de prisiones, que albergaba a más de cien mil reclusos, veintitrés mil de ellos presos políticos. En ese momento, Hitler incluso consideró cerrarlos. ¿Todavía eran realmente necesarios? Himmler lo convenció de que no lo hiciera. En 1936, Hitler

nombró a Himmler *Reichsführer* de las SS (líder de las SS del Reich) y jefe de todas las fuerzas policiales alemanas, fusionando así las fuerzas estatales y las del partido y ampliando enormemente su poder. En noviembre de 1937, Himmler les dijo a los oficiales de las SS que quería un total de al menos veinte mil prisioneros para los campos. Utilizando estos poderes, Himmler inició una serie de redadas y ordenó a la policía y las SS que detuvieran a mendigos, proxenetas, prostitutas, borrachos, «holgazanes» e «inadaptados sociales», individuos que no se ajustaban a la concepción nacionalsocialista de colaborador significativo para la *Volksgemeinschaft*. La población de los campos comenzó a aumentar, y se establecieron otros nuevos en Sachsenhausen, cerca de Berlín, en 1936; en Buchenwald, cerca de Weimar, en 1937; en Flossenbürg, en la frontera checa, y en Mauthausen, en la Austria recién anexionada, en 1938. En 1939 se abrió Ravensbrück, un campo solo para mujeres. Estas fueron instalaciones permanentes, la base del sistema nazi de terror.[70]

La existencia de los campos arroja una sombra oscura sobre el Reich, un reflejo siniestro de un régimen que insistía de forma incesante en que poseía una aplastante popularidad dentro del pueblo alemán. El novelista estadounidense Thomas Wolfe, que había viajado mucho por Alemania durante los años de Weimar, quedó impresionado al regresar a mediados de la década de 1930 por los enormes cambios que Hitler había producido. Apenas podía reconocer al país que creía conocer. «Aquí había una nación entera», escribió, «infestada con el contagio de un miedo siempre presente. Era una especie de parálisis progresiva que torcía y arruinaba todas las relaciones humanas».[71] Sin embargo, al rememorar la vida cotidiana en el Tercer Reich, la mayoría de los alemanes no recordaba tener conscientemente miedo. En cambio, vivían con un miedo subliminal y habían desarro-

llado un sexto sentido para la supervivencia: aprender qué decir, cuándo y a quién era esencial en la vida cotidiana. La rápida mirada —casi un reflejo— por encima del hombro para ver quién podría estar viendo o escuchando cerca fue llamada la «deutscher Blick», la ojeada alemana. Martha Dodd, la hija del embajador estadounidense, recordaba que «cada vez que queríamos decir algo, teníamos que mirar por los rincones y detrás de las puertas, revisar el teléfono y hablar en voz baja».[72] Muchos estaban convencidos de que los receptores de sus teléfonos habían sido manipulados para que funcionaran como transmisores y las autoridades pudieran escuchar las conversaciones privadas en el hogar. Un modo de protegerse contra esto era colocar una cubretetera sobre el teléfono para tapar las conversaciones.

Detrás de la fachada minuciosamente elaborada de solidaridad social y apoyo al régimen, persistían asimismo focos de disensión o disconformidad. A finales de la década de 1930, la Gestapo registraba cada vez más incidentes de jóvenes, en especial, aunque no exclusivamente, adolescentes y adultos jóvenes de clase trabajadora, que estaban involucrados en «bandas, camarillas y pandillas clandestinas». Grupos como los Piratas de Edelweiss y los Piratas de Kittelsbach de Renania, los Navajos de Colonia, la Manada de Leipzig, los Rebeldes del Swing de Hamburgo y otros surgieron como reacción al carácter autoritario de las JH y al conformismo sofocante impuesto por el Tercer Reich. En reuniones en bares, parques de atracciones, salones de billar y casas privadas, usaban ropa excéntrica e inconformista y cabello largo; eran sexualmente promiscuos y bailaban *jazz* estadounidense, todas cosas estrictamente prohibidas por los nazis y calificadas como «decadentes». En ocasiones también chocaban con miembros de las JH, sus enemigos

jurados. «¡Derrota a los JH donde sea que te encuentres con ellos!» era el lema de uno de los grupos.[73]

Algunos estuvieron involucrados en delitos menores como robo, asalto y allanamiento de morada, sobre todo durante la guerra. La mayoría de sus actividades eran apolíticas en sentido amplio. Su disidencia no era tanto contra la ideología nazi como tal —su racismo, antisemitismo y xenofobia agresiva—, sino que era, más bien, una expresión de disconformidad rebelde y de oposición a la opresión del régimen nazi. Su oposición se endureció durante los años de la guerra. «El poder de Hitler puede hacernos sentir mal», decía una canción, «y mantenernos encerrados y encadenados, pero un día romperemos las cadenas, seremos libres otra vez. Tenemos puños y podemos luchar; tenemos cuchillos y los sacaremos. Queremos libertad, ¿no es cierto, muchachos? Somos los luchadores Navajos».[74]

Estos grupos, que estaban ubicados principalmente en áreas urbanas, no eran una amenaza directa para el régimen; sin embargo, en un contexto en el que la dominación del Estado sobre el individuo era total, su sola existencia fuera del control nazi era considerada por el régimen como una gran provocación. Para estos jóvenes descontentos, muchos de los cuales tenían 14 o 17 años, su participación era un acto de coraje. Las patrullas de las JH los rastreaban e informaban a las autoridades, y la Gestapo hacía los arrestos. Ignorada por la prensa nazi pero reflejada en los informes secretos de la Gestapo, una corriente de delincuencia juvenil, que aumentó de manera drástica durante la guerra, fluía bajo la superficie serena del Tercer Reich. Como declaró en 1942 la alarmada dirección juvenil del Reich, «la formación de grupos [...] de jóvenes fuera de las JH antes de la guerra, pero en especial durante la guerra, ha aumentado hasta tal

punto que ahora se puede hablar de un serio peligro de desintegración política, moral y criminal de los jóvenes».[75]

Más problemáticas para los nazis fueron las relaciones del régimen con las Iglesias cristianas. Tanto la Iglesia protestante como la católica habían demostrado ser notablemente flexibles en las primeras etapas de la dictadura. El Concordato con el papado y el acceso al liderazgo protestante de cristianos alemanes radicales de 1933 parecían indicar una relación fluida con el régimen. Pero la luna de miel duró poco. Los nazis habían prometido que la Iglesia católica y sus organizaciones laicas no se verían afectadas por el régimen mientras la Iglesia no se involucrara en política pero, casi de inmediato, las SS de Himmler comenzaron a vigilar y a hostigar a las organizaciones laicas católicas, situación que se intensificó a medida que avanzaba el año. La presión sobre las organizaciones católicas de la juventud creció cuando el líder de las JH, Baldur von Schirach, las acusó de alentar las divisiones dentro del *Volk*. En 1934, las publicaciones católicas se vieron obligadas a quitar la palabra «católica» de los nombres de sus periódicos y revistas y a reemplazarla por «alemán». Al año siguiente, el régimen comenzó a prohibir las revistas y periódicos católicos; en 1939 ya estaban todos «alineados».

Himmler también actuó contra la Iglesia misma. Los agentes de la Gestapo controlaban los sermones y se infiltraban en organizaciones católicas. Varios sacerdotes fueron arrestados, acusados de participar en actividades políticas por leer el Antiguo Testamento, por recordarles a sus feligreses que Jesús era judío y por otros actos de blasfemia contra la ideología nazi. El partido proscribió las representaciones navideñas y otras representaciones teatrales católicas alegando que eran ideológicas y, por lo tanto, declaraciones políticas contrarias a la ley. Algunos monasterios,

conventos e iglesias fueron clausurados; los maestros católicos fueron despedidos, y los sacerdotes, acosados. En 1935, el ministro de educación nazi en Oldenburgo decretó que todas las estatuas religiosas, incluidos los crucifijos, debían ser retirados de las escuelas, parroquias y otros edificios públicos. El clero local no solo protestó, sino que la población, mayoritariamente la rural, reaccionó indignada. Organizaron protestas, hicieron circular instancias y crearon una atmósfera tan perturbadora que el gobernador regional nazi se sintió obligado a retirar la orden. Un incidente similar, con iguales resultados, tuvo lugar en 1937 en Baviera, cuando un funcionario nazi local ordenó que se retiraran los crucifijos de las escuelas públicas. Tal desobediencia civil era desconocida en el Tercer Reich, y le recordó al régimen la necesidad de ser más precavidos al tratar con la Iglesia.[76]

Siempre se podía contar con Alfred Rosenberg, el autoproclamado «intérprete» de la filosofía nazi y autor de la obra pagana y anticristiana *El mito del siglo XX* (1930), para agravar aún más las relaciones entre el partido y la Iglesia. Enemigo implacable del cristianismo, era más venenoso aún cuando se trataba de la Iglesia católica, porque esta había aplastado el «cristianismo nórdico» de la Alta Edad Media y permitido que la influencia judía impregnara al cristianismo, lo que llevó a su degeneración a lo largo de los siglos. Abogaba por un «cristianismo positivo» liberado del cristianismo judaizado de la Iglesia. A pesar de las numerosas denuncias del clero católico, Rosenberg presionó con obstinación para lograr su idea de fusionar la ideología racial nazi con un «cristianismo renovado» y convocar a un renacimiento del «alma de sangre»[77] nórdica.

En 1935, el cardenal Clemens von Galen respondió a Rosenberg en un panfleto titulado «*Studien zum Mythus des 20*» («Estudios sobre El mito del siglo XX»), en el que des-

tripaba las ideas de Rosenberg. En una carta pastoral de la Conferencia de Obispos Católicos en Fulda, continuó su ataque y escribió que «la religión no puede basarse en la sangre, la raza u otros dogmas de la creación humana, sino solo en la revelación divina». Los sacerdotes parroquiales siguieron su ejemplo y leyeron una severa condena al trabajo de Rosenberg y a las acciones del Movimiento Alemán de la Fe. La Gestapo amenazó a Galen y prohibió la carta pastoral, pero, de todos modos, fue ampliamente difundida.[78]

En esta atmósfera envenenada, Goebbels lanzó una importante ofensiva de propaganda contra las instituciones católicas acusándolas de corrupción financiera y de abuso sexual desenfrenado de niños por parte de sacerdotes depredadores. La cobertura de supuestos escándalos sexuales dentro de la Iglesia se convirtió en un elemento central de la prensa nazi. Los incidentes anticatólicos se multiplicaron; las JH interrumpían en las ceremonias de las iglesias, los sacerdotes eran objeto de burlas en las calles y se atacaba a grupos de jóvenes católicos. Himmler fue implacable y aplicaba una presión cada vez mayor sobre las organizaciones eclesiásticas restringiendo las reuniones públicas, censurando y, luego, prohibiendo las publicaciones católicas, y arrestando a sacerdotes recalcitrantes. El anticlericalismo se trasladó a las escuelas primarias y secundarias, y las JH cantaban canciones que ridiculizaban a la Iglesia y sus enseñanzas. «Su tiempo pasó», decía uno de esos cánticos, «pero los sacerdotes permanecen para robarle el alma a la gente, y ya sea con Roma o con Lutero, todo es pensamiento judío. El momento de la cruz ha terminado».[79] Finalmente, la jerarquía católica alemana se hartó. En enero de 1937, una delegación de obispos y cardenales alemanes de alto rango, incluidos los cardenales Michael von Faulhaber, de Múnich, y Clemens von Galen, de Münster, viajaron a Roma. Su mi-

sión era presentar una feroz acusación contra el Tercer Reich y su guerra contra la Iglesia. Después de reunirse con el papa, se le pidió a Faulhaber que redactara una encíclica papal que enumerara las numerosas infracciones nazis al Concordato y condenara su creciente persecución a la Iglesia. Pío XI aprobó el borrador, y el documento, escrito en alemán y titulado «Mit brennender Sorge» («Con ardiente preocupación»), fue contrabandeado a Alemania. Unas trescientas mil copias se imprimieron de manera clandestina en talleres de todo el país para luego ser entregadas subrepticiamente a los párrocos, quienes la leyeron desde los púlpitos de toda Alemania el 21 de marzo de 1937, Domingo de Ramos.[80]

La abierta condena de la encíclica papal al Tercer Reich cayó como una bomba. «Mit brennender Sorge» criticaba al régimen por su «paganismo agresivo», sus «medidas secretas y abiertas de intimidación, la amenaza de consecuencias económicas y cívicas, y su campaña contra la Iglesia». Denunciaba el cierre de escuelas confesionales por parte del régimen, que era visto como un desprecio flagrante por el Concordato de 1933. «Los católicos tienen derecho a la educación católica de sus hijos» como se prometió en el Concordato. En un nivel más profundo, el documento apuntaba a la ideología nazi. «Nadie, excepto las mentes superficiales, podría caer en la idea de un Dios nacional, de una religión nacional; o intentar encerrarla dentro de las fronteras de un solo pueblo, dentro de los estrechos límites de una sola raza.» Los católicos podrían estar seguros de que «los enemigos de la Iglesia, que piensan que ha llegado su momento, verán que su alegría fue prematura y cerrarán la tumba que han cavado. Llegará el día en que el tedeum de la liberación se impondrá sobre los himnos prematuros de los enemigos de Cristo».[81]

En público, Hitler intentó tranquilizar a la Santa Sede y a los católicos alemanes repitiendo que el objetivo del régimen era la extirpación del marxismo y que, en esa lucha de vida o muerte, la unidad del pueblo alemán era esencial. En privado, se indignó. La encíclica fue una completa sorpresa para el régimen. Tan inquietante para Hitler como el contenido del documento fue el incómodo descubrimiento de que la Iglesia había podido producir y distribuir la encíclica sin ser detectada por las fuerzas de seguridad del régimen. Fue una vergüenza para las SS y la Gestapo, y una señal de advertencia acerca de lo que la Iglesia católica todavía era capaz de hacer.

Apenas intimidados por la intervención papal, los nazis devolvieron el golpe con su furia habitual e intensificaron con fuerza su ofensiva contra la Iglesia y sus organizaciones. La prensa nazi no informó absolutamente nada sobre el asunto, pero, un día después del Domingo de Ramos, la Gestapo cayó sobre los talleres que habían impreso la encíclica y confiscó todas las copias restantes. También clausuraron los talleres. La Iglesia, vociferó Goebbels, era un sumidero de corrupción fiscal y sexual a la que no se le podía confiar la juventud o el dinero de Alemania. Los católicos comunes estaban siendo estafados por una Iglesia corrupta y por sus organizaciones. Durante el resto de 1937, una avalancha de presuntos incidentes de pederastia y malversación de fondos se propagó a través de la prensa nazi. Sacerdotes, monjes y frailes fueron arrestados —más de mil, se dijo— en espera de juicio. «Casas de Dios degradadas a burdeles y lugares de vicio» era un titular típico, y los juicios que se sucedieron a lo largo del año recibieron la máxima cobertura. La prensa amarilla nazi se regodeaba en cada espeluznante detalle proporcionado por el Ministerio de Propaganda. Alemania, afirmó Goebbels en un discurso radiado al país en

mayo, estaba luchando contra un esfuerzo sistemático por socavar la moralidad del pueblo alemán. La Iglesia, advirtió, debe recordar que «no es la ley del Vaticano lo que rige aquí, sino la ley del pueblo alemán».[82]

A lo largo de 1938 y 1939, el régimen, habiendo eliminado ya la instrucción religiosa en las escuelas públicas, apuntó de forma decidida contra las escuelas religiosas y las transformó en «escuelas de la comunidad». Para muchos católicos fue el último campo de batalla. Aunque, por el estallido de la guerra, el partido no había logrado cerrar todas las escuelas religiosas, avanzaba hacia ese objetivo de manera constante. Esa campaña sostenida contra la Iglesia tuvo efecto: aleccionó a la población católica y debilitó cualquier inclinación hacia una oposición al régimen. La esperanza de Goebbels de meter una cuña entre la Iglesia y sus feligreses parecía estar funcionando. A pesar del paganismo del régimen y de sus acciones contra la Iglesia, Hitler siguió siendo popular entre los católicos alemanes y la oposición, tanto de los católicos comunes como de sus líderes, siguió centrada estrictamente en asuntos religiosos específicos. Hubo pocas críticas a la política racial nazi, a sus ambiciones totalitarias o a su intervención opresiva en la vida cotidiana.[83] En los últimos años de paz, la «lucha contra la Iglesia», como se la llamó, continuó, pero en un tono más bajo. Al estallar la guerra, en 1939, las organizaciones culturales católicas fueron destruidas, su Liga de la Juventud se disolvió, sus publicaciones fueron prohibidas y, sin embargo, la Iglesia siguió siendo una fuente potencial de problemas para el régimen, y la vigilancia de la Gestapo tuvo que mantenerse alerta.

La Iglesia protestante también representaba un problema potencial para los nazis, aunque de una naturaleza diferente. El intento de Hitler de crear una iglesia nacional unida

dirigida por los Cristianos Alemanes se enfrentó a dificultades casi de inmediato.[84] Ludwig Müller, elegido por Hitler como obispo de la nueva Iglesia del Reich, no creó la Iglesia protestante unificada que el Führer quería, y su nombramiento de Hanns Kerrl como jefe del recientemente fundado Ministerio de Asuntos de la Iglesia del Reich, en 1935, tampoco tuvo demasiado éxito. La entusiasta subordinación de la nueva y coordinada Iglesia del Reich al Estado nazi, su disposición para permitir que el régimen interviniera y dirigiera sus asuntos, más los torpes esfuerzos de Müller y Kerrl por imponer la doctrina pagana y antisemita del «cristianismo alemán», provocaron una reacción inmediata en 1933, que se fue haciendo progresivamente más fuerte en 1934.

Además de las dificultades de Müller, estaba la Ley de la Iglesia, promulgada el 6 de septiembre de 1933, que requería que todos los pastores juraran fidelidad a Hitler y al Estado nacionalsocialista. Entre las cláusulas de esa ley estaba la introducción del «párrafo ario» de la Ley de Función Pública en la Iglesia. Alarmados por la ley y por el rumbo de la nueva Iglesia, muchos pastores se negaron a prestar juramento. También rechazaron la incorporación del «párrafo ario» en los asuntos de la Iglesia. Entre los oponentes más elocuentes a esa ley estaba Dietrich Bonhoeffer, un brillante pastor de 27 años y profesor universitario. El 27 de septiembre emitió una declaración en la que denunciaba el «párrafo ario» y la política racial nazi de manera más amplia, denuncia que encontró resonancia en otros pastores disidentes. Especialmente inquietante para ellos fue la orientación racial de la Iglesia del Reich, que, desde su punto de vista, hacía de la raza el elemento clave de una nueva teología nazificada. Estos pastores, bajo el liderazgo de Martin Niemöller,

comenzaron a organizarse en grupos regionales en todo el país para expresar su descontento.

Niemöller era pastor de la Iglesia luterana en la elegante sección de Dahlem de Berlín. No era liberal. Había servido como capitán de submarinos durante la guerra y, como muchos pastores protestantes, era un conservador nacionalista. Luchó en los Cuerpos Libres en los años inmediatamente posteriores a la guerra y era un opositor a la República de Weimar, a la que consideraba demasiado débil para representar los intereses de Alemania en el exterior, y demasiado fracturada y desorganizada para enfrentar la amenaza comunista en el país. Durante un tiempo se sintió atraído por Hitler debido a su anticomunismo acérrimo y su promesa de una Alemania revitalizada, pero, en el transcurso de 1933, se desilusionó por el brutal intento del régimen de coordinar y controlar todas las Iglesias, tanto la protestante como la católica.

En septiembre de 1933 se unió a otros pastores recalcitrantes para crear la Liga de Emergencia de los Pastores. En los meses posteriores se reunieron en varias ciudades, y en mayo de 1934, en una reunión en Barmen a la que asistieron unos tres mil pastores, emitieron una declaración de principios que rechazaba formalmente el «párrafo ario» y el intento del Cristianismo Alemán de fusionar el nazismo con el cristianismo protestante. Fue una declaración inequívoca de independencia de la Iglesia del Reich que contenía una crítica a los Cristianos Alemanes y al obispo Müller por sus intentos de «nazificar» la Iglesia. El texto de la Declaración de Barmen fue escrito por Karl Barth, un teólogo suizo que residía en Alemania. Era, en efecto, el documento fundador de una nueva Iglesia protestante contraria al régimen: la *Bekennende Kirche* o Iglesia de la Confesión.

La Iglesia de la Confesión se consideraba a sí misma como la Iglesia protestante legítima de Alemania y era especialmente explícita en su rechazo a la «teología nazi». Como consecuencia, sus pastores estaban bajo vigilancia permanente de la Gestapo y eran arrestados con frecuencia. En 1937, unos setecientos pastores de la Iglesia de la Confesión habían sido encarcelados, entre ellos, figuras particularmente destacadas como el obispo Theophil Wurm de Wurtemberg, en 1935, y el propio Niemöller, en 1937. Niemöller había continuado dando sermones muy críticos contra el régimen y se había convertido en la voz nacional de los descontentos; atrajo seguidores diversos, como exsocialdemócratas, comunistas y católicos. En 1937 fue juzgado y declarado culpable de acciones vergonzosas para el Estado, pero fue liberado al año siguiente porque ya había cumplido su condena de siete meses mientras esperaba el juicio. Inmediatamente después de su liberación, fue arrestado de nuevo, algo bastante común en el Tercer Reich. Desapareció en el campo de concentración de Sachsenhausen. Pasó siete años en los campos, la mayor parte en confinamiento solitario, antes de ser liberado por los estadounidenses en la primavera de 1945.[85]

Aunque a veces removían la tranquila superficie del Tercer Reich y cientos de clérigos desaparecieron en los campos de concentración en los años previos a la guerra, las Iglesias no representaban un peligro inminente para la dominación del régimen. Sus críticas se limitaban sobre todo a la intervención nazi en asuntos eclesiásticos, y en gran parte guardaron silencio sobre otras políticas criminales del régimen. Algunas sectas más pequeñas, en especial los Testigos de Jehová, valientemente se negaron a jurar lealtad al Nuevo Orden de Hitler, y distribuían panfletos que condenaban la idolatría de Hitler y los intentos nazis de socavar

las creencias cristianas. También se negaban a servir en el ejército. Eran detenidos y enviados a los campos, la mayoría sin juicio, y constituyeron un grupo importante entre los arrestados por oposición religiosa. Eran irritantes pero poco más. Y, sin embargo, para los nazis, cuyo objetivo era que ningún grupo estuviera fuera de su control, las Iglesias eran más que una molestia: con su relativa independencia y sus redes de organizaciones repartidas por todo el país, su existencia misma representaba una amenaza para el régimen totalitario y sus aspiraciones.

Hitler era reacio a atacarlas directamente y dejó la rabiosa retórica anticristiana a Goebbels, Rosenberg y Himmler. Pero en conversaciones privadas no dejaba dudas acerca de sus intenciones. «A la larga», explicó a los invitados a un almuerzo en 1941, «el nacionalsocialismo y la religión ya no podrán coexistir [...]. El golpe más fuerte que sufrió la humanidad fue la llegada del cristianismo. El bolchevismo es el hijo ilegítimo de la cristiandad. Ambos son invenciones de los judíos». Más tarde, les confió a Speer y a Himmler que había sido paciente, pero, enfatizó, «no podremos seguir eludiendo el problema religioso [...]. El mal que está royendo nuestros órganos vitales son nuestros sacerdotes de ambos credos. [...] llegará el momento en que arreglaré mis cuentas con ellos e iré directo al grano [...]. Solo tienen que seguir con lo suyo y me van a oír, claro que sí. No dejaré que los escrúpulos jurídicos sean un obstáculo [...]. En menos de diez años y a partir de ahora, las cosas tendrán otra apariencia, puedo prometérselo».[86]

El terror y el adoctrinamiento político eran los pilares centrales del Tercer Reich, pero el régimen contaba no solo con el miedo o con el compromiso ideológico, sino con la apatía: cada individuo atomizado defendía sus propios intereses. Los oportunistas, sobre todo los más cultivados, se

apresuraron a unirse al partido en tal cantidad que, a finales de 1933, la mitad de los miembros del NSDAP se habían incorporado a partir del nombramiento de Hitler como canciller. Y, por supuesto, si alguno tenía dudas o no estaba de acuerdo, encontraba poco o ningún apoyo público. Nadie se atrevía a confiar en amigos o colegas, ni a expresar abiertamente ante los extraños un posible punto de vista diferente. La discusión organizada fuera de la supervisión nacionalsocialista se volvió casi imposible. ¿Alguien informaría? Werner Finck, el famoso comediante en el cabaré berlinés Las Catacumbas, tenía una rutina en la que un paciente sentado en el sillón del dentista se negaba a abrir la boca. Cuando el perplejo dentista le preguntaba por qué, el paciente respondía: «No te conozco». La sátira hacía temblar el local de las risas que provocaba hasta que el régimen lo cerró.[87]

La verdad oficial en el Tercer Reich era implacablemente positiva, optimista. Los periódicos no mostraban opiniones disidentes ni furiosas cartas al editor; los noticieros retrataban a personas felices y orgullosas por haber superado la guerra perdida, la Gran Depresión y la opresión internacional. ¿Por qué ser un alborotador? Muchos parecían felices en la nueva *Volksgemeinschaft*. Iban a bailar, al cine, a la ópera, y hacían excursiones. En la superficie, todo parecía familiar, normal. Pero, por supuesto, no era así. En un intento por describir la vida en el Tercer Reich y el proceso insidioso mediante el cual la sociedad fue desviada, seducida, engañada, amenazada y hecha cómplice, un maestro de escuela alemán, difícilmente nazi, le explicaba a un amigo judío en Estados Unidos después de la guerra:

> Vivir en este proceso significa no ser absolutamente capaz de darse cuenta de él, a menos que uno tenga un grado mucho mayor de conciencia política, de agudeza, del que la mayoría

de nosotros alguna vez ha tenido ocasión de desarrollar. Cada paso era tan pequeño, tan intrascendente, estaba tan bien explicado o, en ocasiones, «lamentado», que, a menos que uno estuviera distanciado de todo el proceso desde el principio, a menos que uno hubiera entendido qué era todo esto a *priori*, qué implicaban realmente todas esas «pequeñas medidas» que ningún «patriota alemán» podría rechazar y a dónde, algún día, nos iban a llevar, sería incapaz de ver cómo ese proceso se desarrollaba día a día, del mismo modo que un granjero no ve en su campo cómo crece el maíz. Hasta que le llega ya por encima de la cabeza.

Y un día, cuando es demasiado tarde, tus principios, si eras consciente de tenerlos, se precipitan sobre ti. La carga del autoengaño se ha vuelto demasiado pesada y un pequeño incidente, que en mi caso fue mi niño pequeño, apenas más que un bebé, diciendo «cerdo judío», lo hace caer todo de golpe, y ves que todo, absolutamente todo ha cambiado completamente y lo ha hecho delante de tus narices. [...] Ves lo que eres, lo que has hecho o, más exactamente, lo que no has hecho (porque eso era todo lo que se requería de la mayoría de nosotros: que no hiciéramos nada) [...]. Ahora lo recuerdas todo, lo ves todo y tu corazón se rompe. Demasiado tarde. Estás comprometido sin remedio.[88]

A mediados de 1934 era obvio para todos que no se trataba de una dictadura autoritaria común, sino de un régimen con aspiraciones totalitarias que buscaba controlar no solo el comportamiento público del individuo, sino también su vida privada, sus pensamientos. Hitler y los nacionalsocialistas habían tomado un curso de acción que buscaba borrar la distinción entre vida pública y vida privada. «La revolución que hemos realizado es una revolución total»,[89] decla-

ró Goebbels en noviembre de 1933. «Abarca todos los aspectos de la vida pública de abajo hacia arriba [...]. Ha alterado por completo las relaciones entre los individuos y ha transformado por completo la relación entre el individuo y el Estado.» El objetivo nazi era «reemplazar la individualidad con la conciencia racial colectiva y al individuo con la comunidad». En el Tercer Reich, proclamó Goebbels sin rodeos, «ya no habrá ningún ámbito de libertad en el que el individuo se pertenezca a sí mismo [...]. El tiempo de la felicidad personal ha terminado». O, como lo expresó el ministro de Trabajo, Robert Ley, de forma sucinta, «en Alemania, el individuo que lleva una vida privada está dormido».

11

Una revolución racial

Los nazis habían desatado una revolución en Alemania, pero no una revolución económica. Hitler no estaba interesado en la economía, y ciertamente no tenía la intención de convertir la rabiosa retórica social revolucionaria del partido en realidad. A pesar de todos los insistentes discursos sobre la *Volksgemeinschaft*, su visión de la economía era estrictamente instrumental: necesitaba una base industrial fuerte y un ejército poderoso para realizar sus sueños de expansión, de *Lebensraum*, en el este. El destino del pequeño tendero, granjero o artesano, elementos incondicionales del apoyo nacional al partido antes de 1933, era de poco interés para él. Como para aclarar bien este punto, el 7 de julio de 1933, la dirección del partido anunció que «no estaban indicadas por el momento medidas activas» para nacionalizar los grandes almacenes (una de las promesas más estridentes del partido antes de 1933). No se llevó a cabo ninguna acción contra las grandes superficies comerciales ni entonces

ni más adelante, y las grandes cadenas continuaron operando como antes, aunque bajo gerencias diferentes («arias»).[1]

Las relaciones de propiedad en el Tercer Reich permanecieron intactas, salvo en lo referente a la expropiación de propiedades judías. En cambio, los nazis emprendieron un reordenamiento fundamental del estatus, cuya expresión más obvia fue su esfuerzo por elevar la posición social de los campesinos y los trabajadores, dos grupos que tradicionalmente se consideraba que habitaban en los niveles más bajos de la sociedad alemana.[2] El nacionalsocialismo, se esforzaban por destacar Hitler y Goebbels, no se definía por la riqueza o la propiedad, por las posesiones, por las cuentas bancarias o las carteras de acciones o por los ingresos, que eran meras cosas materiales. El socialismo nazi era mucho más profundo, más profundo que el marxismo, afirmaban. No cambiaba el orden externo de las cosas, sino que fundamentalmente buscaba transformar la relación del hombre con el Estado. Iban a crear un nuevo hombre, un pueblo nuevo, fuerte, vigoroso y sin mancha, ajeno a las debilidades del pasado. Los nazis no necesitaban socializar los bancos y las fábricas; estaban socializando a la gente.

Crear una Alemania unida y liberada de las divisiones tradicionales de clase, religión y región era simplemente una dimensión de la agenda de Hitler para establecer una nación alemana nueva. La *Volksgemeinschaft* nacionalsocialista iba a ser una sociedad unida por la sangre; una nación construida sobre una visión utópica de la pureza racial, limpia de la debilidad hereditaria y liberada de la mancha de sangre extranjera, especialmente de la judía. El Tercer Reich iba a construir la solidaridad nacional, que para los nazis equivalía a la racial, expurgando los contaminantes biológicos que infectaban al pueblo alemán. Cultivarían una comu-

nidad saludable, vigorosa y racial que desencadenaría las vastas energías de un pueblo orgulloso y revivificado.

La historia, creía Hitler, era impulsada por una lucha implacable: nación contra nación, cultura contra cultura y, finalmente, raza contra raza. En su pensamiento, existía una jerarquía de razas, y los arios, a los que nunca definió de manera antropológicamente seria, eran la más valiosa. Solo ellos tenían la capacidad «de crear y construir cultura». De hecho, «todos los resultados del arte, la ciencia y la tecnología que vemos hoy ante nosotros son casi exclusivamente el producto creativo de los arios». Pero si los arios se mezclaban con personas de algún grupo racial inferior, su sangre se vería irremediablemente contaminada y la raza aria descendería de forma gradual hasta extinguirse. La historia ofrecía pruebas contundentes «de que, con cada mezcla de sangre aria con la de los pueblos inferiores, el resultado era el fin del pueblo culto». Es más, «todas las grandes culturas del pasado perecieron solo porque las personas originariamente creativas se extinguieron debido al envenenamiento de la sangre».[3]

En ese momento, la situación había llegado a un punto de inflexión. Predominaba una sensación de urgencia. Alemania estaba al borde de una degeneración racial irreversible. Había que tomar medidas drásticas de inmediato para detener esta contaminación de la sangre aria y mejorar la salud de la raza. Esta era la misión histórica del movimiento nacionalsocialista. La lucha, decía Hitler, «siempre es un medio para mejorar la salud y el poder de resistencia de una especie y, por lo tanto, una causa de su mayor desarrollo». Y en esta lucha entre los superiores y los inferiores no podía haber medias tintas ni componendas; no podía haber piedad. «Los más fuertes deben dominar y no mezclarse con los más débiles.»[4]

La mayor amenaza para la pureza aria, como siempre lo había sido, era la planteada por los judíos, que eran responsables de todas las desgracias de Alemania. Hitler dedicó un capítulo de *Mein Kampf* a una historia fantástica de los judíos inspirada en todos los estereotipos, mitos y descabelladas teorías racistas que habían circulado en la Viena de su juventud. Invocando los fraudulentos *Protocolos de los sabios de Sion*, afirmaba que los judíos estaban involucrados en una conspiración global para socavar los países y culturas existentes, y para apoderarse del poder mundial. Eran la verdadera encarnación del mal, parásitos que se deleitaban con la sangre de sus anfitriones racialmente superiores. El inexplicable colapso de Alemania en la Gran Guerra se debió a su «error al no reconocer el problema racial y, especialmente, la amenaza judía». La caída del antiguo Reich no fue el resultado de reveses en el campo de batalla, sino que «fue provocada por ese poder que preparó estas derrotas de manera sistemática durante muchas décadas, robándole a nuestro pueblo los instintos y fuerzas políticas y morales que son las únicas que hacen que las naciones sean capaces y, por lo tanto, dignas de existir».[5]

Alemania y toda Europa estaban al borde de un gran precipicio; la revolución judía que conduciría a la dominación mundial era inminente. Los judíos estaban detrás del bolchevismo, del liberalismo, del capitalismo plutocrático y del pacifismo, pero «para ganar poder político, el judío se quita los pocos mantos que todavía usa [...]. El democrático pueblo judío se convierte en el sangriento pueblo judío y tirano de otros pueblos» esclavizándolos, privándolos de su libertad y su fuerza. Pero «un pueblo racialmente puro que es consciente de su sangre nunca puede ser esclavizado por los judíos». Elevar esa conciencia racial era la primera tarea del nacionalsocialismo.[6]

Este último punto era particularmente crucial, ya que Alemania, creía Hitler, era la última y mejor esperanza racial de la humanidad, y estaba amenazada por un mundo lleno de peligros. La regeneración racial del pueblo alemán era una condición previa para un Estado poderoso que garantizara la supervivencia racial de Alemania y le permitiera afirmarse en un mundo impulsado por la lucha racial sin misericordia. Aunque las campañas nazis de la época anterior a 1933 se centraron en gran medida en los fallos económicos y políticos del sistema de Weimar, el desempleo masivo y la amenaza del bolchevismo, el objetivo final del partido, como resultó evidente de inmediato cuando Hitler asumió el poder, era lanzar una revolución racial.

Las líneas generales de tal visión habían estado presentes desde el principio en las páginas de *Mein Kampf*, en innumerables publicaciones del partido y en incontables discursos de campaña, pero, aun así, para algunos fue una sorpresa, e incluso un *shock*, que, entre la miríada de fantásticas y contradictorias promesas hechas por los nazis antes de 1933, la eliminación de los judíos de la vida alemana emergiese como el elemento definitorio de la agenda de Hitler. Sin embargo, no debería haber sido una sorpresa. El antisemitismo racial fanático estaba en el centro mismo de la ideología nacionalsocialista y siguió siendo la obsesión más duradera y apasionada de Hitler. Si el pueblo alemán no estaba listo para su visión radical antes de 1933 —y, tanto él como Goebbels, estaban convencidos de que no lo estaba—, él podía esperar. Pero, una vez en el poder, los nazis no dudaron en comenzar a convertir esa fijación racial en política. El pensamiento racial nacionalsocialista siguió dos hilos inextricablemente entrelazados en los que el odio feroz hacia los judíos se entremezclaba con una interpretación biológica pseudocientífica de la dinámica de la historia mun-

dial. El antisemitismo era el componente más visible y maligno de la política racial nazi, pero representaba solo una dimensión de una agenda racista más amplia. El antisemitismo brutal y encarnizado que se encontraba en las páginas de *Der Stürmer* y en las filas de las SA se fusionó con una obsesión por la eugenesia, denominada en el léxico nazi como «higiene racial». El enfoque pseudocientífico sobre cuestiones de raza se articuló en diversas publicaciones nazis, como *Volk und Rasse* («Gente y raza»), *Neues Volk* («Nuevo Pueblo»), *Das Schwarze Korps* («El cuerpo negro»), editado por las SS, y numerosas revistas médicas. Este espurio racismo «científico» fue adoptado con entusiasmo por las SS, que se consideraban a sí mismas la vanguardia ideológica del nacionalsocialismo y que estaban por encima del tipo de hostigamiento vulgar a los judíos que se daba entre los militantes del partido y las SA.[7]

Con Hitler instalado en el cargo de canciller, los nazis no perdieron tiempo para poner en marcha una serie de medidas destinadas a «limpiar el cuerpo del pueblo». Esto se lograría purgando elementos «racialmente inferiores» de la vida alemana, desde judíos y gitanos hasta los mentalmente defectuosos, los físicamente discapacitados y, finalmente, los «socialmente desviados». El régimen nacionalsocialista se autoproclamaba como un «Estado terapéutico» que garantizaría la salud pública a través de políticas raciales de natalidad, esterilización obligatoria y finalmente, en 1939, mediante un programa secreto de eutanasia.

Los nazis iniciaron su ofensiva racial en la primavera de 1933, con un aluvión de decretos destinados a expulsar a los judíos de la participación en la vida social de la nación. En un contexto de hostigamiento cotidiano, humillación y violencia contra los judíos, los nazis introdujeron la Ley de la Función Pública en abril, cuyo «párrafo ario» declaraba que

cualquier persona con un abuelo judío no era aria, y que, por lo tanto, debía retirarse de la administración pública (en mayo, *todos* los empleados públicos no arios fueron despedidos). Los gobiernos regionales y locales pronto siguieron su ejemplo. Un decreto posterior, en marzo, limitó el acceso no ario a la práctica médica, y la Ley contra la Sobrepoblación de las Escuelas y Universidades Alemanas restringió la matriculación de nuevos estudiantes judíos en cualquier escuela o universidad alemana al 1,5 % del total de solicitantes. Los judíos no podían constituir más del 5 % del total de estudiantes de ninguna institución educativa. El boicot a las empresas judías del 1 de abril fue un intento de incitar a la gente a mostrar sentimientos antijudíos, aunque la respuesta de la población fue decepcionante.

En junio, un decreto prohibió que los judíos trabajaran como dentistas o técnicos dentales en los programas de servicio público, y luego otro extendió esa prohibición a los alemanes que trabajaran en el área de la salud que estuvieran casados con personas no arias. En septiembre, la Ley sobre Granjas Hereditarias prohibió a los judíos poseer tierras o dedicarse a la agricultura. El «párrafo ario» también se aplicó en las fuerzas armadas: se prohibió que los judíos hicieran el servicio militar obligatorio y, a los que ya se encontraban en el ejército, que prestaran servicio como oficiales. Más tarde, se introdujeron medidas que buscaban alejar a los judíos de la prensa, en especial prohibirles trabajar como editores de periódicos y, a la vez, la recientemente creada Cámara de Cultura del Reich de Goebbels tomaba medidas para expulsar a los judíos de todas las áreas de la vida cultural alemana. Estas leyes, promulgadas a nivel nacional, representaban solo la punta del iceberg: los estados, los municipios y las instituciones privadas impusieron restricciones adicionales a la comunidad judía, por lo que existían

numerosas variaciones regionales de estas medidas.[8] Estas leyes tenían también otro propósito: por medio de ellas, argumentaba Achim Gercke, un especialista en asuntos raciales del Ministerio del Interior, «toda la comunidad nacional toma conciencia de la cuestión judía; aprende que la comunidad nacional es una comunidad de sangre; por primera vez entiende el pensamiento racial y, en lugar de un enfoque demasiado teórico de la cuestión judía, se enfrenta a una solución concreta».[9]

Ya en 1933 se esperaba que los alemanes llevaran un «pasaporte racial» (*Ahnenpass*) para probar su procedencia «aria» pura. Este documento casi oficial no era emitido por el Estado, pero, dada la creciente ofensiva contra los judíos, muchos sintieron que era necesario establecer una prueba de su identidad aria no mezclada. Los alemanes investigaban de modo febril su ascendencia y recorrían los archivos municipales, los registros de la Iglesia y los censos para establecer sus árboles genealógicos al menos hasta la generación de sus abuelos. Al personal de las SS y a sus esposas se les exigía que probaran sus líneas de sangre aria hasta 1800, y muchos alemanes, nerviosos, pensaron que era prudente hacer lo mismo, con la esperanza de no desenterrar un pariente judío olvidado por mucho tiempo que acechara en su pasado. Hubo una gran demanda de genealogistas. Pero en qué consistía ser un «ario» seguía sin estar claro. ¿La definición de la Ley de Función Pública de «no arios» era válida para a todos los aspectos de la vida alemana? ¿Era ese el criterio que se debía usar en cada instancia? «Busqué "arios" en la enciclopedia», informaba una desconcertada mujer a las autoridades. «Ellos viven en Asia. No tenemos parientes allí, somos de Prenzlau.»[10]

Al mismo tiempo, el régimen introdujo otro conjunto de leyes y regulaciones que afectarían de manera dramática no

solo a la pequeña comunidad judía, sino a todo el *Volk*. En junio de 1933, Wilhelm Frick formó un Comité de Expertos sobre Cuestiones de Población y Política Racial en su Ministerio del Interior. Su tarea inmediata era preparar a la población para una ley planificada que permitiera la esterilización obligatoria de las personas que sufrían discapacidades «determinadas hereditariamente». En los últimos días de Weimar, el gobierno prusiano, influenciado por leyes similares existentes en varios estados de Estados Unidos, había considerado promulgar una legislación que habría permitido la esterilización de los «hereditariamente enfermos», pero este proyecto de ley, como las versiones estadounidenses, se aplicaba a un número limitado de condiciones médicas y requería el consentimiento de la persona en cuestión o de un tutor legal.[11] El 14 de julio de 1933, Frick anunció la Ley de Prevención de Progenie con Enfermedades Hereditarias, que difería de manera crucial del proyecto de legislación de Weimar. La ley dictaba la esterilización para las personas que sufrían de una lista significativamente extensa de defectos médicos que se suponía que eran hereditarios: esquizofrenia, depresión maníaca, ceguera o sordera hereditarias, epilepsia hereditaria y deformidades físicas graves. Además, la ley era obligatoria. Como dejaba brutalmente claro, «si el tribunal termina decidiendo la esterilización, la operación debe realizarse incluso cuando la persona no quiera ser esterilizada [...]. En el caso de que otras acciones resulten insuficientes, se permite el uso de la fuerza».[12]

Poco después de la introducción de la ley de esterilización, el ministro del Interior, Frick, trató de justificar la nueva política en una emisión radiada de alcance nacional. Su mensaje fue directo. En otros tiempos, las leyes de la naturaleza aseguraban que los débiles perecieran antes de llegar a la edad reproductiva, pero, con los avances de la medicina

moderna, a los débiles se los mantenía artificialmente vivos; ese desarrollo había dañado a largo plazo la salud del pueblo. Entonces, era una obligación moral del Estado cumplir con los «deseos de la naturaleza», y era el deber del individuo estar a la altura del nuevo orden de cosas.[13]

Para implementar este sistema invasivo, el régimen promulgó la Ley de Unificación de Asuntos de Salud, que ponía todo el sistema de salud pública bajo el control nazi. Los funcionarios locales del área, nombrados por el régimen, estaban facultados para controlar la salud genética de los ciudadanos y para emitir certificados de salud genética. También estaban autorizados a ordenar la esterilización de personas genéticamente contaminadas. La ley exigía que los hospitales, los asilos, las organizaciones de asistencia social y los médicos presentaran los nombres de los pacientes que entraran en alguna de estas categorías.[14] En 1934, a los tribunales civiles se anexaron ciento ochenta y un tribunales de Salud Hereditaria, cada uno compuesto por dos médicos y un abogado, para que examinaran los casos denunciados. Sus procedimientos eran secretos y, aunque la ley establecía un proceso de apelación, apenas el 3 % de dichas apelaciones tuvieron éxito.[15]

Además de estos criterios, a aquellos a los que se consideraba «débiles mentales» se les hacía un test de inteligencia basado en criterios dudosamente científicos. Constaba de preguntas como: ¿Dónde estás? ¿Dónde vives? ¿Quién era Bismarck? ¿Quién era Lutero? ¿Cuándo es Navidad? ¿Cuántos días tiene una semana? Años más tarde, al reflexionar sobre esta prueba, Hitler comentó con ironía que, después de ver las preguntas, «al menos tres cuartas partes de [ellas] [...] habrían derrotado a mi propia buena madre. Una que recuerdo decía: "¿Por qué un barco hecho de acero flota en el agua?". Si este sistema se hubiese implementado antes de

mi nacimiento, estoy bastante seguro de que nunca debería haber nacido».[16] La debilidad mental fue el más común de los motivos de esterilización, en especial cuando, en 1934, el diagnóstico se amplió a una categoría nueva y más ambigua: «debilidad mental moral». Esta nueva categoría cubría una lista bastante elástica de anormales. Entre otros, alcohólicos crónicos, delincuentes reincidentes, vagabundos y gente de «mente anticomunitaria». Las mujeres que tenían muchas parejas sexuales, por ejemplo, eran declaradas moralmente débiles y se las esterilizaba. A los hombres que exhibían un comportamiento «promiscuo» similar no se los esterilizaba. Las mujeres eran esterilizadas mediante una operación de ligadura de las trompas de Falopio, mientras que los hombres eran sometidos a una vasectomía o, en algunos casos, a la castración. Aunque los abortos estaban prohibidos por la ley, si se trataba de personas genéticamente no aptas, el régimen los permitía en silencio. Una enmienda a la Ley de Esterilización de junio de 1935 permitió abortos para mujeres «hereditariamente enfermas» dentro de los primeros seis meses de embarazo.[17]

La ley no mencionaba la esterilización por motivos raciales, y los judíos no fueron específicamente señalados. Incluso los alemanes que tenían el pasaporte racial estaban sujetos a la supervisión nazi. En 1935, el Ministerio del Interior redactó una ley que exigía que todos los que iban a casarse obtuvieran un certificado oficial de salud genética de las autoridades de salud pública locales. Las parejas que no quisieran o no pudieran presentarlo eran declaradas no elegibles para préstamos a matrimonios, deducciones de impuestos y otros beneficios del gobierno. El hecho de no presentarlo también podía provocar una investigación oficial sobre sus antecedentes y quién sabe qué sucedería. ¿Podía interpretarse una enfermedad de la infancia común como un de-

fecto hereditario? ¿Sería suficiente para prohibir el matrimonio o, lo que es peor, para conducir a la esterilización obligatoria?[18] Si se permitía el matrimonio, a las parejas se les recordaba incesantemente su deber racial. A partir de 1936, a los recién casados se les regalaba un ejemplar de *Mein Kampf* y panfletos con consejos sobre cómo mantener un buen linaje racial. La mayoría de la literatura prescriptiva estaba redactada en términos estrictamente «científicos», pero otros, como «Los diez mandamientos para elegir pareja», invocaban tanto la ideología nacionalsocialista como la religión: «1. Recuerda que eres alemán. 2. Si eres genéticamente saludable, no debes permanecer soltero. 3. Mantén tu cuerpo puro. 4. Mantén tu alma y tu mente puras. 5. Como alemán, elige solo una pareja con sangre nórdica. 6. Cuando elijas a una pareja, pregunta por sus antepasados. 7. La salud es condición previa para la belleza externa. 8. Casarse solo por amor. 9. No elijas a alguien para divertirte. Elige una pareja para toda la vida 10. Procura tener tantos hijos como sea posible».[19]

La charlatanería científica también se fusionaba con la mojigatería nazi en la literatura de consejos. «En el amor libre», escribía un higienista racial nazi, «el impulso mutuo de unión está contenido exclusivamente en sentimientos eróticos, y la confluencia de la carga de plasma germinal de ambos padres es totalmente azarosa, mientras que la monogamia, mediante la elaboración de reservas biológicas hereditarias perceptibles, permite que la razón humana reúna existencias hereditarias de alta calidad para la procreación humana y extermine la reproducción hereditaria de calidad inferior. En este contexto, el amor libre significa la admisión de ascendencia biológica inferior para la reproducción humana y el necesario derroche de las reservas de plasma germinal de alto grado, mientras que la monogamia al menos

ofrece una oportunidad para la selección biológica y la preservación del plasma germinal de alto grado».[20]

Al tomar el control del sistema de salud pública, los nazis no tuvieron muchos problemas para reclutar el apoyo de la comunidad médica internacionalmente respetada de Alemania. Los médicos, parte de la élite social alemana, se habían inclinado hacia el nacionalsocialismo de forma muy temprana: la médica fue la profesión más representada en el Partido Nazi antes del ascenso al poder de Hitler y superaba a los abogados, maestros y profesores universitarios. Muchos, sobre todo los médicos jóvenes, estaban encantados de ver a los competidores judíos eliminados; muchos eran profundamente conservadores y albergaban concepciones antisemitas, y muchos otros fueron cautivados por las ideas nazis sobre raza, eugenesia y medicina preventiva.[21] Pero la profesión médica alemana, como el régimen nazi al que servía, no era precisamente monolítica. Muchos médicos se sentían atraídos por el enfoque enérgico de los nazis en cuanto a la salud pública y por su énfasis en la atención prenatal, en la importancia de propiciar un ambiente de trabajo saludable, en el buen estado físico, en la dieta y por los esfuerzos del régimen para frenar el consumo de alcohol y tabaco. Varios científicos alemanes preocupados por el amianto en el lugar de trabajo estaban impresionados por el programa Belleza del Trabajo, que buscaba crear un entorno laboral saludable. El Tercer Reich también lanzó lo que el historiador de la ciencia Robert N. Procter ha llamado una «guerra contra el cáncer». Los científicos médicos alemanes fueron líderes en la identificación del vínculo entre tabaquismo y cáncer, y entre la alimentación y el cáncer, y recomendaban el consumo de verduras frescas cultivadas orgánicamente y pan de trigo integral.[22]

Estas inquietudes encontraron apoyo en el no fumador, abstemio y vegetariano Führer. Hitler se inclinaba por una dieta de vegetales crudos y cereales, y sus conversaciones privadas estaban salpicadas de afirmaciones, descabelladas algunas y proféticas otras, sobre un estilo de vida saludable. «En países como Bulgaria», afirmaba, «donde la gente vive de polenta, yogur y otros alimentos similares [...], los hombres llegan a edades superiores a las de nuestra parte del mundo». Los alemanes deberían comer más pescado y menos carne, como en Italia y los países mediterráneos. «Los luchadores japoneses, que se cuentan entre los hombres más fuertes del mundo, se alimentan casi exclusivamente de vegetales. Lo mismo puede decirse de un maletero turco, que puede mover un piano él solo.» Aborrecía el acto de fumar e incluso coqueteó con la idea de acabar con la ración de cigarrillos para los soldados durante la guerra, pero, inteligentemente, decidió no hacerlo. Ninguna de estas iniciativas tuvo mucho éxito, pero el régimen promovía de modo activo un nuevo estilo de vida saludable para la *Volksgemeinschaft*.[23]

Por todas estas razones, los médicos alemanes se alinearon de inmediato con el Nuevo Orden. Escribían artículos teñidos ideológicamente sobre eugenesia en revistas profesionales, dictaban cursos de higiene racial y participaban sin poner ninguna objeción en el nuevo sistema de salud racialmente orientado del régimen. Las organizaciones profesionales médicas fueron coordinadas de inmediato y puestas bajo el control de la Liga de Médicos Nacionalsocialistas, cuya cantidad de miembros escaló de dos mil ochocientos en 1932 a once mil en octubre de 1933. Fueron muchos los médicos que se sumaron. Para 1934, la lista de los que esperaban ser admitidos en la liga era tan grande que se les recomendó a los nuevos aspirantes que no presentaran sus so-

licitudes hasta que no se terminaran de procesar las que ya habían sido ingresadas.[24] En ese mismo año, las facultades de Medicina comenzaron a exigir cursos de higiene racial, y las revistas médicas serias publicaron un flujo constante de artículos sobre eugenesia. La higiene racial también se convirtió en una asignatura obligatoria en las universidades. En 1933, solo una universidad tenía un puesto docente sobre higiene racial o eugenesia; en 1935, más de una docena de las universidades más prestigiosas de Alemania habían nombrado profesores que daban cursos sobre el tema.[25]

Ya en 1933, las autoridades de educación prusianas requirieron que la instrucción en estudios raciales se añadiera al plan de estudios, y pronto todos los estados alemanes siguieron el ejemplo de Berlín. Se exigió a las escuelas secundarias que enseñaran ciencias de herencia, ciencias raciales y de familia, así como políticas de población. Lo esencial de estos temas debía integrarse en la enseñanza de la Biología. A los estudiantes se los preparaba para pensar en categorías biológicas, para distinguir la «vida valiosa» de sus formas «degeneradas» e inferiores. Las aulas, y, de hecho, todos los discursos públicos, estaban llenos de teorías fatuas sobre pueblos arios, germánicos y nórdicos, y estos últimos eran los más elogiados por los nazis.[26]

Los higienistas raciales nazis ofrecían a los profesores de secundaria consejos sobre cómo organizar la enseñanza de cuestiones raciales. Este es un ejemplo de la tarea asignada a los estudiantes: redactar un ensayo sobre «Cómo podemos aprender a reconocer la raza de una persona». Entre otras cosas, a los estudiantes se les pedía lo siguiente:

> Resuman las características espirituales de las razas individuales [...]. ¿Cuáles son las expresiones, los gestos y los movimientos que nos permiten llegar a una conclusión sobre la actitud del alma racial? Determine

> también las características físicas que van de la mano de las características raciales específicas del alma de las figuras individuales. Trate de descubrir la naturaleza intrínseca del alma racial a través de los personajes en historias y obras poéticas. Reúna carteles de propaganda y caricaturas para su libro de razas y organícelas según un esquema racial [...]. Observe a las personas cuyas características raciales especiales hayan llamado su atención con respecto a su porte al moverse o al hablar. Observe sus expresiones y gestos. Observe al judío: su forma de caminar, su porte, gestos y movimientos al hablar. ¿Qué le parece la forma en la que un judío habla y canta? ¿Cuáles son las ocupaciones desempeñadas por los judíos que usted conoce?[27]

El objetivo final de este intenso adoctrinamiento era condicionar a los alemanes a pensar racialmente, a ver el mundo a través de una lente biológica e infundir en la sociedad un nuevo *ethos* racial. A los alemanes se les recordaba de forma constante que ya no eran meramente alemanes; eran arios, y su primer deber era para el *Volk*, definido en términos raciales. Los médicos también debían ajustar sus prioridades. Ya no estaban atendiendo al individuo, sino al *Volk*, y no había una obligación moral más alta que esa. En esta nueva sociedad biológica no podía existir la anticuada simpatía por los débiles o por los racialmente inferiores. Los sentimientos de «falsa humanidad», «piedad exagerada» y amor fraternal ya no eran valores vigentes. Como explicó en una emisión radiada a la nación, en julio de 1933, Walter Gross, una figura central en la articulación y aplicación de la política racial nazi, «la revolución [nazi] que acaba de comenzar no solo crea nuevas normas políticas, sino también nuevos seres y una nueva comprensión de la historia [...]. Nuevos valores y juicios cambian nuestros puntos de vista no solo sobre el futuro, sino también sobre el pasado».

Usando la terminología de Nietzsche, explicó que «esta transvaloración de los valores marca nuestro tiempo y lo justifica como una revolución espiritual genuina». Invitaba a los alemanes a unirse a él en «una cruzada» para crear «un nuevo orden moral».[28]

Para justificar aún más las medidas de esterilización, el régimen lanzó una campaña de relaciones públicas en la que destacaba que «no estamos solos», y señalaba que Estados Unidos, Noruega, Dinamarca, Suecia y Finlandia tenían leyes similares (por supuesto, no se mencionaba que en esos países la esterilización era voluntaria). La campaña también hacía hincapié en la abrumadora carga financiera que el contribuyente alemán se veía obligado a soportar para el cuidado de los discapacitados graves. Con asombrosa insensibilidad, mostraban fotografías de niños discapacitados junto a otras de niños sanos de mejillas sonrosadas, acompañadas por gráficos que pretendían documentar los exorbitantes costes de mantener a los discapacitados. Estos gráficos ilustrados, que aparecían en periódicos, revistas y carteles, documentaban de manera muy visible la sangría que representan las personas con discapacidad para la economía y les recordaban a los contribuyentes que eran ellos quienes estaban pagando la factura de este falso «humanitarismo» en un momento difícil de recuperación económica. Como decía con franqueza un cartel, «el genéticamente enfermo daña a la comunidad. Los saludables preservan el *Volk*».[29]

Para coordinar y unificar toda la educación y la propaganda en los ámbitos de población y cuestiones raciales, en mayo de 1934 los nazis crearon la Oficina de Política Racial (Rassenpolitisches Amt). Si bien era una oficina del partido, y no un departamento o ministerio gubernamental formal, su influencia llegaba a todos los rincones de la vida alemana. Dirigido por el fanático médico Walter Gross, pronto se

convertiría en una de las organizaciones más importantes del Tercer Reich. Además de realizar una campaña continua para «iluminar» a la población sobre cuestiones raciales, dirigía una escuela de capacitación para médicos y estudiantes de Medicina, y brindaba instrucción a los miembros de las SS. Llevaba la ideología racial nazi a la arena pública más que cualquier otra institución. El espectro de sus actividades era impresionante. En un período de tres meses, en 1938, patrocinó mil ciento seis reuniones públicas a las que asistieron 173 870 personas, y realizó 5172 actos escolares en los que participaron un total de 330 972 alumnos. Organizó miles de retiros y seminarios de una semana para los miembros del partido, y produjo trescientas cincuenta películas cuyo mensaje explícito era menospreciar el «humanismo blando» de quienes albergaban reservas morales sobre la esterilización, un mensaje que también apareció en su revista ilustrada, *Neues Volk*. En 1939, la oficina contaba con tres mil seiscientos empleados.[30]

Como todas las organizaciones de la Alemania nazi, encontró competidores permanentes: las SS tenían su propia sección racial, al igual que el Ministerio de Propaganda, la Oficina de Salud Pública del partido, el Ministerio del Interior, el Frente del Trabajo, la Liga de Médicos y el Ministerio de Educación, que autorizó a la Liga de Maestros Nacionalsocialistas a organizar campamentos de entrenamiento para equipar a los maestros con material educativo sobre la herencia y la raza para el aula. Se estima que doscientos quince mil de los trescientos mil maestros del Reich asistieron a estos encuentros en cincuenta y seis campamentos regionales y centros nacionales que combinaban atletismo, ejercicios militares e instrucción en la ideología nacionalsocialista. Incluso el ejército creó una oficina para tratar asuntos raciales.[31] En 1934, la sociedad alemana estaba completa-

mente inmersa en organizaciones y eventos dedicados al adoctrinamiento racial nazi. No había escapatoria; no había manera de ignorarlo.

En 1934, el primer año en que la Ley de Esterilización entró en vigencia, se realizaron cincuenta y seis mil intervenciones. En los años siguientes, el ritmo no bajó. Entre 1934 y 1939, la cantidad de esterilizaciones realizadas promediaba las cincuenta mil por año, y se repartían casi por igual entre mujeres y hombres. No hubo desacuerdo u oposición pública. Para 1941, en el Reich se habían realizado entre trescientas cincuenta mil y cuatrocientas mil esterilizaciones involuntarias. Hitler era un ferviente defensor del programa, pero pronto planteó que la eutanasia sería más efectiva para librar al *Volk* de sus elementos más débiles. Tal empresa, observó, sería mejor emprenderla al amparo de la guerra y, si llegaba la guerra, autorizaría un programa nacional de eutanasia.[32]

En 1939 le encargó al doctor Karl Brandt que formara un comité asesor para prepararse para la selección y el exterminio de niños físicamente deformes y mentalmente defectuosos. En la escalofriante terminología del Estado nacionalsocialista, estos candidatos a la eliminación representaban la *lebensunwertes Leben* («vida indigna de ser vivida») y debían ser eliminados para mejorar la salud racial del *Volk*. La Cancillería de Hitler sería directamente responsable de la operación, que se llevaría a cabo en el más absoluto secreto. Según el plan, los médicos debían informar a las autoridades sanitarias locales acerca de todos los casos de recién nacidos con defectos congénitos o deformidades de cualquier tipo. También tenían que registrar a cualquier niño que estuviera bajo su cuidado hasta la edad de 3 años y padeciera estas afecciones. A continuación, se enviarían extensos cuestionarios a la sede central de Berlín, ubicada en una vi-

lla en la Tiergartenstrasse 4, de donde la operación tomó su nombre en clave, «T4». Allí eran evaluados por un comité de tres médicos que marcaba a los elegidos para la «selección» con un signo más, y a los que se les permitía vivir con un signo menos. El comité nunca examinó a los niños en persona ni realizó consultas de seguimiento con los médicos locales. Las decisiones se tomaban únicamente sobre la base de los cuestionarios. Los niños seleccionados eran transportados a una de las veintiocho instituciones médicas especialmente equipadas para este fin. A los padres se les decía que los trasladaban para mejorar el tratamiento de su hijo y no se permitían visitas.[33]

Los métodos para matar variaban, pero los más comunes eran las inyecciones letales y el envenenamiento con gases. Seis de los hospitales estaban equipados con cámaras de gas especialmente construidas, donde se llevaron a cabo los primeros experimentos con gas venenoso. En algunas instalaciones, los niños morían de hambre lentamente; en otras, se los dejaba solos en habitaciones sin calefacción para que murieran por exposición al frío, lo que les permitía afirmar que el deceso se debía a causas naturales. Al cabo de un año, el parámetro de edad del programa se amplió e incluyó a niños de hasta 7 años; luego 8, 12 y finalmente, 17.

En julio de 1939, el programa pasó a incorporar a la población adulta. Personas que con el antiguo programa habrían sido esterilizadas, ahora serían descartadas de una vez por todas. En 1940 se crearon camionetas especialmente equipadas con gas que podían ir de una instalación a otra. Las víctimas eran colocadas en las camionetas cerradas, que luego eran llenadas con monóxido de carbono. El doctor Leonardo Conti, que trabajaba con Brandt, había elaborado un plan para el exterminio de todos los pacientes con problemas mentales y con discapacidades físicas severas de

Alemania. Era administrado por Philipp Bouhler, el jefe de la Cancillería del Führer, que operaba bajo la cobertura de una organización *ad hoc* que le servía de fachada: el Comité para el Tratamiento Científico de Enfermedades Graves Determinadas Genéticamente.[34]

Los padres y seres queridos recibían una carta estándar que les informaba que, lamentablemente, su hijo o hija, hermano o hermana habían muerto en forma repentina de neumonía, edema cerebral, apendicitis u otras causas inventadas. Debido a la preocupación por que hubiera una epidemia, según las cartas, los cuerpos eran incinerados de inmediato y a su debido tiempo recibirían las cenizas de sus seres queridos. Pero, cuando los parientes comenzaron a notar que otras familias recibían la misma carta con la misma causa de muerte y la misma fecha, comenzaron a surgir sospechas. Los rumores se difundieron y un oficial de la policía local incluso realizó arrestos en uno de los hospitales, pero pronto se le informó de que la política de eutanasia provenía directamente del Führer. Para aquietar las crecientes sospechas públicas, Martin Bormann ordenó al personal del T4 que redactara varios formatos diferentes de cartas y el descontento se calmó, hasta que en julio de 1941 el cardenal de Münster, Clemens von Galen, en una serie de sermones, hizo acusaciones públicas de eutanasia forzada. La política estatal de eutanasia era «lisa y llanamente un asesinato», argumentaba, y sus sermones provocaron una fuerte reacción popular. El programa fue suspendido por un tiempo, pero para entonces ya se habían hecho planes para una solución mucho más drástica. De hecho, después de una breve pausa, el programa reanudó sus operaciones y continuó hasta 1945. Para cuando el T4 fue momentáneamente suspendido, el 14 de julio de 1941, setenta mil adultos alemanes y veinte mil «niños sin valor racial» habían sido ex-

terminados y se estima que, al final de la guerra, sus víctimas habían llegado a las doscientas mil en Alemania y otros lugares.[35]

El compromiso del Tercer Reich con la «higiene racial» era cruel e insensible. El hecho de que estuviera disfrazado de «objetividad» y de pseudociencia no lo hacía menos violento. El antisemitismo nazi mezcló esa misma fijación con un odio venenoso que solo se hizo más intenso a medida que el régimen maduraba. Ambas obsesiones estaban entrelazadas de manera inextricable y se reforzaban mutuamente, una fusión ideológica que encontró expresión explícita en las llamadas «Leyes de Núremberg» de 1935. A lo largo de 1934, el régimen refinó su legislación eugenésica y antisemita eliminando las exenciones para los veteranos de guerra judíos en las que Hindenburg tanto había insistido. Para su disgusto, los nazis habían descubierto que esas exenciones resultaron ser la regla y no la excepción. Dada su implacable propaganda, que afirmaba que los judíos habían eludido sus deberes durante la Gran Guerra, los nazis quedaron perplejos al descubrir que cien mil judíos habían servido en el ejército, setenta y ocho mil en el frente; doce mil murieron en combate y treinta mil recibieron condecoraciones por su valor.[36] El resultado fue que el 60 % de los médicos, abogados, maestros y otros funcionarios judíos estaban exentos del «párrafo ario» de la Ley de la Función Pública. Para no ser disuadido por datos inconvenientes, el régimen comenzó a eliminar poco a poco esas exenciones y continuó reduciéndolas hasta que, al final de 1938, ya no había ninguna.[37]

Al estallido inicial de la legislación racial de 1933-1934 le siguió una calma relativa en la campaña contra los judíos, al menos en el ámbito nacional. No se promulgaron nuevas leyes discriminatorias importantes, pero la violenta retórica

antisemita del régimen siguió siendo tan salvaje como siempre. «Conocemos a los judíos», tronaba Himmler en una ceremonia pública para los granjeros alemanes en 1935. «Este pueblo compuesto de los productos de desecho de todos los pueblos y naciones de este planeta en las que ha impreso las características de la sangre judía, el pueblo cuyo objetivo es la dominación del mundo, cuyo aliento es la destrucción, cuya voluntad es el exterminio, cuya religión es el ateísmo, cuya idea es el bolchevismo.»[38]

Las reticencias del régimen a emprender acciones radicales contra los judíos durante 1934 hasta los primeros meses de 1935 fue el resultado de una serie de factores diferentes, algunos internos y otros del ámbito de las relaciones exteriores. La crisis con las SA y su resolución violenta en el verano de 1934 absorbieron gran parte de la energía del régimen en términos internos, mientras que la decisión de Hitler de retirarse de la Liga de las Naciones en octubre de 1933, y la posterior complicidad en un fallido golpe de Estado de nazis austríacos en julio de 1934, pusieron a una ya débil Alemania en una posición internacional cada vez más aislada. Mediante un plebiscito en la región del Sarre para determinar si el área estratégicamente importante del oeste quería volver a depender de Alemania después de quince años de administración de la Liga de las Naciones, Hitler quería destacar la estabilidad del Tercer Reich y restar importancia al radicalismo nazi, que podría asustar y alejar a muchos que no eran nazis comprometidos.[39]

En lugar de emitir nuevas leyes discriminatorias, el régimen toleró y, es más, alentó tácitamente a las tropas de asalto y a los militantes del partido para que intensificaran el acoso de las bases contra los judíos. En la primavera de 1935, tras la abrumadora victoria de Hitler en el plebiscito del Sarre (90,8 % de los votos), se extendió por todo el país

una nueva oleada de violencia antisemita. Extremistas locales organizaban manifestaciones ante tiendas judías, rompían sus vidrieras, atacaban a sus dueños y amenazaban a los compradores que se atrevieran a entrar en ellas. Acosaban a los judíos en las calles, disparaban contra sus hogares, pintaban eslóganes antisemitas —«Muerte a los judíos», «Mueran los judíos»— en las paredes, en las sinagogas destrozadas o en tumbas rotas en los cementerios judíos; intimidaban a los niños judíos en su camino a la escuela y a cualquiera que se relacionara con ellos lo insultaban llamándolo «esclavo de los judíos» (*Judenknecht*). Comunicaban a la policía los nombres de los judíos y de sus parejas arias sospechosos de tener una relación romántica o íntima, lo cual era, en ese momento, una violación de una ley inexistente. Frente a todo esto, el régimen cerró los ojos con benevolencia. Los líderes del partido veían estas acciones independientes contra los judíos como una válvula de escape muy necesaria para los elementos extremistas del partido, que se sentían frustrados por lo que consideraban una excesiva lentitud en las acciones antisemitas del Estado. Una campaña intensificada contra los judíos proporcionaría a las tropas de asalto una nueva misión y reviviría sus decaídos y sacudidos espíritus tras la purga de Röhm.

Estos actos públicos de persecución fueron aumentando en los primeros meses de 1935. De la prensa del partido salía una envenenada retórica antijudía, y en todo el país se instaló una «atmósfera de pogromos». La policía de Colonia informó de hechos tales como piedras arrojadas a las ventanas de los hogares judíos, judíos golpeados en tabernas, una sinagoga destrozada, y objetos sagrados profanados y arrojados a la calle.[40] En Rhina, una aldea al este de Hesse, una pandilla de unos veinte hombres, vestidos de negro y con máscaras, irrumpieron en una sinagoga justo cuando termi-

naba el servicio y atacaron salvajemente con porras de goma a los miembros masculinos de la congregación.

La presión entre los activistas del partido para que se hiciera alguna intervención gubernamental contra los matrimonios interraciales y contra las relaciones sexuales entre judíos y no judíos, actos de «contaminación racial» (*Rassenschande*), como lo calificaban los nazis, iba en aumento. En Mannheim, durante el mes de agosto, el periódico regional nazi publicó una serie constante de artículos con titulares tan estridentes como «Un judío de Heidelberg como profanador de razas», «Médico judío y su amante judía detenidos», «Sádicos judíos y profanadores de razas», «Los profanadores de razas serán eliminados». En Kiel, los dueños de los cines anunciaron que los judíos ya no serían admitidos en sus locales.[41]

Para fines del verano, el vandalismo nazi dirigido contra los judíos se estaba volviendo impopular entre el pueblo alemán en general, inquieto por las violaciones flagrantes del compromiso de la dictadura con la ley y el orden. El jefe de la Policía Estatal de Aquisgrán declaró a principios de septiembre que «en mi distrito, el manejo de la cuestión judía ha provocado un gran resentimiento, ya que la mentalidad de la población católica considera principalmente a los judíos como seres humanos y solo secundariamente juzga el asunto desde un punto de vista político racial». Esa actitud se evidenció en la tibia respuesta al boicot, a las leyes de esterilización y a otras iniciativas nacionalsocialistas en materia de política racial. Los buenos ciudadanos, comentaba sarcásticamente, eran en realidad tolerantes con los judíos en general y rechazaban de manera deliberada las acciones emprendidas contra judíos individuales. «En el futuro, por lo tanto, es aconsejable evitar acciones independientes al tratar con los judíos.» Como lo expresó la socialdemocracia

clandestina en el Palatinado, «no es exagerado decir que las cuatro quintas partes de la población rechazan esta persecución a los judíos»,[42] pero ese descontento se limitaba a la privacidad de sus hogares o a la intimidad con los amigos cercanos de la familia.

Aun así, las acciones radicales, a menudo violentas, de los militantes del partido también resultaban ser cada vez más incómodas para el gobierno. El ministro de Economía, Schacht, estaba preocupado porque estos estallidos de anarquía e inestabilidad estaban teniendo un impacto negativo en las relaciones comerciales internacionales de Alemania. Los nazis también se enfrentaron a otra restricción: con los turistas y la prensa mundial con la mirada puesta sobre Alemania debido a los Juegos Olímpicos en Berlín y en Garmisch-Partenkirchen de 1936, el régimen estaba ansioso por evitar escenas embarazosas. En agosto, después de un desorden particularmente desagradable de las SA en la Kurfürstendamm, la principal calle comercial de Berlín, Hitler ordenó poner fin a este comportamiento. Los carteles de «No se aceptan judíos», omnipresentes en los escaparates hasta hacía poco, fueron discretamente escondidos, la prensa nazi atenuó sus diatribas antisemitas y las exhibiciones públicas de hostigamiento hacia los judíos pasaron a un silencioso segundo plano. El Tercer Reich quería causar una buena impresión, mostrarle al mundo esta nueva Alemania confiada, bien ordenada y feliz.[43]

Sin embargo, dada la presión de los militantes locales y las peticiones de una legislación que regulara el estatus de los judíos en Alemania, Hitler consideró que era necesario algún tipo de acción legal para que el gobierno del Reich recuperara la iniciativa y orientara el extremismo militante hacia causas manejables. Desde 1933, el Ministerio del Interior había estado considerando medidas que privaran a los

judíos de su ciudadanía —después de todo, era uno de los Veinticinco Puntos originales del partido— y Hitler estaba muy interesado en la idea. Se habían hecho varios esfuerzos esporádicos por redactar una legislación a tal efecto, pero por diversas razones se había avanzado poco. Del mismo modo, Roland Freisler, un influyente secretario de Estado en el Ministerio de Justicia y luego fanático juez del temido Tribunal Popular, hacía mucho tiempo que luchaba por una ley que prohibiera el matrimonio entre judíos y arios y que considerara también delito las relaciones sexuales entre ellos, otra de las ideas largamente cultivadas por Hitler.[44]

Aunque el gobierno del Reich no había avanzado demasiado en estos asuntos, funcionarios del partido de ámbito local sí lo hacían y arrestaban a judíos sospechosos de tener relaciones sexuales con arios, un delito conocido como «traición racial». En algunas zonas, grupos violentos detenían a presuntos transgresores y los entregaron a las autoridades, aunque no estaba del todo claro qué ley estaban violando. En algunas comunidades, los empleados del registro civil se negaban a otorgar licencias de matrimonio a parejas mixtas y las denunciaban a las autoridades nazis locales. Para unificar y organizar un poco esa situación, la Gestapo intervenía y ordenaba a los empleados que denunciaran a todos esos futuros matrimonios para que sus agentes pudieran «iluminar» al miembro ario de la pareja sobre su inminente error.[45]

Tal era la situación cuando el partido se preparaba para el congreso de 1935 en Núremberg, que comenzaría el 9 de septiembre y terminaría el 15. El clímax del gran evento siempre era el discurso del Führer en el último día de las festividades, y Hitler pensaba anunciar una nueva ley, la

Ley sobre la Bandera del Reich, que haría que el estandarte con la esvástica del partido fuera formalmente la bandera nacional de Alemania. Para añadir un giro ideológico especial a la ley, a los judíos se les prohibiría izar la bandera o mostrar los colores nacionales. En el Tercer Reich, los judíos alemanes nunca podrían ser acusados de ser antipatriotas: se les prohibía ser patriotas. Se pensó que quizás Hitler también hiciera algunos comentarios sobre política exterior. Para darle más solemnidad a la ocasión, se convocó al casi olvidado Reichstag en Núremberg para una sesión especial el día 15. Su papel en el evento fue actuar como coro cantando su superfina aprobación en los momentos apropiados antes de poner su sello a la legislación.

Pero dos días antes de pronunciar su discurso, Hitler cambió de idea. La Ley sobre la Bandera no era suficientemente trascendental o estimulante. Necesitaba algo más, algo con mayor carga ideológica. En un discurso anterior en ese congreso, Gerhard Wagner, líder de la Liga de Médicos Nacionalsocialistas, había propuesto una ley que prohibiera los matrimonios mixtos entre judíos y arios, y, a última hora de la noche del día 12, Hitler decidió que esa nueva y drástica legislación racial era lo que necesitaba. Se encomendó a funcionarios del Estado y del partido la tarea de preparar un borrador. Se hizo que Bernhard Lösener, quien se ocupaba del departamento del Ministerio del Interior para Asuntos Judíos, volara desde Berlín, y un pequeño equipo de funcionarios trabajó de forma frenética toda la noche para elaborar un anteproyecto. Se le presentaron a Hitler varias versiones de la ley propuesta, una de las cuales estaba escrita en la parte de atrás de un menú, y a las 2:30 de la mañana del día 15, pocas horas antes de su discurso de clausura, eligió la versión más «moderada». A las 8 de la noche de ese día, de pie ante el Reichstag allí reunido, Hitler anun-

ció lo que se conocería como las «Leyes de Núremberg». Göring tuvo el honor de leer el texto.[46]

La Ley sobre la Bandera del Reich, que ya era casi una idea menor, fue superada por otras dos, la Ley de Ciudadanía del Reich y la Ley para la Protección de la Sangre y el Honor Alemán. La primera privaba a los judíos de su ciudadanía alemana: a partir de ese momento debían ser considerados «súbditos» del Reich, extranjeros en su propio país. Aunque, además de quitarles los derechos políticos, que ya eran pocos en la Alemania nazi, la ley no eliminaba ningún derecho específico, dejó a la pequeña comunidad judía completamente vulnerable a los caprichos del régimen… y de sus vecinos. De más graves consecuencias era la Ley para la Protección de la Sangre y el Honor Alemanes, a menudo llamada simplemente «Ley de Protección de Sangre», dado que prohibía el matrimonio y las «relaciones sexuales fuera del matrimonio entre judíos y arios». También vedaba que las mujeres alemanas menores de 45 años trabajaran en hogares judíos, una expresión del predominante estereotipo nazi que veía a los hombres judíos como criaturas sexualmente voraces a las que no se le podía confiar una mujer aria en edad fértil.[47]

La decisión de última hora de Hitler de promulgar estas medidas era característica de su liderazgo y muy propia de su manera de gobernar el Tercer Reich. No había acudido a Núremberg con la intención de anunciar una nueva iniciativa en materia de política racial nazi, ni las leyes eran una escalada cuidadosamente calculada de la persecución hacia los judíos por parte del régimen o un paso planeado en una inevitable marcha hacia el genocidio. En cambio, su anuncio repentino, en septiembre de 1935, después de unas frenéticas treinta y seis horas de redacción en Berlín y Núremberg, es un claro ejemplo de la constante improvisación en la to-

ma de decisiones de los nazis: una acción espontánea y aciaga decidida dentro de un contexto ideológico. Y, sin embargo, aunque el momento elegido para esas leyes no fue calculado, su contenido difícilmente fuera improvisado o espontáneo. Hitler —y muchos otros líderes del partido— habían favorecido desde hacía mucho tiempo algún tipo de legislación discriminatoria que prohibiera el matrimonio mixto y las relaciones sexuales entre judíos y arios, y despojarlos de su ciudadanía había sido una demanda recurrente desde los primeros días del NSDAP Las burocracias estatales y del partido venían realizando trabajos fragmentarios sobre estas ideas desde el verano de 1933.

También era sintomático del *modus operandi* de Hitler que, después de disparar un bombardeo ideológico arrollador contra los judíos, dejara en manos de los funcionarios del partido y del Estado la traducción de sus declaraciones a políticas prácticas y, aquí —de nuevo, como era característico—, se podía encontrar poco acuerdo. En su prisa por redactar las leyes, los funcionarios nazis dejaron muchas preguntas sin respuesta. La más importante —e irritante— era exactamente a quién se debía clasificar como judío y cómo hacerlo. Ni Hitler ni la burocracia nazi habían abordado esta cuestión. ¿Bastaba con tener un abuelo judío, como lo había dictado la Ley de la Función Pública de 1933? ¿Dos abuelos judíos? ¿Tres? Los funcionarios estatales, en particular el ministro de Economía, Schacht, y el ministro de Asuntos Exteriores, Konstantin von Neurath, insistían en que fueran tres abuelos; los extremistas del partido, encabezados por Rudolf Hess, en uno solo. El ejército, preocupado por sus necesidades de personal, también esperaba una definición más restringida.

Una vez que su andanada fue disparada, Hitler, como de costumbre, no podía ser molestado con los detalles.[48]

Cuando, varias semanas después de su dramático anuncio en Núremberg, en una reunión de las facciones enfrentadas, se le pidió que decidiera el asunto de una vez por todas, de manera característica se negó a adoptar una posición o siquiera a abordar el asunto. En cambio, soltó una larga diatriba contra el nefasto papel de los judíos en la historia alemana y luego salió de la sala dejando que los funcionarios del partido y del Estado resolvieran las cosas. Era algo típico de él. Un mes más tarde, cuando descubrió que aún no se había alcanzado un acuerdo sobre quién era considerado judío y que de nuevo se esperaba que él lo decidiera en una reunión similar, canceló la reunión de manera abrupta, y el secretario de Estado, Hans Lammers, anunció a los frustrados funcionarios que el Führer tenía cosas mucho más importantes que hacer que ser árbitro en un debate entre las facciones nazis enfrentadas. El mensaje fue que llegaran a un acuerdo y no molestaran al Führer con los detalles.

Al final, se impuso la posición del Estado: se determinó que tres abuelos judíos eran decisivos. La situación de los individuos racialmente mixtos —mitad judíos (dos abuelos judíos) o un cuarto judíos (un abuelo judío)— siguió siendo durante años una fuente de conflicto y confusión dentro del régimen. En noviembre, un suplemento a la Ley para la Protección de la Sangre y el Honor Alemanes clasificaba a cualquier persona con dos abuelos judíos como «una mezcla de primer grado» (*Mischling erster Grad*), excepto cuando los abuelos eran practicantes religiosos, en cuyo caso el individuo era declarado «judío completo». La introducción de la práctica religiosa como una consideración fue una sorpresa, ya que era totalmente incoherente con la posición oficial del partido de que los factores religiosos y ambientales eran irrelevantes, y que la sangre lo era todo. Cualquier persona con un abuelo judío —un cuarto judío— era declarada

Mischling de segundo grado. Una investigación de la Asociación Central de Judíos Alemanes determinó que quinientos dos mil doscientos judíos completos vivían en Alemania en mayo de 1935 y, usando las categorías que se establecerían formalmente como resultado de las Leyes de Núremberg, el estudio calculó que los medio judíos eran entre setenta mil y setenta y cinco mil, y que entre veinticinco mil y ciento treinta mil eran un cuarto judíos.[49]

Las clasificaciones tendrían serias implicaciones. Los un cuarto judíos debían ser tratados como arios virtuales: se les permitía servir en el ejército y casarse con arios; a los medio judíos, no. Aunque a los *Mischlinge* de primer grado se les prohibía casarse con un ario, podían apelar al propio Hitler para una exención especial. Pocas de esas apelaciones tuvieron éxito. Las complejidades mendelianas creadas por las leyes condujeron a una plétora de problemas inesperados, por lo que los juristas nazis se reunieron una y otra vez para debatir si tal o cual ley antisemita podía o debía aplicarse en el caso de *Mischlinge*. ¿Cómo se debía clasificar a un hijo de un cuarto de judío y de un medio judío? ¿Qué hay del hijo de dos cuartos judíos? ¿Y qué significaba en realidad «ser judío religioso practicante»? Las combinaciones eran innumerables y objeto de un debate interminable dentro del partido y de la burocracia estatal. En total, hubo cinco suplementos a la Ley de Protección de Sangre entre 1935 y 1939 que trataron de aclarar el estatus de *Mischlinge*. La cuestión de cómo considerarlos todavía se estaba debatiendo vigorosamente en la infame Conferencia de Wannsee de enero de 1942.[50]

Eso no era todo. Muchos en el partido consideraban que prohibir «las relaciones sexuales fuera del matrimonio», tal como se definía en la Ley de Protección de Sangre, era demasiado limitado para proteger el acervo racial de Alema-

nia. Esa ley mencionaba explícitamente las relaciones sexuales, pero esto, según los especialistas legales nazis, era solo el punto de partida. A medida que las batallas se multiplicaban en los tribunales inferiores, el estatuto se amplió para abarcar una amplia gama de prácticas sexuales, y los casos resultantes a menudo llevaron a procedimientos extraordinariamente gráficos. En diciembre de 1935, el asunto llegó a la Corte Suprema alemana, que emitió un fallo declarando que «el término relaciones sexuales» incluía «todas las formas de relaciones sexuales naturales y antinaturales, es decir, tanto el coito como aquellas actividades sexuales con la persona del sexo opuesto que están destinadas, por la forma en que se realizan, a sustituir el coito con el fin de satisfacer el deseo sexual de al menos uno de los compañeros».[51] A esto había llegado la jurisprudencia alemana bajo el nacionalsocialismo.

Los primeros juicios que se iniciaron a partir de las Leyes de Núremberg comenzaron en diciembre de 1935, y el número aumentó de forma constante durante los años siguientes. Entre esos primeros juicios y finales de 1940, los tribunales alemanes condenaron a mil novecientas once personas por el delito de mestizaje. Todos eran hombres y la mayoría eran judíos, un reflejo de la creencia de Hitler de que, en asuntos sexuales, las mujeres eran esencialmente pasivas. Las sentencias variaban desde el encarcelamiento por dos o más semanas hasta los dos años. Estas cifras probablemente subestimaran la cantidad de casos, ya que, en junio de 1937, Reinhard Heydrich, jefe del SD y el segundo hombre más poderoso de las SS, emitió un decreto según el cual un sospechoso podría ser enviado directamente a un campo de concentración sin ser primero sentenciado por un tribunal.[52]

Dadas las circunstancias, cualquier tipo de interacción social normal entre judíos y no judíos se tornó imposible. Los alemanes «arios» se volvieron cautos y esquivaban a sus antiguos amigos judíos; los judíos se encerraban en sí mismos. Hubo algunas almas valientes «que mantuvieron una relación amistosa y de buena vecindad en Alemania», pero eran casos aislados y se los despreciaba como «esclavos de judíos». En Breslau, el periódico nazi local publicó los nombres y direcciones de «mujeres y jóvenes arias que mantienen relaciones íntimas con los judíos». Los hombres de las tropas de asalto colocaron carteles en toda la ciudad, en los cuales aparecían escritos los nombres de esas mujeres y de los judíos, y los nazis locales tomaban fotografías de clientes arios que entraban en negocios o empresas judías. [53]

La mayoría de estos casos eran resultado de denuncias anónimas. Y todo era sospechoso. Un apretón de manos, un toque en el hombro, un ligero gesto de saludo con la mano, incluso una mirada podía hacer que alguien fuera entregado a la Gestapo o a la policía local. Tan sobrecargadas estaban las autoridades por estas denuncias anónimas, muchas de las cuales eran descartadas, que la Gestapo tuvo que emitir advertencias contra las denuncias frívolas.[54] Aun así, el resultado fue que los judíos se retiraron cada vez más de la interacción social común con sus vecinos alemanes, e incluso las amistades entre los «arios» y los judíos se fueron desintegrando poco a poco. Los judíos no fueron forzados a la segregación física —no había guetos—, pero su aislamiento social y psicológico fue casi completo. Aislados por sus vecinos, aterrorizados por los militantes nazis y desprotegidos por la policía, los judíos bajaban la cabeza.

La comunidad judía en Alemania no se derrumbó ni se marchitó y murió. Funcionarios de todo el país informaban

de una mayor actividad de las organizaciones judías: veteranos, clubes deportivos, grupos de jóvenes y sociedades de bienestar judías eran particularmente activos; incluso los periódicos judíos, como el ampliamente distribuido *Jüdische Rundschau*, continuaron publicándose hasta entrado 1938. Se realizaban series de conferencias, se llevaban a cabo veladas culturales y también había conciertos de músicos judíos. Se mantuvieron conversaciones sobre Palestina y las posibilidades de establecerse allí, un tema que antes de 1933 había despertado poco interés en la comunidad judía alemana. Algunos judíos tenían la esperanza de que las Leyes de Núremberg, por odiosas que fueran, pondrían fin al terror de las SA y establecerían un marco legal para continuar la vida judía en la Alemania nazi. Así, tal vez, habría estabilidad y la posibilidad de vivir sin ser molestados en su tierra natal.

En 1933, cerca de treinta y ocho mil judíos abandonaron Alemania; en 1934 se sumaron veintidós mil. En 1935, el número bajó a veintiún mil, e incluso un pequeño número regresaron porque consideraban que vivir una vida reducida en el exilio era más traumático que hacerlo en su país, donde tenían raíces, habían formado una comunidad y llevaban adelante su propia vida cultural alemana. La aprobación del servicio militar obligatorio y la posterior creación de un ejército alemán, en la primavera de 1935, llevaron a algunos judíos a expresar su interés por unirse al ejército como buenos patriotas alemanes. Eran muchos los que habían servido honradamente en la Gran Guerra. Sus peticiones fueron rechazados con desprecio en medio de las sospechas nazis de que esos ofrecimientos para alistarse no eran más que una hábil táctica judía para infiltrarse en el ejército y tener así la oportunidad de regresar a la corriente principal de la vida pública alemana.[55]

Sin embargo, a mediados de la década de 1930 parecía posible, aunque en circunstancias muy estrechas, vivir en Alemania, y los judíos luchaban por interpretar las señales ambiguas que recibían del Estado y de la gente en general. En los años previos a la guerra, los judíos se enfrentaron a diferentes prácticas locales y regionales, algunas de las cuales se apartaban ligeramente de las directivas nacionales. Quedaba en sus manos interpretar señales mezcladas no solo del Estado sino, también, de simpatizantes «arios», una situación confusa que al menos les daba un rayo de esperanza. A pesar de la notable tenacidad de las organizaciones judías y de la mínima vida pública judía, la vida de los judíos pendía de un hilo. Aislados, decididos a no hacer nada que pudiera atraer la atención hacia ellos y a no criticar abiertamente al régimen, algunos quemaban sus papeles, cartas, recortes de periódico, cualquier cosa que pudiera interpretarse como antinazi o subversiva. Muchos estaban convencidos de que sus teléfonos estaban intervenidos y de que abrían su correspondencia, un temor que compartían, aunque de manera más intensa, con gran parte del pueblo alemán. El miedo era su compañero constante. Era peligroso incluso estar en presencia de cualquiera, incluidos los «arios», quienes se quejaban por cualquier cosa del régimen, por trivial que fuera. Una mujer judía, al oír a una vecina aria en una tienda refunfuñar por el precio de la manteca, «¿no le parece?»; «no respondí y me fui corriendo sin comprar nada. Yo estaba asustada. Miedo, miedo, miedo: mañana, mediodía y noche. El miedo nos seguía hasta en nuestros sueños, nos destrozaba los nervios. Qué imprudente, qué desconsiderado que esa mujer hablara así en público».[56]

Después de las Leyes de Núremberg, el régimen no introdujo nuevas iniciativas en política racial en 1936 y 1937, lo

que ha llevado a muchos a hablar de una tregua en la persecución nazi de los judíos. Para algunos, el hostigamiento racial del régimen contra los judíos parecía haber perdido impulso. Eso fue solo superficialmente cierto. Aunque en esos años no se trató ninguna legislación importante sobre política judía, se introdujeron cinco suplementos a la Ley de Protección de Sangre entre 1935 y el final de 1938 que limitaron aún más las vidas de los judíos de Alemania. Se les prohibió, de forma sucesiva, practicar la Odontología y la Abogacía, distribuir estampillas, trabajar como boticarios, y ser dueños de restaurantes o bares; ser auditores, dietistas y agrimensores, y el quinto suplemento, de septiembre de 1938, liquidó los bufetes de abogados judíos y puso fin a cualquier forma de práctica médica por parte de doctores judíos. El estatus de *Mischlinge* era un objetivo central y con cada nuevo suplemento su posición se deterioraba.[57]

En estos años, las iniciativas raciales nazis quedaron relegadas a un segundo plano detrás de las dramáticas jugadas de política exterior de Hitler, que centraron la atención de la nación y aumentaron enormemente su popularidad. En 1935 anunció que Alemania formaría un ejército y una fuerza aérea; firmó un acuerdo naval con Gran Bretaña que le permitía comenzar a construir una flota de alta mar, incluidos submarinos. En marzo de 1936 envió tropas a Renania, territorio alemán que, según el Tratado de Versalles, debía seguir siendo una zona desmilitarizada. Y, ese verano, los Juegos Olímpicos de Berlín impulsaron de forma tremenda el prestigio internacional de Alemania. Dentro del país fueron considerados un brillante logro del Tercer Reich. 1938 fue un año de crisis internacionales y triunfos espectaculares para Hitler. En marzo, el Anschluss, la anexión de Austria, conllevó la llegada de diez millones de alemanes étnicos al Reich junto con alrededor de doscientos mil judíos,

una acción que tendría profundas implicaciones para la política racial nazi (la política exterior nazi se trata en el próximo capítulo).

Un hecho importante ocurrido a mediados de la década de 1930 tendría un impacto enorme en la evolución de la política racial nazi. En junio de 1936, Hitler nombró a Heinrich Himmler *Reichsführer* de las SS y lo puso al mando de toda la policía alemana, otra profunda incursión del partido en las competencias del Estado. Poco a poco, las SS comenzaron a tener un papel cada vez más prominente en la formulación y aplicación de la política judía del régimen. La temida Gestapo, oficialmente una rama de la Policía Estatal, fue absorbida por las SS, que desde entonces tendría sus propias operaciones de vigilancia e inteligencia. Oficialmente, la política judía era dirigida por el Ministerio del Interior, pero, como era típico de los nazis, otros ministerios estatales —Justicia, Salud, la Oficina de Política Racial— y varias agencias del partido tenían jurisdicción en diversas áreas de esa política. En 1936, las SS comenzaron a afirmarse y a ejercer un liderazgo implacable en todos los asuntos relacionados con la comunidad judía. Las SS de mediados y finales de la década de 1930 funcionaban casi como un ministerio del gobierno y tenían departamentos de Administración, Inteligencia Interior e Inteligencia Extranjera. Estos, a su vez, contaban con numerosas subsecciones: para Opositores Ideológicos (la izquierda), Masones, Iglesias Políticas y «Comunidad Judía Opositora». La subsección judía era, de lejos, la más activa, y el Servicio de Seguridad de Heydrich, el SD, asumió allí el papel principal. La sección judía estaba compuesta por varios sectores, uno para los judíos asimilacionistas, otro para los judíos ortodoxos y otro para los sionistas. El sector sionista estaba presidido por un oscuro vendedor ambulante de aspiradoras, Adolf Eichmann, quien afir-

maba, falsamente como se vería después, que tenía un conocimiento aceptable de hebreo.[58]

Entre los deberes de la sección judía estaba compilar un índice de fichas que localizaba e identificaba a cada judío que vivía en Alemania: nombre, dirección, ocupación, clasificación racial, afiliación a clubes y organizaciones. Cuando era posible, el SD también desenterraba los nombres de amigos y asociados para realizar referencias cruzadas. También se hizo un esfuerzo para catalogar a todas las organizaciones judías que todavía operaban en el país y sus posibles conexiones con organizaciones similares en el extranjero. Se creó un segundo índice judío de fichas para identificar a los más importantes en el extranjero y los contactos que podrían tener con los judíos alemanes. Los celosos ideólogos del SD, muchos de los cuales tenían veintitantos o poco más de 30 años —Himmler tenía 32 años; Heydrich, 30—, estaban convencidos de que existía una red internacional de conspiradores judíos que estaba tramando dominar el mundo. Cada tanto descubrían pruebas, todas ellas imaginarias, de conspiraciones judías para asesinar a Hitler, a Schleicher y a otros líderes nazis, grandes y pequeños.

Las SS/SD afirmaban que preferían una política de «antisemitismo racional» antes que el antisemitismo emocional y violento que existía entre las tropas de asalto y los militantes del partido. Era un tema importante que Hitler había expresado en *Mein Kampf* y en numerosas reuniones del partido antes de 1933. La solución de las SS/SD al problema judío en ese momento era «la completa emigración de los judíos». Un memorando de la SD subrayaba esa consideración en el frío lenguaje habitual de las SS: «Las oportunidades de vida de los judíos deben ser restringidas no solo en términos económicos». La «vieja generación puede ir muriendo [...] pero [...] la generación joven deberá comprobar

que es imposible vivir, de modo que el incentivo para emigrar esté vigente todo el tiempo. El antisemitismo de desórdenes violentos debe evitarse. Uno no lucha contra las ratas con armas de fuego, sino con gas venenoso».[59]

A lo largo de este período relativamente tranquilo, la violenta retórica antisemita del régimen siguió siendo tan injuriosa como siempre y, tras una relativa calma, la persecución a los judíos se volvió a intensificar. En noviembre de 1937, con gran fanfarria, se inauguró en Múnich, en el Deutsches Museum, *Der ewige Jude* («El judío errante»),[60] la mayor exposición antijudía realizada hasta el momento. Goebbels y Streicher pronunciaron los discursos de apertura de la exhibición, y la aterradora retórica de Goebbels marcó el tono: el judío «es el enemigo del mundo, el destructor de culturas, el parásito entre las naciones, el hijo del caos, la encarnación del mal, el fermento de la descomposición, el demonio visible del deterioro de la humanidad [...]. Esta pestilencia judía debe ser totalmente erradicada. Nada de todo esto debe quedar en pie».[61] A fines de 1937, se evidenció una radicalización palpable del tono y el contenido en la propaganda y acciones nazis contra los judíos, con amenazas cada vez más estridentes y con violencia ocasional contra la pequeña y cada vez más reducida comunidad judía alemana.

La retórica extremista se elevó hasta un tono casi histérico y contribuyó de manera palpable a crear una atmósfera de crisis que se extendió por todo el país durante buena parte de 1938. Predominaba un creciente temor a la guerra. La crisis austríaca, de febrero y marzo, y la confrontación atenuada y mucho más peligrosa con Checoslovaquia, a finales del verano, casi produjeron una situación de emergencia. Alemania, según subrayaban los informes secretos socialdemócratas, sufría una «psicosis de guerra» que, junto con

una fuerte escalada de la acción antisemita radical de las formaciones locales y regionales del partido, dejaban a la población perpetuamente al borde del colapso.[62]

Al mismo tiempo, el régimen se estaba volviendo más seguro de sí mismo, más extremista y más conflictivo, tanto en el país como en el extranjero. Desde 1936 comenzaron a disminuir las influencias moderadoras sobre Hitler. Al año siguiente, eliminó a conservadores prominentes, tanto en la administración como en el ejército, que habían actuado como una restricción al extremismo nazi. Con los frenos, por más débiles que fueran, eliminados, y con todos los altos cargos del Estado y del ejército ya firmemente en manos de nazis comprometidos, Hitler pudo seguir una política mucho más agresiva que llevaría a la expansión en Europa del Este, a un enfrentamiento con Occidente y a un aumento concomitante de actividad antisemita violenta en el país. Esos acontecimientos convergieron de manera dramática en el invierno de 1938, cuando Alemania anexionó a Austria, una jugada que puso a la comunidad internacional al borde del conflicto y que fue acompañada por una profunda radicalización de la política judía nazi. El anuncio del Anschluss en marzo desencadenó una tormenta de feroz actividad antisemita por parte de los nazis austríacos y otros enemigos de los judíos que excedió con creces lo que había ocurrido en Alemania hasta el momento. Con la «libertad de acción» otorgada por Hitler, los extremistas del partido pasaron de inmediato a la ofensiva: destruyeron casas y tiendas judías, incendiaron sinagogas e hicieron desfilar a los judíos por las calles. Las humillaciones públicas de hombres y mujeres judíos se convirtieron en algo cotidiano. Ver judíos de rodillas fregando las aceras frente a sus tiendas mientras los

espectadores obviamente satisfechos los rodeaban y se burlaban de ellos se convirtió en una vergonzosa parte de la vida en las ciudades austríacas. Los líderes nazis de todos los niveles simplemente se apoderaron de las propiedades de los judíos y se enriquecieron en una muestra inmoral de avaricia y corrupción.

La presión sobre la comunidad judía en Alemania se intensificó a medida que avanzaba 1938. La nueva oleada de decretos discriminatorios comenzó con una ley que ordenaba que todos los judíos entregaran sus pasaportes; los nuevos solo serían emitidos para aquellos que estaban a punto de emigrar. En julio, el régimen decretó que todos los judíos debían solicitar a la policía un documento de identidad, que se debía llevar encima en todo momento y tenía que ser presentado ante cualquier requerimiento. En agosto, el régimen decretó que, a partir de enero de 1939, los judíos cuyos apellidos no figuraran en la lista confeccionada por el Estado de apellidos que, presumiblemente, cualquier alemán reconocería como judíos debían agregar «Israel» o «Sara» a sus nombres.[63]

Eichmann, jefe de la sección sionista del SD, fue enviado a Viena para administrar la emigración de judíos, medida que, en ese momento, seguía siendo la solución elegida por las SS para el «problema judío». Ese problema se estaba agudizando. A finales de 1937, unos sesenta mil judíos alemanes habían emigrado, alrededor de veinte mil por año, y en ese momento el Anschluss trajo ciento noventa y cinco mil judíos adicionales al Reich. La solución de Eichmann fue la emigración forzada: se desarrolló un sistema por el cual se extorsionaba a los emigrantes judíos adinerados para que subvencionaran a los judíos más pobres que estaban desesperados por salir de Austria. Para organizar la emigración forzada, Eichmann creó una Oficina de Emigración en

cuyo siniestro núcleo operaba una impresionante corrupción, merced a la cual los funcionarios nazis obtenían por la fuerza dinero de judíos temerosos.[64] A finales de noviembre, Eichmann pudo jactarse de que su política había provocado ya que trescientos cincuenta judíos por día abandonaran Austria. Los números sin duda estaban inflados, pero no obstante resultaron impresionantes para Heydrich y la SD.[65] Más adelante, ese mismo año, Himmler estableció una oficina similar en Berlín basada en el modelo austríaco de Eichmann.

En el verano de 1938, la emigración judía del Tercer Reich era una cuestión de creciente preocupación internacional y llevó a que se celebrara una conferencia internacional para tratar el tema en el balneario francés Évian-les-Bains. Convocada por iniciativa del presidente Franklin Roosevelt, la conferencia atrajo a treinta y dos países participantes y terminó en un total fracaso. Aunque casi todos los participantes expresaron inquietudes humanitarias y estuvieron de acuerdo en que el problema era apremiante, todos se mostraron notablemente reticentes a aceptar a los judíos de Alemania. Los nazis estaban fuera de sí de alegría. Las potencias occidentales, que tan santurronamente condenaban el antisemitismo nazi, revelaron ser unas hipócritas de primer orden. Los titulares en el *Völkischer Beobachter* gritaban: «Nadie los quiere».[66]

En este contexto de creciente intimidación y violencia, los nazis decidieron expropiar los bienes de los judíos alemanes. En enero comenzaron a dictarse varios edictos emanados de la Oficina del Plan Cuatrienal de Göring, una poderosa agencia *ad hoc* creada en 1936 para organizar y supervisar la economía y destinada a evaluar el alcance de la riqueza judía en el país. Todos los activos judíos de más de 5000 RM debían ser informados a la oficina de Göring; otra

regulación prohibía a los judíos cambiar sus apellidos para evitar ser detectados. Resultaba ominosamente claro que el régimen estaba realizando un inventario de sus bienes como paso previo para que el Estado los incautara. Pero ¿qué era un negocio judío? En el caso de las pequeñas tiendas familiares, determinar quién era el propietario era bastante sencillo, pero en el de las empresas más grandes, con múltiples accionistas y gerentes o directores ejecutivos arios, la situación era más compleja. Algunos propietarios judíos también habían adoptado la táctica de pasar la titularidad del negocio a un empleado o asociado «ario» de confianza, algunos de los cuales demostraron no ser tan fiables después de todo. Pronto se dictó un decreto contra el camuflaje de las empresas judías.

Muchas empresas judías ya estaban cerradas —«arianizadas» era el término clave— y sus propietarios liquidaban propiedades en bancarrota; otras, consideradas demasiado grandes, estaban siendo preparadas para la arianización. La corrupción era endémica. A cada oportunidad, los líderes nazis locales se abalanzaban a comprar las propiedades de los judíos pagando solo una pequeña parte de su valor. La arianización de los negocios judíos era una fuente de dinero no solo para el Estado y el partido, sino también para los líderes nazis particulares, cuyo objetivo era más venal que ideológico. La situación se volvió tan insostenible que Göring se vio obligado a recordar a los líderes del partido que la arianización no tenía el objetivo de ser «un plan de caridad para los miembros incompetentes del partido».[67]

Pero fue un evento completamente imprevisto el que una vez más radicalizaría la política judía nazi. En la tarde del 7 de noviembre de 1938, un judío polaco de 17 años, Herschel Grynszpan, entró en la embajada alemana en París y solicitó reunirse con el embajador por un asunto de pasaporte.

Apenas unos días antes había recibido una postal de su hermana que le daba tristes noticias de que la familia, que había vivido en Alemania desde 1918, había sido «reubicada» y vivía en condiciones deplorables en un campo de refugiados en la frontera germano-polaca. Estaban junto a unos diecisiete mil judíos de ciudadanía polaca que habían sido arrestados y se preparaban para ser deportados a Polonia. Como el gobierno polaco se negaba a acogerlos, esperaban en un deprimente campamento de refugiados, apátridas, indeseados y sin un país.

Grynszpan había estado viviendo en París con un tío desde 1936, pero, como su pasaporte polaco y el visado de salida alemán habían expirado en agosto, las autoridades francesas le habían ordenado que se fuera en un plazo de cuatro días. Impotente y abatido, se escondió y decidió dar un paso audaz y desesperado. A su tío, le escribió que «los judíos tienen derecho a protestar de una manera que todo el mundo los oiga y, con tu perdón, esto es lo que tengo la intención de hacer. Con la ayuda de Dios, no puedo hacer otra cosa. Mi corazón sangra cuando pienso en nuestra tragedia y la de los doce mil [sic]».[68]

El embajador alemán no estaba disponible, por lo que Grynszpan fue conducido a la oficina de Ernst vom Rath, un funcionario menor del Servicio Exterior oficial. Allí sacó un revólver y le disparó a Rath a quemarropa. No hizo ningún esfuerzo por escapar y fue arrestado por la policía francesa en el acto. Ante ellos, sollozó: «Ser judío no es un crimen. Yo no soy un perro. Tengo derecho a vivir y el pueblo judío tiene derecho a vivir en esta tierra. Donde sea que he estado me han perseguido como a un animal».[69] Berlín exigió que Grynszpan fuera entregado a las autoridades alemanas, pero los franceses señalaron que no era ciudadano alemán y se negaron. Sería retenido en Francia hasta que su estatus

legal pudiera ser aclarado. Rath, mortalmente herido, no murió de inmediato, y Goebbels percibió en su agonía una mina de oro para la propaganda. Interpretó el intento de asesinato en París como un acto de guerra contra el Reich por parte de los judíos internacionales, y la prensa alemana chisporroteó con una furia al rojo vivo.[70]

El 9 de noviembre era el decimoquinto aniversario del *Putsch* de la Cervecería, y el partido se había reunido en Múnich para la celebración anual. La noche antes de la ceremonia anual de juramento de medianoche de los nuevos reclutas de las SS, se llevaría a cabo un evento social para los líderes del partido en el adornado Antiguo Ayuntamiento. A última hora de la tarde, Goebbels recibió una llamada telefónica del doctor Brandt en París, quien le informaba de que Rath había muerto. Goebbels le pasó esa información a Hitler y los dos sostuvieron una larga conversación sobre algún tipo de acción nacional contra los judíos: un asalto a las sinagogas, los negocios, los hogares y los judíos individuales. Aunque la red de propaganda de Goebbels iniciaría la acción, sus agentes debían hacerlo vestidos de civil. El levantamiento debía parecer la acción espontánea de una nación enfurecida.[71]

Durante la reunión de esa noche, llegaba un mensajero tras otro para hablar con Goebbels, y Goebbels dejaba su asiento para hablar con Hitler en voz baja. Poco después, Hitler dejó el Rathaus para dirigirse a su apartamento privado en Prinzregentenstrasse, y a las 9 de la noche Goebbels anunció a los líderes reunidos que Rath había muerto. Se produjeron disturbios espontáneos en todo el Reich. Ni las SS ni las SA habían sido informadas, y había una considerable confusión y consternación entre los líderes sobre lo que debía hacerse. Mientras tanto, les llegaban informes acerca de sinagogas incendiadas en varias ciudades y gru-

pos de civiles enfurecidos que habían tomado el asunto en sus propias manos y habían incendiado negocios y hogares de judíos. Centenares de hombres judíos fueron arrestados. Goebbels también dejó claro que el Führer había ordenado que los departamentos de policía y bomberos no interfirieran, salvo para evitar que las llamas se propagaran a las casas y negocios «arios» contiguos. Los líderes del partido corrieron a los teléfonos a llamar a sus jefes regionales y darles órdenes para que lanzaran sus propias operaciones. Tanto Göring como Himmler, que no estaban presentes en el Antiguo Ayuntamiento, estaban furiosos porque Goebbels no les había informado de sus planes. Himmler se quejó diciendo: «Supongo que son la megalomanía de Goebbels y su estupidez las responsables de comenzar esta operación ahora, en medio de una situación diplomática particularmente difícil».[72]

En una ciudad tras otra, la gente se congregaba en las calles para mirar, a veces en silencio y otras vitoreando, cómo bandas de tropas de asalto, las Juventudes Hitlerianas y otros extremistas del partido atacaban cualquier institución o vivienda identificable como judía. Las escenas de destrucción eran impresionantes: los nazis invadían los hogares de los judíos, destrozaban muebles y vajillas, rasgaban la ropa de cama y arrojaban valiosas pinturas a las calles. Los fragmentos de cristales rotos cubrían las calles y aceras, y el olor acre de las maderas quemadas flotaba en el aire. El cónsul suizo en Colonia informó haber visto gramófonos, máquinas de coser y máquinas de escribir cayendo a las calles. Un colega suyo «vio incluso un piano que era arrojado por una ventana del segundo piso». Algunos hombres judíos fueros arrancados de sus camas, y la multitud los hizo desfilar por las calles antes de ser formalmente puestos en «custodia protectora» y enviados a campos de concentración. La

policía permaneció en su puesto, mirando pero sin intervenir.[73]

Al igual que muchos otros judíos que nunca olvidarían esa angustiosa noche, Simon Ackermann, habitante de un pequeño pueblo cerca de Baden-Baden, recordó vívidamente los detalles aterrorizantes de la Noche de los Cristales Rotos (Kristallnacht). A última hora de la tarde, «diez hombres de la Gestapo irrumpieron en nuestro apartamento y lo pusieron todo patas arriba buscando armas». Poco tiempo después, un policía uniformado y un hombre de las SS derribaron la puerta. «El policía arrojó a mi esposa al suelo, mientras que el hombre de las SS se abalanzó sobre mí como un loco. El policía quería arrojar a mi hija de 3 años por la ventana, pero la abracé con fuerza.» Luego el policía rugió que «todavía no tenía una orden para disparar; de lo contrario, ya les habría disparado a todos los judíos».

Ackermann fue llevado a la central de policía, donde ya habían reunido a una cierta cantidad de judíos. Poco después de las 9 «fueron llevados por la policía y las SS por las calles. Al frente de la procesión había jóvenes que cantaban "el judío perecerá". Toda la ciudad estaba en las calles. Muchos estaban como borrachos y gritaban "maten a los judíos". Arrojaban piedras y nos escupían [...]. En la Leopoldplatz, los hombres de las SS le gritaron [a la multitud]: "Aquí tienen a los judíos. Hagan lo que quieran con ellos". En un instante, cientos de personas nos rodearon y comenzaron a golpearnos». Luego, las SS llevaron a los hombres maltratados a la sinagoga. Mientras avanzaban, fueron obligados a cantar «la canción de Horst Wessel» y, una vez dentro de la sinagoga, «las SS nos condujeron uno tras otro al altar, donde nos forzaron a leer en voz alta textos de *Der Stürmer*». A continuación, los judíos, atemorizados, fueron conducidos a un hotel cuyo propietario era un judío local.

Los nazis habían desconectado la iluminación interior y los hombres se sentaron en la oscuridad esperando a que cayera el siguiente golpe. A las 2 de la mañana, el cantor de la sinagoga «fue sacado del hotel; regresó después de un tiempo cubierto de sangre y gritó: "Nuestra sinagoga está ardiendo"».

Mientras tanto, la esposa de Ackermann le pidió al jefe de la Gestapo permiso para salir de su casa. Él se negó diciéndole que la gente exigía que ella y su hija fueran quemadas vivas. A última hora de la tarde se escapó con su hija y corrió hacia el bosque, donde se escondieron hasta que oscureció. Luego se dirigieron a la casa de un amigo y se refugiaron para pasar la noche. No tenía ni idea de lo que le había sucedido a su esposo. Junto con los otros hombres judíos de la ciudad, estaba siendo golpeado en el andén del ferrocarril, donde esperaban un tren que los llevaría a Dachau.[74]

Sally Schlesinger era una niña en Coblenza durante la Kristallnacht.

> Era una mañana fría y triste cuando me despertó un ruido aterrador en la casa [...]. Al bajar las escaleras, vi a varios hombres de las SA que golpeaban a mi padrastro y a mi tío en la cabeza mientras los sacaban de la casa [...]. Habían destrozado la puerta de cristal de la casa y la puerta de cristal que daba al dormitorio de mis padres. Mi pobre madrecita estaba de pie en el dormitorio, que estaba tan cubierto de cristales que era imposible sentarse y peligroso caminar. Fue en el comedor donde las SA más se divirtieron. Uno por uno, sacaron vasos y platos del aparador y los hicieron trizas contra el suelo. Hasta la araña del techo fue arrancada y destrozada. Luego, mis padres fueron culpados por los daños en su apartamento y tuvieron que pagar.[75]

En toda Alemania, tanto en las ciudades como en los pueblos pequeños, sucedió lo mismo: una orgía de violencia, incendios, saqueos y palizas que arrojó el saldo de siete mil quinientas tiendas judías demolidas, doscientas sesenta y siete sinagogas quemadas, veinte mil judíos arrestados y noventa y un judíos asesinados, cifras que no incluyen la gran cantidad de suicidios posteriores. Los nazis trataron de convencer a la población de que este pogromo había sido una explosión espontánea de ira popular tras el «cobarde ataque judío contra Alemania», pero, como era evidente para casi todos, aquella no fue una acción individual de los extremistas locales. La noche de violencia desenfrenada fue claramente ordenada y coordinada desde lo más alto del régimen nacionalsocialista. Ya ni siquiera la ley era una protección.

Goebbels había planeado y organizado el pogromo con la aparente aprobación de Hitler, pero sin consultar con Himmler ni con Göring.[76] Algunos han especulado con que la acción de Goebbels fue impulsada por un deseo de recuperar el favor de Hitler. Durante un tiempo había tenido una aventura con una actriz de cine y le había pedido permiso a Hitler para divorciarse de su esposa. Pero el divorcio, respondió Hitler, era inplanteable. El Führer, después de todo, había sido parte de la boda de Goebbels y la familia Goebbels, con su virtual producción en cadena de niños, de los cuales Hitler era padrino, había asumido el papel no oficial de primera familia del Tercer Reich. Goebbels siguió siendo una dinamo de energía, publicando, escribiendo artículos para varios diarios y periódicos nazis, pronunciando discursos de radio y dirigiendo la maquinaria de propaganda del partido. Pero, con el nombramiento de Himmler como máximo funcionario de policía del Reich y el nuevo cargo de Göring como jefe del Plan Cuatrienal, ambos en 1936, los

dos hombres se estaban convirtiendo con rapidez en los jugadores más poderosos del Estado nacionalsocialista. La estrella de Goebbels se estaba desvaneciendo y necesitaba hacer algo para restablecer su posición a los ojos de Hitler. Sea como fuere, la Kristallnacht no marcó el comienzo de una nueva ofensiva contra los judíos, sino la cresta de una ola de disturbios antisemitas que venía tomando impulso desde el verano y el principio del otoño.

Para los judíos de Alemania, la Kristallnacht fue un auténtico desastre y puso fin a cualquier ilusión sobre el Tercer Reich que les pudiera haber quedado. La mayoría de los judíos tenían pólizas de seguro que deberían haber cubierto gran parte del daño a la propiedad, pero el régimen las anuló e impuso una indemnización de 1000 millones de marcos a los judíos, es decir, los forzó a pagar por la destrucción que sufrieron durante esa terrible noche. Las palizas, los asesinatos, los incendios, los arrestos, los campos de concentración y la inacción de la policía y de los bomberos dejaban espantosamente claro que los judíos alemanes todavía se aferraban a la creencia de que la ley los protegía. En la mayoría de los casos, el encarcelamiento en los campos de concentración duró poco —unas pocas semanas, un mes—, pero fue un adelanto amenazador de un futuro oscuro.

Fueron muchos los alemanes que se quejaron de lo que consideraban una destrucción irresponsable de bienes valiosos durante aquella noche, y algunos informes locales destacaban ciertas reservas morales. En lo que fue una cantinela común, el alcalde de Borgentreich, en Westfalia, informó que «de muchas maneras, la población no entendió la acción o, mejor dicho, no quiso entenderla. Los judíos son objeto de simpatía. Especialmente porque perdieron la casa y el hogar y [porque] los judíos varones fueron llevados a un

campo de concentración [...]. Estimo que aquí al menos el 60 % de la población piensa así».[77]

Aunque la Kristallnacht conmocionó a gran parte de los alemanes, hubo pocas muestras públicas de simpatía por los judíos. Las expresiones abiertas de desaprobación eran peligrosas, y en general tomaban la forma de críticas a la «destrucción sin sentido de la propiedad» y al «antisemitismo de pogromo». La respuesta del pueblo estaba definitivamente dividida: un rechazo generalizado del pogromo coexistía con una aprobación general de las acciones «legales» del régimen contra los judíos. La dirección nazi tomó nota y sacó varias conclusiones importantes de la ambivalente reacción de la gente. Según los informes del SD, muchos se sorprendieron por la violencia propiciada por el gobierno. Hasta la Kristallnacht, los alemanes podían mantener la ilusión de que este tipo de terrorismo feroz era obra de las SA indisciplinadas y de otros extremistas locales. Esa vez, al igual que las víctimas de esa noche, tuvieron que afrontar el desagradable hecho de que esto no era un «exceso» espontáneo de los militantes del partido, sino un asalto salvaje a los judíos, concebido, fomentado y dirigido por el propio régimen. Para Heydrich, las lecciones de esa noche fueron muy claras: no podía haber más violencia abierta contra los judíos, no más acciones justicieras. En el futuro, insistían las SS, las medidas antisemitas debían seguir un «curso más racional». La emigración —forzada— era la clave y, dado que las SS habían tomado la iniciativa en la política de emigración judía, Himmler en lo sucesivo asumiría el liderazgo en la política judía general del régimen.[78]

Mientras las ruinas de las sinagogas de Alemania todavía ardían, el régimen se movió rápidamente para completar la exclusión de los judíos de la economía alemana. El 12 de noviembre, Göring, con la aprobación de Hitler, convocó una

reunión sobre la «cuestión judía» con figuras destacadas del régimen y con varios funcionarios policiales. Todavía furioso por la acción imprudente de Goebbels y por la destrucción de propiedades valiosas, Göring dejó claro que «hay que hacer algo decisivo [...]. No debe haber más acciones de este tipo. No es al judío al que perjudican, sino a mí mismo como autoridad final para coordinar la economía alemana». La solución a la «cuestión judía», afirmó Göring, era la completa eliminación de los judíos de la economía alemana y, dado que el problema «es principalmente económico, es desde el ángulo económico como debe abordarse».[79]

En esa reunión, y en días posteriores, Göring dictó una serie de decretos económicos estrictos destinados a expulsar por completo a los judíos de la economía alemana. La vida les resultaría tan horrible e insostenible que los judíos no tendrían más remedio que abandonar el país. Según los decretos del 12 de noviembre, los judíos se vieron obligados a vender sus negocios minoristas y todas sus empresas exportadoras de venta por catálogo; no podían trabajar como artesanos independientes ni vender ningún bien o servicio; no podían ser gerentes de negocios ni miembros de cooperativas de consumidores; no podían beneficiarse del sistema de bienestar. Además, todos los niños judíos fueron expulsados de las escuelas públicas y a todos los judíos se les prohibió el acceso a ciertos sitios públicos (parques, cines, entre otros), o se les limitó el acceso a unas pocas horas al día. También se les quitaron las licencias de conducir y se les prohibió poseer radios. Al concluir la reunión del 12 de noviembre, Göring comentó: «No desearía ser judío en Alemania esta noche».[80]

Esa reunión también marcó la afirmación del liderazgo de Göring en todos los asuntos relacionados con la política judía. Aunque se enfrentaría a una presión implacable de las

SS/SD, confirmó su posición al emitir una directriz para todos los ministerios del gobierno que afirmaba: «Para garantizar un tratamiento uniforme de la cuestión judía, sobre la cual descansa el manejo de asuntos económicos, requiero que todos los decretos y otras órdenes importantes que aludan a asuntos judíos sean aprobados por mi oficina y que no se emprendan iniciativas independientes sobre la cuestión judía».[81]

Para finales de 1938, la destrucción económica de la comunidad judía era casi completa. La arianización se intensificó, y los judíos fueron forzados a limitarse a su propia y cada vez más reducida comunidad para poder sobrevivir. Los acontecimientos de 1938 produjeron un aumento impresionante de la emigración judía: más de ochenta mil judíos huyeron del país. Pero no era fácil irse. Mientras las SS estaban aplicando una política de emigración judía —más y más forzada—, otros ministerios del Estado, en el típico estilo nazi, dificultaban cada vez más su partida. Los judíos se vieron obligados a pagar un impuesto de emigración exorbitante y un «impuesto judío» especial que, junto con la arianización, la extorsión nazi en las bases y otras medidas económicas de explotación, dejaron a la mayoría sin los fondos necesarios para adquirir los visados. Además, también era cada vez más difícil encontrar países dispuestos a recibir refugiados empobrecidos de Alemania, sobre todo debido a que la mayoría de los países aún estaban lidiando con los efectos de la Gran Depresión.[82]

En su informe anual de 1938, el SD concluyó que «en lo concerniente a leyes y edictos, la cuestión judía en Alemania se ha resuelto». Desde el 1 de enero hasta el 8 de noviembre, la legislación y las directrices administrativas fueron diseñadas para excluir a los judíos de la sociedad alemana. Con la acción del 9 y 10 de noviembre, proclamaba or-

gullosamente el informe, la eliminación de judíos en «todas las áreas de la vida pública y privada ha sido prácticamente completada».[83] Cuatro años antes, un memorando del SD afirmaba que había que hacer que la existencia de los judíos fuera tan insoportable, tan imposible, que encontraran que Alemania era «un país sin futuro» para ellos.[84] Tras la Kristallnacht, esa oscura visión se había convertido en una cruda realidad.

12

Coqueteando con el desastre

La raza y la guerra estaban inextricablemente entrelazadas en el pensamiento nazi. Al mismo tiempo que imponían de manera despiadada su radical visión racial sobre el país, los nazis lanzaron una campaña sistemática para militarizar a la sociedad alemana. Si Alemania iba a alcanzar su potencial legítimo como una gran —en realidad, hegemónica— potencia y proporcionar una base autosuficiente para el sano cultivo de su linaje racial, el Reich tenía que expandirse más allá de sus estrechas fronteras. Incluso un retorno a las fronteras de 1914 era inaceptable. El pueblo alemán requería un *Lebensraum*, un espacio vital, que proporcionaría el territorio y los recursos necesarios para que la nación fuera económicamente autosuficiente, aunque el término «autárquica» era la expresión que prefería el régimen. La adquisición de un nuevo territorio y de una economía autónoma haría que Alemania fuera invulnerable a un bloqueo enemigo y proporcionaría las materias primas necesarias

para ejercer el poder alemán sobre el continente europeo y, tal vez, más allá. Aunque en sus discursos públicos Hitler sostenía que este espacio vital podía ser adquirido por medios pacíficos, era obvio, para el Ministerio de Asuntos Exteriores y el ejército, y cada vez más para la gente en general, que no se podría lograr sin una conquista militar.

La determinación de Hitler de adquirir *Lebensraum* no era un secreto para nadie. La expansión quería decir expansión continental, y la expansión continental significaba ir hacia el este. En esto, los objetivos geopolíticos de Hitler no diferían demasiado de los de la Alemania imperial durante la Gran Guerra, pero sí era otra la visión ideológica subyacente. Hitler esperaba establecer un vasto *Imperium* sobre Europa central, cuyo núcleo geográfico y racial sería una «Gran Alemania» que uniera a todos los alemanes étnicos y estuviera limpia de judíos, gitanos, eslavos y otros elementos racialmente inferiores. Algunos territorios serían anexionados, y sus poblaciones nativas serían expulsadas, y otros se transformarían en estados satélites. Robustos colonos alemanes serían enviados a poblar las tierras fronterizas del este, granjeros guerreros que cultivarían la tierra y protegerían la frontera contra los eslavos y otros enemigos raciales. La diplomacia prepararía el escenario para la expansión alemana, pero, en última instancia, Hitler apuntaba a una guerra de conquista.

Todo esto, por supuesto, requería una demolición total del Tratado de Versalles, pero durante 1933 y 1934 la atención de Hitler estaba absorbida por la toma y la consolidación del poder. Alemania era militarmente débil y vulnerable a la intervención extranjera, en especial la francesa, una situación que obligaba a la moderación en los asuntos internacionales. Hitler fue cuidadoso. Mientras se dedicaba a socavar el acuerdo de Versalles, su procedimiento estándar era

proclamar su ferviente deseo de paz y cooperación internacional y, al mismo tiempo, trazar en privado una estrategia más agresiva. Hasta el momento mismo de comenzar la guerra, en 1939, este *modus operandi* nunca varió. Cada ataque al Tratado de Versalles era invariablemente presentado en el lenguaje del entendimiento internacional.

A pesar de las reiteradas promesas de seguridad de Hitler, las sospechas sobre las intenciones alemanas se intensificaron en octubre de 1933, cuando, en su primera iniciativa en materia de política exterior, Hitler retiró de forma abrupta a Alemania de la Conferencia de Desarme y la Liga de las Naciones. La conferencia, patrocinada por la Liga de las Naciones, se había convocado en febrero de 1932 y, cuando Hitler asumió la Cancillería, su primera acción en el escenario de la política mundial fue hacer un ofrecimiento típicamente teatral. «Nuestro ilimitado amor por nuestras tradiciones nacionales y nuestra ilimitada lealtad a ellas nos hacen respetar los requerimientos nacionales de los demás y nos hacen desear desde el fondo de nuestros corazones vivir con ellos en paz y amistad.» Pero solo Alemania se había visto obligada a desarmarse en Versalles, y eso había dejado al país indefenso. Alemania estaría dispuesta «a asumir nuevas obligaciones en materia de seguridad internacional» en cualquier momento «si todos los demás países estaban dispuestos a hacer lo mismo».[1]

Como Alemania estaba restringida por el Tratado de Versalles a un ejército de solo cien mil soldados y no tenía armas pesadas, ni fuerza aérea, ni marina de guerra, era un ofrecimiento bastante fácil de realizar e insincero. Si la comunidad internacional no estaba preparada para una oferta tan radical, Hitler sugirió específicamente que Francia redujera su ejército a niveles alemanes o, por el contrario, que se le permitiera a Alemania aumentar sus fuerzas para equipa-

rarlas con las de Francia. Cuando, como era de esperar, Francia se opuso, Hitler insistió en que lo único que Alemania buscaba era ser tratada como un igual en materia de seguridad internacional. ¿Acaso no tenía Alemania, «en su estado de indefensión y desarme, una mayor justificación para exigir seguridad que los países armados en exceso y unidos por alianzas militares»? Esta respuesta, al parecer, implicaba que no era esa la intención de los franceses, que parecían decididos a mantener su gran superioridad militar sobre Alemania.

A la vez que expresaba cuán profundamente lo lamentaba, Hitler anunció que Alemania se veía obligada a abandonar la Conferencia de Desarme. Al mismo tiempo, también declaró la salida de Alemania de la Liga de las Naciones.[2] En una declaración pública del 14 de octubre, explicó que, dado que las potencias reunidas en Ginebra estaban decididas a perpetuar «una discriminación injusta y degradante del pueblo alemán», el gobierno del Reich, «en estas circunstancias, no se sentía en condiciones de seguir participando como un país de segunda clase sin derechos propios en negociaciones que solo podían llevar a imposiciones adicionales».

Esa decisión despertó inquietud en la comunidad internacional, sobre todo en Francia, donde la gran propuesta de Hitler de desarmarse por completo si Francia y otros países lo hacían había sido ridiculizada como una farsa, como un ofrecimiento que él sabía que no sería ni podía ser aceptado. París sostenía que no era más que un obvio truco para permitir a Alemania librarse de las restricciones de Versalles. Además, las fuerzas armadas de Francia eran las más grandes de Europa, y París no estaba dispuesta a perder su ventaja estratégica.[3]

Frente a aquellos que en el extranjero lo acusaban de albergar intenciones agresivas, Hitler recurrió a su ilimitada reserva de mojigatería y les respondió que todo lo que quería era «proporcionar trabajo y pan al *Volk* alemán», y que esto solo podía hacerse si había «paz y tranquilidad». Nadie podría suponer que «estoy tan loco como para querer una guerra».[4] Los estadistas extranjeros no quedaron impresionados, pero la actitud de Hitler funcionó muy bien dentro de Alemania. Ahí tenían, por fin, a un líder alemán que no sería manipulado por Francia y por Gran Bretaña. Hitler no solo combatía de forma despiadada a los enemigos internos de Alemania, sino que defendía los derechos de su país en el ámbito internacional. Estaba empeñado en acabar con la deshonra de Alemania de 1918. Este tema se convirtió en un *leitmotiv* central en la política de Hitler de esos años y fue repetido en innumerables discursos.

Deseosos de mostrar el apoyo entusiasta de la gente al gobierno de Hitler, el 12 de noviembre los nazis organizaron unas «elecciones» en las que convocaban a la nación a aprobar las acciones llevadas a cabo por el régimen desde el 30 de enero. Otra vez listo para luchar, Goebbels se embarcó en una vigorosa campaña al estilo habitual nazi. Era un plebiscito no solo sobre la audaz política exterior de Hitler, sino también sobre la eliminación criminal de la oposición interna. Los resultados no fueron sorprendentes. El 98 % de los votantes apoyó al régimen y, aunque la intimidación habitual sin duda estuvo muy presente, no hay duda de que las acciones de Hitler tenían el favor de la mayoría de los alemanes.

Mientras los alemanes aclamaban la audacia de Hitler, las sospechas francesas resultaron ser fundadas. En diciembre de 1933, el Alto Mando Alemán, con el impulso de Hitler, redactó un programa para un gran aumento de las fuerzas

armadas.[5] Proponía contar, para 1938, con un ejército en tiempos de paz de veintiuna divisiones, o unos trescientos mil soldados, y con un ejército de campo de sesenta y tres divisiones, lo cual constituía una flagrante violación de las cláusulas de armamento del Tratado de Versalles. Estos niveles de potencia militar estaban destinados a proporcionar a Alemania una fuerza capaz de luchar en una guerra defensiva en múltiples frentes. Sería un «ejército de paz» lo suficientemente fuerte como para garantizar la seguridad alemana. Luego, en la primavera de 1934, Hitler exigió que estos objetivos fueran alcanzados en octubre, una fecha que el ejército consideraba poco realista. Sin embargo, a finales de febrero de 1935, el ejército alemán ya se había dotado de una fuerza de doscientos ochenta mil soldados. A principios de marzo, el Alto Mando propuso un ejército de paz de treinta a treinta y seis divisiones, cifras que el Führer apoyó encantado.

Mientras tanto, Hitler continuó presentándose como un hombre de paz.[6] En enero de 1934 firmó un pacto de no agresión de diez años con Polonia, una jugada que, para algunos, parecía indicar la voluntad de Alemania de reconocer las fronteras orientales existentes o, al menos, la promesa de que cualquier modificación se produciría por medio de negociaciones pacíficas. Fue un paso que sus predecesores de Weimar rotundamente se habían negado a dar y al que tanto sus generales como el Ministerio de Relaciones Exteriores se oponían. El pacto no era popular en Alemania, pero fortaleció la imagen que Hitler pretendía dar de ser un estadista razonable, decidido a revisar el Tratado de Versalles pero dispuesto a vivir en paz con sus vecinos. Pero, sobre todo, fue una maniobra ingeniosamente calculada para socavar el sistema de alianzas europeas orientales —la «Pequeña Entente»— que Francia había acordado con Polonia,

Checoslovaquia y Yugoslavia a lo largo de la década de 1920.

La credibilidad internacional de Hitler sufrió un serio revés en julio de 1934 cuando los nazis austríacos, con el apoyo no oficial de Berlín, intentaron dar un golpe de Estado contra Engelbert Dollfuss y su gobierno dictatorial en Austria. Los nazis austríacos asesinaron a Dollfuss, tomaron brevemente la radio nacional y lucharon contra las fuerzas gubernamentales en todo el país. El *Putsch* fue aplastado de inmediato: el ejército permaneció leal al gobierno, los nazis fueron arrestados, los asesinos de Dollfuss fueron ahorcados y el partido se deslizó más profundamente hacia la clandestinidad. Los alemanes siguieron insistiendo en que no habían tenido nada que ver con el *Putsch*, pero sus fervientes protestas de inocencia solo convencieron más aún a la opinión internacional de su complicidad. Lo más importante fue que el *Putsch* fue un golpe para los esfuerzos de Hitler por establecer vínculos más estrechos con el dictador italiano Benito Mussolini, que desconfiaba de Hitler y se consideraba a sí mismo como el protector de la soberanía austríaca.

A pesar de todas sus garantías, Hitler estaba decidido a rearmarse, y sus esfuerzos ya estaban en marcha cuando Alemania abandonó la Conferencia de Desarme en octubre de 1933. En sus primeros días en el cargo, había prometido a los líderes militares que el rearme sería su más alta prioridad, incluso si eso significaba reordenar de modo radical las prioridades económicas de Alemania y comprometer la aún frágil economía del país en un inmenso programa de rearme.[7] Hitler interpretó la tibia respuesta de las potencias occidentales a su brusca retirada de la conferencia como una evidencia de que Gran Bretaña y Francia estaban debilitadas, y que harían poco para frustrar su decisión de rearmar-

se y adquirir *Lebensraum* en el este.[8] Esa suposición fue puesta a prueba en la primavera de 1935, cuando, el 9 de marzo, Hitler de pronto anunció su intención de armar una fuerza aérea e insinuó oscuramente que el proceso ya estaba en marcha. Una semana después, informó a la comunidad internacional que crearía un gran ejército de medio millón de soldados. Alemania también introduciría el servicio militar obligatorio, una medida explícitamente prohibida por el Tratado de Versalles. Aunque estas medidas fueron un desafío directo a las potencias occidentales, como de costumbre fueron presentadas como medidas puramente defensivas; sin duda, argumentó Hitler, Alemania tenía derecho a la autodefensa.

La respuesta internacional fue rápida y desalentadora. En abril, el ministro de Relaciones Exteriores francés, Fierre Laval, y el primer ministro británico, Ramsay MacDonald, se reunieron con Mussolini en la ciudad italiana de Stresa para analizar la amenaza de Alemania para la paz y la estabilidad europeas. Su objetivo inmediato era reafirmar la independencia de Austria, y el comunicado de cierre del encuentro censuraba a Alemania y declaraba la determinación de los firmantes de oponerse de manera enérgica a cualquier alteración unilateral del Tratado de Versalles y del Pacto de Locarno de 1926, según el cual Alemania reconocía sus límites occidentales después de la Gran Guerra.

El Frente Stresa fue un aleccionador recordatorio para Hitler de su casi total aislamiento diplomático y provocó una nueva andanada de retórica tranquilizadora destinada a desactivar una situación potencialmente peligrosa. «El gobierno del Reich alemán de hoy continuará haciendo lo que [esté] en su poder para promover la causa de la paz», le dijo a un periodista estadounidense. En tono solemne, declaró que el gobierno alemán se comprometía a «nunca ir más

allá de los límites de la preservación del honor alemán y la libertad del Reich y, en particular, nunca hará de las armas nacionales alemanas un instrumento de agresión bélica, sino un instrumento circunscrito exclusivamente a la defensa y, por lo tanto, a la preservación de la paz».[9]

Si bien el dramático anuncio de Hitler fue inquietante para los vecinos de Alemania, la reacción interna fue entusiasta. «Todo Múnich estaba en pie» cuando Hitler llegó a la ciudad el 17 de marzo, informó el movimiento clandestino socialdemócrata. El júbilo con que se saludó la aparición de Hitler en Múnich ese día superó incluso el frenesí salvaje que acompañó el llamamiento a la movilización general en agosto de 1914. «Reviví los días de 1914», informó un agente, «y solo puedo decir que la declaración de guerra no tuvo el impacto que [tuvo] la recepción de Hitler el 17 de marzo [...]. Puedes obligar a las personas a cantar, pero no puedes forzarlas a cantar con tanto entusiasmo».[10]

Sin embargo, ese estado de euforia patriótica pronto dio paso a una evaluación más sobria de la situación. Muchos, sobre todo los alemanes mayores, cuyos recuerdos de las matanzas y las privaciones de 1914-1918 aún eran vividos, estaban convencidos de que los británicos y los franceses nunca permitirían tal desafío y que la guerra ya era inevitable. Los temores más generalizados eran que la determinación de Hitler de rearmarse sumiría a Europa en una carrera armamentística que crearía la misma situación volátil que se había dado en vísperas de la Gran Guerra. En Inglaterra y Francia ya se había iniciado el proceso de rearme, y Rusia había «fortalecido su ejército en un 30 %».[11] A pesar de tales preocupaciones, la resistencia clandestina concluía que «la masa del pueblo sin duda ve la reintroducción del servicio militar obligatorio como un bien deseable, ya que los vencedores, aparte de Inglaterra, estaban decididos a ejercer

ese derecho mientras se lo negaban a Alemania». Los alemanes más jóvenes, en particular, seguían convencidos de que, a pesar de los peligros, el Führer había restaurado el honor de Alemania y había obtenido una gran victoria diplomática. La popularidad de Hitler se disparó. Como informó la Sopade con tristeza, «es amado por muchos».

En seis semanas, el Frente Stresa,[12] tan imponente sobre el papel, empezaba a deshilacharse. La primera señal de problemas apareció en mayo y provino de una fuente inesperada. Hitler había nombrado a Joachim von Ribbentrop como embajador especial en Londres, pasando por encima del Ministerio de Relaciones Exteriores de Neurath, una muestra característica de la predilección de Hitler por los nombramientos *ad hoc* o paralelos. Ribbentrop no dependía de Relaciones Exteriores, sino directamente de Hitler, y estaba convencido de que se podía llegar a algún tipo de acuerdo con Gran Bretaña en cuestiones de armamento, en particular en cuanto a poderío naval. El Ministerio de Relaciones Exteriores pensaba que esto era sumamente improbable y confiaba en que Ribbentrop fracasaría. Se programó una conferencia internacional sobre asuntos navales en Londres para junio, pero, antes de convocarla, Hitler hizo una propuesta a Gran Bretaña sobre armamentos navales, y Londres respondió de inmediato. Las conversaciones formales anglo-alemanas comenzaron en Berlín el 4 de junio, presididas por Ribbentrop.

Hitler ofreció un pacto bilateral según el cual Gran Bretaña estaría de acuerdo con que Alemania ampliara su construcción naval, y el Reich, a su vez, limitaría su tonelaje al 35 % de la británica. También permitía a que la construcción de submarinos alemanes ascendiera hasta llegar al 45 % de las fuerzas navales del Commonwealth. Las negociaciones quedaron en manos de Ribbentrop, y Relaciones Exteriores

no intervino. Ribbentrop, cuya arrogancia era igualada solo por su torpe falta de tacto, sorprendió a los británicos al informarles sin rodeos de que esa era la última oferta de Alemania y no estaba abierta a negociaciones. Después de dudar durante un día, los británicos acordaron firmar. Para Londres, era claro que Hitler estaba decidido a construir no solo una fuerza aérea y un ejército, sino también una marina de guerra. Decidida a mantener el rearme alemán dentro de algunos límites y evitar una debilitante carrera armamentística, el 18 de junio Gran Bretaña sorprendió a sus aliados franceses al celebrar un tratado naval por separado con el Tercer Reich y según los términos de Hitler.

La razón que guiaba a la política de Gran Bretaña era satisfacer lo que consideraba demandas legítimas de Alemania, demandas que eran congruentes con la ley internacional y se basaban en el justo deseo del Reich de igualdad de armas. Muchos de los integrantes de la élite política británica habían llegado a la conclusión de que el Tratado de Versalles, en especial las cláusulas de armamento y ciertos acuerdos territoriales, eran injustos y habían causado un daño considerable a los esfuerzos de posguerra para la cooperación internacional en Europa. Gran Bretaña, por lo tanto, se esforzaría por satisfacer las demandas alemanas, con la esperanza de enredar a los alemanes en una maraña de tratados y compromisos internacionales que limitarían el rearme alemán y restringirían severamente la libertad de acción de Hitler. Londres estaba convencido de que la intervención militar para evitar el rearme alemán era inplanteable y que era mejor aceptar los términos razonables de Alemania. Para los británicos, el Acuerdo Naval Anglo-Alemán de junio de 1935 era estratégicamente sensato y políticamente útil. Para los franceses, fue una traición.

El Acuerdo Naval Anglo-Alemán fue un golpe maestro de Ribbentrop, cuya influencia sobre Hitler y sobre las relaciones exteriores de Alemania iba en aumento. Para Hitler, su enfoque agresivo en materia de relaciones internacionales reflejaba más plenamente el dinamismo revolucionario del nacionalsocialismo que la orientación en exceso cauta de los profesionales. Desde 1934, Ribbentrop comenzó a manejar una organización independiente que realizaba actividades paralelas a las del Ministerio de Relaciones Exteriores. El *Büro* de Ribbentrop fue en gran medida independiente del Ministerio de Relaciones Exteriores, con el que competía, y aprovechó cualquier oportunidad para restarle protagonismo en la formulación y ejecución de la política exterior. El resultado fue que la política exterior de la Alemania nazi, siguiendo el *modus operandi* organizativo distintivo del Tercer Reich, fue cada vez más un sistema de instituciones y personas que trabajaban en paralelo y competían entre sí.

El Acuerdo Naval Anglo-Alemán representó el punto más alto en los esfuerzos de Hitler por lograr una relación más estrecha con los británicos y, tal vez, incluso una alianza. Hacía mucho tiempo que creía que Gran Bretaña y Alemania eran aliados naturales. Sus intereses eran compatibles y, para Hitler, inherentemente convincentes. Alemania apoyaría las aspiraciones imperiales de Gran Bretaña en todo el mundo, mientras que Gran Bretaña reconocería la preeminencia de Alemania en el continente europeo. La Royal Navy se aseguraría de que Alemania no fuera vulnerable al bloqueo, y Gran Bretaña reconocería que el Tercer Reich era una fuerza para la estabilidad en el continente y un baluarte contra el bolchevismo. Para Hitler y Ribbentrop era obvio que los intereses de ambos países también eran compatibles

por una razón más profunda: tenían un «origen racial común».

Gran Bretaña no era el único eslabón débil en el Frente Stresa. En junio de 1935, Italia invadió Abisinia, un primer paso en la grandiosa ambición de Mussolini de restablecer el Imperio Romano en el Mediterráneo. Las tropas italianas no tardaron en aplastar a las fuerzas de Haile Selassie, superadas en número y mal equipadas, y ocuparon el país, un acto de pura agresión que provocó la inmediata censura y las correspondientes sanciones de la Liga de las Naciones. Gran Bretaña y Francia fueron especialmente elocuentes en su condena de la acción de Mussolini y votaron a favor de sancionar a Italia. Hitler, por otro lado, vio en la situación una oportunidad para acercarse al Duce, que seguía sospechando de las ambiciones nazis en el sureste de Europa. Mientras proclamaba una postura neutral, aplaudió el desafío de Mussolini a la liga y a las potencias occidentales, y se negó a apoyar las medidas propuestas. En cambio, ofreció a Mussolini apoyo económico frente a las sanciones. Lo más importante fue que vio en la Guerra de Abisinia una oportunidad para explotar la creciente grieta entre Mussolini y sus socios de Stresa y para demostrar su apoyo a la Italia fascista.

Sus coqueteos con Mussolini dieron sus frutos al año siguiente, cuando Alemania, junto con Italia, apoyaron a Francisco Franco en su rebelión militar contra la República Española. Hitler envió a unos siete mil asesores militares a España y proporcionó armamentos y suministro aéreo a las fuerzas de Franco. El conflicto en España también ofrecía la oportunidad de probar sobre el terreno los nuevos aviones alemanes y otras armas pesadas. Con dos ataques devastadores contra las ciudades españolas de Durango y Guernica (este último inspiró la brutal pintura de Pablo Picasso del

mismo nombre), la Luftwaffe alemana probó la eficacia del bombardeo aéreo. Mientras Gran Bretaña y Francia se mantenían al margen y eran reacios a dar un apoyo significativo a la causa republicana, los soviéticos intervinieron enviando ayuda a las vacilantes fuerzas republicanas. Pero su intervención fue demasiado pequeña para salvar la república. Mientras tanto, Mussolini, aunque todavía desconfiaba de los motivos de Hitler, estaba agradecido por la muestra de solidaridad alemana. El Frente Stresa estaba muerto.

Con el Frente Stresa en ruinas, Francia salió en busca de aliados más fiables y comenzó a negociar un pacto de ayuda mutua con la Unión Soviética. El acuerdo se firmó el 27 de febrero de 1936, y Hitler lo denunció de inmediato declarando que Francia había introducido al Estado bolchevique en el corazón de Europa, trastornando los repartos de poder establecidos en Europa Occidental. Y además, señaló, la Rusia soviética no era igual a los demás países, sino «el exponente de un sistema político y filosófico revolucionario» cuyo «credo» era la «revolución mundial».[13] El pacto franco-soviético apuntaba de manera directa a Alemania, insistió, y, al establecer una alianza militar con la Unión Soviética, Francia había socavado fatalmente el Tratado de Locarno. Con su pacto con Checoslovaquia, primero, y con la Unión Soviética, ahora, Francia, sostenía, estaba colocando una soga al cuello al indefenso Reich.

Ante tales «provocaciones», Hitler decidió tomar medidas audaces. Avisó al general Werner von Fritsch, comandante en jefe del ejército, que tenía intención de enviar tropas alemanas a la desmilitarizada Renania. Basándose en la débil respuesta a su anuncio de rearme de 1935, Hitler estaba convencido de que ni Gran Bretaña ni Francia tomarían medidas militares para hacer cumplir el tratado. Fritsch no compartía esta visión optimista, y tanto él como el ministro

de Guerra, Werner von Blomberg, se opusieron de modo enérgico a una empresa tan arriesgada. Los comandantes militares eran muy conscientes de la gran superioridad militar de Francia y le recordaron al Führer que el rearme alemán todavía estaba en sus primeras etapas. Si los franceses enviaban apenas una división a Renania, creía Blomberg, derrotarían con suma facilidad a las tropas alemanas y obligarían a la Wehrmacht a realizar una retirada humillante. Si no era posible convencer a Hitler para que descartara su imprudente plan, entonces sugerirían que se emprendiera una acción simbólica: una incursión en la zona desmilitarizada, una ocupación de un día de ciertos puntos clave a la orilla oeste del Rin, y luego una retirada.[14]

Hitler no quiso ceder. En un memorando a sus generales, insistió en que Alemania no tenía más remedio que afirmar «su derecho fundamental [...] de asegurar sus fronteras y consolidar sus posibilidades de defensa». Luego, ante un Reichstag apresuradamente convocado, el 7 de marzo de 1936 hizo un anuncio dramático: en ese mismo momento, informó a los diputados, las tropas alemanas estaban cruzando los puentes del Rin para entrar en Renania y ocupar Colonia, Saarbrücken, Aquisgrán y otros puntos clave. «El gobierno alemán ha restaurado hoy la plena soberanía de Alemania en la zona desmilitarizada de Renania.» Un feroz y entusiasta griterío resonó en la abarrotada cámara.[15]

Antes de que las potencias pudieran responder, Hitler emitió su ya previsible apelación a las razones pacíficas. Propuso la creación de una zona desmilitarizada en ambos lados del Rin, y la firma de un pacto de no agresión de veinticinco años entre Alemania, Francia y Bélgica, con Italia y Gran Bretaña como garantes. También dio a conocer un plan para minimizar el peligro de un ataque aéreo, un pacto de no agresión con los vecinos orientales de Alemania, y,

dado que la igualdad de derechos del Reich y la soberanía sobre su territorio habían sido restauradas, Alemania estaba dispuesta a volver a ingresar en la Liga de las Naciones. Finalmente, declaró que, a partir de ese momento, Alemania ya no tenía «reclamaciones territoriales que hacer en Europa».[16]

Los franceses y la Liga de las Naciones protestaron con dureza, pero, de manera significativa, Gran Bretaña se abstuvo de hacerlo. Después de todo, era territorio alemán y no había violado ninguna ley internacional. Francia sobreestimó enormemente el número de fuerzas alemanas en la operación, confundida por las numerosas unidades de policía que marcharon junto con los militares. En otras palabras, la respuesta fue, en gran medida, la que Hitler había anticipado. Había ignorado a sus generales, apostó y ganó. Había leído correctamente la situación internacional, había predicho la respuesta británica y francesa, y había emprendido acciones audaces a pesar de las objeciones de los generales.

La remilitarización de Renania tuvo consecuencias trascendentales. Debilitó fatalmente la credibilidad del sistema de alianzas de Francia con Europa Oriental. Mientras Renania fuera una zona desmilitarizada, las tropas francesas podrían marchar con facilidad sobre Alemania y ocupar el corazón industrial del Reich. Esa sola amenaza serviría para frenar las anexiones alemanas en el este. Pero ese elemento de disuasión ahora había desaparecido. La ocupación de Renania también fue otro golpe a la Liga de las Naciones, uno de los muchos que sufriría entre 1935 y 1939, pero sin duda más significativo. Las sanciones de la Liga no habían logrado disuadir ni a Mussolini en Abisinia ni a España y, en 1937, Japón simplemente ignoró la censura de la Liga cuando invadió China y se retiró de la organización.

Además, la ocupación de Renania erosionó aún más la confianza de los comandantes militares de Alemania en su propio juicio profesional. No sería la última vez. ¿Podría ser que este excabo sin educación entendiera el despliegue internacional de fuerzas mejor que ellos? Al imponerse sobre sus generales, la remilitarización de Renania aumentó la ya colosal confianza de Hitler en la superioridad de sus decisiones instintivas. La intuición había triunfado sobre la cautela de los diplomáticos profesionales y los militares. Siempre distante, en 1936, Hitler se hizo más inaccesible y se convenció aún más de la infalibilidad de sus puntos de vista. Lleno de confianza en sí mismo, se volvió casi inmune a las opiniones discrepantes, ya fueran del partido, de la Wehrmacht o del Ministerio de Relaciones Exteriores. Desde los días de su niñez con su amigo August Kubizek, Hitler nunca había podido tolerar objeciones a sus ideas y nunca permitió que la referencia a realidades inconvenientes pudiera meterse en su herméticamente sellado mundo de ilusión. Como le dijo a una multitud en Múnich, «sigo el camino que dicta la Providencia con la seguridad de un sonámbulo».[17]

A las impresionantes victorias en materia de política exterior se sumó el espectacular éxito de los Juegos Olímpicos de 1936 en Berlín y Garmisch. Se habían realizado fastuosos preparativos en la capital durante más de un año. Los visitantes se encontraron con un enorme estadio de cien mil asientos —el más grande del mundo—, estatuas monumentales y bulevares adornados con banderas y flanqueados por multitudes entusiastas. Los visitantes estaban allí para pasarlo bien. Las bandas tocaban música estadounidense, los salones de baile estaban siempre llenos, las cervecerías no daban abasto y se permitió que regresaran siete mil prostitutas que habían sido barridas de las calles. El régimen or-

denó quitar los carteles antijudíos de los escaparates y emitió órdenes estrictas a los funcionarios del partido para que desistieran de hostigar a los judíos en público. Muchos visitantes extranjeros quedaron impresionados por el despliegue de la organización nazi y la elaborada orquestación de los juegos. Los alemanes que veían parecían muy felices, muy prósperos, muy orgullosos. ¿Dónde estaban las señales de brutal violencia callejera, las detenciones a medianoche, el antisemitismo y los campos de concentración? Muchos se marcharon preguntándose si las historias de horror que habían leído sobre la opresión y brutalidad nazi, en especial contra los judíos, realmente serían verdad.[18]

Se sumaba a la sensación de orgullo alemán el resultado de los juegos. A pesar de los increíbles logros del afroestadounidense Jesse Owens en atletismo —obtuvo cuatro medallas de oro—, Alemania ganó en el medallero olímpico y acumuló más medallas de oro, plata y bronce que Estados Unidos, el favorito, un logro que la maquinaria de propaganda nazi nunca se cansaba de recordar. Contra la creencia popular, que tiende a enfocarse en la supuesta vergüenza de Hitler por las espectaculares victorias de Jesse Owens, los juegos representaron un tremendo triunfo de relaciones públicas para el Tercer Reich. El mundo había llegado a Berlín, y Alemania, bajo el liderazgo nacionalsocialista, había recuperado su legítimo estatuto de gran potencia internacional.

Después de las Olimpíadas, resurgieron los carteles del tipo «No queremos judíos», y los nazis reanudaron su campaña contra «la conspiración judía mundial». Al mismo tiempo, el régimen intensificó su agitación antisoviética y los dos temas se fusionaron en uno solo. En el congreso del partido de septiembre, en Núremberg, Goebbels desató una feroz diatriba contra el terror bolchevique en España y Rusia. ¿Quién era el responsable de este peligro? El judío, «el

inspirador, el autor y el beneficiario de esta terrible catástrofe: vean, este es el enemigo del mundo, el destructor de culturas, el parásito entre todas las naciones, el hijo del caos, la encarnación del mal, el fermento de la descomposición, el demonio visible del deterioro de la humanidad». En el último día del congreso, Hitler subrayó el vínculo pernicioso entre esta conspiración judía mundial y el destructivo bolchevismo. El Estado nacionalsocialista tenía que luchar con esa doble amenaza; no era una batalla común, sino «una lucha por la esencia misma de la cultura y la civilización humanas [...]. Lo que otros dicen no ver, porque simplemente no quieren verlo, es algo que, desafortunadamente, debemos decir como una verdad amarga: el mundo se encuentra hoy en medio de una agitación creciente, cuya preparación espiritual y práctica, y cuyo liderazgo, sin duda proceden de los gobernantes del bolchevismo judío».[19]

Basándose en ese tema y trabajando sin que el Ministerio de Relaciones Exteriores estuviera al tanto, Ribbentrop diseñó un tratado con Japón que apuntaba a la amenazadora sombra bolchevique. Aunque el acuerdo, firmado el 26 de noviembre, no mencionaba a la Unión Soviética de manera explícita y se centraba en cambio en la Internacional Comunista dirigida por Moscú (Comintern), el verdadero objetivo era la Unión Soviética. Tanto Japón como Alemania reconocían «que el objetivo de la Internacional Comunista [...] es desintegrar y someter a los Estados existentes por todos los medios a su disposición». Acordaron además que «la tolerancia de la injerencia de la Internacional Comunista en los asuntos internos de las naciones no solo pone en peligro su paz interna y bienestar social, sino que también es una amenaza para la paz en un mundo deseoso de cooperar en la defensa contra las actividades subversivas comunistas». Las partes se comprometían a asumir una posición de neutrali-

dad benevolente si uno se involucrara en una guerra con otra potencia pero, más allá eso, el Pacto Anti-Comintern ofrecía pocas cosas en concreto. Su valor era la propaganda, una señal de la creciente influencia global de Alemania.[20]

Para finales de año, Hitler podía presumir de una impresionante serie de logros: los asombrosos éxitos de la política exterior, los Juegos Olímpicos y una sorprendente recuperación económica, aunque desigual y poco profunda. En 1936, Alemania disfrutaba de pleno empleo y circulaban predicciones de que en el futuro cercano se enfrentaría a una escasez de mano de obra. Pero debajo de la superficie de estos triunfos acechaba un problema grave y creciente que amenazaba con socavar los éxitos del régimen. Desde 1934, el rearme avanzaba a un ritmo cada vez más acelerado, y las exigencias militares sobre la economía crecían mes a mes. Para el invierno de 1936 se implementó el racionamiento en muchos artículos de consumo. El aumento del precio de los alimentos, sobre todo de la carne, provocaba considerables quejas. William Shirer, un periodista estadounidense residente en Berlín, informó en su diario que había visto «largas colas de personas descontentas ante las tiendas de alimentos» y que «hay escasez de carne, manteca, frutas y grasas», que «la crema batida está *verboten* [prohibida]», que «la ropa de hombre y de mujer se fabrica cada vez más a partir de pasta de celulosa, la gasolina a partir del carbón, la goma a partir de carbón y cal»; que «no hay reservas de *Reichsmarks* ni de nada, ni siquiera para las importaciones vitales».[21] Ya en el verano de 1935, los funcionarios de la Policía Estatal de Münster informaban que «la insatisfacción mencionada en los últimos meses no ha disminuido, sino que se ha intensificado. La causa es la difícil situación

económica, que no muestra signos de un cambio de rumbo y que se reflejaba en los precios altos y la escasez de alimentos». Las manifestaciones de ese creciente descontento realmente «solo pueden verse en la pasividad palpable de una gran porción de la población hacia el movimiento y sus eventos». Las razones de este desencanto podrían encontrarse «en la gran pobreza de una gran parte de la población, que contrasta con el estilo ostentoso de ciertas oficinas del partido y del Estado».[22]

Para los políticos gobernantes era cada vez más claro que el Tercer Reich se enfrentaba a un dilema difícil de resolver: para construir la maquinaria militar que Hitler deseaba, Alemania necesitaba importar grandes cantidades de materias primas. Para pagar estas importaciones, necesitaban divisas. Las exportaciones, en especial de bienes de consumo, habían proporcionado antes la mayor parte de esas divisas, pero con una porción cada vez mayor de la economía devorada por los militares, la producción sufrió una fuerte baja en 1935 y cada vez caía más. El hombre a quien Hitler llamó para administrar su ambicioso programa de rearme fue el presidente del Reichsbank, Hjalmar Schacht. Nombrado ministro de Economía en junio de 1934, era un mago de las finanzas internacionalmente reconocido cuya tarea era encontrar los fondos necesarios para los ambiciosos planes de rearme de Hitler. Schacht apoyaba plenamente el deseo de Hitler de rearmarse y diseñó un sistema de financiación extrapresupuestaria para aumentar el gasto militar que evitaría que los vecinos de Alemania lo detectaran. Utilizando diversas estrategias financieras y de comercio exterior para financiar (y disfrazar) el rearme de Alemania, entre 1933 y 1934 logró sentar las bases económicas para la expansión militar. Su «Nuevo Plan» requería un rearme que se desarrollaría en dos fases, cada una de aproximadamente cuatro

años. La inicial requería la creación de un ejército defensivo capaz de proteger al Reich de todos los enemigos posibles. La segunda se dedicaría al desarrollo del potencial militar ofensivo, tanques y otros vehículos blindados.[23]

Pero la Wehrmacht (las Fuerzas Armadas nazis), con la aprobación incondicional de Hitler, estaba impaciente. Su necesidad de materias primas aumentó de manera constante entre 1934 y 1935, y de manera sideral a partir de entonces. En noviembre de 1935, el ministro de Guerra, Blomberg, informó a todos los jefes de servicio que ya no debían preocuparse por los costos y que podían pedir todo lo que necesitaran. La respuesta fue rápida. Al mes siguiente, el ejército agregó cuarenta y ocho batallones de tanques a las treinta y seis divisiones proyectadas, adquiriendo así una capacidad ofensiva que el plan de Schacht no habían previsto conseguir hasta 1938. La fuerza aérea también programó una gran expansión de su fuerza de cuarenta y ocho escuadrones en 1935 a más de doscientos en octubre de 1938, y la armada se apresuró a seguir su ejemplo. Para 1936, el gasto militar dominaba la economía alemana y continuaba creciendo: para 1938, los militares representaban el 80 % de los bienes y servicios comprados por el Reich.[24]

Para Schacht, esto era demasiado y demasiado pronto. En una serie de memorandos y reuniones cada vez más francas con Hitler, trató de convencerlo de que la economía alemana no podía hacer frente a esas demandas. La Wehrmacht necesitaba de forma desesperada suministros cada vez mayores de materias primas, sobre todo hierro, caucho y aceite, lo antes posible. Otros países, sacudidos por el febril rearme de Alemania, habían comenzado a aumentar sus gastos militares. No había tiempo que perder. El problema, como trató de explicar Schacht, era que Alemania carecía de las divisas indispensables para conseguir los bienes necesa-

rios. La autarquía tenía ventajas, pero no era la respuesta. Alemania necesitaba reincorporarse a la economía mundial y exportar. Si el régimen persistía en su enorme rearme, y a este ritmo acelerado, la economía simplemente implosionaría.

Para evitar una catástrofe económica, Alemania tenía que o bien desacelerar el ritmo del rearme o bien detenerlo por un tiempo. Schacht no se mostró reticente al presentar este sombrío pronóstico a Hitler, a quien presionó con una franqueza cada vez mayor. Poco habituado a escuchar semejantes críticas directas y sin el menor interés por cualquiera de las opciones desagradables que le presentaba Schacht, Hitler hizo oídos sordos a esas preocupaciones. No quería ni oír hablar acerca de cómo Schacht veía las leyes de la economía y no le preocupaba en lo más mínimo *cómo* se adquirirían las materias primas; solo le interesaba que estuviesen ahí. Su objetivo general era prepararse para la guerra y no dejaría que la problemática realidad económica se interpusiera en su camino. No iba a tolerar ninguna crítica, ni siquiera de sus expertos. La economía estaba allí para servir al régimen, para proporcionar al Estado lo que requería para cumplir su objetivo, y ese objetivo era la guerra. En 1936 ya se había cansado del pesimismo del ministro de Economía y de sus sombríos pronósticos. «Debe irse», anotó Goebbels en su diario. «Es una sombra cancerosa en nuestra política.»[25]

En julio, Hitler destituyó a Schacht de su puesto como ministro de Economía y lo obligó a tomarse una licencia como director del Reichsbank. Schacht seguiría siendo miembro del gabinete y continuaría expresando sus objeciones sobre el curso que tomaba la planificación económica alemana, pero Hitler no lo escuchaba. Necesitaba a alguien que no se viese perturbado por «inconvenientes» económicos,

sino que se preparase para la guerra sin piedad y con energía. Ese hombre era Hermann Göring. En el congreso del partido en Núremberg de septiembre de 1936, Hitler anunció un nuevo plan de cuatro años que haría que Alemania estuviera militar y económicamente preparada para la guerra en cuatro años. También reveló la creación de una nueva organización *ad hoc* que asumiría el mando de la economía. Göring estaría al frente de esta Oficina del Plan Cuatrienal y su misión sería muy clara: no debía preocuparse por la balanza de pagos, por los problemas cambiarios, el comercio exterior o las necesidades civiles; su trabajo consistía en garantizar que el Reich estuviera preparado para la guerra en cuatro años sin importar los costes. Hitler era consciente de las privaciones que se impondrían al pueblo alemán, pero solo podía afirmar que el pueblo debía estar dispuesto a sacrificarse por el bien de la nación.[26]

En diciembre, Göring explicó la grave situación a un grupo de industriales. Alemania estaba inmersa en una lucha de vida o muerte y «no hay a la vista ningún fin del rearme. La lucha a la que nos enfrentamos exige una medida colosal de capacidad productiva». No importaba si todas las inversiones podían amortizarse o no. «El punto decisivo para este caso es la victoria o la destrucción. Si ganamos, entonces los negocios serán suficientemente compensados [...]. Ahora estamos haciendo las apuestas más altas [...]. Todos los intereses egoístas deben dejarse de lado. Nuestra nación entera está en juego. Vivimos en un tiempo en que las batallas finales están a la vista. Ya estamos en el umbral de la movilización y estamos en guerra, solo que las armas aún no están disparando.»

Bajo la gestión de la economía de Göring, comenzó un aumento descomunal en el gasto militar que alcanzó cifras astronómicas. Para levantar y equipar un ejército de cerca

de tres millones y medio de soldados en solo cuatro años, habría que remodelar grandes sectores de la industria alemana y poner a punto otras plantas de fabricación; los trabajadores deberían ser formados de nuevo. La economía se estiraría hasta el límite y más allá. Para 1940, el ejército iba a ser una fuerza de combate totalmente equipada de ciento dos divisiones y de más de tres millones seiscientos mil hombres. Se producirían al menos cinco mil tanques en ese tiempo. La Luftwaffe también emitió la orden de que sus fuerzas deberían estar en plena capacidad para 1937, un año antes de lo previsto, lo que complicaba aún más la planificación económica.[27] El pensamiento de la Wehrmacht ya no apuntaba a consideraciones defensivas, sino a una fuerza entrenada y equipada para operaciones ofensivas.

Este enorme crecimiento militar imponía serias tensiones en la economía. Aparte de los problemas de divisas y de balanza de pagos, para los cuales no había una solución financiera obvia, estaba la pregunta pendiente sobre lo que sucedería cuando esta gigantesca avalancha de gastos terminase, cuando las fábricas cumplieran con todos sus pedidos y se hubiesen alcanzado los objetivos de producción. ¿Funcionarían las fábricas de armamento a tiempo parcial, despedirían a millones de trabajadores o cerrarían sus puertas? Si esta devoradora maquinaria militar no se usaba en un futuro cercano, ¿era necesario ese ritmo de producción de armamentos? Aunque los nazis no se preocupaban mucho por esas cuestiones de largo alcance, el hecho era que habían creado una economía basada en la guerra y la expansión. Como lo expresó acertadamente el historiador económico Adam Tooze, «en ese momento la guerra debía contemplarse no como una opción, sino como la consecuencia lógica de los preparativos que se estaban realizando».[28]

En 1937 no hubo crisis importantes en política exterior y, sin embargo, en medio de toda la frenética actividad militar y económica, reinaba una atmósfera de nerviosismo. El Sopade informaba que «más que nunca todos los sectores de la población están dominados por la preocupación por la inminencia de la guerra». Ese temor se exacerbó en septiembre cuando el régimen realizó simulacros de ataques aéreos en Berlín y oscureció la ciudad durante tres noches consecutivas. Se alentó a otras ciudades a hacer lo mismo.[29] El movimiento clandestino socialista informó que «el Plan Cuatrienal, el racionamiento de la provisión de alimentos, las órdenes de despliegue para el caso de una movilización general, la mayor actividad de defensa aérea, la participación de Alemania en España y la agitación sin límites contra la Unión Soviética, todo esto proporciona alimento constante a la psicosis de guerra».[30] Las mujeres en la NS-F estaban «siendo formadas para hacerse cargo de los trabajos de los hombres» y «en los últimos meses, la Juventud Hitleriana ha introducido tardes de entrenamiento especial, durante las cuales los jóvenes practican lanzamiento de granadas de mano y disparan con ametralladoras».

Hitler necesitaba algún tipo de éxito en su política exterior, alguna nueva sorpresa o exhibición espectacular del dinamismo nazi para reavivar el entusiasmo del pueblo. Decidió organizar una fastuosa visita de Estado de Mussolini para demostrar la nueva solidaridad entre Alemania e Italia. Los preparativos se realizaron en la habitual escala nazi. A finales de octubre, y durante tres días, el Duce fue saludado, homenajeado y aplaudido por multitudes entusiastas que le daban la bienvenida dondequiera que apareciera. Mussolini quedó impresionado. La visita culminó una noche lluviosa en Berlín, cuando el Führer y el Duce pronunciaron discursos promocionando efusivamente la solidaridad fascista an-

te una multitud empapada de sesenta y dos mil personas en el Maifeld. Fue, creía un Goebbels en éxtasis, la multitud más grande a la que Mussolini se había dirigido jamás. El estadio estaba bañado «en una luz mágica [...]. Desafortunadamente, llovía mucho. Pero ¿qué importa eso esta noche? Me siento completamente feliz».[31]

No se logró nada concreto durante la visita, y los problemas potenciales entre los dos regímenes seguían ahí, en especial en lo relativo al estatus de Austria, pero ambas potencias consideraron que la visita fue un éxito espectacular. Mussolini regresó a Roma impresionado por el poderío alemán, por la organización y por el propio Hitler. Por su parte, Hitler podía sentir que Alemania ya no estaba aislada en Europa. Poco después de la visita, el 6 de noviembre, Ribbentrop anunció que Italia se había unido al Pacto Anti-Comintern. Se armó así un eje de poder Roma-Berlín-Tokio, una señal visible del alcance global de Alemania.

Fue en estas circunstancias que, el 5 de noviembre de 1937, Hitler convocó una reunión de sus principales comandantes militares en la Cancillería del Reich. El objetivo de la reunión, en apariencia, era resolver los desacuerdos crecientes entre las diferentes ramas de las fuerzas armadas sobre la asignación de las materias primas, cada vez más escasas. En este pequeño círculo estuvieron Göring, en su doble papel de jefe del Plan Cuatrienal y de comandante de la Luftwaffe; el ministro de Guerra Blomberg; Fritsch, el comandante y jefe del Estado Mayor del Ejército, y el almirante Erich Raeder, comandante supremo de la Armada. El ministro de Relaciones Exteriores, Konstantin von Neurath, también estuvo presente, al igual que el edecán militar de Hitler, Friedrich Hossbach. Raeder, cuyas quejas sobre las asig-

naciones de acero habían motivado la reunión, se sentía particularmente irritado por lo que consideraba un tratamiento preferencial hacia la Luftwaffe de Göring, posición compartida por Blomberg y otros jefes de servicio. Raeder esperaba que Hitler resolviera la disputa. Sin embargo, y como era típico de él, no abordó el tema en cuestión hasta bien avanzada su presentación y lo hizo apenas de forma fugaz. Para sorpresa de sus oyentes, se embarcó en un extenso monólogo sobre política exterior y política económica, y dio una amplia visión general de su pensamiento estratégico. Su actitud era sombría. Aquel no era un discurso de propaganda violenta.

«El objetivo de la política alemana», comenzó, era «proteger, preservar y ampliar la comunidad racial». La preservación del «núcleo racial alemán» era, ante todo, una cuestión de espacio. La falta de *Lebensraum* representaba «el mayor peligro para la raza alemana» y asegurar su futuro «dependía por completo de resolver el problema del espacio». Durante las siguientes tres horas, evaluó las opciones económicas de Alemania, en particular con respecto a la materia prima. Por supuesto, el estaño, el acero, el caucho y el petróleo eran esenciales, pero el suministro de alimentos requería su mayor atención. Aunque se habían logrado algunos avances, en especial en el área de los productos sintéticos, la política de autarquía pura no podía resolver los problemas alimentarios de Alemania. Tampoco podía hacerlo volver al comercio mundial, señaló dando un golpe indirecto a la posición de Schacht. La expansión era la única solución realista, como lo había sido para los grandes imperios desde los romanos hasta Federico el Grande y Bismarck. «El problema de Alemania solo podía ser resuelto por la fuerza y esto nunca está exento de riesgos. La única pregunta real era "cuándo y cómo".»[32]

El primer objetivo de Alemania era asegurar sus flancos sur y este, y eso significaba apoderarse de Checoslovaquia y Austria. Austria debía ser anexionada, de ser posible sin conflicto militar, pero los checos no merecían tal consideración. «Die Tschechi», como Hitler y los nazis se referían a Checoslovaquia, era un Estado ilegítimo creado por los vencedores en Versalles. Era rico en materias primas, y simplemente desaparecería en el Reich alemán. Hitler luego revisó las fortalezas y debilidades de las principales potencias y sus posibles respuestas a un acto de agresión alemana. Gran Bretaña y su imperio eran más débiles de lo que en general se creía y no representaban una amenaza seria; Francia no actuaría sin Gran Bretaña. Polonia no intervendría sola y, si la ofensiva alemana era «rápida como un relámpago», Rusia se mantendría al margen. La Rusia bolchevique representaba una amenaza a largo plazo, pero, enfrentada a un hecho consumado, no tomaría ninguna medida. Italia, a pesar de algunas dificultades con respecto a Austria, sería un aliado fiable.

Con las otras potencias aumentando sus propios gastos militares en respuesta al enorme rearme de Alemania, el Reich no podía permitirse demoras. Alemania debía actuar pronto o perdería su ventaja momentánea. Era su decisión inalterable que, a más tardar en 1943-1945 (o antes, si las circunstancias eran favorables), la economía y las fuerzas armadas alemanas debían estar listas para actuar. Al final de su presentación, el problema de la asignación de recursos entre los servicios fue abordado de forma breve y resuelto para satisfacción de Raeder. Pero, después del extraordinario discurso del Führer, esa pregunta se deslizó claramente a un segundo plano.

El pequeño círculo de oyentes quedó impresionado por lo que habían oído. Aunque los generales, por supuesto, esta-

ban familiarizados con el impulso básico de las ideas de Hitler, nunca antes las había expuesto de manera tan directa y detallada. Si la presentación de Hitler les resultó sorprendente, no los sorprendió menos que les solicitara sus comentarios. Escuchó con atención, a veces tomando notas, mientras los generales Fritsch y Blomberg planteaban serias objeciones. No se oponían a la idea de *Lebensraum*, pero les llamaba la atención que Hitler estuviera considerando un curso de acción que, sin duda, conduciría a una guerra no solo con Checoslovaquia, sino también con Gran Bretaña y Francia, una guerra para la cual la Wehrmacht no estaba preparada. Hitler no interrumpió ni trató de disuadirlos —dejó en manos de Göring la respuesta a sus críticas—, pero debió sentirse decepcionado. No estaba acostumbrado a la discrepancia y, ciertamente, tampoco a la agudeza de las objeciones.

No se redactaron actas formales. El único registro de la reunión son las notas escritas varios días después por el coronel Hossbach. Muchos historiadores han visto en el «Memorando de Hossbach» un plan claro para la acción, un plan real para la agresión alemana. Otros han afirmado que el discurso de Hitler fue simplemente un *tour d'horizon*, una táctica de distracción típica para evitar ocuparse del tema del armamento. Pero Hitler llevó consigo notas para la reunión, aunque no se refirió a ellas, y desplegó su famosa memoria para los detalles. La actuación de Hitler ese día puede haber sido un esfuerzo para evitar tomar partido en la disputa entre los distintos sectores implicados, pero es más probable que su charla haya sido un esfuerzo genuino por inclinar a los generales hacia su punto de vista. Claramente esperaba convencerlos. Sin embargo, la reunión terminó con desacuerdos y con un tono áspero.

Blomberg salió de la reunión tan perturbado que solicitó otra reunión con Hitler para el día siguiente. Después de consultar con Fritsch, trató una vez más de persuadir a Hitler para que abandonara lo que los militares consideraban una imprudencia que llevaría a Alemania a una guerra demasiado grande. La reunión fue acalorada y Hitler no pudo ser convencido. Neurath, igual de alarmado por la evaluación excesivamente optimista de Hitler de la situación internacional y su convicción de que Gran Bretaña y Francia no intervendrían, también intentó tener una reunión con el Führer, pero Hitler lo rechazó y se negó a verlo hasta mediados de enero. Lento para tomar decisiones, Hitler rara vez cambiaba de parecer una vez que había resuelto algo. Como Ribbentrop comentó más adelante, «habría sido más fácil mover el Mont Blanc que lograr que el Führer revocara una decisión».[33]

En tres meses, Blomberg, Fritsch y Neurath fueron expulsados y, aunque a menudo se la consideró una purga bien diseñada, las circunstancias fueron bastante diferentes e imprevistas en cada caso. Blomberg fue el primero en caer. En enero, el general se casó con una mujer joven, treinta y cinco años menor que él. Blomberg buscó la aprobación de Hitler, temeroso de que sus compañeros oficiales la rechazaran. Era una chica común, vendedora de tienda, una chica del pueblo. Y, en efecto, el ejército, a través del general Fritsch, protestó diciendo que ese enlace era intolerable. Hitler estaba indignado ante el esnobismo clasista de los oficiales. ¿Acaso no sabían que no había clases en el Tercer Reich? Incluso se ofreció para ser testigo de la boda y arrastró con él a Göring también. La boda fue un evento pequeño y privado, y tuvo lugar en la atmósfera tierna del Ministerio de Guerra.

Mientras la feliz pareja estaba de vacaciones, la Gestapo descubrió pruebas inquietantes de que la nueva *Frau* Blomberg era una mujer con un oscuro pasado. Encontraron archivos policiales que revelaban que había sido arrestada por prostitución y que había posado para fotografías pornográficas, tomadas, para hacer las cosas aún más intolerables, por un fotógrafo judío con quien ella vivía. Hitler, señaló Goebbels, quedó «destrozado» ante estos descubrimientos: «Si un mariscal de campo alemán se casa con una prostituta», dijo el Führer con incredulidad, «cualquier cosa en el mundo es posible». La única salida honorable para Blomberg, afirmó Goebbels, era una pistola.[34] Pero Blomberg era un partidario de Hitler desde hacía mucho tiempo y el Führer se mostró reacio a deshacerse de él. Como no estaba dispuesto a reunirse con un Blomberg caído en desgracia, envió a Göring para hacerle una oferta. Si Blomberg aceptaba anular el matrimonio, se le permitiría permanecer en su puesto; si no, sería obligado a irse. Para consternación de todos, Blomberg se negó a separarse de su mujer y presentó la renuncia.[35]

Las repercusiones del asunto Blomberg aún resonaban cuando un segundo escándalo sacudió a los militares. Al investigar al general Fritsch para el puesto de jefe de Estado Mayor del Ejército unos tres años antes, la Gestapo había desenterrado acusaciones de que Fritsch había tenido un encuentro homosexual con un joven de las JH. Fritsch era un oficial muy respetado con un historial intachable. Él negó categóricamente las acusaciones y no se presentaron cargos. El asunto parecía resuelto. Pero, con el escándalo de Blomberg en pleno auge, Heydrich retomó el archivo del caso anterior y se inició una nueva investigación. Las pruebas reunidas por la Gestapo eran, como mínimo, poco fiables. Sin embargo, presionado por Goebbels y Himmler, Hitler

estaba convencido de que el ejército, más aún, el régimen, no podía permitirse otro escándalo público. No dejaría que el asunto se desvaneciera. Aunque negó con vehemencia las acusaciones, Fritsch el 3 de febrero renunció bajo presión, pero exigió una corte marcial militar, que Hitler concedió a regañadientes. El 18 de marzo, Fritsch fue absuelto —resultó ser un caso de identidad equivocada, que Himmler y Heydrich conocían desde hacía tiempo—, pero el daño ya estaba hecho. A Fritsch se le permitió conservar su rango, pero fue apartado de la jerarquía de mando y volvió a su antigua unidad de artillería.

La purga no había terminado. En los días siguientes, Hitler relevó a cuatro generales y reasignó a cuarenta y seis oficiales de alto rango, muchos de los cuales, se sabía, estaban poco comprometidos con el nacionalsocialismo. Nombró al general Walther von Brauchitsch para reemplazar a Fritsch y rechazó los esfuerzos de Göring y de Himmler para que los nombrara sucesores de Blomberg en el Ministerio de Guerra. Como premio de consuelo, ascendió a Göring al rango de mariscal del Reich. Para completar la reorganización de su mando militar, Hitler abolió el cargo de ministro de Guerra y se ungió a sí mismo como comandante supremo del Alto Mando de la Wehrmacht (Oberkommando der Wehrmacht u OKW), lo que le daba el control formal sobre todo el *establishment* militar de Alemania. Wilhelm Keitel, un general de escritorio conocido por su flexibilidad, se convirtió en jefe del Estado Mayor del OKW, y el general Alfred Jodl asumió el cargo de jefe de Operaciones. El resentimiento en el ejército fue grande.

Neurath no escapó a la ola de despidos.[36] El 6 de febrero de 1938, Hitler despidió a su ministro de Relaciones Exteriores. No fue una sorpresa. Un conservador remanente del gobierno de Schleicher había sido una presencia tranquiliza-

dora para las viejas élites conservadoras, que lo consideraban una influencia restrictiva sobre Hitler. Pero, para 1938, su enfoque cauteloso de la diplomacia estaba cada vez menos en sintonía con las políticas agresivas que el régimen seguía en ese momento. Su ascendente había ido disminuyendo de forma constante desde 1935, roído por el inquieto Ribbentrop y su organización. Al limpiar la casa de la vieja guardia, Hitler también destituyó a los embajadores conservadores en Roma y Tokio, junto a Franz von Papen, que había sido embajador alemán en Viena desde 1934. Hitler se decidió por Ribbentrop para reemplazar a Neurath.

El arrogante Ribbentrop era aborrecido casi por todos los demás líderes nazis, pero había adquirido una gran influencia sobre Hitler desde el Acuerdo Naval Anglo-Alemán y pasó de la periferia del poder en 1933 al centro cinco años después. Sumamente seguro de sus propios puntos de vista e impermeable a las críticas, estaba convencido de que entendía los deseos del Führer y los adoptaba de inmediato como propios. Como observó el embajador francés François-Poncet, parecía decidido a ser «más hitleriano que Hitler» y reforzaba las tendencias más belicistas del Führer. Ribbentrop tenía talento para confirmar los deseos políticos de Hitler y decirle exactamente lo que él quería escuchar. En esta relación simbiótica, Hitler, como era de esperar, pensó que su nuevo ministro de Relaciones Exteriores era brillante.[37]

Las circunstancias que llevaron a la salida de Blomberg y Fritsch no fueron previstas y difícilmente fueran parte de una purga cuidadosamente planificada, pero la consecuencia de sus despidos, combinados con la destitución de Schacht y Neurath, fue dejar en manos de Hitler el total e ilimitado control del *establishment* del ejército, de los asuntos económicos y de las relaciones exteriores de Alemania. Su poder era absoluto. Casi sin nada que lo limitara, el Tercer

Reich entró en una nueva fase radical, tanto en política exterior como interior. Comenzó en febrero de 1938 de modo inesperado cuando Kurt von Schuschnigg, el canciller de Austria, buscó una estrategia para tratar con una Alemania cada vez más amenazante. En julio de 1936, Schuschnigg firmó un tratado con Alemania por el que el Reich reconocía la total soberanía austríaca, se abstenía de intervenir en sus asuntos internos y permitía a Austria seguir una política «que estuviera en todo momento en conformidad con el hecho de que Austria se considera a sí misma como un Estado alemán».[38] Pero, para 1938, estaba nervioso por la creciente agitación nazi en Austria y por la amenazadora postura en materia de política exterior de Hitler. Dentro del gobierno del Reich, Göring exigía con agresividad la anexión de Austria. En su calidad de jefe del Plan Cuatrienal, presionó por una unión aduanera con Austria y una coordinación de la economía austríaca con la alemana. Incorporar a Austria al Reich sería aún mejor, dado que los ricos yacimientos de hierro y mano de obra cualificada de Austria entrarían en el Plan Cuatrienal.[39]

Austria se encontraba cada vez más aislada, y la agitación nazi era cada vez mayor. En 1934, tras el fallido *Putsch* nazi, Italia se había comprometido a actuar como garante de la soberanía austríaca, pero con la mejora en las relaciones entre Italia y Alemania, Mussolini había comenzado a abandonar ese compromiso. En conversaciones con representantes austríacos, insistía en que la posición de Italia no había cambiado, que Italia todavía favorecía fuertemente que Austria fuera independiente, pero también daba a entender que se trataba esencialmente de un problema interno alemán, un asunto que debían abordar los dos países alemanes. Tal vez, sugería, el curso de acción más fructífero fuera un poco de diplomacia cara a cara, lo que permitiría a los líderes de

los dos Estados alemanes hablar sobre sus dificultades. Durante algún tiempo, Schuschnigg estuvo interesado en una reunión de esas características, y otros, tanto en el gobierno austríaco como en el alemán, respaldaban esta idea. Franz von Papen, a quien Hitler acababa de despedir como embajador en Austria, fue enviado de regreso a Viena para abordar el tema con Schuschnigg.[40]

A Schuschnigg le gustó la idea, y Papen de inmediato hizo los preparativos para que el canciller austríaco viajara al retiro alpino de Hitler en Obersalzberg, justo al otro lado de la frontera con Austria. La reunión fue programada para el 12 de febrero. La noche anterior, Schuschnigg llegó a Salzburgo. Solo lo acompañaban su ministro de Relaciones Exteriores y otro funcionario. La reunión sería un encuentro secreto y discreto para despejar el ambiente. A la mañana siguiente, Papen se encontró con el pequeño grupo austríaco en la frontera y los acompañó hasta el muy ampliado Berghof de Hitler, donde durante los siguientes meses cargados de crisis se concentró buena parte de la actividad diplomática. Los caminos que conducían de Berchtesgaden al Berghof estaban tan cubiertos de hielo y neblinosos que el grupo tuvo que viajar en un vehículo militar especial, lo que aumentó la atmósfera general de aislamiento.

La reunión no fue lo que Schuschnigg había esperado. En el Berghof, encontró a Ribbentrop y a tres generales, encabezados por Keitel, que acababa de volar desde Berlín. Después de un recibimiento frío y formal, fue conducido al estudio de Hitler para una conversación privada. Allí, todas las sutilezas diplomáticas desaparecieron de inmediato. Hitler apenas dio a su invitado la oportunidad de hablar y se embarcó en un largo monólogo que duró dos horas. Austria, comenzó, nunca había ayudado a Alemania. «Toda la historia de Austria es solo un acto de traición ininterrumpido»,

dijo, y añadió ferozmente: «Estoy absolutamente decidido a poner fin a todo esto». Schuschnigg hizo un esfuerzo por defender a su patria, pero Hitler no lo dejó. «Tengo una misión histórica y esta misión es la que cumpliré, porque la Providencia me ha destinado a hacerlo y creo por completo en esta misión; es mi vida.» Las tropas alemanas se estaban concentrando en la frontera con Austria a la espera de sus órdenes para que comenzara la invasión. La presencia de los tres generales, que parecían terriblemente intimidatorios aunque no dijeron ni una palabra en todo el día, tenía la intención de reforzar esa ominosa amenaza. En un momento, durante una pausa en la reunión, Keitel confesó a uno de los austríacos que no tenía idea de por qué él o los otros militares estaban allí. Todo era teatro. «Ustedes no creen en serio que podrán detenerme y resistirse siquiera durante media hora, ¿verdad?», se burló Hitler. «Quién sabe, tal vez yo aparezca en Viena de la noche a la mañana, como una tormenta de primavera. Entonces entenderán algo.»[41]

Después de una pausa para el almuerzo, mientras Hitler consultaba con sus asistentes, Schuschnigg fue conducido a una habitación en la que lo esperaban Ribbentrop y Papen. Allí le presentaron un borrador del acuerdo que exigía Alemania. Viena debía aceptar coordinar su política exterior y económica con el Reich y un intercambio de oficiales del ejército. El gobierno de Austria debía emitir una amnistía para los nazis que se estaban pudriendo en sus prisiones y levantar todas las restricciones a las actividades de los nazis austríacos. Hitler también exigía el nombramiento de Arthur Seyss-Inquart, un prominente simpatizante nazi, como ministro del Interior a cargo de todas las fuerzas de seguridad austríacas, una jugada que recordaba siniestramente el primer paso en la toma del poder por parte de los nazis en Alemania. Cuando Schuschnigg planteó objeciones a varios

puntos, Ribbentrop le advirtió que el acuerdo debía ser aceptado de manera incondicional. Estas medidas no estaban sujetas a discusión, dijo Ribbentrop; eran exigencias que debían cumplirse de inmediato. Era un ultimátum.

Cuando, más avanzada la tarde, el acuerdo había sido mecanografiado y Schuschnigg y Hitler se sentaron de nuevo juntos, el Führer reiteró esa posición. «Aquí está el borrador del documento», dijo. «No hay nada que deba discutirse al respecto. No cambiaré ni un ápice. Lo firmará tal como está o, de lo contrario, nuestra reunión habrá sido inútil. En ese caso, decidiré durante la noche qué se hará a continuación.» A pesar de las presiones de Hitler, Schuschnigg no cedió. Explicó que estaba dispuesto a firmar el borrador del acuerdo, pero que, según la Constitución austríaca, no tenía la autoridad para actuar en estos asuntos sin el consentimiento del presidente, Wilhelm Miklas. Firmaría el documento, como insistía Hitler, pero el Führer debía entender que eso no significaba nada sin la firma del presidente. Lo consultaría con el presidente Miklas a su regreso a Viena y luego se comunicaría con Berlín. Hitler cedió. Con sus generales siempre presentes en segundo plano, le informó a Schuschnigg que había decidido cambiar de opinión «por primera vez en mi vida. Pero le advierto» que «esta es su última oportunidad. Le doy tres días más antes de que el acuerdo entre en vigor».[42]

La oscuridad había caído antes de que un Schuschnigg muy conmocionado y su grupo lograran salir montaña abajo hasta Berchtesgaden y al otro lado de la frontera. Mientras regresaban, Papen le aseguró que no debía preocuparse y que la próxima reunión sería diferente. «Ahora ha visto usted lo que el Führer puede ser a veces», dijo, pero le aseguró a Schuschnigg que «la próxima vez será diferente. Usted sabe que el Führer puede ser absolutamente encanta-

dor». Después de haber visto a Hitler como el gánster que era, Schuschnigg sabía que «no habría una próxima vez [...]. No habría más discusiones sobre Austria». De eso estaba seguro. «Y también sabía que había poco espacio para la esperanza.»[43]

En los días siguientes, Schuschnigg recurrió a Mussolini, el protector de Austria, que no tuvo ningún consuelo para ofrecerle. Tampoco lo hicieron Francia ni Gran Bretaña. Sin apoyo internacional y sin opciones viables más que la guerra, Schuschnigg cumplió con los términos del acuerdo y, a pesar de las profundas reservas de Miklas, nombró al ministro del Interior Seyss-Inquart. Pero Berlín estaba impaciente. Hitler tenía previsto pronunciar un discurso importante el 20 de febrero y estaba ansioso por resolver el asunto austríaco. Tenía la intención de anunciar el acuerdo con Austria y agradecer a Schuschnigg por su «gran comprensión y cordial disposición» para servir a los intereses de ambos países.[44]

El discurso de Hitler ese día duró más de dos horas y ofreció un anticipo de los temas que dominarían la política nazi en los meses siguientes. Alemania era muy consciente de «las dolorosas consecuencias de la confusión introducida en el mapa europeo y la constelación económica y política de los pueblos producida por el loco acto de Versalles». Lamentó que «dos de los países en nuestras fronteras incluyen un total de más de diez millones de alemanes [...]. Contra su propia voluntad, se les impidió unirse al Reich en virtud de los tratados de paz». Eso fue bastante doloroso, pero no se podía permitir que esta separación impuesta condujera a «una situación en la que las razas se ven privadas de sus derechos [...], los derechos generales de autodeterminación *völkisch* [...] que nos fueron garantizados solemnemente por los Catorce Puntos de Wilson». Esta era una situación que,

a la larga, no podría sostenerse. «Es insoportable para una potencia mundial saber que hay camaradas raciales a su lado que constantemente están sujetos al más severo sufrimiento debido a su simpatía o afiliación con su raza, su destino y su cosmovisión.»[45]

Aunque Austria era al parecer el tema del día, Hitler estaba estableciendo un marco más amplio para su política y, aunque no mencionaba de manera explícita a ninguno de los dos países, el vínculo entre Austria y Checoslovaquia era obvio. «No se puede negar que, mientras Alemania permaneció impotente e indefensa, no tuvo más remedio que tolerar esta persecución incesante de alemanes en sus fronteras.» Pero en ese momento la situación había cambiado y él consideraba que «el deber de Alemania [era] proteger a los camaradas raciales que no están, por su propia fuerza, en condiciones de asegurarse por sí mismos [...] ¡el derecho a la libertad humana, política y filosófica general!».

Los comentarios de Hitler del 20 de febrero parecían sugerir que, en esencia, el problema austríaco estaba resuelto, pero, en Viena, Schuschnigg preparaba su propia sorpresa. Mientras hablaba en una importante concentración en Innsbruck el 9 de marzo, el canciller austríaco soltó una bomba al anunciar que se realizaría un plebiscito nacional el 13 de marzo, solo cuatro días después. La gente debía votar sí quería o no «una Austria libre e independiente, alemana y cristiana», frase que tenía que alarmar a los alemanes. Para variar, fue Hitler quien fue tomado por sorpresa. Fuera de sí y furioso, informó al ejército que la suerte estaba echada. La operación militar que había esperado evitar parecía ahora inevitable.

A partir de ese momento, los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Alemania protestó de inmediato y exigió que el plebiscito se postergara dos semanas. Tenían encima

una crisis en toda regla, y un manto de inquietud cubría a todos los alemanes. En todas partes se percibía una creciente «psicosis de guerra», informaban tanto la Gestapo como el movimiento socialdemócrata clandestino. «No había ni una pizca de entusiasmo como el que hubo en agosto de 1914. Por el contrario», observaba la Sopade, «predominan una gran preocupación, inquietud y profunda ansiedad [...]. Uno puede oír comentarios del estilo: "A fin de cuentas, poco nos importa Austria. Deberían dejarnos en paz. ¿Deberíamos involucrarnos en una guerra por esto? ¿Qué obtenemos de ella?"».[46]

Mientras la gente se preocupaba, la Wehrmacht redactaba frenéticamente un plan para invadir Austria. Fue un asunto apresurado e improvisado. Los generales estaban preocupados por la reacción de los checos, quienes, a su vez, estaban nerviosos por un posible ataque alemán a su territorio. Tal vez deberían aprovechar esa oportunidad para lanzar un ataque preventivo contra el Reich. Incluso una movilización de sus tropas amenazaría toda la operación. A pesar de estas preocupaciones, el 11 de marzo Hitler dictó una orden para que las tropas alemanas avanzaran sobre Austria. La orden insistía en que toda la operación debía «llevarse a cabo sin el uso de la fuerza, a la manera de una entrada pacífica bien recibida por la población». Sin embargo, «si se encuentra alguna resistencia [...], debe ser dominada, sin la menor compasión por la fuerza de las armas».[47]

El viernes 11 de marzo, Schuschnigg fue despertado a las 5:30 de la mañana por una llamada telefónica de su jefe de policía. «La frontera alemana en Salzburgo se cerró por completo hace cerca de una hora», dijo. «Todos los funcionarios de aduanas alemanes han sido retirados. El tráfico ferroviario ha sido detenido.» Unas horas después, Seyss-Inquart informó a Schuschnigg que había estado en contacto

telefónico con Göring, quien dio órdenes de informar al canciller austríaco que «el plebiscito debe ser pospuesto dentro de una hora». En su lugar, debía anunciarse otro plebiscito que se realizaría en dos semanas. Se llevaría a cabo de la misma manera, pero con los requisitos proporcionados por el gobierno del Reich. Seyss-Inquart tenía una hora para responder. Si no se recibía respuesta, Göring supondría que le habían impedido llamar y tomaría las medidas correspondientes.

Mientras tanto, en algunas partes del país, los activistas nazis habían salido a la calle. Camiones con altavoces a todo volumen anunciaban que el plebiscito de Schuschnigg había sido cancelado. Göring subió la apuesta. Schuschnigg debía renunciar de inmediato, y Seyss-Inquart sería nombrado canciller en dos horas. Si esas condiciones no se cumplían, las tropas alemanas cruzarían la frontera hacia Austria. Casi de inmediato, Göring envió a Seyss-Inquart otro telegrama en el que le ordenaba que enviara un telegrama a Berlín pidiendo ayuda alemana para encargarse de los disturbios bolcheviques generalizados. Por supuesto, los desórdenes no habían sido provocados por los izquierdistas: los únicos alborotadores en las calles eran nazis. Cuando Seyss-Inquart vaciló, Göring volvió a hablar por teléfono. No se moleste en enviar el mensaje a Berlín, le dijo. Las tropas ya se estaban moviendo. Seyss-Inquart solo necesitaba *afirmar* que había enviado tal telegrama. La mentira hecha de mentiras, y sustentada por amenazas y gansterismo descarado, era ahora el *modus operandi* de la diplomacia nazi.[48]

Hitler trató de tranquilizar a los británicos y a los franceses, que habían presentado severas protestas, pero no esperaba serios problemas de ninguno de los dos. Había previsto correctamente las reacciones de los gobiernos de Londres y París. Ninguno estaba dispuesto a ir a la guerra por Austria,

un país que en 1919 había elegido unirse a Alemania y cuya voluntad fue vetada por las potencias victoriosas. Austria no podía esperar ayuda del exterior. Mientras tanto, se fortalecía la agitación nazi en las calles. Siguiendo las exigencias de Hitler, los prisioneros nazis fueron liberados de las cárceles austríacas y volvieron a sus antiguos puestos, muchos dentro de la policía, lo que socavaba aún más la autoridad del Estado austríaco. Schuschnigg intentó renunciar, pero Miklas no aceptó su renuncia. Esa noche, el canciller recurrió a la radio para dirigirse a los austríacos.

Schuschnigg explicó a la audiencia nacional cómo se había desarrollado la situación y pidió a la comunidad internacional que atestiguara el hecho de que Austria había cumplido los términos del acuerdo que había firmado con Hitler. El gobierno austríaco «protestó por la amenaza de violación de la soberanía de nuestro país, que era tan poco deseada como injustificable». Austria, dijo claramente, cedía en ese momento ante la fuerza. Él estaba decidido a evitar a toda costa el derramamiento de sangre en una guerra fratricida. Como consecuencia, se había dictado una orden para que el ejército no se opusiera a las fuerzas invasoras alemanas. Cerró su discurso con unas palabras de despedida. Había hablado durante diez minutos.[49]

El presidente Miklas se rindió ante los nazis, pero se negó a nombrar como canciller a Seyss-Inquart, un acto de desafío que los nazis simplemente ignoraron. El 12 de marzo, las unidades motorizadas alemanas entraron en Austria sin oposición. Lejos de mostrar poderío militar, su avance fue glacial. Una división *panzer* no tenía mapas y se vio obligada a depender de una guía Baedeker, una de las primeras guías modernas de viaje. Con poco combustible, algunos se detuvieron en las gasolineras a lo largo del camino. Muchos de los tanques y otros vehículos se averiaron. Sus carcasas

blindadas cubrían los caminos y bloqueaban el tránsito en algunos lugares. Mientras el tráfico hacia el sur se complicaba, Hess, Himmler y Heydrich volaron al aeródromo de Viena antes del amanecer. La vanguardia de la Gestapo y el SD se apresuraba a entrar en la ciudad.

Al día siguiente, 13 de marzo, Hitler cruzó la frontera de pie en un automóvil abierto a pesar del frío helado. Había planeado detenerse brevemente en Braunau, su lugar de nacimiento, antes de dirigirse a Linz, donde pasó su infancia. Pero en Braunau se había congregado una multitud grande y frenética de simpatizantes en la plaza del pueblo, y Hitler, profundamente conmovido, respondió con un sincero discurso. En Braunau y en todo el camino, la muchedumbre se amontonaba para poder verlo. Aplaudían, lloraban de alegría, sacudían banderas nazis y arrojaban flores. Tan espesas eran las multitudes que la columna de Hitler apenas podía avanzar y no llegó a Linz sino hasta bien entrada la noche.

Allí, Seyss-Inquart y otros líderes nazis dieron la bienvenida a Hitler, junto a una multitud casi histérica de unas cien mil personas que se habían congregado en la plaza de la ciudad. Habló desde el balcón del ayuntamiento y su discurso fue constantemente interrumpido por cánticos de «Sieg Heil» y «Ein Volk, ein Reich, ein Führer» («Victoria» y «Un pueblo, un Reich, un líder»). Abrumado por ese recibimiento, las lágrimas corrían por las mejillas de Hitler. «Si la Providencia un día me llamó desde esta ciudad para ser el líder del Reich», gritó con la voz cargada de auténtica emoción, «al hacerlo, debió encomendarme una misión, y esa misión solo podía ser devolver mi querida patria al Reich alemán. He creído en esta misión, he vivido y luchado por ella, y creo que ahora la he cumplido».[50]

Hitler había planeado continuar hacia Viena al día siguiente, pero Himmler telefoneó por la noche para sugerirle

que demorara su entrada hasta que las SS hubieran hecho los preparativos de seguridad. Hitler pasó el día siguiente visitando la antigua casa de su familia y colocó flores en las tumbas de sus padres en Leonding. Recorrió su vieja escuela, donde antiguos compañeros de clase se habían reunido para saludarlo. Dondequiera que iba, recibía una lluvia de adulaciones. En ese punto, todavía no había decidido cuál sería el destino de Austria, pero tras su recepción en Linz y en todo el camino, sus pensamientos cristalizaron. Seyss-Inquart y otros líderes nazis que lo recibieron en Linz creían que el país se iba a convertir en un Estado satélite nacionalsocialista, pero que conservaría su estatus soberano. Esta más o menos había sido también la vaga idea del propio Hitler. Ciertamente, no se habían hecho planes formales. Pero Linz lo cambió todo. Para cuando llegó a Viena, al día siguiente, ya había tomado una decisión: Austria sería anexionada por el Reich alemán.

La caravana de Hitler no llegó a la capital austríaca hasta bien entrada la noche y se detuvo en el elegante Hotel Imperial, el favorito de la alta sociedad vienesa. Nunca se habría atrevido a entrar cuando era un pobre don nadie sin hogar; en las actuales circunstancias, fue conducido a la *suite* real. La gente ya se estaba congregando delante del hotel y cantó casi toda la noche para que apareciera Hitler. Una y otra vez salió al balcón y saludó. Habían sido unas cuarenta y ocho horas abrumadoras. Había recorrido un largo camino desde los comedores de beneficencia, los refugios para indigentes y el Hogar para Hombres de Meldemannstrasse.

Al día siguiente, la escena era aún más desbordante y tumultuosa que en Linz. La Ringstrasse, cuyos grandiosos edificios imperiales tanto había admirado cuando era un aspirante a estudiante de arte, estaba llena de fanáticos deliran-

tes, y la gigantesca Heldenplatz, delante del Hofburg, sede del gobierno austríaco, era un mar de doscientas mil personas llenas de entusiasmo patriótico, exultantes y eufóricas. Cuando Hitler bajó de su Mercedes y finalmente llegó al balcón de la Hofburg para dirigirse a la frenética multitud, no ocultó su sorpresa. «Ahora proclamo para esta tierra su nueva misión», dijo con su voz resonando en los altavoces. «La provincia oriental más antigua del pueblo alemán será desde ahora el baluarte más joven de la nación alemana. Puedo en este momento informar ante la historia la conclusión del mayor objetivo de mi vida: la entrada de mi patria en el Reich alemán.»[51] Austria, gritó, había llegado a su hogar; se convertiría en una parte integral del Reich. El otrora gran país de los Habsburgo, gobernantes de un imperio global, había sido anexionado.

Casi de la noche a la mañana, sesenta mil personas fueron arrestadas, Schuschnigg entre ellos. Pasaría los siete años siguientes en campos de concentración alemanes hasta su liberación por parte de las tropas estadounidenses en abril de 1945. Himmler ordenó la construcción de un campo de concentración en Mauthausen, a 20 kilómetros de Linz, que comenzó a recibir prisioneros más tarde, ese mismo año. Al igual que los otros campos que operaban en el antiguo Reich, estaba destinado a presos políticos, aunque también fueron encarcelados allí algunos judíos. Miles de presos trabajarían hasta la muerte en su infame cantera extrayendo gigantescos bloques de granito para los colosales proyectos de construcción de Speer en Berlín y en Núremberg.[52]

Al mismo tiempo, la entrada de Hitler en la ciudad desencadenó una avalancha aún más extrema de violencia contra los judíos, más odiosa que cualquier otra que se hubiera visto hasta entonces en Alemania. Los judíos eran obligados a

limpiar los baños en los cuarteles de las SS y a fregar de rodillas los eslóganes a favor de Schuschnigg de las aceras, mientras grupos de personas se juntaban alrededor de ellos para escupirlos y humillarlos. La violencia de los rabiosos extremistas nazis alcanzó nuevas profundidades de crueldad y odio; una oleada de palizas, vandalismo y saqueos arrasó el país.[53] Las turbas nazis sacaban a los judíos de sus casas y negocios, y enviaban a los hombres a los campos de concentración. Algunos huyeron apresuradamente, dejando atrás casi todas sus posesiones. Otros, que habían abordado trenes con destino a Praga y a otros lugares, fueron arrancados del tren en la frontera y devueltos a Viena, para luego terminar en campos de concentración en Baviera. Tan salvajes y tan públicos fueron los excesos de los nazis austríacos que, a finales de abril, para frenar la violencia, Heydrich tuvo que amenazar a los responsables con ser arrestados por la Gestapo o expulsados de las SA. Al igual que otras órdenes similares, su efecto fue mínimo.

Precisamente cuando 1938 traía una nueva fase de la política nazi antijudía, los movimientos más descarados de la política exterior de Hitler marcaron un punto de inflexión clave. Hasta el Anschluss, la política de Hitler apuntaba a una revisión del repugnante Tratado de Versalles. La retirada de la Liga de las Naciones en 1934, el rearme en 1935 y la remilitarización de Renania en 1936 fueron todas jugadas que podían verse como la revisión de un tratado injusto que la derecha tradicional podía respaldar. Pero la anexión y, más tarde, ese mismo año, la crisis checa iban más allá de la revisión para entrar en un nuevo ámbito de la política ideológica nacionalsocialista.

El 10 de abril se llevó a cabo un plebiscito con la habitual intimidación nazi, cuyos resultados estaban predeterminados: algo más del 99 % de los votantes austríacos dieron su

apoyo a la incorporación de su patria al Gran Reich Alemán, como lo llamó Hitler en ese momento. Es imposible saber cuál habría sido el resultado si se hubiera autorizado el plebiscito de Schuschnigg. A finales de 1937, los nazis estaban enredados en un amargo conflicto con las Iglesias cristianas y la encíclica del papa «Con ardiente preocupación» debió haber sido una advertencia para la Austria católica. Sin embargo, con la llegada triunfal de Hitler a Viena, el cardenal Theodor Innitzer, arzobispo de Viena, ordenó que sonaran las campanas de todas las iglesias católicas y que las banderas con la esvástica flamearan de campanario en campanario.[54] No se puede negar que una parte sustancial del pueblo austríaco, tal vez una mayoría, abrazó con diversos grados de entusiasmo el Anschluss, tanto por razones nacionalistas como con la esperanza de que pudiera traer una mejora a una economía austríaca aún sumida en la Depresión.

En Alemania, la anexión propulsó la popularidad de Hitler a nuevas alturas. Después de la generalizada «psicosis de guerra» que había infectado a la gente durante la crisis, su conclusión triunfal provocó un tremendo estallido de adulación hacia el Führer. No poco de ese sentimiento se debió al hecho de que se había logrado un gran triunfo y se había evitado la guerra. «Una poderosa oleada de entusiasmo y alegría, un júbilo casi sin límites» envolvió al país «cuando quedó claro que todo el asunto de Austria sería exitoso y que no llevaría a la guerra». Era «difícil», concluía la Sopade, «evaluar cuánto de esta euforia de la gente en general surgía de la certeza de que no habría guerra a causa de Austria».[55]

Durante la crisis austríaca, Hitler y sus comandantes militares se habían preocupado por la intervención checa. Su territorio se proyectaba sobre la Alemania central y, con su industria armamentística altamente desarrollada, su considerable y bien equipado ejército y sus formidables fortificaciones fronterizas, Checoslovaquia presentaba un serio obstáculo para la expansión alemana hacia el este. Además, a diferencia de Austria, Checoslovaquia no estaba diplomáticamente aislada: tenía tratados con los dos enemigos más implacables de Alemania, Francia y la Unión Soviética. Durante los meses previos a la inesperada crisis austríaca, la maquinaria de propaganda de Goebbels había producido un relato tras otro de una supuesta persecución checa a la minoría alemana en la zona montañosa de la frontera de los Sudetes. Igualmente intolerable, acusaba Hitler, era que Checoslovaquia y su aliado soviético estuvieran introduciendo el bolchevismo en el corazón mismo de Europa. Hitler detestaba al Estado checo: todo en él era, según el idioma alemán, «una espina en el ojo del Führer». Era una creación ilegítima del acuerdo de Versalles, era una democracia parlamentaria, y su simple existencia era un impedimento para los objetivos expansionistas de Hitler.

La oportunidad de intervenir en Austria le había caído más o menos del cielo a Hitler, pero resolver el asunto de Checoslovaquia, no de Austria, era su prioridad principal. Por lo tanto, apenas sorprendió que, tan pronto como el Anschluss se convirtió en realidad, Hitler volviera a prestar toda su atención al problema checo. En los Sudetes, una áspera región montañosa que rodeaba el oeste de Checoslovaquia en la frontera con el Reich, gran parte de la población era alemana. Con el ascenso de Hitler, el Partido Alemán de los Sudetes, liderado por Konrad Henlein, había comenzado a agitarse contra el gobierno de Praga. El llamamiento de

Hitler para que todos los alemanes étnicos volvieran «al hogar, al Reich» encontró un eco considerable entre los tres millones de alemanes de los Sudetes, sobre todo después de que el Anschluss devolviera diez millones de alemanes al Reich.

Durante años, Berlín había subvencionado de modo encubierto el partido de Henlein alentándolo a aumentar la agitación existente contra la «opresión checa». Henlein fue llevado a Berlín y se le ordenó montar incidentes que provocaran indignación entre la minoría alemana y llevaran al gobierno checo a reaccionar con fuerza indebida. Si un alemán de los Sudetes recibía un disparo, tanto mejor. Atrocidad sumada a más atrocidad era la insistente propaganda de Goebbels, y cada atrocidad proporcionaba una justificación adicional a la intervención alemana para proteger a los oprimidos alemanes de los Sudetes.

Durante la semana del 20 al 22 de mayo, los acontecimientos parecieron llevar a Europa al borde de la guerra. Los informes de inteligencia que llegaron a Praga, París y Londres el jueves 19 de mayo afirmaban que había movimientos de tropas alemanas cerca de la frontera checa. El servicio de inteligencia fue convincente. El presidente checo Edvard Beneš puso a su ejército en alerta máxima, y ordenó movilizar las reservas y llamar a unos ciento ochenta mil hombres a las armas. Para exacerbar la creciente tensión de ese fin de semana, la policía checa disparó y mató a dos alemanes de los Sudetes. La amenaza de guerra parecía muy real. El 21 de mayo, Lord Halifax, el secretario de Asuntos Exteriores británico, que hacía poco había sido muy receptivo ante las reclamaciones alemanas sobre Austria, informó a Ribbentrop que los franceses estaban obligados por un tratado a intervenir si Checoslovaquia era invadida y que

Alemania no debía suponer que Gran Bretaña permanecería sin hacer nada.

Ante este frente aparentemente unido, Hitler se retiró. Había sido tomado por sorpresa, tanto más cuanto que no había maniobras alemanas en la frontera checa ni planes para una invasión inmediata. Después de toda la grandilocuencia bélica de las semanas anteriores, no estaba preparado para esto. Mientras un suspiro de alivio casi audible se elevaba desde las capitales de Europa, la furia de Hitler era desbordante. Beneš lo había humillado, y eso era algo que él no podía tolerar. Una semana después, el 28 de mayo, convocó a Keitel para preparar una revisión del Caso Verde. Originalmente diseñado a fines de 1937, el Caso Verde era un plan de contingencia para una invasión de Checoslovaquia. Hitler ordenó a Keitel que comenzara a planificar un ataque militar contra Checoslovaquia para un futuro cercano. No era un plan para liberar a los alemanes de los Sudetes, sino para destruir el Estado checo. «Es mi voluntad inquebrantable eliminar a Checoslovaquia del mapa», dijo en una reunión especial de sus comandantes militares el 28 de mayo. Debían comprender que la destrucción de Checoslovaquia no era más que un paso en una estrategia mucho más amplia para garantizar el *Lebensraum* para el pueblo alemán. Pero Alemania no podía avanzar hacia el este si el hostil Estado checo acechaba en su retaguardia. Era el momento de atacar. Gran Bretaña y Francia no querían la guerra; los soviéticos no estaban preparados; Italia los apoyaría o, al menos, se mantendría neutral. El 1 de octubre fue la fecha establecida para la invasión. Mientras tanto, Alemania emprendería una intensa campaña de propaganda contra los checos con el propósito de «intimidarlos [...] mediante amenazas y desgastar su capacidad de resistencia».[56]

Estos planes alarmaron al general Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor del Ejército Alemán. No tenía ningún reparo en moverse contra los checos en algún momento futuro, pero creía que el ejército alemán aún no estaba listo para una guerra que seguramente involucraría a Gran Bretaña y Francia. No lo convencía la simplista seguridad de Hitler de que las potencias occidentales no intervendrían. Apenas dos días después de la reunión de Hitler con los jefes militares, Beck escribió un memorando exponiendo sus objeciones al plan de Hitler. Algunas eran técnicas y estratégicas, pero su crítica más feroz estaba dirigida a los supuestos políticos de Hitler. Un ataque contra Checoslovaquia era una verdadera locura y casi con seguridad hundiría a Alemania en una catástrofe. Pasó el memorando al general Brauchitsch, quien estuvo de acuerdo en lo fundamental, aunque optó por omitir el preámbulo condenatorio de Beck antes de presentárselo a Hitler. Hitler, por supuesto, despreció el memorando de Beck y lo descartó señalando que ni siquiera era digno de ser discutido. No toleraría ninguna oposición: estaba decidido a aplastar a Checoslovaquia.

Después de la crisis del fin de semana de mayo, Europa disfrutó de un breve respiro, pero no fue más que un momento fugaz en un verano cargado de tensión de alto voltaje. Herido por su retirada en mayo, Hitler no perdió oportunidad de arremeter contra Checoslovaquia. Su odio hacia los checos, y en especial hacia Beneš, no tenía límites; sus discursos se volvieron más intemperantes, y su retórica bélica aún más incendiaria. Casi nadie en Occidente podría creer que Hitler estuviera considerando seriamente una guerra con los checos, lo cual de manera inevitable llevaría a un gran conflicto europeo. Pero Hitler era impredecible, y su estado de ánimo, volátil. Incluso algunos en la comunidad diplomática pensaban que estaba loco. Entre la élite na-

zi, solo Ribbentrop prestaba un apoyo entusiasta a los peligrosos planes de Hitler y coincidía con la evaluación de su Führer sobre Gran Bretaña y Francia. A medida que pasaba el verano y la tensión crecía, Göring, que apenas unos meses antes había encabezado el ataque contra Austria, estaba cada vez más preocupado por las implicaciones internacionales de un ataque a Checoslovaquia.

Hitler también encontraba reservas entre los militares. Durante los meses de verano, Beck escribió una serie de memorandos en los que se explayaba sobre los peligros inherentes a los planes de Hitler e hizo circular sus objeciones entre otras figuras militares importantes. Finalmente, convenció a Brauchitsch para que convocara una reunión de altos comandantes del ejército a principios de agosto a fin de tratar estos problemas. Varios generales encontraron muchos puntos de coincidencia con la posición de Beck; ellos también estaban profundamente preocupados por la intervención británica y francesa, que convertiría una guerra restringida a Checoslovaquia en una guerra europea y, quizá, mundial. Ninguno, sin embargo, estaba preparado para desafiar directamente al Führer. Brauchitsch habló con él sobre el asunto, pero, después de una dura reprimenda por parte de Hitler, perdió el valor. La esperanza de Beck de enfrentar a Hitler con un ultimátum de un frente unido de sus comandantes militares encontró poco o ningún apoyo. El almirante Wilhelm Canaris, jefe de Inteligencia Militar (Abwehr), compartía muchas de las preocupaciones de Beck e indicó su voluntad de actuar, al igual que otros generales —Erwin von Witzleben, Kurt von Hammerstein-Equord y Franz Halder—, quienes estaban considerando un plan para arrestar a Hitler apenas diera la orden de poner en marcha Caso Verde. Pero en este momento eran una minoría aislada.[57]

El impulso de Hitler hacia la guerra también estimuló una creciente preocupación entre la población civil. Aunque la gente no estaba al tanto de sus planes, las señales de guerra inminente estaban en todas partes. El 22 de junio, Göring emitió un decreto que otorgaba al régimen la autoridad para reclutar trabajadores de una industria o área y transferirlos a otra. Los trabajadores fueron reclutados para trabajar en la construcción de fortificaciones en el oeste o para construir carreteras estratégicamente importantes en las fronteras este y norte de Baviera con Checoslovaquia. Se requisaban autobuses y se construían campos de trabajo. Los simulacros de ataques aéreos aumentaron, y se organizaron formaciones de defensa civil. En algunas áreas se distribuían máscaras antigás. Aunque hasta agosto de 1939 no hubo un sistema de racionamiento completo, ciertos alimentos casi desaparecieron y fueron reemplazados por sustitutos artificiales. Se intensificó la capacitación militar de las JH y se comenzó a preparar a las mujeres para que ocuparan los puestos antes ocupados por hombres en sectores económicos esenciales. Estas medidas, acompañadas por una campaña de propaganda intensificada contra Checoslovaquia, convencieron al pueblo alemán de que el Reich estaba al borde de la guerra.[58]

Sin embargo, a pesar de la implacable demonización de los checos por parte de Goebbels, el pueblo alemán permaneció casi indiferente ante la difícil situación de sus primos de los Sudetes. Lo que la gente sentía era una gran ansiedad por la posibilidad de una guerra. Un informe de Sopade en Silesia aseguraba que «los principales círculos nazis están convencidos de que la gente no quiere la guerra. Por lo tanto, están haciendo todo lo posible por generar las condiciones psicológicas necesarias para llevarla adelante», pero la estrategia no estaba funcionando. «Incluso personas que

antes apenas eran críticas con el régimen [...] están asombradas por cómo en las últimas semanas las actitudes sobre el sistema han cambiado. Uno apenas reconoce a esas personas y la franqueza con la que hablan contra Hitler y contra todo el sistema. Acusan a Hitler y a su círculo de querer la guerra porque ya no encuentran la manera de salir de esta situación extremadamente crítica.» Algunos activistas del partido y los jóvenes se mantenían entusiastas, pero la mayoría de los alemanes se mostraba profundamente ambivalente en cuanto al curso de acción de Hitler.[59]

No menos ansiosos estaban Praga, París y Londres. Los diplomáticos occidentales creían que Hitler estaba decidido a atacar a Checoslovaquia y que se verían arrastrados al conflicto. En entrevistas con diplomáticos franceses y alemanes, Hitler criticó a los checos con dureza, atacó personalmente a Beneš y repitió con estridencia que su paciencia se había terminado. La prensa alemana estallaba en titulares histéricos: «Mujeres y niños atropellados por vehículos blindados checos», «Régimen sanguinario: nuevos asesinatos checos de alemanes» o «Extorsión, saqueos, disparos: el terror checo en los Sudetes alemanes crece día a día». Todos eran inventos perniciosos del Ministerio de Propaganda del Reich, que daban pie a una ofensiva implacable.[60]

Con una creciente sensación de temor, los líderes británicos y franceses supusieron que Hitler utilizaría su discurso en la reunión del partido en Núremberg del 12 de septiembre para declarar la guerra a Checoslovaquia. Pero las palabras de Hitler de esa noche fueron sorprendentemente suaves. Se refirió a la creciente crisis checa solo brevemente y en términos muy generales, aunque amenazantes, pero declaró de modo siniestro que habría «graves consecuencias» si las «democracias persisten en su convicción [...] de otorgar su protección a la opresión de hombres y mujeres ale-

manes». En ningún caso «estaba dispuesto a permanecer en silencio y observar desde lejos la continua opresión del alemán *Volksgenossen* [camarada del pueblo] en Checoslovaquia».[61] Todos los alemanes de los Sudetes exigían el derecho a la autodeterminación, un derecho de todos los pueblos garantizado por el Tratado de Versalles.

Apenas terminado el discurso de Hitler, estallaron manifestaciones en la ciudad checa de Eger, cerca de la frontera con Alemania, donde diez mil personas que protestaban llenaron la plaza principal gritando por su autodeterminación. Cuando creció el desorden entre la multitud, la policía checa abrió fuego. Hubo un muerto y varios heridos. Las manifestaciones violentas se extendieron con rapidez hacia otras ciudades de los Sudetes y murieron veintiuna personas. El gobierno checo declaró la ley marcial en las áreas fronterizas. Volvieron a correr rumores de que Alemania estaba preparando una invasión. En este punto, el primer ministro francés, Édouard Daladier, se reunió con su par británico, Neville Chamberlain, y declaró que de ningún modo se debía llegar a la guerra. Recomendó promover un encuentro con Hitler de inmediato. Cuando Chamberlain telegrafió a Hitler sugiriendo una reunión en persona, Hitler aprovechó la oportunidad. Invitó al primer ministro británico, pero no a Daladier, a reunirse con él la tarde siguiente en el Berghof. Sería diplomacia en la cumbre, una reunión de dos personas.

El 15 de septiembre, Chamberlain, que entonces tenía 69 años, voló a Múnich. Era su primer viaje en avión. Desde Múnich, fue llevado en tren a Berchtesgaden, y luego por el mismo camino de montaña que Schuschnigg había seguido en febrero. Su recibimiento fue bastante diferente del que tuvo el primer ministro austríaco. Después de algunas cortesías, mientras tomaban té, los dos hombres y Paul Schmi-

dt, el intérprete de Hitler, se dirigieron a una pequeña habitación con paneles de madera. Chamberlain comenzó diciendo que estaba preparado para discutir la posibilidad de enmendar cualquier agravio a los alemanes a cambio de que no se usara la fuerza. Esto molestó a Hitler. Soltando un torrente de palabras, exclamó enojado que habían sido los checos y no los alemanes quienes habían amenazado con usar la fuerza en mayo. «No seguiré aguantando esta situación. Resolveré la cuestión de una manera u otra. Voy a tomar el asunto en mis manos.»[62]

Para Chamberlain, estas palabras sonaron como un ultimátum, en cuyo caso no veía el sentido de continuar la reunión. Regresaría a Londres de inmediato. Esto pareció serenar a Hitler, quien, recuperando la compostura, dijo que, si Chamberlain estaba dispuesto a reconocer el principio de autodeterminación de los pueblos en el caso de los alemanes de los Sudetes, las conversaciones podían continuar. Chamberlain respondió que no podía ofrecer tales garantías sin consultar primero con el gabinete y sugirió que suspendieran la discusión hasta que él pudiera consultar tanto con su propio gobierno como con el de Francia. Hitler aceptó y prometió no emprender acciones militares «a menos que se produjera un incidente particularmente atroz». Chamberlain se marchó con la impresión de que se trataba de «un hombre en el que se podía confiar cuando daba su palabra».[63]

Para Chamberlain estaba claro que era esencial ceder algo de territorio al Reich, y Daladier acordó que se aplicara una «presión amistosa» a los checos. La paz europea pendía de un hilo; Praga tenía que entender que algunas partes del territorio de los Sudetes debían ser cedidas a Alemania.

Acordaron que se debía dar alguna garantía internacional para la seguridad del territorio checo restante y que, además de Gran Bretaña y Francia, Alemania también debía garantizarla. Cuando se presentaron estos términos en Praga el 20 de septiembre, Beneš quedó estupefacto y se negó a aceptar. Pero Chamberlain estaba decidido a reanudar las conversaciones con Hitler en cuarenta y ocho horas y lo presionó para que aceptara. Era la mejor manera de que Checoslovaquia conservara su independencia y evitara una guerra devastadora. Por su parte, Beneš estaba convencido de que los Sudetes no eran más que un primer paso en el plan de Hitler para desmembrar al Estado checo. Pero ante la evidencia de que Londres y París le estaban presentando un ultimátum, Beneš se inclinó ante la presión e indicó que aceptaría los términos. Publicó un comunicado para el pueblo checo en el que explicaba que había «confiado en la ayuda que nuestros amigos habrían podido darnos, pero que, cuando resultó evidente que la crisis europea estaba adquiriendo un carácter demasiado serio», los países amigos habían abandonado al Estado checo. «Nuestros amigos, por lo tanto, nos aconsejaron que compráramos libertad y paz con nuestro sacrificio [...]. El presidente de la República y nuestro gobierno no tuvieron otra opción, porque estamos solos.»[64]

A la mañana siguiente, Chamberlain volvió a coger un avión con destino a Alemania, esta vez a Bad Godesberg, sobre el Rin. Ahí, orgulloso, presentó los resultados de sus consultas a Hitler. Comenzó exponiendo los complicados planes para una entrega gradual del territorio checo a Alemania, explicó que Gran Bretaña y Francia se habían comprometido a garantizar el bienestar de Praga y expresó sus esperanzas de que Alemania se uniría a ellos. Hitler escuchó cortésmente y luego dejó atónito al primer ministro al decir

en voz baja: «Lo siento muchísimo, señor Chamberlain, pero ya no puedo discutir estos asuntos. Esta solución, después de lo ocurrido en los últimos días, ya no es factible». No podía considerar un acuerdo con los checos antes de que se resolvieran las reclamaciones de Polonia y Hungría sobre el territorio checo. Después de refutar punto por punto la propuesta de Chamberlain, concluyó diciendo que los Sudetes debían ser ocupados de inmediato por las tropas alemanas. Las fronteras definitivas podrían resolverse más adelante. Cuando un Chamberlain, atónito y enfurecido, respondió que se habían cumplido todas las condiciones en las que Hitler había insistido en Berchtesgaden, él le respondió, sin el menor indicio de ironía, que no se podía confiar en los checos y que «si Praga caía bajo la influencia bolchevique o si seguían fusilando rehenes, él intervendría de inmediato».[65]

La situación parecía desesperada. Hitler era implacable y, en los días siguientes, sus amenazas se volvieron más temerarias, y su lenguaje más incendiario. En sus conversaciones con los diplomáticos británicos y franceses, Hitler parecía haber perdido todo sentido de la perspectiva. Sir Horace Wilson, uno los consejeros más cercanos de Chamberlain, se reunió con Hitler el 26 de septiembre acompañado por el embajador británico, sir Nevile Henderson, y por el diplomático sir Ivone Kirkpatrick. Llevaba una carta del primer ministro en la que informaba a Hitler que los checos habían rechazado la propuesta elaborada en Godesberg. Se habían mostrado favorables a la transferencia de los distritos de los Sudetes que Hitler deseaba, pero no podían aceptar las exigencias de Hitler de una ocupación inmediata por parte de las tropas alemanas. Hitler permaneció sentado e inquieto mientras le traducían la carta hasta que, de repente, se levantó de la silla y gritó: «No tiene sentido continuar con las

negociaciones». Luego se dirigió hacia la puerta, donde debió darse cuenta de que esa era su oficina y de que había tres diplomáticos británicos sentados allí. «Fue una escena increíblemente penosa», recordó Paul Schmidt, el traductor de Hitler. Cuando Hitler recobró el control y Schmidt llegó al final de la carta, una vez más, Hitler no pudo contenerse. «Se dejó llevar más violentamente» de lo que Schmidt «jamás había visto durante una entrevista diplomática». Los serenos intentos de Wilson por convencer a Hitler de que fuera razonable solo sirvieron para aumentar su furia. Ribbentrop intervino y avivó las llamas de la ira de Hitler al denunciar a Beneš como «terrorista» y a los checos como «belicistas».[66]

Esa noche, al dirigirse a una enorme multitud de nazis que gritaban en el Sportpalast, Hitler saltó una diatriba llena de odio contra Beneš y los checos, diatriba que sorprendió incluso a los reporteros de la prensa extranjera que conocían a Hitler desde hacía mucho tiempo. «El Estado checo nació de una mentira», tronó con la voz temblorosa de desprecio. «El nombre del padre de la mentira fue Beneš. Convenció a los artífices de Versalles de que había una nación checoslovaca [...]. ¡Él creó un régimen de terror! Ya en aquel entonces, varios alemanes intentaron protestar contra esta violación arbitraria de su pueblo. Fueron ejecutados de forma sumaria. Desde entonces, se ha librado una guerra para exterminar a los alemanes allí [...]. Todo lo ocurrido desde 1918 es prueba solo de una cosa: *Herr* Beneš está decidido a exterminar lenta y firmemente a la *Deutschtum* [germanidad].» Su gobierno brutal sobre los alemanes de los Sudetes equivalía a «una ocupación militar», pero ha llegado el momento «de decirle qué es cada cosa». El Reich, calumniado como belicista en la prensa internacional, había mostrado una moderación sobrehumana frente a las provo-

caciones checas, pero Beneš había ido demasiado lejos. El presidente checo debería recordar, gritó Hitler, que, si bien «él puede tener siete millones de checos [...], aquí hay un *Volk* de setenta y cinco millones». La «¡paciencia [del Reich] ha llegado a su fin con respecto al problema alemán de los Sudetes! He hecho un ofrecimiento a *Herr* Beneš, un ofrecimiento que no es otra cosa que la realización de sus propias promesas. ¡La decisión es suya ahora! ¡Ya sea guerra o paz! Él puede aceptar mi ofrecimiento y dar a los alemanes su libertad o nosotros, los alemanes, iremos a buscarla por nosotros mismos».[67]

Leo Amery, un político conservador y ministro de varios gobiernos británicos, estaba esa noche entre la audiencia y describió la presentación de Hitler como «más cercana al gruñido de un animal salvaje que a la expresión de un ser humano, y el veneno y la vulgaridad de sus vilipendios personales hacia "Beneš el mentiroso" casi me dieron náuseas. Había algo aterrador y obscenamente siniestro en este puro derrame de odio». William Shirer, quien, como principal reportero de CBS en Alemania, estaba transmitiendo desde el balcón, observó en su diario que en todos los años que había estado cubriendo a Hitler, «por primera vez [...] esta noche parecía haber perdido completamente el control de sí mismo». Cuando Hitler terminó, Goebbels saltó al podio y rugió: «Una cosa es segura: 1918 nunca se repetirá». Ante esto, Hitler se puso en pie de un salto y, según Shirer, «con una mirada fanática en sus ojos que nunca olvidaré, llevó su mano derecha, después de un amplio gesto, hacia la mesa dando un golpe y gritando con toda la fuerza de sus poderosos pulmones, "*Ja!*"». Luego se desplomó en su asiento, completamente agotado.[68]

Al día siguiente, Wilson pidió otra audiencia con Hitler. Su encuentro anterior había sido tan tormentoso, y el com-

portamiento de Hitler tan beligerante, que el diplomático británico Ivone Kirkpatrick sintió el aura «de una maldad tan despiadada que era opresiva [...]. Fue casi una pesadilla sentarse en la misma habitación». La atmósfera no mejoró en esta segunda reunión. Wilson intentó transmitir el compromiso de Gran Bretaña de garantizar que los checos cumplieran su acuerdo de transferir el territorio en cuestión, pero cuando Wilson preguntó si Hitler tenía un mensaje para Londres, el Führer respondió que todo era bastante simple: los checos solo tenían dos opciones. Podían aceptar el Memorando de Godesberg o rechazarlo. Si elegían la última opción, gritó Hitler, «voy a aplastar a los checos», una amenaza que repitió a lo largo de la tensa reunión. Cuando Wilson declaró enérgicamente que si Alemania atacaba Checoslovaquia y París cumplía con sus tratados, Gran Bretaña se vería obligada a apoyar a los franceses, Hitler estalló: «Si Francia e Inglaterra atacan», gritó, «que lo hagan. Me tiene sin cuidado. Estoy preparado para cualquier eventualidad [...]. Hoy es martes; para el próximo lunes, todos estaremos en guerra».[69] Para impresionar al mundo con el apoyo entusiasta de la nación hacia la guerra, Hitler planeó un desfile militar a través del barrio del gobierno para ese día. Había ordenado al Alto Mando que publicara el anuncio de que, por la tarde, la 2.ª División Motorizada atravesaría la ciudad en su camino hacia la frontera checa. Después de los vítores de una audiencia cuidadosamente seleccionada en el Sportpalast la noche anterior, Hitler anticipaba que una multitud apasionada de miles de personas se reuniría en la Wilhelmplatz justo frente a la Cancillería del Reich.

El itinerante Shirer estuvo en la escena esa tarde cuando los vehículos de la 2.ª División Motorizada giraron por la Wilhelmstrasse hacia la Cancillería del Reich. Al igual que Hitler, esperaba ver una demostración tremenda que recor-

dara a las descritas en la prensa durante el verano de 1914, cuando las multitudes vitoreaban y arrojaban flores a las columnas de tropas que marchaban. «La hora», escribió Shirer en su diario, «indudablemente fue elegida [...] para atrapar a cientos de miles de berlineses que salían de sus oficinas al final del día, pero estos se metieron en el metro, se negaron a mirar y el puñado de personas que se quedó en la acera lo hizo en completo silencio». No hubo gritos frenéticos de «Sieg Heil» ni canciones patrióticas. Un escaso grupo de unas doscientas personas se había congregado en la Wilhelmplatz. «Ha sido la manifestación más sorprendente contra la guerra que he visto», observó Shirer. «El pueblo alemán está totalmente en contra de la guerra.»[70] Hitler, quien observaba a la hosca y silenciosa multitud en la Wilhelmplatz desde las ventanas de la Cancillería, estaba disgustado. «Con gente como esta», dijo consternado, «no puedo hacer la guerra».

En ese momento, los acontecimientos estaban a punto de alcanzar su clímax. Mientras públicamente insistían en su apoyo a los checos, tanto los británicos como los franceses buscaban con desesperación la forma de escapar de sus obligaciones y presionaban a Beneš para que aceptara el Memorando de Godesberg. Hablaron de plebiscitos, de ocupación escalonada, de comisiones internacionales para supervisar las transferencias territoriales y de garantías anglo-francesas para el resto de Checoslovaquia, pero Beneš respondió ordenando una movilización de las fuerzas checas. Los franceses, nada contentos, los siguieron, y Chamberlain, con muchas reticencias, ordenó la movilización de la flota británica. Chamberlain, cuya política se basaba en preservar la paz, dio rienda suelta a sus sentimientos en un discurso radiado sorprendentemente sincero la noche del 27 de septiembre. «Qué horrible, absurdo e increíble es que debamos

cavar trincheras y ponernos máscaras antigás debido a una disputa en un país lejano entre pueblos de los que no sabemos nada.» Había hecho todo lo posible para evitar que Europa entrara en guerra, pero, admitió, «por mucho que podamos simpatizar con una nación pequeña amenazada por un gran vecino poderoso, bajo ninguna circunstancia podemos comprometernos a involucrar a todo el Imperio Británico en una guerra debido a ello».[71]

Con la paz pendiendo de un hilo, Chamberlain decidió llamar por última vez a Hitler. En una carta entregada el 26 de septiembre que no fue leída hasta el día siguiente, afirmaba su firme convicción de que las diferencias entre las dos partes se habían reducido a un punto que «realmente era inconcebible que no pudiera resolverse mediante negociaciones». Después de todo, los británicos ofrecían un acuerdo según el cual las tropas alemanas entrarían en áreas seleccionadas de los Sudetes, su ocupación sería supervisada por una comisión internacional que establecería las fronteras finales y, por último, se celebraría un plebiscito en las áreas afectadas. La ocupación se desarrollaría en dos fases entre el 1 y el 10 de octubre. Era, en esencia, el acuerdo de Godesberg, pero con enmiendas logísticas. A pesar de su bravuconería feroz y de los planes militares en curso para invadir, la cautela había comenzado a infiltrarse en el pensamiento de Hitler. Ernst von Weizsäcker, secretario de Estado en el Ministerio de Relaciones Exteriores, había aconsejado durante mucho tiempo la moderación, instando con cautela a Hitler para que se apartara del precipicio. La negociación daría los resultados esperados sin conflicto armado, insistía.

Göring también expresó su creciente aprensión acerca de la intervención militar británica. Cuando la fecha límite del 28 de septiembre que Hitler había fijado para que Beneš

aceptara o rechazara sus términos se acercaba cada vez más, Göring tuvo menos confianza en que los británicos fueran de farol y, argumentó, tenía poco sentido arriesgarse a una guerra mundial por los detalles si Hitler en esencia ya había obtenido lo que quería. Goebbels también instó a la moderación. Solo Ribbentrop seguía apoyando de manera incansable los planes de guerra de Hitler, pero su juicio, observó Goebbels, estaba empañado por su «odio ciego contra Inglaterra».[72]

Influenciado por Göring y Weizsäcker, Hitler respondió a la carta de Chamberlain con otra. Negó que tuviera deseo alguno de «perjudicar a Checoslovaquia en su existencia nacional o en su independencia política y económica». No tenía intención de ocupar el país. No quería checos. Las zonas de los Sudetes, como había repetido varias veces en reuniones con diplomáticos franceses y británicos, era su última exigencia territorial en Europa. Los checos tenían hasta las 2 en punto del 28, cuarenta y ocho horas, para decidir.

Las horas siguientes estuvieron colmadas de frenéticas llamadas telefónicas, telegramas y cartas. En la mañana del 28 de septiembre, el embajador francés François-Poncet entregó un mensaje a Hitler en la Cancillería del Reich en el que presentaba una nueva propuesta francesa que iba más allá de la de los británicos. Según François-Poncet, Francia estaba dispuesta a que Alemania ocupara los Sudetes mientras no se usara la fuerza y existieran otras garantías. La ocupación se desarrollaría en fases entre el 1 y el 10 de octubre. Si Hitler aceptaba la propuesta, Francia exigiría a los checos que aceptaran también. Casi al mismo tiempo, Chamberlain envió un mensaje a Berlín indicando que estaba dispuesto a hacer otro viaje a Alemania para discutir los preparativos para la transferencia del territorio. También sugirió que Mussolini y el primer ministro francés, Édouard

Daladier, se unieran a la conversación. Mussolini, a quien ya había contactado, aceptaba actuar como mediador.

Mussolini, cuyo apoyo Hitler ansiaba desesperadamente, le indicó a Berlín que estaría del lado del Führer pasara lo que pasase, pero señalaba que las diferencias entre las partes eran ya tan pequeñas que, en su opinión, «la propuesta debe ser aceptada». Hitler aceptó y envió invitaciones a Roma y París, pero no a Praga ni a Moscú. El Duce, que no estaba interesado en la posibilidad de una guerra con Gran Bretaña y Francia, para la cual Italia no estaba preparada, aceptó de inmediato, y Daladier también lo hizo. Se acordó que la reunión de las cuatro potencias principales tendría lugar al día siguiente, el 29 de septiembre, en Múnich.

Los preparativos para la conferencia fueron acordados en el último momento. Se decidió que los cuatro líderes se reunirían en el recién terminado Edificio Führer de la Königsplatz. La residencia oficial de Hitler en Múnich era un edificio neoclásico de piedra blanca con pisos de mármol, inmensos pasillos, columnas interiores y una amplia escalera que conducía a la primera planta, donde se encontraba la oficina de Hitler. Las discusiones tendrían lugar en una espaciosa sala de conferencias justo al lado. Por la noche se daría una cena para los participantes en la sala de banquetes.

Por la mañana, temprano, Hitler decidió recibir el tren del Duce en Kufstein, en los Alpes tiroleses, cerca de la frontera con Italia, para que los dos dictadores pudieran hablar antes de la conferencia. Daladier llegó a Múnich antes del mediodía y poco después el avión de Chamberlain aterrizó en el aeródromo de Oberwiesenfeld tras un vuelo de siete horas. Al igual que Daladier, fue recibido por Ribbentrop, una guardia de honor de las SS y la obligada banda. Sin pasar por el hotel en el que se alojaría la delegación bri-

tánica, fue conducido a través de la ciudad directamente al Edificio Führer en un automóvil abierto. A lo largo del camino desde el aeropuerto hasta la Königsplatz, multitudes excitadas y amistosas llenaban las aceras, saludando y vitoreando a los dos hombres, pero en especial a Chamberlain. Él había venido a salvar la paz.

Cuando los cuatro líderes se encontraron en la sala de reuniones, el carácter improvisado de la conferencia resultó penosamente evidente. No había agenda, ni presidente, ni propuestas sobre las que tomar notas... ni siquiera lápiz y papel para los participantes. Los cuatro se sentaron en cómodos sillones de felpa formando un semicírculo alrededor de la gran chimenea de mármol, con una mesa de café baja entre ellos. A medida que avanzaba el día, la sala se fue llenando; los asistentes, intérpretes, ministros de Relaciones Exteriores y su personal, y otros miembros de las diferentes delegaciones iban y venían. Fue, recordó un miembro de la delegación británica, «un completo desorden».[73] Mussolini, el único participante que hablaba todas las lenguas, hizo de presidente de facto y presentó un memorando que debía servir como documento de trabajo de la conferencia. Lo había redactado durante la noche, dijo, pero, en realidad, estaba basado en un borrador de Göring y Weizsäcker. Los dos hombres habían redactado el memorando y lo habían enviado a Italia sin el conocimiento de Ribbentrop, que seguía oponiéndose a una solución pacífica de la crisis. El documento básicamente reiteraba los términos del acuerdo de Godesberg. Chamberlain y Daladier hicieron algunos débiles esfuerzos por incluir a los checos en la reunión, pero Hitler fue inflexible.

El encuentro se prolongó hasta la madrugada y a la 1:30 los cuatro jefes de Estado estamparon sus firmas en el documento. Según los términos acordados, las tropas alemanas

ocuparían «territorio predominantemente alemán» a partir del 1 de octubre. El territorio se dividiría en cuatro zonas militares, e Italia, Gran Bretaña y Francia garantizarían que la evacuación de los checos se completaría antes del 10 de octubre y que no se destruirían las instalaciones militares. Un comité internacional recientemente creado por estas potencias más Alemania determinaría las condiciones para los plebiscitos que se celebrarían en ciertas áreas y propondría una frontera definitiva. El Acuerdo de Múnich era, en realidad, el Memorando de Godesberg con algunos ajustes. La República de Checoslovaquia había sido desmantelada sin haber tenido voz ni voto en el asunto.

Chamberlain había prometido a la delegación checa de dos hombres que lo esperaba en el hotel que tendría en cuenta los intereses checos al negociar. Cuando los recibió en su *suite* del Regina Palast, les dio la noticia del desmembramiento de su país. Daladier también estuvo presente y ambos trataron de explicar, aunque de forma no demasiado enérgica, qué había sucedido y por qué. Era, insistieron, un arreglo mucho mejor que el Memorando de Godesberg, pero nada que dijeran serviría para ocultar o suavizar la cruel traición de ambos. Jan Mastny, el embajador checo, lloró. Los checos fueron informados de que su acuerdo no era realmente necesario. Si Praga se negaba, Checoslovaquia quedaría sola para enfrentarse a los alemanes. «Entonces terminaron con nosotros», escribió Hubert Masarik, el otro representante checo, «y nos dejaron ir».[74]

A la mañana siguiente, Chamberlain visitó el apartamento de Hitler en la Prinzregentenplatz. No era una reunión programada; durante un descanso en las actividades del día anterior, el primer ministro sorprendió al Führer al solicitarle una reunión personal, y Hitler, complacido pero perplejo, aceptó. Cuando Chamberlain llegó al apartamento,

sacó de su maletín un documento de una página: una declaración que prometía que los dos países nunca más volverían a entrar en guerra. «Consideramos que el acuerdo firmado anoche y el Acuerdo Naval Anglo-Alemán son un símbolo del deseo de nuestros dos pueblos de no volver a la guerra nunca más», decía. Hitler dudó un momento, luego firmó con sonrisas y apretones de manos. Para Chamberlain, este fue el logro supremo de una exitosa misión en Múnich y ese fue el papel que mostró triunfante a su regreso a Londres mientras pronunciaba palabras que pronto resultarían dolorosamente irónicas: «Creo que esto significa paz en nuestro tiempo».[75]

El viaje de Chamberlain al aeródromo de Múnich fue aún más triunfal que su llegada. Multitudes tumultuosas vitoreaban al héroe cuando pasaba. Para el intérprete Paul Schmidt, que viajaba con Chamberlain en el automóvil abierto, «esas ovaciones obviamente espontáneas y no organizadas dirigidas a Chamberlain implicaban una cierta crítica a Hitler». Hitler, «el hombre de la guerra», recibió «algunos aplausos rutinarios», pero «estaban muy por debajo de las manifestaciones espontáneas de simpatía [...] brindadas a Chamberlain [...] y a Daladier»[76] fuera de sus hoteles.

A pesar de todo el dramatismo que rodeó la reunión en el Edificio Führer, el Acuerdo de Múnich no puso fin a la crisis checa; simplemente fue el comienzo del desmembramiento de la república multinacional. Alemania emergió de la Conferencia de Múnich con más de 28 000 kilómetros cuadrados de territorio estratégicamente importante y, con ello, se apoderó del extenso sistema checo de fortificaciones, gran parte de su industria armamentística y tres millones y medio de nuevos germanoparlantes. Una vez que las tropas alemanas entraron en los Sudetes, Hitler simplemente ignoró las pocas restricciones y condiciones que las potencias

occidentales habían intentado imponerle: no se celebraron plebiscitos y los límites finalmente establecidos reflejaron más las preocupaciones estratégicas de Hitler que las consideraciones étnicas (unos doscientos cincuenta mil alemanes quedaron en Checoslovaquia y ochocientos mil checos fueron abandonados en áreas anexionadas al Reich). El Estado checo quedó casi indefenso, y en pocos días Polonia, con el impulso de Hitler, se apoderó de territorios en la frontera checo-polaca, los húngaros tomaron una franja de territorio en el sur de Eslovaquia y los eslovacos, con la bendición de Hitler, declararon su autonomía dentro de lo que quedaba del Estado checo.

Para Hitler, la declaración anglo-germana de Chamberlain no tenía sentido. No tenía ninguna intención de cumplir con el acuerdo de las cuatro potencias de la noche anterior y firmó el protocolo bilateral con Inglaterra sin darle importancia. Aunque llegó a ver la conferencia como un fracaso que lo enredaba en acuerdos que lo dejaban muy lejos de su objetivo, el prestigio de Hitler creció con fuerza. Una vez más, había sumido a Alemania en una crisis internacional y, una vez más, había salido victorioso sin hacer un solo disparo. Pero la guerra era el objetivo último de la política nazi y, después de que los estadistas regresaron a sus hogares y una sensación de profundo alivio se apoderó de Europa, Hitler se sintió defraudado, decepcionado, engañado en cuanto a su guerra. Durante la crisis de los Sudetes, él había tenido una enorme ventaja al tratar con las democracias occidentales: mientras Gran Bretaña y Francia se esforzaban por mantener la paz a toda costa, Hitler no solo estaba dispuesto a ir a la guerra, sino que *quería* ir a la guerra. Confiando en que Gran Bretaña y Francia no intervendrían, estaba decidido a tener su guerra, aunque limitada, pero descubrió que Chamberlain se la había robado.

Múnich tuvo profundas repercusiones. Convenció a Hitler de que las potencias occidentales, aun cuando fueran duramente provocadas, no se iban a arriesgar a ir a la guerra, en especial por sus ambiciones en Europa del Este. Después de su marcha a Renania en 1936 había llegado a la conclusión de que Gran Bretaña y Francia «ya no eran pueblos heroicos». Sus designios para adquirir *Lebensraum* en el este, que daban sustento a su política exterior desde el principio, se vieron reforzados por la debilidad occidental. Stalin llegó casi a la misma conclusión. Occidente era débil y, lo que era peor, estaba decidido a canalizar la agresión alemana hacia el este. Aunque los soviéticos siguieron expresando su apoyo a los acosados checos a lo largo de la crisis, también estaban seguros de que Francia no actuaría y, por lo tanto, Rusia sería relevada de sus obligaciones contractuales con Praga. Occidente, en resumen, no era de fiar.

Múnich también confirmó la fe de Hitler en su propia «intuición» y lo envalentó para acciones futuras. Su ejército, su Ministerio de Relaciones Exteriores e incluso su aliado, Mussolini, se habían equivocado y, una vez más, él había demostrado que tenía razón. La conspiración militar embrionaria colapso y la confianza del ejército en su propio juicio sufrió otro golpe, que lo mantendría inactivo hasta las últimas etapas de la guerra que se avecinaba. La conclusión pacífica de la crisis de los Sudetes también hizo que su popularidad en el país fuera cada vez mayor y socavara lo que había sido una creciente corriente de insatisfacción hacia sus políticas temerarias.

Para fines de 1938, Hitler había hecho añicos el Tratado de Versalles, había subvertido el orden europeo de la posguerra y había elevado el poder y el prestigio alemanes a niveles de vértigo, todo sin que hubiera derramamiento de sangre. El drástico cambio en la política exterior alemana

vino acompañado de una radicalización de la política racial nazi que culminó en la violencia nacional de la Kristallnacht, poco más de un mes después de la Conferencia de Múnich. El régimen, tanto en su política exterior como en la racial, había dado un giro definitorio. Y también el propio Hitler. Mientras las sinagogas todavía humeaban en todo el Reich, el 19 de noviembre Hitler tuvo una reunión notablemente sincera con los periodistas alemanes. «Durante décadas, las circunstancias me hicieron hablar casi exclusivamente de paz», comenzó, para añadir a continuación:

«Solo destacando constantemente el deseo de paz y las intenciones pacíficas del *Volk* alemán pude obtener el requisito alemán previo para lograr dar el próximo paso. Es evidente que esta propaganda de paz a lo largo de las décadas bien pudo haber tenido efectos bastante cuestionables. Bien podría dejar la impresión errónea en la mente de muchos de que el régimen actual representa la resolución y la voluntad de preservar la paz bajo cualquier condición [...]. Durante años, solo hablé de paz debido a esta situación forzada. Ahora ha sido necesario preparar psicológicamente poco a poco al *Volk* alemán para el hecho de que hay cosas que no se pueden lograr por medios pacíficos. Algunos objetivos solo se pueden alcanzar mediante la fuerza. Eso significó que algunos de estos eventos debían pintarse de una manera que desencadenara automáticamente ciertas reacciones en los cerebros del conjunto del *Volk* alemán: si no se pueden detener estas cosas de forma pacífica, entonces simplemente hay que detenerlas por la fuerza; en cualquier caso, las cosas no pueden seguir así.»[77]

13

Éxito temprano

El 30 de enero de 1939, Adolf Hitler se dirigió al Reichstag alemán en el sexto aniversario de su ascenso al poder y, tras un año de excelentes victorias en materia de política exterior, tenía mucho de que jactarse. Comenzó haciendo la lista de los triunfos del año anterior, pero no podía dejar pasar esa oportunidad para enumerar los peligros a los que se enfrentaba la nueva Alemania. Si bien la amenaza del bolchevismo, de los judíos y de la plutocracia que se cernía sobre el país había sido frenada, «el enemigo mundial judío» todavía acechaba más allá de las fronteras de Alemania y estaba siempre conspirando. Esta conspiración judía internacional, los que «mueven los hilos» tanto del bolchevismo como de Wall Street, estaba conduciendo a los pueblos de Europa hacia una guerra catastrófica. Estos temas estaban intrincadamente entrelazados en las fantasías de Hitler, y aquel día fusionó sus dos obsesiones de forma más explícita y amenazadora que nunca.

Francia e Inglaterra no eran enemigos de Alemania, declaró. Alemania «no tenía sentimientos de odio hacia Inglaterra, Estados Unidos o Francia». Alemania deseaba vivir «en paz y tranquilidad» y todas «las afirmaciones sobre ataques intencionados del Reich contra otras naciones» eran mentiras propagadas por agitadores judíos y sus testaferros involuntarios. La amenaza a la paz europea, es más, a la paz mundial, no era obra de una nación o un Estado, sino que era fruto de las maquinaciones de un solo enemigo: el «judaísmo internacional». Algunos países, en especial las democracias ignorantes, se habían negado a reconocer la amenaza, pero la Alemania nacionalsocialista, con su campaña sistemática de esclarecimiento y propaganda, había dado la voz de alarma. Gracias a ese esfuerzo incansable, los países de Europa «ya no estarán dispuestos a morir en el campo de batalla para que esta raza internacional inestable pueda aprovecharse de una guerra o satisfacer su venganza de Antiguo Testamento. La consigna judía "Trabajadores del mundo, ¡uníos!" será derrotada por una realidad mayor, a saber: "¡Trabajadores de todas las clases y de todos los países, reconoced a vuestro enemigo común!"».[1] Pero, si las naciones del mundo no aprendían esta lección, Hitler ofrecía una escalofriante profecía para el futuro:

> En el curso de mi vida, con mucha frecuencia he sido un profeta y generalmente me han ridiculizado por ello. Durante el tiempo de la lucha por el poder, fue en primera instancia la raza judía la que recibió mis profecías con risas cuando dije que algún día asumiría el liderazgo del Estado y, con él, el de toda la nación, y que entonces, entre muchas otras cosas, resolvería la cuestión judía. Su risa era estruendosa, pero creo que ahora su sonora risa se está ahogando en sus gargantas. Hoy seré una vez más un profeta: si los financieros judíos internacionales dentro y fuera de Europa logran sumir a las naciones una vez más en una gue-

> rra mundial, entonces el resultado no será la bolchevización de la tierra y, por lo tanto, la victoria de los judíos, sino la aniquilación de la raza judía en Europa.[2]

El uso de ese lenguaje apocalíptico por parte de los nazis no era nuevo. Durante años, habían hablado con creciente ferocidad de la conspiración judía mundial, del enemigo global y del judeobolchevismo. Pero en los meses cargados de crisis de 1938 y 1939, términos como «aniquilación», «erradicación» y «exterminio» aumentaron de manera exponencial e impregnaron el ya amenazante ambiente de una ansiedad creciente. La política judía nazi era en este momento todavía la emigración, pero la retórica nazi se hizo cada vez más violenta. En declaraciones al ministro de Asuntos Exteriores checo, en enero de 1939, Hitler dijo furioso que Alemania había sido demasiado indulgente con los judíos: «Nuestra propia bondad no fue más que debilidad, y lo lamentamos. Esta alimaña debe ser destruida. Los judíos son nuestros enemigos jurados y para fines de este año no quedará ningún judío en Alemania». No iban a librarse del castigo después de lo que habían hecho en noviembre de 1918. «Ha llegado el día de la verdad.»[3]

En 1939, la guerra flotaba en el aire. El Acuerdo de Múnich había proporcionado un necesario respiro después de la serie de crisis de 1938, pero esa pausa resultó ser de corta duración. Desde el principio de la crisis de los Sudetes, el objetivo de Hitler, declarado de manera explícita a sus generales, era una guerra contra Checoslovaquia que borrase al Estado multinacional del mapa y, aunque él emergió de la crisis de otoño como un gran héroe y salvador de Alemania, se sentía frustrado. Chamberlain, por quien solo sentía desprecio, le había negado la aplastante victoria militar que con tanto ardor deseaba. Estaba furioso ante la idea de que este «anciano», este inglés senil con su paraguas, hubiera logra-

do envolverlo en acuerdos internacionales que le habían impedido hacer su entrada triunfal como conquistador en Praga. Ese estado de cosas no podía continuar. Después de alentar a Polonia y a Hungría a apoderarse del territorio fronterizo del Estado checo que se desmoronaba, a principios de 1939 procedió a fomentar la agitación entre eslovacos y rutenos en las provincias orientales de Checoslovaquia. Ambos habían logrado una amplia autonomía dentro de lo que quedaba del Estado checo, pero Hitler presionó a los elementos separatistas en ambas provincias para promover su independencia total de Praga.

Con el mismo guión que le había resultado tan útil tanto en Austria como en los Sudetes, la agitación anticheca alcanzó proporciones de crisis entre los inquietos eslovacos y rutenos. El 6 y el 9 de marzo, el presidente checo, Emil Hacha, que había sucedido a Beneš, disolvió primero el gobierno eslovaco y luego el ruteno, y declaró la ley marcial. Aunque la jugada fue inesperada, Hitler tomó la iniciativa de inmediato. Se introdujeron armas alemanas en Eslovaquia atravesando la antigua frontera austríaca y se distribuyeron entre una minoría alemana que estaba bien organizada. El 13 de marzo, Hitler convocó al líder eslovaco Jozef Tiso a Berlín. Allí, exigió que o bien los eslovacos declaraban de inmediato su independencia, que sería garantizada por Berlín, o quedarían librados a su suerte. Ribbentrop también señaló deliberadamente que las tropas húngaras se estaban preparando para apoderarse de Rutenia y que algunas partes de Eslovaquia estaban siendo frenadas solo por Alemania. Tiso pronto regresó a Bratislava donde, ante el parlamento eslovaco, leyó una declaración de independencia que había sido redactada por Ribbentrop. El 14 de marzo, Eslovaquia se convirtió en una nación independiente reconocida por Alemania y otra crisis checa comenzó en Europa.

Mientras estos eventos se desarrollaban en las provincias orientales del Estado checo, la prensa alemana ardía con relatos de supuestas atrocidades checas contra la minoría alemana en Bohemia y Moravia. Tales historias tenían en ese momento el tufillo de algo conocido, ya que repetían las acusaciones que habían aparecido en los periódicos nazis el agosto anterior. Praga negó estas acusaciones, pero eso apenas importaba. Temiendo que se avecinara una invasión alemana, Hacha y su ministro de Asuntos Exteriores, František Chvalkovský, decidieron, a pesar de las desafortunadas experiencias de Schuschnigg y Beneš, hacer un llamamiento personal a Hitler. El 14 de marzo viajaron en tren a Berlín, pero al anciano Hacha, que padecía una grave afección cardíaca, lo tuvieron esperando durante horas antes de ser admitido en el estudio de Hitler. Agotado por un día ya difícil, hizo una abyecta apelación a Hitler en la que expresó sus propias dudas en cuanto a si era viable un Estado checoslovaco independiente y preguntó si una invasión alemana podría evitarse si el ejército checo se desarmaba. Quizás entonces el Führer podría reconocer los derechos de los checos a vivir una vida nacional independiente.

Fue una actuación lamentable. Cuando Hacha terminó sus comentarios, Hitler dio rienda suelta a una diatriba en la que despotricó contra el gobierno de Beneš y Masarik, y anunció que no confiaba en el actual gobierno checo. En apenas unas pocas horas, el ejército alemán caería sobre Checoslovaquia, y la Luftwaffe comenzaría a bombardear objetivos checos. Hacha tenía dos opciones: si la invasión encontraba resistencia armada, las fuerzas checas serían implacablemente aplastadas. La alternativa era que permitieran que las tropas alemanas entraran de manera pacífica. Si así ocurría, Hitler estaría abierto a la posibilidad de algún tipo de autonomía para los checos, que retendrían algo de su

libertad nacional. Esta parte de su oferta era completamente vaga, pero, si los checos se resistían, la Wehrmacht demolería sin piedad al ejército checo, y la Luftwaffe de Göring destruiría Praga. Eran las 2 de la mañana. Las tropas alemanas comenzarían su invasión en apenas cuatro horas.

Abrumado y cansado, Hacha se desmayó. Se produjo un pánico general. Los nazis no podían permitirse que el presidente de Checoslovaquia muriera en la Cancillería del Reich en medio de la noche. El médico personal de Hitler fue convocado de inmediato. Le administró una inyección y Hacha revivió. Apenas se había recuperado cuando se le presentó una declaración escrita, preparada por Ribbentrop, que invitaba al Reich a establecer el orden en el atribulado Estado checo. Al principio, Hacha se negó a firmar y fue literalmente perseguido alrededor de la mesa por Ribbentrop y Göring, quienes, lisonjeando y amenazando, seguían insistiendo con el acuerdo. Después de una segunda inyección, Hacha, resignado y abatido, firmó el documento que invitaba a las fuerzas alemanas a entrar en Bohemia y Moravia, y puso «el destino del pueblo checo en manos del Führer». Era el certificado de defunción de Checoslovaquia. Exultante de alegría, Hitler corrió a la oficina de sus secretarias y dijo efusivamente: «Bésenme, niñas. ¡Este es el mejor día de mi vida! Pasaré a la historia como el mejor alemán».[4]

A las 6 de la mañana del 15 de marzo, las tropas alemanas cruzaron la frontera. Obedeciendo la orden de Hacha, el formidable ejército checo no ofreció resistencia. Horas después, Hitler comenzó un viaje en automóvil rumbo a Praga en medio de una cegadora tormenta de nieve. Su caravana de diez automóviles pasó entre columnas de soldados alemanes que caminaban por la nieve y el hielo hasta que por fin llegaron a la ciudad y Hitler se instaló en el Castillo de Praga, la antigua residencia de los reyes de Bohemia. Al día

siguiente, firmó un decreto anunciando la creación del Protectorado de Bohemia y Moravia, y también puso al recién independizado estado de Eslovaquia bajo protección alemana. Las SS de Himmler ya estaban trabajando. Para los judíos de Checoslovaquia, la pesadilla apenas comenzaba. Rutenia, después de haber servido a sus propósitos, fue entregada por Hitler a los húngaros, quienes la devoraron de buena gana. Tres días más tarde, Alemania se apoderó de Memel, una delgada franja de territorio que había pertenecido a Alemania, en la frontera noreste de Prusia Oriental, y que había sido cedida a Lituania en el Tratado de Versalles. La jugada no encontró oposición.

La ocupación alemana de Bohemia y Moravia fue una sorpresa para los alemanes y para la comunidad internacional y, por lo tanto, careció del dramatismo que caracterizó la anexión de los Sudetes por parte de Hitler. Pero era ominosamente claro que se había alcanzado un punto de inflexión decisivo en la política exterior del Tercer Reich. Por primera vez, Hitler se había apoderado de un Estado cuya incorporación de ninguna manera podía justificarse invocando el principio de autodeterminación nacional. Tampoco se trataba de ganar igualdad para Alemania en el ámbito internacional o de proteger a una minoría alemana oprimida. La prensa nazi, por supuesto, continuó publicando historias de atrocidades checas, pero pocos fuera de Alemania prestaban atención. Fue un acto de pura agresión contra un Estado soberano y arrancó de un golpe la máscara de pacificador comprometido y valiente defensor de alemanes étnicos varados en el exterior por culpa de Versalles que Hitler venía usando. Ninguna retórica, por elaborada y pretenciosa que fuera, podía ocultar lo que se escondía debajo.

Dentro del país, la reacción fue de alivio y admiración por el Führer que, una vez más, había logrado un gran golpe

de política exterior sin derramar sangre alemana. Había creado el Gran Reich Alemán sobre el que tan a menudo había predicado con audacia y osadía. A pesar de la intensa campaña de propaganda anticheca que Goebbels había desatado en febrero, la noticia tomó a los alemanes por sorpresa. La mayoría sintió que esto daba un impulso adicional a la imagen de Hitler, pero el nivel de emoción no se igualaba con la respuesta pública a la dramática resolución de la crisis de los Sudetes. Y había un trasfondo de inquietud. Algunos encontraron que esa jugada no se ajustaba al deseo expreso de Hitler de purgar a Alemania de todos los elementos extranjeros; otros estaban convencidos de que este no sería el último golpe que los nazis darían. «El próximo seguirá pronto, aunque simplemente no se sabe dónde. ¿Cuándo terminaría esta locura?» Otro informe de Sopade afirmaba que «una gran ansiedad se extiende entre la gente. Casi todos creen que la guerra es inevitable».[5]

La brutalidad nazi de la Kristallnacht ya había conmocionado a la opinión internacional, y la política de apaciguamiento de Chamberlain, durante mucho tiempo bajo el ataque del líder conservador Winston Churchill y de otros en el Parlamento, colapso prácticamente de la noche a la mañana. En un discurso en Birmingham, Chamberlain, lleno de dolorosa indignación, denostó la descarada violación de la buena fe por parte de Hitler. ¿Qué hacemos ahora con las promesas por parte de Hitler?, exclamó.

Nadie creía que Hitler quedaría satisfecho por mucho tiempo con estos triunfos. La ocupación de Checoslovaquia había reforzado de manera significativa al ejército de Alemania. Grandes cantidades de equipamiento militar checo cayeron en manos alemanas, al igual que el gigantesco complejo de armas Skoda, el segundo más grande de Europa, y la frontera oriental de Alemania resultó muy fortalecida. La

incautación de las reservas de divisas y oro de Praga también redujo la presión sobre la economía alemana y facilitó la importación de materias primas clave. En toda Europa, los observadores ya anticipaban otro movimiento, esta vez contra Polonia. Las relaciones de Alemania con Polonia habían sido tensas desde el Tratado de Versalles. El nuevo Estado polaco no solo había recibido las provincias alemanas de Prusia Occidental y Posen, sino que, para que tuviera acceso al mar, se le había otorgado un corredor a lo largo del Vístula hasta el Báltico que separaba a la Alemania propiamente dicha de Prusia Oriental. Danzig, durante siglos una ciudad alemana, fue separada del Reich y declarada ciudad libre para ser administrada por la Liga de las Naciones. En realidad, sería el puerto de Polonia en el Báltico. A pesar de estos arreglos territoriales tan desfavorables, durante los primeros años del Tercer Reich Hitler había mantenido relaciones sorprendentemente buenas con el gobierno conservador, antimarxista, antirruso y a todas luces antisemita de Polonia. En 1934 había firmado un pacto de no agresión con Varsovia por diez años, y en Múnich había apoyado las reclamaciones polacas de territorio checo.

Casi inmediatamente después de la caída de Praga, Ribbentrop se dirigió al embajador polaco, Józef Lipski, con una propuesta. El Reich deseaba que Danzig fuera devuelto a Alemania y quería construir una carretera o ferrocarril extraterritorial que conectara Prusia Oriental con el Reich. A cambio, Alemania permitiría que Polonia usara Danzig como puerto libre, aseguraría los intereses económicos polacos en la ciudad y garantizaría las actuales fronteras de Polonia. Hitler también prolongaría el tratado de no agresión germano-polaco de 1934, e incluso deslizó la idea de un acuerdo de defensa mutua frente a la Unión Soviética. Ri-

bbentrop también sugirió que los dos países podrían cooperar en la emigración de judíos de Polonia.

Los polacos rechazaron rotundamente la propuesta alemana. No deseaban convertirse en un Estado satélite del Tercer Reich, y la liquidación nazi de Checoslovaquia no era tranquilizadora. En cambio, el último día de marzo llegaron a un acuerdo con Gran Bretaña, en el que Londres se comprometía a defender la soberanía polaca y sus fronteras. Francia se unió de inmediato como garante, y una semana más tarde ese acuerdo se formalizó en un tratado. Una garantía similar fue emitida por Gran Bretaña y Francia a Grecia y Rumania. Al anunciar el pacto, el mensaje de Chamberlain era inequívoco: «En el caso de que cualquier acción amenace claramente la independencia de Polonia y que el gobierno polaco considere en consecuencia que es vital resistir con sus fuerzas nacionales, el gobierno de Su Majestad se verá obligado de inmediato a prestar al gobierno polaco todo el apoyo que esté en su poder».[6]

Hitler estaba furioso pero impertérrito. Aún no lograba convencerse de que, llegado el momento de la verdad, los británicos realmente intervendrían. Tres días después del anuncio de Chamberlain, Hitler ordenó a su ejército que comenzara los preparativos para invadir Polonia en cualquier momento después del 1 de septiembre. Las órdenes para ese ataque, cuyo nombre en clave era «Caso Blanco», se emitieron formalmente el 11 de abril. Explicaban que la misión de la Wehrmacht era la rápida destrucción de la fuerza militar polaca, mientras que la tarea de los líderes políticos consistía en aislar diplomáticamente a Polonia.[7] Unos días más tarde, en una conversación con el ministro de Relaciones Exteriores de Rumania en la Cancillería del Reich, Hitler expresó su desdén por los británicos y su frustración por su incapacidad para lograr algún tipo de entendimiento con

ellos. Había tratado una y otra vez de llegar a un acuerdo con Londres, se quejó, para acabar siendo rechazado. Bueno, si los británicos estaban decididos a tener una guerra, la iban a tener. «Y será una guerra con una capacidad de destrucción inimaginable», advirtió. «¿Cómo pueden los ingleses imaginarse una guerra moderna cuando ni siquiera pueden poner dos divisiones completamente equipadas sobre el terreno?»[8]

A pesar de estos acontecimientos, Hitler todavía esperaba llegar a un acuerdo con Polonia y reclutar a Varsovia para formar una alianza antisoviética. Pero, si Varsovia seguía obstinada, activaría los planes para una invasión de Polonia. El 15 de abril, con ansiedad creciente acerca del siguiente movimiento de Hitler, intervino el presidente Roosevelt. Había llamado al embajador de Estados Unidos en Alemania después de la Kristallnacht, y los periódicos estadounidenses habían encabezado la condena al pogromo nazi. La prensa estadounidense había publicado unos mil editoriales las semanas posteriores a la Kristallnacht, se quejaba Goebbels. «Es un secreto a voces», continuó, que el presidente estadounidense «ha reunido a su alrededor a un gran número de asesores judíos. Es fácil imaginarse lo que le estarán diciendo al oído». Washington se había unido a Londres y a París para fomentar la «psicosis de guerra» de ese momento y ya se lo consideraba aliado de Gran Bretaña.[9]

En este sentido, tal vez fuera poco sorprendente que el 15 de abril Roosevelt se refiriera directamente a la deteriorada situación en Europa. Envió el equivalente a una carta abierta a Hitler pidiendo «garantías contra nuevas agresiones». Hitler había afirmado repetidas veces que ni él ni el pueblo alemán querían la guerra, pero, a los ojos de Roosevelt —e, insinuaba, también a los ojos del mundo—, estaba claro que Alemania era el origen de la tensión internacional generali-

zada. Si era cierto que ni Hitler ni el pueblo alemán querían la guerra, como sostenía el líder nazi, entonces, declaró el presidente, «no tiene por qué haber guerra». Luego pasó a preguntarle a Hitler en términos muy directos si estaba dispuesto a dar garantías de que Alemania no abrigaba intenciones agresivas contra una extensa lista de países de Europa y más allá. Fue, según Goebbels, «un documento desvergonzado e hipócrita» preparado por el «charlatán de Washington».[10]

Hitler le respondió el 28 de abril en un discurso muy esperado. Era un discurso de tal importancia que Gran Bretaña y Francia hicieron que sus embajadores, que se habían ido en protesta por la ocupación de Bohemia y Moravia, volvieran a Berlín para escucharlo. Habló ante un Reichstag repleto en la Ópera Kroll y comenzó haciendo una enérgica defensa de su política exterior, y justificando la acción alemana en una Checoslovaquia en ruinas como un acto para preservar la paz y la estabilidad en Europa Central. Valoraba la amistad con Gran Bretaña pero, obviamente, los británicos habían llegado a considerar que la guerra con Alemania era inevitable y habían actuado de manera incompatible con el Acuerdo Naval Anglo-Alemán de 1935. «Ahora que los periodistas y funcionarios en Inglaterra abogan públicamente por la oposición a Alemania en cualquier caso, y esto queda confirmado por la conocida política de cerco, entonces, los cimientos sobre los que descansaba el Acuerdo Naval Anglo-Alemán han sido destruidos.» Resolvió, por lo tanto, suspender el Acuerdo Naval. Ante esto, el Reichstag estalló en un estruendoso aplauso. En cuanto a los polacos, su nueva alianza con Inglaterra y su negativa a entrar en discusiones con Alemania eran incompatibles con el Tratado de Amistad Germano-Polaca de 1934 y, por lo tanto, también lo abandonó.[11]

Finalmente, hacia el final de su alocución, Hitler se refirió de forma directa a la carta de Roosevelt. Sus palabras fueron una obra maestra de sarcasmo y una combinación de falsa humildad y burla que arrancaron risas de aprobación en su audiencia. El señor Roosevelt le había dado una lección sobre los males de la guerra, dijo, pero ¿quién sabía eso mejor que los alemanes, que, durante veinte años, habían sido víctimas de un tratado injusto? El presidente parecía creer que todos los problemas podían resolverse en la mesa de negociaciones, pero los Estados Unidos no habían ratificado el Tratado de Versalles que su propio presidente, Woodrow Wilson, había inspirado y ayudado a redactar. Roosevelt había expresado sus esperanzas de desarme, como si eso pudiera ser una solución a la tensión internacional, pero, le recordó Hitler, el pueblo alemán había confiado en otro presidente estadounidense solo para descubrir que únicamente ellos, los alemanes, se veían obligados a desarmarse. Alemania, declaró, ya estaba harta del desarme unilateral.

Para terminar, Hitler se centró en una promesa que le había exigido Roosevelt, según la cual Alemania no atacaría a ninguno de los países que el presidente enumeró. Hitler repitió el nombre uno por uno, de todos esos países que el presidente consideraba en peligro: Letonia, Estonia, Lituania, Polonia, Bélgica, Holanda, Francia, Liechtenstein, Rusia, Arabia, Irán, Turquía, Palestina, y la risa se hacía cada vez más fuerte a medida que seguía la lista. Hitler apenas podía contenerse, tan encantado estaba con su actuación y su ingeniosa manera de humillar a Roosevelt. Afirmó haber sondeado a estos países para preguntarles si se sentían amenazados por Alemania o si habían pedido al presidente que expresara sus preocupaciones. No había hecho tal cosa, pero eso poco importaba. La respuesta fue en todos los casos «no», salvo, agregó con entusiasmo, algunos países, como

Siria, Arabia, Irán y Palestina, que no pudieron responder debido a que estaban ocupados por tropas de los países democráticos. No obstante, le aseguró al presidente estadounidense que entendía completamente que «la vastedad de su país y la inmensa riqueza de su nación le permiten sentirse responsable de la historia de todo el mundo y de la historia de todos los países. Yo, señor, estoy en una esfera mucho más pequeña y modesta». No podía sentirse responsable por el destino del mundo, ya que este mundo no se interesaba por el lamentable destino del pueblo alemán. «Me he considerado llamado por la Providencia a servir solo a mi propio pueblo. He vivido día y noche para la única tarea de despertar los poderes de mi pueblo, dado que hemos sido abandonados por el resto del mundo [...]. Las condiciones que prevalecen en su país son tan grandes que puede encontrar tiempo y ocio para prestar atención a los problemas universales.» Fue una exhibición de virtuosismo oratorio —muchos pensaron que era el mejor discurso que jamás había pronunciado—, y lo que no tenía de veracidad o precisión se compensó con teatralidad política.[12] Goebbels, por supuesto, estaba exultante. Hitler le había dado a Roosevelt «una paliza pública [...]. El Führer es un genio de táctica y estrategia política. Nadie lo iguala. Comparado con él, Roosevelt es un enano».[13]

El discurso de Hitler no calmó los nervios de nadie, ni en Alemania ni en el extranjero. Tampoco era esa su intención. Menos de un mes después, Ribbentrop presionó a los italianos para que firmaran el llamado «Pacto de Acero». Era, en varios aspectos, redundante, ya que también existía un tratado entre los dos dictadores del Eje, pero este era un documento más radical y francamente agresivo. Los dos regímenes, unidos por la «afinidad interna de sus ideologías y la solidaridad integral de sus intereses», se comprometían a

brindarse apoyo político y diplomático mutuo si sus intereses se veían amenazados y, en caso de hostilidades, «actuarían codo con codo y con fuerzas unidas para asegurar su *Lebensraum* y mantener la paz». El Pacto de Acero, promocionado por la prensa alemana como «la alianza más poderosa en la historia mundial», no causó revuelo internacional y tampoco impresionó a los alemanes, civiles o militares. Su propósito era intimidar a Occidente.[14]

Poco después de este discurso, Hitler convocó a sus principales comandantes militares a una sesión informativa sobre la situación polaca. Después de la Gran Guerra, comenzó diciendo Hitler, un círculo cerrado de potencias victoriosas había establecido un equilibrio de poderes sin la participación alemana. La revitalización de Alemania bajo el nacionalsocialismo había perturbado ese equilibrio, por lo que todo esfuerzo de Alemania por reclamar sus derechos legítimos era visto como una «irrupción». La vida económica de Alemania exigía espacio vital y eso no podía lograrse «sin "irrumpir" en otros países o atacar las posesiones de otros pueblos». La adquisición de *Lebensraum* era esencial para la supervivencia de la nación, y eso podía ser encarado en ese momento o dentro de diez o veinte años. El momento de la expansión había llegado. «Con respecto a la situación actual en Polonia, no es Danzig lo que está en juego. Para nosotros, se trata de expandir nuestro espacio vital en el este y asegurar el suministro de alimentos [...]. Por lo tanto, la cuestión no es salvar a Polonia y solo nos queda tomar una decisión: *la de atacar a Polonia en cuanto tengamos la oportunidad de hacerlo*». Alemania «no puede esperar una repetición de lo ocurrido en Checoslovaquia», declaró sin rodeos. «Habrá guerra» y la clave para la victoria era el aislamiento de Polonia, una tarea política que era su responsabilidad. «No debe llegar con un enfrentamiento simultáneo

con Occidente. Un ataque contra Polonia solo tendrá éxito si Occidente se mantiene fuera del *ring*». Inglaterra «es nuestro enemigo, y el enfrentamiento con Inglaterra es una cuestión de vida o muerte». No se trataba de «salir de la situación a bajo precio [...]. Entonces, debemos quemar nuestras naves; ya no se trata de si es correcto o incorrecto, sino de ser o no ser para ochenta millones de personas».[15]

Durante los siguientes meses de verano, la situación internacional fue acumulando lentamente presión. Hitler se retiró a Berchtesgaden y rara vez estaba en Berlín. Los alemanes hicieron algunas propuestas ocasionales a los polacos —Hitler aún creía que ellos podrían tener algún papel en una alianza antisoviética—, pero la devolución de Danzig y una conexión ferroviaria o vial a través del Corredor eran exigencias alemanas para cualquier acuerdo. Varsovia rechazó estos sondeos, así como las propuestas de Rusia. La clave de la situación diplomática, sin embargo, no se encontraba en Londres ni en París, y ni siquiera en Varsovia, sino en Moscú. Las garantías británicas y francesas a Polonia serían efectivas solo en el marco de una estructura de seguridad colectiva que incluyera a la Unión Soviética, y tanto los ingleses como los franceses trabajaron durante el verano intentando persuadir a los rusos para llegar a algún tipo de acuerdo. Pero Chamberlain desconfiaba mucho de los soviéticos, sentimiento que era recíproco para Stalin, y las conversaciones se prolongaban con parsimonia. Al final se fueron a pique por la convicción de Stalin de que Occidente simplemente intentaba forzar la guerra entre la Unión Soviética y la Alemania nazi, y de que no se podía confiar en que los ingleses y los franceses cumplieran con sus obligaciones. Esta, para Stalin, era la lección de Múnich.

Alemania también buscaba mejorar las relaciones con Moscú. Ribbentrop era un entusiasta defensor de generar vínculos más estrechos y, aunque un acercamiento no tenía sentido desde lo ideológico, sería útil a los intereses a corto plazo de ambos regímenes. Un pacto nazi-soviético molestaría a los miembros del Partido Nazi, para quienes el antibolchevismo era un pilar central de la ideología nacionalsocialista, pero los conservadores, en especial dentro del ejército, estaban más abiertos a la posibilidad de un acuerdo. Después de todo, la cooperación con Rusia había sido un elemento tradicional de la política exterior prusiana-alemana durante gran parte del siglo XIX, y en la época de Weimar los dos estados parias habían firmado un acuerdo secreto que establecía una estrecha cooperación militar. En 1922 formalizaron esa cooperación en el Tratado de Rapallo, mediante el cual Alemania ayudaba a entrenar a las tropas rusas y las instruía sobre armamento moderno. A cambio, los soviéticos les permitían a los alemanes desarrollar y probar armas lejos de las miradas indiscretas de los inspectores de Versalles. Con la llegada de Hitler a la Cancillería del Reich en 1933, la cooperación se interrumpió, pero, al final de la década, las exigencias de la política internacional propiciaron el espacio para algún tipo de acuerdo no solo sobre comercio sino, también, en asuntos de seguridad.

En mayo, Stalin inició un cambio en la política soviética. Despidió a su ministro de Relaciones Exteriores, Maksim Lítvinov, un prooccidental defensor de las buenas relaciones con Gran Bretaña y Francia, la Liga de las Naciones y la seguridad colectiva. Lítvinov además era judío, y su despido fue recibido en Berlín como un mensaje inequívoco. Se realizaron conversaciones sobre asuntos comerciales entre los dos gobiernos de manera intermitente durante el verano, hasta que finalmente, en agosto, los soviéticos insinuaron

que podrían estar abiertos a algo más. Las conversaciones viraron a asuntos de seguridad, y los rusos indicaron que estarían interesados en algún tipo de pacto de no agresión. Ribbentrop de inmediato recogió la idea. Sabiendo que la invasión de Polonia era inminente, estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con los soviéticos. A su ansiedad se sumaba que los británicos y los franceses todavía estaban negociando con los rusos. Pero, convencidos de que un pacto nazi-soviético era una imposibilidad política, los británicos y los franceses no tenían prisa.

A medida que pasaban los días y aumentaba la presión, Ribbentrop presionaba con fuerza para llegar a un acuerdo. En Berlín y Berchtesgaden, los nervios estaban crispados. Hitler, que se había mostrado escéptico en un principio sobre un acuerdo con los soviéticos, en ese momento estaba más dispuesto a hacerlo que su ministro de Relaciones Exteriores. Un acuerdo con Rusia eliminaría la amenaza de la guerra en dos frentes contra la cual había predicado desde los primeros días de su vida política. También, creía, actuaría como un freno a la intervención occidental. Pero los soviéticos confirmaron su reputación de negociadores difíciles, y su interés por un pacto con Hitler parecía enfriarse y recalentarse. Luego, a mediados de agosto, se produjo un súbito avance. Moscú presentó un borrador de un pacto de no agresión que entusiasmó a Ribbentrop, pero luego insistió en que primero se completara el acuerdo comercial que se había estado discutiendo durante varios meses. El 20 de agosto, Hitler escribió un mensaje personal a Stalin instándolo a llegar a un acuerdo, y rápido. Los alemanes pronto acordaron firmar el tratado comercial, y Stalin respondió directamente a Hitler invitando a Ribbentrop a Moscú a firmar el pacto de no agresión el 23 de agosto. Hitler recibió el mensaje mientras cenaba con Albert Speer y otros en el

Berghof. Después de revisar la nota, «miró fijamente a la nada por un momento», recordaba Speer, «se sonrojó profundamente, luego golpeó la mesa con tanta fuerza que las copas tintinearon y exclamó con una voz que se quebraba por la emoción: "¡Los tengo! ¡Los tengo!"».[16]

Mientras la delegación de Ribbentrop se preparaba para su misión secreta en Moscú, Hitler convocó una reunión de sus comandantes militares superiores en el Berghof para informarles de cuál era la situación política. La guerra con Polonia era un hecho, declaró sin rodeos, y era mejor actuar de inmediato y no retrasarla. Varios factores pesaban en su decisión. «Primero que nada, dos factores personales: mi propia personalidad y la de Mussolini. En esencia, todo depende de mí, de mi existencia, debido a mi talento político. Probablemente nadie volverá a tener la confianza del pueblo alemán que tengo yo. Mi vida es, por lo tanto, un factor de gran valor. Pero yo puedo ser eliminado en cualquier momento por un criminal o por un idiota.» Hitler estaba cada vez más preocupado por su propia mortalidad y estaba decidido a lograr sus objetivos mientras aún gozara de buena salud. «Nadie sabe cuánto tiempo viviré», dijo, «por lo tanto, el conflicto es mejor ahora».

Un segundo factor tenía que ser incluido en la ecuación. Las potencias occidentales estaban gobernadas por hombres «que están por debajo del promedio. No son grandes personalidades. Carecen de autoridad. No son hombres de acción». Esta vez no estaba interesado en las negociaciones. No se iba a repetir lo de Múnich. «¡Solo temo», declaró, «que en el último minuto algún *Schweinehund* ("hijo de puta") salga con un plan de mediación!». Era, por supuesto, una enorme apuesta, y él lo sabía, pero una victoria relámpago sobre Polonia dejaría a las potencias occidentales sin ningún curso viable de acción militar. La velocidad, por lo

tanto, era la clave. Y, una vez que comenzara la lucha, las consideraciones morales ya no tendrían ningún valor. «Al comenzar y librar una guerra no es lo correcto lo que importa», señaló, «sino la victoria. Cierren los corazones a la piedad. Actúen brutalmente. Ochenta millones de personas deben obtener lo que tienen derecho a tener [...]. La destrucción total de Polonia es el objetivo militar. La velocidad es lo principal. Seguir el objetivo hasta la aniquilación completa».[17]

La tarde siguiente, a las 6, en presencia del propio Stalin, Ribbentrop se reunió con el canciller ruso, Viacheslav Mólotov, para firmar un pacto de no agresión germano-ruso que nadie creía posible. Los dos acérrimos enemigos ideológicos prometían mantener una neutralidad benevolente en caso de que uno u otro se viera involucrado en una guerra europea. En cláusulas secretas, el pacto exigía una partición de Polonia, una indicación de que ese acuerdo tenía la intención de ocuparse de una situación inmediata. Los signatarios también dividían Europa del Este en esferas de influencia: Lituania y Vilna corresponderían a los alemanes, mientras que Finlandia, Estonia y Letonia estarían en la esfera soviética. No se pudo llegar a ningún acuerdo sobre Rumania, con sus ricos yacimientos de petróleo, y el asunto quedó sin resolver.

Para Hitler, el Pacto Mólotov-Ribbentrop puso fin a la amenaza de una guerra en dos frentes. Estaba seguro de que el acuerdo nazi-soviético serviría para frenar la interferencia occidental. Después de todo, con Rusia del lado de Alemania, ¿cómo acudirían Inglaterra y Francia en ayuda de Polonia? Rusia también sería una fuente de materias primas muy necesarias —madera, cereales, hierro, petróleo, entre otros— y haría que Alemania fuera inmune a un bloqueo inglés. En algún momento del futuro, se saldarían las cuentas

con la Rusia bolchevique, pero, por el momento, la cooperación entre las dos dictaduras era esencial.

Para Stalin, el pacto era una protección contra la traición de Occidente, que, estaba convencido, solo estaba interesado en dirigir la agresión nazi hacia el Este; el pacto desplazaba la frontera soviética hacia el oeste y colocaba un amortiguador entre Alemania y la Unión Soviética. El pacto también le daba tiempo para reconstruir el Ejército Rojo, que había sido diezmado por las purgas militares de 1938. Esas purgas habían tenido un alcance tremendo: de los ochenta miembros del soviet militar de 1934 solo sobrevivían cinco. Los once comisarios diputados fueron eliminados; todos los comandantes de algún distrito militar, incluidos sus reemplazos, habían sido liquidados para el verano de 1938; trece de los quince comandantes del ejército y cincuenta y siete de los ochenta y cinco comandantes de cuerpo fueron purgados; doscientos veinte de los cuatrocientos cuarenta y seis comandantes de brigada habían sido ejecutados. Pero las pérdidas no se detenían allí. El mayor número de víctimas fueron oficiales de grados inferiores, de coroneles para abajo, y numerosos jefes de compañía fueron liquidados. A pesar de lo desagradable que era para muchos en la jerarquía soviética, el pacto con los odiados nazis le daría tiempo a Stalin para reconstruir el ejército que él había vaciado completamente.

Para Chamberlain, las noticias de Moscú resonaron como el día del juicio final. Al hablar ante una tensa Cámara de los Comunes, advirtió que los alemanes estaban siendo víctimas de una «ilusión peligrosa» si creían que este acuerdo sorpresa disuadiría a los británicos y a los franceses de abandonar sus obligaciones con Polonia. Después de estas palabras le envió una carta severa a Hitler, entregada en mano por el embajador sir Nevile Henderson. Gran Bretaña

movería cielo y tierra para evitar la guerra, pero «de ser necesario, el gobierno de Su Majestad está resuelto y preparado para emplear sin demora todas las fuerzas a su disposición, y una vez comenzadas, es imposible prever el final de las hostilidades». Chamberlain también anunció que la garantía de protección británica de Polonia había sido formalmente traducida en una alianza militar.[18]

La respuesta de Hitler a la carta del primer ministro fue comunicar a Henderson de manera desafiante que, con Rusia a sus espaldas, llegado el caso, Alemania no rechazaría una guerra con Occidente. Le recordó a Henderson que «esta vez Alemania no tendrá que luchar en dos frentes». Luego hizo una propuesta típicamente exagerada. Alemania estaba dispuesta a garantizar la continuidad del Imperio Británico y a ofrecer ayuda militar «en cualquier parte del mundo donde tal ayuda pudiera ser necesaria». También estaba dispuesta a garantizar las fronteras en el oeste y a limitar los armamentos. Pero la cuestión de Danzig y del Corredor debía resolverse sin demora.[19]

El severo mensaje de Chamberlain fue reforzado por Robert Coulondre, el nuevo embajador francés, quien horas más tarde acudió a la Cancillería del Reich. Después de escuchar a Hitler despotricar contra los polacos y sus supuestas atrocidades, Coulondre respondió que, «en una situación tan crítica como esta, *Herr Reichskanzler* [canciller del Reich], los malentendidos son lo más peligroso de todo. Por lo tanto, para dejar el asunto bastante claro, le doy mi palabra de honor como oficial francés de que el ejército francés luchará al lado de Polonia si ese país es atacado». Al mismo tiempo, explicó, «el gobierno francés está preparado para hacer todo lo posible por mantener la paz hasta el final y para trabajar por la moderación en Varsovia».[20]

Como si estas declaraciones no fueran suficientes como para hacerlo pensar, Bernardo Attolico, el embajador italiano, entró después de Coulondre al estudio de Hitler y le entregó una muy esperada carta de Mussolini. El Pacto Mólotov-Ribbentrop había sido una sorpresa inquietante para el Duce, y Hitler había escrito una misiva poco clara a Roma tratando de explicar cómo ese pacto realmente fortalecería al Eje. Su mensaje también dejaba claro que Italia debía anticipar importantes acontecimientos en el futuro cercano. La respuesta de Mussolini fue pesarosa, pero contundente: «En uno de los momentos más dolorosos de mi vida, tengo que informarle de que Italia no está lista para la guerra». Se quejaba de las escasas existencias de combustible, municiones, hierro y otras carencias que harían imposible un esfuerzo militar sostenido.[21]

La misiva del Duce fue un duro golpe. Cuando Hitler preguntó qué suministros necesitaba Mussolini, descubrió que las necesidades de Italia eran tan exorbitantes que, simplemente, no podían ser atendidas. Esa, por supuesto, era la intención de Mussolini. Si Italia se sentía obligada a permanecer neutral, Hitler le pidió a Mussolini que diera la apariencia de estar preparándose para la guerra. La *apariencia* de la solidaridad fascista era importante para Hitler, como lo era el valor disuasorio de una posible acción italiana contra Francia e Inglaterra. Liberado de la obligación, Mussolini estuvo de acuerdo. Pero el Pacto de Acero estaba severamente debilitado, y el enojo del italiano por no haber sido informado antes y por la posibilidad de verse arrastrado a una guerra que no buscaba era palpable.

Ante estos contratiempos, Hitler ordenó aplazar veinticuatro horas la invasión, que estaba programada para el amanecer del día siguiente. El 30 de agosto, Henderson entregó la respuesta de Chamberlain a la última propuesta de

Hitler. Los británicos querían buenas relaciones con Alemania, «pero no [...] podían aceptar un acuerdo que pondría en peligro la independencia de un Estado del que eran garantes». La nota proponía reanudar las negociaciones directas entre Alemania y Polonia para abordar sus discrepancias, y concluía con una declaración inequívoca: «Un acuerdo justo para estas cuestiones [...] puede abrir el camino a la paz mundial. No lograrlo arruinaría las esperanzas de un mejor entendimiento entre Alemania y Gran Bretaña, llevaría a los dos países al conflicto y bien podría hundir al mundo entero en la guerra. Tal resultado sería una calamidad sin parangón en la historia».[22]

A medida que la situación diplomática se deterioraba, los funcionarios del partido y el socialismo clandestino en toda Alemania informaban que estaban cada vez más preocupados. Inicialmente, el estado de ánimo popular era tranquilo y la gente confiaba en que «el Führer lo arreglaría todo». Pero, a medida que se agudizaba la crisis, el humor de la gente iba empeorando cada vez más. Un informante de la Sopade detectó «un cierto nerviosismo» entre la gente, en especial entre las mujeres, que estaban preocupadas por las levas y que mayoritariamente opinaban que «los de Berlín no entienden la situación y los sentimientos de la gente». La actitud generalizada era «que una guerra por Danzig [era] un acto de locura; es irresponsable sacrificar posiblemente a millones de personas por el bien de una ciudad».[23]

En los últimos días de agosto se produjeron numerosas reuniones febriles, telegramas de medianoche y llamadas urgentes. La atmósfera estaba cargada. La Cancillería del Reich, repleta de generales y de ayudantes, diplomáticos, ministros de Estado y líderes del partido, se parecía más a los pasillos frenéticos de la cercana estación de Anhalter que a un centro de gobierno. Los nervios, ya tensos, no se

calmaron cuando se produjo un apagón en Berlín que sumió a la enorme metrópolis en una terrible oscuridad. La respuesta de Hitler a la nota británica hizo poco para reducir las tensiones. El gobierno alemán estaba abierto a la negociación y aceptaría la mediación británica, le informó Ribbentrop a Henderson. Con ese fin, el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán había redactado una propuesta de dieciséis puntos que los alemanes consideraban generosa. Danzig sería devuelta a Alemania; en el Corredor, se haría un plebiscito administrado por una comisión internacional; a los polacos se les garantizaría un camino y un servicio de ferrocarril internacionales a través del territorio, que pasaría a ser alemán, así como derechos económicos sin restricciones en Danzig. Gran Bretaña pondría a un emisario polaco con plenos poderes para negociar, y ese emisario, insistían los alemanes, debía llegar a Berlín el miércoles 30 de agosto, lo que daba a los polacos apenas veinticuatro horas para prepararse. Era, como protestó Henderson, un ultimátum, pero los alemanes se negaron a ceder y acusaron al gobierno británico de mostrar indiferencia ante la continua persecución hacia los alemanes en Polonia. Los polacos debían aceptar estas condiciones.[24]

Dadas las circunstancias, los británicos ni siquiera intentaron convencer a los polacos de que cumplieran con la fecha límite alemana. Se opusieron tanto a los plazos irracionales como al sitio de las conversaciones. Después de las experiencias de Hacha y Tiso, ni los británicos ni los polacos estaban dispuestos a aceptar otra visita a la Cancillería del Reich. En su lugar, Polonia anunció la movilización de sus fuerzas. Aunque tenían pocas esperanzas de éxito, los británicos entonces instaron a Varsovia a que al menos comenzara las negociaciones. Pero cuando el embajador polaco, Józef Lipski, se presentó en las oficinas de Relaciones Exte-

riores el 30 de agosto, Ribbentrop solo tenía una cosa que decir: «¿Tiene usted la autoridad para negociar con nosotros las propuestas alemanas?». Cuando Lipski admitió que no, Ribbentrop dio bruscamente por terminada la reunión. No tenía sentido continuar. Los alemanes, era evidente, no estaban interesados en negociaciones, y los polacos ya tenían suficiente experiencia con Hitler como para saber que no se podía confiar en él. Estaban preparados para luchar.[25]

La gran propuesta de dieciséis puntos de Hitler fue leída en la radio alemana la noche del 31 de agosto. Estaba destinada al consumo interno, a demostrar al pueblo alemán que el Führer luchaba con toda su fuerza por la paz y era magnánimo en sus tratos con los polacos. Solo la intransigencia polaca y el ciego apoyo británico a Varsovia habían saboteado la oferta de último momento de Alemania de un arreglo pacífico. Más tarde, Hitler admitió que la propuesta no era más que una táctica de propaganda, «una coartada, especialmente para el pueblo alemán, para mostrarles que yo había hecho todo lo posible por mantener la paz. Eso explica mi generosa oferta sobre el acuerdo de Danzig y el Corredor».[26]

A lo largo de esos últimos días de agosto, Ribbentrop siguió resuelto a eliminar cualquier indicio de negociaciones serias. Aunque se daba cuenta de que la intervención británica era más que posible, estaba dispuesto a correr el riesgo. En cada oportunidad le insistía a Hitler en que lo de Londres era un bluf, con lo que reforzaba el instinto de apostador del Führer.[27] Mientras Ribbentrop presionaba a favor de la guerra, en los niveles más altos de los militares o entre la élite política del régimen no había consenso. Göring buscaba usar canales tanto oficiales como extraoficiales para comprometer a los británicos y evitar llegar a la guerra. En una iniciativa notable, reclutó los servicios de Birger Dahle-

rus, un hombre de negocios sueco bien conectado, para que viajara de Londres a Berlín y buscara bases para algún tipo de entendimiento. Aunque Dahlerus logró captar el interés de Lord Halifax, no pudo disipar el profundo escepticismo británico sobre las intenciones de Hitler. En una reunión de medianoche en la Cancillería del Reich, el 26 de agosto, Dahlerus, que acababa de regresar de Londres, intentó transmitir el deseo de Gran Bretaña de negociar, y también la profunda cautela del país sobre la posibilidad de entablar conversaciones con Hitler.

Casi sin escuchar a Dahlerus, Hitler se lanzó a una diatriba contra los británicos y se fue excitando cada vez más mientras hablaba. Oyó el informe de Dahlerus, pero solo pareció provocarle una furia mayor. Caminaba de un lado a otro de la habitación, y de golpe se detenía y comenzaba otra invectiva. La voz de Hitler era confusa y su comportamiento era el de una persona completamente anormal.[28] Habló con frases sueltas: «Si debe haber guerra, construiré submarinos, construiré submarinos, submarinos, submarinos». Su voz se volvía más confusa y finalmente nadie podía seguirlo. Luego se recompuso, alzó la voz como si se dirigiera a una gran audiencia y chilló: «Construiré aviones, construiré aviones, aviones, aviones y aniquilaré a mis enemigos». Finalmente, se calmó y, después de unos momentos, se acercó a Dahlerus y le dijo: «*Herr* Dahlerus, usted que conoce tan bien a Inglaterra, ¿puede darme alguna explicación acerca de mi fracaso para llegar a un acuerdo con ella?». Cuando Dahlerus, eligiendo sus palabras con cuidado, sugirió que el problema era la falta de confianza del pueblo inglés en la persona de Hitler y en el régimen nazi, «Hitler alzó su brazo derecho, se golpeó en el pecho con la mano izquierda y exclamó: "Idiotas, ¿alguna vez he dicho una mentira en mi vida?"».[29]

A pesar de la febril actividad diplomática, a finales de agosto un sentimiento de resignación envolvió a los gobiernos de Europa. La guerra parecía inevitable. Attolico, el incansable embajador italiano, hizo un último intento desesperado el 31 de agosto e instó a Hitler a que reconsiderara la oferta de Mussolini de mediar, pero Hitler volvió a negarse. Era demasiado tarde. Ya había dictado la Directiva n.º 1 para la conducción de la guerra pasado el mediodía. Un millón y medio de soldados, que habían estado esperando ansiosos durante días, comenzaron a avanzar hacia sus posiciones cerca de la frontera polaca, listos para comenzar la guerra que Hitler estaba decidido a hacer. El ataque a Polonia debía iniciarse a las 4:45 de la madrugada. Durante la noche, el SD de Heydrich debía organizar incidentes a lo largo de la frontera germano-polaca, un operativo cuyo nombre en clave era «Operación Himmler». La más elaborada de estas artimañas fue una incursión «polaca» en las instalaciones de la radio alemana de Gleiwitz, en Silesia. Para ese ataque, Heydrich llevó a varios condenados de los campos de concentración —«productos enlatados», como los denominaba—, los vistió con uniformes polacos provistos por la contrainteligencia alemana y los transportó a la desierta estación de Gleiwitz. Les dieron una inyección letal, les dispararon y sus cuerpos quedaron esparcidos por la estación. Antes de escabullirse, los agentes del SD gritaban eslóganes nacionalistas polacos en un micrófono mientras se oían ruidos de pelea de fondo. La prensa alemana fue invitada a cubrir la incursión «polaca» y la noticia de esta «grave violación del territorio alemán», una de las más de veinte en la última semana, fue transmitida por radio esa misma noche. El incidente de Gleiwitz no convenció a casi nadie más allá de las fronteras del Reich, pero cumplió su propósito: permitió al régimen mostrar —aunque fuera cla-

ramente falso— el gran asalto que siguió como un acto de autodefensa contra una rapaz Polonia.[30]

A las 4:17 de la mañana del 1 de septiembre de 1939, el crucero alemán *Schleswig-Holstein*, amarrado en el puerto de Danzig en una «visita de cortesía», abrió fuego contra la instalación militar polaca de Westerplatte, una pequeña península que protegía la entrada del puerto. El bombardeo fue intenso, y la resistencia polaca, feroz. Casi al mismo tiempo, sesenta divisiones alemanas avanzaron contra Polonia desde el norte, el sur y el oeste, mientras flotas de aviones de la Luftwaffe entraban en el espacio aéreo polaco para bombardear aeródromos, depósitos de municiones, centros de comunicaciones y otros objetivos militares. Durante toda la noche, la radio alemana transmitió informes escuetos desde el frente que resaltaban el rápido avance de las fuerzas alemanas.

A la mañana siguiente, a las 10, Hitler abandonó la Cancillería del Reich para ir a la Ópera Kroll, donde iba a dirigir una sesión especial del Reichstag. Las calles de Berlín, en general llenas de gente, estaban casi desiertas; solo unos pocos civiles se detuvieron para mirar en silencio mientras pasaba el automóvil del Führer. Gritos dispersos de «Heil Hitler» atravesaron el sombrío silencio, pero la mayoría de los berlineses, de pie detrás de un cordón innecesario de soldados de las SA y las SS, simplemente miraban mudos mientras el Führer pasaba. Esa triste reacción era un reflejo del mal humor del país. «Todos contra la guerra», señaló Shirer el 31 de agosto. «La gente habla abiertamente. ¿Cómo puede entrar en una gran guerra un país cuya población está tan en contra de ella?»[31]

Al dirigirse al Reichstag, un nervioso Hitler declaró que «esta noche, por primera vez, soldados regulares polacos dispararon contra nuestro propio territorio. Nosotros hemos estado devolviendo el fuego desde las 5:45», declaró, confundiendo el momento del ataque. «A partir de ahora, cada bomba será respondida con otra bomba.» Apareció esa mañana por primera vez con chaquetilla militar gris, que, proclamó, «siempre ha sido la más santa y querida para mí. No me la quitaré hasta que la victoria sea nuestra o... no viviré para ver el día». Había trabajado durante meses, dijo, para resolver pacíficamente la situación polaca, como lo había hecho con Austria, los Sudetes, y Bohemia-Moravia, pero la intransigencia del gobierno polaco había frustrado ese esfuerzo y llevado a la crisis actual.

Se esforzó por asegurar a Gran Bretaña y a Francia que Alemania no «perseguía ningún interés en Occidente» y «repito esto aquí: no deseamos nada de ellos. Nunca exigiremos nada de ellos. Les aseguré que la frontera que separa a Francia y Alemania es definitiva. Una y otra vez le he ofrecido amistad a Inglaterra y, si es necesario, una estrecha cooperación. Pero el amor no puede seguir siendo unilateral. Debe ser correspondido». Estaba resuelto a afrontar cualquier desafío que pudiera surgir, a sufrir dificultades, a hacer cualquier sacrificio. Él también «exigiría sacrificios del *Volk* alemán, incluso el máximo sacrificio si fuera necesario». Él tenía derecho a hacer esto, proclamó, «porque hoy estoy tan dispuesto como antes a hacer cualquier sacrificio personal. No pido a ningún hombre alemán más de lo que yo estoy dispuesto a hacer durante cuatro años». Luego, retomando un tema que había sido un *leitmotiv* en los discursos nacionalsocialistas desde sus primeros días en las cervecerías de Múnich y que resonaría muy fuerte durante

toda la guerra, declaró: «Nunca habrá otro noviembre de 1918 en la historia alemana».[32]

Mientras la Wehrmacht avanzaba de forma implacable hacia Varsovia usando una combinación de vehículos blindados y fuerzas aéreas para devastar a los polacos, totalmente superados en número, Attolico hizo otro esfuerzo más para convencer al Führer de que Mussolini estaba preparado para convocar una conferencia, una oferta que ya había hecho apenas cuarenta y ocho horas antes. El Duce seguía confiando en que podría traer a los británicos a negociar. Pero Hitler no estaba por la labor. Tal como esperaba, las potencias occidentales vacilaban en lugar de tomar medidas y, si hacían algún movimiento militar, sería simplemente un gesto simbólico antes de retirarse. Mientras tanto, los británicos indicaron con prudencia que estarían preparados para hablar sobre Danzig, el Corredor y otros asuntos, pero insistieron en que no podrían comenzar las conversaciones hasta que las tropas alemanas no detuvieran su acción agresiva y se retirasen del territorio polaco. Aún convencido de que Gran Bretaña no lucharía, Hitler descartó la oferta de Mussolini sin pensarlo dos veces.

Luego, el 2 de septiembre, los británicos informaron a Berlín de que el embajador Henderson iría al Ministerio de Relaciones Exteriores a la mañana siguiente, a las 9, para entregar un comunicado urgente del gobierno de Su Majestad. El gobierno alemán, decía allí, no había respondido al mensaje de Gran Bretaña del 1 de septiembre que pedía un cese de las operaciones militares y el retiro de las fuerzas alemanas de Polonia. En lugar de ello, había intensificado su embestida y, como consecuencia, Londres se había visto obligada a sacar una conclusión poco alentadora. «Si el gobierno de Su Majestad no recibe garantías satisfactorias del cese de todas las acciones agresivas contra Polonia y de la

retirada de las tropas alemanas de ese país para las 11, horario de verano británico, a partir de ese momento Gran Bretaña declarará la guerra a Alemania.»[33]

El intérprete Schmidt corrió a la Cancillería del Reich para comunicar el contenido del mensaje a Hitler. Encontró al Führer en su escritorio y a Ribbentrop de pie, a su derecha, junto a la ventana. «Cuando entré, ambos levantaron la vista expectantes. Me detuve a cierta distancia del escritorio de Hitler y luego traduje lentamente el ultimátum británico. Hubo un completo silencio cuando terminé. Hitler seguía sentado, como petrificado, mirando al vacío [...]. Después de un rato, que me pareció una eternidad, se volvió hacia Ribbentrop, quien, completamente paralizado, había permanecido de pie junto a la ventana. "¿Y ahora qué?", preguntó Hitler» mirando airadamente a su ministro de Relaciones Exteriores. Ribbentrop no tuvo más respuesta que murmurar: «Supongo que los franceses entregarán un ultimátum similar dentro de una hora». Y así fue.[34]

A pesar de las repetidas advertencias de que Gran Bretaña cumpliría su obligación con Polonia si Alemania atacaba, el ultimátum fue un *shock*. Hitler, impulsado por Ribbentrop, por primera vez había cometido un error de cálculo. Le había fallado su tan cacareada intuición. Estaba convencido de que el pacto con Rusia disuadiría a las potencias occidentales de intervenir y de que se retirarían, tal como habían hecho antes con el rearme, Renania, el Anschluss y Checoslovaquia. Chamberlain y Daladier eran «pequeños gusanos» y no tenían ni la valentía ni la fortaleza para frustrar las ambiciones alemanas. «Lo sé», dijo Hitler a sus generales. «Los vi en Múnich.»[35] La guerra contra Polonia, que Hitler estaba decidido a emprender, debería haber sido una guerra localizada, librada en el este, mientras Gran Bretaña y Francia permanecían al margen. Ese conjunto de suposi-

ciones estratégicas estaba en ese momento en duda, y Hitler se vio obligado a enfrentarse a la perspectiva de entrar en guerra tanto en Oriente como en Occidente.[36]

Su estado de ánimo pronto revivió al recibir los informes del frente que traían noticias de avances rápidos y victorias alemanas. Las fuerzas polacas lucharon con tenacidad, pero fueron irremediablemente superadas. Los polacos poseían pocos tanques o vehículos motorizados —los alemanes contaban con una ventaja de quince a uno— y la pequeña fuerza aérea polaca, equipada con aviones obsoletos, era ampliamente superada por la moderna Luftwaffe de Göring. Fue destruida en cuestión de días y dejó vía libre a los bombarderos alemanes para aterrorizar a las ciudades y pueblos polacos, y a todo lo que se moviera sobre rieles y carreteras. A pesar de las garantías de Hitler en sentido contrario, la Luftwaffe hizo pocas distinciones entre objetivos militares y civiles. Fue una derrota.[37]

El 6 de septiembre, Cracovia cayó casi sin oponer resistencia. El Corredor fue tomado el 8 de septiembre, y los restos del ejército polaco, que habían sido empujados hacia Varsovia, fueron rodeados. Durante días, los bombarderos alemanes pulverizaron la ciudad casi indefensa, reduciéndola a un paisaje sombrío de edificios destrozados y calles llenas de escombros. El inquietante aullido de los bombarderos Stuka y el estridente silbido de las bombas que caían del cielo ofrecían un anticipo escalofriante de una clase de guerra completamente nueva. El 17 de septiembre, fecha en que los franceses habían prometido lanzar su contraofensiva (que no lanzaron), el Ejército Rojo entró en el este de Polonia y tomó las posiciones acordadas en el pacto con el Reich. Se estableció una línea de demarcación entre las tropas rusas y alemanas, y el 28 de septiembre se firmó un tratado formal que establecía las nuevas fronteras de lo que había sido Po-

lonia. Polonia había sido dividida tres veces en la última mitad del siglo XVIII por Prusia, Rusia y por la Austria de los Habsburgo. La división nazi-soviética fue la cuarta partición. Los rusos resultaron ser tan despiadados como sus aliados alemanes: mataron a cincuenta mil polacos y enviaron a más de un millón a las cárceles de la Unión Soviética, entre ellos, parte de la intelectualidad polaca, donde fueron ejecutados y arrojado a fosas comunes.[38]

La destrucción del ejército polaco fue rápida y decisiva; la lucha organizada cesó a finales de septiembre. No se firmó ninguna rendición, pero toda lucha organizada terminó el 6 de octubre. En un mes de combate, el ejército polaco había terminado con sesenta y cinco mil bajas y ciento treinta mil heridos, mientras que la Wehrmacht tuvo dieciséis mil muertos y veinte mil heridos.[39] Y eso solo fue el comienzo. Antes de la invasión, Hitler había instruido a sus tropas en el sentido de que esta sería una clase diferente de guerra, una guerra desprovista de todas las nociones previas de combate. Ya no se aplicarían las viejas reglas de combate. «Genghis Kan mató a millones de mujeres y hombres por su propia voluntad y sin pesar en su corazón. La historia lo ve solo como el gran constructor de un Estado [...]. He enviado a mis unidades Cabeza de la Muerte [SS] al este con la orden de matar sin misericordia a hombres, mujeres y niños de raza o idioma polaco. Solo de esa manera ganaremos el *Lebensraum* que necesitamos.»[40]

Las unidades especiales de comando de las SS, los *Einsatzgruppen* , grupos encargados de llevar a cabo los deseos raciales de Hitler, entraron en Polonia junto con las tropas regulares. Desplegadas primero en Austria y Checoslovaquia, habían desempeñado una función policial limitada; en Polonia asumieron un papel mucho más amplio y siniestro. Se crearon siete *Einsatzgruppen* , que en total sumaban unos

dos mil setecientos hombres. Cada unidad estaba adscrita a uno de los siete ejércitos que operaban en Polonia. Su misión oficial era asegurar la retaguardia del ejército, lo que significaba controlar el territorio conquistado y combatir a los insurgentes, pero el asesinato al por mayor era su principal actividad. Eran «soldados ideológicos» del Tercer Reich que sentaban las bases del nuevo orden racial en Europa. Aunque técnicamente subordinados al ejército, estos escuadrones de la muerte educados en la ideología nazi actuaban en gran medida por su cuenta y recibían órdenes de Reinhard Heydrich, jefe de la recién creada Oficina Central de Seguridad del Reich (Reichssicherheitshhauptamt o RSHA). Himmler puso la RSHA a cargo de todas las fuerzas policiales alemanas en Alemania y en los territorios ocupados, y eligió a Heydrich, su antiguo segundo, para dirigirla. Fue el despiadado Heydrich quien presidió la oleada de terror que cayó sobre Polonia en 1939 y quien, dos años más tarde, sería el principal arquitecto de la «solución final para el problema judío» en Europa.[41]

Inicialmente, los nazis planeaban «limpiar» las áreas de Polonia que pasarían a estar unidas al Reich. El régimen creó dos nuevos estados, Danzig-Prusia Occidental y Wartheland, ambos incorporados al Gran Reich Alemán, a la vez que las fronteras de Silesia y Prusia Oriental también se movían hacia el este. Los polacos, los gitanos y los judíos debían ser deportados a una tercera región, el recientemente creado Gobierno General de Polonia. El Gobierno General, establecido en un área que incluía la provincia polaca de Lublin, partes de Cracovia —sede de su nuevo gobierno— y Varsovia, no debía incorporarse al Reich, sino que sería gobernado como una colonia por un gobernador alemán.[42] Los tres territorios estaban manejados por nazis de la línea

dura, y cada uno de ellos estaba decidido a mostrar su celo ideológico.

Hitler nombró a Himmler Comisionado del Reich para el Fortalecimiento de la Tradición del Pueblo Alemán, un nuevo título que lo hacía responsable de la política racial nazi en los territorios ocupados. Himmler delegó esa autoridad en Heydrich y la RSHA, cuyos especialistas ya estaban trabajando para encontrar una «solución a la cuestión judía». En un memorando redactado el 19 de septiembre de 1939, titulado «La cuestión judía en los territorios ocupados», Heydrich expone los fundamentos de la política nazi. En esos territorios anexionados al Reich, todos los no alemanes debían ser expulsados. Se trataba de una limpieza racial para preparar un futuro asentamiento de alemanes. Esto significó una evacuación de miles de eslavos y de todos los judíos, que estaba en consonancia con la política racial nazi de antes de la guerra. Pero la naturaleza misma de la «inmigración» había experimentado un cambio radical. Una cosa era insistir en la inmigración forzada, pero ¿adónde irían los desposeídos? Se había pensado poco en esta dimensión del programa de evacuación y, como de costumbre, había poca uniformidad en la política de las SS que estaban sobre el terreno.

Junto con los *Einsatzgruppen* , Hitler estableció una Milicia de Autodefensa Étnica Alemana que, en todo caso, era más independiente y aún más brutal que los *Einsatzgruppen* . Como proclamó el líder de una de esas milicias a sus tropas, «ahora ustedes son la raza principal aquí [...]. No sean blandos; sean despiadados y eliminen todo lo que no sea alemán y pudiera obstaculizar nuestro trabajo de construcción». Actuando por su cuenta, estas milicias llevaron a cabo fusilamientos masivos de civiles polacos en todo el país. En solo un mes, masacraron a dos mil polacos —hombres,

mujeres y niños— en Klammer. Diez mil polacos y judíos fueron conducidos por unidades de la milicia a Mniszek, donde fueron alineados al borde de pozos de grava y fusilados. Ayudada por soldados alemanes, la milicia hizo marchar a otros ocho mil hacia los bosques ubicados cerca de Karlshof, donde los eliminaron. De los sesenta y cinco mil polacos y judíos asesinados en el último trimestre de 1939, cerca de la mitad cayeron a manos de las milicias.[43]

Para no ser menos, los *Einsatzgruppen* cumplieron con su tarea con un salvajismo sorprendente. En Bydgoszcz mataron a novecientos polacos y judíos; en Katowice, a otros setecientos cincuenta, incluidos mujeres y niños; en el área de Bydgosca, a cinco mil, y en Złoczew, una pequeña ciudad al oeste de Polonia, asesinaron a casi doscientas personas.[44] Estos no fueron casos aislados. A veces, los *Einsatzgruppen* y las tropas del ejército afirmaban estar respondiendo a la «provocación» de saboteadores y guerrilleros polacos, a los que luego infligían castigos implacables. Este patrón de presunta provocación y salvaje represalia caracterizaría las operaciones alemanas en el este, aunque, a medida que se intensificó la furia de la guerra, ya no fue necesaria ninguna provocación para provocar la brutalidad alemana. En total, los secuaces de Heydrich masacraron a unos cincuenta mil polacos, sin contar a los sesenta y un mil profesores, maestros de escuela, policías, administradores, oficiales del ejército, clérigos y otros grupos que se consideraban que formaban la intelectualidad del país.[45]

Polonia fue dejada en un estado de devastación que no se revertiría durante la guerra. El país devastado sería mantenido en una condición primitiva, y su población quedaría reducida al estatus de ciudadanos de segunda clase o, en el caso de los judíos, directamente a la esclavitud. En los meses siguientes, los alemanes desencadenaron un torrente de

restricciones y prohibiciones para la población nativa polaca. Se les prohibió usar las playas públicas y las piscinas y visitar los jardines municipales. Las universidades polacas se cerraron; las organizaciones sociales y culturales se disolvieron; no se podían usar en público uniformes ni condecoraciones militares polacos; a todos los adultos se les exigió que saludaran a los alemanes que vestían uniformes militares y que se quitaran el sombrero ante la presencia de oficiales nazis. Los polacos debían sentarse en la parte trasera de los autobuses, vagones de trenes y otros transportes públicos. Sus raciones de comida se redujeron —«una raza inferior necesita menos comida», declaró Robert Ley, jefe del Frente Alemán del Trabajo—, y miles de hogares polacos, en especial en el campo, fueron expropiados, y sus dueños desalojados con preavisos de treinta minutos o menos para que dejaran su lugar a los colonos alemanes importados del Báltico.[46]

A los judíos les aplicaron todas estas restricciones y otras suplementarias. La gran comunidad judía de Polonia era un blanco fácil. Polonia era el hogar de la comunidad judía más grande de Europa y, desde el comienzo de la campaña polaca, a los judíos se les dio un tratamiento especialmente despiadado. Los judíos se vieron obligados a huir a través de la línea de demarcación, al territorio controlado por los soviéticos, mientras que los rezagados quedaban envueltos en un baño de sangre sin piedad. En muchas áreas, los *Einsatzgruppen* asesinaban a judíos dondequiera que los encontraran. En Będzin, una unidad quemó la sinagoga local y mató a unos quinientos judíos en dos días de terror. En Dynów, cerca del río San, un Einsatzgruppe compuesto por personal de las SS y miembros de la Policía del Orden (Ordnungspolizei) quemó vivos a una docena de judíos en la sinagoga local y luego dispararon contra otros sesenta en un bosque

cercano. Matanzas similares se llevaron a cabo en las aldeas vecinas. Para el 20 de septiembre, la unidad había asesinado a quinientos sesenta judíos en los alrededores.[47]

Si bien los nazis decidieron que algunas categorías de polacos se salvarían —aquellos que pertenecían a sectores económicos o tenían ocupaciones clave— y otros serían «germanizados», con los judíos no mostraron misericordia. Simplemente los eliminaron. Todos los judíos que vivían en los territorios que se incorporarían al Reich fueron expulsados y enviados al Gobierno General. Tuvieron que abandonar sus hogares, sus negocios e incluso sus ropas, de los que se apropiarían luego los alemanes importados al área. Muchos fueron asesinados por las milicias y los *Einsatzgruppen*: fusilados, matados a golpes y quemados vivos en escuelas o sinagogas. Para aquellos que escaparon a ese destino, ni el Gobierno General —ni Berlín— tenía planes de asentamiento o supervivencia. Surgieron guetos en las principales ciudades polacas, donde, en los meses siguientes, los judíos morían en las calles por el hambre o congelados; sus cuerpos fríos y rígidos como lápidas quedaban amontonados en las aceras. El primero —y más grande— de los guetos se estableció entre octubre y noviembre en Varsovia; el gueto de Łódź se fundó en febrero de 1940. Otros guetos y campos de trabajo se abrirían en otras áreas aproximadamente en el mismo período. La mayoría se encontraban en ciudades con buenas instalaciones de transporte o cerca de ellas, y se consideraban áreas temporales de espera o campamentos de tránsito. Oficialmente, la solución final seguía siendo la migración forzada que tendría nuevos desarrollos en la guerra.

Mientras las fuerzas de Heydrich continuaban con sus despiadados objetivos, los comandantes del ejército desconfiaban profundamente de las SS y de sus líderes, y aceptaron de mala gana que los *Einsatzgruppen* se encargaran de com-

batir «a todos los elementos situados en territorio extranjero y detrás de las tropas de combate que fueran hostiles al Reich y a los alemanes». No era nada claro qué quería decir esto exactamente, pero, después de observar a los *Einsatzgruppen* en acción y darse cuenta de cuán poco control real tenían los militares sobre estos escuadrones de la muerte, varios oficiales del ejército protestaron. Brauchitsch, comandante en jefe del ejército, les dijo a los oficiales que era política del Führer y que él había seleccionado a los *Einsatzgruppen* para llevar a cabo ciertas tareas «étnico-políticas» en los territorios ocupados que estaban más allá del control de los comandantes del ejército local. Reinaba la confusión. [48]

Halder, jefe del Estado Mayor, señaló en su diario de guerra el 10 de septiembre que «una unidad de artillería de las SS [...] ha llevado a un grupo de judíos a una iglesia y los ha asesinado». Y agregó secamente: «Un consejo de guerra los había sentenciado a un año de prisión».[49] Otros comandantes militares, consternados por el comportamiento bestial de las SS, trataron de someter a consejo de guerra a los hombres que estaban bajo su mando acusándolos de crímenes de guerra. Un comandante en Polonia informó sin rodeos que la violencia de las unidades de policía daba muestras de «una falta totalmente inconcebible de sentimientos humanos y morales. [...] una situación degradante que empaña el honor de toda la nación alemana». Recomendó disolver y dispersar «a todas las unidades de policía, incluidos todos sus líderes principales y todos los directores de las oficinas administrativas en el Gobierno General, y reemplazarlas por hombres honorables». Este desprecio no se limitaba a los mandos militares. El general Johannes Blaskowitz, comandante supremo en el este, se sintió obligado a informar de que «la actitud de las tropas hacia las SS y la poli-

cía fluctúa entre la repulsión y el odio. Todos los soldados sienten náuseas y se sienten repelidos por los crímenes perpetrados en Polonia por hombres que representan a las autoridades del Estado. Los hombres no entienden cómo cosas así [...] pueden quedar impunes».[50]

Para poner fin a los arrestos y a las cortes marciales, Hitler intervino para asegurarse de que los que estaban en el terreno entendieran que ni los *Einsatzgruppen* ni los soldados debían preocuparse por la legalidad de sus acciones: todo estaba permitido. Himmler dio la orden de que, si se encontraban insurgentes, fuesen «fusilados en el acto». Y allí estaban los insurgentes. Los polacos organizaron una guerrilla y a varios grupos de saboteadores para matar no solo a las tropas de la Wehrmacht, sino también a los civiles alemanes que vivían en Polonia. Las extravagantes historias de la prensa nazi sobre las atrocidades polacas contra la minoría alemana eran tremendamente exageradas, pero no sin fundamento. Después de la toma alemana de Checoslovaquia, el gobierno polaco, preocupado por los grupos clandestinos alemanes y por las milicias de autodefensa, había cerrado una serie de instituciones culturales y religiosas alemanas. Cuando se produjo la invasión, en 1939, enviaron a entre diez y quince mil alemanes étnicos lejos del frente, de los cuales unos dos mil fueron asesinados por civiles polacos mientras avanzaban hacia el este.[51]

Los esfuerzos por controlar a los *Einsatzgruppen* fueron inútiles. Gran parte del ejército simplemente miraba para otro lado o se unía a ellos. El asesinato y la tortura no eran exclusivos de las SS, ideológicamente entrenadas.[52] Para aclarar las cosas, el 4 de octubre Hitler dictó una amnistía para aquellos a quienes el ejército deseaba castigar: en lo que respectaba a Hitler y, por lo tanto, a la ley, no había crímenes de guerra en Polonia. La tortura, el saqueo y la hu-

millación pública de los judíos eran desenfrenados y no solo se toleraban, sino que extraoficialmente eran considerados casi como un entretenimiento para las tropas. Los judíos ortodoxos, con sus características barbas y sus bucles a los costados del rostro, eran las víctimas preferidas. Los azotaban, los obligaban a untarse con heces unos a otros, los hacían saltar, gatear, limpiar excrementos con sus chales de oración o bailar alrededor de hogueras de pergaminos en llamas de la Torá; a algunos les dibujaban en la frente la Estrella de David con un cuchillo. El «juego de la barba» era de lejos el más popular: barbas y bucles laterales eran cortados o arrancados prácticamente de raíz para el deleite de los soldados que reían a su alrededor. Eran hombres despreocupados en medio de una juerga. Hasta tomaban fotografías y las enviaban a sus casas.[53]

A pesar de estas actitudes extremistas y del lenguaje genocida que las rodeaba, en este punto los planes de Hitler estaban todavía en proceso. La solución al problema judío en 1939 oficialmente seguía siendo la emigración, pero, dado que el Reich en ese momento tenía bajo su control a más de dos millones de judíos, esa ya no parecía una opción realista. Fue entonces cuando surgió la idea de hacer una «reserva judía» en algún lugar de la Polonia ocupada. Ese plan parece haber sido aprobado provisoriamente por Göring y por Himmler, pero se suspendió cuando no se pudo llegar a un acuerdo sobre su ubicación. Hans Frank, el gobernador del Gobierno General, se quejó de que su territorio, que era el sitio más probable, ya se estaba convirtiendo en un vertedero de indeseables, y dijo que no podría manejar una gran afluencia de judíos. Además de los millones de judíos polacos, el régimen estaba pensando en transportar judíos de Bohemia-Moravia y Austria hacia el Gobierno General. El recién nombrado *Gauleiter* de Danzig-Prusia Occidental y

Wartheland ya estaba llevando a cabo deportaciones brutales de judíos en una febril competencia por ser los primeros territorios en declararse como «judenrein» («libres de judíos»).[54]

Pero ¿adónde podrían ir? Las autoridades nazis intentaron al principio empujarlos hacia la Polonia oriental ocupada por Rusia o forzarlos a entrar en el Gobierno General. Pero, obviamente, esta no era una solución viable a largo plazo. Dado que el Reich ya controlaba Austria, Bohemia-Moravia y gran parte de Polonia, Heydrich y sus especialistas del SD se enfrentaban a una crisis creada por ellos mismos y que iba en aumento. Hitler encargó a Himmler la dirección de la política racial general en el este pero, en la práctica, gran parte de esa autoridad había sido delegada a Heydrich. El objetivo de las expulsiones forzadas en 1939-1940 fue crear un «nuevo orden etnográfico» en Europa a través de movimientos forzosos de población que permitieran establecer territorios racialmente homogéneos. Para la misión de Heydrich, tal como se lo explicó Hitler, era central organizar «la liquidación de varios círculos de la dirección polaca», que podían llegar «a miles». Hitler creía que la «fuerza impulsora» que estaba detrás de la resistencia polaca era la *Intelligentsia*, y, por lo tanto, esta debía ser eliminada, una visión que Stalin compartía con entusiasmo. En vísperas de la invasión, los jefes del ejército accedieron a los planes de las SS de arrestar hasta a treinta mil polacos, en su gran mayoría civiles, y Heydrich ordenó a sus hombres que se prepararan para liquidarlos. Pero eso fue solo el comienzo. Cuando los nazis asumieron el control de Polonia, descubrieron que cumplir con la visión de Hitler de «un nuevo orden etnográfico» en la Europa ocupada era una empresa extraordinariamente compleja.

Buscando opciones, las SS consideraron otra posible solución: transportar a los judíos de Europa a algún lugar de África. La colonia francesa de Madagascar aparecía como un destino ideal. Durante la década de 1930, Polonia y Francia habían discutido la posibilidad de deportar a los judíos indeseados de Polonia a esa colonia francesa ubicada frente a la costa oriental de África. Dadas sus condiciones primitivas —pocos asentamientos, pocos hospitales e infraestructuras básicas, clima ecuatorial hostil, fiebres y enfermedades—, la vida en Madagascar sería insoportable para los judíos europeos. Era una sentencia de muerte. Aunque esos planes habían quedado en la nada, en 1940 los nazis retomaron la idea. En mayo, Himmler escribió un memorando a Hitler, «Tratamiento de ciudadanos extranjeros en el este», en el cual afirmaba: «Espero ver el concepto "judío" completamente eliminado con la posibilidad de una gran migración de todos los judíos a África o bien a una colonia». Para cumplirlo, los especialistas de las SS redactaron numerosos memorandos sobre cuestiones de derecho internacional y transporte, pero, finalmente, se consideró que los problemas logísticos eran insalvables. Las deportaciones en masa, la formación de guetos e incluso el asesinato ya estaban en la agenda. Los nazis seguían buscando una «solución final para el problema judío», pero cada vez era más claro que, para los alemanes, el este se había convertido en un área de operaciones moralmente distinta. Los códigos de conducta, la ley y la moralidad tradicionales desaparecían detrás de la frontera.

En el otoño de 1939 y durante los meses siguientes, la atención internacional a estos nefastos acontecimientos y a los intentos nazis por establecer un «nuevo orden racial» en Polonia quedaron eclipsados por los acontecimientos militares en Occidente. La velocidad del avance alemán era des-

lumbrante, y la *Blitzkrieg*, la «guerra relámpago», entró en el léxico militar del mundo. La guerra mecanizada —el uso de tanques en combinación con aviones, y en especial los bombarderos Stuka y su perturbador y estridente chillido— anunciaba una nueva era para la guerra. Sin embargo, a pesar de toda la tecnología de vanguardia de la Wehrmacht, el avance alemán en Polonia en 1939 fue llevado adelante por unos trescientos mil caballos, y la mayoría de los soldados alemanes marchaban a pie, tal como había hecho el ejército de Napoleón hacía más de un siglo. La gran dependencia respecto de los caballos caracterizaría a las principales operaciones alemanas durante la Segunda Guerra Mundial.

Para Hitler, la campaña contra Polonia, tal como había predicho, fue un éxito espléndido, y los británicos y los franceses, más allá de una declaración de guerra, no habían intervenido. Sin embargo, la guerra en Polonia no fue gratuita. Los polacos lucharon con valor; sus bajas durante el conflicto alemán fueron de más de setenta mil, y otras cincuenta mil se produjeron resistiendo a los rusos. Pero el asalto a Polonia también tuvo un coste sorprendentemente alto para la victoriosa Wehrmacht, que sufrió cuarenta y una mil bajas, entre muertos y heridos.

En octubre, Stalin sorprendió tanto a Hitler como a las potencias occidentales al enviar a su Ejército Rojo a la vecina Finlandia. Stalin deseaba asegurar su flanco norte: la ciudad de Leningrado era particularmente vulnerable, ya que se encontraba a solo unos kilómetros de la frontera finlandesa. Las tropas soviéticas entraron en el paisaje nevado de bosques densos y pantanos en octubre y, aunque superaron ampliamente a los finlandeses, su progreso fue lento como los glaciares. Los finlandeses, con sus uniformes blancos y sus esquíes, resultaron ser maestros en la guerra de invierno e infligieron importantes bajas a los rusos. Por su he-

roica defensa contra las abrumadoras probabilidades adversas, el general finlandés Cari Gustaf Mannerheim se convirtió en una especie de héroe en Europa Occidental y fue aclamado en Gran Bretaña y Francia. Algunos miembros del Parlamento, especialmente Churchill, abogaron enérgicamente por el envío de tropas y suministros a Mannerheim a través del norte de Escandinavia, pero Chamberlain optó por la prudencia y se negó.

Hitler, que no había sido previamente informado de los planes de Stalin, se encontró en una posición incómoda. Ansiaba ayudar a los finlandeses, pero el pacto nazi-soviético se lo impedía. La deslucida actuación del Ejército Rojo en las nieves de Finlandia confirmó su pobre opinión sobre el poderío militar soviético. ¿Qué se podía esperar de una fuerza militar tan agujereada por los comisarios comunistas? Esa visión era ampliamente compartida por los militares profesionales de toda Europa.

14

Hitler vira hacia Occidente

Mientras estos hechos se desarrollaban en el este, la atención del mundo se enfocaba hacia la guerra en Occidente o, más bien, hacia su peculiar ausencia. Alemania estaba oficialmente en guerra con Inglaterra y Francia, pero no se estaban realizando operaciones militares a lo largo del Frente Occidental. Solo hubo una breve incursión en el Sarre por parte de los franceses y algún intercambio de disparos ocasional a lo largo de la frontera. En efecto, no había novedades en el Frente Occidental. Era una situación extraña, que los ingleses llamaron «Phoney War» («guerra falsa») o «Bore War» («guerra del aburrimiento»), los franceses «drôle de guerre» («guerra de broma» o «guerra rara») y los alemanes «Sitzkrieg» («guerra sentada»). Desbordante de confianza, Hitler ofreció una nueva «iniciativa de paz» y se produjo una breve oleada de actividad diplomática, pero no se avanzó hacia un acuerdo. Los aliados occidentales, para gran consternación de Hitler, insistían de manera obsti-

nada en que el requisito indispensable para las conversaciones era una retirada alemana de Polonia y, por supuesto, él no estaba dispuesto a renunciar a lo que había ganado. Polonia sería la plataforma de lanzamiento para un eventual asalto a la Unión Soviética y, lo que era igual de importante, rápidamente se estaba convirtiendo en un laboratorio para la política racial nazi.

Aunque la dirección militar era prudente, Hitler, envalentonado, estaba impaciente. Los disparos apenas habían cesado en Polonia cuando ordenó al Alto Mando que comenzara a prepararse para una ofensiva inmediata en Europa Occidental. La planificación debía completarse para el 5 de noviembre (faltaba menos de un mes) y el día clave sería el 12 de noviembre. Sus comandantes se sorprendieron. Habían previsto un período prolongado de guerra defensiva en Occidente que les daría tiempo para reagruparse y reparar sus equipos, reponer sus reservas de armas e incorporar nuevas tropas a las unidades de combate. Además de las bajas humanas, la Wehrmacht había perdido en Polonia unos trescientos vehículos blindados, trescientos setenta cañones pesados y otros cinco mil vehículos militares. Los principales comandantes de Hitler estaban convencidos de que una guerra contra las fuerzas combinadas de Gran Bretaña y Francia terminaría en un desastre. Los generales Gerd von Rundstedt, comandante de un grupo del ejército en Polonia; Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército Alemán; Heinz Guderian, respetado defensor de los combates blindados y comandante de cuerpo en Polonia, y el comandante en jefe del Ejército, Walther von Brauchitsch, estaban convencidos de que una guerra contra occidente sería una locura. Los Aliados podían poner más tropas en el campo de batalla que los alemanes y, a diferencia de los polacos, los británicos y los franceses estaban bien armados, bien entrena-

dos y bien dirigidos. El ejército de Francia era el más grande al oeste de la Unión Soviética y era considerado el mejor de Europa. El general Wilhelm Ritter von Leeb, comandante de las tropas alemanas en Occidente durante la campaña polaca, se sentía enormemente aliviado de que los franceses no hubieran lanzado un ataque contra sus fuerzas —podrían haber entrado caminando en el Ruhr, afirmaba— y creía que en ese momento una ofensiva contra los británicos y los franceses sería una catástrofe.[1]

Estos puntos de vista eran reforzados por el general Eduard Wagner, jefe de suministros del Ejército, y el general Georg Thomas, jefe de la sección económica del Alto Mando, quienes informaron que la campaña polaca había agotado seriamente las reservas de combustible y municiones del ejército, y que la base industrial de Alemania no podía producir suficientes químicos y acero para tener suministros adecuados de pólvora y proyectiles de artillería hasta 1941. Wagner también señalaba que la mitad de los tanques utilizados en la campaña polaca aún no habían sido reparados y no podrían funcionar hasta 1940 o tal vez 1941. Como anotó Halder en su diario de guerra el 3 de noviembre, «*ninguno* de los principales comandantes cree que el ataque ordenado por el Alto Mando lleve al éxito. No se puede esperar un éxito decisivo para las fuerzas terrestres».[2]

Cuando los generales presentaron sus objeciones al Führer el 4 de noviembre, descubrieron que «la discusión con él sobre estas cosas [era] absolutamente imposible». Acusaba a los comandantes de cobardía y señalaba que su falta de decisión era la responsable del lento ritmo del rearme. Cuando, en una reunión posterior, Brauchitsch sugirió que habían surgido problemas en la moral de las tropas en Occidente y que había «señales de indisciplina como las que vimos en 1917-1918», Hitler estalló en un ataque de rabia. Él

mismo iría allí, bramó, y se enfrentaría a los alborotadores. «Los haré fusilar.»[3] Lo que Brauchitsch relataba era un invento total. No había problemas de moral entre las tropas. Había inventado esa historia con la esperanza de que Hitler reflexionara y acabara apoyando los argumentos en contra de un ataque inmediato en Occidente.[4]

Los generales, solos o en grupos, se reunieron con Hitler durante los días y semanas siguientes, y salieron de todos estos encuentros profundamente preocupados. Al igual que en 1938, un pequeño número de líderes del ejército comenzó a contemplar la idea de «hacer un cambio fundamental», con lo que se referían a sacar a Hitler del poder. Hasta Brauchitsch y Halder estuvieron involucrados, aunque el centro de la conspiración era la Abwehr del almirante Canaris en la que los coroneles Hans Oster y Helmuth Groscurth, hacía ya tiempo desilusionados con el extremismo nazi, eran muy activos. También estaban en contacto con dirigentes conservadores civiles, en particular con el exalcalde de Leipzig, Cari Goerdeler, con Hjalmar Schacht y con el general retirado Ludwig Beck para formar un nuevo gobierno para suceder a Hitler. Esas conversaciones transcurrieron durante los meses de invierno, ya que una postergación tras otra retrasaba la ofensiva una y otra vez. Hubo once aplazamientos entre noviembre y abril, la mayoría debido al clima, y aunque los generales se sintieron aliviados de que Alemania se hubiera librado de una desgracia segura en Occidente, las repetidas demoras también le quitaron fuerza a la embrionaria conspiración. Como en 1938, nada en concreto salió de esos planes.[5]

A pesar del inquietante resultado de sus reuniones con Hitler, el Estado Mayor del Ejército produjo un plan de operaciones para una ofensiva en Occidente. La primera versión del «Caso Amarillo», como se la llamó, exigía un gran

avance a través de Bélgica y Holanda, seguido por un ataque directo a las fuerzas francesas y británicas en el norte de Francia y, luego, un avance hacia el sur hasta París. La operación tenía un parecido sorprendente con el Plan Schlieffen de 1914 y, aunque el plan se modificaría durante los meses de invierno, su característica central seguía siendo un asalto masivo a través de los Países Bajos. Para diciembre, sin embargo, estaba en marcha un cambio importante en el pensamiento alemán. La premisa básica de Caso Amarillo era que, una vez que las tropas alemanas lanzaran su ofensiva, las fuerzas británicas y francesas se apresurarían a alcanzar posiciones defensivas previamente acordadas en Holanda y Bélgica para contrarrestar el ataque alemán. Allí tendría lugar la batalla decisiva. Los franceses dejaron un número considerable de tropas detrás de la Línea Maginot, la elaborada serie de fortificaciones construidas a lo largo de la frontera franco-alemana, mientras que había menos despliegue, sobre todo de unidades de reserva, para proteger la frontera de Luxemburgo y el bosque de las Ardenas. La Línea Maginot se consideraba inexpugnable, y el denso bosque y las estrechas y serpenteantes carreteras de las Ardenas hacían prácticamente imposible un ataque.

Pocos entre los mandos del ejército estaban satisfechos con esta estrategia y ya a principios de octubre se proponían alternativas. El general Erich von Manstein, el brillante jefe del Estado Mayor de Rundstedt, había comenzado a insistir en hacer una importante revisión del plan que cambiaría fundamentalmente el empuje estratégico de la ofensiva. Manstein sostenía que, tal como estaba planteado, el plan era tan poco imaginativo, tan predecible y prudente que, incluso aunque todo fuera bien, no podría proporcionar una victoria decisiva. Los Aliados tendrían poca dificultad para anticipar sus movimientos, de modo que, aun cuando la

ofensiva alemana ganara terreno, encontraría una resistencia muy dura en Bélgica y en el norte de Francia y terminaría en un punto muerto similar a la guerra de trincheras de la Gran Guerra.[6]

Manstein argumentaba que la mayor parte de la fuerza blindada y de las fuerzas motorizadas de la Wehrmacht deberían concentrarse en el sur, en el Grupo del Ejército A de Rundstedt, y que su misión no sería defensiva sino ofensiva. La avanzada principal de la ofensiva pasaría de un ataque frontal en el norte a un ataque sorpresa a través del bosque de las Ardenas, donde los Aliados menos se lo esperaban. Las principales fuerzas del general Von Rundstedt serían seis divisiones de infantería motorizadas y dos blindadas.

Manstein se inspiraba en los preceptos revolucionarios de la guerra de tanques desarrollados en el libro de Heinz Guderian, *Achtung-Panzer!*, de 1937. Guderian argumentaba que las fuerzas blindadas concentradas podrían operar al margen de la infantería, moverse con rapidez para dispersar a las fuerzas enemigas, interrumpir sus comunicaciones y, en general, crear un ambiente de confusión implacable. La coordinación estrecha entre los ataques blindados masivos y los ataques aéreos era esencial en la visión de Guderian. A medida que las avanzadas blindadas se movían, los bombarderos y los cazas pulverizarían al enemigo desde el cielo. Las unidades mecanizadas avanzarían, seguidas por la marcha de la infantería. Lo importante era la velocidad y la sorpresa, la imprevisibilidad y la intimidación. En el plan de Manstein, Fedor von Bock, que había comandado tropas en Austria y Polonia, atacaría en Holanda y Bélgica para atraer tropas de los Aliados hacia el norte. Las fuerzas británicas y francesas, creía Manstein, irían al norte, hacia Bélgica, para contrarrestar el avance de Bock, suponiendo que esa era la fuerza principal. Entonces, una vez que los Aliados se hu-

bieran internado en Bélgica, las divisiones panzer de Rundstedt llegarían rugiendo desde las Ardenas poco defendidas. En lugar de dirigirse hacia el sur, hacia París, se volverían hacia el nortenoroeste, hacia la costa del Canal de la Mancha, y las divisiones de la Fuerza Expedicionaria Británica y el Primer Ejército Francés quedarían atrapadas entre el Canal de la Mancha, las fuerzas de Bock y los tanques de Rundstedt. Los Aliados en el norte quedarían aislados, sin reabastecimiento y sin refuerzos y, por ende, derrotados.[7]

Hitler se sintió atraído por las ideas de Manstein. En febrero se comprometió formalmente con el «plan Manstein» y lo hizo propio. Los estudios realizados por la División de Evaluación del Enemigo del ejército mostraban que la cultura operativa francesa se caracterizaba por una planificación prudente y detallada, y por una gran preocupación por la seguridad. Los franceses no actuaban con rapidez y eran especialmente cautelosos cuando se enfrentaban con una sorpresa. Los británicos eran buenos soldados y estaban bien conducidos, pero, en opinión de la Wehrmacht, tendían a ser aún más lentos que sus aliados franceses. El de Manstein era un plan lleno de riesgos. Hitler y muchos en el Alto Mando estaban preocupados de que la larga y amplia línea de las avanzadas de Rundstedt fuera vulnerable a un contraataque francés que pudiera aparecer por detrás de la fuerza blindada que avanzaba y crease una trampa que acabase rodeando los tanques. El Ruhr sería entonces un blanco atractivo para los Aliados. Eso causaría un desastre del cual la Wehrmacht no se recuperaría, y Alemania perdería la guerra. Pero, después de vacilar, como era habitual en él, Hitler se entregó al plan. Apostador como siempre, se sentía atraído por las situaciones de alto riesgo. También estaba más convencido que nunca de que su destino era guiado por el Todopoderoso, quien tenía grandes planes para él.

Mientras los generales, nerviosos, hablaban de sacar al Führer pero no actuaban, un desconocido ebanista con inclinaciones comunistas sí lo hizo. Durante las semanas previas a la celebración anual del *Putsch* de la Cervecería del 8 al 9 de noviembre, Georg Elser logró fabricar una bomba y colocarla en un pilar de soporte de madera justo detrás del podio de los oradores en la gran sala de la Bürgerbräukeller. En este evento anual, Hitler siempre se dirigía a una sala llena de líderes del partido, y su discurso duraba, como la mayoría de sus alocuciones, entre dos y tres horas. El discurso estaba programado para comenzar a las 8 de la tarde, y Elser puso el detonador de la bomba para que se encendiera a las 9:30. Pero, en esta ocasión, Hitler, para sorpresa de todos, habló durante apenas una hora y luego partió abruptamente hacia Berlín. Ya estaba a bordo del tren cuando la bomba explotó. Devastó gran parte de la espaciosa sala, mató a siete personas e hirió a docenas de las tres mil que estaban allí.

Elser fue capturado esa misma noche cuando intentaba cruzar la frontera suiza y, después de días de brutal interrogatorio en el cuartel general de la Gestapo de Berlín, fue llevado al campo de concentración de Sachsenhausen, donde vivió como «prisionero especial» hasta abril de 1945, cuando fue transferido a Dachau y ejecutado. La prensa nazi atribuyó el plan al servicio secreto británico, aunque la Gestapo rápidamente averiguó que Elser había actuado solo. Hitler nunca creyó que fuera el único implicado, pero interpretó su «milagrosa salvación» como una «confirmación de que la Providencia desea que logre mis objetivos».[8]

Dos semanas después de la explosión en la Bürgerbräukeller, Hitler convocó a sus principales comandantes militares para explicar el razonamiento que estaba por detrás de la ofensiva en Occidente. Hizo una evaluación del estado mili-

tar de cada uno de los enemigos y aliados de Alemania, así como de las muchas ventajas militares del Reich. Pero la clave última para la victoria, proclamó con descarada franqueza, era él mismo. «Como último factor, debo describir con toda modestia mi propia persona: irremplazable. Ni un militar ni un civil podrían remplazarme. Los intentos de asesinato pueden repetirse. Estoy convencido de los poderes de mi intelecto y de mi decisión [...]. El tiempo está a favor de nuestros adversarios. Ahora hay una relación de fuerzas que nunca puede ser más propicia para nosotros. Sin concesiones. Dureza hacia nosotros mismos. Atacaré y no capitularé. El destino del Reich depende solo de mí.» Había llegado el momento de actuar. Sus generales no debían preocuparse por cuestiones de derecho internacional o prácticas militares convencionales. «Las guerras siempre terminan con la aniquilación del oponente. Cualquiera que crea lo contrario es un irresponsable [...]. Atropellar la neutralidad de Bélgica y de Holanda no tiene importancia. Nadie cuestionará eso cuando hayamos ganado.»[9]

Los preparativos para el Caso Amarillo se pusieron seriamente en marcha en febrero, cuando la inteligencia alemana se convenció de que los británicos estaban preparándose para minar los accesos a los puertos noruegos, cosa que, en efecto, estaban haciendo y que, insistía el almirante Raeder, jefe de la Armada, Alemania no podía permitir que ocurriera. El mineral de hierro era un recurso crucial para la maquinaria de guerra nazi, y Suecia era el principal proveedor del Reich. Durante los meses de invierno, cuando el Báltico se congelaba, el mineral sueco era llevado a Narvik, en el extremo norte de Noruega, y luego transportado por un buque de suministro alemán a lo largo de la costa noruega hasta Alemania. Si los ingleses lograban minar la ruta de navegación costera de Noruega y forzaban a los barcos ale-

manes a ir por mar abierto, donde serían vulnerables al ataque de la Royal Navy, el resultado sería fatal. Raeder también destacaba que los puertos noruegos ofrecerían instalaciones importantes para los submarinos alemanes que patrullaban el Atlántico Norte. Si, por otro lado, los Aliados se aseguraban un punto de apoyo en Noruega, sus bases aéreas y sus instalaciones navales controlarían el flanco norte de Alemania y amenazarían a la madre patria misma. Hitler también era consciente del interés británico en atravesar el norte de Escandinavia para abastecer a las fuerzas finlandesas que luchaban contra los rusos. Eso implicaría una invasión británica a Noruega, cosa que los alemanes no podían permitir. En consecuencia, comenzó de inmediato la planificación alemana para invadir Dinamarca y Noruega.[10]

El 9 de abril de 1940, cuando comenzó la operación británica para minar las aguas, Alemania lanzó operaciones aéreas, marítimas y terrestres contra Dinamarca y Noruega. Dinamarca cayó casi sin oponer resistencia, pero los noruegos mostraron una defensa enérgica y tenaz. Los paracaidistas alemanes se apoderaron del aeropuerto de Oslo el primer día de la invasión, y en los días siguientes las fuerzas alemanas tomaron los principales puertos noruegos: Narvik, Trondheim, Namsos, Andalsnes y Oslo. Los Aliados (no sería la última vez) fueron tomados por sorpresa por la velocidad de las operaciones alemanas y se apresuraron a enviar tropas. A finales de mayo, las fuerzas aliadas llegaron a Narvik y sitiaron a los alemanes, muy superados en número, en el puerto. Aunque la Royal Navy causó grandes pérdidas en la Kriegsmarine («flota de guerra») alemana, también sufrió pérdidas significativas, y el 7 de junio, con la guerra en Europa Occidental ya en marcha, los Aliados retiraron sus tropas y dejaron el control de Dinamarca y Noruega en manos de los alemanes. No fue un buen augurio para los Aliados y,

como consecuencia, cayó el gobierno de Chamberlain. Daladier caería poco después.

El 10 de mayo, el hacha cayó sobre Europa Occidental. El día que renunciaron el recién electo primer ministro francés, Paul Reynaud, y el comandante militar supremo de Francia, Maurice Gamelin, la Wehrmacht avanzó contra Holanda y Bélgica. La *drôle de guerre* había terminado. Cuando las tropas de Bock llegaron a Holanda, las tropas británicas y francesas, según lo previsto, se precipitaron hacia el norte para enfrentarse a ellas. Deberían haber sospechado cuando encontraron poca resistencia de la Luftwaffe, que les permitió moverse rápidamente hacia sus posiciones defensivas predeterminadas. Usando tropas aerotransportadas —paracaidistas y planeadores—, Bock obtuvo una importante victoria sobre los holandeses y los belgas mientras los Aliados movilizaban sus fuerzas hacia el norte para encontrarse con los alemanes que avanzaban.

Pero cuando las fuerzas aliadas se trasladaron a Bélgica, los alemanes activaron la trampa: los tanques del Grupo A del Ejército de Rundstedt salieron rugiendo de las Ardenas y tomaron por sorpresa a los pocos hombres franceses que allí había. Sedan, lugar de la catastrófica derrota del emperador Napoleón III en 1870, cayó el 12 de mayo; para el 15 de mayo, los tanques blindados estaban cruzando los puentes del Mosa. Conducidos por los generales Guderian y Erwin Rommel, los tanques no se dirigieron hacia el norte para enfrentarse a los Aliados, sino que fueron rápidamente hacia el oeste, hacia la costa del Canal de la Mancha. Para el 20 de mayo, las tropas alemanas llegaron a la costa cerca de la desembocadura del Somme y se dirigieron hacia el norte,

hacia los puertos de Calais, Boulogne y Dunkerque, en el Canal de la Mancha.[11]

La Fuerza Expedicionaria Británica y el Primer Ejército Francés quedaron atrapados y aislados del resto de sus fuerzas en Francia; comenzaron una lucha defensiva retirándose hacia la costa, donde esperaban ser evacuados. Los alemanes los empujaron a la ciudad portuaria de Dunkerque y a sus playas. Los panzer estaban a solo 2,5 kilómetros del puerto, listos para el asalto final que aniquilaría a la Fuerza Expedicionaria Británica. La situación tenía todas las características de una gran catástrofe. Pero, cuando los tanques se acercaron para dar el golpe de gracia, Hitler de repente les ordenó detenerse. Convencido por Rundstedt, argumentó que los tanques no eran aptos para terreno pantanoso y que, además, necesitaba tenerlos listos para el último gran avance hacia París. Halder, Guderian y Manstein estaban furiosos. Tenían la completa aniquilación del ejército británico al alcance de la mano y el Führer les había arrebatado esa oportunidad en el último momento.

Hitler asignó la toma de Dunkerque a la Luftwaffe y a las unidades de infantería de Bock, que empujaban desde el norte. Lo que siguió fue lo que los británicos denominaron «el milagro de Dunkerque». Entre el 26 de mayo y el 4 de junio, una heterogénea armada de buques de guerra, barcos pesqueros, remolcadores y yates privados sacó de manera milagrosa a trescientos treinta y ocho mil soldados británicos y cien mil franceses de la costa a pesar de los incesantes ataques desde el aire. Las tropas fueron salvadas, pero detrás de ellas quedaron los restos de la Fuerza Expedicionaria Británica. Todo su equipo pesado —cientos de vehículos, tanques y piezas de artillería— yacía esparcido en las arenas de Dunkerque, y los alemanes se llevaron a cuarenta mil prisioneros. Hitler más tarde dio a entender que había evita-

do diezmar las tropas británicas como un acto de buena voluntad, pensando que tal tolerancia haría que los británicos se mostraran más dispuestos a negociar. Los británicos, ciertamente, no lo entendieron de esa manera y cualquier interpretación de las acciones de Hitler basadas en su supuesta «buena voluntad» se apoya más en la fantasía que en la evidencia empírica.

Después de la caída de Dunkerque, las fuerzas alemanas se desplazaron hacia el sur, rompieron rápidamente la línea defensiva establecida por el nuevo comandante general francés, Máxime Weygand, y se dirigieron a la capital. París fue declarada ciudad abierta: las unidades francesas se retiraron y el 14 de junio las tropas alemanas marcharon triunfales por los Campos Elíseos. Las campanas de las iglesias repicaron en todo el Reich, los barcos tocaron sus sirenas en el Rin y brotaron celebraciones espontáneas en las ciudades. Mientras tanto, el gobierno reconstituido de Reynaud huyó, primero a Tours y luego a Burdeos, y consideró la opción de continuar la lucha en las colonias francesas del norte de África. Pero con las tropas alemanas avanzando hacia el sur, frenadas más por los miles de civiles aterrados que abarrotaban las carreteras que por el ejército francés, Reynaud fue apartado, y el anciano Philippe Pétain, héroe de la Gran Guerra, asumió la dirección del gobierno el 17 de junio.

Reynaud había sacado al mariscal de su retiro con la esperanza de que el «salvador de Verdun» fortaleciera la voluntad del ejército de resistir, pero eso no sucedió. En cambio, Pétain, respaldado por los generales franceses de más alto rango, estaba convencido de que la situación militar era desesperada y de que trasladar el gobierno francés al norte de África era deshonroso. En cuanto a sus aliados británicos, estaban condenados, dispuestos a luchar hasta la última gota de sangre francesa pero no más allá. La alianza con

Gran Bretaña era «un matrimonio con un cadáver». Dadas las circunstancias, llegó a la que él consideraba la única conclusión obvia y racional: pidió un armisticio inmediato y la integración en el Nuevo Orden de Hitler. Los alemanes aceptaron de buena gana.[12]

En un giro particularmente cruel para la humillación de Francia, Hitler hizo que el viejo vagón de ferrocarril en el que los alemanes habían firmado el Armisticio en 1918 fuera sacado del museo de París en el que estaba y llevado a un claro en el bosque de Compiègne: al lugar exacto donde había estado en noviembre de 1918. Hitler no cabía en sí de alegría. En seis semanas, el humilde cabo de la Gran Guerra había logrado la sorprendente victoria que había sido esquiva a los poderosos Hindenburg, Ludendorff y al ejército del káiser durante cuatro años bañados en sangre. William Shirer se las arregló para estar en la escena y observó mientras Hitler esperaba para entrar al vagón. Había visto la cara de Hitler «muchas veces en los mejores momentos de su vida. ¡Pero hoy! Está cegado por el desprecio, la ira, el odio, la venganza, el triunfo». Hitler de inmediato puso las manos en sus caderas, arqueó los hombros y se plantó con los pies bien separados. Era «un magnífico gesto de desafío, de ardiente desprecio por ese lugar, en ese momento y por todo lo que había representado en los veintidós años pasados».[13]

Los términos del armisticio fueron sorprendentemente generosos. Alemania controlaría París, el norte industrial y las zonas costeras del Atlántico francés, cerca de dos tercios del territorio. A diferencia de Polonia, Francia no desaparecería del mapa. El nuevo gobierno conservador del mariscal Pétain se instalaría en una región medianamente autónoma del centro de Francia y gobernaría desde la pequeña ciudad turística de Vichy. Hitler estaba ansioso por librarse de este

conflicto que había tratado de evitar o, al menos, diferir. Sus ambiciones no estaban en Europa occidental, sino en el este, y no deseaba desplegar un gran número de tropas para ocupar Francia. La solución era una Francia cooperativa —Pétain sugirió el término «colaboracionista»—, y el nuevo régimen en Vichy parecía dispuesto a encajar en el Nuevo Orden de Hitler en Europa.

Antes de dejar Francia, Hitler quería cumplir un sueño que tenía desde sus primeros años en Viena. Quería conocer París. Cuando era joven, estudió la arquitectura de la ciudad en libros e incluso conocía en detalle el interior de la Ópera de París. El 28 de junio, convocó a Speer y a otros dos arquitectos para que lo acompañaran, a él y a su séquito, en un *tour* por la ciudad. Temprano, una mañana gris de junio, Hitler paseó por las calles desiertas en un coche abierto para ver los lugares de interés de la ciudad: el Panteón, la Torre Eiffel, el Sacré-Coeur, les Invalides, donde visitó la tumba de Napoleón, y, por supuesto, la Ópera. A las 9 en punto, el recorrido había terminado. Nunca volvería a ver París.[14]

La asombrosamente rápida conquista de Francia por parte de Alemania causó conmoción en todo el mundo, pero en ningún lugar más que en Londres y en el Washington aislacionista, donde en septiembre se presentó el primer borrador estadounidense en tiempos de paz como respuesta. En todos los círculos militares y políticos se había supuesto que los franceses frenarían la ofensiva alemana y que el resultado sería una larga y espantosa guerra de desgaste. Pero, de repente, Francia estaba derrotada, Inglaterra había sido empujada de regreso a sus propias costas y Alemania era el amo del continente europeo. El colapso ignominioso de Francia, explicaba la prensa nazi, se debió al hecho de que «los franceses habían puesto el mando en manos de judíos» que resultaron ser los «sepultureros de Francia».[15]

A pesar de la propaganda nazi, la clave de la victoria de Alemania era otra. No fue la superioridad tecnológica o numérica, como a menudo se afirma, ni tampoco la tan mentada mala calidad de las tropas francesas. Los soldados franceses, el *poilu*[16] común, lucharon valientemente y en situaciones muy comprometidas. Todos estos elementos desempeñaron un papel parcial, pero, sin duda, el factor central que explica el colapso inesperado de Francia fue la conducción militar. El Alto Mando Francés estaba formado por hombres de la última guerra que no pudieron entender ni la velocidad de las operaciones alemanas ni la estrategia de la Wehrmacht. El asalto relámpago y la pura audacia de Alemania fueron completamente inesperados, y los Aliados, bien equipados y bien entrenados, actuaron con una concepción de la velocidad y la maniobra que seguía respondiendo a la lógica de la Gran Guerra.[17]

El general Maurice Gamelin, el comandante de 72 años de las fuerzas conjuntas británicas y francesas, confiaba demasiado en la victoria y tardó en reaccionar ante el ataque alemán. La Fuerza Expedicionaria Británica era apenas más robusta. Mientras que el Alto Mando Francés se preocupaba demasiado por la seguridad de las comunicaciones, lo que retrasaba sus respuestas ante la ofensiva alemana, las fuerzas alemanas avanzaban veloces, enviaban transmisiones sin ninguna inhibición y no esperaba autorización alguna. La velocidad y la sorpresa, apostaban, tenían más ventajas que la seguridad. A diferencia de sus pares franceses e ingleses, los tanques alemanes estaban equipados con radios, lo que permitía a los panzer comunicarse directamente entre sí y con las unidades de la Luftwaffe, que les proporcionaban el fundamental apoyo aéreo. El resultado fue un grado de velocidad y maniobrabilidad que hizo que los Aliados siempre estuvieran desprevenidos y en desventaja.

El deslumbrante triunfo sobre Francia llevó a Hitler al pináculo de su popularidad en Alemania y dejó a sus enemigos sin aliento. Un jubiloso desfile de la victoria por el centro de Berlín rindió honores a la Wehrmacht y a sus estupendos logros, y Hitler, en una sesión especial del Reichstag, otorgó nueve bastones de mariscal de campo a sus generales y nombró a Göring mariscal del Reich. La victoria sobre Francia, se jactó al dirigirse al Reichstag, fue «la empresa más arriesgada en la historia de la guerra alemana» y resultó «la victoria más grande y gloriosa de todos los tiempos».[18] Una sensación de euforia recorrió al país. Francia había caído, e Inglaterra había sido expulsada del continente. Hubo muchas bajas —veintisiete mil muertos—, pero los británicos y los franceses sufrieron pérdidas superiores. Sin embargo, a pesar de los desfiles, los discursos, las escenas de triunfo alemán en los noticieros cinematográficos, persistía la molesta sensación de que la guerra no había terminado. Los británicos habían sido completamente derrotados, pero no parecían entender lo desesperada que era su posición.

Hitler creía que Churchill era el problema. Su nombramiento como primer ministro, en mayo de 1940, había sido un fuerte golpe. Durante años, fue un ferviente opositor del apaciguamiento y del nacionalsocialismo, un «belicista» impulsivo para varios en los círculos oficiales británicos. Churchill disfrutaba de su papel como líder en tiempos de guerra. A pesar de la cadena de derrotas aplastantes en Noruega, los Países Bajos y Francia, estaba decidido a continuar la lucha. Cualquiera que llevara el timón en Londres tenía que ser razonable, creía Hitler, reconocer que la capacidad de Gran Bretaña para revertir la situación en el continente era nula y que la mejor solución era llegar a un acuerdo. Gran Bretaña debía aceptar la nueva realidad de la

política internacional y acomodarse a ella. Hitler estaba dispuesto a preservar la integridad del Imperio Británico; Alemania no tenía ninguna demanda que hacerle a Gran Bretaña (tal vez la devolución de algunas colonias alemanas en África, pero no mucho más). Londres simplemente tenía que aceptar la hegemonía alemana en el continente y confiar en la palabra del Führer de que Alemania no tenía otras ambiciones. Pero, como los pueblos de Europa habían aprendido durante los dos años previos, las promesas de Hitler no servían de mucho. «Hitler siempre quería decir lo que decía», dijo una vez el historiador británico John Wheeler-Bennett, «salvo cuando daba su palabra».[19] Los ingleses, cuya conducta Hitler nunca podría entender, no estaban preparados para aceptar esas condiciones.

Fue durante esas semanas críticas del verano de 1940, semanas en las que Gran Bretaña estuvo sola, cuando Churchill pronunció sus discursos más inspiradores y pidió a los británicos que perseverasen. Fueron discursos de desesperación y desafío envueltos en la elevada retórica clásica de Churchill que, desafiante, animaba a la nación a luchar de manera implacable hasta el final y a no rendirse jamás ante la tiranía nazi. Ese sería «su mejor momento» (*their finest hour*). Ese discurso, en opinión de Goebbels, rebosaba «una insolencia que difícilmente puede exagerarse». Fue «el discurso de un delirante alucinado. Quiere seguir luchando solo».[20]

De todas maneras, el 19 de julio Hitler convocó al Reichstag para dar un discurso muy anunciado que contendría un ofrecimiento «magnánimo» a los británicos. En realidad no había asuntos que dividieran a las dos naciones, declaró. Renovó su ofrecimiento de proporcionar una garantía militar al Imperio Británico. Pero, si la guerra continuaba, advirtió, «el señor Churchill debe [...] creerme cuando, como profeta,

ahora proclamo que un gran imperio mundial será destruido; un imperio mundial al que nunca tuve la ambición de destruir o causar daño». Estaba intentando evitar una calamidad innecesaria y se sentía obligado por su conciencia a hacer otra «apelación a la razón en Inglaterra [...]. No le estoy pidiendo algo como vencido, sino, más bien, como vencedor». Él estaba «hablando en nombre de la razón. No veo ninguna razón convincente que pueda forzar la continuación de esta guerra». Solo «los judíos y los masones, industriales de armamentos y especuladores de guerra, comerciantes internacionales y usureros» deseaban esta guerra.[21]

Aquí la propaganda nazi encontró su *leitmotiv* para la guerra con Gran Bretaña. La amenaza del judeobolchevismo se desvaneció por un tiempo, mientras que la defensa de Alemania contra la plutocracia judía pasó al centro del escenario. Alemania no estaba en guerra con el pueblo británico, sino con los plutócratas respaldados por los judíos que habían llegado a dominar la política y la sociedad británicas. «Nuestro enemigo mundial judeodemocrático logró incitar al pueblo inglés a un estado de guerra contra Alemania», había declarado Hitler los primeros días del conflicto.[22] «Los filisteos ingleses y judíos», insistía la prensa nazi, «tenían un interés político y económico común en trabajar contra el proceso de liberación que Alemania lideraba contra la dominación capitalista judeoinglesa». Los periodistas alemanes dirigían sus ataques no contra el pueblo británico, sino «contra los eternos belicistas que actúan en nombre de los judíos, del capitalismo internacional y de las democracias y plutocracias».[23] Tristemente, los estratos superiores británicos se habían «judaizado», pero al menos en ese momento el pueblo alemán sabía quién era su verdadero enemigo: «los judíos del mundo, hambrientos de poder y

llenos de odio». Inglaterra, proclamó Goebbels, «estaba en manos de los judíos».

El bombardeo propagandístico de Goebbels contra Inglaterra resultó ser enormemente exitoso, en especial entre los jóvenes. «La opinión pública alemana está al rojo vivo», observó Goebbels con satisfacción en su diario. El pueblo alemán estaba «en llamas» con su odio hacia Gran Bretaña, y la guerra contra Inglaterra «será un alivio», concluía Goebbels. «Eso es lo que quiere el pueblo alemán.»[24] Los informes de la Gestapo sobre la opinión pública lo confirmaban y registraban una creciente impaciencia por que se diera un golpe decisivo contra el belicista Churchill y el pueblo británico. «Es abrumadora la esperanza de que el Führer ataque a Inglaterra de inmediato», afirmaba un informe en junio, y de que «los británicos realmente reciban lo que se merecen». Otro señalaba que «la gente apenas si puede esperar que comience el ataque»: «todos quieren estar presentes en la inminente derrota de Gran Bretaña». La animada canción popular de guerra *Vamos contra Inglaterra*, lanzada en julio, reflejaba esa sensación de confianza y resentimiento. Se reproducía en la radio de manera continua y, para variar, la opinión pública alemana parecía ir a la carga antes que Hitler y los mandos nazis.[25] Hitler se sintió frustrado y enojado cuando, a la noche siguiente, la BBC transmitió una negativa rotunda a su ofrecimiento de paz y, un día después, el ministro de Relaciones Exteriores, Lord Halifax, la rechazó de forma oficial. «El Führer», escribió Halder en su diario, «está muy preocupado por la pregunta de por qué Inglaterra todavía no está dispuesta a "elegir el camino a la paz"».[26] Hitler había hecho su último ofrecimiento a Gran Bretaña. La guerra continuaría. Al no poder llegar a un acuerdo con Londres, Hitler ordenó que comenzaran los preparativos para invadir Gran Bretaña. Habría deseado evitar dar

ese paso y engañar a los británicos para que firmaran un acuerdo. La invasión debía ser el último recurso. Pero la incomprensible agresividad de Churchill le dejaba pocas opciones. El 16 de julio, Hitler firmó la Directiva n.º 16, «Acerca de la preparación de una operación de desembarco contra Inglaterra», que autorizaba a la Wehrmacht a comenzar a planificar la invasión de Gran Bretaña.[27]

Cuando el 16 de julio el OKW se enfrentó por primera vez ante la cruda realidad de un desembarco anfibio en el sur de Inglaterra, los desafíos obligaron a repensar las cosas. A diferencia de las operaciones contra Polonia y Francia, que habían sido el resultado de meses de planificación del Estado Mayor, la «Operación León Marino», como se la llamó, fue desde el principio una improvisación. Ni siquiera se había redactado un plan rudimentario para invadir Gran Bretaña cuando Francia cayó, en junio de 1940. Sin embargo, la fecha fijada por Hitler era el 15 de agosto. En un mes debía estar lista una empresa cuyo resultado podría decidir la guerra y cuyo éxito requeriría la extraordinaria coordinación entre el ejército, la armada y la fuerza aérea.

El plan original de la Operación León Marino requería que quinientos mil soldados desembarcaran a lo largo de un frente costero de trescientos kilómetros en el sur-sureste de Inglaterra. Halder creía que una invasión en un área más concentrada sería suicida. El almirante Raeder se sintió mortificado cuando vio el plan. Carecía de los barcos necesarios para transportar tropas a través del Canal de la Mancha y comenzó a requisar barcazas fluviales, barcos pequeros y remolcadores. Después de haber sufrido grandes pérdidas en las aguas de Noruega, tampoco contaba con buques de guerra para bloquear a la Royal Navy. Estas consideraciones convencieron a Hitler de posponer el lanzamiento de la operación hasta el 15 de septiembre, momento en el

que Raeder esperaba reunir suficientes naves como para transportar al ejército del otro lado.

La clave del éxito de todo aquel esfuerzo era la capacidad de la Luftwaffe para establecer la superioridad aérea sobre el Canal de la Mancha y las zonas de desembarco, pero el ejército y la marina tenían poca confianza en que pudiera llevar a cabo esa misión. La fuerza aérea de Göring tendría que sacar a la Royal Navy de la escena, destruir a la Real Fuerza Aérea (Royal Air Forcé o RAF), romper la resistencia inicial de las fuerzas terrestres británicas y aniquilar las reservas detrás de las líneas. Con su fanfarronería habitual, Göring aseguró a Hitler que la Luftwaffe sometería a la RAF en cinco semanas.[28]

La mañana del 10 de julio, mil quinientos bombarderos alemanes aparecieron sobre la costa de Inglaterra y atacaron varias ciudades portuarias: Plymouth, Dover, Portsmouth y otras. Durante casi tres semanas, los bombarderos alemanes atacaron las defensas costeras y hundieron más de cuarenta mil toneladas de barcos británicos, pero nunca afectaron realmente a la fuerza de la Royal Navy en el Canal de la Mancha. En los bombardeos durante el día, sin la escolta de los cazas, la Luftwaffe había perdido cien bombarderos para el 1 de agosto. Los ataques del 13 de agosto indicaron un cambio de objetivos. Los aviones alemanes comenzaron un asalto a las defensas aéreas británicas para neutralizar el poder aéreo británico «en el menor tiempo posible». Los ataques se concentraron en los aeródromos militares de las zonas costeras, en las unidades de vuelo y de suministro, y en la industria aeronáutica. Sorprendentemente, solo se realizó un ataque a las instalaciones de radar distribuidas en la costa este y sudeste de Gran Bretaña. La

Luftwaffe conocía su propósito, pero subestimó su importancia.[29]

Durante estos ataques, los alemanes infligieron terribles bajas en la RAF y derribaron más de cien aviones británicos, pero también sufrieron grandes pérdidas. Cuando los pilotos británicos podían saltar en paracaídas, la mayoría aterrizaba en suelo británico y podía volver rápidamente a volar, mientras que las tripulaciones aéreas alemanas derribadas sobre Inglaterra ya no servían para la guerra. El 24 de agosto, con pérdidas que aumentaban de manera alarmante, la Luftwaffe cambió sus prioridades una vez más y volvió a las misiones contra los aeródromos de la RAF. Durante la última semana de agosto, la RAF perdió tantos aviones y pilotos que los reemplazos no lograban ponerse al día. Entre el 24 de agosto y el 6 de septiembre, el Comando de Caza perdió casi trescientos aviones, muchos más que las pérdidas alemanas. El Comando de Caza de la RAF, y, por lo tanto, las defensas aéreas británicas, se tambaleaba al borde del desastre y la alarma azotó al gobierno.

Durante la noche del 24 de agosto, unos aviones alemanes que intentaban bombardear una base de la RAF en las afueras de Londres se desviaron y lanzaron bombas en el centro de la ciudad. Antes de que comenzaran las hostilidades, todos los combatientes habían prometido de forma solemne que no atacarían objetivos civiles, pero la Luftwaffe ya había bombardeado Varsovia y el centro de Rotterdam. Varsovia podría ser considerada como un objetivo militar, ya que el ejército polaco aún resistía en la ciudad, y el bombardeo de Rotterdam en mayo, sostenía Berlín, se debió a un error del piloto. La RAF también había lanzado varios ataques ocasionales en varias ciudades del oeste de Alemania. El 11 de mayo, Mönchengladbach, en Renania, se convirtió en la primera ciudad alemana en sufrir un ataque aé-

reo, pero la RAF pronto atacó Hamburgo, Kiel, Coblenza, Düsseldorf y otros objetivos en los días siguientes. Estos ataques produjeron pocos daños graves y pocas bajas, y difícilmente se podía hablar de una campaña sistemática de bombardeo, pero el golpe producido en el pueblo alemán fue tremendo. A los alemanes se les había hecho creer que la patria era invulnerable ante los ataques aéreos y casi no podían creer que los vencidos británicos tuvieran la temeridad de lanzar ataques contra el Reich.

En represalia por el bombardeo de Londres, Churchill ordenó atacar Berlín la noche siguiente. Göring había bromeado diciendo que, si un solo bombardero británico lograba llegar a Berlín, se cambiaría el apellido y se pondría el apellido judío Meyer, y la población de la ciudad tenía una gran confianza en la jactancia del mariscal. Un bombardero británico tendría que volar muy bajo dentro del espacio aéreo alemán, esquivar en el camino las concentraciones de artillería antiaérea, eludir de alguna forma las bandadas de cazas de la Luftwaffe y luego penetrar los anillos exterior e interior de las baterías antiaéreas que estaban alrededor de Berlín para lograrlo. Una tarea imposible. Pero en la noche del 25 de agosto, una pequeña fuerza de bombarderos de la RAF hizo precisamente eso. Mientras sonaban las sirenas antiaéreas y los potentes reflectores recorrían el cielo, el escuadrón arrojó bombas sobre la densamente poblada sección de Kreuzberg de la ciudad. La estación de tren de Görlitz resultó muy dañada, los cráteres de bombas marcaron la calle principal del vecindario y las vías del tranvía quedaron retorcidas en una maraña de extrañas formas. Doce civiles murieron en el ataque y más de novecientos residentes quedaron sin hogar. A la semana siguiente, la RAF regresó durante tres noches consecutivas. Arrancados de sus camas en medio de la noche por las estridentes sirenas, los civiles se

movían a tientas en la oscuridad insondable para llegar a los sótanos o a los refugios antiaéreos oficiales. Allí permanecieron acurrucados durante tres o cuatro horas esperando nerviosamente que sonara el aviso de que el ataque había terminado. La guerra había llegado al hogar del Reich.

El 4 de septiembre, frente a una multitud que llenaba el Sportpalast, Hitler se enfureció contra el bombardeo terrorista británico. Si la RAF «arroja 2000, 3000 o 4000 kilogramos de bombas», chilló, «entonces nosotros arrojaremos 150 000, 180 000, 230 000, 306 000, 400 000; sí, 1 millón de kilogramos en una sola noche. Y si declaran que aumentarán enormemente sus ataques contra nuestras ciudades, arrasaremos sus ciudades [...]. Llegará la hora en que uno de los dos se quiebre, y no será la Alemania nacionalsocialista». Fue un cambio dramático que contrariaba su Directiva de Guerra n.º 17 del 1 de agosto, que prohibía explícitamente a la Luftwaffe lanzar ataques contra la población civil a menos que él diera permiso expreso para hacerlo. En uno de sus famosos monólogos durante una cena en la Cancillería del Reich, Hitler, que unas semanas antes había advertido a la Luftwaffe que evitara atacar a civiles, exclamó: «Göring quiere usar innumerables bombas incendiarias de un tipo completamente nuevo para crear focos de fuego en todas partes en Londres. Incendios en todas partes. Miles de ellos. Entonces se unirán en una gigantesca conflagración. La idea de Göring es correcta. Las bombas explosivas no funcionan, pero se puede hacer con bombas incendiarias: la destrucción total de Londres. ¿Para qué servirá su departamento de bomberos una vez que esto realmente comience?». A los seis meses, el bombardeo a objetivos civiles se convirtió en la norma tanto para Gran Bretaña como para Alemania.

A principios de septiembre, la Luftwaffe cambió sus blancos prioritarios y pasó de los aeródromos de la RAF a un

ataque total contra Londres. Fue un cambio drástico en los objetivos, y el momento fue crítico. No era solo una venganza por los ataques a Berlín, afirmaba Hitler, sino que atraería a más pilotos británicos a los cielos, una jugada que, según Göring, aceleraría la inevitable caída de la RAF. Pero, con la RAF maltrecha y al borde del colapso, ese cambio de estrategia tendría una importancia decisiva. Londres estaba fuertemente defendida por dos mil cañones antiaéreos, y durante diez días de mediados de septiembre, largos, brillantes y azules días, los cielos sobre el sureste de Inglaterra se llenaron con formaciones de bombarderos alemanes negros zumbando hacia Londres. Desviando cazas de todo el país para interceptarlos, la RAF atacó sin descanso. Las pérdidas fueron astronómicas para ambas partes, pero, hacia mediados de septiembre, el resultado quedó claro: los alemanes no habían logrado sus objetivos estratégicos. La RAF había sufrido pérdidas graves, pero no se había derrumbado; la moral británica no se había resquebrajado, y la Luftwaffe no había podido demostrar la superioridad aérea necesaria para lanzar una invasión del otro lado del Canal de la Mancha. El 17 de septiembre, Hitler, con cierto alivio, ordenó el aplazamiento por tiempo indeterminado de la Operación León Marino.

La Batalla de Inglaterra había terminado, pero el ataque aéreo alemán continuaba. Los ataques comenzaron a hacerse de noche y pasaron a convertirse en el ataque aéreo desenfrenado que tantos habían temido. Los incendios envolvían Londres y convertían grandes áreas de la ciudad en un infierno ardiente. «El *Blitz*», como los británicos llamaron a la campaña alemana de bombardeos, se extendió desde septiembre de 1940 hasta la primavera de 1941. Durante unas treinta y siete semanas de implacable horror, la Luftwaffe bombardeó Liverpool, Hull, Bristol, Birmingham, Manches-

ter, Sheffield y otras ciudades. En una incursión particularmente devastadora, la noche del 14 al 15 de noviembre cuatrocientos cuarenta y nueve bombarderos de la Luftwaffe arrojaron mil cuatrocientas bombas de alto poder explosivo y cien mil incendiarias en la ciudad industrial de Coventry, creando una violenta tormenta de fuego que consumió cincuenta mil edificios y mató a quinientas sesenta y ocho personas. En Londres, 28 556 personas, en su mayoría civiles, perdieron la vida durante los bombardeos, lo que marcó una nueva etapa ominosa en el camino hacia la guerra total. Esto fue un bombardeo que carecía incluso de la justificación más endeble de que se trataba de objetivos militares y cuya aparición cambió de manera radical el carácter de la guerra. Lo que había comenzado como un enfrentamiento entre las fuerzas armadas de los países, había pasado a convertirse en una guerra salvaje del pueblo en la que la distinción entre objetivos civiles y militares había desaparecido.

15

La cruzada contra el bolchevismo judío

En pleno verano de 1940, mientras las bombas todavía caían sobre Inglaterra y la Operación León Marino aún no había sido oficialmente abandonada, Hitler ordenó la planificación militar preliminar para invadir la Unión Soviética. Después de suspender de forma discreta la Operación León Marino en septiembre, Hitler se sintió aliviado de verse libre de una operación por la que nunca había sentido ningún entusiasmo. Era una distracción que lo alejaba de sus objetivos ideológicos y geopolíticos básicos. Estos apuntaban, como siempre, al este, a Rusia. Una guerra de aniquilación contra el judeobolchevismo en la Unión Soviética era la base de la ideología nazi y era también un objetivo que Hitler había abrazado de manera obsesiva a lo largo de toda su carrera política. Era la causa que definía y daba vida al nacionalsocialismo; el enfrentamiento entre el nacionalsocialis-

mo y el comunismo era para él el hecho principal, un choque épico de ideologías que determinaría el destino de Alemania, de Europa y del mundo. También ampliaría enormemente el alcance y el salvajismo de la guerra que Hitler había desencadenado y, con ello, la geopolítica y el genocidio se fusionarían en una vorágine aterradora que transformaría la naturaleza misma de la guerra y produciría una masacre despiadada de millones de personas.

Un ataque a la Unión Soviética, les aseguraba a sus generales, no llevaría a Alemania a la tan temida guerra de dos frentes. Inglaterra estaba en las últimas y esperaba con desesperación la intervención de los Estados Unidos o de la Unión Soviética. Una conquista relámpago de la Unión Soviética eliminaría la última esperanza de salvación de Churchill en Europa, y los estadounidenses, a pesar de la fuerte postura antinazi de Roosevelt, estaban lejos de intervenir. Una guerra en el este proporcionaría al Reich el *Lebensraum* con el que Hitler fantaseaba y crearía nuevas oportunidades para resolver de una vez por todas el «problema judío» en Europa. Para finales del verano de 1940, mientras los bombarderos alemanes cubrían los cielos de Inglaterra y los alemanes especulaban con la esperada invasión a través del Canal de la Mancha, Hitler decidió que ya no podía posponer más su visión.

El 31 de julio, en una reunión con altos jefes militares, ordenó que se comenzara a planear un ataque total contra la Unión Soviética. La primera parte de la reunión fue dedicada a la Operación León Marino, pero Hitler pasó de inmediato al tema central que deseaba abordar. «En caso de que la invasión de Inglaterra no ocurra», dijo, «lo que tenemos que hacer es eliminar todos los factores que le den a Inglaterra la esperanza de un cambio en la situación». Después de todo, afirmó, «a todos los efectos, la guerra está ganada».

Francia había sido eliminada, e Italia estaba atacando a las fuerzas británicas en el Mediterráneo. «La esperanza de Gran Bretaña está en Rusia y en Estados Unidos», declaró. Por el momento, los estadounidenses estaban absortos con la amenaza japonesa en el Pacífico y, como muy pronto, no estarían listos para intervenir en una gran guerra en Europa hasta 1942. «Con Rusia derrotada, la última esperanza de Gran Bretaña se desmoronaría» y Alemania «sería entonces dueña de Europa y los Balcanes». La destrucción de Rusia «debe, por lo tanto, ser parte de esta lucha. Cuanto antes se aplaste a Rusia, mejor».

La guerra contra la Unión Soviética, subrayó, alcanzaría su objetivo solo si el Estado ruso era «hecho añicos de un solo golpe». La velocidad era crucial. Estimaba que, «si comenzamos en mayo de 1941, tendremos cinco meses para terminar el trabajo. [...]. [El objetivo era] la destrucción de la fuerza de trabajo rusa» y la campaña se dividiría en tres grandes ejes de avance. El primer empuje se dirigiría hacia Kiev, en Ucrania, y aseguraría el flanco sur en el río Dniéper. El segundo se dirigiría a la región del Báltico y a Leningrado, y luego, se haría un tercer movimiento desde el centro sobre Moscú. Las avanzadas del norte y del sur se unirían. Al final, Alemania se apoderaría de los campos petrolíferos de Bakú, de Ucrania, de la Rusia Blanca y de los países bálticos.[1] Era una impresionante visión «histórica mundial», como le gustaba decir, y en ese momento la invasión de la Unión Soviética ya estaba formalmente incluida en la Directiva n.º 21.

Una empresa de tal magnitud épica exigía un nombre en clave apropiado. «Operación Fritz», la designación provisional del ejército para la operación, era demasiado banal y no servía. El 18 de enero de 1941, Hitler la rebautizó «Operación Barbarroja», por el emperador medieval alemán Fede-

rico I, conocido por su ardiente barba roja y su política de *Drang nach Osten* («empujar hacia el este»). Según la leyenda, Federico, que se ahogó en la Tercera Cruzada, en el siglo XII, no estaba muerto, sino que estaba dormido en las montañas Kyffhäuser, en Turingia, esperando emerger cuando Alemania lo necesitara para restaurar sus antiguas glorias. Era precisamente el tipo de aura mítica que cautivaba la imaginación del Führer.

Es sorprendente que los generales alemanes, que tenían serias reservas acerca de las operaciones contra las potencias occidentales en 1940, unánimemente subestimaran al Ejército Rojo. Todavía bajo los efectos de las purgas, este había trastabillado sin gloria en Finlandia, en 1939, lo que reconfirmó la poca consideración que inspiraban las fuerzas de Stalin. «El ruso es inferior», les aseguraba Hitler a sus generales. El Ejército Rojo carecía de liderazgo y no había aprendido las lecciones tácticas de la guerra contra Polonia y Occidente. Y, pese a sus esfuerzos por reorganizarse, no estaría mejor en la primavera.[2] El servicio de inteligencia alemán estimaba que el Ejército Rojo contaba con doscientas divisiones efectivas que seguían estando organizadas en torno a formaciones de infantería. El intento de crear divisiones blindadas según el modelo alemán acababa de comenzar. Los rusos también eran inferiores a la Wehrmacht en equipamiento. «Tienen algunas baterías de artillería modernas», afirmó con seguridad Hitler, «pero todo lo demás es material viejo reconstruido. Nuestro tanque III [...] es sin duda superior. La mayoría de los tanques rusos están mal blindados».[3] Lo más importante en la estimación de Hitler era que el Ejército Rojo estaba irremediablemente desorganizado, su moral se hallaba debilitada por las purgas, y sus filas corroídas por el comunismo. «Solo hay que patear la

puerta», le dijo Hitler a Rundstedt, «y toda la estructura podrida se derrumbará».[4]

Durante una serie de conferencias, entre diciembre de 1941 y febrero de 1942, el ejército presentó su plan de desarrollo para la campaña militar. Todos estaban de acuerdo en que la primera prioridad era la rápida destrucción del Ejército Rojo en el oeste de la Unión Soviética. Si podía ser aniquilado —y no solo derrotado— en las primeras semanas de la campaña, se abrirían todas las posibilidades. No se debía permitir que ningún grupo capaz de recuperarse escapara. Más allá de eso, todo era incertidumbre. Los generales coincidían en que había que reunir fuerzas para un avance hacia Moscú. Era, argumentaban, el objetivo obvio: Moscú no solo era la capital política, sino también un punto clave de comunicaciones y transporte, y un centro industrial. Un ataque a la ciudad también empujaría a lo mejor de las fuerzas restantes del Ejército Rojo a espacios abiertos, donde podrían ser destruidas. Aunque no estaba del todo en desacuerdo, el Führer tenía otras ideas.[5]

Ya el 5 de diciembre, Hitler había señalado sus prioridades: el área del Báltico «debe ser aislada»; las operaciones aéreas y terrestres combinadas deberán «destruir las fuentes del potencial bélico del enemigo» (industrias de armamento, minas, yacimientos petrolíferos) y «aplastar los recursos humanos rusos». Eso significaba el Báltico para Hitler, en especial, Leningrado y Ucrania, con sus abundantes materias primas. Al atacar con poderosas avanzadas al norte y al sur de las marismas de Pinsk, la ofensiva dividiría al frente ruso y eso permitiría que las fuerzas alemanas «rodeen al enemigo y lo dividan en dos grupos aislados [...]. ¡Estos dos flancos exteriores deben ser rápidos y fuertes!». Por razones económicas, Leningrado y Kiev serían el foco

principal de la ofensiva. Moscú, informó Hitler a su Alto Mando, «no tenía gran importancia».[6]

Se daba por sentado que el primer objetivo era la completa aniquilación del Ejército Rojo en el oeste de Rusia. Después de eso, los alemanes podrían elegir su siguiente objetivo. Las diferencias entre Hitler y el Alto Mando no se resolvieron; más bien se hicieron a un lado. Los jefes del ejército supusieron que los hechos sobre el terreno dictarían los objetivos para la segunda fase de la ofensiva y que, de modo inevitable, Moscú se convertiría en la prioridad principal. A comienzos de la primavera, el enfoque de las discusiones pasó de los objetivos estratégicos a la conducción de la guerra. En una reunión secreta, el 17 de marzo, Hitler reveló a los líderes del ejército todas las dimensiones ideológicas del conflicto. Se les dijo que la *Intelligentsia* soviética debía ser «exterminada» y que la maquinaria del régimen estalinista debía ser «aplastada». Para lograr este objetivo, «la fuerza debe ser utilizada de la forma más brutal». Aunque en ese momento Hitler no extendió esta orden a sectores más amplios de la población soviética, una directiva secreta del ejército del 26 de marzo reveló con claridad cómo los militares habían interpretado sus comentarios.[7]

Unos días después, el 30 de marzo, en la Cancillería del Reich, Hitler se dirigió a unos doscientos comandantes de lo que comenzó a conocerse como el «ejército del este» (Ostheer). Allí, reiteró los fundamentos de su pensamiento estratégico: la misión del ejército era aplastar al Ejército Rojo y destruir al Estado soviético, algo que él claramente supuso que podría lograrse en cuestión de semanas. Pero el verdadero sentido de los comentarios de Hitler ese día era la naturaleza ideológica subyacente de la batalla por venir. Esta campaña sería un conflicto no sujeto a las reglas internacionales de guerra establecidas en los convenios de La Haya y

Ginebra. Si bien Alemania era signataria de esos acuerdos, los soviéticos habían dejado que su compromiso caducara. Por lo tanto, el ejército podía esperar de los rusos la conducta más salvaje y bárbara, y las tropas debían estar preparadas para responder de la misma manera.

«Esta», destacó, «es una guerra de exterminio. Si no comprendemos esto, igual derrotaremos al enemigo, pero treinta años después tendremos que volver a luchar contra los comunistas. No hacemos la guerra para preservar al enemigo». Exigió de manera explícita el «exterminio de los comisarios bolcheviques y de la intelectualidad comunista [...]. Cada comandante de tropas debe entender lo que está en juego. Deben liderar esta lucha. Las tropas deben luchar respondiendo con los métodos con los que son atacados». Los comisarios y otros funcionarios del partido, concluyó, eran «criminales y deben ser tratados como tales».

El 13 de mayo, Hitler emitió el llamado «Decreto Barbarroja», el cual, en efecto, prácticamente daba carta blanca a las tropas para atacar al enemigo ruso, tanto civil como militar. Los comandantes eran libres de realizar ejecuciones sumarias y de tomar represalias contra aldeas o grupos enteros cuando los culpables individuales no pudieran ser identificados. El decreto otorgaba inmunidad inequívoca a los militares y a las unidades de las SS dedicadas a este tipo de actividades, lo que garantizaba que «no estarían sujetos a la posibilidad de ser juzgados, incluso si la acción fuera también un delito o una falta militar menor». Hitler también prometió que no habría ninguno de los conflictos disruptivos entre el ejército y las SS que habían plagado la campaña polaca; en la Unión Soviética, ambos debían seguir el mismo guión.[8]

Los generales no mostraron reparos ante la perspectiva de una invasión de la Unión Soviética. Aunque el equipa-

miento del Ejército Rojo era abundante —poseía más tanques y muchos más aviones que el resto del mundo junto, y sus reservas de mano de obra eran casi inagotables—, el comando de la Wehrmacht estaba de acuerdo con el Führer en que era sumamente vulnerable. Al hacer esta evaluación, optaron por ignorar el éxito aplastante del Ejército Rojo en una serie de grandes enfrentamientos con los japoneses en la frontera entre Manchuria y Mongolia en 1939, lo que los habría hecho contar una historia muy diferente.[9] Como de costumbre, el Führer fue convincente. Según la evaluación posterior del general Guderian, «Hitler logró contagiar a su séquito militar inmediato con su propio optimismo sin fundamento». El Alto Comando (OKH) y el Comando Supremo de las Fuerzas Armadas (OKW) estaban tan serenamente seguros de que alcanzarían la victoria antes de que llegara el invierno que solo se había preparado ropa de invierno uno de cada cinco hombres del ejército.[10]

Las dimensiones geográficas de la operación eran impresionantes y, sin embargo, no preocupaban demasiado a los planificadores militares de Alemania. Dada la inmensidad del terreno, entendieron que la Wehrmacht no podía permitirse estancarse en una guerra de posiciones. Sin embargo, de acuerdo con el plan, las tropas alemanas tendrían que establecer una línea desde Arcángel, en el Océano Ártico, hasta Astracán, en las costas del Mar Caspio, un frente de unos 2600 kilómetros. Sería la operación militar más ambiciosa en la historia de la humanidad. «El mundo», dijo Hitler, «quedará en vilo».[11]

Tres grupos del ejército llevarían la ofensiva: el Ejército del Norte debía avanzar a través de los países bálticos en dirección a Leningrado, mientras que el Ejército del Centro iría del norte de las extensas marismas de Pinsk hacia Minsk y más allá, hacia Smolensk. El Ejército del Sur, que ope-

raría al sur de las marismas, encabezaría el avance hacia Kiev y hacia Ucrania. La ofensiva estaría a cargo de tres millones doscientos mil alemanes de las tropas terrestres, a los que se agregarían unos quinientos mil soldados rumanos, húngaros, eslovacos, croatas e italianos. En total, se movilizarían ciento cuarenta y cinco divisiones, ciento dos de infantería, diecinueve blindados y catorce motorizados. La ofensiva emplearía tres mil seiscientos tanques, veintisiete mil aviones y diecisiete mil piezas de artillería. Con sus tanques y aviones, sería la maquinaria militar tecnológicamente más avanzada de la historia. Sin embargo es significativo que la Operación Barbarroja también requiriera setecientos cincuenta mil caballos. Los carromatos tirados por caballos llevarían gran parte del equipo pesado del ejército, y la mayoría de las tropas invasoras de la Wehrmacht penetrarían en Rusia de la misma manera que la *Grande Armée* de Napoleón en 1812, a pie o en carretas tiradas por caballos.

A medida que avanzaba la planificación, varios generales, incluidos los comandantes de los tres grupos, comenzaron a expresar recelos de algún tipo. Hitler desestimó sus preocupaciones y les aseguró que la pérdida de Leningrado, Moscú y Ucrania privaría al Ejército Rojo de su sangre vital económica y obligaría al Kremlin a rendirse. Pero, otra vez, la velocidad era esencial. Era imperativo lograr una victoria rápida y decisiva en el este, no solo por cuestiones estratégicas militares sino, también, por razones económicas. La economía alemana no estaba preparada para una guerra de desgaste prolongada, y Hitler deseaba evitar las privaciones en el frente interno que, creía, habían socavado el viejo Reich en la Gran Guerra. Aunque Hitler trataba de convencer a sus comandantes de que la economía de guerra alemana podía cubrir las demandas de la Campaña del Este, en febrero el general Georg Thomas, jefe de la Oficina de Economía de

Guerra de la Wehrmacht, presentó un informe cauteloso que arrojaba una luz sombría sobre la Operación Barbarroja. Fue la primera de varias evaluaciones lúgubres sobre los preparativos económicos y militares que Thomas presentó al Alto Mando en los meses siguientes.

El suministro de combustible del ejército, advirtió, solo duraría dos meses; la Luftwaffe podía sobrevivir con su reserva durante el verano, pero no más; la producción esencial de caucho *podría* mantenerse hasta la primavera de 1942. También advirtió que la provisión de alimentos para las tropas era una seria preocupación, sobre todo si la guerra se prolongaba hasta el otoño. Thomas presentó sus conclusiones a Wilhelm Keitel, jefe del OKW, suponiendo que se las enviarían a Hitler, pero Keitel las descartó de inmediato. El Führer no se iba a dejar influir por esas consideraciones económicas, le dijo a Thomas. Es poco probable que Keitel siquiera se molestara en pasar los informes de Thomas a Hitler. Göring, jefe del Plan Cuatrienal y, por lo tanto, de la economía de guerra de Alemania, tampoco se inmutó por las funestas advertencias de Thomas. Había pocas razones para estar preocupados por estas supuestas carencias, le aseguró a un escéptico Thomas. El ejército simplemente se apoderaría de lo que necesitara mientras avanzaba.[12]

Göring tenía sus propias ideas sobre la explotación económica de la tierra conquistada, que eran igual de siniestras y tan feroces como las operaciones de las SS de Heydrich. Desde el comienzo de la guerra, los planificadores alemanes habían estado preocupados por la provisión de alimentos, no solo para las tropas que avanzaban, sino también para los civiles del Reich. Ante esta situación, Göring, en su insensible crueldad, adoptó una estrategia monstruosa de «hambrunas planificadas». Se requería que las ciudades rusas en el oeste fueran sistemáticamente privadas de comida.

Los productos agrícolas, que habrían debido destinarse a la población urbana, alimentarían a los soldados de la Wehrmacht y a la población del Reich. Si este «plan de hambre» se implementaba de forma eficaz, calculaba que hasta treinta millones de rusos, muchos de ellos judíos, pasarían hambre.[13] Hitler compartió esta visión bárbara, y en julio comentó que era su «firme decisión arrasar Moscú y Leningrado [las dos ciudades más grandes de Rusia] y volverlas inhabitables, a fin de liberarnos a nosotros de la necesidad de tener que alimentar a la población civil durante el invierno». Las ciudades serían arrasadas por la fuerza aérea, que produciría una «catástrofe nacional que privará de sus centros tanto al bolchevismo como al nacionalismo moscovita».[14]

El comienzo de la invasión estaba programado para el 15 de mayo, una vez que las lluvias de primavera hubieran disminuido, lo que daría a las fuerzas invasoras tiempo suficiente para aplastar al Ejército Rojo antes del comienzo del invierno ruso. Pero la primavera de 1941 fue especialmente húmeda: los ríos del este de Europa estaban crecidos, y las carreteras se habían convertido en pantanos de fango pegajoso. La invasión tendría que posponerse hasta que los tanques tuvieran un terreno firme sobre el cual avanzar. También contribuyó a la demora, en el mes de abril, la mala planificación por parte de Mussolini de la invasión de Grecia, que en poco tiempo se convirtió en un fiasco. Al igual que Hitler en numerosas ocasiones, Mussolini optó por no informar a su aliado de sus planes y Hitler, furioso, fue tomado por sorpresa. El ataque de Mussolini provocó que Gran Bretaña enviara tropas al Peloponeso en respuesta. Como la Wehrmacht no podía permitirse el lujo de tener su flanco sureste expuesto a caer en manos de Rusia, en abril las fuerzas alemanas fueron al rescate de Mussolini. El 6 de abril,

las tropas alemanas invadieron Yugoslavia y Grecia, y en poco tiempo estabilizaron la situación en los Balcanes. El 14 de abril se firmó un armisticio con Yugoslavia, mientras que los combates en Grecia se prolongaron hasta el 27 de mayo. La Wehrmacht luchó contra las tropas británicas en Grecia continental y en Creta, donde sufrió importantes bajas (dos mil muertos) antes de que las fuerzas británicas lograran ser desalojadas. Era la segunda vez que el Reich se veía obligado a socorrer al imprudente Duce, pues ya había enviado tropas al norte de África para rescatarlo de su guerra en el desierto con los británicos.

En la primavera de 1941, ante una campaña inminente de proporciones colosales en la Unión Soviética, las fuerzas alemanas se extendían al límite de sus fuerzas sobre los Balcanes, el norte de África y Europa Occidental, una situación muy diferente de la que tuvo que abordar Hitler en el verano de 1940. Se estimaba que al menos una cuarta parte de las tropas del Reich estarían ocupadas en esos lejanos escenarios de guerra, lo que significaba que el tamaño del ejército alemán que invadiría la Unión Soviética no sería significativamente más grande que el que había atacado a Europa Occidental en el verano de 1940.[15] Dadas estas complicaciones, la fecha de lanzamiento de la Operación Barbarroja se retrasó hasta el 22 de junio, la misma fecha en la que Napoleón había invadido Rusia ciento veintinueve años antes.

Cuando los preparativos entraron en su etapa final, Hitler fue sacudido por otra sorpresa nada grata. Rudolf Hess, su servilmente devoto adjunto que desde 1939 era el segundo en la línea de sucesión del Führer después de Göring, decidió hacer una jugada drástica. A pesar de su alto rango oficial, su influencia había decaído mucho en los últimos años de paz y, pese a su dedicación incuestionable a Hitler, se había vuelto casi irrelevante dentro de la jerarquía nazi. Lo

peor de todo para el fiel Hess era que se había visto desplazado hacia la periferia dentro del círculo íntimo del Führer. Pero en la primavera de 1941 ideó un plan clandestino que, esperaba, lo haría volver a gozar del favor de Hitler. No estaba al tanto de los detalles de Barbarroja, pero sí sabía cuánto deseaba Hitler llegar a un acuerdo con Gran Bretaña. En secreto, urdió un extraño plan según el cual su intervención personal ante los británicos aseguraría la paz en términos alemanes. Sería un acto de diplomacia directa para el que no consultó a nadie.

En el anochecer del 10 de mayo, despegó en un bimotor Me 110 desde un aeródromo militar cerca de Augsburgo. Había servido como piloto en las etapas finales de la Gran Guerra y se había familiarizado en secreto con este avión. Su destino era Escocia. Tenía un mensaje para el duque de Hamilton, un comandante de la RAF con quien Hess se había reunido brevemente durante los Juegos Olímpicos de 1936. Esperaba hacer de intermediario entre el gobierno británico y el Reich, y creía que Hamilton le abriría las puertas necesarias. Hess saltó en paracaídas de su avión cerca del castillo del duque, no lejos de Glasgow, y fue capturado por un asustado granjero escocés, que lo llevó a su cabaña y le dio una taza de té. Hess explicó que tenía un mensaje de vital importancia para el duque. Pronto llegaron hombres de la Guardia Local, que lo llevaron a su cuartel general. Se hicieron las llamadas correspondientes, pero el escéptico duque no tenía prisa y no llegó hasta el día siguiente.

Cuando comprobó que el hombre, en efecto, era un delegado de Hitler, localizó al primer ministro en Ditchley Park, en Oxfordshire, su lugar de retiro de fin de semana lejos de los bombardeos aéreos de Londres. Cuando llegó el duque de Hamilton, Churchill estaba dando una cena en la que se iba a proyectar una película de los hermanos Marx, *Los her-*

manos Marx en el Oeste. Hess había sido positivamente identificado. Era un golpe potencialmente de gran importancia. Churchill, quien en un principio creyó que se trataba de una broma, no quedó impresionado. «Hess o no Hess», señaló, «voy a ver a los hermanos Marx».[16]

Durante varios días, los interrogadores británicos lo retuvieron y no tardaron en descubrir que Hess tenía poca información real que ofrecer. También concluyeron que su prisionero era mentalmente inestable, posiblemente delirante, y que su propuesta, envuelta con una capa de misticismo racial, no hacía más que repetir la posición de Hitler que ya habían rechazado. Para su sorpresa, Hess, desconcertado, fue enviado a la Torre de Londres y permaneció recluido en una prisión británica durante el resto de la guerra. De hecho, nunca salió del cautiverio aliado y murió a los 93 años como único recluso en la prisión de Spandau, en Alemania, en 1987.[17] La noticia de la desventura de Hess cayó como un rayo del cielo sobre Berlín y sobre Berchtesgaden. Hitler estaba estupefacto. ¿Podría ser esto cierto? ¡Su fiel Hess, precisamente él! Cuando se le presentó una carta que Hess había dejado para él en la que le explicaba su misión, el Führer soltó un «grito inarticulado, casi animal» que se oyó en todo el Berghof.[18] De inmediato mandó a buscar a Göring, a Ribbentrop y a otros funcionarios de su círculo más cercano. ¿Era un *Putsch* en marcha? ¿Estaba el ejército detrás de esto? ¿Qué sabía Hess exactamente sobre Barbarroja? Envió a Ribbentrop a Roma para asegurarle a Mussolini que Alemania no estaba tratando de acordar la paz por su cuenta, y Goebbels debía elaborar una estrategia de propaganda para explicar la «traición» de Hess. Cuando los británicos no reconocieron de forma inmediata que Hess había sido hecho prisionero, un angustiado Hitler esperó durante dos días que el avión de Hess se hubiera estrellado en el

mar. Preguntó al personal de la Luftwaffe sobre las posibilidades de que Hess llegara a Escocia. «Prácticamente ninguna» fue la tranquilizadora respuesta. Pero el 13 de mayo, apenas un mes antes de la fecha prevista para el lanzamiento de Barbarroja, Londres informó que Hess estaba bajo custodia británica. «Hitler», anotó Goebbels en su diario, «estaba totalmente conmocionado».[19]

El régimen se dedicó a tratar de controlar los daños. Goebbels decidió que Hess debía ser retratado como un idealista comprometido y leal a Hitler que, debido a un enorme estrés físico y mental, había sufrido un colapso nervioso, pero que, sin duda, no hablaba en nombre del Führer. A pesar de los esfuerzos de Goebbels, la Gestapo informó que, a nivel nacional, el asunto de Hess fue como un «desastre ferroviario total (*Deroute*) [...]. La inquietud generalizada domina a la opinión pública», señaló Goebbels con tristeza en su diario. «La gente se pregunta, con razón, cómo un tonto así podía ser el segundo hombre después del Führer.»[20] El régimen luchó para manejar el relato. En poco tiempo, el asunto de Hess fue superado por eventos más trascendentes y el tema dejó de ocupar la conciencia pública. Aun así, el episodio puso los nervios de punta cuando se acercaba el inicio de Barbarroja. Con Hess retirado del círculo íntimo de Hitler, Martin Bormann, siempre alerta a cualquier oportunidad para aumentar su influencia sobre el Führer, fue nombrado secretario de Hitler y jefe de la Cancillería del Partido, puestos que transformaría de modo gradual en posiciones de considerable poder. Al hacerlo, demostró ser una fuerza mucho más maligna que Hess dentro de la dirección y, a medida que avanzaba la guerra, su influencia, siempre desde las sombras, creció.

Con tropas y equipamiento moviéndose hacia sus posiciones en el frente, el 6 de junio el OKW emitió una orden

al Ejército del Este que pasaría a la historia como la infame «Orden del Comisario». La esencia de esa directiva se había abordado por primera vez el 30 de marzo en la reunión de Hitler con los jefes militares, y en ese momento adquiría forma escrita oficial. Tan sensible era su contenido que solo se hicieron treinta copias para los principales comandantes de la Wehrmacht, que no debían distribuirla a sus tropas, sino leérselas en voz alta. No era, en sentido estricto, una directiva militar, sino una declaración de objetivos que ofrecía directrices para la conducta de las tropas en Rusia y una justificación ideológica de la guerra de aniquilación que Hitler quería. «En la lucha contra el bolchevismo, no debemos suponer que la conducta del enemigo se basará en principios de humanidad o de derecho internacional», decía. En particular, «el trato odioso, cruel e inhumano de nuestros prisioneros debe esperarse *de los comisarios políticos de todo tipo* en cuanto portadores reales de la resistencia». En consecuencia, «en esta lucha, la consideración y el respeto del derecho internacional con respecto a estos elementos sería un error [...]. Los creadores de los bárbaros métodos asiáticos de guerra son los comisarios políticos. Así pues, se deben tomar medidas contra ellos *de inmediato* y con total severidad. En consecuencia, *tanto si son capturados en el campo de batalla como si ofrecen resistencia*, en principio deben ser eliminados por las armas».[21]

Alemania se estaba embarcando en una lucha desesperada a vida o muerte que exigía «medidas despiadadas y enérgicas». Las tropas tenían que comprender lo inmensa que era su misión: «El bolchevismo es el enemigo mortal del pueblo nacionalsocialista alemán», empezaba la orden. «La lucha de Alemania está dirigida contra esta ideología destructiva y sus portadores. Esta lucha exige medidas despiadadas y enérgicas contra los agitadores, guerrilleros, sabo-

teadores y judíos bolcheviques, y la eliminación completa de toda resistencia activa o pasiva.»[22] Los agitadores, guerrilleros y saboteadores bolcheviques serían, por supuesto, difíciles de descubrir, pero los judíos eran un blanco tentadoramente fácil. Y, dado que en el pensamiento ideológico nazi, los judíos y los bolcheviques eran uno y el mismo enemigo del Reich, estas directivas equivalían a una sentencia de muerte para los judíos de la Unión Soviética.

Algunos comandantes de campo, haciéndose eco de la directiva del OKW, también emitieron sus propias órdenes. Hitler estaba particularmente complacido con la orden que el general Walter von Reichenau dio a sus tropas, en la que se exigía que el soldado alemán fuera «el portador de una idea nacional inexorable y el vengador de todas las bestialidades infligidas al pueblo alemán y a sus parientes raciales. Por lo tanto, el soldado debía tener una comprensión *plena* de la necesidad de una expiación severa pero justa sobre la infrahumanidad judía. Un objetivo adicional en esto es cortar de raíz cualquier revuelta en la retaguardia del ejército, que, como lo demuestra la experiencia, siempre han sido instigadas por judíos».[23] El ejército también debía entender que, en esta operación, las SS tenían órdenes de «la máxima autoridad» para emprender «tareas especiales» en la retaguardia de los frentes que avanzaban y no estaría sujeta al mando militar. Entre marzo y junio, Heydrich formó cuatro Grupos de Trabajo (*Einsatzgruppen*) para llevar a cabo estas tareas: *Einsatzgruppen* A (en el Báltico), B (Bielorrusia), C (Ucrania) y D (Rumania). Su tamaño oscilaba entre los quinientos y los mil hombres; procedían de las filas de las SD, la Gestapo, la Policía Criminal y las Waffen-SS, y sus líderes eran nazis experimentados y comprometidos. Recibieron capacitación ideológica especial, y los cuadros de mando tomaron cursos de geografía rusa y otras instrucciones prácti-

cas que los ayudarían a ejecutar su misión. A estas fuerzas se sumarían las unidades de la Policía del Orden, una organización controlada por Himmler y las SS que agrupaba a toda la policía uniformada alemana después de 1936. También participaron milicias locales y dos brigadas de tropas de las SS bajo el control de Himmler.

Cuando faltaban solo cinco días para la invasión, Heydrich convocó a sus líderes para una reunión informativa final en la que les explicó su misión en términos directos. Se moverían al costado o apenas detrás del ejército. Su tarea era oficialmente descrita como la vigilancia de los territorios ocupados, pero su misión era el asesinato. Debían eliminar a todos los funcionarios del Ejército Rojo y de la administración soviética. También debían alentar los pogromos entre la población local, aunque Heydrich insistía en que las fuerzas alemanas debían permanecer en un segundo plano en esas acciones. Después de la guerra, algunos comandantes de *Einsatzgruppen* testificaron que, en esa ocasión, Heydrich ordenó el asesinato de *todos* los judíos —hombres, mujeres y niños—, pero la evidencia que surge de los informes periódicos de *Einsatzgruppen* y otros testimonios de posguerra de sus líderes sugiere que la orden inicial de Heydrich se refería solo a hombres judíos al servicio del régimen soviético. La matanza indiscriminada de toda la población judía no se originó a partir de una única orden de Heydrich, sino que se desarrolló y fue creciendo poco a poco a partir de que los *Einsatzgruppen* estuvieron sobre el terreno.[24]

Al operar en el área del Báltico, el Einsatzgruppe A fue el primero en poner en marcha una política de asesinatos al por mayor, en virtud de la cual mataron a hombres, mujeres y niños casi desde el comienzo de la campaña. Al no haber objeciones de Berlín —Himmler y Heydrich aprobaban de manera explícita los asesinatos en masa una vez que esta-

ban en marcha—, los otros grupos siguieron con entusiasmo su ejemplo genocida. Las brigadas de las SS de Himmler eran, en todo caso, más despiadadas que los *Einsatzgruppen* de Heydrich; desde el comienzo de su actividad masacraron sistemáticamente a hombres, mujeres y niños judíos. Estos asesinatos gratuitos serían característicos de todas las operaciones alemanas en el este y seguirían aumentando en intensidad a medida que avanzaba la guerra.[25]

Poco después de las 3 de la mañana, en la oscuridad del 22 de junio, la artillería alemana abrió fuego a lo largo de un frente de 1600 kilómetros y lanzó la que se convertiría en la guerra más feroz y mortífera en los oscuros anales del conflicto humano. En el Frente Oriental pelearían y morirían más personas que en todas las demás áreas de combate de todo el mundo juntas. Morirían veintisiete millones de ciudadanos soviéticos y más de cuatro millones de soldados alemanes, y el Holocausto, el exterminio sistemático de los judíos de Europa, se desencadenaría bajo la cobertura mortal de este conflicto. Fue una lucha de tal barbarie y crueldad, una matanza tan salvaje e implacable que, incluso tantas décadas después de que haya terminado, la magnitud de su horror sigue desafiando cualquier comprensión.

En esa mañana de junio, los alemanes lograron una sorpresa táctica absoluta. A pesar de las advertencias de Gran Bretaña, de los Estados Unidos y de los agentes soviéticos en Japón y Alemania, Stalin optó por creer que Gran Bretaña y los Estados Unidos simplemente estaban tratando de sembrar discordia entre Moscú y Berlín, y de llevar a la Unión Soviética a una guerra contra Alemania. Decidido a no incitar un asalto alemán, Stalin cumplió escrupulosamente todas las cláusulas económicas del Pacto Mólotov-Ri-

bbentrop y se esforzó por evitar cualquier tipo de fricción política con Berlín. Los trenes con cargamentos de materias primas y productos terminados aún cruzaban la frontera hacia la Polonia ocupada por los alemanes cuando la Wehrmacht lanzó su ofensiva. Las fuerzas rusas de ningún modo estaban preparadas para el ataque. Stalin había decidido posicionar sus fuerzas muy adelante en la frontera, en una delgada línea de defensa, y no las había informado de un posible ataque alemán.

En la fase de apertura del ataque, los tanques avanzaban rugiendo y despedazando unidades rusas desprevenidas, mientras, desde arriba, la Luftwaffe atacaba sin piedad las posiciones soviéticas. En cuarenta y ocho horas, los rusos perdieron más de dos mil aviones, la mayoría en sus hangares y en sus estacionamientos en las pistas y, cuando la fuerza de bombarderos rojos despegó, solo el 23 de junio fueron derribados quinientos. La fuerza aérea más grande del mundo fue destruida en apenas dos días. Para los primeros días de julio, los tres grupos del ejército alemán avanzaban velozmente, devorando vastos territorios a un ritmo vertiginoso, infligiendo bajas asombrosas a las fuerzas rusas presas del pánico y tomando cientos de miles de prisioneros. A lo largo de todo el frente, las divisiones blindadas alemanas atravesaban las líneas rusas, avanzaban y luego giraban en enormes movimientos envolventes. Mientras que la Luftwaffe proporcionaba un apoyo aéreo cercano, la infantería se acercaba al enemigo rodeado y lo atacaba, para luego despejar el área. Mientras tanto, los tanques salían otra vez, adentrándose más y más en territorio enemigo. Era la *Blitzkrieg* en su forma más plena.

En junio y julio, los tres grupos del ejército obtuvieron éxitos espectaculares. En el cuartel general oriental de Hitler, la Guarida del Lobo, oculto en un oscuro bosque de

Prusia Oriental infestado de mosquitos, dominaba la euforia. Día tras día, en sus reuniones informativas militares, Hitler observaba cómo los marcadores en forma de bandera sobre el mapa de situación se adentraban cada vez más en la Unión Soviética. Había avances importantes en todos los frentes. El Ejército del Norte avanzó 250 kilómetros a través de Lituania para entrar en Letonia en cinco días; para el 10 de julio, los blindados alemanes se encontraban a 130 kilómetros de Leningrado y se acercaban con rapidez. El Ejército del Centro llevó a cabo gigantescos cercos a grandes fuerzas rusas en Minsk y cerca de Smolensk, unos 300 kilómetros más al este. Las fuerzas de Bock habían cubierto 700 kilómetros en veintitrés días y se encontraban a solo 300 kilómetros de Moscú. El 3 de julio, Halder escribió en su diario: «En general, se puede decir que la tarea de aplastar al conjunto del ejército ruso [...] se ha cumplido [...]. Tal vez no sea exagerado afirmar que la campaña contra Rusia se ha ganado en dos semanas». Sin embargo, esto no significaba que el combate hubiera terminado. Todavía quedaban muchas batallas que pelear, advertía Halder. «La sola vastedad geográfica del país y la obstinación de la resistencia, que se lleva a cabo con todos los medios posibles, van a requerir nuestro esfuerzo durante muchas semanas más.»[26]

Los *Einsatzgruppen* y las unidades adjuntas de la Policía del Orden, que avanzaban inmediatamente detrás del ejército, llevaron a cabo un baño de sangre de proporciones inimaginables en todo el oeste de la Unión Soviética. No funcionaban como unidades completas, sino que se dividían en grupos de comando especiales, a menudo del tamaño de una compañía o incluso de un pelotón, que actuaban de forma independiente. Asesinaron a decenas de miles de judíos y a otros «indeseables», y presentaban informes periódicos sobre sus logros criminales a Berlín, donde eran evaluados

por la RSHA y puestos a disposición de otros funcionarios nazis. En total, el Einsatzgruppe A masacró a 229 052 judíos a finales del verano y durante el otoño; el B informó que había matado a 45 467 judíos, y el C se adjudicó noventa y cinco mil víctimas para el 1 de diciembre.[27]

Los procedimientos apenas variaban entre una tarea de asesinatos y otra. Al describir la liquidación del gueto de Borísov, en octubre de 1941, su organizador, de las SS, explicó los procedimientos en términos que eran sorprendentemente prosaicos e inimaginablemente macabros. Durante los dos días previos a la misión, los policías que llevarían a cabo la tarea eran «puestos bajo la influencia del alcohol y preparados ideológicamente para infligir atrocidades a personas inocentes». El comandante incluso les organizó un banquete en un restaurante local, durante el cual «los policías tuvieron la oportunidad de ingerir bebidas alcohólicas en exceso». Allí, el jefe de la misión pronunció un discurso buscando «estimular la política nazi de exterminio de judíos [...] e instó a los policías a no expresar ningún sentimiento de compasión y humanidad hacia los judíos, fueran adultos o niños».

Doscientos policías, en su mayoría letones, llevaron a cabo la tarea. Bajo la supervisión de la Policía Secreta alemana, ordenaron a los prisioneros de guerra rusos cavar tres grandes pozos a unos 2 kilómetros de la ciudad. Estas fosas o zanjas tenían alrededor de 400 metros de largo, 3 metros de ancho y hasta 2 metros de profundidad. Durante la noche previa a la matanza (del 8 al 9 de octubre), el gueto fue cerrado y, al amanecer, las unidades de policía se lanzaron sobre sus desprevenidas víctimas. Irrumpieron en las casas de los judíos y llevaron a hombres, mujeres y niños a la plaza del pueblo, donde los camiones los esperaban para llevarlos al «lugar de ejecución». Los que no pudieron ser carga-

dos en los camiones ya llenos fueron llevados caminando a las trincheras en grupos de setenta u ochenta y fueron golpeados sin piedad durante todo el camino. «No se mostró misericordia alguna con las personas mayores, los niños, las mujeres embarazadas o los enfermos. Cualquiera que ofreciera resistencia recibía un disparo en el acto [...] o era golpeado hasta dejarlo medio muerto [...]. Esas eran mis órdenes», informó con orgullo el comandante.

Los judíos condenados fueron ubicados a unos 50 metros de las trincheras y custodiados hasta que les tocara el turno de recibir su disparo. Veinte judíos a la vez eran desnudados y llevados a las trincheras, donde eran obligados a acostarse boca abajo. Les disparaban en la nuca como en una ejecución. En cuestión de minutos, otro grupo de víctimas los seguía al pozo, donde se tumbaban boca abajo sobre el primer grupo y recibían los disparos. Oleada tras monstruosa oleada. Durante todo el día, los fosos «se llenaron de gemidos, llantos y continuos gritos de horror de las mujeres y los niños», mientras que los asesinos comían bocadillos y bebían aguardiente en los intervalos entre una tanda y otra de disparos. Muchos estaban borrachos. En Berlín, la acción fue considerada un gran éxito: siete mil judíos fueron fusilados en un solo día.[28]

Al describir la escena de otra masacre en Ucrania, un ingeniero alemán de una empresa privada recordó haber visto la llegada y ejecución de varios cientos de judíos. Cuando las víctimas bajaban de los camiones, un hombre de las SS con una fusta les ordenaba desvestirse y que pusieran la ropa en montones, separando los zapatos, la ropa y la ropa interior. Una pila de zapatos contenía aproximadamente entre ochocientos y mil pares, y grandes montones de camisas, blusas, vestidos, jerséis y medias se alzaban a un costado. «Sin gimotear ni llorar, estas personas se desnudaban y per-

manecían juntos en grupos con sus familiares, abrazándose unos a otros y diciéndose adiós mientras esperaban la señal de otro hombre de las SS, que estaba al borde de la zanja y que también llevaba una fusta. Durante el cuarto de hora que estuve cerca de la zanja, no oí ni una sola queja ni una súplica de piedad.» A un grupo de víctimas tras otro se le ordenaba meterse en la zanja, donde «los cuerpos yacían tan apretados que solo sobresalían sus cabezas y en casi todas la sangre corría sobre los hombros. Algunos aún se estaban moviendo. Otros levantaban las manos y movían la cabeza para mostrar que todavía estaban vivos. La zanja ya estaba tres cuartos llena. Estimo que ya tenía alrededor de mil cuerpos [...]. La gente, completamente desnuda, bajaba los escalones que habían sido cortados en la pared de arcilla de la zanja, tropezaba con las cabezas de los que yacían allí y se detenía en el lugar indicado por el hombre de las SS. Se acostaban encima de los muertos o heridos; algunos acariciaban a los que aún vivían y les hablaban en voz baja». Luego oyó una serie de disparos de fusil, «miré dentro de la zanja y vi los cuerpos que se retorcían o las cabezas de los ya inertes, hundiéndose entre los cadáveres». Aturdido, volvió la mirada hacia el hombre que estaba disparando. «Era un hombre de las SS; estaba sentado, balanceando las piernas en el borde de la zanja. Tenía un rifle automático apoyado sobre las rodillas y fumaba un cigarrillo.» Mientras se relajaba por un momento, otro grupo de condenados ya estaba descendiendo al pozo.[29]

La marea creciente de asesinatos en masa cubrió todo el frente, y ni siquiera retrocedió cuando el avance alemán se detuvo, a finales del verano. En los primeros nueve meses de la Campaña del Este, los *Einsatzgruppen* llevaron a cabo dos barridas importantes; la primera se produjo tras el rápido avance del ejército en junio y julio, pero muchos judíos

quedaron atrás. Durante la segunda, que comenzó en octubre, los *Einsatzgruppen* , con refuerzos de la Policía del Orden, llevaron a cabo masacres a una escala aún mayor. Estas operaciones alcanzaron su espeluznante apogeo en septiembre en Babi Yar, un gran barranco en las afueras de Kiev. Allí, los SS fusilaron a 33 771 judíos en tres días. Al llegar el nuevo año, el plan de aniquilación nazi ya había provocado el asesinato de setecientos mil judíos.[30]

El ejército no intervino, pero las tropas ayudaron a identificar y a acorralar a los judíos, que luego eran entregados a las SS. La política de represalia del ejército por las acciones de la guerrilla —quemar aldeas, ejecutar arbitrariamente grupos enteros de «sospechosos»— también contribuyó al aura generalizada de violencia y asesinatos sin restricciones que envolvió la guerra en Rusia. No debe sorprender que el salvajismo de estos asesinatos en masa afectaran a sus perpetradores. Los hombres que participaron en estas operaciones no eran burócratas de las SS cómodamente sentados detrás de un escritorio en Berlín, donde las muertes podían tratarse como abstracciones, como números en una página, sino hombres con sangre en las manos que estaban cara a cara con sus víctimas, que veían cómo niños bañados en gasolina, todavía vivos, eran arrojados a una pira ardiente de cuerpos y oían sus gritos mucho después de que hubieran pasado a otra masacre.

El daño psicológico en los asesinos era inmenso y fue una fuente de preocupación para los altos mandos de las SS. Mientras examinaba a las tropas en el área alrededor de Bialystok, donde apenas unos días antes dos mil seiscientos judíos habían sido fusilados y se programaba que otros seis mil fueran ejecutados en los días siguientes, un médico alemán visitante fue asediado por agentes de policía «que estaban sufriendo crisis nerviosas y no podían participar en

otra operación de asesinato».[31] Incluso el jefe de las SS y de la policía del centro de Rusia tuvo que ser hospitalizado con graves afecciones estomacales e intestinales producidas por la tensión nerviosa. El informe médico indicaba que sufría pesadillas recurrentes en las que revivía las matanzas en las que había estado involucrado.[32]

Himmler recibió informes de «disputas, negativas a obedecer órdenes, orgías de borrachos y también graves enfermedades psicológicas», y estaba buscando una manera de reducir la tensión psicológica de los hombres involucrados en las matanzas. Una posible solución a los problemas que acarreaban estas operaciones masivas de fusilamientos era encontrar otro modo de matar; un sistema más eficiente, más secreto y menos traumático emocionalmente para sus perpetradores. En agosto de 1941 se cerró el programa de eutanasia del Reich, y gran parte de su personal fue transferido al este. Habían experimentado con furgonetas de gas móviles en el programa T4 y, para el otoño de 1941, habían desarrollado un nuevo modelo más potente. Utilizando gas de monóxido de carbono, las camionetas podían asfixiar a cuarenta víctimas a la vez conectando una tubería de metal al caño de escape e insertándola en una camioneta sellada. Los potentes motores luego bombeaban el gas hacia el interior del vehículo. Las furgonetas así equipadas se introdujeron por primera vez en noviembre en Poltava, en el sur de Ucrania, y en cuestión de semanas estos vehículos circularon por toda la Europa Oriental ocupada por los alemanes.[33]

En este momento, el pueblo alemán tenía solo una idea vaga de lo que estaba ocurriendo en el Frente Oriental. La seguridad en el período previo a Barbarroja fue tan estricta que la invasión había llegado como un *shock*, pero, en la embriagadora carrera de espectaculares victorias de junio y

julio, la gente fue arrastrada por la euforia del Alto Mando. A finales de junio, la Gestapo informaba que, «en poco tiempo, la victoria militar sobre Rusia ha empezado a ser considerada como algo obvio por todos los camaradas raciales [*Volksgenosse*] [...]. El optimismo en algunos círculos es tan fuerte que ya no apuestan por el resultado de la guerra, sino por la fecha del triunfo alemán. El lapso que más se menciona ronda las seis semanas». A la gente no se la informaba sobre las víctimas.[34]

Tan seguro estaba Hitler de que Alemania se impondría que, a mediados de julio, convocó una conferencia en su cuartel general para establecer los principios y la estructura organizativa del Nuevo Orden de los nazis en las tierras rusas conquistadas. Antes de la invasión, el ejército no había hecho ningún plan para la ocupación, ya que había recibido instrucciones de que la administración de los últimos territorios orientales que habían sido adquiridos debía ser entregada a los funcionarios del partido. Fue entonces cuando el régimen abordó la cuestión de forma directa. En la reunión de cinco horas del 16 de julio estuvieron presentes Göring, Rosenberg, Bormann, Keitel y Lammers, el secretario de la Cancillería del Reich. Hitler explicó que los invasores alemanes no debían revelar en público todas sus intenciones; en cambio, el régimen continuaría sosteniendo el relato de que Alemania se había visto obligada a intervenir para restaurar el orden. El pueblo ruso no tenía que darse cuenta de que estaba en marcha un plan definitivo. «De todos modos, podemos tomar todas las medidas necesarias —fusilamientos, deportaciones, etc.— y así lo haremos.» No quería crear enemigos prematuros e innecesarios entre la población local. «Simplemente actuaremos como si estuviéramos cumpliendo con un mandato. Pero para nosotros debe estar claro que nunca más abandonaremos estos territorios.» Debe-

mos enfatizar que «somos los libertadores», pero, en realidad, «es cuestión de dividir el pastel gigante para que, primero, podamos gobernarlo, en segundo lugar, administrarlo, y en tercer lugar, explotarlo».[35]

Hitler no se dejaba intimidar por el vasto territorio ni por los millones de súbditos que el Reich iba a incorporar. Sostenía que no sería muy difícil controlar a los pueblos de este amplio territorio. «Aprendamos de los ingleses que, con doscientos cincuenta mil hombres en total, incluyendo cincuenta mil soldados, gobiernan a cuatrocientos millones de indios. Rusia siempre debe estar dominada por los alemanes [...]. Tomaremos la parte sur de Ucrania, en especial, Crimea, y la convertiremos en una colonia exclusivamente alemana. No se hará ningún daño expulsando a la población que está allí ahora.» La población nativa no recibiría educación. «Nos conviene que la gente sepa solo lo suficiente como para reconocer las señales en las carreteras. En la actualidad no saben leer y debe seguir siendo así.» Los colonos alemanes serían fuertes «soldados-campesinos» formados como «soldados profesionales», preferentemente suboficiales. También había que encontrar espacio para los colonos nórdicos arios de Escandinavia y de los Países Bajos. Alemania construiría carreteras para llevar a los colonos y a los turistas alemanes a lo que, en última instancia, sería un «jardín del Edén» alemán.[36]

El 17 de julio, Hitler eligió a Rosenberg para dirigir un Ministerio del Reich aparentemente todopoderoso para los Territorios Ocupados del Este. Pero ese organismo era una cáscara vacía, tal como lo demuestra el hombre que eligió para dirigirlo. Muchos en la élite del partido consideraban a Rosenberg como un ideólogo y propagandista de cabeza confusa, sin ninguna base de poder en el partido o el Estado. En teoría, este nuevo puesto lo dejaba a cargo de todos

los asuntos en los Territorios Ocupados del Este. Pero, como ocurría con muchos cargos que en apariencia eran de poder, la autoridad de Rosenberg era un espejismo y estaba irremediablemente diluida en la de otros jefes y organizaciones nazis.

Rosenberg esperaba incorporar a otras nacionalidades en la lucha contra Moscú. Tratadas con bastante indulgencia pero bajo un estricto control alemán, podrían convertirse en valiosas aliadas en la guerra contra los bolcheviques. Himmler, cuyas SS y *Einsatzgruppen* operaban en todo el reino de Rosenberg, desdeñaba tales ideas y continuaba con una política de imponente brutalidad. Para Himmler y Heydrich, los eslavos eran enemigos raciales, seres inferiores que solo servían para ser exterminados o explotados de manera despiadada. Por su parte, Göring estaba decidido a aprovechar al máximo los recursos económicos de Oriente y a dejar morir de hambre a millones de eslavos en el proceso. En lugar de establecer algo que se asemejara, aunque no fuera más que remotamente, a una claridad administrativa o a una política coherente, se daba la batalla habitual de todos contra todos, ya que cada uno buscaba trabajar con el Führer de manera independiente. Hitler, que no tomaba en serio las ideas de Rosenberg, estaba, como siempre, bastante contento con este arreglo. No tenía intención de crear una serie de satélites eslavos cuasi independientes.

En cambio, lo seducían los fantásticos planes de Himmler de germanización del este. El Plan General Este, se jactaba Himmler, sería «el mayor ejemplo de colonización que el mundo haya visto jamás». Según este plan, presentado a Hitler en julio de 1942, alrededor de cuarenta y cinco millones de habitantes nativos de las áreas seleccionadas serían expulsados hacia lugares ubicados más al este. Treinta millones de ellos fueron catalogados por los expertos demo-

gráficos de las SS como «racialmente indeseables». En total, el 80 % de los polacos, el 64 % de los bielorrusos y el 75 % de los ucranianos serían expulsados; a los que se les permitiera permanecer los «germanizarían». La RSHA calculó que hasta diez millones de alemanes serían reasentados en todo el este en treinta años. Esta vasta región agrícola, salpicada de ciudades modernas conectadas por una vasta red de transporte, satisfaría las necesidades alimentarias de un imperio alemán ampliamente expandido hacia el futuro.[37]

Mientras tanto, el este ocupado por los alemanes sería gobernado con mano de hierro: los pueblos eslavos serían esclavizados, sus culturas reprimidas y sus intelectuales aniquilados. Se consideraba que una política de terror y represión sería más efectiva que el cultivo y la cooptación. Irónicamente, el enfoque de Rosenberg tenía un potencial mucho mayor que las políticas brutales adoptadas por sus poderosos rivales, pero las de estos estaban más alineadas con las de Hitler y, en última instancia, eso era lo que importaba.

Para enturbiar aún más las aguas, Hitler designó a comisarios especiales del Reich para las diferentes regiones que estaban bajo el control alemán. Todos eran de la línea dura y cada uno seguía sus propias políticas, haciendo caso omiso de lo que planteaban Rosenberg y su administración. Solo importaba la voluntad del Führer, y cada comisario la interpretaba como quería. Todos eran mezquinos tiranuelos, en su mayoría incompetentes, a veces corruptos, siempre salvajes. Sus políticas no estaban coordinadas y, si estaban subordinadas a alguna autoridad superior, no era a Rosenberg, sino a las SS de Himmler.[38]

A medida que la campaña rusa cobraba fuerza, los discursos públicos de Hitler y sus alocuciones dirigidas a los funcionarios del partido y del Estado se volvían más extremistas y apocalípticos. Hizo referencia en repetidas veces a su

profecía de 1939 de que, si los judíos empujaban de nuevo a los pueblos de Europa a una guerra mundial, «esta no terminaría en la derrota de esas naciones, sino en la aniquilación de la raza judía en Europa». Despotricó contra la «conspiración global judía» con ese odio obsesivo que resonó durante todo el régimen nazi. En los discursos del 19 y el 25 de octubre, y en los del 12 y el 18 de diciembre, mencionó de forma explícita el exterminio de los judíos y habló abiertamente al respecto con los estadistas extranjeros.[39] Goebbels y Otto Dietrich, jefe de prensa de Hitler, recibieron instrucciones de destacar «al enemigo mundial judío» en la propaganda nazi, cosa que hicieron con decidida vehemencia. Alemania no estaba luchando contra Inglaterra y Rusia, sino contra los plutócratas y bolcheviques judíos que controlaban ambos países.[40]

En esta atmósfera de paranoia y aversión, Hitler no necesitaba dar una orden directa para los asesinatos en masa. El genocidio estaba en el aire. Después de julio de 1941, Himmler y Heydrich, en efecto, procedieron como si el Führer les hubiera dado una orden directa —verbal, como era su costumbre— cuyo significado todos en el sistema nazi entendían, y en consecuencia, como plantea Ian Kershaw, se esforzaban en «trabajar para el Führer». Puede que no haya habido una sola orden de él, sino una acumulación de iniciativas homicidas de Hitler: los *Einsatzgruppen* , los comisarios políticos, las SS, la Wehrmacht, todo empujaba en una dirección mortífera derivada de la ideología nazi y de las propias obsesiones feroces del Führer.

Es probable que Hitler no tuviera una idea clara de cómo traducir su judeofobia radical en una acción sobre el terreno. Que los judíos debían abandonar toda Europa —esa era todavía la política nazi oficial en el verano y a principios del otoño de 1941— era algo claro, pero ¿cómo se lograría

esto realmente? La solución de ese problema recayó en el liderazgo de las SS. En octubre de 1939, Hitler nombró a Himmler comisario político del Reich para el Fortalecimiento de la Reserva Étnica Alemana en las áreas ocupadas, y en septiembre de 1941 amplió su autoridad de *Reichsführer* de las SS a toda la Rusia ocupada. Como vimos antes, Himmler delegó gran parte de esa autoridad en Heydrich y la RSHA, donde los especialistas de las SS ya estaban trabajando para encontrar una solución a la «cuestión judía».

El 31 de julio, Heydrich se reunió con Göring, quien en apariencia todavía estaba a cargo de la política judía. Esa autoridad se basaba en la afirmación del liderazgo de Göring en materia de política judía que databa de las secuelas de la Kristallnacht y que, como era habitual, nunca había sido oficialmente reemplazada. Heydrich redactó una carta, que logró que Göring firmara, en la que le transfería formalmente la autoridad para «hacer todos los preparativos necesarios» para una «solución total de la cuestión judía en la esfera de influencia alemana en Europa». Tenía que presentar un plan integral para una «solución final a la cuestión judía» y para coordinar la participación de todas las organizaciones del partido y del Estado que tuvieran jurisdicción en este tema.[41]

En ese momento, una solución final según lo previsto por la mayoría dentro de la dirección nazi seguía siendo la deportación: todos los judíos serían retirados de la esfera de influencia alemana y transportados a las heladas tierras de Siberia, donde, se suponía, era muy probable que perecieran. Pero Hitler y los jefes de las SS suponían que esto solo ocurriría después de la derrota de la Unión Soviética, algo que, en el verano y el otoño de 1941, aún no había sucedido. Mientras tanto, los funcionarios nazis en el este se quejaban ante Himmler de que no podían hacer frente a más trans-

portes de judíos para el «reasentamiento». Los guetos estaban desbordados y los campos especiales que las SS habían construido para que funcionaran como áreas de recepción temporal ya estaban llenos. Con las poblaciones judías más grandes de Europa bajo el control de los nazis y con un colapso soviético que aún no se vislumbraba, había que encontrar alguna solución a estos crecientes problemas. No hay indicios de que el genocidio, es decir, el asesinato sistemático en masa de todos los judíos europeos, fuera considerado como una solución posible en ese momento. Que cientos de miles de judíos, tal vez millones, morirían —¡y estaban muriendo!— no se consideraba el preludio de un programa de asesinatos más amplio. Pero eso estaba a punto de cambiar.

A finales del verano, los líderes regionales del Reich presionaban a Hitler para que cumpliera su promesa de expulsar a todos los judíos de Alemania y del Protectorado de Bohemia y Moravia. Los jefes nazis dentro del Reich también estaban pidiendo una orden que los obligara a usar algún tipo de distintivo, una estrella de David amarilla, como habían hecho en el este, para que la gente pudiera reconocerlos con facilidad. Goebbels fue particularmente vehemente en sus súplicas a Hitler en ambos puntos. Como *Gauleiter* de Berlín, esperaba que la capital del Reich se convirtiera en la primera ciudad alemana en ser declarada «libre de judíos». También encabezaba el coro de los funcionarios nazis que exigían que se obligara a los judíos alemanes a usar algún tipo de insignia. Los judíos, argumentaba, eran responsables del deterioro de la moral en el país, pues difundían rumores derrotistas y actuaban como «perturbadores del estado de ánimo». Una estrella amarilla con la palabra *Jude* en negro en su centro permitiría que todos los alemanes reconocieran a estos traficantes de rumores y derro-

tistas. En septiembre, Hitler finalmente aceptó tanto la estrella como un programa de deportación limitado del Reich y el protectorado. Los judíos alemanes serían detenidos, y las deportaciones al este comenzarían de inmediato. Como le dijo a Heydrich a principios de octubre, quería «sacar a todos los judíos del espacio alemán antes de fin de año».[42]

En la capital del Reich, estas primeras deportaciones se llevaron a cabo de forma organizada. Se requirió a los funcionarios de la comunidad judía de Berlín que ayudaran a compilar las listas de los deportados y se enviaron notificaciones, con el membrete de la Organización Judía de Berlín, a los que estaba previsto que «emigraran». Estos funcionarios judíos cooperaron creyendo que los elegidos no eran enviados a la muerte, sino reubicados en el este. En un lenguaje nada amenazante, las cartas informaban a sus aterrorizados destinatarios de la fecha programada para su partida y describían los pasos que se debían seguir. El equipaje, cuidadosamente etiquetado con los nombres, la dirección y el número de transporte, podía ser depositado en el punto de recolección, a menudo una sinagoga, dos días antes de la emigración. El día de la partida, sus viviendas serían selladas por la Gestapo, y los hombres, mujeres y niños judíos irían directamente al punto de encuentro. Se adjuntaba un folleto en el que se detallaban los artículos que se les permitía llevar: medicinas, ropa de abrigo, ropa interior, paraguas y ropa de cama, junto con utensilios de afeitar, todo para hacerles creer que el «reasentamiento» no era más que eso. Debían presentar ante las autoridades todos los documentos personales (certificados de nacimiento, matrimonio y defunción), al igual que todo el dinero en efectivo, joyas, libretas de ahorros, bonos y documentos financieros. También tenían que hacer un inventario de todas las posesiones y artículos del hogar que dejaban: muebles, equipamientos,

utensilios de cocina y otras pertenencias. Lo que se obtuviera por ellos, menos el pago de las facturas pendientes a compañías de servicios públicos, finalmente sería entregado al Estado. En este proceso, la Gestapo permaneció tanto como le fue posible en segundo plano, y los representantes —«auxiliares», se los llamaba— de la comunidad judía llevaron a cabo esta etapa inicial de la evacuación. La aparente cortesía del proceso tenía la intención de disipar los temores y garantizar la calma entre los ansiosos y temerosos, todos los cuales estaban condenados a un futuro breve y sin esperanza.[43]

Si bien este plan de evacuación era aceptado por los funcionarios nazis en el Reich, los dirigentes del este protestaban porque ya estaban desbordados de judíos y de otros «indeseables». Simplemente no había espacio para nuevos envíos. Himmler y Heydrich los tranquilizaban diciéndoles que no debían preocuparse y que la superpoblación en los guetos y las áreas de recepción se resolvería. Los judíos que ya se encontraban en las áreas de recolección serían fusilados para dejar espacio a los judíos alemanes. El gueto de Łódź sería el principal centro de recepción, pero no podía acoger a más de veinte mil judíos. Otros guetos, en especial en el este, se agregaron como centros de recepción para manejar la afluencia prevista. Los primeros transportes desde Viena con destino a Łódź salieron de la ciudad el 15 de octubre; un día después, los de Praga y Luxemburgo se dirigieron hacia el este, y el día 18 se produjo el primer transporte de judíos de Berlín. Para hacer lugar a los judíos alemanes, el 28 de octubre fueron asesinados cerca de diez mil habitantes del gueto de Kovno. En la primera semana de noviembre, partieron veinte transportes que llevaban a 19 593 judíos a las principales áreas de recolección de Riga, Kovno y Minsk. Muchos de los recién llegados nunca entraron en

los guetos. Al bajarlos del tren, los llevaban a los bosques cercanos y los fusilaban.[44]

Himmler, que seguía buscando una solución efectiva, se reunió a mediados de octubre con un nazi austríaco fanático que había sido oficial principal de la policía nazi en Polonia desde 1939, Odilo Globocnik, a la sazón jefe de las SS y de la policía del distrito de Lublin, que le hizo una propuesta radical. Sugirió que se construyera una cámara de gas estacionaria en Belzec, un cuartel de las SS en el distrito de Lublin del Gobierno General. Había consultado con personal del recientemente suspendido programa de eutanasia, y le sugirieron que, en lugar de monóxido de carbono, utilizaran un gas mucho más fuerte, Zyklon B, un plaguicida mortal de acción rápida, en cámaras de gas instaladas de forma permanente. La matanza sería mucho más eficiente, y el personal de las SS se liberaría del estrés psicológico que suponían los fusilamientos masivos. A Himmler le encantó la idea y se llevó a cabo una primera prueba en Auschwitz, que aún no era un centro de exterminio importante, y seiscientos prisioneros de guerra soviéticos fueron gaseados. Se consideró un éxito, y en noviembre de 1941 comenzó la construcción del campo de Belzec. Estaría funcionando a pleno rendimiento en marzo del año siguiente. Belzec sería la primera instalación de un nuevo sistema de campos de concentración distinto de los siete que ya operaban en Alemania. Su función no era la detención y el encarcelamiento de presos políticos, sino su exterminio físico.

Mientras estas operaciones de asesinato de las SS ganaban impulso, a finales de julio el avance del ejército alemán se desaceleró y comenzaron a aflorar los primeros signos de problemas. A pesar de sus increíbles triunfos, los alemanes empezaron a encontrarse lentamente con algunas realidades inquietantes. El rápido avance de sus fuerzas las había aleja-

do demasiado de los suministros y estaban encontrando serias dificultades logísticas. Los tanques se averiaban y las piezas de repuesto eran inadecuadas; la munición y el combustible escaseaban. El ancho de las vías de los ferrocarriles rusos y alemanes era diferente, y los trenes de suministro alemanes se veían obligados a detenerse y a trasladar su carga en los trenes rusos antes de continuar hacia el este. Era un proceso lento, y el avance se volvía más lento todavía por los ataques de los partisanos, que se estaban convirtiendo en una amenaza constante. Las carreteras tampoco eran lo que la inteligencia alemana había previsto. Las rutas que en los mapas aparecían como autopistas resultaban ser senderos angostos y pavimentados con piedras, mientras que los caminos secundarios a menudo eran poco más que senderos arenosos abiertos por el ganado que se convertían en lodo cuando llovía.

Los planificadores alemanes creían que habían evaluado de forma correcta la magnitud física de esas tierras, pero, cuando la Wehrmacht se sumergió en la vastedad en apariencia infinita de la Rusia occidental, se produjo un impacto psicológico profundamente perturbador en las tropas. Como recordaba un soldado de infantería alemán, en Ucrania «entramos en una tierra de horizontes ilimitados. Interminables estepas anchas y campos de cereales y de girasol bordeaban nuestro camino hacia el este». Marchando durante días bajo el sofocante calor del verano —una vez hicieron 60 kilómetros en menos de un día—, atravesaban un paisaje sin senderos, con cabañas abandonadas, tanques quemados, camiones volcados y «columnas interminables de prisioneros rusos con uniformes pardos gastados que avanzaban en la dirección opuesta». Era un mundo de «polvo, barro, calor abrasador, tormentas eléctricas y un espacio

abierto sin fin con apenas ocasionales grupitos de escasos árboles que se extendía hasta el horizonte».[45]

Las tropas rusas y su equipo tampoco eran lo que el Alto Mando Alemán había anticipado. Los alemanes lanzaron Barbarroja bajo el supuesto de que el equipamiento ruso, aunque abundante, era en gran medida obsoleto o de calidad inferior. En muchos aspectos, esto resultó ser cierto, pero, de todas maneras, las tropas se encontraron con sorpresas poco felices. Mientras la infantería alemana caminaba, un *Landser* («soldado de infantería», GI en la denominación estadounidense) recordaba: «Nos sorprendió lo bien motorizado que estaba el ejército soviético, ya que nuestra artillería estaba representada principalmente por equipos tirados por caballos que recordaban a los de la Primera Guerra Mundial».[46] Más amenazante, Halder presenció sin comentarios la llegada de un nuevo tanque pesado ruso al campo de batalla. Fue la primera aparición del T-34, el que sería el tanque más avanzado y efectivo de la Segunda Guerra Mundial.

La mayor sorpresa, sin embargo, fueron las propias tropas rusas: habían sido completamente aplastadas, la *Blitzkrieg* funcionaba de manual y, sin embargo, los soldados rusos no parecían entender que estaban siendo derrotados. Luchaban su tenacidad, incluso cuando tenían poca o ninguna esperanza de sobrevivir, y con su accionar infligían grandes pérdidas a los alemanes. Si bien los soviéticos padecían bajas horrendas, también las sufría la Wehrmacht. Para finales de julio, las pérdidas alemanas ya habían superado las que habían tenido en toda la campaña occidental, y las fuerzas alemanas aún no habían alcanzado sus principales objetivos operativos.[47]

A medida que el frente se adentraba más en el ilimitado paisaje ruso, miles de tropas enemigas dispersas quedaban

atrás. Muchos rezagados y pequeñas unidades se disolvían en los bosques y pantanos para reaparecer de manera repentina, realizar ataques sorpresa y volver a desaparecer muy por detrás de las líneas alemanas. Atacaban trenes de suministros y unidades de apoyo e interrumpían las comunicaciones, lo que creaba en los alemanes una extraña sensación de vulnerabilidad al estar rodeados por un extraño y hostil entorno en el que los peligros los acechaban en todas partes.[48]

El último día de agosto, un depósito de mapas alemán del Sexto Ejército se estaba instalando en un *vivac* en un pueblo no lejos de la carretera de Kórosten a Kiev. Los alemanes estaban seguros y cómodos muy atrás de las líneas del frente, confraternizando con la gente del lugar. Al anochecer, los rusos comenzaron a retirarse a sus casas, dejando las calles casi desiertas. Luego llegó el ruido «atronador de caballos al galope y una nube de polvo que se elevaba hacia el sur». De repente, recordaba un soldado alemán «estaban sobre nosotros [...], como en una película estadounidense del salvaje oeste [...], robustos caballos pequeños que atravesaban al galope nuestro campamento. Algunos de los rusos usaban metralletas, otros blandían sables. Vi a dos hombres muertos por el sable a menos de 10 metros de mi posición [...]. ¡Increíble! ¡Ochenta años después de Sadová! [La batalla clave de la Guerra Austro-Prusiana de 1866.] Habían remolcado varias de esas pesadas ametralladoras de dos ruedas; después de unos minutos, comenzaron a oírse silbidos y los jinetes desaparecieron; los de las ametralladoras comenzaron a dispararnos a distancias muy cortas [...]. Pronto, las tiendas y los camiones estaban ardiendo, y de su interior surgían los gritos de los heridos atrapados en las llamas».[49]

Por más desconcertantes que fueran estos ataques partisanos, Hitler reaccionó ante ellos con su ferocidad caracte-

rística. Cuando Stalin hizo un llamamiento a los soldados del Ejército Rojo el 3 de julio para que comenzaran una guerra partisana, una guerra de guerrillas, Hitler lo recibió como una oportunidad para aumentar la violencia. «Esta guerra partisana nos da una ventaja al permitirnos destruir todo lo que aparezca en nuestro camino [...]. En esta vasta área, la paz debe imponerse lo más rápido posible y, para lograrlo, es necesario ejecutar incluso a todo aquel que no nos mire directo a los ojos.»[50]

A pesar de los crecientes y cada vez mejor organizados ataques partisanos, la impresionante cadena de victorias alemanas continuó hasta finales del verano de 1941. En las últimas semanas de julio, Smolensk cayó ante el ataque del Ejército del Centro. Durante la batalla, que duró un mes, los soviéticos sufrieron numerosas bajas, incluida la pérdida de trescientos mil prisioneros y de unos tres mil tanques y armas. Se creyó que esa victoria abriría el camino a Moscú, que Hitler finalmente parecía considerar como viable. En este punto, habían cesado las conversaciones acerca de la eliminación de la Unión Soviética como paso preliminar para la batalla final con Gran Bretaña. La guerra contra Rusia lo consumía todo. Un golpe de gracia contra Moscú parecía algo razonable. Pero, a principios de agosto, Hitler desvió las fuerzas de Rundstedt hacia el sur, hacia Kiev. Si bien los generales lamentaban esta decisión, los resultados fueron espectaculares. El Ejército del Sur tomó cien mil prisioneros en la aislada Uman, cerca de Kiev, e infligió 700 544 bajas al muy superado Ejército Rojo. En la lucha en Kiev y sus alrededores, fueron aniquilados cinco ejércitos de campaña soviéticos. Según Hitler, fue «la batalla más grande en la historia mundial», una batalla que consolidó su autoproclamado estatus como «el comandante de campo más grande de todos los tiempos».[51]

Hitler estaba de buen ánimo. Hablaba con entusiasmo acerca de volver a poner la economía en los niveles de los tiempos de paz y transferir varias divisiones del Ejército del Este a Europa Occidental. Se sintió justificado en su batalla con los generales. Pero los generales, aunque satisfechos con el éxito en estas operaciones, seguían teniendo muchas reservas. Hitler salía felizmente a flote de todas las dificultades, pero las espectaculares victorias de la Wehrmacht en junio y julio enmascaraban una serie de problemas cada vez más serios. Los soviéticos sufrían bajas casi incomprensibles, pero, al mismo tiempo, causaban grandes pérdidas a su enemigo alemán. El 20 de julio, Halder tuvo que reconocer que «las costosas batallas que involucran a algunos grupos de nuestras fuerzas blindadas, en las que las divisiones de infantería que llegan del oeste solo pueden participar muy lentamente, junto con la pérdida de tiempo debida a las malas carreteras, que restringen los movimientos, y el cansancio de las tropas que marchan y combaten sin descanso han puesto un freno a todos los cuarteles generales superiores». [52]

En agosto, las pérdidas alemanas habían alcanzado niveles alarmantes, y el vapuleado Ejército Rojo aún no mostraba señales de colapso. Halder tuvo que admitir que «toda la situación deja cada vez más claro que hemos subestimado al coloso ruso», que, de manera consistente, se preparó para la guerra «con esa determinación absolutamente despiadada tan característica de los Estados totalitarios», añadió sin rastros de ironía. Al comienzo de la guerra, «contábamos con unas doscientas divisiones enemigas. Ahora ya hemos contado trescientas sesenta. Sus divisiones, de hecho, no están armadas y equipadas de acuerdo con nuestros estándares, y su liderazgo táctico a menudo es pobre. Pero ahí es-

tán. Y, si aplastamos a una docena, los rusos simplemente ponen otra docena».[53]

Los alemanes estaban comenzando a sentir los efectos alarmantes de una evidente escasez de hombres. Se había hecho una planificación para una guerra breve y se había pensado poco en la cuestión de los reemplazos y el reabastecimiento. Aunque la cantidad de divisiones desplegadas en el Frente Oriental aumentó de cuarenta y tres a ciento setenta y nueve —un número impresionante cuando Hitler estudiaba el mapa de situación—, muchas eran solo divisiones nominales. En realidad, las tropas en la región oriental se reducían a setecientos cincuenta mil hombres desde el comienzo de la campaña. Algunas compañías consistían en no más de diecisiete hombres; los cabos eran presionados para que asumieran posiciones de mando y los reemplazos no podían llenar los huecos de modo adecuado. Las enormes pérdidas alemanas sufridas en el primer año de la campaña rusa llegarían a cerca de un millón trescientos mil hombres (excluyendo a los enfermos), el 40 % de todo el personal del Ejército del Este, que era de tres millones doscientos mil hombres.[54] «Ciertamente», reconoció de manera sombría Halder a finales de noviembre, «el ejército, tal como existía en junio de 1941, no volverá a estar disponible para nosotros».[55]

Aun así, Hitler se mantenía confiado. «Si el clima permanece a medias favorable» se jactó ante Goebbels, «el ejército soviético será esencialmente demolido en catorce días».[56] Pero, a medida que avanzaba la campaña rusa, las prioridades cambiantes de Hitler, su intromisión en las operaciones cotidianas y su espantosa indecisión contribuyeron a aumentar el creciente resentimiento entre los generales que estaban al mando. Halder se quejó de que la «interferencia perpetua de Hitler en asuntos cuyas circunstancias no com-

prende se está convirtiendo en un flagelo que al final será intolerable».[57]

La dirección de la campaña estaba pasando del Alto Mando del Ejército al OKW, con Hitler como líder y con el obediente Alfred Jodl como jefe de operaciones. Muchos comandantes del ejército, sobre todo del OKH, insistían en que había llegado el momento de posicionar las fuerzas disponibles para atacar Moscú, ataque que durante mucho tiempo habían considerado decisivo para ganar la guerra. Para ellos, era cada vez más obvio que la Wehrmacht ya no podía sostener tres ofensivas separadas y que debía organizar sus recursos para un avance concentrado sobre la capital rusa. La clave del éxito, creían, era el Ejército del Centro, cuyas operaciones, suponían, serían entonces dirigidas hacia Moscú.

Pero Hitler aún estaba decidido a privar al Ejército Rojo de recursos esenciales en el Báltico y en Ucrania, y a mediados de agosto, Brauchitsch y Guderian lo abordaron en forma directa para insistir en una campaña concentrada sobre Moscú. Hitler se mantuvo inamovible. El 21 de agosto, Jodl, que actuaba cada vez más como un simple enlace entre Hitler y el Alto Mando del Ejército, transmitió un mensaje del Führer a sus nerviosos generales que afirmaba de forma inequívoca que la propuesta del ejército para «la estrategia futura en el este no se ajusta a sus puntos de vista». Su mensaje repetía luego que el objetivo más importante de la campaña no era Moscú y destacaba que «era más importante, antes del comienzo del invierno, llegar a Crimea y la cuenca del Donetz, en el sur, y cortar el suministro de petróleo ruso en la zona del Cáucaso». Mientras tanto, el Ejército del Centro debía detenerse y tomar una posición defensiva, mientras dos de sus grupos blindados eran enviados a reforzar el Ejército del Sur y el Ejército del Norte.

Moscú seguía ocupando un distante tercer lugar en el pensamiento de Hitler.[58]

Sin duda, Halder expresaba la reacción del Alto Mando del Ejército cuando señaló —aunque en privado— «lo absurdo de las órdenes de Hitler».[59] Advirtió que provocarían «una dispersión de las fuerzas [alemanas] y llevarían a la paralización de esa operación decisiva». La situación «creada por la interferencia del Führer es insoportable [...]. Nadie, salvo el propio Führer, es culpable del curso en zigzag que causan sus sucesivas órdenes».[60] Después de un frustrante período de parloteos sobre el curso estratégico apropiado, Jodl explicó que el Führer «tiene una aversión instintiva a seguir el mismo camino que Napoleón. Moscú le produce sensaciones siniestras». Tratando de tranquilizar a los cada vez más frustrados comandantes del ejército, Jodl argumentó sin convicción que «no debemos tratar de obligarlo a hacer algo que vaya en contra de sus convicciones internas. Su intuición en general ha sido correcta. Eso no se puede negar».[61]

Después de demorarse durante gran parte de agosto e incapaz de decidirse sobre la siguiente fase, a principios de septiembre Hitler por fin estuvo de acuerdo con un ataque directo a Moscú. De ninguna manera había abandonado su punto de vista de que la clave de la victoria estaba en el estrangulamiento económico del régimen soviético, pero las campañas, tanto en el norte como en el sur, no habían dado la victoria decisiva que él había anticipado, y con el invierno ya casi sobre ellos, la toma de Moscú, como sus generales habían sostenido desde el principio, podría proporcionar el rápido final que él deseaba. Era una carrera contra el tiempo. La nueva operación comenzó el 3 de septiembre, y la Wehrmacht avanzó con una serie de victorias impresionantes que hacían recordar a las del mes de junio. A media-

dos de octubre, elementos de avanzada de la 10.ª División Panzer se encontraban a 110 kilómetros de las afuera occidentales de Moscú, y el 19 de octubre se declaró el estado de sitio en la ciudad. En la primera semana de diciembre, patrullas alemanas de reconocimiento afirmaron que a lo lejos podían ver las agujas del Kremlin.

Pero la Wehrmacht ya no era la misma. Sus equipos estaban en mal estado, las provisiones de combustible y alimentos, reducidas, las bajas eran altas, y los reemplazos, insuficientes. La otrora poderosa Luftwaffe estaba severamente dañada como resultado de una logística deficiente y de un clima severo que en gran medida impedía las operaciones aéreas. De los más de tres mil aviones disponibles al principio de Barbarroja, para finales de julio solo quedaban mil, y apenas quinientos estaban en funcionamiento a finales del otoño.[62] La moral de las tropas sobrecargadas también era baja. Semanas de combates casi continuos las habían desanimado. Ya a mediados de agosto, un sombrío informe del Ejército del Sur advertía que los recientes éxitos rusos habían sido menos el resultado de un «cambio en la situación del enemigo que una consecuencia de la modificación de las capacidades de nuestras propias tropas. La pura verdad es que están agotadas y han sufrido grandes pérdidas».[63] Esa sensación de creciente pesimismo también comenzó a notarse en el frente interno. «La esperanza de un rápido colapso del bolchevismo ha dado paso a la convicción de que la Unión Soviética no puede ser derrotada mediante una guerra ofensiva en su forma actual, sino por una guerra de desgaste cuyo final dista todavía de estar próximo.»[64]

En octubre, la actividad ofensiva se vio ralentizada por el clima; primero, por las fuertes lluvias y el barro; luego, por la densa nieve de noviembre, y, a continuación, por el ulular de las ventiscas de diciembre. Y, siempre, el frío penetrante

e implacable. Las fuerzas alemanas estaban mal preparadas para una guerra de invierno. En noviembre, con temperaturas de -20°, -25° o incluso más bajas, los equipos se congelaban, los motores se quebraban, había que hacer fuego debajo de los tanques para ponerlos en marcha, el café se congelaba en los jarros e incluso las funciones corporales básicas se convertían en un tormento. Los rusos habían llevado a cabo una política de tierra arrasada en los accesos a Moscú, y los alemanes que avanzaban quedaban aislados con sus ligeros y poco abrigados uniformes de verano, lo que los obligaba a agruparse en trincheras para escapar de los gélidos vientos. Las tropas alemanas rellenaban sus uniformes con papel a modo de aislante y robaban la poca ropa que podían de la población local; muchos se envolvían las botas con periódicos y trapos. A finales de noviembre, la temperatura bajó a -45° y, para Navidad, cien mil hombres habían caído víctimas del congelamiento, más de los que se perdieron por las heridas de combate.[65]

En octubre, antes de que comenzara el invierno ruso, los comandantes de la Wehrmacht presionaron a Hitler para que hiciera un llamamiento público al pueblo alemán para que donara ropa de invierno —gorras, guantes, abrigos, jerséis— para las tropas. Pero Hitler se negó por temor a que eso diera a entender que la guerra continuaría durante el invierno, algo que, por otro lado, sus generales ya sabían que sucedería. Cuando, en enero de 1942, el régimen finalmente solicitó donaciones de ropa de invierno, una población alemana sorprendida respondió con celo patriótico, pero surgieron preguntas inquietantes: ¿por qué el régimen había esperado tanto tiempo?, se preguntaban. Seguramente, aquel pedido habría sido más efectivo si se hubiera hecho en septiembre o incluso en octubre. ¿Por qué el ejército no había previsto esto? La Gestapo informó de que la moral

alemana en el frente interno había decaído a causa de la campaña inesperadamente larga y mortal en el este y por los implacables bombardeos británicos a las ciudades del oeste de Alemania.[66]

Bien equipado con ropa de invierno y sin inmutarse por el clima severo, el Ejército Rojo lanzó furiosos contraataques locales que produjeron importantes bajas en las agotadas tropas alemanas. Aun así, la ofensiva alemana, llamada «Operación Tifón», siguió adelante. Pero fue severamente obstaculizada por las pérdidas en el cuerpo de oficiales. Durante los primeros dos años de guerra, mil doscientos cincuenta y tres oficiales habían muerto en acción; entre el lanzamiento de Barbarroja, en junio de 1941, y marzo de 1942, ese número se disparó a quince mil, y el porcentaje más alto era el de los oficiales de combate de menor rango.[67]

Hitler se negó a dar crédito a tales informes nefastos y rechazaba cada vez más los consejos de sus principales comandantes. En una ocasión, cuando se enfrentó a las cifras alarmantes de producción de tanques rusos, cayó presa de una furia titánica y ordenó que el oficial que había compilado estos números «derrotistas» fuera silenciado. Halder, quien estaba presente en esa reunión, comentó que cuando Hitler «se salía de sus casillas, no era un ser racional [...]. Le salía espuma por la boca y me amenazó con los puños. Cualquier conversación racional era inplanteable».[68] Si una acción fallaba, cualquiera que fuera la causa, era porque los comandantes a cargo no habían cumplido sus órdenes. Enfadado por la incapacidad de Brauchitsch para ejecutar sus órdenes, relevó al general de su mando en noviembre y asumió él mismo la conducción del ejército. Frustrado por el lento avance del Ejército del Sur, a principios de diciembre también destituyó al general Rundstedt, el conquistador de Rostov, por su aparente incapacidad para mantener la ciu-

dad. Ambos hombres eran oficiales muy respetados, y su despido fue acogido con preocupación por parte del *establishment* militar y del pueblo alemán. La asunción de Hitler del mando del ejército, que completó el control nazi de los militares, fue recibida con entusiasmo en el frente interno, aunque con inconfundibles matices de preocupación acerca de la situación en el frente oriental, que parecía mucho más grave de lo que se comunicaba oficialmente.[69]

Hitler no quería oír malas noticias. Como observó el mariscal Eric von Manstein, héroe de la campaña en Occidente y a la sazón comandante del 8.° Ejército del Sur, «Hitler estaba [...] poco dispuesto a aceptar informes o minimizaba las afirmaciones sobre las deficiencias del enemigo y se refugiaba en interminables recitados de cifras de producción alemana». Cuando eso no producía la impresión deseada, recurría a lo que para él era la clave de la victoria: la voluntad, su voluntad; creía, «solo tenía que traducirse en la fe hasta del soldado raso más joven para que se confirmara lo correcto de sus decisiones y se garantizara el éxito de sus órdenes». Tal creencia en su «misión», concluía Manstein, lo había hecho «impermeable a la razón» y lo llevó a «pensar que su propia voluntad podía operar incluso más allá de los límites de la dura realidad». Simplemente, en el mundo de Hitler no había lugar para el más mínimo resquicio de fracaso y cualquier intento por penetrar la burbuja de su imaginación delirante estaba condenado al fracaso.[70]

Mientras la Wehrmacht luchaba por avanzar, Heydrich había completado su proyecto para la «solución final del problema judío». El 29 de noviembre de 1941 invitó a un pequeño grupo de funcionarios del partido, del Estado y de la policía a una reunión secreta para el 9 de diciembre, cuyo

fin era discutir asuntos relacionados con la política judía. En esta conferencia, en Berlín, presentó su plan y confirmó la absoluta autoridad de las SS sobre este. Pero la reunión debió ser pospuesta por los acontecimientos del 5 de diciembre, que cambiaron profundamente la dinámica de la guerra: los soviéticos, impulsados por refuerzos de Siberia y el Lejano Oriente, lanzaron una enorme contraofensiva cerca de Moscú que tomó por sorpresa a los diezmados alemanes. Con la capital soviética en la mira, los alemanes, sorprendidos, retrocedieron en una retirada frenética, mientras el Ejército Rojo empujaba a una Wehrmacht al borde de sus posibilidades a retroceder más de 150 kilómetros. Con pocas reservas disponibles, la situación era desesperante. Hitler emitió la orden de mantenerse firmes y, después de ceder terreno, los alemanes pudieron establecer posiciones defensivas fuertes; a principios de enero, las líneas se estabilizaron y se mantuvieron. Moscú —y la Unión Soviética— estaban a salvo.[71]

Pero otros sucesos que estaban ocurriendo en el mundo, y que en apariencia no estaban relacionados con los acontecimientos en Europa, fueron los que transformaron lo que hasta entonces habían sido dos conflictos separados —la Guerra Chino-Japonesa y la guerra de Hitler en Europa— en una guerra global de dimensiones colosales. El ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre hizo que finalmente los Estados Unidos entraran en el conflicto, y cuatro días después, Hitler, para sorpresa de muchos y consternación de sus comandantes del ejército, decidió honrar las obligaciones de Alemania con su aliado del Eje y le declaró la guerra a los Estados Unidos. Lejos de estar preocupado, Hitler estaba encantado: «No podemos perder la guerra en absoluto; ahora tenemos un aliado que nunca, en tres mil años, ha sido conquistado».[72] Los comandantes navales nazis estaban

encantados: los Estados Unidos, argumentaban, habían estado involucrados en una guerra no declarada contra el Reich durante casi dos años y la ayuda estadounidense a Gran Bretaña había sido la mejor esperanza de Churchill para ganar la guerra. En ese momento, por fin, los submarinos alemanes podían lanzarse a devastar el transporte marítimo británico y estadounidense.

Hitler esperaba que la atención de los Estados Unidos se centrara en la guerra en el Pacífico y parecía dudoso que pudieran librar dos guerras en frentes que se encontraban a miles de kilómetros de distancia. Además, les tomaría al menos otro año movilizar completamente su economía. La decisión de declarar la guerra también tuvo profundas implicaciones para la política judía. Hitler estaba convencido de que a Roosevelt lo controlaba una camarilla de judíos de Wall Street, y por eso había creído que podría usar a los judíos como rehenes para mantener a los Estados Unidos fuera de la guerra. Pero eso ya no importaba; ya no había razones para ser moderados, y la furia total del Estado nazi ahora podría dirigirse sin restricciones contra los judíos de Europa.

La derrota alemana ante Moscú puso fin a la fase *Blitzkrieg* de la guerra. La rápida victoria sobre la Unión Soviética que Hitler había prometido había sido esquiva, y Alemania se enfrentaba ahora a una guerra con las dos potencias económicas más grandes del mundo. Muchos, incluso dentro del ejército, estaban llegando a la incómoda conclusión de que, al final, Barbarroja había sido demasiado ambicioso. Si bien la Wehrmacht todavía era capaz de ganar batallas, y a veces con resultados espectaculares, era incapaz de ganar una guerra de proporciones mundiales. La lucha a vida o muerte que Hitler había proclamado antes de Barbarroja se cernía ahora sobre el pueblo alemán, y para ellos, al igual

que para los judíos de Europa, había señales de que se aproximaba el fin del mundo.

16

Holocausto y guerra total

En el terrible invierno de 1941-1942, dos ejércitos exhaustos se enfrentaron en un paisaje helado de nieve y hielo. La ofensiva invernal soviética ganó terreno en diciembre y enero, pero se detuvo en febrero; durante el largo y oscuro invierno, el Frente Oriental no registró ninguna acción significativa. Ambos ejércitos se estaban recuperando, reponiendo suministros, esperando la primavera y el regreso del buen clima para reanudar la campaña. En el norte de África, el general Erwin Rommel atravesaba el desierto con su Afrika Korps rumbo a Egipto, poco equipado y con menos hombres de los necesarios. Casi llegó a Alejandría antes de ser obligado a retroceder, mientras que, en el Atlántico Norte, los submarinos alemanes estaban hundiendo naves de los Aliados a una velocidad alarmante. Para los submarinistas alemanes fue su «segundo momento feliz»; el primero había sido en los meses iniciales de la guerra, en 1939-1940, cuando hundieron casi un millón y medio de toneladas de

embarcaciones de los Aliados. Pero, para Hitler, el norte de África solo era un episodio lateral y, aunque seguía la batalla del Atlántico con satisfacción, consideraba que la verdadera guerra estaba en el este, donde el destino del Tercer Reich pendía de un hilo. Y, mientras una incómoda calma se cernía sobre las operaciones militares allí, la guerra de Hitler contra los judíos se intensificó de manera drástica para entrar en una nueva fase aún más monstruosa.

El 20 de enero de 1942, mientras una ligera nevada caía de un cielo nublado y sombrío, quince hombres —funcionarios del partido y del Estado nazis— comenzaron a llegar a una imponente villa frente al lago en el elegante suburbio de Wannsee, en Berlín. Estaban allí por invitación de Reinhard Heydrich, jefe de la RSHA, para analizar los avances de la política judía nazi. En octubre, Hitler había designado a Heydrich como protector del Reich en Bohemia y Moravia. El Protectorado tenía un papel particularmente importante en los planes nazis para el este; a diferencia de los otros territorios conquistados, dadas su industria de municiones altamente desarrollada y su provisión de trabajadores calificados, sería incorporado al Gran Reich Alemán al final de la guerra. El nombramiento de Heydrich marcó una radicalización de la política nazi. Heydrich estaba decidido a aplastar cualquier indicio de resistencia y a aplicar en forma estricta las políticas raciales nazis. El Protectorado debía quedar limpio de indeseables raciales antes de ingresar al Gran Reich Alemán, y Hitler creía que Heydrich era el hombre ideal para hacerlo.

Entre los presentes que charlaban y almorzaban ese mediodía en el bufet, estaban Heinrich Müller, jefe de la Gestapo; Josef Bühler, secretario de Estado de Hans Frank en el Gobierno General; Wilhelm Stuckart, coautor de las Leyes de Núremberg y secretario de Estado del Ministerio del In-

terior; Roland Freisler, del Ministerio de Justicia; Erwin Neumann, del Plan Cuatrienal; Martin Luther, del Ministerio de Relaciones Exteriores; el *Sturmbahnführer* (comandante de la unidad de asalto) de las SS Rudolf Lange, comandante de la Policía de Seguridad y de la SD en Letonia, y otros muchos funcionarios de las SS y del partido. Ni Hitler ni Himmler estuvieron presentes. Era un asunto de Heydrich, y él presidía la reunión y dominaría el acto. Su adjunto, Adolf Eichmann, de la sección judía de la RSHA, hizo los preparativos y se encargó de tomar notas.

Desde el comienzo estuvo claro que la reunión tenía dos propósitos. Como primer punto del orden del día, Heydrich revelaría por primera vez su plan para la «solución final de la cuestión judía» y, en segundo lugar, afirmaría su total autoridad sobre ese plan. Este debía ser ejecutado por las SS, y las diversas agencias del partido y del Estado allí representadas debían comprometerse a cooperar plenamente con sus requerimientos. Algunos de los presentes se sorprendieron por la fuerza de los comentarios de Heydrich, pero no todos. Josef Bühler llegó a Wannsee sabiendo muy bien qué podía esperar. Había sido informado en diciembre y había informado a su vez a Hans Frank, cuyo Gobierno General, en palabras de Frank, se estaba convirtiendo en un vertedero abarrotado de judíos indeseables. Algo debía hacerse. El 16 de diciembre, Frank lo explicó a un grupo de altos funcionarios del Gobierno General.

> Seré franco con ustedes [...] en cuanto a los judíos. [...] Deberán ser eliminados de una forma u otra [...]. Sé que muchas de las medidas que ahora se toman contra los judíos en el Reich son criticadas. Está claro por los informes acerca de la opinión pública que hay acusaciones de crueldad y dureza [...]. Como viejo nacionalsocialista, debo decir que, si el clan judío sobreviviera a la guerra en Europa mientras nosotros sacri-

> ficábamos nuestra sangre más valiosa en defensa de Europa, entonces esta guerra solo representaría un éxito parcial. Con respecto a los judíos, por lo tanto, solo operaré bajo el supuesto de que desaparecerán. Deben irse [...]. Pero ¿qué pasará con los judíos? ¿Se imaginan que en realidad se establecerán en las aldeas del *Ostland* [tierras del Este]? [...]. Debo pedirles que se armen contra cualquier sentimiento de compasión. Debemos exterminar a los judíos donde sea que los encontremos.

Eso ocurriría con métodos que estaban más allá del marco del proceso legal. «Uno no puede seguir aplicando los puntos de vista de siempre a eventos tan gigantescos y únicos.» En ese momento había tres millones y medio de judíos en el Gobierno General, y Frank estaba ansioso por deshacerse de ellos. Estaba claro, dijo, «que no podemos fusilar a estos tres millones y medio de judíos ni podemos envenenarlos, pero debemos ser capaces de intervenir de algún modo para que, de una manera u otra, logremos un exterminio exitoso». El Gobierno General «debe estar tan libre de judíos como lo está el Reich».[1]

Heydrich abrió la reunión enfatizando en términos muy claros que el *Reichsmarschall* (mariscal del Reich) Göring, con la aprobación del Führer, le había encargado que dirigiera la política judía del régimen. El segundo mensaje de la reunión era establecer la autoridad de la RSHA sobre todos los posibles contendientes. Se esperaba que las diferentes agencias que serían convocadas reconocieran su subordinación a las SS y se comprometieran a cooperar. Se pondría orden en la hasta ese momento azarosa política judía del régimen. La iniciativa local daría paso a un plan centralizado con un aparato para ejecutarlo.

Aunque hubo algunas quejas alrededor de la mesa y leves aseveraciones de que existía una preeminencia burocrática

en algún aspecto de la política judía, esas voces fueron rápidamente silenciadas por el suave pero intimidante comportamiento de Heydrich. Luego procedió a delinear la «solución final» que había desarrollado. No se hablaría más de emigración. En cambio, los judíos de Europa serían «evacuados hacia el este» —una solución adoptada «con el permiso previo del Führer»—, y no solo los judíos que en ese momento estaban bajo el control alemán, sino también los de toda Europa, desde Gran Bretaña pasando por Suiza y Suecia, y hasta España, en total once millones. Europa sería barrida por completo de oeste a este y los judíos serían trasladados por etapas, primero a guetos de tránsito, para luego ser transportados más hacia el este. El Ministerio de Relaciones Exteriores, trabajando en conjunto con la Policía de Seguridad y la SD, se ocuparía de establecer las autoridades locales apropiadas. Aunque en las actas de la reunión predominaron los eufemismos burocráticos, sus oyentes entendieron claramente que «evacuación» significaba «exterminio». Las Leyes de Núremberg serían la base del proceso de selección, pero la definición de quién era judío se ampliaría de modo significativo. Debido a la grave escasez de mano de obra en el Reich, los judíos aptos para el trabajo serían asignados a trabajos forzados para que construyeran carreteras en el este, lo que, según Heydrich, en gran medida reduciría su número. No dio más detalles sobre el destino de los otros, la gran mayoría, pero eso apenas si importaba. Los judíos mayores de 65 años o los que tuvieran condecoraciones militares serían evacuados al «gueto de ancianos» recién construido en Theresienstadt, en Bohemia, que se mostraría al mundo como un campo de concentración modelo. Varios de los presentes, al parecer incómodos con el frío plan Heydrich para el asesinato en masa, propusieron a cambio la este-

rilización masiva de los judíos, pero sus sugerencias no fueron consideradas.

La gigantesca escala del plan de evacuación de Heydrich claramente presuponía una victoria militar alemana, cosa que, en el invierno de 1941-1942, era cualquier cosa menos segura. La plena realización de la «solución final» tendría que esperar hasta que terminara la guerra. Bühler, sin embargo, insistió en que la situación en el Gobierno General hacían que fuera imperativo realizar una acción urgente y argumentó que se podrían tomar medidas inmediatas, ya que el transporte no era un problema. Tres millones de judíos ya estaban allí, concentrados en guetos atestados y superpoblados, y podían ser transportados con facilidad. Heydrich estuvo de acuerdo, y con eso concluyó la reunión. No se permitió que se tomaran más notas que las actas de Eichmann. Después, los participantes permanecieron allí, algunos sentados en pequeños grupos, mientras los camareros servían coñac; aparecieron cigarros y se generó un clima de camaradería. El destino de los judíos de Europa había sido sellado en solo noventa minutos.[2]

En el Gobierno General, el asesinato masivo de judíos comenzó casi de inmediato.[3] Las SS ya habían tomado medidas en ese frente a finales de 1941, con fusilamientos masivos, deportaciones a campos de exterminio y trabajos forzados. El campo de exterminio de Belzec, que estaba en construcción desde noviembre de 1941, abrió sus puertas el 17 de marzo de 1942, cuando un transporte de entre cuarenta y sesenta vagones llegó lleno de judíos del área de Lublin. Este fue el primer campo de exterminio en entrar en funcionamiento y, en muchos sentidos, sirvió de modelo para los demás. Belzec se encontraba a unos 500 metros de una estación de ferrocarril, que estaba equipada para parecer una estación común de una ciudad pequeña, con horarios y avi-

sos de viaje expuestos por doquier. El campo estaba dividido en dos partes: a un lado había un área de recepción con dos barracones, uno para desvestirse y donde a las mujeres se les cortaba el pelo, y otro para guardar la ropa y el equipaje. Lo llamaban «el guardarropa». El Campo II contenía las cámaras de gas y las fosas comunes, y dos barracas para las cuadrillas de trabajo de judíos, uno para vivienda y otro que contenía una cocina. Las cámaras de gas estaban rodeadas de abedules y tenían redes de camuflaje en el techo. Los conectaba un sendero angosto de unos 75 metros de longitud llamado «el tubo». Los judíos eran conducidos a lo largo de este sendero desde los barracones, donde se desvestían en el Campo I, hasta las cámaras de gas, en el Campo II. Un poderoso motor de tanque diésel estaba instalado fuera de las cámaras, y sus gases de escape alimentaban el interior de esos cuartos cerrados. Un letrero en la entrada decía: «A las salas de inhalación y baño». Delante del edificio se habían plantado alegres geranios rojos. Como una broma cruel, se había colocado una Estrella de David en el techo.[4]

Un testigo del procedimiento describió lo que sucedía cuando un cargamento de judíos llegaba al campo. Llegaban a la estación cuarenta y cinco vagones de ganado que transportaban a seis mil setecientas personas, mil cuatrocientas cincuenta de las cuales habían muerto en el trayecto. Los guardias ucranianos, armados con látigos de cuero, abrían las puertas y la carga humana salía hacia la rampa. Un altavoz grande gritaba instrucciones. Los prisioneros debían desnudarse por completo y quitárselo todo, incluidas las prótesis y las gafas. Los zapatos debían estar atados por pares antes de ser arrojados a una pila de zapatos de 25 metros de altura. Luego, a las mujeres y niñas se les cortaba el pelo; los mechones caídos se metían en bolsas de patatas para ser utilizados como aislamiento en submarinos. De ahí, la pro-

cesión de hombres, mujeres, niños, lisiados y ancianos era llevada «por el tubo». El hombre de las SS que estaba a cargo trataba de calmarlos. Explicaba con dulzura que «bueno, naturalmente, los hombres tendrán que trabajar, construir casas y caminos, pero las mujeres no necesitarán trabajar. Solo si lo desean, pueden hacer tareas domésticas o ayudar en la cocina». Pero el olor, la oscuridad siniestra del bajo edificio y los guardias ucranianos hacía que los judíos se resistieran. Vacilaban, pero entraban en las cámaras de la muerte empujados por los que estaban detrás de ellos o por los látigos de cuero de las SS, la mayoría sin decir una palabra. «Una judía de unos 40 años, con los ojos brillantes, maldice a los asesinos. Recibe cinco o seis latigazos con la fusta de montar del capitán Wirth [comandante de la operación], que se los propina personalmente, y luego desaparece en la cámara. Mucha gente reza.»

Las cámaras estaban llenas al máximo: de ocho a nueve personas por metro cuadrado, es decir, entre setecientas y ochocientas personas tan apretadas que no podían ni moverse ni caerse ni inclinarse. La gran puerta de acero se cerraba de golpe y el motor diesel se ponía en marcha. Fuera de los gruesos muros se oían sollozos, oraciones. A través de una mirilla, los hombres de las SS podían ver los últimos estertores.

En veinticinco minutos, la cámara quedaba finalmente en silencio. Las puertas se abrían y un grupo especial de trabajo de la prisión (un *Sonderkommando* [comando especial] compuesto por prisioneros judíos) entraba para vaciar la tumba. «Los muertos permanecen como pilares de basalto [...] e incluso muertos, uno puede reconocer a las familias. Están tomados de la mano en la muerte y es difícil separar-

los para vaciar las cámaras para la siguiente carga.» Desde la cámara de gas, los cadáveres eran transportados en camillas de madera a solo unos metros de las zanjas, que eran de un tamaño de 100 x 20 x 12 metros. «Después de unos días, los cadáveres se hinchan y luego se descomponen y se encogen, de modo que ya se puede arrojar otra capa encima de esta. Luego se esparcen 10 centímetros de arena en la parte superior, de modo que solo ocasionalmente sobresalen una cabeza o unos brazos.»[5]

Los exterminios masivos con gas de monóxido de carbono comenzaron en los otros campos a finales de la primavera. En marzo se inauguró el campo de Sobibor, Chelmno en abril y Treblinka, que sería el más mortífero, en julio. A finales de ese año, 1.274 256 personas habían sido asesinadas en la operación, 713 555 en Treblinka, otros 434 598 en Bełżec, 101 370 en Sobibor y 24 733 en Majdanek, un campo asociado cerca de Varsovia. De los dos millones trescientos mil judíos originales que había en el Gobierno General al inicio del programa, solo quedaban doscientos noventa y ocho mil. Otros cien mil judíos fueron asesinados en Galitzia entre el verano y el otoño de 1941, y se calcula que un millón y medio de judíos polacos murieron en acciones de limpieza de los guetos en 1942, lo que hizo que la Aktion Reinhard fuera la mayor campaña de asesinatos del Holocausto.[6]

Sobre el papel, Hitler nunca se comprometió con el plan de Heydrich, que jamás fue discutido en su presencia. Pero es evidente, por sus conversaciones privadas con Himmler en los días inmediatamente posteriores a la Conferencia de Wannsee y hasta febrero, que estaba perfectamente informado. En el almuerzo del 23 de enero, solo tres días después de la Conferencia de Wannsee, en una conversación con Himmler, el Führer defendió las medidas tomadas: «Debemos

actuar radicalmente [...]. El judío debe desaparecer de Europa [...]. Por mi parte, me limito a decirles que deben irse [...]. Pero si se niegan a irse voluntariamente, no veo otra solución que el exterminio [...]. En lo que a los judíos se refiere, carezco de cualquier sentimiento de compasión. Ellos siempre serán el fermento que mueve a los pueblos unos contra otros. Siembran discordia en todas partes, tanto entre individuos como entre pueblos».[7] El exterminio no podía restringirse a Alemania, continuó. «Es completamente natural que nos preocupemos por la cuestión a nivel europeo. Claramente, no es suficiente con expulsarlos de Alemania. No podemos permitirles que se retiren a vivir a nuestras puertas. Queremos estar fuera del peligro de cualquier tipo de infiltración.» Un mes más tarde, de nuevo con Himmler como huésped, Hitler se explayó sobre el peligro que representaban los judíos: «El descubrimiento del virus judío es una de las mayores revoluciones que han tenido lugar en el mundo», afirmó. «La batalla en la que estamos comprometidos hoy es del mismo tipo que la batalla librada, durante el siglo pasado, por Pasteur y Koch. ¡Cuántas enfermedades tienen su origen en el virus judío! [...]. Recuperaremos nuestra salud solo si eliminamos a los judíos.»[8]

Este era un asunto absolutamente confidencial y no debía discutirse en público, pero un amplio, aunque vago, conocimiento se filtraría por todo el régimen y entre la gran mayoría de la población. Los judíos estaban siendo «reasentados» en el este, pero ¿qué significaba eso? ¿Qué les pasaba allí? Goebbels, sin duda, sabía la respuesta. En su diario del 27 de marzo, contó que, «comenzando por Lublin, los judíos en el Gobierno General ahora están siendo evacuados hacia el este. El procedimiento es bastante bárbaro y no se describirá aquí de manera más definitiva. No quedará mucho de los judíos. En general, se puede decir que alrededor del 60 %

de ellos tendrá que ser liquidado, mientras que solo el 40 % puede ser utilizado para trabajos forzados». Lo impresionaba que Globocnik estuviese llevando a cabo esta misión «con considerable circunspección y de acuerdo con un método que no atrae demasiada atención». Para Goebbels, estaba claro que «se está llevando a cabo un juicio sobre los judíos que es bárbaro, pero totalmente merecido. La profecía que el Führer les anunció a lo largo del camino por provocar una nueva guerra mundial comienza a hacerse realidad de la manera más terrible [...]. Aquí también, el Führer es el campeón inquebrantable y el portavoz de una solución radical».[9]

Aunque poco se sabía acerca de lo que les esperaba a los judíos al final del viaje en tren, las deportaciones, por supuesto, eran bastante públicas y, como señaló la Gestapo, la respuesta de la gente era variada. En Minden, «la evacuación de los judíos provocó gran alarma». Algunos «expresaron su preocupación de que, dado el clima frío, muchos morirían durante el viaje». Un rumor muy difundido decía que los judíos eran transportados a Rusia en vagones de pasajeros hasta Varsovia, y desde allí en vagones de ganado. Los judíos sanos serían luego sometidos a trabajos forzados en antiguas fábricas rusas, mientras que los ancianos y enfermos serían fusilados. Tales rumores, se quejó la Gestapo local, provocaron expresiones de simpatía por los judíos. «Está más allá de toda comprensión», se oyó decir a un camarada del pueblo, «que sea posible tratar a seres humanos de manera tan brutal, sean judíos o arios [...]. Los alemanes en los Estados Unidos América tendrían que pagarlo caro debido a que los judíos en Alemania son maltratados.» Un informe de la Gestapo de Bremen explicaba que «mientras que los ciudadanos políticamente educados generalmente saludaban con alegría la "evacuación de los judíos", ciertos cír-

culos religiosos y comerciales muestran no comprender [esta política] y continúan creyendo que tienen que defender a los judíos». La Gestapo en Magdeburgo expuso conceptos similares al informar que «las personas de sangre alemana continúan teniendo relaciones amistosas con los judíos y esa clase de comportamiento demuestra que, incluso hoy, no comprenden los principios más elementales del nacionalsocialismo».[10]

La opinión nacional podía ser moldeada por el régimen, pero la opinión internacional era otra cuestión. En diciembre, las potencias Aliadas emitieron una declaración acusando a los alemanes de llevar a cabo el asesinato sistemático en masa de los judíos en Europa Oriental y, por un breve lapso de tiempo, esas acusaciones fueron la pieza central de sus ataques públicos contra el Tercer Reich. En lugar de intentar montar una campaña en contra para negar las acusaciones, Goebbels sorprendió a sus subordinados al concluir que era mejor si el régimen simplemente optaba por ignorarlas. En una declaración más que reveladora durante una conferencia ministerial, el 12 de diciembre, explicó de forma abierta que «dado que los informes del enemigo sobre presuntas atrocidades alemanas contra los judíos y los polacos amenazan con aumentar de forma progresiva, nos encontramos en una situación en la que no tenemos contraargumentos que ofrecer». Dos días más tarde, volvió al tema: «No podemos responder a estas cuestiones. Cuando los judíos dicen que hemos fusilado a dos millones y medio de su raza en Polonia [...], nosotros no podemos responder que solo son dos millones y un tercio».[11] 1942 resultaría ser el año más mortífero del Holocausto. Un tercio de todos los judíos que perecieron durante la «solución final» moriría ese año.

El arquitecto de la «solución final» no vivió para verla implementada. Reinhard Heydrich, que había sido nombrado protector de Bohemia y Moravia para aplastar la resistencia allí, fue asesinado en suelo checo mientras viajaba en un coche abierto por Praga. Los asesinos habían sido seleccionados por el gobierno checo en el exilio en Londres y entrenados en operaciones clandestinas por la Dirección Británica de Operaciones Especiales (SOE). Fueron transportados a un campo en las afueras de Praga con la misión expresa de eliminar a Heydrich. El 27 de mayo, llevaron adelante el golpe y lo atacaron con una granada y armas pequeñas. Heydrich resultó gravemente herido y estuvo ocho días agonizando antes de morir. Hitler le rindió grandiosos funerales de Estado tanto en Praga como en Berlín. Los agentes checos fueron rodeados en una iglesia, lucharon con valentía durante varias horas y luego se suicidaron. Hitler quería asesinar a diez mil checos en represalia, pero el sucesor de Heydrich, Karl Hermann Frank, logró persuadirlo para que, en lugar de hacer eso, diera un castigo ejemplar a un pueblo checo. El 10 de junio, toda la población de Lídice fue acusada de haber albergado a los asesinos. Todos los hombres fueron asesinados a tiros y las mujeres fueron enviadas al campo de concentración de Ravensbrück. Ochenta y un niños fueron considerados racialmente indignos y asesinados, y a otros diecisiete se les dieron nuevas identidades y fueron entregados a familias alemanas. El pueblo fue quemado hasta sus cimientos. Según Goebbels, los judíos estaban detrás del ataque.[12]

A pesar del frenesí de propaganda antisemita emitida por la oficina de Goebbels, otras preocupaciones captaron la atención del público alemán en 1942. Durante los primeros

dos años de la guerra, los bombarderos británicos lanzaron ataques contra ciudades alemanas, en especial en el oeste y a lo largo de la costa. Estas operaciones habían sido a pequeña escala y muy ineficaces, y, aunque eran una vergüenza para las autoridades nazis, su impacto en el esfuerzo bélico o la moral civil fue mínimo. Pero en la primavera de 1942 eso cambiaría. En la noche del 27 al 28 de marzo, aviones británicos atacaron la ciudad de Lübeck, en la costa báltica. Volando a 600 metros de altura, los ingleses lanzaron esa noche sobre el centro histórico de la ciudad 400 toneladas de bombas, dos tercios de las cuales eran incendiarias. Trescientos habitantes de la ciudad murieron, de lejos el saldo de víctimas más alto de cualquier ataque de estas características hasta el momento, y rápidamente corrieron rumores de que diez veces esa cifra habían muerto y tres mil habían quedado sin hogar. La incursión tuvo repercusiones en todo el país. Antes de que estos ecos pudieran ser absorbidos, la RAF siguió con una serie de ataques con bombas incendiarias en Rostock, otra ciudad portuaria del Báltico. Durante varios días, se oyeron en la ciudad las sirenas antiaéreas, que pronto pasarían a ser una temida parte de la vida cotidiana de la población urbana del Reich. Cien mil viviendas quedaron destruidas y cientos de miles de residentes fueron evacuados de la ciudad.

Estos ataques marcaron un cambio amenazador en el enfoque británico de los bombardeos. Una Directiva Aérea del 14 de febrero indicaba que los objetivos de las futuras operaciones serían las grandes ciudades industriales de Alemania. La RAF había decidido emprender una estrategia de bombardeos aéreos.[13] Al concentrarse en ciudades de más de cien mil habitantes, grandes objetivos que eran fáciles de encontrar y atacar, el ataque podría dejar sin hogar y desmoralizada a más de un tercio de la población alemana. A

partir de entonces, el Comando de Bombarderos mediría su éxito basándose en tres indicadores: los metros cuadrados de áreas edificadas destruidas, los metros cuadrados de concentraciones urbanas devastadas y el cálculo de horas-hombre perdidas para la industria alemana.[14]

El hombre que ejecutó esta política fue Arthur Harris, el nuevo jefe del Comando de Bombarderos. Harris estaba convencido de que la forma de derrotar a la Alemania nazi era destruir sus ciudades, devastar las posibilidades de llevar adelante la guerra del Reich y, en el proceso, quebrar la moral de sus ciudadanos. Esto significaba destrozar la infraestructura civil de las ciudades alemanas —viviendas, electricidad, agua, instalaciones sanitarias— a tal punto que sus habitantes simplemente no pudieran habitarlas. También significó una matanza a gran escala. Durante la primavera y el verano de 1942, Harris proporcionó un indicio aterrador de lo que estaba por venir. El Comando de Bombarderos reunió todos los aviones disponibles y a todas las tripulaciones de combate, incluidos aprendices apenas entrenados y sus instructores, y lanzó tres incursiones monstruosas sobre las ciudades alemanas. El 30 y el 31 de mayo mil aviones británicos atacaron Colonia en lo que el Comando de Bombarderos de la RAF llamó la «Operación Milenio». Los bombarderos arrojaron 1400 toneladas de explosivos sobre la ciudad y dejaron un saldo de quinientos muertos, cinco mil heridos y sesenta mil personas sin hogar. A principios de junio, novecientos aviones atacaron Essen y mil aparecieron en los cielos nocturnos de Bremen. Harris no pudo mantener estos números y las siguientes incursiones serían menos fuertes, pero había mostrado su manera de ver las cosas. En los meses de verano siguientes, los bombarderos de la RAF se extendieron por toda Alemania, atacando no solo las ciudades fabriles del Ruhr, sino también a Frankfurt, Kassel y,

más hacia el interior, Baviera, Núremberg y Múnich. La naturaleza de la guerra aérea estaba experimentando un cambio radical.

Los estadounidenses se unieron al ataque aéreo contra Alemania en 1942 realizando misiones diurnas para complementar las incursiones nocturnas británicas. En enero de 1943, en una reunión en Casablanca a la que asistieron Roosevelt, Churchill y sus respectivos personales militares, el comandante de la fuerza aérea estadounidense, Ira Eaker, acuñó la expresión «Bombardeo las veinticuatro horas». Esta idea implicaba un plan de ataque coordinado: los estadounidenses alcanzarían objetivos clave durante el día y la RAF lo haría de noche. Churchill quedó particularmente encantado con la expresión, y la Directiva Casablanca de los Jefes del Estado Mayor Conjunto Anglo-Estadounidense ordenó a los dos comandantes que emprendieran la demolición sistemática de una serie de objetivos alemanes como paso preliminar esencial para una invasión de Europa: astilleros y bases de submarinos, la industria aeronáutica alemana, rodados, petróleo, caucho sintético y transporte militar. Sin embargo, a pesar de la aparente unidad, una auténtica coordinación siguió siendo solo un espejismo; en lugar de «una ofensiva conjunta de bombarderos», había dos esfuerzos distintos y paralelos. Harris habitualmente ignoraba la presión para que enviara sus aviones contra los objetivos prioritarios y, en cambio, continuaba bombardeando grandes centros urbanos. Estos ataques a veces se superponían con los estadounidenses y rara vez eran coordinados.

Aun así, los asaltos angloamericanos presagiaban una importante intensificación de la campaña aérea en 1942 y causaron una impresión profunda e inquietante en el pueblo alemán. Los acontecimientos en Rusia eran preocupantes, pero, informaba la Gestapo, «la mayor preocupación para la

gente en todas partes del Reich es el creciente bombardeo británico de las ciudades alemanas. Esa preocupación se ve agravada por la falta de información del régimen sobre la cantidad de víctimas y daños físicos. Se teme que en los próximos meses aumente el número de ataques británicos y que su objetivo sea destruir una ciudad industrial tras otra».[15] La preocupación por la guerra estancada en el este, el bombardeo angloestadounidense y, a medida que el suministro de alimentos fue disminuyendo, las restricciones en el racionamiento dieron lugar a los primeros signos reales de pesimismo y cansancio ante la guerra. «La esperanza de un rápido colapso del bolchevismo tal vez haya dado paso a la convicción de que la Unión Soviética no puede ser derrotada por la guerra ofensiva en su forma actual, sino por una guerra de desgaste cuyo remoto final todavía no está a la vista.»[16] Esta no era la guerra que los nazis y sus primeras victorias fáciles habían augurado, ni la guerra que el pueblo alemán había esperado.

A pesar de los golpes que la Wehrmacht había dado en el este, Hitler se preparaba para emprender una nueva campaña en la primavera de 1942. Decidió abandonar los ambiciosos objetivos de Barbarroja y concentrar sus fuerzas en una sola meta principal: apoderarse de los campos petrolíferos del Cáucaso para bloquear el reabastecimiento soviético y asegurar este valioso recurso para el Reich. El plan, cuyo nombre en clave era «Operación Azul», exigía una campaña de tres fases en el sur. Primero, las tropas alemanas rodearían a las soviéticas al oeste del río Don y luego se lanzarían hacia el sur a lo largo del Volga hasta Stalingrado. Allí, el 6.° Ejército del general Friedrich Paulus y el 4.° Ejército Panzer, de Hermann Hoth, establecerían una posición de bloqueo

cerca de la ciudad para proteger a las fuerzas del sur. Finalmente, la fase tres consistía en un empuje profundo hacia el interior del Cáucaso. No era tan audaz como Barbarroja, pero su escala seguía siendo extraordinaria: más de 800 kilómetros desde Kiev hasta el corazón del Cáucaso para un ejército alemán que tenía trescientos cincuenta soldados menos que el año anterior. La fuerza total de tanques era ligeramente menor que en 1941, pero la ofensiva los concentraría en el sur. Por lo tanto, la Wehrmacht se vería obligada a depender de unidades rumanas, húngaras e italianas que no estaban tan bien equipadas ni tan comprometidas como sus pares alemanes.

La posición rusa también se tambaleaba a medida que se acercaba la primavera. La ofensiva de invierno —durante el peor invierno en Rusia en ciento cuarenta años— había dejado al Ejército Rojo agotado. Los rusos habían sufrido pérdidas enormes —tanto de hombres como de material— y Stalin estaba convencido de que, cuando los alemanes atacaran a finales de la primavera, como sabía que harían, reanudarían su avance sobre Moscú. Así pues, las mejores unidades del Ejército Rojo permanecieron en los accesos a la capital. Los alemanes planeaban dar comienzo a su ofensiva en junio eliminando un saliente soviético en su línea al sur de Járkov. Pero, antes de que pudieran hacerlo, los rusos se les adelantaron. Járkov era el centro de la red alemana de comunicaciones en el sur y era un objetivo primordial. Stalin y el comandante ruso allí ubicado, el general Semión Timoshenko, decidieron lanzar una ofensiva desde el saliente en mayo. El ataque comenzó el 12 de ese mes con un gran éxito inicial, pero los rusos quedaron a merced de los alemanes. Cinco días después, los alemanes cortaron la avanzada soviética, capturaron a doscientas cuarenta mil personas y destruyeron más de seiscientos tanques. Al sur, Mans-

tein, que había conquistado Crimea en el otoño de 1941, comenzó un asedio a Sebastopol a principios de junio y, aunque los rusos resistieron durante un mes, Sebastopol cayó el 3 de julio dejando como saldo cien mil prisioneros más y doscientos tanques perdidos. La ofensiva alemana comenzó repitiendo los prometedores hechos de 1941 y Hitler estaba extasiado.

La ofensiva principal se inició el 28 de junio y avanzó con rapidez contra las debilitadas fuerzas soviéticas. La posición rusa resultó aún más debilitada por la fallida ofensiva de Járkov y por la continua convicción de Stalin de que el mayor objetivo alemán seguía siendo Moscú. El 4.° Ejército Panzer de Hoth avanzó 160 kilómetros en ocho días hasta llegar al Don, cerca de Vorónezh. Los rusos lucharon tenazmente allí, permitiendo una retirada hacia Stalingrado. Para los rusos, tenía todos los visos de una catástrofe. «Los rusos están acabados», se entusiasmó Hitler, e incluso el moderado Halder estuvo de acuerdo.[17] En este punto, Hitler resolvió alterar el plan original de la ofensiva, una decisión que tuvo consecuencias fatales. Planteó que ya era posible pasar a la fase tres de la operación —el avance hacia el Cáucaso— sin asegurar primero su flanco en Stalingrado. Los panzer tomarían la ciudad y la infantería debía retenerla. Pero en ese momento Hitler ordenó desviar los tanques de Hoth, alejándolos de Stalingrado, y dejó la tarea de retener la extensa ciudad industrial en manos del 6.° Ejército de Paulus. La acción resultó costosa. El ejército panzer de Hoth probablemente habría llegado a Stalingrado antes de que se establecieran las defensas soviéticas y su presencia resultaba innecesaria para las fuerzas que se desplazaban hacia el sur para cruzar el Don.[18]

Para agosto, el 1.er Ejército Panzer se había dirigido hacia el sudeste contra las débiles defensas rusas. En cuestión de

días atravesó 320 kilómetros al sudeste de Rostov y llegó a los campos petroleros de Maikop, en las estribaciones del Cáucaso. Una sensación de victoria se apoderó de todo el ejército alemán, desde el cuartel general hasta el último de los soldados de infantería. El 29 de julio, un soldado del 6.° Ejército registró en su diario: «El comandante de la compañía dice que las tropas rusas están completamente destrozadas y no pueden aguantar más. Llegar al Volga y tomar Stalingrado no es tan difícil para nosotros. El Führer sabe dónde está el punto débil de los rusos. La victoria no está lejos». Una semana después, agregó: «Nuestra compañía está avanzando. Hoy le escribí a Elsa: "Pronto nos veremos. Todos nosotros sentimos que el final, la victoria, está cerca"». [19]

En este punto, Hitler tomó otra decisión crucial. Dividió sus fuerzas: un grupo se dirigiría al este, hacia los campos petrolíferos de Grozni, mientras que el otro iría al sur, hacia el mar Negro. En septiembre, la ofensiva se ralentizó y, en octubre, la resistencia rusa se endureció. Las tropas alemanas llegaron al monte Elbrús, la montaña más alta de Europa, y un equipo de montañistas colocó la bandera alemana cerca de la cumbre. Pero aquí los problemas comenzaron a multiplicarse. Las fuerzas alemanas estaban desplegadas a su límite máximo, el reabastecimiento era difícil y el combustible escaseaba. El Ejército del Sur había comenzado la ofensiva y cubría un frente de 800 kilómetros. En ese momento se extendía peligrosamente a lo largo de casi 2000 kilómetros. Hitler se puso primero impaciente y luego furioso por el lento avance en Stalingrado y en el Cáucaso, y en septiembre despidió al general Wilhelm List, comandante del Ejército del Sur, y al jefe del Estado Mayor, Halder, contra cuyas prudentes opiniones había batallado de mane-

ra constante. Los reemplazó con oficiales más jóvenes y flexibles.

Mientras tanto, el avance hacia Stalingrado continuaba. El 22 de agosto, los alemanes rompieron las defensas rusas, y un cuerpo de tanques, que se abrió camino hacia los suburbios del norte, llegó al Volga al día siguiente. Los rusos parecían estar atrapados en la ciudad, y la Luftwaffe fue convocada para sellar su destino. El 23 de agosto, la Luftwaffe llevó a cabo su mayor ataque desde el día en que comenzó Barbarroja. Las unidades aéreas de todo el Frente Oriental fueron convocadas para que se lanzaran contra la ciudad. Más de la mitad de las bombas arrojadas eran incendiarias, y los resultados fueron espeluznantemente espectaculares. Casi todas las estructuras de madera, incluidas las áreas de viviendas de los trabajadores, se quemaron. Los incendios eran tan intensos y tan vastos que los soldados alemanes podían leer un periódico a 60 kilómetros de distancia a la luz de sus llamas. Fue un ataque de terror orientado a matar civiles, sobrecargar los servicios públicos y crear pánico. «Toda la ciudad está en llamas», escribió un soldado alemán a su casa. «Siguiendo las órdenes del Führer, nuestra Luftwaffe la ha incendiado. Eso es lo que hace falta para evitar que los rusos resistan.»[20]

Pero la ciudad no se rindió. En cambio, el Comité Regional del Partido declaró el estado de sitio. Los rusos estaban firmemente decididos a conservar la ciudad y los alemanes a tomarla. A medida que la lucha se intensificaba, la Batalla de Stalingrado asumió un significado simbólico épico para ambos lados. Se convirtió en una feroz lucha de desgaste manzana por manzana, casa por casa, piso por piso, cuarto por cuarto. La ciudad misma quedó reducida a escombros y los movimientos se medían en metros. Nunca había habido

nada igual desde la colosal carnicería de los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial.

En medio de la lucha, mientras el frente interno alemán recordaba sobriamente el tercer aniversario de la guerra, la Gestapo hizo referencia en sus informes a un inconfundible estado de resignación, sintomático, según creía, de un desconcertante cansancio por la guerra. Ese informe terminaba con un comentario que apenas ocultaba una condena a la guerra de Hitler: «Las crecientes dificultades de suministro, tres años de escasez en todas las esferas de la vida cotidiana, la intensidad y el constante aumento de los ataques aéreos del enemigo, las preocupaciones por la vida de los miembros de la familia en el frente y, no menos importante, los sacrificios de sangre de [...] las víctimas civiles de los ataques aéreos del enemigo son factores que ejercen una influencia cada vez mayor en el ánimo de amplios círculos y hacen que cada vez sea más grande el deseo de que la guerra termine pronto».[21]

A principios de noviembre, los alemanes tenían nueve décimas partes de Stalingrado. El 9 de noviembre, Hitler habló en Múnich ante una entusiasta multitud de líderes del partido por el aniversario del *Putsch* de la Cervecería. Su tema fue la lucha épica en Stalingrado. «Yo quería llegar al Volga, hasta cierto punto, cerca de cierta ciudad. Da la casualidad de que su nombre es el del propio Stalin. Pero, por favor, no piensen que fui allí por esa razón; podría llamarse de una manera completamente diferente.» Era un lugar importante, dijo. Y siguió con su impresionante y usual recitado de estadísticas, enumerando cuántas toneladas de trigo, de manganeso, de petróleo pasaban por allí. Por esa razón quería tomarlo y, «ustedes saben», les confió engreído, «estamos siendo modestos, ¡porque lo tenemos! Solo quedan unos po-

cos lugares muy pequeños que aún no han sido capturados».[22]

Diez días después, los rusos desataron una ofensiva contra las tropas rumanas al noroeste y sudeste de la ciudad. En otro error de inteligencia, el Alto Mando Alemán fue tomado por sorpresa. Los rumanos se rindieron de inmediato, y el 3 de noviembre los dos grupos de avanzada rusos se unieron a 70 kilómetros al oeste de Stalingrado y rodearon el 6.° Ejército. El general Paulus pidió permiso a Hitler para salir de la ciudad devastada, pero Hitler se negó. Göring prometió que la Luftwaffe podría suministrar comida, combustible y demás elementos a las fuerzas alemanas en Stalingrado por aire, pero resultó imposible. En cambio, Hitler ordenó al general Manstein que rompiera el cerco y rescatara al 6.° Ejército. Para fortalecer la determinación de Paulus, Hitler lo ascendió al rango de mariscal de campo, un recordatorio no muy sutil de que ningún mariscal alemán se había rendido jamás en el que Paulus debía inspirarse. El bastón de mariscal fue lanzado en paracaídas sobre la ciudad. Las tropas no podían recibir comida ni municiones adecuadas, pero un bastón de mariscal de campo debía servir para fortalecer su voluntad de resistir. Debían luchar hasta el último hombre, hasta la última bala. Todo el asunto fue invalidado por una segunda ofensiva rusa el 16 de diciembre que presionaba desde el Don hacia Rostov con la intención de aislar a todas las fuerzas alemanas del sur. Rescatar a las tropas en Stalingrado ya no era posible. Rodeado y sin esperanza ni comida ni municiones, el 6.° Ejército resistió en medio del violento frío hasta el 2 de febrero de 1943, cuando Paulus finalmente se rindió.

Fue una catástrofe de proporciones colosales. Los alemanes y sus aliados del Eje sufrieron quinientas mil bajas, y noventa y un mil hombres fueron tomados prisioneros, en-

tre ellos veintidós generales alemanes. El 6.° Ejército y el 4.° Ejército Panzer habían sido destruidos, junto con cuatro ejércitos del Eje; la Luftwaffe sufrió graves pérdidas de bombarderos, cazas y bombarderos en picado Stukas, al igual que casi quinientos aviones de transporte que intentaron entregar suministros a las tropas rodeadas en el hervidero que era Stalingrado. Resultaba obvio para todos que Stalingrado era un punto de inflexión en la guerra nazi contra la Unión Soviética. En Alemania, la noticia de la calamidad no se transmitió de inmediato. Cuando llegó, unos días después, el anuncio fue acompañado por las primeras versiones de la *Quinta sinfonía* de Beethoven. Fue un canto fúnebre para las ambiciones de Hitler en el este.[23]

En un esfuerzo por levantar la moral alemana después de la derrota aplastante en Stalingrado, Goebbels dio un nuevo rumbo a la propaganda del régimen. Durante algún tiempo, lo había preocupado que la gente hubiera caído en un cómodo optimismo en cuanto a la guerra en Oriente y que la corriente ininterrumpida de buenas noticias de la oficina de prensa de Otto Dietrich hubiera llevado a la gente a un exceso de confianza injustificado. La victoria finalmente llegaría, creía él, pero el precio sería alto y la población debía estar preparada para ello. Había comenzado a presentar una descripción más realista de la situación incluso antes del desastre en Stalingrado; en ese momento, tenía la atención de toda la nación. El 18 de febrero, en lo que sería su discurso más famoso, se dirigió a una enorme multitud en el Sportpalast y a la audiencia de la radio nacional. Al hablar debajo de un gigantesco cartel que decía «Guerra total, guerra más corta», Goebbels estaba ante una ruidosa multitud de miembros del partido cuidadosamente seleccionados, dignatarios y veteranos heridos. Alemania, es más, la civilización occidental, les dijo, se enfrentaba a un peligro *inmediato* y

ese peligro no era solo el Ejército Rojo, sino el judaísmo internacional. Una vez más, los judíos se habían revelado a sí mismos «como la encarnación del mal, como el demonio plástico de la decadencia portador de un caos que destruye la cultura internacional». Eran una amenaza para todas las naciones. «Los judíos son una infección contagiosa» y Alemania no cedería ante esta amenaza y «si es necesario, a su debido tiempo se proponía adoptar las medidas más radicales». En un pasaje notable, caracterizó el avance de las fuerzas rusas como si, en realidad, estuviera describiendo las operaciones *alemanas* en el este. «Detrás de las divisiones soviéticas que se aproximan, vemos a los comandos judíos de liquidación y, detrás de ellos, el terror, el espectro del hambre de las masas y la completa anarquía.»

Acercándose a su tema, gritó: «La guerra total es lo que requiere este momento. Debemos poner fin a la actitud burguesa que hemos visto en esta guerra: "¡Lávame la espalda, pero no me mojes!". Ha llegado el momento», bramó, «de quitarse los guantes de niños y usar nuestros puños». La multitud frenética estalló en alaridos de aprobación. Anunció nuevas medidas acordes a esta austera situación. Los restaurantes, balnearios de lujo y los teatros serían cerrados; el alcohol, restringido; las raciones de comida, reducidas. Las mujeres, a las que Hitler había sido reacio a movilizar para el trabajo industrial, serían reclutadas. «Este no es el momento para albergar sueños melancólicos de paz. El pueblo alemán solo puede confiar en los pensamientos de guerra. Esto no conducirá a prolongar esta guerra, sino a acelerar su final. La guerra más radical es también la más corta.»

Cerró el emotivo discurso de dos horas planteando diez preguntas retóricas a su audiencia que era, afirmó falsamente, una muestra representativa del pueblo alemán. Ante ca-

da pregunta, la multitud histérica rugía la respuesta adecuada: «¿Están listos para seguir al Führer [...] y pararse y luchar con el ejército y con salvaje determinación a través de todos los giros del destino hasta que la victoria esté en nuestras manos? "*Ja!*" ¿Quieren, si es necesario, que haya una guerra más total y radical que cualquier cosa que puedan haber imaginado? "*Ja!*" Los ingleses afirman que el pueblo alemán está cansado de guerra. *"Nein!"*». En medio de un *crescendo* de gritos frenéticos, el discurso terminó con la pregunta de la tarde: «¿Quieren una guerra total?», a lo que su audiencia, de pie, respondió con un resonante «*Ja!*». Luego, con su voz elevándose en un grito estruendoso, bramó con las palabras de un poeta prusiano de los días de las Guerras Napoleónicas: «¡Pueblo, levántate, y que se desate la tormenta!».[24] Más tarde, Goebbels, con su cinismo sin igual, comentó a su séquito que había sido «una hora de idiotez [...]. Si le hubiera pedido a esa gente que saltara del cuarto piso de la Columbushaus, lo habría hecho».[25]

A pesar de su burlona condescendencia, Goebbels, consideró, al igual que Hitler, que el discurso había sido un gran éxito, pero el impacto psicológico de Stalingrado no se superó con tanta facilidad. La violencia y la fuerza de voluntad no podían ocultar la magnitud de la derrota ni frenar la creciente desesperación por la situación de Alemania. Fue entre los últimos meses de 1942 y los primeros meses de 1943 cuando el impulso de la guerra cambió de modo drástico. La catástrofe siguió a la catástrofe, a la vez que la capacidad de Alemania de establecer el ritmo y la dirección de los acontecimientos se desvanecía de forma ineluctable. En el país, las críticas no solo se alzaron contra el partido, sino, por primera vez, contra el propio Führer. La crítica era silenciosa e indirecta, pero resulta claro en los informes de la Gestapo que la capacidad de Hitler para quedar al margen

de los errores y fracasos del régimen se estaba desvaneciendo.[26]

La derrota en Stalingrado no fue el final de las calamidades. Las tropas angloestadounidenses desembarcaron en el Marruecos francés y en Argel en noviembre (Operación Torch) y, para finales del otoño, el Afrika Korps de Rommel quedó atrapado entre el 8.° Ejército del general británico Bernard Montgomery, que avanzaba hacia el oeste desde Egipto, y las tropas angloestadounidenses, que avanzaban hacia el este con dirección a Túnez. En marzo, Rommel viajó al cuartel general de Hitler en Prusia Oriental para solicitar refuerzos y suministros, o, si no los obtenía, una evacuación del Afrika Korps mientras aún estaban a tiempo. Pero Hitler, que siempre había visto la guerra del desierto como una operación secundaria, se negó de manera brusca. Ni rendición ni evacuación. Al igual que las tropas asediadas en Stalingrado, el Afrika Korps debía caer como lo hacen los héroes y luchar hasta el último hombre. Durante la misma visita, Rommel fue relevado de su mando y se le ordenó tomarse un descanso por enfermedad en los Alpes austríacos, pero Hitler se aseguró de que el popular Zorro del Desierto fuera honrado como un héroe militar. El 13 de mayo de 1943 se rindieron las últimas fuerzas del Eje en el norte de África. La Wehrmacht había sido expulsada de África y ciento setenta mil soldados alemanes fueron tomados prisioneros. En Alemania, la debacle fue bautizada «Tunezgrado». «Los acontecimientos militares en África», informó la Gestapo, «han producido una profunda conmoción en el pueblo alemán». En un lapso de tres meses, el Tercer Reich había sufrido dos derrotas desastrosas, y la fe del pueblo en el régimen se vio severamente sacudida.[27] Incluso dentro del Alto Mando, muchos estaban convencidos de que la guerra ya no podía ganarse militarmente.

Más inquietante aún, la gente siempre había hecho una distinción entre el partido y el Führer, de modo que todos los errores y ultrajes se atribuían siempre al partido y a sus funcionarios. Pero, después de Stalingrado, el aura de infalibilidad que había envuelto a Hitler durante tanto tiempo comenzaba a disolverse. Los informes de la Gestapo de todo el Reich indicaban que, por primera vez, la crítica a Hitler, aunque a menudo silenciada e indirecta, era generalizada. Algunas voces se alzaron contra los generales, quienes, se creía, lo habían informado mal, o contra la Luftwaffe de Göring, que le había fallado, pero Stalingrado marcó un punto de inflexión en lo que el historiador Ian Kershaw llamó «el mito de Hitler». Ese mito no se pinchó de forma repentina o en respuesta a un hecho puntual, sino que de forma lenta pero ininterrumpida se fue desinflando mientras la victoria prometida parecía ir alejándose cada vez más. La grieta entre la imagen fuertemente inflada delineada por la propaganda nazi y la oscura realidad que Alemania estaba experimentando se estaba ampliando de manera inequívoca, y el Führer, que hasta entonces se había alzado por encima de la grosería, la corrupción, la mezquindad y el furioso fanatismo del partido, finalmente quedó expuesto a las críticas. Sin nuevas victorias para anunciar, se retiró de modo gradual, rara vez aparecía en público y ni siquiera se dirigía a la nación a través de la radio. Poco a poco, el vínculo entre el Führer y su pueblo comenzó a romperse.[28]

En 1943, lo más debilitante para la moral alemana fue el incesante bombardeo Aliado, que creció en intensidad y escala a medida que avanzaba el año. En marzo, la RAF devastó la ciudad industrial de Essen dejándola en humeantes ruinas, pero eso fue solo un escalofriante preludio de los

horrorosos ataques que haría contra Hamburgo en julio. Acertadamente llamada «Operación Gomorra», el ataque de la noche del 27 al 28 de julio fue solo uno de los diez días de ataque conjunto de los Aliados a la ciudad, y sus efectos fueron tremendos. Más de setecientos aviones lanzaron 2236 toneladas de bombas incendiarias en una hora y convirtieron a la cuarta ciudad más grande de Alemania en un furioso infierno. Ciclones de fuego la arrasaron; la temperatura a nivel del suelo alcanzó la increíble cifra de 1500°; el asfalto burbujeaba y ardía; la gente era arrastrada a las llamas o moría sofocada en sus sótanos o en la calle, ya que el fuego incontrolable creaba un vacío que succionaba el oxígeno del aire. Una pila de viento hirviente que transportaba cuerpos y escombros se elevó a más de 3000 metros sobre la ciudad. Cuarenta mil personas perdieron la vida en el ataque, una cifra de pesadilla que superaba la imaginación de cualquiera. En los días siguientes, las calles estaban llenas de cadáveres encogidos y carbonizados, y el aire era amarillo por el azufre. Por todas partes había escenas de un horror indescriptible. Las ratas y las moscas pululaban por las calles. Una mujer que subía a un camión de evacuación tropezó, y su maleta se abrió. Cayeron de ella un montón de juguetes y el cadáver encogido y ennegrecido de su hijo.[29]

La efectividad militar de los ataques aéreos era incierta, pero su impacto psicológico era indudable. Cuando las noticias del ataque de Hamburgo se propagaron por el Reich, se desencadenó una oleada de miedo que rayaba en el pánico. Se hablaba simplemente de «die Katastrophe» (la catástrofe). Albert Speer, desde febrero el nuevo jefe de armamentos de Hitler, escribió: «Hamburgo me inoculó el miedo a Dios». Le advirtió a Hitler que «una serie de ataques de este tipo, extendidos a otras seis grandes ciudades, podría paralizar por completo la producción de armamento de Alema-

nia». Sin inmutarse, el Führer, que nunca visitó siquiera una de las ciudades devastadas por las bombas, se limitó a comentar: «Usted lo pondrá todo en orden de nuevo». Hamburgo fue el ataque aéreo más terriblemente destructivo de la guerra en Europa, un espantoso presagio de lo que vendría. Speer nunca podría «poner todo en orden de nuevo». [30]

A pesar de la catarata de desastres en los frentes de batalla y en las ciudades alemanas, la guerra nazi contra los judíos no solo no cedió, sino que pasó a una fase nueva y más siniestra. Las primeras acciones de la Operación Reinhard habían diezmado de forma sistemática a la población judía de Polonia, pero en ese momento comenzó una nueva oleada de deportaciones desde Europa Occidental. La Gestapo, a menudo con la ayuda de las fuerzas policiales locales, llevó a cabo redadas en Holanda, Bélgica y Francia, y apresó a los judíos para transportarlos al este. Su destino no eran los campos de la Operación Reinhard, sino el campo en rápida expansión de Auschwitz.

Auschwitz fue la pieza central de esta nueva fase de la política nazi. Ubicada a 60 kilómetros al oeste de Cracovia, en la Alta Silesia, Auschwitz había estado en funcionamiento desde 1940 y albergaba principalmente prisioneros políticos polacos y prisioneros de guerra soviéticos. Hasta el verano de 1942 había desempeñado un papel relativamente pequeño en la «solución final». No formaba parte de la Operación Reinhard, pero, al igual que Majdanek, era controlado por la Oficina Central Económica y Administrativa de las SS en Berlín. Himmler puso al *Obersturmbahnführer* (jefe superior de unidad de asalto) de las SS Rudolf Höss, un funcionario de Sachsenhausen, a cargo del nuevo campo, y en junio de 1941 le ordenó que fuera a Berlín para una importante reunión. Allí, Himmler explicó que Auschwitz, que

en ese momento tenía unos diez mil prisioneros, en su mayoría polacos, se transformaría en un campo de concentración más importante. Como Höss testificó después de la guerra, Himmler le dijo que «el Führer ha ordenado la solución final a la cuestión judía y nosotros, las SS, tenemos que llevarla a cabo». Adolf Eichmann, de la RSHA, le daría más detalles. Höss debía «mantener en el secreto más estricto esta orden», incluso frente a sus superiores. «Los judíos son los enemigos eternos del pueblo alemán y deben ser exterminados. Cada judío al que podamos ponerle las manos encima, sin excepción, debe ser exterminado durante la guerra. Si ahora no destruimos las bases biológicas de los judíos, entonces, un día los judíos destruirán al pueblo alemán.»[31]

Poco después de esta reunión, Eichmann visitó el campo. Era ideal para el tipo de actividad pesada que Himmler tenía en mente: buenas conexiones de transporte, un área aislada y espacio para expandirse. Dado el aumento que se esperaba tras los nuevos envíos, se construyó un nuevo campo en Birkenau, a unos 3 kilómetros del campamento principal. En Birkenau, o Auschwitz II, donde en 1943 se produjo la mayoría de las matanzas, solo se alzaban dos cabañas rústicas separadas por un bosque de abedules. A primera vista, parecían inocentes viviendas de campesinos bien cuidadas con techos de paja y rodeadas de árboles frutales, pero un examen más detenido revelaba que no tenían ventanas y contaban con un número inusual de pesadas puertas con cierres herméticos de goma. Las dos cabañas, una llamada «casita roja», por su exterior de ladrillo, y la otra «casita blanca», por su fachada de yeso, eran, de hecho, refugios con cámaras de gas y lugares para desvestirse. En el campamento se los llamaba «Búnker 1» y «Búnker 2». Con una capacidad para ochocientas víctimas, el Búnker 1 fue

desmantelado en el otoño de 1942, y el Búnker 2, que contenía cuatro cámaras de gas, tres lugares para desvestirse y un crematorio que podía «albergar» a mil doscientas personas a la vez, continuaría las operaciones hasta que el campo fue cerrado en el otoño de 1944. Se estima que en este crematorio se podían quemar mil ciento cuarenta cadáveres cada veinticuatro horas. Con el tiempo, en Auschwitz-Birkenau operarían cuatro crematorios más con cámaras de gas adjuntas donde cientos de miles de hombres, mujeres y niños judíos habrían de perecer.

Höss recibió instrucciones de esperar transportes de toda Europa. Entre julio de 1942 y febrero de 1943, 46 455 judíos llegaron a Auschwitz; a fines de ese año, cuarenta y dos mil quinientos judíos franceses fueron transportados allí. El 24 de agosto, un transporte dejó Drancy, un campo de concentración francés, con destino a Auschwitz. Llevaba a mil judíos, de los cuales quinientos cincuenta y tres eran niños menores de 17 años, cuatrocientos sesenta y cinco tenían menos de 12 y ciento treinta y uno menos de 6. A su llegada a Auschwitz, noventa y dos hombres, de entre 20 y 45 años, fueron seleccionados para trabajar; el resto fue enviado de inmediato a las cámaras de gas. En Bélgica, casi veinticinco mil judíos fueron deportados al final de la guerra, la mayoría de ellos llegó en 1943. La pequeña comunidad judía noruega fue perseguida y enviada a la muerte; para febrero de 1943 había dejado de existir. En Alemania, los últimos remanentes desesperados de la alguna vez orgullosa comunidad judía, unos dieciocho mil, fueron arrestados y deportados a Auschwitz. Incluso los pacientes enfermos del hospital judío de Berlín fueron enviados a Theresienstadt. Para hacerles espacio, diez mil prisioneros mayores que ya estaban allí fueron enviados a Treblinka, donde fueron gaseados. En el verano de 1943, Treblinka contaba con tres cámaras de gas;

en tres meses, las SS agregaron diez más para ocuparse de la creciente cantidad de «evacuados». Y, por supuesto, los nazis continuaron vaciando los guetos polacos y enviando a miles más a la muerte. El asesinato masivo sistemático de judíos no esperaría hasta el final de la guerra, como Heydrich había insinuado en Wannsee. A fines de 1943, la «solución final» era una operación industrial que funcionaba sin problemas en toda Europa.[32]

Los trenes con sus vagones abarrotados llegaban al campo noche y día, a veces uno tras otro, llevando miles de víctimas. Los judíos, exhaustos y hambrientos, caían sobre el andén donde se hacían las «selecciones».

La rampa de descarga era un sitio de angustia y caos insoportable. «Por empezar», declaró un hombre de las SS después de la guerra, «se separaba a los hombres y a las mujeres. Las madres se despedían de sus hijos por última vez. Las dos columnas se ubicaban en la rampa en filas a 5 metros una de la otra. Cualquiera que, abrumado por el dolor, tratase de correr para abrazar a un ser querido una vez más y darle palabras de consuelo, era enviado de vuelta a un sitio de un golpe por uno de los hombres de las SS». Un superviviente vivió esa escena desgarradora cuando era niño al llegar con su madre del gueto de Łódź. «Llegamos a Auschwitz por la noche. En el momento en que las puertas se abrían, oímos gritos, ladridos de perros, golpes [...]. Luego bajamos del tren y todo fue muy rápido: izquierda, derecha, derecha, izquierda. Hombres separados de sus mujeres. Niños arrancados de los brazos de sus madres. Ancianos empujados como ganado. Los enfermos y los discapacitados eran tratados como paquetes de basura. Eran arrojados [a un costado] junto con maletas rotas y cajas. Mi madre corrió hacia mí, me agarró por los hombros y me dijo: "Leibele, no voy a verte más. Cuida a tu hermano".»

Después de la selección, los condenados a morir eran conducidos por el sendero hacia uno de los búnkeres. En un tono tranquilizador, los oficiales de las SS les decían que se iban a dar una ducha y que los iban a despiojar. Un médico francés asignado al «comando especial» judío, responsable de retirar los cuerpos de las cámaras de gas, describió el procedimiento. Las víctimas «eran abordadas de una manera muy cortés y amistosa: "Vienes de un largo viaje. Estás sucio. Debes bañarte. Desvístete rápidamente". Luego, repartían toallas y jabón, y, de repente, las bestias se despertaban y mostraban sus rostros verdaderos: esta horda de personas, estos hombres y mujeres eran sacados con duros golpes y forzados, tanto en verano como en invierno, a recorrer los pocos cientos de metros hasta el "cuarto de ducha". Encima de la puerta de entrada estaba la palabra "Ducha". Incluso se podían ver las duchas instaladas en el techo, pero nunca había agua fluyendo de ellas. Estos pobres inocentes estaban apiñados, apretados unos contra otros. Entonces, estallaba el pánico, porque al final se daban cuenta del destino que les esperaba. Pero los golpes con las culatas de los fusiles y los disparos de revólver pronto restauraban el orden y, finalmente, todos entraban a la cámara de la muerte. Las puertas se cerraban y, diez minutos más tarde, la temperatura era lo bastante alta como para facilitar la condensación del cianuro de hidrógeno [...]. Lo que utilizaban los bárbaros alemanes eran gránulos de "Zyklon B" saturado con un 20 % de cianuro de hidrógeno». Luego se arrojaban los gránulos a través de una pequeña ventilación. Se oían gritos aterradores, pero unos momentos después reinaba un completo silencio. Entre veinte y veinticinco minutos más tarde, la puerta y las ventanas se abrían para ventilar los lugares y los cadáveres eran arrojados de inmediato en fosas para ser quemados. Pero, antes, los dentistas debían buscar

en cada boca y sacar los dientes de oro. También se revisaba a las mujeres para ver si tenían joyas ocultas en las partes íntimas de sus cuerpos y se les cortaba el pelo metódicamente para fines industriales. Los hombres que llevaban a cabo estas tareas macabras eran presos judíos seleccionados por los nazis para servir como *Sonderkommandos*. Después de servir en esta lúgubre ocupación por un tiempo, eran ejecutados y un nuevo grupo de prisioneros tomaba su lugar. Nadie podía sobrevivir. No debían quedar testigos. Los cadáveres eran quemados en los incineradores cercanos y las cenizas eran enterradas, arrojadas al río o utilizadas como fertilizantes. En algunos casos, los muertos eran arrojados a un pozo abierto. El hedor era insoportable.

A pesar de que los rumores sobre los campos de exterminio circulaban muchísimo, Himmler continuaba insistiendo en mantenerlos en total secreto. Era imperativo por tres razones. En primer lugar, para impedir cualquier interrupción o resistencia, las víctimas debían ignorar el destino que les esperaba al final del viaje. En segundo lugar, Hitler siempre estuvo muy impresionado por el éxito de la propaganda británica durante la Primera Guerra Mundial. Esos esfuerzos crearon la terrible imagen de bárbaros «alemanes que atraviesan bebés con bayonetas en Bélgica» y no quería darles a los Aliados ninguna munición para nuevas campañas. Y, por último, ni él ni Himmler estaban convencidos de que los alemanes estuvieran listos para afrontar esta espantosa realidad. Himmler planteó todo esto en junio de 1943 en un discurso pronunciado durante una reunión de hombres de las SS en Poznan. «Quiero hablarles francamente sobre un asunto muy grave», comenzó.

> Podemos hablar con franqueza entre nosotros, pero nunca hablaremos de ello públicamente [...]. Me refiero al programa de evacuación de los judíos, al exter-

> minio del pueblo judío. «El pueblo judío será exterminado», dice cada camarada del partido. «Está claro, está en nuestro programa. Eliminación de los judíos, exterminación, y lo haremos» [...]. Ninguno de los que hablan así ha visto lo que sucede, ninguno de ellos ha pasado por eso. La mayoría de ustedes sabrá qué significa que cien cadáveres estén uno al lado del otro, o quinientos o mil estén allí. Haber permanecido a flote y (salvo unas pocas excepciones, debido a la debilidad humana) haber conservado la decencia, eso es lo que nos ha hecho fuertes. Esta es una página gloriosa de nuestra historia que nunca se ha escrito y nunca será escrita.[33]

Con el tiempo, se construyeron más crematorios y más cámaras de gas para ocuparse de cientos de miles de víctimas. La matanza continuó con mayor velocidad y eficiencia hasta noviembre de 1944. En la cima de sus operaciones, en el verano de 1944, Auschwitz podía matar a nueve mil personas por día, y para el final de ese año, cuando la gigantesca fábrica asesina se cerró debido a que el Ejército Rojo se acercaba, un millón cien mil personas, la gran mayoría judíos, habían sido asesinados en Auschwitz-Birkenau. Junto con las masacres de los *Einsatzgruppen* , los continuos asesinatos masivos en Treblinka y otros campos de la muerte, con sus docenas de brutales campos de trabajo satélite, la cruzada nazi contra el judeobolchevismo cobró la vida de cerca de seis millones de judíos y millones de otros considerados indeseables —gitanos, Testigos de Jehová, homosexuales y comunistas—, así como de millones de civiles polacos y rusos considerados *Untermenschen* («infrahumanos»). [34]

Mientras la campaña nazi contra los judíos estaba alcanzando su clímax sangriento, en 1943 y 1944 la guerra se volvió decisivamente contra el Tercer Reich. En el este, los rusos se lanzaron por primera vez a una ofensiva sostenida, una serie de operaciones cada vez más grandes y mortíferas, que expulsó a la Wehrmacht de la Unión Soviética y que no terminaría hasta 1945, cuando las tropas del Ejército Rojo se plantaron ante las ruinas de Berlín. En pleno verano de 1943, el Ejército Rojo aplastó la última ofensiva alemana en Kursk, a 520 kilómetros al sur de Moscú. Los alemanes lanzaron doce divisiones panzer y cinco divisiones de infantería panzer, cada una con pesados tanques *Tiger* y las nuevas *Panthers (panzers).* En una batalla que duró hasta agosto, los soviéticos vapulearon a las mejores fuerzas acorazadas de la Wehrmacht en la batalla de tanques más grande de la historia. Los alemanes, muy superados en número, sufrieron pérdidas aplastantes en las luchas, tanto de la infantería como de los blindados. Después de recibir noticias de la invasión aliada en Sicilia, el 10 de julio de 1943, Hitler, desoyendo las objeciones del general Manstein, interrumpió bruscamente la operación y dio por terminada la última ofensiva de Alemania en el Frente Oriental. Era, según Guderian, «una derrota decisiva. Huelga decir que los rusos explotaron su victoria al máximo. No habría más períodos de calma en el Frente Oriental. A partir de ahora, el enemigo era quien indiscutiblemente tomaba la iniciativa».[35] Con la Wehrmacht tambaleándose, los rusos recuperaron Orel y Járkov, y en noviembre expulsaron a los alemanes de Kiev. En enero de 1944, la larga agonía de Leningrado llegó a su fin cuando, finalmente, se levantó el asedio de ochocientos setenta y dos días. Para fin de mes, el Ejército Rojo había alcanzado la frontera soviética con Polonia previa a la guerra.

En el transcurso de 1943, los alemanes sufrieron un revés tras otro. Los Aliados invadieron la parte continental de Italia en septiembre. Mussolini fue depuesto por el rey Víctor Manuel y por su propio Consejo Fascista y, aunque Hitler lo colocaría como jefe de un Estado fascista títere en el norte de Italia, el Duce era una fuerza política y militar agotada. Las tropas alemanas entraron en el país y se dirigieron hacia el sur para encontrarse con los invasores Aliados, pero se vieron inmersos en una costosa guerra defensiva mientras las tropas británicas y estadounidenses luchaban de forma lenta pero constante e iban subiendo por la península hacia Roma. En el mar, la Batalla del Atlántico estaba básicamente terminada, ya que los convoyes y los aviones aliados amenazaba con hundir a toda la fuerza submarina alemana. En todas partes, Alemania estaba en retirada. Y, sin embargo, mientras las fuerzas alemanas caían en todos los frentes, la guerra nazi contra los judíos cobró impulso hasta alcanzar su mayor intensidad a la sombra de las crecientes derrotas del Reich. Aquí no habría retirada.

17

Apocalipsis

Mientras se aproximaba la primavera de 1944, la atención de los alemanes se centraba en la anticipada invasión aliada del norte de Europa. Era un momento de creciente ansiedad en el Reich. En marzo, la Gestapo informó que «los nuevos acontecimientos en el este, la guerra aérea y la espera de la invasión están dificultando ver una salida realista a esta situación fallida y creer en un buen resultado de la guerra». La gente seguía con creciente consternación el avance ruso en las tierras fronterizas del Reich, y la preocupación por la anunciada invasión aliada también pesaba mucho en el frente interno.[1] Hitler creía que el resultado de esa batalla sería el punto de inflexión crítico de la guerra y en noviembre de 1943 emitió la Orden n.º 51, que decía:

> Durante los últimos dos años y medio, la lucha amarga y costosa contra el bolchevismo ha impuesto las mayores exigencias al conjunto de nuestros recursos y energías militares [...]. La situación ha cambiado

> desde entonces. La amenaza del este sigue ahí, pero un peligro aún mayor se cierne en Occidente: ¡el desembarco angloestadounidense! En el este, la vastedad del espacio permitirá, como último recurso, una pérdida de territorio incluso a gran escala sin que las posibilidades de supervivencia de Alemania sufran un golpe mortal. ¡No es así en Occidente! Si el enemigo aquí logra atravesar nuestras defensas en un amplio frente, se producirán consecuencias de proporciones catastróficas en poco tiempo. Por esa razón, ya no puedo justificar un nuevo debilitamiento de Occidente para favorecer otros escenarios de guerra. Por lo tanto, he decidido fortalecer las defensas en Occidente.[2]

Su cálculo era en gran medida político, ya que, si la invasión fracasaba, los Aliados occidentales no volverían a intentarlo durante al menos un año y los rusos podrían buscar una paz separada, sobre todo porque, incluso si llegaban a la frontera de 1941, aún estarían a 1600 kilómetros de Berlín. Nombró al mariscal von Rundstedt, a quien había despedido en 1942, al mando de todas las fuerzas alemanas en Occidente, pero puso a Rommel, la figura militar más popular de Alemania, al frente de todas las unidades terrestres en las zonas costeras del norte de Francia y los Países Bajos. Era una disposición poco ortodoxa, aunque perfectamente coherente con el estilo de liderazgo de Hitler, y garantizaba que la esencial unidad de mando estaría en tela de juicio desde el principio. Tanto Rommel como Rundstedt coincidían en que el Pas-de-Calais, en el norte de Francia, era el sitio más probable para el desembarco de los Aliados, pues estaba a solo 32 kilómetros del Estrecho de Dover, la parte más angosta del Canal de la Mancha. En un principio, Hitler estuvo de acuerdo, pero, de pronto, decidió que la invasión se produciría en Normandía, un lugar muy poco probable debido a su distancia de París. Era exactamente el tipo de

sorpresa que siempre deleitaba a Hitler, algo que él haría. Los generales estuvieron de acuerdo en reforzar las defensas a lo largo de la costa de Normandía, pero seguían creyendo que un desembarco en el área de Pas-de-Calais ofrecía la ruta más corta hacia Francia y luego un rápido avance por los Países Bajos hacia Alemania y el Ruhr, algo que debía evitarse a toda costa.

Si bien Rundstedt y Rommel estaban de acuerdo en dónde se produciría la invasión, sus coincidencias terminaban ahí. Rommel estaba convencido de que a los Aliados había que detenerlos de inmediato en las playas: si llegaban a tierra y establecían una cabeza de playa, afirmó, la batalla se perdería. Por lo tanto, las primeras veinticuatro horas de la invasión serían lo que él llamó «el día más largo», el día en que el destino de Alemania pendería de un hilo. Rundstedt, por otro lado, ciertamente quería una defensa vigorosa en las playas, pero creía que era simplemente imposible intentar defender una costa de varios cientos de kilómetros construyendo defensas en todas las posibles áreas de desembarco. Era muy consciente de la máxima de Federico el Grande: quien defiende todo no defiende nada. En lugar de ello, proponía montar una defensa móvil con una poderosa fuerza de ataque para contraatacar después de que se identificara el avance principal de la invasión. Para complicar aún más las cosas, Hitler insistía en seguir teniendo el control total de las llamadas reservas de OKW, constituidas por cuatro divisiones panzer clave que serían esenciales para una defensa exitosa. Tanto si se adoptaba la idea de Rommel de «detenerlos en las playas» como si se imponía la estrategia de defensa móvil de Rundstedt, estas cuatro divisiones blindadas serían fundamentales para frustrar el principal asalto aliado, y solo Hitler podía ponerlas en acción.[3]

Cuando por fin llegó el desembarco, el borrascoso amanecer del 6 de junio, fue en Normandía y tomó por sorpresa a los alemanes. Debido a un frente de mal tiempo que se estimaba podía durar una semana, los comandantes alemanes en el oeste supusieron que el ataque no llegaría en ese momento y pensaron que era seguro asistir a los juegos de guerra en Rúan. Rommel aprovechó la oportunidad para viajar a su casa en Alemania para el cumpleaños de su esposa. Pero los Aliados, que podían rastrear los frentes meteorológicos a través del Atlántico, mientras que los alemanes no, habían detectado una brecha en la tormenta y apostaron a que se mantendría durante treinta y seis horas cruciales entre el 5 y 6 de junio. Aunque Rundstedt al principio estaba convencido de que los desembarcos informados en Normandía eran una distracción, trató de contactar a Hitler en Berchtesgaden para solicitarle que liberara las divisiones panzer de reserva. Pero Hitler estaba durmiendo —había tomado pastillas para dormir— y Jodl se negó a despertarlo. Se perdieron horas preciosas hasta que se levantó y fue informado de la situación. Mucho se ha dicho de este fracaso, pero es poco probable que, dadas las circunstancias, Hitler hubiera lanzado los blindados el 6 de junio. De hecho, durante un mes después de que comenzara la invasión, él y Rundstedt seguían convencidos de que se intentaría un segundo desembarco y continuaban suponiendo que llegaría del norte, en algún lugar entre el Escalda y el Sena.[4]

En julio, un mes después de los desembarcos, finalmente se produjo el avance Aliado desde Normandía y las fuerzas alemanas comenzaron a retroceder en una retirada desordenada. Las tropas estadounidenses se dirigían al sur-sureste. París cayó en agosto, y Bélgica en septiembre. Para gran sorpresa de los Aliados, las fuerzas alemanas lograron reagruparse, y en septiembre rechazaron una gran ofensiva en

Holanda (Operación Market Carden) que habría permitido a las fuerzas aliadas cruzar el Bajo Rin. El fracaso de esta operación significaba que la guerra no terminaría para Navidad, como muchos en Occidente habían llegado a creer, y dio a los alemanes la oportunidad de recuperarse y prepararse para la siguiente embestida aliada. Los alemanes habían logrado evitar el desastre pero, cuando el verano dio paso al otoño, la Wehrmacht se tambaleaba al borde de la derrota.[5]

Cuando el movimiento de pinza se cerró sobre el Tercer Reich, los lamentos en el frente interno aumentaron. Las quejas eran generalizadas, y las críticas a los funcionarios del partido local, desenfrenadas. Pero, dada la naturaleza represiva del régimen, esta discrepancia, si se la puede llamar así, no se elevó al nivel de una oposición sistemática, y mucho menos al de una resistencia organizada. Sin embargo, en el último año de la guerra, la Gestapo sí informó que los principales dirigentes, en especial Goebbels y Göring, eran cada vez más atacados. La delincuencia juvenil, que fue sorprendentemente alta en el Tercer Reich de antes de la guerra, aumentó cuando los bombardeos y los apagones que los acompañaban ofrecieron amplias oportunidades para saqueos, robos y asaltos, pero, por más preocupantes que fueran estos hechos para el régimen, no eran de naturaleza política.[6] Durante la guerra, la Gestapo, la policía y los organismos judiciales intensificaron sus esfuerzos para erradicar posibles fuentes de disidencia haciendo que fuera casi imposible conformar una resistencia organizada. Cualquier indicio de discordia provocaba una respuesta furiosa. Las detenciones y las ejecuciones se multiplicaron. La paranoia floreció.[7]

A pesar de los peligros que suponía hacerlo, algunos individuos y grupos lograron llevar a cabo algunos actos de re-

sistencia contra el régimen. Entre los opositores más activos estaban los comunistas. Aunque habían sido perseguidos de manera implacable desde la *Machtergreifung* («toma del poder») nazi y sus organizaciones estaban llenas de espías infiltrados de la Gestapo, las células comunistas no desaparecieron, sobre todo en las grandes ciudades. Una red de más de veinte células dirigida por Robert Uhrig y Josef Römer estaba activa en Berlín. El grupo imprimía un panfleto mensual, «Servicio de información», que se distribuía a las células comunistas de la ciudad y de toda Alemania, y llamaba a sabotear objetivos industriales y militares. Uhrig, Römer y otros ciento cincuenta comunistas fueron atrapados en una redada de la Gestapo en 1942 y, tras dos años de prisión en una serie de cárceles y campos de concentración, fueron guillotinados en 1944. Esa misma redada condujo al arresto de Antón Saefkow, quien continuaba la tarea que habían dejado Uhrig y Römer distribuyendo folletos y ayudando a los fugitivos. Sesenta miembros de su grupo también habían sido arrestados en ese momento y todos fueron ejecutados en 1944.

El mayor de los grupos comunistas activos en Berlín era la Orquesta Roja, dirigida por Harro Schulze-Boysen, Arvid Harnack y su esposa estadounidense, Mildred Fish Harnack. Su actividad principal era el espionaje y enviaban mensajes de radio codificados a Moscú. Como a los operadores de radio de la resistencia se los llamaba «pianistas», la Gestapo le dio al grupo ese nombre musical. El grupo fue rastreado por la Gestapo en 1942, y Schulze-Boysen, los Harnack y la mayoría de sus miembros fueron arrestados. Casi todos fueron juzgados ante un tribunal militar y ejecutados como espías. Otras células comunistas aisladas continuaron trabajando en las sombras hasta los últimos meses del Tercer Reich, imprimiendo panfletos, pintando consignas antinazis

en las paredes de la ciudad e intentando ir un paso por delante de la Gestapo.[8]

La Gestapo también expresaba una preocupación creciente por un repunte significativo en la asistencia a la iglesia, lo que interpretaba como un síntoma de un distanciamiento cada vez mayor respecto del nacionalsocialismo. Las Iglesias, tanto la protestante como la católica, habían sido una fuente de problemas para el régimen desde los primeros días, y su protesta contra el programa de eutanasia había obligado al régimen a suspenderlo, aunque solo fuera por un tiempo. Durante la guerra, los sermones de ambas religiones, siempre controlados por la Gestapo, a menudo expresaban críticas veladas al régimen y, a medida que la guerra se prolongaba y la suerte militar alemana se desvanecía, muchos veían la Iglesia como un refugio y como una institución con cierta independencia. No eran sus principales figuras las que preocupaban a los nazis durante la guerra, sino los sacerdotes y ministros locales, cuyos sermones atraían audiencias cada vez mayores. A medida que la situación militar se deterioraba, las autoridades nazis en toda la Alemania católica se preocupaban más y más por la «competencia con el clero». La gente llenaba las iglesias «mucho más que en los últimos años», señalaba un informe al cuartel general del partido en Múnich, sobre todo la población rural, y el régimen buscaba a tientas «un contrapeso efectivo a la creciente influencia de la Iglesia». Una respuesta fue la represión: más de cuatrocientos sacerdotes fueron arrestados y enviados a Dachau.[9]

En general, las universidades, con sus matrículas estrictamente reducidas, estaban tranquilas. Pero, en 1942, un pequeño grupo de estudiantes de Múnich tomó medidas audaces —y suicidas— contra el régimen. Se llamaban a sí mismos «Rosa Blanca». Los hermanos Hans y Sophie Scholl,

junto con sus amigos Alexander Schmorell, Christoph Probst, Willi Graf y el profesor de filosofía Hans Huber, escribieron una serie de folletos antinazis, los imprimieron y los distribuyeron por la ciudad. Pintaban eslóganes en las paredes: «Libertad», «Hitler asesino de masas» y «Abajo Hitler». Enviaron los folletos a estudiantes de Hamburgo, Berlín y Viena y los instaron a hacer copias y distribuirlas en sus comunidades. Hans Scholl y Alexander Schmorell eran estudiantes de Medicina y, como era obligatorio para todos los estudiantes de esa carrera, habían hecho tres meses de servicio en Rusia, donde se horrorizaron por la matanza de jóvenes soldados alemanes, así como por las acciones asesinas de las SS contra los judíos, una experiencia que les provocó una sensación más profunda de urgencia y una mayor resolución.

Los folletos —seis en total— adoptaban la forma de ensayos cortos. Estaban salpicados de referencias literarias y filosóficas, y eran agresivamente contrarios a la guerra y antinazis. Crearon un gran revuelo entre los estudiantes cuando aparecieron entre finales de 1942 y principios de 1943; después de todo, eran las primeras expresiones abiertas de oposición a Hitler y su régimen que se habían visto hasta entonces. «No esperes a que alguien más tome medidas», advertía el primer folleto. Era «responsabilidad de cada individuo como miembro de la cultura cristiana y occidental» protegerse contra «el flagelo de la humanidad, contra el fascismo y todo sistema similar del Estado absolutista. Practica la resistencia pasiva, la resistencia donde sea que estés, impide la continuidad del funcionamiento de esta máquina de guerra atea antes de que sea demasiado tarde, antes de que las últimas ciudades queden reducidas a escombros, como Colonia, y antes de que el último de los jóvenes del *Volk* muera desangrado por la arrogancia de un

ser infrahumano. No olviden que cada pueblo merece el régimen que tiene». Aunque el grupo no se centraba en los crímenes nazis contra los judíos, su segundo folleto informaba al público que «desde la conquista de Polonia, trescientos mil judíos en ese país han sido asesinados de la forma más bestial. Aquí vemos los crímenes más espantosos contra la dignidad del hombre, crímenes sin parangón en toda la historia de la humanidad». Su tercer texto llamaba a «sabotear las fábricas de armamentos y todas las reuniones, manifestaciones, celebraciones y organizaciones del Partido Nacionalsocialista. Impide el buen funcionamiento de la maquinaria bélica que trabaja para una guerra que solo sirve para preservar y mantener al Partido Nacionalsocialista y su dictadura».[10]

El 18 de febrero de 1943, el día del discurso que llamaba a la guerra total de Goebbels, la Gestapo arrestó a los Scholl. Fue solo una cuestión de tiempo. Habían llevado una maleta llena de folletos a la universidad, los habían dejado fuera de las aulas y, por último, los arrojaron desde el último piso al patio. Un hombre de mantenimiento los vio y los denunció a la Gestapo. Cuatro días más tarde, los juzgó el infame juez Roland Freisler del Tribunal Popular, quien les gritó furiosas imprecaciones casi sin darles la oportunidad de hablar. No se les proporcionó un abogado. En un momento del proceso, Sophie Scholl logró decirle a Freisler: «Usted sabe tan bien como nosotros que la guerra está perdida. ¿Por qué es tan cobarde que no se atreve a admitirlo?». No fue ninguna sorpresa que los declararan culpables de traición ni que ese mismo día los decapitaran, junto a Christoph Probst, en la prisión de Stadelheim. Los juicios de los otros asociados con la Rosa Blanca se prolongaron hasta octubre y los otros seis involucrados con el grupo compartieron el destino de los Scholl. Las actividades de la Rosa Blanca fueron valientes e

idealistas; eran mártires, manifestaciones vivas de un creciente descontento en la sociedad alemana, y sus actividades avivaron el ya inmenso nerviosismo del régimen después de Stalingrado. Pero su historia no terminó allí. Helmuth James von Moltke, líder del Círculo de Kreisau, otro grupo de resistencia, logró pasar de contrabando una copia del sexto folleto a Escandinavia, desde donde pudo ser llevado a Londres. En julio, en el punto máximo de los bombardeos, los aviones de la RAF lanzaron decenas de miles de copias sobre Alemania con el título *Manifiesto de los estudiantes de Múnich.*[11]

Desde finales de la década de 1930, un grupo de conservadores nacionalistas que deseaba ver la caída del Tercer Reich se había reunido alrededor de Cari Goerdeler, el bien conectado exalcalde de Leipzig y, hasta 1936, comisario del Reich para los precios. Su círculo incluía al exministro de finanzas prusiano Johannes Popitz, al embajador en Roma Ulrich von Hassell y a otros conservadores del *establishment.* Esperaban provocar el derrocamiento del régimen nazi y establecer un gobierno conservador con el regreso de la dinastía Hohenzollern. Desconfiaban de la democracia de masas, a la que responsabilizaban por el ascenso de los populistas nazis, y en un proyecto de constitución proponían elecciones que equilibrasen el voto popular con representantes de los consejos locales y otros miembros elegidos por las Iglesias, los sindicatos, las universidades y grupos empresariales. También insistían en que un Estado posnazi debía incluir a Austria, los Sudetes y Prusia Occidental, todos territorios anexionados por los nazis, una posición que tenía pocas probabilidades de encontrar apoyo en las capitales aliadas. Goerdeler incluso escribió cartas a Hitler y Himmler tratando de convencerlos de que iban en la dirección equivocada y hasta el último momento creyó que, si lograba

mantener una conversación seria con Hitler, podría convencerlo de que se hiciera a un lado.[12]

Todos los implicados en la resistencia tenían claro que sus actividades no provocarían la caída del régimen, que Hitler solo podía ser derrocado por la fuerza y que esa fuerza tendría que provenir del ejército. Desde 1936, Goerdeler había sido una figura destacada en los esfuerzos por reclutar a militares de alto rango para que se unieran a él y a sus aliados conservadores con el fin de derrocar a los nazis. Incluso antes de la guerra, varios altos oficiales habían llegado a la conclusión de que la imprudente política exterior de Hitler estaba llevando a Alemania a una catástrofe y que debía ser destituido. El más notorio entre ellos era el general Ludwig Beck, jefe de Estado Mayor del Ejército hasta agosto de 1938, quien había apoyado la revitalización militar de Hitler, aunque lo preocupaban las SS del Führer y la amenaza que representaban para el ejército.

En 1938 se había puesto en estrecho contacto con otros jefes militares que estaban convencidos de que la política arriesgada de Hitler sobre los Sudetes llevaría a Alemania a una guerra en toda Europa.

Beck no se oponía al aplastamiento de Checoslovaquia o a los planes expansivos de Hitler para el *Lebensraum*, pero creía que su determinación de ir a la guerra en 1938 era prematura. Cuando se hizo evidente que Hitler no cambiaría de opinión, emprendió una campaña clandestina para que hubiera una renuncia masiva de los comandantes del ejército, lo que obligaría a Hitler a abandonar sus planes de invasión. Sus esfuerzos fueron inútiles y dimitió en agosto. Después de su renuncia, siguió en contacto con muchas figuras mili-

tares de alto rango, hombres que compartían su convicción de que los nazis estaban empujando al país hacia un seguro desastre. Entre ellos, se encontraba el almirante Wilhelm Canaris, jefe de la Abwehr, quien convirtió su comando en un imán para los disidentes del ejército. Beck también entró en contacto con un grupo más activo de oficiales del ejército: el coronel Hans Oster, Friedrich Olbricht, Erwin von Witzleben y Hans Bernd Gisevius, que no solo estaban decididos a evitar la guerra en 1938, sino que estaban convencidos de que Hitler y su régimen debían irse.[13]

Los impresionantes éxitos diplomáticos de Hitler entre 1936 y 1938, sumados a sus espectaculares triunfos durante los primeros años de la guerra, desinflaron las esperanzas de una conspiración militar exitosa, pero los crecientes desastres en 1942-1943 dieron nueva vida a los oponentes militares al régimen. Era difícil reclutar a los oficiales de alto rango: muchos, incluidos Halder y Brauchitsch, escucharon con simpatía, aunque al final no formaron parte de la conspiración. El hecho de que los conspiradores pudieran acercarse a otros oficiales sin temor a ser denunciados era un reflejo notable del código de solidaridad dentro del ejército. El coronel Henning von Tresckow, del Ejército del Centro, fue incansable en sus esfuerzos por derrocar a Hitler, y a principios de 1944 estuvo detrás de una serie de intentos de asesinato que, por una razón u otra, no pudieron llevarse a cabo.

Las cosas llegaron a un punto crítico en el verano de 1944, cuando apareció en escena un joven coronel, Claus Schenk von Stauffenberg. Herido de gravedad en Túnez —perdió un ojo, un brazo y varios dedos de la mano que le quedaba—, fue enviado a un puesto en Berlín, donde entró en contacto con Beck y otros militares de ideas afines. También se reunió con los jefes del grupo conservador en torno

a Goerdeler, a quienes consideraba reaccionarios irredentos. Se sintió mucho más atraído por otro grupo de figuras más jóvenes de la resistencia que se habían reunido alrededor de su primo, Peter Yorck von Wartenburg, y de Helmuth James von Moltke. Ambos estaban horrorizados por la brutalidad absoluta del régimen, por su antisemitismo y por la barbarie de las SS en la Unión Soviética. Lo de ellos era un rechazo moral al régimen y a su líder. En el transcurso de 1943, estos aristocráticos vástagos de dos renombradas familias militares prusianas formaron un grupo heterogéneo de funcionarios públicos, socialistas, clérigos protestantes y católicos y jóvenes aristócratas. Celebraban sus reuniones en Kreisau, la propiedad de Moltke en la Alta Silesia, y en la pequeña casa berlinesa de Yorck, en el barrio Lichterfelde. Allí urdieron planes para un gobierno posterior a Hitler con una mezcla más progresista de ideas socialistas y cristianas. No tenían ilusiones de retener los territorios anexionados por Hitler y respaldaban la idea de realizar juicios por los crímenes de guerra cometidos. Como Stauffenberg, consideraban que el grupo Goerdeler era retrógrado y demasiado conservador, y en 1944 sus miembros socialistas intentaron establecer contacto con el comunismo clandestino. Aunque algunos, en especial Moltke, por motivos morales se oponían al asesinato, otros, Yorck en particular, se convirtieron en ideólogos del plan para matar al Führer.[14]

Se habían hecho varios intentos para acercarse a Hitler, pero todos habían tenido que ser abortados: o la seguridad era demasiado estricta o Hitler no cumplía con el calendario de trabajo previsto o Himmler no estaba presente. Los conspiradores estaban de acuerdo en que, si el plan tenía alguna posibilidad de éxito, era crucial eliminar también al *Reichsführer* de las SS junto con Hitler. En enero y febrero de 1944, la Gestapo parecía estar acercándose a los conspirado-

res. Moltke fue arrestado en enero, y el almirante Canaris un mes después; Julius Leber, un dirigente socialista cercano al Círculo de Kreisau, fue apresado después de intentar establecer contacto con el movimiento clandestino comunista. La llegada de Stauffenberg —y el abrupto deterioro de la posición militar de Alemania— dieron nueva vida a la conspiración militar. Aunque él y Goerdeler no se apreciaban demasiado, se las arreglaron para trabajar juntos en la organización de un *Putsch* para eliminar a Hitler y en el posterior establecimiento de una nueva Alemania pos-Hitler. Sondearon a hombres que, esperaban, se unieran a un nuevo gobierno alemán, y Goerdeler, que no era un hombre demasiado cauto, redactó listas. El general Beck sería el jefe de un gobierno provisional y Goerdeler sería el canciller del Reich. Muchos se sentirían avergonzados al descubrir que había dejado esto anotado en papel. La lista incluía a otros militares (Hans Oster, Erwin von Witzleben, Henning von Tresckow), a representantes de los socialistas (Leber), a varios miembros del Zentrum y a algunos hombres del conservador DNVP. Rommel, aunque no participó de forma directa en la conspiración, sabía de su existencia e indicó que, aunque no iba a participar del plan, llegado el momento lo apoyaría.[15]

El general Olbricht, en el cuartel general del Ejército de Reserva, había desarrollado un plan para subvertir otro aprobado por Hitler para afrontar la posibilidad de un levantamiento de los millones de trabajadores extranjeros que vivían en Alemania. Olbricht creía que era posible usar la llamada «Operación Valkiria» para llevar adelante un golpe una vez que Hitler hubiese muerto. Se daría la orden de movilizar al Ejército de Reserva y se lo utilizaría no contra los trabajadores extranjeros rebeldes, sino contra las SS y la élite nazi. Pero, primero, había que eliminar al Führer. Ya se

habían hecho varios intentos fallidos. Luego, el 1 de julio, Stauffenberg fue nombrado jefe de Estado Mayor del general Friedrich Fromm, comandante del Ejército de Reserva con cuartel general en la Bendlerstrasse, en Berlín. Eso no solo lo puso en el centro del comando del Ejército de Reserva, sino que también significó que podría asistir a las reuniones militares de Hitler como delegado de Fromm. En las primeras semanas de julio, Stauffenberg asistió a cuatro de esas reuniones informativas —tanto en Obersalzberg como en el cuartel general de Prusia Oriental de Hitler, la Guarida del Lobo—, con bombas en su maletín, pero en ninguna pudo detonar los explosivos. El 20 de julio, Stauffenberg tenía programado asistir a una reunión con el Führer en la Guarida del Lobo. Para entonces, los conspiradores habían decidido que el asesinato tenía que ocurrir estuviera o no Himmler presente. Además, con la Gestapo aparentemente pisándoles los talones, era el momento de actuar. De nuevo, llevó una bomba.[16]

La reunión comenzó poco después del mediodía. Stauffenberg llevaba dos bombas en su maletín, pero tuvo tiempo de activar el temporizador de una sola, y su ayudante, Werner von Haeften, se llevó la otra. Al entrar en la sala de reuniones, colocó su maletín debajo de la pesada mesa de conferencias de roble sobre la cual se extendía el mapa de situación. Cerca de veinte oficiales estaban presentes, de pie o sentados alrededor de la mesa. Aproximadamente a los diez minutos de comenzada la reunión, mientras Hitler estaba inclinado sobre la mesa estudiando el mapa, Stauffenberg dijo que tenía que hacer una llamada importante y salió de la habitación. Era algo común en esas reuniones informativas y no despertó ninguna sospecha. Salió de inmediato del edificio y se dirigió hacia el aeródromo. Él y Haeften tuvieron que engañar a los guardias de los dos puestos de control

de seguridad, en los anillos interno y externo del complejo. Cuando llegaron al segundo puesto, se oyó una tremenda explosión y una nube de humo negro se arremolinó en el aire, pero el guardia los dejó pasar. Corrieron hacia el avión que los esperaba y se fueron a Berlín. La explosión destrozó el endeble edificio de reuniones de madera. Murieron cuatro oficiales y varios otros resultaron gravemente heridos. Pero Hitler, milagrosamente, sobrevivió. En el momento de la explosión, estaba inclinado sobre la mesa y, al parecer, alguien había movido el maletín de Stauffenberg hacia el exterior de la gruesa cuña del soporte de la mesa, lo que hizo que la fuerza de la explosión se canalizara lejos de Hitler. Tenía el brazo derecho torcido, un tímpano perforado, varios cortes y hematomas en sus brazos y piernas, pero seguía vivo.

Cuando Stauffenberg llegó a Berlín, poco antes de las 3 de la tarde, y llamó por teléfono a los conspiradores en el Bendlerblock para informarles de que Hitler estaba muerto, supo que una llamada telefónica desde la Guarida del Lobo ya los había informado de que Hitler había sobrevivido. Stauffenberg no podía creerlo, pero era claro que un elemento importante del complot había fracasado: las comunicaciones entre la Guarida del Lobo y el mundo exterior deberían haber sido cortadas. A pesar de este revés crítico, el general Olbricht puso en marcha la Operación Valkiria. Las fuerzas militares que apoyaban el plan se movilizaron contra las SS en Viena, Praga y París, y arrestaron a sus comandantes. Pero pronto el personal de Hitler en la Guarida del Lobo llamó a los comandos del ejército de toda Europa, les aseguró que el Führer estaba vivo y les avisó que una pequeña camarilla de oficiales descontentos en Berlín había intentado un *Putsch*. Las tropas del ejército y el personal de las Waffen-SS cayeron sobre el Bendlerblock y, tras un breve intercambio de disparos, los cabecillas de la conspiración

fueron apresados. A Beck se le permitió suicidarse, aunque fracasó en el intento y tuvo que ser rematado por un hombre de las SS. Stauffenberg, Haeften, Olbricht y Mertz von Quirnheim fueron llevados al patio y fusilados por un pelotón, Stauffenberg gritó «Larga vida a la sagrada Alemania» en el momento en que se hicieron los disparos.

Durante toda la noche, y hasta el día siguiente, los miembros de la conspiración fueron perseguidos y arrestados por la Gestapo. Muchos, como Tresckow, se suicidaron antes de que fueran por ellos. A partir del 7 de agosto, el régimen organizó una farsa de juicio en el Tribunal Popular, con Roland Freisler como juez principal. Antes de ser conducidos a la sala del tribunal, los acusados habían sido torturados durante días y, para humillarlos, iban vestidos sin corbata ni cinturón y con ropa de civil que no era de su talla, por lo que algunos tenían que sujetarse los pantalones para evitar que se les cayeran. Durante el juicio, Freisler, ubicado bajo un enorme estandarte con la esvástica, los insultó y los acosaba con gritos tan estridentes que el equipo de filmación asignado por Goebbels informó que sus gritos interferían en la grabación. Uno de los acusados logró soltar una réplica irónica cuando Freisler rugió que pronto ardería en el infierno. Inclinándose, el acusado respondió: «¡Estaré ahí esperando su llegada inminente, su señoría!». Hasta el ministro de Justicia nazi se quejó de la conducta escandalosa de Freisler.[17]

Los condenados fueron trasladados del tribunal a la prisión de Plötzensee, donde fueron ahorcados con cuerdas de piano colgadas de ganchos de carnicería. Fue una muerte lenta y atroz; en algunos casos, tuvieron que pasar veinte minutos hasta que la víctima finalmente muriera. Mientras se retorcían en medio de dolores insoportables, los guardias les bajaron los pantalones, añadiendo una última humilla-

ción a su horrible desgracia. Hitler, hirviendo de furia y con una sanguinaria sed de venganza, hizo filmar las ejecuciones. «Ahora finalmente tengo al cerdo que ha venido saboteando mi trabajo desde hace años», gritó enardecido. «Ahora tengo pruebas: todo el Estado Mayor está contaminado.» Esto explicaba los continuos fracasos de los generales para lograr las victorias que él había previsto. «Ahora sé por qué todos mis grandes planes en Rusia acabaron fallando en los últimos años. ¡Fue traición! Sin estos traidores, hubiésemos ganado hace mucho tiempo.»[18]

Después del fallido *Putsch*, más de doscientas personas implicadas en la conspiración fueron arrestadas y ejecutadas. Yorck, Witzleben, Goerdeler, Moltke, Leber, Oster y otros fueron asesinados en pocos meses. Goerdeler fue ejecutado en febrero de 1945, mientras que Canaris y Dietrich Bonhoeffer, de la Iglesia de la Confesión, fueron ahorcados en abril. En una importante operación policial que siguió a la farsa de juicio, fueron arrestadas más de cinco mil personas, muchas de las cuales no tenían conexión alguna con el complot. El más notable entre ellos fue Rommel. Como ya se dijo, sabía de su existencia, pero se había negado a participar. Los conspiradores pensaron que apoyaría un nuevo gobierno alemán una vez que Hitler fuera desplazado, y su nombre apareció en los interrogatorios de la Gestapo a los conspiradores. El 23 de julio, Rommel, que estaba en su casa recuperándose de las heridas que había sufrido tras un ataque aliado, recibió la noticia de que se lo consideraba implicado en la conspiración. Era un comandante enormemente popular, un verdadero héroe militar, y el régimen estaba dispuesto a darle la opción: si se suicidaba, recibiría un funeral de Estado con todos los honores militares, y su esposa y sus hijos no serían separados ni enviados a campos de concentración (como ocurrió con la familia de Stauffen-

berg). Si rechazaba el ofrecimiento, sería juzgado ante el Tribunal Popular. Rommel optó por el suicidio.[19]

Hitler sacó dos conclusiones paradójicas de los acontecimientos del 20 de julio. Por un lado, estaba convencido de que su supervivencia era un acto de la Providencia, un signo del destino que le mostraba que su misión era completar la gran obra de su vida. Eso contribuyó enormemente a su hipertrofiada visión mesiánica de sí mismo y a reafirmar su convicción de que el camino que había elegido estaba predestinado. También reforzó su profunda sospecha —hasta convertirla en una verdadera convicción— de que la traición y la mala fe lo acechaban en todos lados, pero en especial en el Alto Mando del ejército. En segundo lugar, y algo nada tranquilizador, en un principio él había creído que el *Putsch* era obra de una pequeña camarilla de oficiales, muchos de ellos aristócratas, y, por lo tanto, alejados del pueblo. Esa fue la interpretación oficial de la conspiración hecha por Goebbels después del 20 de julio, pero los resultados de una investigación más amplia de la Gestapo y de las detenciones masivas revelaron algo bastante diferente. La mayoría de los alemanes sintió el impacto del intento de asesinato y se unieron a su acosado Führer, y el apoyo a los conspiradores dentro de la Wehrmacht, en el mejor de los casos, había sido mínimo. Aun así, el alcance de la conspiración y la evidencia de un distanciamiento generalizado hacia el régimen eran preocupantes, sobre todo en un momento de la guerra como ese en el que la suerte militar del Reich iba de mal en peor. Los conspiradores sabían muy bien que la mayoría de los alemanes los odiarían por ser traidores y que el complot probablemente fracasaría, pero era importante demostrarle al mundo que había alemanes dispuestos a hacer algo en contra de este malvado régimen. Como le dijo Henning von Tresckow a Stauffenberg, «el asesinato debe intentarse a to-

da costa. Incluso sabiendo que lo más probable es que falle, hay que intentar tomar el poder [...]. Debemos demostrarle al mundo y a las generaciones futuras que los hombres del movimiento de resistencia alemán se atrevieron a dar el paso decisivo y a arriesgar sus vidas en él. En comparación con este objetivo, nada es más importante».[20]

Durante el verano, las fuerzas aéreas aliadas intensificaron su ataque en territorio alemán. Aunque la campaña de bombardeo angloestadounidense tuvo un efecto innegable en la moral alemana en 1943, su impacto en la producción de guerra alemana fue menos obvio. De hecho, la producción de municiones alemanas aumentó en 1942-1943, en especial después de que Hitler nombrara a Albert Speer a la cabeza del Ministerio de Armamentos y Municiones, en febrero de 1942. En un esfuerzo por racionalizar la producción alemana, Speer, reforzado por su acceso a Hitler, pudo reemplazar el Plan Cuatrienal de Göring y la Oficina de Armamento y Economía de Guerra de la Wehrmacht, liderada por el general Georg Thomas. Puso en marcha un plan para estandarizar la producción, reforzar el control sobre los usos de las materias primas, la fabricación y la mano de obra, y reducir el número de diferentes tipos de armas. La racionalización de la producción no comenzó con él, pero Speer, al trabajar con el poderoso Erhard Milch, que estaba a cargo de la producción de la Luftwaffe, y con industriales y funcionarios locales, logró llevar los dispares elementos de la producción bélica a algo que se acercaba a un control central. En 1943, esta estrategia estaba dando enormes resultados y, para principios de 1944, Alemania producía el doble de rifles que en 1941, más del triple de granadas de mano, más de siete veces la cantidad de obuses y más del

triple de aviones. Speer se convirtió en una estrella, y sus logros se presentaban como «el milagro Speer».[21] En un momento en que los nazis tenían pocos triunfos militares que exhibir ante la gente, la llamativa curva ascendente de la producción de municiones sirvió como instrumento de propaganda para demostrarle al pueblo alemán que la guerra aún se podía ganar. Mientras tanto, Speer, que ya era favorito de Hitler, se convirtió en el predilecto de la gente.[22]

Pero la reputación de Speer —y la producción de guerra alemana— alcanzaron su punto máximo en la primera mitad de 1944 y comenzaron a descender de forma drástica desde entonces. Después de la invasión de Francia, los Aliados finalmente pudieron realizar un ataque aéreo sostenido contra la industria alemana, en especial, las de petróleo y transporte, y realizaron incursiones de quinientos, seiscientos o setecientos aviones contra complejos de combustibles sintéticos, terminales ferroviarias y otros objetivos relacionados. Más de la mitad del tonelaje de bombas arrojado por los Aliados en Alemania cayó entre el Día D y el final de la guerra, y la producción industrial alemana se desplomó en las categorías más importantes: la de aviones cayó un 62 %, la de blindados un 54 %, la de vehículos motorizados un 72 %, la de municiones un 62 % y la de armas un 42 %. Desde su pico en 1944 hasta marzo de 1945, la producción total de municiones cayó un 55 %.[23]

El empuje principal de la campaña aérea aliada entre mayo y septiembre de 1944 estuvo dirigido contra las instalaciones de petróleo sintético de Alemania, que producían el 90 % del combustible de aviación del Reich y el 30 % de su gasolina para automotores. Como resultado del bombardeo, la producción de petróleo sintético se desplomó de un promedio de 359 000 toneladas en los cuatro meses anteriores al inicio de las incursiones aéreas a 24 000 toneladas en sep-

tiembre. La producción de combustible de aviación de estas plantas cayó de 175 000 toneladas en abril a 5000 toneladas en el mismo período, mientras que las reservas de petróleo y combustible de aviación disminuyeron en dos tercios. Para el final del año, la maquinaria de guerra alemana estaba funcionando casi sin combustible.[24]

Después de septiembre de 1944, el foco de la ofensiva aérea viró hacia el sistema de transporte y comunicación de Alemania. Los ataques a los ferrocarriles, las carreteras y por agua fueron, en cierto sentido, muchos más efectivos que bombardear los combustibles, ya que redujeron el tráfico en un 50 % durante el último año de la guerra. Desde 1943, gran parte de la producción alemana se había repartido por distintos sitios para evitar que un solo golpe destruyera algún punto clave de la industria. Sin embargo, a finales de 1944, si bien se producían piezas importantes o armas cruciales, estas no podían llegar a las áreas de montaje ni a los soldados en el frente.[25] Con el sistema de transporte en ruinas, la economía nacional se deshizo en un puñado de zonas económicas regionales relativamente aisladas. El Ruhr en gran medida estaba separado del resto de Alemania, y los envíos totales de carbón, de los que dependía gran parte de la industria alemana, se redujeron de setenta y cinco mil cargas en junio de 1944 a treinta y nueve mil en enero de 1945 y veintiocho mil en marzo.[26] «Todo nuestro problema militar se debe a la superioridad aérea del enemigo», señaló Goebbels con tristeza en su diario en marzo de 1945. «En la práctica, una conducta coordinada [de guerra] ya no es posible en el Reich. Ya no tenemos control sobre los sistemas de transporte y comunicación. Tanto nuestras ciudades como nuestras industrias en su mayor parte están destruidas. El resultado es que la moral de guerra de Alemania está por los suelos.»[27]

El resentimiento contra las autoridades nazis, sobre todo contra Göring y la Luftwaffe, iba en aumento. Con un cinismo fruto de la amarga experiencia, muchos alemanes recordaban que hubo un momento al principio de la guerra en el que los bombardeos parecían haber ligado a la gente con el régimen. Los organismos del partido y del Estado se encargaban de inmediato de proporcionar todo tipo de servicios, brindar socorro, distribuir alimentos y mantas, y dar refugio a las familias cuyos hogares habían sido destruidos en los ataques. Incluso los escépticos, que eran muchos, tuvieron que admitir que la vida bajo las bombas creaba una sensación de cercanía comunitaria y de penurias compartidas, ya que las personas se encontraban cada vez más unidas con sus familiares y con sus vecinos. Pero a medida que los bombardeos fueron alcanzando proporciones casi apocalípticas, ese sentimiento de solidaridad con el régimen se vio constantemente erosionado por el sufrimiento masivo y por el fracaso cada vez más obvio del régimen a la hora de proteger a su pueblo.

Para finales de 1944, las defensas aéreas alemanas básicamente estaban desbordadas. El fuego antiaéreo siguió derribando grandes cantidades de bombarderos y a veces la Luftwaffe, hambrienta de combustible, reunía los nuevos aviones de combate, los Me 262 Düsenjäger, para atacar las formaciones. Después de casi todas las incursiones, quedaban fuselajes, alas y timones quemados de los bombarderos enemigos dispersos entre las ramas de los árboles o sobresalían de edificios devastados, donde había también restos de cuerpos esparcidos entre los escombros. Los niños jugaban entre los restos; los carroñeros se llevaban las botas o las pesadas chaquetas de los muertos, y agarraban los paracaídas para obtener seda. Pero los bombarderos siempre regresaban, y eran cada vez más y más.

De los líderes nazis, solo Goebbels recorría los barrios devastados de la ciudad y hablaba con los millares de personas que habían quedado sin hogar por las bombas. El Führer no aparecía por ningún lado. En raras ocasiones la población todavía oía su voz ronca envuelta en la estática de las radios Volksempfänger, pero evitaba ir en persona a las ciudades bombardeadas. Incluso el gran criminal de guerra Churchill había caminado entre la gente de Londres durante el *Blitz*, decía la gente. Lo habían visto en los noticieros cinematográficos. Pero Hitler había desaparecido. Rara vez aparecía en público o hablando por radio. Cuando el 9 de noviembre no pronunció su discurso anual por el aniversario del *Putsch* de la Cervecería, la gente, decepcionada, se preguntaba si estaría enfermo o muerto o cautivo de las SS. Goebbels le suplicaba que les hablara, que se mostrara; sería un tremendo estímulo para la moral, decía. Pero no lo hizo, y su ausencia se sintió profundamente. Muchos asumían que estaba a salvo en lo profundo de un búnker en Berlín o en los Alpes o en su cuartel general secreto en Prusia Oriental, dirigiendo la guerra. «El mejor general de todos los tiempos», murmuraba la gente con desprecio.[28]

Durante un tiempo, en el verano y el otoño de 1944, con la situación deslizándose sin lugar a dudas hacia la catástrofe en todos los frentes, la perspectiva de las nuevas «armas maravillosas» que cambiarían el curso de la guerra lograron levantar momentáneamente los ánimos de los alemanes. El régimen buscó levantar la decaída moral general prometiendo represalias con nuevas armas secretas. Los cohetes V-l, la primera de las «armas de la venganza», comenzaron a aterrizar en Inglaterra en junio de 1944, y el pueblo alemán siguió de cerca sus movimientos. Pero, en cuestión de semanas, fue evidente que esas armas milagrosas no lograban disuadir a las fuerzas aéreas angloestadounidenses y no po-

drían impedir el avance de los Aliados en el Oeste.[29] La muy anunciada introducción del cohete V-2, en otoño, fue recibida también con grandes expectativas, pero para diciembre los funcionarios regionales nazis debieron informar que «todavía no ha tenido ningún efecto real sobre la moral. La gente se ha vuelto escéptica acerca de la introducción de nuevas armas». La sensación general era que ya era demasiado tarde.[30]

A medida que los bombardeos se intensificaban y el régimen se mostraba incapaz de proteger a la población, la inquietud, la fatiga y el resentimiento contra los nazis aumentaban. Las incursiones nocturnas de la RAF eran más perturbadoras que los ataques a plena luz del día de los estadounidenses, pero la imagen de grandes formaciones de bombarderos enemigos que barrían el cielo del mediodía sin que parecieran ser molestadas por la Luftwaffe tenía un efecto particularmente desmoralizador. Un informe de la SD del 14 de julio de 1944 dio a conocer lo que se convertiría en un tópico: «El hecho de que los aviadores del terror puedan abrirse camino a plena luz del día hacia sus objetivos en importantes industrias bélicas sin ser obstaculizados por los combatientes alemanes [...] ha tenido un impacto muy negativo en la moral y ha fortalecido la sensación de que estamos entregados a los caprichos del enemigo».[31]

Para finales de 1944, los informes de los distritos regionales reflejaban la preocupación por los efectos debilitantes de los bombardeos en las ciudades y de los ataques con ametralladoras desde aviones a baja altura en el campo. «Se pueden detectar indicios de cansancio y apatía con respecto al curso de la guerra», comentaban las autoridades en diciembre de 1944, «sobre todo entre la población rural». Había un temor generalizado de que «las ciudades y aldeas pequeñas pronto se convirtieran en blancos de los bombar-

deos del terror». En la primavera de 1945, ese miedo se convertiría en una cruda realidad.[32] Al comentar el estado de ánimo de la gente a principios de 1945, otro informe llegó a la conclusión de que «una mejora en la moral general solo se producirá si se logra quebrar la superioridad aérea del enemigo [...] y proteger a la patria de las acciones de las fuerzas aéreas enemigas». Las derrotas militares eran «atribuidas en todas partes a la superioridad de los tanques rusos, así como a la superioridad aérea enemiga. Especialmente, la superioridad aérea del enemigo conducía una y otra vez a la más enérgica condena de la Luftwaffe alemana, y el propio comandante supremo de la Luftwaffe es cada vez más criticado».[33]

«La gente está empezando a padecer la llamada "fiebre del búnker" y es incapaz de trabajar», informó la Gestapo de Wuppertal en enero de 1945. «La fe en nuestros líderes, incluido el Führer, está desapareciendo rápidamente. Están hartos de los artículos y discursos de Goebbels, quien, dicen, con mucha frecuencia mintió a los alemanes y habló demasiado. La actitud hacia el nacionalsocialismo se caracteriza por el siguiente dicho: "Si aún no hemos colapsado, no es *por* el nacionalsocialismo sino *a pesar del* nacionalsocialismo".»[34] Una anciana de Hamburgo que trabajaba con su esposo como gerenta de hotel recordaba que «lo más notable que se veía cuando uno se sentaba en el refugio antiaéreo era cómo la gente maldecía a los nazis cada vez con menos inhibiciones y reservas a medida que pasaba el tiempo [...]. Nunca se oían insultos contra Inglaterra o contra Estados Unidos. Siempre eran contra los nazis. Y aumentaban cada vez más». Al ver su ciudad consumida por las llamas, un hombre de Lübeck dijo que «todos coincidíamos en que teníamos que dar las gracias a Hitler por toda esta desgracia».[35]

Al principio de la guerra, el régimen organizaba evacuaciones de niños de las ciudades a pequeños pueblos y zonas rurales retiradas. Niños desconcertados de Múnich y de Núremberg, o de lugares tan alejados como Hamburgo, aparecían en las calles de bucólicas aldeas, a veces acompañados por un maestro y un funcionario de la Liga de Defensa Aérea del Reich. Pero eso ya no ocurría. En la primavera de 1945, los cazas aliados con su vuelo rasante estaban en todas partes. Día y noche, los Thunderbolt, los Mustang y los Lightning bimotor rugían por encima de las copas de los árboles y ametrallaban las carreteras y las vías férreas. Disparaban a los agricultores que araban sus campos, a los tractores y a los carros tirados por caballos en las carreteras rurales casi desiertas. Nadie estaba a salvo.

Si bien la moral alemana no se derrumbó bajo esta embestida —dada la naturaleza opresiva del Estado nacionalsocialista, era poco probable que se produjeran disturbios, y un levantamiento era casi imposible—, los bombardeos tuvieron un efecto corrosivo y desmoralizador sobre las actitudes civiles. Los repetidos e intensos bombardeos no engendraron sentimientos de rebelión, sino un estado de hosca apatía y una concentración devoradora en las tareas básicas de supervivencia. Los hábitos de trabajo profundamente arraigados, la propaganda nazi y el temor al régimen desempeñaron una función importante para mantener a los agotados alemanes en sus trabajos.[36] «Durante los últimos meses de la guerra», contó una mujer de Wetzlar, «mi único pensamiento era mantenerme viva, mantenerme a salvo en el sótano y cocinar algo de comida».[37] La supervivencia estaba a la orden del día, un sentimiento que se reflejaba en la fórmula de despedida común en el Berlín de 1944-1945: «Bleib übrig!» (¡sobrevive!).[38]

Para el otoño de 1944, la situación estratégica de Alemania era desesperada. Las tropas aliadas habían penetrado en el territorio fronterizo del Reich, tanto en el este como en el oeste, y estaban preparando un avance hacia el corazón del Tercer Reich. Hitler decidió que un último golpe espectacular en Occidente podría salvar la situación. Su plan consistía en un contraataque masivo en el área de las Ardenas y el posterior envío de avanzadas blindadas para cruzar el Mosa hacia Amberes, para quitarles a los Aliados su puerto más importante y abrir una brecha entre las fuerzas británicas del norte y las estadounidenses, que estaban más al sur. Para lograrlo, desplegaría treinta divisiones nuevas y reconstruidas, incluidos dos ejércitos panzer reequipados: una fuerza mayor que la de 1940. Guderian, en ese momento jefe del Estado Mayor, se opuso a una empresa que, argumentaba, haría que perdieran hasta su última reserva blindada para lograr un objetivo dudoso en Occidente, cuando se necesitaban desesperadamente todas las fuerzas disponibles en el este, ya que los soviéticos preparaban una importante ofensiva de invierno. Tanto Rundstedt como el general Walter Model, el reemplazo de Rommel, se mostraron cautelosos respecto del despliegue de estas formaciones blindadas en el oeste y preferían una operación más limitada. Pero Hitler ignoró sus puntos de vista.[39]

El 16 de diciembre, bajo un cielo nublado, los alemanes pusieron en marcha la Operación Niebla de Otoño. Doscientas mil tropas alemanas y seiscientos tanques fueron lanzados a la ofensiva contra cerca de ochenta mil desprevenidos soldados estadounidenses, a los que apoyaban cuatrocientos tanques. La sorpresa fue total. Las tropas alemanas, muy superiores, pasaron a través de los estadounidenses abriendo un frente de 110 kilómetros, se dirigieron al río Mosa y crearon un «saliente» en las líneas aliadas de 104 kilóme-

tros de profundidad y 65 kilómetros de ancho. Los combates fueron intensos y las condiciones eran terribles: una nieve pesada y húmeda cayó mientras el invierno más frío de los últimos cincuenta años se instalaba en Europa Occidental. Entre las fuerzas preparadas para el ataque, había unidades de las SS que habían sido transferidas desde el Frente Oriental, y el 17 de diciembre la 1.ª División Panzer de las SS dio muestras de lo que fue la campaña rusa al oeste. Siguiendo un procedimiento que había sido común en Rusia, las SS masacraron a ochenta y seis prisioneros estadounidenses en un campo de Malmedy. Hasta entonces, la Wehrmacht, en general, hacía lo que un historiador ha llamado «una guerra con reglas» contra las fuerzas angloestadounidenses y en gran medida respetaba las Convenciones de Ginebra. Pero, en el este, los alemanes se habían embarcado en una despiadada «guerra sin reglas». En Malmedy, desapareció por completo esa distinción.[40]

Gran parte del éxito inicial de la ofensiva alemana se debió al mal tiempo, que neutralizó el poder aéreo de los Aliados, pero, en la víspera de Navidad, los cielos se despejaron y los aviones diezmaron las avanzadas alemanas. El empuje alemán también se desaceleró por la firme resistencia estadounidense y la grave escasez de combustible. Los planificadores militares habían confiado en apoderarse de los depósitos de combustible estadounidenses, pero resultó imposible. Los panzer se quedaron literalmente sin gasolina. La ofensiva fue un fracaso total. Los alemanes no lograron llegar al Mosa, y Amberes, el principal objetivo de la ofensiva, estaba aún a más de 160 kilómetros. A mediados de enero, los Aliados habían eliminado el «saliente» en sus líneas. Si bien las bajas fueron grandes en ambos bandos, alrededor de ochenta mil alemanes y setenta mil estadounidenses, Hitler había agotado las últimas reservas de la Wehrmacht en

un proyecto sumamente ambicioso que, desde el principio, casi todo el Alto Mando estaba convencido de que tenía pocas posibilidades de éxito. En el proceso, debilitó terriblemente la posición defensiva alemana en el este en vísperas de una gran ofensiva rusa en Polonia. Fue el último jadeo desesperado del Tercer Reich.[41]

Después de la catastrófica ofensiva de las Ardenas,[42] Hitler se dio cuenta de que la guerra no se podía ganar militarmente. «Sé que la guerra está perdida», confesó a su ayudante militar Nicolaus von Below. Pero, agregó, «no capitularemos. Nunca. Podemos hundirnos, pero el mundo se hundirá con nosotros». Su única esperanza era lograr un acuerdo político. Pensaba que, si se infligían pérdidas devastadoras a los Aliados occidentales, ellos mismos buscarían establecer la paz o, incluso, se unirían a Alemania en su «lucha heroica para salvar a la civilización occidental de los estragos de bolchevismo». Pero incluso esa fantasiosa esperanza se extinguió tras el fracaso de la ofensiva de las Ardenas.

El toque de tambor de malas noticias continuó en febrero y marzo. El 13 de febrero, las fuerzas aéreas aliadas arrojaron 2658 toneladas de bombas sobre Dresde, 1181 de ellas incendiarias, lo que convirtió a esa hermosa ciudad renacentista en un infierno y costó la vida de veinticinco mil civiles. Entre los que estaban en la ciudad esa noche se contaban el filólogo judío Viktor Klemperer y su esposa. Mientras se abrían paso a través de la ciudad en llamas tratando de llegar al Elba, contó, «los incendios todavía seguían ardiendo en muchos de los edificios de la ruta superior». Los muertos, «pequeños, del tamaño de un bulto de ropa [...], estaban dispersos en nuestro camino. El cráneo de uno había sido arrancado y la parte superior de la cabeza era un cuenco rojo oscuro. Lo que antes era un brazo estaba allí ti-

rado, una mano pálida, muy delicada, como un modelo hecho de cera». Grupos de personas fluían sin cesar entre «los cadáveres y los vehículos destrozados de un lado a otro por el Elba, una procesión silenciosa y agitada». En un momento dado, su esposa quiso encender un cigarrillo, pero no tenía fósforos. «Algo brillaba en el suelo, ella quiso usarlo: era un cadáver en llamas.»[43] La ciudad no era un gran centro industrial, pero los Aliados aseguraban que era una importante zona de tránsito para las tropas alemanas que se desplazaban hacia el este y atacaron para mostrar la voluntad de Occidente de contribuir al avance de las fuerzas de Stalin.

El 7 de marzo de 1945, las tropas estadounidenses encontraron en Remagen, a 24 kilómetros al sur de Colonia, el único puente intacto que quedaba sobre el Rin y lo cruzaron. Tres semanas después, todos los ejércitos aliados ya habían cruzado el Rin, la última barrera natural hacia el interior del Reich. En los primeros días de abril, el Ruhr fue rodeado por las fuerzas británicas y estadounidenses, que dejaron atrapados a cuatrocientos treinta mil soldados alemanes. El Ruhr aguantó hasta el 13 de abril antes de rendirse. Los comandantes aliados estaban ansiosos por lanzar un avance hacia Berlín para llegar antes que los rusos a la capital del Tercer Reich. Estaban a 80 kilómetros, pero el general Dwight Eisenhower, comandante supremo de las fuerzas aliadas, se negó a dar la orden de avanzar sobre la ciudad. En febrero, en Yalta, los «tres grandes» —Churchill, Roosevelt y Stalin— habían llegado a un acuerdo sobre las zonas de ocupación de la derrotada Alemania, y Berlín se encontraba en lo más profundo de la zona soviética. Eisenhower no sacrificaría miles de vidas británicas y estadounidenses para tomar la capital nazi y luego entregarla a los rusos. También entendió que, aunque estaban a escasos 80

kilómetros de Berlín, el ejército se había extendido demasiado y contaba con una fuerza de solo cincuenta mil soldados. Los soviéticos, con una fuerza mucho mayor, se encontraban a 60 kilómetros de la capital y habrían lanzado su ofensiva antes si los Aliados occidentales hubieran presionado. Como lo demostrarían los acontecimientos posteriores de ese mes, el precio que pagaron los soviéticos por tomar la ciudad fue extremadamente alto.

A partir de enero, las carreteras alemanas estaban congestionadas, con largas columnas de prisioneros de guerra aliados y presos de los campos de concentración que marchaban en manadas desesperadas hacia el interior del menguante territorio del Reich. Una oleada de civiles en pánico que huían del Ejército Rojo, que se dirigía hacia el oeste, llenaba las devastadas ciudades de Alemania y exacerbaba el caos creciente. Llevaban consigo espeluznantes relatos de violación, destrucción y pillaje descontrolado por parte del depredador Ejército Rojo. Las hordas bárbaras que se acercaban provocaron una oleada de suicidios por parte de líderes nazis locales y miembros del partido. En Prusia Oriental, Silesia y Pomerania, las antiguas ciudades alemanas, cayeron en manos de los soviéticos. En lugar de permitir que las fuerzas alemanas se retiraran hacia líneas defensivas más razonables, Hitler ordenó que Königsberg, Breslau y otras ciudades se convirtieran en fortalezas para detener a los rusos. Sus generales pensaban que hacer eso era una locura, pero, como de costumbre, obedecieron. El Ejército Rojo simplemente los aplastó y siguió su camino hacia Berlín.

Al mismo tiempo, el bombardeo aliado de Alemania alcanzó un *crescendo* mortal. Incursiones enormes de las fuerzas aéreas angloestadounidenses devastaron Dresde, Pforzheim, Wurzburgo, Magdeburgo, Núremberg y otras ciudades, grandes y pequeñas, asolando gran parte del país y de-

jando cientos de miles de civiles alemanes muertos o sin hogar. La mayoría de las muertes de alemanes producidas por los bombardeos aliados durante la guerra fueron de 1945. De hecho, enero y febrero fueron los meses más mortíferos de la Segunda Guerra Mundial: además de las bajas civiles, un millón cuatrocientos mil soldados alemanes cayeron en los últimos cuatro meses de la guerra, casi catorce mil por día. Los soldados de la otrora poderosa Wehrmacht también desertaban en cantidades alarmantes: se quitaban sus uniformes y procuraban mimetizarse con el torrente de refugiados. Miles fueron atrapados y fusilados o ahorcados de manera sumaria. A mediados de 1944, se dictaron más de veintiséis mil sentencias de muerte por deserción o por menoscabar el esfuerzo bélico. Aunque el número exacto de ejecutados es imposible de determinar con total certeza, entre enero y mayo de 1945, el número de soldados condenados a muerte por el sistema judicial militar ordinario fue de alrededor de cuatro mil, mientras que las cifras correspondientes a los ejecutados por los «consejos de guerra móviles» podrían estar más cerca de los seis o siete mil. Como las tropas descubrieron de inmediato, estos «tribunales móviles» eran poco más que escuadrones itinerantes de la muerte.[44]

Tales medidas draconianas no estaban reservadas solo para los militares. La moral civil cayó en picado. Un informe de las autoridades regionales de principios de febrero se hacía eco de una opinión compartida por muchos al afirmar que, en diciembre, la moral había mejorado debido a la ofensiva de las Ardenas y al discurso por radio de Año Nuevo pronunciado por el Führer. Pero, luego, la ofensiva invernal soviética en enero llevó a las tropas rusas a las entrañas

de Alemania y produjo «una gran decepción y [...] un gran horror. Debido a estos hechos, el pueblo se ha visto afectado por una gran decepción [...] así como por el miedo y la preocupación. Muchos consideran que la guerra ya se ha perdido».[45] La situación era tan grave que el régimen se sintió obligado a crear tribunales especiales que se fundaban en los mismos principios que los militares, pero para civiles. Cualquier alemán (hombre, mujer o niño) que, de la manera que fuera, no apoyase el esfuerzo bélico, alterara las operaciones militares o mostrara «tendencias derrotistas» podía ser juzgado y ejecutado en el acto por traidor. En esos cada vez más caóticos meses finales, esos tribunales ejecutaron a más de diez mil civiles por «derrotismo», por traición o por «socavar operaciones militares».[46]

Ante el enconado resentimiento de la población exhausta, los nazis, dominados por una creciente sensación de desesperación, lanzaron fanáticos llamamientos —y amenazas— para luchar «hasta la última bala». La única esperanza para el Reich, creía Hitler, era resistir hasta que se rompiese la alianza «antinatural» contra él y se pudiera negociar una paz por separado con cualquiera de las potencias occidentales o con los soviéticos. En consecuencia, cuando la guerra terrestre llegara a Alemania, cada granja, aldea, pueblo y ciudad debía convertirse en una fortaleza; se exhortaba a soldados y a civiles a luchar fanáticamente contra el último hombre, mujer y niño, infligiendo el número máximo posible de bajas al enemigo y ralentizando el avance de los Aliados. En un llamamiento típico de esta política apocalíptica, el *Gauleiter* nazi de la Alta Franconia advertía a su atribulada población que «si ahora escasean el carbón, el gas y la electricidad, ¿qué es todo eso comparado con los planes sádicos judíos de nuestros enemigos para nuestra destrucción? E incluso si nuestras raciones de comida se redujeran

aún más, consideraríamos que nuestras duras condiciones de vida actuales son el paraíso comparadas con las que tendríamos si los bolcheviques y sus ayudantes plutocráticos se convirtieran en dueños del Reich [...]. Todos nuestros hombres serán llevados a Siberia. Nuestras mujeres serán violadas, nuestros hijos arrastrados lejos de nosotros». Solo podía haber una respuesta: «Pelear, pelear y pelear aún más». No se toleraría el derrotismo. «Cobardes, alborotadores y traidores», advertía, serán «exterminados» sin piedad.[47]

Para aumentar el número de efectivos del ejército que ahora luchaba en suelo alemán, los nazis movilizaron a una milicia nacional, el *Volkssturm*,[48] y convocaron a todos los hombres de entre 16 y 60 años al servicio militar. Pobremente equipadas y apenas entrenadas, algunas de estas unidades heterogéneas lucharon con determinación tenaz, en especial en el este, pero la mayoría fue aplastada de inmediato; muchos simplemente se evaporaban en el fragor de la batalla, desvaneciéndose ante el enemigo. Se estima que el 50 % de las pérdidas militares alemanas de 1945 fueron del *Volkssturm*.

A medida que la presión sobre el Tercer Reich aumentaba de forma gradual en los primeros cuatro meses de 1945, la violencia catastrófica de la guerra de Hitler envolvió el corazón del territorio alemán con una fuerza inimaginable, y la vida en el Tercer Reich se tornó apocalíptica y casi surrealista. La población, cansada de la guerra, se encontró atrapada entre los ejércitos aliados, un asalto implacable desde el aire y un régimen fanático que, en su agonía, buscaba estimular de alguna manera a su propia gente. El cruel reino del terror nazi que se había extendido por Europa desde 1939 ahora llegó al Reich, y los alemanes descubrieron que tenían que temer tanto a su propio régimen criminal

como a sus enemigos. «Ahora, Hitler nos ha declarado la guerra a nosotros», observó una mujer con tristeza.

El 7 de abril, Himmler hizo sonar la alarma y emitió una orden que reflejaba la desesperada situación del régimen: «En el momento presente de la guerra, todo depende de la tenaz e inquebrantable voluntad de resistir. Quien cuelgue sábanas blancas, abra barreras de tanques ya cerradas, no informe al *Volkssturm* o recurra a otras muestras [de derrotismo] se enfrentará con las medidas más duras. Si aparece una bandera blanca en cualquier vivienda, todos los hombres de esa casa serán fusilados. No habrá ni la más mínima vacilación en este sentido».[49] Pero en esas últimas semanas de locura, una mezcla volátil de fatalismo, miedo y desesperación encendió una chispa de abierta rebelión en varias ciudades del oeste y del sur de Alemania. Se produjeron enfrentamientos localizados entre funcionarios nazis y civiles alemanes en numerosos pueblos y ciudades, mientras los alemanes comunes trataban de salvar a sus comunidades de una destrucción segura en lo que resultaba evidente que era un esfuerzo fútil para frenar a los invasores. En muchos lugares, fueron las mujeres, acompañadas de sus hijos, las que se enfrentaron a los líderes nazis. Marchaban hacia las plazas para exigir que su pueblo o su aldea fueran salvados. Estas revueltas no eran de naturaleza ideológica. No se trató de protestas contra el sistema nazi o el liderazgo de Hitler. Se inspiraban en el deseo de sobrevivir y de salvar a sus pueblos de una destrucción innecesaria.[50]

Aunque ya se habían producido varias revueltas ciudadanas en varios pueblos y ciudades pequeñas, el 23 de abril de 1945 tuvo lugar la mayor de las revueltas de mujeres en la ciudad catedralicia de Ratisbona. Respondiendo con enojo al llamado del *Gauleiter* a la resistencia fanática, alrededor de mil mujeres acompañadas por sus hijos, muchos bebés en

cochecitos, y un grupo de hombres se reunieron en la plaza del mercado para exigir que la ciudad fuera entregada a los estadounidenses sin resistencia. Los nazis irrumpieron en la manifestación y arrestaron a una treintena de manifestantes, la mayoría más o menos aleatoriamente. Para el anochecer, todos habían sido liberados, salvo un comerciante local de madera y Johann Maier, un sacerdote católico que había hablado en la manifestación. El agitado *Gauleiter* llamó desde su cuartel general al sur de la ciudad y ordenó que «los líderes de estos agitadores fueran ahorcados de inmediato». Cuando el líder local del partido objetó que, en términos legales [!], se debía conformar un tribunal especial, el *Gauleiter* gritó: «Bien, ¡cuélguelos primero y luego convoque al tribunal!». El sacerdote fue ahorcado en la oscuridad de la noche y su cuerpo quedó balanceándose en la horca en la plaza del mercado durante todo el día siguiente. Alrededor de su cuello, los nazis habían colgado un cartel que decía: «Aquí muere un saboteador». Dos días después, la dirección nazi se escabulló silenciosamente de la ciudad y el 27 de abril los estadounidenses la tomaron. No hubo ni un solo disparo.[51]

En la primavera de 1945, los pueblos y ciudades del Reich caían uno tras otro a manos de las fuerzas aliadas o eran entregados por las autoridades militares locales. Justo un día antes de la manifestación de las mujeres en Ratisbona, las tropas estadounidenses organizaron un desfile de la victoria a través de las ruinas de Núremberg, sede de las enormes concentraciones nazis antes de la guerra. La ciudad ofrecía una imagen desoladora. Más del 90 % de sus edificios estaban en ruinas: un espeluznante testimonio de los devastadores bombardeos aéreos aliados y de las salvajes luchas casa por casa mientras la ciudad caía. Para marcar la derrota de esta ciudad tan fuertemente asociada con Hitler, la 3.ª Divi-

sión de Infantería estadounidense entró en el estadio donde se celebraban los congresos del partido y pasó en formación debajo de la tribuna de oradores donde Hitler había hipnotizado a multitudes gigantescas antes de la guerra. Después del desfile, los ingenieros estadounidenses hicieron estallar la enorme esvástica de piedra que coronaba aquellos terrenos. Fue un momento de alto valor simbólico.[52]

En enero, las fuerzas soviéticas encontraron prácticamente abandonado el campo de Auschwitz. En el extenso complejo donde más de un millón de seres humanos habían sido asesinados, descubrieron a siete mil quinientos prisioneros que de milagro aún se aferraban a la vida y unos seiscientos cadáveres. Diez días antes, Himmler había ordenado la evacuación de todos los campos del este con una orden precisa: «Ni un solo prisionero de los campos de concentración puede caer vivo en manos del enemigo». También ordenó la destrucción de las cámaras de gas y de los crematorios, es decir, de todos los rastros de los grandes crímenes allí cometidos. No tuvieron éxito: el 17 de enero, unos sesenta mil reclusos del campo fueron evacuados hacia el oeste en marchas forzadas en medio del frío glacial y la nieve. Dos tercios de ellos nunca llegaron a su destino, que era, primero, el campo de Gross-Rosen y, luego, el inmenso campo de Bergen-Belsen en Alemania.[53]

A medida que las fuerzas angloestadounidenses se adentraban en el país fueron encontrando los campos de concentración nazis ubicados en suelo alemán: Ohrdruf (9 de abril), Buchenwald (11 de abril), Bergen-Belsen (15 de abril) y Flossenbürg (23 de abril). Los soviéticos habían encontrado Majdanek el mes de julio anterior, con sus cámaras de gas y crematorios intactos, pero esa información no fue divulgada. Los horrores que encontraron en esos agujeros infernales revelaron el crudo núcleo ideológico del Tercer Reich:

fosas comunes, cuerpos amontonados, sobrevivientes reducidos a poco más que huesos, crematorios —algunos todavía llenos de cuerpos—, recipientes de almacenamiento con el oro extraído de los dientes, bolsas con cabellos de mujer, gafas, maletas, dentaduras, ropa... En un campamento incluso había miles de pares de zapatos de bebé. Las tropas aliadas también tropezaron con decenas de campamentos satélites más pequeños donde los horrores eran tan terribles como en los principales; solo la escala del sufrimiento era menor. Las horribles escenas con las que se hallaron los soldados se difundieron más allá del Alto Mando Aliado y del *establishment* político de los Estados Unidos y Gran Bretaña, hasta alcanzar a un público internacional aturdido por cinco años de guerra total. A diferencia de Auschwitz, que ya no estaba en funcionamiento cuando los rusos llegaron en enero, los campos ubicados dentro de la Alemania nazi no habían sido evacuados. De hecho, en la primavera de 1945, sus poblaciones crecieron con los internos de los campos de exterminio del este. A mediados de abril, Dachau, construido para albergar a cinco mil reclusos, estaba sobrecargado con treinta mil hombres y mujeres, todos ellos en condiciones inimaginables de suciedad, enfermedad e inanición. Más de diez mil prisioneros ya habían muerto en Dachau y sus campamentos subsidiarios desde enero, y cientos de personas morían cada día.

Los prisioneros judíos del campo eran, en su mayoría, supervivientes recién llegados de los campos del Este. Gran parte habían sido evacuados a Buchenwald unos días antes de su liberación y luego marcharon, a pie o amontonados en vagones abiertos de carga o de carbón, para comenzar un largo viaje de pesadilla hacia el sur. En todo el centro y el oeste de Alemania, en el cada vez más reducido territorio controlado por el Reich, las SS obligaron a decenas de miles

de prisioneros a realizar tortuosas «marchas de la muerte» desde los campos de concentración, tanto desde los grandes como desde los pequeños.[54] A duras penas aferrados a la vida, los recién llegados, agotados, eran depositados en unas instalaciones sucias e infernales literalmente desbordadas de vivos y muertos. Entre los miles de presos que deambulaban sin fuerzas, cientos de cadáveres cubrían los jardines; los cadáveres estaban apilados como leña junto a las largas hileras de sórdidos barracones o amontonados contra las paredes del crematorio que hacía tiempo había dejado de funcionar: simplemente había demasiados muertos para quemar. Desde principios de abril, los transportes desde Buchenwald, Flossenbürg y otros campos del norte y el este habían sobrepasado a las autoridades de las SS, que ya no se molestaban en registrar los miles de nuevos prisioneros que eran depositados dentro de los portones.

En un desvío de ferrocarril que se encontraba justo al lado de la puerta principal, los estadounidenses encontraron unos cincuenta vagones. El transporte había llegado el 27 de abril desde Buchenwald a través de Flossenbürg. Su cargamento eran dos mil hombres y mujeres amontonados en una espantosa maraña de extremidades esqueléticas y torsos encogidos que había muerto en el camino o habían sido abandonados allí para que murieran de hambre ante las puertas de Dachau. El coronel estadounidense al mando recordó que «lo primero que vi fue ese terrible tren. Pasé por delante de ellos, vagón tras vagón. La visión era tan increíble que no podía hacer otra cosa. De repente, un soldado que estaba a unos 10 o 15 metros detrás de mí, gritó: "¡Oiga, coronel! ¡Aquí hay uno vivo!". Inmediatamente, corrí hacia el vagón. Allí, casi sepultada bajo una masa de cadáveres, había una mano que se agitaba tan débilmente que apenas se notaba. ¡Pero se estaba moviendo!». Un superviviente en-

tre los dos mil. Cuando finalmente fue desenredado de los cuerpos a su alrededor, el hombre, apenas más que un esqueleto, miró frenéticamente a un soldado y a otro repitiendo con completa incredulidad: «Freí? Frei?» (¿Libre? ¿Libre?).[55]

Cuando el Ejército Rojo traspasó las fronteras del Reich y se lanzó hacia el oeste, una ola de terror invadió a la población alemana. Una estampida de refugiados en pánico, unos dos millones en total, se volcó a las carreteras huyendo de los rusos. Cargaban consigo relatos espeluznantes —muchos de ellos verdaderos— sobre violaciones, violencia arbitraria, ejecuciones sumarias y comportamiento bárbaro. En febrero, las avanzadas soviéticas se encontraban a 90 kilómetros de Berlín preparándose para un asalto titánico a la capital alemana. Tres grupos de ejércitos gigantes —«frentes», los llamaban los rusos— se congregaron a lo largo del Óder: un millón y medio de soldados, tres mil trescientos tanques, diez mil aviones, veintiocho mil cañones pesados y los temidos lanzacohetes Katiusha («Órganos de Stalin», los llamaban). Formados contra ellos había seiscientas mil tropas alemanas, compuestas en su mayor parte por viejos y niños del *Volkssturm* y las JH. En abril de 1945, Berlín era una ciudad de mujeres, ancianos y niños. Las unidades militares estaban desprovistas de personal, de modo que lo que aparecía en los mapas informativos como «divisiones» o «regimientos» eran meros proyectiles y, algunos, solo fantasmas.

Hitler no confiaba en sus generales, sobre todo después del fallido *Putsch*, y ellos, incluso los más leales, estaban consternados por su falta de criterio. Casi todos estaban de acuerdo en que la Operación Niebla de Otoño había sido un desastre «incomprensible», igual que su orden de que las

tropas alemanas lucharan en la orilla oeste del Rin. En enero, cuando el Ejército Rojo se acercaba a Berlín, ordenó que el 6.° Ejército Panzer se dirigiera a Hungría, donde, argumentó, sorprenderían a los rusos y les infligirían una derrota que lo cambiaría todo. Una locura, creían los generales, pero obedecieron. El 21 de enero nombró a Himmler, quien, a pesar de su pertinaz amor por los uniformes, no tenía experiencia militar, como comandante del recientemente formado Grupo de Ejércitos Vístula.

Hitler no tenía una estrategia militar integral desde Stalingrado. Tampoco los profesionales del Estado Mayor. Todo lo que Hitler tenía para ofrecer era una apocalíptica «lucha hasta el último hombre». Sus generales percibían las terribles consecuencias de tal deseo de muerte pero, de todos modos, aceptaron sus decisiones suicidas. El criterio de Hitler rara vez era cuestionado, y cuando lo era, Hitler reaccionaba con una furia desenfrenada. Cuando, en una reunión militar de principios de febrero, Guderian se enfrentó a él y le cuestionó la imprudencia de nombrar a Himmler para dirigir al Grupo de Ejércitos Vístula, fue objeto de uno de los estallidos más colosales que todos los allegados al Führer hubieran presenciado jamás. Para horror de Keitel y de otros del séquito de Hitler, Guderian se negó a retractarse y Hitler perdió el control por completo. ¿Cómo se atrevía el general a hablarle de esa manera? ¿Cómo osaba contradecir su juicio estratégico? «Con los puños levantados, las mejillas sonrojadas por la ira, todo su cuerpo temblaba. Estaba parado frente a mí», recordaba Guderian, «fuera de sí y sin el más mínimo autocontrol. Después de cada arrebato de ira, Hitler se paseaba de un lado a otro por el borde de la alfombra y, de repente, se detenía de golpe ante mí y me lanzaba a la cara su siguiente acusación. Estaba casi gritando, sus ojos parecían salírsele de las órbitas y las venas se le

hinchaban en las sienes». Himmler, como había previsto Guderian, rápidamente se vio sobrepasado por la responsabilidad y renunció después de unas pocas semanas al verse incapaz de dominar la deteriorada situación militar y por el estrés que eso le causaba. Guderian fue despedido en marzo. [56]

Un débil rayo de esperanza logró atravesar la penumbra del *Führerbunker*. El 12 de abril, murió Franklin Roosevelt. Cuando Goebbels recibió la noticia, telefoneó al Führer. Unos días antes le había leído a Hitler la descripción de Thomas Carlyle sobre la posición aparentemente desesperada de Federico el Grande en la Guerra de los Siete Años. Una poderosa alianza estaba dispuesta contra él, y la derrota era segura. Pero, de pronto, la zarina Catalina la Grande de Rusia, figura clave en la alianza antiprusiana, murió. La coalición contra Federico se deshizo y, contra todos los pronósticos, salió victorioso. Hitler estaba tan conmovido que mandó a pedir sus horóscopos (había dos), que estaban guardados en los departamentos de investigación de Himmler. Ambos predecían grandes triunfos en 1941, seguidos por una serie de reveses y catástrofes en la primera mitad de 1945. Pero luego vendría un cambio en la segunda quincena de abril y un respiro hasta que se lograra la paz en agosto. Habría tiempos difíciles para el Reich, pero Alemania se levantaría otra vez y recuperaría su grandeza. Cuando Goebbels habló con Hitler, dijo entusiasmado: «Mi Führer, lo felicito. Roosevelt está muerto. Está escrito en las estrellas que la segunda quincena de abril será el punto de inflexión para nosotros».[57] La Gran Alianza no colapso, como Hitler predijo que sucedería, pero esto se consideró una buena noticia en abril de 1945.

El 16 de abril los rusos cruzaron el Óder en Küstrin e iniciaron la primera fase de la batalla por Berlín. A las 3 de la

madrugada, un bombardeo masivo de mil cañones pesados rompió el silencio; las sacudidas de las explosiones de proyectiles, que hacían temblar los huesos se podían sentir en los suburbios del este de Berlín, a 70 kilómetros de distancia. Las fuerzas alemanas desplegaron una tenaz defensa en las Colinas de Seelow, al este de la ciudad, infligiendo terribles bajas a los soviéticos que avanzaban, pero, tras una batalla de cuatro días, las defensas alemanas fueron superadas y el Ejército Rojo avanzó sobre Berlín en un aplastante movimiento de pinzas. Mientras tanto, el 20 de abril, en lo más profundo de la Cancillería del Reich, destrozada por las bombas, Adolf Hitler cumplía 56 años en el búnker al que se había retirado. Todas las figuras principales del Tercer Reich —Goebbels, Göring, Himmler, Speer, Bormann, el almirante Karl Dönitz, Keitel y Jodl— se abrieron paso entre las ruinas de la ciudad para llegar al cuartel general subterráneo de Hitler y presentarle sus respetos. En años anteriores, el cumpleaños del Führer había sido un momento de celebraciones nacionales: desfiles, conciertos, homenajes públicos. No ese día. No hubo fanfarrias ni se habló de la victoria.

Después de saludar en el bombardeado jardín de la Cancillería a un grupo de las JH —muchachos que se habían distinguido en el combate contra los rusos; el más joven de 12 años—, Hitler descendió de nuevo hacia las oscuras y húmedas cámaras de hormigón del búnker para repasar la situación militar. Los rusos se acercaban con rapidez a la capital del Reich. Pronto la ciudad estaría rodeada por completo. Sus compinches y comandantes lo instaron a escapar hacia el sur para seguir conduciendo la guerra desde los Alpes de Berchtesgaden, pero Hitler se negó. Los otros podían irse, insistió, pero él permanecería en su puesto en Berlín. A su jefe de operaciones, el general Alfred Jodl, le confió: «Lucharé mientras los fieles luchen junto a mí, y luego me pe-

garé un tiro». Esa tarde, convoyes de burócratas del gobierno, militares de alto rango y funcionarios del partido —«los faisanes dorados», como los llamaban con desprecio los berlineses comunes— comenzaron un frenético éxodo de la ciudad condenada. El tiempo se acababa.[58]

Esa noche, un Hitler agotado se retiró temprano, pero Eva Braun, la amante de Hitler desde hacía largo tiempo, que se había unido a él en el búnker a principios de mes y tenía la intención de quedarse hasta el final, tenía otras ideas. Quería pasar un buen rato, quizás el último, tomarse un respiro en la tensión casi sofocante y claustrofóbica de la vida en el búnker. Con el ruido de la artillería rusa resonando en forma ensordecedora a su alrededor, recorrió los angostos corredores del búnker e invitó alegremente a todos los que estuvieran cerca a una fiesta en su habitación, arriba, en la Cancillería. Como recordaba quien fuera la secretaria de Hitler desde hacía mucho tiempo, Traudl Junge, «Eva Braun quería acallar el miedo que había crecido en su corazón. Quería celebrar cuando ya no había nada que celebrar: bailar, beber, olvidar». Oficiales y ordenanzas de la Wehrmacht, secretarias, el doctor Theodor Morell, el corpulento médico de Hitler, e incluso Martin Bormann, un hombre carente de sentido del humor, subieron contentos las escaleras para tener un poco de diversión. Varios hombres de las SS llegaron acompañados de mujeres jóvenes. Las flores adornaban la gran mesa circular que Speer había diseñado para ella, el champán fluía, el humo de los cigarrillos, ausente en el *Führerbunker*, nublaba la habitación; risas frívolas burbujeaban en el grupo. Apareció un viejo fonógrafo, pero solo se pudo encontrar una grabación: «Rosas rojo sangre te hablan de amor». Sonó una y otra vez. Por todas partes había baile e intimidades, interrumpidos solo brevemente por alguna fuerte explosión cercana. Eva quería bailar y no le im-

portaba con quién. La determinación de liberar la tensión opresiva que sacudía sus nervios era una presencia casi física en la habitación. El fuego de artillería continuaba golpeando a su alrededor. «Rosas rojas como sangre» no podía ahogarlo. Traudl Junge observaba la frenética escena y se unía a veces a ella. Sintió náuseas y huyó a su habitación abajo, en el búnker. Dadas las circunstancias, ese tipo de frivolidad parecía estar fuera de lugar.[59]

El 21 de abril, en medio de feroces combates, el Primer Frente Blanco Ruso del mariscal Gueorgui Zhúkov llegó a los suburbios del norte de la capital del Reich. La lucha fue intensa, calle por calle, casa por casa. Los edificios se derrumbaban. Mampostería y vidrios cubrían las calles.

Los cuerpos yacían entre los escombros. Las bajas fueron muchas. Cuatro días después, las fuerzas rusas completaron el cerco de la ciudad. Ese mismo día, a 130 kilómetros al sur, las tropas rusas y las estadounidenses se encontraron en Torgau, en el Elba. El Tercer Reich quedó en ese momento partido por la mitad. Hitler escuchó los informes en su sesión informativa militar diaria, pero pareció no comprender la gravedad de la situación. Mientras sus generales presentaban la difícil circunstancia en la que se encontraban, sugerían, aunque no lo expresaran en forma directa, que la situación militar era desesperada. Hitler se resistía a la conclusión obvia. En cambio, se aferraba a la ilusión de que el 12.° Ejército de Walther Wenck, al sudoeste, podría dar la vuelta, unirse al 9.° Ejército de Theodor Busse y liberar la ciudad, mientras que las unidades Waffen-SS de Felix Steiner, al norte, lanzarían un contraataque contra la avanzada de Zhúkov. Juntos aplastarían a los rusos y salvarían Berlín. Ninguno de los militares presentes se atrevió a decir lo evi-

dente. Esperar que estas fuerzas exhaustas los salvaran era una absoluta fantasía.

En el informe de situación del día siguiente, el general Hans Krebs, sucesor de Guderian como jefe de Estado Mayor del Ejército, tuvo que confesar a regañadientes que Steiner aún no había comenzado a moverse. No podía reunir las fuerzas necesarias. Al principio, Hitler, impresionado por las noticias, permaneció inmóvil. Con voz apagada, ordenó que salieran todos, salvo su círculo íntimo, Bormann, Krebs, Keitel y Wilhelm Burgdorf, el ayudante militar de mayor rango de Hitler. Cuando la puerta se cerró, explotó en una furia temblorosa. Arrojó veneno sobre el ejército y sus generales, todos mentirosos y traidores. No entendían su grandioso plan, su misión histórica, chillaba, mientras su voz se quebraba por la furia. Ellos eran los responsables de ese desastroso giro de los acontecimientos. Se sacudió con violencia, tenía el rostro tan blanco como el de un cadáver. Luego, exhausto, se dejó caer de golpe en su asiento y pronunció unas palabras que nadie habría esperado oír de él: «¡La guerra está perdida!». El Tercer Reich había terminado en un fracaso, y lo único que le quedaba era morir. «Caballeros», dijo, «este es el final. Me quedaré aquí en Berlín y me pegaré un tiro cuando llegue el momento. Cada uno de ustedes debe tomar su propia decisión sobre cuándo irse».

Todos le suplicaron que escapara al Obersalzberg para dirigir la lucha desde allí, pero él volvió a negarse. «De todos modos, todo se está cayendo a pedazos y yo ya no puedo hacer más.» Göring sería a partir de entonces su representante personal. Quedaban pocas batallas por dar y, si se llegaba al punto de negociar con los Aliados, Göring podía hacerlo mejor que él. Él pelearía y ganaría la Batalla de Berlín o moriría en Berlín. No podía arriesgarse a caer en manos rusas y se pegaría un tiro en el último minuto. Era su «deci-

sión final e irrevocable». Cuando alguien señaló el retrato de Federico el Grande y mencionó el «milagro» que lo había salvado, Hitler solo atinó a negar con la cabeza. «El Ejército me ha traicionado, mis generales no sirven para nada. Mis órdenes no se cumplen. Todo está terminado. ¡El nacionalsocialismo está muerto y nunca volverá a surgir!» La nación alemana le había fallado y, ahora, «Alemania está perdida. En realidad no estaba del todo preparada, o no era lo suficientemente fuerte, para la misión que establecí para la nación».[60]

Al día siguiente, el 23 de abril, llegó un telegrama de Göring. El mariscal del Reich había establecido su residencia en el Obersalzberg, donde ya se encontraba la mayoría de los ministerios del partido y del Estado. Era oficialmente el segundo al mando del Estado nacionalsocialista, el sucesor designado por Hitler, e interpretó el estallido de Hitler del día anterior en el sentido de que el Führer, en efecto, había abdicado. El telegrama preguntaba si era eso correcto y concluía diciendo que, si no había noticias de él antes de las 10 de la noche (en ocho horas), supondría que Hitler había perdido la libertad de acción y que ya no estaba en posición de dirigir y, por lo tanto, asumiría el liderazgo del Reich. Cuando Hitler leyó el telegrama, estalló en una furia volcánica, avivada por la insistencia de Bormann en que el mensaje era una clara evidencia de la traición de Göring. Hitler ordenó de inmediato a las SS que pusieran al mariscal del Reich bajo arresto domiciliario, lo expulsaran del partido y lo despojaran de todas sus funciones en el Estado. Bormann, siempre armando intrigas, presionó para que lo ejecutaran, pero Hitler no pudo hacerlo. Göring había estado con él desde los primeros días del partido, había marchado con él en el *Putsch* de la Cervecería y desempeñado un papel fundamental en la creación del Estado policial nazi.

Con la catarata de malas noticias, Hitler estaba cada vez más desconectado de la realidad. Se había refugiado en el búnker debajo de la antigua Cancillería del Reich el 16 de enero y emergió solo dos veces en los meses restantes de la guerra: vivió ciento cinco días a 15 metros por debajo de la superficie del jardín de la Cancillería. Una penumbra irreal lo rodeaba a él y a todo lo que hacía. Vivía con una dieta de anfetaminas y sedantes y, desde el ataque con bombas del 20 de julio de 1944, su salud se había deteriorado y su paranoia se había incrementado. Quienes habían dejado de verlo por cierto tiempo se sorprendían de su aspecto. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, la piel pálida, los hombros encorvados, el uniforme, antes siempre inmaculado, tenía manchas, y su brazo izquierdo le temblaba visiblemente, una señal temprana de Parkinson. Albert Speer comentó: «Había llegado a la última etapa de su escape de la realidad, una realidad que se había negado a reconocer desde su juventud. En ese momento, yo tenía un nombre para este mundo irreal del búnker: lo llamé "la Isla de los Difuntos"». [61]

Hitler estaba convencido de que lo rodeaban traidores y mentirosos, aunque Speer, el favorito de Hitler, no estaba entre ellos. Un lazo de mutua admiración los unía, pero, el 23 de abril, el Führer recibió otra sorpresa indeseada. En marzo, había emitido una orden que establecía que, si los Aliados entraban en el Reich, la infraestructura de Alemania —puentes, fábricas, sistemas de comunicaciones y transporte, todos los activos materiales y lo que pudiera ser de utilidad para el enemigo— debía ser destruida. Speer había protestado diciendo que tales acciones eliminarían «toda posibilidad futura para la supervivencia del pueblo alemán», a lo que Hitler respondió: «Si la guerra se pierde, la gente también estará perdida [y] no será necesario preocu-

parse por sus necesidades para la supervivencia elemental. Por el contrario, es mejor para nosotros destruir incluso esas cosas. Porque la nación ha demostrado ser débil, y el futuro pertenece por completo a la gente fuerte del este. Lo que quede después de esta batalla es, en cualquier caso, solo lo poco valioso, porque los buenos estarán muertos». Estaba decidido a morir en Berlín. Tan completa era la identificación de Hitler con los alemanes que, si él no tenía futuro, tampoco lo tendrían ellos.[62] Desde que recibió la «Orden Nerón», como se la llamó, Speer había hecho todo lo posible para sabotear los planes de Hitler. Trabajó con industriales, líderes militares y funcionarios locales para garantizar que no se llevara a cabo la política de tierra arrasada de Hitler. Incluso había contemplado la posibilidad de asesinar a Hitler introduciendo gas venenoso en el sistema de ventilación del búnker. En ese momento había ido a Berlín para una última despedida y para admitir que había desobedecido la orden de su *Führer*. Fue una situación tensa, pero Hitler recibió la noticia con un aire de resignación. El hombre que había gobernado Alemania durante doce años, que había creado un vasto imperio europeo, que era una de las personas más poderosas del mundo ahora estaba «vacío, agotado, sin vida».[63]

Que Speer admitiera haberlo desobedecido fue decepcionante, y la «traición» de Göring fue un *shock*, pero no fueron nada en comparación con las noticias que le llegaron el 27 de abril. Por un informe de la prensa extranjera descubrió que Himmler, su «leal Heinrich», estaba tratando de negociar la paz con los Aliados occidentales. Había estado manteniendo conversaciones secretas con el conde Folke Bernadotte, jefe de la Cruz Roja Sueca en Alemania, con la esperanza de llegar a un acuerdo de paz con Occidente mientras continuaba la lucha contra los soviéticos en el es-

te. Estaba convencido de que los Aliados lo necesitarían, a él y a las SS, para mantener el orden en Europa. Además, sabía más acerca de la clandestinidad comunista en todo el continente que cualquier servicio de inteligencia aliado. Su ayuda sería muy valiosa. Incluso en un momento se preguntó si, al conocer a Eisenhower, debía darle la mano al general o hacer el saludo nazi. Hitler no era el único en los niveles superiores del Tercer Reich cuyo contacto con la realidad era tenue.[64]

Hitler estaba aturdido. De inmediato echó a Himmler de su puesto como jefe de las SS, anuló su afiliación al partido y ordenó su arresto. Himmler logró evadir el arresto, pero, para Hitler, su «traición» fue un golpe terrible, la gota que colmó el vaso. El único en el círculo íntimo del Führer cuya lealtad permanecía inquebrantable era Goebbels. Se había mudado al *Führerbunker* y, días más tarde, Hitler invitó a Magda y a sus seis hijos a vivir con ellos. Goebbels le dijo a Speer que habían venido «para poner fin a sus vidas en este sitio histórico».[65] Hitler siempre había sido solícito con *Frau* Goebbels y estaba feliz de que ella y los niños se unieran al pequeño grupo en el búnker. En esos últimos días, le regaló a Magda su broche de oro del partido como muestra de aprecio por su lealtad y compromiso.

El 29 de abril fue un día de acontecimientos dramáticos. Los rusos estaban ya a solo 1 kilómetro de distancia y estarían en el búnker en un día. Hitler decidió que había llegado el momento de ordenar sus asuntos: se casaría con su amante de hacía años, Eva Braun, y redactaría su última voluntad y testamento. En el pasillo, donde se llevaría a cabo la boda, se armó una mesa de fiesta con fina mantelería con el monograma «AH», servicio de plata y copas de champán. Pero, antes de que comenzara la ceremonia nupcial, Hitler se retiró a la pequeña sala de conferencias, donde dictó su

última voluntad y testamento. No contenía confesiones, explicaciones o revelaciones. En gran medida, repitió las recriminaciones y acusaciones de los días anteriores. Pero volvió al tema que lo había obsesionado a lo largo de su vida política: los judíos y su nefasta conspiración mundial. En una última y escalofriante explosión de odio, escribió:

> No es verdad que yo o cualquier otra persona en Alemania quisiéramos la guerra en 1939. Fue buscada y provocada únicamente por estadistas internacionales, ya sea de origen judío o que trabajaban para intereses judíos. He hecho demasiados ofrecimientos de limitación y control de armamentos, que la posteridad no podrá desdeñar cobardemente, como para que la responsabilidad por el estallido de esta guerra recaiga sobre mí. Tampoco he deseado que, después de la espantosa Primera Guerra Mundial, hubiera una segunda contra Inglaterra o contra los Estados Unidos. Pasarán siglos pero, a partir de las ruinas de nuestras ciudades y monumentos, el odio hacia los responsables últimos de esta situación volverá a recaer sobre el pueblo al que debemos todo esto: la comunidad judía internacional y sus secuaces.

El testamento concluía con un ligero melodrama hitleriano en el que afirmaba que «mi esposa y yo elegimos morir para escapar de la vergüenza del derrocamiento o la capitulación. Es nuestro deseo que nuestros cuerpos sean quemados inmediatamente, aquí donde he realizado la mayor parte de mi trabajo diario durante los doce años que serví a mi pueblo». Un poco más tarde, Hitler sorprendió a su círculo íntimo y se casó con Eva Braun en una breve ceremonia civil. El nervioso funcionario que realizó la ceremonia fue sacado de una unidad cercana de *Volkssturm* y, por ley, tenía que preguntar a ambos contrayentes si eran de procedencia aria pura. La situación era extraña: la novia, vestida de negro como para un funeral; brindis poco entusiastas; el

estruendo del fuego de artillería; la firma de los documentos legales, en los que la nueva novia pudo finalmente escribir «Eva Hitler».

Hitler ya había decidido que ese sería el día de su muerte, pero la noticia de la ejecución de Mussolini a manos de partisanos fue quizá la gota que derramó el vaso. No está claro si Hitler fue informado de los detalles del final del Duce —su golpeado cuerpo y el de su amante colgados de los pies frente a una estación de servicio en Milán—, pero esta información solo podría haber confirmado la decisión que ya había tomado. Él y su esposa se suicidarían en el búnker, y sus cuerpos serían quemados en el jardín de la Cancillería. Todavía se ocupó de un informe militar final, donde le decían que definitivamente no había salida posible. Los rusos estaban en el Reichstag, en el Tiergarten, en la Potsdamer Platz. Llegarían a la Cancillería a más tardar el 1 de mayo.

Poco después de las 2 de la mañana, Hitler se despidió de las dos docenas de guardias, sirvientes y personal médico que aún se encontraban en el búnker; estrechó la mano de cada uno de ellos y los liberó de sus juramentos de lealtad. Esperaba que pudiesen escapar a las líneas estadounidenses o británicas. Alrededor del mediodía le ordenó a su ayudante de las SS, Otto Günsche, que consiguiera la mayor cantidad de gasolina posible. Poco después de las 3 de la tarde, desapareció en su estudio junto con Eva Braun. Goebbels, Bormann y Günsche se reunieron en el pasillo inquietantemente silencioso y esperaron. Ningún ruido salía del estudio. Finalmente, después de diez minutos, Günsche y Bormann abrieron la puerta. Hitler y su novia estaban desplomados en el sofá. Un fuerte olor a cianuro se elevaba del cuerpo de Eva. A su derecha, en el sofá, estaba el cuerpo de Adolf Hitler. Su cabeza caída hacia adelante. La sangre salía

por un agujero de bala en su sien derecha; su pistola estaba a sus pies.[66]

El leal Günsche llevó el cuerpo del Führer, envuelto en una manta oscura del ejército, al jardín de la Cancillería. Lo colocó en un agujero poco profundo, lleno de gasolina. Luego, con el chófer de Hitler, subieron con dificultad los cuatro tramos de escaleras con el cuerpo de Eva Braun, ahora Eva Hitler. Fue colocada junto a Hitler, y sus cuerpos fueron rociados con más gasolina. Más tarde, durante una pausa en las andanadas de artillería, el chófer arrojó un trapo encendido al hoyo y se elevó una intensa bola de fuego, una de los cientos que rodeaban la destruida ciudad. Bormann y Goebbels presenciaron la escena desde la entrada a la escalera del búnker. Günsche volvió al agujero más o menos cada tres horas para verter gasolina sobre los cadáveres.

A los habitantes del *Führerbunker* los esperaba un último suceso macabro. Ese mismo día, más temprano, Goebbels había intentado negociar con los rusos, que no quisieron saber nada. Habían conquistado la ciudad con una gran pérdida de vidas. El Tercer Reich estaba destruido, su líder, como Goebbels les informó, estaba muerto. ¿Qué había para negociar? Los rusos insistieron en la rendición incondicional. Al oír esto, Goebbels actuó con decisión. Este era el momento para unirse a su Führer en una «muerte de héroe». *Frau* Goebbels despertó a sus seis hijos en sus camas, les dijo que no había que tener miedo, que un médico les iba a dar una inyección, un tipo de inyección que en ese momento se les estaba dando a todos los niños y soldados. Era morfina, e hizo que los niños se adormecieran. Luego, *Frau* Goebbels, pasando metódicamente de un niño a otro, le metía a cada uno una ampolla de cianuro en la boca y la aplastaba. «Mis hijos deben morir en lugar de vivir en la vergüenza y el desprecio», le había dicho a Traudl Junge. «En una Alemania

como la que habrá después de la guerra, no hay lugar para nuestros hijos.» Magda no podía imaginar un mundo sin Hitler y sin nacionalsocialismo.[67] Inmediatamente después, Joseph y Magda Goebbels subieron las escaleras hasta el jardín de la Cancillería. Las historias de cómo murieron exactamente varían, pero, o tomaron cianuro, o recibieron un disparo del ayudante de Goebbels. En cualquier caso, murieron. El aprendiz de hechicero que desde los primeros días del NSDAP había promovido incansable y fanáticamente la causa nacionalsocialista había llegado a un ignominioso final. Sus cuerpos fueron quemados apresuradamente, aunque no lo suficiente como para que no fueran reconocidos, y quedaron sin enterrar. Los rusos los encontraron al día siguiente.

El 1 de mayo, una bandera roja flameó sobre el deteriorado Reichstag y las tropas rusas finalmente llegaron a la devastada Cancillería del Reich. Descubrieron el búnker y entraron. En el pasillo desierto encontraron los cuerpos del ayudante Burgdorf y del general Krebs. Ellos también se habían suicidado. No quedaba nada, excepto los ruinosos restos del último cuartel general del Führer: papeles desparramados, muebles volcados, botellas, restos de comida y fantasmas. Aunque luego lo negarían, los rusos pronto descubrieron el cadáver de Hitler. Lo que hicieron con él sigue siendo un misterio, aunque un cráneo con un agujero de bala en la sien derecha, descubierto por las tropas rusas en el jardín de la Cancillería, permanece en una caja de zapatos en un archivo de Moscú. La Batalla de Berlín había terminado. Una ola de violaciones barrió la ciudad en ruinas. Se estima que entre noventa y cinco mil y ciento treinta mil mujeres y niñas fueron violadas, de las cuales unas diez mil murieron, principalmente por suicidio.[68] Los rusos pagaron un precio muy alto por su victoria. Las más de trescientas

mil bajas constituyeron las pérdidas más grandes sufridas por el Ejército Rojo en cualquier batalla de la guerra. Más de ciento cincuenta mil alemanes perecieron en la ciudad en ruinas y sus alrededores, mientras que Hitler esperaba en vano el milagro que salvara su profundamente malvado régimen.

La guerra en Europa no terminó el 1 de mayo. Hitler había elegido al gran almirante Karl Dönitz como su sucesor y, desde su cuartel general en Flensburgo, en Schleswig-Holstein, el almirante resistió una semana más con la esperanza de permitir que la mayor cantidad posible de sus compatriotas huyera al oeste antes de que llegaran los rusos. En ese momento, expulsó a los líderes nazis de su gobierno, aunque retuvo a Speer. Estaba especialmente ansioso por librarse él y librar al país de Himmler, que se había trasladado a Flensburgo con un gran séquito de chóferes, secretarios y guardias de las SS. Seguía persistiendo en su delirio de que sería indispensable para el nuevo gobierno pos-Hitler y se sorprendió al descubrir que Dönitz no quería saber nada de él. Asombrado, pensó en acercarse al general Bernard Montgomery, cuyas fuerzas británicas no estaban lejos y seguían aproximándose, para intentar negociar un acuerdo de paz y aferrarse al poder. Sus avergonzados ayudantes lo disuadieron de realizar esa jugada ilusoria. Cuando resultó dolorosamente obvio que no lo querían, que había sido despojado de su poder y posición, se afeitó el bigote, se puso un uniforme de soldado raso y trató de hacerse pasar por un individuo desplazado. Pero no se deshizo de las gafas sin montura que lo identificaban inequívocamente como el *Reichsmarschall* de las SS. Aún incrédulo, no tenía intención de quitarse la vida, no era un mártir, el 21 de mayo fue capturado por los británicos e interrogado cerca de Luneburgo. Antes de que pudiera ser interrogado adecuadamente, mordió una cápsu-

la de cianuro que se había escondido detrás de los dientes y murió en medio de convulsiones en el suelo polvoriento de un campo de interrogatorios británico.

En el sur, Hermann Göring fue liberado de su arresto domiciliario por una unidad de la Luftwaffe y el 5 de mayo fue detenido por los estadounidenses. Es probable que ese arresto le salvara la vida, ya que Bormann había ordenado que fuera ejecutado como traidor. Al principio, se lo trató como si fuera una especie de celebridad y dio una entrevista a la prensa internacional. Eisenhower cortó eso de inmediato y Göring fue enviado a un campo de prisioneros de guerra en Luxemburgo, donde permaneció detenido hasta que fue transferido a Núremberg para ser juzgado como criminal de guerra. Fue juzgado por el Tribunal Militar Aliado y condenado a muerte en 1946 junto con Rosenberg, Ribbentrop, Seyss-Inquart, Streicher, Ernst Kaltenbrunner, Hans Frank y Wilhelm Frick. Robert Ley también fue condenado a muerte, pero se quitó la vida antes de su ejecución. Walther Funk y Rudolf Hess fueron condenados a cadena perpetua; Dönitz, a diez años de prisión, y Speer a veinte años. En la mañana en la que sería ahorcado, Göring engañó al verdugo y mordió una cápsula de cianuro que había logrado ocultar. Martin Bormann había desaparecido e hizo un esfuerzo por escapar del búnker, pero fue asesinado en las ruinas de la ciudad. Su cuerpo no fue hallado hasta 2002. Los juicios de otros criminales nazis se prolongarían durante décadas: primero fueron juzgados por los Aliados victoriosos, y luego por los tribunales alemanes.

El 8 de mayo, el general Jodl firmó la rendición incondicional en Reims; un día después, Keitel firmó una capitulación similar con los rusos, y la guerra de Hitler finalmente llegó a su fin. Gran parte de Europa estaba en ruinas; miles y miles de personas desplazadas y desconcertadas vagaban

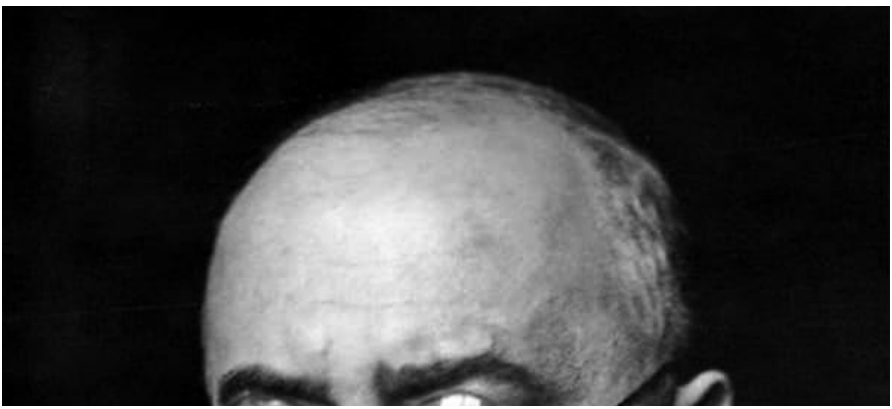
por el devastado continente, y muchas se encaminaron hacia los atiborrados campos de refugiados. Se comenzó a contar el número total de muertos: en Alemania, un millón ochocientos mil militares muertos, quinientos mil civiles y mil doscientos cuarenta desaparecidos; en la Unión Soviética, once millones de militares muertos, dos millones quinientos mil prisioneros de guerra muertos en cautiverio y siete millones de civiles: el 10 % de su población. En el matadero que fue Polonia hubo cuatro millones quinientos veinte mil muertos, más de cuatro millones de los cuales eran civiles, el 20 % de la población polaca que había antes de la guerra. Seis millones de judíos perecieron en lo que se conoce como «el Holocausto». Las pérdidas británicas, francesas y estadounidenses fueron menores: Francia ochocientos diez mil, Gran Bretaña trescientos mil y los Estados Unidos doscientos cincuenta y nueve mil. Sesenta millones más terminaron heridos o lisiados, tanto física como mentalmente. Fue la guerra más grande y destructiva de la historia de la humanidad.

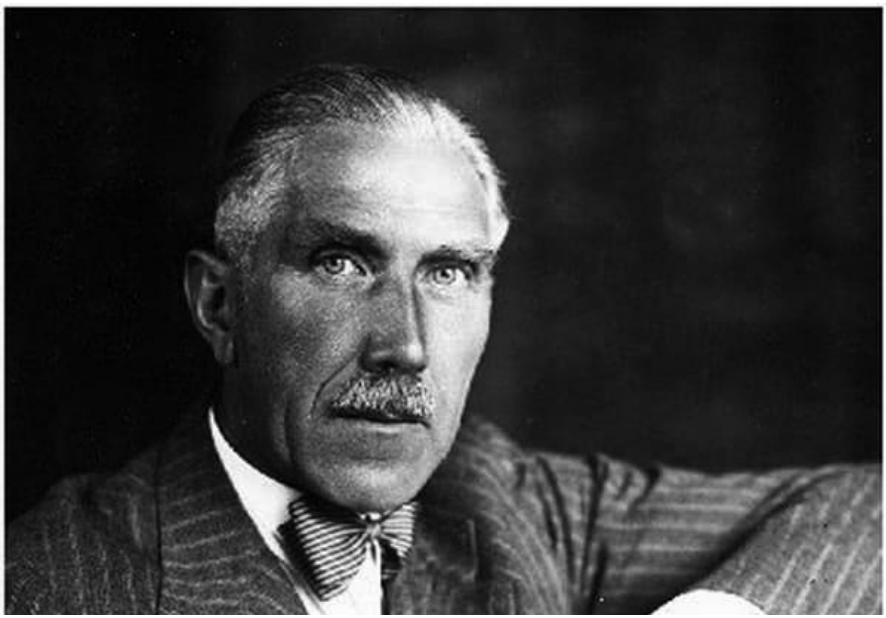
Son muchas las lecciones que se pueden sacar de la experiencia nazi, sobre el nacionalismo y el racismo, sobre el fanatismo ideológico y la fragilidad de la democracia, y sobre los oscuros recovecos de la naturaleza humana; son lecciones que están implícitas en las páginas anteriores, pero me gustaría cerrar con este pensamiento. El 9 de mayo de 1945, el Tercer Reich dejó de existir. Cuando la última bomba angloestadounidense estalló en Europa Central, cuando el último proyectil ruso fue detonado y los alemanes comenzaron a salir de sus escondites para examinar los humeantes montones de escombros de lo que una vez habían sido Berlín, Dresde o Hamburgo, debe haber habido un momento, aun-

que sea fugaz, en que la espeluznante realidad de todo lo que sucedió se habrá hecho patente en ellos y, seguramente, se habrán hecho esta pregunta: ¿cómo llegamos a esto? Es una pregunta que también deben haberse hecho esas fantasmales carcasas humanas que habían padecido los indescriptibles sufrimientos de Auschwitz o de Buchenwald o de Treblinka. Deben habérsela hecho de innumerables maneras en los interminables días y noches en vagones, barracones o celdas de prisión, de pie, desnudos al borde de aquellas fosas comunes o en las cámaras de gas. Para los alemanes, esa inquietante pregunta, si se atrevían a hacerla, iba acompañada de una enorme carga de culpa, vergüenza y horror por lo que se hizo en nombre del pueblo alemán. Para ellos, no menos que para las víctimas del nacionalsocialismo, cuyo único crimen era ser judío o polaco o ruso, hay otro legado, un legado que también debe ser nuestro. Es un imperativo político, pero, aún más, moral: que esto nunca más vuelva a suceder. Hay que estar atentos a nuestros derechos porque, cuando los derechos de cualquier grupo, sin importar cuán pequeño o marginal sea, son amenazados, se pone en riesgo la libertad de todos. Que nunca más llegue un momento en el que tengamos que preguntarnos cómo se llegó a esto.

Galería

Los acusados del *Putsch* de la Cervecería, reunidos en las escaleras del Palacio de la Justicia de Múnich el 1 de abril de 1924.



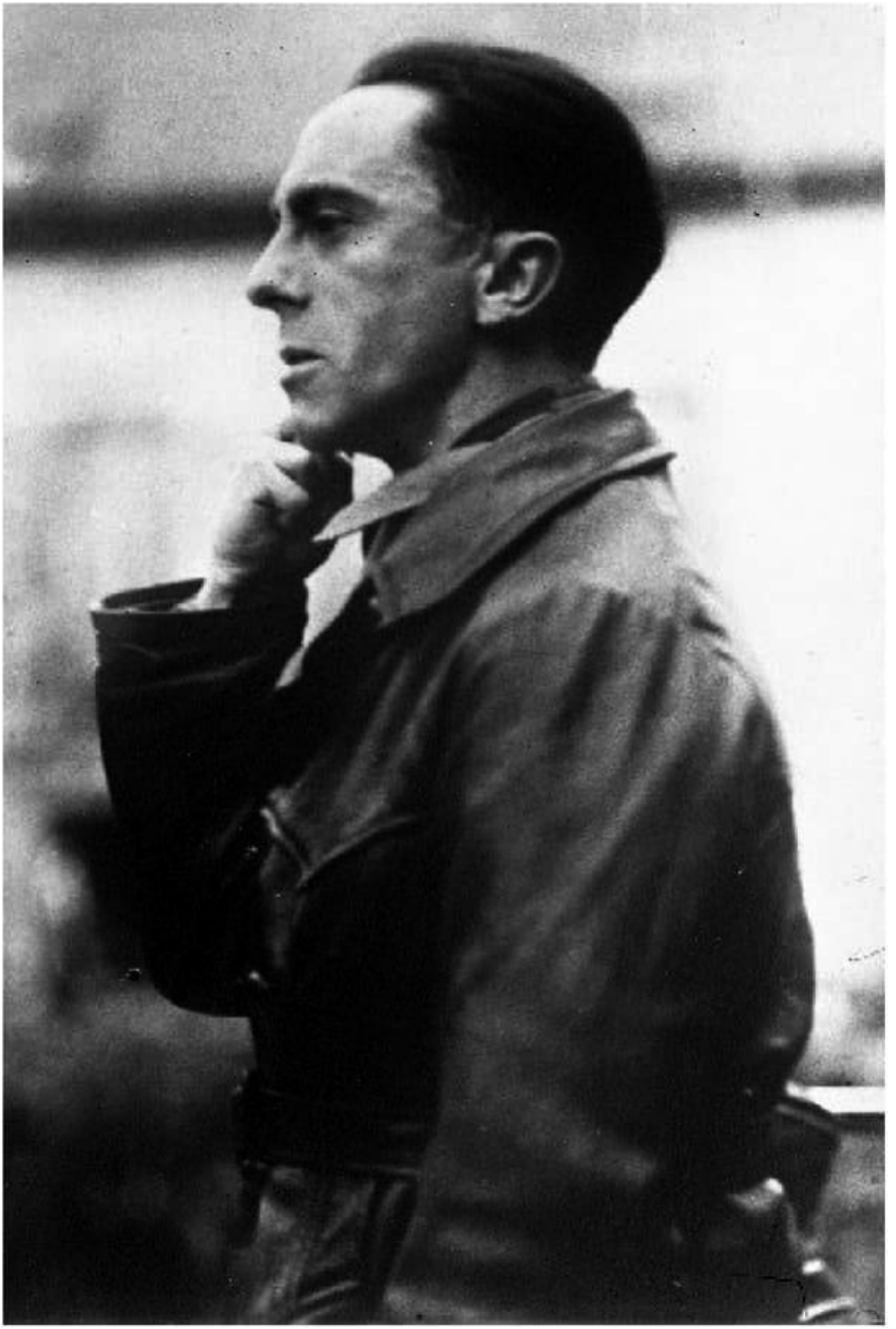


Heinrich Brüning, Franz von Papen, y Kurt von Schleicher, los últimos ministros de Weimar antes de la llegada de Hitler.

Alfred Hugenberg (izquierda), quien lideró junto a Hitler el Frente de Harzburg en 1931. Hugenberg era el jefe oficial de la alianza, pero era Hitler quien ostentaba realmente el puesto de líder dominante en la alianza derechista.

Primera reunión del gabinete de Hitler el 30 de enero de 1933. Solo formaban parte de él tres nazis: Göring (delante a la izquierda), Hitler y Wilhem Frick, ministro de Educación (segunda fila, de pie entre Göring y Hitler).

Hitler y el comandante de las SA, Ernst Röhm, en 1933, cuando aún eran aliados. Hitler ordenó su asesinato el verano de 1934.



El demagogo Joesph Goebbels hablando en un mitin propagandístico en 1932. Por detrás de Hitler, Goebbels era el orador más popular del partido.

Famosa fotografía de Hitler inclinándose ante el Reichspräsident Paul von Hindenburg el Día de Potsdam, el mes de febrero de 1933.

Hitler pasando revista a las SA en Núremberg, en 1933 o 1934.

El incendio del Reichstag en el mes de febrero de 1933.

Hitler, «como uno más», trabajando en la construcción de la nueva *Autobahn*, en 1933.

Heinrich Himmler, jefe de las SS, en Rusia el verano de 1941.

Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, segundo al mando de Himmler y arquitecto de la «solución final».

El mariscal del Reich Hermán Göring; aunque conocido por ser un hombre jovial y un *bon vivant*, esta fotografía logra capturar la malicia de su carácter.

(Foto superior) Hitler, al parecer dando saltos de alegría por la rendición de Francia, en Compiègne (Francia), junio de 1940.

(Foto inferior) Masacre del pueblo judío en Babi Yar (Ucrania) en 1942. Los alemanes asesinaron a 33 000 judíos en un solo fin de semana.

Vía de acceso a Auschwitz, donde separaban a los hombres sanos y capaces de las mujeres y los niños, a los que enviaban directamente a las cámaras de gas, mientras ellos eran forzados a trabajar hasta morir.

Prisioneros alemanes vencidos marchando hacia el cautiverio en Stalingrado, en febrero de 1943.

Un joven soldado de la Wehrmacht llora durante la devastadora derrota en Kursk, el año 1943; esta fue la última ofensiva alemana en el Frente Oriental.

Ante la ofensiva soviética, se esperaba que tanto las mujeres como los niños y los ancianos fuesen capaces de defender Berlín y el resto de ciudades alemanas.

Orgulloso chico premiado con la Cruz de Hierro, en marzo de 1945, por sus acciones contra los tanques rusos en Berlín. Tenía solo doce años.

Agradecimientos

En la escritura de este libro he invertido más de cinco años. Debo mucho a mis amigos, familiares y colegas por sus consejos intelectuales y su incansable apoyo cuando, a veces, me parecía que nunca lo terminaría. Son muchas las personas que me han ayudado en Gran Bretaña, Alemania y los Estados Unidos, pero algunas merecen una mención especial.

Bruce Kuklick y Jonathan Steinberg, buenos amigos y excelentes críticos, siempre estuvieron allí con buenos consejos, buena voluntad y aliento. A través de los años, las largas conversaciones con Carl-Ludwig Holtfrerich en Berlín han sido una inspiración y, en el camino, Hans Mommsen y Gerald Feldman han sido una sólida fuente de críticas constructivas. No puedo creer que se hayan ido.

Mi agente, John Wright, creyó en este proyecto desde el principio. Es todo lo que un agente debería ser y mucho más. Sus ideas sobre el manuscrito fueron de gran importancia, y su incansable sentido del humor ha aliviado muchos días oscuros pasados con Hitler y los nazis. John también me acercó a Bob Bender, mi editor en Simón & Schuster, quien ha sido un modelo de paciencia que siempre me ofreció aliento y buenos consejos.

Pero mi más profunda gratitud se la debo a mi esposa, Kristen Stromberg Childers. Leyó las páginas del manuscrito en cuanto salieron de la impresora e hizo una lectura cui-

dadosa capítulo por capítulo que resultó indispensable. No sé qué haría sin ella. Finalmente, este libro es también para mis hijos, Nick, Ava, James y Tim. Ellos son mi inspiración.

Bibliografía

Libros y artículos de revistas especializadas

Abel, Theodore (1938), *Why Hitler Carne into Power*, Cambridge, 1986.

Abendroth, Hans-Henning, «Deutschlands Rolle im Spanischen Bürgerkrieg», en Manfred Funke (ed.), *Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Ausspolitik des Dritten Reiches*, Düsseldorf, 1978.

Adam, Uwe Dietrich, *Judenpolitik im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1972.

—, «Wie Spontan war der Pogrom?», en Walter H. Pehle (ed.), *Der Judenpogrom 1938: Von der «Reichskristallnacht» zum Völkermord*, Frankfurt, 1988.

Allen, William Sheridan, *The Nazi Seizure of Power*, Chicago, 1965.

Aly, Götz y Heim, Susanne, *Architects of Annihilation: Auschwitz and the Logic of Destruction*, Princeton, 2002.

Amery, Leopold S., *My Political Life*, vol. Ill: *The Unforgiving Years, 1929-1940*, Londres, 1955.

Angress, Werner T, «The German Army's "Jüdenzählung" of 1916: Genesis-Consequences-Significance», *Leo Baeck Yearbook*, 23, 1978, pp. 117-138.

Autor anónimo, *A Woman in Berlin: Eight Weeks in the Conquered City: A Diary*, Nueva York, 2005.

Axelrod, Toby, *Hans and Sophie Scholl: German Resisters of the White Rose*, Nueva York, 2001.

Baird, Jay W, *To Die for Germany: Heroes in the Nazi Pantheon*, Bloomington, 1992.

Bankier, David, *The Germans and the Final Solution: Public Opinion Under the Nazis*, Oxford, 1992.

Baranowski, Shelley, *The Confessing Church, Conservative Elite, and the Nazi State*, Lewiston-Queenston, 1986.

, —*Strength Through Joy*, Cambridge, 2007.

Barnett, Victoria, *For the Soul of the People: Protestant Protest Against Hitler*, Oxford, 1992.

Barth, Christian, *Goebbels und die Juden*, Paderborn, 2003.

Bartov, Omer, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Nueva York, 1991.

, —*Germany's War and the Holocaust: Disputed Histories*, Ithaca, 2003.

Bauer, Yehuda, *A History of the Holocaust*, Nueva York, 1982.

Baynes, Norman H. (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, Nueva York, 1969 (varios vols.).

Beevor, Anthony, *Stalingrad: The Fateful Siege, 1942-1943*, Nueva York, 1998.

, —*The Fall of Berlin 1945*, Nueva York, 2002.

, —*Ardennes 1944: The Battle of the Bulge*, Nueva York, 2015.

Below, Nicolaus von, *Ais Hitlers Adjutant, 1937-1945*, Frankfurt, 1980.

Benz, Wolfgang; Graml, Hermann y Weiss, Hermann (eds.), *Enzyklopädie des Nationalsozialismus*, ed. ampliada, Múnich, 2007.

Bergen, Doris L., *Twisted Cross: The German Christian Movement in the Third Reich*, Chapel Hill, 1996.

Bessel, Richard, *Political Violence and the Rise of Nazism: The Storm Troopers in Eastern Germany, 1925-1934*, New Haven, 1984.

—, «Violence as Propaganda: The Role of the Storm Troopers in the Rise of National Socialism», en Thomas Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency*, Londres, 1986.

, —*Nazism and War*, Londres, 2004.

Biddle, Tami Davis, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, Princeton, 2002.

Bidermann, Gottlob Herbert, *In Deadly Combat: A German Soldier's Memoir of the Eastern Front*, Lawrence, 2000.

Blackbourn, David y Evans, Richard J. (eds.), *The German Bourgeoisie: Essays on the Social History of the German Middle Class from the Late Eighteenth to the Early Twentieth Century*, Nueva York, 1991.

Bloch, Eduard, «My Patient Hitler», *Collier's Weekly*, 15-22 de marzo de 1941.

Boak, Helen, «"Our Last Hope": Women's Votes for Hitler. A Reappraisal», *German Studies Review*, 12, 1989, pp. 289-310.

Boberach, Heinz (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS, 1938-1945*, 17 vols., Berlin, 1984.

Bock, Gisela, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus. Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, 1986.

Boelcke, Willi A. (ed.), *Wollt Ihr den totalen Krieg?: Die geheimen Goebbels-Konferenzen 1939-1943*, Múnich, 1969.

Boog, Horst y otros, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. IV: *Der Angriff auf die Sowjetunion*, Stuttgart, 1983.

Bracher, Karl Dietrich, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, vol. I: *Die Stufen der Machtergreifung*, Frankfurt, 1974.

, *—Die Auflösung der Weimarer Republik: Eine Studie zum Problem des Machtverfalls in der Demokratie*, Düsseldorf, 1978.

Braubach, Max, *Der Einmarsch deutscher Truppen in die entmilitarisierte Zone am Rhein im März 1936*, Colonia-Opladen, 1956.

Bridenthal, Renate; Grossmann, Atina y Kaplan, Marion (eds.), *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*, Nueva York, 1984.

Broszat, Martin, *Nationalsozialistische Polenpolitik, 1939-1945*, Stuttgart, 1961.

, *—Der Staat Hitlers: Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung*, Múnich, 1969.

Broszat, Martin; Fröhlich, Elke y Grossmann, Anton (eds.), *Bayern in der NS-Zeit: Herrschaft und Gesellschaft im Konflik*, vol. IV, Múnich, 1981.

Broszat, Martin y otros, *Studien zur Geschichte der Konzentrationslager*, Stuttgart, 1970.

Brysac, Shareen B., *Resisting Hitler: Mildred Fish-Harnack and the Red Orchestra*, Oxford, 2000.

Buchheim, Hans; Broszat, Martin; Jacobsen, Hans-Adolf y Krausnick, Helmut, *Anatomie des SS-Staates*, 2 vols., Múnich, 1967.

Buchner, Hans (1929), *Die sozialkapitalistischen Konsumvereine*, Múnich, 1932.

Bullock, Alan, *Hitler: A Study in Tyranny*, Nueva York, 1952.

Burdick, Charles y Jacobsen, Hans-Adolf (eds.), *The Halder War Diary, 1939-1942*, Novato, 1988.

Burleigh, Michael, *Death and Deliverance: Euthanasia in Germany 1900-1945*, Nueva York, 1994.

, —*The Third Reich: A New History*, Nueva York, 2000.

Burleigh, Michael y Wippermann, Wolfgang, *The Racial State, 1933-1945*, Cambridge, 1991.

Caplan, Jane, *Government Without Administration*, Nueva York, 1988.

— (ed.), *Nazi Germany*, Oxford, Reino Unido, 2008.

Caplan, Jane y Wachsmann, Nikolaus (eds.), *Concentration Camps in Nazi Germany: The New Histories*, Nueva York, 2010.

Chaussy, Ulrich y Miller, Franz J. (eds.), *The White Rose: The Resistance by Students against Hitler, 1942/43*, Múnich, 1991.

Chaussy, Ulrich y Ueberschär, Gerd R. (eds.), «Es lebe die Freiheit!», *Die Geschichte der Weissen Rose und ihrer Mitglieder in Dokumente und Berichten*, Múnich, 2013.

Childers, Thomas, «Inflation, Stablization, and Political Realignment in Germany, 1924-1928», en Gerald D. Feldman y otros (eds.), *Die Deutsche Inflation: Eine Zwischenbilanz*, Berlin, 1982.

, —*The Nazi Voter: The Social Foundations of Fascism, 1919-1933*, Chapel Hill, 1983.

—, «Interest and Ideology: Anti-System Politics in the Era of Stabilization, 1924-1928», en Gerald D. Feldman (ed.), *Die Nachwirkungen der Inflation auf die deutsche Geschichte, 1924-1933*, Múnich, 1985.

—, «The Limits of National Socialist Mobilization: The Elections of 6 November 1932 and Fragmentation of the Nazi Constituency», en Thomas Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933*, Londres, 1986.

— (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency*, Londres, 1986.

—, «The Middle Classes and National Socialism», en David Blackbourn y Richard J. Evans (eds.), *The German Bourgeoisie: Essays on the Social History of the German Middle Class from the Late Eighteenth to the Early Twentieth Century*, Nueva York, 1991.

—, «The Kreisau Circle and the Twentieth of July», en David Large (ed.), *Contending with Hitler: Varieties of German Resistance in the Third Reich*, Cambridge, 1992.

—, «"Facilis descensus averni est." The Bombing of Germany and Issue of German Suffering», *Central European History*, vol. 38, n.º 1, 2005.

Childers, Thomas y Caplan, Jane (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993.

Childers, Thomas y Weiss, Eugene, «Voters and Violence: Political Violence and the Limits of National So-

cialist Mass Mobilization», *German Studies Review*, vol. XIII, n.º 3, 1990, pp. 481-498.

Ciolek-Kümper, Jutta, *Wahlkampf in Lippe: die Wahlkampfpropaganda der NSDAP zur Landtagswahl am 15. Januar 1933*, Múnich, 1976.

Clark, Alan, *Barbarossa: The Russian-German Conflict, 1941-1945*, Nueva York, 1965.

Conway, John S., *The Nazi Persecution of the Churches 1933-1945*, Londres, 1968.

Dahlerus, Birger, *Der letzte Versuch, Londres-Berlin, Sommer 1939*, Múnich, 1948.

Dann, Sam (ed.), *Dachau, 29 April 1945: The Rainbow Liberation Memoirs*, Lubbock, 1998.

Dawidowicz, Lucy S., *The War Against the Jews, 1933-1945*, 7.ª ed., Nueva York, 1981.

Deist, Wilhelm, «Die Aufrüstung der Wehrmacht», en Wilhelm Deist y otros, *Das Deutsche Reich under Zweite Weltkrieg*, vol. I: *Ursachen und Voraussetzungen der deutschen Kriegspolitik*, Stuttgart, 1979.

— (ed.), *The German Military in the Age of Total War*, Worcester, 1985.

Deist, Wilhelm y otros, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. I: *Ursachen und Voraussetzungen der deutschen Kriegspolitik*, Stuttgart, 1979.

Delmer, Sefton, *Trail Sinister*, vol. I, Londres, 1961.

Deuerlein, Ernst, *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten*, Düsseldorf, 1968.

Diehl, James, *Paramilitary Politics in the Weimar Republic*, Bloomington, 1977.

Diels, Rudolf, *Lucifer ante Portas*, Stuttgart, 1950.

Dietrich, Otto, *Mit Hitler in die Macht. Persönliche Erlebnisse mit meinem Führer*, Múnich, 1934.

Domarus, Max (ed.), *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, Wiesbaden, 1973.

— (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945: The Chronicle of a Dictatorship*, Londres, 1990 (varios vols.).

Duesterberg, Theodor, *Der Stahlhelm und Hitler*, Wolfenbüttel-Hanover, 1949.

Echternkamp, Jörg y otros, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. IX/1: *Die Deutsche Kriegsgesellschaft, 1939-1945, Politisierung, Vernichtung, Überleben*, Múnich, 2004.

English: Speeches and Proclamations, 1932-1945: The Chronicle of a Dictatorship, 4 vols., Wauconda, 1990.

Essner, Cornelia, *Die «Nürnberger Gesetze» oder die Verwaltung des Rassenwahns, 1933-1945*, Paderborn, 2002.

Evans, Richard J., *The Coming of the Third Reich*, Nueva York, 2004.

, —*The Third Reich in Power*, Nueva York, 2008.

, —*The Third Reich at War*, Nueva York, 2009.

Faber, David, *Munich, 1938: Appeasement and World War II*, Nueva York, 2008.

Falter, Jürgen W., *Hitlers Wähler*, Múnich, 1991.

Faust, Anselm, *Der Nationalsozialistische Deutsche Studentenbund: Studenten und Nationalsozialismus in der Weimarer Republik*, 2 vols., Düsseldorf, 1973.

—, «Professoren für die NSDAP. Zum politischen Verhalten der Hochschullehrer 1932/33», en Manfred Heinemann (ed.), *Erziehung und Schulung im Dritten*

Reich, vol. II: *Hochschulen, Erwachsenbildung*, Stuttgart, 1980.

—, «Die Hochschulen und der "undeutsche Geist": Die Bücherverbrennungen am 10. Mai 1933 und ihre Vorgeschichte», en Hermann Haarmann, Walter Huder y Klaus Siebenhaar (eds.), *«Das war ein Vorspiel nur...»: Bücherverbrennung Deutschland 1933: Voraussetzungen und Folgen*, Berlin-Viena, 1983.

Feldman, Gerald D., *The Great Disorder: Politics, Economics, and Society in the German Inflation, 1914-1924*, Oxford, 1993.

Fest, Joachim C., *The Face of the Third Reich: Portraits of the Nazi Leadership*, Nueva York, 1999.

—,*Hitler: Eine Biographie*, Frankfurt, 2000.

Fings, Karola, «The Public Face of the Camps», en Jane Caplan y Nikolaus Wachsmann (eds.), *Concentration Camps in Nazi Germany*, Nueva York, 2010.

Fischer, Conan, *Stormtroopers: A Social, Economic and Ideological Analysis, 1929-1935*, Londres, 1983.

Fischer, Klaus P., *Nazi Germany: A New History*, Nueva York, 1995.

Fleming, Gerald, *Hitler and the Final Solution*, Oxford, Reino Unido, 1986.

Förster, Jürgen, *Der Angriff auf die Soviet Union*, Stuttgart, 1983.

—, «The German Army and the Ideological War Against the Soviet Union», en Gerhard Hirschfeld (ed.), *The Policies of Genocide: Jews and Soviet Prisoners of War in Nazi Germany*, Londres, 1986.

—, «Operation Barbarossa as a War of Conquest and Annihilation», en Horst Boog y otros (eds.), *Germany*

and the Second World War: The Attack on the Soviet Union, vol. IV., Oxford, Reino Unido, 1998.

François-Poncet, André, *The Fateful Years: Memoirs of a French Ambassador in Berlin 1931-1938*, Nueva York, 1972.

Frank, Hans, *Im Angesicht des Galgens: Deutung Hitlers und seiner Zeit auf Grund eigener Erlebnisse und Erkentnisse*, Múnich, 1953.

Franz-Willig, Georg, *Die Hitlerbewegung. Der Ursprung. 1919-1922*, 2.ª ed., Hamburgo, 1962.

—,*Krisenjahr der Hitlerbewegung 1923*, Preussisch Oldendorf, 1975.

—,*The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill, 1995.

Frevert, Ute, *Women in German History: From Bourgeois Emancipation to Sexual Liberation*, Nueva York, 1989.

Friedlander, Henry, *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill, 1995.

Friedländer, Saul, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I: *The Years of Persecution, 1933-1939*, Nueva York, 1997.

—,*Nazi Germany and the Jews*, vol. II: *The Years of Extermination, 1939-1945*, Nueva York, 2008.

Fritz, Stephen G., *Endkampf: Soldiers, Civilians, and the Death of the Third Reich*, Lexington, 2004.

Fritzsche, Peter, *Rehearsals for Fascism: Populism and Political Mobilization in Weimar Germany*, Nueva York, 1990.

—,*Life and Death in the Third Reich*, Cambridge, 2008.

Frommann, Eberhard, *Die Lieder der NS-Zeit: Untersuchungen zur nationalsozialistischen Liedpropaganda von*

den Anfängen bis zum Zweiten Weltkrieg, Colonia, 1999.

Funke, Manfred (ed.), *Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Ausspolitik des Dritten Reiches*, Düsseldorf, 1978.

Gamm, Hans-Jochen, *Der Flüsterwitz im Dritten Reich: mündliche Dokumente zur Lage der Deutschen während des Nationalsozialismus*, Múnich, 1990.

Gay, Peter, *Weimar Culture: The Outsider as Insider*, Nueva York, 1968.

Gellately, Robert, «The Gestapo and German Society: Political Denunciations in the Gestapo Case Files», *The Journal of Modern History*, 60, 1988.

—,*The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy, 1933-1945*, Oxford, 1990.

—,*Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford, 2001.

Gerwarth, Robert, *Hitler's Hangman: The Life of Heydrich*, New Haven, 2011.

Geyer, Michael, *Aufrüstung oder Sicherheit. Die Reichswehr in der Krise der Machtpolitik, 1924-1936*, Wiesbaden, 1980.

Giles, Geoffrey J., «The Rise of the National Socialist Students Association and the Failure of Political Education in the Third Reich», en Peter D. Stachura (ed.), *The Shaping of the Nazi State*, Londres, 1978.

Glanz, David, *Colossus Reborn: The Red Army, 1941-1943*, Lawrence, 2005.

Goebbels, Joseph, «Neue Methoden der Propaganda», *Nationalsozialistische Briefe*, 15 de agosto de 1926.

—, «Was wollen wir im Reichstag?», *Der Angriff*, 30 de abril de 1928.

—, «Das patriotische Bürgertum», *Nationalsozialistische Monatshefte*, folleto 5, 1930.

—, «Erobert die Seele der Nation», en *«Goebbels Spricht»: Reden aus Kampf und Sieg*, Oldemburgo, 1933.

, —Vom Kaiserhof zum Reichskanzlei, Berlin, 1934.

, —Tagebücher 1924-1945, ed. de Elke Fröhlich, Hamburgo, 1977 (varios vols.).

Gordon, Harold J., Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton, 1962.

Görtemaker, Heike B., *Eva Braun: Life with Hitler*, Nueva York, 2011.

Graml, Hermann, «Hitler und die Befehle an die *Einsatzgruppen* im Sommer 1941», en Eberhard Jäckel y Jürgen Rohwer (eds.), *Der Mord an die Juden im Zweiten Weltkrieg. Entschlussbildung und Verwirklichung*, Stuttgart, 1985.

, —Antisemitism in the Third Reich, Londres, 1992.

Graml, Hermann y otros, *The German Resistance to Hitler*, Londres, 1967.

Grunberger, Richard, *The 12-Year Reich: A Social History of the Third Reich, 1933-1945*, Nueva York, 1971.

Grunchmann, Lothard y Weber, Reinhard (eds.), *Der Hitler Prozess 1934. Wortlaut der Hauptverhandlungen vor dem Volksgericht München*, I, vol. IV, Múnich, 1997.

Guderian, Heinz, *Panzer Leader*, Nueva York, 1996.

Haarmann, Hermann; Huder, Walter y Siebenhaar, Klaus (eds.), *«Das war ein Vorspiel nur...»: Bücherverbrennung Deutschland 1933: Voraussetzungen und Folgen*, Berlin-Viena, 1983.

Hale, Oron J., *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton, 1964.

Hamann, Brigitte, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators*, Múnich, 1997.

, —*Hitlers Edeljude. Das Leben des Armenarztes Eduard Bloch*, Múnich, 2008.

Hamilton, Richard F., *Who Voted for Hitler?*, Princeton, 1982.

Hanfstaengl, Ernst, *Hitler: The Memoir of a Nazi Insider Who Turned Against the Führer*, Nueva York, 1957.

, —*Zwischen Weissem und Braunem Haus*, Múnich, 1970.

Hanisch, Reinhold, «I Was Hitler's Buddy», *The New Republic*, 5, 12 y 19 de abril de 1939.

Hastings, Max, *Bomber Command*, Londres, 1980.

, —*Industry and Ideology: IG Farben in the Nazi Era*, Cambridge, 1987.

, —*Armageddon: The Battle for Germany, 1944-1945*, Nueva York, 2005.

, —*Inferno: The World at War, 1939-1945*, Nueva York, 2012.

Hausen, Karen, «Mother's Day in the Weimar Republic», en Renate Bridenthal, Atina Grossmann y Marion Kaplan (eds.), *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*, Nueva York, 1984.

Hayes, Peter, «Auschwitz, Capital of the Holocaust», *Holocaust and Genocide Studies*, vol. 17, n.º 2, 2003.

Hayman, Ronald, *Hitler & Geli*, Nueva York, 1998.

Heiber, Beatrice y Heiber, Helmut (eds.), *Die Rückseite des Hakenkreuzes. Absonderliches aus den Akten des «Dritten Reiches»*, Múnich, 1993.

Heiber, Helmut (ed.), *The Early Goebbels Diaries*, Londres, 1962.

Heiden, Konrad, *Der Fuehrer: Hitler's Rise to Power*, Boston, 1944.

Heim, Susanne, «Deutschland muss ihnen ein Land ohne Zukunft. Die Zwangsemigration der Juden, 1933-1938», en *Beiträge zur Nationalsozialistischen Gesundheits und Sozialpolitik*, vol. XI: *Arbeitsemigration und Flucht*, Berlin, 1993.

Heinemann, Manfred (ed.), *Erziehung und Schulung im Dritten Reich*, vol. II: *Hochschulen, Erwachsenbildung*, Stuttgart, 1980.

Henderson, sir Nevile, *Failure of a Mission: Berlin, 1937-1939*, Londres, 1940.

Herf, Jeffrey, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda During World War II and the Holocaust*, Cambridge, 2006.

Herzog, Rudolph, *Dead Funny: Telling Jokes in Hitler's Germany*, Brooklyn, 2012.

Hett, Benjamin Carter, *Burning the Reichstag: An Investigation into the Third Reich's Enduring Mystery*, Nueva York, 2014.

Hilberg, Raul, *The Destruction of the European Jews*, Nueva York, 1985.

Hildebrand, Klaus, *The Foreign Policy of the Third Reich*, Londres, 1973.

Hillenbrand, Fritz K. M., *Underground Humor in Nazi Germany, 1933-1945*, Londres, 1995.

Hillgruber, Andreas, *Hitlers Strategie, Politik und Kriegsführung, 1940-1941*, Bonn, 1993.

Hirschfeld, Gerhard (ed.), *The Policies of Genocide: Jews and Soviet Prisoners of War in Nazi Germany*, Londres, 1986.

Hitler, Adolf, *Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen*, febrero de 1925-enero de 1933, Von der Reichspräsidentenwahl bis zur Machtergreifung abril de 1932-enero de 1933, parte 2, octubre de 1932-enero de 1933.

, —*Mein Kampf* Boston, 1944.

, —*Hitlers Politisches Testament: Die Bormann Diktate vom Februar und April 1945*, Hamburgo, 1981.

Hoess, Rudolf, *Commandant at Auschwitz*, Londres, 1959.

Hofer, Walther, *Die Entfesselung des Zweiten Weltkrieges*, Frankfurt, 1964.

Hoffmann, Peter, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat*, Múnich, 1970.

—,*The History of the German Resistance, 1933-1945*, Cambridge, 1977.

—,*The German Resistance to Hitler*, Cambridge, 1988.

—,*Stauffenberg: A Family History, 1905-1944*, Toronto, 2008.

Höhne, Hans, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Londres, 1969.

Holtfrerich, Carl-Ludwig, *Die Deutsche Inflation 1914-1923*, Berlin, 1980.

Horn, Wolfgang, *Der Marsch zur Machtergreifung. Die NSDAP bis 1933*, Düsseldorf, 1980.

Hossbach, Friedrich, *Zwischen Wehrmacht und Hitler, 1934-1938*, Gotinga, 1965.

Isherwood, Christopher (1935), *The Berlin Stories*, Nueva York, 2008.

Jäckel, Eberhard (ed.), *Hitler: Sämtliche Aufzeichnungen, 1905-1924*, Stuttgart, 1980.

Jacobsen, Hans-Adolf, *Fall Gelb: Der Kampf um den deutschen Operationsplan zur Wesoffensive 1940*, Wiesbaden, 1957.

—,*Nationalsozialistische Aussenpolitik, 1933-1938*, Frankfurt, 1968.

Jacobsen, Hans-Adolf y Jochmann, Werner (eds.), *Ausgewählte Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus 1933-1945*, Bielefeld, 1961.

James, Harold, *The German Slump: Politics and Economics, 1924-1936*, Oxford, 1986.

Janka, Franz, *Die braune Gesellschaft: ein Volk wird Formatiert*, Stuttgart, 1997.

Jelavich, Peter, *Berlin Cabaret*, Cambridge, 1993.

Jetzinger, Franz, *Hitler's Youth*, Londres, 1958.

Johnson, Eric A., *Nazi Terror: The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, Nueva York, 1999.

Jones, Larry Eugene, *German Liberalism and the Dissolution of the Weimar Party System*, Chapel Hill, 1988.

—,«"The Greatest Stupidity of My Life." Alfred Hugenberg and the Formation of the Hitler Cabinet, January 1933», *Journal of Contemporary History, 27*, 1992.

Junge, Traudl, *Bis zur letzten Stunde: Hitlers Sekretärin erzählt ihr Leben*, Múnich, 2002.

Justiz und NA-Verbrechen, Sammlung deutscher Strafurteil wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen, 1945-1966, 20 vols., Amsterdam, 1979.

Kaplan, Marion, *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945*, Cambridge, 1983.

—,*Between Dignity and Despair: Jewish Life in Nazi Germany*, Nueva York, 1998.

, —*Hitler Youth*, Cambridge, 1999.

Karina, Lilian y Kant, Marion, *Tanz Unterm Hakenkreuz: Eine Dokumentation*, Berlin, 1999.

, —*Hitler's Dancers: German Modern Dance and the Third Reich*, Nueva York, 2003.

Kater, Michael H., *The Nazi Party: A Social Profde of Members and Leaders, 1919-1945*, Cambridge, 1983.

, —*Doctors Under Hitler*, Chapel Hill, 1989.

, —*Hitler Youth*, Cambridge, 2004.

Kershaw, Ian, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria, 1933-1945*, Oxford, 1983.

, —*The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Nueva York, 1987.

, —*Hitler, 1889-1936*, vol. I: *Hubris*, Nueva York, 1998.

, —*Hitler, 1939-1945*, vol. II: *Nemesis*, Nueva York, 2000.

, —*Hitler: A Biography*, Nueva York, 2008.

, —*The End: The Defiance and Destruction of Hitler's Germany, 1944-1945*, Nueva York, 2011.

Klee, Ernst (ed.), *«Euthanasie» im NS-Staat: Die «Vernichtung lebensunwerten Lebens»*, Frankfurt, 1983.

, —*Dokumente zur «Euthanasie»*, Frankfurt, 1985.

Klemperer, Klemens von, *German Resistance Against Hitler: The Search for Allies Abroad, 1938-1945*, Oxford, 1992.

Klemperer, Viktor, *I Wild Bear Witness: A Diary of the Nazi Years, 1933-1941*, 2 vols., Nueva York, 1998.

Klönne, Arno, «Jugendprotest und Jugendopposition. Von der HJ-Erziehung zum Cliquenwesen der Kriegszeit», en Martin Broszat, Elke Fröhlich y Anton Grossmann (eds.), *Bayern in der NS-Zeit: Herrschaft und Gesellschaft im Konflik*, vol. IV, Múnich, 1981.

Klose, Werner, *Generation im Gleichschrifft*, Oldenburgo, 1964.

Knickerbocker, Hubert R., *Is Tomorrow Hitler's?*, Nueva York, 1941.

Koch, Hannsjoachim W, *The Hitler Youth: Origins and Development, 1922-1945*, Nueva York, 1975.

König, Wolfgang, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft*, Múnich, 2004.

Koonz, Claudia, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family, and Nazi Politics*, Nueva York, 1987.

, —*The Nazi Conscience*, Nueva York, 1988.

—, «Eugenics, Gender, and Ethics in Nazi Germany: The Debate about Involuntary Sterilization, 1933-1936», en Thomas Childers y Jane Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993.

Koshar, Rudy D., *Social Life, Local Politics, and Nazism: Marburg, 1880-1935*, Chapel Hill, 1986.

Krausnick, Helmut, «Kommisarbefehl und "Gerichtsbarkeiterlass Barbarossa" in neuer Sicht», *Vierteljahreshefte zur Zeitgeschichte*, 2, 1977.

Kubizek, August, *The Young Hitler I Knew*, nueva ed. ampliada y nueva trad., Barnsley, 2011.

Kulka, Otto Dov y Jäckel, Eberhard (eds.), *Die Juden in den geheimen NS Stimmungsberichten, 1933-1945*, Düsseldorf, 2004.

Kuropka, Joachim, *Meldungen aus Münster, 1924-1944*, Münster, 1992.

Kwiet, Konrad, «Gehen oder Bleiben. Die deutschen Juden am Wendepunkt», en Walter H. Pehle (ed.), *Der Judenpogrom 1938: Von der «Reichskristallnacht» zum Völkermord*, Frankfurt, 1988.

Laqueur, Walter, *Weimar: A Cultural History*, Nueva York, 1974.

Large, David Clay (ed.), *Contending with Hitler: Varieties of German Resistance in the Third Reich*, Cambridge, 1991.

, —*Where Ghosts Walked: Munich's Road to the Third Reich*, Nueva York, 1997.

Larson, Erik, *In the Garden of Beasts: Love, Terror, and an American Family in Hitler's Berlin*, Nueva York, 2011.

Lewy, Guenter, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Nueva York, 1964.

Linderman, Gerald F., *The World Within War: America's Combat Experience in World War II*, Nueva York, 1997.

Lochner, Louis P. (ed.), *The Goebbels Diaries, 1942-1943* , Nueva York, 1948.

Longerich, Peter, *Die braunen Bataillone: Geschichte der SA*, Múnich, 1989.

, —*The Unwritten Order: Hitler's Role in the Final Solution*, Charleston, 2001.

, —*Der ungeschriebene Befehl: Hitler und der Weg zur «Endlösung»*, Múnich, 2001.

, —*Joseph Goebbels: Biographie*, Múnich, 2010.

, —*Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford, 2010.

, —*Heinrich Himmler*, Nueva York, 2012.

Lubrich, Oliver, *Reisen ins Reich, 1933-1945*, Frankfurt, 2004.

Lüdecke, Kurt, *I Knew Hitler*, Nueva York, 1937.

Lukacs, John, *The Duel: The Eighty-Day Struggle Between Hitler and Churchill*, Nueva York, 1991.

Lurker, Otto, *Hitler hinter Festungsmauern*, Berlín, 1933.

Mandell, Richard D., *The Nazi Olympics*, Londres, 1972.

Manstein, Erich von, *Lost Victories*, Novato, 1985.

Maser, Werner, *Hitler's «Mein Kampf»: An Analysis*, Londres, 1970.

, *—Hermann Göring: Hitlers janusköpfiger Paladin. Die politische Biographie*, Berlín, 2000.

Mason, Tim W, *Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft*, Opladen, 1975.

May, Ernest R., *Strange Victory: Hitler's Conquest of France*, Nueva York, 2000.

Mayer, Arno, *Why Did the Heavens Not Darken?: The «Final Solution» in History*, Nueva York, 1988.

Mayer, Milton, *They Thought They Were Free: The Germans, 1933-45*, Chicago, 1955.

Mazower, Mark, *Hitler's Empire: How the Nazis Ruled Europe*, Nueva York, 2008.

Meinshausen, Hans, *Erziehung zum Dritten Reich. Reden und Aufsätze*, Berlín, 1934.

Meissner, Otto, *Staatssekretär unter Ebert, Hindenburg, und Hitler: Der Schicksalsweg des deutschen Volkes von 1918-1945, wie ich ihn erlebte*, Hamburgo, 1950.

Merkl, Peter, *Political Violence Under the Swastika: 581 Early Nazis*, Princeton, 1975.

Merridale, Catherine, *Ivan's War: Life and Death in the Red Army, 1939-1945*, Nueva York, 2006.

Metcalfe, Philip, *1933*, Nueva York, 1988.

Michaud, Eric, *The Cult of Art in Nazi Germany*, Stanford, 2004.

Middlebrook, Martin, *The Battle of Hamburg: Allied Bomber Forces Against a German City in 1943*, Nueva York, 1981.

Mierzejewski, Alfred C., *The Collapse of the German War Economy, 1944-1945: Allied Air Power and the German National Railway*, Chapel Hill, 1988.

Moltmann, Günter, «The Social Views and Constitutional Plans of the Resistance», en Hermann Graml y otros, *The German Resistance to Hitler*, Londres, 1967.

—, «Goebbels Speech on Total War, February 18, 1943», en Hajo Holborn (ed.), *Republic to Reich: The Making of the Nazi Revolution*, Nueva York, 1973, pp. 298-342.

, —*The Rise and Fall of Weimar Democracy*, Chapel Hill, 1996.

Mommsen, Hans, «Die Realisierung des Utopischen: Die "Endlösung der Judenfrage im Dritten Reich"», *Geschichte und Gesellschaft*, 9, 1983, pp. 381-420.

—, «Van der Lubbe und sein Weg in den Reichstag-der Ablauf der Ereignisse», en Uwe Backes y otros (eds.), *Reichstagsbrand. Aufklärung einer historischen Legende*, Múnich, 1986.

, —*The Rise and Fall of Weimar Democracy*, Chapel Hill, 1996.

Moorhouse, Roger, *Berlin at War*, Londres, 2011.

Mosse, George L., *Nazi Culture: Intellectual, Cultural and Social Life in the Third Reich*, Nueva York, 1966.

Murray, Williamson, *Luftwaffe*, Baltimore, 1989.

Nelson, Anne, *Red Orchestra: The Story of the Berlin Underground and the Circle of Friends who Resisted Hitler*, Nueva York, 2009.

Noakes, Jeremy, *The Nazi Party in Lower Saxony, 1921-1933*, Oxford, 1971.

—, «The Oldenburg Crucifix Struggle of November 1936», en Peter D. Stachura (ed.), *The Shaping of the Nazi State*, Londres, 1978.

Noakes, Jeremy y Pridham, Geoffrey (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. I: *The Rise to Power, 1919-1933*, Exeter, 1983.

, —*Nazism 1919-1945*, vol. II: *State, Economy and Society, 1933-1939*, Exeter, 1984.

, —*Nazism 1919-1945*, vol. Ill: *Foreign Policy, War and Racial Extermination*, Exeter, 1988.

Nossack, Hans Erich, *The End: Hamburg 1943*, Chicago, 2004.

Olden, Rudolf, *Hitler the Pawn*, Londres, 1936.

Orlow, Dietrich, *The History of the Nazi Party*, Pittsburgh, 1973 (varios vols.).

Overy, Richard J., *The Air War, 1939-1945*, Nueva York, 1980.

—,*The Nazi Economic Recovery, 1993-1938*, Londres, 1982.

—.*War and Economy in the Third Reich*, Nueva York, 1994.

—,*The Bombers and the Bombed: Allied Air War over Europe, 1940-1945*, Nueva York, 2014.

Papen, Franz von, *Memoirs*, Londres, 1952.

Patch, William L., Jr., *Heinrich Brüning and the Dissolution of the Weimar Republic*, Cambridge, 2006.

Paul, Gerhard, *Aufstand der Bilder. Die NS-Propaganda vor 1933*, Bonn, 1990.

Paull, Hermann, *Deutsche Rassenhygiene: ein gemeinverständliches Gespräch über Vererbungslehre, Eugenik, Familie, Sippe, Rasse und Volkstum*, vol. II, Görlitz, Erbegesundheitspflege und Wappenkunde C. A. Starke, 1934.

Päzold, Joachim, *Franz von Papen, ein deutsches Verhängnis*, Múnich, 1995.

Petropoulos, Jonathan, *Art as Politics in the Third Reich*, Chapel Hill, 1994.

Petzold, Joachim, *Franz von Papen: Ein Deutsches Verhängnis*, Múnich, 1995.

Peukert, Detlev, *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde Anpassung, Ausmerze und Aufbegehren unter dem Nationalsozialismus*, Colonia, 1982.

—,*Die Edelweisspiraten: Protestbewegungen jugendlicher Arbeiter im Dritten Reich: eine Dokumentation*, Colonia, 1983.

—,*Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition, and Racism in Everyday Life*, New Haven, 1989.

—, «The Genesis of the "Final Solution" from the Spirit of Science», en Thomas Childers y Jane Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993.

Proctor, Robert N., *Racial Hygiene: Medicine Under the Nazis*, Cambridge, 1988.

, —*The Nazi War on Cancer*, Princeton, 1999.

Rabinbach, Anson y Gilman, Sander L. (eds.), *The Third Reich Sourcebook*, Berkeley, 2013.

Reichert, Jacob W. (ed.), *Helfferichs Reichstagsreden 1922-1924*, Berlin, 1925.

Remak, Joachim (ed.), *The Nazi Years*, Prospect Heights, 1969.

Rempel, Gerhard, *Hitler's Children: The Hitler Youth and the SS*, Chapel Hill, 1989.

Reuth, Ralf Georg, *Goebbels*, San Diego, 1993.

Ribbentrop, Joachim von, *The Ribbentrop Memoirs*, Londres, 1954.

Rich, Norman, *Hitler's War Aims*, vol. I: *Ideology, the Nazi State, and the Course of Expansion*, Nueva York, 1973-1974.

Richarz, Monika (ed.), *Jüdisches Leben in Deutschland*, vol. Ill: *Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte, 1918-1945*, Stuttgart, 1982.

Ringer, Fritz (ed.), *The German Inflation of 1923*, Londres, 1969.

Röhm, Ernst, *Die Memoiren des Stabschef Röhm*, Saarbrücken, 1934.

Rothfels, Hans, *The German Opposition to Hitler: An Assessment*, Londres, 1970.

Rüter-Ehlermann, Adelheid L.; Rütter, Christiaan F. y otros (eds.), *Justiz und NS-Verbrechen: Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen, 1945-1966*, Amsterdam-Múnich, 1998 (varios vols.).

Ryan, Cornelius, *The Longest Day*, Nueva York, 1960.

, —*The Last Battle*, Nueva York, 1966.

, —*A Bridge Too Far: The Classic History of the Greatest Battle of World War II*, Nueva York, 1974.

Schacht, Hjalmar, *Abrechnung mit Hitler*, Berlin, 1949.

Schenck, Ernst Günther, *Patient Hitler: Eine medizinische Biographie*, Düsseldorf, 1989.

Schlabrendorff, Fabian von (1946), *Offiziere gegen Hitler*, Berlin, 1984.

Schleunes, Karl A., *The Twisted Road to Auschwitz: Nazi Policy Toward German Jews, 1933-1939*, Urbana, 1970.

Schmeer, Karl Heinz, *Die Regie des öffentlichen Lebens im Dritten Reich*, Múnich, 1956.

Schmidt, Paul, *Hitler's Interpreter*, Nueva York, 1950.

Schmitthenner, Walter y Buchheim, Hans (eds.), *Der Deutsche Widerstand. Vier historischkritische Studien von Hermann Graml, Hans Mommsen, Hans-Joachim Reichhardt und Ernst Wolf*, Colonia, 1966.

Schoenbaum, David, *Hitler's Social Revolution: Glass and Status in Nazi Germany, 1933-1939*, Nueva York, 1966.

Scholder, Klaus, *Die Kirchen und das Dritte Reich*, vol. I: *Vorgeschichte und Zeit der Illusionen, 1918-1934*, Frankfurt, 1977.

Schorske, Carl E., *Fin-de-Siecle Vienna*, Nueva York, 1979.

Schuschnigg, Kurt, *Austrian Requiem*, Londres, 1947.

Segel, Binjamin W. y Levy, Richard S., *A Lie and a Libel: The History of The Protocols of the Elders of Zion*, Lincoln, 1995.

Shirer, William L., *Berlin Diary, 1934-1941*, Nueva York, 1941.

, *—The Rise and Fall of the Third Reich*, Nueva York, 1966.

, *—This Is Berlin: Reporting from Nazi Germany, 1938-40*, Londres, 1999.

Slepyan, Kenneth, *Stalin's Guerrillas: Soviet Partisans in World War II*, Lawrence, 2006.

Smelser, Ronald, *Robert Ley: Hitler's Labor Front Leader*, Nueva York, 1988.

Smith, Bradley F., *Adolf Hitler: His Family, Childhood, and Youth*, Stanford, 1967.

Sneeringer, Julia, *Winning Women's Votes: Propaganda and Politics in Weimar Germany*, Chapel Hill, 2002.

Snyder, Timothy, *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin*, Nueva York, 2008.

Sopade, *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands, 1934-1940: Deutschland-Berichte der Sopade. Erster Jahrgang, 1934*, Frankfurt, 1989 (varios vols.).

Speer, Albert, *Inside the Third Reich*, Nueva York, 1970.

Spotts, Frederic, *Hitler and the Power of Aesthetics*, Londres, 2002.

Stachura, Peter D., *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Londres, 1983.

— (ed.), *The Nazi Machtergreifung*, Londres, 1983.

Stark, Gerhard, *Moderne Politische Propaganda*, Múnich, 1930.

Steigmann-Gall, Richard, «Religion and the Churches», en Jane Caplan (ed.), *Nazi Germany*, Oxford, 2008.

Stephenson, Jill, «The Nazi Organization of Women 1933-1939», en Peter D. Stachura (ed.), *The Shaping of the Nazi State*, Londres, 1978.

, —*The Nazi Organization of Women*, Londres, 1981.

, —*Women in Nazi Germany*, Londres, 2001.

Stöver, Bernd (ed.), *Berichte über die Lage in Deutschland: die Meldun der Gruppe Neu Beginnen aus dem Dritten Reich 1933-1936*, Bonn, 1996.

Strasser, Otto, *Hitler und ich*, Constance, 1948.

Taylor, A.J.P., *The Origins of the Second World War*, Nueva York, 1966.

Thorne, Christopher, *The Approach of War, 1938-1939*, Nueva York, 1967.

Tobias, Fritz, *The Reichstag Fire*, Nueva York, 1964.

Toland, John, *Adolf Hitler*, Nueva York, 1976.

Tooze, Adam, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006.

Trevor-Roper, Hugh, *The Last Days of Hitler*, 3.ª ed., Nueva York, 1962.

, —*Hitler's Table Talk, 1941-1944: His Private Conversations*, Londres, 2000.

Troll, Hildebrand, «Aktionen zur Kriegsbeendigung im Frühjahr 1945», en Martin Broszat, Elke Fröhlich y Anton Grossmann (eds.), *Bayern in der NS-Zeit. Herrschaft und Gesellschaft im Konflikt*, vol. IV, Múnich, 1981.

Turner, Henry Ashby, Jr., *German Big Business and the Rise of Hitler*, Oxford, 1985.

, —*Hitler's Thirty Days to Power: January 1933*, Nueva York, 1996.

Tyrell, Albrecht, *Führer befiehl... Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP*, Düsseldorf, 1969.

, —*Vom «Trommler» zum «Führer»*, Múnich, 1975.

Ullrich, Volker, *Hitler: Ascent. 1889-1939*, Nueva York, 2016.

United States Strategie Bombing Survey, *The Effects of Strategie Bombing on the German War Economy*, United States Strategic Bombing Survey, Overall Economic Effects Division, Washington, 1945 (varios vols.).

Wachsmann, Nikolaus, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Nueva York, 2015.

Wagener, Otto, *Hitler aus nächster Nähe: Aufzeichnungen eines Vertrauten, 1929-1932*, 2.ª ed., Henry A. Turner (ed.), Kiel, 1987.

Wagner, Jens-Christian, «Work and Extermination in the Concentration Camps», en Jane Caplan y Nikolaus Wachsmann (eds.), *Concentration Camps in Nazi Germany*, Nueva York, 2010.

Warlimont, Walter, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-45*, Novato, 1998.

Weber, Thomas, *Hitler's First War: Adolf Hitler, the Men of the List Regiment, and the First World War*, Oxford, 2010.

Webman, Esther (ed.), *The Global Impact of «The Protocols of the Elders of Zion»*, Londres, 2011.

Wehler, Hans-Ulrich, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte, 1871-1914*, vol. HI, Múnich, 1995.

Weinberg, Gerhard L., *The Foreign Policy of Hitler's Germany: Diplomatic Revolution in Europe, 1933-1936*, Chicago, 1970.

—,*A World at Arms: A Global History of World War II*, Cambridge, 1994.

Weitz, Eric D., *Weimar Germany: Promise and Tragedy*, Oxford, 2009.

Weyrather, Irmgard, *Muttertag und Mutterkreuz: Der Kult um die «deutsche Mutter» im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1993.

Wheeler-Bennett, John, *The Nemesis of Power: The German Army and Politics 1918-1945*, Londres, 1954.

Wiedemann, Fritz, *Der Mann, der Feldherr werden wollte*, Velbert-Kettig, 1964.

Wildt, Michael, *Die Judenpolitik des SD 1935 bis 1938*, Múnich, 1995.

Willett, John, *Art and Politics in the Weimar Period: The New Sobriety, 1917-1933*, Nueva York, 1978.

Wucher, Albert, *Die Fahne hoch: Das Ende der Republik und Hitlers Machtübernahme. Ein Dokumentarbericht*, Múnich, 1963.

Wulf, Joseph, *Die bildenden Künste im Dritten Reich*, Berlin, 1999.

Fuentes de archivo

Bundesarchiv (Coblenza-Berlin)

Zeitgeschictliche Sammlung (ZSg), folletos y panfletos del NSDAP 3334, 1, 45, 13 NSDAP

Archivo nacional (Washington, DC)

ZT580: Captured German Documents/Rolls

Geheime Staatsarchiv Preussischer Kulturbesitz GStA (Berlin)

Bayerisches Hauptstaatsarchiv BHStA (Múnich) Abt. V, F9

Leo Baeck Institute (Nueva York)

Historias personales

Museo Nacional del Holocausto (Washington, DC)

Historias personales

Landesarchiv Berlin

Acc. 1941 Acc. 1962 Acc. 1964 Acc. 2088

Landesarchiv Koblenz

403/16734

Hoover Institution

Theodor Abel Collection

Weimar Republic Collection

NSDAP Hauptarchiv (Microfilm)

Carretes 14-15 Rundschreiben der RPL

Carretes 29-30 Rundschreiben der RPL

Carrete 58 Propaganda

Staatsarchiv Münster

Nationalsozialismus, VII-67 vol. 1 Abt. NU, n.º 67, vol. 3

Westphalisches Staatsarchiv, Münster,

XII-67, vol. 1

Thomas Childers es catedrático de Historia en la Universidad de Pennsylvania desde 1976, de la que se retiró el 25 de abril de 2017 como profesor emérito.

Childers nació en Tennessee, EE. UU., en 1946. Estudió en la Universidad de Tennessee, donde recibió su licenciatura y doctorado.

Ha ocupado el cargo de profesor visitante y ha pronunciado conferencias en múltiples universidades de Europa y Estados Unidos.

Es autor de varios títulos sobre historia de la Alemania moderna y la segunda guerra mundial.

Notas

[1] Franz Jetzinger, *Hitler's Youth*, Londres, 1958; August Kubizek, *The Young Hitler I Knew*, nueva ed. ampliada y nueva trad., Barnsley, 2011, p. 163. <<

[2] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Boston, 1971, p. 20. <<

[3] Konrad Heiden, *Der Fuehrer: Hitler's Rise to Power*, Boston, 1944, pp. 52-54. <<

[4] Eduard Bloch, «My Patient Hitler», *Collier's Weekly*, 15-22 de marzo de 1941, y su entrevista con la Office of Strategic Services (OSS), en *Hitler Source Book*. Véase también Brigitte Hamann, *Hitlers Edeljude. Das Leben des Armenarztes Eduard Bloch*, Múnich, 2008. <<

[5] Kubizek, *The Young Hitler I Knew*, p. 78. <<

[6] *Ibid.*, pp. 163-164. <<

[7] Jetzinger, *Hitler's Youth*, pp. 117 y 131-134. <<

[8] Brigitte Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators*, Munich, 1997, pp. 96-97. <<

[9] Kubizek, *The Young Hitler I Knew*, p. 94. <<

[10] *Ibid.*, p. 157. <<

[11] *Ibid.*, p. 160. <<

[12] Después de que Hitler hubo desaparecido de su apartamento en Viena, Kubizek no lo volvió a ver hasta 1938, cuando Alemania tomó el control de Austria y Hitler regresó con gloria a su ciudad natal. *Ibid.*, pp. 246-259. <<

[13] Hamann, *Hitlers Wien*, pp. 208-209 y 226-227; Jetzinger, *Hitler's Youth*, pp. 131-132; Bradley F. Smith, *Adolf Hitler: His Family, Childhood and Youth*, Stanford, 1967, pp. 123-124. <<

[14] Entendía la lucha de la clase obrera, aseguró de manera creativa en 1934 en un discurso, porque «yo mismo durante años trabajé en el negocio de la construcción para ganarme mi propio pan». Discurso de Hitler pronunciado en el Primer Congreso de Trabajadores Germanos el 10 de mayo de 1933, en Norman H. Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. I, Nueva York, 1969, p. 862. Véanse también Jetzinger, *Hitler's Youth*, pp. 131-132; Reinhold Hanisch, «I Was Hitler's Buddy», *The New Republic*, 5, 12 y 19 de abril de 1939, pp. 193-199, 270-272 y 297-300. <<

[15] Hamann, *Hitlers Wien*, pp. 285-288. <<

[16] Jetzinger, *Hitler's Youth*, pp. 132-142. <<

[17] Hanisch, «1 Was Hitler's Buddy»; Heiden, *Der Fuehrer*, p. 69. <<

[18] Véase Cari E. Schorske, *Fin-de-Siécle Vienna*, Nueva York, 1979. <<

[19] Citado en Hamann, *Hitlers Wien*. Sobre su relación con Schönerer y Lueger, véase pp. 337 y ss. <<

[20] *Ibid.*, p. 334. <<

[21] Lueger, citado en Volker Ullrich, *Hitler: Ascent. 1889-1939*, Nueva York, 2016, p. 44. <<

[22] *Ibid.*, p. 490. <<

[23] Kubizek, *The Young Hitler I Knew*; Hitler, *Mein Kampf*, pp. 37-51. <<

[24] Hanisch, «I Was Hitler's Buddy», p. 271. <<

[25] Hitler, *Mein Kampf*, p. 125. <<

[26] Ernst Günther Schenck, *Patient Hitler. Eine medizinische Biographie*, Düsseldorf, 1989, p. 163. <<

[27] Hitler, *Mein Kampf*, p. 126. <<

[28] Schenck, *Patient Hitler*, p. 297. <<

[29] Hitler, *Mein Kampf*, p. 161. <<

[30] Hitler le contó esta historia a un corresponsal estadounidense, Hubert R. Knickerbocker, véase Knickerbocker's, Is *Tomorrow Hitler's?*, Nueva York, 1941, pp. 31-32. Para revisar los muchos «embellecimientos» y fabricaciones desmedidas de los recuerdos de guerra de Hitler presentes en la propaganda nazi, véase Thomas Weber, *Hitler's First War; Adolf Hitler, the Men of the List Regiment, and the First World War*, Oxford, 2010, pp. 272-277. <<

[31] Hitler, *Mein Kampf*, pp. 192-193. <<

[32] Para más detalles, véase Werner T. Angress, «The German Army's "Jüdenzählung" of 1916: Genesis-Consequences-Slgnificance», *Leo Baeck Yearbook*, 23, 1978, pp. 117-138. <<

[33] Hans Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, Chapel Hill, 1996, pp. 15-19. <<

[34] Ernst Schmidt, uno de los camaradas más cercanos a Hitler entre los mensajeros, citado en John Toland, *Adolf Hitler*, Nueva York, 1976, p. 70. <<

[35] Hitler, *Mein Kampf*, p. 195. <<

[36] Hans Mend, citado en Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, Nueva York, 1952, p. 53. <<

[37] Carta a Josh Popp, su casero en Múnich, citada en Toland, *Adolf Hitler*, p. 62. <<

[38] Heiden, *Der Fuehrer*, p. 84. <<

[39] Volvió una y otra vez, en sus discursos en privado y en las páginas del *Mein Kampf*, a ese temor frente a la prostitu-

ción y la posibilidad de contraer sífilis, enfermedad de la que culpaba a los judíos. *Mein Kampf*, pp. 246-256. <<

[40] *Ibid.*, p. 160. Su sargento, Max Amann, quien luego se convertiría en el mánager de sus negocios y editor, confirmó que Hitler raramente discutió de política durante la guerra. <<

[41] Los recuerdos de Hans Mend del regimiento de Hitler están en Rudolf Olden, *Hitler the Pawn*, Londres, 1936, pp. 70-71. <<

[42] Ignaz Westenkirchner, citado en Toland, *Adolf Hitler*, p. 66. <<

[43] Fritz Wiedemann, *Der Mann, der Feldherr werden wollte*, Velbert-Kettig, 1964, pp. 33-34. <<

[44] Heiden, *Der Fuehrer*, p. 84. <<

[45] Wiedemann, citado en Toland, *Adolf Hitler*, p. 67. <<

[46] Weber, *Hitler's First War*, pp. 220-221. <<

[47] Hitler, *Mein Kampf*, p. 250. <<

[48] Heiden, *Der Fuehrer*, p. 78. <<

[49] Hitler, *Mein Kampf*, p. 206. <<

[1] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, pp. 38-42. <<

[2] Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich*, Nueva York, 2004, p. 160. <<

[3] Hitler, *Mein Kampf*, pp. 207-208. <<

[4] Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, vol. I: *Hubris*, Nueva York, 1998, pp. 121-123. <<

[5] Hitler, *Mein Kampf*, p. 213. <<

[6] El Instructor era Karl Alexander von Müller, el historiador ultraconservador que luego se uniría al Partido Nazi. Véase Müller, *Mars und Venus. Erinnerungen, 1914-1919*, Stuttgart, 1954, p. 339, citado en David Clay Large, *Where Ghosts Walked: Munich's Road to the Third Reich*, Nueva York, 1997, p. 128. <<

[7] Hitler, *Mein Kampf*, p. 215. <<

[8] Joachim Remak (ed.), *The Nazi Years*, Prospect Heights, 1969, p. 25. <<

[9] Kershaw, *Hitler*, vol. I, p. 12. <<

[10] La carta de Hitler está reproducida en Eberhard Jäckel (ed.), *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen, 1905-1924*, Stuttgart, 1980, pp. 88-90. <<

[11] Georg Franz-Willig, *Die Hitlerbewegung. Der Ursprung, 1919-1922*, 2.a ed., Hamburgo, 1962, pp. 66-67. El relato de Drexler del encuentro personal y sus impresiones sobre Hitler pueden encontrarse también en Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. I: *The Rise to Power, 1919-1933*, Exeter, 1983, p. 11. <<

[12] Franz-Willig, *Die Hitlerbewegung*, p. 71. <<

[13] Sir Eric Campbell Geddes, político conservador británico, acuñó la frase en un discurso de campaña de 1918 en el Beaconsfield Club Hall. El *Cambridge Daily News* del 11

de septiembre de ese año registra la expresión, que quedará en la historia como síntesis de la política británica con respecto a las reparaciones a las que estaba obligada Alemania como gran perdedora de la Primera Guerra Mundial. En inglés, la frase dice: «The Germans, if this Government returned, are going to pay every penny; they are going to be squeezed as a lemon is squeezed —until the pips squeak». Existen varias traducciones posibles: *pips* puede entenderse como «pepita» pero, en líneas generales, la frase queda más clara si se traduce como «semilla». Childers asume que cualquier lector entiende el contexto de referencia de la frase. Aquí es brevemente repuesto para su total comprensión. [*N. del T.*] <<

[14] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, pp. 72-74. <<

[15] *Ibid.*, pp. 87-91. <<

[16] *Ibid.* Tales ataques hacia el odiado acuerdo de paz fueron lugares comunes en la retórica de Hitler a lo largo de su carrera. <<

[17] Franz-Willig, *Die Hitlerbewegung*, pp. 73-74. <<

[18] Heiden, *Der Fuehrer*, pp. 105. <<

[19] Kurt Lüdecke, *I Knew Hitler*, Nueva York, 1937, p. 268. <<

[20] Los Veinticinco Puntos y el programa original del DAP pueden encontrarse en Anson Rabinbach y Sander L. Gilman (eds.), *The Third Reich Sourcebook*, Berkeley, 2013, pp. 5-6 y 12-14. <<

[21] Franz-Willig, *Die Hitlerbewegung*, p. 83. <<

[22] Hitler, *Mein Kampf*, p. 203. <<

[23] Franz-Willig, *Die Hitlerbewegung*, pp. 67-68. <<

[24] *Los protocolos de los sabios de Sion*, una exitosísima falsificación publicada como panfleto en Rusia en 1903, propone la existencia de una conspiración judía cuyo objetivo final es la dominación del mundo. Circuló ampliamente por Europa antes de la Gran Guerra y fue recibido con entusiasmo por la extrema derecha alemana y los círculos antisemitas. Para 1921, ya se había demostrado su origen fraudulento, aunque este descubrimiento tuvo muy poco impacto en su todavía persistente popularidad en el Viejo Continente. Véanse Binjamin W. Segel y Richard S. Levy, *A Lie and a Libel: The History of the Protocols of the Elders of Zion* , Lincoln, 1995, y Esther Webman, *The Global Impact of «The Protocols of the Elders ofZion»*, Londres, 2011. <<

[25] Göring, recordaba Hanfstaengl, no «era una persona intelectual». En esos tempranos años de la posguerra, era un mercenario. Ernst Hanfstaengl, *Hitler: The Memoir of a Nazi Insider Who Turned Against the Führer*, Nueva York, 1957, pp. 71-72. <<

[26] Ernst Röhm, *Die Geschichte eines Hochverräters*, citado en Toland, *Adolf Hitler*, p. 98. <<

[27] Chamberlain era el autor de *The Foundations of the Nineteenth Century*, una obra pseudointelectual publicada en Alemania por primera vez en 1899, libro que proveyó una interpretación racista y nacionalista del pasado germano. Este trabajo era notablemente admirado por antisemitas de diversas partes del mundo. El propio Adolf Hitler se contaba entre los más entusiastas. <<

[28] Hanfstaengl, *Hitler*, pp. 42-43. <<

[29] Henry Ashby Turner, Jr., *German Big Business and the Rise of Hitler*, Oxford, 1985, pp. 47-60. <<

[30] Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 188-191. <<

[31] Borsig se distanció bastante pronto de Hitler tras leer el programa nazi y rechazó ofrecer financiación al partido. Las contribuciones de Thyssen no fueron hechas directamente al NSDAP, sino a Ludendorff, quien derivó esos fondos a diferentes grupos contrarrevolucionarios, entre ellos, los nazis. Turner, *German Big Business and the Rise of Hitler*, p. 60. <<

[32] James Diehl, *Paramilitary Politics in the Weimar Republic*, Bloomington, pp. 29-30. <<

[33] Toland, *Adolf Hitler*, p. 110. <<

[34] Heiden, *Der Fuehrer*, p. 113. <<

[35] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, pp. 112-113. <<

[36] Fritz Ringer (ed.), *The German Inflation of 1923*, Londres, 1969, p. 144. Véanse también Gerald D. Feldman, *The Great Disorder: Politics, Economics, and Society in the German Inflation, 1914-1924*, Oxford, 1997, y Carl-Ludwig Holtfrerich, *Die Deutsche Inflation 1914-1923*, Berlin, 1980. <<

[37] Heiden, *Der Fuehrer*, p. 126. <<

[38] Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 196-198; Large, *Where Ghosts Walked*, pp. 168-172. <<

[39] Diehl, *Paramilitary Politics in the Weimar Republic*, p. 143; Kershaw, *Hitler*, vol. I, p. 191. <<

[40] Harold J. Gordon, Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton, 1962, pp. 241-242. <<

[41] *Ibid.*, pp. 246-256. <<

[42] *Ibid.*, pp. 258-259. <<

[43] Bullock, *Hitler*, p. 85. <<

[44] Hanfstaengl, *Hitler*, p. 97. <<

[45] Large, *Where Ghosts Walked*, p. 176. <<

[46] Adolf Hitler, citado en *ibid.*, p. 177. <<

[47] Citado en *ibid.*, p. 177. <<

[48] Otto Gritschneder, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H. Der Hitler Putsch und die bayerische Justiz*, Múnich, 1990, p. 14, citado en *ibid.*, p. 177. <<

[49] Hitler, citado en Gordon, *Hitler and the Beer Hall Putsch*, p. 286. <<

[50] Hitler, citado en Large, *Where Ghosts Walked*, p. 178. <<

[51] Müller, *Im Wandel der Zeit*, pp. 162-163, citado en Gordon, *Hitler and the Beer Hall Putsch*, pp. 287-288. <<

[52] Hanfstaengl, *Hitler*, p. 104. <<

[53] Large, *Where Ghosts Walked*, pp. 185-186. <<

[54] Cierre de la declaración de Hitler en Lothard Grunchmann y Reinhard Weber (eds.), *Der Hitler Prozess 1924. Wortlaut der Hauptverhandlung vor dem Volksgericht München I*, vol. 4, Múnich, 1997, pp. 19-25; trad, al inglés en Heiden, *Der Fuehrer*, p. 206. <<

[55] Toland, *Adolf Hitler*, p. 189. <<

[56] *The New York Times*, 1 de abril de 1924. <<

[57] Toland, *Adolf Hitler*, pp. 188-193. <<

[1] Hanfstaengl, *Hitler*, p. 114. <<

[2] H. Kallenbach, *Mit Adolf Hitler auf Festung Landsberg*, Múnich, 1933, citado en Werner Maser, *Hitler's «Mein Kampf»: An Analysis*, Londres, 1970, pp. 22-23. <<

[3] Otto Lurker, *Hitler hinter Festungsmauern*, Berlin, 1933, citado en *ibid.*, p. 23. <<

[4] *Ibid.*, p. 26. <<

[5] Wolfgang Horn, *Der Marsch zur Machtergreifung. Die NSDAP bis 1933*, Düsseldorf, 1980; Ian Kershaw, *Hitler*, vol. I. <<

[6] Para más detalles, véanse Thomas Childers, «Inflation, Stabilization, and Political Realignment in Germany, 1924-1928», en Gerald D. Feldman y otros (eds.), *Die Deutsche Inflation: Eine Zwischenbilanz*, Berlín, 1982, y Feldman, *The Great Disorder*, pp. 754-802. <<

[7] Feldman, *The Great Disorder*, pp. 821 y ss. <<

[8] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, pp. 172-173. <<

[9] Véase Jacob W. Reichert (ed.), *Helfferichs Reichstagsreden 1922-1924*, Berlín, 1925, pp. 323-324; la reacción comunista puede verse en *Die Rote Fahne*, 22 de marzo de 1924. <<

[10] Childers, «Inflation, Stabilization, and Political Realignment in Germany, 1920-1928», pp. 409-443. <<

[11] Peter D. Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Londres, 1983, pp. 30-31. <<

[12] *Ibid.* <<

[13] *Aus dem Schulbuch der Marxisten*, panfleto de la coalición *Völkisch*, 1924, Bundesarchiv (BA) ZSg. I, 45/13; *Zu den Stadtver-ordnetenwahl*, panfleto *Völkisch*, 1924, BA, ZSg. I, 45/14. <<

[14] Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, pp. 30-31. <<

[15] Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 228-229. <<

[16] Heiden, *Der Fuehrer*, p. 251. <<

[17] *The New York Times*, 20 de diciembre de 1924. <<

[18] Horn, *Der Marsch zur Machtergreifung*, pp. 165 y ss. <<

[19] *Völkischer Beobachter*, 26 de febrero de 1925. <<

[20] Adolf Hitler, *Reden, Schriften, Anordnungen*, vol. I, febrero de 1925-enero de 1933, pp. 14 y ss., y 28. <<

[21] Horn, *Der Marsch zur Machtergreifung*, pp. 216-218; véase también Peter Fritzsche, *Rehearsals for Fascism: Populism and Political Mobilization in Weimar Germany*, Nueva York, 1990. <<

[22] Diehl, *Paramilitary Politics in the Weimar Republic*, pp. 158-160; Peter Longerich, *Die braunen Bataillone: Geschichte der SA*, Múnich, 1989, pp. 39-40. <<

[23] *Hitler. RSA*, vol. II, p. 9. <<

[24] Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 48-52. <<

[25] Ernst Röhm, *Die Memoiren des Stabschef Röhm*, Saarbrücken, 1934, p. 160. <<

[26] Lüdecke, *I Knew Hitler*, p. 287. <<

[27] Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, p. 41. <<

[28] Heiden, *Der Fuehrer*, p. 285. <<

[29] Kershaw, *Hitler*, vol. I, p. 270. <<

[30] Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, p. 38. <<

[31] Discurso de Strasser en el Reichstag, 25 de noviembre de 1925, citado en *ibid.*, p. 42. <<

[32] 14 de febrero de 1926, *Hitler. RSA*, vol. I, pp. 294-295. <<

[33] Joseph Goebbels, *Tagebücher 1924-1925*, ed. de Elke Fröhlich, Hamburgo, 1977, 14 de febrero de 1926, p. 55. <<

[34] Horn, *Der Marsch zur Machtergreifung*, p. 241. <<

[35] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. I, pp. 55-56. <<

[36] Goebbels, *Tagebücher*, 13 de abril de 1926, p. 73. <<

[37] Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, pp. 68-73. <<

[38] Lüdecke, *I Knew Hitler*, pp. 234-235. <<

[39] Hitler, *Mein Kampf*, pp. 179-184. <<

[40] *Ibid.*, p. 230. <<

[41] NS Rundschreiben, 20 de marzo de 1926, HA/70/1529. <<

[42] Joseph Goebbels, «Neue Methoden der Propaganda», *Nationalsozialistische Briefe*, 15 de agosto de 1926. <<

[43] Dietrich Orlow, *The History of the Nazi Party*, vol. I, Pittsburgh, 1973, pp. 112-126. <<

[44] «Propaganda», Múnich, 1927, BA/NS12/40. <<

[45] Gerhard Stark, *Moderne Politische Propaganda*, Múnich, 1930, *Propagandaschriften der NSDAP*, folleto 1, BA/NSD/12/1. Para revisar el impacto de esas actividades en el ámbito local, véase William Sheridan Allen, *The Nazi Seizure of Power*, Chicago, 1965. <<

[46] Vease Rudy D. Koshar, *Social Life, Local Politics, and Nazism: Marburg, 1880-1935*, Chapel Hill, 1986. <<

[47] Véase Wolfgang Benz, Hermann Graml y Hermann Weiss (eds.), *Enzyklopädie des Nationalsozialismus*, ed. ampliada, Múnich, 2007, p. 445. <<

[48] Hanfstaengl, *Hitler*, pp. 131-132. <<

[49] Hitler, *Mein Kampf*, p. 3. <<

[50] *Ibid.*, pp. 106-107. <<

[51] Véase Gerhard Paul, *Aufstand der Bilder. Die NS-Propaganda vor 1933*, Bonn, 1990, pp. 61-69. <<

[52] Memorando del 7 de mayo de 1928, a «alle Gau und selbstständige Ortsgruppen der NSDAP», HA/24A/1758; Oron J. Hale, *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton, 1964, pp. 40-42. <<

[53] Joseph Goebbels, «Was wollen wir im Reichstag?», *Der Angriff*, 30 de abril de 1928. <<

[54] Vease Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, pp. 217-267. <<

[55] Thomas Childers, «Interest and Ideology. Anti-System Politics in the Era of Stabilization, 1924-1928», en Gerald D. Feldman (ed.), *Die Nachwirkungen der Inflation auf die deutsche Geschichte, 1924-1933*, Munich, 1985, pp. 1-20. <<

[56] Childers, «Inflation, Stabilization, and Political Realignment in Germany, 1920-1928», pp. 409-443. <<

[57] BA, R 43, vol. DXXVIII. <<

[1] Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, pp. 64-68. <<

[2] Thomas Childers, *The Nazi Voter: The Social Foundations of Fascism, 1919-1933*, Chapel Hill, 1983, pp. 127-128. <<

[3] *Ibid.* <<

[4] *Ibid.* <<

[5] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, pp. 278-282. <<

[6] «Wahlaufruf der NSDAP», *Reichstags-Handbuch, V. Wahlperiode*, Berlin, 1930; Gottfried Feder, «Betrachtungen zum Youngplan», *Nationalsozialistische Monatshefte*, NSHF, folleto 6, septiembre de 1930, pp. 249-256; «Das Dritte Versailles, leaflet of the Reichausschuss für das Deutsche Volksbegehren», BA, ZSg. I, 83/2; «Sklaverei Bedeutet der Pariser Tributplan», BA, ZSg. I, 83/4. <<

[7] Informe de la policía al ministro del Interior de Hanover, citado en Childers, *The Nazi Voter*, p. 130. <<

[8] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, p. 282. <<

[9] Childers, *The Nazi Voter*, pp. 135-138. <<

[10] Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*; Paul, *Aufstand der Bilder*, pp. 64-68. <<

[11] Heiden, *Der Fuehrer*, p. 289. <<

[12] Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, p. 61. <<

[13] Goebbels, *Tagebücher*, 16 de marzo de 1930. <<

[14] *Ibid.*, 29 de junio de 1930. <<

[15] Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, pp. 165-171. <<

[16] Circular de propaganda nazi del 5 de agosto de 1930, NSDAP Hauptarchiv HA/701/1529. <<

[17] Goebbels, *Tagebücher*, 18 de marzo de 1932. <<

[18] Paul, *Aufstand der Bilder*, pp. 95-99. <<

[19] Circular del RPL del 4 de julio de 1932, *Nationalsozialistisches* Hauptarchiv NSDAP HA/15/289; circular del RPL del 2 de abril de 1932, NSDAP HA/15286. <<

[20] Childers, *The Nazi Voter*, p. 138. <<

[21] Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, p. 76. <<

[22] Heiden, *Der Fuehrer*, p. 410. <<

[23] Paul, *Aufstand der Bilder*, pp. 91 y 283. <<

[24] Goebbels, *Tagebücher*, 24 de agosto de 1930. <<

[25] *Ibid.*, 30 de agosto y 1 de septiembre de 1930. <<

[26] *Ibid.*, 1 de septiembre de 1930. <<

[27] Ralf Georg Reuth, *Goebbels*, San Diego, 1993, pp. 118-119. <<

[28] Childers, *The Nazi Voter*, p. 317. <<

[29] Goebbels, *Tagebücher*, 15 de septiembre de 1930, p. 239. <<

[30] Hans Buchner (1929), *Die sozialkapitalistischen Konsumvereine*, Múnich, 1932, pp. 42-59; véanse también Childers, *The Nazi Voter*, pp. 151-152, y «Gewerbetreibende, Handwerker», *Der Angriff, 7* de mayo de 1928. <<

[31] «An den deutschen Bauern», *Der Angriff*, 7 de mayo de 1928; «Bauern!», panfleto NS, Bayerisches Hauptstaatsarchiv (BHStA), Abt. V, F 9. <<

[32] El consenso en la literatura reciente se ve reflejado en Childers, *The Nazi Voter*; Richard Hamilton, *Who Voted for Hitler?*, Princeton, 1982, y Jürgen W. Falter, *Hitlers Wähler*, Múnich, 1991. <<

[33] Childers, *The Nazi Voter*, pp. 180-181. <<

[34] «Der Youngverrat der Marxisten», *Der Angriff, 7* de julio de 1930. <<

[35] Véanse, por ejemplo, «Ein Wort an die KPD-Proleten!», «Bürger und Proletarier» y «Wo steht die Arbeiter Jugend!», en *Der Angriff*, 24 de agosto de 1930, 21 de julio de 1930 y 3 de julio de 1930, respectivamente. <<

[36] Informe del Polizeiverwaltung Bocholt al Regierungspräsident del 1 de septiembre de 1930; también Landrat Lüdinghause an Regierungspräsidenten, 30 de agosto de 1930, Staatsarchiv Münster, Nationalsozialismus, VII-67, vol. 1. <<

[37] Klaus Scholder, *Die Kirchen und das Dritte Reich*, vol. I: *Vorgeschichte und Zeit der Illusionen*, Frankfurt, 1977, pp. 167-169. <<

[38] Childers, *The Nazi Voter*, pp. 188-191. <<

[39] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, pp. 357-363. <<

[40] Evans, *The Coming ofthe Third Reich*, pp. 275-276; Karl Dietrich Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik: Eine Studie zum Problem des Machtverfalls in der Demokratie*, Düsseldorf, 1978, p. 373. <<

[41] Informe sobre las actividades nazis en «Report on Nazi activities in Westfalia, Polizeipräsident Bochum an Regierungspräsidenten» del 11 de septiembre de 1930, Westphalisches Staatsarchiv, Münster, XII-67, vol. 1. Véase también Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 117-118. <<

[42] Jay W. Baird, *To Die for Germany*, Bloomington, 1990, pp. 73-90. <<

[43] *Ibid.*, pp. 83-84. <<

[44] Horn, *Der Marsch zur Machtergreifung*, pp. 330-334. <<

[45] Heiden, *Der Fuehrer*, pp. 405-406. <<

[46] Stennes, citado en Longerich, *Die braunen Bataillone*, p. 110. <<

[47] *Ibid.*, pp. 102-103 y 109-112. <<

[48] Goebbels, *Tagebücher*, 1 de febrero y 31 de marzo de 1931. <<

[49] *Hitler. RSA*, p. 258. <<

[50] Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 349-350. <<

[51] Toland, *Adolf Hitler*, p. 250; Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 109-110 y 147-148. <<

[52] Véanse Röhm, *Memoiren des Stabschef Röhm*, y Longerich, *Die braunen Bataillone*. <<

[53] Véase William L. Patch, Jr., *Heinrich Brüning and the Dissolution ofthe Weimar Republic*, Cambridge, 2006. <<

[54] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, pp. 396-397. <<

[55] Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History*, Nueva York, 2000, pp. 137-138. <<

[56] Martin Broszat, *Der Staat Hitlers. Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung*, Múnich, 1971, pp. 49-52. Véase también Michael Kater, *The Nazi Party: A Social Profile ofMembers and Leaders, 1919-1945*, Oxford, 1983. <<

[57] *Rundschreiben Gau Rheinland*, 9 de mayo de 1931, Landesarchiv Koblenz, 403/16734. <<

[58] Goebbels, *Tagebücher*, 11, 13 y 14 de diciembre de 1930. <<

[59] La expresión se refiere a la moda usada por ciertas mujeres jóvenes de la década, que consistía en llevar faldas cortas, no usar corsé y cortarse el cabello al estilo «bob cut». Es la clásica imagen de la moda del período de entreguerras. [*N. del T.*] <<

[60] Vease Erich D. Weitz, *Weimar Germany: Promise and Tragedy*, Oxford, 2009. <<

[61] La perspectiva de Hitler con respecto al arte, y en especial el arte moderno, al que veía como resultado de la influencia judeobolchevique, está presente de manera muy vívida en dos discursos similares que pronunció en marzo de 1933 y en la manifestación del partido de Núremberg de septiembre de 1934. Véase Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. I, pp. 568 y 569-592. <<

[62] Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 310-311. <<

[63] *Ibid.*, pp. 356-357. <<

[64] *Ibid.* <<

[65] *Vorwärts*, 26 de noviembre de 1931. <<

[66] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, pp. 424-425. <<

[67] Turner, *German Big Business and the Rise of Hitler*, pp. 213-214. <<

[68] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, p. 342. <<

[69] *Ibid.*, pp. 180 y ss. <<

[70] El texto completo del discurso de Düsseldorf está en Max Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945: The Chronicle of a Dictatorship*, vol. I, Londres, 1990, pp. 88-114; las reacciones de los industriales presentes pueden verse en Turner, *German Big Business and the Rise of Hitler*, pp. 210-219, y Bullock, *Hitler*, pp. 161-163. <<

[71] Turner, *German Big Business and the Rise of Hitler*, pp. 21 y ss. <<

[72] *Ibid.* Los informes locales sobre el financiamiento están en Staatsarchiv, Münster, 28 y 30 de agosto de 1930, Landrat Ludwingshausen al presidente regional; informes

de la policía sobre los encuentros de los nazis en Coesfled (1931) al presidente regional; informes de la policía sobre los nazis Wahlversammlung en Beckum, 9 de septiembre de 1930; informe de Landrat sobre actividades nazis en Ludwighausen, 10 de septiembre de 1930; «Arbeiter sieht eure Führer», Bayerisches Hauptstaatsarchiv (BHstA), A, F 11-NS 1930. <<

[1] Goebbels, *Tagebücher*, 30 de enero de 1932. <<

[2] *Ibid.*, 20 y 22 de febrero de 1932. <<

[3] Sonderschreiben der RPL an alie Gaue und Gaupropagandaleltungen, 20 de febrero de 1932. <<

[4] Goebbels, *Tagebücher*, 3 y 12 de febrero de 1932. <<

[5] Paul, *Aufstand der Bilder*, pp. 70-79. <<

[6] Véanse el comunicado de la RPL para la campaña de otoño del Reichstag, HA/14/263, y las circulares de la RPL del 1 de marzo, 1, 1932, HA/15/287, 4 de julio, 1932, NSDAP HA/12/288, y 16 de junio de 1932, HA/15/289. <<

[7] Hanfstaengl, *Hitler*, p. 176. <<

[8] Véanse, por ejemplo, las descripciones del *Deutschlandflug* de Hitler en Paul, *Aufstand der Bilder*, pp. 204-210, y Hanfstaengl, *Hitler*, p. 178. <<

[9] «Wer Hindenburg wählt, wählt Brüning», panfleto NS, HA/15/287. <<

[10] Goebbels, *Tagebücher*, 13 de marzo de 1932. <<

[11] *Ibid.*, 14 de marzo de 1932. <<

[12] Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus*, Múnich, 1970, pp. 270-271. <<

[13] *Völkischer Beobachter*, 14 de marzo de 1932. <<

[14] Circular RPL, 3-23 de marzo de 1932, HA/16/290. <<

[15] Vease el «Anordnung für die 2. Wahlgang und die kommende Preussenwahl», Reg. Münster, Abt. NU, n.º 67, vol. 3, Staatsarchiv Münster. <<

[16] BA/NSD/13/7. <<

[17] «Mein Programm», 2 de abril de 1932; texto completo en *Hitler. RSA*, vol. I, p. 2. <<

[18] Otto Dietrich, *Mit Hitler in die Macht. Persönliche Erlebnisse mit meinem Führer*, Múnich, 1934, pp. 65-70. <<

[19] Goebbels, *Tagebücher*, 11 de abril de 1932, p. 259. <<

[20] Delmer, quien era el corresponsal en Berlín del *Londres Daily Express*, habla un alemán fluido y en 1932 logró ganarse la confianza de Hitler. Por qué Hitler le brindó la posibilidad de tener un acceso tan cercano a los tejes y manejes del partido era un misterio para el propio Delmer. Sefton Delmer, *Trail Sinister*, vol. I, Londres, 1961, p. 153. <<

[21] Casi todo lo que se sabe de su relación con Geli está basado en la especulación y las insinuaciones, especialmente las del testimonio que Otto Strasser, un enemigo de Hitler, dio a la OSS en 1943 y en su libro *Hitler und ich*, Constance, 1948. Véase también Ronald Hayman, *Hitler &Geli*, Nueva York, 1998. <<

[22] Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 352-355. Véase también Heike B. Görtemaker, *Eva Braun: Life with Hitler*, Nueva York, 2011. <<

[23] *Hitler. RSA*, pp. 54-56. <<

[24] Circular de la RPL al Gauleitungen prusiano, 2 de abril de 1932, HA/15/286, y circular al Wahlpropagandaleitung Bayern, abril de 1932, HA/30/576. <<

[25] Childers, *The Nazi Voter*, pp. 208-209. <<

[26] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, pp. 431-433. <<

[27] *Ibid.*, pp. 428-429. <<

[28] André François-Poncet, *The Fateful Years: Memoirs of a French Ambassador in Berlin, 1931-1938*, Nueva York, 1972, p. 23. <<

[29] Kershaw, *Hitler*, vol. I, p. 367; Goebbels, *Tagebücher*, 30 de mayo de 1932. <<

[30] Christopher Isherwood (1935), *The Berlin Stories*, Nueva York, 2008, p. 86. <<

[31] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, p. 442. <<

[32] Denkschrift der RPL zur Reichstagswahl 1932, 18 de junio de 1932, HA/15/289. <<

[33] *Hitler. RSA*, vol. VIII, p. 8. <<

[34] Bernard Köhler, «Arbeitsbeschaffung in Politik und Propaganda», *Unser Wille und Weg*, folleto 10, 1932, p. 303. <<

[35] «Reichswehr, NSDAP and the Seizure of Power», en Peter D. Stachura (ed.), *The Nazi Machtergreifung*, Londres, 1983, p. 111. <<

[36] Discurso de Hitler en Eberswalde del 26 de julio de 1932, *Hitler. RSA*, vol. VIII, pp. 274-275. <<

[37] Véase «Die Rassenfrage ist der Schüssel zur Weltgeschichte», *Illustriert Beobachter*, 10 de diciembre de 1932. <<

[38] «Das Heckerlied.» Véanse también Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 121-122, y Eberhard Frommann, *Die Lieder der NS-Zeit: Untersuchungen zur nationalsozialistischen Liedpropaganda von den Anfängen bis zum Zweiten Weltkrieg*, Colonia, 1999. <<

[39] BA/NSD/13/7. <<

[40] Goebbels, *Tagebücher*, 7 de enero de 1932, p. 101; Christian T. Barth, *Goebbels und die Juden*, Paderborn, 2003, pp. 56-77. <<

[41] Allen, *The Nazi Seizure of Power*, p. 71. <<

[42] Childers, *The Nazi Voter*, p. 267. <<

[43] «Der völkischer Block», circular NS, 8 de febrero de 1923, BA, ZSg I, 45/13. <<

[44] Thomas Childers, «The Middle Classes and National Socialism», en David Blackbourn y Richard J. Evans (eds.), *The German Bourgeoisie: Essays on the Social History ofthe*

German Middle Class from the Late Eighteenth to the Early Twentieth Century, Nueva York, 1991, pp. 318-337. <<

[45] Falter, *Hitlers Wähler*, pp. 198-230; Childers, *The Nazi Voter*, pp. 243-249. <<

[46] Childers, *The Nazi Voter*, pp. 258-261. El informe del *Gauleiter* del 15 de marzo de 1932 se encuentra en BA/NS22/105. <<

[47] Solo los comunistas podían equipararse en su juventud con los miembros del NSDAP. Véase Broszat, *Der Staat Hitlers*, pp. 49-50. <<

[48] En 1932, el BdM tenía nueve mil miembros. Claudia Koonz, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family and Nazi Politics*, Nueva York, 1987, p. 112. Véase también Michael H. Kater, *Hitler Youth*, Cambridge, 2004, pp. 70-112. <<

[49] Childers, *The Nazi Voter*, pp. 224-228. <<

[50] Julia Sneeringer, *Winning Women's Votes: Propaganda and Politics in Weimar Germany*, Chapel Hill, 2002. <<

[51] Hildegard Passow, «Die propagandistische Erfassung und Bearbeitung der Frau», *Unsere Wille und Weg*, folleto 5, mayo de 1932; las guías para la organización y el trabajo de los grupos de mujeres en el este de Prusia están en «Richtlinien für die Organisation und Arbeit der Frauengruppen», mayo de 1930, Geheime Staatsarchiv Preussischer Kulturbesitz (GStAB), Berlín, XXHA, Rep. 240, B 31. <<

[52] Childers, *The Nazi Voter*, pp. 259 y ss.; Helen Boak, «"Our Last Hope": Women's Votes for Hitler. A Reappraisal», *German Studies Review*, 12, 1989, pp. 289-310. <<

[53] Goebbels, *Tagebücher*, 1 de agosto de 1932. <<

[1] Goebbels, *Tagebücher*, 8 de agosto de 1932. <<

[2] *Ibid.*, 6 de julio de 1932. <<

[3] *Ibid.*, 8 de agosto de 1932. <<

[4] *Ibid.* <<

[5] *Ibid.*, 13 de agosto de 1932. <<

[6] Texto completo en Domaras (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. III, p. 152. <<

[7] Goebbels, *Tagebücher*, 13 de agosto de 1932. <<

[8] Tätigskeitsbericht der RPL, agosto de 1932, BA/55/38; BA, Sammlung Schumacher/382. <<

[9] Richard Bessel, *Political Violence and the Rise of Nazism: The Storm Troopers in Eastern Germany, 1925-1934*, New Haven, 1984. <<

[10] *Ibid.* <<

[11] *Hitler. RSA*, discurso en Berlín, 29 de agosto de 1932. <<

[12] Bessel, *Political Violence and the Rise of Nazism*, pp. 75-96. <<

[13] Informe del estado de la moral de la RPL, BA/NS22/347. <<

[14] Archivos nacionales (NA), series T-81, rollo 1, cuadros 11565, Untergruppe Ostholstein, 24 de septiembre de 1932; 105001, Untergruppe Baden, 22 de septiembre de 1932. Para una descripción vivida de la desesperante situación financiera de muchos miembros de las tropas de asalto, véase Jeremy Noakes, *The Nazi Party in Lower Saxony, 1921-1933*, Oxford, 1971, pp. 182-185. <<

[15] NA-T81, 106209, Gruppe Mitte, Dessau, 22 de septiembre de 1932; NA-T81, 105199, Untergruppe München-Oberbayern, 22 de septiembre de 1932. Véase también el informe

del Untergruppe Magdeburg-Anhalt, 22 de septiembre de 1932, NA-T081, 105212. <<

[16] Comunicado del RPL, 27 de octubre de 1932, HA/14/263. <<

[17] Bemerkungen zur Propaganda für den Reichstagswahlkampf, sin fecha, NA-T-81, 11427-11432. <<

[18] RPL Streng vertrauliche Information, n.º 11, 20 de octubre de 1932, BA 26/263. <<

[19] Goebbels, *Tagebücher*, 2 de noviembre de 1932. <<

[20] Comunicado del RPL, 20 de octubre de 1932, HA/14/263. <<

[21] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. Ill, pp. 169-174. <<

[22] *Hitler. RSA*, discurso en Königsberg, 17 de octobre de 1932. <<

[23] Véase Childers, *The Nazi Voter*, p. 210. Sobre las preocupaciones de Goebbels acerca del partido y su energía menguante, véase el comunicado del RPL del 20 de octubre, HA/14/263. <<

[24] Goebbels, *Tagebücher*, 1 de noviembre de 1932, p. 267. <<

[25] *Ibid.*, 6 de noviembre de 1932, p. 172. <<

[26] *Ibid.* <<

[27] Informe del estado de la moral, noviembre de 1932. <<

[28] Informe sobre el estado de la moral de la RPL, noviembre de 1932, BA/NS22/I. <<

[29] *Ibid.* <<

[30] *Ibid.* <<

[31] Kreisbefehl del 9 de noviembre de 1932, Heilsberg, Ostpreussen, en Geheime Staatsarchiv, Berlin (GStA)/JA XX/Re/240/C50a-c. <<

[32] Informe sobre el estado de la moral de la RPL, noviembre de 1932, BA/NSA22/1. <<

[33] Childers, *The Nazi Voter*, pp. 184-185. <<

[34] Goebbels, *Tagebücher*, 10 de noviembre de 1932. <<

[35] Informe sobre el estado de la moral de la RPL, noviembre de 1932, BA/NS/222. <<

[36] Tätigkeitsbericht der RPL, noviembre de 1932, BA/NS/22. <<

[37] Informe del Bavarian Staatsministerium, 9 de noviembre de 1932, HA/24A/1759. <<

[38] Goebbels, *Tagebücher*, 25 de abril de 1932. <<

[39] Informe del Bavarian Staatsministerium, 9 de noviembre de 1932, HA/24A/1759. <<

[40] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, p. 486. <<

[41] Toland, *Adolf Hitler*, p. 276. <<

[42] Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens: Deutung Hitlers und seiner Zeit auf Grund eigener Erlebnisse und Erkentnisse*, Múnich, 1953, p. 108. <<

[43] Toland, *Adolf Hitler*, p. 280; véase también Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, pp. 288-290. <<

[44] Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, pp. 113-114. <<

[45] Goebbels, *Tagebücher*, 2 de septiembre de 1932, pp. 298-299. <<

[46] *Ibid.*, p. 297. <<

[47] *Ibid.*, 8 de diciembre de 1932, p. 295. <<

[48] Heiden, *Der Fuehrer*, p. 500. <<

[49] Informe del estado de la moral de la RPL, noviembre de 1932. <<

[50] Goebbels, *Tagebücher*, 23 de diciembre de 1932, p. 314. A la depresión de Goebbels se sumaba el serio estado de salud de su esposa, Magda. Sus preocupaciones políticas y personales están fuertemente imbricadas en las entradas de su diario de este período. <<

[1] «Ein Jahr deutscher Politik», *Frankfurter Zeitung*, 1 de enero de 1933. <<

[2] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, pp. 499-504. <<

[3] Término que remite a los miembros de la antigua nobleza terrateniente prusiana. Es el resultado de la contracción de la expresión «jung Herr» («joven señor»), [*N.. del T.*] <<

[4] Goebbels, *Tagebücher*, 6 de enero de 1933, p. 99. El trasfondo de la reunion puede leerse en Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, pp. 511-515. <<

[5] Goebbels, *Tagebücher*, 6 de enero de 1933, p. 99; Franz von Papen, *Memoirs*, Londres, 1952, pp. 225-229. <<

[6] Henry Ashby Turner, Jr., *Hitler's Thirty Days to Power: January 1933*, Nueva York, p. 50. <<

[7] Goebbels, *Tagebücher*, 1 de marzo de 1933, p. 326. <<

[8] *Ibid.*, 10 de enero de 1933, p. 103. <<

[9] Paul, *Aufstand der Bilder*, pp. 109-110. <<

[10] «Adolf Hitlers Neujahrsbotschaft», 31 de diciembre de 1932, en *Hitler. RSA*, vol. HI, p. 297. <<

[11] *Ibid.* <<

[12] Goebbels, *Tagebücher*, 8 de enero de 1933, p. 101. <<

[13] *Lippische Landeszeitung*, citado en *Hitler. RSA*, vol. III, 12 de enero de 1933, p. 352. <<

[14] 14 de diciembre de 1932, *Hitler. RSA*, vol. HI, pp. 261-265. <<

[15] Denkschrift über die inneren Gründe für die Verfügungen zur Herstellung einer erhöhten Schlagkraft der Bewegung, 15 de diciembre de 1932, pp. 273-278. <<

[16] Goebbels, *Tagebücher*, 14 y 31 de enero de 1933, p. 325. <<

[17] *Ibid.*, 11, 13, 14, 15 y 16 de enero de 1933. <<

[18] Longerich, *Die braune Bataillone*, pp. 163-164; Heiden, *Der Fuehrer*, p. 523. <<

[19] Goebbels, *Tagebücher*, 16 de enero de 1933, p. 107. <<

[20] Heiden, *Der Fuehrer*, pp. 523-525; Jutta Ciolek-Kümper, *Wahlkampf in Lippe: die Wahlkampfpropaganda der NSDAP zur Landtagswahl am 15. Januar 1933*, Múnich, 1976; *Berliner Tageblatt*, citado en Turner, *Hitler's Thirty Days to Power*, p. 65. <<

[21] Goebbels, *Tagebücher, 17* de enero de 1933, p. 108. <<

[22] Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, p. 115. <<

[23] Ian Kershaw, *Hitler: A Biography*, Nueva York, 2008, pp. 250-251. <<

[24] Turner, *Hitler's Thirty Days to Power*, p. 86. <<

[25] Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 163-164; Conan Fischer, *Stormtroopers: A Social, Economic and Ideological Analysis, 1929-1935*, Londres, 1983, p. 210. <<

[26] Goebbels, *Tagebücher*, 6 de enero de 1933, p. 99. <<

[27] Turner, *Hitler's Thirty Days to Power*, p. 71. <<

[28] *Ibid.*, pp. 116-117. <<

[29] *Ibid.*, p. 130. <<

[30] Hugh Trevor-Roper, *Hitler's Table Talk, 1941-1944: His Private Conversations*, Londres, 2000, p. 496. <<

[31] Joachim von Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, Londres, 1954, pp. 24-26. <<

[32] *Ibid.*, pp. 25-26. <<

[33] *Ibid.*, pp. 24-26. <<

[34] Papen, *Memoirs*, p. 239; Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, p. 25. <<

[35] Turner, *Hitler's Thirty Days to Power*, p. 147. <<

[36] Theodor Duesterberg, *Der Stahlhelm und Hitler*, Wolfenbüttel-Hanover, 1949, pp. 38-39. <<

[37] Goebbels, *Tagebücher*, 29 de enero de 1933, p. 118. <<

[38] *Ibid.*, 30 de enero de 1933, p. 355. <<

[39] *Ibid.*, pp. 356-357. <<

[40] *Ibid.* <<

[41] Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, p. 526. <<

[42] Toland, *Adolf Hitler*, pp. 288-290. <<

[43] *Ibid.*, p. 289. <<

[44] Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 421-423; Otto Meissner, *Staatssekretär unter Ebert, Hindenburg, und Hitler: Der Schicksalsweg des deutschen Volkes von 1918-1945, wie ich ihn erlebte*, Hamburgo, 1950, pp. 269-270. <<

[45] Goebbels, *Tagebücher*, 31 de enero de 1933, p. 120. <<

[46] Lariy Eugene Jones, «"The Greatest Stupidity of My Life." Alfred Hugenberg and the Formation of the Hitler Cabinet, January 1933», *Journal of Contemporary History*, 27, 1992, pp. 63-87. <<

[47] François-Poncet, *The Fateful Years*, p. 48. <<

[48] Goebbels, *Tagebücher*, 30 de enero de 1933, p. 358. <<

[49] Ernst Deuerlein, *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten*, Düsseldorf, 1968, p. 418. <<

[1] *Der Angriff*, 31 de enero de 1933. <<

[2] «Four Die in Reich in Party Clashes», *The New York Times*, 2 de febrero de 1933. <<

[3] *The New York Times*, 1 de enero de 1933. <<

[4] «Centrists Demand Hitler Make Clear His Cabinet Policy», *The New York Times*, 1 de febrero de 1933. <<

[5] Citado en «Sees Hitler Facing Fall», *The New York Times*, 1 de febrero de 1933. <<

[6] Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 314. <<

[7] Citado en *The New York Times*, 31 de enero de 1933. <<

[8] Texto completo del discurso de Hitler en Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, pp. 232-235. <<

[9] Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 441-444. <<

[10] Karl Dietrich Bracher, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, vol. I: *Die Stufen der Machtergreifung*, Frankfurt, 1974, pp. 91-94. <<

[11] Hans Buchheim, Martin Broszat, Hans-Adolf Jacobsen y Helmut Krausnick, *Anatomie des SS-Staates*, vol. I, Múnich, 1967, pp. 34-36. <<

[12] Broszat, *Der Staat Hitlers*, pp. 89-91. <<

[13] Las instrucciones de Göring están citadas en Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. I, pp. 219-220. <<

[14] Turner, *German Big Business and the Rise of Hitler*, p. 330. <<

[15] *Ibid.*, p. 331. <<

[16] Turner, *German Big Business and the Rise of Hitler*, pp. 329-331. <<

[17] Goebbels, *Tagebücher*, 22 de febrero de 1933. <<

[18] Broszat, *Der Staat Hitlers*, p. 95. <<

[19] Helmut Heiber (ed.), *Goebbels Reden*, 1971, pp. 87 y 89 y 106, citado en Reuth, *Goebbels*, p. 177. <<

[20] Goebbels, *Tagebücher*, 3 de febrero de 1933, p. 365. <<

[21] Discurso de Goebbels, cadena de noticias NS, 10 de febrero de 1933. <<

[22] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, pp. 244-250. <<

[23] Viktor Klemperer, *I Will Bear Witness: A Diary of the Nazi Years, 1933-1941*, Nueva York, 1998, p. 4. <<

[24] Bracher, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, pp. 123-124. <<

[25] Delmer, *Trail Sinister*, pp. 187-188. <<

[26] Rudolf Diels, *Lucifer ante Portas*, Stuttgart, 1950, pp. 192-193. <<

[27] *Ibid.* <<

[28] *Akten der Reichskanzlei. Regierung Hitler, 1933-1938*, vol. I, 1933/34, Boppard, 1983, pp. 132-133. <<

[29] Delmer, *Trail Sinister*, p. 194. <<

[30] En *Burning the Reichstag: An Investigation into the Third Reich's Enduring Mystery* (Nueva York, 2014), Benjamin Carter Hett, un historiador y abogado, presentó la argumentación más sólida que existe de que los miembros del NSDAP fueron los que iniciaron el fuego. Escrito casi como si fuera el alegato de un fiscal en un juicio, Hett sostiene que los nazis fueron los incendiarios. <<

[31] Goebbels, *Tagebücher*, 27 de febrero de 1933, p. 383. <<

[32] Véanse Fritz Tobias, *The Reichstag Fire*, Nueva York, 1964, y Hans Mommsen, «Van der Lubbe und sein Weg in den Reichstag-der Ablauf der Ereignisse», en Uwe Backes y otros (eds.), *Reichstagsbrand. Aufklärung einer historischen Legende*, Múnich, 1986, pp. 33-57. <<

[33] Bracher, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, pp. 123-124. <<

[34] Werner Maser, *Hermann Göring: Hitlers janusköpfiger Paladin. Die politische Biographie*, Berlin, 2000, p. 168. Aqui Maser se basa en *Die neue Weltbühne*, n.º 28, 13 de julio de 1933, p. 863. <<

[35] Broszat, *Der Staat Hitlers*, p. 103. <<

[36] Diels, *Lucifer ante Portas*, p. 304. <<

[37] *Ibid.*, p. 257. <<

[38] Klemperer, *I Will Bear Witness*, vol. II, entradas del diario del 10 y del 17 de marzo de 1933, pp. 6-7. <<

[39] Heiden, *Der Fuehrer*, pp. 562-563. <<

[40] Goebbels, *Tagebücher*, 6 de marzo de 1933, p. 140. <<

[41] Heiden, *Der Fuehrer*, p. 564. <<

[42] Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 381. <<

[43] Broszat, *Der Staat Hitlers*, pp. 144-150; Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 469-470. <<

[44] Palabras de Hitler del 10 de marzo de 1933, en Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, p. 263. <<

[45] Diels, *Lucifer ante Portas*, p. 269. <<

[46] François-Poncet, *The Fateful Years*, p. 62. <<

[47] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, p. 272. <<

[48] Karola Fings, «The Public Face of the Camps», en Jane Caplan y Nikolaus Wachsmann (eds.), *Concentration Camps in Nazi Germany*, Nueva York, 2010, pp. 110-111. <<

[49] Sobre los primeros campos de concentración, véanse Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford, 2001, pp. 51-53, y Fings, «The Public Face of the Camps», pp. 114-115. <<

[50] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, p. 283. <<

[51] *Ibid.*, p. 285. <<

[52] Longerich, *Die braunen Bataillone*, p. 170. <<

[53] «Boycott Manifesto Includes 11 Orders», *The New York Times*, 29 de mayo de 1933. <<

[54] Véanse las notas sobre el boicot en las entradas de su diario del 26 de marzo al 2 de abril de 1933, en Goebbels, *Tagebücher*, pp. 398-401. <<

[55] *Völkischer Beobachter*, citado en Saul Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I: *The Years of Persecution, 1933-1939*, Nueva York, 1997, p. 22. <<

[56] *Ibid.*, pp. 27-28. <<

[57] *Ibid.*, pp. 29-30. <<

[58] Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. I, p. 209. <<

[59] Goebbels, *Tagebücher*, 24 de marzo de 1933, p. 397. <<

[60] Palabras de Hitler en Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, pp. 311-316. <<

[61] Goebbels, *Tagebücher, 17* de abril de 1933, p. 408. <<

[62] Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 462-463. <<

[63] Véanse Doris L. Bergen, *Twisted Cross: The German Christian Movement in the Third Reich*, Chapel Hill, 1996; Victoria Barnett, *For the Soul of the People: Protestant Protest Against Hitler*, Oxford, 1992, y John S. Conway, *The Nazi Persecution of the Churches 1933-1945*, Londres, 1968. Para un sumario útil, véase Richard Steigmann-Gall, «Religion and the Churches», en Jane Caplan (ed.), *Nazi Germany*, Oxford, 2008, pp. 146-167. <<

[64] Vease Klaus Scholder, *Die Kirchen und das Dritte Reich*, vol. I: *Vorgeschichte und Zeit der Illusionen, 1918-1934*, Frank-

furt, 1977, pp. 482-525. <<

[1] Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 178-181. <<

[2] Broszat, *Der Staat Hitlers*, pp. 252-253. <<

[3] Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 360. <<

[4] Diels, *Lucifer ante Portas*, pp. 254-255. <<

[5] Hans-Adolf Jacobsen y Werner Jochmann (eds.), *Ausgewählte Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus 1933-1945*, Bielefeld, 1961, p. 2. <<

[6] Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 182-183. <<

[7] Broszat, *Der Staat Hitlers*, p. 260. <<

[8] Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. II: *State, Economy and Society, 1933-1939*, Exeter, 1984, p. 529. <<

[9] Bracher, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, pp. 190-202. <<

[10] *Ibid.* <<

[11] Véase Beatrice Heiber y Helmut Heiber (eds.), *Die Rückseite des Hakenkreuzes. Absonderliches aus den Akten des «Dritten Reiches»*, Múnich, 1993, pp. 123 y 125-126. <<

[12] Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006, pp. 42-47. <<

[13] Baynes, *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. II, pp. 1049-1053. <<

[14] Domaras (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, p. 365. <<

[15] *Ibid.*, p. 392. <<

[16] Klemperer, *I Will Bear Witness*, vol. I, entradas del diario del 2 y del 11 de noviembre de 1933, pp. 40-41. <<

[17] Nuevo Comienzo fue una organización de la izquierda socialista que buscó organizar un frente común entre el

KPD y el SPD en los últimos años de la República de Weimar. Mantuvo una red de células que enviaban informes mensuales sobre la vida en el Tercer Reich desde 1933 hasta 1936. Esos informes están recogidos en Bernd Stöver (ed.), *Berichte über die Lage in Deutschland: die Meldungen der Gruppe Neu Beginnen aus dem Dritten Reich 1933-1936*, Bonn, 1996, p. 2. <<

[18] Informe de Nuevo Comienzo de febrero de 1934, en *ibid.*, p. 51. <<

[19] Sopade, *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands, 1934-1940: Deutschland-Berichte der Sopade. Erster Jahrgang, 1934*, Frankfurt, 1989, pp. 54-55. Entre 1934 y 1940, el socialismo clandestino logró pasar de contrabando informes desde la Alemania nazi hacia el SPD en el exilio cuyos líderes estaban primero en Praga y, luego, en París. Los informes, procedentes de todas partes de Alemania mezclaban observaciones de crudo realismo con muchas expresiones de deseos o impresiones generales. Estos valiosos informes están recogidos en cuatro volúmenes bajo el título *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands, 1934-1940.* <<

[20] Ian Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Nueva York, 1987, pp. 83-86. <<

[21] Meissner, *Staatssekretär unter Ebert*, p. 363. <<

[22] Klaus P. Fischer, *Nazi Germany: A New History*, Nueva York, 1995, pp. 285-286; Broszat, *Der Staat Hitlers*, pp. 251-252. <<

[23] Las palabras de Papen están recogidas en Joachim Päzold, *Franz von Papen, ein deutsches Verhängnis*, Múnich, 1995, pp. 208-218. <<

[24] Delmer, *Trail Sinister*, p. 233. <<

[25] Domaras (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, pp. 463-464; Kershaw, *Hitler*, vol. I, p. 510. <<

[26] Véanse Delmer, *Trail Sinister*, pp. 233-234, y Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 510-511. <<

[27] Longerich, *Die braunen Bataillone*, pp. 194-195. <<

[28] Discurso de Hess del 25 de enero de 1934, en Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, p. 466. <<

[29] *Ibid.* <<

[30] *Ibid.*, pp. 469 y SS. <<

[31] Toland, *Adolf Hitler*, p. 345. <<

[32] *Ibid.*, p. 341; Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 515. <<

[33] Toland, *Adolf Hitler*, p. 340. <<

[34] Este relato, que es el primero que realizaron los nazis acerca de los eventos del 30 de junio, está en Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, p. 473. <<

[35] Toland, *Adolf Hitler*, p. 345. <<

[36] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, p. 481. <<

[37] *Ibid.*, p. 500. <<

[38] *Ibid.*, p. 501. <<

[39] Claudia Koonz, *The Nazi Conscience*, Nueva York, 1988, p. 98. Un informe completo de la defensa de Schmitt de las acciones de Hitler puede verse en Carl Schmitt, «Der Führer schützt das Recht»: zur Reichstagsrede Adolf Hitlers von 13 juli 1934, traducido en Rabinbach y Gilman (eds.), *The Third Reich Sourcebook*, pp. 63-67. <<

[40] Véanse, por ejemplo, los informes policiales de julio de 1934 sobre la reacción negativa de la población en el Müns-

ter católico, en Joachim Kuropka, *Meldungen aus Münster, 1924-1944*, Münster, 1992, p. 151. <<

[41] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, p. 480. Hindenburg estaba sin duda aliviado al ver a las SA ahogadas, pero algunos creen que el texto laudatorio del telegrama fue escrito por un asistente. <<

[42] Citado en Ian Kershaw, *Hitler, 1939-1945*, vol. II: *Nemesis*, Nueva York, 2000, p. 512. <<

[43] Kershaw, *Hitler*, vol. I, p. 517. <<

[44] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, p. 509. <<

[1] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, pp. 13-14 y 2 79. <<

[2] Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. I, p. 569. <<

[3] Richard Evans, *The Third Reich in Power*, Nueva York, 2008, pp. 158-159. <<

[4] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, pp. 133-134. <<

[5] Lilian Karina y Marion Kant, *Hitler's Dancers: German Modern Dance and the Third Reich*, Nueva York, 2003. <<

[6] Sobre el desafío de Weimar a los valores tradicionales, véanse Weitz, *Weimar Germany: Promise and Tragedy*; Peter Gay, *Weimar Culture: The Outsider as Insider*, Nueva York, 1968; Walter Laqueur, *Weimar: A Cultural History*, Nueva York, 1974; John Willett, *Art and Politics in the Weimar Period: The New Sobriety, 1917-1933*, Nueva York, 1978, y Lilian Karina y Marion Kant, *Tanz Unterm Hakenkreuz: eine Dokumentation*, Berlin, 1999, pp. 122-144; la cita de Fritz Bohme es de la p. 135. <<

[7] Frederic Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics*, Londres, 2002, pp. 153 y ss. <<

[8] Jonathan Petropoulos, *Art as Politics in the Third Reich*, Chapel Hill, 1994, pp. 55-56. <<

[9] Eric Michaud, *The Cult of Art in Nazi Germany*, Stanford, 2004, pp. 110-111. <<

[10] Kaiser-Friedrich-Museum, *Führer durch die Ausstellung Entartete Kunst*, en Joseph Wulf (ed.), *Die bildenden Künste im Dritten Reich*, Berlin, 1999, pp. 358-360. <<

[11] Petropoulos, *Art as Politics in the Third Reich*, pp. 51-58; Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics*, pp. 152-154. <<

[12] *The New York Times*, 6 de agosto de 1937. <<

[13] Karl Heinz Schmeer, *Die Regie des öffentlichen Lebens im Dritten Reich*, Múnich, 1956, p. 109. <<

[14] Goebbels, *Tagebücher*, 5 de noviembre de 1937, p. 392. <<

[15] *Frankfurter Zeitung*, 27 de febrero de 1938, en Wulf (ed.), *Die bildenden Künste im Dritten Reich*, p. 364. <<

[16] Petropoulos, *Art as Politics in the Third Reich*, pp. 51-58. <<

[17] *Der SA-Mann*, 18 de septiembre de 1937, citado en George L. Mosse, *Nazi Culture: Intellectual, Cultural and Social Life in the Third Reich*, Nueva York, 1966, pp. 50-52. <<

[18] Josef Goebbels, «Erobert die Seele der Nation», en *«Goebbels Spricht»: Reden aus Kampf und Sieg*, Oldemburgo, 1933, pp. 74-75. <<

[19] Anselm Faust, «Professoren für die NSDAP. Zum politischen Verhalten der Hochschullehrer 1932/33», en Manfred Heinemann (ed.), *Erziehung und Schulung im Dritten Reich*, vol. II: *Hochschulen, Erwachsenbildung*, Stuttgart, 1980, pp. 31-49. <<

[20] Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 422-426. <<

[21] Richard Grunberger, *The 12-Year Reich: A Social History of the Third Reich, 1933-1945*, Nueva York, 1971, p. 309. <<

[22] Laqueur, *Weimar*, p. 257. <<

[23] Geoffrey J. Giles, «The Rise of the National Socialist Students Association and the Failure of Political Education in the Third Reich», en Peter D. Stachura (ed.), *The Shaping of the Nazi State*, Londres, 1978, pp. 160-185. Véase también Anselm Faust, *Der Nationalsozialistische Deutsche Studentenbund: Studenten und Nationalsozialismus in der Weimarer Republik*, 2 vols., Düsseldorf, 1973. <<

[24] Anselm Faust, «Die Hochschulen und der "undeutsche Geist": Die Bücherverbrennungen am 10. Mai 1933 und ihre Vorgeschichte», en Hermann Haarmann, Walter Huder y Klaus Siebenhaar (eds.), *«Das war ein Vorspiel nur...»: Bücherverbrennung Deutschland 1933: Voraussetzungen und Folgen*, Berlin-Viena, 1983, pp. 31-50 <<

[25] Philip Metcalfe, *1933*, Nueva York, 1988, pp. 121-123. <<

[26] *Neuköllner Tageblatt*, 12 de mayo de 1933, citado en Albert Wucher, *Die Fahne hoch: Das Ende der Republik und Hitlers Machtübernahme. Ein Dokumentarbericht*, Múnich, 1963, pp. 210-212; véase también el relato vivido de Philip Metcalfe en *1933*, pp. 121-124. <<

[27] Grunberger, *The 12-Year Reich*, p. 402. <<

[28] Wucher, *Die Fahne hoch*, p. 209. <<

[29] Grunberger, *The 12-Year Reich*, p. 399. <<

[30] Kater, *Hitler Youth*, p. 19. <<

[31] Citado en David G. Williams, *The Hitler Youth*, edición de autor, 2014. <<

[32] El juramento de niños de 10 años es del 20 de abril de 1936 y está en «Prelude to War 1933-1939», *The Hitler Youth*. Sobre el adoctrinamiento nazi de la juventud, véanse Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann, *The Racial State, 1933-1945*, Cambridge, 1991, pp. 199-241, y Koonz, *The Nazi Conscience*, pp. 131-162. <<

[33] La alocución de Hitler es de diciembre de 1938, citada en Hannsjoachim W. Koch, *The Hitler Youth: Origins and Development, 1922-1945*, Nueva York, 1975, p. 127. <<

[34] Grunberger, *The 12-Year Reich*, pp. 402-406. <<

[35] Werner Klose, *Generation im Gleichschrifft*, Oldenburgo, 1964; Koch, *The Hitler Youth*, pp. 127-130. <<

[36] Sopade, *Deutschland-Berichte*, diciembre de 1938, pp. 1400-1401. <<

[37] Burleigh, *The Third Reich*, p. 237. <<

[38] Liga de Muchachas Alemanas (BdM). Veánse, de Michael Kater, *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders*, Oxford, 1989, y *Hitler Youth*, Cambridge, MA, 2006. <<

[39] Reporte mensual de Nuevo Comienzo de junio-julio de 1934, citado en Stöver (ed.), *Berichte über die Lage in Deutschland*, p. 209. <<

[40] Kater, *Hitler Youth*, pp. 73-85; Grunberger, *The 12-Year Reich*, pp. 356 y ss. <<

[41] Discurso de Hitler del 8 de septiembre de 1934, en Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, p. 532. <<

[42] Veanse Karen Hausen, «Mother's Day in the Weimar Republic», en Renate Bridenthal, Atina Grossmann y Marion Kaplan (eds.), *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*, Nueva York, 1984, pp. 131-133, y tambien Irmgard Weyrather, *Muttertag und Mutterkreuz: Der Kult um die «deutsche Mutter» im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1993. <<

[43] Ute Frevert, *Women in German History: From Bourgeois Emancipation to Sexual Liberation*, Nueva York, 1989, p. 219. <<

[44] *Ibid.*, pp. 217-218; Koonz, *Mothers in the Fatherland*, pp. 177-183. Véanse también, de Jill Stephenson, *Women in Nazi Germany*, Londres, 2001, y *The Nazi Organization of Women*, Londres, 1981. Un tratamiento más sucinto de las organizaciones de mujeres nazis puede verse en Jill Stephenson, «The Nazi Organization of Women 1933-1939», en

Stachura (ed.), *The Shaping of the Nazi State*, Londres, 1978, pp. 186-209. <<

[45] Mosse, *Nazi Culture*, pp. 39-40. <<

[46] Hanns Anderlahn, *Gegner erkannt! Kampferlebnisse der SA*, Múnich, 1937, pp. 60-63, citado en *ibid.*, p. 31. <<

[47] Reporte de *Frankfurter Zeitung* del 1 de junio de 1937, citado en *ibid.*, p. 43. <<

[48] Frevert, *Women in German History*, pp. 218-219. <<

[49] Informe de *Frankfurter Zeitung* del 11 de agosto de 1933, citado en Mosse, *Nazi Culture*, p. 45. <<

[50] Koonz, *Mothers in the Fatherland*, p. 197. <<

[51] «"Did You Hear the One About Hitler?"», *Spiegel Online*, 30 de agosto de 2006. Véanse también Fritz K. M. Hillenbrand, *Underground Humor in Nazi Germany, 1933-1945*, Londres, 1995, y Rudolph Herzog, *Dead Funny: Telling Jokes in Hider's Germany*, Brooklyn, 2012. <<

[52] Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 148-149. <<

[53] *Ibid.* <<

[54] Shelley Baranowski, *Strength Through Joy*, Cambridge, 2007, pp. 55-56. Véase también Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Nueva York, 1970, pp. 94-95. <<

[55] Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 94-95. <<

[56] Baranowski, *Strength Through Joy*, pp. 48-50; Wolfgang König, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft*, Múnich, 2004, pp. 192-219. <<

[57] David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany, 1933-1939*, Nueva York, 1966, p. 105. <<

[58] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, pp. 352-353. <<

[59] Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 148-150; véase también König, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft*, pp. 151-191. <<

[60] Hans-Jochen Gamm, *Der Flüsterwitz im Dritten Reich: mündliche Dokumente zur Lage der Deutschen während des Nationalsozialismus*, Múnich, 1990, p. 57. <<

[61] Klemperer, *I Will Bear Witness*, entradas del diario del 22 y del 30 de marzo de 1933, pp. 9-10. <<

[62] Peter Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich*, Cambridge, 2008, pp. 20-23. <<

[63] Grunberger, *The 12-Year Reich*, p. 111. <<

[64] Sobre el significado político de las fiestas nazis, véase Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics*, pp. 100-107. <<

[65] *Ibid.*, pp. 65-66. <<

[66] Franz Janka, *Die braune Gesellschaft: ein Volk wird Formatiert*, Stuttgart, 1997, pp. 370-377; Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics*, pp. 104-106. <<

[67] Janka, *Die braune Gesellschaft*, pp. 143 y ss. <<

[68] Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 47-48. Véanse también Harold James, *The German Slump: Politics and Economics, 1924-1936*, Oxford, 1986, y Richard J. Overy, *The Nazi Economic Recovery, 1932-1938*, Londres, 1982. <<

[69] Veanse, de Robert Gellately, *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy, 1933-1945*, Oxford, 1990, y «The Gestapo and German Society: Political Denunciations in the Gestapo Case Files», *The Journal of Modern History*, 60, 1988, pp. 654-694. <<

[70] Para un análisis del temprano desarrollo del sistema de los campos de concentración, véase Nikolaus Wachsmann, *KL: A History ofthe Nazi Concentration Camps*, Nueva York, 2015. <<

[71] Citado en Erik Larson, *In the Garden of the Beasts: Love, Terror, and an American Family in Hitler's Berlin*, Nueva York, 2011, p. 223. <<

[72] Citado en *ibid.*, p. 236. <<

[73] Kater, *Hitler Youth*, p. 137. <<

[74] Detlev Peukert, *Die Edelweisspiraten: Protestbewegungen jugendlicher Arbeiter im Dritten Reich: eine Dokumentation*, Colonia, 1983, p. 71; Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 244-245. <<

[75] Detlev Peukert, *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde Anpassung, Ausmerze und Aufbegehren unter dem Nationalsozialismus*, Colonia, 1982, p. 183; véase también Kater, *Hitler Youth*, pp. 113-166. <<

[76] Los informes de la Gestapo y la correspondencia relacionada de la predominantemente católica Münster en Westfalia entre 1934-1937 pueden verse en Kuropka, *Meldungen aus Münster 1924-1944*, pp. 427-501; también en Jeremy Noakes, «The Oldenburg Crucifix Struggle of November 1936», en Peter D. Stachura (ed.), *The Shaping of the Nazi State*, Londres, 1978, pp. 210-233. <<

[77] *El mito del siglo XX*, de Rosenberg, era un feroz ataque a la cristiandad, sobre todo a la Iglesia católica. La obra no fue muy leída, ni siquiera dentro de los círculos nazis, y Rosenberg solía ser ridiculizado por muchos dentro de la élite del partido, aunque representó un llamamiento a las armas tanto contra el catolicismo como contra el protestantismo y fue ampliamente condenado por ambos grupos. Rosenberg también fue un vehemente transmisor de *Los protocolos de los sabios de Sion*. Joachim C. Fest, *The Face of the Third Reich: Portraits of the Nazi Leadership*, Nueva York, 1999, pp. 163-174. El libro de Rosenberg provocó que el cardenal Clemens von Galen escribiera un panfleto contra ese texto

que tuvo cierta repercusión en el ámbito alemán. Fue solo un pequeño paso hacia la denuncia abierta del programa de eutanasia del régimen. Grunberger, *The 12 Year Reich*, p. 451. <<

[78] Sopade, *Deutschland-Berichte*, informe de Renania-Westfalia, julio de 1935, pp. 571-572. <<

[79] *Ibid.*, informe del sur de Baviera, junio de 1935, pp. 674-675. <<

[80] Guenter Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Nueva York, 1964. Vease Burleigh y Wippermann, *The Racial State*, pp. 152-153. <<

[81] «Mit brennender Sorge», Roma, 1938. <<

[82] Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 244-245. <<

[83] Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford, 1983, p. 223. <<

[84] Véase Steigmann-Gall, «Religion and the Churches», pp. 146-167. <<

[85] *Ibid.* Véase también Scholder, *Die Kirchen und das Dritte Reich*, pp. 701-742. <<

[86] Trevor-Roper, *Hitler's Table Talk*, 11 y 12 de julio de 1941, y 8 de febrero de 1942, pp. 6-7 y 30. <<

[87] Peter Jelavich, *Berlin Cabaret*, Cambridge, 1993, pp. 236-237. <<

[88] Milton Mayer, *They Thought They Were Free: The Germans, 1933-45*, Chicago, 1955, pp. 167-172. <<

[89] Helmut Heiber (ed.), *The Early Goebbels Diaries*, Londres, 1962. <<

[1] Heiden, *Der Fuehrer*, p. 587. <<

[2] Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, p. 55. <<

[3] Hitler, *Mein Kampf*, pp. 286-290. <<

[4] *Ibid.*, p. 296. <<

[5] *Ibid.*, p. 327. <<

[6] *Ibid.*, pp. 325-326. <<

[7] Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich*, pp. 90 y 105-106. <<

[8] Hermann Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, Londres, 1992, pp. 97-98. <<

[9] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, p. 28. <<

[10] Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich*, p. 78. <<

[11] Robert N. Proctor, *Racial Hygiene: Medicine Under the Nazis*, Cambridge, 1988, pp. 46-49. <<

[12] Burleigh y Wippermann, *The Racial State*, p. 137. <<

[13] Koonz, *The Nazi Conscience*, p. 104. <<

[14] Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich*, pp. 87-88. <<

[15] Proctor, *Racial Hygiene*, pp. 72-73 y 102-104. <<

[16] Trevor-Roper, *Hitler's Table Talk*, 29 de agosto de 1942, p. 675. Una lista parcial de estas preguntas está en Burleigh y Wippermann, *The Racial State*, pp. 138-39. Convencido de que la brillantez del Führer debería ser registrada para la posteridad, Bormann había comenzado a transcribir las conversaciones de sus cenas y comidas con él. Un ayudante de Bormann, sin ningún tipo de impedimento, tomaba notas, las cuales luego eran mecanografiadas y leídas por Bormann para eliminar cualquier posible error, desliz o comentario inadecuado del líder. <<

[17] Gisela Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus. Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, 1986, pp. 230-246; Burleigh y Wippermann, *The Racial State*, p. 140. <<

[18] Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich*, pp. 80-81. <<

[19] Claudia Koonz, «Eugenics, Gender, and Ethics in Nazi Germany: The Debate about Involuntary Sterilization, 1933-1936», en Thomas Childers y Jane Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993, pp. 70-71. <<

[20] Hermann Paull, *Deutsche Rassenhygiene: ein gemeinverständliches Gespräch über Vererbungslehre, Eugenik, Familie, Sippe, Rasse und Volkstum*, vol. II, Görlitz, Erbegesundheitspflege und Wappenkunde C. A. Starke, 1934, pp. 17-21. Véase también Mosse, *Nazi Culture*, pp. 35-38. <<

[21] Michael Kater, *Doctors Under Hitler*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1989, pp. 54-59. <<

[22] Robert N. Proctor, *The Nazi War on Cancer*, Princeton, Princeton University Press, 2000. <<

[23] Trevor-Roper, *Hitler's Table Talk*, pp. 114-115, 230-231 y 360-361. <<

[24] Proctor, *Racial Hygiene*, p. 65. <<

[25] *Ibid.*, pp. 79-81. <<

[26] Vease, por ejemplo, Hans Meinshausen, *Erziehung zum Dritten Reich. Reden und Aufsätze*, Berlin, 1934. <<

[27] Jakob Graf, *Familienkunde und Rassenbiologie für Schüler*, 2.a ed., Múnich, 1935, pp. 107-114 y 115, citado en Mosse, *Nazi Culture*, pp. 80-81. <<

[28] Koonz, *The Nazi Conscience*, p. 110. <<

[29] Pueden verse ejemplos en *ibid.*, pp. 118-120. <<

[30] Proctor, *Racial Hygiene*, pp. 87-89. <<

[31] Koonz, *The Nazi Conscience*, p. 115. <<

[32] Burleigh y Wippermann, *The Racial State*, p. 142; Proctor, *Racial Hygiene*, pp. 181-182. <<

[33] Burleigh, *The Third Reich*, p. 284. <<

[34] Fristzsche, *Life and Death in the Third Reich*, pp. 142-150. Véase también Michael Burleigh, *Death and Deliverance: Euthanasia in Germany 1900-1945*, Nueva York, 1994. <<

[35] Vease Henry Friedlander, *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill, 1995. <<

[36] Burleigh, *The Third Reich*, p. 284. <<

[37] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, pp. 283-284. <<

[38] *Ibid.*, p. 182. <<

[39] Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 108-109. <<

[40] Informe de Stapostelle Regierungsbezirk Köln del 4 de marzo de 1935, citado en Otto Dov Kulka y Eberhard Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NSStimmungsberichten, 1933-1945*, Düsseldorf, 2004, p. 122. <<

[41] Sopade, *Deutschland-Berichte*, informes de septiembre de 1935, pp. 1021, 1027 y 1031. <<

[42] *Ibid.*, pp. 1028-1029. <<

[43] Friedlander, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, pp. 180-181. <<

[44] Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 109-111. <<

[45] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, p. 533. <<

[46] *Ibid.*, pp. 531-537. <<

[47] Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze» oder Die Verwaltung des Rassenwahns, 1933-1945*, Paderborn, 2002. <<

[48] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, p. 538. <<

[49] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, pp. 150-151. <<

[50] Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 121-123; Friedlander, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, p. 152. Para ver las muchas contradicciones y perplejidades producidas por las Leyes de Núremberg, véase también Friedlander, *ibid.*, pp. 148-149. Sobre la Conferencia de Wannsee, véase el capítulo 16 de este <<

[51] Las inesperadas complejidades de la política racial nazi pueden verse en Procter, *Racial Hygiene*, pp. 64-125, y Burleigh y Wippermann, *The Racial State*, pp. 44-199. <<

[52] Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, p. 125. <<

[53] Informe de Stapostelle Breslau del 5 de mayo de 1935, citado en Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, p. 129. <<

[54] Grunberger, *The 12-Year Reich*, pp. 108-115; Gellately, *The Gestapo and German Society*. <<

[55] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, p. 116; Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 112-113. <<

[56] Citado en Marion Kaplan, *Between Dignity and Despair: Jewish Life in Nazi Germany*, Nueva York, 1998, p. 21. <<

[57] Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 123-124. <<

[58] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, pp. 197-199. <<

[59] Michael Wildt, *Die Judenpolitik des SD 1935 bis 1938*, Múnich, 1995, pp. 66-67; véase también Susanne Heim, «Deutschland muss ihnen ein Land ohne Zukunft. Die Zwangsemigration der Juden, 1933-1938», en *Beiträge zur Nationalsozialistischen Gesundheits und Sozialpolitik*, vol. XI: *Arbeitsemigration und Flucht*, Berlin, 1993. <<

[60] Muchos han traducido esa misma expresión como «El judío eterno». [*N. del T.*] <<

[61] Barth, *Goebbels und die Juden*, pp. 110-117. <<

[62] Sopade, *Deutschland-Berichte*, informe de septiembre de 1938, pp. 913-932. <<

[63] Friedlander, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, pp. 98-99. <<

[64] Bracher, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, pp. 80-81. <<

[65] Burleigh, *The Third Reich*, pp. 321-332. <<

[66] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, p. 94. <<

[67] Peter Longerich, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder ofthe Tews*, Oxford, 2010, p. 109. <<

[68] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, p. 268. <<

[69] Toland, *Adolf Hitler*, p. 502. <<

[70] Peter Longerich, *Joseph Goebbels: Biographie*, Múnich, 2010, pp. 394 y ss.; Barth, *Goebbels und die Juden*, p. 132. <<

[71] Peter Longerich, *Der ungeschriebene Befehl: Hitler und Weg zur «Endlösung»*, Múnich, 2001, pp. 61 y ss.; Longerich, *Holocaust*, pp. 109-113. <<

[72] Uwe Dietrich Adam, «Wie Spontan war der Pogrom?», en Walter H. Pehle (ed.), *Der Judenpogrom 1938: Von der «Reichskristallnacht» zum Völkermord*, Frankfurt, 1988, pp. 74-80; véase también Goebbels, *Tagebücher*, entrada del 10 de noviembre de 1938, p. 80. <<

[73] Friedlander, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, pp. 277-278. <<

[74] Expediente de Simon Ackermann, Leo Baeck Institute, Nueva York. <<

[75] Expediente de Sally Schlesinger, Leo Baeck Institute, Nueva York. <<

[76] Reuth, *Goebbels*, pp. 224-225 y 239-240; Longerich, *Joseph Goebbels*, pp. 389-396. <<

[77] Reporte del alcalde de Borgentreich del 17 de noviembre de 1938, en Longerich, *Joseph Goebbels*, p. 322. <<

[78] Longerich, *Holocaust*, pp. 114-117. <<

[79] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, pp. 565-566. <<

[80] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, p. 283. <<

[81] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. II, p. 565. <<

[82] Konrad Kwiet, «Gehen oder Bleiben. Die deutschen Juden am Wendepunkt», en Walter H. Pehle (ed.), *Der Judenpogrom 1938: Von der «Reichskristallnacht» zum Völkermord*, Frankfurt, 1988, pp. 132-145. <<

[83] Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS*, vol. II, Berlin, 1984, pp. 20-21. <<

[84] Burleigh, *The Third Reich*, p. 316. <<

[1] Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. II, pp. 1049-1053. <<

[2] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I, p. 36. <<

[3] «Proclamation to the German People», 14 de octubre de 1933, en Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. II, p. 1091. <<

[4] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. II, p. 392. <<

[5] Wilhelm Deist, «Die Aufrüstung der Wehrmacht», en Wilhelm Deist y otros, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. I: *Ursachen und Voraussetzungen der deutschen Kriegspolitik*, Stuttgart, 1979, pp. 400-409; Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism, 1919-1945*, vol. HI: *Foreign Policy, War and Racial Extermination*, Exeter, 1988, p. 676. <<

[6] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. II, pp. 613-634. <<

[7] Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. XXXVIII. <<

[8] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. I. <<

[9] *Ibid.*, vol. II, p. 656. <<

[10] Sopade, *Deutschland-Berichte*, 1935, p. 279. <<

[11] *Ibid.*, pp. 115-117. <<

[12] Hans-Henning Abendroth, «Deutschlands Rolle im Spanischen Bürgerkrieg», en Manfred Funke (ed.), *Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Ausspolitik des Dritten Reiches*, Düsseldorf, 1978, pp. 471-488; Hans-Adolf Jacobsen, *Nationalsozialistische Aussenpolitik, 1933-1938*, Frankfurt, 1968, pp. 421-428. <<

[13] Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. II, pp. 1287-1288. <<

[14] Véase Kershaw, *Hitler*, vol. I, pp. 587-589. Véase también Max Braubach, *Der Einmarsch deutscher Truppen in die entmilitarisierte Zone am Rhein im März 1936*, Colonia-Opladen, 1956. <<

[15] Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. II, p. 1297. <<

[16] *Ibid.*, pp. 1298-1300. <<

[17] *Völkischer Beobachter*, 14 de marzo de 1936. <<

[18] La respuesta notablemente favorable de los visitantes estadounidenses puede verse en William L. Shirer, *Berlin Diary, 1934-1941*, Nueva York, 1941, pp. 65-66. <<

[19] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, pp. 180 y 184. <<

[20] Jacobsen, *Nationalsozialistische Aussenpolitik*, pp. 424-434. <<

[21] Shirer, *Berlin Diary*, p. 35. <<

[22] Kuropka, *Meldungen aus Münster, 1924-1944*, pp. 16-16 2. <<

[23] Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 354-357. <<

[24] Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 206-207. <<

[25] Goebbels, *Tagebücher*, 4 de noviembre de 1937, p. 390. <<

[26] Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 219-230. <<

[27] *Ibid.*, pp. 209-211. <<

[28] *Ibid.*, pp. 210-213. <<

[29] Goebbels, *Tagebücher*, pp. 319-323; Sopade, *Deutschland-Berichte*, 1937, p. 9. <<

[30] Sopade, *Deutschland-Berichte*, vol. IV, informe de febrero de 1937, pp. 9-20. <<

[31] Goebbels, *Tagebücher*, 29 de septiembre de 1937. <<

[32] El relato de primera mano de Hossbach, conocido en la historiografía como el «Memorando de Hossbach», está reproducido en Friedrich Hossbach, *Zwischen Wehrmacht und Hitler, 1934-1938*, Gotinga, 1965, pp. 181-189. <<

[33] Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, p. 79. <<

[34] Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 53. <<

[35] *Ibid.*, pp. 51-53. <<

[36] Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 644-645. <<

[37] François-Poncet, *The Fateful Years*, p. 212. <<

[38] Kurt Schuschnigg, *Austrian Requiem*, Londres, 1947, p. 7. <<

[39] Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 245-246. <<

[40] Papen, *Memoirs*, pp. 406-409. <<

[41] Schuschnigg, *Austrian Requiem*, pp. 11-19. <<

[42] *Ibid.*, pp. 24-25. <<

[43] *Ibid.*, p. 27. <<

[44] Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 72. <<

[45] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. II, pp. 1031-1032. <<

[46] Sopade, *Deutschland-Berichte*, 15 de marzo de 1938. <<

[47] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. II, pp. 1039-1049. <<

[48] Schuschnigg, *Austrian Requiem*, pp. 43 y 45-46. <<

[49] *Ibid.*, pp. 51-52. <<

[50] David Faber, *Munich, 1938: Appeasement and World War II*, Nueva York, 2008, pp. 140-142. <<

[51] *Ibid.*, pp. 146-147. <<

[52] Jens-Christian Wagner, «Work and Extermination in the Concentration Camps», en Jane Caplan y Nikolaus Wachsmann (eds.), *Concentration Camps in Nazi Germany*, Nueva York, 2010, pp. 130-131. <<

[53] Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 135-144. <<

[54] Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 81. <<

[55] Sopade, *Deutschland-Berichte*, 1938, pp. 263-264. <<

[56] Toland, *Adolf Hitler*, pp. 464-466. <<

[57] Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 101-104. <<

[58] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. II, p. 1124. <<

[59] Sopade, *Deutschland-Berichte*, 1938, p. 930. <<

[60] Shirer, *Berlin Diary*, pp. 126, 134-135. <<

[61] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. II, pp. 1158-1159. <<

[62] Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Nueva York, 1950, p. 92. <<

[63] *Ibid.*, p. 94. <<

[64] Toland, *Adolf Hitler*, p. 478. <<

[65] Schmidt, *Hitler's Interpreter*, p. 96. <<

[66] *Ibid.*, pp. 102-103. <<

[67] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. II, pp. 1187-1192. <<

[68] Leopold S. Amery, *My Political Life*, vol. HI: *The Unforgiving Years, 1929-1940*, Londres, 1955, p. 276; Shirer, *Berlin Diary*, p. 142. <<

[69] Faber, *Munich, 1938*, pp. 370-371. <<

[70] Shirer, *Berlín Diary*, 27 de septiembre de 1938; véase también Faber, *Munich, 1938*, p. 380. <<

[71] Faber, *Munich, 1938*, p. 378. <<

[72] Goebbels, *Tagebücher*, 29 de septiembre de 1938, p. 119. <<

[73] Faber, *Munich, 1938*, p. 405. <<

[74] *Ibid.*, pp. 412-413. <<

[75] Schmidt, *Hitler's Interpreter*, p. 112. <<

[76] *Ibid.*, pp. 113-114. <<

[77] Palabras de Hitler del 19 de noviembre de 1938 en Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. II, pp. 1245-1246. <<

[1] Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. II, pp. 740-741. <<

[2] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. III, p. 1449. <<

[3] Toland, *Adolf Hitler*, p. 510. <<

[4] *Ibid.*, pp. 516-517; véase también Bullock, *Hitler*, pp. 430-431. <<

[5] Sopade, *Deutschland-Berichte*, 1939, p. 284. <<

[6] Bullock, *Hitler*, p. 444. <<

[7] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. HI, pp. 735-736. <<

[8] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. III, p. 1555. <<

[9] Friedlander, *Nazi Germany and the Jews*, vol. I, p. 128; la cita de Goebbels está en Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda During World War II and the Holocaust*, Cambridge, 2006, p. 54. <<

[10] Goebbels, *Tagebücher, 17* y 18 de abril de 1939, p. 319. El texto de la carta de Roosevelt se encuentra en Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. III, pp. 1548-1550. <<

[11] Domarus (ed.), *Hitler Speeches*, vol. Ill, pp. 1574-1575. <<

[12] Véase el relato de primera mano de Shirer de la escena en el Reichstag en Shirer, *Berlin Diary*, pp. 165-167. <<

[13] Goebbels, *Tagebücher*, 19 de abril de 1939, p. 332. <<

[14] El texto del pacto está en Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. III, pp. 1612-1615. <<

[15] Los comentarios de Hitler están en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. HI, pp. 736-738. <<

[16] Speer, *Inside the Third Reich*, p. 223. <<

[17] Norman Rich, *Hitler's War Aims*, vol. I: *Ideology, the Nazi State, and the Course of Expansion*, Nueva York, 1973-1974, p. 129. <<

[18] Christopher Thorne, *The Approach of War, 1938-1939*, Nueva York, 1967. <<

[19] Schmidt, *Hitler's Interpreter*, pp. 141-145. <<

[20] *Ibid.*, p. 144. <<

[21] *Ibid.*, pp. 145-146. <<

[22] *Ibid.*, pp. 145-146 y 148. <<

[23] Sopade, *Deutschland-Berichte*, 1939, pp. 190-192. <<

[24] Toland, *Adolf Hider*, pp. 562-563; sir Nevile Henderson, *Failure of a Mission: Berlin, 1937-1939*, Londres, 1940. <<

[25] Toland, *Adolf Hitler*, pp. 563 y 566-567. <<

[26] Schmidt, *Hitler's Interpreter*, pp. 154-155. <<

[27] Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 90-91. <<

[28] Bullock, *Hitler*, p. 487. <<

[29] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. III, pp. 1700-1707. <<

[30] Toland, *Adolf Hitler*, pp. 566-567. <<

[31] Shirer, *Berlin Diary*, p. 191. <<

[32] El texto completo del discurso de Hitler está en Domaras (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. III, pp. 1750-1756. <<

[33] Schmidt, *Hitler's Interpreter*, pp. 156-157. <<

[34] *Ibid.*, pp. 156-158. <<

[35] Faber, *Munich, 1938.* <<

[36] Véase François-Poncet, *The Fateful Years*, pp. 175-176. <<

[37] Richard J. Evans, *The Third Reich at War*, Nueva York, 2009, pp. 4-5. <<

[38] Mark Mazower, *Hitler's Empire: How the Nazis Ruled Europe*, Nueva York, 2008, pp. 100-101; Timothy Snyder, *Bloodlands; Europe Between Hitler and Stalin*, Nueva York, 2008, pp. 287 y 298. <<

[39] Evans, *The Third Reich at War*, p. 7. <<

[40] Max Hastings, *Inferno: The World at War, 1939-1945*, Nueva York, 2012, p. 18. <<

[41] Longerich, *Holocaust*, pp. 134-147. <<

[42] Después de la invasión de la Unión Soviética, las fronteras del Gobierno General se extendieron hasta incluir Radom y Galitzia. <<

[43] Evans, *The Third Reich at War*, pp. 14-15. <<

[44] Snyder, *Bloodlands*, pp. 126-127. <<

[45] Mazower, *Hitler's Empire*, pp. 78-79. <<

[46] *Ibid.*, pp. 92-93. <<

[47] Snyder, *Bloodlands*, p. 67. <<

[48] *Ibid.*, p. 70. <<

[49] Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary, 1939-1942*, Novato, 1988, 10 de septiembre de 1939, pp. 52-53. <<

[50] Palabras del general de infantería Alexander Ulex, citado en Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, p. 158; las palabras de Blaskowitz están en *ibid.*, p. 159. <<

[51] Mazower, *Hitler's Empire*, pp. 68-69. <<

[52] Saul Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. II: *The Years of Extermination, 1939-1945*, Nueva York, 2008, pp. 26-27; Martin Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik, 1939-1945*, Stuttgart, 1961, pp. 19-20. <<

[53] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. II, pp. 27-28. <<

[54] Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 152-154. <<

[1] Ernest R. May, *Strange Victory: Hitler's Conquest of France*, Nueva York, 2000, p. 22. <<

[2] Burdick y Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary*, p. 118. <<

[3] *Ibid.*, p. 78. <<

[4] May, *Strange Victory*, p. 222. <<

[5] Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat*, Munich, 1970, pp. 74-130; May, *Strange Victory*, pp. 217-228. <<

[6] May, *Strange Victory*, pp. 216-217. <<

[7] Vease Erich von Manstein (1958), *Lost Victories*, Novato, 1985, pp. 94-126. <<

[8] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. Ill, p. 1876. <<

[9] Discurso de Hitler, 23 de noviembre de 1939, en *ibid.*, p. 1887. <<

[10] Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 381-385. <<

[11] Burdick y Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary, 17* y 18 de mayo de 1940, pp. 147-151. <<

[12] Evans, *The Third Reich at War*, pp. 127-131. <<

[13] Shirer, *Berlin Diary*, pp. 422-423. <<

[14] Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 236-237. <<

[15] Herf, *The Jewish Enemy*, p. 68. <<

[16] Literalmente, *poilu* significa «peludo»; era una forma de llamar al soldado raso, común, que provenía de la campiña y que siempre tenía pelo en la cara (barba, bigotes). Desde la Primera Guerra Mundial empezó a usarse para designar a los soldados que provenían de regiones populares. [*N. del T.*] <<

[17] May, *Strange Victory*, pp. 256. <<

[18] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. Ill, p. 2042. <<

[19] John Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power: The German Army and Politics 1918-1945*, Londres, 1954, p. 461. <<

[20] Goebbels, *Tagebücher*, 19 de junlo de 1940, pp. 180-181. <<

[21] Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. III, p. 2062. <<

[22] *Ibid.*, vol. II, 16 de julio de 1937. <<

[23] Herf, *The Jewish Enemy*, p. 60. <<

[24] Citado en *ibid.*, pp. 66 y 70. <<

[25] Vease John Lukacs, *The Duel: The Eighty-Day Struggle Between Hitler and Churchill*, Nueva York, 1991, pp. 173-176. <<

[26] Burdick y Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary*, 13 de julio de 1940, p. 227. <<

[27] Evans, *The Third Reich at War*, pp. 139-145. <<

[28] Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 309-310. <<

[29] Williamson Murray, *Luftwaffe*, Baltimore, 1989, p. 52. Para más información sobre el curso de la Batalla de Inglaterra y el llamado «Blitz» alemán, véase Richard Overy, *The Air War, 1939-1945*, Nueva York, 1980, pp. 30-37. <<

[1] Burdick y Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary*, 31 de julio de 1940, pp. 244 y ss. <<

[2] *Ibid.*, 5 de diciembre de 1940, p. 297. <<

[3] *Ibid.* Véase también Horst Boog y otros, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. IV: *Der Angriff auf die Sowjetunion*, Stuttgart, 1983, pp. 191-202. <<

[4] Alan Clark, *Barbarossa: The Russian-German Conflict, 1941-1945*, Nueva York, 1965, p. 43. <<

[5] Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-45*, Novato, 1998, p. 138. <<

[6] Burdick y Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary*, 5 de diciembre de 1940, pp. 293-294. <<

[7] Brauchitsch indicó a sus comandantes del ejército que «las tropas debían tener claro que se trata de una lucha entre razas [*von Razze zu Rasse*], y así proceder con la necesaria severidad» (*ibid.*, 30 de marzo de 1941, p. 346). <<

[8] Helmut Krausnick, «Kommisarbefehl und "Gerichtsbarkeiterlass Barbarossa" in neuer Sicht», *Vierteljahreshefte zur Zeitgeschichte*, 2, 1977, pp. 628 y ss. <<

[9] En el otoño de 1939, las fuerzas soviéticas al mando del general Gueorgui Zhúkov derrotaron a los japoneses en la que sería la mayor batalla de tanques de la historia y con la que lograrían aplastar las ambiciones niponas en el norte. <<

[10] Heinz Guderian, *Panzer Leader*, Nueva York, 1996, p. 151. <<

[11] Anthony Beevor, *Stalingrad: The Fateful Siege, 1942-1943*, Nueva York, 1998, p. 12. <<

[12] Evans, *The Third Reich at War*, pp. 324-325. <<

[13] Götz Aly y Susanne Helm, *Architects of Annihilation: Auschwitz and the Logic of Destruction*, Princeton, 2002,

pp. 234-242; Longerich, *Holocaust*, p. 181. <<

[14] Burdick y Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary*, 8 de julio de 1941, p. 458. <<

[15] Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms: A Global History World War II*, Cambridge, 1994, pp. 193-194. <<

[16] Toland, *Adolf Hitler*, pp. 659-666. <<

[17] Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 338-369. <<

[18] Speer, *Inside the Third Reich*, p. 239. <<

[19] Goebbels, *Tagebücher*, 14 de mayo de 1941, p. 640. <<

[20] *Ibid.*, 1 de mayo de 1941, pp. 640-641. <<

[21] Traducción al inglés en Lucy S. Dawidowicz, *The War Against the Jews, 1933-1945*, 7.a ed., Nueva York, 1981, p. 165. Véase también Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. II, pp. 134-135. <<

[22] Dawidowicz, *The War Against the Jews*, p. 166. <<

[23] Citado en *ibid.*, pp. 164, 166 y 167. <<

[24] Longerich, *Holocaust*, pp. 221-223; Hermann Graml, «Hitler und die Befehle an die *Einsatzgruppen* im Sommer 1941», en Eberhard Jäckel y Jürgen Rohwer (eds.), *Der Mord an die Juden im Zweiten Weltkrieg. Entschlussbildung und Verwirklichung*, Stuttgart, 1985, pp. 88 y ss. Véase también Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, p. 169. <<

[25] Jürgen Förster, «The German Army and the Ideological War Against the Soviet Union», en Gerhard Hirschfeld (ed.), *The Policies of Genocide: Jews and Soviet Prisoners of War in Nazi Germany*, Londres, 1986, pp. 15-29; Longerich, *Holocaust*, pp. 196-205. <<

[26] Burdick y Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary*, 3 de julio de 1941, pp. 446-447. <<

[27] Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 170-171. <<

[28] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. HI, pp. 1098-1099. <<

[29] *Ibid.*, pp. 1100-1101. <<

[30] Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Nueva York, 1985, pp. 108-109. <<

[31] OKWA Wehrwirtschaftsund Rüstungsamt Stab la Tridrnrtivhy über Besuch im Abschnitt der Heeresgruppe Mitte, 21 de julio de 1941, en Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten, 1933-1945*, p. 451. <<

[32] Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, pp. 131-133. <<

[33] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. HI, p. 1138. <<

[34] Informe de la Gestapo del 26 de junio de 1941, citado en Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich*, vol. VII, p. 2044. <<

[35] Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 405. <<

[36] Monologo de Hitler, 27 de julio de 1941, en Trevor-Roper, *Hitler's Table Talk*, pp. 15-16. <<

[37] Mazower, *Hitler's Empire*, pp. 204-211. <<

[38] Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 406-407. <<

[39] Friedlander, *Nazi Germany and the Jews*, vol. II, pp. 272-282. <<

[40] Herf, *The Jewish Enemy*, pp. 97-99. <<

[41] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. II, pp. 237-238; Mazower, *Hitler's Empire*, pp. 80-81; Robert Gerwarth, *Hitler's Hangman: The Life of Heydrich*, New Haven, 2011, pp. 197-198. <<

[42] Gerwarth, *Hitler's Hangman*, pp. 204-205. <<

[43] Roger Moorhouse, *Berlin at War*, Londres, 2011, pp. 162-165. <<

[44] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. II, pp. 266-267. <<

[45] Gottlob Herbert Bidermann, *In Deadly Combat: A German Soldier's Memoir of the Eastern Front*, Lawrence, 2000, pp. 13-18. <<

[46] *Ibid.*, p. 15. <<

[47] Omer Bartov, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis and War in the Third Reich*, Nueva York, 1991, p. 36. Vease tambien Catherine Merridale, *Ivan's War: Life and Death in the Red Army, 1939-1945*, Nueva York, 2006. <<

[48] Kenneth Slepyan, *Stalin's Guerrillas: Soviet Partisans in World War II*, Lawrence, 2006, especialmente pp. 15-59. <<

[49] Clark, *Barbarossa*, pp. 138-139. <<

[50] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. II, p. 200. <<

[51] Beevor, *Stalingrad*, pp. 28-29. <<

[52] Burdick y Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary*, 20 de julio de 1941, p. 482. <<

[53] *Ibid.*, 11 de agosto de 1941, p. 506. <<

[54] Bartov, *Hitler's Army*, pp. 37, 38 y 43-44. <<

[55] Burdick y Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary*, 23 de noviembre de 1941, p. 562. <<

[56] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. II, p. 267. <<

[57] Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, p. 183. <<

[58] Guderian, *Panzer Leader*, pp. 189-190. <<

[59] Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, p. 185. <<

[60] Burdick y Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary*, 22 de agosto de 1941, p. 515. <<

[61] Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, p. 189. <<

[62] Overy, *The Air War*, pp. 49-51. <<

[63] Burdick y Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary*, 10 de agosto de 1941, p. 505. <<

[64] Informe de la Gestapo del 31 de agosto de 1941, citado en Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich*, vol. XI, p. 4146. <<

[65] Beevor, *Stalingrad*, p. 40. <<

[66] Informe de la Gestapo del 5 de enero de 1942, citado en Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich*, vol. IX, p. 3120. <<

[67] Burdick y Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary*, pp. 38-39. <<

[68] Hugh Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, 3.a ed., Nueva York, 1962, p. 72. <<

[69] Informe de la Gestapo del 5 de enero de 1942, citado en Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich*, vol. IX, pp. 3120-3121. <<

[70] Manstein, *Lost Victories*, pp. 276-277. <<

[71] Boog y otros, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. IV, pp. 600-605; Beevor, *Stalingrad*, pp. 42-43. <<

[72] Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 442. <<

[1] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. HI, pp. 1126-1127. <<

[2] Longerich, *Holocaust*, pp. 305-310. <<

[3] *Ibid.*, pp. 313 y SS. <<

[4] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. HI, pp. 1146-1147. <<

[5] Kurt Gerstein citado en *ibid.*, pp. 1151-1153. <<

[6] Saúl Frledländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. II, pp. 479-480. Para diciembre de 1942, habían perecido 1.274 166 de judíos en esa operación. <<

[7] Trevor-Roper, *Hitler's Table Talk*, tarde del 27 de enero de 1942, p. 260. <<

[8] *Ibid.*, tarde del 22 de febrero de 1942, p. 332. <<

[9] Louis P. Lochner (ed.), *The Goebbels Diaries, 1942-1943*, Nueva York, 1948, 2 7 de marzo de 1942, pp. 147-148. <<

[10] Informes de SD Aussenstelle Minden del 6 y el 12 de diciembre de 1941, citados en Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichte 1933-1945*, pp. 476-477; informe de Stapostelle Bremen del 11 de noviembre de 1941, citado en *ibid.*, p. 471. <<

[11] Longerich, *Joseph Goebbels*, pp. 541-542. <<

[12] Evans, *The Third Reich at War*, pp. 275-280. <<

[13] Max Hastings, *Bomber Command*, Londres, 1980, pp. 1-34. <<

[14] Tami Davis Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, Princeton, 2002, pp. 200-201. <<

[15] Informe de la Gestapo del 27 de julio de 1942, citado en Boberach, *Meldungen aus dem Reich*, vol. XI, p. 4006. <<

[16] Informe de la Gestapo del 31 de agosto de 1942, citado en *ibid.*, p. 4146. <<

[17] Clark, *Barbarossa*, p. 209. <<

[18] Después de la guerra, el general Klelst planteó que «el 4.° Ejército de Panzers [...] podría haber tomado Stalingrado sin pelear a finales de julio, pero fue desviado para ayudarme en el cruce del Don. No necesitaba su ayuda y lo único que logró con esta maniobra fue meterse en mi camino y congestionar las rutas que yo estaba usando» (*ibid.*). <<

[19] *Ibid.*, p. 210. <<

[20] *Ibid.*, p. 218. <<

[21] Informe de la Gestapo del 3 de septiembre de 1942, citado en Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich*, vol. XI, p. 4164. <<

[22] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. HI, p. 842. <<

[23] Beevor, *Stalingrad*, p. 398. <<

[24] Willi A. Boelcke (ed.), *Wollt Ihr Den Totalen Krieg? Die geheimen Goebbels-Konferenzen, 1939-1943*, Múnich, 1969. <<

[25] Toland, *Adolf Hitler*, p. 735. <<

[26] Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 192-198. <<

[27] *Ibid.*, pp. 180-189. <<

[28] *Ibid.*, pp. 169-199. <<

[29] Véanse Richard Overy, *The Bombers and the Bombed: Allied Air War over Europe, 1940-1945*, Nueva York, 2014, pp. 259-262, y en especial Hans E. Nossack, *The End: Hamburg, 1943*, Chicago, 2004. <<

[30] Speer, *Inside the Third Reich*, p. 370; véase también Overy, *The Bombers and the Bombed*, pp. 144-148. <<

[31] Citado en Pridham y Noakes (eds.), *Nazism*, vol. HI, pp. 1175-1176. <<

[32] Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 181-183. <<

[33] Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. HI, p. 1199. <<

[34] Véanse Longerich, *Holocaust*; Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. II; Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, y Yehuda Bauer, *A History of the Holocaust*, Nueva York, 1982. <<

[35] Guderian, *Panzer Leader*, p. 312. <<

[1] Informe de la Gestapo del 16 de marzo de 1944, citado en Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich*, vol. XVI, p. 6412. <<

[2] Reimpreso en Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, p. 400. <<

[3] *Ibid.*, pp. 408-409. <<

[4] *Ibid.*, pp. 434-437; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 681 y 684-685. <<

[5] Weinberg, *A World at Arms*, pp. 700-702; Cornelius Ryan, *A Bridge Too Far: The Classic History of the Greatest Battle of World War II*, Nueva York, 1974. <<

[6] Véanse Arno Klönne, «Jugendprotest und Jugendopposition. Von der HJErziehung zum Cliquenwesen der Kriegszeit», en Martin Broszat, Elke Fröhlich y Anton Grossmann (eds.), *Bayern in der NSZeit: Herrschaft und Gesellschaft im Konflik*, vol. IV, Múnich, 1981, pp. 589-620, y Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition, and Racism in Everyday Life*, New Haven, 1989. <<

[7] Ian Kershaw, *The End: The Defiance and Destruction of Hitler's Germany, 1944-1945*, Nueva York, 2011, pp. 207-246. <<

[8] Véanse Shareen B. Brysac, *Resisting Hitler: Mildred Harnack and the Red Orchestra*, Oxford, 2000; Anne Nelson, *Red Orchestra: The Story of the Berlin Underground and the Circle of Friends who Resisted Hitler*, Nueva York, 2009, y Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance, 1933-1945*, Cambridge, 1977. <<

[9] Regierungsbericht, Múnich, 7 de junio de 1944, en BHSTA, MA 106 695. <<

[10] Toby Axelrod, *Hans and Sophie Scholl: German Resisters of the White Rose*, Nueva York, 2001; Ulrich Chaussy

y Franz J. Miller (eds.), *The White Rose: The Resistance by Students against Hitler, 1942/43*, Munich, 1991. <<

[11] Véase Ulrich Chaussy y Gerd R. Ueberschär (eds.), «Es lebe die Freiheit!», *Die Geschichte der Weissen Rose und ihrer Mitglieder in Dokumente und Berichten*, Múnich, Fischer, 2013. <<

[12] Para un análisis de los diversos planes para un gobierno pos-Hitler, véase Hans Mommsen, «The Social Views and Constitutional Plans of the Resistance», en Hermann Graml y otros, *The German Resistance to Hitler*, Londres, 1967, pp. 55-147. <<

[13] Véanse, de Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance*, y *The German Resistance to Hitler*, Cambridge, 1988. <<

[14] Thomas Childers, «The Kreisau Circle and the Twentieth of July», en David Large (ed.), *Contending with Hitler: Varieties of German Resistance in the Third Reich*, Cambridge, 1992, pp. 104-117. <<

[15] Hoffmann, *The History of the German Resistance*; véase también su *Stauffenberg: A Family History, 1905-1944*, Toronto, 2008. <<

[16] Para un relato más detallado del complot y del rol de Stauffenberg en él, véase Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat.* <<

[17] Evans, *The Third Reich at War*, p. 643; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 691-693. <<

[18] Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 687. <<

[19] *Ibid.*, p. 733. <<

[20] Evans, *The Third Reich at War*, p. 638. <<

[21] Richard Bessel, *Nazism and War*, Londres, 2004, pp. 127-129. Véase también Richard Overy, *War and Econ-*

omy in the Third Reich, Nueva York, 1994, pp. 268-271. <<

[22] Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 552-589. <<

[23] United States Strategic Bombing Survey, *The Effects of Strategic Bombing on the German War Economy*, vol. VI, United States Strategic Bombing Survey, Overall Economic Effects Division, Washington, 1945, p. 143; Anthony Beevor, *The Fall of Berlin 1945*, Nueva York, 2002, p. 162. <<

[24] United States Strategic Bombing Survey, *The Effects of Strategic Bombing on the German War Economy*, vol. VI, p. 12. <<

[25] Vease Alfred C. Mlerzejewskl, *The Collapse of the German War Economy, 1944-1945: Allied Air Power and the German National Railway*, Chapel Hill, 1988, pp. 124-176. <<

[26] United States Strategic Bombing Survey, *The Effects of Strategic Bombing on the German War Economy*, vol. X, p. 127. <<

[27] Goebbels, *Tagebücher*, 22 de marzo de 1945, p. 569. <<

[28] Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 169-199. <<

[29] United States Strategic Bombing Survey, *The Effects of Strategic Bombing on German Morale*, vol. II, pp. 44-45. <<

[30] Informe del Regierungspräsident, 11 de diciembre de 1944, BHSTA, MA 106 696. <<

[31] Informe de la Gestapo del 14 de julio de 1944, citado en Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich*, vol. XVII, pp. 6650-6651. <<

[32] Informes del Regierungspräsident München-Oberbayern del 7 de diciembre de 1944, y de Ratisbona del 10 de marzo de 1945, BHSTA, MA106 695 y MA106 696, respectivamente. <<

[33] Informe del distrlto para Ratisbona, 10 de marzo de 1945, BHSTA MA 106 696. Vease un Informe similar en

München-Oberbayern, 8 de noviembre de 1944, BHSTA MA, 106 695. <<

[34] United States Strategic Bombing Survey, *The Effects of Strategic Bombing on German Morale*, vol. I, p. 51. <<

[35] Entrevistas de Agenda B, n.º 61294 y 61154, Archivos Nacionales, RG 23. <<

[36] United States Strategic Bombing Survey, *The Effects of Strategic Bombing on German Morale*, vol. I, pp. 14-15. <<

[37] Entrevistas de Agenda B, n.º 61890k, NARA, USSB, RG 23. <<

[38] Beevor, *The Fall of Berlin 1945*, p. 2. <<

[39] Weinberg, *A World at Arms*, pp. 765-771. <<

[40] Gerald F. Linderman, *The World Within War: America's Combat Experience in World War II*, Nueva York, 1997, pp. 135-136. <<

[41] Evans, *The Third Reich at War*, pp. 657-658; véase también Anthony Beevor, *Ardennes 1944: The Battle ofthe Bulge*, Nueva York, 2015. <<

[42] Nicolaus von Below, *Als Hitlers Adjutant, 1937-1945*, Frankfurt, 1980, p. 398. <<

[43] Klemperer, *I Will Bear Witness*, vol. II, pp. 409-410. <<

[44] Stephen G. Fritz, *Endkampf: Soldiers, Civilians and the Death of the Third Reich*, Lexington, 2004, pp. 190-191. <<

[45] Informe del Regierungspräsident de Ratisbona, 9 de febrero de 1945, BHSTA, BAMA. <<

[46] Fritz, *Endkampf*, pp. 117 y 191. <<

[47] *Gauleiter* Fritz Wächter, «Für Freiheit und Ehre», en *Regensburger Kurier. Amtliche Tageszeitung des Gaues Bayreuth der NSDAP*, 6 de febrero de 1945. <<

[48] Fritz, *Endkampf*, p. 191. <<

[49] Thomas Childers, «"Facilis descensus averni est." The Bombing of Germany and Issue of German Suffering», *Central European History*, vol. 38, n.º 1, 2005, pp. 75-105. <<

[50] Sobre los levantamientos de Ochsenfurt y Bad Windsheim, y el rol de las mujeres en esos acontecimientos, véase Fritz, *Endkampf*, pp. 120 y 142. <<

[51] Gran parte de este relato está tomado del juicio de posguerra de Ruckdeschel en Adelheid L. Rüter-Ehlermann, Christiaan F. Rütter y otros (eds.), *Justiz und NSVerbrechen: Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen, 1945-1966*, Amsterdam-Múnich, 1998, pp. 236-251. Véanse también Hildebrand Troll, «Aktionen zur Kriegsbeendigung im Frühjahr 1945», en Martin Broszat, Elke Fröhlich y Anton Grossmann (eds.), *Bayern in der NS-Zeit. Herrschaft und Gesellschaft im Konflikt*, vol. IV, Múnich, 1981, pp. 645-684, y Kershaw, *The End*, pp. 324-326. <<

[52] Fritz, *Endkampf*, pp. 174-175. <<

[53] Longerich, *Holocaust*, pp. 410-416. <<

[54] Kershaw, *The End*, pp. 331-336. <<

[55] Coronel Donald Downard, citado en Sam Dann (ed.), *Dachau, 29 April 1945: The Rainbow Liberation Memoirs*, Lubbock, 1998, p. 74. <<

[56] Guderian, *Panzer Leader*, pp. 412-414. <<

[57] Toland, *Adolf Hitler*, pp. 860-861. <<

[58] Beevor, *The Fall of Berlin 1945*. <<

[59] Traudl Junge, *Bis zur letzten Stunde. Hitlers Sekretärin erzählt ihr Leben*, Múnich, 2002, p. 177. <<

[60] Toland, *Adolf Hitler*, p. 870. <<

[61] Speer, *Inside the Third Reich*, p. 598. <<

[62] *Ibid.*, pp. 800 y ss. <<

[63] *Ibid.*, pp. 605-606. <<

[64] Toland, *Adolf Hitler*. <<

[65] Speer, *Inside the Third Reich*, p. 607. <<

[66] Hay muchos relatos acerca de estas últimas horas de Hitler. Me basé para estos comentarios en Junge, *Bis zur letzten Stunde*, pp. 165-206; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 827-828; Toland, *Adolf Hitler*, pp. 881-891, y en el todavía muy útil Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, pp. 255-289. <<

[67] Junge, *Bis zur letzten Stunde*, p. 193. <<

[68] Anónimo, *A Woman in Berlin: Eight Weeks in the Conquered City: A Diary*, Nueva York, 2005; Beevor, *The Fall of Berlin 1945*, pp. 326 y ss. <<

ÍNDICE

El Tercer Reich. Una historia de la Alemania nazi 2
Mapas 5
El sistema de partidos alemán 12
1 13
El huevo de la serpiente 13
2 49
Hitler y el caos de la Alemania de posguerra 49
3 111
En el margen (1925-1928) 111
4 163
En la corriente central 163
5 220
Hacer a Alemania grande de nuevo 220
6 270
Los nazis chocan contra un muro 270
7 313
Sucede lo imposible 313
8 349
La toma del poder 349
9 403
Consolidación del poder 403
10 441
La comunidad del pueblo 441
11 502
Una revolución racial 502
12 557

Coqueteando con el desastre 557
13 629
Éxito temprano 629
14 675
Hitler vira hacia Occidente 675
15 702
La cruzada contra el bolchevismo judío 702
16 753
Holocausto y guerra total 753
17 791
Apocalipsis 791
Galería 850
Agradecimientos 871
Bibliografía 873
Libros y artículos de revistas especializadas 873
Fuentes de archivo 901
Sobre el autor 903
Notas 904